Crónica del Centenario

DEL

DON QUIJOTE

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Miguel Sawa y Pablo Becerra.

BIBLIOTECA DE JULIO FRAILE

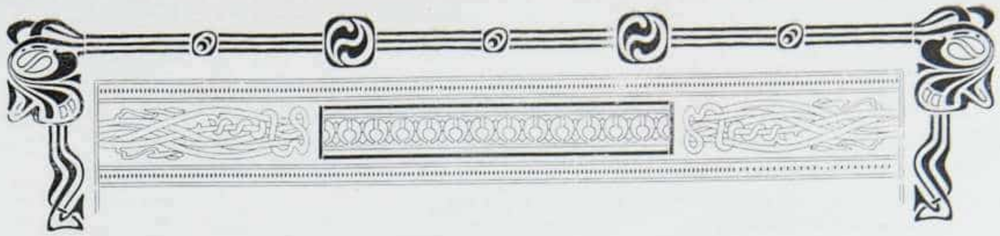
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANTONIO MARZO

San Hermenegildo, 32 dupdo.—Teléfono 1.977

1905

ES PROPIEDAD



VIDA DE MIGUEL DE CERVANTES

por Don Martín Fernández de Navarrete.

La preclara y nobilísima estirpe de los Cervantes, que desde Galicia se trasladó á Castilla, y extendió por ella sus fecundas ramas, ennobleciendo é ilustrando su origen con memorables proezas, con excelentes virtudes, y con merecer constantemente el distinguido aprecio y señaladas mercedes de sus Soberanos, suena ya en las historias españolas por el espacio de más de cinco siglos con tal decoro y esplendor, que, según decía el erudito Marqués de Mondéjar, no tiene que envidiar origen á ninguna de las más esclarecidas de Europa. Hijos fueron de este árbol fructífero y generoso algunos nobles de los que, acompañando al Santo Rey D. Fernando á las conquistas de Baeza y de Sevilla, quedaron allí heredados en el repartimiento; y descendientes de éstos é imitadores de sus altos hechos, fueron después varios de los conquistadores del nuevo mundo, en el cual se arraigó y propagó también este esclarecido linaje, al mismo tiempo que, por una rama ó línea transversal, procedió de él Juan de Cervantes, principal y honrado caballero, corregidor de Osuna, donde supo captarse, por sus nobles prendas, la estimación y respeto de aquellos naturales. Este tuvo por hijo á Rodrigo de Cervantes, que casó por los años de 1540 con doña Leonor de Cortinas, señora ilustre, natural, según parece, del lugar de Barajas. Fruto de este matrimonio fueron doña Andrea y doña Luisa, Rodrigo y Miguel de Cervantes, que fué el hijo menor de tan honrada como menesterosa familia, y nació en Alcalá de Henares, en cuya parroquial de Santa María la Mayor fué bautizado á 9 de Octubre de 1547: verdad que, hallándose comprobada y demostrada del modo más auténtico y convincente, deja por consecuencia desvanecidas y sin valor alguno las pretensiones de Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra, que aspiraron algún tiempo á la glo-

RETRATOS DE CERVANTES

Atribuído al propio Cervantes.

ría de haber sido cuna de un hijo tan ilustre.

2. Es muy regular que recibiese la educación y los primeros estudios en su patria y al lado de sus padres, principalmente en época tan señalada para Alcalá, donde florecían las ciencias y el buen gusto de las letras humanas, cultivadas por los más eminentes sabios de la nación; pero nada consta ni ha podido averiguarse con certidumbre, y sólo sabemos que desde sus tiernos años manifestó Cervantes una vehemente inclinación á la poesía y á las obras de invención y de remedo, una aplicación y curiosidad extremada, que le inducían aun á leer los papeles rotos que hallaba en las calles, y una afición tal al teatro, que asistía á oir las representaciones del discreto poeta y famoso representante Lope de Rueda, cuando aún no le permitía su corta edad hacer juicio seguro de la bondad de sus versos, sin embargo de que los retenía en su memoria en la edad adulta para alabarlos con discreción y encarecimiento.

3. Algunos, como D. Nicolás Antonio, creyeron que Cervantes concurrió á estas representaciones en Sevilla, de donde era natural Lope de Rueda, y aún infirieron de aquí haber nacido en aquella ciudad; pero constándonos que aquel insigne farsante representó con su compañía en Segovia en 1558 con motivo de las solemnes fiestas que se celebraron para la traslación del culto divino de la antigua á la nueva catedral, y que el concurso de gente fué el mayor que vió Castilla, pues que asistieron casi de toda España, como asegura Colmenares; y sabiendo igualmente que por estos años continuó Lope con su compañía representando en Madrid y en otros pueblos de Castilla, donde hubo de oirle el famoso Antonio Pérez antes de ser Secretario de Felipe II, parece más natural que Cervantes presenciase aquellas representaciones en Segovia, no habiendo todavía cumplido los once años de su edad, ó bien en Madrid ó en otro de los pueblos vecinos á Alcalá, donde acaso representó también Rueda en los años sucesivos con otros motivos de funciones y solemnidades hasta el de 1567, en que falleció.

4. Con mayor seguridad sabemos que Cervantes estudió la gramática y letras humanas con el erudito Maestro Juan López de Hoyos, eclesiástico respetable, natural de Madrid; pues encargado éste por el Ayuntamiento de la traza y composición de las historias, alegorías, jeroglíficos y letras que se habían de colocar en la iglesia de las Descalzas Reales para celebrar las magníficas exequias que hizo la villa á 24 de Octubre de 1568 por la Reina Doña Isabel de Valois, procuró que se ejercitasen también sus discípulos en estas composiciones, que se escribieron unas en latín y otras en castellano, siendo Cervantes de los más aventajados, como lo manifestó el mismo Juan López en la historia y relación que publicó de la enfermedad, muerte y funerales de aquella Princesa, apellidándole allí repetidamente *su caro y amado discípulo*, é insertando con expresa mención de su nombre el primer epitafio en un soneto, cuatro redondillas, en que usando de colores retóricos se apostrofa á la difunta Reina, una copla castellana pintando la presteza con que fué arrebatada por la muerte, y una elegía en tercetos, compuesta en nombre de todo el estudio con elegante estilo y delicados conceptos (á juicio de su Maestro), dirigida al Cardenal D. Diego de Espinosa, Presidente del Consejo é Inquisidor general.

5. La opinión más común ha sido que fué en Madrid donde Cervantes asistió á los estudios con el Maestro Juan López; pero constando que hasta 29 de Enero de 1568, no obtuvo éste la Cátedra de gramática y letras humanas del estudio público de esta villa, cuando ya Cervantes contaba más de veinte años de edad, es más natural que su enseñanza fuese anterior á este tiempo, y que, ó como Maestro particular, ó acaso fuera de Madrid, le hubiese doctrinado aquel célebre humanista, para llamarle con propiedad su discípulo, cuando sólo hacía ocho meses que regentaba la expresada Cátedra: conjetura que podría graduarse de demostración, siendo cierto, como se nos ha asegurado, que Cervantes estudió dos años en Salamanca, matriculándose en su Universidad y viviendo en la calle de Moros, de donde procedió el conocimiento exacto con que pinta las costumbres y circunstancias peculiares de aquella ciudad y de sus estudios generales, especialmente en la segunda parte del QUIJOTE, y en las novelas del *Licenciado Vidriera* y de la *Tía fingida*. De todos modos, las singulares expresiones del Maestro López, y el haber sido escogido entre sus condiscípulos para escribir en nombre de la escuela la mencionada elegía, prueban cuánto sobresalía Cervantes entre todos por su ingenio y aprovechamiento.

6. El aplauso de estos primeros ensayos de su aplicación, el ejemplo de los poetas de su tiempo, y su concurrencia al teatro, pudieron decidir su inclinación hacia la poesía dramática, en que hizo después tantas mejoras y reformas, y alentarle á la composición de la *Filena*, especie de poema pastoral, de algunos sonetos, rimas y romances, de que

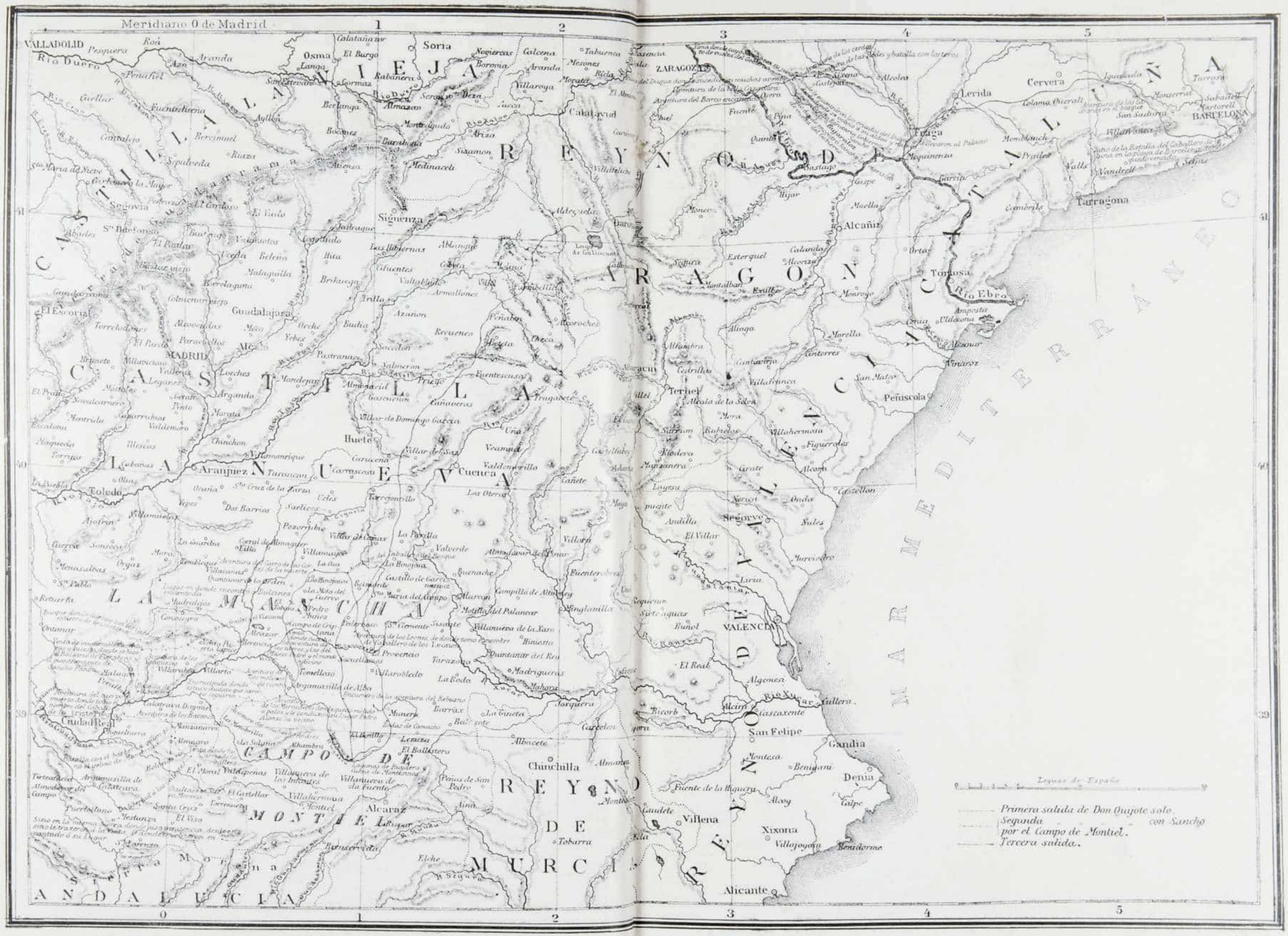
RETRATOS DE CERVANTES

Tomado de un dibujo antiguo existente en el Archivo de Alcalá de Henares.

Tomado de una edición de DON QUIJOTE publicada por la Academia.

hizo memoria en su *Viaje al Parnaso*, y que le adquirieron el renombre de buen poeta, que ya tenía antes de su cautiverio entre los más célebres de la nación.

7. Cuando acaeció el fallecimiento de la Reina en 3 de Octubre de 1568, y se celebraron sus funerales á fines de aquel mes, se hallaba Cervantes en Madrid; y por ese tiempo llegó de Roma Julio Aquaviva y Aragón, hijo del Duque de Atri, encargado por el Papa Pío V de dar el pésame á Felipe II por la muerte del Príncipe D. Carlos, acaecida el 24 de Julio anterior, y acaso con instrucciones reservadas para solicitar el desagravio de la jurisdicción eclesiástica, vulnerada, según se creía, por sus ministros en Milán. Ambos encargos debían ser poco agradables si no molestos al Rey en aquella coyuntura. La misteriosa causa de la prisión del Príncipe, la firmeza de su padre en no dar oídos á las recomendaciones que á su favor hicieron algunas ciudades y varios Soberanos, la prevención de que nadie le diese el pésame por este suceso, como lo advirtió también al nuncio de su Santidad, la prematura muerte del Príncipe en su prisión, y el reciente y funesto fallecimiento de la Reina dos meses después, fueron acontecimientos ruidosos y sensibles, que por lo mismo que avivaron la curiosidad, hicieron crecer el empeño de la política en vigilar y contener los discursos ó las hablillas del vulgo, propenso muchas veces á la malignidad, y siempre á lo maravilloso y extraordinario al juzgar de las acciones ó de la conducta de los que le mandan: circunstancias todas que hacían el primer encargo del legado odioso é inoportuno. No lo era menos el segundo por la entereza y empeño con que el Rey sostuvo siempre sus regalías contra las pretensiones de la corte romana en los estados españoles de Italia; y es prueba de este desabrimiento el pasaporte que mandó expedir inmediatamente al legado pontificio, fecho en Aranjuez á 2 de Diciembre del mismo año de 1568, para que regresase á Italia por Aragón y Valencia en el término de sesenta días; sin embargo de lo cual fué creado cardenal en Roma á 17 de Mayo de 1570. Al mismo tiempo que el embajador de España en aquella corte D. Juan de Zúñiga anunciaba á Felipe II la venida de Aquaviva, decía entre otras cosas que era *mozo muy virtuoso y de muchas letras;* y sin duda se refería á él Mateo Alemán cuando afirma que vió en la corte á cierto monseñor enviado por Pío V para tratar con Felipe II negocios de la Iglesia; añadiendo que este legado gustó mucho de algunos cortesanos de ingenio, y procuró granjearse su amistad, honrándose de tenerlos familiarmente á su mesa, de llevarlos en su carroza cuando salía en pú-



Itinerario de los lugares recorridos por Don Quijote en sus famosas aventuras.

blico, y de hacerles muchas mercedes, complaciéndose en tratar con ellos de varias cuestiones curiosas de política, ciencias, erudición y literatura. Como Cervantes asegura haberle servido en Roma de camarero, es de presumir, conociendo el carácter é inclinación de monseñor Aquaviva, que hallándose en Madrid cuando se hicieron las exequias de la Reina, y al tiempo que Cervantes dedicaba la elegía al cardenal Espinosa, prendado de su ingenio y penetración, y acaso compadecido de su escasa suerte, le admitió en su familia y comitiva al regresar á Italia; cuyo viaje emprendía entonces con suma facilidad y frecuencia la noble juventud española, sin desdeñarse de servir familiarmente á los papas y cardenales, como lo hicieron D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Francisco Pacheco y otros para continuar en Roma sus estudios, y conseguir por su influjo las más pingües ó elevadas dignidades de la Iglesia: ó bien dejaban su patria incitados por el deseo de ver mundo y de probar ventura en el ejercicio de las armas, que aunque más estéril de riquezas, atraía grande reputación y esclarecido nombre en época tan gloriosa y memorable para el imperio español.

RETRATOS DE CERVANTES

Tomado de un cuadro del Siglo XVIII

8. Tales pudieron ser los alicientes que influyeron en la ausencia que hizo Cervantes de su patria. Comenzó desde luego á observar en los países de su tránsito, no sólo la encantadora variedad de la Naturaleza, sino las costumbres y usos que les eran peculiares. Admiróle la hermosura y riqueza de Valencia, la amenidad de sus contornos, la beldad y extremada limpieza de las mujeres, y la graciosidad *de su lengua, con quien* (dice) *sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable.* Más extensas é individuales fueron las indicaciones que del principado de Cataluña hizo en varias obras, ya describiendo y censurando con mucho juicio los bandos y cuadrillas que por venganzas ó resentimientos particulares acaudillaba la gente principal, y las armas que llevaban, y los castigos que sufrían por las justicias, ya calificando las más distinguidas familias del país y sus prendas, su influjo y sus costumbres, ya pintando la mal segura rada de Barcelona para los bajeles, y á esta ciudad como la *escuela de la caballería, flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, ejemplo de lealtad, amparo de los extranjeros, y correspondencia grata de firmes amistades;* ya finalmente, retratando el carácter de los catalanes, diciendo que es *gente enojada, terrible; pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo.* Con igual propiedad describió la ruta ó camino para Italia por las provincias meridionales de Francia, dando fundamento para sospechar haberle hecho en esta ocasión con monseñor Aquaviva; porque hallándose algunas de estas descripciones en *La Galatea*, que es la primera obra que publicó después de su cautiverio, y campañas de Portugal y de las Terceras, debe inferirse que sólo entonces pudo adquirir por sí mismo el exacto conocimiento de la geografía, historia y costumbres del principado y de aquellos países, que manifestó en cuantos escritos trabajó y dió á luz en el resto de su vida.

9. Poco tiempo pudo permanecer Cervantes en este servicio doméstico, respecto de que ya en el año siguiente sentó plaza de soldado en las tropas españolas residentes en Italia, abrazando desde entonces una profesión más noble y propia de su nacimiento y circunstancias; porque *el ejercicio de las armas* (según sus mismas expresiones), *aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.* No tardó mucho en proporcionarse teatro en que las acreditase con gran reputación y heroísmo; porque faltando el gran Turco Selín II á la fe de los tratados que tenía hechos con la república de Venecia, invadió en plena paz la isla de Chipre que aquélla poseía; por cuya causa imploraron desde luego los venecianos el auxilio de los príncipes cristianos, especialmente del sumo pontífice Pío V, que con la mayor diligencia preparó sus galeras al mando de Marco Antonio Colona, Duque de Paliano, y unidas á las de España y Venecia se encaminaron en el verano de 1570 á los mares de Levante para contener los progresos de los enemigos; pero las disensiones é indeterminación de los generales confederados dieron lugar á que los turcos tomasen por asalto á Nicosia, á que adelantasen sus conquistas, y á que pasada inútilmente la estación oportuna sin haber socorrido á Chipre, se disminuyesen por las tempestades las fuerzas navales, precisándolas á retirarse á sus respectivos puertos. Entre las 49 galeras de España, que á cargo de Juan Andrea Doria se unieron en Otranto con Colona para seguir su estandarte en esta jornada, según las órdenes de Felipe II, se comprendían 20 de la escuadra de Nápoles, que mandaba el Marqués de Santa Cruz, y todas habían sido reforzadas con 5.000 soldados españoles y 2.000 italianos. Hallábase en aquellas tropas la compañía del famoso capitán Diego de Urbina, natural de Guadalajara, que pertenecía al tercio de D. Miguel de Moncada, y en ella servía el simple soldado Miguel de Cervantes. En esta calidad hizo la campaña de aquel verano á las órdenes de Colona, embarcado probablemente en una de las galeras de la escuadra de Nápoles, en cuya ciudad quedó de invernada á su regreso mientras se aprestaba y mejoraba el armamento de las naves para la jornada del año siguiente.

10. Así lo requería con sumo celo y eficacia la corte de Roma, que lejos de desmayar en su empresa por las desgracias anteriores, procuraba negociar una confederación de varios Príncipes de Europa contra los turcos, logrando concluir el 20 de Mayo de 1571 el famoso tratado de la liga entre Su Santidad, el Rey de España y la Señoría de Venecia, por el cual se nombró generalísimo de todas las fuerzas reunidas de mar y tierra al Serenísimo Sr. D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. Para el acrecentamiento de tropas, de gente de mar y aun de municiones, pertrechos y víveres se pusieron por obra cuantos medios dictó el celo de la religión, el amor de la patria, y el espíritu de gloria militar, que se inflamaba á vista de tan poderosas fuerzas y de tan señalados caudillos.

11. Apenas se hizo saber á D. Juan de Austria su nombramiento para la alta dignidad de generalísimo, cuando partió con suma diligencia de Madrid, y reuniendo en Barcelona los famosos tercios de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, que acababan de darle insignes pruebas de valor y pericia militar en la guerra de Granada, dió con ellos la vela de aquella rada para Italia, y entró en Génova el 26 de Junio con cuarenta y siete galeras. Moncada fué comisionado para excitar á la república de Venecia á que cooperase prontamente á una empresa que había provocado, alentándola con la esperanza del buen éxito, de que le hacían desconfiar las discordias de la anterior campaña. Entretanto se completaron en Nápoles aquellos dos tercios con los soldados nuevos que ya servían en la armada; y así fué como la compañía de Urbina, en que militaba Cervantes, quedó incorporada al tercio á que correspondía. Reuniéronse inmediatamente en Mesina todas las fuerzas marítimas y terrestres de las naciones aliadas, se prepararon con actividad para la jornada, y se distribuyeron las tropas en las diferentes escuadras y bajeles, tocando á las galeras de Juan Andrea Doria (que estaban al servicio de España) además de dos compañías viejas que eran de su ordinaria dotación, otras dos del tercio del Moncada, que fueron la de Urbina y la de Rodrigo de Mora, compuestas cada una de doscientos hombres. Por este arreglo cupo á Cervantes ser destinado con su capitán y compañía en la galera Marquesa de Juan Andrea, que mandaba Francisco Sancto Pietro. Y como al salir á la mar el 15 de Septiembre con el designio de batir la armada otomana se dividiese la de los coligados en tres escuadras de combate, y además otras dos de descubierta y de reserva, se asignó su puesta á la galera Marquesa en la tercera escuadra que formaba el ala siniestra de la batalla, cuyo gobierno y dirección se había confiado á Agustín Barbarigo, proveedor general de Venecia. Después de haber socorrido á Corfú y perseguido á la armada enemiga, se descubrió ésta en la mañana del 7 de Octubre hacia las bocas de Lepanto; y forzada á batirse por su situación, empezó el ataque por el ala de Barbarigo poco después del medio día, y haciéndose general con gran empeño y obstinación de los coligados, terminó al anochecer con la victoria más gloriosa de las armas cristianas que cuentan los anales de los tiempos modernos.

12. Hallábase á la sazón Cervantes enfermo de calenturas, por cuya razón quisieron persuadirle su capitán y otros camaradas que no tomando parte en la acción se estuviese quieto en la cámara de la galera; pero él, lleno de valor y de espíritu militar, les replicó que ¿qué dirían de él? que no cumplía con su obligación; y que prefería morir peleando por Dios y por su Rey á meterse bajo de cubierta y conservar su salud á costa de una acción tan cobarde. Pidió entonces mismo al capitán le destinase al paraje de mayor peligro; y condescendiendo éste con tan nobles deseos le colocó junto al esquife con doce soldados, donde peleó con ánimo tan esforzado y heroico, que solos los de su galera mataron quinientos turcos y al comandante de la capitana de Alejandría, tomando el estandarte real de Egipto. Recibió Cervantes en tan activa refriega tres arcabuzazos, dos en el pecho, y otro en la mano izquierda, que le quedó manca y estropeada; contribuyendo por su parte tan gloriosa y bizarramente á hacer para siempre memorable el día 7 de Octubre de 1571, por la completa victoria que lograron de los turcos los Príncipes cristianos, de lo cual hizo honorífico alarde el resto de su vida, mostrando en testimonio de su valor tan señaladas heridas y cicatrices, *como recibidas* (dice) *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y como estrellas que guían á los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza*; prefiriendo en fin haberse hallado en tan insigne jornada á tanta costa al estar sano sin haberse encontrado en ella, *porque el soldado* (según sus expresiones) *más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga.*

RETRATOS DE CERVANTES

Copia de un dibujo de época moderna.

13. En la noche que sucedió á día tan glorioso se retiró la armada victoriosa al inmediato puerto de Petela para reparar las averías de sus bajeles, y atender á la curación y descanso de sus tripulaciones. El mal estado de salud en que se hallaba Cervantes debió influir necesariamente en la gravedad de sus heridas; pero en medio de este cuidado tuvo entonces la honorífica satisfacción de que visitando al día siguiente D. Juan de Austria á los soldados, encareciendo su valor, socorriendo á los heridos por su mano, y premiando á los que se habían distinguido, le acrecentase como á tan benemérito tres escudos sobre su paga ordinaria. Bien quería aquel Príncipe aprovechar las ventajas de su victoria para bloquear á los turcos en los Dardanelos, y apoderarse de los castillos de Lepanto y Santa Maura invernando para este fin en Corfú con los venecianos; pero lo avanzado de la estación, la falta de víveres y soldados, la muchedumbre de heridos y enfermos, y las órdenes de su hermano le obligaron á regresar á Mesina, donde llegó el 31 de Octubre, y fué recibido con toda solemnidad y aparato que requería un triunfo tan glorioso, y como lo fueron poco después por la misma causa Marco Antonio Colona en Roma, y en Nápoles el Marqués de Santa Cruz.

14. Estaba en Mesina preparado el hospital para la curación de los heridos, y es consiguiente que entre éstos desembarcase también Cervantes, que lo estaba; mereciendo la asistencia de tan beneméritos soldados tal preferencia y atención á D. Juan de Austria, que no sólo donó generosamente treinta mil ducados suyos para que fuesen bien asistidos, visitándolos con frecuencia, y repitiendo sus gracias y mercedes á los que por su valor se señalaron en la batalla, sino que al protomédico general de la armada el doctor Gregorio López, su médico de cámara y del Rey su hermano, y que lo había sido de Carlos V, mandó que asistiese personalmente á la curación de todos, y celase fuesen tratados con el esmero y cuidado que merecían unos militares tan dignos de su aprecio. Así se logró el pronto alivio y restablecimiento de la mayor parte, que pudieron ser testigos de las públicas y solemnes fiestas con que la ciudad de Mesina celebró tan memorable victoria, tributando estos obsequios de gratitud al joven campeón que la había conseguido.

Este permaneció por entonces en Sicilia, según la voluntad de su hermano; y para habilitar las escuadras con mejor orden dispuso que fuesen á invernar en varios puertos de Italia; despidió algunas naves y tropas extranjeras, y señaló alojamiento á las españolas en Nápoles y Sicilia, destinando á la parte meridional de esta isla el tercio de Moncada. Sin embargo, Cervantes permaneció curándose en Mesina, porque allí mandó socorrerle D. Juan de Austria en 15 y 23 de Enero, y en 9 y 17 de Marzo de 1572, ya por la pagaduría de la armada, ya de gastos secretos y extraordinarios, en consideración á sus servicios, y para que acabase la curación de sus heridas. Restablecido de ellas se ordenó el 29 de Abril á los oficiales de cuenta y razón que asentasen en sus libros de cargo á Miguel de Cervantes tres escudos de ventaja al mes en el tercio de don Lope de Figueroa, y en la compañía que le señalasen, que sin duda fué desde luego en la de D. Manuel Ponce de León; sin que por esto tuviera efecto entonces la idea de reformar el tercio de Moncada para completar con él los cuatro mil soldados de la guarnición de Nápoles; pues aunque D. Juan de Austria lo propuso así, y dió á Moncada licencia para venir á España, consta también con toda certidumbre que se difirió aquella reforma, y que este general continuó sus servicios en el año inmediato.

15. Tan venturosa jornada alentó el ánimo de los confederados para mayores empresas, y así fué que la corte de Roma se ocupó desde luego en arreglar con los ministros de las potencias coligadas el plan para la inmediata campaña, y con fervorosos exhortos y legaciones eficaces procuraba que entrasen en la confederación los demás príncipes cristianos. Selín, por su parte, acrecentaba los armamentos, y empeñaba al Rey de Francia á que distrajese la atención de Felipe II hacia sus Estados de Flandes y de Italia, y apartase de la liga á los venecianos. Por estos recelos se mandó á D. Juan de Austria que, auxiliando con algunas fuerzas á los aliados, permaneciese en Sicilia para proteger las costas de aquellos dominios. Así se contuvo el curso de las operaciones preparadas para la primavera de 1572, á lo que contribuyeron también las discordias suscitadas entre las cortes de Roma y de Florencia y la muerte de Pío V. Al fin, Colona partió para Levante el 6 de Junio, y D. Juan de Austria le auxilió poderosamente con muchas naves cargadas de vituallas y municiones, y con las treinta y seis galeras del marqués de Santa Cruz, que transportaron gran número de tropas á Corfú, y entre ellas la infantería española del tercio de Moncada,

RETRATOS DE CERVANTES

Tomado de un cuadro de Pacheco.

y dos compañías del de D. Lope de Figueroa, que se embarcaron en la parte meridional de Sicilia. En aquella isla juntó y revistó el general romano todas las fuerzas coligadas de su mando, con las cuales se hizo á la mar, y logró avistar, perseguir y aun cañonear á los turcos, que evitando siempre un combate general, aprovechaban toda coyuntura favorable para refugiarse en sus puertos. Entretanto, calmaron los recelos del Rey Felipe por los prósperos sucesos de sus armas en Flandes, y menos cuidadoso de las miras de la corte de París, y satisfecho de las intenciones del nuevo Pontífice, mandó salir á su hermano para Levante, dejando en Sicilia á Juan Andrea Doria con cuarenta galeras y la tropa correspondiente.

16. Para reunir el generalísimo toda la armada de los aliados se dirigió el 9 de Agosto á Corfú, donde ni halló á Colona ni noticia de su paradero. Disgustado con este acontecimiento, que le obligaba á perder lo mejor de la estación, le hizo buscar con diligencia, y logró juntarse con él en el día último de aquel mes. Desde luego preparó sus bajeles, y salió á la mar el 8 de Septiembre con la idea de atacar ventajosamente á los turcos, que tenían divididas sus fuerzas en Navarino y en Modon. Hubiéralos sorprendido en esta forma en la mañana del 16 si un error ó descuido de los pilotos en la recalada no les proporcionara evitar el riesgo, reuniéndose en el último puerto, y fortificando las avenidas. Allí quería atacarlos y combatirlos don Juan de Austria; pero le hicieron desistir de este empeño los consejos y la oposición de sus generales, y convino al fin por complacer á los venecianos en la empresa de Navarino, sin embargo de que la contemplaba aventurada y de corto prove-

cho. Ni se engañó en este concepto, pues aun dirigida por todo un Alejandro Farnesio, se tuvo á dicha poder levantar el sitio después de algunos días, y embarcar la gente y la artillería á favor de la obscuridad de la noche y al abrigo de los fuegos de la armada. Crecía con estos reveses el empeño de D. Juan de atacar á los enemigos en el puerto, ya que rehusaban la batalla á que se les incitaba fuera de él; pero dócil y sujeto por otra parte al dictamen ajeno, y viendo ya la estación tan adelantada, resolvió que todos se retirasen á sus tierras, y él entró con la armada española en Mesina á principios de Noviembre. Tomáronse desde luego las disposiciones para la invernada; se desembarcaron los tercios españoles de Nápoles y Sicilia; se señaló alojamiento al de D. Lope de Figueroa, que andaba al sueldo de la armada, y reformándose entonces el de Moncada, se rehizo y completó aquél con los soldados de este tercio. Infiérese de esta narración que mientras el de Moncada invernó en la parte meridional de Sicilia, permaneció Cervantes en Mesina curándose de sus heridas, hasta que á fines de Abril de 1572 pasó al tercio de D. Lope de Figueroa, que fué á Corfú en las galeras del marqués de Santa Cruz, y se halló en la jornada de Levante que mandó Colona, y en la empresa de Navarino, después que se reunió el Príncipe generalísimo. Así lo dice en su memorial, y lo confirman algunos testigos en las informaciones, y por lo mismo pudo referir con tanta prolijidad y exactitud en su novela del *Cautivo* los sucesos de aquella campaña, y asegurar con propiedad en la dedicatoria de la *Galatea* que había seguido algunos años las banderas de Marco Antonio Colona.

RETRATOS DE CERVANTES

Supuestos retratos de Cervantes y San Pedro Nolasco, por Pacheco.

17. Aprovechóse el invierno con actividad en los preparativos para la primavera de 1573, á cuyo tiempo meditaba Felipe II tener en Corfú y completar por sí solo hasta trescientas galeras; y aun los venecianos, tal vez para mayor disimulo, preparaban mucha y lucida infantería, que debía embarcarse en su armada, mientras que secretamente negociaban por medio del embajador de Francia, su paz en Constantinopla. Concluyeron al fin este tratado á últimos de Marzo, y se separaron de la liga con grave disgusto de los coligados, lo que influyó no poco en los planes sucesivos, porque no tratándose ya de combatir en Levante, querían unos se empleasen aquellas fuerzas contra Argel, y otros, como el príncipe D. Juan, preferían se dirigiesen á Túnez, partido que adoptó Felipe II, aunque por causas muy diferentes de las de su hermano. Este se lisonjeaba de obtener la soberanía de aquella regencia, según los ofrecimientos y promesas de los Papas, y las ideas é intereses de los cortesanos; y el otro sólo pretendía destronar á Aluch-Alí para que reinase Muley Mahamet, y desmantelar las fortalezas, evitando así los gastos que causaba su conservación, y privando de tan cómodo asilo á los corsarios berberiscos. En estas consultas se pasó todo el verano, y ya era el 24 de Septiembre cuando salió de Palermo la expedición con veinte mil soldados, entre los cuales se incluían los del tercio en que militaba Cervantes.

18. Desembarcaron todos en la Goleta á los 8 y 9 de Octubre, y como los turcos de guarnición y los moradores de Túnez abandonasen medrosos la ciudad y su alcazaba, dispuso D. Juan de Austria que el Marqués de Santa Cruz tomase posesión de una y otra con la prudencia y cautela á que obligaban las circunstancias. Para esto sacó de la guarnición de la Goleta dos mil quinientos veteranos, que reemplazó con otros tantos bisoños, contándose entre aquéllos cuatro compañías del tercio de Figueroa, que hacían temblar la tierra con sus mosquetes, según la expresión de Vanderhamen; y como toda era gente práctica del país, y gobernada por tan hábil como venturoso Capitán, lograron desempeñar su encargo con maravillosa presteza y felicidad. Lejos de desmantelar aquellos fuertes, como lo mandaban las órdenes del Rey, y lo aconsejaban el Duque de Sesa y Marcelo Doria, creyó D. Juan asegurar su conquista fabricando en el Estaño un fuerte capaz de ocho mil hombres de guarnición, y ocupando á Biserta, que vino espontáneamente á prestar obediencia; y pareciéndole así allanado y concluído este negocio, dejando suficiente

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Cervantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Banares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

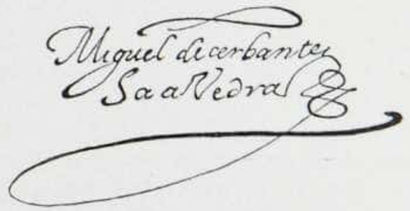
CON PRIVILEGIO.
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro señor.

Reproducción fotográfica reducida de la página primera de la primera edición de DON QUIJOTE

tropa para la defensa de aquellos puntos, regresó á Sicilia á principios de Noviembre, tomando desde allí todas las disposiciones para la invernada, para descanso de los soldados y reparo de las naves. Destinó entonces á Cerdeña las catorce compañías mandadas por Figueroa, para que, atendiendo á la custodia de aquella isla, se hallasen al mismo tiempo en mayor proporción de auxiliar á las plazas de Africa si fuese necesario. No sólo afirmó Cervantes en su memorial haberse hallado en esta expedición de Túnez, confirmándolo varios de sus camaradas, que dijeron haberle visto servir en ella como buen soldado, sino que verosímilmente fué uno de los veteranos que, guarneciendo la Goleta, salió con el Marqués de Santa Cruz á tomar posesión de Túnez y su castillo, pues así él como su padre y los testigos de ambas informaciones hacen siempre expresa y particular distinción de los servicios ejecutados en una y otra parte; y de este conocimiento é inspección ocular procede la exactitud con que en la expresada novela refirió los sucesos y circunstancias más individuales de aquella jornada.

19. Había recibido D. Juan de Austria permiso para venir á España, y solicitaba en Roma por medio de su Secretario Juan de Escovedo la mediación del Papa para obtener del Rey la soberanía de Túnez, pretendiendo directamente y sin tanto rebozo el tratamiento de Infante de Castilla. Puesto en viaje halló en Gaeta nuevas órdenes superiores para pasar á Lombardía con el fin de atender desde allí á la pacificación da las turbulencias que agitaban á los genoveses. Dirigióse para esto al puerto de Spezia á fines de Abril de 1574, donde halló á Marcelo Doria, que con catorce galeras iba á sacar de Cerdeña la infantería española de Figueroa, la cual condujo á las riberas de Génova para que estuviese á las inmediatas órdenes de aquel Príncipe. Quejábase éste de la lentitud con que por su ausencia se hacían los armamentos en Nápoles y Sicilia, cuando supo por el mes de Julio que los turcos venían con numerosas fuerzas á reconquistar á Túnez y la Goleta. Para evitarlo instó por socorro á los Virreyes de aquellos estados, y condujeron algunos D. Juan de Cardona y D. Bernardino de Velasco, con los cuales, y el abandono de Biserta, se sostuvieron algún tanto aquellas fortalezas, aunque atacadas por un ejército poderoso. Ya comenzaba D. Juan á conocer el desacierto de no haberlas desmantelado el año anterior; y creyendo poder remediar todavía los males que recelaba, se embarcó en Spezia con la infantería de D. García de Mendoza, con la de Figueroa y algunas tropas italianas, y partió para Nápoles y Mesina, desde donde despachó con toda clase de auxilios varias naves que fueron derrotadas por los temporales. Impaciente por la demora que había ocasionado esta desgracia, resolvió embarcarse y conducir personalmente los auxilios necesarios, para lo cual reforzó sus galeras con los mejores soldados de los tercios de D. Pedro de Padilla y de D. Lope de Figueroa, y se hizo á la mar resuelto á socorrer á los sitiados á todo trance; pero las borrascas y huracanes inutilizaron también estos esfuerzos, poniéndole á riesgo de perecer, del que logró salvarse por haber arribado oportunamente á los puertos de Sicilia.

Firma y rúbrica de Cervantes.

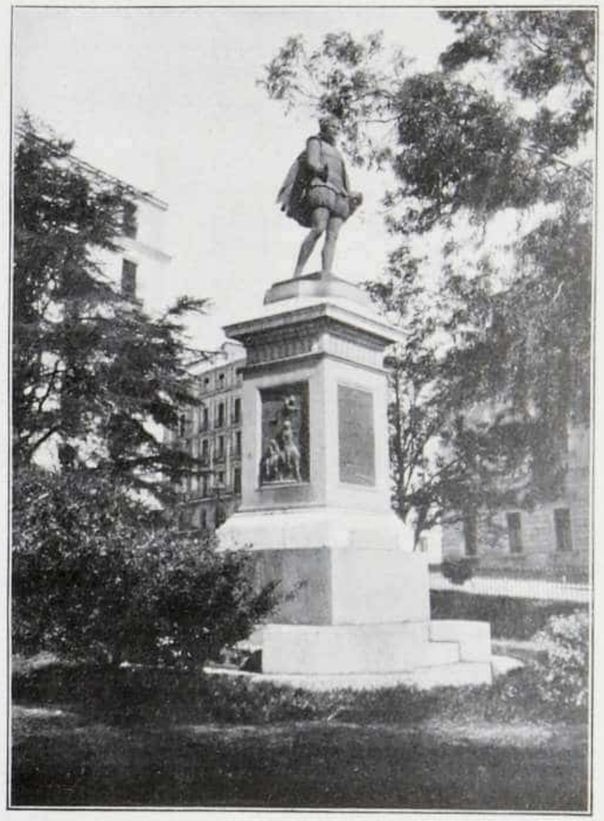


20. Entretanto la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, fué tomada por asalto después

Caricatura de Don Quijote y Sancho Panza, por Caran d'Ache.

de un largo y cruel sitio, y de una defensa bien sostenida y vigorosa; y lo fué también Túnez á los veinte días, entrando los vencedores por encima de los escombros de sus murallas voladas por la violencia de las minas, viéndose por consecuencia el fuertecillo del Estaño precisado á rendirse por capitulación. Tan infaustas noticias llegaron á don Juan cuando ya habilitadas sus naves iba á dar la vela desde Trápana para continuar en su empeño; y afligido extremadamente al ver malogrados sus afanes, desvanecidas sus esperanzas y comprometida su reputación, regresó á Nápoles el 29 de Septiembre, dejando en Palermo á cargo del Duque de Sesa los negocios de la armada y el tercio de Figueroa, con el objeto, no sólo de acudir con él á la guarda y defensa de las marinas de aquel reino, sino de que se rehiciese de la mucha gente que había perdido. Para este fin creyó el Duque más conveniente alojarle en los pueblos marítimos ó de la costa, incorporándole al tercio de Sicilia, del cual volvió á separarse después con mayor acrecentamiento de fuerza. Mandábale interinamente en este tiempo D. Martín de Argote, por haber obtenido licencia para venir á restablecer su salud en España D. Lope de Figueroa, quien verificó su viaje verosímilmente con D. Juan de Austria, que solicitó de su hermano en esta ocasión el nombramiento de lugarteniente suyo para todo lo de Italia con tratamiento de Infante de Castilla; pero Felipe II, receloso de sus miras, y tal vez de su buena reputación, procuró siempre coartar ó desatender sus pretensiones según le convenía, y así le concedió lo primero, difiriendo lo segundo para más adelante. De esta manera regresó á Nápoles aquel Príncipe en Junio de 1575 para ocuparse en los asuntos de Génova y en los aprestos de la armada, por haberse divulgado que los turcos bajaban aquel verano con grandes fuerzas á los mares de Italia. Por la serie de estos acontecimientos se comprende que desde fines de 1573 hasta principios de Mayo del año siguiente estuvo Cervantes con su tercio de guarnición é invernada en la isla de Cerdeña, y que de allí fué transportado al Genovesado en las galeras de Marcelo Doria para quedar en Lombardía á las órdenes de D. Juan de Austria; que á principios de Agosto, cuando éste se embarcó en el puerto de Spezia, llevó consigo aquel tercio á Nápoles y Mesina, y con sus mejores soldados reforzó las naves con que emprendió, aunque en vano, el socorro de la Goleta; que después de este suceso quedó Cervantes con su mismo tercio en Sicilia á las órdenes del Duque de Sesa, quien lo incorporó con el de aquel reino durante la ausencia de su maestre de campo; y que restituido á Nápoles el Príncipe D. Juan en 18 de Junio de 1575, concedió poco después á Cervantes la licencia que solicitó para volver á su patria después de tan dilatada ausencia y de tantos y tan señalados merecimientos.

LAS ESTATUAS DE CERVANTES



Estatua de Cervantes en Madrid.

21. En estas peregrinaciones acabó Cervantes de visitar las magníficas y deleitosas ciudades de Italia, Génova, Luca, Florencia, Roma, Nápoles, Palermo, Mesina, Ancona, Venecia, Ferrara, Parma, Plasencia y Milán, de las cuales dejó tan be-

llas y exactas descripciones en muchas de sus obras. Era aquel país, más de un siglo hacía, el emporio de las ciencias y del buen gusto en las artes y literatura, cuyos apreciables monumentos habían salvado los griegos que, huyendo del Oriente, se refugiaron en él cuando aconteció la pérdida de Constantinopla. Los españoles, que dominaban muchos de sus estados, ya por la unión de las casas soberanas de Aragón y Castilla, ya por las memorables conquistas del Gran Capitán y de otros insignes caudillos posteriores, tenían una comunicación frecuente con sus naturales. Quiénes viajaban ó permanecían en Roma á pretender beneficios, dispensas ó dignidades eclesiásticas; quiénes se encaminaban á recibir su educación en el colegio de Bolonia, fundado exclusivamente para españoles por el ilustre cardenal Albornoz; quiénes militaban en los tercios que guarnecían aquellas plazas ó en los ejércitos que allí se aprestaban y combatían; quiénes siguiendo la carrera de la jurisprudencia ó de los empleos políticos iban á procurar su acomodo y colocación á la sombra y con el favor de los virreyes. Por otra parte muchos italianos, ansiosos de conocer su metrópoli, de servir y de obsequiar á su Soberano, ó de hallar sus riquezas y bienestar en el comercio y contratación, venían y se avecindaban en España; siendo por tantos medios recíproca la comunicación de sus conocimientos y de sus luces.

22. Así fué como Cristóbal de Mesa, teniendo por maestro durante cinco años al insigne Torcuato Taso, acabó de completar con él la instrucción que había recibido en España al lado de Pacheco, de Medina y del Brocense; así como Francisco de Figueroa, Andrés Rey de Artieda, llamado Artemidoro, y Cristóbal de Virúes, que militaron en aquel país, adquirieron el gusto delicado y la lozanía y amenidad que eran propias de la escuela de Dante y del Petrarca; así como Bartolomé de Argensola, el Dr. Mira de Amescua, y Suárez de Figueroa supieron hermosear su lengua y su poesía con nuevas galas y bellezas; y así como Miguel de Cervantes, aplicado á la lectura de los poetas y escritores italianos, y á su trato y comunicación por más de seis años, adquirió aquel caudal de doctrina y erudición que le hace tan admirable en sus escritos. Verdad es que se le notan algunos italianismos en su lenguaje; pero también lo es que por este medio, muy general en aquel siglo entre los más clásicos escritores, se enriqueció mucho el castellano, y que los lugares que imitó ó tomó de aquellos poetas, singularmente del Ariosto, supo mejorarlos y darles toda la gracia y novedad que bastan para calificarlos de originales. Ni por esto perdió de vista á los excelentes maestros de la antigüedad, á quienes contempló siempre como el tipo ó dechado del mejor gusto en la literatura, según se ve en las imitaciones que hizo de Apuleyo, de Heliodoro, de Horacio y de Virgilio; sin sujetarse por esto á caminar servilmente por sus huellas, antes bien remontando atrevidamente el vuelo de su imaginación, halló en la Naturaleza nuevos caminos que seguir, y mineros intactos y riquísimos de maravillosa invención, de que supo aprovecharse para su propia gloria y utilidad del género humano: elevación de espíritu y energía de carácter que adquirió más con el trato de los hombres sabios, con el conocimiento del mundo y con su profunda meditación, que con la estéril especulación de los libros, ó con los métodos abstractos y sutiles de las escuelas. Pero calidades tan eminentes se miraban ya con desdén en su tiempo por los que creían que para ser sabio era preciso haber obtenido las borlas en una universidad, ó cursado en ella el estudio de las llamadas facultades mayores. Semejantes preocupaciones, juntamente con otros males y abusos introducidos en aquellos estudios, y en la manera de granjear los grados y condecoraciones literarias, no pudieron escapar de la fina sátira del mismo Cervantes y de otros ilustrados escritores de aquel siglo. No era mucho, pues, que varios de sus émulos y rivales, ufanos con tan pomposos títulos, logrados tal vez á poca costa, le tratasen de ignorante y de envidioso, y le despreciasen por carecer de iguales requisitos, ni que por esta falta le llamasen *ingenio lego*, como dice el cronista D. Tomás Tamayo de Vargas; habiendo apellidado del mismo modo al Marqués de Santillana, D. Iñigo López de Mendoza, á Felipe de Comines, á D. Antonio Hurtado de Mendoza, á Rodrigo Méndez de Silva, y á otros que no necesitaron sin embargo de aquellas distinciones para ser alabados de los varones más sabios de nuestra nación, como lo advirtió oportunamente D. Alonso Núñez de Castro.

23. Tales fueron las empresas en que se halló Cervantes durante aquellos años, *militando*, como decía él mismo, *debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos V, de felice memoria*. Pero viendo que tan distinguidos servicios no habían sido remunerados cual correspondía, y hallándose estropeado de resultas de sus heridas y trabajos, obtuvo licencia del Sr. D. Juan de Austria para venir á España á solicitar el premio que tan justamente merecía; á cuyo fin le franqueó aquel

Príncipe las más expresivas cartas de recomendación para el Rey, suplicando á S. M. le confiriese una compañía de las que se formasen en España para Italia, por ser hombre de valor y de méritos y servicios muy señalados. D. Carlos de Aragón, duque de Sesa y de Terranova, virrey de Sicilia, también escribió á S. M. y á los ministros con encarecida recomendación á favor de un soldado tan digno como desgraciado que se había captado por su noble virtud y apacible condición el aprecio de sus camaradas y caudillos.

LAS ESTATUAS DE CERVANTES

Estatua de Cervantes en Alcalá de Henares.

24. Dispuesto todo en esta forma, y con esperanzas tan favorables y fundadas, se embarcó en Nápoles en la galera de España llamada el Sol en compañía de su hermano Rodrigo de Cervantes, que también había servido de soldado en las anteriores campañas de Pero Díez Carrillo de Quesada, gobernador que fué de la Goleta y después general de artillería, y de otros caballeros principales y militares distinguidos que se restituían á su patria; pero habiendo encontrado en la mar el día 26 de Septiembre de 1575 una escuadra de galeotas que mandaba Arnaute Mamí, capitán de la mar de Argel, fué combatida la galera española por tres de aquellos bajeles enemigos, especialmente por uno de veintidós bancos que gobernaba el arráez Dalí Mamí, renegado griego, á quien llamaban el Cojo, y después de sostener un combate tan obstinado como desigual, en que se distinguió Cervantes por su valor, hubo de rendirse á fuerzas tan superiores, y ser llevada á Argel como en trofeo, quedando cautivos cuantos venían en ella, y tocando á Cervantes tener por amo en el repartimiento al mismo arráez Dalí Mamí, que tan venturosa parte tuvo en su rendición y apresamiento. Es muy probable y natural que en el libro V de la *Galatea* aludiese á las circunstancias de este combate cuando pintó el que sostuvo la nave en que venía Timbrio á España desde Italia con el mismo Arnaute Mamí, que fué el caudillo principal de la escuadra que le cautivó.

25. Como el arráez, patrón de Cervantes, le hubiese encontrado desde luego las cartas de recomendación que llevaba á D. Juan de Austria y del duque de Sesa, creyó por ellas era uno de los principales caballeros de España y persona de gran reputación y calidad, y esperando lograr por él un rescate muy crecido y ventajoso, trató de asegurarle, cargándole de cadenas, teniéndole con guardias, y vejándole y molestándole fieramente, para que, cansado y aburrido de tanto padecer, solicitase, ansiosa y repetidamente, su libertad de sus parientes é interesados.

26. Tal era la costumbre de los berberiscos, y tales los artificios y cautelas que les sugería su codicia y su barbarie para acrecentar el importe de los rescates y estimular á los miserables cautivos á solicitarlos con ruegos é importunaciones, cuando no para inducirlos á renegar de su creencia por liberarse de tan duro padecer, y aspirar de este modo á vida más regalada y viciosa; pues entrando en los mandos y dignidades que se conferían á los renegados, tomaban gran superioridad sobre los naturales del país, lo que les proporcionaba medios de

satisfacer, no sólo sus desordenados apetitos, sino sus venganzas y resentimientos particulares. Pero Cervantes, desentendiéndose de estos artificios, é inflamado más y más de su virtud, de su nobleza y generosidad, resolvió procurar con todo esfuerzo el recobro de su libertad y proporcionarla al mismo tiempo á varios cristianos, señaladamente á don Francisco de Meneses, capitán que fué en la Goleta; á D. Beltrán del Salto y de Castilla, cautivado en aquella fortaleza; á los alféreces Ríos y Gabriel de Castañeda; al sargento Navarrete; á un caballero llamado Osorio, y á otros muchos, y con este objeto hizo buscar un moro de su confianza para que, sirviéndoles de guía, los condujese por tierra á Orán, como ya lo habían intentado desgraciadamente otros cautivos en tiempos anteriores. Puestos en marcha, fueron abandonados á la primera jornada por el moro, y se vieron precisados á retroceder á Argel, y á sufrir otra vez los malos tratamientos de sus amos y patrones, en particular Cervantes, á quien por esta fuga se le añadieron nuevas cadenas y hierros, y se le estrechó más y más su prisión y encerramiento. Además de dos lances parecidos á éste, que refiere Haedo en su historia, se hace mención de otros dos en la comedia el *Trato de Argel*, donde sin duda se copiaron al natural algunos sucesos y particularidades de esta primera y desgraciada tentativa de Cervantes para evadirse de su cautiverio.

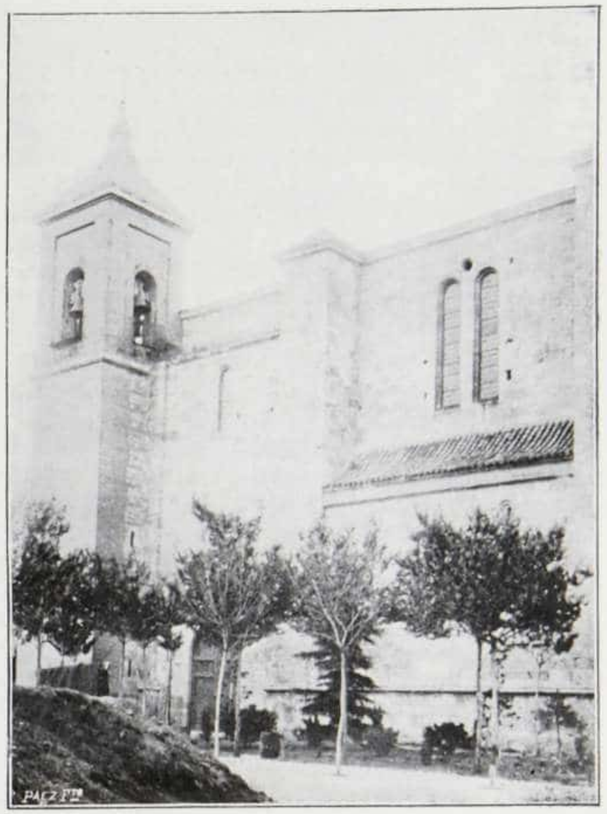
27. Rescatáronse por este tiempo, y muy entrado ya el año de 1576, algunos cautivos amigos de Cervantes, y entre ellos el Alférez Gabriel de Castañeda, con quien escribió á sus padres, pintándoles su deplorable situación y la de su hermano. No era menester tanto para excitar la compasión y cariño paternal en procurar todos los medios de conseguir la libertad de aquellos infelices. Rodrigo de Cervantes, el padre, empeñó desde luego con este objeto todo el patrimonio de sus hijos, su propia hacienda y los dotes de dos hijas doncellas, quedando por consecuencia reducido á la mayor estrechez y pobreza. Cuando Miguel de Cervantes recibió este caudal, trató de concertar su rescate con Dali Mami; pero como éste le tenía en tanta estima y opinión, y su codicia era insaciable, le pareció corto y mezquino el precio que se le ofrecía, y rehusó por tanto entrar en nuevos convenios y proposiciones. Cerrada así la puerta á sus esperanzas, Cervantes trató y consiguió más fácilmente redimir con el mismo caudal de su rescate á su hermano Rodrigo por Agosto de 1577, dándole orden para que, restituído que fuese á España, aprestase y enviase desde las costas de Valencia, Mallorca ó Ibiza una fragata armada, que recalando al punto que se le señalara en las cercanías de Argel, pudiese libertar y conducir á España al mismo Cervantes con varios cristianos. Para que lo pudiese ejecutar con mayor seguridad y confianza consiguió que D. Antonio de Toledo, de la casa de los Duques de Alba, y Francisco de Valencia, natural de Zamora, caballeros ambos de la orden de San Juan, y á la sazón cautivos en Argel, diesen cartas de recomendación para los Virreyes de aquella provincia é islas, suplicándoles favoreciesen el apresto del bajel, y el objeto de tan arriesgada empresa.

28. Hacía mucho tiempo que Cervantes la meditaba, y tenía ya tomadas medidas muy oportunas para asegurar su buen éxito. A la parte de Levante de Argel, distante como tres millas, y en la inmediación del mar, tenía el alcaide Azán, renegado griego, un jardín de que cuidaba un esclavo suyo llamado Juan, natural de Navarra, el cual con mucha anticipación había dispuesto en lo más oculto de él una cueva donde se refugiaron por disposición de Cervantes algunos cristianos desde fines de Febrero de 1577. Fuéronse reuniendo otros sucesivamente, de modo que cuando partió para España Rodrigo de Cervantes eran ya catorce ó quince los cautivos escondidos en la cueva, todos hombres principales, muchos de ellos caballeros españoles, y tres mallorquines. No se comprende cómo Cervantes, sin faltar de la casa de su amo, gobernaba esta república subterránea, cuidando de la subsistencia de todos y de su seguridad para no ser descubiertos; pero la verdad del caso, y el mucho tiempo que pudo entretenerlo y sobrellevarlo prueban los extraordinarios arbitrios que le sugería su ingenio y sagacidad. El principal había sido el interesar en el secreto con la esperanza de la libertad al mismo jardinero que le servía de escucha y atalaya, para que nadie se acercase al jardín ni pudiesen ser descubiertos, y á otro cautivo llamado el Dorador, natural de Melilla, que siendo joven había abandonado nuestra religión, con la cual se reconcilió después, y éste cuidaba de comprar víveres y conducirlos secretamente á la cueva, de la cual nadie osaba salir sino entre las sombras de la noche. Cervantes, teniendo ya reunidos los cristianos que había de libertar, y comprendiendo que se aproximaba el plazo de la llegada de la embarcación, huyó de casa de su amo; se despidió de su amigo y confidente el Dr. Antonio de Sosa, rogándole que le siguiese, aunque no pudo hacerlo, al parecer por sus enfermedades y duros trabajos, y

se refugió en la misma cueva hacia el 20 de Septiembre de aquel año.

29. Con la mayor presteza y celeridad se equipó una fragata en la costa de Valencia, ó según el P. Haedo en Mallorca, al mando de un tal Viana, que acababa de rescatarse, y era valeroso, activo y práctico en la mar y costa de Berbería. Dió la vela á fines de Septiembre, y arribó á Argel el 28 del mismo mes; y manteniéndose lejos de la costa para no ser descubierto, se acercó de noche al paraje de la playa más próximo al jardín, y propio para avisar á los cautivos escondidos de su llegada. En esta situación acertaron á pasar por allí unos moros, que ó desde una barca de pescar ó desde la orilla divisaron entre la obscuridad de la noche la fragata y los cristianos, y comenzaron á apellidar auxilio con tal estruendo y algazara, que amedrentrados los que venían en el bajel hubieron de hacerse á la mar; y aunque poco después repitieron la tentativa de aproximarse á la costa, fué no menos infructuosa y mucho más desgraciada, porque cayendo prisioneros de los moros, quedó desbaratado enteramente el plan que tenían concertado. Entre tanto Cervantes y sus compañeros sobrellevaban con resignación las privaciones y aun las enfermedades y dolencias que algunos padecían por la humedad y lobreguez de aquel sitio, consolándose mutuamente con la dulce y próxima esperanza de su libertad, la cual como *uno de los dones más precisos que á los hombres dieron los cielos*, podía únicamente recompensarlos de tantas incomodidades y fatigas, pues *por ella, así como por la honra* (decía Cervantes) *se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres*.

30. Pero la suerte, que contrariaba sus planes y designios, les privó también hasta de la misma esperanza por un medio tan extraordinario como imprevisto. El Dorador, en cuya confianza había puesto Cervantes el buen éxito de su empresa, era un taimado hipócrita, y resolvió volver á renegar entonces de nuestra religión; y con este propósito se presentó el día último de Septiembre al Rey Azán, manifestándole su resolución, y descubriéndole por congratularse con él el secreto de los cautivos escondidos, el paraje de la cueva, y la destreza y medios con que Cervantes había dispuesto y manejado aquel asunto. Complacido sobremanera el Rey de esta noticia, y viendo en ella un arbitrio de satisfacer su codicia, apropiándose aquellos



Parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, donde fué bautizado Cervantes.

esclavos como perdidos, conforme á la costumbre ó derecho que tenían los bajaes de Argel, dispuso inmediatamente que el Comandante de su guardia, llevando consigo ocho ó diez turcos á caballo y otros veinticuatro de á pie con sus escopetas y alfanjes, y algunos con lanzas, fuese al jardín del alcaide Azán, sirviéndole de guía el delator, y trajese presos y en buena custodia á los cristianos escondidos y al jardinero. Desde luego prendieron á éste, y en seguida entraron violentamente en la cueva, y en medio de la sorpresa de este acontecimiento pudo Cervantes advertir á sus compañeros que descargándose con él, le achacasen toda la culpa, para lograr salvarlos á todos por este medio tan noble como generoso.

31. Mientras que los turcos y los moros armados maniataban á los cautivos que encontraron en aquel sitio, Cervantes, llamando la atención del

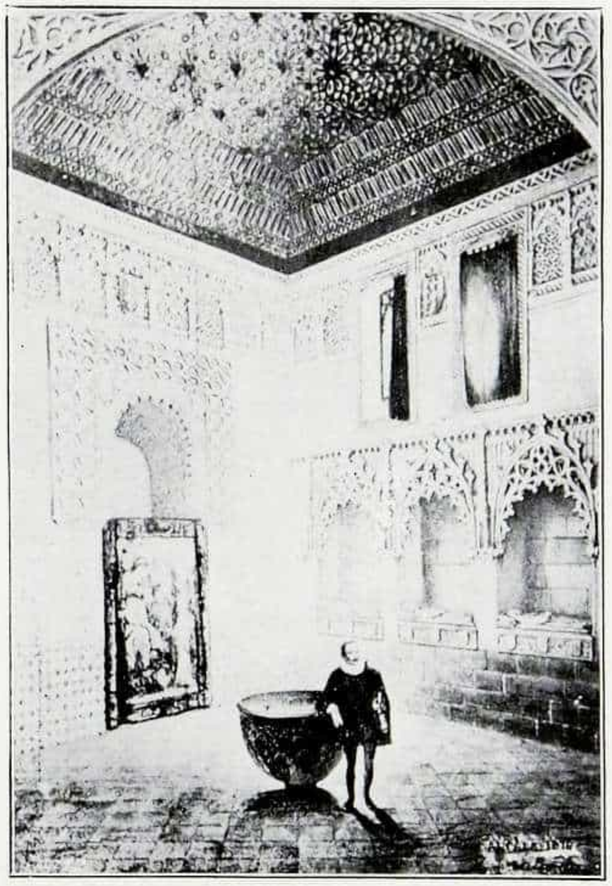
concurso, dijo en alta voz con entereza y serenidad, que ninguno de aquellos infelices tenía culpa ni arte en aquel negocio, porque él solo era quien los había inducido á fugarse y esconderse, y quien todo lo había dispuesto y manejado. Sorprendidos los turcos de una confesión tan paladina y generosa, por el riesgo de la vida y de los tormentos á que se exponía, según la cruel condición del Rey Azán, avisaron á éste con un hombre de á caballo de lo que pasaba y de lo que Cervantes decía, de cuyas resultas mandó el Rey que encerrasen á todos aquellos cristianos en su baño, y que sólo á Cervantes lo condujesen preso á su presencia, para lo cual le maniataron, y llevaron á pie, sufriendo en tan largo camino de los que le custodiaban y de la chusma de Argel todo género de afrentas, injurias y vejaciones.

32. De esta manera fué presentado ante el Rey Azán, quien valiéndose de su autoridad y recursos examinó varias veces á Cervantes, ya con todas las astucias y halagos que le sugería el interés, ya con las terribles amenazas de la muerte y de los tormentos que le dictaba la crueldad, para apurar de él quiénes eran los cómplices de aquella conspiración, y porque particularmente estaba persuadido de ser uno de los principales el R. P. Fr. Jorge Olivar, comendador de Valencia, de la orden de la Merced y redentor entonces en Argel por la corona de Aragón, ó porque el Dorador le hubiese manifestado que favorecía la evasión de los cautivos, ó porque su codicia buscase pretexto y ocasión para echar mano de este religioso y sacar por él una suma considerable de dinero. El mismo P. Olivar lo receló así y lo comunicó el mismo día al Dr. Antonio de Sosa, eclesiástico de gran reputación por su virtud y sabiduría, que se hallaba cautivo y encadenado, enviándole las vestiduras, ornamentos, vasos y otras cosas sagradas que tenía para el culto de la iglesia, temiendo que las robasen y profanasen los turcos que fuesen á prenderle. Pero Cervantes, impertérrito á todas las amenazas, y sordo á todas las seducciones, estuvo constante en decir que él solo era el culpado, sin nombrar ni comprometer directa ni indirectamente á ninguno de sus camaradas. Cansado el Rey de su constancia, y sin poder sacar otra respuesta ni noticia, se contentó con apropiarse todos aquellos cautivos, y entre ellos á Cervantes, á quien mandó encerrar en su baño, cargándole de cadenas y hierros, con intención todavía de castigarle.

33. Receloso el Dorador de que se le imputase aquella infame delación, se fué desde luego á la casa del alcaide Mahamet, judío, á visitar al doctor Antonio de Sosa, que estaba allí cautivo y encerrado en un aposento, y con fingidas palabras y artificiosas razones procuró excusarse y ponerse á salvo, como quien deseaba quedar en buen lugar, y temía perder su reputación y concepto entre los cristianos; pero ni el Dr. Sosa ni algún otro pudo disculparle, cuando tan públicamente había guiado á los que prendieron á los cautivos en la cueva, y cuando abrazando de nuevo el mahometismo, y llamándose Mamí, vivió de esta manera hasta el 30 de Septiembre de 1580, día en que, muriendo miserablemente, se cumplían tres años cabales de haber ejecutado tan execrable maldad. Por otra parte, el alcaide Azán, luego que supo el suceso de la cueva, acudió presuroso al Rey, le requirió con mucha instancia hiciese justicia muy áspera de todos los fugitivos, y le permitiese hacerla á su placer del jardinero, á quien, en efecto, ahorcó cruelmente con sus mismas manos el día 3 de Octubre de aquel año. Lo mismo hubiera sucedido con Cervantes y aun con sus compañeros, si la codicia de que estaba poseído el corazón del Rey no hubiera vencido á su carácter bárbaro y sanguinario, esperando aprovecharse del rescate de aquellos cautivos, pues como perdidos y criminales se consideraba en posesión de todos ellos. Fuéle, sin embargo, preciso restituir algunos á sus antiguos dueños, y si Cervantes fué uno de éstos, como refiere el P. Haedo, estuvo muy poco tiempo en la dominación de Dalí Mamí, porque el Rey, ó temiendo las trazas y travesuras suyas, ó teniéndole en consideración de gran rescate, le compró á aquél arráez por quinientos escudos en que se concertaron, para tenerle en su poder, y custodiado á toda su confianza.

34. Era Azán-Bajá en extremo ambicioso, suspicaz y maligno, y tan cruel y tirano con los esclavos, que le temían como á un monstruo del infierno mismo. Horroriza la historia que de su vida y atrocidades refiere el P. Haedo; y el mismo Cervantes, hablando de los trabajos que en el baño de Azán padecían sus cautivos, que eran cerca de dos mil, le retrata de este modo: *y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba al suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquél, y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano.*

35. Así fué que disponiendo de Cervantes como de un esclavo propio, le tuvo preso y encerrado en su baño desde fines de 1577 con gran vigilancia; pero él, pugnando siempre por sacudir un yugo que tan violentamente le oprimía, tuvo arbitrio para despachar secretamente un moro con cartas para el general de Orán D. Martín de Córdoba y para otras personas conocidas residentes en aquella plaza, pidiéndoles enviasen algunos espías ó personas de confianza con quienes pudiese huir él y otros tres caballeros que estaban cautivos en el mismo baño del Rey. El moro salió para cumplir su encargo; pero tuvo la desgracia de que á la entrada en Orán le interceptasen otros moros las cartas que llevaba, conduciéndole preso á Argel, donde viendo el Rey Azán la firma y nombre de Cervantes, mandó empalar al moro, que murió sin declarar cosa alguna, y que á Cervantes le diesen dos mil palos, echándolo de entre sus cristianos; si bien quedó sin efecto esta sentencia por los ruegos y empeños que se interpusieron á su favor; condescendencia singular y gracia sin ejemplo en un bárbaro, que por el mismo tiempo mandó matar á palos en su presencia á tres cautivos españoles, que intentando huir á Orán separadamente y en distintas ocasiones, fueron aprehendidos en su viaje por los moros habitadores del campo.



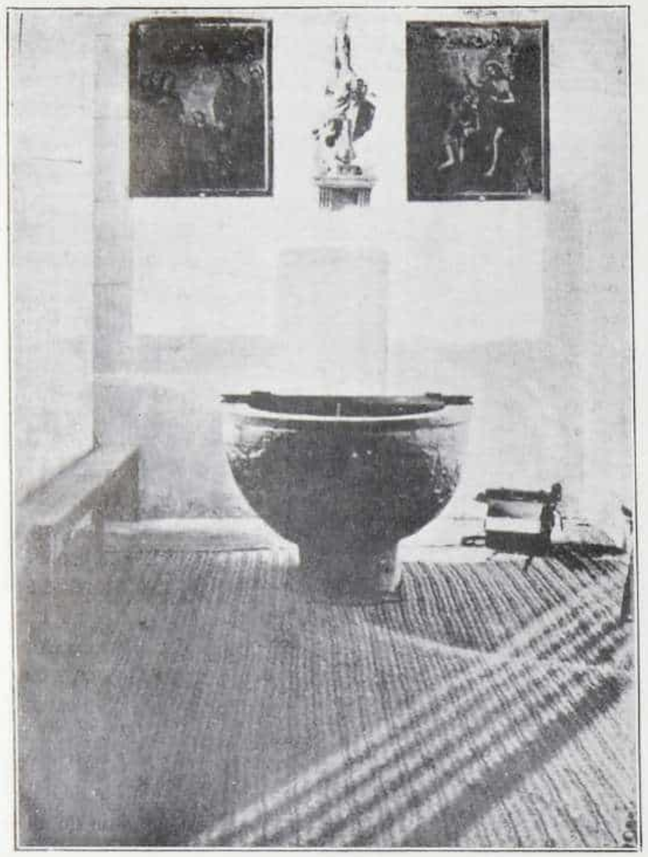
La Capilla del Oidor, en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, donde fué bautizado Cervantes.

36. Ni tan repetidas desgracias, ni tantos riesgos de perecer miserablemente pudieron abatir el espíritu de Cervantes, ni amortiguar su ardiente deseo de procurar su libertad y la de otros cristianos, en cuya suerte tomaba tanta parte. Hallándose en Argel por el mes de Septiembre de 1579 un renegado español, que conocido en Granada, de donde era natural, por el licenciado Girón, había tomado el nombre de Abdaharramen desde que se hizo mahometano, supo Cervantes que arrepentido este infeliz de su determinación, deseaba volver á su primitiva creencia y á su patria. Aseguróse de su modo de pensar y de su carácter y sinceridad por medio de informes reservados que le dieron varios cautivos paisanos suyos, y entonces le exhortó y animó repetidas veces á que volviese al seno de la Iglesia católica, seguro de que él le proporcionaría medios de trasladarse á España. Para esto trató con dos mercaderes valencianos llamados Onofre Exarque y Baltasar de Torres, residentes en Argel, que aprontasen el caudal suficiente para comprar una fragata armada; y habiendo facilitado Exarque hasta mil quinientas doblas, el renegado Girón verificó á su nombre la compra de un bajel de doce bancos, y lo habilitó y dispuso para hacerse á la mar, todo por dirección oculta del mismo Cervantes.

37. Había éste avisado con igual reserva á sesenta de los más principales cautivos para que estuviesen prontos á embarcarse al primer aviso para tierra de cristianos; y ya se acercaba el momento de la partida, cuando un mal intencionado lo descubrió todo al rey Azán, y frustró esta nueva tentativa de evadirse del cautiverio. En efecto, el Dr. Juan Blanco de Paz, natural de la villa de Montemolín junto á Lerena, olvidado de haber sido religioso profeso de la orden de Santo Domingo en Santiesteban de Salamanca, resentido ó envidioso de Cervantes y de algunos de sus compañeros, descubrió al Rey el proyecto que tenían de huirse en aquella em-

barcación, recibiendo de su mano un premio harto mezquino é indecoroso por una delación tan atroz y detestable.

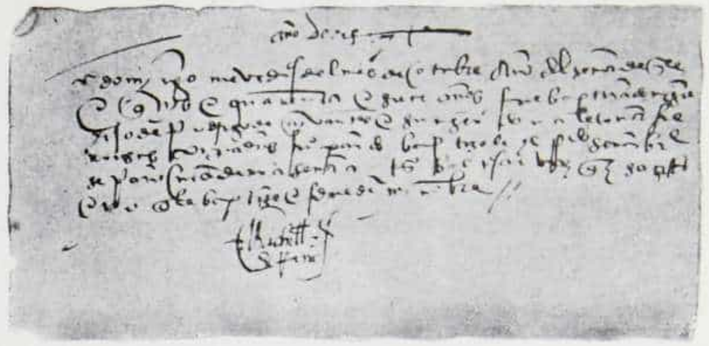
38. Pareció sin embargo al Rey que era conve-



Pila en que fué bautizado Cervantes.

niente disimular por entonces, con la idea de coger á los cristianos en el hecho para castigarlos ó apropiárselos con más visos de razón y justicia; pero como la dilación diese lugar á que se susurrase esta noticia, los cristianos luego que presumieron que el Rey era sabedor de todo, se amedrentaron en extremo, y en particular Onofre Exarque, que temía perder su hacienda, libertad y vida, creyendo que si prendían á Cervantes le obligarían con tormentos á declarar todo el suceso y los cómplices que mediaban en él. Para evitarlo le rogó y persuadió encarecidamente que se embarcase para España en unos navíos que estaban para dar la vela, pues él satisfaría con su caudal el importe de su rescate; pero Cervantes, que penetró todo su recelo y desconfianza, y cuán indecoroso le era huir del peligro, dejando en tanto riesgo á sus compañeros, no sólo no quiso aceptar la oferta, sino que procuró tranquilizarle con la magnanimidad que le era característica, diciéndole que ningún tormento, ni aun la muerte misma, bastaría para que él descubriese ó condenase á ninguno de sus compañeros, antes bien se culparía á sí mismo para salvarlos á todos; y que esta resolución firme y constante la hiciese saber á ellos, para que viviesen tranquilos, sin zozobra ni cuidado sobre su futura suerte.

39. Entre tanto Ceruantes, fugitivo de la casa de su señor, se había amparado del alférez Diego Castellano, antiguo camarada suyo, que le tuvo escondido hasta ver las órdenes y disposiciones que tomaba el Rey de resultas de haber descubierto esta conspiración. Pocos días después se mandó con público pregón buscar á Cervantes, imponiendo pena de la vida á quien le tuviese oculto; y receloso entonces él de ocasionar algún daño á su amigo, ó de que otro cristiano padeciese por su causa si se intentaba hacer la averiguación por medio de tormentos, resolvió de su propia y espontánea voluntad presentarse, fiándose para ello de un renegado, natural de Murcia, llamado Morato Ráez Maltrapillo, íntimo amigo del Rey, por cuyo medio é intercesión esperaba salir mejor de aquel apuro. Luego que estuvo á la presencia de Azán Agá empezó éste á preguntarle para inquirir las circunstancias del proyecto y sus cómplices; y aun para más amedrentarle hizo que le pusiesen un cordel á la garganta, y que le atasen las manos atrás como si se dispusiesen para ahorcarle; pero Cervantes, con la mayor serenidad, no sólo no culpó á ninguno, sino que confesó constante y repetidamente que sólo él lo había ideado y dispuesto todo con otros cuatro caballeros que ya habían ido en libertad, pues de los restantes ninguno lo sabía ni debía saberlo hasta el momento mismo de la ejecución. Las respuestas y salidas que dió á las instancias y reconvenciones del Rey fueron tan ingeniosas y discretas, que si no bastaron á justificarle plenamente, lograron á lo menos templar la indignación de Azán Agá, quien se satisfizo por entonces con desterrar de la ciudad al renegado Girón para el reino de Fez, y con mandar que encerrasen á Cervantes en la cárcel de los moros, que estaba en su mismo palacio, donde le tuvo cinco meses aherrojado con grillos y cadenas, custodiado con mucha guardia, y tratado con sumo rigor, al mismo tiempo que por una acción tan noble *cobró* (según la expresión del alférez Luis de Pedrosa, uno de los testigos) *gran fama, loa y honra y corona entre los cristianos.*



Copia fotográfica de la partida de bautismo de Cervantes.

40. Lo cierto es que la industria y sagacidad con que Cervantes había urdido y manejado estas conspiraciones, y el valor y constancia con que había sobrellevado los riesgos á que por cuatro veces se expuso de perder la vida empalado, enganchado ó abrasado vivo por salvar á sus compañeros, le granjearon tal concepto, y le hicieron tan respetable y temible á los argelinos, que el mismo Azán Agá llegó á recelar que aspirase á levantarse con Argel y destruir aquel asilo de los piratas del Mediterráneo. El ejemplo de dos valientes españoles que le habían precedido en empresa tan ardua y temeraria, y el considerable número de más de veinticinco mil cautivos con que podía contar para su ejecución, le alentaron en la idea de apoderarse de aquella ciudad con el fin de entregarla á su soberano Felipe II, haciéndola parte de la Monarquía española, bien persuadido de su importancia y de las desdichadas ocasiones en que se había malogrado su conquista por el ordinario medio de las armas, aunque dirigidas por los más señalados capitanes de aquel siglo. Y hubiéralo conseguido, según las atinadas disposiciones que había tomado, si la ingratitud y malevolencia de algunos conjurados no descubriera sus planes, frustrándolos para siempre, y exponiendo su vida á ser víctima de tan abominable perfidia. Empresas que decía el mismo Cervantes quedarían por muchos años en la memoria de aquellas gentes, y de las cuales aseguraba el P. Haedo se pudiera hacer una particular historia. No era por consiguiente la opresión y custodia en que tenía á Cervantes el Rey Azán un mero efecto de su condición severa y destemplada, sino una medida de precaución por su propia seguridad y la de su república; y por eso solía decir que *como tuviese bien guardado al estropeado español, tendría seguro su capital, sus cautivos y sus bajeles.*

Casa que habitó Cervantes en Valladolid.

41. El mismo Cervantes lo conoció así, confesando la moderación y templanza con que le trató Azán Agá; tan ajena de su carácter y condición, como no experimentada de los demás esclavos. Después de hablar en boca del cautivo de las crueldades que usaban con ellos, añade: *sólo libró bien con él un soldado español llamado* Tal de Saavedra, *el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.*

42. A estas aflicciones y sobresaltos se unieron, especialmente en los últimos años de su cautiverio, los que producían las calamidades generales que se experimentaron en Argel. La bárbara tiranía y despotismo de Azán-Bajá le sugirió desde su entrada en el gobierno los medios de apoderarse de todos los víveres, granos y provisiones, y poder dar exclusivamente la ley en los precios sin otro límite ni respeto que el ansia de satisfacer su desenfrenada codicia, de que resultaron la carestía, la hambre, las enfermedades y una mortandad tan horrorosa en la gente pobre del país, que se veían todas las calles de la ciudad cubiertas de cadáveres y moribundos, calamidad que si no alcanzó en todo su rigor á los cautivos cristianos, tal vez por el interés de sus amos en no perder sus rescates, no pudo al menos eximirlos de las angustias y penalidades que causa una carestía y miseria tan lamentable en una población tan numerosa y abandonada en aseo y policía como la de Argel. Por este mismo tiempo, al ver los formidables preparativos que con tanta reserva y actividad hacía Felipe II para la conquista de Portugal, se apoderó un terror pánico y recelo tal de los magnates argelinos, creyendo que el objeto de aquel armamento era el de apoderarse de su ciudad, que trabajaron con incesante afán en aumentar y restablecer sus fortificaciones, empleando en esto de día y de noche á los cautivos cristianos, á quienes celaban con la mayor vigilancia, y oprimían con nuevas vejaciones en razón de la proximidad del riesgo en que se creían, hasta que la entrada del ejército español en Portugal les desengañó del verdadero destino de aquella expedición.

43. Mientras Cervantes ponía en obra medios y arbitrios tan arriesgados é ingeniosos para obtener su libertad, sus padres procuraban conseguírsela desde Madrid por el ordinario camino del rescate. Faltábales empero el caudal suficiente para realizarle, por haber consumido en 1577 el poco que tenían en redimir al hijo mayor, y así luego que éste llegó á España, solicitó Rodrigo de Cervantes ante un alcalde de corte que se recibiese información judicial, no sólo de la calidad, circunstancias y servicios de su hijo Miguel, sino también de la absoluta pobreza en que se hallaba para poder rescatarle. A este fin presentó en 17 de Marzo de 1578 un interrogatorio de seis preguntas, y al mismo tiempo cuatro testigos, que habiendo tratado y conocido á su hijo en las jornadas de Levante y en el cautiverio, podían contestarlas con toda seguridad. Eran éstos las alféreces Mateo de Santisteban, natural de Tudela de Navarra, y Gabriel de Castañeda, del lugar de Salaya en las montañas de Santander, el sargento Antonio Godínez de Monsalve, natural y vecino de Madrid, y D. Beltrán del Salto y de Castilla, que se hallaba en esta corte, los cuales contestaron como testigos oculares muchos hechos de los que quedan referidos, y confirmaron ser Cervantes hijo legítimo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, de edad de treinta años, poco más ó menos, según lo que representaba por su aspecto; que había sido cautivado por Dali Mamí, aunque sabían que ya estaba en poder de Azán-Bajá, y que su padre era hijodalgo, y muy pobre por haber vendido los pocos bienes que tenía para rescatar á su hijo mayor.

44. Residía también á la sazón en Madrid el duque de Sesa, después de haber sido virrey de Sicilia; y á nombre y por parte de Cervantes le suplicaron sus parientes les diese un certificado de los méritos y servicios que había contraído en Italia y en las expediciones mencionadas, respecto á haber perdido, cuando le cautivaron, los despachos que traía para solicitar del Rey alguna gracia. El duque, á quien constaba la verdad de todo, expidió desde luego, con fecha 25 de Julio del mismo año, una certificación muy expresiva, sellada con sus armas y refrendada por su secretario, en que, citando sumariamente los méritos de Cervantes concluye con que era digno de que S. M. le hiciese toda merced para su rescate.

45. Este era el objeto de los afanes y solicitudes de sus padres, y para cuyo logro procuraban unos testimonios tan autorizados. Pero habiendo fallecido entonces Rodrigo de Cervantes sin el consuelo de ver á su hijo en libertad, se difirió el despacho de la pretensión más de lo que se quería y era necesario. Entre tanto se dispusieron para ir á Argel, al rescate de cautivos por orden de Felipe II, de su consejo Real y de los superiores de la Religión de la Santísima Trinidad el R. P. Fr. Juan Gil, procurador general de aquella Orden, y redentor por la corona de Castilla, y el P. Fr. Antonio de la Bella, ministro de la casa de Baeza; á los cuales se presentaron en 31 de Julio de 1579 doña Leonor de Cortinas, ya viuda, y doña Andrea de Cervantes su hija, vecinas de Alcalá y residentes en Madrid, para entregarles 300 ducados, los 250 de la primera, y los 50 de la segunda, para ayuda del rescate de Miguel, su hijo y hermano.

46. Para acrecentar esta cantidad continuó después doña Leonor de Cortinas las diligencias que había meditado su marido, y dirigió al Rey una súplica, apoyada con la información judicial y la certificación del duque de Sesa, para que S. M., en consideración á los méritos de su hijo y á la pobreza en que ella estaba, le concediese algún arbitrio ó gracia para rescatarle. Atendió el Rey á esta instancia, concediendo á doña Leonor, en 17 de Enero de 1580, permiso para que del reino de Valencia se pudiesen llevar á Argel 2.000 ducados de mercaderías no prohibidas, con tal que su beneficio é interés sirviese para el rescate de su hijo; pero fué tal la mala suerte de esta familia, que no llegó á tener efecto esta gracia, porque, tratando de beneficiarla, no daban por ella sino 60 ducados.

LA PINTURA Y «DON QUIJOTE»

Apoteosis de «Don Quijote», por Ferrant.

47. Entre tanto, los padres redentores emprendieron su viaje á Argel, adonde llegaron el 29 de Mayo de 1580, día de la Santísima Trinidad, y empezaron á tratar desde luego del rescate de los cautivos. La dificultad que tuvieron en el de Cervantes le retardó algún tiempo, porque el Rey pedía por él 1.000 escudos para doblar el precio en que le había comprado, y amenazaba que si no le aprontaban esta cantidad le llevaría consigo á Constantinopla. Había Azán finalizado su gobierno, que, por orden del Gran Turco, entregó á Jaferbajá, é iba á partir para aquella capital con cuatro bajeles suyos y de su chaya ó mayordomo, armados todos con esclavos y renegados propios, llevando además la escolta de otros siete buques que regresaban á Turquía, y ya tenía á bordo á Cervantes, asegurado con grillos y cadenas. Compadecido el P. Gil de su situación, y temiendo se perdiese para siempre la ocasión de lograr su libertad, rogó é instó con la mayor eficacia hasta conseguir rescatarle en 500 escudos de oro, en oro de España, buscando para ello dinero prestado entre los mercaderes y aplicándole varias cantidades de la redención y de las limosnas particulares hasta completar aquella suma. Concluído este concierto, y gratificados con nueve doblas los oficiales de la galera por sus derechos, fué desembarcado Cervantes el 29 de Septiembre, en el momento mismo en que dió la vela Azán-Bajá para su destino.

48. Recobrada su libertad, quiso Cervantes justificar su conducta, y poner su reputación á salvo de los tiros de la envidia y de la malignidad antes de presentarse en España. Importábale además para sus pretensiones y para el logro de algún premio correspondiente á sus servicios, que se supiesen y constasen con toda solemnidad los que con tanto riesgo suyo acababa de intentar durante su cautiverio. Con este objeto se presentó ante el P. Gil en 10 de Octubre de 1580, suplicándole que no habiendo en Argel persona alguna que tuviese administración de justicia entre los cristianos, y representando él allí á S. M. y á la santidad del Sumo Pontífice como delegado apostólico, mandase se recibir una información de testigos ante el notario Pedro de Ribera, según el interrogatorio que había formado. Otorgósele esta demanda, y se examinaron once de los principales y más calificados cristianos que allí había, al tenor de veinticinco preguntas, que comprenden difusamente, no sólo todos los sucesos y empresas ocurridas en los años anteriores, según se han historiado, sino una comprobación de la conducta pública y privada de Cervantes y de la de sus émulos, quienes habían puesto en ejercicio todos los manejos y medios más infames para desacreditarle y perderle.

49. Desde que Juan Blanco de Paz había delatado al Rey el proyecto de la fragata armada á nombre del renegado Girón, estaba tan odiado y aborrecido de los cautivos, que sin duda le hubieran quitado la vida á puñaladas por tan fea traición, si no les contuviera el Dr. Antonio de Sosa. Corrido y abochornado aquel infame delator, manifestó desde luego su enemistad y resentimiento, en especial contra los mercaderes Exarque y Torres y contra Cervantes, á quien abiertamente negó su trato y conversación. Llegó á tal extremo su encono y ojeriza, que para desacreditar á Cervantes, y perjudicarle en sus pretensiones venideras, trató de formarle secretamente una causa criminal sobre su conducta y proceder, seduciendo á unos testigos con dádivas y promesas de su libertad, y sorprendiendo la sencillez de otros con aparatos de gran autoridad y valimiento.

50. Con tan dañado propósito fingió y divulgó ser comisario del Santo Oficio, con cédula y comisión del Rey para ejercer allí sus funciones, y aun se atrevió á requerir á los padres redentores de España y de Portugal, al Dr. Sosa y á otros eclesiásticos que le reconociesen por tal y le prestasen obediencia; pero exigiéndole éstos la manifestación de sus títulos y poderes, y viendo que no los tenía, hallaron mucha razón para convencerle, como lo hicieron, de su falsedad, y reprenderle severamente tan ruin intención y tan enorme delito.

51. En tales antecedentes fundaba Cervantes la necesidad de acrisolar su conducta para acreditarla en España ante el Rey y sus tribunales de un modo que desvaneciese toda sugestión maligna de sus émulos Nada le quedó que desear en esta parte; porque la información que recibió el P. Gil es la apología más completa, donde resaltan, como en la pintura las luces entre las sombras, las nobles prendas y virtudes de su corazoón al través de los vicios y viles maquinaciones de sus calumniadores.

52. Para graduar todo el mérito de su conducta y religiosidad es preciso dar idea de algunas costumbres de aquellos bárbaros. Una de las más depravadas y horribles era la seducción de los jóvenes que caían cautivos, á los cuales compraban en excesivo precio, los vestían con gran lujo y ostentación, los regalaban con exquisitas comidas y manjares, los halagaban con toda suerte de caricias, prohibiéndoles el trato con los cristianos y las prácticas de su religión; por cuyos medios los inducían á renegar y pervertían sus costumbres. Sólo cuando no eran suficientes estos arbitrios se valían del rigor y de la crueldad. No era extraño, pues, que en asunto de tan grave trascendencia se lamentasen con tal celo los escritores de aquel tiempo y otras personas timoratas de la facilidad con que se corrompía la juventud en el cautiverio, excitando la piedad cristiana para salvarla y redimirla de tan inminente peligro. Cervantes lo pintó con suma viveza y discreción en su *Trato de Argel* y en la historia de la hija del morisco Ricote, que disfrazó de mujer á su amante D. Gaspar Gregorio para librarle de este riesgo; y durante su esclavitud, sin poder contener los impulsos de su ardiente caridad, dió avisos, consejo é industria á cinco muchachos renegados, pertenecientes á los turcos más principales de Argel, para que se reconciliasen con nuestra santa religión, y, yendo de viaje en las galeotas con sus patrones, se huyesen á tierra de cristianos, como lo hicieron con gran satisfacción suya.

53. No era menos odiosa y tiránica la conducta particular de los amos con respecto á los esclavos pobres, á los cuales después de emplearlos en sus ocupaciones domésticas, obligaban á trabajar en las obras públicas de la ciudad ó en otras faenas, duras pero lucrativas, con el fin de aprovecharse también de esta ganancia é interés y de ahorrarse hasta el mezquino mantenimiento que les daban; maltratándolos tan cruelmente si no cumplían con

esta diaria contribución, que á veces quedaban inutilizados para siempre, y entonces los sacaban á las puertas de las casas á pedir limosna para sustentarse. Cervantes, lastimado de la suerte de estos miserables, procuraba, con caritativo afán, aliviársela, proporcionándoles socorros para su sustento y para que se libertasen de los bárbaros castigos y malos tratamientos de sus amos. Así lo declararon algunos de los testigos examinados en Argel, alabando su ocupación virtuosa y cristiana en hacer bien á los pobres cautivos y en distribuir entre ellos lo poco que tenía y podía allegar para mantenerlos y satisfacer sus jornales, evitando por este medio que los maltratasen sus patrones.

54. Aparece, además, y consta en la información por testimonio uniforme de tantas personas calificadas y veraces, que Cervantes fué siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano católico; que su celo fervoroso y su instrucción sólida en los fundamentos de la fe, le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida; que con el mismo espíritu animaba para que no renegasen á los que veía tibios y desalentados: que su nobleza de ánimo, sus buenas costumbres, la franqueza de su trato y su ingenio y discreción le granjeaban muchos amigos, complaciéndose todos en reconocerle por tal; que su popularidad y beneficencia le captaban igual concepto y aprecio entre la muchedumbre; que, sin embargo de esto, conservó aún en su esclavitud todo el decoro propio de sus circunstancias, tratando y conversando familiar y amigablemente con los sujetos más distinguidos por su estado y condición, y que los mismos padres redentores, conociendo su talento y buenas prendas, no sólo le trataron con singular aprecio, sino que consultaban y comunicaban con él los asuntos y negocios más arduos de sus encargos y comisiones.

55. Entre las muchas declaraciones que comprueban todo esto, es notable la de D. Diego de Benavides, natural de Baeza, que habiendo llegado cautivo desde Constantinopla, preguntó en Argel á algunos cristianos quiénes eran los principales y más señalados; y habiéndole indicado especialmente á Cervantes entre los primeros, porque era *muy cabal, noble y virtuoso, y de muy buena con-*

LA PINTURA Y DON QUIJOTE

Entierro del pastor Grisóstomo, por Hispaleto.

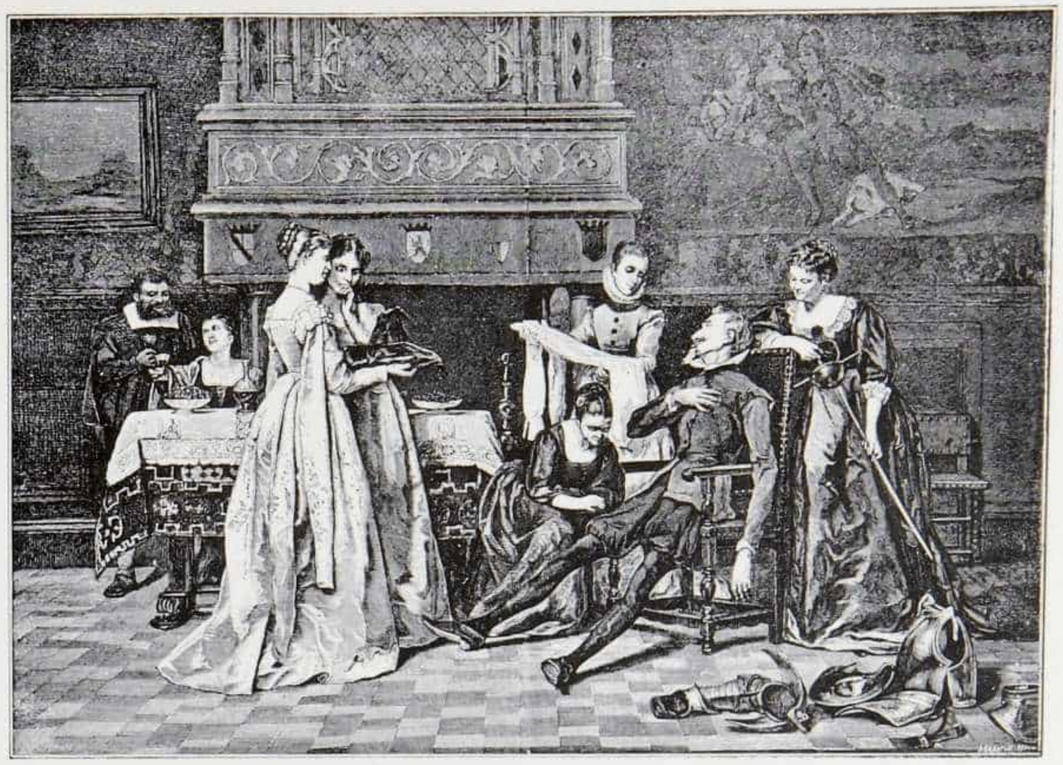
dición, y amigo de otros caballeros, le buscó y procuró su compañía, hallando en él *padre y madre*, pues siendo nuevo en aquella tierra, sin tener de quien valerse, Cervantes, que ya estaba rescatado, no sólo le ofreció con generosidad su posada, ropa y dineros, sino que le llevó consigo á su casa, donde le alojó y dió de comer, haciéndole *mucha merced*, hasta que pudiesen venir juntos á España. El alférez Luis de Pedrosa, natural de Osuna, declaró que puesto que hubiese en Argel otros caballeros tan buenos como Cervantes, no había visto quien hiciese bien á cautivos ó presumiese de casos de honor tanto como él, y que *en extremo tiene especial gracia en todo, porque es tan discreto y avisado, que pocos hay que le lleguen*. El religioso carmelita Fr. Feliciano Enriquez, natural de Yepes, refiere que después de haber comprobado por sí mismo una calumnia que habían levantado contra Cervantes, se hizo muy amigo suyo, como lo eran todos los demás cautivos, *á quienes da envidia su hidalgo proceder, cristiano y honesto y virtuoso*. El mismo P. Fr. Juan Gil, después de abonar la buena fe y circunstancias de los testigos, dice que tenía á Cervantes por muy honrado, que había servido muchos años al Rey, y que particularmente por las cosas que había hecho en su cautiverio merecía que S. M. le hiciese mucha merced; añadiendo al mismo tiempo que le había tratado con intimidad y confianza, y que se hubiera abstenido de su trato si se hallase mal conceptuado ó careciese de las prendas que confesaban en él tantos como le conocían. El Dr. Antonio de Sosa, que por estar siempre encarcelado con cadenas no pudo declarar en la información, cuando llegó á sus manos el interrogatorio, escribió de su puño en 21 del mismo mes de Octubre una relación al tenor de sus preguntas, en la cual confirmando y ampliando con sumo juicio y discreción los hechos que contiene, dice, entre otras cosas, que hacía cerca de cuatro años mantenía con Cervantes estrecha amistad; que siempre le consultaba éste sus proyectos y aun los versos que componía; que no había notado en él vicio ni escándalo alguno, *y si tal no fuera* (añade) *yo tampoco le tratara ni comunicara, siendo cosa muy notoria que es de mi condición y trato no conversar sino con hombres y personas de virtud y bondad*.

56. ¡Qué contraste y oposición no presenta este retrato de Cervantes con el de Juan Blanco de Paz, su competidor! Abandonado éste en sus obligaciones religiosas, ni asistía al servicio de la iglesia, ni á sus rezos y oraciones, ni consolaba á los cautivos enfermos en los hospitales: seductor y pendenciero, intentó alucinar á muchos con falsas promesas para que declarasen contra varios cristianos, singularmente contra Cervantes, y tuvo la osadía de maltratar con sus manos sacrílegas á dos sacerdotes: envidioso y calumniador, delató el proyecto de la fragata, y quiso culpar de ello al doctor Domingo Becerra, esclavo del Rey, que le convenció de la impostura, y le avergonzó con la verdad de haber sido él solo quien hizo tan infame delación... Pero apartemos los ojos de semejantes fragilidades y miserias á que puede arrastrarnos el torrente desenfrenado de los pasiones cuando se pierde el sendero de la virtud y de la razón.

57. A vista de todo esto no es de admirar que Cervantes diese, durante su vida, tanta importancia á los acontecimientos que promovió en Argel, ni á los trabajos y persecuciones que padeció por esta causa, haciendo mención con frecuencia de tales sucesos, ó aludiendo á ellos en casi todas las obras que escribió, y que no han podido hasta ahora entenderse ni explicarse bien por carecer de estas noticias: ni menos debe extrañarse que conservara tan viva su gratitud á los padres redentores y á su sagrado y caritativo instituto, del cual hizo un digno elogio en la novela de la *Española inglesa*. El P. Haedo confiesa que el cautiverio de Cervantes fué de los peores que hubo en Argel, y él mismo decía muchos años después que en aquella escuela *aprendió á tener paciencia en las adversidades*. Estas no pudieron con todo marchitar la lozanía de su ingenio ni sofocar su amor y su pasión á las buenas letras. Consta que escribió allí algunos versos á objetos sagrados propios de su devoción, y es muy verosímil que compusiese entonces algunas de su comedias, pues sabemos que para solemnizar ciertas festividades se entretenían los cautivos dentro de los baños en representar varios dramas y recitar los pasos más graciosos de nuestros poetas, como lo indica el mismo Cervantes en los *Baños de Argel*, donde inserta cierto fragmento en verso de uno de los coloquios pastoriles de Lope de Rueda, que supone se recitó por los cautivos en una de aquellas funciones. Pero sobre todo lo que no pudo escaparse de su ingenio perspicaz y filósofo fué el conocimiento de las costumbres y usos de los moros y turcos, que por esto retrató con tan admirable pincel y extremada propiedad en la mayor parte de sus apreciables escritos.

58. Luego que Cervantes concluyó estas diligencias tan á su placer, recogió testimonio de ellas, autorizado por Pedro de Ribera, notario apostólico,

LA PINTURA Y DON QUIJOTE



Don Quijote en casa de los duques, por Gisbert.

y una certificación del P. Gil, firmada en 22 de Octubre, con intención de requerir, si fuese necesario, al consejo de S. M. para que le hiciese merced; y partió para España con otros compañeros que venían en libertad á fines del mismo año de 1580, logrando (según su propia expresión) *uno de los mayores contentos que en esta vida se puede tener, cual es el de llegar después de luengo cautiverio, salvo y sano á su patria: porque no hay en la tierra*, añade en otro lugar, *contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida*.

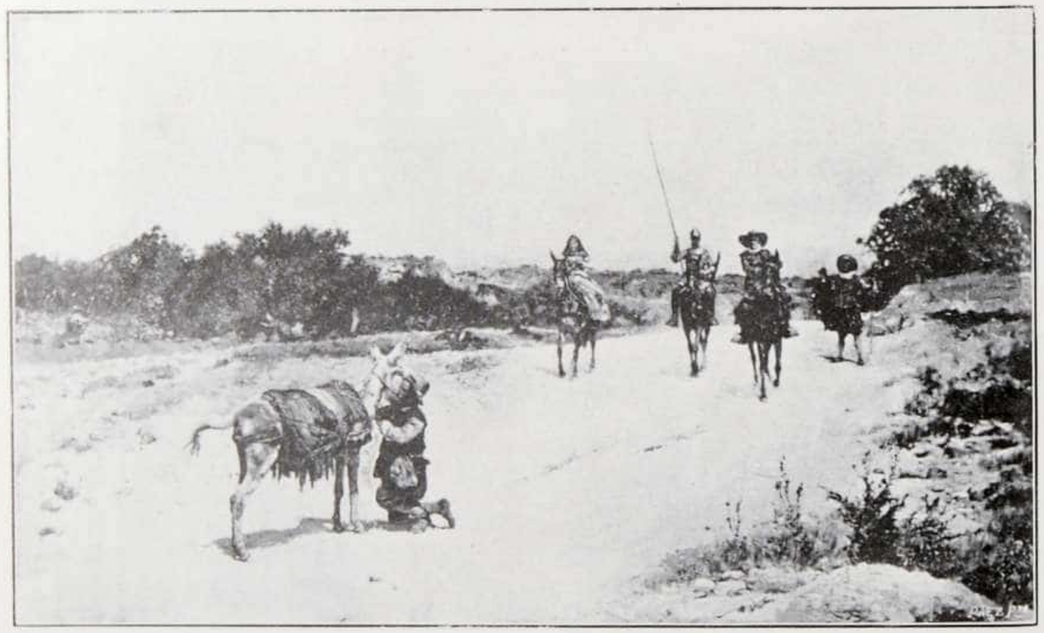
59 Al tiempo de su llegada estaba Felipe II en Badajoz convaleciente de la grave enfermedad que había padecido, penetrado de aflicción por la muerte de su esposa la Reina Doña Ana de Austria, y ocupado enteramente en la conquista del reino de Portugal, donde después de allanado todo por el gran duque de Alba y su valeroso adalid Sancho Dávila, entró en 5 del mes de Diciembre, convocando Cortes en la villa de Tomar para mediados de Abril del año siguiente. El ejército castellano permanecía en aquel reino con el objeto de conservar la tranquilidad pública, sofocar las parcialidades que aún se manifestaban, hacer respetar la autoridad del Rey, y preparar la reducción de las islas Terceras. Continuando Rodrigo de Cervantes su carrera militar, se hallaba sirviendo en aquel ejército; y su hermano, cuando llegó de Argel, conoció que las circunstancias no le proporcionaban otro medio más oportuno de conseguir sus pretensiones, que el de volver á servir en las tropas que estaban en Portugal. Puede presumirse con mucho fundamento que entonces se reunió á su antiguo tercio, que subsistía á cargo del maestre de campo general D. Lope de Figueroa, constándonos que se componía de soldados veteranos, ejercitados en las guerras de Levante y de Flandes, y muy acostumbrados á tener grandes victorias de sus enemigos.

60. Así era natural que sucediese, y que por lo mismo se hallase Cervantes en el verano de 1581 embarcado en las naves con que salió de Lisboa aquel general para auxiliar á D. Pedro Valdés, que, con una escuadra, se hallaba comisionado para reducir las islas Terceras á la obediencia del Rey, y

para proteger las naves que traficaban en las Indias. D. Lope de Figueroa, que reconoció en la mar las de Portugal, que venían del Oriente, las proveyó de víveres y las dirigió á Lisboa, donde entraron con felicidad; y habiendo después encontrado al general Valdés disgustado del mal éxito de un desembarco que intentó en la Tercera, y no pudiendo avenirse los dos en sus dictámenes y opiniones, obraron separadamente, y regresaron casi al mismo tiempo á los puertos de Portugal.

61. En ellos mandó reunir Felipe II, para el año siguiente, las varias escuadras que se aprestaron en otras provincias marítimas, á fin de contener los excesos de las cortes de Francia é Inglaterra, que oculta y disimuladamente apoyaban las pretensiones de D. Antonio, prior de Ocrato, á la corona de Portugal; sostenían la rebeldía de las Terceras, é intentaban apoderarse de los tesoros que de nuestras colonias conducían las flotas y galeones. Con estas miras había ya salido á la mar una escuadra francesa; y Felipe II, que eligió para mandar la española al mayor marino de su siglo, al ínclito don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, le ordenó que diese la vela, llevando embarcada mucha tropa del ejército, y en este número, los aguerridos tercios de nuestra infantería, que estaban á cargo de los maestres de campo D. Lope de Figueroa y D. Francisco de Bobadilla, á los cuales, estando á bordo, se les pasó revista general el 29 de Junio de 1582 en el río de Lisboa. Salió de allí la Armada el 10 del mes siguiente; el 21 descubrió la isla de San Miguel y el 25 á los enemigos á sotavento y en las cercanías de la Tercera. Empezaron luego á cañonearse algunos buques de ambas escuadras, aunque se interrumpió el combate, que se empeñó obstinadamente al día inmediato, porque los franceses fiaron demasiado en la superioridad de sus fuerzas. El galeón *San Mateo*, que era la almiranta, y en que iba embarcado D. Lope de Figueroa, y verosímilmente Cervantes, fué el que más se distinguió en los principios de la acción, porque, atacado á la vez por varias naves francesas, tuvo que defenderse valerosamente durante dos horas, abordando á unas, echando á pique á otras, y maltratando á las que pudo, en medio de haber sido incendiado por cinco veces, logrando apagar el fuego con sola su gente. Tan crítica era su situación, que obligó al marqués de Santa Cruz á mandar que virase toda la escuadra para socorrerle. De esta maniobra resultó poder entrar en combate los que estaban á retaguardia, quedando á la cabeza de la línea los esforzados marinos Villaviciosa, Miguel

LA PINTURA Y «DON QUIJOTE»



El hallazgo del rucio, por Moreno Carbonero.

LA PINTURA Y «DON QUIJOTE»

Don Quijote y Sancho, después de la aventura de los molinos, por Muñoz Degrain.

de Oquendo y otros, quienes, auxiliados de su general, lograron, no sólo libertar al galeón *San Mateo*, sino destruir y apresar la mayor parte de las naves enemigas, poner en fuga las restantes y obtener, con fuerzas tan inferiores, una de aquellas victorias maravillosas que señalan rara vez los siglos para perpetuar la memoria de los insignes capitanes y glorificar á sus naciones con el recuerdo de su nombre. La armada española, después de haber permanecido algunos días en la isla de San Miguel para reparar sus averías, tomó noticias del estado en que se hallaba la Tercera, y regresó á Lisboa el 10 de Septiembre. Cervantes asegura haberse hallado en esta expedición con su hermano Rodrigo, aunque sin especificar otras particularidades ni circunstancias.

«DON QUIJOTE» EN EL TEATRO

D. José Calvo y D. Mariano Fernández en la obra de Ventura de la Vega y Hartzenbusch, «Don Quijote de la Mancha.»

62. Ambos sirvieron también en la jornada del año siguiente, que fué una consecuencia de la anterior, porque destruído el auxilio con que contaban los partidarios de D. Antonio en las islas, se facilitó la reducción de la Tercera; á cuyo fin cuando regresó á Castilla Felipe II en 11 de Febrero de 1583 dejó dispuesto en Lisboa el apresto de otra armada á cargo del mismo D. Alvaro de Bazán. Entre la mucha y escogida infantería que se destinó en ella fueron veinte banderas del tercio de Figueroa, que se componía de tres mil setecientos soldados veteranos. Salió de Lisboa el marqués el 23 de Junio, y ejecutó su desembarco en la Tercera con admirable brío y valentía de sus soldados, por ser en una playa y haber á la sazón gran resaca de la mar; distinguiéndose en esta acción el al-

férez Francisco de la Rua, que por haber encallado la barca que le conducía, se echó al agua intrépidamente con su bandera, y fué seguido del capitán Luis de Guevara y de Rodrigo de Cervantes, á quien por tan arriesgada hazaña aventajó después el mar qués de Santa Cruz. Tan heroico ejemplo alentó á otros muchos soldados, que á nado fueron saliendo á la orilla; pero con tal ímpetu y valor, que ayudándose unos á otros, sin necesidad de escalas ni de abrir brechas subieron encima de las trincheras enemigas, y en ellas enarbolaron el estandarte de Castilla. Con igual denuedo fueron batidas y deshechas las tropas portuguesas y auxiliares, y tomados todos los fuertes y castillos, en cuyo estado hubieron de capitular los franceses, y se facilitó de esta manera la reducción, no sólo de aquella isla, sino también de las otras que restaban, aunque de menor consideración. Con tanta gloria y felicidad terminó esta campaña el marqués de Santa Cruz, entrando en Cádiz el 15 de Septiembre en medio de los aplausos y aclamaciones de todos los buenos españoles.

63. Cervantes, que había sido testigo así en Levante como en el Océano de tantas y tan memorables hazañas de aquel héroe de la marina española, obedeciendo sus órdenes como súbdito, y admirando sus virtudes como filósofo, quiso tributar á su gloria las alabanzas que le dictaron su admiración y su reconocimiento; y además de un buen soneto que compuso con este fin, y publicó algunos años después el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa en sus *Comentarios de la jornada de las islas Azores*, son notables las expresiones con que hablando en la primera parte del QUIJOTE del apresamiento de la galera que mandaba un hijo de Barbarroja, concluyó diciendo: *Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz*: elogio sincero y justo, tan debido á la buena memoria de aquel gran general, como propio de la gratitud y respeto de un soldado veterano, que militó tantos años bajo sus vencedoras banderas.

64. La permanencia y detención que con este motivo hizo en Portugal, le proporcionaron estudiar y conocer aquel país, y las costumbres y usos de sus habitantes, de quienes fué acogido sin duda con benevolencia y apreciado como lo exigía su distinguido mérito. Su edad que aún conservaba la lozanía y vigor de la juventud, su carácter bondadoso y apasionado, y su viva y penetrante imaginación le encaminaron, naturalmente, al amor, y á dar á conocer los accidentes de esta pasión en sus poesías y escritos. Decía que todos los moradores de Lisboa *son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos, y qne la hermosura de las mujeres admira y enamora;* ponderaba la lengua portuguesa de *dulce y agradable;* llamaba á Lisboa *famosa y gran ciudad*, y á aquel país *tierra de promisión*. En tales circunstancias hay lugar de presumir que contrajo relaciones de amistad y galantería con alguna dama portuguesa, de quien tuvo por este tiempo una hija natural, que se llamó doña Isabel de Saavedra, la cual, aun casado su padre, le siguió en sus varios destinos, y vivía en su compañía y en la de su mujer cuando se hallaban establecidos en Valladolid mientras permaneció allí la corte de Felipe III. Lo cierto es que Cervantes conservó tan viva la memoria de la buena acogida y franca hospitalidad que recibió en Portugal, que jamás pudo dejar de ser un panegirista de la cultura y religiosidad de aquella ilustre nación y de las nobles prendas de sus naturales; como se advierte en muchos de sus escritos, especialmente en el libro tercero del *Persiles*, donde resalta su juicio y discernimiento á la par de su gratitud y generosidad.

65. Iguales conocimientos debió á los demás países en que había peregrinado, á donde le condujo su carrera militar, porque tratando en todos con los literatos más aventajados, estudiando sus obras y sus libros, y examinando con crítica y con imparcialidad su política é ilustración, sus virtudes y sus vicios, sus aciertos y sus errores, adquirió aquel caudal de exquisita erudición, aquel juicio recto y puro, y aquella amenidad y gracia en el estilo que caracteriza sus obras, y sobre todo aquella verdad en las pinturas y descripciones, que tomada de la misma naturaleza ó retratada de sus propios sucesos, embelesa y arrebata el ánimo de los lectores, sean nacionales ó extranjeros, porque tal es el efecto de lo sublime en las obras de imaginación. Evitando siempre la ociosidad, se aplicó también durante sus navegaciones y campañas de mar á adquirir las principales nociones de la profesión marinera, y de aquí aquella muchedumbre y variedad de aventuras y sucesos marinos que introduce en sus obras, y aquel uso tan oportuno y adecuado de las voces y frases técnicas de la gente de mar, que acrecentando la propiedad y elegancia de sus narraciones, le hacen tan superior en esta parte á los demás escritores castellanos.

66. Por estos años estuvo también Cervantes

en Mostagán, de donde fué enviado con cartas y avisos del alcaide de aquella plaza para Felipe II, quien le mandó pasar á Orán, sin duda por hallarse allí de guarnición el tercio ó la compañía en que todavía militaba. Como Cervantes no da sobre esto mayor explicación, es imposible fijar con exactitud la época de estos destinos, porque ni los sucesos que pudieron ocurrir en aquellas fortalezas tuvieron bastante influjo en los negocios públicos de la monarquía para perpetuarse en la historia, ni el carácter de un simple soldado en las funciones ordinarias del servicio militar suele excitar la consideración de los literatos é historiadores.

67. En medio de una vida tan agitada y de tan varios viajes y destinos había compuesto y concluído para fines de 1583 la *Galatea*, que fué la primera obra suya que publicó: novela pastoral, acomodada al gusto de aquel tiempo, característica de la edad juvenil de Cervantes, y en que satisfaciendo su inclinación á la poesía y al cultivo de su lengua propia, quiso acreditar la fecundidad de su ingenio, dar á conocer algunas de sus aventuras ó sucesos particulares, alabar á los poetas que entonces florecían, y dirigir á la dama, objeto de sus amores, un obsequio tanto más delicado y apreciable en aquellos tiempos, cuanto se procuraba salvar el pudor y decoro propio del sexo con la artificiosa alusión de trasladar á los campos las situaciones de aquella pasión, pintándola al natural entre el candor y la inocencia de sus moradores.

68. El mismo Cervantes indicó en el prólogo que muchos de los pastores de su novela sólo lo eran en el traje; y el ejemplo de Rodrigo de Cota, autor de la *Celestina*, y de sus coetáneos Jorge de Montemayor, Luis Gálvez de Montalvo, y sobre todo el testimonio de Lope de Vega confirman que Galatea no fué una persona ideal y fingida, sino real y verdadera. Encubierto Cervantes bajo el nombre de Elicio, *pastor en las riberas del Tajo*, refiere sus amores con Galatea, pastora *nacida en las orillas de aquel río;* y como al mismo tiempo que Cervantes publicaba estas aventuras, galanteaba á una dama principal de la villa de Esquivias, llamada doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, con quien poco después contrajo esponsales, no puede quedar duda de que ésta fué la verdadera Galatea; así como tampoco puede haberla de que bajo los nombres de Tirsi, Damón, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro introdujo en aquella fábula á Francisco de Figueroa, Pedro Láinez, D. Diego Hurtado de Mendoza, Luis

LA PINTURA Y DON QUIJOTE

El rucio de Sancho, por Pradilla.

Gálvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, don Alonso de Ercilla y Micer, Andrés Rey de Artieda, todos amigos suyos y muy celebrados poetas de aquel siglo.

69. Ya en 1.º de Febrero de 1584 había examinado y aprobado esta obra por orden del Consejo Real Lucas Gracián Dantisco, calificándola de provechosa, de mucho ingenio, de galana invención, y de casto estilo y buen lenguaje, á cuyo dictamen se unieron los elogios particulares que la dieron Luis Gálvez de Montalvo, D. Luis de Vargas Manrique y López Maldonado, que correspondieron á la aceptación que después tuvo en España y entre las naciones extranjeras. Pero estos aplausos tan generales, y aquellos elogios tan vagos é indeterminados no han servido ni pueden servir ahora de regla para juzgarla, cuando la crítica, ilustrada por el buen gusto y por la filosofía, dirige y gobierna nuestro juicio y rectifica nuestras ideas. Examinando por estos principios la *Galatea*, y considerándola como una composición pastoril, ó como una *égloga* (según la llama su autor), hallaremos que si por una parte nos admira la belleza y naturalidad de las descripciones, el decoro y la agudeza con que se trata del amor, la variedad y contraste de los afectos, las excelentes situaciones aprovechadas con tanta gracia y oportunidad, la cultura y buen uso del lenguaje, y la fecundidad del ingenio, extrañamos por otra ver unos pastores demasiado eruditos y filósofos, una multitud y prodigalidad de episodios, que ofuscando la acción principal, debilitan el interés, y confunden los personajes del primer término del cuadro con otros de un orden inferior, sin descubrir la conexión y analogía de algunos sucesos accesorios con el principal, ni el modo con que contribuyen á su desenlace. Se creería por esto que Cervantes quiso más bien hacer alarde del caudal de su invención, que parecer parco y moderado en la disposición de su fábula, prefiriendo por consiguiente la riqueza y aun la superfluidad á la prudente y juiciosa economía; porque no hay duda que él mismo conoció estos defectos, ya anticipando disculpas de los unos en su prólogo, ya pidiendo indulgencia de los otros hasta que saliese la segunda parte, que no concluyó, aunque parece la tenía adelantada al tiempo de su fallecimiento. También indicó haber tomado la idea del *Canto de Caliope*, del que en nombre del Turia había publicado algunos años antes Gaspar Gil Polo en su *Diana enamorada* para celebrar los poetas é ingenios valencianos.

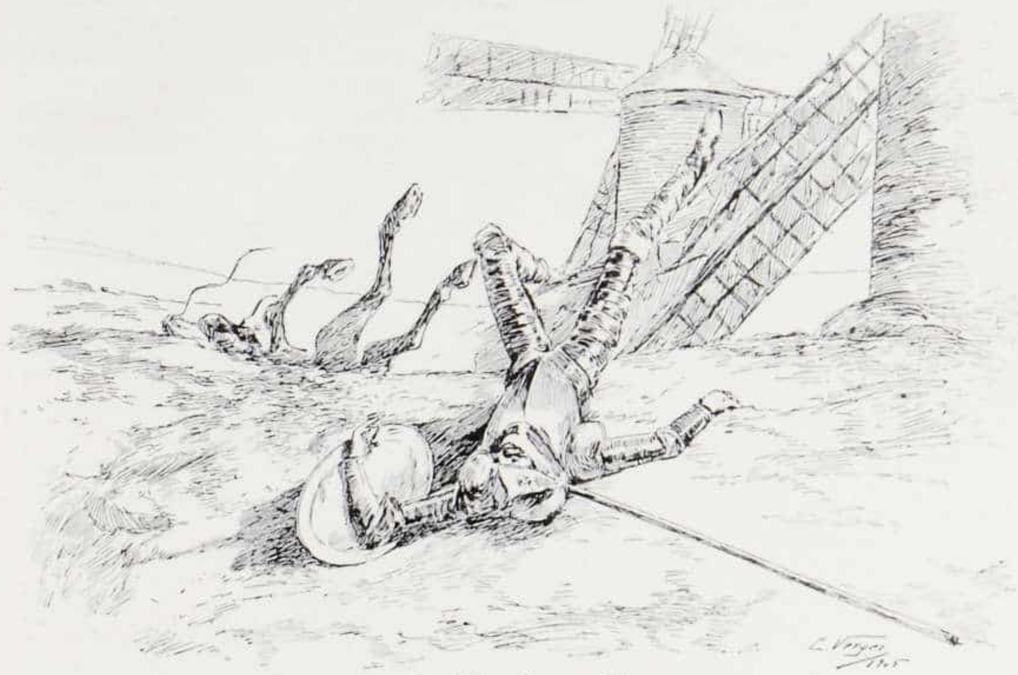
70. Sin embargo de estar aprobada aquella obra con tanta anticipación, no se publicó hasta los últimos meses de aquel año, como se deduce de haber escrito Cervantes la dedicatoria á Ascanio Colona, abad de Santa Sofía, entrado ya el mes de Agosto, pues haciendo mención del célebre Marco Antonio Colona su padre, *por haber* (dice) *seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia, que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella*, aludió discretamente con estas expresiones á su muerte, que acababa de suceder á las once de la noche del miércoles 1.º de Agosto en Medinaceli viniendo de camino desde Italia á la corte de Felipe II, que le había llamado, lo cual prueba cuán poco examinaron este punto los que aseguraron que Cervantes sacó á luz la *Galatea* en principio del año 1584, y que el fallecimiento de Marco Antonio Colona aconteció en 1585.

71. Inmediatamente que se publicó esta novela se desposó Cervantes en Esquivias á 12 de Diciembre del mismo año de 1584 con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de Fernando de Salazar y Vozmediano y de Catalina de Palacios, ambos de las más ilustres familias de aquel pueblo. Cuando se verificó este contrato parece había ya muerto el padre de la novia, la cual sin duda por esta causa debía su educación á su tío D. Francisco de Salazar, que la dejó un legado en su testamento. Por igual razón habiéndola prometido la madre al tiempo de tratarse el casamiento un razonable dote en bienes raíces y muebles, cumplió su promesa dos años después, otorgando Cervantes escritura no sólo de lo que recibió entonces, sino dotando él mismo á su mujer con cien ducados, que según dice cabían en la décima de sus bienes.

72. Así consta de la carta dotal otorgada por ambos esposos á 9 de Agosto de 1586 ante Alonso de Aguilera, escribano de número de Esquivias, donde se avecindó Cervantes, según aparece del mismo documento; pero como aquellos bienes no pudiesen alcanzar á mantener sus nuevas obligaciones, y su genio franco y sociable no se acomodase á la vida de un hacendado lugareño, la proximidad á Madrid le proporcionó residir á temporadas en esta corte, ya sea por el amor á sus propios parientes, ya por el deseo de tratar á sus amigos, ó por el afán que siempre tuvo de darse á conocer por sus versos y composiciones dramáticas.

73. Confirma esta presunción la noticia que tenemos de haber cultivado ó renovado en esta

LA PINTURA Y «DON QUIJOTE»



La aventura de los molinos, por C. Verger.

época su trato y comunicación amistosa con Juan Rufo, Pedro de Padilla, López Maldonado, Juan de Barros, Vicente Espinel y con otros insignes escritores, cuyas obras celebró en algunos sonetos y otros versos, que si bien no merecen mucho aprecio, acreditan á lo menos la bondad de su corazón y el respeto que le merecían el talento, la aplicación y la amistad. Siete años hacía que Rufo trabajaba en su *Austriada* cuando la concluyó á fines de 1578, y después de aprobada por Lainez, en 1582, todavía tardó dos años en publicarse, á la sazón que residiendo Cervantes en Madrid, escribió, en alabanza del autor, un soneto, que entre otros se estampó en los principios de aquella obra. Al mismo tiempo imprimía Padilla su *Jardín espiritual*, que salió á luz en el año siguiente de 1585, y no sólo incluyó en él unas redondillas y estancias que Cervantes había compuesto en su elogio, sino que poniendo en la obra misma varias composiciones que á intercesión del autor escribieron en loor de San Francisco *algunos de los famosos poetas de Castilla*, colocó entre ellos á Cervantes, de quien es un soneto que no carece de regularidad. Otro compuso elogiando la obra del mismo Padilla sobre las *Grandezas y excelencias de la Virgen nuestra Señora*, que salió á luz en 1587. A principios del año anterior, de 1586, publicó López Maldonado su *Cancionero*, aprobado ya por D. Alonso de Ercilla, y entre los muchos y clásicos poetas que honraron este libro con sus encomios se cuenta á Cervantes, que le celebró en un soneto y unas quintillas que se leen en las primeras páginas. También aplaudió con otro soneto la *Filosofía cortesana moralizada*, por Alonso de Barros, su amigo, aprobada igualmente por Ercilla, y publicada en 1587. Ya en este tiempo había escrito Vicente Espinel su *Casa de la memoria*, aunque no se imprimió hasta 1591, y en ella colocó y elogió á Cervantes otros célebres poetas, aludiendo con discrecion y oportunidad á los trabajos de su cautiverio, que no pudieron debilitar el vigor y fecundidad de su ingenio. Así correspondió Espinel á la honrosa mención que de él había hecho en el *Canto de Caliope*, y tal vez, desde entonces, se labraron los fundamentos de aquella amistad sólida y verdadera que los unió siempre y de que hacía memoria Cervantes en los últimos años de su vida.

74. La afición á la literatura amena, especialmente á la poesía, propagó en este siglo por las principales ciudades de Italia el gusto de las academias, erigidas ó fomentadas por las personas más nobles y distinguidas, entre las cuales se con-

taba al marqués de Pescara, fundador de la de Pavía. Este ejemplo trascendió á España en el reinado de Carlos V, distinguiéndose entre las academias que ilustraron aquella lucida corte, la que tenía en su casa el célebre Hernán Cortés, donde se reunían los hombres de mayor concepto por su clase é instrucción, de cuyas conferencias y pláticas conservamos aún algunas apreciables memorias. Pero estas Juntas no fueron permanentes, y acaso desaparecieron con sus mismos fundadores, mientras que en Italia se acrecentaban más por lo mucho que contribuían á su civilidad é ilustración. Este conocimiento estimuló en el año de 1585 á un caballero principal de la corte, de buen ingenio y aficionado á la poesía, á fundar una academia á imitación de las de Italia, á la cual concurrían los literatos y poetas más distinguidos que residían en Madrid, á quienes con este laudable objeto acariciaba con liberalidad y cortesanía. Autorizábanla con su presencia, los grandes títulos y ministros del Rey, que se complacían en oir las discusiones y aplaudir las composiciones poéticas que allí se recitaban. Por uno de los estatutos debían los académicos dejar su nombre propio, é imponerse otro á su arbitrio; y con este motivo Lupercio Leonardo de Argensola, todavía joven, adoptó el de *Bárbaro*, con alusión á doña Mariana Bárbara de Albión, á quien entonces pretendía para casarse, según lo manifestó discreta é ingeniosamente en la respuesta que dió á la academia cuando por dos veces le preguntó la causa de haber tomado aquel nombre tan singular. Es muy probable que Cervantes fuese uno de los concurrentes á esta academia, tanto por su mérito y buena reputación, renovada con la publicación de la *Galatea*, como por su amistad con los demás académicos, por el conocimiento que tenía de la utilidad que semejantes sociedades habían producido en Italia, y por haber mencionado especialmente la academia *Imitatoria* de Madrid en una de sus novelas. Aquellos hechos y estas conjeturas comprueban á lo menos que Cervantes residía por lo común en la corte, sin embargo de estar avecindado en Esquivias, donde probablemente sólo permanecería las temporadas que lo exigiesen sus negocios é intereses domésticos.

75. Entonces fué cuando Cervantes vió representar con general aplauso en los teatros de la corte los *Tratos de Argel*, la *Numancia*, la *Batalla naval*, y otros dramas que había compuesto, en los cuales se atrevió, según dice, á introducir algunas novedades que fueron bien recibidas, pero que es preciso examinemos ahora con imparcialidad. La escena española, que hasta su tiempo sólo había visto por lo general composiciones de los mismos farsantes, escritas con sencillez y naturalidad, sin artificio ni interés, y representadas sin aparato ni decoración teatral, á manera de unas églogas, diálogos ó coloquios, como algunas se llamaron, levantó el vuelo en manos del M. Fernán Pérez de Oliva, de Jerónimo Bermúdez, y aún más en las de Juan de la Cueva, Cristóbal de Virues, Juan de Malara, y algún otro poeta recomendable. Cervantes, cuya afición á la poesía, y en particular al teatro, se manifestó desde su infancia, y cuyos sucesos propios y originales sugerían tanta materia para interesar la curiosidad de los espectadores, ofreció al público sus comedias, que fueron aplaudidas, porque la novedad y aparato de los argumentos, y su estilo más popular y conveniente que el de Cueva y Virues, debían captarle más partidarios, principalmente cuando aquellos poetas no habiendo divulgado ni publicado aún sus obras, eran más conocidos en Sevilla y Valencia, donde residían, que en Madrid.

76. Jactóse Cervantes de ser el primero que introdujo ó personalizó en el teatro las figuras morales ó alegóricas, como se nota particularmente en el *Trato de Argel*, en la *Numancia* y en la *Casa de los zelos;* y de haber reducido las comedias á tres jornadas, de cinco que antes tenían, como se vió en su *Batalla naval*. Aun cuando diésemos á estas invenciones todo el mérito que pretende su autor, de lo que estamos muy distantes, no podríamos atribuírselas como originales sin alguna limitación, porque es indudable que la primera, sobre no ser plausible, era ya conocida en el siglo XV, en que la introdujo el insigne Don Enrique de Aragón, marqués de Villena, y la repitió después Alonso de Vega en su comedia *La Duquesa de la Rosa*, impresa en 1560, y Juan de Malara, que, según Rodrigo Caro, fué también el primero que en España escribió una comedia toda en verso, que se representó; y la segunda, que ha sido adoptada y seguida por casi todos los poetas, la atribuyen unos á Cristóbal de Virues, otros á Micer Andrés Rey de Artieda; y no faltaron aún en aquel tiempo, quienes se la apropiasen á Juan de la Cueva, según lo dice él mismo en su *Arte poética*. Más que de esto, debió gloriarse Cervantes de haber compuesto en este tiempo hasta veinte ó treinta comedias, que todas se representaron con aceptación, singularmente *La gran Turquesca, La Batalla naval, La Jerusalén, La Amaranta ó La del Mayo, El Bosque amoroso, La única* y *La bizarra Arsinda;* pero de la que se manifestó más satisfecho fué de una titulada *La Confusa*, la cual, según dice, pareció admirable en los teatros, y podía tener lugar por buena entre las mejores de capa y espada que hasta entonces se habían representado. Tales aplausos y aclamaciones no podían ser permanentes, porque como *las comedias tienen sus sazones y tiempos, é inmediatamente entró á dominar el teatro el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y se alzó con la monarquía cómica, y avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas*, según las expresiones del mismo Cervantes, eclipsó por consiguiente no sólo las que éste había visto celebradas, sino las de los demás escritores que le precedieron. Desde aquel punto perdieron todas su estimación en el concepto de los comediantes y espectadores, y se miraron sólo por los literatos como ensayos de la restauración del teatro español, que habían allanado tan difícil camino al mismo Lope de Vega. Cervantes lo conoció así, y lo confesaba ingenuamente al fin de sus días, cuando ni los cómicos le pedían sus comedias, ni hallaba quien se las aplaudiese, atribuyéndolo á la mejora y reformación que había tenido el teatro por tantos ingenios como á competencia le cultivaron.

77. No era sólo la afición á la poesía, ni la gloria que le resultaba de los aplausos populares, lo que obligaba entonces á Cervantes á escribir sus comedias y á entretener al público con sus representaciones, sino también proporcionarse con esta ocupación algún recurso para socorrer su necesidad y mantener á su familia. La situación en que se hallaba iba empeorando cada día, veíase agobiado con las obligaciones que trae consigo el matrimonio, y la manutención de sus hermanas é hija; advertía desatendidos sus méritos y servicios sin haber obtenido la menor recompensa, y se miraba con más de cuarenta años de edad y estropeado de la mano izquierda, pareciéndole dificultoso en tales circunstancias emprender otra carrera, ó aspirar á un empleo que le sostuviese con la decencia que correspondía. Para lograrlo más fácil y seguramente abandonó la pluma y las comedias entrado ya el año de 1588, y se trasladó á Sevilla, aprovechando la ocasión de haber sido nombrado el consejero de hacienda Antonio de Guevara para proveedor general de las armadas y flotas de Indias con grandes preeminencias y prerrogativas. Entre éstas era una la de nombrar por S. M. cuatro comisarios que le ayudasen en el desempeño de tan vasto encargo, distribuyendo con orden y economía los caudales de la Real hacienda en la compra de los víveres y demás efectos que fuese necesario acopiar de diversos pueblos de las provincias. Uno de los comisarios que con este objeto nombró Guevara fué Miguel de Cervantes, quien desde luego presentó por fiadores, á 12 de Junio del mismo año, ante el escribano Pedro Gómez, al licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca y á Luis Marmolejo, vecinos de aquella ciudad. Inmediatamente comenzó á ejercer las obligaciones de su nuevo empleo, pues con fecha del 15 le expidió el proveedor general el despacho de su comisión, y permaneció en ella hasta 2 de Abril de 1589, haciendo en Ecija muchas compras de aceite y granos, para las cuales se le libraron 2.900 ducados de vellón. Tal fué la causa de la traslación de Cervantes á Andalucía, en tanto que su hermano Rodrigo servía ya de alférez en los ejércitos de Flandes. Pudieron obligarle á esta determinación otras consideraciones, porque no sólo se hallaba arraigada allí la familia ilustre de los Cervantes y Saavedras, que había producido hombres eminentes por las armas y las letras, y con la que tenía algunas conexiones de parentesco, según hemos indicado, sino que siendo á la sazón la ciudad más opulenta y populosa de España, y el emporio del comercio y riquezas del nuevo mundo, así como la más ilustrada por el cultivo de los buenos estudios y la perfección de las bellas artes, era con mucha razón mirada, según la expresión de Cervantes, como el *amparo de pobres y refugio de desechados, en cuya grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes*, y podía, por lo mismo, prometerse hallar allí el abrigo y la consideración que procuró en vano entre el bullicio y la pompa de la corte, y en medio de la lisonja, de la elación y del egoísmo de los magnates y cortesanos.

78. Cervantes, obligado de su pobreza, abrazó aquella ocupación tan precaria y subalterna, mirándola, sin embargo, como escala para mayores ascensos, ó como más proporcionada para inquirir las vacantes de los empleos de Indias, y poder hacer sus solicitudes con mayor apoyo y recomendación. Así lo ejecutó en Mayo de 1590, dirigiendo al Rey un memorial en que, exponiendo los servicios que había contraído en ventidós años sin habérsele hecho por ellos merced alguna, suplicaba se dignase concederle S. M. un oficio en las Indias de los que entonces se hallaban vacantes, que lo eran la contaduría del nuevo reino de Granada, la

de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco, en Guatemala, y el corregimiento de la ciudad de la Paz, pues con cualquiera de ellos se daría por satisfecho, continuando de este modo, en servir á S. M., como lo deseaba hasta acabar su vida, según lo habían hecho sus antepasados; resolución que manifiesta bien cuál era la situación de Cervantes cuando se acogía (según su expresión) *al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad* (Sevilla) *se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.* Este recurso lo pasó el Rey en 21 del mismo mes al Presidente del Consejo de Indias, y por decreto, fechado en Madrid á 6 de Junio y firmado por el Doctor Núñez Morquecho, se contestó que buscase Cervantes por acá en que se le hiciese merced. Es regular que á vista de esto no omitiese medio ni diligencia para aprovechar tan favorables disposiciones y ofrecimientos, y aun pudiéramos presumir, según lo indicó después con demasiada generalidad en el *Viaje al Parnaso*, aludiendo sin duda á sus posteriores comisiones, que no supo conservarlas, ó proporcionarse con ellas un acomodo estable y conforme á su calidad, á causa de las persecuciones ocasionadas por alguna imprudencia suya, las cuales trastornaron en sus principios el risueño semblante que comenzaba á mostrarle su fortuna.

79. La esperanza de mejorarla, contrayendo nuevos méritos y servicios, le obligó á continuar de comisario del proveedor Pedro de Isunza, en los años de 1591 y 1592, desempeñando como tal varios encargos para las provisiones de las galeras de España en las villas de Teba, Ardales, Martos, Linares, Aguilar, Monturque, Arjona, Porcuna, Marmolejo, Estepa, Pedrera, Lopera, Arjonilla, Las Navas, Villanueva del Arzobispo, Begíjar, Alcaudete y Alora; cuyas cuentas y las de sus ayudantes Nicolás Benito, Antonio Caballero y Diego López Delgadillo presentó firmadas en Sevilla á 28 de Abril de 1598 con la mayor exactitud, y por lo mismo se le aprobaron, y obtuvo finiquito de solvencia, en el cual se le hicieron buenos por su salario 102.000 maravedís, que corresponden á 3.000 reales vellón. En estas y otras comisiones semejantes visitó la mayor parte de los pueblos de Andalucía, cuyos caminos, costumbres, y las más menudas circunstancias suele describir como testigo ocular: aprovechándose al mismo tiempo de todos los objetos y sucesos que daban materia á su genio irónico, donoso y burlador, para hacer sobre ellos una crítica justa y racional, dirigida siempre á mejorar á los hombres en sus opiniones, ilustración y civilidad. Así se nota en la descripción de la vida picaresca de los tunos y vagabundos que se reunían para la pesca de los atunes en las almadrabas de Zahara; en la de los gitanos y moriscos que vivían en Granada y sus contornos; en los cuentos y consejas que cundían en Montilla sobre las habilidades y transformaciones de la hechicera Camacha y sus discípulas, y en otros pasajes semejantes; y por lo mismo merece que nos detengamos á ilustrar un suceso coetáneo y muy ruidoso en aquel país, que disfrazado ingeniosamente en el QUIJOTE, le prestó materia y coloridos para una aventura caballeresca. A fines del año de 1591 murió en su convento de Ubeda de calenturas pestilentes San Juan de la Cruz; y la especial devoción con que Doña Ana de Mercado y su hermano D. Luis de Mercado, del Consejo Real, residentes entonces en Madrid, habían fundado con su acuerdo el convento de Segovia, los empeñó en trasladar á él á todo trance su venerable cuerpo, sin reparar en la oposición que podría haber por la ciudad de Úbeda y sus vecinos. Consiguieron para ello el permiso del vicario general de los carmelitas, y comisionaron una persona de su confianza con título de alguacil de corte para que presentándose al prior del convento de Ubeda, y desenterrando el cadáver, le condujese á Segovia con gran secreto y precaución. Entró de noche el comisionado en la ciudad, entregó á solas sus despachos al prelado, y mientras los religiosos dormían abrieron el sepulcro, después de nueve meses de ejecutado el entierro, y sin embargo se halló el cuerpo tan incorrupto, fresco y entero, y con tal fragancia y buen olor, que suspendieron por entonces la traslación, cubriéndole de cal y tierra para que más adelante se pudiese verificar sin inconveniente.

PERSONAJES DEL «DON QUIJOTE»

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

PERSONAJES DEL «DON QUIJOTE»

Sancho Penza.

80. Pasados otros ocho ó nueve meses y hacia mediados de 1593 volvió el alguacil desde Madrid con el mismo encargo; y encontrando el cadáver más enjuto y seco, aunque fragante siempre y odorífero, lo acomodó en una maleta para mayor disimulo, salió del convento y de la ciudad con otros guardas y compañeros cuando todos reposaban entre la obscuridad y el silencio; y para no ser conocido dejó el camino real de Madrid, y tomó varias veredas y rodeos hacia Jaén y Martos, caminando por despoblados y desiertos en las horas más sosegadas de la noche. Refiere la historia que cuando se ejecutaba aquel piadoso robo una gran voz despertó á un religioso del convento diciéndole: *Levántate, que se llevan el cuerpo del santo Fr. Juan de la Cruz;* y que levantándose en efecto acudió á la iglesia, y halló que el prior guardaba la puerta, y le intimó gran silencio y reserva sobre aquel negocio. Antes de llegar el alguacil á Martos, se dice también que en un cerro alto, no lejos del camino, se le apareció repentinamente un hombre que á grandes voces comenzó á decir: *¿Adónde lleváis el cuerpo del Santo? dejadlo donde estaba;* lo cual causó tan gran susto y pavor en el alguacil y sus compañeros, que se les espeluznaron los cabellos. Otro lance semejante se cuenta haberles sucedido en un campo adonde de improviso llegó un hombre, y les pidió cuenta de lo que llevaban: contestáronle tener orden superior para no ser reconocidos; pero insistiendo y porfiando el preguntante, fueron á darle algún dinero para evitar su molestia, y hallaron que se había desaparecido. Continuaron, sin embargo, su viaje hasta Madrid y Segovia; y contaba después el conductor haber visto

durante él muchas veces unas luces muy brillantes en torno de la maleta que cubría la venerable reliquia. El empeño y ardides para ejecutar un robo tan singular, y unas apariciones y sucesos tan extraordinarios, dieron mucho que decir y que exagerar á los andaluces, según su índole y carácter; pero todavía más la contienda que se movió inmediatamente entre las ciudades de Ubeda y Segovia por la extracción de tan apreciado depósito.

81. Apenas se había divulgado en Ubeda, determinó su Ayuntamiento recurrir al Papa, reclamando la restitución del santo cuerpo, para lo cual puso demanda ante Clemente VIII contra la ciudad de Segovia, que salió á la defensa por medio de D. Luis de Mercado y su hermana. Examinada la causa en juicio contradictorio, mandó S. S. restituirlo á Ubeda, cometiendo la ejecución por breve de 15 de Septiembre de 1596 al obispo de Jaén D. Bernardo de Rojas y al Dr. Lope de Molina, tesorero de la colegial de Ubeda; pero sabido en España el éxito de un litigio tan singular y dispendioso, y presintiendo las rencillas é inquietudes que podrían seguirse, se interpusieron personas de buen celo y gran autoridad, que al fin lograron una transacción amistosa, conviniéndose la ciudad de Ubeda en recibir como reliquia una parte del cuerpo de aquel venerable religioso, y quedando de esta manera satisfecha la devoción y más tranquilos los ánimos de ambos pueblos.

82. Este pudo ser el original de la aventura del cuerpo muerto, que refiere Cervantes en el capítulo 19 de la primera parte del QUIJOTE. Hallábase á la sazón en Andalucía, donde oiría hablar de estos lances con la ponderación y gracia que prestaban sus circunstancias á la agudeza y donosidad de aquellos naturales; y aunque procuró exornar su narración como lo exigía la calidad de su historia, la dirección del viaje por despoblado y en medio de la noche, las luces que llevaban los encamisados alrededor del cuerpo muerto, la traslación á Segovia desde Baeza (que está cercano á Ubeda, y donde el mismo Santo residió largo tiempo), el haber fallecido de calenturas pestilentes, el parecer á Sancho *fantasmas* los acompañantes, y á don Quijote *cosa mala y del otro mundo*, el pavor y miedo que les infundió esta visión, pues el escudero temblaba como un azogado, y al amo se le erizaron los cabellos de la cabeza; el detener éste toda la comparsa preguntándoles en alta voz quiénes eran, de dónde venían, adónde iban, y qué llevaban en aquellas andas ó litera; el calificar á esta *aventura* de tal *que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía;* y sobre todo el creerse después excomulgado Don Quijote por haber puesto las manos en cosa sagrada, sin embargo de que no pensó ofender á sacerdotes ni á cosas de la iglesia, sino *á fantasmas y vestigios del otro mundo*, y recordar en su abono el suceso del Cid cuando en la iglesia de San Pedro derribó é hizo pedazos la silla del Rey de Francia, no pudiendo sufrir que ocupase un lugar preferente á la del Rey de Castilla, por cuya acción le descomulgó el Papa, aunque le absolvió luego con tal que en su corte fuese más atento y mesurado, según referían los antiguos romances; todas estas son circunstancias tan análogas y uniformes á las acaecidas en la traslación del cuerpo de aquel santo religioso, que no es dudable tomó de aquí, *sin artificio alguno*, los colores para realzar su pintura, en la cual acreditó, no obstante, la discreción de su ingenio, la pureza de su filosofía y de su moral, y la graciosa y oportuna ironía sobre la desvariada imaginación de los caballeros andantes.

83. Es verosímil que Cervantes presenciase alguno de estos sucesos cuando en aquellos años andaba desempeñando sus comisiones por varios pueblos del reino de Granada, especialmente la que le confió Felipe II para recaudar las tercias y alcabalas que se debían allí á la Real hacienda. Con el objeto de lograr este ú otro encargo semejante, ó acaso para dar cuenta de su buen desempeño en los anteriores, pasó á Madrid, donde en 1.º de Julio de 1594, presentó ante el licenciado Diego de Tamayo, teniente corregidor, una instancia, cuyo principio es: *Miguel de Cervantes Saavedra, vecino de la villa de Esquivias, residente en esta corte, digo: Que para la seguridad é paga de una cobranza que por los señores Contadores, mayores del Consejo de Contaduría Mayor de S. M., en que estoy nombrado, de cantidad de dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedís, que á su Real hacienda se deben en el reino de Granada de lo procedido de las tercias y alcabalas Reales y otras cosas á S. M. pertenecientes, tengo ofrecido etc.*, y concluía pidiendo se le recibiese información de que D. Francisco Suárez Gasco, vecino de Tarancón, era sujeto abonado para ser su fiador en el encargo que se le confiaba, y habiendo presentado por testigos á Agustín de Cetina, contador de S. M., á D. Gabriel Suárez Gasco, hermano de D. Francisco, y de la misma vecindad, y á Juan de Valera, vecino de Belinchón, todos residentes en la corte, declararon, bajo juramento, al siguiente día, que el citado D. Francisco era abonado en mucho más que en los 4.000 ducados, sobre que se constituía fiador de Cervantes, por los cuantiosos bienes y rentas que poseía.

84. Aunque el Consejo de Contaduría Mayor admitió estas fianzas, el contador Enrique de Araiz las exigía mayores, y Cervantes acudió solicitando se confirmasen por suficientes las que tenía dadas, y se le despachase. El tribunal, precedido informe del mismo contador, accedió á su solicitud en 21 de Agosto, bajo la fianza de los 4.000 ducados, obligándose además Cervantes y su mujer para mayor seguridad. En efecto, por escritura fecha en Madrid el mismo día 21, ambos consortes obligaron sus personas y bienes á que él daría buena, leal y verdadera cuenta con pago de las cantidades que recaudase en aquella comisión.

85. Después de estas seguridades hubo de entregarse á Cervantes la Real carta ó provisión que estaba expedida desde el 13 del propio Agosto, aunque adicionada con fecha del 23, y por la cual se le mandaba ir luego *con vara alta de justicia* á exigir las cantidades que adeudaban varios pueblos del reino de Granada, expresadas en partidas distintas hasta el total de 2.557.029 maravedís.

86. En 9 de Septiembre siguiente exhibió en Baza esta Real cédula á presencia del alcalde mayor, del escribano de número Cristóbal Mínguez, y con asistencia del escribano de rentas; y procediendo según se le mandaba, tomó cuentas á los tesoreros, propietario y substituto del rendimiento de tercias y alcabalas de aquella ciudad y pueblos de su partido, correspondiente á aquel año, y los ejecutó al pago de lo que resultó debían por el primer tercio, cuyo importe le entregaron por mitad el mayordomo de la ciudad como recaudador de las rentas de su encabezamiento, y el arrendatario de las de la villa de Zújar, con más el salario de Cervantes por seis días, que se reducía á poco más de 16 reales vellón en cada uno.

87. Desde allí pasó á Granada, según lo acredita otra Real provisión de 29 de Noviembre que principia: *A vos Miguel de Cervantes; que por comisión mía estáis en la ciudad de Granada entendiendo en cosas de mi servicio, vuestra carta de 8 de Octubre de este año de 594 se vió por mis contadores de mi contaduría mayor de hacienda...* Trasladóse después á Velezmálaga, donde despachó pronto su comisión, mediante fianza que le dió el recaudador de alcabalas Francisco López de Vitoria de pagarle una cantidad en Sevilla, y de contado el resto, verificando lo primero por medio de letra de 4.000 reales, que giró en Málaga á 21 del mismo Noviembre, en cuya ciudad permaneció Cervantes algunos días, habiendo escrito desde ella al Rey con fecha del 17, recordando lo que expuso en otra carta (sin duda la de 8 de Octubre) acerca de las partidas que en concepto de ya pagadas no podía cobrar de la casa de la moneda de Granada, de Motril, Salobreña y Almuñécar; y añadiendo, entre otras cosas, que de lo recaudado en Baza, Guadix, Agüela de Granada y Loja remitiría pólizas seguras á Madrid, y que no le quedaba por cobrar sino la partida de Ronda; pero por habérsele acabado el término, y tener que ir también á entregar el demás caudal donde se le mandase, insistía en que se le concediesen veinte días de prórroga, que podría comunicársele á la misma ciudad de Málaga. Esta carta de 17 de Noviembre, dirigida á S. M. por mano de Juan de Velasco, secretario del consejo de Hacienda, se recibió en Madrid el día 28, y es de inferir que acelerase el despacho de la Real provisión ya citada del 29 inmediato, en que concediéndole la prórroga, se le mandaba llevar á efecto la exacción de aquellas partidas que los pueblos suponían pagadas, sin considerar que procedían de deuda de tres años. Apenas recibiría esta respuesta cuando hubo de transferirse á Ronda, pues en 9 de Diciembre cobró allí del receptor de tercias Juan Rodríguez Cerero 429.849 maravedís, según testimonio dado en aquel día por el escribano de rentas Sebastián de Montalván; y en 15 del mismo mes ya estaba en Sevilla, donde con esta fecha otorgó carta de pago de la cantidad librada desde Málaga por Francisco López de Vitoria.

88. Por aquel tiempo canonizó á San Jacinto el Papa Clemente VIII á solicitud del Rey de Polonia, con cuyo plausible motivo celebró el convento de dominicos de Zaragoza unas solemnes fiestas, para las cuales se publicaron siete certámenes poéticos por todo el reino de Aragón, y se comunicaron también á las ciudades principales de la península, y en especial á las Universidades de Salamanca y Alcalá. El segundo certamen se reducía á glosar una redondilla en alabanza del Santo, y se ofrecía premiar con tres cucharas de plata al que mejor lo desempeñase, al que obtuviese el segundo lugar con dos varas de tafetán morado, y al del tercero con unas horas doradas. Las obras que aspirasen á estos y los demás premios, se habían de entregar para el sábado 29 de Abril de 1595, porque al siguiente día empezaban las fiestas; estaban ya nombrados los jueces para el examen de los versos, y éstos se habían de leer públicamente en la iglesia

del mismo convento. Cervantes prefirió escribir para este segundo certamen, y en el 2 de Mayo, después de vísperas, se leyeron en el púlpito las composiciones correspondientes á él, y entre ellas la suya, á la cual se adjudicó el primer premio; lo que, sin lisonjearle mucho, demostraba cuán míseras y poco apreciables serían las que entraron en competencia. Cuando los jueces pronunciaron en verso la sentencia, el domingo 7 de aquel mes, indicaron que este poeta, como otro Apolo ó hijo de Latona, llegaba desde la gran materna Delo ó Sevilla, á recibir la corona del premio, calificándole de ingenioso, sutil y diestro, con lo que confirmaban la opinión que tenía adquirida por el mundo. La relación de estas fiestas, recopilada y ordenada por Jerónimo Martel, ciudadano de Zaragoza, que después fué cronista del reino de Aragón, se imprimió en aquella ciudad por Lorenzo Robles, en el mismo año de 1595.

89. Todavía continuaba Cervantes su residencia en Sevilla, en el año siguiente de 96, cuando entró en Cádiz, en 1.° de Julio, una escuadra inglesa de ciento cincuenta velas, mandada por el conde Carlos Howard, gran almirante de aquel reino, con un ejército de veintitrés mil hombres, á las órdenes del conde de Essex, célebre valido de la Reina Isabel de Inglaterra. Las naves que estaban en la bahía se batieron sin orden y se retiraron á la parte interior al abrigo de los fuertes, lo que aumentó el desaliento y la turbación en la plaza, donde no había caudillo militar capaz de preparar y sostener la defensa. Esto dió bríos á los ingleses para ejecutar su desembarco y entrar en la ciudad con muy corta resistencia. Saqueáronla completamente, y ricos con los tesoros, que de ella sacaron, la incendiaron y abandonaron á los veinticuatro días, reembarcando sus tropas y dando la vela para intentar semejantes hostilidades en otras partes. Con tan imprevisto suceso se alarmaron, como era natural, los pueblos comarcanos; hiciéronse en ellos grandes preparativos para acudir á la defensa, y en Sevilla mandó el Asistente formar un batallón de veinticuatro compañías de infantería de los mismos vecinos, nombrando por capitanes á varios de los principales caballeros, quienes, en los día festivos, se ejercitaban en el campo de Tablada, en el manejo de las armas y en las evoluciones militares, á cuyo fin había enviado el duque de Medina al capitán Becerra á aquella ciudad. La gentileza y gallardía de los jóvenes alistados en esta nueva milicia, y el lucimiento con que se presentaban en sus ejercicios, hicieron tal contraste con el abandono y descuido anterior, con la morosidad, inacción y poca energía con que se procedió, sin atacar ni desalojar á los enemigos en tantos días, hasta que saquearon y abandonaron la plaza impunemente, y con la ostentosa entrada que sin embargo hizo en ella el duque después de tan lamentable suceso, como si fuera para solemnizar el más glorioso triunfo, que no pudo dejar de ser este el objeto de las censuras y conversaciones públicas, ni de estimular á Cervantes á burlarse en un soneto con fina ironía y discreto donaire de tan cómicas y graciosas escenas. De este mismo suceso y expedición de los ingleses á Cádiz formó algunos años después el asunto de su novela intitulada la *Española inglesa*.

90. Entretanto continuaba Cervantes ocupado en la formación de las cuentas de sus comisiones, en reparar los incidentes desgraciados que le habían atrasado su arreglo, y en contestar á los cargos que se le hacían por parte del tribunal de contaduría mayor, tal vez inducido de los que se habrían resentido de la actividad y firmeza de su ejecución. Para ahorrar gastos de conducción á la corte de algunas cantidades cobradas en su comisión, prefirió Cervantes girarlas por medio de letras desde Sevilla á Madrid: hízolo así con 7.400 reales procedentes de lo recaudado en Velezmálaga y su partido, cuya suma entregó en Sevilla al mercader Simón Freire de Lima, que se obligó á pagarla él mismo en Madrid. Cervantes se trasladó luego á esta corte, en la cual no hallando á Simón Freire, hubo de escribirle á Sevilla, y éste encargó á Gabriel Rodríguez, portugués, hiciese el pago á Cervantes; pero no sólo no lo hizo, sino que entretanto quebró Freire, y desapareció de España. Este incidente obligó á Cervantes á regresar á Sevilla para procurar el cobro de dicha cantidad, hallando á su llegada embargada ya toda la hacienda de Freire por otros acreedores. Representó al Rey; y de resultas se mandó en 7 de Agosto de 1595 al Dr. Bernardo de Olmedilla, juez de los grados en Sevilla, exigiese de los bienes que Freire hubiese dejado en aquella ciudad el pago de la cantidad que Cervantes reclamaba, cuyo cobro verificó el mismo juez según se le prevenía, y libró á favor del tesorero general D. Pedro Mesía de Tobar por medio de letra girada en la propia ciudad á 22 de Noviembre de 1596.

91. Estos sucesos, y otros que inspiraban alguna desconfianza de parte de la conducta del principal fiador, obligaron sin duda á que éste y los demás fuesen compelidos en el año siguiente de 1597 á dar cuenta de las cantidades que Cervantes había cobrado en su comisión; á lo que contestaron que no podían darlas por estar él en Sevilla, y tener en su poder los papeles y documentos sobre que la debían fundar; y á su instancia se mandó por Real provisión de 6 de Septiembre de aquel año al licenciado Gaspar de Vallejo, juez de la audiencia de los grados de dicha ciudad, exigir fianzas á Cervantes de que dentro de veinte días se presentaría en Madrid á dar la cuenta y pagar el alcance; y no dándolas, lo prendiese y enviase preso á su costa á la cárcel de corte á disposición del tribunal de contaduría mayor: providencia que se tomó generalmente con otros jueces ejecutores, arrestando á algunos de ellos en Sevilla por menores cantidades á los cinco, seis y ocho años de concluídas sus respectivas comisiones. Porque los apuros del erario de resultas de los enormes gastos que se hicieron para la conquista de Portugal y las Terceras, y para el apresto de la desgraciada armada llamada la *Invencible* contra Inglaterra; las continuas mudanzas en la constitución de la hacienda y de sus tribunales; los nuevos arbitrios é impuestos que se adoptaron, y la falta de sencillez y de perseverancia contribuyeron á complicar la administración é introducir la desconfianza, los apremios, embargos, prisiones y demás procedimientos judiciales, respecto á los empleados y ejecutores en estos ramos de la economía pública. Preso Cervantes, representó desde Sevilla su imposibilidad de dar tales fianzas estando fuera de su casa; por cuya razón, y ser muy poca su deuda, pedía se le admitiesen proporcionadas á lo que apareciese deber, y se le soltase de la cárcel para venir á la corte y fenecer su cuenta. A vista de tan razonable solicitud, y de que su descubierto se reducía á 2.641 reales, se mandó en 1.° de Diciembre del mismo año ponerle en libertad bajo fianza de presentarse dentro de treinta días á rendir la cuenta y pagar el alcance.

92. Ignoramos el resultado de esta providencia; pero es cierto que Cervantes permaneció en Sevilla, por lo menos el año inmediato de 1598, y que aun mucho después volvió á ser requerido al propio efecto. En el mismo año había muerto Felipe II el día 13 de Septiembre, y para solemnizar su funeral dispuso la ciudad se fabricase un túmulo tan magnífico y de tan bello gusto, que uno de los historiadores que le describe dice era *de las más peregrinas máquinas de túmulo que humanos ojos han alcanzado á ver*. Estaba adornado de elegantes inscripciones latinas, de muchas estatuas de Juan Martínez Montañés y Gaspar Núñez Delgado, y de pinturas de Francisco Pacheco, Alonso Vázquez Perea y Juan de Salcedo, todos excelentes artistas sevillanos. El día 24 de Noviembre se empezaron las exequias con asistencia de la ciudad, de la Audiencia y del Tribunal de la Inquisición, y al día siguiente, destinado para la misa y oficio, se originó tal altercado en la misma iglesia, entre la Inquisición y la Audiencia por haber cubierto el regente su asiento con un paño negro, que sin embargo del

PERSONAJES DEL «DON QUIJOTE»

Dulcinea del Toboso.

lugar, de la solemnidad y de su objeto, se fulminaron excomuniones por la Inquisición, en virtud de las cuales se retiró el preste á concluir la misa en la sacristía y se bajó del púlpito el predicador, que estaba ya dispuesto para pronunciar la oración fúnebre, quedando los tribunales en sus lugares hasta las cuatro de la tarde en actos de protestas y requerimientos; pero habiendo mediado el marqués de Algaba, logró templar á unos y otros, y que la Inquisición absolviese de las censuras, dándose cuenta al Rey y al consejo Real por ambas partes para que se decidiese tan empeñada competencia. Esta decisión no llegó hasta fines de Diciembre, y en los días 30 y 31 se repitieron las honras, habiendo quedado, entretanto, en pie, el catafalco y suspensas las demás prevenciones para el funeral. El aparato y suntuosidad de aquel túmulo y su casual duración atrajeron infinita gente que de todas partes venía á verle, dando tan dilatado campo á las ponderaciones y excesivas hipérboles con que le encarecía el vulgo sevillano, que inducido Cervantes de su genio agudo y festivo compuso un soneto en que, alabando la ostentación y esplendidez del Ayuntamiento, pintó la grandeza de aquel monumento fúnebre y se burló de su dilatada duración con las expresiones huecas y fanfarronas, propias de los jaques ó valentones del país. Fué tan de su gusto esta composición, que no dudó llamarla en su *Viaje al Parnaso* la *honra principal de sus escritos*, sin duda porque su inclinación á la imitación y al remedo, para corregir por este medio los vicios ó resabios de la educación haciéndolos ridículos, encontró en esta obrita cumplidos estos extremos de un modo acomodado al carácter é índole de las personas que fueron el objeto de su ironía y corrección.

93. Estos hechos prueban indudablemente que Cervantes residía entonces en Sevilla, donde también se ocupó en varias agencias de negocios de personas ilustres y calificadas, como lo fué entre otras D. Hernando de Toledo, señor de Cigales, con quien conservó después particular trato y amistad. De tan dilatada mansión en aquella ciudad nació la persuasión en que estuvieron algunos de sus coetáneos de haber nacido en ella; pero sobre todo el pleno conocimiento que tuvo de los barrios y lugares más recónditos del pueblo, de las costumbres y modo de vivir de los sevillanos, de sus vicios y preocupaciones, y aun de las hablillas é historietas más admitidas en la credulidad del vulgo, demuestran que los trató largo tiempo y con mucha familiaridad. De allí tomó los originales para las pinturas de algunas de sus novelas, como lo fueron *Rinconete y Cortadillo*, famosos ladrones, cuyas aventuras acaecieron en el año de 1569: bien que á fines de aquel siglo, según el testimonio de D. Luis Zapata, subsistía aún la cofradía ó sociedad de aquellas gentes perdidas y astutas, que robaban impunemente bajo ciertas reglas y constituciones, con grave perjuicio de la seguridad personal, y con sumo desacato contra lo que se debe á la justicia y al orden público, como procuró manifestarlo y persuadirlo Cervantes. Quiso en el *Celoso extremeño* poner patentes los malos efectos de la opresión indiscreta de un marido, las artes perniciosas de un joven ocioso y seductor, y las tercerías de una dueña maligna y taimada. Ambas novelas, la de la *Tía fingida*, que se ha conservado inédita hasta estos tiempos, la del *Curioso impertinente*, y acaso algunas otras, las escribió durante su residencia en Sevilla, donde corrieron en copias manuscritas con mucho aprecio entre los curiosos y literatos; y por este medio llegaron las tres primeras á manos del licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado de aquella iglesia, quien las incluyó en una miscelánea que formó por los años de 1606 de varios opúsculos propios y ajenos por encargo del arzobispo D. Fernando Niño de Guevara, que quería pasar entretenido con esta lectura las siestas del verano en Umbrete.

94. Mas aquel trato popular que puso á Cervantes en disposición de penetrar y conocer el modo de vivir y de pensar de tanta gente baldía y holgazana como se abrigaba en tan extensa población, no le estorbó cultivar la amistad y compañía de los sabios y literatos de mayor crédito que en ella residían al mismo tiempo. Uno de ellos era Francisco Pacheco, insigne pintor y poeta, *cuya oficina*, según Rodrigo Caro, *era academia ordinaria de los más cultos ingenios de Sevilla y forasteros*, y cuyo amor á las letras le hizo retratar á más de 170 personas, entre las cuales había hasta 100 eminentes en todas facultades. Se sabe que Cervantes fué una de ellas, y que igualmente le retrató D. Juan de Jáuregui, también afamado pintor y poeta sevillano; y por lo mismo hay sobrados fundamentos para creer que aquel escritor trató familiar y amigablemente á Francisco Pacheco, y que fué uno de los concurrentes á su academia. Lo mismo pudiera presumirse respecto al culto é insigne poeta Fernando de Herrera, que murió por estos años, honrando Cervantes su memoria en un soneto que se ha conservado sin publicarse. Quien examine con cuidado y perspicacia las obras de este

escritor, conociendo su carácter particular y los sucesos de su vida, se convencerá muy fácilmente de que su trato é intimidad con los andaluces, y la agudeza, prontitud y oportunidad de los chistes y ocurrencias que les son propias y naturales, fueron tan de su genio, y amenizaron tanto su fecunda imaginación, que puede asegurarse dispuso allí la tabla de donde tomó los colores que después hicieron tan célebre é inimitable su pincel, por aquella gracia nativa, aquella ironía discreta, aquel aire burlesco y sazonado, que produce un deleite cada vez más nuevo, singularmente en las obras posteriores á su residencia en Andalucía.

95. Hasta ahora se había conjeturado que Cervantes salió de Sevilla para la Mancha con alguna comisión que le ocasionó grandes disgustos y persecuciones, de cuyas resultas estuvo preso en una cárcel, donde se supone escribió la primera parte del QUIJOTE; pero dando su justo valor á los fundamentos que apoyan y conservan esta tradición en aquella provincia, según manifestaremos, merece observarse lo que ofrecen otras investigaciones. Al tiempo de dar sus cuentas á principios de 1603 en el tribunal de contaduría mayor el receptor de Baza, Gaspar Osorio de Tejeda, presentó para su descargo una carta de pago que le dió Cervantes cuando en 1594 estuvo comisionado para recaudar las rentas atrasadas de aquella ciudad y su partido. A vista de este documento preguntó el tribunal, en 14 de Enero de 1603, á los contadores de relaciones si Cervantes había dado cuenta de su comisión y satisfecho el cargo que le resultaba. Los contadores en su informe, dado en Valladolid con fecha 24 del mismo mes, expusieron que, aunque constaban las cantidades que había remitido á tesorería general, apareciendo sólo en descubierto de dos mil seiscientos y tantos reales para el completo de lo que se le mandó cobrar por la Real cédula de 13 de Agosto de 1594, no había dado cuenta de la respectiva procedencia de ellas, ó sea de lo que había conseguido cobrar de cada pueblo, y para que viniese á darla se había mandado al Sr. Bernabé de Pedroso, proveedor general de la armada, le soltase de la cárcel donde estaba en Sevilla, dando fianza de presentarse dentro de cierto término, y que hasta entonces no había parecido, ni se sabían las diligencias hechas. Pocos días después que se dió este informe debió llegar Cervantes á Valladolid, donde ya estaba el día 8 de Febrero con su familia, pues consta que su hermana Doña Andrea se ocupaba en reponer y habilitar el equipaje del Excmo. Sr. D. Pedro de Toledo Osorio, quinto marqués de Villafranca, que acababa de regresar de la expedición de Argel, y entre sus cuentas y apuntes hay algunos de letra de Cervantes, al cual todavía se hicieron nuevas notificaciones, sin embargo de permanecer en libertad y de ser tan corto su débito, que al fin hubo de satisfacer, residiendo en la corte, el resto de su vida á vista del mismo tribunal que tantas veces le había requerido y apremiado para ello.

96. Induce á esta persuasión la tranquilidad de ánimo que manifestó siempre Cervantes, apoyada en el testimonio indudable de su inocencia y honrado proceder. La penetración de D. Gregorio Mayans advirtió discretamente que cuando este escritor hace expresa memoria de su prisión, y de haber sido engendrado su DON QUIJOTE en una cárcel, no sería su delito feo ni ignominioso, y comprueba esta conjetura el silencio que guardaron en este punto sus enemigos y rivales, aun mencionando aquel suceso con la perversa intención de zaherirle é infamarle.

97. Estos desgraciados acontecimientos de Cervantes son muy parecidos á los del célebre poeta Luis Camoens, á quien, después de otros infortunios, acusaron algunos malévolos de malversador de los caudales públicos mientras administró la proveeduría de Macao, logrando se le formase causa y pusiese en la cárcel. Acrisolada su conducta y comprobada la calumnia de sus enemigos, iba á salir de la prisión cuando lo embargó en ella un hidalgo de Goa por doscientos cruzados á que se decía acreedor; pero el virrey, administrando justicia, amparó generosamente al desgraciado Camoens, que pudo de este modo vivir tranquilo mientras permaneció en aquel país. Cervantes, aunque vivió después libre, no dejó de ser perseguido: debió su tranquilidad al convencimiento de su conducta pura y generosa, y su subsistencia á los frutos de su aplicación y de su ingenio y á las justas consideraciones que tuvieron de su mérito y de sus desgracias algunos amigos y personajes ilustrados.

98. Desde fines de 1598 nos han faltado documentos para saber los sucesos de Cervantes en los cuatro años inmediatos; y en ellos pudieron, tal vez, tener lugar las ocurrencias en la Mancha, cuya memoria conserva allí una tradición constante y general, siendo cierto que tenía enlaces y conexiones de parentesco con varias familias ilustres establecidas en aquella provincia. Unos aseguran que, comisionado para ejecutar á los vecinos morosos de Argamasilla á que pagasen los diezmos que debían á la dignidad del gran priorato de San Juan, lo atrope-

Colección de láminas de una edición del QUIJOTE del siglo XVII.

Segunda salida de Don Quijote.

Pendencia de Don Quijote y el cabrero.

Aventura del titiritero.

Descomunal batalla con los pellejos de vino.

Industria de Sancho para encantar á Dulcinea.

Agüeros de Don Quijote y otros sucesos.

Artificio para sacar á Don Quijote de la asperísima penitencia.

Don Quijote en la aventura de los leones.

Del testamento que hizo y su muerte.

llaron y pusieron en la cárcel. Otros suponen que esta prisión dimanó del encargo que se le había confiado, relativo á la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones empleó las aguas del Guadiana, en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para beneficiar sus campos con el riego. Y no falta, en fin, quien crea que este atropellamiento acaeció en el Toboso, por haber dicho Cervantes á una mujer un chiste picante, de que se ofendieron sus padres é interesados. Lo más singulares que en Argamasilla se ha transmitido sucesivamente de padres á hijos la noticia de que en la casa llamada de Medrano, en aquella villa, estuvo la cárcel, donde permaneció Cervantes largo tiempo, y tan maltratado y miserable, que se vió obligado á recurrir á su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, solicitando su amparo y protección para que le aliviase y socorriese; debiendo ser su situacion tan apurada como lo daba á entender el exordio de su carta, que decía: *Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna.* Pero este documento, que se nos asegura haberse conservado hasta nuestros días, ha desaparecido de modo que ha hecho vanas é ineficaces nuestras diligencias para examinarle.

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Portada de AMADIS DE GAULA

99. Si fuese cierto cuanto supone esta tradición, pudiera conjeturarse que Cervantes, libre bajo fianza para presentarse en Madrid, salió de Sevilla en 1599 ó poco después, deteniéndose en la Mancha al amparo de sus parientes, ya que el largo silencio de sus jueces y la suspensión de los procedimientos judiciales daban margen á creer desvanecidos sus cargos, y á que por lo mismo se hubiese sobreseído su causa. A esta persuasión inducían también otros sucesos coetáneos, como la mudanza del gobierno después de la muerte de Felipe II, la traslación de la corte á Valladolid, la complicación de los negocios de la Real hacienda, repartidos en cuatro tribunales que se crearon por las ordenanzas del Pardo de 1593, hasta que la necesidad de simplificar el sistema de administración los redujo á uno por las publicadas en Lerma á 26 de Octubre de 1602, de cuyas resultas hubieron de renovarse los cargos y los apremios á los que aparecían aún en descubierto. La prontitud con que Cervantes se presentó en Valladolid después del informe de los contadores de relaciones, dado, como queda dicho, en 24 de Enero de 1603, á que regularmente seguiría el volver á requerirle, da lugar á presumir que residiese á pocas jornadas de allí, pues no podía haber llegado tan breve si aún permaneciera en Andalucía; y todo ofrece alguna verosimilitud de que estuviese en la Mancha, porque no puede dudarse que vivió en ella mucho tiempo, especialmente en Argamasilla, que hizo patria de su *Ingenioso hidalgo*, ridiculizando oportunamente en él la fantástica presunción de sus vecinos por los títulos de nobleza é hidalguía, aun cuando carecían de los medios de sostener con decoro sus prerrogativas; vanidad que ocasionó entre ellos ruidosas desavenencias y pleitos escandalosos en mengua de la misma población, como lo notan algunos escritores de aquel siglo. Y, por último, la exactitud en las descrip-

ciones topográficas de la Mancha, el conocimiento de sus antigüedades, costumbres y usos, y las particularidades que refiere de las lagunas de Ruidera, curso del Guadiana, cueva de Montesinos, la situación de los batanes, Puerto-Lápice y demás parajes comprendidos en el itinerario de los viajes de Don Quijote, son razones poderosas para persuadirnos de su residencia en la Mancha, aunque ignoremos el tiempo y los motivos que pudieron inducirle á fijar allí la patria de su héroe caballeresco y la escena de sus principales aventuras.

100. Cuando Cervantes se trasladó á Valladolid se hallaba establecida allí la corte desde dos años antes, y la mudanza de los personajes que en ella influían, debió disipar la memoria de los servicios de este antiguo militar é ingenioso escritor. Sus recientes persecuciones y la alteración que en este tiempo padeció el sistema de Real hacienda y el mismo tribunal de contaduría mayor, influían también contra la brevedad del despacho de los negocios de Cervantes, cuya ausencia de tantos años había reducido sus conocimientos, debilitado sus amistades, y desvanecido las consideraciones que merecía. El duque de Lerma, *atlante del peso de esta monarquía*, como le llamaba nuestro escritor, era el dueño de la voluntad del Soberano, y el árbitro dispensador de los empleos y de la fortuna ó desgracia de todos los españoles: favorito sin ilustración ni experiencia; halagueño y mañero más que bien entendido, según decía Quevedo; imperioso con otros, y dominado del valimiento y astucia de sus criados; fastuoso y magnífico, pero con indiscreta profusión y censurada prodigalidad; cuyas elecciones las dictaron por lo común motivos de su política particular, ó sus conexiones de amistad y parentesco. De aquí nació que el mérito, el talento y la virtud fueron desatendidos, no sin censura y sentimiento de los buenos. El P. Sepúlveda, que escribía entonces en el Escorial cuanto ocurría y observaba, se lamentaba con patriótico celo y santa indignación de ver arrinconados y sin premio alguno tantos y tan famosos capitanes y valerosos soldados, que habiendo servido al Rey toda su vida en guerras y facciones distinguidas, exponiéndose mil veces á la muerte por defenderle, y teniendo sus cuerpos acribillados de heridas, no solamente estaban obscurecidos, sin recompensa alguna, sino que á su vista eran colmados de mercedes, hombres sin servicios ni méritos, por sólo el favor que accidentalmente gozaban de los ministros ó cortesanos, ó por estar colocados en ocupaciones sedentarias de pocos días. Ni era menor el desdén y abandono con que se miraban las letras y los sabios que las cultivaban con tanta gloria y utilidad de la nación; olvido y falta de protección, cuyas malas consecuencias no disimularon entonces mismo ni la severidad de Juan de Mariana y de Bartolomé Leonardo de Argensola, ni el celo de Cristóbal de Mesa y de Cervantes, ni los buenos deseos de otros insignes escritores.

101. Si Cervantes, como es de presumir, tuvo entonces necesidad de presentarse á aquel ministro poderoso para exponerle sus servicios, sus méritos y sus desgracias, implorando su protección para conseguir algún acomodo que le asegurase una vejez más descansada entre su familia, no es extraño que el duque de Lerma, ignorando sus calidades eminentes como militar y literato, y con equivocado concepto por las persecuciones que padecía, le recibiese con desdén y le tratase con menosprecio, según refieren algunos escritores de aquel siglo. Con tan amargo desengaño halló Cervantes, cerrada la puerta á sus esperanzas, de modo que, abandonando sus solicitudes de recompensa, se vió obligado á buscar otros medios de subsistir, ya ocupándose en varias agencias y negocios, ya trazando y escribiendo algunas obras de ingenio, ó ya, finalmente, limando y perfeccionando las que tenía trabajadas para darlas al público. Con tan mezquinos arbitrios y el favor que después pudo granjearse por medio de sus amigos, de otros protectores más justos é ilustrados, vivió Cervantes el resto de su vida, aunque pobre y obscuramente, en medio del fausto y pompa de los magnates y próceres de la nación, siendo admirable la cordura y moderación que distinguió su conducta en este último período; pues si bién en el seno y confianza de la amistad depositó alguna vez las quejas y resentimientos particulares que tenía con el duque, si acaso, á impulsos de su genio, mezcló en sus obras algunas alusiones satíricas en desquite de la injusticia é insensibilidad con que se le trataba, la discreción y el velo delicado con que supo cubrirlas le salvaron de la persecución de un privado despótico y poderoso, de quien, por otra parte, habló siempre en sus obras públicas con aquel decoro y miramiento que la prudencia tributa á los que, por la confianza de los Reyes, tienen en sus manos la suerte de los pueblos y la prosperidad ó miseria de muchas generaciones.

102. Tal vez la situación apurada en que le pusieron estos desvíos y desengaños hicieron á Cervantes acelerar la publicación del QUIJOTE, para

ESCENAS DEL «DON QUIJOTE»

La primera salida, dibujo de Marín.

que los lectores juiciosos é imparciales, midiendo por esta obra la elevación y amenidad de su ingenio, y recordando, por la novela del Cautivo, los méritos de su juventud, compadeciesen su mala suerte, y este sentimiento excitase su indignación contra la injusticia é indiferencia de los que la causaban. Además de esto, la lectura de los libros de caballerías no era tan propia y peculiar del vulgo que no estuviese igualmente radicada y extendida entre los grandes, los cortesanos y los nobles, que tal vez se resentían más de algunas rancias costumbres ó preocupaciones bebidas en aquellas fuentes, y todavía había entre ellos quienes escribían y publicaban fábulas tan disparatadas como la *Historia del Príncipe D. Policisne de Boecia*, compuesta por D. Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada Hermosa, é impresa en el año de 1602. Así no era extraño que Cervantes, recelando que la malicia ó la perspicacia de los lectores descubriese algunas alusiones que pudieran aplicarse á personas conocidas por su elevado carácter ó respetadas por su influjo y autoridad, procurase, para evitar las consecuencias que producirían estos resentimientos, alucinar al lector, previniéndole en los discretos versos de *Urganda la desconocida* que era cordura no meterse en dibujos semejantes, ni en averiguar vidas ajenas, por lo arriesgado que era el decir gracejos, especialmente personas que tenían el tejado de vidrio por carecer de favor, protección y valimiento.

103. Con el mismo objeto procuró buscar un Mecenas de alta jerarquía, de superior concepto y reputación, y amante de los estudios útiles, á cuya sombra lograse la obra del QUIJOTE mayor consideración y miramiento; y juzgando digno de este obsequio y propio para este fin á D. Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, ya por el buen acogimiento y honra que (según dice Cervantes) hacía á toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, ya por su ilustre cuna, como descendiente de la casa Real de Navarra, ya por sus prendas generosas y el favor que dispensaba á los hombres de letras, determinó dirigirle una obra tan nueva como admirable, para cuya impresión había obtenido privilegio del Rey en 26 de Septiembre de 1604; y, teniéndola concluída para mediados de Diciembre, logró verificar su publicación á principios del año siguiente. Si es cierta la tradición que refiere D. Vicente de los Ríos, la idea que tuvo Cervantes en esta elección de patrono no fué tanto procurar los medios de publicar su obra, cuanto el conocimiento que tenía de su naturaleza y carácter, porque anunciando su título las aventuras de un caballero andante, temía, con harto fundamento, fuese desestimada por sólo esto de las personas serias é

instruídas, y poco apreciada del vulgo, que no encontraría en ella los portentosos sucesos á que estaba acostumbrado en los demás libros caballerescos, ni podía penetrar la delicada y fina sátira que en éste se contenía; lo que no era de temer llevando á su frente la recomendación del nombre de un personaje tan ilustre y respetable, que, según otro escritor coetáneo, merecía ser el Mecenas de su edad y el Augusto de su siglo.

104. Refiere, sin embargo, la misma tradición, que sabido por el duque el objeto del QUIJOTE no quiso admitir la dedicatoria; que Cervantes, manifestando conformarse con su voluntad, le suplicó solamente se dignase oirle leer un capítulo de aquel libro; que este ardid surtió todo el efecto que había meditado, porque fué tal la complacencia y diversión que causó la lectura en el auditorio, que no pararon hasta concluir toda la obra, colmándola de elogios; con lo que depuso el duque su repugnancia y preocupación, admitiendo gustoso la dedicatoria que antes desdeñaba. Pero parece que esta aceptación tan general no bastó á suavizar la aspereza de un religioso que gobernaba la casa de aquel personaje, quien no sólo se empeñó en despreciar la obra y en desacreditar á su autor, sino en reprender agriamente al duque el agasajo y estimación con que le trataba, logrando que éste olvidase y desatendiese el mérito de Cervantes, quien, sin duda por esta causa, no volvió á dedicarle ninguna de sus demás obras. Con tales antecedentes se ha creído que este escritor copió la mencionada escena en la segunda parte del QUIJOTE en la persona del religioso que introduce en casa de los duques.

105. Supónese igualmente que el público recibió el QUIJOTE con la mayor indiferencia, siendo hasta su título objeto de la burla y desprecio de los semidoctos, y que Cervantes, conociendo que su obra era leída de los que no la entendían, y que no se dedicaban á su lectura los que podían entenderla, procuró excitar la atención de todos publicando el *Buscapié*, obra anónima, pero ingeniosa y discreta, en la cual, haciendo una aparente crítica del QUIJOTE, se indicaba que era una sátira llena de instrucción y de gracias, con el objeto de desterrar la perniciosa lección de los libros de caballería, y que los interlocutores, aunque de mera invención, no eran, con todo, tan imaginarios que no tuviesen cierta relación con el carácter y algunas acciones caballerescas de Carlos V y de los paladines que procuraban imitarlo, como también de otras personas que tenían á su cargo el gobierno político y económico de la monarquía. Los que excitados de esta curiosidad leyeron el QUIJOTE, no pudieron dejar de conocer su mérito y de percibir el encanto de su artificio y composición; y por este medio tuvo la idea de Cervantes todo el efecto que había prevenido y meditado.

106. Pero sea lo que fuere de estas conjeturas, conservadas solamente por una tradición poco general y conocida hasta nuestros tiempos, é impugnada últimamente por el Sr. Pellicer con varios hechos y reflexiones propias, lo que no tiene duda es que el mismo Cervantes, convencido de la justicia y severidad con que habían declamado contra la lectura de los disparatados libros de caballerías los sabios y eruditos españoles Luis Vives, Melchor Cano, Alejo Venegas, Pedro Mexía, Alonso de Ulloa, Luis de Granada, Benito Arias Montano, Pedro Malon de Chaide, el autor del *Diálogo de las lenguas*, y otros muchos, quiso publicar en su obra *una invectiva contra aquellos libros con la mira de deshacer la autoridad y cabida que todavía tenían en el mundo y en el vulgo;* cuya indicación hecha así en el prólogo, parece excusaba la necesidad de dar á conocer el objeto de la obra con el *Buscapié*, según opina el Sr. Pellicer; pero como por otra parte no podemos dudar de su existencia, pues que asegura haberle visto y leído, y da razón de su contenido y circunstancias una persona tan conocida por su sinceridad y buena fe como Don Antonio Ruidíaz, debemos creer que Cervantes no intentó manifestar con este opúsculo el fin principal de su novela, que había ya declarado sin rebozo en el prólogo, sino levantar el velo de algunas alusiones y parodias á sucesos recientes ó personas conocidas, cuanto bastase á estimular la curiosidad de los lectores para vislumbrarlas ó percibirlas, y admirar su ingenio, delicadeza y artificio, sin comprometer la suerte de su autor, á cuya persuasión nos induce el haberle publicado sin su nombre, y haberse esparcido corto número de ejemplares, como sucedió con otros escritos coetáneos, cuyos autores, no queriendo ocultar la verdad ni hacer traición á sus propios sentimientos, se cautelaban sin embargo del duque de Lerma para publicarlos.

107. Como ignoramos si el *Buscapié* salió á luz al mismo tiempo que el QUIJOTE, ó si fué muy posterior, no podemos graduar el influjo que tuvo para que esta obra fuese recibida desde luego *con tan general aplauso de las gentes*, como manifestó su autor en la segunda parte; y fué consecuencia de esta aceptación el haberse hecho á lo menos cuatro ediciones en el mismo año de 1605 en que

se publicó la primera, y haberse multiplicado en los inmediatos por Francia, Italia, Portugal y Flandes, siendo natural que los lectores, penetrando entonces más fácilmente las discretas y satíricas alusiones derramadas en aquella obra á sucesos recientes y á personajes que tenían tan cercanos, hallasen por esta razón mayor placer y gracia que la que podemos percibir ahora cuando la sucesión y trastorno del tiempo ha envuelto en los senos de su obscuridad muchos de aquellos lances y acontecimientos, de cuya crítica é ironía no podemos hacer justa aplicación, ni apreciar por tanto su verdadero mérito, careciendo de tan precisos antecedentes y conocimientos.

108. Por ciertas y positivas que sean estas reflexiones, no pueden, sin embargo, autorizar ni sostener la extravagante opinión, muy divulgada entre nacionales y extranjeros, de que Cervantes quiso representar en Don Quijote al Emperador Carlos V ó al ministro duque de Lerma, y mucho menos que hiciese de su novela una sátira de su propia nación, ridiculizando la nobleza española, que se suponía dominada más particularmente del espíritu é ideas de los libros de caballerías. De esta imputación, por muchos respetos, injuriosa á Cervantes, le defendió D. Vicente de los Ríos demostrando con suma erudición y admirable acierto que el espíritu caballeresco era común á toda Europa, y no peculiar y propio de la España, y por tanto que Cervantes se propuso hacer una corrección general, siendo él demasiado sabio para ignorarlo, y muy honrado para ser ingenioso en desdoro de su nación; por más que sea cierto lo que aseguraba Lope de Vega de que para esta clase de libros *fueron los españoles ingeniosísimos, porque en la invención ninguna nación del mundo les ha hecho ventaja.* Mas por lo respectivo á los personajes que se supone quizo ridiculizar Cervantes, bastará la sencilla lectura del QUIJOTE para conocer que el carácter y las costumbres del héroe, y la naturaleza y calidad de sus aventuras y acontecimientos son todos tomados é imitados de los libros de caballerías que se proponía ridiculizar, pues como dice juiciosamente el Sr. Pellicer, *Don Quijote de la Mancha es un verdadero Amadís de Gaula pintado á lo burlesco;* á lo que puede añadirse, con D. Diego de Torres, *que en el linaje de epopeya ridícula no se encuentra invención que pueda igualar el donaire de esta historia, ni se pudo inventar contra las necedades caballerescas invectiva más agria;* á cuya pintura añadió Cervantes, como tan gran maestro, varios rasgos é incidentes de otros caballeros andantes, verdaderos y fingidos, para hacer así más cabal y propio el re-

ESCENAS DEL «DON QUIJOTE»

La aventura de los molinos de viento, dibujo de Marín.

trato de su ingenioso hidalgo, y más concluído el cuadro de su locura y extravagancia.

109. Pero como al mismo tiempo la variedad y naturaleza de las aventuras, episodios é incidencias de la fábula ofrecían tan espacioso campo para criticar y reprender los vicios y preocupaciones más comunes en la sociedad, procuró llenar este fin secundario con laudable celo y discreto donaire, y con alusiones á sucesos ó personajes recientes, para que siendo mayor la curiosidad é interés, fuese también más eficaz el remedio y más pronta la curación, aunque sin lastimar ni herir abiertamente el amor propio de los que se contemplasen reprendidos ó censurados, por el tono gracioso y aire caballeresco con que estaba cubierta y templada la reprensión ó la censura; de cuyo ingenioso modo de censurar y corregir los vicios nació el concepto de *agudísimo* con que calificaba á Cervantes su coetáneo Manuel de Faria y Sousa, añadiendo con referencia al QUIJOTE, *que apenas tiene acción perdida ó acaso, si no ejemplar, ó abierta, ó satírica, ó figuradamente*, como lo demuestra analizando el gobierno de Sancho, y como el Sr. Pellicer y el Dr. Bowle lo han declarado en varios lugares de sus comentarios y anotaciones. De aquí podrá inferirse cuán arbitrario fué el parecer de Voltaire cuando aseguraba que el tipo de Don QUIJOTE había sido el Orlando del Ariosto, y cuán vano y sistemático el empeño del señor Ríos en probar que Cervantes en su Ingenioso hidalgo se propuso imitar á Homero en su Iliada; ó el del Sr. Pellicer, que intentando invalidar esta opinión, pretendía hallar más puntos de analogía y semejanza entre la fábula española y el *Asno de oro* de Apuleyo, dando lugar con estas paradojas á que algunos doctos españoles residentes en Italia, como D. Antonio Eximeno y otro anónimo, con pretexto de defender el primero á Cervantes, y el segundo de criticarle, se burlen de ver comparadas con el yelmo de Mambrino las armas que Tetis envió del cielo á Aquiles, las bodas de Camacho con los juegos fúnebres de Patroclo y el aniversario de Anquises, la aparicióin del clavileño aligero con la del Paladión troyano, el desencanto de Dulcinea anunciado por Merlín con la magnificencia del bosque encantado del Taso; y así de otros paralelos semejantes. Sin adoptar las opiniones magníficas de los unos, ni las críticas, acaso poco reflexivas, de los otros, juzgamos imparcialmente y estamos persuadidos de que Cervantes había leído y estudiado con aprecio estos insignes escritores, y tal vez adoptó é imitó de ellos algunos pensamientos y pasajes, como el mismo Faria decía haberlos tomado también de Petronio y de Camoens; pero con aquel aire, desembarazo y soltura, con aquel ornato, oportunidad y elegancia con que saben los grandes maestros mejorar y hacer propios los pensamientos ajenos, sin que esto pueda obstar de modo alguno á la originalidad inimitable de la invención, del artificio y encanto de la fábula del QUIJOTE, en la cual, tomando el aire y traza de las aventuras y héroes de la caballería, abrió su autor entre este linaje de poemas y de las epopeyas más famosas y celebradas, una senda media que nunca toca en aquellos extremos, aunque tiene las calidades de ambos, como son plan, obstáculos y episodios, y además los modos de decir, los afectos, los caracteres y acontecimientos como las fábulas caballerescas, la forma, regularidad, interés, verosimilitud, sentencias, nudo y desenlace como los poemas épicos; y de propio caudal é ingenio la ironía picante, la gracia nativa y la sal cómica, que ni tuvo original hasta entonces, ni después ha tenido imitadores.

110. Si los libros de caballerías se hubieran escrito de este modo, como deseaba y proponía Cervantes, ni hubieran merecido la reprensión ni el desprecio de los hombres más doctos y juiciosos, ni provocado la burla y la sátira con que fueron tan graciosamente ridiculizados en el QUIJOTE. Materia y argumento amplio y espacioso ofrecían á la verdad para que un buen ingenio ostentase todos los tesoros de la imaginación y de la filosofía, ya en agradables y magníficas descripciones, ya en la pintura y variedad de los caracteres, ya en la expresión de los afectos y pasiones, ya en la riqueza y pompa de la elocuencia y en la exactitud y propiedad del buen lenguaje: de modo que *con tal arte y reglas pudiera componerse un libro de caballerías que su autor se hiciese famoso, en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina... enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se obscureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados.* Esto decía Cervantes al mismo tiempo que haciendo una imitación burlesca y una sátira festiva de los mismos libros, se acreditaba capaz de ejecutar el plan que proponía, fijando de este modo, no sólo su perpetua celebridad, como la habían vinculado Homero y Virgilio en sus epopeyas, sino que ridiculizando todas las disparatadas novelas de caballerías, consiguió desterrarlas

de la república como inútiles y perjudiciales, y substituir á su lectura desaliñada otra llena de gracia y urbanidad, de erudición y enseñanza, de doctrina y moralidad, uniendo discretamente la utilidad y el deleite, en cuya acertada combinación consiste la perfección de las obras de ingenio, según el precepto de Horacio. Es digno de notarse, con el padre Sarmiento, que mientras Cervantes hacía la guerra de esta manera y con tan buen éxito á los falaces y disparatados libros de caballerías, comenzaban á levantar la cabeza y propagarse las patrañas y embustes de los falsos cronicones, en mengua de la majestad y pureza de nuestra historia. Lastimosa condición de los hombres: haber de andar siempre perdidos tras de fantasmas en lugar de realidades, y abuso abominable del talento en los que procuran desviar á otros del camino que conduce al conocimiento de la verdad.

111. Consecuencia del aprecio universal con que se recibió el QUIJOTE fué la persecución que empezó á padecer su autor por la malicia y emulación de algunos escritores que se creyeron comprendidos en las censuras y reprensiones de aquella obra. Viéronse ridiculizados en ella con graciosa ironía los autores de los libros caballerescos, y el enjambre necio de lectores que los apreciaban; censurados varios poetas en el ingenioso escrutinio de la librería de Don Quijote, y reprendidos y abochornados los escritores dramáticos en el juicioso coloquio del canónigo de Toledo, á la sazón que los apasionados de Lope de Vega, alucinados con su prodigiosa fecundidad, le separaban con insensatos aplausos del recto sendero de la razón y de la naturaleza de semejantes composiciones, despreciando y abandonando abiertamente las reglas y preceptos dictados por los venerables maestros de la antigüedad Aristóteles y Horacio. De estos resentimientos particulares nacieron las infinitas críticas é impugnaciones que padecieron, así el QUIJOTE como su autor, y de este número fué aquel soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna que le remitieron dentro de una carta, estando en Valladolid, y de que hizo memoria en la *Adjunta al Parnaso*. Otros dos sonetos se han publicado en nuestros tiempos con poca cordura y sobrada ligereza, atribuyéndolos á Cervantes y á Lope de Vega, de quienes ciertamente no son. ¡El primero, dirigido contra todos los escritos de Lope, es con seguridad de D. Luis de Góngora, propio de su genio mordaz y satírico, como lo expresan los dos códices de la biblioteca Real en que se ha conservado manuscrito; pero como este poeta, para disimular su nombre, usó de los versos cortados en los finales, de que había sido inventor Cervantes, aunque imitado de otros inmediatamente, en especial del autor de la *Pícara Justina*, tomaron de aquí ocasión algunos de sus émulos para prohijarle una crítica tan opuesta á su carácter y á la grande estimación que hizo siempre de la persona, del ingenio y de los obras de Lope, aun cuando reprendió sus extravíos; y bajo la sombra y pretexto de vindicar á este gran poeta, escribieron el otro soneto (mal atribuído á Lope), zahiriendo y motejando al QUIJOTE y á su autor con expresiones las más groseras é indecorosas, al modo que Avellaneda, aparentando defender á Lope de las ofensas que suponía se le habían hecho, derramaba impudente contra Cervantes toda la hiel de su punzante envidia y mordacidad. Ha sido, por cierto, doloroso que tamaña ligereza haya intentado en nuestros días acreditar una lid y competencia de pasiones privadas y mezquinas que no existió jamás, y que por suponerse entre dos de los mayores atletas de nuestra literatura, ha provocado indiscretamente el encono de sus parciales y prosélitos, cuando es cierto que las públicas alabanzas con que ensalzaron recíprocamente sus obras y respectivo mérito, dejaron ideas más nobles de su juicio, imparcialidad é ilustración.

112. Eran muchos los literatos y escritores que con motivo de la residencia de la corte se hallaban entonces en Valladolid, unos amigos, y otros émulos de Cervantes. Merecen lugar entre los primeros el famoso poeta Pedro Láinez, que fué el Damon de la *Galatea*, y de quien hablaremos más adelante; el maestro Vicente Espinel, que presenció allí las funciones que se celebraron por el nacimiento de Felipe IV, dejándonos una noticia circunstanciada de ellas en su *Escudero Marcos de Obregón*; el secretario, Tomás Gracián Dantisco, de cuyo ingenio se valió la ciudad para la invención y traza del magnífico carro triunfal que se sacó en las mismas fiestas; el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola, que también se trasladó á Valladolid, sin duda por la amistad del conde de Lemos, luego que murió en Madrid, á 22 de Febrero de 1603, la Emperatriz doña María de Austria, de quien fué capellán mientras vivió retirada en las Descalzas Reales; el benedictino Fr. Diego de Haedo, abad de Frómista, que teniendo concluída su *Historia de Argel*, en 1604, solicitaba allí las licencias para imprimirla; y como en ella se daba noticia de algunos hechos del cautiverio de Cervantes, y éste se preparaba á publicarlos también

en la novela del *Cautivo*, es regular que ambos se buscasen para tratarse y confrontar sus respectivas noticias á fin de darlas mayor apoyo y recomendación. Así lo persuade la conformidad que tienen aun en el estilo y en la expresión, y así lo creía el P. Sarmiento, que en prueba de esta conjetura añadía haber oído á un monje de su orden, cuando apenas llevaba tres años de hábito, la noticia, que se conservaba por tradición, de que un benedictino, hijo de Sahagún, había ayudado á Cervantes á componer su *Don Quijote*: especie incierta, pero que pudo tener origen de su trato, amistad y conferencias con el P. Haedo. Finalmente, entre los segundos deben contarse D. Luis de Góngora, que, como hemos visto, todo lo notaba y zahería con su picante pluma, y el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, natural de Valladolid, que habiendo vuelto á su patria en 1604 después de una larga ausencia, la encontró tan variada con las mudanzas ordinarias de los tiempos y el bullicio y boato de la corte, que se juzgó más extraño en ella que pudiera estarlo en Etiopía. Ambos eran satíricos y maldicientes, y ambos lo decían sin rebozo, atribuyéndolo á su genio descontentadizo y natural humor; pero cuando cobarde y encubiertamente dirigieron contra Cervantes sátiras tan groseras y malignas, manifestaron bien que, lejos de ser el celo de corregir y mejorar los hombres el que las dictaba, eran sólo las inspiraciones de la vanidad, los estímulos de su amor propio, y el agudo pesar con que miraban las glorias ajenas.

113. A esta época corresponde el nacimiento de Felipe IV, acaecido en Valladolid, día de viernes santo, 8 de Abril del año de 1605; acontecimiento plausible para la nación, que veía satisfechas sus esperanzas con el sucesor de tan vasta monarquía. Y como el deseo y la necesidad de la paz con Inglaterra hubiese obligado el año anterior á enviar á Londres para ajustarla al condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, que fué recibido y obsequiado con la mayor pompa y magnificencia, aquella corte, para ratificar el tratado, mandó venir á España al almirante D. Carlos Howard, conde de Hontinghan, que, acompañado de seiscientos ingleses, desembarcó en la Coruña, y se dirigió á Valladolid, donde entró el 26 de Mayo, siendo recibido afable y generosamente de Felipe III. Tales circunstancias hicieron que el almirante presenciase el solemne bautismo del príncipe, verificado en el convento de San Pablo el día 28 del mismo mes, y la salida de la Reina á misa el 31 á la iglesia de San Llorente con gran majestad y lucido acompañamiento. Para dar mayor realce á unos sucesos tan agradables y ventajosos á la nación, se celebraron magníficas funciones de iglesia y otras cortesanas y muy ostentosas de toros, carros triunfales, vistosos saraos y máscaras en palacio, campamentos y ejercicios militares, fiestas de cañas, que jugó también el Rey, y otras tan nuevas y maravillosas, que *mostraron la grandeza y prosperidad de la monarquía española*, como dice Vicente Espinel, *y admiraron á los embajadores y al mundo*. Cítanse con singularidad entre los obsequios hechos al almirante inglés, después de haber ratificado el juramento de las paces, los abundosos y espléndidos convites que le dieron el condestable de Castilla y el duque de Lerma, pues á la riqueza

ESCENAS DEL «DON QUIJOTE»

La veladura de las armas, dibujo de Marín.

y el buen gusto de los aparadores y vajillas, se unió la muchedumbre y variedad de exquisitos manjares y bebidas, bastando decir que sólo en la mesa del condestable se sirvieron mil y doscientos platos de carne y pescado, sin contar los postres ni otros muchos que quedaron por servir. Satisfecha de este modo la generosidad española, y habiendo concluído el almirante su comisión, se despidió el 17 de Junio de los reyes, que le obsequiaron y regalaron suntuosamente, y tomó el camino de Santander para regresar á su patria. Con el fin de perpetuar la memoria de tan señalados sucesos y de tan extraordinarias demostraciones de júbilo mandó el duque de Lerma, ó el conde de Miranda, presidente del Consejo, escribir una relación, que se imprimió en Valladolid aquel año, y aunque sin expresar su autor, nos dejó bastantes indicios de serlo Cervantes, el famoso poeta D. Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto irónico y burlesco, en que haciendo una reseña de todas las funciones y de los motivos que las promovieron, criticó el lujo, la profusión y excesivos gastos que ocasionaron, sin olvidar el haberse mandado escribir tales hazañas á Don Quijote, á su escudero y al rucio, con satírica alusión y mordacidad al autor de aquella obra, que acababa de salir á luz con general aplauso de las gentes.

114. Apenas se habían concluído estos públicos regocijos, cuando un funesto é imprevisto acontecimiento vino á turbar la tranquilidad de Cervantes y de su familia. Seguía á la corte un caballero navarro, de la orden de Santiago, llamado don Gaspar de Ezpeleta, aficionado, según la costumbre del tiempo, á justas, torneos y galanterías, el cual en la noche del 27 de Junio de 1605 se encontró junto á la puentecilla de madera del río Esgueva con un hombre armado, que se empeñó en alejarlo de allí, por cuya razón, después de algunas contestaciones, sacaron las espadas y se dieron de cuchilladas, quedando mal herido D. Gaspar, que comenzó á dar voces apellidando auxilio, y hubo de refugiarse con trabajo á una de las casas que estaban más próximas. Cabalmente vivía en uno de sus dos cuartos principales doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estaban de Garibay, con dos hijos suyos, y en el otro Miguel de Cervantes con toda su familia. A las voces de D. Gaspar acudió uno de los hijos de Garibay, y viendo que se entraba en el portal derramando sangre, con la espada desenvainada en la mano y en la otra el broquel, llamó á Cervantes, que estaba ya recogido. Entre ambos le subieron al cuarto de doña Luisa de Montoya, donde se le asistió con cuanto

ESCENAS DEL DON «QUIJOTE»

La locura de Don Quijote, dibujo de Marín.

fué necesario, hasta que falleció en la mañana del 29.

115. Para la averiguación de este caso se procedió á las diligencias judiciales por el Lic. Cristóbal de Villaroel, alcalde de casa y corte. El primer testigo que se oyó fué Miguel de Cervantes, en quien se depositaron los vestidos del herido, y declaró en la misma noche, entre otras cosas, haber visto las heridas á D. Gaspar de Ezpeleta, sin que supiese ni la causa de ellas ni el agresor. Tampoco resultó uno ni otro, aunque declararon varios testigos; por cuyas declaraciones, y por la de María de Cevallos, criada del mismo Cervantes, se viene en conocimiento de que éste tenía, además, en su compañía y entre su familia, á su mujer, doña Catalina de Palacios Salazar; á su hija natural, doña Isabel de Saavedra, soltera, de más de veinte años; á doña Andrea de Cervantes, su hermana, viuda, con una hija soltera, llamada doña Constanza de Ovando, de veintiocho años, y á doña Magdalena de Sotomayor, que también se llama su hermana, y era beata, de más de cuarenta años de edad.

116. Hubo, sin embargo, algunos indicios de que las heridas y muerte de D. Gaspar habían provenido por competencia de obsequios y galante-

rías dirigidas, bien á la hija ó á la sobrina de Cervantes, ó bien á otras señoras de las varias que habitaban los dos cuartos segundos y otro tercero de la misma casa, por lo que fueron puestas en la cárcel diferentes personas, y entre ellas Miguel de Cervantes, su hija, su sobrina y su hermana viuda, á quienes tomó el juez sus confesiones el 30 del mismo mes de Junio. Preguntadas entonces si concurrían á su aposento D. Hernando de Toledo, señor de Cigales, y Simón Méndez, portugués, y con qué motivo, respondieron que el primero visitaba á Cervantes por conocimiento y por asuntos que tenía con él desde Sevilla, y el segundo por tratar igualmente de los suyos; añadiendo doña Andrea que algunas personas entraban á visitar á su hermano por ser hombre que escribía y trataba de negocios, y que dicho Méndez le había pedido que fuese al reino de Toledo á hacer ciertas fianzas para las rentas que había tomado. De lo que se infiere que Cervantes se empleó en agencias durante su mansión en Sevilla, y que las continuó en Valladolid, tal vez como un arbitrio para mantener su familia.

117. Poco después de recibidas las confesiones salieron de la prisión, bajo fianza, Cervantes, su hija, hermana y sobrina; pero éstas con su casa por cárcel, aunque luego parece que á sus instancias se les alzó la carcelería por no resultar en manera alguna culpables; y Cervantes entregó en 9 de Julio, como solicitó, los vestidos de D. Gaspar de Ezpeleta, que se habían depositado en su poder.

118. Es muy digno de notarse que en la misma casa, que estaba, y aún está, comprendida en la parroquia de San Ildefonso, y cuyo dueño era Juan de Navas, vivían en los cuartos principales, como se ha dicho, la viuda de Esteban de Garibay y Zamalloa, cronista y aposentador de S. M., y sus dos hijos, y Cervantes con su familia; y en uno de los segundos doña Juana Gaitán, viuda del culto poeta y singular amigo de este escritor, Pedro Láinez, pagador ó tesorero, que como tal había seguido á la corte á Valladolid, donde murió en el mismo año de 1605, dejando manuscritos dos libros de sus obras dedicados al duque de Pastrana.

119. En el año siguiente de 1606 se restituyó la corte á Madrid, y es muy regular que la siguiese Cervantes, fijando su establecimiento en esta villa, no sólo para continuar sus agencias ó proporcionarse otros medios de subsistir, sino para estar más inmediato á Esquivías y á Alcalá, donde tenía sus parientes. Así lo testifican cuantas Memorias se han conservado, de las cuales consta que á mediados de 1608 se reimprimió á su vista la primera parte del QUIJOTE, corregida de algunos defectos y errores, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras, con lo que mejoró conocidamente esta edición, que por lo mismo es la más apreciada de los literatos y bibliógrafos; que en Junio de 1609 vivía en la calle de la Magdalena, á espaldas de la duquesa de Pastrana; que poco después se mudó á otra casa que estaba detrás del Colegio de Nuestra Señora de Loreto; que en Junio de 1610 moraba en la calle de León, casa núm. 9, manzana 226; que en 1614 residía en la calle de las Huertas; que también vivió en la calle del Duque de Alba, próximo á la esquina de la del Estudio de San Isidro, de la cual le desalojaron, habiéndose seguido autos ante la justicia sobre este desahucio; y, finalmente, que en 1616 habitaba otra vez en la calle del León, esquina á la de Francos, núm. 20, manzana 228.

120. Cervantes, anciano ya, reunido á toda su familia, escaso de medios para mantenerla, perseguido de sus émulos, desatendido, á pesar de sus servicios y de sus talentos, y colmado de desengaños por su experiencia del mundo y conocimiento de la corte y de los cortesanos, abrazó desde esta época una vida retirada y filosófica, cual convenía á su situación, y *volviendo*, como decía él, *á su antigua ociosidad*, se dedicó enteramente al comercio y trato de las musas para ofrecer después al público nuevos y más copiosos frutos de su ingenio y aplicación, dando campo al mismo tiempo á la práctica de aquellas nobles virtudes á que le inducía su religioso corazón, y que, sostenidas en su juventud con heroico denuedo entre infieles bárbaros y sanguinarios, debían brillar más y más en el ocaso de sus días para ejemplo y confusión de sus émulos y detractores.

121. Estos principios le condujeron á alistarse en algunas congregaciones piadosas que se promovían á la sazón con sumo celo y eficacia, especialmente la que todavía existe en el oratorio de la calle del Olivar ó de Cañizares. Felipe III, príncipe devoto y timorato, la honraba y favorecía con su asistencia, y á su ejemplo, el duque de Lerma, el arzobispo de Toledo y todos los magnates de la corte, los principales empleados y los sabios y artistas más distinguidos se apresuraron á entrar en el número de los cofrades. Uno de los primeros fué Miguel de Cervantes, que firmó su asiento de entrada en 17 de Abril de 1609, y á su imitación entraron sucesivamente Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, el M. Vicente Espinel, D. Francisco de Quevedo Lope de Vega, el M. Josef de Valdivieso, D. Josef Pellicer, y Tobar, D. Juan del Castillo y Sotomayor, Miguel de Silveira, Vincencio Carducho, D. Jusepe González de Salas, el príncipe de Esquilache, D. Juan de Solórzano Pereira y otros, sin que unos establecimientos tan piadosos se libertasen poco después de la censura pública, ó porque su multiplicidad y abusos perjudicasen á la política, ó porque la presunción y liviandad de algunos jóvenes desdecía y los desviaba de su Instituto. Se ha creído que entonces se incorporó también Cervantes, como lo hizo Lope de Vega, en

RETRATO DE DON QUIJOTE

Dibujo de R. López González.

la congregación del oratorio del Caballero de Gracia, mientras que su mujer y su hermana doña Andrea se dedicaban á semejantes ejercicios de piedad en la venerable Orden tercera de San Francisco, cuyo hábito recibieron en 8 de Junio del mismo año.

122. Fué singular y muy constante el amor y estimación fraternal que recíprocamente se conservaron siempre Cervantes y doña Andrea. Esta, que era mayor de edad, se había desprendido de su dote para rescatar á sus hermanos, y aun entregó pocos años después con el mismo objeto una corta cantidad de lo que pudo allegar para sus propias urgencias. Habíase casado tres veces: la primera, con Nicolás de Ovando; la segunda, con Sanctes Ambrosi, natural de Florencia, y la tercera con el general Alvaro Mendaño; y habiendo enviudado de todos, y quedado con su hija doña Constanza, del primer matrimonio, acogió Cervantes á las dos con mucho placer entre su familia, y le siguieron á Sevilla, Valladolid y Madrid, contribuyendo con sus labores y aplicación á acrecentar los medios de su común subsistencia. Tan recomendable conducta justificó el aprecio y consideración con que siempre trató Cervantes á doña Andrea hasta que falleció en su misma casa á 9 de Octubre de 1609, de edad de sesenta y cinco años, y se enterró en la parroquia de San Sebastián á expensas de su hermano.

123. Por este mismo tiempo había recopilado Fray Juan Díaz Hidalgo, del hábito de San Juan, las obras poéticas que andaban dispersas y sumamente incorrectas en las copias del ilustre D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien por su elevada clase, por las importantes comisiones que desempeñó, y, sobre todo, por su vasta erudición y delicado gusto en las letras humanas, miraron con gran estimación y sumo acatamiento los literatos de su siglo, y el mismo Cervantes había honrado su memoria en dulces himnos y sentidos discursos que puso en boca de los principales interlocutores de su *Galatea;* y consecuente en este concepto, quiso ahora, con motivo de la publicación de sus poesías, renovar aquellos inciensos y expresiones en un soneto dirigido á elogiar el mérito de tan digno escritor, y acrecentar su bien adquirido renombre.

124. Muy justo y merecido era el que ya entonces se había granjeado el conde de Lemos don Pedro Fernández de Castro como el Mecenas de la literatura, la que cultivaba con afición, y protegía con empeño y generosidad. Acababa de ser nombrado virrey de Nápoles en 1610, cuando murió su secretario Juan Ramírez de Arellano; y en la misma noche escribió el conde á los Argensolas, que residían en Zaragoza, y con quienes mantenía estrecha amistad, ofreciendo á Lupercio la secretaría de Estado y Guerra del virreinato, con especial encargo de que llevase consigo á su hermano el rector de Villahermosa. Aceptaron ambos tan distinguido ofrecimiento, y vinieron á Madrid, donde tuvieron comisión de buscar y proponer los oficiales para la secretaría. Deseando corresponder á esta confianza, lisonjeando la inclinación del virrey, eligieron entre varios poetas y literatos los que juzgaron más aptos para el despacho de los negocios, y para sostener al mismo tiempo las academias y representaciones poéticas que el conde

meditaba establecer en su palacio; y con estas miras y otras de amistad y particular consideración, llevaron en su compañía al Dr. D. Antonio Mira de Amescua, arcediano de la catedral de Guadix, su patria, insigne poeta cómico y lírico; á Gabriel de Barrionuevo, celebrado por sus sazonados entremeses; á D. Francisco de Ortigosa, singular y desgraciado ingenio; á Antonio de Laredo y Coronel, de felicísima vena; al hijo de Lupercio, llamado don Gabriel Leonardo y Albión; á Fr. Diego de Arce, franciscano, natural de Cuenca, obispo electo de Tuy, confesor del conde, escritor docto, y muy aplicado á recoger los libros más raros y exquisitos de nuestra literatura, y á otros sujetos de igual nombre y buena reputación, no logrando, sin embargo, satisfacer el anhelo de todos los que solicitaban acompañar á Italia al nuevo virrey, y disfrutar su aprecio y generosa protección.

125. Había gozado de ella hasta entonces el poeta Cristóbal de Mesa por influjo del mencionado secretario; y apenas comenzó á susurrarse el nombramiento del conde para el virreinato le pidió Mesa encarecidamente en una epístola que le llevase consigo; pero no pudo conseguirlo, ya por la falta de su amigo y favorecedor Arellano, y haberse mudado de resultas la servidumbre del virrey, ya por haber dejado de concurrir á su casa en cinco meses, á causa de una enfermedad que le impidió presentarle las composiciones en verso y prosa que antes acostumbraba. Sintió mucho este desaire, atribuyéndolo á infidelidad ó emulación de los nuevos familiares de quienes se había rodeado el conde, que estorbaban á los demás el acceso á su persona, recelosos de que los alejasen de la privanza, quejas que, como veremos después, tenía también el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa. Pero Mesa no las disimuló al mismo virrey, exponiéndolas con claridad en otra carta, añadiéndole que algunos de los españoles, de quienes hacía tanta estimación, no merecían llegar á la falda del Parnaso, como lo conocería bien en Italia, donde la poesía y el buen gusto estaban más adelantados, pues sin embargo de que él había tenido en España por maestros á Francisco Pacheco, Hernando de Herrera, Francisco de Medina, Luis de Soto, y al insigne humanista Francisco Sánchez de las Brozas, tuvo, cuando pasó á aquel país y trató al Tasso cinco años consecutivos, que variar de estilo y método en sus obras. Ofrecía, además, al virrey en la misma carta la traducción de la *Eneida*, de Virgilio, que estaba trabajando; pero, ó fuese resentimiento de haberle faltado su protección, ú olvido de su promesa, lo cierto es que no la cumplió cuando dió á luz aquella obra en el año de 1615.

126. Cervantes, amigo de los Argensolas, á quienes había tratado con familiaridad, dándoles las pruebas más públicas y relevantes de su aprecio y consideración, no pudiendo, por su avanzada edad y numerosa familia, abandonar su país para mejorar de fortuna en Italia á la sombra de su protector, se valió del influjo de aquellos amigos para que le recomendasen á su favor y beneficencia. Al partir de Madrid le hicieron ambos hermanos las más expresivas y magníficas promesas; y Cervantes, confiado en ellas, esperó hallar algún alivio en su desgraciada situación; pero se le frustraron muy pronto tan halagüeñas esperanzas, porque los Argensolas no hicieron los buenos oficios que habían ofrecido, ni se acordaron de Cervantes, llegando éste á recelar que le hubiesen indispuesto con su protector. Por fortuna se tranquilizó luego su ánimo, disipándose estas sospechas y temores al experimentar Cervantes las liberalidades de su Mecenas, quedando al parecer satisfecho de la conducta y proceder de sus amigos; pero entre tanto no le permitió su candor é ingenuidad ocultar sus quejas y sentimientos, aunque con expresiones tan discretas y delicadas, que más parecen un testimonio de su respeto al virrey y un panegírico de aquellos insignes poetas, que una censura del abandono de su amistad y buena correspondencia.

127. Supuso, en efecto, que los Argensolas no fueron conducidos por Mercurio al viaje al Parnaso por hallarse empleados en obsequio del conde de Lemos; pero, sin embargo, el dios Apolo no sólo ensalzó honoríficamente sus talentos y poesías, sino que se valió de ellas en el acto de la batalla contra los malos poetas, distinguiéndolos en la distribución de los premios, y encargando á Mercurio que de las nueve coronas con que se premiaba el mérito de los más dignos, llevase á Nápoles tres de las mejores, sin duda para ceñir con ellas las sienes del virrey y de aquellos dos ilustres aragoneses.

128. Bien lo comprendieron éstos así, y por lo mismo conservaron á Cervantes en toda su estimación y en la protección y amparo de aquel erudito y generoso caballero; pero D. Esteban Manuel de Villegas, menos reflexivo y más precipitado, creyendo ofendido á su maestro el rector de Villahermosa, intentó vindicarle ultrajando el mérito de Cervantes, á quien llamó *mal poeta* y *quijotista*, sin comprender que lo que él tomaba por

sátira era un elogio delicado é ingenuo, y que el apodo con que procuraba injuriarle era el título más sublime y honorífico de gloria que hasta entonces se hubiese alcanzado en la república de las letras; inconsideraciones propias, aún más que de sus pocos años, de aquel carácter arrogante y altivo con que satirizó á Lope de Vega y á Góngora, creyendo obscurecer el mérito y las obras de éstos y de los demás poetas castellanos con el resplandor y brillantez de sus *Eróticas*, así como el sol naciente disipa las nieblas de la tierra y eclipsa la luz de los demás astros, según lo quiso dar á entender en la alegoría y lema de la portada, y lo notó Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Cervantes, que había sido apreciado como poeta en su juventud, debía serlo en su ancianidad como inventor del QUIJOTE y de otras muchas obras que fijaron su nombre con letras de oro en el templo de la inmortalidad.

129. Si esta consideración hubiera de regular nuestras conjeturas, supondríamos que Cervantes fué uno de los individuos que componían la academia llamada *Selvage*, establecida en Madrid el año 1612, á imitación de la que veintiún años antes se formó en Valencia con el nombre de *los Nocturnos*; porque constándonos que concurrían á ella *los mayores ingenios de España que á la sazón se hallaban en esta corte*, ninguno podría con más justa razón entrar en aquel número. Instituyóla en su propia morada D. Francisco de Silva, de la casa del duque de Pastrana, sujeto muy favorecido de las musas, á quien Cervantes alabó encarecidamente en el *Viaje al Parnaso*, y que en efecto gozó de gran reputación entre los poetas; de los cuales nos consta eran individuos de la academia Lope de Vega y Pedro Soto de Rojas, que se llamó el *Ardiente*, y nos ha conservado estas noticias en su *Desengaño de amor*. Ocupábanse en escribir poesías á diferentes asuntos, y en especial para alabar y encarecer aquellas obras que se presentaban á examen antes de su publicación; y así es que en este mismo año de 1612 escribió Cervantes unos versos en elogio del secretario Gabriel Pérez del Barrio Angulo, autor de la obra intitulada *Secretario de señores*, que se dió á luz al año inmediato, y en cuyos principios se imprimieron juntamente con varias composiciones del mismo Lope y Soto de Rojas y del M. Vicente Espinel, Miguel de Silveira, D. Antonio Hurtado de Mendoza y otros amigos y panegiristas del autor.

130. Entre tanto iba disponiendo y perfeccionando Cervantes algunas de sus obras para darlas á luz. La principal fué la colección de doce novelas que entresacó y escogió de las que había escrito en diversos tiempos y lugares, y que por ser las primeras que originalmente se compusieron en castellano había procurado tantear años antes cómo las recibía el público, intercalando en la primera parte del QUIJOTE la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, aunque sin conexión ni analogía con la acción y desenlace de aquella fábula, y aun recelando que los lectores, poniendo su atención en las aventuras del héroe principal, no la darían á las novelas, y pasarían por ellas con prisa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, como se mostraría más al descubierto cuando por sí solas saliesen á luz. Con el mismo objeto indicó el título de algunas otras, procurando excitar para en adelante la curiosidad pública. Quedaron por entonces satisfechos sus deseos, viendo que no sólo habían sido bien acogidas en España, sino que en 1608 reimprimió en París César Oudin la del *Curioso impertinente* al fin de la *Silva curiosa* de Julián de Medrano, y la publicó al mismo tiempo separadamente traducida al francés para instrucción de sus discípulos; y esto y el ver correr algunas en copias, aunque incorrectas, con aprecio entre las gentes cultas, debió alentarle á dar á todas la última mano para solicitar su impresión, como lo hizo á mediados de 1612, y publicarlas hacia fines de Agosto del año siguiente, de

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Las bodas de Camacho.

dicándolas al conde de Lemos por medio de una carta digna del mayor aprecio por la urbanidad, gratitud y moderación con que está escrita.

131. Cervantes había visto el aplauso con que corrían estas composiciones en Italia, principalmente las del Bocacio; pero advirtió que sin embargo de su estilo encantador, y de la elegancia, pureza y singulares gracias del lenguaje, que las hacían tan apreciables, eran por otra parte en gran manera nocivas y perjudiciales á las costumbres por la indecencia, obscenidad y libertinaje de las ideas y argumentos. Procuró, pues, corregir este abuso, y adoptar en su plan aquellas acciones que sin ofender el pudor fuesen características del genio de su nación, y prestasen materia para la corrección de los vicios más comunes en la sociedad por la falta de educación ó por el imperio que tienen en el vulgo las más absurdas preocupaciones, cuya perniciosa influencia había penetrado su perspicacia en la serie de sus varios viajes y destinos. En tales fundamentos se apoyó para llamarlas *ejemplares*; porque si bien se mira, dice en su prólogo, *no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso*, pues aun *los requiebros amorosos son tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere*. Su intento fué que cada uno se entretuviese con esta lectura sin daño del alma ni del cuerpo, *porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan;* y siendo esto así, como lo es, y que no podía sacarse tan ventajoso fruto de las novelas anteriores, es muy de extrañar que don Gregorio Mayans, adhiriéndose al dictamen de Lope de Vega, y á las críticas que hicieron el Lic. Avellaneda y el Dr. Figueroa, ambos émulos de Cervantes, vacile sobre si conviene y está bien apropiado á estas novelas el título de *ejemplares*, cuando su autor estaba tan convencido y satisfecho de ello, que aseguraba en su prólogo que si por algún modo alcanzara que su lección pudiera inducir á algún mal deseo ó pensamiento, antes se cortara la mano con que las escribió que sacarlas en público; y por lo mismo decía á su protector: *sólo suplico que advierta vuestra excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los más pintados.*

132. Igual concepto formó de ellos el público ilustrado. Sus aprobantes dijeron entre otros encomios, que daban honra á nuestra lengua castellana, y que no se mostraba menos en esta obra la discreción y amenidad de su autor que en las demás que había sacado á luz; y el festivo y fecundo escritor Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo decía, *que con ésta confirma Cervantes la justa estimación que en España y fuera de ella se hace de su claro ingenio, singular en la invención y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando de esta vez concluídos con la abundancia de sus palabras á los que siendo émulos de la lengua española la culpan de corta, y niegan su fertilidad.* Así fué que en los privilegios se calificaba este libro *de honestísimo entretenimiento donde se mostraba la alteza y fecundidad de la lengua castellana;* y el mismo Lope de Vega, que trató de seguir las huellas de Cervantes, confesaba que *no le faltó gracia y estilo* en sus novelas; y aunque un juicio tan parco y diminuto, en que no se hace aprecio de las más esenciales calidades de estas fábulas, como son la invención, el artificio de su plan y la propiedad de los caracteres, no redundaría en gran gloria de Cervantes, todavía la alcanzó mucho mayor cuando las novelas de Lope, escritas á imitación de las suyas, quedaron tan inferiores á su modelo; prueba indudable de cuán difícil es aun á los grandes ingenios competir con los originales, cuando cortado el vuelo á la imaginación caminan servilmente por la senda que otros han abierto con aceptación y próspero suceso. Considerando Tirso de Molina las excelentes cualidades de aquellas novelas, llamaba á Cervantes el *Bocacio de España;* pero debió añadir que le excedía en la moralidad y buen ejemplo de su doctrina; y finalmente nuestros principales dramáticos acreditaron el aprecio que debía hacerse de su invención y mérito, escogiéndolas para argumento de algunas de sus comedias, como lo hicieron con gran celebridad Lope de Vega, D. Agustín Moreto, D. Diego de Figueroa y Córdoba y D. Antonio Solís.

133. Este mérito se hacía más patente y manifiesto si analizando cada novela de por sí, descubriésemos el lugar y tiempo en que las escribió Cervantes, su oportunidad, su objeto, sus ilusiones y su doctrina, con lo que comprenderíamos mejor su inimitable gracia; pero reservando este examen para otro lugar, diremos sin embargo lo que baste á ilustrar los sucesos de la vida ó las opiniones del autor. El argumento de la del *Curioso impertinente* parece haberle tomado del Ariosto cuando en su *Orlando* pinta á un caballero que habiendo casado con una dama llena de honestidad, hermosura y discreción, con quien vivió feliz algunos años, la maga Melisa le aconsejó que para probar la virtud de su mujer la diese libertad y ocasiones de abusar de ella, fingiendo ausentarse, y que bebiendo después en un vaso de oro, guarnecido de piedras, lleno de vino generoso, sabría si le había sido fiel ó no; porque si lo era, lo bebería todo sin que nada se le derramase; y si lo contrario, se le vertería el licor sin entrarle una gota en el estómago. Curioso é impaciente el caballero aceptó el consejo de la maga; y al beber en el vaso experimentó el castigo de su curiosidad impertinente, vertiéndosele todo el vino por el pecho, por cuya razón rehusó Reinaldos exponerse á tan peligrosa prueba cuando se la propuso el mismo caballero en un convite, contentándose con la buena opinión que ya tenía de su mujer. Es muy verosímil que Cervantes, apasionado y admirador del Ariosto, adoptase de esta ficción la idea de su novela, tan apreciable por su artificio, estilo y pintura de los afectos, y tan ejemplar, no sólo por el castigo que recibe Camila, sino por hacer manifiesta la necesidad de huir de los peligros y ocasiones para vencer los efectos de una amorosa pasión desordenada.

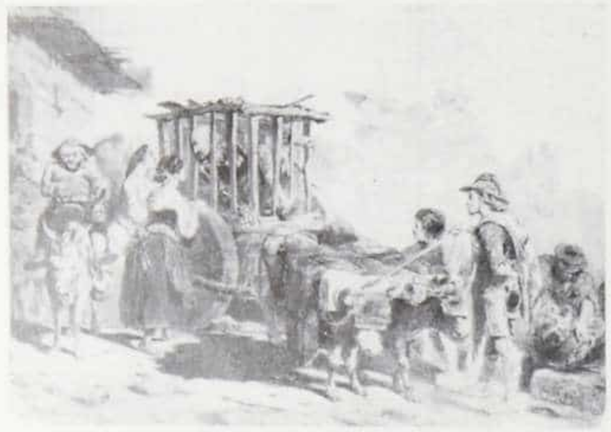
134. Hemos hecho ya mención de las novelas que escribió en Sevilla. La de *Rinconete y Cortadillo, famosos ladrones que hubo en aquella ciudad; cuyo suceso pasó así en el año de 1569;* y la del *Celoso extremeño, que refiere cuánto perjudica la ocasión,* y cuyo caso asegura ser verdadero, pudiendo conjeturarse acaecido por los años de 1570. La acción de la *Tía fingida* es, segúnn dice Cervantes, *verdadera historia que sucedió en Salamanca, el año de 1575;* y aunque escrita con lozanía, ligereza, y las sales y gracias cómicas tan características de Cervantes, y con el fin de probar el desventurado término en que paran las mujeres perdidas, que llevándose tras sí los ojos y voluntades de todos cuando mozas, se aplican cuando viejas á corromper la juventud con sus consejos y tercerías, no se resolvió á publicarla entre las demás, tal vez *por buenos respetos*, como solía decir, y porque aun siendo provechoso su objeto final, no le parecería por los incidentes de la acción tan ejemplar como las otras, pudiéndosele aplicar á esta novela lo que el mismo Cervantes juzgaba de la *Celestina*, diciendo que era *libro divino en su opinión si encubriera más lo humano;* cuyo juicio habrá tal vez formado el público al verla impresa recientemente sin embargo de las supresiones que ha hecho el editor con mucha cordura y miramiento. La lectura de esta novela, la del *Licenciado Vidriera*, y algunos pasajes de otras convencen de que Cervantes residió y aun estudió en Salamanca por espacio considerable de tiempo.

135. No faltan escritores juiciosos que aseguren que en aquel licenciado se propuso Cervantes ridiculizar la manía y extravagancia del erudito humanista Gaspar Barthio, quien habiendo nacido en Custrin el año de 1587, y manifestado desde su infancia un genio precoz y una memoria maravillosa, estudió con mucho fruto y lucimiento en varias academias y universidades de Alemania, y viajó por Inglaterra, Holanda, Francia, Italia y España, aprendiendo las lenguas vivas con perfección, y procurando aprovecharse en todas partes de las luces y conocimientos de los sabios que encontraba. De regreso á Alemania fijó su residencia en Leipzig, renunciando á toda clase de empleos para entregarse con mayor sosiego á sus estudios. La predilección que tuvo por la lengua española, y el aprecio que hizo de nuestros libros de ingenio y entretenimiento, le estimularon á traducir al latín la tragi-comedia la *Celestina*, que llamaba también libro divino; la *Diana enamorada*, de Gil Polo; y hasta para la traducción del *Pornodidáscalo*, de Pedro Aretino, se asegura que no se valió del original, sino de una versión castellana. Este empeño, esta afición extremada, y una aplicación tan vehemente á la lectura de nuestras novelas, llegaron á trastornar la cabeza de Barthio, viviendo durante diez años persuadido de que era de vidrio, sin querer por esta aprensión que nadie se le arrimase. La facilidad con que en medio de su pasión por estos libros amatorios, y aun obscenos, se dedicaba á traducir y comentar muchos autores ascéticos y eclesiásticos, especialmente de la edad media; y las contradicciones é inconsecuencias en sus opiniones sobre algunos escritores clásicos, como Estacio, Claudiano, Silio Itálico y otros, que ya notaron muchos eruditos, prueban el trastorno de su juicio, al mismo tiempo que son un testimonio de su inmensa erudición y variada lectura. Es, pues, muy probable que cuando estuvo en España le conociese y tratase Cervantes; y, en efecto, al ver el *raro ingenio, notable habilidad y grande entendimiento* del licenciado Vidriera cuando aún tenía *pocos años*, sus viajes por Italia, Flandes y otras diversas tierras y países; su retiro y abstraimiento, porque *atendía más á sus libros que á otros pasatiempos*, y finalmente, su manía y extravagancia, parece indudable haber sido aquel docto y maniático alemán el original que Cervantes se propuso copiar con tanto donaire y propiedad en esta novela, escrita después de haber estado la corte en Va-

lladolid, y con tal discreción é ingenio, que supo mezclar en los incidentes una censura general de los vicios y abusos más comunes en casi todos los oficios ó empleos de la república; siendo por esta razón, según dice Mayans, el texto donde Quevedo tomaba puntos para formar después sus lecciones satíricas contra todo género de gentes.

136. De igual doctrina y aprovechamiento pudiera ser el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*, que en realidad es un apólogo excelente y una invectiva severa contra muchas supersticiones y resabios de la mala educación que dominaban en España, aunque mezclada con las máximas de la más sublime política y moral. Sátira, dice Mayans, en que imitando á Lucilio y á Horacio se reprende á muchos con mordacidad, pero ocultamente, y crítica admirable, añade Florián, llena de filosofía y de gracias, donde las costumbres españolas están pintadas al natural y con todo el ingenio de Cervantes; por cuyas circunstancias mereció la aprobación de Pedro Daniel Huet, uno de los hombres más eruditos y juiciosos que ha tenido la Francia. Esta novela la escribió Cervantes poco antes de su publicación; pues haciendo una pintura exacta de la vida y costumbres de los moriscos, y de los daños que causaba su conducta y permanencia en España, anuncia como remedio único su expulsión, que en efecto se verificó desde el año de 1609 al de 1614.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE



De aventura en aventura.

137. En la descripción del alquimista que estaba enfermo en el hospital de Valladolid, y pretendía sacar plata y oro de otros metales, y aun de las mismas piedras, aludió á un suceso muy reciente. Presentóse en Madrid en el mismo año de 1609 Lorenzo Ferrer Maldonado, dándose el título de capitán, y suponiendo, entre otras cosas prodigiosas, que alcanzaba grandes secretos de naturaleza, como descifrar la clavícula de Salomón, con lo cual se venía á encontrar y perfeccionar el verdadero lápiz; nunca jamás enteramente hallado de los alquimistas en tantos siglos, y prometía convertir en oro los más bajos metales. Alucinados con estas promesas algunos incautos ó codiciosos, le ayudaron con casa y caudal competente para comenzar su obra, pero él, entreteniéndolos mañosamente más de dos años, anunciándoles siempre la proximidad del suceso, aunque era menester mucho tiempo para la transmutación de los metales, desapareció de Madrid, y se fué ocultamente, dando este pago á los que le favorecían y daban larga pensión. Algún tiempo después vino á ser preso por la chancillería de Granada, donde se le justificó haber falsificado varias firmas y escrituras públicas. También el matemático, su compañero de hospital, que

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Sancho Panza en su ínsula.

andaba veintidós años hacia tras de hallar el punto fijo, tuvo su original en aquel tiempo; porque á la codicia y reclamo de los cuantiosos premios ofrecidos por nuestro gobierno al que descubriese el método de hallar la longitud en la mar (á lo que vulgarmente llaman el punto fijo), acudieron muchos proyectistas aventureros, y entre ellos el doctor Juan Arias de Loyola en 1603, y el portugués Luis de Fonseca Coutiño hacia el año de 1605, pretendiendo haber encontrado lo que se deseaba; pero las proposiciones de éste fueron preferidas á las de Arias, sin duda por el influjo de su paisano Juan Bautista Labaña, y se le ofrecieron 6.000 ducados de renta perpetua si la práctica acreditaba la verdad y exactitud de su invención; y después de muchas dilaciones y consultas se empezaron en 1610 las experiencias en varias navegaciones á América y Asia, que no correspondieron á las promesas del autor, quien habiendo causado de esta manera gastos considerables por más de ocho años, desapareció repentinamente de Madrid; y Arias permaneció más de treinta repitiendo memoriales, y desacreditando á cuantos competidores se fueron presentando para obtener el premio.

138. Pero aún es más notable otro suceso, que al mismo tiempo que comprueba la época de esta novela, manifiesta cuánta era la cordura é ilustración de Cervantes para combatir los errores á proporción de su mayor influjo y trascendencia. Era entonces tan general como nociva en España la credulidad y propensión á los encantamientos, adivinaciones, agüeros, hechizos, transformaciones y otros portentos semejantes, que proviniendo de los moros, naturalmente supersticiosos, y del vano estudio de la astrología judiciaria, se había arraigado en toda clase de gentes con la falta de buena educación y aun de principios religiosos, sin que las declamaciones y doctrinas de algunos sabios, como el doctísimo maestro Pedro Ciruelo, hubiesen bastado á contener estos vicios, á ilustrar las opiniones y á mejorar las costumbres. Cervantes se había burlado con mucho donaire y oportunidad de estas supersticiones en varios lances y cuentos del QUIJOTE; y aun en el *Licenciado Vidriera*, cuando por consejo de una morisca le dieron unos hechizos para forzarle la voluntad, manifestó que no había en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío. En el *Coloquio de los perros* trató más de propósito y con mayor naturalidad de los engaños y arterías de las brujas y he-

LA CUEVA DE CERVANTES EN ARGEL

Fotografía de D. Luis Merinas, cónsul de España en Argel.

lladolid, y con tal discreción é ingenio, que supo mezclar en los incidentes una censura general de los vicios y abusos más comunes en casi todos los oficios ó empleos de la república; siendo por esta razón, según dice Mayans, el texto donde Quevedo tomaba puntos para formar después sus lecciones satíricas contra todo género de gentes.

136. De igual doctrina y aprovechamiento pudiera ser el *Coloquio de los perros Cipion y Berganza*, que en realidad es un apólogo excelente y una invectiva severa contra muchas supersticiones y resabios de la mala educación que dominaban en España, aunque mezclada con las máximas de la más sublime política y moral. Sátira, dice Mayans, en que imitando á Lucilio y á Horacio se reprende á muchos con mordacidad, pero ocultamente; y crítica admirable, añade Florián, llena de filosofía y de gracias, donde las costumbres españolas están pintadas al natural y con todo el ingenio de Cervantes; por cuyas circunstancias mereció la aprobación de Pedro Daniel Huet, uno de los hombres más eruditos y juiciosos que ha tenido la Francia. Esta novela la escribió Cervantes poco antes de su publicación; pues haciendo una pintura exacta de la vida y costumbres de los moriscos, y de los daños que causaba su conducta y permanencia en España, anuncia como remedio único su expulsión, que en efecto se verificó desde el año de 1609 al de 1614.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

De aventura en aventura.

137. En la descripción del alquimista que estaba enfermo en el hospital de Valladolid, y pretendía sacar plata y oro de otros metales, y aun de las mismas piedras, aludió á un suceso muy reciente. Presentóse en Madrid en el mismo año de 1609 Lorenzo Ferrer Maldonado, dándose el título de capitán, y suponiendo, entre otras cosas prodigiosas, que alcanzaba grandes secretos de naturaleza, como descifrar la clavícula de Salomón, con lo cual se venía á encontrar y perfeccionar el verdadero lápiz; nunca jamás enteramente hallado de los alquimistas en tantos siglos, y prometía convertir en oro los más bajos metales. Alucinados con estas promesas algunos incautos ó codiciosos, le ayudaron con casa y caudal competente para comenzar su obra, pero él, entreteniéndolos mañosamente más de dos años, anunciándoles siempre la proximidad del suceso, aunque era menester mucho tiempo para la transmutación de los metales, desapareció de Madrid, y se fué ocultamente, dando este pago á los que le favorecían y daban larga pensión. Algún tiempo después vino á ser preso por la chancillería de Granada, donde se le justificó haber falsificado varias firmas y escrituras públicas. También el matemático, su compañero de hospital, que

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Sancho Panza en su ínsula.

andaba veintidós años hacia tras de hallar el punto fijo, tuvo su original en aquel tiempo; porque á la codicia y reclamo de los cuantiosos premios ofrecidos por nuestro gobierno al que descubriese el método de hallar la longitud en la mar (á lo que vulgarmente llaman el punto fijo), acudieron muchos proyectistas aventureros, y entre ellos el doctor Juan Arias de Loyola en 1603, y el portugués Luis de Fonseca Coutiño hacia el año de 1605, pretendiendo haber encontrado lo que se deseaba; pero las proposiciones de éste fueron preferidas á las de Arias, sin duda por el influjo de su paisano Juan Bautista Labaña, y se le ofrecieron 6.000 ducados de renta perpetua si la práctica acreditaba la verdad y exactitud de su invención; y después de muchas dilaciones y consultas se empezaron en 1610 las experiencias en varias navegaciones á América y Asia, que no correspondieron á las promesas del autor, quien habiendo causado de esta manera gastos considerables por más de ocho años, desapareció repentinamente de Madrid; y Arias permaneció más de treinta repitiendo memoriales, y desacreditando á cuantos competidores se fueron presentando para obtener el premio.

138. Pero aún es más notable otro suceso, que al mismo tiempo que comprueba la época de esta novela, manifiesta cuánta era la cordura é ilustración de Cervantes para combatir los errores á proporción de su mayor influjo y trascendencia. Era entonces tan general como nociva en España la credulidad y propensión á los encantamientos, adivinaciones, agüeros, hechizos, transformaciones y otros portentos semejantes, que proviniendo de los moros, naturalmente supersticiosos, y del vano estudio de la astrología judiciaria, se había arraigado en toda clase de gentes con la falta de buena educación y aun de principios religiosos, sin que las declamaciones y doctrinas de algunos sabios, como el doctísimo maestro Pedro Ciruelo, hubiesen bastado á contener estos vicios, á ilustrar las opiniones y á mejorar las costumbres. Cervantes se había burlado con mucho donaire y oportunidad de estas supersticiones en varios lances y cuentos del QUIJOTE; y aun en el *Licenciado Vidriera*, cuando por consejo de una morisca le dieron unos hechizos para forzarle la voluntad, manifestó que no había en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío. En el *Coloquio de los perros* trató más de propósito y con mayor naturalidad de los engaños y arterías de las brujas y he-

LA CUEVA DE CERVANTES EN ARGEL

Fotografía de D. Luis Merinas, cónsul de España en Argel.

chiceras, refiriendo la historia, común en su tiempo, de la Camacha de Montilla por medio de la vieja Cañizares, una de sus más aprovechadas discípulas. Manifiéstase toda la ridiculez de semejantes patrañas é ilusiones en la relación que ésta hace de las habilidades y doctrina de su maestra, de sus confecciones y ungüentos, de sus viajes y festines, de sus transformaciones y maleficios, y como no quiso acabar sus días sin visitar las zambras, bailes y comilonas con que se solazaban otras en los aquelarres ó ayuntamientos nocturnos de Zugarramurdi, en el valle de Baztán, de cuyas resultas fueron castigadas en el año de 1610 por el Tribunal de la Inquisición de Logroño. Basta leer la horrenda y asquerosa figura que presentaba la bruja Cañizares, cuando en medio de su éxtasis y arrobamiento la sacaba arrastrando uno de los perros al patio de la casa, el castigo que ella y la Montiela habia sufrido por sentencia de un Juez de ser azotadas públicamente por mano del verdugo, y la prisión que otras de sus compañeras padecieron en la Inquisición, donde declararon sus brujerías y ficciones, para poner en aborrecimiento á tales hipócritas, y concluir con Cervantes que la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa y bellaca, á la cual ni aun los perros querían reconocer por madre, como ellas lo pretendían. Esta propensión á creer cuentos y prodigios tan indecentes como extravagantes, al paso que minaba la religiosidad de algunas gentes sencillas, hallaba tal vez apoyo en la persuasión de varias personas de autoridad y valimento; y por esta razón, cuando Cervantes, protegido del cardenal arzobispo de Toledo, Inquisidor general, procuraba desarraigar tan perniciosas ideas con las armas de la sátira y de la burla, el docto Pedro de Valencia dirigía á este ilustre prelado un erudito discurso acerca de los cuentos de las brujas, donde con razones católicas y con discreta filosofía demostraba la supercheria y falsedad de aquellas extravagancias y los riesgos efectivos que se originaban de publicarlas y darlas á luz, por el escándalo y mal ejemplo que producían.

139. No son menos recomendables y fecundas de moralidad y buena doctrina las otras novelas. Florián opinaba que la titulada la *Fuerza de la sangre* es de mayor interés, y está mejor conducida que las demás de Cervantes, quien asegura haber sido cierto su argumento, y que todavía vivían felizmente en Toledo Rodulfo y Leocadia, principales actores de ella, con una ilustre descendencia. Igual verdad atribuye al suceso de la *Española inglesa*, que parece escrita, según se infiere de su relato, hacia los años de 1611. También se escribió por entonces la *Gitanilla*, aunque insertó en ella un romance compuesto en Valladolid con motivo de haber salido á misa de parida la Reina Doña Margarita á la iglesia de San Llorente, expresando en algunas metáforas los personajes de la comitiva. En la del *Amante liberal* refirió disfrazadamente algunos de sus propios sucesos, como lo hizo en otras, y en especial en la del *Capitán cautivo*, á lo cual aludió sin duda el Dr. Sr. Suárez de Figueroa cuando, tratando en aquellos años de las *novelas al uso*, y de las calidades de su composición y moralidad, decía con sarcasmo: *no falta quien ha historiado sucesos suyos, dando á su corta calidad maravillosos realces, y á su imaginada discreción inauditas alabanzas, que como estaba el paño en su poder con facilidad podía aplicar la tijera por donde la guiaba el gusto.* Otros, con crítica más imparcial y juiciosa, han notado cierta falta de dignidad y de interés, en los argumentos de las novelas, y alguna desigualdad en ellas; pero esto nace más de la variedad y naturaleza de los mismos lances que noveló, y de la inclinación y humor de los lectores, y aun á veces del poco conocimiento que éstos tienen de las costumbres que se describen, que de mengua de ingenio y de decoro en su autor, quien en todas se manifiesta propio, oportuno y conveniente. *Diverso es* (dice un crítico moderno) *el recato de Leonisa en el* Amante liberal, *de la desenvoltura alegre y honesta de Preciosa en la* Gitanilla; *otro estilo se advierte en los discursos de Lotario y Anselmo en el* Curioso impertinente, *que en los de Monipodio y sus compañeros en* Rinconete y Cortadillo: *en suma, todo sigue las costumbres de la sociedad, todo procede según el regular curso de la naturaleza.* De aquí proviene, no sólo la propiedad, sino la diferencia encantadora en los varios caracteres que se pintan, y se conoce que Cervantes no menos observó las costumbres, abusos y preocupaciones de la gente plebeya y vulgar, que de la más ilustre y civilizada, y que con igual tino manejó su pincel en el retrato de los unos que de los otros, persuadido justamente que de la buena educación y mejora de todos había de resultar aquella ilustración y ventura á que pueden aspirar los hombres en el estado de sociedad. Hállanse además en las novelas modos de decir tiernos, sentidos y delicados; abundan de frases afectuosas y enérgicas, de rasgos elegantísimos y numerosos, y de imágenes de una extremada gallardía y hermosura, y finalmente, en la expresión de los afectos, en la amenidad de las descripciones y en los discursos tan bien razonados, parece que quiso su autor ostentar la riqueza y propiedad de la lengua castellana para promover su cultivo, generalizar su aplicación y uso y afianzar la universalidad y aprecio que ya gozaba en este tiempo por todo el orbe conocido.

140. A vista, pues, de calidades tan eminentes, de opiniones tan autorizadas y de una aceptación tan universal y sostenida, como han merecido las novelas de Cervantes desde su publicación, debieran correrse y avergonzarse algunos escritores de estos últimos tiempos, que sin dar muestras de su ingenio, ni acrecentar el caudal de nuestros conocimientos con sus obras, han pretendido hacer importantes investigaciones en la historia literaria, asegurando con poca cordura y sobrada ligereza que Cervantes no era el autor original de estas obras, pues eran conocidas del público muchos años antes que las diese á la estampa, creyendo hallar en estos supuestos plagios superiores pruebas de su perspicacia y diligencia. Bastaría para hacer callar á tan mordaces y superficiales críticos, el testimonio de Juan Gaitán de Vozmediano, cuando en el prólogo de su traducción de la *Primera parte de las cien novelas de Juan Bautista Giraldo Cinthio*, impresa en Toledo, año de 1590, decía: *Ya que hasta ahora se ha usado poco en España ese género de libros, por no haber comenzado á traducir los de Italia y Francia, no sólo habrá de aquí adelante quien por su gusto los traduzca; pero será por ventura parte el ver que se estima esto tanto en los extranjeros para que los naturales hagan lo que nunca han hecho, que es componer novela. Lo cual entendido harán mejor que todos ellos, y más en tan venturosa edad, cual la presente.* Bastaría oir al mismo Cervantes, cuando aseguraba en el *Viaje al Parnaso*, que en sus novelas había *abierto un camino* para extender el uso y propiedad del idioma patrio; y cuando con mayor confianza y seguridad dice en su prólogo: *Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa;* y, conociendo el candor, la buena fe y la ingenuidad de este escritor, su fecunda fantasía y su admirable estilo, no se debió jamás dudar de que fué el legítimo autor de tales procedimientos, ni dar lugar á que otros doctos y bien intencionados españoles tomasen una defensa tan justa para vindicar al mayor ingenio de la nación de las imposturas de la ignorancia y de la maledicencia.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Don Quijote y las damas cazadoras.

141. Como la continua mudanza y variedad de los usos y costumbres influye tanto en la composición y carácter de las comedias y novelas, que no son sino copias de lo que pasa en el trato civil de los hombres, tal vez habrá quienes, sin comparar los tiempos y las circunstancias prefieran algunas composiciones modernas á las de Cervantes; pero si paran la consideración y se detienen á analizar unas y otras, encontrarán fácilmente que la disposición y giro de la fábula, la propiedad de los caracteres, la expresión de los afectos, la gracia y elegancia del estilo, y la oportunidad de las reflexiones, es tan superior en Cervantes, que en su pluma se oye y se ve la Naturaleza con aquella verdad, con aquella alternativa y con aquellos accidentes que la son inseparables, mientras que los demás novelistas nos presentan por todas partes el artificio, el estudio y la afectación. De aquí nace que estas primitivas novelas españolas, aun después de dos siglos, se leen siempre con gusto é interés por las personas ilustradas, y que los escritores de mayor crédito, teniéndolas por la obra más correcta de Cervantes, califiquen con justicia la primacía y preferencia que obtienen, las consideren como piezas excelentes de imaginación y de elocuencia, como las más perfectas que tenemos hasta ahora, y como obras magistrales en su género.

142. Los émulos que le había suscitado la publicación de la primera parte del QUIJOTE, y la generosa protección que le dispensaban el conde de Lemos y el cardenal arzobispo de Toledo, Don Bernardo de Sandoval y Rojas, descubrieron sin empacho su odio y su ojeriza al ver el aplauso universal con que fueron recibidas las novelas; y para cohonestar sus dañados intentos pretendieron hacer la defensa y apología de Lope de Vega, que gozando de una aura popular sin ejemplo en nuestra historia literaria, le creyeron ofendido y maltratado en la censura que del teatro español había hecho Cervantes en el juicioso coloquio del canónigo de Toledo. No necesitaba este escritor otro testimonio de su justicia, moderación y buena fe que la confesión del mismo Lope de Vega, cuando satisfaciendo á los cargos que se le hicieron por el nuevo método que seguía en sus composiciones dramáticas, manifestó paladinamente en 1602, tres años antes de publicarse el QUIJOTE, los defectos y absurdos de sus comedias, su extravío y voluntario abandono de las reglas del arte y del ejemplo de Plauto y Terencio, el descrédito que su opinión padecería entre las naciones extranjeras, considerándose por esta razón más bárbaro que todos, pues no sólo chocaba abiertamente con la doctrina de los venerables maestros de la antigüedad, sino que por acomodarse al estragado paladar del vulgo, y hacer vendibles sus obras, prefería hablarle en el lenjuage necio é inculto con que se complacía. De modo que Lope antepuso los aplausos ciegos de un vulgo estúpido é ignorante al aprecio de los sabios y á su propia y sólida reputación, y dijo de sí mismo lo que la urbanidad y el decoro no permitiría que otro le dijese, aun censurando sus extravíos.

143. Así fué que Cervantes, tratando del teatro español con juiciosa crítica é instrucción, expuso cuán perjudicial era que las comedias se hubiesen hecho mercadería vendible, pues que los poetas se veían precisados á atenerse al gusto de los recitantes que las habían de pagar; y no pudiendo desentenderse del influjo que tenía Lope en sostener tal corrupción de ideas y de buen gusto, se explicó sin nombrarle en estos términos: *y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren*. Por donde se ve con cuánto pulso y delicadeza indicó los defectos de algunas comedias de aquel autor célebre, conociendo que son más perjudiciales cuando vienen acompañados de grandes virtudes sostenidas por una reputación popular tan extraordinaria como gozaba Lope á la sazón: que así lo hizo también el gran filósofo y crítico griego Dionisio Longino, respecto de Platón y Homero. Por eso han comparado algunos justísimamente con el mejor de los diálogos de Platón aquel hermoso razonamiento, en el cual, según nuestro culto y erudito Garcés, se manifiesta con claridad el atinado juicio de Cervantes. Igual circunspección guardó con los demás poetas cómicos sin descubrir á ninguno; de suerte que cualquiera que lea aquella censura con imparcialidad, hallará más motivos para calificarla de una defensa ó apología de Lope, que de una sátira digna de ser murmurada y zaherida.

144. Con mayor acritud y severidad reprendieron los extravíos de aquel fecundísimo ingenio y los defectos de sus comedias Cristóbal de Mesa, Micer Andrés Rey de Artieda, D. Esteban Manuel de Villegas, Cristóbal Suárez de Figueroa, y sobre todos más descubierta y desvergonzadamente Pedro de Torres Ramila, colegial teólogo y preceptor de Gramática en Alcalá de Henares, cuya *Spongia*, impresa en París el año de 1617, deprimía el mérito de varios escritores de reputación, y entre ellos el de Lope de Vega, haciendo de sus obras y de su instrucción un juicio demasiado injurioso y picante. Hirió esto tan al vivo la delicadeza y afecto de sus apasionados y secuaces, que levantaron la voz para defenderle con nervio y valentía, y le colmaron de extraordinarios elogios, especialmente D. Francisco López de Aguilar, presbítero y caballero de la orden de San Juan, y el M. Alonso Sánchez, catedrático de griego, hebreo y caldeo en la Universidad de Alcalá, en la obra que publicaron con el título de *Expostulatio Spongiae*, y en su *Apéndice*, donde procuraron desagraviarle de las injurias que acababa de recibir de tan insolentes émulos y de críticos tan maldicientes.

145. Para comprender toda la justicia de la censura de Cervantes, su templanza y moderación, es preciso conocer el estado del teatro español en aquel tiempo, para lo cual ningún testimonio puede haber menos sospechoso ni más autorizado que el del Dr. Suárez de Figueroa, que vivía entonces, cuando dice: «Los autores de comedias que se usan «hoy, ignoran ó muestran ignorar totalmente el arte, «rehusando valerse de él con alegar serles forzoso «medir las trazas de las comedias con el gusto moderno del auditorio, á quien, según ellos dicen, enfadarían mucho los argumentos de Plauto y Terencio. Así, por agradarle (alimentándole con veneno) componen farsas casi desnudas de documentos, moralidades y buenos modos de decir: «gastando quien las va á oir inútilmente tres ó cuatro horas sin sacar al fin de ellas algún aprovechamiento... No se acaban de persuadir estos modernos que para imitar á los antiguos deberían llenar «sus escritos de sentencias morales, poniendo delante los ojos aquel loable intento de enseñar el «arte de vivir sabiamente como conviene al buen «cómico, no obstante tenga por fin mover á risa. «Mas al contrario descubren los más poetas cómicos ingenio poco «sutil y limitada «maestría; siendo «lícito á cualquiera «elegir el argumento á su gusto, sin «regla ó concierto. «Así se atreven á «escribir farsas los «que apenas saben «leer, pudiendo «servir de testigos «el Sastre de Toledo, el Sayalero «de Sevilla, y otros «pajecillos y faranduleros incapaces «y menguados. Resulta de este inconveniente representarse en los teatros comedias «escandalosas, con razonados obscenos y conceptos «humildísimos, lleno todo de impropiedad y falto «de verosimilitud. Allí se pierde el respeto á los «príncipes y el decoro á las reinas, haciéndolas en «todo libres, y en nada continentes, con notable «escándalo de virtuosos oídos. Allí habla sin modestia el lacayo, sin vergüenza la sirviente, con indecencia el anciano, y cosas así. Lo más ridículo «viene á ser que siendo éstos los que de nueve «pliegos de coplillas sacan crecido interés, en todas las comedias introducen una figura con nombre de poeta, en quien de propósito juntan todas «las calamidades y defectos del mundo.» Si tal era la depravación del teatro, y tan perniciosas sus consecuencias, ¿no es de admirar la maestría y circunspección con que Cervantes lo censuró sin ofender á persona determinada, aunque lastimándose justamente de que con el buen nombre de Lope se autorizasen y cubriesen tan graves y escandalosos desórdenes, cuando por su ingenio y aura popular era acaso el único que podía remediarlos y corregirlos?

146. No eran nuevos ni fingidos estos respetos y consideraciones de Cervantes hacia Lope de Vega, pues en el *Canto de Caliope* le había alabado con encarecimiento, y lo repitió después con la mayor sinceridad en el soneto que se estampó al frente de la *Dragontea*, en el *Viaje al Parnaso*, en el entremés de la *Guarda cuidadosa*, en el prólogo de sus *Comedias*, en el de la segunda parte y otros lugares del QUIJOTE, donde desmintiendo á los que le atribuían esta ojeriza y mala voluntad, dice que se engañaban de todo en todo, *porque del tal* (añade hablando de Lope) *adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa*: y Lope, conociéndolo así, correspondió generosamente, haciendo honorífica mención de Cervantes en su *Dorotea*, en la *novela primera*, y celebrando su mérito aun después de muerto en el *Laurel de Apolo*, pareciendo más bien que ambos conspiraban de acuerdo al cultivo y acrecentamiento de la literatura y corrección de las costumbres con aquella noble y cándida emulación que fué la divisa de la edad latina de oro, ya animándose recíprocamente con sus elogios, ya acudiéndose con aquellos avisos y familiares amonestaciones que eran necesarias para el aumento de las mismas artes. Estos hechos nos declaran todavía cuán remoto y ajeno estaba el ánimo de Cervantes de aquellas miserables pasiones y resentimientos que temerariamente han pretendido achacarle algunos hombres orgullosos, que quieren medir la elevación, la nobleza y dignidad de las almas grandes, por la ruindad y pequeñez de su corazón.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Camino del Toboso.

147. De esta clase fué entonces cierto compositor de comedias, que picado y quejoso de haberse

visto comprendido en la censura general que hizo Cervantes del teatro, lleno de pesar y enojo por el buen nombre y crédito que á éste le habían granjeado sus obras, y usando del ardid de mancomunar su causa con la de Lope, se presentó en la palestra, aunque ocultando su verdadero nombre, patria y condición, y se atrevió á continuar el QUIJOTE, cuando no sólo vivía su primero y legítimo autor, que había ofrecido la segunda parte, sino que acababa de repetir el anuncio de su próxima publicación en el prólogo de las novelas. Tal fué la audacia de aquel escritor, que bajo el nombre del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, suponiéndose natural de Tordesillas, imprimió en Tarragona á mediados de 1614 una continuación ó segunda parte del QUIJOTE, en cuyo prólogo empieza á propasar los límites de la prudencia y de la urbanidad, derramando la ponzoña que abrigaba su corazón, injuriando las venerables canas y celebrado mérito de Cervantes, á quien apellida manco, viejo, envidioso, mal contentadizo, murmurador, y delincuente ó encarcelado, y procurando también desacreditar su ingenio, ya introduciendo su hoz en mies ajena, ya amenazándole con privarle de la ganancia que esperaba de la segunda parte, que sabía iba á publicar inmediatamente; sin hacerse cargo este maligno continuador que, según decía atinadamente Cervantes, *para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento;* y que *decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios.* De modo que por cualquiera parte que se mire, no puede dejar de calificarse el prólogo de Avellaneda como un libelo infamatorio, digno de toda la severidad de las leyes.

148. Cuando llegó á manos de Cervantes tal conjunto de improperios al frente de una obra insípida, vulgar y obscena, tenía muy adelantada la segunda parte de su QUIJOTE; y así es que comenzó á hablar de ella desde el capítulo LIX; pero con admirable delicadeza en lo relativo á sus injurias personales, y con suma gracia y donaire en lo tocante á los defectos literarios de su rival; despreciando con generosidad las inicuas imputaciones que le hacía, ó demostrando su perversidad, ó ridiculizando su ignorancia é ineptitud. Pudo Cervantes arrancarle la máscara, y sacarlo á la vergüenza con su cara descubierta; pero su moderación ú otras consideraciones no se lo permitieron, al mismo tiempo que le daba el ejemplo de presentarse en la lid sin embozo ni arterías, con franqueza y generosidad. El paralelo de semejantes procedimientos entre Cervantes y Avellaneda, descubre palpablemente la nobleza y decoro del uno, y la mezquindad y grosería del otro, así como la comparación de ambas obras manifiesta el ingenio, la erudición y gracia del primero, en contraste con la pedantería insipidez y torpeza del segundo.

149. Sólo la universal celebridad y el sublime mérito de Cervantes han podido excitar algún interés para averiguar el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda; quien, juntamente con su obra, hubiera desaparecido para siempre, si desentendiéndose Cervantes de sus injurias, y no haciendo mención de tan ruin adversario, omitiera el contestarle; pero el deseo de vindicarse y de burlar á su enemigo, fué causa de perpetuar la memoria de éste en la misma obra que había de conservar su más sólida reputación en las venideras generaciones; y de que á proporción que se difundiese y propagase el aprecio de sus obras, creciese también la curiosidad de saber quién fué el pigmeo que osó medirse con el atlante de nuestra gloria literaria.

150. No fué otra la razón, si bien se examina, que este amor á la novedad la que movió á Mr. Le Sage á publicar en París en 1704 el *Quijote* de Avellaneda, traducido al francés con apacible y elegante estilo; y para quitar las náuseas que había de causar su insípida y desagrable lectura, se tomó la libertad de alterar el original, purificándole de muchos pasajes torpes é indecentes, y añadiendo de suyo varios cuentos y episodios más estimables, pues según los escritores franceses, aunque tenía poca invención, estaba dotado de singular talento para embellecer y mejorar las ideas de otros, haciéndolas propias por este medio, como lo ejecutó también con el *Diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara, y con otras obras españolas, eludiendo así la dificultad que hallaba en ajustarse al original, ya por el estilo entremesado y burlesco, ya por la penuria de diminutivos que padece la lengua francesa. Estas voluntarias alteraciones y reformas, califican cuánto las necesitaba la obra de Avellaneda para granjearse alguna estimación del público; pero los que ignorando esta licencia que se tomó el traductor, creyeron fiel y ajustada la versión, alabaron á Avellaneda ciega y ligeramente, hasta suponerle exento de los defectos en que incurrió Cervantes, y asegurando que éste había imitado y casi copiado la segunda parte de aquél, acriminándole al mismo tiempo la injusticia con que impelido de su enojo y resentimiento suponían haber tratado á su competidor. Así juzgaron entre otros, los autores del *Diario de los sabios*, y así también el Dr. D. Diego de Torres, hablando todos de Avellaneda sin haber visto sino su traducción, censurando el último la incuria de los españoles, que habían dejado perder la mayor parte de los ejemplares de aquella novela, como si el estar menos castigado su estilo pudiera quitarle las bellezas de la invención que en ella suponía, y la correspondencia entre los miembros de su historia.

151 El dictamen de personas tan bien reputadas, atrajo sin embargo á su partido, el de otras no menos distinguidas en la república literaria, y señaladamente á D. Blas de Nasarre, que ocultándose con el nombre de D. Isidro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo, reimprimió en Madrid en 1732 el *Quijote* de Avellaneda, con una aprobación que también escribió, prohijándola á un amigo suyo, beneficiado de la iglesia parroquial de Aliaga, y exigiendo de la amistad de D. Agustín de Montiano iguales sufragios á favor de aquel escritor. Con tal aparato de encomios y panegíricos se presentó Avellaneda en el siglo XVIII, como para vindicarse del menosprecio con que fué tratado en el anterior, en que había existido; pero con todo no logró alucinar á las gentes juiciosas y perspicaces, y sólo consiguió una celebridad superficial y pasajera; porque su libro, que era apetecido por raro, perdió este título estéril, luego que se hizo común, y la crítica y el buen gusto lograron sepultarlo en la obscuridad en que yacía, inutilizando los ejemplares de esta edición en los almacenes de los libreros y comerciantes. Todavía ha podido el crédito y el buen nombre de Cervantes dar lugar á nuevas especulaciones de interés en nuestros días para repetir la edición de Avellaneda, aunque omitiendo por orden superior los cuentos ó novelas indecentes que contiene, sin conseguir por esto acrecentar su estimación, ni disminuir la que con tanta gloria se ha difundido por todo el orbe á favor del discreto QUIJOTE de su noble competidor.

152 El silencio de los escritores contemporáneos, ó la circunspección con que hablaron de Avellaneda los pocos que le mencionaron en su siglo, es en realidad una acriminación y cargo muy severo contra la presunción y liviandad de los que cien años después comenzaron á prodigarle los elogios que no merecía. La distancia de los tiempos, y la dificultad que trae consigo para investigar la verdad han estimulado la curiosidad y la diligencia de algunos literatos para saber quién fué el disfrazado Avellaneda; y aunque estamos muy lejos de dar importancia á esta cuestión, creemos preciso sin embargo, exponer lo que otros han llegado á inquirir ó conjeturar con algún fundamento. Cuando D. Nicolás Antonio hizo mención de aquel torpe novelista en su *Biblioteca* manifestó bien á las claras el poco aprecio que le merecía, y la disparidad de su ingenio con el de Cervantes. El Sr. Mayans esforzó más esta censura; pero inclinado á hallar misterios en las expresiones de este escritor, juzgó por algunas del prólogo de la segunda parte del QUIJOTE, que su enemigo era hombre poderoso y calificado, y que por esto no se atrevió á nombrarle; bien que vacilante en su concepto hallaba también que pudo ocultar cuidadosamente su nombre para no dilatar su fama por ser persona baja y despreciable. Con mayor firmeza y verosimilitud opinó el P. Murillo en su *Geografía histórica* que era eclesiástico; y don Juan Antonio Pellicer, que trabajó con más empeño en adelantar esta investigación, no sólo apoya este juicio, sino que añade era religioso de la orden de predicadores. Indícanlo en efecto con mucha probabilidad varios sucesos ó accidentes de la fábula de su *Quijote*, la afición que se advierte á las cosas peculiares de aquella orden, el celo de promover sus devociones, la noticia exacta que da de las ceremonias y prácticas religiosas, y la clase de erudición escolástica y teológica, que á veces rebosa con textos y autoridades de los santos padres. Vislúmbrase igualmente que aquel enmascarado Zoilo era compositor de comedias, y comprendido en la censura general que de ellas hizo Cervantes en el QUIJOTE y en el *Viaje al Parnaso*, cuando buscaba el arrimo de Lope de Vega para sostener su mala causa; y consta por otra parte, que concurrió á dos certámenes que se publicaron en Zaragoza hacia el año 1614 sobre la interpretación de dos enigmas que se esparcieron en aquella ciudad; y aunque por las alusiones que hacen los jueces en las sentencias á varios pasajes de su *Quijote* se viene en conocimiento de ello, todavía no dan suficiente luz para discernir cuál de los muchos poetas que allí se nombran fuese determinadamente el fingido Avellaneda.

153. Con estos antecedentes, y el más seguro que tenemos de su verdadera patria, pudiéramos presumir que la circunspección y templanza de Cervantes hacia su rival procedió del apoyo y protección que éste, como dominico y aragonés, hallaría en el valimiento y autoridad del confesor del Rey Fr. Luis de Aliaga, religioso de la misma orden, y natural de Zaragoza, que gozaba de gran privanza é influjo en la corte y en los negocios públicos; pero con tan señalada ingratitud hasta con su bienhechor el duque de Lerma, y con modales tan groseros y desabridos

que excitó las quejas de muchas gentes, la censura de algunos escritores coetáneos, y el destierro y privación de sus dignidades cuando entró á reinar Felipe IV. No era extraño, pues, que Cervantes en aquellas circunstancias, hallándose ausente de su favorecedor el conde de Lemos, y éste rodeado de los Argensolas, que también eran aragoneses y podían influir mucho en mejorar su situación, prefiriese reservar el nombre y calidad de su adversario, por el decoro que merecían su estado, profesión y conexiones, á descubrirle y correrle en público, conforme á los impulsos de su enojo y propia satisfacción: conociendo, como lo dijo en sus novelas, que *hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos.* Más segura es la noticia que tenemos de que era aragonés, y no de Tordesillas, como quiso suponerlo, no sólo por que lo declara así Cervantes repetidas veces, sino porque lo acredita y hace manifiesto de un modo indudable su lenguaje y estilo, y el uso de ciertas voces y modismos propios de aquel reino, y que no pudo ó no supo evitar, como los evitaron otros buenos y cultos escritores aragoneses de aquella edad, especialmente los dos hermanos Argensolas, de quienes decía Lope de Vega que *parece vinieron de Aragón á reformar en nuestros poetas la lengua castellana.*

154. La cual, efectivamente, comenzaba por este tiempo á decaer de aquella dignidad y elegancia que había adquirido y conservado en el siglo anterior; y eran mucha parte para esta decadencia y corrupción la infinita casta de poetas, que sin otro numen que su capricho, ni otro estudio que su destemplada imaginación, profanan el templo de las musas, anteponiendo las vanas sutilezas del ingenio á la nobleza y dignidad de las grandes pasiones, y el boato de unas metáforas extravagantes y de unas voces latinizadas y obscuras á la elegancia y perspicuidad de nuestro bello idioma: contagio que cundió rápidamente aun entre los ingenios más sublimes de aquella época, y halló en el vulgo un abrigo y aplauso tan general como extraordinario. Para oponer algún dique al torrente de tanto mal, escribió Cervantes su *Viaje al Parnaso*, imitando al que había publicado en Italia César Caporali, natural de Perusa, poeta parecido á él, no menos en su agudo y festivo ingenio, que en su triste y desdichada suerte. Alabó en esta obra á los poetas dignos de este nombre, dándoles el lugar eminente que merecían en nuestro Parnaso, y desterró de él á la muchedumbre de copleros corruptores de la noble poesía y del idioma castellano, de aquellos que hablaban unos latín, y otros algarabía, y eran *la idiotez y la arrogancia del mundo*, según sus propias expresiones. Pero como Cervantes, aficionado á estos estudios desde su infancia, se contemplaba digno, por su inventiva, de ocupar un lugar distinguido entre los más clásicos poetas, y se veía, por otra parte, pobre y necesitado en el último tercio de su vida, aprovechó esta ocasión para informar á Mercurio y representar á Apolo sus servicios militares y literarios, y cuán mal atendidos habían sido de los hombres que podían remunerarlos, valiéndose como poeta, según observó oportunamente Ríos, del ministerio de los dioses, para que el sufragio de los unos confundiese la injusticia é insensibilidad de los otros

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

El bálsamo de Fierabrás.

155. Cervantes se preció mucho de la invención de este poema, que, sin duda, es más ingeniosa y discreta que amena y agradable; pero el desahogo que dió á su corazón manifestando descubiertamente su extremada pobreza y necesidad, la calidad de sus méritos como soldado y como escritor, el abandono y olvido de sus antiguos amigos, la indiferencia y desatención de los próceres sus Mecenas, y la pertinaz injusticia de su mala estrella, le proporcionaron un desquite público é ingenuo, en que lució no menos la severidad y rectitud de su juicio, que la templanza y moderación de su carácter. Acaso por estas razones ó por el recelo que tenía de que no fuese bien acogido del conde

de Lemos este nuevo trabajo, resolvió dedicarle á D. Rodrigo de Tapia, caballero de la Orden de Santiago, que en su edad juvenil cultivaba con afición y adelantamiento las letras humanas.

156. A continuación de esta obra, que salió á luz en fines de 1614, publicó la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa, en que pintó con sumo donaire y desenfado el encuentro y conversación que tuvo con un poeta novel que le traía una carta del dios Apolo, incluyéndole las ordenanzas y privilegios para los poetas españoles. El objeto de estos opúsculos parece el mismo que el del *Viaje al Parnaso;* pero se descubre más determinadamente el de dar á conocer sus comedias, y publicar sus quejas con los comediantes, porque teniendo sus poetas paniaguados, no se las pedían ni compraban sabiendo que algunas habían sido representadas anteriormente con general aplauso, y que otras podrían obtenerlo por su novedad, cuando no por su mérito, respecto á no ser aún conocidas del público. Este desdén de los farsantes, y su interesada parcialidad, hirió tan vivamente el amor propio de Cervantes, que ya en este diálogo manifestó su intención de dar á la estampa aquellas comedias para que el público juzgase desapasionadamente de su mérito y de la preocupación é injusticia de los que se las desacreditaban.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Don Quijote leyendo sus libros de caballerías, por Manzano.

157. Para cumplir su promesa hubo de exponerse á nuevos desaires y desengaños; porque habiendo compuesto por entonces, pensando que aún duraban los tiempos de sus aplausos y alabanzas, algunas comedias sin poder conseguir se representasen en el teatro, las arrinconó en un cofre, condenándolas á perpetuo silencio. Instigado de su pobreza, y ansioso de aprovechar este trabajo para socorrerse, trató poco después de venderlas al librero Juan de Villaroel; pero éste le manifestó con ingenuidad que se las compraría desde luego á no haberle dicho un autor de título que *de su prosa se podía esperar mucho, pero que de su verso nada.* Mortificóle en extremo la respuesta, por el afán que siempre tuvo de parecer poeta, y en medio de tal pesadumbre y desabrimiento, volvió á repasar sus comedias y entremeses, que no le parecieron tan malos que no mereciesen salir á la luz y censura pública. Con este objeto trató de nuevo con el librero Villaroel, con quien se concertó al fin, vendiéndole el privilegio, que pagó razonablemente, evitándole la molestia de tener cuenta con dimes y diretes de recitantes. De resultas de este convenio se publicaron en Septiembre de 1615 ocho comedias y otros tantos entremeses, con una bella dedicatoria al conde de Lemos, y un prólogo tan discreto como erudito é importante para la historia del teatro y de la comedia española.

158. El público miró con indiferencia estas obras, y los farsantes no las adoptaron para sus representaciones, sin embargo de verlas publicadas. No era extraño que así sucediese, cuando ya Lope de Vega había inundado el teatro con maravillosas composiciones, y otros muchos escritores muy apreciables é ingeniosos le ayudaban á sostener esta gran máquina con suma aceptación y aplauso de las gentes. Bien lo conocía Cervantes, y por lo mismo lo expuso con franqueza y sinceridad en su prólogo; y ya fuese que el dictamen de sus amigos, ó sus propios desengaños, le hicieron mirar á mejor luz sus composiciones, no se atrevió á encarecerlas, contentándose con decir que ni eran desabridas ni descubiertamente necias, que el verso era el mismo que pide esta clase de obras, y el lenguaje el propio y característico de los personajes que en ellas se introducen; y en fin, como para satisfacer á los lectores descontentadizos, y acreditar sus conocimientos en las

leyes de la poesía dramática, ofreció al público corregir todas aquellas faltas que se le habían notado en otra comedia que á la sazón componía, intitulada *El engaño á los ojos*, la cual ni salió á luz, ni se ha conservado, como sería de desear para juzgar del acierto de aquel escritor, y convencerse de si ya que logró conocer sus defectos, tuvo el juicio y discernimiento necesarios para evitarlos y corregirlos.

159. Tal vez se hubiera entonces comprobado aquella verdad bien conocida de que hay muchos hombres de gran penetración para los estudios teóricos y especulativos, que carecen absolutamente de la disposición y aptitud necesarias para la aplicación de sus doctrinas á la práctica y ejercicio de las artes ó facultades mecánicas; y por no parar en esto la consideración se han empeñado algunos en defender ó disculpar á Cervantes de los errores y absurdos de sus comedias con sutilezas y evasiones tan singulares como desatinadas. Hízolo así D. Blas Nasarre, quien después de haber reimpreso con no merecidos elogios el *Quijote* de Avellaneda, reimprimió también en 1749 las comedias y entremeses de Cervantes, para sacarlas, según dice, del olvido en que yacían, mientras que las demás obras de este autor ocupaban la atención de todas las naciones cultas, y de las personas de buen gusto. En su concepto compuso Cervantes estas comedias con el fin de ridiculizar las de su tiempo, haciéndolas *artificiosamente malas* para motejar y castigar las comedias defectuosas y disparatadas que se introducían como buenas; purgando por este medio el depravado gusto y viciada moral del teatro, así como escribió el QUIJOTE para burlarse de los libros de caballería. El señor abate Lampillas supone también en abono de Cervantes, *que la malicia de los impresores publicó con su nombre y prólogo aquellas extravagantes comedias, correspondientes al depravado gusto del vulgo, suprimiendo las que verdaderamente eran de él, ó transformándolas en un todo.*

160. No pueden darse mayores pruebas de la irregularidad de tales dramas, que la extravagancia é impertinencia de los efugios é invenciones con que pretenden defenderlos ó disculparlos ambos apologistas. Basta conocer el teatro de aquel tiempo, para ver que los defectos de las comedias de Cervantes eran comunes á todas ó á la mayor parte de las que entonces se escribían y representaban: que las mismas que Cervantes celebró como excelentes y arregladas á los preceptos del arte, y que se recitaron con tan singular aplauso y concurrencia pocos años antes, *La Isabela*, *La Filis* y *La Alejandra* de Argensola; *La ingratitud vengada* de Lope de Vega; *El mercader amante* de Gaspar de Avila, y *La enemiga favorable* del canónigo Francisco Tárrega, abundan de impropiedades y faltas que las harían intolerables en el día; y que *El trato de Argel* y *La Numancia*, que hemos visto impresas recientemente, y que Cervantes reconoce por suyas, asegurando la aceptación que merecieron en la escena, sin embargo de los absurdos que ahora se les notan, nos confirman en que son igualmente suyas las publicadas en 1615, como lo confiesa en su dedicatoria y prólogo; y que sólo la vicisitud de las costumbres, y la delicadeza y mejora del gusto público, pudieron reprobar ó desdeñar en las tablas las mismas comedias que veinte ó treinta años antes se habían aplaudido con tanto empeño é interés, y alabado con tanto hipérbole y encarecimiento, citando á su autor entre los hombres célebres que ilustraron la dramática española, como lo hicieron Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, y el doctor Suárez de Figueroa en su *Plaza universal*.

161. Mayor aprecio han merecido respectivamente los entremeses: dramas ó diálogos breves, jocosos y burlescos, que para dilatar y hacer más varias y agradables las representaciones teatrales, intercalaban entre los actos ó jornadas de las comedias, cuando eran todavía unos coloquios á modo de églogas, según dice Cervantes; pero luego que á éstas se las dió mayor extensión, dignidad y ornato, introduciendo en su acción reyes, reinas y otras personas graves, como empezó á practicarlo Juan de la Cueva, seguido por Cervantes y otros, entonces *quedó la costumbre de llamar entremeses á las comedias antiguas, donde estaba en su fuerza el arte, siendo una acción y entre gente plebeya*, conforme asegura Lope de Vega; y tales han sido los entremeses comunes ya á principios del siglo XVII, y aun muchos años después, hasta que los sainetes modernos, con más extensión y complicada trama, han adulterado la sencillez primitiva de su composición; y aunque éstos no carecen de mérito, especialmente los de D. Ramón de la Cruz, hay sin embargo en los antiguos entremeses tan sazonados chistes, tanta gracia y propiedad en los caracteres ridículos y populares, tan oportunos modismos y pureza de lenguaje, que han merecido siempre la estimación del público ilustrado, como lo manifiestan las colecciones que de ellos se han hecho en diferentes tiempos. Cervantes compuso algunos; pero sólo publicó ocho entre sus comedias, como muestra de su singular ingenio para pintar toda clase de caracteres y costumbres, y como testimonio de su maestría y naturalidad para el diálogo, de su tacto fino y delicado para

hallar y presentar lo ridículo y extravagante, y manejarlo con agudeza, amenidad é inimitable gracejo. Lastímase con razón un escritor moderno de que con tan buenas disposiciones no se hubiese dedicado de intento á pintar y ridiculizar en el teatro los vicios sociales de su nación y de su siglo, en cuyo difícil género hubiera sin duda sido tan eminente como Molière. Buena prueba de esta verdad es el juicio que Mr. Florián, tan justo apreciador de nuestra literatura, hace de los entremeses de Cervantes, diciendo que valen más que sus comedias, y que todos tienen naturalidad y gusto cómico, aunque algunos son demasiado libres; pero que son admirables, sobre todos el titulado *La cueva de Salamanca*, á cuya imitación se escribió la ópera cómica francesa *El soldado mágico*, y *El retablo de las Maravillas*, que dió materia al célebre Piron para una ópera en coplas llamada *El falso prodigio*, aunque muy inferior á su original. Así Lope de Vega compuso por los años de 1598 su comedia *Los cautivos de Argel*, tomando su argumento, casos, escenas y aun expresiones de *El trato de Argel*, que mucho antes había escrito Cervantes. Repitió éste en sus entremeses algunos asuntos ya tocados en sus novelas, como los ocurridos en casa de Monipodio, los lances del celoso Cañizares, la conducta de Roque Guiñar; y dejó de publicar otros no menos graciosos y discretos, como el de *Los habladores*, que se imprimió y publicó en Sevilla el año de 1624. Algunos han creído que escribió también *Autos sacramentales*, y aún le atribuyen el titulado *Las Cortes de la Muerte*, de que habla en el capítulo XI de la parte II del QUIJOTE; pero hasta ahora no hemos hallado fundamento para apoyar estas presunciones.

162. Entre las costumbres más loables que entonces se conservaban para estimular los talentos en todas las ocasiones de celebridad pública, deben contarse aquellas concurrencias llamadas *Justas poéticas*, muy antiguas entre nosotros, y establecidas, según parece, á imitación de las justas ó torneos, donde la noble juventud castellana, haciendo gala y ostentación de su brío y gentileza, se adiestraba en el manejo de las armas y en los ejercicios propios de la caballería. Los ingenios hallaban en aquellos certámenes un medio de darse á conocer con honrosa emulación, haciendo con sus producciones literarias más noble y sublime el objeto y la solemnidad de semejantes funciones. Así sucedió en las que se celebraron en Madrid el año anterior de 1614, con motivo de haber beatificado el Papa Paulo V á Santa Teresa de Jesús; pues entre otras cosas se propuso un certamen poético, cuyas composiciones latinas y castellanas se habían de entregar para el 25 de Septiembre al procurador general de los carmelitas descalzos. Cumplido el plazo señalado, se formó el tribunal que debía juzgarlas en la capilla mayor, ante un concurso y auditorio tan numeroso como distinguido. Uno de los jueces era Lope de Vega, que abrió la sesión recitando una oración y un discurso en alabanza de Santa Teresa, con tal gravedad y gracia en el decir, con tanta propiedad y espíritu en sus acciones, con tal dulzura y eficacia en el razonamiento, con tanta afluencia y ternura en sus afectos, que causó sumo placer y mociòn en el ánimo de los circunstantes; y en seguida alternando con excelentes coros de música, leyó en alta voz las poesías que se habían presentado. Ocho eran los certámenes que se anunciaban al público, y en el tercero se proponían tres premios á los que con más gracia, erudición y elegante estilo, guardando el rigor lírico, compusiesen una canción castellana á los divinos éxtasis de la Santa, en la medida de aquella de Garcilaso, *el dulce lamentar de dos pastores*, con tal que no excediese de siete estancias. Concurrieron á competencia los más floridos ingenios de España, y entra ellos Miguel de Cervantes con una canción tan tierna y elegante, y tan arreglada á las leyes prescritas para aquel certamen, que mereció se publicase entre las más selectas en la relación que de las fiestas hechas en toda España con este motivo publicó Fr. Diego de S. Josef, y se imprimió en Madrid en el año de 1615.

163. Ya había entonces concluído Juan Yagüe de Salas su poema ó *epopeya trágica* (como él la llama) de los célebres y desgraciados amores de Diego Juan Martínez de Marcilla é Isabel de Segura, llamados comúnmente *Los amantes de Teruel*; y deseoso de la perfección de su obra, procuró con loable moderación é ingenuidad que la viesen y corrigiesen una y muchas veces, no sólo los que en la poesía española tenían esclarecido renombre, sino todos aquellos que conoció poseían con especialidad alguna de las artes, facultades ó ministerios de que trataba por incidencia. Del número de estos censores fueron Lope de Vega, Jerónimo de Salas Barbadillo, Miguel de Cervantes y otros, cuyos nombres se conservan al frente de los sonetos con que alabaron este libro, como para prevenir con su autoridad la benevolencia y el aplauso del público. Es constante que muy á principios de 1615 obtuvo Yagüe de Salas el privilegio Real para imprimirle y publicarle después de las censuras y aprobaciones de estilo; y con todo no se verificó la impresión hasta después de media-

do el año siguiente de 1616, cuando ya había fallecido Cervantes.

164. Estos ligeros desahogos de su afición á la poesía, ó de las consideraciones debidas á los literatos y personas de mérito, no le impedían atender á la composición de otras obras más vastas, instructivas y deleitables. La principal, y que tenía comprometida en gran manera su reputación, era la segunda parte del QUIJOTE; ofrecida desde 1604, anunciada como próxima á publicarse en 1613, y precedida sin embargo, por otra segunda parte de un autor desconocido é inepto, que intentó desacreditar de un golpe el ingenio y las costumbres de Cervantes. Estaba éste finalizando su obra cuando Avellaneda publicó la suya; pero este incidente, que le sorprendió é incomodó con extremo, fué un poderoso estímulo para que la concluyese con tal celeridad que á principios de 1615 la presentó, solicitando el permiso para su impresión, aunque ésta se dilató, á pesar de su diligencia y conato, hasta fines de Octubre. Al dirigir las comedias al conde de Lemos en el mes anterior le dijo: DON QUIJOTE *queda calzadas las espuelas de su segunda parte para ir á besar los pies á vuestra excelencia. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque por sí ó por no lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.* Palabras que denotan, no sólo el justo resentimiento de Cervantes, sino el bajo concepto que desde luego formó de la obra de su impertinente continuador.

165. Es preciso confesar que tenía mucha razón y justicia para lo uno y para lo otro; pero por lo mismo es más digna de alabarse la generosidad y circunspección con que procedió entonces. A los necios ultrajes é insolentes calumnias de su rival opuso la templanza y urbanidad de su prólogo, que puede ser modelo de contestaciones literarias, y las ingeniosas y festivas invectivas que entretejió con las aventuras de su héroe, alusivas á la flamante historia del disfrazado aragonés. Pero ninguna más oportuna y discreta que la apología que hizo de sí y de su QUIJOTE en la dedicatoria al mismo conde de Lemos, donde, tratando de cuán deseado era su libro, se explica en estos términos: «Es mucha la priesa que »de infinitas partes me dan á que le envíe para quitar el amago y la náusea que ha causado otro DON »QUIJOTE, que con nombre de segunda parte se ha »disfrazado y corrido por el orbe; y el que más »ha mostrado desearle ha sido el grande emperador »de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes »que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome, se le enviase, »porque quería fundar un colegio donde se leyese »la lengua castellana, y quería que el libro que se »leyese fuese el de la historia de don QUIJOTE: juntamente con esto me decía que fuese yo á ser el »rector del tal colegio. Preguntéle al portador si su »Majestad le había dado para mí alguna ayuda de »costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, »hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á »vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que »venís despachado, porque yo no estoy con salud »para ponerme en tan largo viaje; además, que sobre »estar enfermo, estoy muy sin dineros; y emperador »por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos »titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me »ampara, y me hace más merced que la que yo acierto á desear.» El objeto de esta ficción fué no sólo renovar la memoria de su pobreza, tributando á su bienhechor y Mecenas las expresiones de su gratitud y reconocimiento por la liberalidad con que le socorría, sino encarecer particularmente su obra, y vindicarla de las atroces é injustas censuras de sus émulos. Lo más notable que le achacó Avellaneda recayó sobre que su estilo ó *idioma era humilde*, y que su autor *hacía ostentación de sinónimos voluntarios*; y Cervantes, á quien no le era decoroso contestar abiertamente á este reparo, quiso contraponer la elegancia y pureza de su estilo, á la incultura y vulgaridad del de Avellaneda, suponiendo que de los países más remotos le pedían y solicitaban ansiosamente su obra, para que por ella *se leyese la lengua castellana*, como el texto más propio y conveniente para aprenderla: opinión calificada en el discurso de dos siglos por el voto unánime de los mayores sabios de la nación, y por la respetable autoridad de la Academia Española.

166. Fué en efecto constante el conato de Cervantes desde su juventud en cultivar y mejorar el castellano, queriendo manifestar que era más vario, fácil y abundante de lo que algunos creían, y lográndolo con el feliz éxito que se advierte si se compara el estilo de la *Galatea* con el del QUIJOTE y las novelas, y como lo descubren aquellos críticos juiciosos y atinados que han procurado analizar el lenguaje y estilo de nuestros más clásicos escritores. Especialmente merece honorífica mención el erudito D. Gregorio Garcés, cuando al indagar el fundamento del vigor y elegancia del idioma castellano, halla en Cervantes calidades tan eminentes, que asegura ser el que más le ha enriquecido, y el hombre más cabal así en esta materia como en el conocimiento de todo lo bueno. En aquella obra se ve demostrado con ejemplos el sumo tino y diligencia infatigable de Cervantes en aumentar ó introducir muchos nombres compuestos para hacer más rica y elegante nuestra elocución, hasta entonces pobre y diminuta por el desdén con que la miraban muchos eruditos para emplearla en sus obras, y por la nimia severidad en admitir tales vocablos, sin embargo del precepto de Horacio, como ya lo observó Arias Montano. Nótase allí cuánto contribuyó Cervantes á engalanar nuestro romance con cierto atavío latino del siglo de Augusto, acrecentando así su dignidad y pureza. Allí se advierte la propiedad de estas mismas voces en aquel significar simple y vivamente las cosas, satisfaciendo la curiosidad y el entendimiento, presentándole los objetos cuales son, y descubriendo su esencia, calidades y circunstancias. Admírase allí aquel rico caudal, que no consiste sólo en la abundancia de palabras, sino en aquellos singulares modos de variar natural y oportunamente una misma expresión, dando mayor amenidad y gracia á la elocución y al número. Y finalmente se observa y encarece la discreción en el uso de las palabras antiguas y nuevas, conforme á la doctrina de Quintiliano; pues si, habiendo Cervantes enriquecido tanto nuestra lengua, usó de alguna palabra forastera, ó fué por mostrarse festivo y sazonado, ó por seguir la corriente de su fácil y amena imaginación, y el ejemplo de otros insignes maestros, tales como Pérez del Castillo, Mendoza, Ercilla, Coloma y otros. Aún pudiera alegarse, como prueba de su circunspección en esta parte, la graciosa censura que hizo visitando D. Quijote la imprenta de Barcelona, del abuso que en esto hacían los traductores, y algunos jóvenes incautos ó presumidos, que viajando por Italia sembraban después su estilo de barbarismos italianos. De las palabras antiguas usó también por gracia y jovialidad, como lo hicieron entre los latinos Cicerón y Terencio; mas con tal oportunidad, que mostró su intención de divertir al lector, y hacerle menospreciar los libros de caballerías donde estaban consignadas tales voces y modismos; de las cuales colocó sin embargo á par de las nuevas y escogidas las que conservaban brío, gracia y expresión, y que ha honrado después el uso de los doctos por lo que agradan y por lo que autorizan el estilo. El de Cervantes fué por estos medios puro en extremo, armonioso en su número, fácil, enérgico y conveniente, y tal que le da un derecho indisputable á ser colocado entre los príncipes de la lengua castellana.

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

La aventura del rebaño, por Goya.

167. Los que hay criticado tan maligna y fastidiosamente á Cervantes el uso de algunos italianismos, ó de otras expresiones que no tienen ahora toda la pureza y decoro que requiere la delicadeza de nuestros oídos ó el refinamiento de nuestras costumbres, no se han hecho cargo de que hasta fines del siglo XV toda la riqueza la recibía el castellano del latín y de algunos restos del árabe en las provincias meridionales; pero que desde el reinado de los Reyes Católicos y en todo el siglo XVI nuestra dominación en Italia y Flandes, y la frecuente comunicación con estos países connaturalizó en España muchas voces y frases que forman hoy una parte preciosa del caudad de nuestro idioma: siéndonos extrañas por consiguiente aquellas pocas que con menos felicidad que las demás dejó de adoptar el uso, que es el árbitro en materias de esta clase. El autor del *Diálogo de las lenguas* deseaba en tiempo de Carlos V que muchas palabras italianas que cita, como *manejar, cómodo, diseñar, discurrir, entretener, facilitar* y otras se introdujesen en el castellano

por la falta que en él hacían, y se le cumplieron sus deseos completamente, así como algunos años después introdujeron *duelo* por desafío, *centinela, mochila, estrada, dique, marisco, zapa* y otras infinitas D. Jerónimo de Urrea, D. Diego de Mendoza, Ercilla, Coloma, Suárez de Figueroa, Cristóbal de Rojas y otros afinados escritores. Y en cuanto á la pureza, decoro y majestad de las palabras y expresiones, ¿no es bien sabido que se aumenta ó disminuye en proporción de la mayor ó menor delicadeza del oído, de la civilidad y finura de los usos y costumbres, de la extensión y popularidad que van adquiriendo, y de la mayor malicia ó ironía que se las da en la conversación y trato familiar, aunque no la tengan originariamente ni en su composición ni en su significado? Las voces y expresiones naturales é ingenuas de Berceo y del Arcipreste de Hita, que nos retratan las costumbres puras y sencillas de su tiempo, no podríamos usarlas hoy con el decoro y propiedad que entonces tuvieron: y algunas que usaron Granada, Sigüenza, Rivadeneira y otros del buen siglo las calificamos ahora de vulgares, bajas ó indecorosas, sin embargo de que en ellas hallaron estos ilustres maestros toda la dignidad, gracia y propiedad, que tal vez han perdido por la mudanza del gusto y trastorno de las ideas y costumbres de los tiempos. Estas reflexiones dictadas por la filosofía y el juicioso discernimiento deben siempre preceder á toda crítica para que sea tan racional y justa como útil y conveniente.

168. Ni aun esta justicia y conveniencia podía tener en aquel tiempo la censura de Avellaneda, y por tanto era más oportuna la suposición de Cervantes cuando realmente solicitaban de todas partes con empeño la obra del QUIJOTE, y cuando acababa de llegar á Madrid á principios del mismo año de 1615 el embajador de un rey del Japón pidiendo se enviasen religiosos para predicar el evangelio entre sus vasallos, habiéndose bautizado en la capilla real delante de Felipe III, con mucha pompa y solemnidad, un indio noble que aquel monarca enviaba como testigo y prueba de la sinceridad de sus deseos. Ni era menos adecuada la misma parábola en una época en que todavía conservaba la lengua castellana la universalidad y aprecio que la habían dado en el siglo precedente la gloriosa dilatación del imperio español por ambos mundos, y la vasta y eminente erudición de sus sabios y literatos. Era el idioma de las cortes de Viena, de Baviera, de Bruselas, de Nápoles y de Milán: todos se preciaban de saberle, y se tenía á mengua y vergüenza entre las gentes cultas é instruídas el ignorarle. Los enlaces de nuestros príncipes austriacos con los de la casa de Borbón que reinaba en Francia, estrecharon más las relaciones de amistad, de comercio y de interés entre ambas naciones, y dieron tanto auge al idioma que facilitaba esta recíproca comunicación, que en aquel reino, según decía Cervantes, *ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana;* y en París mismo la hablaba gran parte de los cortesanos, aun sin haber estado en España, conforme al testimonio de Ambrosio de Salazar. Por esta causa y con este objeto se establecían allí hábiles maestros, que procuraban y promovían su enseñanza: se estudiaban con aplauso y aplicación las obras españolas de mayor crédito y de más castizo lenguaje, y eran comunes en manos de los franceses los escritores clásicos de nuestro siglo de oro. Los mismos profesores, aun sin ser españoles, escribían y publicaban en aquellos países gramáticas y libros castellanos, y varios naturales traducían á esta lengua las mejores obras francesas y de otras naciones. De aquí se originó que se imprimiese entonces tanto libro español en Alemania, Inglaterra, Francia é Italia; y de aquí que los españoles, dominando todos los teatros de Europa, tuviesen en ellos el mismo influjo que en los negocios públicos, como asegura un escritor francés, y que sus compañías de farsantes, sosteniendo en París y otras ciudades aquella afición, propagasen y radicasen allí las bellezas y primores de nuestros insignes dramáticos, para que renaciendo poco después con mayor economía, orden y regularidad en manos de Molière, de Pedro Corneille y de otros sublimes ingenios, fuesen el encanto de todos los pueblos civilizados y el triunfo de la filosofía en cuanto á la pintura del carácter de las pasiones y de la corrección de los vicios ó extravagancias de los hombres. El mismo Cervantes vió impresa en París, y después traducida, su novela *El Curioso impertinente*, para instrucción de los que se dedicaban á aprender el castellano, y sabía con cuánta estimación se leían y estudiaban en los reinos extraños su *Galatea*, sus demás novelas y la primera parte del QUIJOTE, mientras que en su patria vivía desvalido y abandonado. Estas circunstancias dan mayor realce á la alegoría de que usó en su dedicatoria, en la cual presentó la verdad en todo su esplendor, aunque con tal delicadeza y discreción, que sin ofender á ninguno en particular, fuese capaz de sonrojar á los que debiendo, por su opulencia ó elevación, promover y fomentar las letras, las miraban con indolencia y desdén, y dejaban de aplaudir y premiar á los ingenios sublimes y desvalidos, que ilustrando á la nación con sus obras, vinculaban

en ellas para siempre la gloria de su nombre.

169. Muchos son los escritores de aquel siglo que se lamentan de esta falta de protección con que el gobierno miraba á los hombres de mérito; pero Cervantes había tenido un desengaño y convencimiento propio, que tal vez intentó disfrazar en la mencionada parábola. Hallábase Felipe III en un balcón de su palacio de Madrid, y espaciando la vista observó que un estudiante leía un libro á orillas del río Manzanares, é interrumpía de cuando en cuando su lección dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Atento el rey á todo, adivinó inmediatamente la causa de tal distracción y enajenamiento, y dijo: *Aquel estudiante ó está fuera de sí, ó lee la historia de Don Quijote.* Presurosos los palaciegos en ganar las albricias del acierto de su príncipe, corrieron á desengañarse, y hallaron que el estudiante leía con efecto el QUIJOTE; pero ninguno de ellos al participarlo al soberano le hizo memoria de su autor, ni del abandono en que vivía, lleno de años, de méritos y de desgracias: y así se malogró la ocasión más oportuna de haberle conseguido alguna pensión ó socorro para su sustento. A esto podría igualmente atribuirse la memoria que hizo del emperador de la China, prefiriendo á su aprecio estéril y vanos elogios la beneficencia y liberalidad efectiva del conde de Lemos, quien sólo por su noble carácter y afición á las letras se dedicó á promoverlas con empeño, y á honrar y socorrer con generosidad á cuantos las cultivaban con utilidad y adelantamiento.

170. En tanto que de sus compatriotas recibía Cervantes tales desaires y desengaños, y que sus émulos le menospreciaban y perseguían con tanto encono, los extranjeros que venían á Madrid, inducidos de la fama y crédito con que corrían sus obras fuera de España, le señalaban con el dedo por las calles, y procuraban con instancia todos los medios de conocerle y visitarle, para proporcionarse su trato y comunicación familiar. El licenciado Francisco Márquez de Torres, capellán y maestro de pajes del arzobispo de Toledo, que censuró la segunda parte del QUIJOTE, nos ha conservado un testimonio irrefragable de este aprecio tan extraordinario que tributaban á Cervantes fuera de de su patria. «Bien »diferente (dice en su aprobación dada en 27 de fe»brero de 1615) han sentido de los escritos de Mi»guel de Cervantes, así nuestra nación como las ex»trañas, pues como á milagro desean ver el autor de »libros, que con general aplauso, así por su decoro »y decencia, como por la suavidad y blandura de »sus discursos, han recibido España, Francia, Italia »Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en »25 de Febrero de este año de 615, habiendo ido »el ilustrísimo señor D. Bernardo de Sandoval y »Rojas, cardenal, arzobispo de Toledo, mi señor, »á pagar la visita que á su ilustrísima hizo el emba»jador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes »á los casamientos de sus príncipes y los de España, »muchos caballeros franceses de los que vinieron »acompañando al embajador, tan corteses como en»tendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron á »mí y á otros capellanes del cardenal mi señor, »deseosos de saber qué libros de ingenio andaban »más validos; y tocando á caso en éste, que yo es»taba censurando, apenas oyeron el nombre de »Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á »hacer lenguas, encareciendo la estimación en que »así en Francia como en los reinos sus confinantes »se tenían sus obras, *La Galatea*, que alguno de ellos »tiene casi de memoria, la primera parte de ésta y las »novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me »ofrecí llevarles que viesen el autor de ellas, que »estimaron con mil demostraciones de vivos de»seos. Preguntáronme muy por menor su edad, su »profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á »decir, que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, á »que uno respondió estas formales palabras: *¿pues »á tal hombre no le tiene España muy rico, y sus»tentado del Erario público?* Acudió otro de aquellos »caballeros con este pensamiento y con mucha agu»deza, y dijo: *si necesidad le ha de obligar á escri»bir, plega á Dios que nunca tenga abundancia »para que con sus obras, siendo él pobre, haga »rico á todo el mundo.»* Expresiones agudas y discretas, que descubriendo la urbanidad y buen gusto de quien las decía eran una delicada apología de Cervantes, y una tácita pero severa invectiva contra la indolencia con que nuestra nación miraba los grandes ingenios que la daban tan subida reputación y gloria en todo el orbe literario.

171. Resultas fueron de este aprecio tan extendido y universal la multiplicación de ediciones y traducciones del QUIJOTE por todas partes. «Trienta »mil volúmenes se han impreso de mi historia (decía »Don Quijote), y lleva camino de imprimirse trein»ta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.» »Tengo para mí (había dicho anteriormente) que el »día de hoy están impresos más de doce mil libros »de la tal historia; si no dígalo Portugal, Barcelona »y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama »que se está imprimiendo en Amberes; y á mí se me »trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde

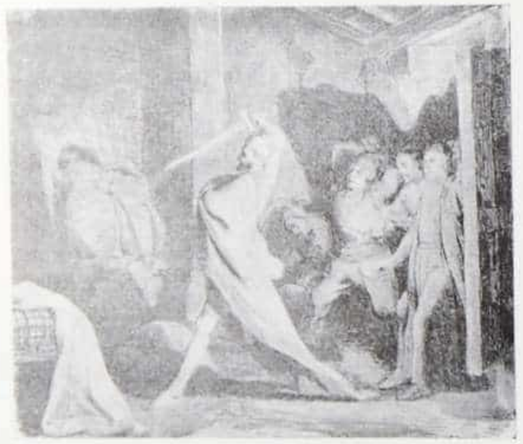
»no se traduzca.» Cumplióse este vaticinio de Cervantes de un modo tal vez muy superior á sus esperanzas, porque pocos años después se habían hecho ya dos ediciones en Venecia de la traducción italiana de Lorenzo Franciosini, natural de Florencia. Los franceses, que también se apresuraron á traducirla, cuentan ya el día de hoy siete traducciones diferentes. Los ingleses, constantemente apasionados á Cervantes, y dignos apreciadores de su obra, no sólo tienen desde el año de 1620 diez traductores de ella, como lo son Shelton, Gayton, Ward, Jarvis, Smollet, Ozell, Motteux, Wilmont, Durfey y J. Philips, sino un comentador tan diligente y erudito como el doctor Juan Bowle. En Alemania se han hecho y publicado modernamente dos traducciones: la una por el señor Tiek, y la otra por el señor Soltau, que parece es la más apreciable por su exactitud. Disfrútanle en sus respectivas lenguas Portugal, Holanda y otras naciones; y es de notar que en muchas de ellas, conociendo cuánta fuerza y vigor pierden semejantes obras al trasladarlas del original, se han multiplicado las ediciones castellanas, ilustrándolas con notas, comentarios y discursos, y adornándolas con excelentes estampas. Merecen contarse con especialidad en este número la edición hecha en Londres en 1738 con tanto esmero y magnificencia por J. y R. Tonson en cuatro tomos en cuarto mayor, en la cual se incluyó la primera vida de Cervantes que se había escrito á instancias de Milord Carteret por D. Gregorio Mayans y Siscar; la que publicó el mencionado Bowle en Salisbury y

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

La Visión de Don Quijote (*Capricho de Goya*).

en Londres año de 1781 en seis volúmenes en cuarto mayor, conteniendo los dos últimos las anotaciones á la obra y varios índices, entre los cuales hay uno copiosísimo de las palabras usadas en ella, al modo del que suelen tener las exquisitas ediciones de los autores clásicos latinos; la que en el año de 1804 hizo en Berlín el señor Luis Ideler, astrónomo de aquella Real Academia de las Ciencias, en seis volúmenes en octavo mayor, dedicándola al señor Federico Augusto Wolf, profesor de poesía y elocuencia en la Unisidad de Halle, en la cual, con la mira de dar un texto correcto del QUIJOTE, y facilitar su inteligencia á los extranjeros, eligió por modelo la edición de Pellicer, insertando su discurso preliminar, su nueva vida de Cervantes, y las notas á la obra, aunque omitiendo algunas digresiones ó particularidades que sólo pueden interesar á los españoles y substituyendo otras del doctor Bowle, y muchas explicaciones de las voces, frases y refranes difíciles, con sus correspondencias á veces en los idiomas alemán y francés. Otra edición del QUIJOTE en cuatro volúmenes en octavo se publicó en Burdeos el mismo año,

ESCENAS DEL DON QUIJOTE



Don Quijote trechando con los cueros de vino, por Carlos Luis de Ribera.

arreglada enteramente á la que con tanta belleza y corrección tipográfica había hecho en Madrid la imprenta Real pocos años antes; así como en la publicada en París el año de 1814 en siete volúmenes se ha seguido el texto de la edición de la Academia, reuniendo á la vida de Cervantes con sus pruebas, y al análisis y plan cronológico del QUIJOTE, escritos por Ríos, las notas y comentarios de Pellicer. Y, finalmente, los papeles públicos anunciaron la nueva edición que de la traducción inglesa de Jarvis había ofrecido Mr. Belfour, adornada con magníficas estampas, ilustrada con notas históricas, críticas y literarias, así sobre el texto como sobre la vida de Cervantes, y sobre el estado de las costumbres y de la literatura en el siglo en que floreció.

172. Esta aceptación tan unánime, tan general y tan sostenida, ha sido constantemente autorizada por el juicio y dictamen de los más sabios y respetables literatos. El doctísimo Pedro Daniel Huet juzgaba á Cervantes digno de ser colocado entre los mayores ingenios de España. El P. Rapin calificaba al QUIJOTE por una sátira muy fina, superior á cuanto de este género se había escrito en los últimos siglos. Mr. Gayot de Pitaval, en su obra de las *Causas célebres*, presentando á los jueces como modelo en casos extraordinarios los juicios ó sentencias de Sancho en su gobierno, llama al QUIJOTE *la fábula más ingeniosa del mundo*. El culto Saint-Evremont decía que de cuantos libros había leído, de ninguno apreciaría más ser autor que del DON QUIJOTE, y que no acababa de admirarse cómo supo Cervantes hacerse inmortal hablando por boca de un loco y de un rústico. El juicioso abate Du-Bos, observando que todos los pueblos tienen sus fábulas particulares y sus héroes imaginarios, y que los del Taso y del Ariosto no son tan conocidos en Francia como en Italia, así como los de la Astrea son más desconocidos de los italianos que de los franceses, asegura que sólo la fábula del QUIJOTE ha logrado la gloria de ser tan conocida de los extranjeros como de los compatriotas del ingenioso español que supo crearla y darla á luz. Por eso le llamaba inimitable el autor de la *Eloísa*, y le prefería á todos los escritores de imaginación. El traductor francés Mr. Florian afirma que Cervantes es acaso el único hombre que por medio de una invención tan original como ingeniosa haya obligado á los lectores á seguirlo en su historia, no sólo sin fastidio ni cansancio, sino con admiración y contentamiento. El autor del *Espíritu de las leyes*, el célebre Montesquieu, aun cuando injuria á nuestra nación con notoria falsedad y malevolencia, no puede disimular el mérito del QUIJOTE, diciendo que es el único libro bueno que tenemos, proposición tan inexacta como honorífica á Cervantes. El fecundo poeta inglés Samuel Butler, en su poema satírico y burlesco intitulado *Hudibras*, contra los presbiterianos del tiempo de Oliverio Cromwell; los insignes sabios de aquella culta nación, Pope, Arbuthnot y Swift en las *Memorias* que escribieron mancomunados *de Martín Scriblero* para satirizar el abuso de la literatura y pedantería en las ciencias; los escri-

ESCENAS DEL DON QUIJOTE

Voladura del Clavileño, dibujo de Jimeno.

tores francesas Pedro Carlet de Marivaux, en su obra *Les folies romanesques, ó el Don Quijote Moderno;* el autor del *Oufle* y el del *Don Quijote en París;* Mr. D'Vssieux, en *El nuevo Don Quijote;* y aun en España el festivo autor del *Gerundio*, el del *Quijote de la Cantabria* y otros muchos de estas y diferentes naciones, todos se propusieron por modelo al *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, y todos aspiraron con empeño, aunque no con igual acierto, á imitar su plan, sus aventuras y sus gracias. El juicioso diarista holandés Justo-Van-Efen, quería que esta obra se pusiese en manos de la juventud para amenizar su ingenio y cultivar su juicio, por la elegancia de su estilo, por la agradable variedad de sucesos que enlaza, por su moral admirable, y atinadas reflexiones sobre las costumbres de los hombres, por el tesoro que contiene de juiciosas censuras y excelentes discursos, y con especialidad por la sal con que lo sazona todo. Finalmente, algunos cuerpos sabios han honrado el QUIJOTE, meditando ilustrarle, ya por lo respectivo á la cronología y geografía, ya por lo tocante á las alusiones de personas y sucesos verdaderos.

173. Merece nuestra memoria la resolución que la Academia de Ciencias, Inscripciones, Literatura y Bellas artes, establecida en Troyes en Champaña, tomó á mediados del siglo pasado de comisionar un académico para viajar por España con el objeto de averiguar las circunstancias de la muerte del pastor Grisóstomo, y el lugar ó paraje de su sepulcro y enterramiento, procurando al mismo tiempo recoger otras noticias para ilustrar el QUIJOTE, arreglar un itinerario de sus viajes, y formar una tabla cronológica de sus sucesos y aventuras, á fin de hacer una traducción francesa más exacta y fiel que las que se conocían, y una edición superior por su corrección y magnificencia á todas las anteriores. Tan laudable y honorífico era el acuerdo y empeño de aquellos literatos, como excesiva su sencillez y credulidad en persuadirse de la existencia de los personajes que sólo cupieron en la fecunda fantasía de Cervantes, y de la realidad de unos hechos que son puramente ideales ó alegóricos, sin tener presente cuanto había reflexionado el erudito Huet en su tratado sobre el origen de esta clase de novelas, relativamente á la idea que tuvo Cervantes en suponer arábigo el original de la suya. No comprendiendo esta invención, y persuadidos los académicos de Troyes de que esta obra árabe existiría entre los manuscritos de la biblioteca del Escorial, prevenían en consecuencia á su comisionado que la confrontase con la traducción de Cervantes, prometiéndose que de este trabajo y de la publicación del original pudieran resultar gran utilidad é ilustración á la literatura.

174. Pero en medio de tantos y tan recomendables elogios como ha merecido el QUIJOTE, y de la unánime aceptación de dos siglos, no han faltado críticos nimiamente severos que abultando ó engrandeciendo sus lunares, han pretendido mitigar sus alabanzas, ó contener la corriente de sus aplausos; *pero quisiera yo* (les diría el mismo Cervantes) *que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran... y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene.* En el año de 1647 publicó en Francia Mr. Sorel una obra intitulada *Le Berger extravagant*, con el objeto de ridiculizar los libros de caballería, y también los de poesía; y censurándole algunos escritores coetáneos que no había hechos más que imitar y repetir el pensamiento de Cervantes, intentó desvanecer esta objeción procurando manifestar, no sólo que su obra era original, sino que la de Cervantes estaba llena de inverosimilitudes, como las había á su parecer en las aventuras de casa de los duques y gobierno de Sancho Panza; en que el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco dejasen su aldea y domicilio por seguir á D. Quijote, y en los episodios ajenos de la censura de los libros caballerescos en que se distrajo Cervantes; con otros reparos no menos frívolos, y con mayor número de equivocaciones mucho más absurdas y reprensibles, con las cuales acreditó bien á las claras la supercheria de un escritor que corrido de ver descubierto su plagio ó su falta de imaginación, trató de criticar y zaherir á su modelo con la misma osadía y petulancia con que se atrevió á esgrimir su libre pluma contra Homero, Virgilio, el Ariosto, el Taso, Ronsard y otros, sin reflexionar que el hecho sólo de colocar á Cervantes entre tan claros varones era concederle aquel mérito sublime y original que pasando de siglo en siglo, siempre con entusiasmo y admiración, le aseguraba un nombre eterno en las futuras generaciones.

175 De otro crítico inglés, semejante al anterior defiende á Cervantes el autor de un periódico que se publicaba en París por los años de 1737. Aquel censor, después de haber atacado á Bayle, á Locke, al P. Malbranche, al *Espectador* de Adison y á otros autores y libros de igual reputación, comienza á juzgar el QUIJOTE de Cervantes confesando la dificultad de sentenciar una obra, cuya suerte está decidida por el juicio del público. Sin embargo de esta prevención, son tantas las inconsecuencias é inverosimilitudes que supone en las aventuras del vizcaíno, de los benedictinos, de los galeotes y de Dorotea; tal la difusión é importunidad en las historias de Marcela, de Zoraida, y del Curioso impertinente, aunque bien escrita, y en la de Cardenio, por más que no sólo ha gustado, sino que en su dictamen nada hay mejor imaginado, ni referido con más gracias; y finalmente abulta y encarece tanto hasta aquellas omisiones y lunares que reconoció el mismo Cervantes, ó descubrieron sus émulos para zaherirle, que contradice y se opone á la opinión general que le califica de un crítico fino y juicioso, y sólo ve en él una imaginación agradable y fecunda, pero sin corrección ni exactitud. Es notable que toda la censura recae sobre la primera parte del QUIJOTE, y con tanta semejanza con la que hizo Avellaneda, que puede sospecharse haber tomado de ella el crítico inglés los principales cargos y fundamentos, según opina el mismo defensor de Cervantes. Este añade que para apreciar tales acusaciones basta confrontarlas con el libro censurado, y entonces la complacencia y el buen gusto de los lectores encontrarán tantas bellezas, tales gracias, tan excelentes pinturas, tan oportunos caracteres, que aquellos lunares tan fastidiosamente repetidos por la maledicencia desaparecen de la vista, y este agrado y embeleso, que sólo es propio de la belleza y sublimidad en las obras de imaginación, será la mejor apología del fabulista español.

176. No es extraño que unos extranjeros hablasen así de Cervantes para lisonjear su amor propio, cuando otros escritores patricios y coetáneos suyos que le debieron suma indulgencia y encarecidas alabanzas, lejos de corresponder á tanta generosidad, procuraron zaherirle y desacreditarle, aunque con la timidez y simulación que califican los procederes aleves é indecorosos. Nadie se presentó entonces franca y descubiertamente en la palestra; y es fácil conjeturar que las mezquinas pasiones que exaltaron la cólera de Avellaneda, cundieron también entre otros literatos, celosos de que obtuviese Cervantes tanto aprecio del público por sus obras, y de sus ilustres protectores la preferencia, las distinciones y beneficios que ellos procuraban afanosamente, y acaso no con éxito tan favorable. Tal piensa el señor Pellicer que fué el origen de la ironía y de las invectivas con que Vicente Espinel intentó disminuir el mérito del QUIJOTE, para levantar sobre él á su *Escudero Marcos de Obregón*, que publicó en 1618. Este escritor había elogiado á Cervantes en su juventud, le había tratado después familiarmente en algunas sociedades y conferencias, se había visto favorecido de él con honoríficas expresiones, y ambos patrocinados del cardenal de Toledo, obtuvieron de su generosidad una pensión para sobrellevar los trabajos de la vejez y de la pobreza. De aquí pudo nacer la emulación que algunos pretenden descubrir en la dedicatoria de aquella obra y en varias especies sueltas del prólogo, que intentó apoyar con el dictamen de los amigos con quienes había consultado, siendo uno de ellos el M. Fr. Hortensio Félix Paravicino, que en su aprobación resumió sin duda el parecer de todos, afirmando que de los libros de entretenimiento común, *es* (el Escudero Obregón) *el que con más razón debe ser impreso... pues de los de este argumento* (añade) *me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá.* Así este aprobante como sus compañeros habían visto y leído la segunda parte del QUIJOTE publicada dos años antes. Como el carácter ó genio de Espinel era conocidamente socarrón, crítico y murmurador, según lo indicó Cervantes en el *Viaje al Parnaso*, al mismo tiempo que decía era uno de sus más antiguos y verdaderos amigos, no es inverosímil que aquél dirigiese sus tiros contra la obra de éste, ni que los otros la tuviesen presente para formar un juicio tan apasionado como desmentido por la imparcial crítica de los sabios posteriores; pues aunque sea apreciable la vida del *Escudero Obregón*, carece de aquellos esenciales requisitos de invención, de filosofía y de gracias originales, que han hecho al QUIJOTE un libro clásico entre todas las naciones cultas de estos últimos siglos.

177. Aún es más descubierta la ingratitud y emulación del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, natural de Valladolid, auditor de nuestras tropas en Italia y escritor benemérito de la literatura española. Cervantes le había colmado de elogios en el *Viaje al Parnaso* y en la segunda parte del QUIJOTE con tanta prodigalidad, como mengua de la rectitud de su juicio crítico, y, sin embargo, nada alcanzó para templar su humor sombrío y maldiciente. Sabía la distinguida y generosa protección que dispensaba á Cervantes el conde de Lemos, y estaba quejoso de no haber podido conseguirla, sin embargo de haberle dedicado un libro para captarse su benevolencia; porque cuando procuró presentársele personalmente, un eclesiástico le impidió la entrada, á pretexto de las muchas ocupaciones de aquel ilustre personaje; valióse después de un médico para lograr su presentación, aunque sin efecto

y con igual desgracia, pues *halló* (según dice) *tan sitiado al conde de ingeniosos, que le juzgó inaccesible*. Concepto extraño respecto de un Mecenas tan recomendable por su virtud, su modestia, su popularidad y su generosa afición á las letras y á sus profesores, de los cuales algunos gozaban por su favor de honradas comodidades, como dice Salas Barbadillo; y ejemplo notable para precaverse y cautelarse los poderosos de las pasiones de los que aspiran á su privanza. Este suceso nos descubre el origen de muchas alusiones satíricas que vertió contra Cervantes en su obra intitulada *El pasajero*, que publicó en Madrid el año de 1617. En ella censuró indirectamente la *Galatea;* parecióle abultado y hueco el título de *Ingenioso hidalgo* DON QUIJOTE *de la Mancha;* disgustóle la calificación de *ejemplares* de las novelas; burlóse de la ocupación de escribir versos en la vejez para justas literarias, como lo había hecho Cervantes en las de la beatificación de Santa Teresa; satirizó la composición de las comedias, que por falta de valedor y de estimarlas los farsantes depositó en el suelo de una arca, esperando se representasen cuando menos en el teatro de Josafat, donde por ningún caso les faltarían oyentes; y, finalmente, notó aún el haberse escrito la dedicatoria y prólogo del *Pérsiles* entre las ansias de la muerte, como si la gratitud y la moderación no fueran virtudes dignas de acompañar al hombre hasta el sepulcro. Con no menor osadía y mordacidad criticó el Dr. Figueroa los títulos de varias obras de Lope de Vega, de Bartolomé de Torres Naharro, de D. Esteban Manuel de Villegas, de Pedro de Espinosa y de otros insignes escritores castellanos.

178. Cervantes, más noble por su carácter franco, moderado, ingenuo, fué siempre indulgente con los demás poetas y literatos, y agradecido extremadamente con sus Mecenas y protectores. Expuso muchas veces su concepto y reputación por los unos, y vinculó la gloria de los otros á la suya propia, erigiéndoles el monumento más digno de sus virtudes, para lección de los grandes y poderosos del mundo, y los presentó á sus émulos como el amparo y escudo donde debían estrellarse los tiros de su malignidad. «Viva (les dijo cuando más «le perseguían y calumniaban) el gran conde de «Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien cono- «cida, contra todos los golpes de mi corta fortuna, «me tiene en pie, y vívame la suma caridad del «ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y «Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, «y siquiera se impriman contra mí más libros que «tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos «dos príncipes, sin que los solicite adulación mía, «ni otro género de aplauso, por sola su bondad han «tomado á su cargo el hacerme merced y favore- «cerme, en lo que me tengo por más dichoso y más «rico que si la fortuna, por camino ordinario, me «hubiera puesto en su cumbre.» No eran ciertamente la adulación ni los respetos debidos á estos altos personajes los que dictaban á Cervantes tan tiernas y enérgicas expresiones; pues muy semejantes son las que usó para agradecer los favores y beneficios que debía á Pedro de Morales, insigne poeta cómico y representante de aquella edad, que, según su expresión, era el asilo donde se reparaba su ventura. Ni los elogios que hace de la gracia, discreción, donaire y gusto cortesano de aquel favorecedor suyo, pueden ser sospechosos, estando apoyados con los que anticipadamente le habían tributado Lope de Vega y Agustín de Rojas, que le conocieron.

179. Mas por ciertas y verídicas que fuesen tales expresiones y justos é ingenuos estos panegíricos, nunca podrán parecer tan imparciales y desinteresados como los que la incorruptible posteridad ha consagrado á la ilustrada beneficencia de aquellos dos príncipes, que en medio de la indolencia general de su tiempo, y de la corrompida educación y frívolas ocupaciones de los nobles, supieron elevarse sobre todos, cultivando las ciencias, y las artes útiles, favoreciendo y premiando á sus distinguidos profesores y labrándose por este medio una corona inmortal y una reputación estimable entre sus semejantes. Justo será conservar siempre con amor y veneración la memoria de unos próceres que tanto se esmeraron y distinguieron en socorrer y amparar al ingenio más sobresaliente y desvalido de su siglo, alentando su aplicación y coadyuvando á la publicación de sus obras inmortales, y no será menos útil presentar ahora esta lección y este grande ejemplo á los que por elevación de su clase, ó por su opulencia y valimiento, están destinados á influir en la suerte de las naciones y en la cultura y felicidad del género humano.

180. D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, y D. Pedro Fernández de Castro, séptimo conde de Lemos, estaban enlazados por la sangre que calificaba la mayor y más distinguida nobleza de España; ambos recibieron la educación ilustrada y varonil, que ya empezaba á decaer, y había producido tantos hombres eminentes en el siglo anterior; el conde de Lemos en el seno de su propia familia, en la cual el valor, la magnanimidad, la cortesanía y el ingenio estaban como vinculados; el cardenal, siendo aún joven, estudió en la Universidad de Salamanca, y después tuvo por maestro al célebre Ambrosio de Morales, padre de nuestra historia, tan respetable por su sabiduría y erudición, como por la austeridad de sus costumbres. Aquél, apreciado de dos soberanos por sus talentos, instrucción y prendas excelentes, se abrió camino para obtener los más altos empleos y dignidades de la monarquía; éste, llenando de esplendor con su virtud tres sillas episcopales, mereció que Clemente VIII le honrase con el capelo, y fué elevado á la primada de Toledo, y al empleo de inquisidor general. El uno dejó en Nápoles insignes testimonios de su ilustración y amor á las artes en el suntuoso palacio de los virreyes, en el magnífico edificio de la Universidad, en las grandes obras de reducir á campos amenos y salutíferos las lagunas y pantanos pestilenciales, y en conducir desde el Vesubio las aguas que hermosean la ciudad y fertilizan sus deliciosas vegas. El otro levantó en Toledo y en Alcalá de Henares monumentos eternos de su piedad, consagrados al culto religioso, tan propios de su ilustrada devoción como de su celo pastoral. El primero, no pudiendo tolerar la doblez y el falso trato de la corte, renunció sus empleos espontáneamente, y se retiró á Galicia, donde vivió como un filósofo cristiano, cultivando las letras y la amistosa correspondencia de los sabios. El segundo, aunque vivió entre los cortesanos, supo evitar sus lazos con prudencia y reprender con su ejemplo, con su moderación y desinterés la ambición turbulenta, y la soberbia desdeñosa que se nutren y agitan por lo común en los palacios de los reyes. Ambos, aficionados á las buenas letras, las ilustraban ó promovían, según su inclinación y carácter. El cardenal buscaba con reserva los hombres virtuosos y necesitados para socorrerlos y fomentar su aplicación, y era considerado generalmente como el padre de los pobres y el amparo de la virtud. El conde de Lemos, que era conocido entre los literatos por sus elegantes versos, y por su comedia *La casa confusa*, que se representó en Lerma con gran aplauso y asistencia de la corte, favorecía sin excepción á todos los hombres de ingenio, y era mirado de éstos como su protector y Mecenas. El primero señaló una pensión á Vicente Espinel, y otra igual á Miguel de Cervantes, cuando ya la ancianidad y pobreza los privaba de toda consideración y arbitrios para sustentarse; y apreciando la memoria de su maestro Morales, mandó erigirle un magnífico sepulcro, con una elegante inscripción; pero sin consentir se ejecutase durante su vida. El conde, siendo presidente de Indias, escribió la descripción de una provincia de aquellos dominios, que dedicó á su padre, y encargó á Bartolomé Leonardo de Argensola compusiese *La conquista de las Molucas*, y estimulaba á Valbuena á escribir y publicar su *Siglo de oro*, y otras composiciones que le dedicó; y nombrado virrey de Nápoles, no sólo llevó consigo á los tres Argensolas y á otros poetas muy conocidos entonces, para hacer de su palacio un verdadero templo de las musas, sino que desde allí daba la mano á los que quedaron en España, favoreciendo á unos como á Lope de Vega y á Góngora, alentando á otros como á Villegas, y socorriendo á los más desvalidos como á Cervantes. Ambos fallecieron en Madrid; el cardenal á los setenta y dos años, colmado de las bendiciones de cuantos le conocían ó experimentaban los efectos de su tierno y compasivo corazón; el conde de Lemos á los cuarenta y seis de su edad, con general sentimiento de los sabios, y cuando la fortuna, sacándole de su retiro parecía prepararle nuevos y más gloriosos destinos para hacer la felicidad de su nación.

181. Al amparo de tan ilustres protectores se apresuró Cervantes á componer, corregir y publicar sus obras en estos últimos años de su vida, como para compensar el largo tiempo que había tenido ociosa su pluma, ó como si presintiendo la proximidad de su fin, se anticipase á preparar el monumento de gloria que había de salvar su nombre de entre las sombras del tiempo y del olvido. La segunda parte del QUIJOTE fué la última producción que dió á luz, así como la más perfecta de todas, y la que por esta razón debe servir de regla para medir la elevación de su ingenio. La variedad y discreción de los episodios, su proporcionada extensión, su enlace con la acción principal, su oportunidad y gracia hacen muy superior esta obra á todas las modernas de su clase. Bastará para convencerse de ello reflexionar sobre el nuevo interlocutor que presenta en el bachiller Sanson Carrasco, cuyo carácter socarrón, malicioso y amigo de donaires y burlas, da tal amenidad y coopera de tal modo á la continuación y término de la fábula, que no puede dejar de causar interés, y de excitar la curiosidad. El artificio con que aparece Ginés de Pasamonte, disfrazado de titiritero, bajo el nombre de maese Pedro, prueba también el cuidado con que Cervantes procuró enlazar las aventuras de la primera parte con la segunda; pero sobre todo el soliloquio de Sancho en sus apuros cuando va á buscar á Dulcinea en el Toboso es tan original, que puede compe-

tir con los mejores monólogos que se conservan en los poetas y novelistas antiguos. Discretísimo es el episodio de las bodas de Camacho, propia y sencilla la descripción del sitio y de sus campestres adornos, de la abundancia y limpieza de la comida, y de las danzas y cuadrillas para completar el festejo; excelente el nudo de la acción al aparecerse Basilio, natural el desenlace, y proporcionada la duración de esta aventura. Á otra clase superior pertenece la de la cueva de Montesinos, á la cual baja Don Quijote, y ve en ella encantado á aquel caballero y á su escudero Guadiana, y á las dos sobrinas y siete hijas de la dueña Ruidera, dando así un origen fabuloso á las antigüedades de la Mancha, y apropiando tan oportunamente los nombres de sus ríos y lagunas á los personajes caballerescos que celebraban nuestros antiguos romances y consejas. Este episodio poético, sublime y perfectamente enlazado con la fábula principal, es comparable á la bajada al infierno de Ulises, de Eneas y de Telémaco, aunque aplicado con ingeniosa destreza á la manía del hidalgo manchego. Las aventuras del caballero del Verde Gabán, la de los títeres de maese Pedro y la del rebuzno son muy cómicas, verosímiles y adecuadas al carácter del héroe principal, y á las costumbres y usos de sus compatriotas. En contraposición á estos episodios sencillos y vulgares presenta en el de la casa de los duques toda la pompa y elevación propia de los asuntos épicos: la entrada de Don Quijote en la de aquellos señores, la montería tan bien descifrada y descrita, la aparición del clavileño y el inesperado término de su viaje, el aparato fúnebre de Altisidora, las formalidades de la batalla con el lacayo Tosilos, todo lo hace noble y varonil, en lo cual levantó el estilo, y lo llenó de máquinas y de ideas grandes, correspondientes á unos personajes poderosos, que tienen gusto en ofrecer á su huésped las maravillosas aventuras que refieren los libros de caballerías, y que él cree ciertas; mientras que los demás interlocutores comprenden lo ridículo de tal farsa, y su ostentación vana é ilusoria; por cuyo medio admira el lector el ingenio de Cervantes, y halla duplicado placer en la manía de Don Quijote y en la simplicidad de Sancho.

182. Bien conoció Cervantes esta oportunidad, esta armonía y perfecta disposición de los incidentes de su fábula en la segunda parte del QUIJOTE; y por eso censuró en ella la multitud é impertinencia de los episodios de la primera, dando así un nuevo testimonio de que pudo acomodarlos con mayor tino, naturalidad y analogía á la acción principal. Su crítica fué más general y de objetos más nobles é importantes; pues aun en el gobierno de Sancho, que entonces se tachó de inverosímil, no sólo quiso manifestar, como asegura su coetáneo Faria, la errada y ridícula elección de sujetos que, generalmente, se notaba para los ministerios superiores, sino la que en particular hacían los virreyes y comandantes de Italia, proveyendo los gobiernos y otros destinos de consideración en gente sin calidad, sin instrucción, sin buenas costumbres, con gran mengua de nuestra nación y desconsuelo de aquellos habitantes: observación práctica hecha por el mismo Cervantes en aquel país y acomodada en esta invención; *la cual es por esto* (añade Faria) *tan verosímil como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan, y reprenden los grandes hombres.* Otras impugnaciones hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono divino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y Sancho por los criados del duque, el fingido funeral de Altisidora, aventura que califica del *más raro y más nuevo caso* de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran alusiones misteriosas que no le era lícito desenvolver, y que, pudiendo ser entendidas de los más discretos y perspicaces, estaban sólo fuera de la comprensión de los necios y preocupados, que, ó por partidarios de Avellaneda ó por otras causas, podían contribuir á manchar su buen nombre y reputación.

183. De aquí nació la curiosidad y el interés con que se leía el QUIJOTE; de aquí su popularidad y propagación por medio de las repetidas ediciones y traducciones que se hicieron, y de aquí, en fin, el empeño de los escritores dramáticos en lisonjear el gusto popular, sacando á la escena algunas aventuras ó episodios de fábula tan ingeniosa y celebrada. Ya en 1617 publicó Francisco de Avila, natural de Madrid, el *entremés famoso de los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha*, tomando por acción la llegada á la venta en su primera salida, la vela de las armas y las ceremonias de ser armado caballero. Delante de Felipe IV y de su corte se representó el martes de carnestolendas, 24 de Febrero de 1637, una comedia intitulada *Don Quijote de la Mancha*. Hemos visto en nuestros tiempos premiado y representado el *drama pastoral de las Bodas de Camacho*, con más dulzura en sus versos y propiedad en su lenguaje que interés en

su invención, trama y desenlace; y sabemos que en el teatro francés hay por lo menos siete dramas cuyo argumento es sacado de la misma historia. Es, sin embargo, digna de notarse á este propósito la juiciosa observación de Mr. Trublet de que el mismo Don Quijote, que tanto nos entretiene en su historia escrita por Cervantes, desmaya, y no agrada igualmente cuando, separado de su lugar nativo, se le traslada á las representaciones del teatro. Esta dificultad en conservar el chiste é interés del original es todavía mayor entre los autores españoles, porque, por una parte, la misma popularidad de esta novela, y el conocimiento que todos tienen del carácter y costumbres de sus interlocutores, priva á los poetas de muchos rasgos y recursos que podría suministrarles su imaginación; y por otra, los espectadores echan de menos la serie de la acción, y las incidencias que tanto la realzan en el original, y no encuentran aquella sorpresa y novedad que es tan necesaria para entretener y suspender el ánimo de los oyentes, y conducirlos agradablemente al término y desenlace de la acción.

184. Dirigió Cervantes la segunda parte del QUIJOTE á su insigne protector el conde de Lemos, con una dedicatoria escrita en 31 de Octubre de 1615, en que manifestando ya la suma decadencia de su salud, le ofrecía, sin embargo, los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda:* libro que, según dice, tendría concluido dentro de cuatro meses. Habíale anunciado al público desde el año de 1613, poniéndole en competencia con el de Heliodoro, á quien se propuso imitar, haciendo émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea, los de Periandro y Auristela. No fué poca gloria suya el conseguirlo, pues siendo tantos los sucesos de esta novela, es de admirar su variedad y disposición. Si en unos se descubre más la imitación, se advierte en otros mucha superioridad y maestría, y en todos campea la novedad y la amena y graciosa imaginación. Las descripciones del novelista griego son frecuentes con exceso, y acaso muy pomposas; las del escritor castellano, dispuestas con más prudencia y economía, tienen el carácter de la conveniencia y naturalidad. El estilo de aquél, aunque elegantísimo, ha padecido la nota de afectación, de muy figurado, y de más poético de lo que permite la prosa; el de éste es siempre propio con igualdad, y sublime con templanza y proporción. En ambos son los amores castísimos, los acaecimientos verosímiles, el desenlace natural, y el interés crece á medida que se aproxima la terminación de la fábula. De aquí resulta que esta obra de Cervantes sea de mayor invención y artificio, y de estilo más igual y elevado que el QUIJOTE, pues corrigió en ella las faltas de lenguaje y construcción, y evitó los descuidos de plan que allí se notan; y así no es de extrañar que su autor la prefiriese á todas las demás suyas, cuando decía que *ha de ser* (el libro de Pérsiles) *ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible:* opinión que apoyó también el maestro Josef de Valdivieso en su aprobación dada á 9 de Septiembre de 1616, asegurando que *de cuantos libros dejó escritos Cervantes, ninguno es más ingenioso, más culto ni más entretenido.* Sin embargo del aprecio que puedan merecer estos dictámenes, es cierto que la aceptación del público los ha desmentido por el espacio de dos siglos, dando la primacía y preferencia al QUIJOTE; y así debía suceder si atendemos á que la invención de éste es más popular, sus interlocutores más graciosos y en menor número; de manera que se comprenden mejor, y se fijan más fácilmente en la memoria las costumbres, hechos y caracteres de cada uno; la sátira y la ironía complacen, y no lastiman, por la delicadeza y oportunidad con que se manejan; la moral se escucha sin fastidio, porque se percibe al través de un velo encantador y halagüeño, y el estilo, en fin, es más natural y variado, y por lo mismo más inteligible y deleitable para toda clase de personas. No se ocultaron á Cervantes estas reflexiones cuando decía que la historia del Ingenioso Hidalgo *es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella; los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran.* Pero prefiriendo el *Pérsiles* no consultó tanto al gusto del público, ni á las reglas de la buena crítica, como al natural amor por el último fruto de su entendimiento, y al trabajo y esfuerzo de su ingenio en tejer fábula tan complicada y amena, y en llevarla al cabo con tan maravillosa felicidad, y con tal fuego, vigor y lozanía de imaginación como pudiera en los años más floridos de su juventud.

185. Esta obra la tenía concluida, según su promesa, para la primavera de 1616, cuando ya la gravedad de sus males interrumpió sus tareas, y no le permitió componer la dedicatoria ni el prólogo. Tal era su situación el sábado santo 2 de Abril, que por no poder salir de su casa hubieron de darle en ella la profesión de la venerable orden tercera de San Francisco, cuyo hábito había tomado en Alcalá el día 2 de Julio de 1613; pero como al mismo tiempo

la naturaleza de su dilatada enfermedad le dejaba algunos intervalos de alivio, creyó conseguirle más radical y permanente con la variación de aires y alimentos, y resolvió pasar en la semana inmediata de pascua al lugar de Esquivias, donde estaban avecindados los parientes de su mujer doña Catalina de Salazar. Desengañado después de algunos días de la ineficacia de este arbitrio, y deseoso de morir en su casa, ó con más esperanza de aliviarse en ella, regresó á Madrid con dos amigos que pudiesen cuidarle y servirle por el camino. En él tuvo un encuentro que le prestó materia para escribir su prólogo, y para darnos la única noticia circunstanciada que tenemos de su enfermedad.

186. Volviendo, pues, de Esquivias, sintieron que por la espalda venía uno picando con gran prisa y dando voces para que se detuviesen. Esperáronle, en efecto, y llegó sobre una borrica un estudiante quejándose de que caminaban tanto que no podía alcanzarlos para ir en su compañía; á lo que contestó uno de los acompañantes, que la culpa tenía el caballo del señor Miguel de Cervantes por ser algo pasilargo. Apenas oyó el estudiante el nombre de Cervantes, de quien era apasionado, aunque no le conocía, cuando apeándose de su cabalgadura arremetió á él, y asiéndole de la mano izquierda le dijo: *sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las musas.* Cervantes, que tan impensadamente se vió colmado de tales alabanzas, correspondió con su natural modestia y cortesanía, abrazándole y pidiéndole volviese á montar en su burra para seguir juntos y en amigable conversación lo poco que restaba del camino. Hízolo así el comedido estudiante, con quien pasó el coloquio que nos da idea de la enfermedad de Cervantes, y que refiere él mismo en estos términos: «Tuvimos (dice) algún tanto más las riendas, »y con paso asentado seguimos nuestro camino, en »el cual se trató de mi enfermedad, y el buen es»tudiante me desahució al momento, diciendo: esta »enfermedad es de hidropesía, que no la sanará »toda el agua del mar Océano que dulcemente se »bebiese; vuesa merced, Sr. Cervantes, ponga tasa »al beber, no olvidándose de comer, que con esto »sanará sin otra medicina alguna. Eso me han di»cho muchos, respondí yo; pero así puedo dejar de »beber á todo mi beneplácito, como si para sólo »eso hubiera nacido; mi vida se va acabando y al »paso de las efemérides de mis pulsos, que á más »tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré

ESCENAS DEL «DON QUIJOTE»

Don Quijote en la aventura del criado apaleado, dibujo de Jiménez Aranda.

»yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa »merced á conocerme, pues no me queda espacio »para mostrarme agradecido á la voluntad que »vuesa merced me ha mostrado; en esto llegamos »á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se »apartó á entrar por la de Segovia.»

187. Todo el contexto de este prólogo, su desaliño, sus interrupciones y su conclusión están manifestando cuán deplorable era la situación de Cervantes cuando le escribía. Fluctuaba entonces entre el temor y la esperanza; pero sin desmentir por esto su genio festivo y donoso, como lo prueba la pintura que hizo del traje, montura y ademanes del estudiante. Por una parte anunciaba el término de su vida para el domingo próximo, que era el 17 de Abril, y se despedía para siempre de sus amigos, de sus gracias y de sus donaires, y por otra confiaba continuar y extender este discurso en mejor ocasión para decir lo que en ésta hubiera sido conveniente y oportuno. La enfermedad disipó todas estas ideas, porque agravándose considerablemente, y no quedando esperanza de remedio, se administró á Cervantes la extremaunción el lunes 18 de aquel mes.

CERVANTES Y LA ESCULTURA

Estatua de Cervantes, por Miguel Blay.

188. Todavía conservaba al día inmediato serenidad de espíritu, firme y fecunda la imaginación, y tiernamente impresa en el corazón la memoria de su bienhechor el conde de Lemos, cuya venida de Nápoles á presidente del Consejo de Italia estaba muy próxima. Ansiaba Cervantes este momento de ofrecerle personalmente los respetos de su gratitud; pero ya que no era posible conseguirlo, le dirigió como último obsequio los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, con una carta digna (como observa Ríos) de que la tuviesen presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros. «Aquellas coplas anti»guas (le dice Cervantes), que fueron en su tiempo »celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pie en el »estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta »mi epístola, porque casi con las mismas palabras »puedo comenzar diciendo:

»Puesto ya el pie en el estribo,
»con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.

»Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo »ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las es»peranzas menguan y »con todo esto llevo la »vida sobre el deseo »que tengo de vivir, y »quisiera yo ponerle »coto hasta besar los »pies á V. E., que po»dría ser fuese tanto el »contento de ver á V. E. »bueno en España que »me volviese á dar la »vida; pero si está de»cretado que la haya »de perder, cúmplase »la voluntad de los cie»los, y por lo menos »sepa V. E. este mi de»seo, y sepa que tuvo »en mí un tan aficio»nado criado de servir»le, que quiso pasar »aun más allá de la »muerte mostrando su »intención. Con todo »esto, como en profe»cía, me alegro de la »llegada de V. E., re»gocíjome de verle se»ñalar con el dedo, y »realégrome de que salieron verdaderas mis espe»ranzas, dilatadas en la fama de las bondades de »V. E.» La situación de Cervantes al escribir ó dictar tan tiernas y nobles expresiones les da tal energía y sublimidad, que las hace dignas de la misma veneración y respeto con que se escucharon en Grecia y Roma los últimos discursos de Sócrates y de Séneca.

189. Con igual serenidad de ánimo otorgó su testamento, dejando por albaceas á su mujer doña Catalina de Salazar y al licenciado Francisco Núñez, convecino en la misma casa de la calle del

León. Mandóse enterrar en las monjas trinitarias, que se habían fundado cuatro años antes en la del Humilladero, ya por la predilección que siempre tuvo á esta sagrada orden, ya porque se hallaba de religiosa profesa su hija doña Isabel, y acaso alguna otra persona de su particular consideración. Después de haber hecho estas disposiciones y otras sobre los sufragios para su alma, murió en el sábado 23 del mencionado mes de Abril y año de 1616, día en que también perdió la Inglaterra á su celebrado poeta, creador de su teatro, Guillermo Shakespeare, según la oportuna observación del doctor Bowle. Cuando en el año de 1633 se establecieron las religiosas trinitarias en el nuevo convento de la calle de Cantarranas, exhumaron y trasladaron á él los huesos de las religiosas que habían fallecido desde la fundación, y los de aquellos parientes suyos que por costumbre ó devoción se habían enterrado en la iglesia de su primitiva residencia. Es natural que los restos de Cervantes tuviesen igual suerte y paradero.

190. Otros escritores ilustres, aunque desgraciados y perseguidos durante su vida, han logrado después de su muerte aquellos honores que debieron tributarse á sus personas; y su patria y sus paisanos mismos se han apresurado á apropiarse y hacer suya la gloria que aquéllos supieron granjearse en el retiro y obscuridad, ó entre las persecuciones y desdenes de sus coetáneos, pero que sobrevive en los hombres grandes á los tiros de la envidia y de la malevolencia. Así ha sucedido con Milton, Camoens, el Taso, Shakespeare y otros. Sólo Cervantes parece haber sido exceptuado hasta de tan estéril consideración y sufragio póstumo. Su funeral fué pobre y obscuro: ninguna lápida ni inscripción ha conservado la memoria del lugar en que yace; ni en los tiempos posteriores, en que las letras y las artes han prodigado sus bellezas á la lisonja y al poder, y acaso acaso al crimen y á la iniquidad, ha habido quien intente honrar las cenizas de aquel varón insigne con un sencillo y decoroso mausoleo, en el cual, ostentando las nobles artes su filosofía, inspirasen aquel acatamiento y veneración, que sirviendo de perpetuo estímulo á las generaciones venideras, las dirigiese por el camino de la virtud y de la sabiduría.

191. Por igual ó semejante negligencia han perecido los retratos que hicieron D. Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco, que nos mostrarían al natural la fisonomía y talle de Cervantes. Sólo una copia ha llegado á nuestros días, que siendo, indudablemente, del reinado de Felipe IV, se atribuye por unos á Alonso del Arco, creyendo otros descubrir en ella el estilo de las escuelas de Vicencio Carducho ó de Eugenio Caxes. Pero de cualquiera mano que sea, es cierto que conforma en todo con la pintura que Cervantes hizo de sí mismo en el prólogo de las Novelas diciendo: «Este que veis »aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente »lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz »corva, aunque bien proporcionada, las barbas de »plata, que no ha veinte años que fueron de oro, »los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes »no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal »acondicionados y peor puestos, porque no tienen »correspondencia los unos con los otros, el cuerpo »entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color »viva, antes blanca que morena, algo cargado de »espaldas y no muy ligero de pies: este digo que es »el rostro del autor de la *Galatea* y de DON QUIJOTE »*de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parna»so* á imitación del de César Caporal, perusino, y »otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.» Confiesa además que era tartamudo, y es preciso apreciar esta descripción por el candor é ingenuidad que la dictó, y por la gracia inimitable con que está escrita.

192. Pero si Cervantes merece mucho por su fecundo ingenio y exquisita erudición, no es menos digno del aprecio y de la memoria de la posteridad por las altas prendas y virtudes de su corazón. Supo, como verdadero filósofo cristiano, ser religioso y timorato sin superstición, celoso de su creencia y del culto sin fanatismo, amante de su patria y de sus paisanos sin preocupación, valiente y alentado en la guerra sin presunción ni temeridad, generoso y caritativo sin ostentación, agradecido con extremo, pero sin abatimiento ni adulación; ingenuo y sencillo, hasta apreciar tanto que le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos; moderado é indulgente con sus émulos, habiendo contestado á sus sátiras é invectivas sin descubrirlos ni herir á sus personas; y finalmente, jamás vendió ni prostituyó su pluma al favor ni al interés, jamás la tiñó con la sangre ni con el deshonor de sus prójimos, jamás la usó sino para el bien y la felicidad de sus semejantes, y siempre fué pródigo de alabanzas, hasta el punto de haber sido severamente censurada esta facilidad, que aunque honorífica á su corazón, contradice la rectitud de su juicio y la imparcialidad de su crítica.

193. Además de las obras de que hemos hecho mención, componía al tiempo de su muerte, y tenía

prometidas al público *Las semanas del jardín* desde 1613, *la segunda parte de La Galatea* desde 1615, *El Bernardo* que anunció en la dedicatoria del *Persiles*, y la comedia *El engaño á los ojos*, de que hizo memoria al tiempo de publicar las demás. Repitió el ofrecimiento de las tres primeras á su protector el conde de Lemos cuando ya estaba á los umbrales del sepulcro, si acaso por un milagro especial le restituyese el cielo la salud; pero con él acabaron estos frutos prometidos de su ingenio, sin que se haya conservado más que sus títulos y su memoria.

194. La única obra suya que puede llamarse póstuma por haberse publicado después de su fallecimiento fueron los *Trabajos de Persiles y Segismunda*. Su viuda doña Catalina de Salazar solicitó y obtuvo privilegio para imprimirlos y darlos á luz en Madrid, como lo verificó en 1617; en cuyo mismo año se repitieron como á porfía las ediciones en Valencia, Barcelona, Pamplona y Bruselas, honrando con estas muestras de aprecio la memoria del hombre ilustre que acababa de perder la literatura española. Pocos años después, en el de 1626, se imprimió esta obra en Venecia, traducida al italiano por Francisco Elio, milanés; y los franceses cuentan ya dos traducciones, aunque poco apreciables por su falta de exactitud y corrección.

195. Tal es la historia de la vida y escritos de Miguel de Cervantes Saavedra, de aquel esclarecido español, que después de haber derramado su sangre sirviendo á su patria con ardimiento y valor en la guerra, de haberla ilustrado en la paz con obras tan sabias como útiles y deleitables, y de haber dejado á los demás hombres tantos ejemplos de virtud en su conducta privada, terminó su vida con la tranquilidad que inspiran la religión y la cristiana filosofía: semejante al sol que después de fecundar y consolar con su luz al universo, desciende majestuoso hacia el ocaso, y parece mayor al declinar la tarde de un hermoso día. Si las pasiones mezquinas de sus contemporáneos estorbaron por algún tiempo que se tributase el honor debido á su elevado mérito, desaparecieron con ellos estas densas nieblas de la ignorancia y de la envidia; y la posteridad incorruptible é imparcial ha llevado en alas de la fama el nombre de Cervantes por do quiera que reina la civilidad y el amor á las letras, para que siendo en todas partes acatado y aplaudido, se le contemple como uno de aquellos ingenios privilegiados que el cielo concede de cuando en cuando á los mortales para consolarlos de su miseria y pequeñez, y á quienes reserva exclusivamente la prerrogativa de ilustrar al mundo, y de influir en la reforma de las opiniones y costumbres de sus semejantes.

LA CELEBRACIÓN

DEL

TERCER CENTENARIO DEL "DON QUIJOTE"

En *El Imparcial* del 2 de Diciembre de 1903 publicó el ilustre escritor Mariano de Cavia el siguiente hermoso artículo, excitando á la opinión para que España conmemorase «magnificamente» el Tercer Centenario de la aparición del QUIJOTE.

He aquí las palabras de Cavia:

«Post tenebras spero lucem.

Así puso Cervantes, con profética confianza, en la portada de la primera edición del QUIJOTE; y es menester que en 1905 se le haga la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás ha celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional.

Bien poca prosa hace falta para propagar este que, apenas enunciado, ha de ser anhelo común de todos los españoles cultos. ¿Qué se diría de quien se descolgase ahora en alguna Academia ó Ateneo extendiéndose en consideraciones acerca de la «Influencia del Sol sobre la vida de la Tierra»?... Pues en la misma ridícula y pueril petulancia incurriría quien se esforzase hoy, haciendo el millonésimo panegírico de Cervantes y de su libro sin igual, en «demostrar la conveniencia» de que España conmemore magnificamente en Mayo de 1905 el Tercer Centenario de la aparición del QUIJOTE: de esa divina y colosal conseja, por cuyo soberano poder nuestra raza, nuestra lengua y nuestra nación se sobrevivirán á sí mismas en la admiración, en el respeto y en el cariño de otros pueblos y otras civilizaciones, cualquiera que sea el fin que nos tengan deparados nuestros destinos en la Historia.

La glorificación de Cervantes y la apoteosis del QUIJOTE están hechas ya en todo el pensamiento humano, en todos los idiomas cultos y por todos los medios de expresión que posee el arte. Por eso la gran fiesta de 1905 no ha de ser solamente un gran acto de resurgimiento español y de reanimación espiritual en esta tierra. Ha de ser una fiesta común á todas las naciones cuyos hijos llevan la sangre del sublime loco y del donosísimo zafio. Una fiesta de familia para todos los pueblos latinos. Una fiesta fraternal para todos los hombres que comulgan en el noble y laborioso culto de sentir hondo, pensar alto y hablar claro. La fiesta, en suma, del humano ingenio, alado, libre, alegre y triste á la par, iluminado por la sonrisa serena de los dioses y salpicado con las lágrimas de las irremediables miserias terrenales... La fiesta, nunca celebrada hasta ahora, de la ideal quimera y de la trágico-cómica realidad, hechas carne entre carcajadas y dolores, entre ansias generosas y vulgares desengaños.

Post tenebras spero lucem.—Lema eterno para todos los espíritus hambrientos de justicia y sedientos de ideal. Apréstense todos ellos á rendir altísimo homenaje á quien les dió ese lema, sin pretensiones de trastornar el mundo, y con sólo contarles un cuento para ir pasando el cuento de la vida, según la frase de Diderot. Y ponga incontinenti manos á la obra esta España «á todo ingenio dura», ya que en sus presentes desdichas y en sus

renovados afanes de vivir, tiene una oración consoladora y fortaleciente en las cuatro palabras—¡palabras tan de veras en un libro tan de burlas!—que iluminan la portada de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, en su primera salida por el mundo.

La Academia.—El Gobierno.—Las Cortes.

La fecha en que nació aquel libro, cuyo héroe ha hecho que á España se la llame por antonomasia *la patria de Don Quijote*, es más importante para esta patria—como para la humanidad y para el arte—que la fecha del nacimiento ó de la defunción de Miguel de Cervantes Saavedra. Muerte y nacimiento son fenómenos físicos, meros accidentes de la Naturaleza. La aparición del libro inmortal—inmortal, ciertamente, mientras la civilización perdure—representa el supremo esfuerzo de un pensamiento en el áspero combate de la vida. Con el Centenario del QUIJOTE no se conmemora, pues, un vagido ni un estertor. Se festeja el *Vivir del Genio*, en su más alto momento y en su plena fuerza.

Por razones, que sería de muy pueril petulancia, vuelvo á decirlo, exponer en ociosos y ridículos considerandos, es preciso que el Centenario del QUIJOTE supere, y con creces subidísimas, á aquel segundo Centenario de la muerte de Don Pedro Calderón de la Barca, que tan grato y hermoso re-

MARIANO DE CAVIA

Dibujo de E. Echevarría.

cuerdo dejó veintidós años ha. Y nada digamos, evocando memorias de once años después, de aquel cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque se redujo á ceremonias oficiales—que luego resultaron ser pompas fúnebres—en las cuales maldita la participación que tuvo el desangrado pueblo á quien tan caro ha estado y tan doloroso ha sido el tal descubrimiento.... Atengámonos á la resobada frase de Carlyle acerca de la posesión de Shakespeare y de la posesión de las Indias Orientales por la Gran Bretaña. Perdió España sus Indias, mejor dicho, sus Españas Occidentales. Pero le queda el QUIJOTE. Y esto es tanto y de tal grandeza, que si existe allende el Océano alguien que abomine del nombre de España, ese es el primero en descubrirse ante el nombre de Cervantes.

De no honrar hoy su nombre y su obra *muy en grande*, vale más que dejemos semejante empresa para los españoles del año 2005. Sólo que entonces merecería España que el cuarto Centenario del QUIJOTE, en vez de celebrarlo la patria, lo celebrase su conquistador.

Por la breve, pero elocuente carta de D. Dionisio Pérez, que ha publicado *El Imparcial*, saben las gentes que D. Jacinto Octavio Picón y don José Ortega Munilla trabajan dentro de la Academia Española por que esta Corporación inicie el Centenario del QUIJOTE. A aquella carta debiera en cortesía contestar el director de *El Imparcial* desde estas mismas columnas. Mas por haber platicado largamente él y el modesto firmante de estas líneas acerca del propio asunto, hará unos siete ú ocho meses, tiene Ortega Munilla la bondad—que es crueldad para el lector—de encomendarme la presente continuación de la plática, dando así la cortés respuesta á aquella exhortación. Aguardábamos en esta casa una fecha cualquiera, una circunstancia propicia para dar publicidad al pensamiento. La ocasión ha llegado, y la iniciativa del Centenario del QUIJOTE queda confiada á los hábiles y poderosos elementos, sin cuya primordial intervención es casi imposible llevar adelante lo que tiene el carácter de una obra nacional. Y también internacional, dirán los extranjeros.

Demos, pues, por iniciada en la Academia la gloriosa conmemoración. ¿Cómo habrá de dar eficacia la Academia á su natural iniciativa? Dirigiéndose, en primer término, al Estado; es decir, al Gobierno. Y en seguida, porque sólo faltan diez y siete meses para el de Mayo de 1905, y esos se pasan en un soplo, y la obra tiene mucho de obra de romanos en este país del «vuelva usted mañana».

El Gobierno, cuya presidencia ejerce hoy un académico, no podrá menos de aceptar inmediatamente la proposición y de hacer suyo el propósito. Pero este propósito merece y debe llevarse á cumplido efecto y digna realización, mediante algo más que una simple Real orden, tramitada por tal ó cual Negociado, en esta ó aquella Dirección de uno ú otro Ministerio... Por su soberana significación nacional, por su excepcional importancia ante las naciones cultas, por el extremado interés que ha de despertar en todo el mundo, por el caudal de prestigios que ha de otorgar á un país harto necesitado de ellos, y, finalmente, por los gastos—gastos muy reproductivos en diversos órdenes—que consigo ha de traer esta grande y fuerte inhalación de oxígeno espiritual, es preciso que el Centenario del QUIJOTE se prepare y se efectúe en virtud de una ley votada por las Cortes españolas.

¿Quién osará votar en contrario? Si alguien lo intentare, pronto se le traería á mejor acuerdo, haciéndole observar que también tendrán en la fiesta su parte de glorificación Rocinante y el rucio.

Con muy pocas palabras—pero ¡qué hermosamente se dirían!—de Salmerón, de Moret, de Silvela, de Canalejas, de Maura y de Melquiades Alvarez, tendría soberbio prólogo en el Parlamento el Centenario del QUIJOTE. Por ventura, ¿merece menos Cervantes? A tal señor, tal honor.

¿Detalles, pormenores, bosquejo de la ley, y de lo que en ella se ha de preceptuar?... Quédese esta ardua tarea para los discretos varones y autorizados próceres que entienden en tales cosas. Ardua tarea, he dicho, pensando en los tardígrados de tanda. Facilísima empresa para los hombres de influjo poderoso, de buena voluntad, de buen talento, de buen oído para percibir los latidos del corazón español... y con buenas vistas á Europa.

A Europa y á América.

América y Europa en el Centenario.

El Centenario del QUIJOTE interesa y honra á las naciones americanas de lengua española tanto como al pueblo que les dió sangre, idioma, leyes... y quizás algunos de sus vicios, pero también ¡cuántas virtudes pujantes! Ni los organismos oficiales, ni las sociedades literarias y artísticas, ni las Corporaciones populares, ni elemento alguno que en la Península ponga manos á la obra del Centenario, han de solicitar del forastero otro apoyo que el moral, el intelectual, el que la obra merece. Pero ¿es posible conceptuar como forasteros á los hispano-

Colección de láminas de una edición inglesa del QUIJOTE, del siglo XVII.—1.ª parte.

Don Quijote probando la fuerza de su celada.

La veladura de las armas.

La aventura de los molinos de viento.

La manteadura de Sancho.

La aventura de los carneros.

El agradecimiento de los galeotes.

Don Quijote en Sierra Morena.

La aventura de la reina Micomicona.

Lamentaciones del mozo Andrés.

Colección de láminas de una edición inglesa del QUIJOTE del siglo XVII.—2.ª parte.

La batalla de los cueros de vino.

Don Quijote encantado.

La pendencia de Sancho y el amo.

El encanto de Dulcinea.

La derrota del Caballero del Bosque.

Don Quijote ante las tinajas del Toboso.

Supuesta muerte de Basilio.

La aventura del rebuzno.

La historia de la Trifaldi.

Sancho Panza en la insula.

Don Quijote y doña Rodríguez.

Sancho Panza saliendo de la sima.

americanos en esta fiesta de la casa solariega?

Amén de la repercusión que de fijo tendrá la efeméride excelsa en las principales ciudades de la América que fué española, un medio hay—y si existe otro mejor, dígase pronto—de proporcionar á los pueblos hermanos intervención directa, inmediata, *práctica* y *positiva*, en lo que es tan suyo como nuestro.

La aventura de los bandidos.

Muerte de Don Quijote.

Organícese un gran certamen literario y artístico (de tanta mayor valía cuanto más apurada parece la materia) en la forma, con los temas y sobre las bases que acuerden la Academia Española y la de Bellas Artes. Y á la par del premio único que señale España, pídase y hágase que otorguen el suyo correspondiente—también uno por nación—los Gobiernos de Méjico, la Argentina, Chile, Perú, el Uruguay, Colombia, Bolivia, Guatemala, Venezuela, Nicaragua, Honduras, el Ecuador, el Salvador, Costa-Rica, Santo Domingo, Cuba...

Magnífico testimonio de fraternidad cuyo natural complemento, en la solemne distribución de premios del Certamen, sería una quíntuple salutación á Cervantes en las cinco lenguas hermanas de la que él habló; salutación hecha al autor del QUIJOTE por cinco hombres dignos de llevar tal voz en tal momento, é invitados para ello especialmente. En lengua portuguesa, por Guerra Junqueiro. En lengua catalana, por Juan Maragall. En lengua provenzal, por Federico Mistral. En lengua italiana, por Edmundo de Amicis. En lengua francesa, por Anatolio France.

En pos de cuyos saludos, España ¿qué habría de decir? Ni una palabra. Contentaríase, con sin par contentamiento, dejando una corona ante el busto de Cervantes, *por la propia mano del jefe del Estado*, en tanto que al son de las músicas y de los vítores hacían pleitesía al Genio los príncipes del poder y los del saber, los magnates del arte y de las letras, los emisarios de todas las naciones, que se apresurarán á venir en lucidísimo tropel al Centenario del QUIJOTE.

A menos que cuanto se va apuntando en estos párrafos no pase de ser vago y vano ensueño de un iluso, y á menos que también en empresa tan justa y hacedera, tan fecunda y útil, tan sencilla y simpática á todos, pese sobre la voluntad de los

gestores de la España de 1903 aquella «impresión de interinidad y endeblez que hiere mortalmente sus energías y los reduce á vivir al día», según ha dicho el desolado D. Francisco Silvela en su discurso académico del domingo 26 de Noviembre.

Lo oficial. Lo popular.—Lo aristocrático.

La parte oficial, en ésta como en las demás solemnidades y conmemoraciones semejantes, viene á ser siempre la misma. Recepción y banquete en Palacio; gran *garden-party* en el parque del antiguo Campo del Moro; más recepciones y más banquetes en la Casa de la Villa y en este ó en aquel edificio del Estado; las consabidas funciones de gala en los teatros; la inevitable corrida de toros con caballeros en plaza, carrozas de lujo, etc.

Figura tan popular, tan *al aire libre*, por decirlo así, y tan ajena á las pompas y vanidades mundanas, como la de Cervantes, pide principalmente los alegres, los estruendosos, los alborozados homenajes de las muchedumbres en la vía pública. Por eso, en el Centenario del QUIJOTE, *lo oficial* debe ser—después de las fastuosas ceremonias á que viene obligado en primer término—un activo, eficacísimo y desinteresado servidor de *lo popular*, en todos los grandes, típicos y pintorescos festejos que se organicen. Así se hizo en 188', y así resultó tan ejemplarmente lucido el Centenario de Calderón. Nada regatearon los elementos oficiales de toda especie, y nada se echó de menos en el conjunto y en los pormenores de aquellas hermosas manifestaciones populares.

Hay algo que pudiéramos llamar semioficial, semipopular y es aquello en que la villa de Madrid se ve representada por su Ayuntamiento, por su Ateneo y por sus círculos de todo linaje. En tanto que todos y cada uno de éstos ponen de su parte lo que es menester, el Ayuntamiento, á quien tanto importan fiestas que han de tener resonancia universal, y el Ateneo, á quien su significación da puesto eminente en la obra, pecarán gravísimamente contra su propio interés, si dejan pasar el tiempo sin preparar el Centenario en la forma que es de su obligación inexcusable.

Semioficial, semipopular también, es todo aquello en que tiene su representación *la patria armada*. ¿Qué tributos de gratitud y veneración no deben todos los soldados y todos los marinos al heroico lisiado de Lepanto, al indomable cautivo de Argel, al gran campeón de la pluma y la espada, al que puso en labios de Alonso Quijano el admirable discurso de las armas y de las letras?... Mi compañero *Rectitudes* tiene la palabra, amén de tantos y tantos otros escritores militares con que se ufana la España presente. De seguro que el Centro del Ejército y la Armada tomará como cosa propia y con empeño singular el Centenario del QUIJOTE. Sobresaliente participación tendrá en las cervantinas fiestas, tanto por su propio esfuerzo cuanto por el apoyo que no habrán de escatimarle el Ministerio de la Guerra y el Ministerio de Marina.

Aparte de las iniciativas con que aquel centro se apreste á la labor, permítaseme indicar la celebración de un gran torneo caballeresco, cual pudiera figurárselo el hidalgo manchego en sus más esplendentes alucinaciones. El concurso de la aristocracia no podría faltar en esta ni en otras muchas ocasiones del Centenario. Sean los grandes de España dignos descendientes de aquel duque de Béjar y de aquel conde de Lemos á quienes inmortalizó Cervantes con sólo estampar sus títulos al frente de la primera y de la segunda parte del QUIJOTE.

Emparejadas con las fiestas populares, la aristocracia celebraría otras en sus palacios, renovando en mayor escala y con más suntuoso desarrollo, ya aquel baile de trajes con *personajes del* QUIJOTE que se dió hace años en los salones del duque de Fernán-Núñez, ya aquellas comidas en que solamente se servían manjares mencionados en el QUIJOTE y de las cuales ha hablado *Kasabal* en una de sus más recientes crónicas, con ocasión del fallecimiento de la señora doña Emilia Gayangos de Riaño.

El mejor banquete de este linaje no sería aristocrático, sino popular, muy popular: una reproducción en el Retiro ó en la Moncloa de las famosas *bodas de Camacho, el rico*, con sus danzas, sus castilletes, su episodio de Basilio, el pobre, y un reparto final de víveres y bebidas á todos los huéspedes, niños y viejos, hombres y mujeres, de los Asilos benéficos de Madrid.

La iniciativa privada y el «Quijote» para todos.

Siguiendo el hilo de las indicaciones anteriores, llegaríamos á brindar tantas á los devotos de Cervantes en todas las esferas sociales, que este sería el cuento de nunca acabar, ó habría que dejarlo roto á lo mejor, como Sancho dejó sin concluir el famoso cuento de las cabras.

Ni ¿quién pone andadores á la ágil, suelta y fecunda iniciativa particular? Tanto valdría poner puertas al campo. *El Imparcial*, en aras del culto á Cervantes y á la Dulcinea patria—que algunos fo-

llones se obstinan en reducir al grosero estado de la rústica Aldonza Lorenzo—, se limita á abrir sus columnas á todas las proposiciones con que el público quiera ayudar y mejorar las presentes. Queda empezada con esto una sección especial, previo un escrutinio que no será grande ni donoso, como el practicado en la Librería de Alonso Quijano, pero sí tan concienzudo como exige materia que no quiere ser manoseada ni puesta en ridículo.

A las empresas editoriales, artísticas y periodísticas, se les ofrece un campo tan vasto como fértil para sembrar primores y cosechar maravillosos frutos. ¡Qué inmarcesible lauro, por ejemplo, para el que acertase á hacer una edición clara, correcta, elegante, muy manejable y legible, del libro que más ediciones ha alcanzado sobre la tierra después de la Biblia, poniéndolo al alcance de los lectores menos adinerados! Junto á los suntuosos QUIJOTES que se han hecho, se hacen y se harán, un QUIJOTE de á dos reales. Se desea y se pide que la Academia mande imprimir, por su cuenta, una nueva edición oficial del QUIJOTE, para distribuir los ejemplares entre todas las escuelas públicas de España. La idea es excelente, pero debe ser excelentísima. Ampliándola la misma Academia, pudiérase dedicar la cantidad destinada para dicha edición á una subvención, que en virtud de público concurso, y con las debidas condiciones, se otorgaría—más bien á título de premio que á título de precio—al Juan de la Cuesta actual que editase el mejor QUIJOTE dentro de la inverosímil baratura, para que en lugar y hogar alguno del globo donde se hable la lengua castellana, nunca se eche de menos la Biblia del buen humor.

Procesiones, cabalgatas y Exposición Cervantina.

El bosquejo que se va trazando—con el principal objeto de ver si así van entrando en ganas los más inapetentes—no permite dar aquí completo desarrollo á todo un plan de festejos, el cual claro está que ha de pasar *á más señores*. Esto es simplemente el esbozo del esquema.

Las fiestas calderonianas en 1881 dejaron sendos modelos, bien fáciles de seguir, para la gran procesión cívica, en que todas las representaciones nacionales y extranjeras dejarán con toda pompa y aparato sus coronas á los pies de la estatua de Cervantes; para la gran manifestación escolar, en que toda la juventud y la niñez de todo género de Universidades, Institutos y Escuelas, repetirán el acto conmovedor de veintidós años ha en mayores y más gallardas proporciones; para la gran cabalgata histórica, en que la riqueza y el buen gusto echarían el resto reproduciendo al vivo la época del autor del QUIJOTE; para la gran cabalgata, en fin, del Arte y el Trabajo, con las carrozas, grupos alegóricos, pintorescas representaciones, etc., etc., que presentarían en lujosa competencia todos los gremios del comercio y la industria, unidos á toda clase de asociaciones de carácter artístico é intelectual.

La norma para todo ello es conocida. La gran novedad—el *clou* de esta parte del Centenario—estaría en la cabalgata quijotil por excelencia; en la artística, exacta y completa reconstitución de todos los personajes del libro inmortal, y de todos los episodios que á ello se prestan, en un desfile nocturno que después de recorrer las calles de la villa, soberbiamente iluminadas, terminaría con una gran verbena en el Parque de Madrid.

¿Para qué enumerar las conocidísimas escenas de fantasía y de bullicio, que tanto abundan en el QUIJOTE, y en cuya reconstitución pondrían toda su alma los artistas españoles? Esto sólo merece capítulo aparte. Se lo pido al primero de nuestros cervantistas: al Dr. Thebussem. Al frente de la cabalgata irían Don Quijote, Sancho, el ama, la sobrina, el cura y el barbero, en el flaco Rocinante, en el pacífico rucio y en sendas mulas manchegas; é inmediatamente después, dando escolta al humilde grupo, un fastuoso y brillante pelotón de Amadises, Esplandianes, Palmerines, Reinaldos, Tirantes, Roldanes y Belianises, con todas las galas y arreos de que les dotó la invención romancesca. Luego el animadísimo, variado y multicolor cortejo de las figuras y grupos del QUIJOTE, y rematándolo, entre espléndidas luminarias, una reproducción, verbigracia, del ideal monumento que Agustín Querol está labrando para la ciudad de París en honor y gloria del *regocijo de las Musas*.

Para la Exposición Cervantina—número del gran programa que atraerá por sí solo muchedumbre inmensa de extranjeros—se pondrá á contribución el caudal formidable de ediciones del QUIJOTE en todas las lenguas, cuadros, estatuas, tapices, muebles, objetos decorativos, etc., etc., que inspiró el sumo ingenio del *manco sano* y que yace esparcido por el mundo entero.

En el Palacio de la Exposición se destinarían también algunas salas á la fiel y artística reproducción de algunas escenas del QUIJOTE, bajo la dirección de nuestros grandes pintores, así como nuestros grandes literatos—más los que vengan de fuera—darían sabias y amenas conferencias á la vista de aquel tesoro sin igual.

Sir Henry Irving en el Teatro Español.

Las funciones que para el Centenario se dispongan en nuestra escena clásica, han de inspirarse en el más elevado criterio y realizarse con el más depurado gusto. ¡Labor de suprema delicadeza! Muchas indicaciones me sugiere el asunto. Me guardaré muy bien de exponerlas; porque doctores tiene el Arte Dramático que habrán de organizar seguramente un homenaje digno del autor de la *Numancia* y de los maravillosos entremeses, así con obras propias de Cervantes como con las inspiradas por él y las que escriban *ad hoc* nuestros principales dramaturgos.

Lo que sí creo, con fe firmísima, es que el más rico y peregrino florón de esta corona dramática lo constituiría la presencia—en esta ocasión única y memorable—del gran actor inglés Enrique Irving en el teatro Español, previa una solemne invitación por parte de cuantos organicen el Centenario, refrendada por el señor embajador de la Gran Bretaña, en Madrid.

Muy difícil ha sido y es la interpretación de la figura de Don Quijote de la Mancha en la pintura, en la escultura, en el dibujo, cuanto más en carne y hueso, y en una acción teatral. Estas dificultades antes que un comediante español, las ha vencido un actor inglés. Por sus singulares condiciones físicas, unidas á una gran alma de artista y á una cultura de primer orden, Eurique Irving encarna soberanamente el que suele tenerse por tipo incopiable.

El QUIJOTE que pone en escena—bueno es advertírselo á los chuzones frívolos y de mogollón—tiene un solo acto, dividido en tres ó cuatro cuadros. Es una especie de fantasía escénica sobre motivos del QUIJOTE, sin asomo alguno de grotesquez y hecha con un arte exquisito. Ortega Munilla y Vicente Vera, que la han visto en Londres, me dicen que ante ese espectáculo de rara idealidad, la emoción y la gratitud les empañaban los ojos.

¡Qué inapreciable remate para la gloriosa carrera del trágico anglosajón decir y hacer su QUIJOTE inglés en el primero de los teatros españoles! Y ¡qué tributo de sin par valía al autor de *La española inglesa!*... Ninguno de más expresivo carácter, por la inmensa resonancia que tendría en el mundo británico y en el mundo del Arte, que es como decir en el planeta entero.

Los monumentos.

Pongámoslo en plural; porque ha de alzarse más de uno.

Por de pronto tenemos—mejor dicho, *tienen*—el que ha de erigirse en el más hermoso paraje de París, en la Avenida de los Campos Elíseos, y de cuya belleza ya se ha dicho una palabra más arriba.

Lo que en París se prepara *ad majorem Cervantis gloriam* ¿no ha de tener su parigual en la ciudad de Sevilla, que con justicia presume de ser segunda patria del «manco sano»? ¿Ni en la ciudad de Barcelona, tan amorosamente ensalzada por el gran español? ¿Ni en la ciudad de Toledo, donde el egregio humorista diz que topó con el manuscrito arábigo de Cide Hamete Benengeli, y donde aún existe el Mesón del Sevillano, hospedaje del novelador de *La ilustre fregona?* ¿Ni en la ciudad de Valladolid, donde existe todavía la *casa de Cervantes*, empapada por las lágrimas del calumniado viejo? ¿Ni siquiera en la ciudad de Argel, cuya población es medio española, y donde se hace devota peregrinación á la cueva en que hubo de refugiarse el inmortal cautivo?

De la ciudad de Alcalá de Henares se hablará luego. De esta villa de Madrid, en cuyo estudio municipal se reveló luminosamente Cervantes niño, en cuyo suelo vió la luz primera *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y en cuyas fosas se perdieron las cenizas del grande hombre, fuerza es esperar con ocasión del Centenario del QUIJOTE se resuelva definitivamente á honrar á Miguel de Cervantes Saavedra con algo más que con el menguado «sujetapapeles» de la plaza de las Cortes.

Hágase por cuenta de la villa de Madrid, ó por cuenta del Estado español, ó por *suscripción internacional*, ello es que hay que hacerlo. —¡Oh Fantasía, no te desbordes, porque la Realidad no ha de concederte el tiempo helénico, abierto á todos los vientos y á todos los resplandores solares, que consagrarías á la pura, clara, fecunda y eterna gloria de Cervantes!...

Punto es este del monumento conmemorativo en Madrid del tercer Centenario del QUIJOTE que dará algo que pensar y que hacer á cuantos pongan sus empeños en esta obra: escritores jóvenes, veteranos de las letras, artistas entusiastas, nobles Mecenas y plebe fervorosa, que sin haber leído el libro de los libros—¡milagro singular!—, se sabe de memoria y siente en sí, á Don Quijote y á Sancho.

Se pide para ese monumento el centro de la Puerta del Sol. La Puerta del Sol jamás será una hermosa y espaciosa plaza, con horas de algazara ri-

sueña y horas de plácida serenidad durante el día. Será siempre una grande y tumultosa encrucijada, cuyo prosaico y vulgar alboroto basta á espantar el menor asomo de poesía. Harto mejor estaría ese monumento en el sitio donde tan mezquina y desaírada cosa parece el carro de la Cibeles. Y si mi voto valiese de algo, yo me atrevería á pedir para el QUIJOTE una columna colosal, al modo de la que tiene Nelson en el *Trafalgar-Square*, de Londres; porque tocante á figurillas, asaz convertido está Madrid en otro retablo de Maese Pedro.

El Instituto «Cervantes».

Algo más utilitario, ó sanchipancesco, si se quiere, que los monumentos, los libros y las fiestas esplendentes, pero efímeras, debe dejar en pos de sí el Centenario del QUIJOTE. Recordemos cuáles fueron las amargas y poco menos que indigentes postrimerías del que dejó un manantial inagotable de riqueza para millares de hombres en lugares sin número.

Tiene Madrid á sus puertas un asilo de Inválidos del trabajo. Los inválidos del trabajo intelectual no cuentan con más asilo que el de algún lecho en algún hospital, si la Muerte les da tiempo para hacer semejante antesala. Tienen los escritores y artistas en otras naciones «casas de retiro», donde la previsión colectiva, la munificencia particular y los auxilios oficiales, les deparan un último y común hogar y les aseguran el reposo, el bienestar ¡y hasta la alegría y la abundancia! en los días postreros de su existencia ó en la cruel imposibilidad para el trabajo!

He aquí—á falta del helénico templo que antes demandaba la Fantasía—el templo benéfico con que más sana y santamente glorificaría á Cervantes y dejaría piadosísima memoria del Centenario del QUIJOTE la muchedumbre imprevisora que tiene sus principales representaciones en la Asociación de la Prensa, en el Círculo de Bellas Artes, en la Sociedad de Autores españoles y en la Asociación de Escritores y Artistas.

Esperemos en Dios y en Cervantes que esta aventura, á lo menos, de entre tantas como van bosquejadas, se libre del calificativo de quijotesca y se lleve á feliz término para bien de los hidalgos y escuderos de nuestra literatura andante en su desvalida senectud.

Alcalá en el Centenario.

Al mencionar en párrafos anteriores las ciudades de París, de Sevilla, de Barcelona, de Toledo, de Valladolid y de Argel, ha quedado «para mejor ocasión» la ilustre ciudad en donde vino al mundo el padre del QUIJOTE.

Para escasos lujos debe de estar aquel Ayuntamiento, y por esto, será de estricta justicia que una buena parte de los festejos oficiales del Centenario se celebre en Alcalá. Alcalá de Henares se honraría á sí misma y enaltecería soberanamente al hijo que la inmortaliza en el tiempo y en el espacio, pidiendo al Gobierno de la Nación que por medio de un decreto, el nombre viejo de la vieja ciudad se trueque en estotro nombre nuevo de luz perpetua y perdurable hermosura: ALCALÁ DE CERVANTES.

Mariano de Cávia.

S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

Excmo. Sr. D. Antonio Maura.

NOMBRAMIENTO DE LA JUNTA ORGANIZADORA

El Gobierno del señor Maura, secundando la iniciativa del señor Cávia, publicó en la *Gaceta* del día 2 de Enero de 1904, el siguiente real decreto, nombrando una junta organizadora de las fiestas del tercer Centenario de la publicación del **DON QUIJOTE.**

He aquí dicho documento oficial:

REAL DECRETO

Señor:

Se cumplirá en Mayo de 1905, el tercer Centenario de la aparición de un libro cuyo solo nombre supera al más alto encomio que de su mérito se intentara, el **Quijote**.

Apréstanse á celebrarlo y conmemorarlo muchas gentes, con honrosa espontaneidad, patentizándose de este modo, que la santa unidad á quien el amor llama patria, no sólo funde la diversidad de pueblos, territorios, intereses y anhelos de un día, sino también el patrimonio espiritual atesorado por las generaciones que pasaron y los alientos vivificadores con que se han de realizar, los providenciales destinos colectivos.

Aunque la mayor excelencia del homenaje consiste en ser popular, al Gobierno incumbe, no sólo asociarse á él, sino procurar el ordenado concierto de las iniciativas, ya que dichosamente no sea menester estímulo alguno.

Este es el designio con que tengo el honor de someter á la aprobación de V. M. el siguiente proyecto de decreto.

Madrid 1.º de Enero de 1904.

Señor:

A L. R. P. de V. M.—Antonio Maura y Montaner.

A propuesta del Presidente de mi Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero: *Para secundar y organizar la conmemoración del tercer Centenario de la aparición del* **Quijote**, *se nombra una junta que formarán el Presidente del Consejo de ministros, los ministros de Estado, de la Guerra, de Marina y de Instrucción pública, un representante por ella designado de la Real Academia Española, un representante que designe la Real Acade-*

mia de Bellas Artes de San Fernando, un representante que designe la Asociación de Escritores y Artistas, un representante que designe el Ateneo Científico Literario y Artístico de Madrid, el director de la Biblioteca Nacional, el presidente de la Diputación provincial de Madrid, el alcalde de Madrid, un representante que nombre el Ayuntamiento de Alcalá de Henares y D. Mariano de Cavia. El Gobierno agregará á esta Junta los representantes autorizados de otras corporaciones que contribuyan á los festejos, cuando lo estime conveniente. Será secretario de la junta con voz y voto el subsecretario de la Presidencia del Consejo de ministros.

Artículo segundo: *La Junta podrá dividirse en secciones y deliberar en pleno con asistencia de su tercera parte ó más de sus miembros.*

Artículo tercero: *La Junta, así como las secciones que en ella se formen, disfrutarán para sus comunicaciones oficiales la franquicia postal y telegráfica, que, tratándose de un servicio público les corresponde. Si lo estimare oportuno, podrá la Junta adoptar ó formar un reglamento para metodizar los trabajos.*

Dado en Palacio á primero de Enero de mil novecientos cuatro.

ALFONSO.

El Presidente del Consejo de ministros, Antonio Maura y Montaner.

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

MADRID

La Exposición Cervantina.

Han comenzado las Fiestas del Centenario con la inauguración de la Exposición Cervantina.

Al acto solemne, celebrado en el Palacio de Bibliotecas y Museos, ha asistido la Familia Real y una representación del Gobierno.

La Exposición es realmente notable. Consta de tres salas, en las que se exhiben hasta cuatrocientas sesenta y una ediciones del *Quijote*, unos cien libros de caballerías, y cuadros, estampas, dibujos, fotografías, tapices y esculturas.

LA EXPOSICIÓN CERVANTINA

El Gobierno en el palacio de Bibliotecas y Museos esperando á la familia real.

En la sala primera, dedicada á las obras artísticas, hay gran número de dibujos y cuadros inspirados en escenas del *Quijote*, originales de Jiménez Aranda, Alvarez Dumont, Lizcano, Moreno Carbonero, Hispaleto, Francés, Alenza, Carnicero, Zarza y Alcántara. En esta sala figuran también varias estampas de gran mérito, descollando entre todas dos originalísimas de Goya.

En la sala segunda, adornada con los célebres tapices del *Quijote*, obra del maestro Francisco Van-der-Goten, pertenecientes á la Real Casa, encerrados en artísticas vitrinas, se presentan curiosísimos ejemplares de libros de caballerías. Allí están los cuatro de *Amadís de Gaula*, los de *Palmerín de Oliva*, *La Diana de Jorge de Montemayor*, la *Crónica de los muy notables caballeros Tablante de Ricamonte y de Jofre hijo del conde Donafón*, el *Libro de Don Reynaldos*, la *Crónica del Príncipe Don Florisel de Niquea*, la *Historia de Félixmarte de Ircania*, la del *Caballero del Sol*, la de *Bernardo del Carpio*, la de *Orlando*, y otros curiosísimos ejemplares de estos famosos libros.

La sala tercera está sólo dedicada á la presentación de las diversas ediciones del *Quijote*.

De ellas figuran ciento noventa y dos castellanas,

cinco portuguesas, ochenta y dos francesas, dos vascongadas, diez y siete italianas, una rumana, setenta y nueve inglesas, diez y seis holandesas, treinta y ocho alemanas, dos dinamarquesas, nueve suecas, dos griegas, tres rusas, tres polacas, dos servias, una búlgara, una finlandesa, cuatro húngaras, una bohemia y una croata.

Entre las ediciones españolas están las dos de 1605, tres de Lisboa y dos de Valencia del mismo año, y por su magnífica impresión se destacan las célebres de Ibarra y de Sancha, del siglo XVIII.

El Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos ha publicado, como guía de la Exposición bibliográfica y artística, inaugurada en la Biblioteca Nacional, un notabilísimo Catálogo admirablemente impreso y conteniendo gran número de láminas hermosamente grabadas.

Llegada de los Orfeones.

Los alrededores de la estación del Mediodía se hallan invadidos por la multitud. Van á llegar los Coros Clavé. En los andenes espera una Comisión del Ayuntamiento encargada de recibirlos, compuesta de los Sres. Estelat, Abril Ochoa y Arroyo Aldama. La Guardia municipal montada, con uniforme de gran gala, forma á la entrada de la estación.

Acompañan á los concejales el Cuerpo de maceros del Ayuntamiento y la música de San Bernardino.

A las doce y minutos llega el primer convoy. Los orfeonistas, asomados á las ventanillas, prorrumpen en gritos de ¡Viva España! La multitud aplaude entusiasmada. La banda de San Bernardino toca una marcha alegre.

A las dos en punto pónese en marcha la numerosa comitiva, precedida por una sección de guardias municipales de caballería, de la banda de San Bernardino y de la Sociedad coral España.

Al llegar los Orfeones catalanes á la plaza de la Villa, son recibidos en la puerta de las Casas Consistoriales por el alcalde, que saluda á cada estandarte y bandera con una respetuosa reverencia, á la que corresponden los orfeonistas descubriéndose.

El alcalde, asomado al gran balcón central del Ayuntamiento, dirige la palabra á los orfeonistas, declarando que Madrid se siente orgulloso de tenerlos como huéspedes, haciendo votos porque el recuerdo de la visita con que las Sociedades corales de Clavé honran á la villa no se borre de la memoria de catalanes y madrileños.

El conde de Mejorada termina su discurso con un viva á Cataluña, que es contestado con verdadero entusiasmo.

Después habla, en nombre de los coros, el concejal del Ayuntamiento de Barcelona D. Manuel Fabra.

«Al honrar á Cervantes—dice—nos honramos todos, y toda Barcelona, toda Cataluña, envía gustosa sus hijos para que canten las glorias del inmortal escritor.»

Después las Sociedades corales desfilaron al grito de *¡Viva Cervantes!*

En el Ayuntamiento quedaron depositadas las siguientes enseñas:

El Progreso, de San Cugat del Vallés; La Palma, de Cataluña; La Fraternidad, de Gracia; Amigos tintoreros, Barcelona; La Aurora Perpetuense, La Dalia Torrense, La Unión, de Molins del Rey; La Unión, de Hostalfranchs; Banda municipal de Barcelona; La Fló, de Martorell; La Llauterna, de Suria; Centro Federal, de Gerona; La Esperanza, de Arenys de Mar; Minerva de Barcelona; La Amistad Colongense, Llivertad, de Sabadell; La Diadema Corberense; Amigos de la Aurora, de Gracia; Juventud, de Barcelona; Orfeón Gesoria, Marianense Marsá, La Lliria Sebense, La Unión Argantonina, El Alba, de Badalona; La Amistad, de Castellvell y Villa; La Lira Casolense, La Unión Bergadona, Progreso, Virtud y Amor, Orfeón republicano balear, La Perdin, de Pupiol; La Violeta, de Barcelona; Sol Ixent, Coro Patria, de San Sadurní de Noya; La Palma, de Teya; La Lira Villasense, La Palma Torrense, y El Alba, de Barcelona, segunda masa coral fundada en España.

***

Los Coros de Clavé han hecho pública en los periódicos de Madrid la siguiente alocución:

«Agradecidos al comportamiento que con nosotros tuvisteis en nuestra última visita, en tiempos no lejanos, volvemos de nuevo á daros un abrazo fraternal y á compartir con vosotros uno de los más sagrados deberes, que con un verdadero amor patrio guía á nuestras Sociedades corales, y que consiste en rendir homenaje al inmortal Cervantes. Como hijos del trabajo, os ofrecemos nuestra modesta labor artística, entregándonos incondicionalmente á vuestra hidalguía, siempre reconocida, en la seguridad de que os haréis cargo de nuestra difícil misión, que esperamos poder cumplir.

Al pisar hoy el suelo de esta noble y hospitalaria villa, os saludamos en nombre de nuestras regiones, enviándoos la expresión de su simpatía y pidiéndoos un abrazo ante los sacrosantos altares del arte y de la patria.

¡Viva Madrid! ¡Viva España!

La Asociación Euterpense de los Coros de Clavé.»

***

También han llegado para tomar parte en la fiesta musical que se celebrará en la Plaza de Toros la Sociedad Artística de Pontevedra, formada de sesenta y cinco elementos, dirigida por el abogado D. Prudencio Landín; la Unión Artística de Compostela; la Unión Orensana; el Orfeón Pinciano, de Valladolid, formado de noventa individuos; el Orfeón Sarabriense, de Medina del Campo; el Orfeón de Toro; el Orfeón Toledano, y el Orfeón y rondalla sevillana que dirige D. Joaquín Castro y preside D. Manuel Roldán.

La retreta militar.

A las nueve y media de la noche se encontraban ya en el Salón del Prado las fuerzas que habían de tomar parte en la retreta militar, formadas en el orden siguiente:

Una sección de 20 guardias civiles de caballería del 14.° tercio, con faroles multicolores.

Bandas de trompetas del 5.° y 10.° montados de Artillería, de lanceros de la Reina y del Príncipe, de cazadores de María Cristina y del 14.° tercio de la Guardia civil.

Primer grupo.—Gastadores, cornetas y charangas de cazadores de Madrid y de Figueras, más 60 soldados de cada batallón que, así como los gastadores, llevaban faroles de acetileno.

Segundo grupo.—Gastadores, cornetas, charangas y 60 hombres de cada uno de los batallones de Arapiles y Llerena (faroles verdes y blancos).

Tercer grupo.—Idem id. del batallón de Las Navas y lo mismo, más los tambores y música del regimiento de Asturias (faroles azules y blancos).

Farola monumental, tirada por tres tiros de caballos de Artillería con sus conductores.

Cuarto grupo.—Ciento veinte artilleros del 5.° y 10.° montados, con faroles rojos y amarillos.

Quinto grupo.—Escuadra, bandas de cornetas y tambores del regimiento del Rey y 2.° mixto de Ingenieros con 60 hombres por Cuerpo (faroles rojos y blancos).

Sexto grupo.—Idem íd. é íd. de los regimientos de León y Covadonga (faroles de acetileno).

Veinte guardias civiles de caballería con faroles multicolores.

A ambos costados de la columna marcharán en hilera 12 secciones de caballería.

A las diez en punto y al toque de atención y marcha dado por el corneta de órdenes, se puso en movimiento la comitiva, siguiendo por la izquierda de la calle de Alcalá, lado izquierdo de la Puerta del Sol, calles Mayor y Bailén á entrar por la puerta central de la Armería.

Allí se verificó el concierto con arreglo al siguiente programa:

1.° Marcha Real por todas las músicas y bandas de cornetas y tambores.

2.° Retreta por las bandas de trompetas.

3.° Retreta, del maestro Burón, por las músicas y bandas de cornetas y tambores.

4.° Marcha nupcial, del maestro Villa.

5.° Pasodoble de *El puñao de rosas*, del maestro Chapí.

Terminado el concierto, que desde los balcones del Real Palacio escucharon el rey, la real familia y gran número de personajes civiles y militares, la retreta regresó al Salón del Prado, donde se disolvió.

Merecen aplausos los organizadores de esta hermosa fiesta señores general Echagüe, teniente general de Ingenieros Sr. Arteta, comandante de Estado Mayor señor Rabadán, capitán Sr. González Rodrigo, y el autor de la carroza farola Sr. Alqueró.

La batalla de flores.

A pesar de lo desapacible de la tarde la multitud invade el paseo de la Castellana, curiosa de presenciar el espectáculo de la batalla.

Previo el disparo de varios cohetes comienza la lucha, que adquiere, en algunos momentos, proporciones épicas.

Desde la plaza de Colón hasta la Castellana, y en el paseo central, habían sido instaladas largas filas de tribunas, de sencilla decoración, formadas algunas de ellas de más de doscientos palcos. A los lados de las tribunas se elevaban grandes mástiles con escudos y carteles, en que campeaban el nombre de Cervantes y las fechas y hechos más notables de la vida del gran escritor.

A partir de la plaza de Colón, las tribunas estaban colocadas en el orden siguiente:

Nuevo Club, Tribuna A, Gran Peña, Tribuna B, Casino de Madrid, Junta de señoras, Tribuna C, Centro del Ejército y de la Armada, Tribuna D, Círculo de Bellas Artes, Junta del Centenario, Ayuntamiento, Jurado y Prensa, otra tribuna cerca del Obelisco, Tribuna Real, Tribuna del Gobierno,

Tribuna del Cuerpo diplomático, Tribuna de los empleados municipales, Círculo de la Unión Mercantil, Tribuna E. Unión escolar y Sociedad de maestros aparejadores.

⁂

Por la larga avenida, cubierta de flores, desfilaron las siguientes carrozas:

CARROZA DEL AYUNTAMIENTO.—Ha sido diseñada y construída por el reputado escenógrafo señor Bussato. Representa un castillo feudal frente á un dosel, en que ricas telas llevan este letrero: «Gloria al genio.» Bajo el dosel se alza un pedestal con el busto de Cervantes, coronado de laureles. Al pie hay un gran tintero con dos plumas de ave de gran tamaño, y delante se destaca un ejemplar del *Quijote*, sostenido por dos pajes. En la parte delantera surge la proa de un galeón, y sobre el mascarón aparece el escudo del Ayuntamiento de Madrid. Dos ángeles representan la Fama. A ambos lados de la muralla, en letras de oro, se leen las siguientes quintillas de Narciso Serra:

Si Lope me adivinó
al darme famoso mote,
España, ingrata, no vió
que Cervantes no cenó
cuando terminó el *Quijote*.

Silencio injusto y cruel,
pues mientras tanto que fiel
conserve la raza hispana
la rica habla castellana,
hablará de vos, Miguel.

Tiraban de la carroza seis caballos de la Real Casa, con gualdrapas azules, llevados del diestro por seis palafreneros con el traje de la guardia amarilla.

LA CARROZA DEL CÍRCULO MERCANTIL.—Ha sido construída por los señores Amorós y Blancas. Representa una galera de las en que peleara Cervantes. El busto de éste aparece en la proa, y cerca de él los de Don Quijote y Sancho. Un molino de viento recuerda los sueños del poeta; unos grillos de hierro su cautiverio. Nueve jóvenes, que representan á las musas, tripulan la nave. Atributos del comercio y de la industria acaban de componer el artístico conjunto.

LA CARROZA DE LOS VINATEROS.—Ha sido proyectada y dirigida por el pintor D. Ramón Padró y representa la aventura del caballo *Clavileño*, sobre el que van Don Quijote y Sancho con los ojos vendados. El Dios Baco, sentado sobre un tonel, se destaca en la parte delantera de la carroza, y el resto de ella representa el jardín del castillo de Pedrola. Rodean á *Clavileño* y á sus intrépidos cabalgadores hidalgos, damas y pajes, en recuerdo de la corte bulliciosa y burlona que presenció aquella aventura cómica.

LA CARROZA DE LOS AUTORES.—Su asunto es el episodio de «Las Cortes de la Muerte». La carroza es una galera manchega de sólida armadura, y en ella van los cómicos con los trajes con que los tropezó Don Quijote en aquella página inolvidable. En esta carroza iban Loreto Prado, la Sigler, la Francos, Chicote, Arniches, Dicenta y Frutos.

LA CARROZA DEL GREMIO DE TEJIDOS.—Es obra del Sr. Muriel.

La parte delantera es una alegoría. En lo alto se ve el busto de Cervantes y una corona de laurel con botones de oro. Sobre paños grana, un gran lazo de los colores nacionales. Encima, una armadura auténtica, propiedad del Sr. Muriel, así como también la espada y rodela repujada y embutida de oro. Más en primer término, el famoso yelmo de Mambrino. Detrás del busto, un lanzón enorme, de una pieza, y sujeta á él, con lienzo rojo y amarillo y una corona, una tela de tul inglés, de nueve metros de ancho, con fleco de plata, que forma el dosel, el cual va á apoyarse, para constituir el fondo, en un árbol que figura en último término, y en cuyas ramas aparece la gasa artísticamente prendida.

De las ramas del árbol, tal y como describió la escena de las bodas de Camacho la pluma inmortal de Cervantes, penden, *puestos á enfriar*, las liebres, aves y corderos.

LA EXPOSICIÓN CERVANCINA

Una de las salas de la Exposición

En el centro de la carroza, el olmo famoso que sirvió de asador al novillo entero, apoyado en otros troncos que lo mantienen sobre la hoguera. Vense grandes hogazas y quesos, las seis ollas y las calderas para el frito. Al pie del árbol, el arcón de las especias, y sobre él Don Quijote apoyado en el lanzón; Sancho Panza, cerca del cocinero, que le sirve la *espuma de la olla*. Cocineros y pinches, en junto nueve personas, completan el cuadro, cada cual entregado á sus faenas, tal y como en el libro se describe.

LA CARROZA DE LA DIPUTACIÓN Es toda de flores y ha sido construída en Valencia. Aparece en ella el busto de Cervantes frente á dos leones.

⁂

Entre los coches adornados que más llamaron la atención, figuran los de los señores marqueses de Santa María de Silvela, barón del Castillo de Chirel, conde de Esteban Collantes, condesa de Bugallal, marqueses de Hoyos y de Argüelles, conde de Peñalver, señores de Carlos, ministro de Méjico, duquesa de la Conquista, marqueses de Ivanrey y de Donadío y D. Eduardo Murga.

⁂

El Jurado, después de terminada la batalla de flores, concedió los siguientes premios:

Carrozas.—Primer premio, 5.000 pesetas, desierto.

Premio de 3.000 pesetas á la carroza que figura las bodas de Camacho, del gremio de tejidos.

Otro de 3.000 á la carroza que representaba la aventura de *Clavileño*, presentada por el gremio de vinos.

Premio de 1.500 pesetas á la carroza del Círculo de la Unión Mercantil.

Otro de 1.500 pesetas al *Carro de la Muerte*, presentado por la Sociedad de Autores.

Los demás premios para carrozas quedaron desiertos.

Coches adornados.—Primer premio, desierto.

Un premio de 1.000 pesetas al coche de la señora de Peñalver.

LA EXPOSICIÓN CERVANCINA

La familia real entrando en la Exposición.

Otro premio de 1.000 pesetas al coche de la señora marquesa de Ivanrey, adornado con rosas de té.

Otro premio de 500 pesetas al coche de D. Luis Romea.

Otro de 500 pesetas al coche de D. Eduardo Murga.

Otro ídem al coche de la marquesa de Faura.

Otro ídem al del Sr. Ferreros.

La procesión cívica.

En el trozo del Salón del Prado, comprendido entre la Fuente de Neptuno y la estación del Mediodía, iban colocándose los colegios, escuelas, estudiantes y gremios, en la forma que señalaban los carteles indicadores puestos en aquel sitio, á saber:

1. Niños de los Asilos benéficos dependientes de la Diputación, del Ayuntamiento y del Estado.
2. Niños de las Escuelas Municipales, por el orden de sus respectivos distritos.
3. Niños de los Colegios particulares de primera y segunda enseñanza.
4. Alumnos de los Institutos de San Isidro y del Cardenal Cisneros y de las Escuelas de Comercio de Artes é Industrias y de Bellas Artes.
5. Alumnos de la Universidad (Facultades de Derecho, Filosofía y Letras, Ciencias, Medicina y Farmacia).
6. Alumnos del Seminario Conciliar.
7. Alumnos de la Escuelas especiales de Veterinaria, Arquitectura y de Ingenieros Industriales, Agrónomos, de Caminos, de Minas y de Montes.

8. Sociedades Científicas, Artísticas y Literarias.
9. Sociedades y Centros Comerciales, Industriales, Gremios y Sociedades Obreras.
10. Asamblea Nacional de la Cruz Roja.
11. Comisiones del Ejército y de la Armada.
12. Comisiones del clero.
13. Profesorado de los Institutos.
14. Idem de las Escuelas de Comercio, de Artes é Industrias y de Bellas Artes.
15. Idem de las Normales de Maestros.
16. Idem del Conservatorio de Música y Declamación y de la Escuela de Veterinaria.
17. Profesorado de la Universidad Central y de las Escuelas especiales.
18. Institutos nobiliarios (órdenes, maestranzas, hijosdalgos, etc.).
19. Bancos y Sociedades de crédito.
20. Comisiones de la Biblioteca Nacional, de los Museos y del Cuerpo de Archiveros.
21. Juzgados y Audiencias.
22. Reales Sociedades Geográfica y Económica de Amigos del País.
23. Comisiones de los Colegios de médicos, farmacéuticos, notarios, procuradores y abogados.
24. Reales Academias de Jurisprudencia, de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Ciencias Morales y Políticas, de Medicina, de Bellas Artes, de la Historia y Española.
25. Diputación provincial y Ayuntamiento.
26. Cuerpos Consultivos, Junta Agronómica, Consejo Forestal, Consejo de Obras públicas, Instituto de Reformas Sociales, Real Consejo de Sanidad, Consejo de Instrucción pública, Consejo Penitenciario y Comisión general de Codificación.
27. Tribunal de la Rota.
28. Tribunal de Cuentas del Reino.
29. Consejo Supremo de Guerra y Marina.
30. Tribunal Supremo de Justicia.
31. Consejo de Estado.
32. Señores diputados y senadores.
33. Y presidencia, compuesta de los excelentísimos señores ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, Presidente del Consejo de Estado, Presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, Presidente del Tribunal de Cuentas del Reino, Gobernador civil, Alcalde presidente del Ayuntamiento, Capitán general, Gobernador militar, Obispos de Madrid-Alcalá y Sión, Presidente de la Real Academia Española, Idem íd. íd. de la Historia, Idem íd. íd. de Bellas Artes, Idem íd. íd. de Medicina, Idem íd. íd. de Ciencias Morales y Políticas, Idem íd. íd. de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Idem íd. íd. de Jurisprudencia y Legislación, Rector de la Universidad Central, Decano del Colegio de Abogados é Idem del Colegio de Médicos.

***

La Plaza de las Cortes donde se ha de efectuar el desfile de la procesión, se ha adornado con exquisito gusto.

Destácase en primer término la tribuna regia, situada en el vestíbulo principal del Congreso.

Sujeto por cuatro bastones dorados, con escudos del mismo color, pende un tapiz rojo con el de España, en colores, Varios cordones, con borlas al extremo, van desde el tapiz á las paredes del edificio.

En la parte baja se encuentra emplazado el sitio donde ha de colocarse el Rey. La tribuna está cubierta con un tapiz en el que campea también el escudo de España.

El resto de la tribuna va cubierta por tapices de bayeta roja.

El pie de la tribuna y las escaleras están adornadas con palmeras y plantas tropicales.

A ambos lados de la regia, se encuentran situadas las tribunas de los elementos oficiales y comisiones que asisten al acto.

Frente á las tribunas se ha colocado, como en cada una de las entradas á los jardinillos, arcos formados de mástiles de madera pintada y rodeados de guirnaldas de flores rojas artificiales. En la parte superior de cada uno de los mástiles ondea una bandera española.

El arco que une los mástiles está adornado con escudos de diferentes países. En cada uno de aquéllos hay un medallón con los títulos de las obras de Cervantes. Debajo de dichos medallones figuran un tomo abierto del *Quijote*, una espada y una pluma, y la rodela y lanza del fantástico personaje.

Frente al Congreso y en los solares de Medinaceli, se ha instalado la tribuna para los orfeones, formada por un gran arco, del que arrancan dos lienzos, terminados por otros dos arcos más pequeños.

Estos están adornados con escudos y banderas de los diferentes países donde se ha traducido la obra del inmortal Cervantes. Los mástiles están guarnecidos también de guirnaldas de flores rojas, ostentando medallones dorados con las fechas **1605—1905.**

En los lienzos que arrancan del arco central figuran los escudos de Ciudad Real y Alcalá de Henares.

En derredor de la estatua de Cervantes se han colocado multitud de tiestos de flores.

Las calles de los alrededores de la plaza de las Cortes están adornadas con vistosas colgaduras, que las dan un animado aspecto.

***

Minutos después de la llegada del Rey á la tribuna del Congreso descendió de ella el señor duque de Sotomayor y condujo al pie de la estatua de Cervantes una gran corona dedicada por el monarca al príncipe de los Ingenios.

A las cuatro y media llegaba frente á la tribuna regia la sección de la Guardia civil que constituía la cabeza de la procesión cívica, y ésta comenzó á desfilar por el interior del jardinillo que rodea la estatua de Cervantes.

He aquí una relación de las coronas depositadas al pie de la estatua del inmortal autor del *Quijote*:

«El Congreso de los diputados, á Cervantes.»

«El Senado, á Cervantes.»

«La Real Academia Española, al Príncipe de los Ingenios.»

«La Real Academia de San Fernando, á Cervantes.»

«La Real Academia de la Historia, á Miguel Cervantes Saavedra.»

«La Real Academia de Jurisprudencia, á Cervantes.»

«La Academia de Narros, á Cervante».»

«La Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, á Miguel Cervantes.»

«La Academia de Correa, á Cervantes.»

«La Cruz Roja, al herido en Lepanto.»

«El Ayuntamiento de Alcalá de Henares, á Miguel Cervantes Saavedra.»

«Los profesores de instrucción pública de Alcalá de Henares.»

«El Claustro de profesores y alumnos de la Escuela de Veterinaria, á Cervantes.»

«El ministro de la Guerra, á Miguel de Cervantes Saavedra.

«La Capitanía general, á Cervantes.»

«El Gobierno militar, á Cervantes.»

«El primer Cuerpo de ejército, á Cervantes.»

«El Fomento de las Artes, á Miguel de Cervantes.»

«El Centro Gallego, á Cervantes.»

«El Centro Asturiano, á Gervantes.»

«La Sociedad de Escritores y Artistas.»

«El Círculo de la Unión Mercantil, á Cervantes.»

«La Academia de Colomburu, á Cervantes.»

«Homenaje de Colombia, á Cervantes.»

«Las Escuelas Pías de San Antonio Abad, á Cervantes.»

«El Centro escolar del distrito del Congreso, á Cervantes.»

«Las Escuelas Pías de San Fernando.»

«El Ayuntamiento, á Cervantes.»

«La Diputación provincial, á Miguel de Cervantes.»

El gremio de tejidos, tarifa 1.ª, clase 4.ª bis, número 1.

La Escuela de Pintura y Arte moderno.

Academia de Medicina.

Ministro de Instrucción pública.

«El Ateneo de Madrid, á Cervantes.»

El Sr. Dato.

El Sr. Aguilera.

El Museo de Pinturas.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Festival de los orfeones.

A las nueve de la noche la Plaza de Toros, donde se celebraba el festival, estaba completamente llena.

Los palcos hallábanse ocupados por lo más distinguido de la aristocracia madrileña; en tendidos y gradas y en el callejón, la aglomeración de espectadores era verdaderamente enorme.

Los antepechos de todos los palcos estaban primorosamente cubiertos de flores, imitando tapices, y todas las columnas veíanse rodeadas por artísticas guirnaldas.

Cerca de las diez se presentó en el palco regio S. M. el Rey, acompañado de la infanta Isabel, y las bandas ejecutaron la Marcha Real.

Después, á los acordes de las bandas militares, fueron saliendo los orfeones por la puerta de las cuadrillas con sus respectivos estandartes, que eran saludados por el público con entusiasmo.

Terminado el desfile, los orfeones, que fueron aplaudidísimos, ejecutaron el siguiente programa:

1.º *Marcha nupcial*, del maestro Villa, ejecutada por las bandas de los regimientos del Rey, Asturias, León, Covadonga é ingenieros y batallones de Canarias, Madrid, Figueras, Arapiles, Las Navas y Llerena.

2.º *¡Gloria á España!*, por la Asociación euterpense de los coros de Clavé, orfeón «España» y banda municipal de Barcelona, dirigidos por D. Celestino Sadurní.

3.º Federación de los coros castellanos, dirigidos por D. José Corvino.

4.° Banda municipal de Barcelona, dirigida por D. Celestino Sadurní.

5.° Orfeones gallegos, dirigidos por D. Rafael Gayoso.

6.° *Los pescadors*, voces solas, por la Asociación euterpense (Clavé).

7.° Orfeones castellanos.

8.° Orfeones gallegos.

9.° *El puñao de rosas*, paso-doble ejecutado por todas las bandas militares, dirigidas por D. Ruperto Marcos, músico mayor del regimiento de León.

La fiesta terminó á la una de la madrugada, y la animación en las calles duró hasta la del alba.

LA EXPOSICIÓN CERVANTINA

La familia real saliendo de la Exposición.

La imprenta de Juan de la Cuesta.

En la fachada del edificio del Hospital de Nuestra Señora del Carmen, Atocha, 121, se ha fijado una lápida conmemorativa del sitio en que se imprimió la primera parte del QUIJOTE, publicada como es sabido, en 1604.

En el lugar donde se halla establecido hoy el Hospital, estuvo instalada la imprenta de D. Juan de la Cuesta en la que se hizo la impresión de la obra de Cervantes. La lápida que representa las figuras de Don Quijote y Sancho con sus respectivas cabalgaduras en realce, ostenta la siguiente inscripción:

«Aquí estuvo la imprenta donde se hizo en 1604 la edición príncipe de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, publicada en Mayo de 1605.—Conmemoración, MDCCCCV.»

El acto de descubrir la lápida se celebró con toda modestia.

La Comisión municipal y un sacerdote fueron las únicas personas que, además de algunos vecinos, presenciaron la ceremonia.

La iniciativa de este recuerdo se debe á la Academia de Bellas Artes.

Y esta fiesta sin público, ha sido una de las más simpáticas del Centenario.

Medalla conmemorativa del tercer Centenario de la publicación del QUIJOTE, mandada grabar por el Ministerio de Instrucción pública.

Funerales en los Jerónimos.

Se han celebrado en la iglesia parroquial de San Jerónimo solemnes exequias, costeadas por la Academia Española, en acción de gracias por el alma de Cervantes.

La iglesia presenta aspecto severo. En el centro destácase un túmulo cubierto con rico paño negro, en el que campean, bordadas, las armas de España y las de la Academia Española. Sobre un almohadón, al que dan guardia de honor cuatro inválidos mancos de infantería de Marina, vense varios volúmenes de las obras del Príncipe de los Ingenios.

Bajo palio y rodeado de los obispos de Madrid-Alcalá, de Sión, de San Luis de Potosí y del arzobispo electo de Valencia y obispo dimisionario de la Habana, entra el Rey en el templo, seguido del Gobierno y de una representación de la Academia Española. Ocupa Don Alfonso un sitial colocado bajo un dosel de terciopelo negro con franjas de oro.

Comienza la misa, oficiando el Nuncio de Su Santidad. En el coro, el orfeón San José, dirigido por el maestro de la capilla real Sr. Anglada, interpreta un oficio de puro canto gregoriano.

Concluída la misa, ocupa la cátedra sagrada el obispo de Potosí D. Ignacio Montesdeoca.

LOS ORFEONES EN MADRID

Los orfeones á la salida de la estación.

El prelado pronuncia una elocuente y sentida oración, enalteciendo á Cervantes como hombre de fe, que sufrió resignado los dolores de la vida para alcanzar el goce de las bienaventuranzas celestes.

Terminada la plática, se rezó un responso, dándose por terminada la ceremonia religiosa.

***

Desde los Jerónimos á la plaza de Neptuno los coros y orfeones ocupaban la acera de la izquierda de la calle de Felipe IV.

La música del Ayuntamiento de Barcelona y las Comisiones de concejales se colocaron frente á la fuente de Neptuno, y la banda de San Bernardino frente á los Jerónimos.

Al salir el Rey de la iglesia revistó los coros y orfeones desde su carruaje, que marchaba al paso. Después las músicas y Comisiones de concejales se dirigieron á la plaza de las Cortes. La música de Barcelona se colocó dentro del jardinillo en que está situada la estatua de Cervantes, ejecutando un bonito pasodoble, mientras que los socios de los coros Clavé y demás orfeones desfilaban ante el monumento.

LOS ORFEONES EN MADRID

Los orfeones en la plaza de Cánovas del Castillo.

La Esposición del Círculo de Bellas Artes.

La figura severa é imponente de Don Quijote vaga errante por los cuadros de esta Exposición, tímida, indecisa, desmayada, sin vigor, sin relieve... Don Quijote no ha tenido más que un pintor: Miguel de Cervantes Saavedra. Él le hizo de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro...

Y nuestros artistas nos lo presentan tal como nos lo pintó Cervantes, recio, seco, enjuto... Pero sin espíritu; pero sin alma.

Don Quijote es á la vez retrato y caricatura, ser real y ser fantástico, loco unas veces, cuerdo otras, ridículo y sublime al mismo tiempo, con el cerebro en delirio y el corazón palpitante de amor, capaz de todas las grandezas y capaz de todas las majaderías. En la literatura universal no hay personaje de más extraña, de más complicada psicología que éste. Sólo el divino pincel de Cervantes supo retratarlo en cuerpo y espíritu.

En la Exposición del Círculo de Bellas Artes hay algunos notables aciertos.

Merecen citarse entre ellos los cuadros de Ruiz Luna, Jadraque, Zárate, Alcázar, Salmerón y García, Morelli, Cidón, Salavarría, Nin y Tudó y la escultura ecuestre de Marín.

La función del Real.

La función celebrada en el teatro Real, ha sido el último festejo oficial del Centenario.

Todas las localidades del regio coliseo estaban ocupadas por ese público especial de las grandes solemnidades. El Rey asistió también al espectáculo.

Comenzó éste con la overtura de la ópera *Don Juan*, de Mozart, ejecutado por la Sociedad sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós.

Luego se representó el entremés de Cervantes, *Los dos habladores*, con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
Un Procurador	Sr. Carsi.
Un Alguacil	» Soriano Viosca
Un Escribano	» Cirera.
Un Corchete	» Gil.
Sarmiento	» Juste.
Doña Beatriz	Sra. Cancio.
Inés	Srta. Gómez.
Roldán	Sr Guerrero.

Después se estrenó la adaptación de Sellés, música del maestro Vives, *La primera salida*, inspirada en los capítulos II y III del *Ingenioso Hidalgo*, que trata de la marcha de Don Quijote en busca de aventuras y «de la graciosa manera que tuvo de armarse caballero.»

La obra se estrenó con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
Don Quijote	Sr. Díaz de Mendoza.
El Ventero	» Carsi.
Moza 1.ª	Sra. Guerrero.
Moza 2.ª	Srta. Suárez.
Arriero 1.º	Sr. Cirera.
Arriero 2.º	» Urquijo.
Arriero 3.º	» Juste.
Arriero 4.º	» Cayuela.
Un muchacho, criado de la venta	» Soriano Viosca.

Varios arrieros que no hablan.

A continuación se estrenó la adaptación de los hermanos Quintero, música del maestro Bretón, *La aventura de los galeotes*, inspirada en el capítulo XXII del *Ingenioso Hidalgo*, que trata «de la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir».

La aventura de los Galeotes se estrenó con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
Don Quijote	Sr. Díaz de Mendoza.
Sancho Panza	» Palanca.
El enamorado	» Santiago.
El toledano	» Soriano Viosca.
El hechicero	» Carsi.
El estudiante	» Mesejo.
Ginés de Pasamonte	» Díaz de Mendoza (M.).
Guarda 1.º	» Cirera.
Guarda 2.º	» Gil.
Guarda 3.º	» Juste.
Guarda 4.º	» Guerrero

Siete galeotes que no hablan.

Después se estrenaron varias escenas representables de Ramos Carrión y el maestro Nieto, tituladas *El caballero de los espejos*, inspiradas en el capítulo XII de la segunda parte del QUIJOTE.

He aquí el reparto de su obra:

PERSONAJES	ACTORES
Don Quijote	Sr Díaz de Mendoza.
Sancho Panza	» Palanca.
El Caballero de los Espejos	» Santiago.
Su escudero	» Mesejo.

Estos tres episodios quijotescos han sido adaptados, ó mejor dicho, transcritos casi íntegramente para la representación teatral. Sellés, los Sres. Alvarez Quintero y Ramos Carrión han mostrado su pericia de dramaturgos y se han contenido en los límites del debido respeto para no caer en una impremeditada profanación. Sellés ha sorteado la dificultad de soldar el diálogo de la venta con el sabor de su clásico estilo; los hermanos Quintero han verificado felizmente su adaptación rellenando á Cervantes con el propio Cervantes en el suceso de los galeotes, y Ramos Carrión no ha desmentido su habilidad técnica en el último episodio.

Con igual discreción han rematado esta peligrosa aventura los artistas del teatro Español. Solemne Fernando Mendoza, como lo quiere la flor y espejo de la andante caballería; Carsi, socarrón en el ventero castellano como en el hechicero; retozonas y desenvueltas en las dos mozas del partido, la Guerrero y la Cancio; admirablemente caracterizado Palanca en Sancho Panza; muy gracioso Santiago en la supercheria caballeresca del bachiller Sansón Carrasco, á la par que Mesejo, decidor, estudiante y rústico Tomé; descarado é insolente Mariano Mendoza en el Ginesillo de Pasamonte; Cirera, Urquijo, Juste, Cayuela, Soriano Viosca, Guerrero, Gil, á quienes ha cabido la suerte y el honor de contribuir, aunque más modestamente, á esta solemnidad, todos, en fin, han puesto de su parte cuanto humanamente han podido.

Terminó el espectáculo con la apoteosis en honor de Cervantes.

La escena representaba el Templo de la Fama, formado de gallardas columnas, adornadas con guirnaldas de flores y coronas de laurel y oro.

Adosados á las columnas veíanse seis artísticos medallones, en los que se leían los títulos de algunas de las obras de Cervantes: *El viaje al Parnaso, Rinconete y Cortadillo, La ilustre fregona, El curioso impertinente, La Galatea* y *Los dos habladores*. En el centro de los doseles aparecía el nombre de *Juan de la Cuesta*, impresor del QUIJOTE.

En el hemiciclo, colocado en el centro del segundo término, aparecía sobre un pedestal el busto del *Príncipe de los Ingenios*, modelado por Benlliure.

Rodeando el busto y dispuestos en artísticos grupos estaban los personajes más salientes de la famosa y universal novela. Este semicírculo estaba unido al templo de la FAMA por una gran escalinata.

Frente al espectador, á derecha é izquierda de la escena, había otras dos grandes escalinatas, á modo de tribunas, ocupadas por las figuras de los hombres que más brillaron en los siglos XVII, XVIII y XIX (primer tercio): Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, D. Juan de Austria, Quevedo, Velázquez, Murillo, D. Alvaro de Bazán, Campomanes, Jorge Juan, Jovellanos, Padre Feijóo, Goya, D. Ramón de la Cruz, Máiquez, Duque de Rivas, Moratín, Espronceda, Larra y Quintana.

Al frente de estos personajes se hallaba María Guerrero, que simbolizaba á España.

Después de la presentación del cuadro, la primera actriz del teatro Español avanza hasta el proscenio y recita magistralmente una hermosa loa dedicada á Cervantes, escrita por el poeta Fernández Shaw.

Luego, las masas corales entonan un himno en honor del autor del QUIJOTE, y la escena se cubre de flores y hojas de laurel, y el público, entusiasmado, prorrumpe en gritos de ¡viva España!

La función del Real ha resultado brillantísima, y merecen aplausos los organizadores de ella.

La Exposición de Ricardo Marín.

Este extraño artista, tan original, tan nuevo, ha expuesto en el teatro Lírico una colección de dibujos representando escenas del DON QUIJOTE.

LOS ORFEONES EN MADRID

Los orfeones en la Puerta del Sol dirigiéndose al Ayuntamiento.

Marín es un gran impresionista de la pluma, que posee como pocos el secreto de la línea, y compone sus dibujos con esa fácil ligereza de los grandes maestros.

Sus dibujos, algo imprecisos, tienen, sin embargo, movimiento y vida; á veces con una sola línea, rota aquí, y descoyuntada allá, hace un admirable retrato.

En la Exposición del teatro Lírico ha presentado muy hermosos dibujos, algunos de ellos de muy difícil composición, como el de la aventura de los molinos y la caída de Don Quijote y Rocinante en la aventura de los mercaderes.

También merecen citarse los seis dibujos que representan la vuelta de Don Quijote á su aldea, acompañado de su vecino Pedro Alonso; los dedi-

LOS ORFEONES EN MADRID

Los orfeones en la plaza de la Villa.

cados á la batalla con el vizcaíno; los del entierro del pastor Grisóstomo; los del apaleamiento de los yangüeses—hechos con tanta ligera como gracia—y el retrato de Don Quijote, que si no es una reproducción *definitiva* del sublime loco, por su «espíritu»—¡qué bien miran aquellos ojos!—merece toda clase de alabanzas.

Ricardo Marín—¡qué mayor elogio puede hacerse de él—es un gran intérprete de la obra inmortal de Cervantes.

La fiesta del marqués de Cerralbo.

Kasabal la describió así:

«Alzábase anoche en lugar preferente del salón rotonda del suntuoso palacio del marqués de Cerralbo, sobre un trofeo de viejas armas del siglo XVI, un busto de Cervantes. Delante estaban abiertas las páginas de una de las más antiguas ediciones del libro inmortal que le cubrió de gloria, y á los lados y encima, como dosel, laureles y flores, indicando todo bien claramente que allí se rendía homenaje al Príncipe de los ingenios españoles.

Y para hacerle más solemne, lució la histórica Casa de los Aguilera todas sus galas, mostrándose, como el palacio de los duques, espléndida; como la del caballero del Verde gabán, grata; como la de Camacho, rica, y en un todo digna de los próceres españoles que fueron virreyes de dominios conquistados por el esfuerzo de las armas, generales de invencibles tropas y embajadores de Monarcas que dictaban la ley al mundo.

¡Oh, quién hubiera podido poner anoche en la galería del palacio del marqués de Cerralbo al invicto caballero de los Leones y á su buen escudero Sancho!

Hubiera visto el primero bellezas dignas de competir con la de su señora Dulcinea, damas de tan alto linaje como la duquesa, doncellas tan lindas como Altisidora, y en cuanto al segundo, se hubiera quedado más asombrado que cuando vió á Quiteria con sus galas de boda, y á buen seguro que cambia el gobierno de la más deseada ínsula por las preseas con que se adornaban todas aquellas descendientes de ricas hembras.

¡Y qué hubieran dicho del mérito y calidad de los personajes, venidos unos de lejanas tierras, salidos otros de lo más granado de nuestras Academias, para contribuir al homenaje!

En los salones del prócer español estaba anoche representada toda la cultura del mundo civilizado.

Pero vamos por partes, que la cosa lo merece.

Esa que está á la entrada de los salones, recibiendo con el marqués á los que llegan y ataviada con elegante traje estilo de la Corte de Luis XV, es la marquesa de Villahuerta, y no lucen menos que los brillantes que como collar rodean su cuello las virtudes que la enaltecen y el ingenio que la distingue.

LOS ORFEONES EN MADRID

Regreso de los orfeones.

Esa otra rubia, de tipo eminentemente Aguilera, vestida de encaje blanco, es una Oliva de Gaitán, hermana del dueño de la casa y con hijas tan hermosas como ella, y esa que completa el grupo de la familia es la viuda de un Flores Dávila, madre feliz de hijas que la honran.

Toda la familia de Cerralbo estaba allí atenta y solícita secundando á su jefe en los agasajos á los convidados.

En fiesta consagrada á enaltecer el ingenio, bien merece señalarse hasta la que en tan alto grado le atesora como doña Emilia Pardo Bazán, que se presentó vestida con elegante traje de color heliotropo.

Espléndida de joyas iba la marquesa de la Laguna, con más preseas que Zoraida cuando se presentó á los deslumbrados ojos del cautivo.

La marquesa de Ivanrey llevaba los hilos de perlas por diademas y chispeaban brillantes entre los negros cabellos de la hermosa marquesa de Alquibla.

La *Dama de los espejos* se hubiera podido llamar á la marquesa de Santa María de Silvela, según lo que deslumbraba su traje.

Elegantísima la marquesa de Valdeterrazo, con traje de raso, color de oro; la de Castrillo, adornada con camafeos antiguos, orlados de brillantes; la de Tamarit, de negro, con encajes blancos; la de Santa Cristina, lo mismo que la condesa de Guendulain, con preciosas joyas históricas.

La condesa de Caudilla, con diadema de topacios; con esmeraldas, madama Lamotheux; con perlas, su hija la señora de Fernández de Henestrosa; con amatistas, la marquesa de Alava.

Con rico traje de tela antigua brochada y espléndidos brillantes, la marquesa de Aguiar, y con riquísimas joyas, la condesa de la Quiteria.

La duquesa de Uceda, la del Infantado, la de Noblejas, la condesa de Valmaseda, la elegantísima señora de Lázaro Galdeano, cubierta de encajes y tules; la hermosa señora de González Beltrán, de blanco, y de blanco también la marquesa de Valdeiglesias.

Entre las damas del Cuerpo diplomático se destacaba, por su belleza, la hermosa esposa del representante de Cuba en España, Sr. de la Torriente.

La marquesa de Vistabella, siempre hermosa y elegante, lucía un espléndido sol de brillantes.

Estaban también la condesa de Vilana, la señora de Agrela, la de Rodrigáñez, la duquesa de T'Serclaes, la marquesa de Jerez de los Caballeros, la venerable condesa de San Juan, la condesa de Vía-Manuel, la duquesa de Sotomayor, la señora de don Alejandro Pidal, la condesa de Munter, la de Torre-Arias, la señora de Icaza, que va á representar la belleza española en Berlín; la condesa de Esteban Collantes, la señora de Cendra, con su hermana la señorita del Castillo de Chirel; la marquesa de Villamediana, la vizcondesa de la Laguna, la marquesa da la Coquilla y, ¿para qué más?, todo el Madrid linajudo, distinguido y elegante.

Tuvimos el gusto de saludar al distinguido diplomático Sr. Peralta y al ilustre periodista parisiense M. Gastón Routier.

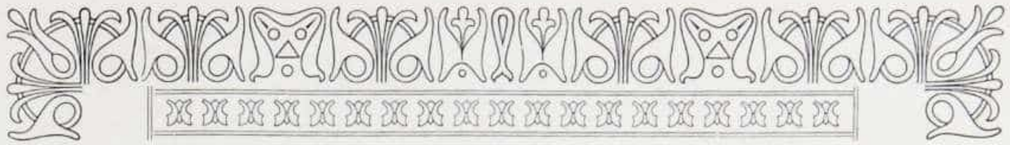
Había un gran número de académicos: Menéndez Pelayo, Sellés y Octavio Picón.

Las muchachas iban á hacer una visita al busto de Cervantes, y luego á bailar.

La cena, espléndida, como de bodas de Camacho.

Y la del alba sería cuando se bailaba todavía en el palacio de Cerralbo, y ante el busto de Cervantes, á cuyo lado se hallaban conversando el duque de Béjar y el de Osuna, pasaba el conde de Lemos dando el brazo á la duquesa de Ahumada.

¡Oh, pluma de Cide Hamete! Tú sola podrías dar dignamente cuenta de lo que fué la aristocrática fiesta con que un ilustre prócer cerró con broche espléndido los homenajes tributados á Cervantes en el tercer centenario de la aparición del QUIJOTE.»



FIESTAS ACADÉMICAS

MADRID

En la Academia Española.

DISCURSO *escrito por encargo de la Real Academia Española para conmemorar el tercer centenario de la publicación de* El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, *leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, en la sesión celebrada el 8 de Mayo de 1905, presidida por S. M. el Rey.*

Discurso del Excmo. Señor don Alejandro Pidal y Mon

SEÑOR:

La Real Academia Española, deseosa de dar á su voz en la presente solemnidad todo el alcance y la significación que le consienten sus gloriosos y dilatados anales, encargó por unánime acuerdo de todos sus miembros, al insigne literato, eminente crítico y laborioso Académico, dechado de prosistas españoles D. Juan Valera y Alcalá Galiano, la expresión de los hondos y vivos sentimientos que palpitan en su corazón al celebrar juntamente con todo lo que encierra de grande y noble la patria, el aniversario tres veces secular de la aparición del QUIJOTE en el materno solar de las hidalgas letras castellanas.

Excmo. Sr. D. Juan Valera.

Pocos, ó casi ninguno en realidad, encerraba en su fecundo seno la Academia con más títulos y mayor significación literaria para exponer en acto tan solemne, el amor que anega todo pecho español y el entusiasmo en que se desborda al solo nombre de aquel libro en que aparece como cifrado todo el sublime contenido de la gloriosa civilización española, ostentando al aire libre y á la luz en la más amena, risueña y graciosa narración que ha alegrado jamás los oídos

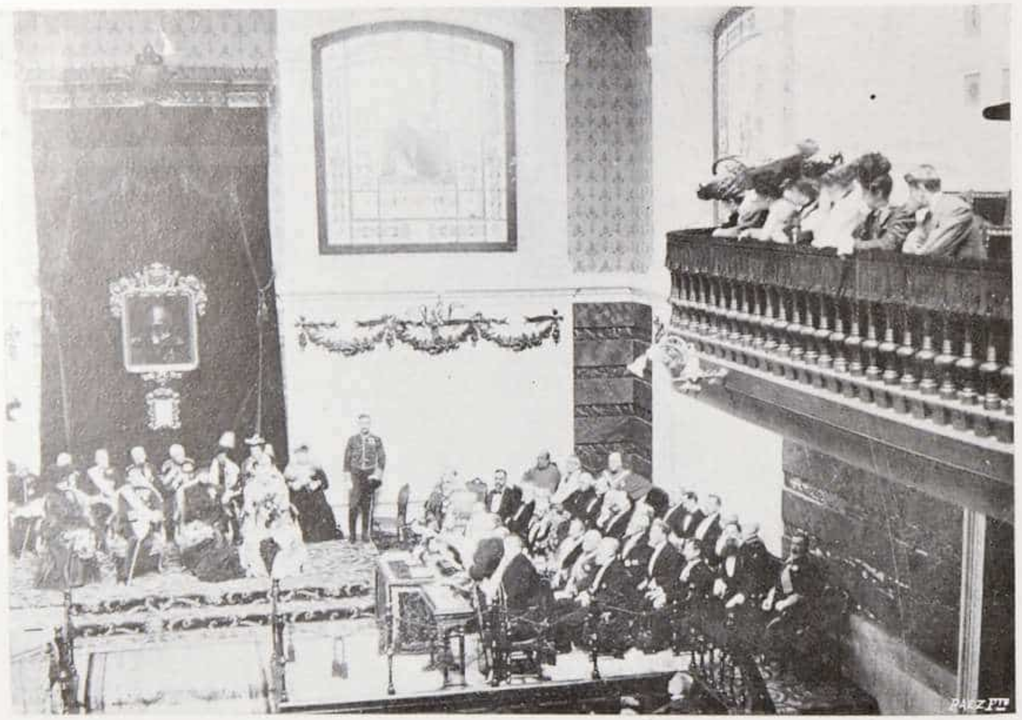
del linaje humano en las tristezas de su peregrinación sobre la tierra, y que más que en frágil y deleznable papel, parece que trazó en mármoles y en bronces imperecederos, la esforzada diestra del soldado y del poeta español para que no cesase de sonar perpetuamente en los siglos la carcajada universal, tan espontánea como imperiosa, con que comenta la humanidad la lectura de sus páginas inmortales.

Era, como es á todos notorio, D. Juan Valera un espíritu libre y original, adiestrado en toda clásica disciplina, identificado con el genio literario español en sus formas más acendradas y castizas, abierto á todo viento de inspiración tanto nacional como extranjera y dotado de aquella difícil facilidad en la expresión serena y llana de las más trascendentales doctrinas que se iluminaban, al pasar por los bien cortados puntos de su pluma, con la clara y apacible luz meridional que limpia sin esfuerzo y como sin querer el ambiente de todo vago y malsano linaje de brumas y de nieblas, sin que falte por eso en la oportuna sazón, al lado de la luminosa transparencia castellana, el cambiante que esmalta y colora con uno y otro matiz los vergeles pintorescos del Norte, ni el toque de vivísima lumbre con que dora y como que incendia el africano sol las feraces campiñas andaluzas.

Su saber y su erudición atesorados en su prodigiosa memoria, su vasta cultura universal acrecida en viajes y lecturas de todas las literaturas humanas, su talento crítico, sagaz, profundo y observador, su carácter modesto, pero independiente y un patriotismo tan ajeno á jactancias irreflexivas como á abdicaciones injustificadas, le hacían apto como quien más para trabajos como el presente, como lo pregona á gritos más que á voces con su reconocido valer el estudio con que enriqueció los fastos de esta Academia en su celebrado discurso sobre el QUIJOTE.

Hay sucesos, Señor, misteriosamente casuales en la existencia, que impresionan vivamente la más distraída atención, llamándola á meditaciones profundas: Valera, amantísimo de la Real Academia Española, acogió su ruego con humildad y con dolor. La humildad le llevó á obedecer ciegamente. El dolor acrisoló su obediencia, porque temía en su sincera modestia que los achaques y la edad no le permitieran alzarse á toda la altura de su empeño.

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA



D. Alejandro Pidal leyendo el discurso de D. Juan Valera.

Temor infundado como veréis, porque el Homero de nuestra crítica, si no pudo abrir sus ojos corporales, cerrados ya para siempre al trabajo y la luz, abrió los ojos de su espíritu, y como fluyen aguas cristalinas los ocultos veneros en las montañas, fluyeron de su alma y de su corazón torrentes de prosa abrillantada y castiza, arrastrando en su generoso raudal sartas de corales y perlas que recogía con trabajo sobre el papel la diestra acelerada y tardía de su asombrado secretario.

El discurso estaba ya para terminar. Apenas faltaba nada para darle punto, cuando la muerte le puso el sello de la inmortalidad, ahogando en la propia garganta del cisne los últimos ecos de su canto, sin duda para que quedase sin concluir como casi todo lo grande sobre la tierra.

Si la voz de Valera vivo, en la presente ocasión, hubiera sido el *Himno* triunfal del QUIJOTE entonado por el único casi superviviente de aquella generación de literatos insignes que inmortalizaron los anales literarios del reinado de Doña Isabel II, condensando la admiración tradicional de las edades pasadas al DON QUIJOTE, la voz de Valera muerto es el *testamento* literario del representante por estudio y por tradición de la España antigua y por origen, independencia y emancipación de la España moderna, que en los dinteles mismos de la Eternidad y reclinado ya sobre los bordes de su tumba transmite á la España del porvenir el secreto de la belleza literaria y artística, enseñándole el misterioso conjuro con que las Gracias de la antigüedad, evocadas por el Genio del Renacimiento, descendieron risueñas sobre la Mancha, para vestir su escultórica desnudez con las armas tomadas de orín de los bisabuelos de Don Quijote, con el sayo y las alforjas de Sancho, con el dengue asturiano de Maritornes y hasta con la prosaica bacía del barbero, convertida al prodigioso toque de su festivo talismán, en el propio yelmo de Mambrino.

Escuchemos, pues, atentos y respetuosos su voz, que resuena ya como bajada de lo alto, sobre lo que constituye hoy por hoy el más preciado blasón de nuestro abolengo literario, forjado por la diestra del héroe y del Genio español á quien llamamos *El Manco de Lepanto*, por haber sacrificado una mano en los altares de la Patria en la más alta ocasión que vieron y que verán los siglos, y donde se

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

El rey saliendo de la Academia.

preservó incólume por un prodigio de la Providencia la otra, sin duda para que nos señalase con ambas las dos sendas de la inmortalidad que conducen al templo de la gloria, donde tan alto dejó escrito con su propia sangre y su luz el inmarcesible nombre de España.

Discurso del Excmo. Sr. D. Juan Valera.

SEÑORES:

Esta Real Academia, en su Junta ordinaria del día 12 de Enero del presente año, acordó celebrar una sesión pública y solemne para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE honrándome con el encargo de escribir el discurso que en alabanza del mencionado libro en dicha sesión debe leerse.

Lisonjeado yo con tal encargo y lleno de gratitud por la confianza que en mí pusisteis entonces, no quise ni supe excusarme de cumplirle, aunque reconozco harto bien cuán difícil es salir airoso del empeño y cuán débiles son mis fuerzas, abatidas y menguadas por la vejez, para dar cima á tanta empresa con algo que satisfaga vuestra aspiración y que no sea indigno del alto asunto que ha de tratarse.

Declaro, sin afectada modestia, que dudo mucho de mi aptitud, y creo que de la de cualquiera otro, si sólo se atendiese al saber y al entendimiento, valdría mucho más que la mía. En lo único que no

cedo á nadie, y yo mismo me pongo atrevidamente entre los primeros, es en el entusiasmo que la obra de Miguel de Cervantes me inspira, y en mi arraigado convencimiento de la importancia y valor de dicha obra, por la que merece con justicia su autor el general aplauso de los entendidos y el título indiscutible y persistente de Príncipe de los ingenios españoles.

No he de tratar aquí de probar la validez de este título. Quien le otorga no es el engreimiento patriótico ni es el amor propio nacional, ni la moda, ni el pasajero favor del público en un momento dado. El QUIJOTE, desde el día en que se publicó, obtuvo la aprobación y el aplauso de las gentes, deleitó y encantó á sus lectores, y no sólo agradó en España y en la hermosa lengua en que fué escrito, sino también en las demás naciones y en las diversas lenguas en que fué traducido. Lejos de decaer su buena fama, lejos de marchitarse con el andar del tiempo el laurel que mereció su autor, bien puede asegurarse que reverdece más cada día y se muestra más frondoso, florido y lozano, dilatándose por donde quiera.

No es sólo en España donde coronamos á Cervantes. No somos nosotros solos, sino también las personas ilustradas de los demás pueblos, los que le colocan al nivel de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, entendido el vocablo poeta en su sentido más amplio. En Italia le colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania.

Nosotros, aunque se nos tilde de sobrada soberbia, cuando no por el talento reflexivo, nos aventuramos á colocarle más alto por su inspiración espontánea é ingenua. Tal es el concepto espontáneo é ingenuo también, que del QUIJOTE y de su autor formamos en el día sus compatriotas. Clara manifestación de este concepto es la fiesta unánime y el jubiloso triunfo con que recordamos la aparición de la inmortal novela.

Ni por un instante, á pesar de mi frialdad crítica y de mi propensión al escepticismo, he vacilado yo en tener por fundada la razón suficiente del homenaje, por grande que sea, que á Miguel de Cervantes tributamos hoy. No le creo nacido de arrogante jactancia nacional, sino de convencimiento claro y seguro. Esto no se opone, con todo, no á que nos empeñemos en probar lo que creemos por fe invencible y sin necesidad de prueba, sino á que investiguemos, hasta donde podamos penetrar razonando, el fundamento de nuestra admiración, incontrastable y preconcebida.

¿Por qué un libro de mero pasatiempo, una sátira literaria, una parodia, una obra de burlas, ha de descollar sobre toda la labor intelectual, así de la nación española como de otras inteligentes y cultas naciones europeas, no en época determinada, sino durante siglos?

Como quiera que se explique, y sean mayores ó menores el influjo y la importancia de la cultura de España, sobre todo desde fines del siglo XV hasta fines del siglo XVII, es lo cierto que á fines del siglo XVII decayó esta cultura, así como también la fuerza expansiva, el poder político y el vigor imperioso del pueblo que la había difundido por el mundo. Tal vez el odio á nuestro predominio pasado y la vanidad de otros pueblos que en el predominio nos sucedían, concurrieron entonces á desconocer nuestro merecimiento, á rebajar nuestra gloria, á menoscabar y hasta negar las facultades civilizadoras de nuestra raza. Se calificó nuestro pensamiento de estéril, de inútil ó nocivo al progreso, de estorbo de la humanidad en su marcha ascendente hacia más luminosas regiones de libertad y de ventura; y, singularmente en ciencias y en letras, se nos motejó de extraviados y de faltos de crítica, de orden y de buen gusto. Llegó á sostenerse que sólo habíamos tenido un libro bueno: el que se burlaba de los demás. Este libro fué el QUIJOTE. Tan abrumados llegaron á estar los españoles bajo el peso de tanto vituperio, que no pocos aceptaron con humildad y casi sin protesta, y tomaron por justa la cruel declaración de nuestra inferioridad mental, contra la cual sólo prevalecía el QUIJOTE, y esto porque venía á ratificar y á corroborar la sentencia.

¿Pero por qué se salvaba el QUIJOTE del general hundimiento? Creerle merecido y renegar de nuestra casta no son cualidades positivas que basten á salvar un libro del acerbo desprecio que sobre los demás se fulmina.

A fin de justificar la benévola excepción hecha por los extranjeros del QUIJOTE, y por nosotros aceptada, surgieron críticos y comentadores, que se desvelaron para hacer ver que la verbosidad, la carencia de medida y de juicio, y la infracción de todas las reglas no se advertían en el QUIJOTE, cuyo autor, en dicho libro al menos, seguía las reglas y las observaba escrupulosamente, después de haberlas estudiado con muy laudable aplicación, como las estudió, por ejemplo, Homero, el cual, según sostiene Hermosilla, asistió á la cátedra de Retórica y Poética de un colegio ó universidad que en su tiempo había en Esmirna, cátedra

que el mismo Homero hubo de ocupar más tarde.

El análisis crítico del QUIJOTE, hecho por los preceptistas neoclásicos del siglo XVIII, no dió, con todo, el más brillante resultado; no logró justificar, por la estricta observancia de las reglas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, que la obra de Miguel de Cervantes era digna del más alto lugar entre las creaciones del ingenio humano. Aquellas mismas reglas que habían de servir, y que sirvieron, para tasar el mérito del QUIJOTE y para medir sus grados de excelencia, sólo podían aplicarse por analogía, imaginando que el QUIJOTE era una epopeya ó algo á la epopeya muy parecido, y no otro diverso género de composición, para el cual dichas reglas no habían sido dictadas.

Por otra parte, ni los autores de las ya mencionadas artes poéticas, ni sus más severos comentadores é intérpretes, pusieron nunca el valer extraordinario y positivo de una fábula ó narración poética, en su conformidad completa con la Gramática, con la Retórica y con todas las artes de la palabra escrita ó hablada. Tal conformidad podrá valer, y vale, sin duda, para calificar un libro de muy correcto, culto y elegante, para que se le considere limpio de faltas, y para que su autor sea estimado como raro modelo de maestría; pero desde esta calificación, aunque en extremo honrosa, hasta la de que hoy abusamos con frecuencia, prodigándola y llamando *genio* á quien entendemos ó imaginamos que la merece, hay una enorme distancia que nadie atraviesa con seguridad y sin extravío, aunque se sepa de memoria á Hugo Blair y Batteux, y aunque estudie después y vaya armado de todas las estéticas que recientemente se han escrito.

Calcular la elevación de un poeta por su mayor ó menor sujeción á los preceptos, declararle por ello vencedor y concederle el triunfo, es como si de los tres príncipes hermanos, en cierto cuento oriental, se hubiese concedido el premio y la mano y el corazón de la bella infanta al que disparó y envió su flecha más lejos. No la hubiera obtenido el que más la merecía. Las flechas de dos de ellos pudieron hallarse en el punto donde llegaron á caer, pero no se halló la del que tuvo más brío para disparar la suya, porque fué más allá de toda previsión razonable. Movida por atractivo más poderoso que el de la infanta, mostró y abrió al príncipe el camino de los mágicos jardines y del reluciente palacio donde el hada Parabanú, ó sea la Emperatriz de los genios, la verdadera y más sublime musa, enamorada de él, le estaba aguardando.

Algo hay, sin duda, en el arte que va más allá, mucho más allá de las reglas, en lo cual reside y se funda el encanto misterioso que presta superior valer á la obra del artista ó del poeta.

¿Cómo acertaré yo á discurrir sobre este encanto misterioso y á demostrar, apoyándola con razones, mi firme creencia de que en el QUIJOTE reside?

En mi sentir, es indisputable, no ya que hubiese un determinado personaje que se llamase Homero, ni que fuese muy versado en literatura, hábil expositor y catedrático y fiel observador en sus leyes, como Hermosilla supone, sino que la *Iliada*, ó dígase el principal poema que á Homero se atribuye, está por cima de toda comparación. Aparece, al despuntar la cultura europea, como fecunda y clara luz de su aurora. Sean los que sean los diversos elementos que, venidos de Fenicia, de Frigia, de Egipto, del centro del Asia y hasta del remoto Oriente, concurren á formar esta cultura, todos ellos se fundieron en uno, y adquirieron al fundirse carácter original y propio, manifestándose en el rico y hermoso idioma de un pueblo predestinado y conteniendo en germen toda la fuerza creadora y predominante que hizo, primero á Grecia, á Italia y á España luego, y á otras naciones europeas más tarde, maestras soberanas y civilizadoras del mundo.

Por intuición semidivina y no por raciocinio y dialéctica, como si fuese inspirado por un numen y no premeditado, hubo de formarse el armonioso conjunto de tradiciones extrañas é indígenas, de leyendas, símbolos y creencias de diversas tribus, de sentencias de antiquísimos sabios y de conceptos imaginarios de la oculta naturaleza de las cosas, visto todo al través de un velo mágico, que sin descubrir el íntimo ser, enriquecía lo aparente de seductora belleza. Más adivinada que estudiada y pensada, más impersonal que personal, como si fuese la creación de todo un pueblo y no de un solo hombre, surgió así la verdadera epopeya primitiva, conteniendo en germen las leyes y las artes y hasta los principios religiosos y morales que habían de ir desenvolviéndose y fructificando en el alma de las futuras generaciones.

Por esto hallo incomparable la *Iliada*. Es la epopeya más completa de Europa. A toda epopeya ulterior falta algo. Lo épico popular difuso no desaparece, sin duda; pero la ciencia, la reflexión, las nociones adquiridas por especulación ó por experiencia, vienen á adelantarse al vaticinio, á la virtud adivinatoria que presta á la primitiva epopeya la trascendencia de un libro sagrado, donde lo que toda una casta de hombres piensa, siente, ve ó sueña de un modo confuso, adquiere luminosa forma

por virtud de palabras que dicta la deidad á una predilecta criatura humana.

Las epopeyas modernas son más artificiosas que inspiradas. La reflexión y la crítica no van en pos del numen inspirador, sino que le preceden y le guían. El vaticinio, el espíritu profético, cede el primer lugar á la previsión razonada. El poder sobrehumano que interviene en la acción épica y la virtud reveladora del poeta que la canta, no nacen en el alma del poeta mismo ni en la de su pueblo, para difundirse y adoctrinar luego á muchos otros pueblos y castas, sino que nacen en gran parte de ciencia y de experiencia adquiridas y de extrañas revelaciones.

Lo épico persiste porque no hay facultad humana que desaparezca ni que mengüe porque otras crezcan y se magnifiquen; pero lo que se sabe ó lo que se cree viene á limitarse por la contradicción y la duda, pierde no poco de la firmeza y autoridad que antes tenía, vacila y no se impone.

No es ya un Dios, sino mera alegoría, bajo la cual se oculta la razón ó el natural discurso, la que dicta los oráculos, pronostica los arcanos destinos y se atreve á enseñar los caminos de la vida.

Sólo un poema, aunque artificioso también y más debido á un singular poeta que al alma colectiva de un pueblo, ha aparecido á mi ver, en el seno de una civilización muy adelantada, conteniendo en sí algo de la universalidad y de la enseñanza trascendente de la primitiva epopeya, lo cual, contando con el valer extraordinario del hombre que compuso el poema, se debe á un cúmulo de circunstancias dichosas, que difícilmente pueden aparecer y coincidir de nuevo. Para que apareciese y cantase Virgilio, fué menester que hubiese una gran ciudad que extendiese su dominio sobre muchas y diversas naciones y por mucha parte del mundo conocido entonces; que enseñase á hablar y que hablase una lengua majestuosa, elegante y rica; que imaginase haber creado un Imperio sin fin, Imperio que iba á dar la paz al mundo, y que se presintiese que iba á aparecer un redentor y salvador, llegada ya ó próxima á llegar la plenitud de los tiempos y cumpliéndose así profecías y pronósticos de antiguos videntes y sabios.

La decadencia de Roma, la caída en Occidente de su grande imperio, la invasión de los pueblos del Norte, en la barbarie aún casi todos ellos, la corrupción del latín dando orígen á nuevos idiomas, rudos é informes al principio, y la aparición de distintas y aun opuestas nacionalidades, tal vez convenían para el ulterior progreso del linaje humano, pero por lo pronto hicieron retroceder la cultura, y si trajeron y acumularon nuevos elementos, que habían de valer en lo futuro para sublimarla, los trajeron y acumularon en gran confusión y desorden. Cuanto podía poner orden y verter luz en aquel caos obscuro, más bien que concebido en él, procedía de la pasada civilización, más eclipsada y aletargada que muerta. Lo más sano de la antigua filosofía, considerado acaso como preparación evangélica, el Cristianismo que, prescindiendo de su valer y de su fundamento sobrehumanos, era importado y no nacido entre los modernos pueblos de Europa, y la afirmación y el sistemático concierto de los dogmas religiosos y morales, dilucidados y discutidos por los Padres de la Iglesia y promulgados en los concilios, todo precedía, todo era exterior y anterior á la nueva era: todo era ciencia ya adquirida que trocaba la facultad creadora en reminiscencia, y los nuevos conceptos en comentarios ó explicaciones de los antiguos, y que propendía, no á la aparición original y sin antecedentes de una civilización más alta, sino al renacimiento de la civilización antigua, aunque depurada, amplia y completa.

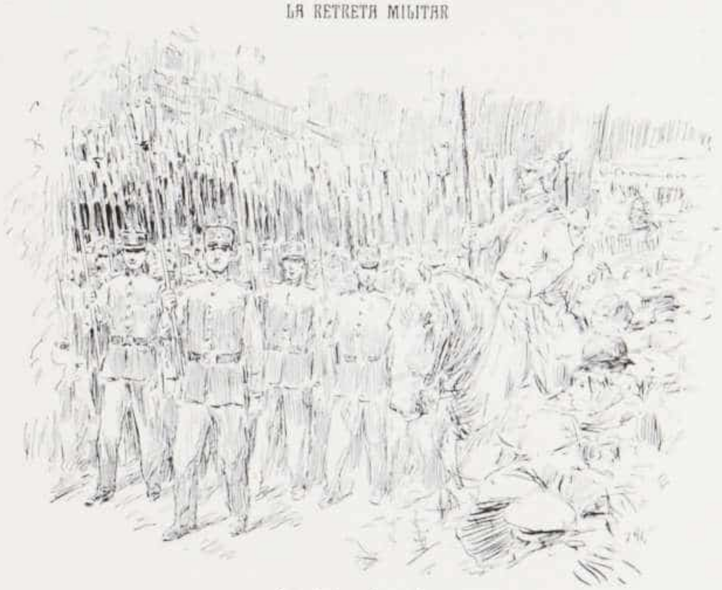
No sé hasta qué punto pueda calificarse de epopeya el admirable libro de Dante Alighieri; pero no nace en él un saber nuevo, sino renace el saber antiguo, se extiende y se divulga merced á un idioma vernáculo ya formado, y propende y logra en parte hacerse popular saliendo del santuario y de las escuelas. Virgilio sirve á Dante de guía, y le preceden é iluminan su espíritu, no sólo las Sagradas Escrituras, sino Platón, Aristóteles y muchos otros sabios, griegos, judíos, muslimes y cristianos, hasta Averroes, que hizo el *Gran Comento*, y Tomás de Aquino, que compuso la *Suma*.

El más frecuente y general asunto de la narración heroica, durante la edad media, sigue siendo las guerras, conquistas y hazañas de griegos y romanos, aunque sin duda en combinación con el vehemente anhelo, sentido por nuevas razas y sociedades de hombres, de renovar glorias y grandezas pasadas, prestando á los héroes que les dieron cima, carácter y condiciones que los desfiguraban y los hacían muy otros de los que en su tiempo y sazón habían sido. La guerra de Troya y los altos hechos de Alejandro de Macedonia constituyeron un ciclo épico. El poderío romano fué fundamento de otro ciclo, prolongado y ampliado hasta Carlo Magno, sucesor y heredero de los antiguos Césares del imperio de Roma.

Las ideas, tradiciones, fábulas, doctrinas religiosas y principios políticos y morales que los pueblos del Norte trajeron consigo al invadir y desbaratar el imperio de Roma, formando Estados y naciones nuevas, carecieron de la briosa y suficiente originalidad para eclipsar la luz de la antigua poesía ó para transfigurarla al combinarse con ella, creando algo que la igualase, cuando no la superase. Bien pudo lo sobrenatural cristiano convertir en alegorías, en sombras vanas y sin consistencia, el Olimpo, el Parnaso, el Citerón y todos sus dioses, musas, ninfas y demás deidades inspiradoras; pero nada ó poco importó para esto el Walhala.

Cuanto trajeron más tarde los mahometanos conquistadores ó los europeos importaron de Asia en Europa, después del gran movimiento de las Cruzadas, nada logró fundirse con el persistente recuerdo de lo clásico y con el más elevado sentir y pensar cristiano y católico para crear en los siglos medios una poesía, universal y trascendente como la antigua, que mirase á lo porvenir, que tuviese finalidad y que abriese claros y dilatados horizontes en el camino del linaje humano. La ciencia, y no la poesía, fué la iniciadora de la edad media. Durante siglos, el latín, muerto para el vulgo, y aunque viciado, persistente entre los eruditos y doctores, fué el medio más poderoso del progreso.

LA RETRETA MILITAR



La retreta en las calles.

Acaso el elemento poético más original que hubo en Europa durante la edad media, con carácter general y no nacional ó regional solo, se debe á una raza creyente y noble, aunque vencida y oprimida. Libres por algún tiempo los antiguos britanos é independientes del poder de Roma, hubieron de tener religión, cultura, leyes y príncipes propios. Una gentil y delicada flor de poesía hubo de nacer y ser cultivada entre ellos. Tribus germánicas, y principalmente los anglosajones, acabaron con la independencia de aquellos isleños celtas y los sometieron á su dominio ó los movieron á refugiarse en la Armórica, á la que dieron su nombre, llamándola Bretaña. La antigua poesía céltica, purificada en el infortunio por ideas y sentimientos cristianos, se conservó, y sin duda se transfiguró ocultamente, tal vez hasta el instante en que, conquistando los normandos á Inglaterra, resurgió triunfante al considerarse vengada de los antiguos conquistadores. Los druidas y los bardos volvieron entonces de la misteriosa Avalón convertidos en príncipes y reyes católicos, en andantes y enamorados caballeros y en muy discretas y hermosas damas y soberanas señoras, con brillante séquito de hadas y de encantadores activos y fecundos en estupendas maravillas, aunque sin muy razonable objeto y sin propósito claro.

El ciclo de la Tabla Redonda se extendió pronto por Europa toda, compitió con las historias y fábulas griegas, latinas y orientales, y vino á ser como la persistente tela de los *trouveres* del Norte de Francia, los refinados trovadores de Provenza y los inspirados *minesinger* de Alemania, con Wolfang de Eschembach al frente de ellos, bordaron vagas y primorosas leyendas, fundaron reinos que no están en el mapa y crearon palacios encantados é intrincadas selvas por donde atrevidos paladines iban en demanda del Santo Grial, ó á dar cima á fantásticas empresas y enmarañadas aventuras.

Por cierto que al asegurar Montesquieu, si él fué quien lo aseguró, que el QUIJOTE es el libro español que se burla de los demás libros españoles, mostró no estar muy enterado de todo lo dicho. Cuanto hay de sobrenatural y sofístico, de soñado y nebuloso en nuestros libros de caballerías tiene origen

xtranjero; por moda fué importado en España, aunque recamado y adornado luego por la vigorosa imaginación y fácil estilo de nuestros escritores, entre quienes descuella, fuese quien fuese, el autor del *Amadís*, «*libro único en su arte y el mejor de todos los que en este género se han compuesto*», como el mismo Miguel de Cervantes le preconiza.

No condenó Cervantes los buenos libros de caballerías. No sólo ensalza el *Amadís*, sino más ensalza aún, si cabe, á *Tirante el blanco* y á *Palmerín de Inglaterra*. Lo que Cervantes condena, lo que es blanco de sus burlas, es la exageración, el amaneramiento, las extravagancias viciosas: casi siempre lo exótico y nunca lo castizo.

Más dignos de elogio que de censura son en verdad el refinado sentir caballeresco, la admiración y devoción respetuosa, y la púdica, continente y platónica ternura con que paladines y trovadores sirven ó se supone que sirven á sus damas. Dante y Petrarca hicieron brotar de este sentir un limpio y abundante venero de pura poesía. Bien merece cualquiera de ellos que le celebremos llamándole:

> El que al amor desnudo en Grecia y Roma
> De un velo candidísimo adornado
> Volvió al regazo de la Urania Venus.

Pero este mismo sentir se exageró y vició y acabó por amanerarse. Tal vez no fué *candidísimo velo*, sino pesada y tupida vestidura la que se puso al amor contrahecho, para encubrir sus fealdades con postizos y falsos adornos. Tal vez el menosprecio y poca estimación que á la generalidad de las mujeres se les concedía, se quiso compensar con la adoración sacrílega y mentirosa de alguna singular princesa, de alguna alta y soberana señora.

Corrompido el casto amor cristiano, vino á convertirse con frecuencia en bastardo culto de hiperdulía, el cual, merced á su vehemencia y á sus ímpetus, solía romper todo freno de moralidad y de leyes. Con razón declara, pues, el satírico maldiciente, hablando de las damas así adoradas y servidas, que no gustaba de ellas y que las que él quería que hubiese ó imaginaba que en lo antiguo hubo en su patria eran:

> Todas matronas y ninguna dama;
> Que este nombre de halago cortesano
> No admitió lo severo de su fama.

Y aunque el alambicado amor de los trovadores y de los caballeros á sus damas no traspasase los límites de lo lícito, ni tomase trágicas proporciones, siempre solía ser propenso y harto ocasionado á degenerar en cómico y risible. Así lo comprendió Cervantes, y por eso imaginó y creó á Dulcinea.

Habían sobrevenido en el mundo extraordinarios cambios y novedades inauditas, por donde el humano linaje se abrió nuevos caminos y tomó nueva dirección en su marcha. La invención de la pólvora y la de la imprenta, el más claro conocimiento de la antigüedad clásica importado en el occidente de Europa por los sabios griegos fugitivos de Bizancio, y sobre todo, el descubrimiento de la total grandeza y redondez de la tierra, de inmensos continentes é islas y de dilatadísimos mares, hizo imaginar á muchos que iba á terminar la edad de la fe y que la edad de la razón empezaba.

Por extraña contradicción del pensamiento humano, cuando en la realidad de los hechos y de las cosas se revelaba un fondo poético más alto y más amplio que todo lo previsto y soñado antes, ese mismo pensamiento humano, deslumbrado, absorto, ciego por el mismo resplandor de cuanto acababa de descubrir y aún no acertaba á comprender, se rebeló contra la poesía, se empeñó en ser demasiado razonable y se aficionó á la prosa más de lo justo. Apenas vió el haz de lo descubierto y no penetró en las profundidades misteriosas que bajo el haz de lo descubierto se ocultaban. El universo, que en nuestra vanidad presuntuosa juzgábamos ya conocido por experiencia, nos pareció más pequeño y menos hermoso que el que imaginábamos ó soñábamos antes en nuestra infantil ignorancia. Las hadas, los encantadores, las ninfas y los genios, todo, por tiránico decreto de la ciencia, fué expulsado del mundo real. La epopeya, la poesía narrativa como arte, llegó al mismo tiempo á su mayor perfección en la forma, merced á la superior cultura y elegancia que los nuevos idiomas habían alcanzado. De aquí el primoroso florecimiento de la poesía artificial narrativa y la decadencia ó más bien la casi imposibilidad de la verdadera epopeya espontánea, sentida y creída hasta en sus recursos y poderes sobrenaturales.

En Italia se trocó en juguete ameno y gracioso toda la *romancería*, con Angélica, Orlando y Medoro, con el Glorioso Imperante y sus valientes paladines. Todo ello fué menos serio que de chanzas ó de burlas; todo para pasatiempo y no para más altos fines. Los entes sobrehumanos de las antiguas mitologías tuvieron que desvanecerse, como ensueños ó como criaturas sin substancia, y sólo persistieron como figuras retóricas, abstracciones, alegoría y símbolos sin vida. Así la *Reina de las hadas* de Spencer, con todos los seres amigos y enemigos que la circundan, no vienen á ser, á pesar del ingenio poderoso del poeta, sino disfrazadas personificaciones del catolicismo y del protestantismo y de otras ideas, opiniones y conceptos políticos ó religiosos. Se derrochó el saber, el ingenio, el atildaminento y la habilidad primorosa, pero no pudo aparecer ni apareció la epopeya. Sólo consiguió suplantarla la historia descarnada y seca, sin milagro de veras creído, sino de algo que naturalmente sucede y que tal vez gustaría ó interesaría más contado en prosa que con el trabajoso artificio de las octavas reales. Y, sin embargo, apenas se concebía entonces nada mejor en lo épico. Bien lo confirma Cervantes cuando, en el donoso escrutinio de la librería, hace decir al cura que la *Araucana* de Ercilla y la *Austriada* de Juan Rufo «son los mejores libros que en verso heroico en lengua castellana están escritos y que pueden competir con los más famosos de Italia».

Lo único que por entonces, á pesar de no pocas deficiencias, se aproxima á la epopeya verdaderamente inspirada, fué las *Luisiadas* de Luis de Camoens. Este gran poeta presintió y adivinó todo el valer, toda la maravillosa trascendencia de las hazañas que portugueses y castellanos habían realizado para magnificar y completar en nuestra mente el concepto de la creación ó de las incomprensibles obras divinas, en todas las cuales está Dios sosteniéndolas con su poder y llenándolas de su gloria.

Fuerza es confesar, no obstante, que, deslumbrado nuestro espíritu por la magnitud de la realidad descubierta, no acertó por lo pronto á penetrar en el centro de ella y descubrir allí la nueva poesía. Más bien por virtud del prurito razonador propendió el alma humana á desnudar la naturaleza de sobrenaturales prodigios y á no ver en el mundo sino aquello que se nos aparece por observación y experiencia de los sentidos. Esto mismo lo vimos mal. Apenas tuvimos vagar para hacernos cargo de todo. Por la India pasamos con los ojos cerrados, sin llegar á comprender hasta mucho más tarde su antiquísima civilización, su filosofía y sus ideas religiosas. Al tomar posesión del gran continente americano, formamos sin duda inventario científico de cuanto en él había, de su flora y de su fauna, de las razas humanas que le poblaban y hasta de los idiomas que hablaban estas razas, trabajo todo de los españoles, trabajo utilísimo para la ciencia, pero sin la visión sintética, sin aquella más elevada y completa concepción que había de ser ó podía ser núcleo y fecunda semilla de una poesía nueva.

Lo descubierto ó averiguado daba bastante motivo para que las antiguas expediciones civilizadoras y triunfantes de Osiris y de Baco, de Salomón y de Hiran, y las conquistas de Alejandro y de Trajano se tuviesen en poco y para que el poeta pudiese decir, sin pecar de arrogante y presuntuoso:

> *Cesse tudo o que a musa antiga canta,*
> *Que outro valor mais alto se alevanta.*

Pero, si hubo bastante motivo y razón para imponer silencio á la antigua musa, faltaron vigor y aliento fatídico para que la musa nueva llegase á cantar con la requerida y condigna resonancia. El prematuro racionalismo tuvo la culpa. Cuanto se decía ó se escribía, mejor que en verso estaba en prosa. La prosa más sencilla, la más de buena fe, la que se limitaba á contar lo materialmente visto y no lo espiritualmente soñado, resultaba más poética que el verso.

La misma Reforma contribuyó, poco más tarde, á desnudar cuanto existe de sobrenaturales encantos, á crear en su idea un dios solitario y adusto escondido en las remotísimas profundidades del cielo, casi sin ángeles, casi sin santos y casi sin la brillante corte celestial de cándidas vírgenes y de bellas pecadoras arrepentidas.

La manía de lo experimental, el recto juicio, el método baconiano, el no apreciar sino lo bien observado por los sentidos, hubo de prevalecer así, procurando destruir la poesía como ficción dañosa ó ridícula, á no considerarla como primorosa tarea de mero pasatiempo que divertía ó interesaba, pero que no enseñaba. Lo substancial, lo didáctico, lo concionante se puso en prosa. Los libros científicos del Rey Sabio valen mil veces más que todos sus versos. López de Ayala es ya un grave historiador y sabio político y no un descarnado cronista ó un juglar cantor de gestas. Y la narración fingida en prosa, la novela y el cuento cuyo contenido es una lección moral, política ó religiosa, prevalece y se sobrepone á casi todas las coplas y discreteos sutiles de los Cancioneros.

Desde épocas muy antiguas, desde antes que se formase y pulisse el habla castellana, el ingenio español dió brillantes muestras de su rara aptitud para la narración prosaica. No hubo género de novela ó de cuento que entre nosotros no se cultivase y no diese sazonados frutos. Tofail y Lulio encerraron sus filosofías en novelas. Dechado perfecto del apólogo ejemplar nos dió el Infante D. Juan Manuel. Restaurados recuerdos de la soñada edad de oro y de antiquísima poesía que ya pasó, en combinación con sutilezas petrarquistas y platónicas, inspiraron sus novelas pastoriles á Bernardín Ribeiro, á Jorge de Montemayor y á Gil Polo. La

novela histórica, presentida y en cierto modo realizada con candidez graciosa, nace con Ginés Pérez de Hita y con Antonio de Villegas. Y la realidad vulgar de la vida humana, las costumbres, pasiones y sentimientos de la plebe, sin pesimismo tétrico, con más alegría y con menos coturno que ahora, dan ser á la novela picaresca, en la que se ensaya y sobresale el mismo Cervantes, apercibiéndose y adiestrándose para escribir el QUIJOTE.

Lo ideal y lo real á la vez, lo novelesco y lo dramático juntos, lo más trágico y lo más cómico, maravillosamente fundidos en diálogos llenos de verdad y hermosura, producen, por último, *La Celestina*, libro singular, germen rico del teatro y de la fingida narración en prosa de las edades venideras.

Tales eran, en mi sentir, las corrientes del pensamiento cuando Miguel de Cervantes vino al mundo y dió razón de quién era, así en sus hechos como en sus dichos.

Miguel de Cervantes fué un gran poeta, sin duda. Y no menos que en prosa hubiera sido gran poeta en verso, si las circunstancias no le hubieran sido contrarias. Reflexívamente cedía al espíritu razonador de su época; negaba lo milagroso, poniéndolo en parodia, pero lo amaba con entusiasmo á par que lo negaba y lo parodiaba. Su chistoso y benigno humor pone de manifiesto á cada paso esta inclinación suya, en ninguna parte con mayor claridad y gracia que cuando Don Quijote, en vez de persuadir á Sancho de que era sueño ó embuste el retozo que tuvo en el cielo con las Siete Cabrillas, se allana á creerlo todo, con tal de que Sancho crea cuanto él acertó á ver en la Cueva de Montesinos. Y si hasta para lo absurdo, con tal de que fuese divertido ó poéticamente hermoso, Cervantes propendía á la credulidad y repugnaba el escepticismo, ¿cómo ha podido suponer nadie que Cervantes dudó nunca de la grandeza de su patria, que censuró las doctrinas y principios que informaban la civilización y el gran ser de España en su tiempo, y que lo escarneció todo, empeñándose en reformarlo, ó más bien en trastornarlo, como el más audaz progresista, librepensador y revolucionario de nuestros días?

LA RETRETA MILITAR

Farola monumental dedicada por el ejército á Cervantes.

Aunque en algo harto menos esencial, arrastrado por la nueva corriente del pensamiento, Cervantes aparezca á veces como burlándose, ó como censurando instituciones, doctrinas, hechos y cosas que en lo más hondo del alma todos en su tiempo respetaban, yo tengo por cierto que la censura ó la burla de Cervantes no iba ni podía ir sino contra la malicia, contra la flaqueza ó contra la viciosa condición de los hombres, que torcían la rectitud ó maleaban y viciaban la dignidad y la conveniencia de las instituciones, base y sostén entonces del orden establecido. Para suponer además no pocas de esas censuras ó burlas, apenas hay otro fundamento que el capricho de quien las supone. Muy lejos estaba de la intención de Cervantes el ofender á los monjes benitos, haciendo que Don Quijote les diga: *ya os conozco, fementida canalla*; y más lejos aún el burlarse de ciertas ceremonias inquisitoriales en las exequias y resurrección de Altisidora. Si alguna vez Cervantes nos presenta desmandada y pecaminosa á la gente de Iglesia, no es para injuriarla, sino porque la coloca bajo el predicamento de los demás seres humanos, y la sujeta también á sus miserias y debilidades. Así, pongamos por caso, los individuos todos de aquella congregación, en la que pudo elegir cierta discreta señora sapientísimos teólogos y predicadores elocuentes, si bien prefirió á un lego sano y robusto.

Al que busca en el QUIJOTE una doctrina esotérica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propende á socavar las

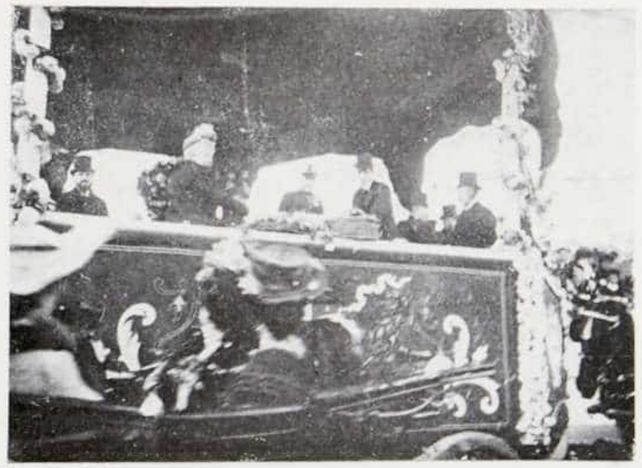
bases de la sociedad en que vivía, á fin de fundar ciudad y modo de ser nuevos, abominando y maldiciendo lo existente, le comparo yo al Rey de Moab cuando encantusó al profeta y le envió á que maldijese á Israel desde la cumbre de la montaña; pero el profeta vió al pueblo de Dios acampado en la llanura, y el espíritu del Altísimo se echó sobre él y llenó su alma, y, en vez de maldecir, entonó un cántico de alabanzas y colmó á Israel de proféticas bendiciones.

LA BATALLA DE FLORES

Tribuna regia.

Imposible parece que la obcecación de algunos comentadores haya llegado hasta el extremo de convertir en desaforado progresista á un español tan de su época como Cervantes, tan á prueba de desdenes, tan resignado con su pobreza, tan conforme con su condición menesterosa y humilde, tan confiado en la grandeza de su patria, tan entusiasta de sus pasadas glorias y tan seguro de sus altos y futuros destinos.

LA BATALLA DE FLORES



El rey y la infanta Isabel en la tribuna.

Todavía me parece más desatinado quien califica á Cervantes, no ya sólo como contrario de su patria, sino como contrario también y desapiadado burlador de creencias llenas de benéfica poesía, calificándolas antes de ilusorias en nombre de una realidad malsana.

Cervantes, en mi sentir, en todo cuanto escribió, y más que nada en el QUIJOTE, tuvo tal fe en el ser inmortal y en la omnipresencia de la poesía, que para buscarla y hallarla no acudió á la metafísica, no se elevó, traspasando el tiempo y el espacio, á regiones ultramundanas y etéreas, sino que casi se encerró en los no muy amenos ni pintorescos campos de la Mancha, y encantándolos con su ingenio, y tocando en ellos como con una vara de virtudes, hizo brotar del estéril suelo manantiales poéticos, más abundantes y salubres que los de Hipocrene y Castalia. Cuando lo mejor del mundo era nuestro, cuando unido Portugal á España nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente y nuestro pabellón ondeaba sobre ciudades y fortalezas de la China y de la India, cuando nuestros soldados y nuestros misioneros llevaban la religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas como por Italia y por Flandes y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa, cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el Norte la herejía luterana, no marchitos aún los laureles de San Quintín y Lepanto, y más engreídos por la gloria que recelosos de vencimiento y de caída, es

gran disparate imaginar que se propusiese Cervantes en el QUIJOTE reirse de su nación y de los sentimientos y doctrinas que la habían subido á tanta altura y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo. Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español haciendo simpáticos hasta los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal á nuestros reyes, príncipes y gobernantes, contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia, ni emulación inverosímil desde la insignificante posición en que resignado y conforme él se veía. Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieron abyectos á los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras é indignos del Imperio. No digamos, como dice Quintana, cediendo á flamantes preocupaciones y haciéndose eco de forasteras y liberalescas calumnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojándole así del imperio del mundo. En ningún personaje del QUIJOTE, representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella edad, se advierte el menor rastro, el más leve signo de sumisión servil, de vileza ó de mansedumbre extremada. Nótase, por el contrario, á par de la subordinación y el respeto á la autoridad, fundada por Dios y por ministerio del pueblo á quien Dios inspira, el amor de la igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más briosa, la cual raya á menudo en menosprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes ó ministros. Don Quijote llama á los cuadrilleros «ladrones en cuadrilla», y no sólo desafía y provoca á la Santa Hermandad, sino á Castor y Polux, á los Macabeos y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas su voluntad. Y no es sólo el caballero andante quien por serlo se considera campando por sus respetos, horro de toda servidumbre y sin miedo ni sujeción á nadie, sino que también la gente menuda y plebeya tiene los mismos humos y gasta los mismos arrestos y bizarrías. Juan Palomeque, el zurdo, desdeña, con mucho reposo, los ofrecimientos que le hace Don Quijote, de vengar sus agravios: «yo no tengo necesidad, le dice, de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece». Y los pelaires de Segovia y la demás gente maleante y juguetona que mantearon á Sancho tienen también tan en poco como Juan Palomeque el poder vengador de Don Quijote. No consintieron en que se atrancase la puerta de la venta para repararse contra él, ni lo hubieran consentido, aunque en vez de Don Quijote hubieran venido á castigarlos todos los héroes de la Tabla Redonda y el propio Rey Arturo.

¿Qué corazón de esclavo hay en el valiente, generoso y terrible Roque Guinart ó en la gallarda, celosa y vehemente Claudia Jerónima, enamorada matadora de Vicente Torrellas? Si pecan por algo los personajes del QUIJOTE no es por lo sumisos, sino por lo desaforados. Y esto no se opone ciertamente á la cortesía, á la bondad y á la cultura. ¿Con qué franca y cordialísima hospitalidad no reciben, agasajan y regalan al caballero andante y á su leal escudero, ya los duques en su castillo, ya Camacho el rico, ya Basilio y Quiteria, ya Don Diego de Miranda, ya Don Antonio Moreno, ya las zagalas y los pastores cortesanos de la fingida Arcadia, y ya los mismos rústicos cabreros que hospedan en su choza al amo y al criado, que comparten con ellos su cena frugal y que oyen respetuosos y embelesados el hermoso discurso que Don Quijote pronuncia, inspirado por el puño de bellotas que tiene en la mano, y que retrae vivamente á su imaginación la soñada edad de oro, la cual en aquel momento más nos parece realizada que soñada?

Ni rustiqueza, ni grosería, ni amilanamiento se advierte en las personas y en la sociedad que en el QUIJOTE se describen, sino el gran ser y la energía de una nación que vive aún en el mayor auge de su poder y más confiada en su duración que recelosa de su decadencia.

No es abatida resignación, sino conformidad alegre, activa y sana la que Cervantes se complace en describirnos. Llega á la aldea el pintor de mala mano: el Ayuntamiento le encarga pintar las armas y él no acierta á pintar tanta baratija; pero, en vez de desesperarse, se conforma con su mala ventura, toma el azadón y se va al campo á cavar como un gentilhombre. Por la libertad debemos exponernos á los mayores peligros y aventurar la vida; pero si la libertad no se logra, no debemos caer en inactiva postración y en melancolía inútil, sino sacar ventaja hasta del cautiverio y de la mala suerte. No se desespera Ginés de Pasamonte porque le llevan á *gurapas*, sino que se consuela, al ir á ellas, con el alegre propósito y con la risueña esperanza de que allí ha de tener vagar para seguir escribiendo la historia de su vida, que ha de superar en amenidad y en enseñanza á la de Lazarillo de Tormes, ó á la más divertida de todas las novelas picarescas.

El sufrimiento es una virtud cuando no nace de menosprecio de la ley moral ó de la poca cuenta

que de la honra se tiene; y de este sufrimiento sin mácula estaban mejor dotados los españoles de entonces que los de ahora. La gracia, el chiste, la risa benévola que no lastima ni hunde á quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal, apenas se da hoy. Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abruma. Se diría que hemos nacido para llorar y no para reir. Un poeta contemporáneo asegura que nos ponemos feos riendo y que llorando estamos muy guapos:

> El rostro que nos dió Naturaleza,
> Nuestro destino avisa;
> En la aflicción, vestido de nobleza,
> Y disforme en la risa.

Yo, no obstante, me atrevo á entenderlo al revés de como lo entiende este poeta. Nada más propio que la risa del noble ser racional y humano. Los animales se afligen y se lamentan, pero nunca ríen. La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses, y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reir con suavidad y dulzura. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro del QUIJOTE. No se concibe tal risa sin la debida conformidad con Dios y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó son buenas como el mismo Dios dijo al crearlas. A nada conduce el ser quejumbroso y maldiciente. No por el ansia furiosa de trastornar y destruir, sino conservando y mejorando con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue. Empecatada filosofía de la historia es, á mi ver, la que supone que la humanidad no adelanta sin aborrecer lo presente y sin procurar derribarlo, con violentos trastornos, lucha y ruinas. Tan absurdo me parece considerar que fuera indispensable requisito, para que fuese España la primera nación del mundo, el expulsar, expilar y quemar á unos cuantos millares de judíos y de herejes, como el entender que convenía pasar el trance de la reforma con su recrudecencia de fanatismo, con sus guerras civiles é internacionales, con sus matanzas y suplicios, para alcanzar al cabo la libertad de conciencia, ó como imaginar que el más próspero estado y la mayor cultura de la Europa de nuestros días, aun suponiendo que no es problemático todo ello, se deben á la sangrienta revolución francesa y el más sangriento fruto que dió de sí: al déspota que, sin más alto propósito que su ambición y su capricho, llenó durante años á Europa de estragos y muerte para dejarlo todo al fin como antes estaba.

Como quiera que sea, aun siendo verídica tal filosofía de la historia, aun siendo fatal ó providencialmente ineludible que haya violentas revoluciones para que adelante la humanidad, yo no noto el menor indicio de que Cervantes las prepare ó las anuncie, ni puedo tampoco fundar en tan imaginaria preparación la más mínima parte de la gloria de nuestro admirable novelista. Lejos de castigar él con suaves burlas y benigna risa nada de cuanto en España se veneraba, sólo castigó, venciendo el afecto que le movía á amarlo, lo ya condenado y castigado por nuestras leyes y por nuestros más castizos, ortodoxos, teólogos y moralistas: por Luis Vives, Benito Arias Montano, Melchor Cano, Alejo de Venegas y Fray Luis de Granada.

No todo cuanto Cervantes vió y experimentó durante su agitada y trabajosa vida podía causarle contento ni inspirarle alabanzas, pero su invencible alegría se opuso á todo. En nada vió lo feo, sino lo moral y noblemente hermoso. No ya Lucinda, Dorotea, la inocente y amorosa doña Clara y Ana Félix la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo á compasión respetuosa el sello divino del Hacedor en el alma humana indeleblemente estampado. La fuerza mágica del estilo de Cervantes, más que en acumular tesoros poéticos, se muestra en el hacer surgir la poesía de la misma realidad desnuda y pobre. El amor con que Cervantes pinta y representa esta realidad, la ilustra con vivos y gratos resplandores.

Cuando Cervantes dice: «en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme», entienden no pocos comentadores que Cervantes tenía muy desagradables recuerdos de dicho lugar y que deseaba tomar venganza de los malos tratos que en él le dieron; pero los comentadores se quiebran de puro sutiles, ó bien la venganza de Cervantes fué generosa y en extremo dulce. Alonso Quijano el bueno, salvo su graciosa locura, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía. Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el Bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie. La vida del lugar es tan grata que, en vez de desear nadie olvidarse hasta de su nombre, siente el prurito de ir á pasar en él una temporada, entreteniéndose en sabrosas pláticas y en saludables paseos con los personajes ya nombrados, ó yendo al arroyo donde,

nueva Nausicáa, lavaba la ropa Sanchica, cuando acertó á llegar el paje con la carta de la Duquesa, el vestido verde de cazador y la bonita sarta de perlas.

Todavía hay otro comentario ó interpretación insufrible y arbitraria á todas luces: intepretación ofensiva y calumniosa para Sancho Panza, sin el más leve y razonable fundamento. ¿Cómo suponer que Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho gracioso, Sancho que sigue á su amo, no por las esperanzas de la Insula, sino porque le ama y le respeta, aun cuando duda de su cabal juicio, y porque sólo la pala y el azadón pueden apartarle de él; cómo suponer que Sancho, que monta intrépidamente en

LA BATALLA DE FLORES

Tribuna del Ayuntamiento.

Clavileño y traspone al remotísimo reino de Candaya para rapar las barbas de la Trifaldi y de sus compañeras, es un egoista, codicioso, glotón é interesado? Su inocente malicia, sus gracias y donaires, que le ganan el favor, el cariño y la confianza de la Duquesa, su rectitud y tino en el gobernar mientras le duró el Gobierno de la Barataria, el desprendimiento digno de Job con que dejó de ser Gobernador y volvió á ser escudero, todo muestra que el alma de Sancho, tal como Cervantes la ha creado, no es triste y fiel trasunto de la mezquina realidad donde Cervantes arroja y deposita desdeñosamente las impurezas todas. No es Sancho personificación de la realidad grosera, vulgar y egoista que se contrapone á lo ideal, á lo sublime, hasta rayar en locura, que llena el alma de Don Quijote, haciéndola merecedora de respeto y de admiración aun en medio de sus mayores extravíos. Sancho, en suma, no es contraposición, sino complemento de Don Quijote. Sancho es el rústico ideal español de aquella época, como Alonso Quijano el bueno es el modelo ideal del hidalgo español de la época misma, sobre todo no bien recobra su cabal juicio, poco antes de su tranquila y cristiana muerte. Alonso Quijano no la teme, ni la desea, porque ama la vida, porque el ansia de goces y de venturas, superiores acaso á nuestra condición y á nuestros merecimientos, no le acibara ó emponzoña lo presente con el anhelo atormentador de un porvenir soñado. Ni á la prolongación de los tiempos, durante la vida terrestre del linaje humano, ni fuera de esta vida, á más altas y ultramundanas esferas, acude Cervantes para consuelo de nuestras cuitas, para compensación de nuestros infortunios y para justificación de la Providencia divina. Y no porque Cervantes carezca de esperanza, sino porque su felicidad no la exige, sino porque dice como el poeta místico:

Aunque no hubiera cielo yo te amara.

Para saciar su sed de bienaventuranza no es menester una eternidad; un leve momento le basta, si humildemente se conforma con la voluntad de Dios á quien ama y adora. La paz de la conciencia, la dulce satisfacción del deber cumplido, valen y duran tanto para un corazón humilde como la más perdurable gloria. No necesita acudir Dios á sobrenaturales recursos para la paga de nuestras buenas acciones. Hermosamente lo expresa Don Quijote al terminar los preceptos y reglas que da á Sancho para adorno y salud de su alma: «Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, titulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida, te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.»

¿Qué rastro, qué indicio de amargura, qué queja ni qué odio, ni contra el orden social, ni contra la gente contemporánea suya, ni menos aún contra el mismo Dios puede atribuirse á quien viejo, en humilde posición, enfermo y pobre y poco atendido y

considerado, tan dulces y amorosas palabras escribe? Por eso le hemos comparado al profeta que fué á maldecir á Israel desde la cumbre de la montaña y cayó sobre él el espíritu del Altísimo y llenó su alma, y el profeta rompió en un cántico de alabanzas y colmó á Israel de bendiciones.

Tal vez contra su reflexivo propósito infundió el amor en el alma sana y fuerte de Cervantes esta inspiración tan opuesta al tétrico pesimismo, al furor antisocial ó blasfemo que nos contrista y nos atormenta en el día de hoy.

Como quiera que ello sea, yo busco y no hallo la sátira amarga que en el Quijote se esconde. No veo el triste reconocimiento de los males y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar. La manía de convertir el arte liberal en arte servil y útil, de cifrar la mayor excelencia y perfección del arte en algo que está fuera del arte mismo, sometiéndole profanamente á tan extraño propósito, es á mi ver la causa de tan infundadas interpretaciones. ¿Qué más puede pedirse á una obra artística, para reconocerla perfecta y merecedora de alabanzas inmortales, que la abundancia de gracia con que nos regocija el alma, y la elevación y nobleza del sentido moral con que la purifica, la mejora y la ilustra?

Es por otra parte contradictorio suponer, para que el arte no sea inútil, que toda su utilidad se cifra y resume en una doctrina oculta, cuyo significado no se aclara hasta mucho después de haber pasado la ocasión oportuna de aclararle. La declaración tardía del misterio anagógico del QUIJOTE convertiría libro tan ameno en una broma pesada y cruel que acabaría por hacernos á su autor aborrecible.

Supongamos que Cervantes notó y deploró muchos males que había en su época, los censuró con tanta acritud como disimulo y se propuso ponerles eficaz remedio cifrando la receta para su curación en el más enmarañado logogrifo. Como nadie entendió bien el logogrifo, nadie tampoco pudo valerse de la virtud terapéutica que en logogrifo se escondía, ni curar por medio de ella, ni reformar ni mejorar á los hombres.

LA BATALLA DE FLORES

Carroza del gremio de tejidos.

Discurso del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal.

SEÑOR:

Hasta aquí llega el discurso del Sr. Valera. Aquí cortó con implacable tijera, la dura mano de la Parca, el doble hilo de oro del discurso y de la vida del escritor, consagrando con el rapto violento de su personalidad y su tránsito al mundo de las realidades eternas y de los destinos realizados, el juicio definitivo y perfecto de una larga vida de estudio sobre la obra maestra que nos envidia y celebra á la vez, asombrado y regocijado el mundo de las opiniones opuestas y de las disputas irreductibles, que al saludar al QUIJOTE con el rendido homenaje de su unánime admiración, no se da suficiente y acabada cuenta tal vez, de que saluda en él, no sólo al monumento literario, erguido como una pirámide colosal, insumergible en el diluvio de la publicidad contemporánea; no sólo al portentoso genio creador de las dos imperecederas figuras en que se reconoce personificada la humanidad, sino al pueblo que cooperó á su creación suministrando la rica sangre de sus venas para darlas vida y calor, y lo más puro de su alma, para informarlas con el espíritu caballeresco y cristiano, que brilla con inextinguibles destellos de nobleza y generosidad hasta en los rasgos más burlescos de sus inmortales aventuras.

Porque todo se podrá armonizar en síntesis más ó menos alambicadas y confusas, menos la perenne y cada vez más entusiasta admiración por el QUIJOTE, y el menosprecio constante hacia la patria de su

autor y hacia el ideal luminoso que lo inspira y que lo agiganta y que tan heroicamente realizó en la Historia aquella gran democracia cristiana que se llamó el Pueblo Español, y que si por haberse apartado de él perdió el privilegio de que el sol no se pusiese nunca en sus dominios, contempla todavía con amor y satisfacción que ningún error ni ninguna deformidad, pasajeramente triunfantes, han logrado conseguir que el glorioso libro español, que lo cifra y que lo consagra, se ponga en los dominios civilizados del orbe como astro de viva y radiante luz que alumbra y que regocija á la tierra.

LA ESTATUA DE CERVANTES

Terminado su discurso el Sr. Pidal, el rey dió la palabra al ministro de Instrucción pública, Sr. Cortezo, quien dió lectura al siguiente Real decreto:

EXPOSICIÓN

SEÑOR:

Hubo un tiempo en que, para significar con gráfica frase el extenso poderío de uno de los augustos ascendientes de V. M., se dijo «que en los dominios del rey de España no se ponía el Sol».

La hiperbólica frase tuvo una exactitud muy pasajera en la realidad material, pero encerraba un profundo sentido profético.

Reveses de la fortuna, expiaciones impuestas por la Providencia, cumplimiento fatal de leyes históricas, que ningún pueblo, cualquiera que haya sido su grandeza, ha logrado eludir, vinieron reduciendo aquel imperio, producto del valor y la conquista, á los límites de su cuna y de su hogar primeros; pero juntamente con aquella grandeza, que abarcaba el planeta, extendióse por él la civilización que el genio español sembrara, y como principal arma suya, la lengua con que enseñamos á otros pueblos á creer y á entenderse en el comercio de la civilización y en el camino del progreso, quedando tan preciado don como perenne recuerdo de aquel esfuerzo, del sacrificio que con nuestra sangre llevamos por los ámbitos de la tierra, y representando la expansión de nuestro idioma un imperio espiritual y civilizador, que el Sol iluminará siempre con no interrumpida luz.

Presea y joya estimabilísima, cincelada en esta preciosa habla que civilizó continentes enteros, produjo el genio de Cervantes un libro que simultáneamente saborean hoy en castellano millones de entendimientos, y que traducido á cuantos idiomas se hablan sobre la tierra, es por todos los hombres cultos admirado como flagelador irónico de la alocada fantasía, cáustico corrector del prosaísmo materialista, biblia del humorismo, centón selecto de máximas y documentos, compendio de erudición, gala de discreteos y donaires, despertador ameno de la alegría, ahuyentador constante del tedio y la tristeza.

A festejar, con pretexto del tercer centenario de su publicación, al libro y á su autor insigne se levanta alborozada el alma de la patria, recibiendo de todos los países saludos de fraternal regocijo, que se elevan con ella en coro para la universal alabanza.

No necesita, ciertamente, de monumentos quien acertó á labrarse uno imperecedero en el libro mismo que imaginó su genio peregrino; pero sí debe sentir la patria agradecida en que tal ingenio nació la necesidad de condensar y hacer perenne, para enseñanza de los venideros, la admiración y el entusiasmo de los presentes días.

Teniendo la certeza de interpretar fielmente, con los sentimientos de V. M., los de la nación española, y esperando que concurran á realzar tan grato homenaje todos los pueblos que hablan la hermosa lengua castellana, tiene el ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de ministros, el honor de someter á la aprobación de V. M. el siguiente proyecto de decreto.

Madrid 8 de Mayo de 1905.—Señor: A los reales pies de V. M., *Carlos María Cortezo*.

REAL DECRETO

A propuesta del ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, de acuerdo con mi Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Para conmemorar la publicación de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, por Miguel Cervantes Saavedra, se erigirá en honor de este inmortal ingenio un monumento en Madrid, costeado por suscripción voluntaria.

Art. 2.° Serán invitados á contribuir á dicha suscripción todos los pueblos que tienen el castellano por lengua nacional.

Art. 3.° Para la construcción del monumento se abrirá concurso entre artistas españoles, bajo condiciones que fije la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Art. 4.° El ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, oyendo al Ayuntamiento de Madrid, y consultada aquella Academia, fijará antes de la publicación del concurso el sitio de esta capital donde haya de elevarse el monumento.

Art. 5.° Se depositará el producto de la suscripción en el Banco de España, á quien además se confiará el servicio de recibir en sus cajas las suscripciones, giros y remesas que á este objeto se destinen.

Las listas de la suscripción se publicarán en la *Gaceta de Madrid*.

Art. 6.° Una Junta compuesta de tres académicos de la Española y tres de la de San Fernando, nombrados por las mismas Corporaciones, se encargará, bajo la presidencia del ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, de la aplicación de los fondos recaudados y de la dirección de la obra, publicando también en la *Gaceta de Madrid* el resultado de su gestión.

Art. 7.° El mismo Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes queda encargado de dictar todas las disposiciones necesarias para el cumplimiento de este decreto.

Dado en el palacio de la Real Academia Española á ocho de Mayo de mil novecientos cinco.—*Alfonso*.—El ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, *Carlos María Cortezo*.

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del «Quijote».

DISCURSO *leído por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la Fiesta académica, celebrada en la Universidad Central el 8 de Mayo de 1905.*

SEÑORES:

Nunca hubiera aceptado la invitación para mí tan honrosa, que el Claustro de esta Universidad me ha hecho, para llevar su voz en la solemne conmemoración que á Miguel de Cervantes dedica su patria en el tercer aniversario de la obra más excelsa del ingenio nacional, si sólo hubiese atendido á la grandeza del asunto, á lo muy trillado que está, á la pequeñez de mis fuerzas ya gastadas en análogos empeños, y al mérito positivo de tantos doctos maestros como honran estas aulas, y á quienes incumbe por razón de oficio lo que en mí dejó de serlo hace años. Pero al fin venció mis escrúpulos y estimuló mi voluntad para el consentimiento una sola razón, aunque poderosa: la de dar público testimonio del lazo moral que continúa ligándome á la Universidad, en cuyo recinto pasé la mejor parte de mi vida, ya como alumno, ya como profesor, ó más bien como estudiante perpetuo de lo mismo que pretendía enseñar. Tal continúo siendo, aunque me ejercite en funciones diversas de la enseñanza oral: á vuestro gremio y comunidad pertenezco, siquiera habite bajo distinto techo: labor análoga á la vuestra es la que realizo, aunque más humilde sin duda, porque no soy educador de espíritus nuevos, sino conservador del tesoro de la tradición con que han de nutrirse: bibliotecario, en suma, es decir, auxiliar que limpia y acicala las herramientas con que ha de trabajar el pedagogo. Estos muros no pueden recibirme con esquivez y extrañeza: guardan para mí hartas memorias, que se enlazan con el atropellado regocijo de la juventud, con los graves cuidados de la edad viril; memorias que ya, á la hora presente, no puedo renovar sin cierta especie de melancólica dulzura, anuncio cierto de que la puesta de sol se aproxima. Acaso no volverá á sonar mi voz en este recinto, acaso será esta la última vez en que vestiré la toga, insignia de mi profesión antigua, y pláceme que esta especie de despedida al Cuerpo universitario se cumpla en ocasión tan solemne; porque ni la institución que representáis ha podido honrarme más, ni yo pude imaginar término más digno de mi carrera académica, que el ser heraldo de la gloria de Cervantes ante la juventud española, congregada en el paraninfo de la Universidad Central, heredera de los timbres de la Complutense.

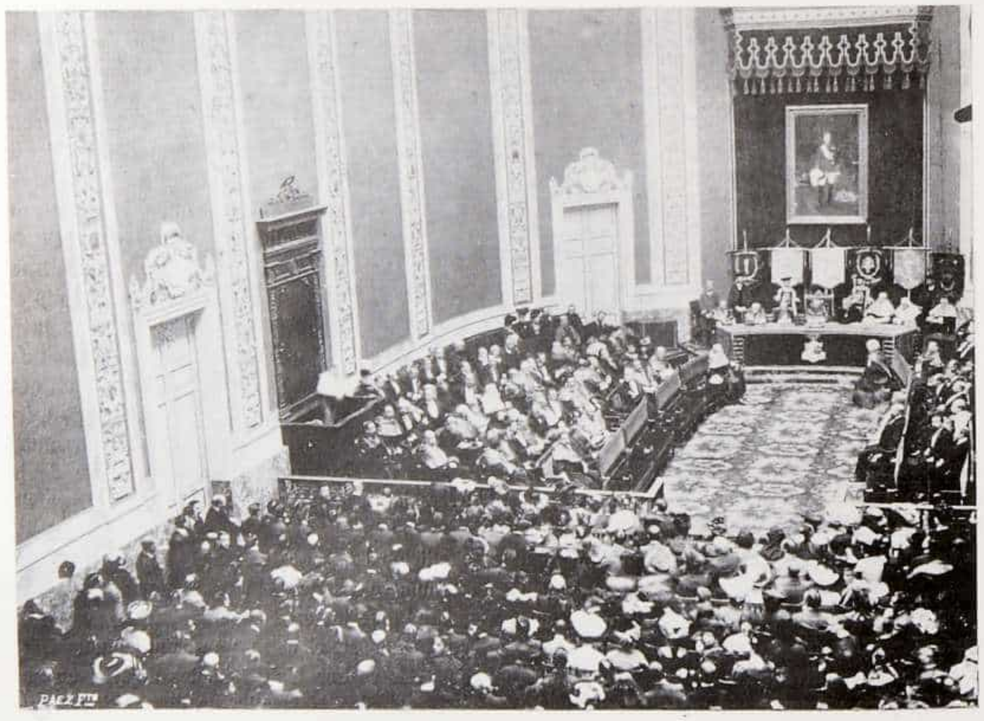
D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Tradicional es en esta casa el culto á Cervantes: en la numerosa serie de los apologistas y comentadores del libro inmortal, figuran con honra varios doctores de este claustro, y otros no menos insignes de ésta y otras Universidades dejaron en sus lecciones orales la semilla de ideas críticas que, germinando en muchos cerebros y difundiéndose

con lenta, pero segura eficacia, han entrado en la general cultura, ensanchando y modificando en no pequeña parte el antiguo y algo raquítico concepto que los humanistas tenían de la peculiar excelencia y sentido del QUIJOTE. El estudio de los cánones estéticos, sobreponiéndose á la mecánica preceptiva y conduciendo los espíritus á la esfera de lo ideal: la ley superior, que resuelve las particulares antinomias de clásicos y románticos, de idealistas y realistas: la crítica histórica aplicada á la evolución de los géneros literarios: la metódica investigación de las literaturas comparadas, y por resultado de ella un espíritu de amplia comprensión y tolerancia que no desdeña ninguna forma por ruda y anticuada, ni tampoco por insólita y audaz; son verdaderas y legítimas conquistas del espíritu moderno, cuya difusión en España se debe principalmente á la Facultad de Letras, aunque muchos lo ignoren y otros afecten ignorarlo. De esa Facultad soy hijo, y de esas enseñanzas ha de ser muy débil eco el discurso presente, en que procurando huir los opuestos escollos de la vulgaridad y de la paradoja, casi inevitables en tal argumento, trataré de fijar el puesto de Cervantes en la historia de la novela, y caracterizar brevemente su obra bajo el puro concepto literario en que fué engendrada, sin buscar fuera del arte mismo la razón de su éxito, ni distraerme á otro género de interpretaciones que pueden ser muy curiosas y sutiles, pero que nada importan para la apreciación estética del libro, que es, ante todo, como su autor quiso que fuese, una bella representación de casos ficticios, no una fría é insulsa alegoría.

No sería Cervantes personaje indiferente en la historia de la literatura española, aunque sólo conociésemos de él las composiciones líricas y dramáticas. Pero si no hubiese escrito más que los entremeses, estaría á la altura de Lope de Rueda. Si no hubiese compuesto más que la *Numancia* y las comedias, su importancia en los anales de nuestra escena no sería mayor que la de Juan de la Cueva ó Cristóbal de Virués. Los buenos trozos del *Viaje del Parnaso*, la elegancia de algunas canciones de la *Galatea*, la valiente y patriótica inspiración de la *Epístola á Mateo Vázquez*, el primor incontestable de algún soneto, no bastarían para que su nombre sonase mucho más alto que el de Francisco de Figueroa, Pedro de Padilla y otros poetas líricos enteramente olvidados ya, aunque en su tiempo tuviesen justa fama. En la historia del teatro anterior á

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL



Aspecto del Paraninfo durante la sesión.

Lope de Vega nunca podrá omitirse su nombre: es un precursor, y no de los vulgares. Sobre sus comedias pesa una condenación tradicional y en parte injusta, contra la cual ya comienza á levantarse, entre los extraños más bien que entre los propios, una crítica más docta y mejor informada. Pero conviene que esta reacción no traspase el justo límite, porque se trata, al fin, de obras de mérito muy relativo, que principalmente valen puestas en cotejo con lo que las precedió, pero que consideradas en sí mismas carecen de unidad orgánica, sin la cual no hay poema que viva, y adolecen de todos los defectos de la inexperiencia técnica, agravados por la improvisación azarosa. Obras, en suma, que sólo interesan á la arqueología literaria, que los mismos cervantistas apenas leen, y que parecen peores de lo que son, porque el gran nombre de su autor las abruma desde la portada. De Cervantes en el teatro, se esperarían obras dignas de Shakespeare ó de Lope: no obras medianas en que la crítica más benévola tiene que hacer salvedades continuas.

En cambio el genio de la novela había derramado sobre Cervantes todos sus dones, se había encarnado en él, y nunca se ha mostrado más grande á los ojos de los mortales; de tal suerte que en opinión de muchos constituye el QUIJOTE una nueva categoría estética, original y distinta de cuantas fábulas ha creado el ingenio humano, una nueva casta de poesía narrativa no vista antes ni después, tan humana, trascendental y eterna como las grandes epopeyas, y al mismo tiempo doméstica, familiar, accesible á todos, como último y refinado jugo de la sabiduría popular y de la experiencia de la vida.

Pero en Cervantes novelista hay que distinguir al escritor de profesión que continúa, perfeccionándolas por lo común, las formas de arte conocidas en su tiempo, y al genio prodigiosamente iluminado que se levanta sobre todas ellas, y crea un nuevo tipo de insólita y extraordinaria belleza, un nuevo mundo poético, nueva tierra y nuevos cielos. Este Cervantes no es el de la *Galatea* ni el de *Persiles*, es el Cervantes del QUIJOTE, dentro del cual se explican y razonan las *Novelas ejemplares*, que cuando son buenas parecen fragmentos desprendidos de la obra inmortal, y dentro de ella hubieran podido encontrar asilo, como lo encontraron dos de ellas,

LA BATALLA DE FLORES

Carroza del gremio de vinos.

no por cierto las más felices. Con *Rinconete*, el *Coloquio de los Perros*, *La Gitanilla*, *El Celoso Extremeño* y alguna más, sin olvidar los apotegmas y moralidades del *Licenciado Vidriera*, se integra la representación de la vida española contenida en el QUIJOTE, siendo, por tanto, inseparables de la obra magna, á la cual deben servir de ilustración y complemento. Mucho valdrían por sí mismas tan primorosas narraciones, pero con ellas solas no descifraríamos el enigma del genio de Cervantes. Deben leerse donde su autor quiso que se leyesen, indicándolo hasta por el orden material de la publicación: entre la primera y la segunda parte del QUIJOTE. De este modo el genio fragmentario que en las *Novelas* resplandece, sirve de complemento al esbozo, también fragmentario aunque valentísimo, de la primera parte del QUIJOTE, y prepara para la obra serena, perfecta y equilibrada de la parte segunda, en que la intuición poética de Cervantes alcanzó la plena conciencia de su obra, trocándose de genialmente inspirada en divinamente reflexiva.

El QUIJOTE, que de cualquier modo que se le considere, es un mundo poético completo, encierra episódicamente y subordinados al grupo inmortal que le sirve de centro, todos los tipos de la anterior producción novelesca, de suerte que con él solo podría adivinarse y restaurarse toda la literatura de imaginación anterior á él, porque Cervantes se la asimiló

é incorporó toda en su obra. Así revive la novela pastoril en el episodio de Marcela y Grisóstomo, y con carácter más realista en el de Basilio y Quiteria. Así la novela sentimental, cuyo tipo castellano fué la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, explica mucho de lo bueno y de lo malo que en la retórica de las cuitas y afectos amorosos contienen las historias de Cardenio, Luscinda y Dorotea, en la última de las cuales es visible la huella del cuento de D. Félix y Felismena, que Montemayor, imitando á Bandello, introdujo en su *Diana*. Así la novela psicológica se ensaya en *El Curioso Impertinente*, la de aventuras contemporáneas tiene en el *Cautivo* y en el generoso bandolero Roque Guinart, insuperables héroes de carne y hueso, bien diversos de los fantasmas caballerescos. Así nos zumban continuamente en el oído, á través de aquellas páginas inmortales, fragmentos de los romances viejos, versos de Garcilaso, reminiscencias de Boccaccio y del Ariosto. Así los libros de caballerías penetran por todos lados la fábula, la sirven de punto de partida y de comentario perpetuo, se proyectan como espléndida visión ideal enfrente de la acción real, y muertos en sí mismos, continúan viviendo enaltecidos y transfigurados en el QUIJOTE. Así la sabiduría popular, desgranada en sentencias y proloquios, en cuentos y refranes, derrama en el QUIJOTE pródigamente sus tesoros, y hace del libro inmortal uno de los mayores monumentos *Folklóricos*: algo así como el resumen de aquella filosofía vulgar, que enaltecieron Erasmo y Juan de Mal Lara.

Que Cervantes fué hombre de mucha lectura, no podrá negarlo quien haya tenido trato familiar con sus obras. Una frase aislada de un erudito algo pedante como Tamayo de Vargas, no basta para afirmar que entre sus contemporáneos fuese corriente apellidar *ingenio lego* al que un humanista tan distinguido como López de Hoyos llamaba con fruición «su caro y amado discípulo» y escogía entre todos sus compañeros para llevar la voz en nombre del estudio que regentaba. Pudo Cervantes no cursar escuelas universitarias, y todo induce á creer que así fué: de seguro no recibió grados en ellas: carecía sin duda de la vastísima y universal erudición de D. Francisco de Quevedo: pudo descuidar en los azares de su vida tan tormentosa y atormentada la letra de sus primeros estudios clásicos, y equivocarse tal vez cuando citaba de memoria; pero el espíritu de la antigüedad había penetrado en lo más hondo de su alma, y se manifiesta en él, no por la inoportuna profusión de citas y reminiscencias clásicas, de que con tanto donaire se burló en su prólogo, sino por otro género de influencia más honda y eficaz: por lo claro y armónico de la composición: por el buen gusto que rara vez falla, aun en los pasos más difíciles y escabrosos: por cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial: por cierta grave, consoladora y optimista filosofía que suele encontrarse con sorpresa en sus narraciones de apariencia más liviana: por un buen humor reflexivo y sereno, que parece la suprema ironía de quien había andado mucho mundo y sufrido muchos descalabros en la vida, sin que ni los duros trances de la guerra, ni los hierros del cautiverio, ni los empeños, todavía más duros para el alma generosa, de la lucha cotidiana y estéril con la adversa y apocada fortuna, llegasen á empañar la olímpica serenidad de su alma, no sabemos si regocijada ó resignada. Esta humana y aristocrática manera de espíritu que tuvieron todos los grandes hombres del Renacimiento, pero que en algunos anduvo mezclada con graves aberraciones morales, encontró su más perfecta y depurada expresión en Miguel de Cervantes, y por esto principalmente fué humanista más que si hubiese sabido de coro toda la antigüedad griega y latina.

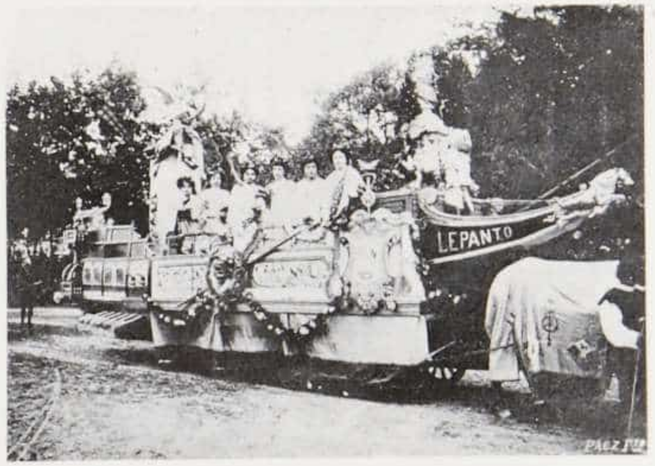
LA BATALLA DE FLORES

Carroza de la Sociedad de Autores.

Ni aun en la primera le tengo por enteramente indocto, aunque

la conociese de segunda mano y por reflejo. Los autores que principalmente podrían interesarle ó los que más congeniaban con su índole, estaban ya traducidos, no solamente al latín, sino al castellano. Le era familiar la *Odisea* en la versión de Gonzalo Pérez (de la cual se han notado reminiscencias en el *Viaje del Parnaso)*; y aquella gran novela de aventuras marítimas, no fué ajena por ventura á la concepción del *Persiles*, aunque sus modelos inmediatos fuesen los novelistas bizantinos Heliodoro y Aquiles Tacio. Las ideas platónicas acerca del amor y la hermosura habían llegado á Cervantes por medio de los *Diálogos* de León Hebreo, á quien cita en el prólogo del QUIJOTE, y sigue paso á paso en el libro IV de la *Galatea* (controversia de Lenio y Tirsi). Pudo leer á los moralistas, especialmente á Xenofonte y á Plutarco, en las traducciones muy divulgadas de Diego Gracián. Pero entre todos los clásicos griegos había uno de índole literaria tan semejante á la suya, que es imposible dejar de reconocer su huella en el coloquio de los dos sabios y prudentes canes, y en las sentencias del licenciado Vidriera, trasunto del cínico Demonacte. Las obras de Luciano, tan numerosas, tan varias, tan ricas de ingenio y gracia, donde hay muestras de todos los géneros de cuentos y narraciones conocidas en la antigüedad, las de viajes imaginarios, las licenciosas ó milesias, las alegorías filosóficas, las sátiras menipeas: aquella serie de diálogos y tratados que forman una inmensa galería satírica, una especie de comedia humana y aun divina que nada deja libre de sus dardos, ni en la tierra, ni en el cielo; no fué, no pudo ser de ninguna manera tierra incógnita para Cervantes, cuando tantos españoles del siglo de Carlos V la habían explorado, enriqueciendo nuestra lengua con los despojos del sofista de Samosata. No sólo de Luciano mismo, sino de sus imitadores castellanos Juan de Valdés en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, y Cristóbal de Villalón en el *Crotalon*; es en cierta manera discípulo y heredero el que hizo hablar á Cipión y Berganza, con el mismo seso, con la misma gracia ática, con la misma dulce y benévola filosofía con que hablaron el zapatero Simylo y su gallo. Si los que pierden el tiempo en atribuir á Cervantes ideas y preocupaciones de libre pensador moderno, conociesen mejor la historia intelectual de nuestro gran siglo, encontrarían la verdadera filiación de Cervantes, cuando su crítica parece más audaz, su desenfado más picante, y su humor más jovial é independiente, en la literatura polémica del Renacimiento, en la influencia latente, pero siempre viva, de aquel grupo *erasmista*, libre, mordaz y agudo, que fué tan poderoso en España y que arrastró á los mayores ingenios de la corte del Emperador. Cervantes nació cuando el tumulto de la batalla había pasado, cuando la paz se había restablecido en las conciencias: su genio, admirablemente equi-

LA BATALLA DE FLORES



Carroza del Círculo de la Unión Mercantil.

librado, le permitió vivir en armonía consigo mismo y con su tiempo; fué sinceramente fiel á la creencia tradicional, y por lo mismo pudo contemplar la vida humana con más sano y piadoso corazón y con mente más serena y desinteresada que los satíricos anteriores en quienes la vena petulante y amarga ahogó á veces el sentimiento de la justicia. Tanto difiere de ellos, como de un casi contemporáneo suyo, á quien cupo no pequeña parte de la herencia de Luciano. Por la fuerza demoledora de su sátira, por el hábil y continuo empleo de la ironía, del sarcasmo y de la parodia, por el artificio sutil de la dicción, por la riqueza de los contrastes, por el tránsito frecuente de lo risueño á lo sentencioso, de la más limpia idealidad á lo más trivial y grosero, por el temple particular de su fantasía cínicamente pesimista, Luciano revive en los admirables *Sueños* de Quevedo, con un sabor todavía más acre, con una amargura y una pujanza irresis-

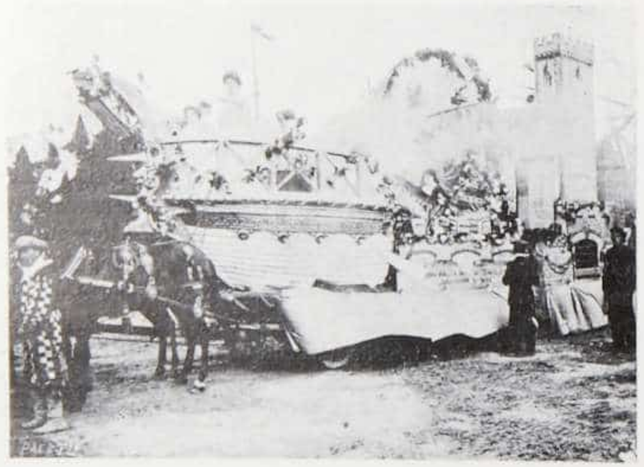
tibles. Era Quevedo helenista, y de los mejores de su tiempo: Cervantes no lo era, pero por su alta y comprensiva indulgencia, por su benévolo y humano sentido de la vida, él fué quien acertó con la flor del aticismo, sin punzarse con sus espinas.

No parecerá temeraria ni quimérica la genealogía que asignamos á una parte del pensamiento y de las formas literarias de Cervantes, si se repara que los *lucianistas* y *erasmistas* españoles del siglo XVI fueron, después del autor de la *Celestina*, los primeros que aplicaron el instrumento de la observación á las costumbres populares: que probablemente en su escuela se había formado el incógnito autor del *Lazarillo de Tormes*: y que no sólo Luciano, sino Xenofonte también habían dejado su rastro luminoso en las páginas de Juan de Valdés, á quien Cervantes no podía citar, porque pesaba sobre su nombre el estigma de herejía que le valieron sus posteriores escritos teológicos, pero en cuyos diálogos de la primera manera estaba tan empapado, como lo prueba la curiosa semejanza que tienen los primeros consejos de Don Quijote á Sancho cuando iba á partirse para el gobierno de su insula, con aquella discreta y maravillosa imitación que en el *Mercurio y Carón* leemos del razonamiento que Ciro, poco antes de morir, dirige á sus hijos en el libro VIII de la *Ciropedia*. Si el amor patrio no me ciega, creo que este bello trozo de moral socrática, todavía ganó algo de caridad humana y de penetrante unción al cristianizarse bajo la pluma de Juan de Valdés. El rey del *Diálogo de Mercurio*, que no es un ideal abstracto de perfección bélica y política como el de la *Ciropedia*, sino un príncipe convertido por el escarmiento y tocado por la gracia divina, refiere largamente su manera de gobernar, y termina haciendo su testamento, en que son de oro todas las sentencias. No me atrevo á decir que Cervantes le haya superado al reproducir, no sólo la idea, sino la forma sentenciosa, mansa y apacible de estos consejos.

Afirmó Cervantes en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* publicadas en 1613, que él era el primero que había *novelado* en lengua castellana: afirmación rigurosamente exacta, si se entiende, como debe entenderse, de la novela corta, única á la cual entonces se daba este nombre; pues en efecto, las pocas colecciones de este género publicadas en el siglo XVI (el *Patrañuelo* de Timoneda, por ejemplo), no tiene de español más que la lengua, siendo imitados ó traducidos del italiano la mayor parte de los cuentos que contiene. De la novelística de la Edad Media, puede creerse que la ignoró por completo: el cuento de las cabras de la pastora de Torralba, no le tomó seguramente de la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso, sino de una colección esópica del siglo XV, en que ya venía incorporado. Y por raro que parezca, no da muestras de conocer *El Conde de Lucanor* impreso por Argote de Molina desde 1575, ni el *Exemplario contra engaños y peligros del mundo*, tantas veces reproducido por nuestras prensas. El, tan versado en la didáctica popular, en aquel género de sabiduría práctica que se formula en sentencias y aforismos no parece haber prestado grande atención al tesoro de los cuentos y apólogos orientales, que después de haber servido para recrear á los califas de Bagdad, á los monarcas sasanidas y á los contemplativos solitarios de las orillas del Ganges, pasaron de la predicación budista á la cristiana, y arraigando en Castilla, distrajeron las melancolías de Alfonso el Sabio, acallaron por breve plazo los remordimientos de D. Sancho IV, y se convirtieron en tela de oro bajo la hábil é ingeniosa mano de D. Juan Manuel, prudente entre los prudentes.

Y sin embargo, D. Juan Manuel era en la literatura española el más calificado de los precursores de Cervantes, que hubiera podido reconocer en él algunas de sus propias cualidades. Criado á los pechos de la sabiduría oriental que adoctrinaba en Castilla á príncipes y magnates, el nieto de San Fernando fué un moralista filosófico más bien que un moralista caballeresco. Sus lecciones alcanzan á todos los estados y situaciones de la vida, no á las clases privilegiadas únicamente. En este sentido hace obra de educación popular, que se levanta sobre instituciones locales y transitorias, y conserva un jugo perenne de buen sentido, de honradez nativa, de castidad robusta y varonil, de piedad sencilla y algo belicosa, de grave y profunda indulgencia y á veces de benévola y fina ironía, dotes muy análogas á las que admiramos en el QUIJOTE. El arte peregrino y refinado de las *Novelas ejemplares* está muy lejos sin duda del arte infantil, aunque nada tosco, sino muy pulido y cortesano, que en medio de su ingenuidad muestran los relatos de *El Conde Lucanor*, pero el genio de la narración que en Cervantes llegó á la cumbre, apunta ya en estos primeros tanteos de la novela española, si cuadra tal nombre á tan sencillas fábulas. D. Juan Manuel, que fué el primer escritor de nuestra Edad Media que tuvo estilo personal en prosa, como fué el Arcipreste de Hita el primero que le tuvo en verso, sabe ya extraer de una anécdota todo lo que verdaderamente contiene: razonar y motivar las acciones de los personajes: verlos como figuras vivas, no como abstrucciones didácticas: notar el detalle pintoresco, la actitud significativa: crear una representación total y armónica, aunque sea dentro de un cuadro estrechísimo: acomodar los diálogos al carácter, y el carácter á la intención de la fábula: graduar con ingenioso ritmo las peripecias del cuento. De este modo convierte en propia la materia común, interpretándola con su peculiar psicología, con su ética práctica, con el alto y severo ideal de la vida que en todos sus libros resplandece.

LA BATALLA DE FLORES



Carroza del Ayuntamiento.

Otro gran maestro de la novela en el siglo XIV, posterior en menos de catorce años al nuestro, y divergentísimo de él en todo, fué el que ejerció una influencia profunda é incontestable sobre Cervantes, no ciertamente por el fondo moral de sus narraciones, sino por el temple peculiar de su estilo y por la variedad casi infinita de sus recursos artísticos. El cuento por el cuento mismo: el cuento como trasunto de los varios y múltiples episodios de la comedia humana, y como expansión regocijada y luminosa de la alegría del vivir: el cuento sensual, irreverente, de bajo contenido á veces, de lozana forma siempre, ya trágico, ya profundamente cómico, poblado de extraordinaria diversidad de criaturas humanas, con fisonomía y afectos propios, desde las más viles y abyectas hasta las más abnegadas y generosas; el cuento rico en peripecias dramáticas y en detalles de costumbres, observados con serena objetividad y trasladados á una prosa elegante, periódica, cadenciosa, en que el remedo de la facundia latina y del número ciceroniano, por lo mismo que se aplican á tan extraña materia, no dañan á la frescura y gracia de un arte juvenil, sino que le realzan por el contraste, fué creación de Juan Bocaccio, padre indisputable de la novela moderna en varios de sus géneros y uno de los grandes artífices del primer Renacimiento. Ningún prosista antiguo ni moderno ha influído tanto en el estilo de Cervantes como Bocaccio. Sus contemporáneos lo sabían perfectamente: con el nombre de *Bocaccio español* le saludó Tirso de Molina, atendiendo, no á la ejemplaridad de sus narraciones, sino á la forma exquisita de ellas. Y alguna hay, como *El Casamiento Ingenioso* y *El Celoso Extremeño*, que aun *ejemplarmente* consideradas no desentonarían entre las libres invenciones del *Decameron*, si no las salvara la buena intención del autor enérgicamente expresada en su prólogo: «que si por algún modo »alcanzara que la lección de estas novelas pudiera »inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pen»samiento, antes me cortara la mano con que las »escribí que sacarlas en público.»

Pero en general puede decirse que la influencia de las *Cien Novelas* en Cervantes fué puramente *formal*, y ni siquiera trascendió á la prosa familiar en que es incomparablemente original, sino á la que podemos llamar prosa de aparato, alarde y bizarría. El escollo de esta prosa en Bocaccio es la afectación retórica, pero hay en sus rozagantes períodos tanta lozanía y frondosidad, era tan nueva aquella pompa y armonía en ninguna lengua vulgar, que se comprende que todavía dure el entusiasmo de los italianos por tal estilo, aun reconociendo que tiene mucho de vicioso, y que en los imitadores llegó á ser insoportable. Con mucha más economía y sobriedad que Bocaccio procedió Cervantes, como nacido en edad más culta y en que el latinismo era menos crudo que en su primera adaptación á los dialectos romances; pero los defectos que se han notado como habituales en la prosa de la *Galatea* y en la de los primeros libros del *Persiles*, y que no dejan de ser frecuentes en las novelas de carácter sentimental y aun en algunos razonamientos intercalados en el QUIJOTE, son puntualmente los mismos del novelista de Florencia, no tanto en el *Decameron* como en el *Ameto*, en la

Fiammeta y en las demás prosas suyas: cadencias demasiado sonoras y acompasadas, hipérbaton violento, exceso de compostura y aliño, espaciosos rodeos en la narración, y una visible tendencia á confundir el ritmo oratorio con el poético. Pero en estos pasajes mismos ¡cuánta propiedad de palabras y viveza de imágenes, cuántas frases afectuosas y enérgicas, qué amena y fecunda variedad de modos de decir pintorescos y galanos!

Cervantes, que con la cándida modestia propia del genio, siguió los rumbos de la literatura de su tiempo hasta que encontró el suyo propio sin buscarle, cultivó á veces géneros falsos como la novela pastoril, la novela sentimental, la novela bizantina de aventuras. Obras de buena fe todas, en que su ingénito realismo lucha contra el prestigio de la tradición literaria, sin conseguir romper el círculo que le aprisiona. El que por boca del perro Berganza tan duramente se burla de los pastores de égloga; que pone estos libros al lado de los de caballerías en la biblioteca de Don Quijote, y hace devanear á su héroe entre los sueños de una fingida Arcadia, como postrera evolución de su locura, no sólo compuso la *Galatea* en sus años juveniles, sino que toda la vida estuvo prometiendo su continuación, y aún pensaba en ella en su lecho de muerte. No era todo tributo pagado al gusto reinante. La psicología del artista es muy compleja, y no hay fórmula que nos dé íntegro su secreto. Y yo creo que algo faltaría en la obra de Cervantes, si no reconociésemos que en su espíritu alentaba una aspiración romántica, nunca satisfecha, que después de haberse derramado con heroico empuje por el campo de la acción, se convirtió en actividad estética, en energía creadora, y buscó en el mundo de los idilios y de los viajes fantásticos lo que no encontraba en la realidad, escudriñada por él con tan penetrantes ojos. Tal sentido tiene, á mi ver, el bucolismo suyo, como el de otros grandes ingenios de aquella centuria.

LA BATALLA DE FLORES

Carroza de la Diputación provincial de Madrid.

LA BATALLA DE FLORES

Coche de la señora de Peñalver, que obtuvo el primer premio.

A la falsa idealización de la vida guerrera se había contrapuesto otra no menos falsa de la vida de los campos, y una y otra se repartieron los dominios de la imaginación, especialmente el de la novela, sin dejar por eso de hacer continuas incursiones en la poesía épica y en el teatro y de modificar profundamente las formas de la poesía lírica. Ninguna razón histórica justificaba la aparición del género bucólico: era un puro *dilettantismo* estético, pero no por serlo dejó de producir inmortales

bellezas en Sannazaro, en Garcilaso, en Spencer, en el Tasso. Poco se adelanta con decir que es inverosímil el paisaje, que son falsos los afectos atribuídos á la gente rústica, y falsa de todo punto la pintura de sus costumbres; que la extraña mezcla de mitología clásica y de superticiones modernas produce un efecto híbrido y discordante. De todo se cuidaron estos poetas, menos de la fidelidad de la representación. El pellico del pastor fué para ellos un disfraz, y lo que hay de vivo y eterno en estas obras del Renacimiento es la gentil adaptación de la forma antigua á un modo de sentir juvenil y sincero, á una pasión enteramente moderna, sean cuales fueren los velos arcaicos con que se disfraza. La égloga y el idilio, el drama pastoral á la manera del *Aminta* y del *Pastor Fido*, la novela que tiene por teatro las selvas y bosques de Arcadia, pueden empalagar á nuestro gusto desdeñoso y ávido de realidad hamana, aunque sea vulgar, pero es cierto que embelesaron á generaciones cultísimas que sentían profundamente el arte, y envolvieron los espíritus en una atmósfera serena y luminosa, mientras el estrépito de las armas resonaba por toda Europa. Los más grandes poetas, Shakespeare, Milton, Lope, Cervantes, pagaron tributo á la pastoral en una forma ó en otra.

Tipo de este género de novelas fué la *Arcadia* del napolitano Sannazaro, elegante humanista, poeta ingenioso, artífice de estilo más paciente que inspirado. Su obra, que es una especie de centón de lo más selecto de los bucólicos griegos y latinos, apareció á tiempo y tuvo un éxito que muchas obras de genio hubieran podido envidiar. Hasta el título de la obra tomado de aquella montuosa región del Peloponeso, afamada entre los antiguos por la vida patriarcal de sus moradores y la pericia que se les atribuía en el canto pastoril, sirvió para designar una clase entera de libros, y hubo otras Arcadias tan famosas como la de Sir Felipe Sidney y la de Lope de Vega, sin contar con la *Fingida Arcadia* que dramatizó Tirso. Todas las novelas pastoriles escritas en Europa desde el Renacimiento de las letras hasta las postrimerías del bucolismo con Florián y Gessner, reproducen el tipo de la novela de Sannazaro, ó más bien de las novelas españolas compuestas á su semejanza, y

LA PROCESIÓN CÍVICA

La presidencia de la manifestación.

que en buena parte le modifican, haciéndole más novelesco. Pero en todas estas novelas, cuál más, cuál menos, hay no sólo reminiscencias, sino imitaciones deliberadas de los versos y de las prosas de la *Arcadia*, que á veces como en *El Sigio de Oro* y en *La Constante Amarilis* llegan hasta el plagio. Aun en la *Galatea*, que parece de las más originales, proceden de Sannazaro la primera canción de Elicio («Oh, alma venturosa»), que es la de Ergasto sobre el sepulcro de Androgeo, y una parte del bello episodio de los funerales del pastor Meliso, con la descripción del valle de los cipreses. Si la prosa de Cervantes parece allí más redundante y latinizada que de costumbre, débese á la presencia del modelo italiano. Lo que Sannazaro había hecho con todos sus predecesores, lo hicieron con él sus alumnos poéticos, saqueándole sin escrúpulo. El género era artificial, y vivía de estos *hurtos honestos*, no sólo disculpados sino autorizados por todas las Poéticas de aquel tiempo.

Mucho más de personal hay en la obra de la vejez de Cervantes, en el *Persiles*, cuyo valor estético no ha sido rectamente apreciado aún, y que contiene en su segunda mitad algunas de las mejores páginas que escribió su autor. Pero hasta que pone el pie en terreno conocido, y recobra todas sus ventajas, los personajes desfilan ante nosotros como legión de sombras, moviéndose entre las nieblas de una geografía desatinada y fantástica, que parece aprendida en libros tales como el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada, y la noble corrección del estilo, la invención siempre fértil, no bastan para disimular la fácil y trivial inverosimilitud de las aventuras, el vicio radical de la concepción, vaciada en los moldes de la novela bizantina: raptos, naufragios, reconocimientos, intervención continua de bandidos y piratas. Dijo Cervantes, mostrando harta modestia, que su libro «se atrevía á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no salía con las manos en la cabeza». No creo que fuese principalmente Heliodoro, sino más bien Aquiles Tacio, leído en la imitación española de Alonso Núñez de Reinoso, que lleva el título de *Historia de Clareo y Florisea*, el autor griego que Cervantes tuvo más presente para su novela. Pero de todos modos corta gloria era para él superar á Heliodoro, á Aquiles Tacio y á todos sus imitadores juntos, y da lástima que se empeñase en tan estéril faena. En la novela greco-bizantina, lo borroso y superficial de los personajes se suplía con el hacinamiento de aventuras extravagantes, que en el fondo eran siempre las mismas, con impertinentes y prolijas descripciones de objetos naturales y artificiales, y con discursos declamatorios atestados de todo el fárrago de la retórica de las escuelas. Cervantes sacó todo el partido que podía sacarse de un género muerto, estampó en su libro un sello de elevación moral que le engrandece, puso algo de sobrenatural y misterioso en el destino de los dos amantes, y al narrar sus últimas peregrinaciones, escribió en parte las memorias de su juventud, iluminadas por el melancólico reflejo de su vejez honrada y serena. Puesta de sol es el *Persiles*, pero todavía tiene resplandores de hoguera.

Y no hablemos más de lo que es accesorio en el arte de Cervantes, aunque no sea lícito tratarlo con el desdén é irreverencia que afectan algunos singulares cervantistas de última hora, para quienes la apoteosis del QUIJOTE implica el vilipendio de toda la literatura española y hasta de la propia persona de Cervantes, á quien declaran incapaz de comprender toda la trascendencia y valor de su obra, tratándole poco menos que como un idiota de genio que acertó por casualidad en un solo momento de su vida. Todas las obras de Cervantes, aun las más débiles bajo otros respectos, prueban una cultura muy sólida y un admirable buen sentido. Nadie menos improvisador que él, excepto en su teatro. Sus producciones, son pocas, separadas entre sí por largos intervalos de tiempo, escritas con mucho espacio y corregidas con singular aliño. Nada menos que diez años mediaron entre una y otra parte del QUIJOTE, y la segunda lleva huellas visibles de la afortunada y sabia lentitud con que fué escrita. De dos novelas ejemplares, *El Celoso Extremeño* y el *Rinconete*, tenemos todavía un trasunto de los borradores primitivos copiados por el licenciado Porres de la Cámara, y de ellos á la redacción definitiva, ¡cuánta distancia! Si alguna vez llegara á descubrirse el manuscrito autógrafo del QUIJOTE, de fijo que nos proporcionaría igual sorpresa. La *genial precipitación* de Cervantes es una vulgaridad crítica, tan falta de sentido como otras muchas. No basta fijarse en distracciones ó descuidos de que nadie está exento, para oponerse al común parecer que da á Cervantes el principado entre los prosistas de nuestra lengua, no por cierto en todos géneros y materias, sino en la amplia materia novelesca, única que cultivó. La prosa histórica, la elocuencia ascética tienen sus modelos propios, y de ellos no se trata aquí. El campo de Cervantes fué la narración de casos fabulosos, la pintura de la vida humana, seria ó jocosa, risueña ó melancólica, altamente ideal ó donosamente grotesca, el mundo

de la pasión, el mundo de lo cómico y de la risa. Cuando razona, cuando diserta, cuando declama, ya sobre la edad de oro, ya sobre las armas y las letras, ya sobre la poesía y el teatro, es un escritor elegante, ameno, gallardísimo, pero ni sus ideas traspasan los límites del saber común de sus contemporáneos, ni la elocución en estos trozos que pudieramos llamar triunfales (y que son por ende los que más se repiten en las crestomatías) tiene nada de peculiarmente cervantesco. Cosas hay allí que lo mismo pudieran estar dichas por Cervantes que por Fr. Antonio de Guevara ó por el maestro Pérez de Oliva. Es el estilo general de los buenos prosistas del siglo XVI, con más brío, con más arranque, con una elegancia más sostenida. Otros trozos del QUIJOTE, retóricos y afectados de propósito ó chistosamente arcaicos, se han celebrado hasta lo sumo, por ignorarse que eran parodias del lenguaje culto y altisonante de los libros de caballerías, y todavía hay quien en serio los imita, creyendo poner una pica en Flandes: que á tal extremo ha llegado el desconocimiento de las verdaderas cualidades del estilo de la fábula inmortal, que son las más inasequibles á toda imitación por lo mismo que son las que están en la corriente general de la obra, las que no hieren ni deslumbran en tal ó cual pasaje, sino que se revelan de continuo por el inefable bienestar que cada lectura deja en el alma, como plática sabrosa que se renueva siempre con delicia, como fiesta del espíritu cuyas antorchas no se apagan jamás.

Donde Cervantes aparece incomparable y único es en la narración y en el diálogo; sus precursores, si los tuvo, no son los que comúnmente se le asignan. La novela picaresca es independiente de él, se desarrolló antes que él, camina por otros rumbos; Cervantes no la imita nunca, ni siquiera en *Rinconete y Cortadillo*, que es un cuadro de género, tomado directamente del natural, no una idealización de la astucia famélica como *Lazarillo de Tormes*, ni una profunda psicología de la vida extra-social como *Guzmán de Alfarache*. Corre por las páginas de *Rinconete* una intensa alegría, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y sin mengua de la moral lo convierte en espectáculo divertido y chistoso. Y así como es diverso el modo de contemplar la vida de la hampa, que Cervantes mira con ojos de altísimo poeta y los demás autores con ojos penetrantes de satírico ó moralista, así es divergentísimo el estilo, tan bizarro y desenfadado en *Rinconete*, tan secamente preciso, tan aceradamente sobrio en el *Lazarillo*, tan crudo y desgarrado, tan hondamente amargo, en el tétrico y pesimista Mateo Alemán, uno de los escritores más originales y vigorosos de nuestra lengua, pero tan diverso de Cervantes en fondo y forma, que no parece contemporáneo suyo, ni prójimo siquiera.

No de los novelistas picarescos, á cuya serie no pertenece, pero sí de la *Celestina* y de las comedias y pasos de Lope de Rueda, recibió Cervantes la primera iniciación en el arte del diálogo, y un tesoro de dicción popular, pintoresca y sazonada. Admirador ferviente se muestra tanto del Bachiller Fernando de Rojas, cuyo libro califica de divino si encubriera más lo humano, como del batihoja sevillano «varón insigne en la representación y en el entendimiento», cuyas farsas conservaba fielmente en la memoria desde que las vió representar siendo niño. Y en esta admiración había mucho de agradecimiento, que Cervantes de seguro hubiera hecho extensivo á otro más remoto predecesor suyo, si hubiera llegado á conocerle. Me refiero al *Corbacho* del Arcipreste de Talavera, que es la mejor pintura de costumbres anterior á la época clásica. Este segundo Arcipreste, que tantas analogías de humor tiene con el de Hita, fué el único moralista satírico, el único prosista popular, el único pintor de la vida doméstica en tiempo de Don Juan II. Gracias á él, la lengua desarticulada y familiar, la lengua elíptica, expresiva y donairosa, la lengua de la conversación, la de la plaza y el mercado, entró por primera vez en el arte con una bizarría, con un desgarro, con una libertad de giros y movimientos que anuncian la proximidad del grande arte realista español. El instrumento estaba forjado: sólo faltaba que el autor de la *Celestina* se apoderase de él, creando á un tiempo el diálogo del teatro y el de la novela. Si de algo peca el estilo del Arcipreste de Talavera es de falta de parsimonia, de exceso de abundancia y lozanía. Pero ¿quién le aventaja en lo opulento y despilfarrado del vocabulario, en la riqueza de adagios y proverbios, de sentencias y *retraheres*, en la fuerza cómica y en la viveza plástica, en el vigoroso instinto con que sorprende y aprisiona todo lo que hiere los ojos, todo lo que zumba en los oídos, el tumulto de la vida callejera y desbordada, la locuacidad hiperbólica y exuberante, los vehementes apótrofes, los revueltos y enmarañados giros en que se pierden las desatadas lenguas femeninas? El bachiller Fernando de Rojas fué discípulo suyo; no hay duda en ello; puede decirse que la imitación comienza desde las primeras

escenas de la inmortal tragicomedia. La descripción que Pármeno hace de la casa, ajuar y laboratorio de Celestina parece un fragmento del *Corbacho*. Cuando Sempronio quiere persuadir á su amo de la perversidad de las mujeres y de los peligros del amor, no hace sino glosar los conceptos y repetir las citas del Arcipreste. El *Corbacho* es el único antecedente digno de tenerse en cuenta para explicarnos de algún modo la perfecta elaboración de la prosa de la *Celestina*. Hay un punto, sobre todo, en que no puede dudarse que Alfonso Martínez precedió á Fernando de Rojas, y es en la feliz aplicación de los refranes y proverbios, que tan exquisito sabor castizo y sentencioso comunican á la prosa de la tragicomedia de *Calixto* y *Melibea*, como luego á los diálogos del QUIJOTE.

Aquel tipo de prosa que se había mostrado con la intemperancia y lozanía de la juventud en las páginas del *Corbacho*; que el genio clásico de Rojas había descargado de su exuberante y viciosa frondosidad; que el instinto dramático de Lope de Rueda había transportado á las tablas, haciéndola más rápida, animada y ligera, explica la prosa de los entremeses y de parte de las novelas de Cervantes: la del QUIJOTE no la explica más que en lo secundario, porque tiene en su profunda espontaneidad, en su avasalladora é imprevista hermosura, en su abundancia patriarcal y sonora, en su fuerza cómica irresistible, un sello inmortal y divino. Han dado algunos en la flor de decir con peregrina frase que Cervantes no fué *estilista;* sin duda los que tal dicen confunden el estilo con el amaneramiento. No tiene Cervantes una *manera* violenta y afectada, como la tienen Quevedo ó Baltasar Gracián, grandes escritores por otra parte. Su estilo arranca, no del capricho individual, no de la excéntrica y errabunda imaginación, no de la sutil agudeza, sino de las entrañas mismas de la realidad que habla por su boca. El prestigio de la creación es tal que anula al creador mismo, ó más bien le confunde con su obra, le identifica con ella, mata toda vanidad personal en el narrador, le hace sublime por la ingenua humildad con que se somete á su asunto, le otorga en plena edad crítica algunos de los dones de los poetas primitivos, la objetividad serena, y al mismo tiempo el entrañable amor á sus héroes, vistos no como figuras literarias, sino como sombras familiares que dictan al poeta el raudal de su canto. Dígase, si se quiere, que ese estilo no es el de Cervantes, sino el de Don Quijote, el de Sancho, el del Bachiller Sansón Carrasco, el del caballero del verde gabán, el de Dorotea y Altisidora, el de todo el coro poético que circunda al grupo inmortal. Entre la naturaleza y Cervantes ¿quién ha imitado á quién? se podrá preguntar eternamente.

LA PROCESION CÍVICA

La banda del Asilo municipal de San Bernardino.

De intento he reservado para este lugar el hablar de los libros de caballerías, porque ningún género de novela está tan enlazado con el QUIJOTE, que es en parte antítesis, en parte parodia, en parte prolongación y complemento de ellos. Enorme fué, increíble aunque transitoria, la fortuna de estos libros, y no es el menor enigma de nuestra historia literaria, esta rápida y asombrosa popularidad, seguida de un abandono y descrédito tan completos, los cuales no pueden atribuirse exclusivamente al triunfo de Cervantes, puesto que á principios del siglo XVII, ya estos libros iban pasando de moda, y apenas se componía ninguno nuevo. Suponen la mayor parte de los que tratan de estas cosas que la literatura caballeresca alcanzó tal prestigio entre nosotros porque estaba en armonía con el temple y carácter de la nación y con el estado de la sociedad, por ser España la tierra privilegiada de la caballería. Pero en todo esto hay evidente error, ó, si se quiere, una verdad incompleta. La caballería heroica y tradicional de España, tal como en los *Cantares de gesta*, en las crónicas, en los romances y aun en los mismos cuentos de D. Juan Manuel se manifiesta, nada tiene que ver con el género de imaginación que produjo las ficciones andantescas. La primera tiene un carácter sólido, positivo y hasta prosaico á veces; está adherida á la historia, y aun se confunde con ella; se mueve dentro de la realidad y no gasta sus fuerzas en quiméricos empeños, sino en el rescate de la tierra natal y en lances de honra ó de venganza. La imaginación procede en estos relatos con extrema sobriedad, y aun si se quiere, con sequedad y pobreza, bien compensadas con otras excelsas cualidades que hacen de nuestra poesía heroica una escuela de viril sensatez y reposada energía. Sus motivos son puramente épicos; para nada toma en cuenta la pasión del amor, principal impulso del caballero andante. Jamás pierde de vista la tierra, ó por mejor decir, una pequeñísima porción de ella, el suelo natal, único que el poeta conocía. Para nada emplea lo maravilloso profano, y apenas lo sobrenatural cristiano. Compárese todo esto con la desenfrenada invención de los libros de caballerías; con su falta de contenido histórico, con su perpetua infracción de todas las leyes de la realidad; con su geografía fantástica; con sus batallas imposibles; con sus desvaríos amatorios, que oscilan entre el misticismo descarriado y la más baja sensualidad; con su disparatado concepto del mundo y de los fines de la vida; con su población inmensa de gigantes, enanos, encantadores, hadas, serpientes, endriagos y monstruos de todo género, habitadores de ínsulas y palacios encantados; con sus despojos y reliquias de todas las mitologías y superticiones del Norte y del Oriente, y se verá cuán imposible es que una literatura haya salido de la otra, que la caballería moderna pueda estimarse como prolongación de la antigua. Hay un abismo profundo, insondable, entre las *gestas* y las crónicas, hasta cuando son más fabulosas, y el libro de caballerías más sencillo que pueda encontrarse, el mismo *Cifar* ó el mismo *Tirante*.

LA PROCESION CÍVICA

Banda municipal de Barcelona

Ni la vida heroica de España en la Edad Media, ni la primitiva literatura, ya épica, ya didáctica, que ella sacó de sus entrañas y fué expresión de esta vida, fiera y grave como ella, legaron elemento ninguno al género de ficción que aquí consideramos. Los grandes ciclos nacieron fuera de España, y sólo llegaron aquí después de haber hecho su triunfal carrera por toda Europa, y al principio fueron tan poco imitados, que en más de dos centurias, desde fines del siglo XIII á principios del XVI, apenas produjeron seis ó siete libros originales, juntando las tres literaturas hispánicas, y abriendo la mano en cuanto á alguno que no es caballeresco más que en parte.

¿Cómo al alborear el siglo XVI ó al finalizar el XV se trocó en vehemente afición el antiguo desvío de nuestros mayores hacia esta clase de libros, y se solazaron tanto con ellos durante cien años para olvidarlos luego completa y definitivamente?

Las causas de este hecho son muy complejas, unas de índole social, otras puramente literarias. Entre las primeras, hay que contar la transformación de ideas, costumbres, usos, modales y prácticas caballerescas y cortesanas que cierta parte de la sociedad española experimentó durante el siglo XV, y aun pudiéramos decir desde fines del XIV; en Castilla, desde el advenimiento de la casa de Trastamara; en Portugal, desde la batalla de Aljubarrota ó, mejor aún, desde las primeras relaciones con la casa de Lancáster. Los proscriptos castellanos que habían acompañado en Francia á don Enrique el Bastardo; los aventureros franceses é ingleses que hollaron ferozmente nuestro suelo, siguiendo las banderas de Duguesclin y del Príncipe

Negro; los caballeros portugueses de la corte del Maestre de Avis que, en torno de su reina inglesa, gustaban de imitar las bizarrías de la *Tabla Redonda*, trasladaron á la Península, de un modo artificial y brusco sin duda, pero con todo el irresistible poderío de la moda, el ideal de vida caballeresca, galante y fastuosa de las cortes francesa y anglonormanda. Basta leer las crónicas del siglo XV para comprender que todo se imitó: trajes, muebles y armaduras, empresas, motes, saraos, banquetes, torneos y paseos de armas. Y la imitación no se limitó á lo exterior, sino que trascendió á la vida, inoculando en ella la ridícula esclavitud amorosa y el espíritu fanfarrón y pendenciero; una mezcla de frivolidad y barbarie de la cual el *paso honroso* de Suero de Quiñones en la puente de Orbigo es el ejemplar más célebre, aunque no fué el único. Claro es que estas costumbres exóticas no trascendían al pueblo; pero el contagio de la locura caballeresca, avivada por el favor y presunción de las damas, se extendía entre los donceles cortesanos hasta el punto de sacarlos de su tierra y hacerles correr las más extraordinarias aventuras por toda Europa.

Los que tales cosas hacían tenían que ser lectores asiduos de libros de caballerías, y agotada ya la tradición de las novelas de la *Tabla Redonda* y de sus primeras imitaciones españolas, era natural que apeteciesen alimento nuevo, y que escritores más ó menos ingeniosos acudiesen á proporcionárselo, sobre todo después que la imprenta hizo fácil la divulgación de cualquier género de libros, y comenzaron los de pasatiempo á reportar alguna ganancia á sus autores. Y como las costumbres cortesanas durante la primera mitad del siglo XVI fueron en toda Europa una especie de prolongación de la Edad Media, mezclada de extraño y pintoresco modo con el Renacimiento italiano, no es maravilla que los príncipes y grandes señores, los atildados palaciegos, los mancebos que se preciaban de galanes y pulidos, las damas encopetadas y redichas que les hacían arder en la fragua de sus amores, se mantuviesen fieles á esta literatura, aunque por otro lado platonizasen y petrarquizasen de lo lindo.

Creció, pues, con viciosa fecundidad la planta de estos libros, que en España se compusieron en mayor número que en ninguna parte, por ser entonces portentosa la actividad del genio nacional en todas sus manifestaciones, aun las que parecen más contrarias á su índole. Y como España comenzaba á imponer á Europa su triunfante literatura, el público que esos libros tuvieron no se componía exclusiva ni principalmente de españoles, como suelen creer los que ignoran la historia, sino que casi todos, aun los más detestables, pasaron al francés y al italiano, y muchos también al inglés, al alemán y al holandés, y fueron imitados de mil maneras hasta por ingenios de primer orden, y todavía hacían rechinar las prensas cuando en España nadie se acordaba de ellos, á pesar del espíritu aventurero y quijotesco que tan gratuitamente se nos atribuye.

Porque el influjo y propagación de los libros de caballerías no fué un fenómeno español, sino europeo. Eran los últimos destellos del sol de la Edad Media, próximo á ponerse. Pero su duración debía ser breve, como lo es la del crepúsculo. A pesar de apariencias engañosas, no representaban más que lo externo de la vida social, no respondían al espíritu colectivo, sino al de una clase, y aun éste lo expresaban imperfectamente. El Renacimiento había abierto nuevos rumbos á la actividad humana; se había completado el planeta con el hallazgo de nuevos mares y de nuevas tierras; la belleza antigua, inmortal y serena, había resurgido de su largo sueño, disipando las nieblas de la barbarie; la ciencia experimental comenzaba á levantar una punta de su velo, la conciencia religiosa era teatro de hondas perturbaciones, y media Europa lidiaba contra la otra media. Con tales objetos para ocupar la mente humana, con tan excelsos motivos históricos como el siglo XVI presentaba, ¿cómo no habían de parecer pequeñas en su campo de acción, pueriles en sus medios, desatinadas en sus fines, las empresas de los caballeros andantes? Lo que había de alto y perenne en aquel ideal, necesitaba regeneración y transformación; lo que había de transitorio se caía á pedazos, y por sí mismo tenía que sucumbir, aunque no viniesen á acelerar su caída ni la blanda y risueña ironía del Ariosto, ni la parodia ingeniosa y descocada de Teófilo Folengo, ni la cínica y grosera caricatura de Rabelais, ni la suprema y trascendental síntesis humorística de Cervantes.

Duraban todavía en el siglo XVI las costumbres y prácticas caballerescas, pero duraban como formas convencionales y vacías de contenido. Los grandes monarcas del Renacimiento, los sagaces y expertos políticos adoctrinados con el breviario de Maquiavelo, no podían tomar por lo serio la mascarada caballeresca. Francisco I y Carlos V, apasionados lectores del *Amadís de Gaula* uno y otro, podían desafiarse á singular batalla, pero tan anacrónico desafío no pasaba de los protocolos y de las intimaciones de los heraldos, ni tenía otro resultado que dar ocupación á la pluma de curiales y

apologistas. En España los duelos públicos y en palenque cerrado, habían caído en desuso mucho antes de la prohibición del Concilio tridentino; el famoso de Valladolid en 1522, entre D. Pedro Torrellas y D. Jerónimo de Ansa, fué verdaderamente *el postrer duelo de España*. Continuaron las juntas y torneos, y hasta hubo cofradías especiales para celebrarlos, como la de San Jorge en Zaragoza; pero aun en este género de caballería recreativa y ceremoniosa, se observa notable decadencia en la segunda mitad del siglo, siendo preferidos los juegos indígenas de cañas, toros y jineta, que dominaron en el siglo XVII.

Pero aunque todo esto tenga interés para la historia de las costumbres, en la historia de las ideas importa poco. La supervivencia del mundo caballeresco era de todo punto ficticia. Nadie obraba conforme á sus vetustos cánones: ni príncipes ni pueblos. La historia actual se desbordaba de tal modo, y era tan grande y espléndida, que forzosamente cualquiera fábula tenía que perder mucho en el cotejo. Lejos de creer yo que tan disputadas ficciones sirviesen de estímulo á los españoles del siglo XVI para arrojarse á inauditas empresas, creo, por el contrario, que debían de parecer muy pobre cosa á los que de continuo oían ó leían las prodigiosas y verdaderas hazañas de los portugueses en la India y de los castellanos en todo el continente de América y en las campañas de Flandes, Alemania é Italia. La poesía de la realidad y de la acción; la gran poesía geográfica de los descubrimientos y de las conquistas, consignada en páginas inmortales por los primeros narradores de uno y otro pueblo, tenía que triunfar antes de mucho, de la falsa y grosera imaginación que combinaba torpemente los datos de esta ruda novelística.

Aparte de las razones de índole social que explican el apogeo y menoscabo de la novela caballeresca, hay otras puramente literarias que conviene dilucidar. Pues ¿á quién no maravilla que en la época más clásica de España, en el siglo espléndido del Renacimiento, que con razón llamamos de oro; cuando florecían nuestros más grandes pensadores y humanistas; cuando nuestras escuelas estaban al nivel de las más cultas de Europa y en algunos puntos las sobrepujaban; cuando la poesía lírica y la prosa didáctica, la elocuencia mística, la novela de costumbres y hasta el teatro, robusto desde su infancia, comenzaban á florecer con tanto brío; cuando el palacio de nuestros reyes y hasta las pequeñas cortes de algunos magnates eran asilo de las buenas letras, fuese entretenimiento común de grandes y pequeños, de doctos é indoctos la lección de unos libros que, exceptuados cuatro ó cinco que merecen alto elogio, son tales como los describió Cervantes: «en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil».

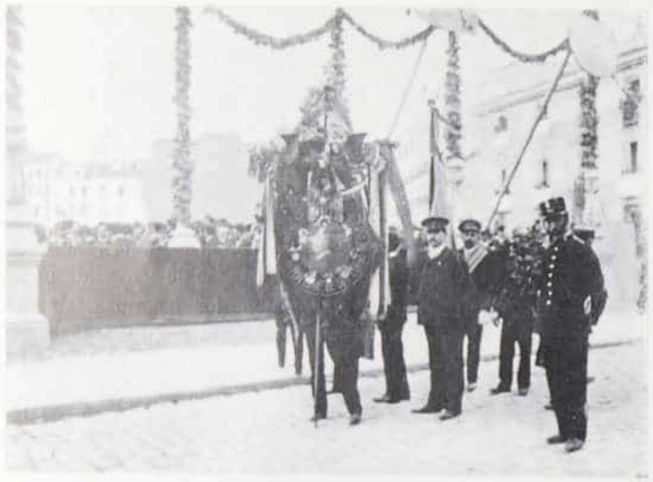
¿Cómo es posible que tan bárbaro y grosero modo de novelar coexistiese con una civilización tan adelantada? Y no era el ínfimo vulgo quien devoraba tales libros, que por lo abultados y costosos debían ser inasequibles para él, no eran tan sólo los hidalgos de aldea como Don Quijote; era toda la corte, del Emperador abajo, sin excluir á los hombres que parecían menos dispuestos á recibir el contagio. El místico reformista conquense Juan de Valdés, uno de los espíritus más finos y delicados, y uno de los más admirables prosistas de la literatura española, Valdés, helenista y latinista, amigo y corresponsal de Erasmo, catequista de augustas damas, maestro de Julia Gonzaga y de Victoria Colonna, después de decir en su *Diálogo de la lengua* que los libros de caballerías, quitados el *Amadís* y algún otro, «á más de ser mentirosísimos, son tan mal compuestos, así por decir las mentiras muy desvergonzadas como por tener el estilo desbaratado, que no hay buen estómago que los pueda leer», confiesa á renglón seguido que él los había leído *todos*. «Diez años, los mejores de mi vida, que gasté en palacios y cortes, no me empleé en ejercicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las cuales tomaba tanto sabor, que me comía las manos tras ellos.»

La explicación de este fenómeno parece muy llana. Tiene la novela dos aspectos: uno literario y otro que no lo es. Puede y debe ser obra de arte puro, pero en muchos casos no es más que obra de puro pasatiempo, cuyo valor estético puede ser ínfimo. Así como de la historia dijeron los antiguos que agradaba escrita de cualquier modo, así la novela cumple uno de sus fines, sin duda el menos elevado, cuando excita y satisface el instinto de curiosidad, aunque sea pueril; cuando prodiga los recursos de la invención, aunque sea mala y vulgar, cuando nos entretiene con una maraña de aventuras y casos prodigiosos, aunque estén mal pergeñados. Todo hombre tiene horas de niño, y desgraciado del que no las tenga. La perspectiva de un mundo ideal seduce siempre, y es tal la fuerza de su prestigio, que apenas se concibe al género humano sin

alguna especie de novelas ó cuentos, orales ó escritos. A falta de los buenos se leen los malos, y éste fué el caso de los libros de caballerías en el siglo XVI y la razón principal de su éxito.

Apenas había otra forma de ficción fuera de los cuentos cortos italianos de Bocaccio y de sus imitadores. Las novelas sentimentales y pastoriles eran muy pocas, y tenían aún menos interés *novelesco* que los libros de caballerías, siquiera los aventajasen mucho en galas poéticas y de lenguaje. Todavía escaseaban más las tentativas de novela histórica, género que, por otra parte, se confundió con el de caballerías en un principio. De la novela picaresca ó de costumbres, apenas hubo en toda aquella centuria más que dos ejemplos, aunque excelentes y magistrales. La primitiva *Celestina* (que en rigor no es novela, sino drama) era leída y admirada aun por las gentes más graves, que se lo perdonaban todo en gracia de la perfección de su estilo y de su enérgica representación de la vida; pero sus continuaciones é imitaciones, más deshonestas que ingeniosas, no podían ser del gusto de todo el mundo, por muy grande que supongamos, y grande era, en efecto, la relajación de las costumbres y la licencia de la prensa. Quedaron, pues, los *Amadises* y *Palmerines* por únicos señores del campo. Y como la misma, y aun mayor penuria de novelas originales, se padecía en toda Europa, ellos fueron los que dominaron enteramente esta provincia de las letras por más de cien años.

LA PROCESION CÍVICA



Estandarte de la Federación de los coros Clavé.

Por haber satisfecho, conforme al gusto de un tiempo dado, necesidades eternas de la mente humana, aun de la más inculta, triunfó de tan portentosa manera este género literario y han triunfado después otros análogos. Las novelas seudo históricas, por ejemplo, de Alejandro Dumas y de nuestro Fernández y González son por cierto más interesantes y amenas que los *Floriseles, Belianises y Esplendianes;* pero libros de caballerías son también adobados á la moderna; novelas interminables de aventuras belicosas y amatorias, sin más fin que el de recrear la imaginación. Todos las encuentran divertidas, pero nadie las concede un valor artístico muy alto. Y, sin embargo, Dumas el viejo tuvo en su tiempo, y probablemente tendrá ahora mismo, más lectores en su tierra que el coloso Balzac, é infinitamente más que Mérimée, cuyo estilo es la perfección misma. La novela como arte es para muy pocos; la novela como entretenimiento está al alcance de todo el mundo, y es un goce lícito y humano, aunque de orden muy inferior.

Por haber hablado, pues, de armas y de amores, materia siempre grata á mancebos enamorados y á gentiles damas, cautivaron á su público estos libros, sin que fuesen obstáculo su horrible pesadez, sus repeticiones continuas, la tosquedad de su estructura, la grosera inverosimilitud de los lances y todos los enormes defectos que hacen hoy intolerable su lectura. Pero es claro que esta ilusión no podía mantenerse mucho tiempo: la vaciedad de fondo y forma que había en toda esta literatura, no podía ocultarse á los ojos de ningún lector sensato, en cuanto pasase el placer de la sorpresa. La generación del tiempo de Felipe II, más grave y severa que los contemporáneos del Emperador, comenzaba á hastiarse de tanta patraña insubstancial, y mostraba otras predilecciones literarias, que acaso pecaban de austeridad excesiva. La historia, la literatura ascética, la poesía lírica, dedicada muchas veces á asuntos elevados y religiosos, absorbían á nuestros mayores ingenios. Con su abandono se precipitó la decadencia del género caballeresco, al cual sólo se dedicaban ya rapsodistas obscuros y mercenarios.

Nunca faltaron, sin embargo, á estos libros, aficionados y aun apologistas muy ilustres. Pero si

bien se mira, todos ellos hablan, no de los libros de caballerías tales como son, sino de lo que pudieran ó debieran ser, y en este puro concepto del género es claro que tienen razón. No difiere mucho de este ideal novelístico el plan de un poema épico en prosa que explanó Cervantes por boca del Canónigo, mostrando con tan hermosas razones que estos libros daban largo y espacioso campo para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos. Este ideal se vió realizado cuando el espíritu de la poesía caballeresca, nunca enteramente muerto en Europa, se combinó con la adivinación arqueológica, con la nostalgia de las cosas pasadas y con la observación realista de las costumbres tradicionales próximas á perecer, y engendró la novela histórica de Walter-Scott, que es la más noble y artística descendencia de los libros de caballerías.

LA PROCESION CÍVICA

El orfeón sevillano.

Pero Walter-Scott y todos los novelistas modernos no son más que *epígonos* respecto de aquel patriarca del género, que tiene entre sus innumerables excelencias la de haber reintegrado el elemento épico que en las novelas caballerescas yacía soterrado bajo la espesa capa de la amplificación bárbara y desaliñada. La obra de Cervantes, como he dicho en otra parte, no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino á matar un ideal, sino á transfigurarle y enaltecerle. Cuanto había de poético, noble y hermoso en la caballería, se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento. Fué de este modo, el QUIJOTE, el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, á la vez que elevando los casos de la vida familiar á la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna. Los medios que empleó Cervantes para realizar esta obra maestra del ingenio humano fueron de admirable y sublime sencillez. El motivo ocasional, el punto de partida de la concepción primera, pudo ser una anécdota corriente. La afición á los libros de caballerías se había manifestado en algunos lectores con verdaderos rasgos de alucinación, y aun de locura. D. Francisco de Portugal en su *Arte de galantería*, nos habla de un caballero de su nación que encontró llorando á su mujer, hijos y criados: sobresaltóse y preguntóles muy congojado si algún hijo ó deudo se les había muerto: respondieron

LA PROCESION CÍVICA

Orfeón valenciano.

ahogados en lágrimas que no: replicóles más confuso: «pues ¿por qué lloráis? dijéronle: Señor, *hase muerto Amadís.*» Melchor Cano, en el libro XI, cap. VI de sus *Lugares Teológicos*, refiere haber conocido á un sacerdote que tenía por verdaderas las historias de Amadís y D. Clarián, alegando la misma razón que el ventero del Quijote, es á saber: que cómo podían decir mentira unos libros impresos con aprobación de los superiores y con privilegio real. El sevillano Alonso de Fuentes en la *Summa de philosophia natural* (1577) traza la semblanza de un *doliente* precursor del hidalgo manchego, que se sabía de memoria todo el *Palmerín de Oliva* y «no se hallaba sin él aunque lo sabía de coro». En cierto cartapacio de D. Gaspar Garcerán de Pinós, conde de Guimerán, fechado en 1600, se cuenta de un estudiante de Salamanca que «en lugar de leer sus lecciones, leía en un libro de caballerías, y como hallase en él que uno de aquellos famosos caballeros estaba en aprieto por unos villanos, levantóse de donde estaba, y empuñando un montante, comenzó á jugarlo por el aposento, y esgrimir en el aire, y como lo sintiesen sus compañeros acudieron á saber lo que era, y él respondió: Déjenme vuestras mercedes que leía esto y esto, y defiendo á este caballero. ¡Qué lástima! ¡Cuál le traían estos villanos!»

Si en estos casos de alucinación, puede verse el germen de la locura de Quijote, mientras no pasó de los límites del ensueño, ni se mostró fuera de la vida sedentaria, con ellos pudo combinarse otro caso de locura activa y furiosa que D. Luis Zapata cuenta en su *Miscelánea* como acaecido en su tiempo, es decir, antes de 1599, en que pasó de esta vida. Un caballero, muy manso, muy cuerdo y muy honrado, sale furioso de la corte sin ninguna causa, y comienza á hacer las locuras de Orlando; «arroja por ahí sus vestidos, queda en cueros, mató á un asno á cuchilladas, y andaba con un bastón tras los labradores á palos».

Todos estos hechos, ó algunos de ellos, combinados con el recuerdo literario de la locura de Orlando, que Don Quijote se propuso imitar juntamente con la penitencia de Amadís en Sierra Morena, pudieron ser la chispa que encendió esta inmortal hoguera.

El desarrollo de la fábula primitiva estaba en algún modo determinado por la parodia continua y directa de los libros de caballerías, de la cual poco á poco se fué emancipando Cervantes á medida que penetraba más y más en su espíritu la esencia poética indestructible que esos libros contenían, y que lograba albergarse por fin en un templo digno de ella. El héroe que en los primeros capítulos no es más que un monomaníaco, va desplegando poco á poco su riquísimo contenido moral, se manifiesta por sucesivas revelaciones, pierde cada vez más su carácter paródico, se va purificando de las escorias del delirio, se pule y ennoblece gradualmente, domina y transforma todo lo que le rodea, triunfa de sus inicuos ó frívolos burladores, y adquiere la plenitud de su vida estética en la segunda parte. Entonces no causa lástima, sino veneración: la sabiduría fluye en sus palabras de oro: se le contempla á un tiempo con respeto y con risa, como héroe verdadero y como parodia del heroísmo, y según la feliz expresión del poeta inglés Wordsworth, la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Su mente es un mundo ideal donde se reflejan, engrandecidas, las más luminosas quimeras del ciclo poético, que al ponerse en violento contacto con el mundo histórico, pierden lo que tenían de falso y peligroso, y se resuelven en la superior categoría del humorismo sin hiel, merced á la influencia benéfica y purificadora de la risa. Así como la crítica de los libros de caballerías fué ocasión ó motivo, de ningún modo causa formal ni eficiente para la creación de la fábula del QUIJOTE, así el protagonista mismo comenzó por ser una parodia benévola de *Amadís de Gaula*, pero muy pronto se alzó sobre tal representación. En Don Quijote revive Amadís, pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre; pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media. Nacido en una época crítica, entre un mundo que se derrumba y otro que con desordenados movimientos comienza á dar señales de vida, Don Quijote oscila entre la razón y la locura, por un perpetuo tránsito de lo ideal á lo real, pero si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor, las puras, inmóviles y bienaventuradas ideas de que hablaba Platón.

No fué de los menores aciertos de Cervantes haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mejores lecciones de sabiduría

por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el QUIJOTE nunca resulta ridículo, sino por la manera inadecuada y armónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y saludable. Lo que desquicia á Don Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo, y hace estéril toda su virtud y su esfuerzo. En el conflicto de la libertad con la necesidad, Don Quijote sucumbe por falta de adaptación al medio, pero su derrota no es más que aparente, porque su aspiración generosa permanece íntegra, y se verá cumplida en un mundo mejor, como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana.

Si éste es un símbolo y en cierto modo no puede negarse que para nosotros lo sea, y que en él estribe una gran parte del interés humano y profundo del QUIJOTE, para su autor no fué tal símbolo, sino criatura viva, llena de belleza espiritual, hijo predilecto de su fantasía romántica y poética, que se complace en él y le adorna con las más excelsas cualidades del ser humano. Cervantes no compuso ó elaboró á Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que le *vió* con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él y llegó al símbolo sin buscarle, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura. De este modo, una risueña y amena fábula que había comenzado por ser parodia literaria, y no de todo el género caballeresco, sino de una particular forma de él, y que luego por necesidad lógica fué sátira del ideal histórico que en esos libros se manifestaba, prosiguió desarrollándose en una serie de antítesis, tan bellas como inesperadas, y no sólo llegó á ser la representación total y armónica de la vida nacional en su momento de apogeo é inminente decadencia, sino la epopeya cómica del género humano, el breviario eterno de la risa y de la sensatez.

Cervantes se levanta sobre todos los parodiadores de la caballería, porque Cervantes la amaba y ellos no. El Ariosto mismo era un poeta honda y sinceramente pagano, que se burla de la misma tela que está urdiendo, que permanece fuera de su obra, que no comparte los sentimientos de sus personajes ni llega á hacerse íntimo con ellos ni mucho menos á inmolar la ironía en su obsequio. Y esta ironía es subjetiva y puramente artística, es el ligero solaz de una fantasía risueña y sensual. No brota espontáneamente del contraste humano, como brota la honrada, serena y objetiva ironía de Cervantes.

Con Don Quijote comparte los reinos de la inmortalidad su escudero, fisonomía tan compleja como la suya en medio de su simplicidad aparente y engañosa. Puerilidad insigne sería creer que Cervantes la concibió de una vez como un nuevo símbolo, para oponer lo real á lo ideal, el buen sentido prosaico á la exaltación romántica. El tipo de Sancho pasó por una elaboración no menos larga que la de Don Quijote: acaso no entraba en el primitivo plan de la obra, puesto que no aparece hasta la segunda salida del héroe: fué indudablemente sugerido por la misma parodia de los libros de caballerías, en que nunca faltaba un escudero al lado del paladín andante. Pero estos escuderos, como el *Gandalín* del *Amadís*, por ejemplo, no eran personajes cómicos, ni representaban ningún género de antítesis. Uno solo hay, perdido y olvidado en un libro rarísimo, y acaso el más antiguo de los de su clase, que no estaba en la librería de Don Quijote, pero que me parece imposible que Cervantes no conociera: acaso le habría leído en su juventud y no recordaría ni aun el título, que dice á la letra: *Historia del caballero de Dios que había por nombre Cifar, el cual por sus virtuosas obras et hazañosos hechos fué rey de Menton.* En esta novela, compuesta en los primeros años del siglo XIV, aparece un tipo muy original, cuya filosofía práctica, expresada en continuas sentencias, no es la de los libros, sino la proverbial ó *paremiológica* de nuestro pueblo. El *Ribaldo*, personaje enteramente ajeno á la literatura caballeresca anterior, representa la invasión del realismo español en el género de ficciones que parecía más contrario á su índole, y la importancia de tal creación no es pequeña, si se reflexiona que el *Ribaldo* es hasta ahora el único antecesor conocido de Sancho Panza. La semejanza se hace más sensible por el gran número de refranes (pasan de sesenta) que el *Ribaldo* usa á cada momento en su conversación. Acaso no se hallen tantos en ningún texto de aquella centuria, y hay que llegar al Arcipreste de Talavera y á la Celestina para ver abrirse de nuevo esta caudalosa fuente del saber popular y del pintoresco decir. Pero el *Ribaldo*, no sólo parece un embrión de Sancho en su lenguaje sabroso y popular, sino también en algunos rasgos de su carácter. Desde el momento en que, saliendo de la choza de un pescador, interviene en la novela, procede

como un rústico malicioso y avisado, socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta las fantasías de su señor «el caballero viandante», á quien en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por «desventurado é de poco recabdo», sin perjuicio de acompañarle en sus empresas, y de sacarle de muy apurados trances, sugiriéndole, por ejemplo, la idea de entrar en la ciudad de Menton con viles vestiduras y ademanes de loco. El, por su parte, se ve expuesto á peligros no menores, aunque de índole menos heroica. En una ocasión le liberta el caballero Cifar al pie de la horca donde iban á colgarle, confundiéndole con el ladrón de una bolsa. No había cometido ciertamente tan feo delito, pero en cosas de menos cuantía pecaba sin gran escrúpulo, y salía del paso con cierta candidez humorística. Dígalo el singular capítulo LXII (trasunto acaso de una *facecia* oriental) en que se refiere cómo entró en una huerta á coger nabos, y los metió en el saco. Aunque en ésta y en alguna otra aventura el *Ribaldo* parece precursor de los héroes de la novela picaresca, todavía más que del honrado escudero de Don Quijote, difiere del uno y de los otros en que mezcla el valor guerrero con la astucia. Gracias á esto, su condición social va elevándose y depurándose; hasta el nombre de *Ribaldo* pierde en la segunda mitad del libro. «Probó muy bien en armas é fizo muchas cavallerías é buenas, porque el rey tovo por guisado de lo facer cavallero, é lo fizo é lo heredó é lo casó muy bien, é decíanle ya el *caballero amigo*.»

Inmensa es la distancia entre el rudo esbozo del antiguo narrador y la soberana concepción del escudero de Don Quijote, pero no puede negarse el parentesco. Sancho como el *Ribaldo*, formula su filosofía en proverbios, como él es interesado y codicioso á la vez que leal y adicto á su señor; como él se educa y mejora bajo la disciplina de su patrono, y si por el esfuerzo de su brazo no llega á ser caballero andante, llega por su buen sentido aguzado en la piedra de los consejos de Don Quijote, á ser íntegro y discreto gobernante, y á realizar una manera de utopía política en su ínsula.

Lo que en su naturaleza hay de bajo inferior, los apetitos francos y brutales, la tendencia prosaica y utilitaria, si no desaparecen del todo, van perdiendo terreno cada día bajo la mansa y suave disciplina sin sombra de austeridad que Don Quijote profesa; y lo que hay de sano y primitivo en el fondo de su alma, brota con irresistible empuje, ya en forma ingenuamente sentenciosa, ya en inesperadas efusiones de cándida honradez. Sancho no es una expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es solamente el coro humorístico que acompaña á la tragicomedia humana: es algo mayor y mejor que esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote: es el primero y mayor triunfo del ingenioso hidalgo, es la estatua moral que van labrando sus manos en materia tosca y rudísima á la cual comunica el soplo de la inmortalidad. Don Quijote se educa á sí propio, educa á Sancho, y el libro entero es una pedagogía en acción la más sorprendente y original de las pedagogías, la conquista del ideal por un loco y por un rústico, la locura aleccionando y corrigiendo á la prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascua viva y sagrada de lo ideal. Hasta las bestias que estos personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano.

(Este discurso ha sido publicado por la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, de la cual lo reproducimos.)

EN EL COLEGIO DE MÉDICOS

Noticia de la sesión.

En el día 9 de Mayo de 1905, en el Anfiteatro grande de la Facultad de Medicina de Madrid, á las once de su mañana, se abrió la sesión, se leyeron los discursos con arreglo al programa que se inserta á continuación, y después de dar cuenta de las Memorias, se dió por terminado el acto á las dos menos cuarto de la tarde.

Presidió el Excmo. señor D. Augusto González Besada, Ministro de la Gobernación, acompañado en la Presidencia del Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo, Ministro de Instrucción pública; del Excelentísimo Sr. D. Rafael Conde y Luque, Rector de la Universidad Central; del Ilmo. Sr. don Mariano Viscasillas, Decano de la Facultad de Letras de la misma Universidad, y del Excelentísimo Sr. D. Julián Calleja, Presidente del colegio de Médicos.

Dr. D. Julián Calleja.

La concurrencia fué muy numerosa y escogida, pudiéndose apreciar en más de 2.000 personas, entre las cuales se contaban individuos de las clases más distinguidas de la sociedad intelectual.

Programa.

1.° La Estudiantina escolar ejecutó una pieza escogida de música del siglo XVII.

2.° Discurso del Presidente del Colegio, don Julián Calleja, sobre el objeto y fines de esta sesión.

3.° Idem de D. Rafael Salillas, sobre «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y el Examen de Ingenios», del Doctor Juan Huarte.

4.° Idem de D. Santiago Ramón y Cajal, sobre «La Psicología de Don Quijote de la Mancha y el quijotismo».

5.° Idem de D. Federico Olóriz, sobre «Los caracteres físicos del Quijote».

6.° El Orfeón escolar cantó á voces solas una pieza musical, y después, acompañado de orquesta, un himno á Cervantes.

7.° Discurso de don José Gómez Ocaña, sobre «El trato higiénico del español en el siglo XVII».

8.° Idem de D. Blas Lázaro Ibiza, sobre «Nociones histórico-naturajes, especialmente botánicas, en tiempo de Cervantes».

9.° Idem de D. Angel Pulido, que fué leído por el Doctor D. Manuel Tolosa y Latour, sobre «La expulsión de los moriscos en la época del Quijote».

10. Idem del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, D. Augusto González Besada, sobre «Aptitudes de Sancho para gobernar la ínsula Barataria».

11.° La Estudiantina escolar tocó como despedida aires nacionales.

DISCURSO DEL DOCTOR CALLEJA

SEÑORES:

«Dichosa edad y siglo dichoso, como aquellos á los que pusieron el nombre de dorados», y á los que el ingenioso hidalgo, «con un puño de bellotas en la mano, ensalzaba y celebraba delante de los cabreros, embobados y suspensos». Dichosa edad y siglo dichoso, repito, son ésta y éste que alcanzamos y permiten á los españoles presenciar casi á la vez la glorificación de una celebridad contemporánea y del Genio que pasó. Actos son uno y otro que producen en nuestros pechos iguales emociones de admiración y de entusiasmo, pues en ellos con la misma alegría consagramos homenaje de veneración, y el laurel sagrado de la fama y de la inmortalidad, á quien entre nosotros vive honrando y enalteciendo la patria amada y á quien sólo podemos venerar de memoria, por el mérito perdurable de sus novelas, que han sido, son y serán justificada vanidad y engreimiento de la gran familia española.

Después de estas espléndidas y populares solemnidades de la inteligencia, nadie tendrá derecho á negarnos la espontaneidad y el entusiasmo de los pueblos fuertes para alabar, engrandecer y exaltar á los hijos predilectos de España; ni podrá desconocer que nuestra conciencia individual, merced al impulso de tan fecundos hechos, pugna eficazmente por desterrar todo sentimiento egoista y miserable; y que la muchedumbre social ha visto claramente y penetrado con alegría y entereza en el camino de la regeneración intelectual, que es el basamento único de solidez suficiente é inquebrantable para dar firmeza y seguridad al trabajo, como instrumento inexcusable que es de toda defensa contra la ignorancia y de toda causa de progreso.

Nadie que ame la verdad podrá ya atribuir á nuestro gran pueblo la existencia de aquel pobre sentimiento, peor que la torpe emulación; que va siempre unido á la perversidad; que, como purgatorio de la gloria, jamás se junta con el placer; que sólo puede engendrar la disensión y el desorden; que hace la infelicidad de quien le siente porque pretende en vano destruir la felicidad ajena, y que, á manera de viento tempestuoso, intenta azotar las cumbres más altas, persiguiendo, con tenacidad tan cruel como estéril, á la buena fama, cual la sombra al cuerpo.

Derecho tenemos á creer que pasaron, afortunadamente para nosotros, los tiempos de mezquinos individualismos, que siempre fueron y serán tristes y fecundas fuentes de aquellos egoístas, secos de corazón y perversos de conciencia, de quienes decía Bacon: «son capaces de pegar fuego á la casa de su vecino para hacer freir un huevo». Ya no es posible gobernar la sociedad española por la fuerza bruta, ni por dinero, ni por el derecho divino, ni aun por la ciencia exclusiva. La crítica sincera alcanza á todo y á todos. Crece el sentimiento inteligente de igualdad y la colectividad comienza su imperio.

Y la colectividad nunca es egoísta, pues forma la verdadera opinión. Siente con verdad y con pureza en su recta conciencia el trabajo, el honor, el deber, la ciencia, el arte y todos los sentimientos nobles. Respeta, sin doblarse ni humillarse, las tradiciones más humildes; por esto en nuestra patria recuerda con gran regocijo la fiesta de toros, quizás menos cruel que otras fiestas populares de los más cultos pueblos, y nunca olvida los barrios de Triana en Sevilla, Percheles de Málaga, Lavapiés y Maravillas de Madrid, Campillo de Granada, San Pablo de Zaragoza, la Viña de Cádiz, Santa María de Córdoba, Rochapea de Pamplona, Murallas de Cartagena y Mercadillo de Ronda; pero, al mismo tiempo, aspira á entrar en el concierto universal de las naciones más adelantadas, empujada con fuerza irresistible por su cultura; por la necesidad de independencia intelectual; por demanda de nuestra industria; por el amor al trabajo, cada día mayor; por el ejemplo de nuestros grandes hombres, enaltecidos con premios extranjeros; y porque, el cabo, debemos pensar que ha sonado la hora feliz en que los españoles podamos presentar, ante el mundo entero, patente irrecusable de cultura propia, bien probada y garantizada por los Genios propios, pasados y contemporáneos, por los éxitos obtenidos repetidamente en los grandes Concursos internacionales, y por la magnificencia de estos actos colectivos, especialmente por este que ahora celebramos y que están celebrando todas las naciones cultas del mundo para glorificar á nuestro Cervantes.

No extrañaréis que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid, interpretando los sentimientos de sus compañeros y de la clase entera, se apreste á festejar con alegría y entusiasmo al autor de la novela que ha conseguido mayores alabanzas y mayor número de ediciones, escrita á trozos con la inspiración de profeta y á trozos con la cordura y reflexión del sabio. Al autor que, ya aparece arrebatado y fogoso, como poeta ú orador excelso; ya reposado, sencillo y candoroso, como doncella honesta ó aldeano medroso y encogido; ora como estadista prudente y previsor, práctico en negocios de Estado y conocedor de la urdimbre enmarañada de la política; ora como pícaro astuto y taimado que retrata en rasgos más exactos que la misma fotografía al bufón chocarrero, sólo útil para hacer reir, y al truhán sinvergüenza, vividor impenitente de estafas y de engaños. Al autor sublime, en quien Dios infundió el soplo de pensador y de artista, para que pintando con vivos colores la realidad de todas las capas sociales de su tiempo, lograra corregir vicios que á todos amenazaban y mejorar costumbres extraviadas, si no corrompidas, sin olvidar un solo momento los nobles sentimientos del espíritu y de la razón; con todo lo que vino á demostrarse su grandeza, pues en efecto, grande es el hombre que, inspirado siempre en la verdad, sabe oponerse y corregir á la opinión pública equivocada, que quien de otra manera lo intentase, sería un loco y no grande hombre: y con todo lo que ganó en los tres últimos siglos no sólo el homenaje de las escuelas realistas, que por suyo le cuentan con acierto, sino de los idealistas todos, teólogos y metafísicos, poetas y filósofos, políticos y moralistas, autócratas y burgueses, religiosos y sabios. Al autor, en fin, del modelo eterno incomparable del buen habla castellana; de esta hermosa lengua, cuya riqueza, flexibilidad y nervio no tienen rival; cuya valentía en los giros y variedad en la frase causan la admiración de propios y extraños; y cuya combinación de fuerza y precisión, de energía y dulzura en los sonidos, sólo llega á comprenderse leyendo á Cervantes, que, á mi parecer, ha igualado por lo menos, si no ha superado á los insignes prosistas Fr. Antonio de Guevara, Luis de Avila, Diego Hurtado de Mendoza, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, el P. Juan de Mariana, Bartolomé de Argensola, el P. Feijóo, Gaspar de Jovellanos, Jaime Balmes, Cayetano Rosell, Valera y muchos otros inolvidables; y asimismo á los escritores en verso Fr. Luis de León, Baltasar de Alcázar, Quevedo, Samaniego, Moratín, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Campoamor, Selgas y otros que seguramente ocupan privilegiado sitio en el Parnaso, al lado de las Musas inspiradoras del bien hablar.

Además, la clase médica, por derecho propio, debe festejar y conmemorar la obra inmortal de Cervantes, porque á justo título coloca á aquélla entre sus libros y al autor en sus filas, casi al lado de Pinel; pues si de este médico eminente es su mayor gloria la aplicación del tratamiento moral á las enajenaciones del alma, bien merece tal colocación Cervantes, que aplicó aquel procedimiento curativo con tan incomparable maestría, con tan singular destreza y habilidad tan rara y primor tan exquisito, que hoy mismo los alienistas de mayor celebridad le tributan su aplauso y gratitud.

Bien sabe la clase médica cuán poco valen y en cuán poco son tenidas las vanidades del mundo por los espíritus superiores; y sabe, á la vez, que se honra á los muertos célebres continuando sus obras con ardor y perseverancia, aún mejor que elevando estatuas y fastuosas tumbas. Pero sabe igualmente que estas fiestas conmemorativas y de recuerdo son la fuerza más eficaz, el excitante más provocativo y la palanca más potente para mantener el fervor y aumentar el entusiasmo hacia cualquier idea, para realizarla como fué concebida y para mejorarla y purificarla.

¡Bien hayan los pueblos que recuerdan á sus hijos predilectos, y que, á la par que les rinden pleito homenaje en frios mármoles, se reúnen, congregan y conciertan para aplaudir y revivir sus pensamientos, para reproducir sus obras, para analizar y escudriñar sus intenciones, para cotejar sus merecimientos, para justipreciar sus éxitos, para conjeturar el porvenir que el tiempo les reserva, y para decidir y fallar en definitiva! Porque tales aplausos, resurrección, reproducción, análisis, indagatoria, cotejo, tasación y fallo, constituyen la expresión más culminante de la vida social, realizando sus dos funciones más sublimes, consciente una, quizás inconsciente la otra; aquélla como lauro y veneración al que fué, ésta como aliciente y esperanza al que es y al que será.

¡Sí; bien hayan estas solemnidades conmemorativas para patentizar la sumisión que todos debemos á la superioridad intelectual de los que dejaron ó dejarán estela luminosa por donde el progreso avanzó y avanzará con seguridad; y también para que en la generación presente y en las futuras los privilegiados vigoricen su espíritu y redoblen el trabajo, ya que cuentan con el auxilio y la gratitud de sus conciudadanos!

Acudamos todos á luchar contra la ignorancia: los grandes talentos, como faros y fuerzas directrices; los modestos y aun mínimos, como auxiliares, para aumentar el vigor, la robustez y la capacidad de aquéllos; y cuando los últimos ni aun esto podamos alcanzar, siempre serviremos todos para excitar al poderoso, aplaudir al inteligente, enaltecer al bienhechor y expresarles nuestra gratitud; pudiendo y debiendo quedar tranquilos y satisfechos con participación tan modesta, pues ésta basta para alentar á los escogidos y hacer eficaces sus esfuer-

LA PROCESIÓN CÍVICA

El Ayuntamiento de Madrid y otras Autoridades militares.

zos: ¡es la ignorancia como inmenso bloque de piedra y plomo, que reclama ayuda de todos para moverla, destruirla y aniquilarla! Congratúlense, pues, los médicos cumpliendo hoy este deber sagrado en loor y gloria del inmortal Cervantes; á ello estamos obligados por amor patrio y por gratitud de clase.

Sean los literatos quienes se encarguen de cantar las maravillas de locución y poesía que guardan sus incomparables novelas; queden las responsabilidades de severos críticos para el gran Lope de Vega, cuando, con inspiración más mezquina que justa y generosa, dijo «que en estas novelas no falta gracia y estilo», y para el menos grande poeta Villegas que motejó á Cervantes llamándole «mal poeta y quixotista»; ¡también sabemos los médicos que nuestro gran Vesalio fué calificado por su maestro Sylvio de orgulloso, calumniador y tránsfuga! Sean también los literatos quienes discutan y definan la influencia que en las escuelas literarias, naturalistas é idealistas ha tenido aquel gran genio; aunque siempre resultará tan claro como la luz del medio día, según ha dicho Cánovas del Castillo, que respecto del realismo, ningún país, ni aun los franceses con sus Rabelais, pueden sostener la competencia con Cervantes, Quevedo y otros escritores de nuestro siglo de oro.

Y déjese á la clase médica afirmar, sin faltar una mínima á la verdad, que en esta lucha doctrinal sobre la realidad humana la victoria completa es de Cervantes, como lo demuestra su portentosa, sarcástica y gigantesca ironía y, sobre todo, su admirable concepto de la Medicina, expresado con un realismo abrumador en las memorables palabras puestas en boca de Sancho, «todo encendido en cólera», y dirigidas al Doctor Pedro Recio de Agüero, en esta forma: «quíteseme luego de delante, si no, voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas».

DISCURSO DEL DOCTOR CAJAL

Psicología del Quijote y el quijotismo.

Universalmente admirada es la soberbia figura moral del hidalgo manchego. Don Alonso Quijano el bueno, convertido en andante caballero por la sugestión de los disparatados libros de caballería, representa, según se ha dicho mil veces, el más perfecto símbolo del honor y del altruísmo. Jamás el genio anglosajón, tan dado á imaginar caracteres enérgicos y originales, creó personificación más exquisita del individualismo indómito y de la abnegación sublime.

Pero puntualicemos brevemente los rasgos psicológicos sobresalientes del protagonista de la novela inmortal. Como nos refiere su creador, Don Quijote se entrega ansiosamente á la lectura de novelas caballerescas, hasta el punto «de olvidar la administración de su hacienda». Y del poco dormir y del mucho leer y cavilar, se le seca el cerebro y se le perturba el juicio. En medio de su exaltación intelectual y afectiva, cae en la cuenta de que, por culpa del egoísmo humano, gime el mundo en la iniquidad y el deshonor; y así, pasando de la idea á la acción, abandona las dulcedumbres y blanduras del hogar y sale á campaña resuelto á «enderezar entuertos, amparar doncellas y pupilos y castigar agravios».

Dr. D. Santiago Ramón y Cajal.

(Fotografía de Cao.)

Siente hacia la especie esa pasión generosa y desbordante de los grandes iniciadores religiosos, y quiere demostrarla «poniéndose en ocasión de peligros donde acabándolos cobre eterno nombre y fama». Todo lo da por bien empleado con tal de «atender al aumento de su honra y al servicio de la república», sin codiciar más galardón que el recuerdo agradecido de la posteridad y la mirada amorosa y pía de la señora de sus pensamientos. Cuando en sus dolorosas desaventuras cae vencido por aciago destino, no siente el dolor en la piel, sino en el ideal. Pero las derrotas no entibian su fe; créese perseguido por envidiosos y malignos encantadores, y espera ablandarlos á fuerza de constancia y heroísmo, ó recibir la ayuda de genios propicios y generosos con el valor desgraciado. En vano los equilibrados y sesudos Carrascos y Mirandas, defensores de los fueros del sentido común, le advierten del peligro y le llaman á la realidad prosaica y amarga: Don Quijote no los oye, y si á veces discute con ellos, es solamente cediendo á las inexcusables leyes de la cortesía y de la buena crianza. ¿Qué pueden decirle que supere al excelso ideal que lleva en el cerebro? En comparación del grandioso y mirífico ensueño, donde los hombres son héroes de leyenda, la Naturaleza, áurea trama tejida por hadas, las mujeres, arquetipos de belleza y de soberana euritmia, ¿qué vale el pálido y mezquino mundo real? ¡Una vida interior, intensa, exclusiva y arisca le absorbe; vida recogida y ensimismada de larva ocupada en hilar impasible, entre los bramidos del trueno y los furores del viento, el áureo capullo de la gloria!...

Todos los grandes soñadores aspiran á realizar sus ensueños, á vestir sus quimeras de carne y san-

gre, lanzando al mundo un tipo humano diferente y superior al actual, creador de una corriente de vida poderosa y arrolladora de las barreras levantadas por el sentimiento, el interés y la tradición. Diríase que es la idea que aspira á cuajarse en materia; que, surgida en el cerebro como eco lejano de la realidad, pugna por remontarse á su fuente y erigirse en tirana y maestra de la Naturaleza misma.

Esta importante ley psicológica, bien conocida de Cervantes, cúmplese en Don Quijote. También éste acaricia un ensueño luminoso y quiere vivirlo y hacerlo vivir á los demás, hermoseando y ennobleciendo la tierra con sus mágicos destellos. Durante su ardiente apostolado, no recurrirá á la sugestión y al milagro, recursos dialécticos del manso propagandista religioso, sino á las violencias de la contradicción y á los rigores de la espada. Nada de cobardes componendas con las insidias é iniquidades de los fuertes. De dura roca son las conciencias y á botes de lanza deben esculpirse. Y él las esculpirá con arreglo al modelo ideal del honor aprendido en las heroicas historias. Porque Don Quijote, á más de poseer un *yo* hipertrófico, desbordante de voluntad y de energía, se siente fortalecido por esa fe ciega en la fortuna característica de los grandes conquistadores de almas y tierras.

Si á tan admirable encarnación de la religión del deber y del atruismo no hubiera añadido Cervantes algunos rasgos patológicos, el tipo de Don Quijote, con ser de contextura ciclópea, habría quedado reducido á las modestas proporciones de un filósofo práctico, un tanto exaltado é imbuido de arrogante confianza en su buena estrella y en la excelsitud de su misión. Pero Cervantes—no hay que olvidarlo—se propuso ante todo una obra de polémica literaria. Queriendo esgrimir el arma poderosa del ridículo contra los libros de caballería, juzgó al efecto indispensable desconceptuar y achicar un tanto, con el estigma de la locura, la simpática figura del ingenioso hidalgo, cuyo entendimiento agudísimo y genial fué presa y juguete de ilusiones, alucinaciones, obsesiones é ideas delirantes.

Más de una vez me he preguntado: ¿por qué Cervantes no hizo cuerdo á su héroe? La defensa briosa y elocuente del realismo en la esfera del arte, no exigía necesariamente la insania del caballero del ideal. Convengamos, empero, en que un Quijote meramente filántropo, aunque apasionado y vehemente, no habría abandonado de buen grado las blandura y regalos de la vida burguesa para lanzarse á las arriesgadas y temerarias aventuras. Y aun dado caso que la codicia de gloria y el ansia de justicia fueran poderosas á sacarle de sus casillas, llevándole á militar denodadamente contra el egoísmo y la perfidia del mundo, ¿habrían dado pie sus gestas, en tanto que materia de labor artística, para forjar los épicos, maravillosos y sorprendentes episodios que todos admiramos en el libro inmortal y que tan alto hablan del soberano ingenio y vena creadora del príncipe de nuestros prosistas?

Sin duda, á causa de esta obligada anormalidad mental de Don Quijote, que le llevaba á provocar las más descomunales é imposibles aventuras, el tono general de la novela es de honda melancolía y desconsolador pesimismo. En vano el lector, emocionado, pretende serenarse haciéndose cuentas de que Cervantes no personificó en el Caballero de la Triste figura sino las desvariadas, inconsistentes é inverosímiles composiciones caballerescas. Arrastrados, á nuestro pesar, por la tendencia generalizadora de la razón, nos asalta el temor de que el anatema que en la obra de Cervantes pesa sobre el arte romántico, se extienda á dominios ajenos al designio del soberano artista. Y nos preguntamos, con inquietud en el alma y lágrimas en los ojos: ¿Cómo? ¿Estarán también condenados á perecer irremisiblemente todos los altos idealismos de la ciencia, de la filosofía y de la política? ¿Reservado queda no más á la demencia afrontar los grandes heroísmos y las magnas empresas humanitarias?

Y esta emoción melancólica y deprimente llega á la agudeza al ver cómo, á la hora de muerte, el loco sublime, convertido ya en *Alonso Quijano el bueno*, recobra bruscamente la razón para proclamar la triste y enervadora doctrina de la resignación ante las iniquidades del mundo *En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño*, nos dice con voz desfallecida, en que parecen vibrar estertores de agonía. ¡Arranque de infinita desilusión, que nos anuncia cómo el paraíso de paz y de ventura y la ensoñada edad de oro que la humanidad anhela para el presente ó para no muy alejado porvenir, representa un remotísimo pasado que ya no volverá!...

Necio fuera desconocer que, no obstante la nota general hondamente patética, campea y retoza en la epopeya cervantina un humorismo sano y de buena ley. ¿Qué otra cosa representa el donairoso y regocijador tipo de Sancho sino el artístico contrapeso emocional del quejumbroso y asendereado *Caballero de la Triste figura?*

Reflejo fiel de la vida, sucédense en la inmortal novela, como en el cinematógrafo de la conciencia humana, estas dos emociones antípodas y alternantes: el placer y el dolor. Pero, al modo de esos frutos de dulce corteza y amargo hueso, en la creación cervantina la acritud es interna y el dulzor externo. Cierto que hay peripecias y coloquios de una *vis* cómica incomparable, mas, á despecho de la intención piadosa del autor, bajo la ingenua y blanca careta del gracioso, corren calladas las lágrimas, cual silencioso arroyuelo que bajo la soleada nieve se desliza.

¿Cómo se forjó, allá en la caldeada imaginación cervantina, tan felicísimo y artístico contraste? ¿En virtud de qué condiciones psicológicas escritor tan sereno, quijotil y optimista puso en su obra ese dejo de tristeza y de amargo pesimismo? Cuestiones arduas y dificilísimas, para cuya solución fuera imprescindible conocer todos los repliegues y recovecos de la complicada mente de Miguel, amén de los choques, episodios é incidentes emocionales que la conmovieron y adoctrinaron durante los tristes años precursores de la genial concepción.

Con todo eso, no faltan valiosos materiales que permitan, si no resolver el problema, formular al menos alguna posibilidad más ó menos plausible. Estos datos, acarreados por los penetrantes análisis de nuestro primer crítico Menéndez Pelayo, por la diligencia y saber de Revilla y Valera, por la reciente labor tan copiosa, artística y evocadora de Navarro Ledesma, por los atisbos felices de Unamuno, Salillas y otros muchos expertísimos y devotos cervantistas, nos enseñan que Cervantes, salvo el paréntesis realista durante el cual planeó y escribió el libro inmortal, fué siempre Quijote incorregible en la acción y poeta romántico en el sentir y pensar.

¿Qué ocurrió, pues, para que el manco de Lepanto abandonara el culto de sus ideales artísticos? Fácil es adivinarlo, y, por otra parte, consignado está en no pocos estudios críticos.

Nació y se crió Cervantes con altas y nobilísimas ambiciones. Héroe en Lepanto, soñó con la gloria de los grandes caudillos; escritor sentimental y amatorio, ansió ceñir la corona del poeta; íntegro y diligente funcionario, aspiró á la prosperidad económica, ó cuando menos, al *aurea mediocritas;* enamorado en Esquivias, pensó convertir su vida en perdurable idilio. Mas ¡ay!, el destino implacable trocó sus ilusiones en desengaños, y al doblar de la cumbre de la vida se vió olvidado, solitario, pobre, cautivo y deshonrado...

Los grandes desencantos desimantan las voluntades mejor orientadas y deforman hasta los caracteres más enteros. Tal le ocurrió á Cervantes. De aquel caos tenebroso de la sevillana cárcel, donde se dieron cita para acabar de cincelar al genio cuantas lacerías, angustias y miserias atormentan y degradan á la criatura humana, surgieron un libro nuevo y un hombre renovado, el único capaz de escribir este libro. ¡Obra sin par, amasada con lágrimas y carne del genio, donde se vació por entero una alma afligida y desencantada del vivir!

Sus páginas son símbolo perfecto de la vida.

LA PROCESION CIVICA

La Asociación de la Prensa.

Como en el corte de un bosque, abajo vemos las negruras del *humus* vegetal formado con detritus de ilusiones y despojos de esperanzas (propio alimento del genio literario); sobre la tierra, erguidos y mirando al cielo los robustos tallos de las ideas levantadas, de los propósitos nobles, de las aspiraciones sublimes; y arriba, bañadas en la atmósfera azul, las frondas del lenguaje natural, castizo y colorista, la delicada flor de la poesía y el acre fruto de la experiencia.

Se ha dicho por muchos que la suprema creación cervantina es el más perfecto, el último, el insuperable libro de caballerías. Mas en juicio semejante, á primera vista paradójico, y en pugna con la fina-

lidad confesada de la obra, y las explícitas declaraciones del mismo Cervantes, yo sólo acierto á ver la tácita afirmación de que la figura del protagonista está tan soberana, tan amorosamente sentida y dibujada, que por fuerza el autor debió tener algo y aun mucho de Quijote. No salen de la pluma tan perfectos y vivos los retratos humanos si el pintor no se miró muchas veces al espejo y enfocó los escondrijos de la propia conciencia. Pero después de reconocer este parentesco espiritual entre Don Quijote y su autor, es forzoso convenir también en que en la incomparable novela, á vueltas de algún *ritornello* á las antiguas caballerescas andanzas, campean y se exteriorizan, con elocuentes acentos, el desaliento del apasionado del ideal, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruismo desengañado y vencido.

Para conservar serena la mente y viva y plástica la fantasía, menester es que el poeta desgraciado evoque de cuando en cuando imágenes risueñas capaces de ocultar y engalanar el fondo tenebroso de la conciencia, al modo como la irisada espuma disimula el obscuro é insondable piélago. Compensación emocional de este género, representa, en mi sentir, el humorismo de Sancho Panza. En tan felicísima encarnación de la serenidad y de la bondad de alma, halló Cide Hamete el sosiego y la fuerza indispensables para proseguir su labor creadora y descartar visiones sombrías y punzantes remembranzas.

¡Yo te saludo, pues, *Sancho el pacífico, Sancho el bueno, Sancho el jovial!* En las páginas de la imperecedera epopeya no simbolizas tan sólo la estéril meseta del sentido común, el saber humilde del pueblo acuñado en refranes, el lastre, sin el cual el hinchado globo del ideal estallara en las nubes. Tú eres algo más y mejor que todo eso: Con tus gracias, socarronerías y donaires solazaste el espíritu de Cervantes, haciéndole llevadera la carga abrumadora de angustias y desventuras. Por ti amó la vida y el trabajo, y pudo, tiempos adelante, y curado de enervadores pesimismos, retornar á los románticos amores de la juventud, componiendo el *Pérsiles*, verdadero libro de caballerías, y el *Viaje al Parnaso*, admirable y definitivo testamento literario. ¡Beleño suave de su sensibilidad sobreexcitada, tú salvaste al genio, y, con él, su gloria y nuestra gloria!

Más de una vez, deplorando la amargura que destilan las páginas del libro cervantino, he exclamado para mis adentros: ¡Ah! Si el infortunado soldado de Lepanto, caído y mutilado al primer encuentro, no hubiera devorado desdenes y persecuciones injustas; si no llorara toda una juventud perdida en triste y obscuro cautiverio; si, en fin, no hubiera escrito entre ayes, carcajadas y blasfemias de la hampa sevillana, en aquella infecta cárcel donde toda incomodidad tenía su asiento..., ¡cuán diferente, cuán vivificante y alentador QUIJOTE hubiera compuesto! Acaso la novela imperecedera sería, no el poema de la resignación y de la desesperanza, sino el poema de la libertad y de la renovación. ¡Y quién sabe si, en pos del *Caballero de los Leones*, otros Quijotes de carne y hueso, sugestionados por el héroe cervantino, no habrían combatido también en defensa de la justicia y del honor, convirtiéndose al fin la algarada de locos en gloriosa campaña de cuerdos, en apostolado regenerador, consagrado por los homenajes de la historia y el eterno amor de Dulcinea..., de esa mujer ideal, cuyo nombre, suave y acariciador, evoca en el alma la sagrada imagen de la patria!...

Pero en seguida, al dar de esta suerte rienda á mi desvariada fantasía, atajábame una duda inquietante. ¿Estás bien seguro —me decía— de que en un ambiente sereno y tibio, exento de pesadumbres y miserias, se habría escrito el QUIJOTE?

Y de haber visto la luz en menos rigurosas condiciones de medio moral, ¿fuera, según es ahora, resumen y compendio de la vida humana, y visión histórica fidelísima, donde, simbolizadas en tipos universales y eternos, se agitan y claman todas las lacras, pobrezas y decadencias de la España vieja?

¡Oh! ¡Qué gran despertador de almas é instigador de energías es el dolor! Comparables á enjambre de marinos *noctilucos* cuya fosforescencia se exalta al choque de la hélice del navío, las perezosas células cerebrales sólo encienden su luz bajo el látigo de las emociones penosas. ¡Quizás el privilegiado cerebro de Cervantes necesitó asimismo, para llegar al tono y hervor de la inspiración sublime, de la punzante espuela del dolor y del espectáculo desolador de la miseria!

Hora es ya decir algo del *quijotismo*. Cuando un genio literario acierta á forjar una personificación vigorosa, universal, rebosante de vida y de grandeza, y generadora en la esfera social de grandes corrientes de pensamiento, la figura del personaje fantástico se agiganta, trasciende los límites de la fábula, invade la vida real y marca con sello especial é indeleble á todas las gentes de la raza ó nacionalidad á que la estupenda criatura espiritual pertenece. Tal ha ocurrido con el héroe del libro de Cervantes.

Muchos extranjeros y no pocos españoles, creyendo descubrir cierto aire de familia entre el citado protagonista y el ambiente moral en que fué concebido, no han reparado en adjudicarnos, sin más averiguaciones, el desdeñoso dictado de *quijotes*, calificando asimismo de *quijotismos* cuantas empresas y aspiraciones españolas no fueron coronadas por la fortuna. Complácense en pintarnos cual legendarios *Caballeros de la Triste figura*, tenazmente enamorados de un pasado imposible, é incapaces de acomodación á la realidad y á sus útiles y salvadoras enseñanzas.

No seré yo, ciertamente, quien niegue la complicidad que, en tristes reveses y decadencias, tuvieron la incultura, así como la devoción y apegamiento excesivos á la tradición moral é intelectual de la raza; pero séame permitido dudar de que la ignorancia, el aturdimiento y la imprevisión constituyan la esencia y fondo del quijotismo. O esta palabra carece de toda significación ética precisa, ó simboliza el culto ferviente á un alto ideal de conducta, la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad de la humana colmena. Apóstoles abnegados de la paz y de la beatitud sociales, los verdaderos Quijotes siéntense abrasados por el amor á la justicia, para cuyo triunfo sacrifican sin vacilar la propia existencia, cuanto más los apetitos y fruiciones de la sensibilidad. En todos sus actos y tendencias ponen la finalidad, no dentro de sí, en las bajas regiones del alma concupiscente, sino en el espíritu de la persona colectiva, de que se reconocen células humildes y generosas.

Ahora bien: ¿quién, por mediano conocedor que sea de la historia moderna, hábitos y tendencias de la actual gente española, osará calificarnos de Quijotes? Los hubo y los hay, sin duda, entre nosotros; pero ¡ah! ¡cuán pocos, cuán obscurecidos y desdeñados!

Si tuviéramos espacio suficiente, fácil nos sería demostrar cuán raramente aparecieron en nuestra historia esos genios que Emerson designa *hombres representativos* (y que yo llamaría *hombres de la especie*, porque, limpios de bajos egoísmos, á la especie se dan y por ella perecen). Aunque nos duela en el alma el confesarlo, es fuerza reconocer y declarar que á España, si le sobraron los Sanchos, le faltaron á menudo los Quijotes.

¿Cómo?—se dirá—; los españoles que descubrieron y conquistaron la América; los que fueron generosos de su sangre combatiendo en pro del catolicismo en buena parte de Europa; los que dieron tan gallardas muestras de lealtad acrisolada á sus Reyes y de amor acendrado á su Patria, ¿no rindieron culto á la abnegación, ni aspiraron á un ideal de humanidad, de magnanimidad y de justicia?

Ciertamente, injusto y antipatriótico sería desconocer que hubo un tiempo en que la Iberia rindió copiosa cosecha de Quijotes en todas las direcciones de la humana actividad. A esta casta pertenecieron señaladamente no pocos descubridores y conquistadores de América y Oceanía, en cuyas rudas é ingenuas naturalezas concurrían rasgos exquisitamente quijotiles: la sed devoradora de gloria, el desprecio á la vida, y la sana ambición de poder y de mando; pasiones que, templando y sublimando caracteres que parecen arrancados de las *Vidas* de Plutarco, obraron verdaderos prodigios. Abundaban, sin duda, entre aquellos férreos guerreros, aventureros crueles, codiciosos, antes dispuestos á acaparar riquezas é imponer tiranías, que á enaltecer y honrar el nombre de la Patria y de su Rey. Mas, por encima de tan disonantes y antisociales instintos, descollaban dos pasiones, muy bien avenidas con el quijotismo honrado, á saber: la energía de la voluntad indomable y el ansia de nombradía. Tan abundante fué en aquellos felices tiempos el capital conquistado por el heroísmo, que sin ser después acrecentado, antes bien, sufriendo importantes mermas, pudo España mantenerse respetada, próspera y

LA PROCESION CIVICA

Alumnos de los Institutos y de las escuelas especiales.

gloriosa cerca de un siglo. Por desgracia, aquellos hombres enamorados de la vida y de la acción, descubridores y debeladores de inmensos continentes, dejaron una prole despreciadora de la tierra y exclusivamente ambiciosa de celestiales y beatíficas ínsulas. Refugiados en las austeridades de la religión, huídos del mundo y de sus glorias, los Quijotes cruzaron pocas veces el Atlántico en busca de dramáticas y novelescas hazañas. De Sanchos se iban progresivamente poblando las colonias, y lo que fué peor, recogidas por Panzas fueron, ó á lo sumo por sesudos, morigerados y egoístas *Caballeros del Verde Gabán*. Y cuando el rústico y bonachón escudero se encontró solo, huérfano y nostálgico de los sabios consejos y del esfuerzo heroico de Don Quijote, las baratarias ínsulas se perdieron, y el pobre y mustio pegujalero, vuelto al pardo y terroso lugar, reducido quedó, acaso para siempre, á los infecundos páramos manchegos...

No son, con todo eso, el arte de la guerra y los empeños de la expansión geográfica, los órdenes de la actividad nacional donde más escasearon los grandes arranques del corazón y el espíritu idealista. Harto más huérfanos de alentadores y excelsos quijotismos quedaron los dominios del arte, de la filosofía y de la ciencia.

Pese á los juicios poco compartidos de ciertos críticos, la verdad histórica obliga á reconocer que el arte español, en sus variadas manifestaciones, fué esencialmente humano y realista. Por lo que toca á la poesía, la musa nacional mostróse tan hostil al romanticismo y á la hipérbole, que, hasta en la gloriosa época del *Romancero*, inspirada en las épicas hazañas de la reconquista, no traspasó nunca los discretos límites de la narración histórica. Como afirma la gran autoridad de Menéndez Pelayo, aludiendo al poema del *Cid*, «nuestra épica está limpia de toda aspiración quimérica y es sumamente parca en el empleo de lo maravilloso...» «Las hazañas atribuídas á los héroes por la musa popular, son, poco más ó menos, las mismas que ejecutaron en el mundo» (1).

Notorio es, por otra parte, que las poesías pastoriles y los libros de caballerías fueron en su origen producciones exóticas, tardíamente inoculadas en el alma nacional, y extrañas de todo punto á nuestro peculiar genio literario, el cual, menos alejado del clasicismo que del idealismo, supo mantenerse fiel, salvo algunos coqueteos románticos y bucólicos, á su íntima tendencia realista y utilitaria. Sólo el pueblo, doquier propenso á lo trágico, maravilloso é inverosímil, como perpetuo niño que es, se entregó con ardor á la lectura de los libros y romances caballerescos; y aun hoy sucede lo mismo y sucederá siempre, mientras nuevas organizaciones sociales no permitan que el *eterno infante* evolucione, llegando, para los efectos artísticos, á la mayor edad.

El mismo Don Quijote, con todo y ser la obra de un romántico impenitente, ¿qué representó en su tiempo, abstracción hecha de sus intrínsicos primores y soberanas armonías, sino la reacción poderosa y esencialmente conservadora del realismo nacional castizo contra los extraviados y forasteros idealismos?

Más yermo todavía de grandes abnegaciones y de levantados quijotismos se nos presenta el campo de la ciencia y de las filosofías españolas. Enamorados de libros viejos, y ajenos á la inmensa renovación espiritual que trajo el renacimiento á todas las esferas del saber, la mayoría de nuestros pensadores y científicos limitábanse, por lo común, á aplicar modestamente los teoremas matemáticos y los hechos físicos y biológicos descubiertos por extranjeros, á la geografía, al arte de la navegación, á la metalurgia, á la industria guerrera y al arte de curar. Exceptuados sabios como Azara, Servet, Gómez Pereira, Huarte, Vives, y algunos otros, en que fulguran, de cuando en cuando, relámpagos de fuego creador ó intuiciones geniales, nuestros científicos hicieron siempre gala de desdeñar los temas de pura investigación, las verdades especulativas despojadas de aplicación útil; sin echar de ver, según les ocurrre hoy mismo á muchos intelectuales, que la ciencia llamada *práctica* está indisolublemente unida á la abstracta ó idealista, como el arroyo á su manantial ¡Extraña aberración, propagada por la rutina, y tan vituperable, como sería la del labrador que diera en la manía de arrancar las flores para acrecentar los frutos! ¡Cómo había de medrar el jardín de nuestra cultura, si nos hemos pasado cuatro mortales siglos desdeñando ó arrancando la flor de las ideas! (1).

(1) Salillas cita también estos juicios de Menéndez Pelayo, justificando la tesis de que el alma nacional, heroica, robusta y sana en nuestro siglo de oro, degeneró más adelante en los alardes é impotencias del matonismo y de la picaresca.

(1) Justo y patriótico es proclamar que la España científica del siglo XVI inició muchas investigaciones y entrevió luminosas y fecundas verdades; mas, por desdicha, ácabó y perfeccionó pocas teorías, porque faltaron á sus hombres, con el ansia de gloria internacional, pasión eminentemente quijotil, el esfuerzo supraintensivo de la atención y la perseverancia infatigable. Doloroso es ver á filósofos tan esclarecidos como Gómez Pereira, Vives, Francisco Vallés, Fox Morcillo, etc., formular antes que nadie los principios del método experimental, pero sin demostrar con hechos su eficacia; al famoso Arias Montano explicar la ascensión del agua en los tubos por la presión atmosférica, sin llegar, empero, á las leyes de Torricelli y Pascal; á Pérez de Oliva, profesor de Luz y Magnetismo en Salamanca (1533), anunciar la posibilidad de servirse del magnetismo para la *comunicación entre personas ausentes y distantes*, sin llegar con todo á ningún descubrimiento importante en la materia; á Pedro de Lira, adivinar la existencia de un polo magnético á pocos grados de distancia del geográfico, sin precisar mediante observaciones suficientes su posición; á Juan de Escribanos, traductor de Porta, contentarse con presagiar la importancia práctica de la fuerza elástica de vapor, etc.

Contribuyó, sin duda, á esta escasez de resultados, la manía enciclopédica, que si crea cimas en la razón para descubrir amplios horizontes, empequeñece también los objetos vistiéndolos de nieblas. Enciclopedistas, al par que grandes pedagogos y comentaristas, fueron el citado Arias Montano, el Brocense, Pedro Ciruelo, Nebrija, Santa Cruz, etc., y, precisamente por serlo, resultaron, en lo tocante á los frutos científicos conseguidos, inferiores á su genio.

(1) Aunque tales empresas, á primera vista baldías, no condujeran á la solución de interesantes problemas geográficos, meteorológicos y físicos, constituirían siempre una admirable *gimnasia del heroísmo*, indispensable á los pueblos débiles para no caer en las ruindades del utilitarismo, é imponer respeto á los Quijotes de la gloria militar.

Igual deplorable ausencia de salvadores quijotismos se advierte con pena en esos dominios en donde el sentimiento romántico y el ansia de lances novelecos y extraordinarios se asócia felicísimamente á los más elevados intereses de la civilización y de la política. Adivináis, sin duda, que aludo á los viajes científicos y de exploración á que en días mejores se debió la prosperidad y renombre de la patria. Quisiera equivocarme, pero yo no conozco ninguna expedición geográfica al polo Norte ó Sur emprendida por españoles ó hispano-americanos, mientras que por docenas se cuentan las gloriosas empresas de este género intentadas ó realizadas por yanquis, ingleses, suecos, alemanes, rusos y hasta italianos. ¡Triste es confesarlo; pero ello es que el pálido *sol de media noche* no realzó jamás, con sus poéticos rayos, los pliegues de la española bandera! (1).

A las puertas mismas de la patria álzase el África tenebrosa, solar de la hispana raza al decir de sabios antropólogos. Acostada sobre la ribera mediterránea, parece mirarnos amorosa cual inmensa y misteriosa esfinge que invita á escrutar hondos arcanos y á meditar en épicas empresas. Pero ¡ah! en vano espera siglos hace la ingenua Dulcinea al Caballero de los Leones. ¿Cuándo arribarán á las africanas playas Quijotes geógrafos, naturalistas ó guerreros, capaces de aportar, con los trofeos de la observación científica ó los relatos de romancescas hazañas, los únicos títulos de propiedad que los pueblos cultos estiman hoy suficientemente justificativos del condominio colonial?

Y convirtiendo la atención á más vulgares empresas, ¿dónde están los Quijotes de nuestra industria y comercio? ¿No es doloroso y desconsolador espectáculo el ver cómo nuestros opulentos industriales desdeñan ó descartan de sus fábricas á la ciencia, poderosa palanca impulsora á la hora actual de inmensos progresos fabriles y se concretan modestamente (sin asomos de esa provisión lejana característica de los prudentes egoísmos) á importar y explotar sórdidamente las máquinas y procedimientos exóticos, viviendo al día, sin lucha y sin gloria, en la mezquina incubadora del arancel y de los cambios?

Labor de alta pedagogía y de verdadera regeneración es corregir en lo posible nuestros vicios y defectos mentales, entre los cuales, acaso el más fértil en funestas consecuencias sociales, es la escasez de civismos nobles y desinteresados, de sanos y levantados quijotismos en pro de la cultura, elevación moral y prosperidad duradera de la raza.

Admiremos el libro de Cervantes, pero no derivemos su moraleja hacia dominios á que no tendió en el ánimo del autor. El realismo en el arte, ni deja de admitir cierta discreta dosis de levadura romántica, á fin de excitar el interés y elevar los corazones, ni contradice el supremo y patriótico fin de imprimir á la filosofía, á la ciencia y á la industria rumbos resueltamente idealistas.

El quijotismo de buena ley, es decir, el depurado de las roñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar con altas miras nacionales las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; descuajar y convertir en ameno y productivo frutar la impenetrable selva de la Naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y de la muerte; modelar y corregir, con el buril de la intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y prosperidad de la vida: he aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas á nuestros quijotes del porvenir.

Consideradas desde el punto de vista moral, son las naciones síntesis supremas de ensueños y aspiraciones comunes, sublime florecimiento de una planta cuyas múltiples raicillas se extienden y nutren por todos los corazones. De buena gana compararía yo también los grandes pueblos á esas poéticas islas de coral que emergen del mar en las augustas soledades oceánicas. Si, con soñadores ojos de artista, os embelesáis contemplando las rientes y apacibles costas festoneadas de blancas espumas, las flores peregrinas y fragantes, los colosales árboles cuyas copas semejan cimbreante coro de las

aves del cielo, pensaréis que aquel paraíso surgió espontáneamente por extraño capricho de Amfitrite; pero examinad el subsuelo con el reposado análisis de la ciencia, descended al fondo del mar (lo que vale tanto como remontarse en la Historia), y al sorprender en los calcáreos colosales estribos la obra y las reliquias de miríadas de seres ínfimos y obscuros, comprenderéis que todo aquel grandioso florecimiento de lo alto representa la construcción secular y obstinada de innumerables y abnegadas existencias.

He dicho.

DISCURSO DEL SR. GONZÁLEZ BESADA

MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN

SEÑORES:

No la rutinaria modestia, que suele encabezar todo discurso enderezado á público de doctos, con disculpas y extremosos alardes de insuficiencia, que hasta de lo insuficiente alardea con necia antítesis la humana soberbia disfrazada de virtud, sino el convencimiento exacto de mi empresa, hame de prestar disculpa, si en esta remembranza del más admirable libro que humano ingenio ha dado á luz, pongo en mis labios aquel apóstrofe del capítulo XLV de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*, invocando «al perpetuo descubridor de los antípodas, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música y sol, en fin, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre», para que me favorezca y alumbre la obscuridad de mi ingenio; porque yo también, al discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, me siento tibio, desmalazado y confuso.

Excmo. Sr. D. Augusto González Besada.

De plagiario podréis tacharme y hasta de mal traductor, que no sólo las lenguas se traducen sino también las intenciones, recursos y elegancias; y si refiriéndose á las primeras supo decir Don Quijote que el traducir es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras son llenas de hilos que las obscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz, podréis, aun siguiendo el símil, acrecer la disculpa, ya que á las locuras de la andante caballería sucedieron los afanes de la política andante, y es casi refrán del Sancho, que á través de los siglos se perpetúa, atribuir á los gobernantes el don funesto de mirar y hacer mirarlo todo del revés.

Yo he procurado, sin embargo, contemplar bien á derechas las mil donosuras de la que, como dice un autor inglés, comenzó siendo breve cuento de carácter cómico, y en extensión fué creciendo hasta convertirse en una total comedia humana; y antójaseme que no anduve descaminado al fijarme en el paciente escudero, tan fiel á Don Quijote de la Mancha como á Alonso Quijano el Bueno, estudiando sus aptitudes de gobernador, tan de relieve puestas en aquel su fugaz mando de la ínsula Barataria; que ya por entonces era el poder pasajera caricia de la fortuna burlona para el que lo tomaba por granjería, y breve tormento, que por inacabable lo reputaba el deseo para el que más á gusto se sustentaba Sancho á secas con pan y cebolla, que no gobernador con capones y perdices.

Admirables lecciones y máximas profundas despréndense á cada renglón del ingenioso manchego; mas en el punto y hora que deberes de cortesía impusiéronme el que cumpliendo estoy, vi como de relieve, y con más viveza de color y muchos más adarmes de substancia, aquellas que del gobierno de Sancho se deducen, así como de todas las consecuencias que tuvo la donosísima burla de los Duques.

Los consejos de su amo, nutridos todos del idealismo, que es esencia de nuestra raza; aquella voluntaria falta de memoria que mostró para lo que él llamaba *badulaques, enredos* y *revoltillos*, el sencillo bagaje que llevó á la Barataria y lo maravilloso de su poder para conducirse en el gobierno, en forma tal, que supo hacer pasar á la sagacidad por sabiduría y al buen sentir por honda ciencia psicológica, bien deben hacer mella profunda en mi ánimo, que con el cuidado y gobierno de cuarenta y nueve ínsulas, si aún me quedare tiempo para *rascarme la cabeza* y *cortarme las uñas*, pueden entrarme resquemores de si no cumpliré mi mandato como Sancho, que á tales refinamientos no alcanzó.

Así se lo comunica á su amo en primorosa carta; y aunque las frases, como muy propias de un rústico, quizá para algunos aparezcan tocadas de un zafio naturalismo, no es necesario estar muy en el secreto de los símbolos para vislumbrar en ellas todo el sano interés y decidido propósito que el gobernador ponía en sus menesteres de tal, primera condición del gobernante celoso, que ha de tomar los asuntos de su república con amor insuperable y afán tan decidido de servirla, que sacrifique sus privados negocios á los ajenos puestos á su amparo.

De aquí provino que, aunándose á la voluntad el juicio y al buen querer la astucia, llegase Sancho á ser causa de asombro por lo acertado de sus fallos y lo discreto de sus recursos, lo mismo al entregar al gemidor acreedor la cañaheja llena de escudos de oro, que al poner á prueba la fuerza de la desconsolada hembra, más corajuda y poderosa para defender la bolsa que no su cuerpo, sin que turbaran su ánimo ni los juramentos del uno ni las voces de la otra, porque con natural perspicacia sabía distinguir el sentimiento sincero del artificioso, y escudriñar, sin otras luces que las naturales de su ingenio, los obscuros senos en donde la intriga acostumbra á tener sus madrigueras.

Descubrirla y castigarla, todo era en Sancho una cosa misma; dote también excelentísima del que ha por obligación perseguir el delito y restablecer el trastornado imperio de las leyes, haciéndolo sin contemplaciones ni otro guía que el estricto deber de la conciencia; pues no estriban tanto las dificultades del gobernar en los enredos de la ajena malicia, cuanto en la red que á las propias debilidades tiende el miramiento, la ambición y el compadrazgo. Leo aquel pasaje á que antes me refería, el de los dos ancianos, con báculo uno, otro sin él, que vienen á dirimir sus cuentas ante el nuevo gobernador, y al llegar al fin de tan ejemplar episodio, cuyos detalles omito por estar seguramente en vuestra memoria, pienso, como sin duda pensáis todos vosotros, que muchos entuertos se enderezarían, y hasta más famosas aventuras con más barniz de encantamiento que de moralidad se deshicieran, con sólo el expediente de pasar la cañaheja de unas manos á otras manos.

LA PROCESIÓN CÍVICA

Grupo de niños de las escuelas particulares

Y al llegar aquí se me ocurre, no sé si algo contagiado de quijotesco afán, pues con haberlo abatido tanto el literario acontecimiento que celebramos no se extinguió del todo entre nosotros, romper una lanza contra los que así se aferran á la idea de tener á Sancho por figura grotesca y tan risible como lo fué para aquellos que interrumpieron el último sueño de su gobierno, que á la postre, estos mismos, tras de reir los apuros del escudero, quedaron admirados así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

Extraña mezcla de palurda sencillez y extraordinario natural despejo topamos en la sátira que ha sido, es y será una maravilla de los siglos. Escrito con soberana inspiración el INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA en época de exaltado idealismo, para remediarlo del mal que á tantos hacía, como dijo un ilustre compatriota, levantar los pies del polvo escondiendo la cabeza en las nubes, la vigorosa fuerza del contraste tenía que adelgazar los perfiles del loco andante y cargar de color á su escudero; mas con tal arte se combinaron los pinceles y con estudio tal de los efectos del tiempo, que cada día viésemos mejor en el cuadro sin borrarse la sublimidad del tipo de Don Quijote, encarnación de lo romántico, lo sesudo y amable de Sancho, encarnación del espíritu práctico que hoy enaltecemos, al cabo de leyendas, no sólo es-

críticas, sino vividas y aguantadas con la noble mansedumbre con que aquél aguantó las infinitas cuchilladas sobre sus paveses.

«No son estas burlas para dos veces», dijo el buen gobernador cuando pasado el susto dábale el doctor Recio permiso para calmar su hambre con comida abundante; y hasta en esa frase escapada al despertar de una conciencia á quien el desastre avivó, encontramos enseñanza no marchitada por el correr de las centurias, y siempre provechosa y siempre bella con la eterna belleza y perdurable utilidad del ejemplo beneficioso y admirable.

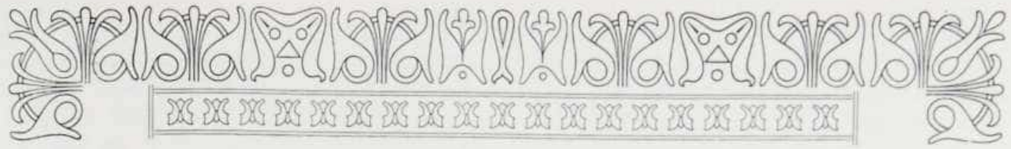
Así fué Sancho, tal nos lo ha descrito la gloria más genial de nuestra literatura; modelo del gobernante celoso, tipo del hombre práctico, avisado observador, alma sencilla que no tuvo para gobernar otras armas que las de su excelente juicio y voluntad perseverante, desembarazándose con arrogancia simpática y exenta de vanidad, de consejos que hoy llamaríamos instrucciones, acostumbrados tópicos que la hinchazón de arriba modela en la vaguedad, y que sirven para vestir la delgadez de abajo, cuando tropieza con las asperezas y las novedades que la realidad impone.

Sencillo en su rusticidad, que así empapó su espíritu en las miserias de la vida; jamás desvanecido ni olvidadizo de su condición modesta, bien merece este homenaje al estudiarle en su gobierno y considerar aquella llaneza y buen sentido con que rechaza el *don* en el Juzgado; provechosa lección de un espíritu sereno, no alterado por las mundanas vanidades, y que para sí quisieran otros, ni tan obligados por la ignorancia, ni tan sorprendidos por la fortuna, que fácilmente olvidan la posesión de sí mismos.

La tentación es poderosa é impúlsame á convertir en detenido estudio lo que sólo debe ser ligero apuntamiento de datos y acaecimientos, ricos todos en jugo, que exprimido por mano más avezada á ello que la mía destilarían sabrosas mieles; pero ni vuestro paladar está de ella necesitado, ni yo sabría producirlas, ni tampoco se aparta de la memoria para detener mis impulsos aquel sabio refrán del buen Sancho: «no hay mejor palabra que la que queda en el cuerpo»; advertimiento siempre oportuno, pero de evidente actualidad en los días que corremos, así para gorbernantes como para gobernados; que más ganaran los pueblos y aun se ahorraran las conciencias grandes arrepentimientos, si en vez de pugilatos de verbosidad se educaran los espíritus en una prudente y saludable discreción.

Abusé de vuestra paciencia, y cumplido con más amor que fortuna y más devoción que tiempo el encargo de asociarme á vuestra fiesta académica en nombre del Gobierno de S. M., que no podía menos de coadyuvar con el más íntimo entusiasmo á la celebración de un Centenario que nos enaltece á los ojos del mundo civilizado, sólo me resta daros las gracias por vuestra atención cariñosa y repetiros en veras las palabras que en la famosa aventura de la Dolorida dirigió el duque á la condesa Trifaldi, esto es: «Que sois merecedores de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias.»

He dicho.



EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

A las tres y media de la tarde del día 9 de Mayo y bajo la presidencia del ministro de Agricultura, señor marqués del Vadillo, que tenía á su derecha al marqués de la Vega de Armijo, y á su izquierda al Sr. Fernández y González, se celebró en la Academia de la Historia la sesión anunciada para conmemorar el tercer centenario del QUIJOTE.

En honor á Cervantes, el Sr. Fernández de Béthencourt leyó un erudito y elocuente discurso con el siguiente tema: «Académicos de la Historia que escribieron acerca de Cervantes, desvaneciendo errores ó analizando su obra», citando entre los individuos de la Academia que con mayor fruto se han ocupado de la inmortal novela, á los señores D. Vicente de los Ríos, D. Juan Antonio Pellicer, D. Martín Fernández de Navarrete, D. Diego Clemencín, D. José Antonio Conde, D. Tomás López, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, D. Antonio Capmany, D. Alberto Lista, D. Antonio Cavanilles, D. Fermín Caballero, D. Cayetano Rosell, D. Serafín Estébanez Calderón, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Vicente de la Fuente, D. Pedro de Madrazo, D. Luis Vidart, D. Vicente Barrantes, marqués de Molins, D. Pascual Gayangos, Cánovas del Castillo, Asensio, Fernández Duro, padre Fita, Menéndez y Pelayo, D. Adolfo de Castro, Martín Gamero, Olmedilla y Puig, Hernández Morejón, Foronda, Rodríguez Marín, Pardo de Figueroa, profesor Sidforss y Pérez Pastor.

Excmo. Sr. D. Francisco Fernández de Béthencourt.

El Sr. Fernández de Béthencourt puso fin á su discurso con las siguientes hermosas palabras:

«Puede tal vez creerse por algún espíritu estrecho que no se acomoda del todo esta conmemoración de hoy á los fines precisos y limitados de nuestro Instituto, porque Don Quijote y Dulcinea, Sancho y Teresa Panza, la sobrina y el ama, Luscinda y Cardenio, Marcela y Altisidora, el Cura y el barbero, Dorotea y la Infanta Micomicona, Maese Pedro y el bachiller Sansón Carrasco, Camacho el Rico y Basilio el Pobre, la condesa Trifaldi y doña Rodríguez de Grijalba, no son personajes de la Historia, sino productos de la fantasía; no existieron jamás sino en la imaginación creadora del *Manco sano;* pero ¿es que no habeis visto á los grandes historiógrafos españoles durante más de un siglo ocupados en estudiarlos, en enterarse de sus menores pasos y movimientos, en averiguar solícitos, dónde nacieron, dónde vivieron, por dónde viajaron, en qué sitios les ocu-

rrieron estos ó los otros sucesos, en qué parajes les sobrevinieron estas ó aquellas de sus singulares aventuras? Ellos fueron motivo de preocupación—ya lo habéis oido—, lo mismo para el maestro de la *Táctica de Artillería* que para el panegirista del Cid y de Isabel la Católica; lo mismo para el historiador de la dominación arábiga que para el maestro de la *Filosofía de la Elocuencia;* para el autor del *Delincuente honrado* como para el biógrafo de Melchor Cano; lo mismo para el padre de la *Iconografía Española* que para el que relató magistralmente los *Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV; lo mismo para el que nos dejó la *Descripción del combate naval de Lepanto* y de la expedición de Cisneros en Orán, que para el autor de los *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón;* lo mismo para el traductor y comentarista de Ticknor que para el autor de *La Cantabria* y *El Libro de Santoña,* narrador elegante de la famosa conjuración de Venecia; lo mismo para el estadista eminente y grande orador parlamentario que para el poeta inspirado, cantor sublime de *La vida humana* y de *La tarde;* lo mismo para el epigrafista infatigable y émulo de Hubner que para el delicado biógrafo de la *Santa hidalga,* como *Don Quijote* manchega; lo mismo para el que ha recopilado sabiamente los hechos gloriosos de nuestra antigua Marina que para el historiador profundo de *Los heterodoxos españoles* y de las *Ideas estéticas en España.* Al pasar por las manos de todos ellos, esos personajes fingidos, forjados por el genio, han tomado como carta de naturaleza en nuestra Historia, como ya la tenían en la leyenda al arraigar sus nombres, sus hechos y sus frases en el conocimiento y el decir populares. El genio los creó; aceptólos la leyenda con amor; parece que al fin los ha prohijado la Historia.»

EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Programa de la sesión pública extraordinaria con que la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando solemniza en el día 9 de Mayo de 1905 el tercer centenario de la publicación de la primera parte de Don Quijote de la Mancha, compuesto por el príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, formando parte de esta solemnidad un concierto histórico de composiciones musicales, dirigido por el maestro Sr. D. Valentín Zubiaurre, individuo de número de la misma Academia.

1.º SINFONIA de la opera *Don Quijote de la Mancha,* á pequeña orquesta. Su autor *Giovanni Paisiello,* uno de los grandes compositores que produjo Italia en el siglo XVIII.

2.º DISCURSO por el Académico de número señor D. Jacinto Octavio Picón, que versará sobre el tema *Cervantes y el «Quijote».*

3.º *a*) MADRIGAL, á voces solas, de *Juan de la Encina,* famoso poeta, fundador de nuestro Teatro, y excelente compositor.

Más vale trocar
placer por dolores,
qu'estar sin amores.
Donde es gradecido
es dulce morir;
vivir en olvido,
aquél no es vivir;
mejor es sufrir
passión y dolores,
qu'estar sin amores.
.....
.....
.....

b) ROMANCE. Solo de tenor, con acompañamiento de arpa, de *Millán,* fecundo compositor del siglo XVI.

«Durandarte, Durandarte,
buen caballero probado,
yo te ruego que hablemos
en aquel tiempo passado,
y dime si se te acuerda
cuando fuste enamorado,
cuando en galas é invenciones
publicabas tu cuidado,
cuando venciste á los moros
en campo por mí aplazado:
agora descosnocido,
di, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
señora, de vuestro grado;
que si yo mudanza hice,
vos lo habéis todo causado,
pues amastes á Gayferos
cuando yo fuí desterrado;
que si amor querés conmigo,
teneslo muy mal pensado;
que por no sufrir ultraje
moriré desesperado.»

c) MADRIGAL, á veces solas, de *Escobar,* Compositor de la segunda mitad del siglo XVI, ó primera del XVII.

«Quedaos adiós.—¿A dónde vais?
—¡Oh cuitados!
que vamos desesperados,
¿para qué lo preguntáis?

¿Cómo podremos sofrir
tal dolor y tal mancilla?
que nos vamos de Sevilla
á buscar nuevo morir,
y os dejamos.—¿Por qué os vais?
¡Oh cuitados!
Que vamos desesperados,
¿para qué lo preguntáis?
.....
.....

4.º A ESPAÑA *en el III Centenario de la publicación del «Quijote».* Soneto leído por su autor el Académico de número Excmo. é Ilmo. Sr. D. Angel Avilés y Merino.

5.º SEGUIDILLAS CON ECO, *que estuvieron muy en boga en la Corte de España durante el primer cuarto del siglo XVII, transcritas por D. Francisco*

Asenjo Barbieri. A cuatro voces con acompañamiento de cuarteto, oboes, fagotes y arpa.

Aunque anónimas, su música puede atribuirse con fundamento al célebre *Mateo Romero* (alias) *El Maestro Capitán*, maestro de música del Rey Felipe IV y también maestro de su Real Capilla, ó á *Manuel Machado*, cantor y arpista de la Real Cámara y capilla, Compositor muy estimado en aquellos tiempos.

Al transcribir esta música á notación moderna añadió Barbieri el *ritornello* y acompañamiento de orquesta para hacer más grata á la generación presente tan bella y característica composición española.

DISCURSO DE D. J. OCTAVIO PICÓN

La biografía de Cervantes, tal como debe hacerse, según las razonadas exigencias de los estudios modernos, no cabe en los límites de una sesión académica ni es para confiada á un mero escritor de costumbres como yo, sino que pide mucho tiempo, todo un libro y un crítico de alto vuelo que sea, además, gran investigador ó posea tino y perspicacia para cernir y aprovechar la investigación ajena.

Antes, la biografía de un gran ingenio no exigía extraordinario esfuerzo en quien hubiera de escribirla; los aficionados se contentaban con poco: unos cuantos datos y noticias acerca de la fecha y lugar del nacimiento del personaje, mención de sus comienzos y maestros, referencias á los protectores que tuviera ó la lucha que sostuviese contra la adversidad por no tenerlos, y alguna anécdota más ó menos probada que diese idea de índole y carácter, eran elementos bastantes á satisfacer la curiosidad del vulgo estudioso. Sobre esto se edificaba luego un mundo de conjeturas y suposiciones: así, las biografías hechas durante un largo período, están escritas: primero, sin tener en cuenta el medio social, las costumbres ni el carácter de la época en que vivió el biografiado, y luego, llenas de deducciones caprichosas: quienes las componían, cuando les faltaba certeza, abusaban de cuantos giros y rodeos denotan posibilidad, diciendo á cada paso: «fácil es colegir», «nada se opone», «bien pudiera ser», «acaso por aquel tiempo», «quizá por entonces», empleando mil recursos para persuadir de lo que no podían probar, y hacer creer aquello de que no estaban seguros. Hoy, al contrario, quien acomete la empresa de escribir la biografía de un ingenio célebre, comienza por restaurar ante el lector, aunque sea generalizando y á grandes trazos, la sociedad y costumbres de su tiempo; construye el teatro en que representó papel, y después lo retrata, no aislado y solo en las páginas del libro, sino con rigurosa sujeción á lo que de él probablemente se sepa, rodeado de sus contemporáneos, respirando el ambiente intelectual que acertó á expresar ó al que supo adelantarse: en resumen, colocado en condiciones que permitan apreciar lo que fué privativamente suyo y lo que le dió ó acaso le mermó su época; lo que la vida influyó en él y cómo entendió él la vida, único modo de comprender el alcance de las obras y aquilatar las facultades de los grandes artistas, para que el entendimiento y la sensibilidad saquen de ellas el jugo que da la enseñanza y el placer que proporciona la belleza.

D. Jacinto Octavio Picón.

Esta labor dificilísima exige diversas y hasta opuestas aptitudes, porque en ella, para que resulte fecunda, han de hermanarse la paciente tenacidad del investigador y la rápida clarividencia del crítico, algo que radica en la calma para inquirir sin cansarse, y algo

que procede de la rapidez maravillosa con que en cosas de arte el instinto se anticipa al entendimiento.

A quien tiene esas condiciones, los libros viejos y los documentos borrosos, los estantes polvorientos y los legajos comidos de humedad, los áridos registros y los cansados índices le van descubriendo el dato que era desconocido, la fecha que parecía dudosa, la noticia que permanecía ignorada; de entre los pliegos de papel amarillento que encabezan cruces y autorizan sellos; de entre las líneas tortuosas escritas con tintas pardas y rojizas; de entre números que semejan signos misteriosos y rúbricas que parecen arañas; de entre aquella vetustez y abandono, que tiene mucho de la muerte, y, lo que es peor, del olvido, va surgiendo todo lo que representa el trabajo, el pan, la esperanza, la gloria de los que vivieron y sufrieron primero que nosotros, y va apareciendo también lo que calma, lo que satisface nuestra ansia de saber: la verdad deseada, verdad que no está sólo en la noticia, en el dato, en el hecho, sino en lo que nuestro juicio deduce de ellos, arrancando su secreto al origen de los sucesos y las obras para sorprender el pensamiento y desnudar el alma de las sociedades muertas; y por cima de todo, hay que contemplar lo pasado con absoluta independencia de criterio, con serenidad de espíritu, no midiendo las cosas y los hombres que fueron, con el rasero de nuestras ideas de ahora, sino puesto el pensamiento, para que sea justo, en los ideales de antaño.

LA PROCESION CIVICA

Desfile de estudiantes.

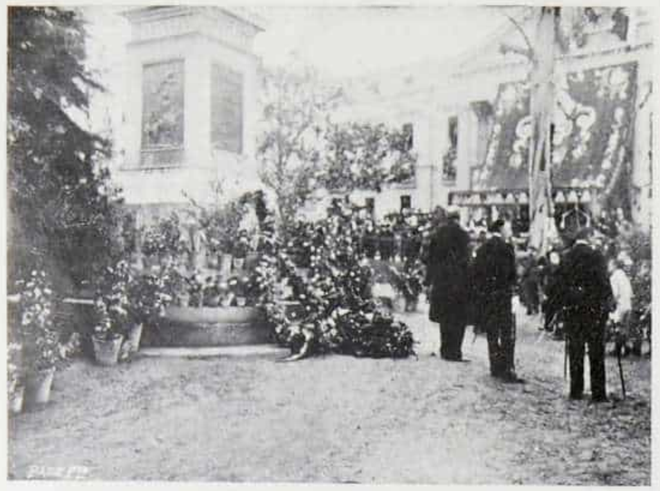
Ya veis si son precisos tiempo, trabajo y facultades para escribir hoy la vida de un genio como Cervantes. Pero no siendo ello exigible á este instituto, ni propio de esta ocasión, ni menos aún de mis fuerzas, hay otro modo de honrarle más breve, modesto y á mi alcance: y es procurar que le recordéis, no con el trabajoso análisis del investigador y del crítico que han de probarlo y justificarlo todo, sino utilizando sencillamente lo que de él se sabe, para bosquejar un estudio de retrato ó intentar una impresión de color; algo conforme y adecuado á nuestra índole de artistas.

Para esto no hace falta archivos, documentos ni libros: basta que, ayudada por la memoria de lo leído, surja ante nuestros ojos aquella figura de soldado y poeta, pintor de costumbres y creador de almas, con la cual forzosamente se encariña quien la estudia, porque en ella resplandecen juntas la potencia intelectual que subyuga el pensamiento y la índole moral que satisface á la conciencia. Yo no conozco amargura más

LA PROCESION CIVICA

Los orfeonistas reunidos en el solar de Medinaceli.

LA PROCESION CIVICA



D. Alberto Aguilera, dirigiendo la manifestación.

grande que la de no poder estimar como hombre á quien se admira como artista: por eso, prescindiendo de su excelsa intelectualidad, creo que debemos á Cervantes todo el amor que los vivos pueden tener á los muertos, porque lo que se sabe de su vida nos autoriza á creer que además de un gran hombre fué un hombre bueno. El culto á la justicia que revela su libro inmortal no está desmentido por sus acciones: fué desventurado, sin que la tristeza le agriase; no le hizo pesimista la desgracia ni rencoroso el infortunio: sufrió lo que más puede acibarar á un ingenio soberano, que es verse, aunque conocido por el vulgo, puesto en duda por sus

LA PROCESION CIVICA

Un detalle de la manifestación.

LA PROCESIÓN CÍVICA

La real familia y altos funcionarios palatinos en la tribuna del Congreso presenciando la manifestación.

iguales: al escribir, la melancolía del pensamiento se le trocaba en risa, el amargor en regocijo: su sátira no es malévola, su ironía no es cruel: quizá en su alma el dolor hiciera noche cerrada; pero las lágrimas al caer sobre los pliegos que iba llenando, no le pervertían las ideas: así, lo que es relente malsano cuando reina la obscuridad en el espacio, con la luz del alba se trueca en agradable rocío. Decid si conocéis mayor alteza de espíritu que la necesaria para pagar en alegría lo que se recibió en desventura.

Nació casi al mediar el siglo XVI, que es el más glorioso de nuestra España. Paseaban sus banderas por Europa capitanes insignes: Navarro y Leyva, Espinosa y Verdugo, Alba y Requesens, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Sabios españoles eran llamados á explicar en las Universidades de Italia, Francia é Inglaterra: maestros extranjeros venían á consagrar su fama dando lecciones en la Casa de Contratación de Sevilla. Las verdades científicas, aunque no fuesen patrimonio del vulgo, tenían cultivadores con prestigio suficiente para que sin tanta dificultad como en otros pueblos triunfaran aquí las teorías que el cálculo y la observación iban fundando. La Universidad de Salamanca fué la primera de Europa que abrió clase para explicar la luz y el magnetismo; la primera que, adoptando el nuevo sistema del mundo, dijo en sus estatutos: «Léase Nicolao Copérnico». Aquí Benito Pereira se rebeló contra toda autoridad científica qne no estuviese fundada en el juicio y la observación, y no halló enemigos la doctrina de Galileo, que usaba telescopios hechos en España y á quien animaban á luchar contra la adversidad las cartas del obispo Guevara, casi por los mismos años en que Guicciardini, aludiendo á la intolerancia italiana, afirmaba que «el cielo de Roma era muy peligroso para los que escribían novedades». Eran nuestros marinos no meramente prácticos, sino científicos, como aquel Vasco de Piña, que calculó las declinaciones del sol para la isla de Santo Domingo. Teníamos geógrafos como aquel Pedro Esquivel que emprendió la descripción de España aplicando la triangulación á la geodesia: geómetras y astrónomos como Jerónimo Muñoz, que hizo la nivelación de los ríos y observó el co-

meta de 1572, determinando la latitud de Valencia con la misma exactitud que hoy, lo cual no le ha librado de que un escritor moderno le haya llamado Mugnozio, creyéndole italiano. En nuestro suelo se había establecido el primer manicomio de Europa, y por primera vez practicado la caritativa enseñanza de los sordo-mudos. Tal era el entusiasmo por la instrucción, que las Ordenanzas de Mondoñedo llegaron á castigar con tres años de destierro á los padres que no enviasen á la escuela sus hijos de seis años arriba, y un procurador en Cortes por Murcia, al llegar á Madrid, abría en su posada cátedra de Astronomía. Tuvimos en Medicina y en Ciencias naturales maestros que pueden ser considerados como precursores del positivismo: aquel Sabuco que con el nombre de su hija publicó libros donde, según Feijóo, se anticipó á Renato Descartes en la opinión de constitur el cerebro por único domicilio del alma racional: aquel Juan de Dios Huarte, que á vueltas de salvedades y protestas de fe llegó á insinuar la idea de que la perfección intelectual de Cristo pudo ser resultado de una admirable organización fisiológica.

No: lo que se ha llamado nuestra leyenda de oro no es mentira, pero es más cómodo negarla por desaliento qne estudiarla con amor. Si hoy afirmamos por verdad indiscutible que los ejércitos que triunfan son los de los pueblos más estudiosos, ¿por qué negar nuestra ilustración y cultura cuando éramos en todas partes vencedores?

Amilanados por las desgracias presentes, incurriendo en el error de dar al pesimismo efecto retroactivo, negamos ó dudamos de todo esto y muchísimo más que aquí no cabe; pero que aquella civilización no es fábula creada por vanidoso sentimiento de amor patrio, lo demuestra la observación de que sólo en un ambiente donde, más ó menos difundidos, existen ciertos elementos de saber, puede escribirse como escribió Cervantes. Porque él no sería consumado geógrafo, ni físico, ni cosmógrafo, ni letrado, ni médico; mas su prosa descubre conocimientos generales, principios, rudimentos, bases de una ilustración, si no intensa y honda, general y variada, la cual por sí solo no pudo adquirir, cuyos orígenes están en aquellos maestros que fundaron la ciencia española, mientras los grandes capitanes creaban la gloria de nuestras armas.

Si aceptamos para unas cosas la influencia del medio social, no es lógico rechazarla en otras. Nadie puede negar que con el roce y trato del mundo, andando hoy entre señores, mañana entre villanos, viajando con mercaderes, combatiendo con soldados, estudiando á moriscos, clérigos, hidalgos y estudiantes, trazó Cervantes el cuadro de su época. Así también, aprovechando el común caudal de los conocimientos de entonces, mediante aquella cultura, pudo formarse la suya; y, sin llegar á ser sabio, supo hablar de todo sin desbarrar en nada.

El período en que floreció abarca desde lo más esplendoroso de nuestra historia hasta el comienzo de lo más desdichado. Reinando Felipe II asistió en Lepanto; reinando Felipe III presenció las famosas fiestas de Valladolid en celebración del nacimiento de Felipe IV, verificadas entre hambre y peste, para las cuales nombró el Rey comisiones compuestas de un gentilhombre, un clérigo y un cura de cada parroquia que recorrieran la población pidiendo á los vecinos que diesen lo que tuvieran voluntad, *no siendo menos de cincuenta reales*.

Por tan vasto y abigarrado teatro de grandezas y miserias cruzó Miguel de Cervantes, quedando, no ignorado, pero sí mal comprendido, llevando por compañera inseparable la desgracia, por consuelo la risa; dejándonos ese libro sin igual que así sirve para distraer las horas del que se aburre, como para llenar de ideas la mente de quien sabe meditar.

Del conjunto de las biografías de Cervantes, desde la de Mayans hasta las hechas en nuestros días, incluyendo la inapreciable colección de documentos descubiertos y los discretísimos comentarios escritos por Pérez Pastor y las *Efemérides Cervantinas*, de Cotarelo, resulta que todavía quedan, y acaso quedarán siempre, en su vida períodos ignorados, partes envueltas en la triste sombra que rodea la memoria de los hombres cuando sus contemporáneos no supieron apreciarlos en tanto cuanto valían.

Pero esto importa menos de lo que parece. Esas lagunas, esas soluciones de continuidad en el conocimiento de su existencia, aunque sirvan de quebradero de cabeza á investigadores y eruditos, en nada entorpecen el trabajo de la crítica ni merman la admiración de la posteridad; porque además de que sus obras dicen mucho de sus condiciones, se sabe ya de Cervantes cuanto hace falta para apreciar en qué medida las vicisitudes padecidas por el hombre contribuyeron á formar ó modificar la personalidad del escritor. En otros cabe establecer separación entre lo moral y lo intelectual; en él está patente que concibió sus obras siendo desdichado, y está claro que no hay en ellas amargor de

espíritu, antes al contrario, en medio de las penas se mantuvo sereno, tomando á broma aquellas injusticias humanas que son en los corazones vulgares semilla de odio y de rencor. Por eso, ahora que pedimos sinceridad en la producción artística, hemos de creer que fué sincero quien nunca intentó salir de la pobreza por la puerta falsa de la villanía, quien tuvo al infortunio por constante compañero, sin escuchar de tan peligroso amigo los consejos que fácilmente transforman la estrechez honrada en bienestar indecoroso.

No ignoro que hay ahora cierta corriente en los estudios críticos que tiende á reconocer la independencia absoluta entre la capacidad artística y el sentido moral; y no ando yo lejos de ella: harto sé que, como entre las grietas de las peñas puede brotar una flor admirable, un hombre malo puede hacer una obra artística de singular hermosura; pero al leer en la soledad de mi cuarto; al experimentar la emoción que causa lo bello y desmenuzarla para saborearla mejor, siempre me reservaré el derecho de encariñarme más con el artista caballero que con el genio encanallado.

Quedamos, pues, en que debe ser grande nuestra admiración hacia los que procuran presentarnos reconstituída día por día hasta en los menores detalles, la existencia de Cervantes; pero también en que de él se sabe lo bastante para juzgarle.

No importa qne se ignoren sus primeros años y el lugar de sus primeros estudios, hasta que bajo la protección del maestro Juan López de Hoyos publica versos en honor de la reina doña Isabel de Valois, mujer de Felipe II; no importa que no se sepa de fijo si al volver del cautiverio, y á pesar de estar manco, se alistó de nuevo, yendo con don Álvaro de Bazán á la empresa de las Terceras; y aunque fuera interesantísimo conocer cómo vivió desde que se pierde su rastro en Sevilla, hacia 1598, hasta que aparece en Valladolid en 1603, contentémonos, por ahora, con estar ciertos de que aquel ingenio, que pudo, como otros de su tiempo y de siempre, vender la pluma á la adulación y la lisonja, vive tan pobre, que, siendo mozo, hacia 1570 entra á servir de camarero á un Cardenal; al año siguiente sienta plaza en los tercios de Italia, y después de batirse y ser cautivo, tiene en 1583 que empeñar á un genovés, por cuenta de su hermana, cinco paños de tafetán; en 1590 acepta comisión del contratista de las galeras reales para sacar aceite de Carmona, con salario de doce reales, que luego le rebajan á diez; en 1603 firma un recibo de la ropa blanca que cosían las mujeres de su casa, y en 1613, después del éxito de la primera parte del QUIJOTE, vende el privilegio para imprimir las *Novelas Ejemplares*, ¡en mil seiscientos reales!

Si es indudable que la fortuna le fué adversa, en desquite la Naturaleza le otorgó á manos llenas las cualidades que inspiran nobles acciones y sentimientos generosos. A despecho de la fiebre, deja la cámara de su galera para combatir el día de Lepanto; y, cuando, siendo esclavo, fracasa la fuga que tenía preparada, espontáneamente se presenta al Rey moro, atrayendo sobre sí toda la culpa para evitar el castigo de sus cómplices y amigos.

Acontece en el hombre ir hermanadas ciertas virtudes: quien es capaz de ejecutar hasta lo heroico, suele agradecer hasta lo pequeño; y así fué Cervantes. En los versos y en los prólogos de sus libros, parece que se deleita reconociendo deudas de gratitud con nobles frases, en que van comprendi-

dos desde el Conde de Lemos y el arzobispo Sandoval, hasta el comediante Pedro de Morales. Los capaces de agradecer lo son también de perdonar.

Lope le zahiere, y él le prodiga elogios; los Argensolas le olvidan después de brindarle protección, y él los alaba. Si alguna sombra hubo en ciertos episodios de la vida de Cervantes, esclarecidos todos, queda su fama limpia. Pudo ser alcanzado en cuentas mientras anduvo de comisario del contratista Guevara para sacar aceite de Carmona; pero indudablemente no se le juzgó culpable, cuando, luego de retirarse aquél, los dos empleados que le suceden en el cargo, primero Pedro de Insunza, luego Miguel de Oviedo, le mantienen á su servicio. Se le excomulga en Écija por apoderarse de trigo de personas eclesiásticas para aprovisionamiento de tropas, y no prosigue la causa ante el Tribunal diocesano porque no hizo el acusado sino cumplir órdenes superiores en servicio del Rey. Se le procesa en Valladolid por la misteriosa muerte de don Gaspar de Ezpeleta, y de los autos ahora publicados resulta que no fué sino víctima de la torpeza de la curia.

Estas y mayores aflicciones tuvo que soportar; mas tal debía de ser su temple, que ni el sedimento de tristeza que le dejara en el alma tanto correr tierras, adquiriendo triste experiencia, ni la falta de perspicacia en sus contemporáneos para descubrirle, ni la indiferencia cuando le conocieron, ni siquiera la injusticia cuando le menospreciaron, pudo enturbiar su ánimo sereno.

Francisco Márquez de Torres, en la aprobación que puso á la segunda parte del QUIJOTE, cuenta que «habiendo ido el Ilmo. Señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas importantes á los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso en éste que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reynos sus confinantes se tenían sus obras: la *Galatea*, que alguno de ellos tiene casi de memoria; la primera parte de ésta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor de ellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: *Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.*»

Y, sin embargo, Cervantes murió pobre. Si quisiera vengarse del daño que le hizo el mundo, fácil le habría sido pintar á su loco adorable sin amor ni piedad. No explicación, hasta disculpa hubiera tenido que el hijo de su fantasía, engendrado entre privaciones y dolores, saliese aun á despecho suyo, atrabiliario y sombrío, pérfido y rencoroso; pudo ser loco maligno y despiadado, que con hechos y palabras pusiera de relieve la perversidad humana; lo hizo él alegre y bondadoso, cortés y agradecido, sin otras señales de demencia que poetizar á una zafia lugareña para amarla, como si hubiese sido capaz de comprenderle, y recorrer el mundo deshaciendo entuertos, como si esto fuesen los hombres capaces de tolerarlo.

Harto sabéis lo que le ocurrió: á Aldonza Lorenzo, la *Dulcinea* de su corazón, ni siquiera logró verla; la justicia, aquella otra *Dulcinea* buscada por su conciencia, le costó todo linaje de desdichas; pero ni dejó de amar á la que suponía beldad, ni dejó de luchar por la que imaginó justicia.

Lo que Cervantes se propuso al escribir el QUIJOTE está, para mí, fuera de duda: no quiso más que poner en ridículo los libros de caballerías. Respeto la opinión de aquellos que lo interpretan de distinto modo, y envidio el ingenio de algunos que hacen verdaderos prodigios aclarando misterios imaginarios; pero al mismo Cervantes me atengo, y él dice, no una, sino varias veces, que ese fué su propósito.

Mas para apreciarlo bien conviene recordar en pocas palabras lo que fueron los libros de caballerías.

En el ciclo bretón con el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, en el ciclo carlovingio con Carlomagno y los doce Pares de Francia, está el espíritu poético de la Edad Media: son la expresión de lo más puro que los pueblos pudieron amar entonces. Después, aquellas hazañas, que tenían carácter épico y tradicional, al alejarse de su origen, al pasar de la raza que las produjo á otros

tiempos y otras razas, se bastardearon, transformándose en un género de literatura falso y anacrónico: lo que había sido reflejo de alma colectiva se convirtió en labor de imaginación: al ensueño popular, fundado en la tradición más ó menos real, sucedió la creación de la fantasía. Entonces nacen los héroes quiméricos é inverosímiles, los Amadises y Palmerines de quienes es parodia DON QUIJOTE. Cervantes sintió como nadie la grandeza moral del espíritu caballeresco, que rendía culto al honor, á la piedad, al amor; que cuando la fuerza lo era todo, ponía su brazo al servicio de la debilidad y la razón; pero viéndolo pervertido en los libros de caballerías, arremetió contra ellos.

D. Valentín Zubiaurre.

El proceso mental que dió origen al QUIJOTE está claro á mis ojos. Aquellos libros, que hoy tienen relativo interés para el curioso y el bibliófilo, debieron parecer á las gentes sensatas escritos con empeño de proscribir la naturalidad y hasta la verosimilitud. Lo poético era en sus páginas falso, lo sentimental ridículo, lo vigoroso cruel, lo feo repugnante. La continua y monótona descripción de combates, desafíos, milagros y encantamientos, no dejaba espacio á la pintura de tipos, al estudio de las almas ni al reflejo de las costumbres. Eran, en una palabra, tales novelas calumnia de la Naturaleza, porque todo lo desfiguraban y mentían. La complejidad y variedad propia de lo humano desaparecía en seres concebidos por imaginaciones alocadas que prescindían en absoluto de imitar la vida: cada caballero andante un héroe perfecto; cada señora de sus pensamientos una beldad ideal; cada mago encantador un monstruo de perfidia; cada escudero un dechado de fidelidad; los paladines todos enamorados, las dueñas todas, terceras, y las doncellas, todas prontas á dejar de serlo: y por escenario para estos personajes, perpetuamente amenazados de ensalmos, cuchilladas, filtros y transformaciones, el mundo de la mentira: bosques fantásticos, descomunales batallas, palacios maravillosos, lagos de fuego, ríos sin márgenes, caminos poblados de dragones y endriagos, coros de brujas y acompañamiento de fieras.

Alguna disculpa, alguna explicación tienen, sin embargo, aquellos deformes engendros. En primer lugar su ruda y sobrenatural poesía era muy á propósito para seducir á gentes ignorantes sujetas á perpetuo batallar, y por la exaltación religiosa preparadas á todo desorden imaginativo. Además, esos libros aparecieron poco después del descubrimiento de la imprenta, al terminar los siglos más belicosos de la historia de Europa, y fueron casi los primeros que dieron á los pueblos el placer de la lectura: los hombres se embriagaron con ellos como con un vino turbador y peligroso, y la embriaguez fué general. Todo el mundo los leía. En la biblioteca de Isabel la Católica, entre los Evangelios y los Misales, junto á las *Partidas* del Rey Sabio, las *Crónicas* y los *Fueros*, estaban *Lanzarote del Lago* y *La demanda del Santo Grial*. Don Diego Hurtado de Mendoza viajaba con el *Amadís* en el portamanteo; Carlos V, aunque se viese obligado á dictar pragmáticas contra esta literatura, se deleitaba haciendo que le leyesen las aventuras de *Don Belianis de Grecia*, que son de las más disparatadas. Aunque parezca increíble, con vidas de santos se escribieron libros de caballerías llamados á lo divino, como la *Caballería Celestial*, de Jerónimo Sampedro, y *El Caballero Asisio*, vida de San Francisco de Asís, en forma de poema, del fraile Gabriel de Mata: hasta es fama que, durante su primera juventud, nada menos que Santa Teresa de Jesús, que fué aficionada á ellos, escribió un libro de caballerías.

En vano los espíritus cultos, las Cortes y los re-

yes protestaban de tamañas insensateces. Luis Vives, Alejo Venegas, Diego Gracián, Melchor Cano, Fr. Luis de Granada y Arias Montano, los combatieron rudamente; Malon de Chaide los llamó libros, no de caballerías, sino de bellaquerías; las Cortes pidieron que se recogiesen y quemasen. Todo fué inútil: *Tirante el Blanco* y *Don Florisel de Niquea, Lisuarte de Grecia* y *Don Felixmarte de Hircania, Primaleón, Florando* y otros cien de su menguada ralea, siguieron divirtiendo la fantasía popular, enseñoreados de ella; hasta que, para acabar con todos, vino al mundo EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No temáis que, traspasando los naturales límites del encargo que me habéis dado, intente hacer el análisis del QUIJOTE, ni me atreva á recordaros todas sus bellezas; no podría lo primero, ni lo segundo es menester. Pero al modo que, nombrando una mujer muy hermosa, no es fácil resistir á la tentación de decir y alabar lo que más en ella nos cautiva, así al hablar de una obra como ésta no hay manera de sustraerse al impulso de mencionar lo que más en ella nos seduce; y yo os declaro que, en mi humilde opinión, su mérito principal está en la admirable armonía que acertó el autor á establecer entre el pensamiento y la forma de su libro.

Cervantes lanza en busca de aventuras al desdichado hidalgo á quien han trastornado el seso las estupendas proezas de Palmerines y Amadises, emparejándole con el crédulo labrador á quien toma por escudero; pero no los pone en edad fabulosa, ni en región imaginaria, sino en el tiempo en que él y ellos vivieron, en su patria misma; así que, en vez de tropezar con lo imaginado y fantástico, tropiezan con lo real y positivo.

Presentó en *Don Quijote* el desvarío de la caballería andante: en *Sancho*, la insensatez de quien le daba crédito; y juntos los echó á correr tierras, haciendo que interviniesen en situaciones varias, anduvieran por medios sociales distintos, y en todas partes se estrellasen contra la realidad. Desde el más ruin lugar hasta el más rico palacio no hay para su locura y credulidad día tranquilo. En la venta, donde el amo entra creyendo que es castillo, y el escudero le sigue á sabiendas de que es venta, palos y puñadas; en casa de los Duques, donde uno se deja guiar por vanidad de ser honrado, y otro por ansia de verse regalado, despiadadas burlas peores que los golpes; y así van día tras día por campos y caminos, uno sin que se le aclare la manía, otro sin que se le corrija la simpleza. Pero es en ellos tan intensa la vida, tan variado y divertido lo que les pasa, está lleno de tan sabrosa enseñanza, que consigo nos llevan página tras página maravillados y suspensos; porque aquel hidalgo que tiene perdido el juicio y aquel rústico que tiene el entendimiento sin pulir, dicen las más sesudas razones y los donaires más discretos. Así se compenetran el pensamiento generador del libro y el desarrollo de la acción, que es su forma.

Luego, insensiblemente, se van perfeccionando ambas figuras. El loco llega á no conservar de su demencia sino lo que se refiere á la maldita caballería; el que creíamos simple se va afinando, y por entre asperezas del egoísmo y la codicia, muestra señales de buen sentido y de prudencia. Entonces nos enteramos de que aquellos dos hombres, á pesar de su sinrazón y su tosquedad, valen más que cuanto les rodea, y nos encariñamos con ellos. Nuestra admiración es unas veces gratitud, por lo que nos divierten; otras, por lo que nos enseñan. El ridículo caballero andante, el ignorante labrador, sin dejar de ser de carne y hueso, sin perder un punto de realidad, crecen y se agigantan, llegando á parecer figuras representativas.

Cuando esto sucede, sin que en el curso de la fábula se pueda precisar el momento, al ver que cuanto amo y criado piensan y dicen revela manifiesta oposición y adquiere cierto sello de generalidad, cual si sus caracteres fueran suma y compendio de dos distintos rumbos del pensamiento humano, entonces, involuntariamente, acaso nos inclinamos á considerarlos, no como vulgares individuos, sino como diversa encarnación de opuestas aspiraciones de la humanidad. Según vamos atisbando en ellos divergencia y contradicción, que á cada paso expresan con más ingenio y gracia, los creemos antagónicos, llegando á imaginarlos como la doble y contraria representación de dos opuestos conceptos de la vida, y hasta creemos descubrir en la pareja que forman el dualismo que compone nuestro ser. Y á medida que se apoderan de nosotros, causándonos mayor deleite, les atribuimos más alta significación; vislumbramos en uno el espíritu poético, en otro el sentido prosaico; *Don Quijote* se nos antoja como intérprete y brazo de la conciencia humana, rebelde á toda imposición social que tiene por injusta; *Sancho*, como encarnación de aquel sentido práctico que, apegado á lo real desconfía de todo idealismo.

Pero mientras nosotros divagamos, ellos, independientes del trabajo de nuestra mente, no pierden un segundo su condición de caracteres humanos, de simples mortales, y si nos interesan tanto, es

porque hay en ellos mucho de nosotros mismos. Abre tan ancho campo á la imaginación el admirable libro, sugiere tanto, que no sólo dice lo que Cervantes puso en él, sino que además parece que nos autoriza á ver en sus páginas lo que fermenta en nuestra fantasía. Haced la prueba: después de leer cualquier capítulo del QUIJOTE, dejad volar el pensamiento y creeréis que soñáis; abrid de nuevo el tomo y caeréis en plena realidad. Por eso he creído siempre que convirtiendo en símbolos á *Sancho* y *Don Quijote* se les roba intensidad de vida; cuanto más hombres me parecen más grandes y más conformes al genio profundamente naturalista de Cervantes. No era propio de él usar como elementos artísticos lo esotérico y misterioso; antes al contrario, se complacía en lo claro y sincero. Para acabar con los desaforados engendros de los libros de caballerías, imaginó un tipo en quien se retratara todo lo ridículo del caballero andante, otro en quien se compendiase la inferioridad mental de quien lo tomara en serio; mas lo hizo con arte tan soberano, que en vez de dos figuras literarias creó dos hombres de carne y hueso; nosotros nos identificamos con ellos, somos á ratos *Don Quijote* ó *Sancho*, les atribuímos nuestros vagos idealismos, y pensamos cándidamente que así los engrandecemos.

Se ha dicho que el QUIJOTE es un libro de fondo amargo y pesimista porque en él se pinta loco á quien se obstina en luchar contra la maldad y la injusticia; porque grandes y pequeños hacen infecundo su valor y escarnecen su magnanimidad; porque el hidalgo manchego queda siempre vapuleado y maltrecho.

Nada autoriza á suponer ese pesimismo. ¿Qué importa que *Don Quijote* sea víctima de su locura, si precisamente por ella enamora nuestro ánimo y lo cautiva? ¿Cómo puede pecar de sombrío y descorazonador, aunque sea vencido, quien da ejemplo de grandeza de ánimo y blandura de corazón? Galeotes le apedrean, mozas le burlan, hechiceros le encantan, villanos le insultan, yangüeses le apalean, hasta su escudero le engaña; jamás logra ver á la dama de sus pensamientos, y, sin embargo, en él la valentía no se arredra, la bondad no se debilita, la esperanza no decae, el amor no desfallece.

Cuando recobra la razón, muere tranquilo, porque, á pesar de su locura, jamás tuvo voluntad de hacer daño ni cedió al egoísmo. Y esto, ¿puede inspirar tristeza? ¿Cabe alegría más sana que la que deja en el espíritu la esterilidad del mal?

Aparte su valor ético y su mérito artístico, tiene para mí el QUIJOTE otra excelencia: creo que es un libro donde se aprende á amar á España.

Conviene hoy andarse con cautela para alardear de patriotismo, pues de una parte los que atribuyen nuestros infortunios y nuestro atraso al ciego amor de lo nacional, y de otra los que suponen dar muestra de superior cultura, prefiriendo siempre lo extraño, ello es que, por desgracia, no son pocos los que hablan mal de la España de hoy, desconfían de la de mañana y hasta dudan de la de ayer. Esos, todos, deben estudiar el QUIJOTE. No hay en él, que yo recuerde, una sola página que concretamente pueda calificarse de excitación al patriotismo, y, sin embargo, el libro entero hace pensar con hondo amor en España. Cuantos personajes principales ó episódicos intervienen en la acción, los grandes á pesar de las preocupaciones de época y de clase, los pequeños á despecho de su ignorancia y rudeza, todos revelan las facultades y aptitudes de una raza que ha llenado siglos con su historia, y que si fué grande por la fuerza y la fe, puede también llegar á serlo por el trabajo y la razón. Leyendo el QUIJOTE, al través de los errores é intransigencias de antaño, se descubren cualidades del carácter nacional susceptibles de fácil aprovechamiento, capaces de todo desarrollo.

Observando los personajes secundarios y episódicos, por cuanto hacen y dicen en ventas, palacios, montes y caminos, se puede conocer la índole del alma nacional y se aprende á no despreciarla, porque lo que en ella no está bastardeado por la ignorancia, es bueno, y lo digno de censura no es peor que en la de otras naciones: á veces nos acusamos como españoles, de lo que pecamos como hombres.

Nuestras prendas y deficiencias morales son hoy las mismas que en sus dos héroes principales retrató Cervantes; errores y virtudes guardan indudable parecido con los de *Sancho* y *Don Quijote*. Persistimos en el apego á lo vulgar, prosaico y utilitario del primero; en la arrogancia inoportuna y el desorden imaginativo del segundo, es verdad; mas también tenemos del criado aquella perseverante fidelidad y hombría de bien que le hace no abandonar al caballero de la triste figura en los empeños graves; del señor, la pronta indignación ante el mal, que redime las demasías del arrojo; como á *Sancho* nos sobran desconfianza y recelo al juzgar al prójimo; como *Don Quijote*, exageramos el sentimiento de la propia dignidad, que si nos hace difíciles á todo gobierno y disciplina, en cambio suple al espíritu igualitario de otros pueblos. Lo que el hidalgo manchego tenía de loco no bastó á empañar lo

que tuvo de cuerdo, y nunca la insania le hizo incurrir en la vileza de desconfiar de sí; los que le vencían no le desanimaban. Sólo en esto hemos dejado de parecernos á él. El pesimismo—palabra que por cierto no conoció Cervantes—es el nombre de una enfermedad nueva. Por fortuna es dolencia que, como algunas clases de peste, causa más miedo que daño.

Recientemente, en ocasión de tributar homenaje á un varón insigne, otros hombres ilustres en ciencias y letras han maldecido y tronado contra la desesperanza colectiva y el apocamiento social; y todos nos han dicho que sólo se combaten con entusiasmo y grandeza de ánimo. No conviene, pues, como los medrosos pretenden, matar ahora á *Don Quijote*, ni sofocar su espíritu, sino, antes al contrario, participar de él en lo que fué cuerdo y aun algo en lo que tuvo de loco, si el mucho amar á la justicia es una forma de locura. También nosotros debemos tener nuestra *Dulcinea;* y no es, por cierto, feliz y joven, sino vieja y desgraciada, como que hay en ella más de madre que de amante. Se llama España: gigantes la esclavizan, follones la insultan, malandrines la ofenden; son el atraso, el fanatismo, la holganza, la rutina. Trabajemos por ella con la dolorosa abnegación de contribuir á sabiendas á una prosperidad que no hemos de gozar. Así la desencantaremos, trocándola de pobre y sin ventura, en opulenta y dichosa; de miserable lugareña, en ideal princesa; y ese trabajo será el mejor tributo que rindamos á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

A ESPAÑA

EN EL III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»

SONETO

El portentoso Libro de Cervantes,
Reflejo fiel del mundo y de la vida,
Honda y grave lección lleva escondida
En sus alegres páginas vibrantes.
Delirios de Amadises y Tirantes
O perturban ó amenguan sin medida,
En don Quijote, el alma esclarecida;
En Sancho Panza, la virtud de enantes.
Cabal fuera el hidalgo con cordura,
Y el labriego, cabal con más nobleza:
Esta lección el grande Libro entraña:
¿Podremos ser Quijotes sin locura?
¿No podremos ser Sanchos sin bajeza?
¿No quieres revivir ¡oh madre España!?

ANGEL AVILÉS.

Madrid y Mayo de 1905.

EN LA SOCIEDAD GEOGRAFICA

La Mancha en tiempo de Cervantes.

CONFERENCIA leída el día 3 de Mayo de 1905 en la velada que la Sociedad Geográfica dedicó á conmemorar la publicación del Quijote de la Mancha, por don Antonio Blázquez.

SEÑORES:

Nací en una villa de la Mancha tendida muellemente sobre elevado cerro, rodeada de frescos y poblados montes, donde la encina presta sombra, el madroño color, el romero aroma, el agua corriente, que salta entre las peñas, suave murmullo; donde las aves, con sus trinos, rompen la indefinida monotonía de aquel ruido y con su aleteo la calma del aire, y cuyos cimientos rojos como la sangre se truecan en viva y moviente plata (1); llevároнme consejos de parientes cariñosos (2) á un Cuerpo de brillante historia y de más merecimientos que fortuna, al que pertenecieron los dos literatos más insignes de esta península, partida en dos reinos por el error y la malicia, Camoëns (3) y Cervantes (4), el poeta épico y el novelista más genial de todos los siglos, y sin duda por estas circunstancias, por ser manchego, como Don Quijote, y por ser administrador militar, como Cervantes, me eligieron para que colocara á las plantas del manco hidalgo y del enjuto caballero de la triste figura, rendida la rodilla y descubierta la frente, el homenaje de admiración y de respeto que al rey de los ingenios españoles y á su obra maestra dedica esta noche la Real Sociedad Geográfica.

Porque otros méritos no tengo. Como geógrafo, cualquiera de mis consocios me aventaja, y como literato, jamás intenté brillar, que hice pasar la fresca corriente de la imaginación de mis años juveniles por estrecha disciplina y convertila en agente de trabajo, al modo que se convierte la corriente libre y bulliciosa del río que atraviesa el remanso tranquilo, sereno y apacible, donde los árboles y las florecillas se retratan y los peces se mueven con soltura, en caudal medido y graduado.

Tenedme, pues, benevolencia y consideración, y ya que la suerte así lo quiere, sea mi pequeñez é insignificancia término de comparación para la majestad de su figura y para la grandeza de su gloria.

¡Cervantes y Don Quijote! ¡Pobres hidalgos, llenos de ideas nobles y rodeados de realidad villana! ¿Dónde nacisteis? Ni aun eso se sabe con certeza. Mas, ¿qué importa? Cervantes fué español, Don Quijote, manchego, y si comparamos uno y otro, el genio creador de Cervantes y el ingenio perturbado de Don Alonso Quesada, parécenos que es mayor y más grande figura la del hijo que la del padre; la de aquel héroe, que encierra en su alma bajo la piel rugosa y apergaminada, la amarillez de su rostro y la flaqueza de sus miembros, los nobles ideales de la niñez; el espíritu de justicia, que le hace defender á Andresillo; el ansia de aventuras, que le lleva á combatir con los molinos; el amor tierno y espiritual á Dulcinea; los ardorosos arranques de la juventud, y la delicadeza de las almas puras. Porque Don Quijote es la síntesis de la ciencia y del espíritu de Cervantes: es Cervantes, que sueña, que ansía, que anhela, que siente el bien y

---

(1) Almadén del Azogue, que hoy corresponde á la provincia de Ciudad Real, en la cual están el campo de Criptana, Puerto Lápiche y Argamasilla, lugares mencionados en el QUIJOTE.

(2) D. Fernando Lozano Montes.

(3) Véase *Obras de Luiz de Camoëns*, precedidas de un ensaio biographico, no qual se relatan algunos factos não conhecidos da sua vida, pelo vizconde de Juromenha.—Lisboa. Imprensa nacional, 1900.—Según este autor, fué Camoens nombrado factor de Chaul, proveedor y veedor.

(4) Véase el folleto *Cervantes, administrador militar*, por D. Jacinto Hermúa, Madrid, 1879, y la obra *Documentos cervantinos*, del Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor. La circunstancia de existir numerosos documentos relativos al nombramiento de comisario del insigne escritor, hace que sea quizá lo único que indiscutiblemente puede afirmarse.

le ama; es su afán de justicia y de verdad. Fuera Cervantes un espíritu como tantos otros á quienes la realidad sujeta y esclaviza, y, á pesar de sus grandes cualidades literarias, Cervantes nos presentaría en sus cuadros notas obscuras como sus desdichas, amargas como sus disgustos, tristes como muchos de sus días pasados en cautiverio, ó largos, muy largos, como lo son los de las privaciones. Pero Cervantes no es así, bien lo sabéis; en sus relatos apenas hay una queja; son notas placidísimas y delicadas, pues, por encima de todas las realidades, Cervantes ve la realidad del bien, la realidad de la belleza, y las difunde por doquier, no dejando sus libros en los lectores la impresión de la maldad que avasalla, sino del bien que triunfa.

¿Qué era la Mancha, teatro de las hazañas de Don Quijote? Todos sabemos lo que es hoy; algunos ignoramos lo que fué; muchos identifican escenas y pasajes con lugares de aquel entonces, quizá sin prueba cierta y convincente; mas no todos nos damos cuenta exacta de su territorio y de su vida, de sus productos y caminos, de sus tradiciones y leyendas. Permitidme, pues, que de esto me ocupe y que no trate á Cervantes como geógrafo ya que, respecto de este asunto, por feliz iniciativa de nuestro presidente, el *Boletín* de esta Sociedad ha publicado un trabajo tan bien hecho como interesante, debido á quien, por haber sido nuestro primer director y por tener altas dotes de geógrafo, considero como mi superior y maestro; hombre cuyo amor á la ciencia y respeto á la virtud le llevaron á fundar una institución admirable, que perdurará eternamente, haciendo que todos los años tengan aquellas excelsas cualidades debida recompensa, otorgada por la Real Academia de la Historia (1). En realidad, el país en que se desarrollan los sucesos narrados en la primera parte del QUIJOTE estaba constituído, según sus interpretadores y comentaristas, por el territorio de las Ordenes militares de Calatrava, Santiago y San Juan, Órdenes de gloriosa tradición, que, establecidas allí en la segunda mitad del siglo XII, fueron ensanchando los confines de Castilla (2).

D. Antonio Blázquez.

Todos sabéis el origen y la historia de aquella ínclita milicia que fundaron San Raimundo y fray Diego Velázquez en una villa que fué rival de Toledo largo tiempo y cuyos alcaides mancharon con sangre cristiana las aguas del río del engaño Algodor, así llamado por las encubiertas y sorpresas que en sus márgenes hicieron. Todos recordáis también que el valeroso alcaide de Mora, Munio Alfonso, héroe castellano digno de ser ensalzado como el Cid, perdió la vida luchando como esforzado león, y que sus mutilados restos, después de servir de trofeo en las almenas de Calatrava, fueron enviados á Toledo, envueltos en riquísimas telas (3); y cada ciudad, cada castillo, cada desfiladero y cada río recuerdan combates obstinados, victorias y desastres. En su antiguo campo estaban Guadalerza, castillo y hospital (4); el Milagroso puerto (5), donde un puñado de cristianos contuvo á la morisma; el famoso castillo de Salvatierra (6); nido de águilas, que sólo pudo rendir al cabo

(1) «Centenario de la aparición del QUIJOTE». Real Sociedad Geográfica. *Conocimientos geográficos de Cervantes*. Madrid, 1905. También nuestro consocio D. Manuel Foronda publicó hace años un interesante folleto con el título de *Cervantes, viajero*.

(2) Los Templarios se habían establecido antes que estas Órdenes.

(3) *Anales toledanos*.

(4) En él se refugiaron los caballeros derrotados en Alarcón. Conservase el castillo en la provincia de Ciudad Real.

(5) Véase la *Historia* escrita por el Arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada.

(6) Año 1210: *Anales toledanos*.

de diez meses todo el poder del enemigo. Allí Fuencaliente, de triste memoria (1), y Fresnedas, donde, á la sombra de una encina, muere Alfonso VII, teniendo por asiento las rocas conquistadas por su esfuerzo; por corona, no el laurel verde, que más parece premio de los juegos de paz que recompensa de la guerra, sino la robusta encina, que cuadra mejor al guerrero constante é invencible, y por dosel el cielo azul, que, en su inmensidad y en su grandeza, recogía el espíritu que escapó de aquel cuerpo con el último suspiro (2)

Los caballeros de San Juan, á quien reveses de la fortuna traen á España para luchar aquí con los mahometanos, ya que en Jerusalén no podían sostenerse, se establecen en la parte oriental de los montes de Toledo (3), reparan las fortalezas cedidas por el monarca ó ganadas á los moros, y organizando sus huestes, forman un valladar contra el empuje de los enemigos; y aunque es pequeño su territorio y escasas sus fuerzas, su ardimiento es tan grande, que merecen la consideración de los monarcas y el agradecimiento de todos los cristianos.

El campo del priorato de la Orden de San Juan, á la cual elogia Cervantes aplicándole calificativos que no emplea para las demás (4), por lo cual es de sospechar que con ella le ligaba algún particular afecto, aunque dividido en dos prioratos por las luchas de D. Diego de Toledo y de D. Alvaro de Zúñiga, en los comienzos del siglo XVI, el de Consuegra y el de Alcázar, formaban en 1605 una sola provincia (5).

La Orden de Santiago le es frontera.

El priorato de Uclés y el de San Juan se encuentran extendidos por los manchegos campos, uno al lado del otro, sirviéndoles de línea divisoria la que hoy sigue el ferrocarril desde Andalucía hasta Alcázar y luego las llanuras que atraviesan el Záncara y Guadiana (6); mas por un esfuerzo colosal la Orden de Santiago se adelanta, rebasa el castillo de Ruidera, junto al cual estaba el límite de la Orden de San Juan, y por donaciones y conquistas, se extiende hacia Occidente por Alhambra, la Solana y y la Membrilla, viniendo á confinar con Calatrava, que desde Malagón y Villarrubia avanzaba sus linderos por Manzanares, el Peral, Santa Cruz y el Viso, terminando en Sierra Morena, en aquella altísima montaña del Murum antiguo y del Muradal de la Edad Media que presenció la lucha de Asdrúbal con Nerón en Lapides atros (1); la de Alfonso VIII y Aben Jucef en las Navas de Tolosa (2), y á cuya cima llegaron hace un siglo conducidos por el viento el ruido del cañón que tronaba en Bailén contra los enemigos de nuestra independencia y los cánticos de victoria que entonaban nuestros soldados.

La separación que el campo de San Juan establecía entre los dos territorios santiaguistas, trajo forzosamente la separación administrativa.

El priorato de Uclés y el campo de Montiel, aunque sujetos á la autoridad maestral, son entidades separadas, y así uno y otro han conservado su nombre hasta nuestros días, en que la unificación política y administrativa de todo el territorio nacional es un hecho consolidado.

El ámbito del famoso Campo de Montiel, mencionado por Cervantes, comprendía desde el Ayozo, bastante al S. de Argamasilla de Alba, y desde cerca de Manzanares y Membrilla hasta Beas, Santisteban y Montizón, en la provincia de Jaén, llegando por Levante á abarcar casi todas las lagunas de Ruidera, el pueblo de la Osa de Montiel, la ermita de San Pedro, la Cueva de Montesinos y el castillo de Rochafrida (3).

Pero ha de observarse, porque puede tener gran importancia, que los geógrafos españoles, ó, por mejor decir, el único mapa de España que circulaba desde 1550, y cuyas ediciones fueron muy numerosas y casi todas anteriores al QUIJOTE, sitúa el campo de Montiel, no en el lugar que le corresponde, sino al E. de Alcázar de San Juan y al N. de Minaya, Roda, Gineta, Albacete y Chinchilla, y al Sur de Cañavate (provincia de Cuenca), y como es indudable que este mapa estuvo en manos de Cer-

(1) Véase la obra de Rades de Andrada. La conducta del maestre don Martín Pérez de Liones contra los vencidos moros provocó un cisma en la Orden.

(2) Puede consultarse la Crónica de Alfonso VIII.

(3) En 1162 el monarca castellano les concedió Criptana, Villajos y Quero; pero teniendo que atender á los asuntos de Oriente, trasladó esta donación á D. Miguel Anabán. Herrás: *Diccionario histórico-geográfico de la provincia de Ciudad Real*. En 1183 volvieron á Castilla y recibieron á Consuegra, según carta otorgada en Valencia á 13 de Agosto de la era 1221.

(4) «Caballeros de una Orden santísima», dice Cervantes.

(5) El Papa Clemente VII, en 1521, aprobó la división en los dos prioratos quedando sólo al prior de León los pueblos de Alcázar, Argamasilla Quero y Villafranca.

(6) Claro es que la línea divisoria no coincide exactamente con la vía férrea, pero va muy próxima. Por el Sur los límites constan en la concesión de la villa de Alhambra á D. Alvaro de Lara (1217) y en la concordia con la Orden de Santiago, pocos años después. Estos límites eran El Pozo del Ciervo (8 km. de Manzanares), la Coscojosa Mayor, la Coscojosa Menor, el cerro Pedregoso, El Sotiello, que es una peña sobre el Guadiana, la Moraleja de Viviano, la Calzada de Montello hasta Ruidera, etc., según se indica en mi *Historia de la provincia de Ciudad Real*, donde constan también los límites con la Orden de Calatrava y otros pormenores, tanto respecto de esta Orden como de las de Calatrava y Santiago.

(1) Véase Tito Livio.

(2) Véase mi *Historia de la provincia de Ciudad Real*, donde se fija el verdadero sitio en que tuvo lugar esta batalla.

(3) Constan, como he indicado, en mi citada *Historia*.

vantes, pudieran explicarse algunas dudas y contradicciones del QUIJOTE, por este error del cual no era Cervantes responsable (1).

Respecto de la Mancha, bajo cuyo nombre se comprende en la actualidad una gran extensión de territorio, aparece muy limitada y circunscripta desde el siglo XIV, en cuya época (1353) acuden al infante Don Fadrique, Maestre de Santiago, los pueblos de El Campo de Criptana, Villajos (hoy despoblado), Pedro Muñoz, el Toboso, Miguel Esteban, Puebla de Almuradiel, Quintanar, Villanueva, Villamayor, Guzques Hinojoso, El Cuervo y la Puebla del Aljibe (2), solicitando autorización para constituir un ayuntamiento en común, como los de Uclés y Montiel, el cual tomó el nombre de Común de la Mancha; no siendo esta agrupación sino algo parecido á lo que se llamó Partido, y últimamente Gobierno, siendo su cabecera el Campo de Criptana, población de gran vecindario, riqueza y antigüedad.

¿Fué á esta Mancha administrativa, tradicional é histórica, á la que hace referencia Cervantes en la vida de Don Quijote, como puede sospecharse por estar en ella Quintanar y el Toboso, los dos únicos pueblos que cita en su obra de un modo terminante y claro, como pueblos de la región en que Don Quijote opera, y por estar en ella los únicos molinos de viento que había entonces en España?

No quiero aventurar opiniones, que aun teniendo sólido fundamento, serían desechadas, quizá sin examen; pero precisa hacer constar estas dudas y señalar el valor geográfico de las denominaciones de territorios mencionados por Cervantes, para que se forme más seguro juicio, porque la Mancha de hoy no es la de entonces, y sin embargo, nadie ha intentado puntualizar sus límites y su situación en aquella fecha (1).

Parte del Mapa de España de la obra de Abraham Ortelio, publicado en los comienzos del siglo XVII.

La provincia de la Mancha y los territorios de San Juan, y Calatrava y Campo de Montiel en la época en que se publicó el Quijote.

(1) El mapa que se reproduce en parte en este trabajo es el de Pedro de Medina, editado en Sevilla en 1550; pero el ejemplar reproducido es el de la edición de la obra de Ortelio de 1605.

(2) Hervás: *Diccionario histórico, geográfico, etc., de la provincia de Ciudad Real.*

(1) Cervantes hace referencia á la provincia de la Mancha en los párrafos que transcribo después, prueba de que de ella trataba, y, por lo menos, de que conocía su existencia. Habla también de la Mancha de Aragón en otro lugar, pero sólo cita estas dos Manchas. Ha de observarse que se opone á la pretensión de que empleaba la palabra Mancha en otra acepción, quizá más extensa, el que cuando se ocupa de los territorios inmediatos los llama también con sus nombres oficiales, digámoslo así,

paso advertiré que había otras Manchas, á las cuales no hizo indudablemente Cervantes patria de su héroe como la de Aragón, al Este de Albacete, tenía por principal razón de su existencia el reparto de tributos y el aprovechamiento de leñas y de pastos; pero no es menos cierto que existía con valor legal en 1605, aun cuando la administración de justicia, que antes radicaba en Criptana para la primera instancia hubiera pasado al Quintanar en 1566, causando esta disposición tan gran enojo y disgusto en el Campo de Criptana, que decían que «de villa la habían convertido en menos que aldea», y sosteniendo reclamaciones y recursos contra tal disposición durante más de cuarenta años, hasta que al fin, en 1609, lograron, ya que no todo lo que pretendían, el privilegio de primera instancia, con la jurisdicción civil y criminal: y lo prueban las relaciones de las visitas ó inspecciones que en la Orden de Santiago se hacían y todos los documentos relativos á la misma, en los que aparece como uno de los partidos de esta ínclita milicia, con el nombre de provincia de la Mancha, nombre que igualmente recibe en los censos oficiales de la corona de Castilla en los siglos XV y XVI.

Hay en las entradas de Sierra Morena, allí donde acaban los valles siempre verdes y las tierras onduladas, un angosto desfiladero, que ciñen, como muros, dos altísimos montes de agria y difícil subida; en uno estuvo Salvatierra, en otro Calatrava la Nueva: en ambos, aunque en distinto tiempo, la residencia de los maestres (1).

Ya del primero sólo quedan los cimientos: del segundo, además de largos murallones y torres gigantescas, hay ruinosa, muy ruinosa, pero muy bella, con su portada ojival, que dominaba un hermoso rosetón calado, una iglesia del siglo XIII. En aquellas ruinas y en esta iglesia, moraban en tiempo de Cervantes el prior de la orden, que era la cuarta dignidad de ella, el sacristán mayor, seis comendadores, y, por lo menos, treinta religiosos profesos, y en aquella suntuosa casa, que espléndidamente dotaron los maestres y comendadores, y en cuyas capillas solicitaban enterramiento los más ilustres próceres (1) y las más nobles damas, maravilla arquitectónica, edificio de tradición gloriosa, teatro de importantes acontecimientos históricos, é ilustre panteón de príncipes y de héroes, se educaban al par para la religión y para la ciencia.

Mas ya en el siglo XVII no era Calatrava la Nueva la capital del territorio de la Orden; aquélla residía en Almagro, hermosa ciudad, enclavada en medio del campo calatravo, con fáciles comunicaciones y con campo feraz y rico término. En ella moraba el alcalde mayor, encargado de admitir y resolver en primera instancia las causas y negocios de los pueblos del partido que no disfrutaban de este privilegio, quedando el recurso de apelación ante el Consejo de las órdenes ó la Chancillería de Granada, según la índole de los asuntos (2).

En 1534 decretó, sin embargo, el capítulo general la creación del partido de Almodóvar del Campo, y aun cuando se dió el caso extraordinario de rechazar esta villa la capitalidad que le concedían, pagando para ello 30.000 ducados, pronto volvió á mejor acuerdo, y pidió el restablecimiento, que al fin logró en el año de 1602, bien que ya para esta fecha su gobernación fuera casi nominal, porque las villas habían recobrado la primera instancia.

En el campo de Montiel, que tomó su nombre de una villa y castillo famosos, testigos después de la lucha fratricida entre el rey legítimo y el bastardo pretendiente, decidida, más que por la ayuda de Du-Guesclin, por el aislamiento en que á Don Pedro dejaron en esta ocasión el clero, la nobleza y las ciudades del reino (3), la organización era análoga; y lo mismo sucedía en el priorato de San Juan y en los pueblos comprendidos entre el Guadiana y los montes, sobre los cuales ejercía jurisdicción el gobernador de Toledo (4).

En el orden económico, el campo de Montiel, la provincia de la Mancha, el priorato de San Juan y

puesto que cita el campo de Montiel, el territorio de la Orden de San Juan y campo de Calatrava.

En cuanto á que el nombre genérico de Mancha comprendiera mayor extensión de territorio, es cierto que quizá en tiempo de la dominación de los árabes así sucedía, y que ya avanzado el siglo XVII, en 1691, la provincia de la Mancha, con la capitalidad en Ciudad Real, varió de extensión y de territorio, comprendiendo gran parte de lo que hoy es provincia de Ciudad Real; pero aquella denominación es tan vaga en 1605, que muchos pueblos no la consignan y otros muchos la emplean en forma que no se acomoda á lo que dicen los escritores de hoy; así, por ejemplo, eran de la Mancha de Aragón la Puebla de Almoradiel y Quintanar de la Orden, Socuéllamos era de la Mancha de Toledo y El Toboso en la Mancha de Castilla, según las relaciones topográficas. La Mancha de Monte Aragón se cita en la Crónica del Rey D. Pedro. Zurita la sitúa en la provincia de Albacete, llevándola hasta Alhambra en la provincia de Ciudad Real en contra de las relaciones topográficas, fundándose en un libro portugués del siglo XIV: no creemos que pueda hacer fe tal testimonio en materias geográficas del interior del reino de Castilla y en otro siglo; Mariana, Ocampo, Zurita en su crónica y Garibay no la describen á pesar de ocuparse detenidamente en la ocultación del Guadiana.

(1) Ha de advertirse, sin embargo, que la casa matriz estuvo en una villa situada en las orillas del Guadiana.

(1) Entre otros personajes enterrados en Calatrava la Nueva, puedo citar al Infante D. Alfonso, hermano de Isabel la Católica (siglo XV) y la Duquesa de Veragua (siglo XVI).

(2) Esta Chancillería fué establecida primeramente en Ciudad Real en 1494, pero en 1505 se trasladó á Granada. También se estableció en ella en 1483 el Tribunal de la Inquisición, trasladado á Toledo en 1485.

(3) Véase mi folleto *Juicio crítico de la batalla de Montiel.*

(4) Para toda la organización administrativa, consúltense las relaciones topográficas redactadas por orden de Felipe II.

el Campo de Calatrava, formaban otras tantas entidades, que tenían cada una sus aprovechamientos comunales de pastos y leñas, y he aquí por qué no parece deba alejarse la escena de Juan Haldudo y Don Quijote del pueblo de Quintanar de la Orden, llevándola como pretenden á la Membrilla, porque además de dar á entender en aquel capítulo que el pueblo estaba próximo, pues Haldudo invitaba á Andresilla á ir á su casa por la soldada, había tantas facilidades para utilizar los campos comunales de la Mancha, y tan pocas para llevar ganados á través de los distintos territorios, pagando los derechos de portazgo, arrendamiento, etc., y exponiéndose á vejaciones y molestias, que aunque quepa dentro de lo posible aquella hipótesis, está fuera del orden de probabilidad (1).

LA PROCESIÓN CÍVICA

El jefe superior de Palacio señor duque de Sotomayor, dirigiéndose á depositar la corona de S. M. el Rey.

Si de la distribución del territorio en provincias pasamos á estudiar el número y denominación de los funcionarios y sus facultades, veremos que en cada partido había una gobernación, una cárcel y una audiencia; aquélla con su gobernador, teniente y alguaciles; la segunda con un alcaide, y la última con un número variable de regidores, además de los mayordomos (2).

Nombraba el rey los gobernadores, cuyas facultades eran visitar los pueblos y lugares, inspeccionando la manera de ejercer sus cargos los alcaldes, oir las quejas y agravios, y resolver brevemente sobre ellos, presidiendo también las juntas generales para el reparto de los tributos, en las cuales los representantes de los pueblos se colocaban según el orden de antigüedad de las villas, de modo análogo á como las ciudades lo efectuaban en las Cortes; pero la elección de las autoridades locales tenía efecto por un sistema mixto, que consistía en meter en sacos ó en cántaros cierto número de papeletas con nombres de personas elegibles, separando los hidalgos de los del estado llano, y sacando por suerte cada año doble número de papeletas que cargos había que proveer, y de aquéllos elegían los gobernadores de los partidos, los priores de las Ordenes, ó los señores de las villas, los que habían de ejercitarlos en el año siguiente, siendo de advertir que los cargos reservados á los hidalgos, guardaban proporción con el número de éstos, y que, por regla general, eran retribuídos en los pueblos de la Orden de Santiago, y gratuitos en las otras dos Ordenes.

En el orden eclesiástico, tenían Prior en Uclés la provincia de la Mancha y Ribera del Tajo (éstos eran los nombres de los dos partidos), y Vicarios, el Priorato de San Juan y los Campos de Montiel y Calatrava, los cuales residían en Alcázar, Infantes y Ciudad Real.

Si abandonamos el tren en Quero, Villacañas, Alcázar ó Socuéllamos, en cualquier punto de esta comarca, dejáis de ver los rieles de la vía tendidos por el suelo, los postes del telégrafo, jalones de una línea que comunica el pensamiento, y las casitas de los guardavías, que con sus cenefas blancas y sus paramentos grises, rompen la monotonía de un cielo azul y un suelo encarnado, y camináis á través de aquellos campos desiertos, tened por seguro que el cuadro que á cada momento se os presenta á la vista, cuadro que parece invariable, tal es la uniformidad de las líneas y del colorido y la distancia á que se ven las colinas que, sin apenas relieve, ondean un poco el horizonte, es el mismo de la Mancha en el siglo XVI. No dirijáis vuestra mirada á los pueblos donde ya han penetrado, si no las obras útiles, al menos las obras agradables de la civilización; mirad sólo el suelo, fijáos en los cultivos, en la falta de casitas que conviertan el desierto solitario en agradable y poblada campiña; en la falta de arbolado que dé sombra al caminante, en la de una fuente para mitigar la sed, en la de algún punto de mira y referencia en aquel mar de tierra, de uniformidad desesperante, donde no hay abrigo para el viento, ni resguardo para el calor, y donde la vista, herida por la intensidad deslumbradora de una luz que se difunde con abrasadores rayos de brillo incomparable, se siente fatigada, y apenas puede resistir tanto esplendor.

(1) Se dice que pudo estar lejos del Quintanar, puesto que es sabido que los ganados iban á lejanas tierras en busca de pastos; pero la trashumación, que así puede llamarse, no se hacía para pequeños rebaños de ovejas, sino para un número crecido de cabezas, y un pastorcillo de 15 años no podía llevar 500 ó 1.000 cabezas; y para menor número que éstas, para 50 ó 60, lo que empleaban ordinariamente, es la transterminación. Hoy, como entonces, el ganado se denomina estante, transterminante y trashumante, y su régimen de vida guarda relación con el número, aparte de otras circunstancias y condiciones.

(2) Entre los datos recogidos para esta conferencia, figuran los relativos al número de funcionarios de cada gobernación, que no inserto en obsequio á la brevedad.

Yo he hecho el cotejo del terreno, utilizando el mapa del Instituto Geográfico y las relaciones descriptivas de 1575, y me he convencido de que casi todo lo rústico queda invariable, y de que ni bosques, ni cultivos, ni prados miserables, ni ríos intermitentes, ni molinos de represa, ni charcos salitrosos, ni sembrados de trigo y de cebada, ni obscuros y alineados olivares, ni majuelos de verdes pámpanos, han sufrido cambio importante, y que hasta hace no muchos años, lo único que parecía renovarse de tiempo en tiempo, no eran aquellos terrones que el arado levantaba, sino las generaciones de cultivadores, que después de días, de meses, de años, de repetir casi automáticamente las faenas, dejaban de acudir y de regar con el sudor de su cuerpo aquellos surcos, de donde salía el sustento de sus hijos.

Y no es sólo en el suelo y en los cultivos: de cada diez fincas rústicas ocho conservan los nombres primitivos, habiendo molino nuevo desde hace más de trescientos años (1).

Corrían en épocas de lluvia entonces, como hoy, el Jigüela, el Záncara, el Guadiana, el Azuer y el Jabalón, y algunas primaveras lluvias torrenciales, precedidas quizás de larga sequía, interceptaban los caminos reales, arrastraban las débiles plantas de trigo y de cebada, inundaban los pueblos y sumían en la miseria á los aldeanos, que anhelantes, temblorosos, aterrados, no podían huir del peligro que por todas partes les rodeaba. En cambio no se vió correr el Záncara durante cuarenta años, en la primera mitad del siglo XVI (2).

De estos cinco ríos, sólo uno era de gran caudal: el Guadiana, el famoso río, que á pesar de cuanto se le ha querido empequeñecer pretendiendo convertirle en afluente del Záncara ó Jigüela, ha conservado su nombre, y es, señores, que la mayor parte de los hechos que se perpetúan, á pesar de condenarlos engañosas apariencias, tienen una razón fundamental tan grande y tan poderosa, que se imponen con fuerza incostrastable, y la fama imperecedera del Guadiana estaba consolidada por la experiencia de los siglos, por el conocimiento exacto de sus condiciones y circunstancias de que carecemos en nuestros días, porque las obras de geografía se redactan hoy desde el gabinete, y en aquella época y en las anteriores sucedía lo contrario, pues la base del trabajo la daban las noticias de viajeros, las descripciones de los que recorrían los pueblos y los territorios, los valles y los montes, ya en expediciones cinegéticas, como el canciller López de Ayala, ya en comisiones que los reyes, los magnates ó las corporaciones les confiaban (1).

(1) El molino nuevo y el de Doña Sol en el término de Miguel Esteban conservan los nombres

(2) Relación topográfica.

Respecto del Guadiana, lo que se llama su leyenda, ha vencido hoy á la leyenda contraria, y aquel puente de ocho leguas, donde pacían numerosos rebaños, no es un mito apadrinado por patanes ó por fabuladores, sino un hecho real que explica la ciencia geológica hablando por boca de un sabio español, de un hombre modesto, que figura en primera línea entre los geólogos del mundo, por D. Daniel de Cortázar, docto ingeniero del Cuerpo de Minas y académico de Ciencias (2).

Muchos escritores han sostenido en las postrimerías del siglo XIX que el caudal del Záncara era mucho mayor que el del Guadiana; se decía que los ojos del Guadiana, en los cuales aparece en forma de borbotones el caudal perdido, estaban más altos que el lugar en que se oculta, y que eso de la filtración era un cuento propio para niños, pero no para los hombres serios y sesudos (3).

De nada sirvió que las operaciones practicadas por el Cuerpo de Ingenieros de Caminos dijeran lo contrario, y que oficialmente se afirmara el fenómeno (4); de nada tampoco los testimonios de la gente del campo y las tradiciones del país; de nada, en fin, que el Instituto Geográfico, al hacer el mapa de España, nos dijera que existe un desnivel de 29 metros en sentido inverso al que suponían los escritores citados, porque ellos, ni conocían los trabajos de los ingenieros, ni recorrían el territorio, ni leían el mapa del Instituto, ni se enteraban de la Memo-

(1) El libro de caza de Alfonso XI trae descripciones minuciosas.

(2) En su *Descripción física geológica de la provincia de Ciudad Real*, Boletín de la Comisión del mapa geológico de España, tomo VII.

(3) Madoz, Hervás, Bisco y otros; no así D. Fermín Caballero y D. Isidoro Antillón. De la ocultación del Guadiana se ocuparon Marineo Siculo, Mario Aretio, Damián de Goes, Francisco Tarasa, Florián de Ocampo y Ortelio, en el siglo XVI.

(4) En los Aforos practicados en 1881, se hace constar la desaparición de los ríos citados.

ria escrita por Cortázar, en la cual estudia la disposición, naturaleza y espesor de las capas y terrenos,

LA PROCESIÓN CÍVICA

Los estudiantes dirigiéndose á depositar su corona.

y todavía hay quien cree hablar en nombre de la Ciencia, rechazando por fabulosa la verdad. Y es posible que sea preciso que vengan, como ya vienen, á explorar las grutas y cavernas de nuestro territorio, hombres de otros países (1), y éstos nos lo digan para que lo creamos, porque aquí puede aplicarse, quizás con más propiedad que en otra parte, el adagio de que nadie es profeta en su tierra, y por esto la verdad se busca fuera, y al que es sabio se le ridiculiza, se le compadece ó se le olvida.

Y el fenómeno de la aparición de aguas que antes corrieron ocultas, no es sólo del Guadiana, lo es también del Záncara, ó, por lo menos, lo fué según testimonio antiguo que nos dice que aunque corre en los inviernos se seca en verano, y que junto á la torre de Vejezate hay unos piélagos de agua que se llaman Ojos de la Torre, «los cuales jamás se han visto dejar de estar llenos de agua y correr desde allí abajo lo que sale de ellos y ansí cobra alguna fuerza en dicho río» (2).

Todo esto se explica fácilmente; como sabéis, por la existencia de capas permeables en la superficie, por la de capas impermeables en el interior, por la rotura de la superior de éstas en dos puntos y por la diferencia de nivel, siendo de advertir que la constitución geológica de esta comarca es precisamente la más á propósito para esta clase de fenómenos, estudiados en Grecia, en Austria y en Francia, donde se conocen las catavotras, los carsos y los causses (simas).

Pero no hace falta traer á colación ejemplos tan lejanos: el Jigüela, el Záncara y el Azuer al llegar á los territorios en que estaba enclavado el teatro de las hazañas de Don Quijote desaparecen en el suelo: uno de ellos en Quero, otro en Socuéllamos y otro en Manzanares dejan de correr y se hunden; y alguno, como el Záncara, según he dicho, manifiesta su aparición en esas lagunas que se llaman ojos, como las del Guadiana, significando con esto que por allí las aguas escondidas ven la luz del sol, los campos siempre verdes, los mansos ganados que pacen en sus riberas, y donde los pececillos lucen sus escamas plateadas.

Y no es sólo este fenómeno curioso el que en la Mancha tiene lugar. De su régimen hidrológico nos dicen en el Quintanar, en la patria de Juan Haldudo, que mientras los pozos enclavados en la mitad del pueblo son de agua gorda, los otros la tienen fina y delgada; y cuentan también las relaciones topográficas que Socuéllamos, pueblo antes

LA PROCESIÓN CÍVICA

La estatua de Cervantes antes de la manifestación.

(1) Mr. Martel, que en el próximo pasado mes ha visitado la cueva de Altamira (provincia de Santander). Dicho señor es uno de los Apóstoles de la Speleología, y tiene publicados muchos estudios acerca de las corrientes subterráneas.

(2) Relación topográfica.

extremadamente seco, se hizo de repente encharcado y pantanoso, no debiéndose esto á una crecida del Arroyo ó río de Córcoles que por allí pasa, sino á una rotura de esa capa superior impermeable ó á un hundimiento del suelo que, ahuecado por la corriente interna, no pudo resistir el peso de la tierra que le cubría (1).

No menos famosas que la desaparición del Guadiana eran las lagunas de Ruidera, donde tiene su nacimiento y donde se encuentran la cueva de Montesinos y el castillo de Rochafrida citados igualmente por Cervantes.

De estas lagunas, cueva y castillo, la relación de Argamasilla se limita á consignar que dos lagunas están en su término y que de allí procede el Guadiana, con la noticia de que el castillo de Peñarroya, enclavado en la orilla del río (pero lejos de las lagunas), era uno de los siete de Rochafrida. En cambio las relaciones de la Solana hacen una descripción puntual de las lagunas, de la cueva y del río que corre por ella, del castillo de Rochafrida y de los amores de Rosaflorida y de Montesinos en la forma siguiente:

LA PROCESION CIVICA

La estatua de Cervantes después de la manifestación.

«En el nacimiento del Guadiana hay (seis) grandes piélagos de agua, que dicen son los mayores que existen en España, y se cría en ellos mucha pesca de peces comunes, y en la principal hay un heredamiento de cuatro casas de molinos, que en cada casa hay cuatro molinos, los cuales son labrados de cal y canto, y debajo de los fundamentos tienen leños de carrasca, que se vieron labrar en nuestro tiempo, y el agua que sale de una casa da en la otra. Es de la mesa maestral de Santiago, y á la parte de Levante, en una laguna (que se dice que no tiene mucha agua, y aun en Agosto se suele apocar y enjugar y que no quedan sino aguachares), hay una fortaleza arruinada en medio de la dicha laguna, que comúnmente se llama castillo de Rochafrida, donde dicen en esta tierra que antiguamente había una doncella que llamaron Rosaflorida, muy hermosa, y que siendo señora en aquel castillo la demandaron en casamiento duques y condes de Lombardía y de otras partes extrañas y á todos despreció, é oyendo decir nuevas de Montesinos se enamoró de él y lo envió á buscar por muchas partes extrañas, y lo trajo y se casó con él, y que era un hombre de estatura grande y que en aquel castillo vivieron juntos hasta que allí se murieron, y cerca de dicho

LA PROCESION CIVICA

La familia real al salir de la tribuna.

(1) Relación topográfica. No pudo ser por lluvias abundantes y crecidas del río, porque la inundación duró dos años y porque dice que el terreno se hizo de repente pantanoso y encharcado, y cuando hubo inundaciones por lluvias abundantes lo dice claro, como en 1574.

castillo, para entrar en él suele haber una puente de madera para pasar á el dicho castillo, porque como dice un romance, «por agua tiene la entrada y por agua la salida». Es de siete pies en ancho (grueso) la tapia y hay al pie de él una fuente que llaman la Fonfrida, y cerca del dicho castillo está una cueva que llaman la cueva de Montesinos, por de dentro de la cual dicen que pasa mucha agua dulce, siendo la del río de Guadiana más basta, y que pastores que andan en aquella ribera con ganados sacan agua de la cueva para beber y guisar... está en el heredamiento de la villa de Alhambra, término común á las villas de la Solana y á las otras de la Orden de Santiago.»

Cervantes á su vez pone en boca de Montesinos estas ó parecidas palabras: «A la señora Belerma, á vos Durandarte y á mi y á Guadiana vuestro escudero y á la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas y otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años, y aunque pasa de 500, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales, llorando, por compasión que debió tener Merlín de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas que ahora están en el mundo de los vivos; y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: los siete hijos son de los reyes de España y las dos sobrinas de los caballeros de una orden Santísima que se llama de San Juan.»

«Guadiana, vuestro escudero, placiendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un río llamado de su mesmo nombre, el cual, cuando llegó á la superficie y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra, pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal.»

Muestra el cotejo de estos materiales que el punto en donde se conservaba más viva, mejor dicho, donde únicamente se conservaba la tradición y la leyenda de Rochafrida y Montesinos, y donde se conocían la cueva y las lagunas, cuya descripción puntual hecha por Cervantes es exacta en todas sus partes, era la Solana, que está en el territorio de la orden de Montiel, y no la Argamasilla; y puede afirmarse también que Cervantes no recogió ni pudo recoger de los romances donde se cuenta la historia de Montesinos y de Durandarte dicha descripción, puesto que en ellos no aparece, y como tampoco hay datos de esta índole en los libros de Geografía é Historia de la época, es forzoso admitir que el autor del QUIJOTE la escuchó de alguno de los vecinos del mencionado pueblo.

No he de detenerme ahora en analizar esta parte del romancero ni la leyenda de la Solana (1), pero es interesante hacer notar que uno de los romances alusivos á este asunto se estima como la obra de la Edad Media y que el héroe de Lepanto remonta los sucesos precisamente á la época de la reconquista del territorio cuando las órdenes militares acudían á su defensa, y en cuyas filas tenían honroso puesto (sobre todo en la de San Juan y en los Templarios), caballeros de otras naciones (2), pues deducidos más de quinientos años del correspondiente de la fecha del QUIJOTE (bien se tome la de la segunda, bien la de la primera parte) se retrocede al siglo XII.

De los otros ríos no hace mención Cervantes. ¿Son tan pequeños, tan insignificantes, que apenas hubo de reparar en ellos Don Quijote, al atravesarlos? En efecto, el Záncara con varios puentes como la puente Bermeja y la de Vejezate, defendida por una torre mora; el Jigüela, que con él se une y que cruzando salitrosos terrenos forma charcos blanquecinos; y el Azuer, y el Jabalón, que corren más al S. del Guadiana, quedan envueltos en el silencio, y en verdad que no merecen otra cosa. Ríos malsanos siembran la peste y alejan de sus orillas á los pueblos, ríos sin agua, sin industria, sin el verde de las huertas y sin la sombra de los árboles que en otras comarcas los adornan, no merecen ser descritos, que poco valen aquellos molinos maquileros é invernizos que entonces, como hoy, sólo se mueven con lluvias abundantes, obligando á buscar los que existían á ocho, nueve y más leguas del Guadiana, desde las lagunas hasta Argamasilla, y desde los ojos á Calatrava la Vieja, y el Tajo desde Aranjuez á Toledo para convertir el trigo en harina; pues los famosos molinos de viento cuyas descabezadas ruinas se ven ahora en las colinas y

(1) El romance á que hace referencia la relación de la Solana es el que empieza: «En Castilla hay un castillo», pero es de notar que en ninguna de las ediciones tiene el verso que mencionan en dicha relación, que debe ocupar el tercer lugar en esta forma:

En Castila hay un castillo —que le llaman Rochafrida,
Al castillo llaman Rocha—á la fuente llaman frida,
Por agua tiene (ó tenía) la entrada—y por agua la salida,
El pie tenía de oro —y almenas de plata fina...

(Menéndez Pelayo. *Líricos castellanos*, núm. 179.)

(2) La orden de Montfranc ó Monte Gaudio, que tuvo en su poder en el siglo XII, las villas de Alhambra (esto es, el campo de Ruidera), Villarrubia y Malvecinos (según la Bula de 1180), contaba con posesiones en Lombardía, de donde suponen naturales á algunos de los pretendientes de Rosaflorida y era orden constituída con caballeros de distintos países.

altozanos, no existían sino en el Campo de Criptana, en la Mota y en Pedernoso (1), muy lejos de Argamasilla y de los lugares en que se ha supuesto esta aventura, y muy cerca de El Toboso, estando enclavados en el partido de la Mancha, de lo cual resulta la coincidencia de ser manchego Don Quijote, y la de estar en la Mancha, teatro de sus aventuras, los molinos que entonces había, é impide situar aquéllos en otros lugares, como se pretende, mientras no se demuestre que los hubo en su territorio, y digo hasta que no se demuestre, porque hoy está sin demostrar, pues no se aduce prueba alguna que confirme este aserto.

Los edificios, las viviendas, las poblaciones han variado desde 1605 de modo considerable: pueblos que fueron insignificantes, pues apenas contaban 80 vecinos, como El Tomelloso, tienen hoy 3.000. En cambio Almedina ha visto reducido su vecindario á la mitad; pero esto es excepcional; lo ordinario es que la población se haya duplicado en el Oeste y en el Sur, y triplicado en el priorato de San Juan y Campo de Criptana, y se comprende fácilmente, porque terminada la expulsión de los árabes ya no había por qué ocupar las eminencias y pasos de los montes; la población podía vivir segura y tranquila en las llanuras.

En cuanto á las habitaciones y viviendas de dicha época, en la Mancha, eran tan pobres, tan incómodas y tan miserables, que en algunos pueblos no tenían huecos ni ventanas al exterior; los patios y corrales estaban cercados con ramaje y las cubiertas de las viviendas eran de atocha, retama ó carrizo; los muros, sumamente bajos, de tapial ó de piedra, quedaban sin enlucir, consistiendo los lechos ó camas en poyos ó macizos de barro y piedra, colocados á los lados de la cocina y de las habitaciones, y cubiertos de grueso tejido de enea, planta que crecía en abundancia en las orillas de los ríos, ó camastros de madera que en algunos lugares trasladaban á los templos, con escándalo de los sacerdotes y de los comendadores de visita (2).

En cuanto á las de los hidalgos, no tenían siempre, como pudiera creerse, aquellas portadas de piedra de blasonados dinteles, que tanto abundan en otras partes de España; pero cubiertas de teja y construídas con maderas que llevaban de Cuenca ó de Alcaraz, y enlucidas exterior é interiormente, daban idea de la superior condición social de sus moradores. No faltaban, sin embargo, algunos dueños que por exceso de vanidad invirtieran parte de sus rentas en estos adornos, como aquel rico labrador de Argamasilla, Alejo de Zúñiga, que mandó poner como atributos las ruedas de una carreta y el yugo de las mulas juntamente con una bastida y un caldero, hermanando así tan noblemente como hermanaba Cervantes las armas y las letras, los laureles ganados por sus antecesores y los emblemas de su no menos honrosa ocupación (1).

La vida de la clase proletaria era muy desigual; pueblos había en los cuales casi todos eran pobres trabajadores á jornal, que en los años malos emigraban á otros lugares y pueblos en los que lo feraz del terreno y lo repartida que estaba la propiedad, daban medios de vivir con holgura; en cuanto á los hidalgos, exentos de los tributos, consumían su hacienda como Don Quijote ó se marchaban en busca de fortuna á Italia, á Flandes, á América y á la corte.

Por regla general se dice en las relaciones el número de los ya declarados y el de los que pleiteaban por la hidalguía en la chancillería de Granada; pero entre los datos curiosos, el que más ha llamado mi atención es el de que en el Campo de Criptana, villa, como he dicho, de gran importancia, y que pretendía ser y era la más antigua del Común de la Mancha, había una Hermandad de treinta hombres cristianos viejos é hijosdalgo que todos tenían caballo y lanzas y adargas, y hacían reseña el día de Santiago y el de la Virgen de Agosto con trompetas, atabales y música de chirimías

¿Fué uno de éstos Don Quijote? ¿Qué Hermandad era ésta? ¿Cuál era su objeto? ¿Indicará acaso la mención de la lanza, adarga y caballo que, contra lo que dicen otros escritores, no acostumbraban á tenerlos los demás? ¿Se debería la existencia de esta Hermandad á que se sintiesen animados del espíritu caballeresco de la Edad Media, al par que á la conveniencia y necesidad de librar al país de los malhechores, que la relación topográfica dice que en tiempos anteriores asaltaban las gentes y cometían robos, muertes y atropellos, hallando amparo en las ruinas de un derruído castillo que había en el término ó en dos cuevas inmediatas de doble salida? Asunto es éste que pueden investigar los diligentes cervantistas, por si alguna conexión tiene con la historia del ingenioso hidalgo, y que cuando menos es punto suficiente para despertar la curiosidad de los aficionados. Yo me limito á hacer constar este dato y á afirmar que los pueblos más lina-

(1) En la visita hecha en 1603, 4 y 5 á la Mancha y Ribera del Tajo. Archivo histórico. M. S.—Hasta ahora sólo se sabía la existencia de los del Pedernoso.

(2) También prescindo de los datos de población. Para el estudio de las viviendas me he servido de las relaciones topográficas; para este último dato es la visita hecha en 1603, 4 y 5 á los partidos de la Mancha y Ribera del Tajo, que existen en el archivo histórico nacional.

(1) Relaciones topográficas.

judos eran Almedina, Alcázar y el Campo de Criptana, cuyos habitantes se mostraban orgullosos de la fama y antigüedad de su villa y de los nobles linajes de sus vecinos (1).

Poblados de espesos bosques de encinas estaban los montes que separaban las cuencas del Azuer y Jabalón; los más suaves collados que rodean las lagunas de Ruidera, el fuerte muro por donde la Mancha se asoma á Andalucía y algunos cerros ó eminencias de los montes toledanos. Otros estaban cubiertos por chaparros cuyo color obscuro contrastaba con las grandes y blancas flores de la jara y con el alegre verde del romero; cubríanse las faldas del monte de Caracollera con el rojo color de los madroños, los cerros de Almodóvar, de frescas y virginales azucenas (2); de verde hierba el mismo valle de Alcudia; de carrizos y eneas las tristes y solitarias ciénagas del Guadiana, cuyo aliento difundía la fiebre agobiadora y perniciosa; en Ciudad Real formaban corona verde, rubia y morada los hermosos racimos y las hojas de la vid con que el suelo pródigo y el sol fecundo la dotaron; los manchegos campos ofrecían hermosos trigales y altísimas y robustas cebadas; y en las salitrosas riberas del Jigüela y en los desiertos llanos donde la labor del hombre no podía vencer la rudeza del suelo, crecía menuda hierba que alimentaba millares de ovejas, cuyo queso sabroso y cuya blanca y nutritiva leche remuneraba á los ganaderos y pastores de sus gastos, afanes y cuidados (3).

Los osos, hoy extinguidos, el bravo jabalí, el bramador venado y el ágil corzo que salva con pasmosa soltura los barrancos; la ligera liebre y el conejo asustadizo; el lobo, el zorro, la cabra, el gato salvaje y el tejón poblaban los montes más espesos; y las tórtolas, las palomas, las perdices y los patos eran perseguidos por los cazadores (4).

La pesca, abundante en las lagunas de Ruidera y en el Guadiana, se hacía desde barcas sin velas ni remos, tal cual las describe Cervantes en el QUIJOTE, utilizando jábegas ó redes, y su producto correspondía al Monarca (5).

En cuanto á la industria, consistía en la fabricación de tejidos de lana, existiendo lavaderos en Almodóvar, Ciudad Real, Almedina, Villarrubia y Campo de Criptana, y fábricas en los pueblos más importantes de la provincia, sobresaliendo las de Chillón; cuchillería en Alcázar y Ciudad Real, encajes finísimos en Puertollano y tinajas en el Toboso (1).

Respecto de los caminos se ha fantaseado bastante, suponiendo que uno de los principales puntos de cruce era Argamasilla de Alba; encontraba apoyo esta afirmación en el hecho de que en la relación topográfica, por cierto mal redactada, se citen á este propósito Valencia, Murcia, Yecla, la Orden de Calatrava, Extremadura, Andalucía, Granada, Madrid y Alcalá (2); pero si observamos que en análogas exageraciones incurren muchos de los pueblos, cuyas relaciones se conservan, y si, por otra parte, cotejamos sus datos con los de las demás villas circunvecinas, nos convenceremos de que sólo un camino real pasaba por ella; el que venía de Granada á Villanueva de los Infantes y luego continuaba por Alhambra y Argamasilla hacia Madrid, cruzando, además, el territorio los detallados en el *Repertorio de caminos*, de Alonso de Meneses, correo de S. M. La copia de este libro raro y curioso la debo á la amistad de nuestro primer vocal el Excmo. Sr. D. Manuel de Foronda (3).

En esta *Guía* sólo aparecen los siguientes: uno de Córdoba á Toledo por Fuencaliente, Almodóvar y Ciudad Real; otro de Toledo á Málaga, Granada, etc., que iba por Malagón, Carrión, Almagro, El Viso y Linares; otro de Toledo para Alcázar por Mora, Madridejos y Camuñas; el de Toledo á Alicante y Murcia por Nambroca, Almonacid, Bogas, Tembleque, Villacañas, Miguel Esteban, El Toboso, Manjavacas, Las Mesas y el Provencio; el de Valencia á Guadalupe, que venía por Motilla, Arco, Cañete, La Alberca, el Pedernoso, Santa María de los Llanos, Mota del Cuervo y el Toboso, continuando luego á Toledo; unido al anterior otro de Granada á Cuenca por la Puebla del Príncipe, Montiel, La Osa, Villarrobledo y San Clemente, y el de Cuenca á Alcázar por Mota del Cuervo y Campo de Criptana. Por último, de Valencia y Alicante iba otro á Ciudad Real por Chinchilla, Lezuza, La Osa, La Solana y El Pardillo.

(1) No es verdad que todos los hidalgos tuvieran lanza, adarga y caballo. Los caballeros de las Ordenes que tenían encomiendas, á pesar de serles obligatorio, en muchos casos carecían de ellas, según consta de la mencionada visita y de otras anteriores también consultadas. Los que sí las tuvieron hasta mediados del siglo XVI fueron los caballeros de cuantía ó personas acomodadas que por antigua costumbre se eximían por este hecho de las contribuciones, lo cual no necesitaban los hidalgos, bastándoles la ejecutoria de hidalguía sin más obligación. La Chancillería de Granada, con sus acuerdos y disposiciones, dejó sin efecto la costumbre, según consta en las relaciones topográficas.

(2) Méndez Silva. *Población general de España*. Madrid, 1645.

(3) Relaciones topográficas.

(4) Idem, id.

(5) Idem, id.

(1) Relaciones topográficas.

(2) La relación dice: «Este pueblo está en el camino real que va de Valencia y Murcia, Y Almansa y Yecla, y de toda la tierra del partido y orden del Calatrava y Ciudad Real, y á Extremadura; y Andalucía y Granada se pasa para Madrid y Alcalá.»

Probablemente quiso decir: «Este pueblo está en el camino real que va de Valencia y Murcia, y Almansa y Yecla, á toda la tierra del partido y orden de Calatrava, y á Ciudad Real, y á Extremadura; y de Andalucía y Granada se pasa para Madrid y Alcalá.»

(3) De este libro se hicieron varias ediciones posteriores al 1612; pero debió publicarse antes de esta fecha, por cuanto en una edición de Ortelio de este año ya se le cita.

Todos los demás eran caminos de carros y de corsarios, pues los carreteros y comerciantes, aun cuando fueran de Toledo á Murcia por seda, ó de Alicante á la Mancha por granos, conducían para la venta en los pueblos intermedios otros productos, y así todos los pueblos eran muy frecuentados por arrieros y trajinantes, sin que esto envuelva la necesidad de que fueran caminos reales los que utilizaban.

Voy á terminar diciéndoos algo acerca de la vida intelectual de la Mancha; al efecto, nada mejor que citaros á los mismos poetas á quienes menciona Cervantes. Ahí tenéis á Cejudo, á Miguel Sánchez, al conde de Salinas, á Juan de Mestanza, cifra y suma de erudición, donaire y gala; al singular Galindo; á Jiménez Patón, docto humanista; á Juan de Avila, el apóstol de Andalucía, virtuoso y elocuentísimo varón; á Fernando de Ballesteros, capitán de milicias del campo de Montiel, y á Bernardo de Valbuena, el más grande de nuestros poetas épicos y de nuestros prosistas pastoriles, sin que sepa adónde colocar á Gonzalo Cervantes Saavedra, quizás hermano de Miguel, y acerca del que no se ha hecho investigación alguna (1).

Disputábanse entonces los lauros de la ciencia y de la literatura las principales villas manchegas, ostentando Almagro su universidad dominicana, Ciudad Real su academia de cánones, Villanueva de los Infantes sus maestros Pedro Simón Abril y Bartolomé Jimenez, ya citado; y tenía el Campo de Criptana, como otras poblaciones, cátedra de gramática, que había de dar abundantes frutos años después. En cuanto á Argamasilla, era patria de Francisco de Contreras, autor de una obra titulada *Nave trágica de la India*, impresa en Madrid en 1624, y dedicada á Lope de Vega, y si se recuerda la rivalidad de Cervantes y Lope, no será aventurado suponer que Contreras fué uno de los enemigos de Cervantes, y que éste se propuso ridiculizarle en el QUIJOTE llamándole académico y suponiendo que en su patria hubo una academia, no al modo que nosotros la conocemos, sino como Cervantes describe la de Sevilla (1).

Falta en esta reseña hacer mención de aquellas seguidillas manchegas que hacían retozar y brincar al mismo tiempo el corazón y el cuerpo; baile inocente, alegre, sencillo, exento de la lascivia de la zarabanda, la alemana, la zapateta y los gambitos, tan en boga en aquellos tiempos, porque es una de las cosas más típicas de la provincia de Ciudad Real.

En las seguidillas, á las cuales sólo aventajan en antigüedad los bailes en corro y la danza prima, lucían el donaire, la gracia, la agilidad y la soltura las manchegas, y era de ver el menudo y vivo mover los pies, la cadencia y compás de los brazos, las suaves ondulaciones del cuerpo y el encanto de sus ojos, que tenían más encantos que los famosos ojos del Guadiana.

En cuanto á ellos, amigos de mascaradas y de curiosear desde las torres lo que hacían sus lindas vecinas en los patios de las casas (2), podéis figurároslos también pulsando la guitarra, arrancando á la vihuela notas, ora vivas y alegres, ora sentidas y graves, que se siguen y se atropellan como muchachos juguetones, ó que dejan sentir en sus cadencias el desfallecimiento de la desilusión, la ternura del amor, la alegría, la duda, la esperanza, todo mezclado, todo confundido; siendo tan aficionados á la música de la vihuela, que hay villa que consigna con más satisfacción y orgullo que las grandezas de su historia guerrera, y que los blasones de sus hidalgos, el que éstos fueron maestros consumados en tan noble arte, y por esto ha quedado escrita ya que no grabada en mármoles y bronces, la imperecedera fama de dos licenciados, Ballesteros y Perea, gran legista y hombre de muchas letras el primero y gran teólogo el segundo, á quienes ensalzan sus convecinos, en primer término, por ser de los más insignes músicos que había en España.

(1) De otros muchos hijos ilustres hago mención en mi historia de la provincia de Ciudad Real y en los Apuntes para las biografías de hijos ilustres de la misma provincia.

Los versos que dedica á Gonzalo Cervantes Saavedra son éstos:

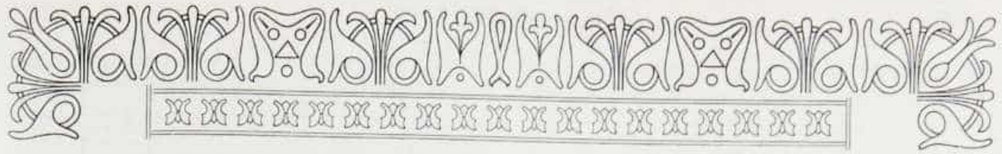
«Ciña el verde laurel, la verde yedra
Y aun la robusta encina aquella frente
De Gonzalo Cervantes Saavedra,
Pues la deben ceñir tan justamente.
Por él la ciencia más de Apolo medra,
En él Marte nos muestra el brío ardiente
De su furor, con tal razón medido,
Que por él es amado y es temido.»

(Cervantes: *La Galatea*, Canto á Caliope.)

Hubo en aquel tiempo otro Gonzalo Cervantes, sevillano, autor de dos obras de asuntos teológicos; pero no es el que menciona el autor del QUIJOTE, pues no se le pueden aplicar los versos anteriores ni las alusiones á Marte y á Apolo.

(1) También hubo otro Francisco de Contreras, que vivía en 1624; pero según consta en su biografía, escrita por el interesado, era natural de Segovia, y el autor de la *Nave trágica* dice ser natural de Argamasilla de Alba. Estos dos hechos relativos á los Gonzalos de Cervantes y á los Franciscos de Contreras, con otros muchos que podrían citarse, muestran lo fácil que es encontrar distintas personas que, con el mismo nombre, coinciden en muchos puntos y circunstancias, pues eran coetáneos y eran escritores los unos y los otros, y los últimos residían en Madrid al mismo tiempo. Respecto del Francisco de Contreras, de Argamasilla, el Sr. Serrano Sanz, docto catedrático, publicó interesante noticia en la *Revista de Archivos*.

(2) Visita de la provincia de la Mancha y riberas del Tajo de 1603, 4 y 5.



EN LA SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE

Noticia de la sesión.

CORRESPONDIENDO á una carta del excelentísimo señor ministro de Instrucción pública para que cooperase á los festejos del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, la Real Sociedad Económica Matritense celebró en la noche del 6 de Mayo de 1805 una velada pública con el expresado objeto.

Presidió el acto el Excmo. señor marqués del Vadillo, ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas, á quienes acompañaron en la presidencia los Excmos Sres. D. José de Cárdenas, presidente de la Sociedad; D. Manuel de Molina y Molina, vicepresidente 1.º; D. Víctor M. Rendon, ministro plenipotenciario del Ecuador; D. Vicente Vera, representante de la Real Sociedad Geográfica, y D. Juan Catalina García, secretario general de la corporación.

Los Sres. Foronda, Olmedilla, Sánchez y Alonso Gasco y Soralegui, leyeron notabilísimos discursos con los siguientes temas: *Cervantes en Alcalá de Henares, Consideraciones brevísimas acerca de la personalidad literaria de Cervantes, La primera edición del* QUIJOTE *y los libreros en el año 1605* y *Los consejos del* QUIJOTE.

El ministro de Agricultura, señor marqués de Vadillo, pronunció un elocuente discurso para dar las gracias á la Sociedad por haberle ofrecido la presidencia del solemne acto y para enaltecer la memoria del insigne autor del QUIJOTE.

Cerró la sesión el presidente de la Sociedad, expresando la gratitud de ésta al ministro de Agricultura, á los autores de los trabajos leídos, á los asistentes al acto, y en particular á las distinguidas damas que lo realzaron con su presencia.

Discurso de D. Gabriel Sánchez y Alonso-Gasco.

MIGUEL DE CERVANTES

LA PRIMERA EDICIÓN DEL «QUIJOTE» Y LOS LIBREROS EN EL AÑO 1605

Designado por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País para ejecutar algún trabajo conmemorativo del tercer Centenario del QUIJOTE, acepté gustoso este honor, pero me encontré al comenzar el trabajo, que era muy superior á mis fuerzas, saber é inteligencia; pero supliendo á esto mi buena intención, y contando de antemano con vuestra benevolencia, me atrevo á trazar unos mal pergeñados renglones, no para deciros nada nuevo ni bueno, sino como cumplimiento del encargo recibido de esta docta corporación.

Comienzo mi trabajo por deciros que las librerías de Madrid han variado muy poco, ó nada, desde el año 1605, ni en su modo ni en su forma de venta; más ó menos publicidad por los medios que hoy existen, y del cual carecían nuestros antepasados, y en lo demás todo es lo mismo; eran entonces, y siguen siendo, estos establecimientos, una especie de Ateneo donde la gente docta y aficionada al estudio forma sus tertulias alrededor de un mostrador, más ó menos fino y elegante, y con sabrosos comentarios sobre modernas publicaciones ó viejos libros, se analiza, desmenuza y difunde la ciencia en todos los ramos del saber humano, que si hubiese sido posible recoger todas estas discusiones y comentarios por hábiles taquígrafos, bastaría para sobreponerse á todos los libros publicados en los modernos tiempos, y más especialmente en el siglo XVII de que nos ocupamos hoy, en que se carecía de Academias y Centros donde los sa-

bios pudieran exponer sus opiniones y emitir en franca discusión lo que de bueno y de malo daban á luz las imprentas en aquella época.

Había en Madrid en el año 1605 unas veintinueve librerías, sin contar que la mayoría de los conventos de religiosos tenían sus despachos de libros y ejercían la profesión de industria de librería, quizás en más escala y provecho que los verdaderos libreros que á este comercio se dedicaban; las veintinueve librerías, si se tiene en cuenta el reducido número de habitantes que tenía Madrid en aquella fecha, resultaba en proporción, en mucho más crecido número de las que hoy existen, puesto que no llegan á 40.

Entre las que figuraban en el año 1605 había una perteneciente á Juan de Villarroel, en donde Cervantes, los últimos años de su vida, hacía escala para poder llegar á su casa, á causa de la fatiga que le producía su padecimiento de hidropesía; esta librería se hallaba situada en la plaza del Angel, cerca de las Huertas, y la de Francos, en la cual vivía Cervantes, otro de los libreros era Francisco Robles, librero del Rey N. S., cuya casa estaba situada en la calle de Santiago, calle que era entonces una de las principales de Madrid y en donde, según las actas de visita de la Inquisición, se hallaban algunas librerías; y al hablar de estas actas, hago una pequeña digresión para deciros que en aquella fecha se hacían frecuentes visitas de inspección á las librerías por esta Hermandad, más ó menos santa, con objeto de ver si tenían libros que estuviesen comprendidos en el índice expurgatorio, ó por lo menos que no fuesen del agrado de sus familiares, y que sin duda debían llevarla á cabo con gran rigor, pues en aquellos años figura más de un librero recluido en la cárcel de villa, indudablemente por los motivos antedichos; en esto pudiera haber también, como sucede la mayoría de las veces, rivalidades de la profesión ó delaciones más ó menos justificadas que, empleando sus influencias, daban en la cárcel con el que menos tenía y sin que por lo visto fuese tampoco muy justa esta Santa Hermandad en sus fiscalizaciones, atendiendo á que entre sus actas figura alguno de sus familiares llamando la atención de sus superiores respecto del encargado de la visita á las librerías, en que dice que el visitante parece que sólo se ocupa de hacer sus fiscalizaciones en las librerías de la calle Mayor, donde es sabido que acuden á exhibirse y pasear las damas principales de Madrid, y que en cambio no pasa visita á ninguna de las situadas en la calle de Jacometrezo y otras repartidas en la población, de donde se deduce que, como en los actuales tiempos, se ejercían estas investigaciones de un modo caprichoso; pero volviendo al mencionado librero Francisco Robles, en 1605 su librería, no solamente debía ser un centro de reunión de los eruditos de aquella época, sino que su posición debía ser bien desahogada, por cuanto por aquellos años era uno de los fundadores de la Hermandad de San Jerónimo, de mercaderes de libros, cuya organización y manera de funcionar es muy digna de estudio, y la cual subsiste hoy, aunque en gran decaimiento, bajo los mismos estatutos de su fundación; de ella fué elegido tesorero Francisco Robles; en esta Hermandad se disponía de bastantes fondos para auxiliar á sus hermanos con el dinero que necesitaban para hacer impresiones de obras, en prueba de lo cual, cuando sucedió en esta tesorería á Francisco Robles D. Alonso Pérez de Montalbán, concedió al impresor Pedro Lasso una suma crecida para la impresión del famoso libro *Para*

D. Gabriel Sánchez y Alonso-Gasco.

todos. Era Francisco Robles persona de gran intimidad con Miguel Cervantes, por cuanto desde antiguo su sucesor Bartolomé Robles, librero en Alcalá de Henares, fué contemporáneo y tuvo mucha amistad con Rodrigo Cervantes, ambos vecinos de dicha ciudad; Blas de Robles, abuelo de Francisco, fué también librero de Alcalá, y se trasladó á Madrid, en donde costeó la primera edición de *La Galatea*, de Cervantes, y su nieto Francisco de Robles compró á Miguel de Cervantes las dos partes del QUIJOTE y las *Novelas ejemplares*, por las cuales pagó 1.600 reales de vellón, induciendo esto á creer que poco más ó menos fué ésta la cantidad que pagó por las dos partes del QUIJOTE, y de cuya venta no debió quedar muy satisfecho Cervantes, cuando en su libro de los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda* dice «que deseaba publicar la flor de aforismos, pero que no daré el privilegio de este mi libro á ningún librero de Madrid, si no me da por él 2.000 ducados, que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, ó á lo menos por tan poco precio que no le luzca al autor del libro», todo lo cual prueba que Cervantes se hallaba quejoso del precio recibido por su QUIJOTE y las novelas vendidas á Francisco Robles, el cual obtuvo de Cervantes además el poder para perseguir á Jorge Rodríguez, impresor de Lisboa, y los demás que reimprimieran el QUIJOTE sin tener la autorización y convenio con el dicho Francisco Robles. Es muy de presumir que en la librería de éste se reuniese gran número de literatos, entre los cuales figuraran Miguel de Cervantes, Lope de Vega, Lope de Ubeda, etcétera, y que quizás allí se discutiera sobre el inmortal libro de DON QUIJOTE y que bastante tiempo antes de la publicación se hablase del citado libro, y así Lope de Vega, en una carta que escribe desde Toledo á un amigo suyo en 14 de Agosto de 1604 dice: «de poetas no digo... muchos en cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á DON QUIJOTE»; véase cómo la pasión lleva á menospreciar las más grandes concepciones, viéndose que Lope manifiesta la opinión sobre un libro aún no publicado; otro tanto sucede con Lope de Ubeda en su libro *Entretenimiento de la pícara Justina*, publicado en 1605; pero éste, si bien se ocupa del QUIJOTE, aún no dado á luz, lo elogia, y es un testimonio de la fama y estimación que al poco tiempo alcanzó el QUIJOTE; de todo esto debió aprovecharse el impresor de Lisboa Jorge Rodríguez y su compañero Pedro Crasbeeck, pues en el mes de Marzo de 1605 hizo cada uno una impresión del QUIJOTE, de lo cual se apercibieron en seguida el autor ó editor de Madrid, pues el 15 de Abril del mismo año se otorgó el poder para querellarse contra los que habían impreso el libro en Lisboa y para hacer convenios y concertarse con Francisco Robles como verdadero dueño del libro. No cabe duda alguna que Francisco Robles sufragó todos los gastos en la primera edición del QUIJOTE, y que además de los 1.600 reales que próximamente debió pagar á Cervantes por el original, le debió entregar, antes ó después, alguna más cantidad en forma de préstamo, pues en el inventario de los bienes aportados al matrimonio por Francisco Robles, aparece: «Miguel Cervantes, por cédula de dinero prestado, 450 reales.»

Ilmo. Sr. D. Joaquín Olmedilla y Puig.

Lo que también está fuera de duda, es que, á pesar de las demasiado humildes dedicatorias que figuran al frente del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE, y hace Cervantes al duque de Béjar y conde de Lemos, no le suministraron ningún dinero para po-

der hacer la impresión de su obra, bien porque la creyesen de escaso mérito, ó por otras causas, el hecho es que de los datos existentes sólo aparece el librero Francisco Robles, haciendo todos los gastos y sacando á luz la inmortal obra; que si fué creencia de los famosos nobles protectores de Cervantes (según la dedicatoria), que no tendría aceptación del público, difícilmente ha podido nadie sufrir mayor equivocación.

Juan de la Cuesta imprimió el año 1604 y sacó á luz en los primeros meses de 1605 el libro que lleva por título EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, compuesto por Miguel Cervantes Saavedra, estampando en la portada el sello tan conocido con el lema *Post tenebras spero lucem*, cuyo escudo no era original, puesto que Pedro Madrigal, en fines del siglo XVI, ya lo usó, y, anteriormente, con pequeñas variaciones, lo usaron en Lyon algún impresor, y en Medina del Campo Adrián Ghemart, poniendo esta aclaración para deshacer la opinión de alguno que quiera suponer que fuese el escudo de Juan de la Cuesta, que solamente era sucesor de Madrigal en su imprenta de la calle de Atocha.

La primera edición lleva el privilegio para Castilla; la tasa de Juan Gallo Andrade es de 20 de Diciembre de 1604, y el testimonio de erratas de 1.º de Diciembre del mismo año, esto prueba que sea la primera edición, y sobre todo el Capítulo XXVI, cuando Don Quijote se propone imitar á Amadís, dice: «que para hacer oración y encomendarse á Dios no teniendo rosario, se le vino al pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario», mas este pasaje debió parecer una falta grave de respeto á la religión, y quizás algún familiar de la Inquisición, amigo del autor, debió amonestarle, puesto que en las siguientes ediciones que salieron á luz el mismo año, este Capítulo está variado por otro que dice: «que ensartó unas agallas grandes de alcornoques y con ellas formó un rosario», etc. Esta primera edición debió venderse de una manera extraordinaria, puesto que en el mismo año hace Juan de la Cuesta otra edición, lo cual confirma que en menos de un año se vendió toda ella, ó por lo menos desapareció, quién sabe si por causa de los muchos que la comprasen, ó por la falta de respeto en el pasaje del rosario, ó bien que pereciese en un incendio donde al parecer tenía los almacenes Juan de la Cuesta; sea de ello lo que fuere, el hecho es que que en pocos meses se hacen por Juan de la Cuesta dos ediciones del QUIJOTE, llevando la segunda ya el privilegio para Castilla, Aragón y Portugal; en este tiempo, ó sea en 1605, en cuanto vió la luz, Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck, de Lisboa, hacen una edición igual á la primera publicada en Madrid, y Patricio Mey, impresor de Valencia, hace también dos ediciones consecutivas sin alteración en el texto.

El papel empleado para la primera edición del QUIJOTE ya reseñada, fué procedente de la fábrica que tenían los monjes Cartujos del Paular; contratada la cantidad suficiente, se fabricó este papel cuya calidad deja mucho que desear, pero, en cambio, el precio era bien económico, pues costó á doce reales la resma y el pago se verificó en varios plazos, teniendo esta fábrica de papel la casual coincidencia de haber seguido fabricando desde aquellos remotos tiempos hasta la celebración de este centenario en que uno de sus comisionados la ha adquirido, convirtiéndola en sitio de recreo y desapareciendo esta famosa fábrica, teniendo la satisfacción de que por lo menos quede de ella el recuerdo que la dedico en este momento; pero volviendo á las impresiones verificadas del QUIJOTE en 1605, prueba que fué un libro que en el momento de publicarse tuvo una aceptación entre el público español y extranjero como no se había conocido en ninguna otra publicación, siendo desde el año siguiente, ó sea en 1606, muchas las ediciones publicadas, y que no trato de enumerar por ser un trabajo bibliográfico ajeno al acto que se realiza. Esto, sin embargo, como este tercer centenario es de común regocijo para todos los que hablan el hermoso idioma castellano, no puedo menos de indicar la primera edición que del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE se imprimió en América, que si bien en aquella época todo era España, al presente forman naciones aparte que, siempre hermanas por su lenguaje, es justo indicar á cuál de ellas correspondió el honor de publicar por primera vez el inmortal libro. Esta fué la ciudad de Méjico, el año 1842, editada por Ignacio Cumplido, dos tomos en 4.º, con láminas litografiadas, que aun cuando no sea un modelo de tipografía ni de grabados, fué, sin embargo, la primera que se imprimiera en América.

Al nombrar y hacer referencia al conocido impresor Juan de la Cuesta, debo hacer constar que éste no fué dueño de la imprenta y sí solamente un regente ó encargado de ella, pues el origen de esta imprenta fué Pedro Madrigal, casado con

María Rodríguez, cuya imprenta se estableció en Madrid el año de 1586, poniendo su industria en una casa que alquiló en el Camino de Atocha, más abajo del Hospital de Antón Martín, cuya casa edificio compró el año 1588 en el precio de 825 ducados; 425 al contado, y los restante en plazos; dicha casa estaba situada en la calle de Atocha, esquina á la de los Reyes (hoy Desamparados). En esta casa solamente se hizo la primera parte del QUIJOTE, pues el año de 1609, por orden del Rey Don Felipe III, se mandó trasladar á la calle de Atocha el Colegio de niños desamparados, y se mandó edificar la iglesia y hospital de incurables, que hoy existe, ofreciendo el Colegio de Desamparados á María Rodríguez, en cambio por su casa otra en la calle de San Eugenio, la segunda á mano derecha, cuyo cambio fué aceptado, y pasando á dicha casa la imprenta de María Rodríguez, representada por Juan de la Cuesta, donde se imprimió por primera vez la segunda parte de DON QUIJOTE; María Rodríguez contrajo segundas nupcias con el famoso impresor de Alcalá de Henares Juan Iñíguez de Lequerica, en 1599, el cual falleció al poco tiempo, y siguió la imprenta bajo el nombre de Viuda de Pedro Madrigal; pero necesitando un buen regente, se buscó á Juan de la Cuesta, que estaba establecido en Segovia con una pequeña imprenta, entrando en casa de María Rodríguez en el mes de Noviembre de 1599.

D. Manuel de Soralegui.

Por el celo y buena dirección de este regente, se modificó el primitivo contrato y representación, pues se le concedió el derecho de poner su nombre en las portadas de los libros que en la casa se imprimiesen, y hacer contratos con autores ó editores. En 1610 ocurrió la muerte de María Rodríguez, viuda de Madrigal, pasando la casa é imprenta á poder de María Quiñones, viuda de Pedro Madrigal, hijo de Pedro Madrigal y María Rodríguez, el cual, siendo impresor como su padre, no pudo llegar á ser dueño de la imprenta por haber muerto en 1598; al poco tiempo, se casó Juan de la Cuesta con María Quiñones, continuando la tipografía bajo la dirección de Juan de la Cuesta, siendo desde esta fecha un tanto obscura la conducta de éste y la forma de llevar la imprenta, que hace perder todo rastro conque pudiera investigarse este individuo hasta la terminación de sus días.

La crítica, ya desde aquel año, empezó con más ó menos apasionamiento á ocuparse de la obra de Cervantes, cada cual á su antojo y en aquella época de impremeditada inspiración, el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo, fué censurar los libros de Caballerías; Melchor Cano, Luis Vives, Venegas, Fray Luis de León, Malón de Chaide y otros, los habían ya censurado seriamente, pero Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla y vino á lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconocen, suponiendo propósitos contrarios en el QUIJOTE; en mil pasajes de esta obra inmortal, se declara, sin la menor ironía, al contrario, franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de Caballerías y de anatematizar su lectura; no es esto afirmar que Cervantes no parodie en muchas ocasiones el QUIJOTE en el sentido más noble y más alto, es, sin duda, una parodia de los libros de Caballerías, pero esta parodia va hecha con amplia libertad y no ciñéndose á otro de los libros parodiados, sino al espíritu superior que los anima todos. Si algún libro especial sigue Cervantes, es el *Amadís de Gaula*, por ser el mejor, el único en su arte y como modelo de todos ellos; por lo demás, Cervantes es tan sincero en todo cuanto imita ó remeda, que siempre lo declara, aun en la discordia que tuvo en la venta, la cual, según el mismo Don Quijote, era un perfecto tra-

sunto de la del Campo de Agramante, y como la penitencia que hizo Don Quijote en Sierra Morena, imitada de la de Baltenebrós en la Peña pobre, Cervantes se excusa á menudo, chistosamente, y se alaba de insertar lances, encantamientos y aventuras, jamás imaginadas, por libros de Caballerías; pero dejemos á los sabios y críticos que sigan analizando bajo todas sus fases el inmortal libro, pues se me tacharía, con justa razón, de presumido y temerario al meterme en trabajos y opiniones superiores á mis fuerzas. Respecto á la personalidad del autor, se ha dicho y se sigue diciendo tanto de bueno y de malo, verdadero ó inventado, que yo no tengo más remedio que pasar por alto, ó por lo menos tan á la ligera que pase desapercibido entre vosotros; todos sabéis la vida accidentada que desde muy joven pasó el autor de Don Quijote, desde estudiante, que es el menor tiempo que empleó en su vida, la de soldado, origen de sus hazañas y desventuras, unas de enamorado caballero, otras de índole muy distinta, en que varias veces dió con su cuerpo en las cárceles públicas, teniendo á menudo que aceptar empleos no muy en armonía con su persona y manera de ser, para atender á sus más urgentes necesidades, hasta que la madurez de la edad y su matrimonio contraído en Esquivias (Toledo) con doña Catalina de Palacio Salazar, en Agosto de 1586, le hizo retirarse á la soledad de una vida pacífica en aquel pueblo, donde se dedicó á sus trabajos literarios, si bien estos mismos trabajos hicieron que no fuese muy duradera su estancia en el citado pueblo, pues en 1587 aparece ya por Sevilla y otros puntos, sin duda por sus publicaciones teatrales. En 1610 aparece Cervantes teniendo algunas propiedades en Madrid, conque en aquellos tiempos, si no le proporcionaban una desahogada posición, por lo menos debía tener lo suficiente para no mendigar un bajo destino, ni pasar las estrecheces con que se nos quiere pintar al final de su vida. En sus últimos años, vivió Miguel de Cervantes en la calle de León, núm. 20, con vuelta á la de Francos, dondo finalizó sus días en 23 de Abril de 1616; y este punto tan interesante para la historia hubiese desaparecido, como desapareció su cuerpo, si al derribar la citada casa donde vivió Cervantes, el célebre cronista, conocido por *El curioso parlante* (D. Ramón Mesonero Romanos), no hubiese acudido á su especial amigo, y entonces una de las personas más influyentes de la corte, el Comisario general de Cruzada, don Manuel Fernández Varela, para que se interesase con el Gobierno y pudiera quedar algún recuerdo de aquella mansión que encerró tan grande hombre, y que la demoledora piqueta borraba en igual manera que la incuria de los gobernantes de aquella época, que debieron haber tratado de adquirir y conservar á todo trance. Ya que otro remedio no quedaba, el Sr. Fernández Varela pudo conseguir una Real orden, en la cual se ordenaba que al reconstruir el edificio se pusiera una lápida conmemorativa de que vivió allí, y así se efectuó, colocando dicha lápida el día 13 de Junio de 1834, que es la que hoy aún se conserva.

Y con esto creo haber molestado demasiado vuestra atención con una insulsa narración de hechos que, seguramente, todos sabéis mejor que yo, cumpliendo solamente un deber de cortesía hacia esta docta Corporación, que me había designado para hacer algún trabajo, en el que, después de no deciros nada nuevo, habéis de echar de menos la claridad, el orden y la elegancia que al expresarlo me ha faltado.

EN EL ATENEO

CÓMO SE HIZO EL QUIJOTE

por Francisco Navarro Ledesma.

Primera conferencia.

La obligación del cargo que el Ateneo, en dos cursos seguidos, me confió, me ha puesto ya algunas veces en el caso de inaugurar ó presidir sesiones en honor de muertos ilustres.

Hoy, por dicha, no venimos aquí á enaltecer á un muerto, sino á honrar á un vivo, más vivo que todos nosotros los que aquí estamos y que todos los demás que andan por ahí fuera: al Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que goza la vida eterna más apetecible, la del ideal que toma carne, la de la ficción que á la sangrienta realidad se impone. Envidiemos á Don Quijote, veneremos su perdurable vivir y no vayamos á buscar á luengas tierras superhombres de trastrigo cuando tenemos al mayor de todos en casa...

D. Francisco Navarro Ledesma.

Pero las alabanzas y jaculatorias á Don Quijote ya se han encargado de cantarlas dos poetas amigos nuestros. Quien os habla (harto lo sabéis), no es más que un profesor de humanidades. Su oficio, algo semejante al del relojero remendón, consiste en desarmar las piezas, los rodajes y muelles que dan movimiento y apariencias de vida á toda obra literaria; averiguar cómo están hechas, cómo se hacen esas artificiosas ficciones que tienen el poder de endulzar nuestras horas y engañar nuestras pesadumbres. Por eso, es natural que os hable de cómo, cuándo, dónde y por qué se hizo esa obra única de Don Quijote de la Mancha. Y para ello no podemos seguir otro método que el histórico, escudriñando en qué momentos de la vida de Cervantes se engendraron los primeros estímulos de la concepción quijotesca, cuando tuvo la nebulosa visión del héroe y la neta percepción del medio, cuando *vió* con toda claridad la idea del libro y fecundó esta idea y la hizo parir hechos, y la forzó á embutirse en la piel de los personajes y á hacerlos moverse, y fué sangre en sus venas, aire en sus pulmones, acero en sus músculos, fuego en su corazón, relámpago en sus sesos, rayo en su boca, y cuando, en fin, aquello que pedía el P. Granada, la hartura del corazón puso en las manos de Cervantes la pluma inmortal, la pluma que liberta sin sembrar muertes, como la espada; la pluma que redime sin derramar inocente sangre, como la cruz.

No fué la idea de Don Quijote una idea innata de Cervantes, sino una despaciosa creación de su trabajada existencia. Podemos señalar, sin embargo, en la vida de Cervantes varias ocasiones característicamente quijotescas, varios puntos liminares, varias sazones en que la realidad ante sus ojos

presente, fué calentando la fragua donde había de forjarse el Quijote.

La primera visión quijotesca la tuvo á los diez y ocho años, al volver de Sevilla y cruzar la Mancha y ver desplegarse en guerrilla amenazadora los molinos de viento. ¿Quién ha pasado por la llanura manchega, que el ferrocarril recorre, sin sentir la emoción más fuerte, la que, al conmovernos, nos lo explica todo? ¿Quién, al ver descollar en el llano los perfiles de los molinos, al verlos mover los brazos locos, no se ha explicado que la febril fantasía de Don Quijote viese en ellos los soberbios gigantes que tienen sojuzgado el mundo, y quién no ha aplaudido, lleno de heroica alegría, la bizarra decisión con que el Ingenioso hidalgo los acomete sin reparar en sus monstruosas fuerzas?

En la dilatada y áspera campiña, los molinos cortan el lejano horizonte, extraños, deformes, ilógicos, absurdos. Tal vez vemos al molinero que, trepando por las aspas para sujetar el velamen, nos parece una araña gigantesca prendida á su tejido; taz vez las aspas sin lienzo semejan los tentáculos de un bestión apocalíptico, cuya cola, que es la guía ó pértiga con que se mueve todo el aparejo, arrastra por el polvo. Si, moviéndose con el viento que arrasa la llanada, son los molinos algo imponente, como un ejército de exóticos seres caídos de otro planeta para conquistar el nuestro y esclavizar á los hombres, cuando están parados y sin velas, se nos antojan trágicas y temibles máquinas ó ingenios de guerra que en el campo quedaran clavados después de un sangriento combate en que miles y miles de hombres perdieron las vidas amadas. Sus figuras enhiestas se yerguen en el campo solitario como algo siniestro, como algo que insulta á la Naturaleza apacible y tranquila. Hemos de acercarnos á ellos, hemos de contemplarlos y examinarlos con ojos de miope para persuadirnos de que son unos sencillos artefactos que no encierran maldad alguna, para volver de nuestra insania y hacernos cargo de que son como los molinos las más de las cosas que nos espantan en la vida.

Cervantes se acercó á ellos, los vió de cerca, y mirando á los hórridos fantasmas trocarse en apacibles artilugios de pan moler, soltó una gran risa, una anchurosa carcajada creadora, prolífica, sin pensar, por su puesto, ni prever que con ella formulaba el concepto fundamental de Don Quijote; sin columbrar que cuando un concepto universal como el de Don Quijote emerge de una sensación dolorosa ó placentera, de un sollozo anonadante ó de una carcajada homérica, ese concepto se eternizará y se endurecerá y hará callo en los cerebros por siglos y siglos.

Pero el Cervantes de los molinos de viento, aún no sabe, sino por figuraciones, lo que es el heroísmo de veras. Esto lo aprende seis años después en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros. Y primeramente, en la isla de Ulises, conoce que el héroe verdadero es un hombre de camino (Ulises y Eneas son los precursores de Don Quijote), y después, en el fragor del combate de Lepanto, sabe lo que es ser un héroe y lo es él mismo.

Veamos á Cervantes, navegando, como simple soldado del tercio de Moncada, á las órdenes del capitán Diego de Urbina, en la galera *Marquesa*, cuyo patrón era Francisco de Santo Pietro, el día 15 de Septiembre de 1571.

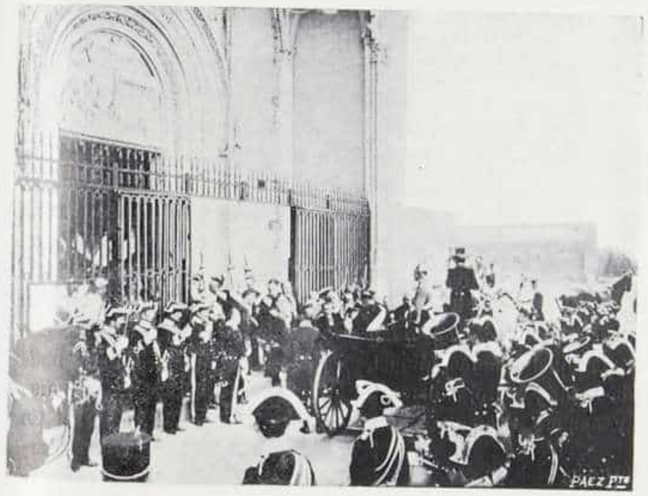
Como naves cargadas de flores y frondas, al aire esparciendo los desmayados olores septembrinos, espesos del mosto que reventaba en los dorados parrales, las islas Jónicas parecían navegar de Albania á Sicilia, dudando entre la belleza de una y de otra costa. Caliente soplaba el aire de la Gran Sirte, hinchando las velas hacia el Adriático. Las galeras venecianas recorrían el mar Jónico y se acercaban al canal de Otranto, como quien abre la puerta de su casa para entrar en ella. El turco había doblado la costa de Morea; se le había visto desde Cefalonia y desde Zante. Prudentes los venecianos, aconsejaron á Don Juan tomar un reposo antes del ataque, y se encaminó la escuadra á Corfú, donde la gran ensenada ó laguna de Govino podía abrigar á la escuadra mientras se disponían los últimos apercibimientos.

La galera *Marquesa* navegaba alegremente por aquellos sitios. Entre los marineros y los hombres de guerra que llevaba, pronto escuchó Miguel un idioma que canto dulce parecía; certificó ser griego y aun cuando él no lo entendía, luego, evocadas por tal música las bellas imágenes de la poesía antigua, le llenaron de contento. Divagando por entre una y otra isla, no tardaron las naves en llegar á la de Corfú. Inefable emoción inundaba el alma del joven soldado; Miguel va en la galera *Marquesa* mareado, asfixiado, comido de pulgas y piojos, asqueado por las groserías de la chusma, lleno de todas las aprensiones posibles, menos de miedo. Los héroes de leyenda, los bravos de atezado rostro, despiértanle un interés grande, pero que pronto, con el trato, se amengua y disminuye. Un héroe á diario es un ser insoportable.

En la galera, que tiene escasísimo tonelaje, van

cientos de forzados, de marineros y hombres de armas. Miguel va deseando saltar á tierra, lavarse cara y manos, lujo imposible en aquellos recintos de tortura, y mover brazos y piernas. En estos pensamientos, la costa corfiota le aparece como una de las riberas del Paraíso terrenal. Acércanse á ella, y un pormenor, en que los demás no se fijan, extasía á Miguel. Junto á la desembocadura de un manso río, solas mirándose en las aguas, dos olivas, una silvestre ó acebuche, de afiladas hojas, y otra machote, sin injertar, de acarrascada pinta, parecen dos amigos que se confían algún secreto. El paraje es tan sugestivo, que á Miguel le asalta un recuerdo clásico: el de la llegada de Ulises á la tierra de los Feacios, en el canto 5.º de la Ulisea; y ya que no

FUNERALES EN LOS JERÓNIMOS



Entrada del rey.

en griego, rumía en la traducción latina, que le enseñó el licenciado Jerónimo Ramírez, ó que acaso leyera en Sevilla con algún alumno de la casa de Maese Rodrigo, los consoladores versos homéricos:

... duo autem inde subiit arbusta
ex uno loco enata, hoc quidem, oleastri, illud autem oleæ...

Y Miguel, con el estómago levantado y la cabeza vacilante, recuerda las fatigas del héroe griego, y como él, considera providencial asilo la playa de Corfú. Después hace memoria, y cae en la cuenta de que su imaginación no era vana. Aquella playa es la playa misma de los Feacios, que acogió benéfica á Ulises, el errante. Aquel río es el río donde lavaba Nausicaa, la virgen de los brazos cándidos... Allí, en un recuesto, se divisa el sagrado bosque de álamos blancos que los ascendientes del Rey Alcinoo advocaron á Minerva, la diosa de la sabiduría. La imagen del aventurero, del prudente Ulises, alboroza el corazón de Miguel. Pronto, tripulaciones y soldados saltan á tierra y Miguel se regala el oído oyendo hablar el dialecto jónico, tal como en el banquete del Alcinoo lo cantaba ó declamaba Demódoco, el vate del viejo poema. La suavidad del clima jónico le baña el espíritu á Miguel, y las aguas del río Caro á Nausicaa bañan su cuerpo.

Pero, por desgracia, los hombres del día no son como los héroes de la Iliada. La isla de los Feacios, Corfú en lenguaje moderno, es una bella isla donde se padecen continuamante cuartanas. Miguel cae enfermo con la calentura y se traslada á la galera *Marquesa*. Allí se acurruca en un rincón, tirita, se abrasa, delira, se encuentra solo entre una muchedumbre de soldados que juran, gritan, beben, y á quienes no se les da nada que haya entre ellos un enfermo, ó dos, ó ciento, porque están hechos á beber y vivir entre montones de cadáveres y no tienen olfato ni cutis para las miserias ajenas ni para las propias. Sólo hay entre aquellos basiliscos un hombre humano y compasivo. Llámase Mateo de Santisteban, es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón, alférez de la compañía aumentada en Nápoles al tercio de Moncada, la cual manda el capitán Alonso de Carlos. Santisteban atiende á Miguel á ratos; tal vez avisa á su capitán, Diego de Urbina, y este valiente alcarreño anima á su medio paisano el de Alcalá de Henares, cuya fisonomía no le es desconocida, entre las otras doscientas de los soldados á sus órdenes. Mas tanto Urbina como Santisteban tienen mando, y con él mil cuidados é incumbencias. Cervantes pasó lo más recio de la calentura solo y desamparado en su rincón, mal envuelto en una frazada, por donde las chinches pululan, y defendiéndose de las ratas, que de noche, y aun de día, en la obscuridad de la bodega, acuden á roerle las botas.

La fiebre y la impaciencia abrasan á Miguel. Un día, y otro, oye noticias de los movimientos de la armada. Los soldados viejos hablan poco de esto y

mucho de vino y de pendencias. Los bisoños disparatan lindamente y mal disimulan el miedo que va invadiéndoles al sentir acercarse la acción. Miguel no sabe en qué día vive ni qué hora es. Amodorrado y enflaquecido, le sostiene la esperanza, la fuerza misteriosa que guía las escuadras y los mundos.

Una mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algazara se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma!, son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuadernas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta tropieza con su capitán, con el alférez Santisteban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojeroso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían dél, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Castañeda, con la calmosa puntualidad de los montañeses:—«Señores—dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá—, en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta, Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso, y allí estaré y moriré peleando.» Con estas quijotescas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán alcarreño,

FUNERALES EN LOS JERÓNIMOS

Los orfeones en la calle de Felipe IV, esperando el paso del rey.

FUNERALES EN LOS JERÓNIMOS

El rey saliendo de los Jerónimos.

Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, menea la cabeza pesaroso, y, como quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras ó en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se otea y divisa el lugar de la batalla y por entre los jirones que nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas galeras tratan de engarrafar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en *ligero* esquife sobre las aguas, *mensajero* de la victoria, el colorado y rubio rostro *surgiendo* bajo el casco argentino, un hermoso *mancebo* semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata, los retablos góticos. Es el Señor Don Juan de Austria, la espada desnuda, cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y se estrellan en las bandas ó se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, víctor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de lo que los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica.—Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *Por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales, enclavijadas y trabadas no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes; valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó—, bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que, sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos

LA FUNCION DEL REAL

María Guerrero.

LA FUNCION DEL REAL

Fernando Díaz de Mendoza.

y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba, y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad cómo lo cuenta él mismo:

«.. En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.
El sol confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
cuando en el sol de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espalda asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano,
que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido...»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil forzados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos: —¡Víctor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, víctor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto...

Tras aquel día de gloria vinieron otros muchos de abatimiento y pobreza; pero ¿no se ve claro cómo lo que más estimaba Cervantes en su vida fué su heroica hazaña de Lepanto? El paso de la suma gloria de Lepanto á la miseria suma del cautiverio de Argel, da á Cervantes la medida justa, la exacta proporción de lo que pudiéramos llamar la *quijotez* de la vida humana.

Como soldado en Lepanto, en la Goleta y en Túnez, hay veces en que es Cervantes grande como Aquiles, como Roldán y como el Doncel del Mar Amadís de Gaula, y veces en que es chico y pobre, desarrapado y roto, vecino del hampa y rondador de la picardía, sin pasar los umbrales de lo ilícito, como el soldado Miguel de Castro, como Alonso de Contreras, como el alférez Campuzano, como el escudero Marcos de Obregón. El cautiverio de Argel le hace mañero y avisado como el cautivo Ruy Pérez de Biedma. En las intentonas y en los conatos de fuga y de liberación, su alma se templa y se agiganta, llega á una sublimidad evangélica. Tras cuatro ó cinco intentos de escapar, tras cinco años de cautivo, tras cien albures en que lo perdió todo, menos la cabeza, allá en 1580 se halló en el baño de Azanbajá con su argolla al pie, con su cadena arrastrando.

LA FUNCION DEL REAL

D. Eugenio Sellés,
autor de «La primera salida».

Veía las pasiones que le circundaban; caíansele de los ojos las escamas, y pensando ser imposibles las soñadas caballerías y viendo cómo la humanidad se daba prisa á vivir bien ó mal, pero á vivir ante todo, fuera como fuese, recordó la misteriosa muerte de Don Juan de Austria, sobre la cual se oían los más peregrinos comentarios, pensó también en los muchos cautivos, algunos de ellos caballeros ilustres de muy rancia nobleza que en el cautiverio habían sido como hermanos suyos, y que, libres, no volvieron á acordarse de él ni á darle señales de vida siquiera...

Todo esto merecía meditarse largamente, y meditándolo se hallaba un día Miguel, cuando, tal vez en un cacho de espejo roto, tal vez en una bacía de agua clara, vió reproducida su figura, larga, amarilla y ojerosa, con una expresión melancólica y desengañada que jamás antes tuvo, y rompiendo en una bella, en una heroica y homérica risa, se le ocurrió llamarse á sí mismo *el caballero de la Triste Figura*, en memoria del *caballero de la Ardiente Espada* y de los demás sobrenombres y altisonas apelaciones de los hijos y descendientes de Amadís.

Esta segunda risa de Miguel, consecuencia y repercusión de aquella gran carcajada que soltó ante los molinos de viento al volver de Sevilla, fué otro salto hacia la inmortalidad. La risa después del llanto ó de la tristeza, redime á los hombres del cautiverio del olvido y hace su nombres eternos. Muerto estaría Homero, á pesar de todos los arrestos de Aquiles, si no tuviese en lo más sangriento y encarnizado de sus estrofas un poco de aquello que él, con divina sencillez, puso en labios de Andrómaca al ver el espanto de Astianax, que se atemorizaba de su padre Héctor; aquel *dakruóen guelásasa* (entre lágrimas riendo), es el secreto de los grandes. La creadora llanura de la Mancha, el fecundo baño de Argel, pusieron en labios de Cervantes la risa redentora que de las lágrimas emerge, como la misteriosa nereida de las aguas hondas de la gruta.

Libre por fin y restituído á la patria, cumplidos los treinta y tres años, abrió su corazón á nuevas esperanzas quijotescas, y acuciado por la necesidad, no vaciló ni un momento en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía quijotescamente que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas; ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas; años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

Cuando se persuadió de que las recompensas no llegaban, buscó ocupaciones, compuso versos y novelas pastoriles y comedias heroicas y se casó, en Esquivias.

Allí conoció á un pariente de su mujer, llamado Alonso Quijada de Salazar, tío de doña Catalina de Salazar Palacio Vozmediano, por parte de su padre.

LA FUNCION DEL REAL

D. Amadeo Vives,
autor de «La primera salida».

Quiere una tradición infundada que fuese Alonso Quijada de Salazar quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para opo-

y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba, y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad cómo lo cuenta él mismo:

«... En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.
El sol confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.
Heloseles la sangre que tenían
cuando en el sol de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espalda asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano,
que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido...»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Aturdido por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil forzados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos: —¡Víctor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, víctor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto...

Tras aquel día de gloria vinieron otros muchos de abatimiento y pobreza; pero ¿no se ve claro cómo lo que más estimaba Cervantes en su vida fué su heroica hazaña de Lepanto? El paso de la suma gloria de Lepanto á la miseria suma del cautiverio de Argel, da á Cervantes la medida justa, la exacta proporción de lo que pudiéramos llamar la *quijotez* de la vida humana.

Como soldado en Lepanto, en la Goleta y en Túnez, hay veces en que es Cervantes grande como Aquiles, como Roldán y como el Doncel del Mar Amadís de Gaula, y veces en que es chico y pobre, desarrapado y roto, vecino del hampa y rondador de la picardía, sin pasar los umbrales de lo ilícito, como el soldado Miguel de Castro, como Alonso de Contreras, como el alférez Campuzano, como el escudero Marcos de Obregón. El cautiverio de Argel le hace mañero y avisado como el cautivo Ruy Pérez de Biedma. En las intentonas y en los conatos de fuga y de liberación, su alma se templa y se agiganta, llega á una sublimidad evangélica. Tras cuatro ó cinco intentos de escapar, tras cinco años de cautivo, tras cien albures en que lo perdió todo, menos la cabeza, allá en 1580 se halló en el baño de Azanbajá con su argolla al pie, con su cadena arrastrando.

LA FUNCION DEL REAL

D. Eugenio Sellés,
autor de «La primera salida».

Veía las pasiones que le circundaban; caíansele de los ojos las escamas, y pensando ser imposibles las soñadas caballerías y viendo cómo la humanidad se daba prisa á vivir bien ó mal, pero á vivir ante todo, fuera como fuese, recordó la misteriosa muerte de Don Juan de Austria, sobre la cual se oían los más peregrinos comentarios, pensó también en los muchos cautivos, algunos de ellos caballeros ilustres de muy rancia nobleza que en el cautiverio habían sido como hermanos suyos, y que, libres, no volvieron á acordarse de él ni á darle señales de vida siquiera...

Todo esto merecía meditarse largamente, y meditándolo se hallaba un día Miguel, cuando, tal vez en un cacho de espejo roto, tal vez en una bacía de agua clara, vió reproducida su figura, larga, amarilla y ojerosa, con una expresión melancólica y desengañada que jamás antes tuvo, y rompiendo en una bella, en una heroica y homérica risa, se le ocurrió llamarse á sí mismo *el caballero de la Triste Figura*, en memoria del *caballero de la Ardiente Espada* y de los demás sobrenombres y altisonas apelaciones de los hijos y descendientes de Amadís.

Esta segunda risa de Miguel, consecuencia y repercusión de aquella gran carcajada que soltó ante los molinos de viento al volver de Sevilla, fué otro salto hacia la inmortalidad. La risa después del llanto ó de la tristeza, redime á los hombres del cautiverio del olvido y hace su nombres eternos. Muerto estaría Homero, á pesar de todos los arrestos de Aquiles, si no tuviese en lo más sangriento y encarnizado de sus estrofas un poco de aquello que él, con divina sencillez, puso en labios de Andrómaca al ver el espanto de Astianax, que se atemorizaba de su padre Héctor; aquel *dakruöen guelásasa* (entre lágrimas riendo), es el secreto de los grandes. La creadora llanura de la Mancha, el fecundo baño de Argel, pusieron en labios de Cervantes la risa redentora que de las lágrimas emerge, como la misteriosa nereida de las aguas hondas de la gruta.

Libre por fin y restituído á la patria, cumplidos los treinta y tres años, abrió su corazón á nuevas esperanzas quijotescas, y acuciado por la necesidad, no vaciló ni un momento en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía quijotescamente que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas; ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas; años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

LA FUNCION DEL REAL

D. Amadeo Vives,
autor de «La primera salida».

Cuando se persuadió de que las recompensas no llegaban, buscó ocupaciones, compuso versos y novelas pastoriles y comedias heroicas y se casó, en Esquivias.

Allí conoció á un pariente de su mujer, llamado Alonso Quijada de Salazar, tío de doña Catalina de Salazar Palacio Vozmediano, por parte de su padre.

Quiere una tradición infundada que fuese Alonso Quijada de Salazar quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para opo-

nerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, puesto que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de dote. Y si parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote, y creer que se propuso construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é iluso hidalgo Alonso Quijada de Salazar, muerto ya cuando se publicó el QUIJOTE, y que no lo hiciera movido por ruin afán de sátira personal, sino al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

No fué, pues, el Alonso Quijada de Esquivias el modelo de Don Quijote ni los principales tipos de la obra, ni el ambiente de ella lo vió Cervantes hasta que en 1585 volvió nuevamente á Sevilla para comisiones particulares, antes de ser empleado como comisario para el abastecimiento de flotas, y perdidas en alguna parte sus dos grandes ilusiones: la de las armas y la de las letras.

Volver á Sevilla es algo con que sueña todo el que allí ha estado una vez. No hay que decir el gusto con que Miguel volvía, ganoso de paladear lo que, siendo casi niño, le rozó los labios apenas. No hay tampoco manera de ponderar el placer con que tornaba á la vida sabrosa del camino, después de haber corrido por tantas y tan diversas vías, ni el buen humor y alegre talante con que regresaba al hato de los arrieros y á la risueña estrechez de las posadas y mesones.

Aquellos venteros gordos y pacíficos, cuyas hijas miraban medio serias, medio burlonas al estropeado hidalgo que las requebraba gracioso; aquellas mozas del partido que iban camino de Sevilla incesantemente para pasar á las Indias próvidas, donde faltaban mujeres; aquellos muchachos que machacaban el camino, con los zapatos al hombro y la media espada al cinto, cantando la vieja copla:

A la guerra me lleva
mi necesidad...

aquellos ladrones en cuadrilla que llevaban en el pecho la S y la H de los cuadrilleros de la Santa Hermandad y en el alma todas las raterías sabidas en el mundo y otras muchas nuevas; aquellos golosos de uñas de vaca, que parecían manos de ternera, ó manos de ternera que parecían uñas de vaca, y las mozas retozando y pisando el polvico á tan menudico ó pisando el polvó á tan menudó, y los frailes de San Benito caminando en mulas grandes como dromedarios y los escuderos vizcaínos y los negros pegajosos y los estudiantes capigorrones de las Universidades chicas, dándola de esgrimadores y ergotizantes y toda la inmensa é indisciplinada masa popular que al través de España se movía, sin saber de cierto por qué ni para qué, aquéllo sí que era la verdadera imagen del mundo. En cada hombre y en cada mujer podían hallar los ojos sagaces una novela ó un drama harto más interesantes que cuantos se escribieron hasta entonces. El mundo era el grande y el único teatro; la vida, la única gran novela.

Miguel notaba cuán lejos se hallaba todo ello de la corte y de su vida engañosa y artificial, mezquina y limitada. Al cruzar la llanura manchega, los molinos de viento le saludaban con sus aspas andrajosas, le sonreían con sus puertas-bocas abiertas, le guiñaban con sorna uno de sus ojos-ventanas. A un arriero ó á un caminante le oyó cantar el antiguo son de *La niña*, con letra más apicarada y graciosa que nunca:

La niñá
cuando me ve, me guiñá:
la llamó
se me viene á la manó:
la cojó
debajó del embozó
la digó
cara de sol y lunaá
vente conmigó...

y la voz ronca y hamponesca añadía, tras una pausa, la coletilla

que no eres la primerá
que se ha venidó...

¡Oh, vida alegre, canciones del camino, con qué ansia os sorbía Cervantes y cómo le hacíais recordar primero las negruras de su cautividad, después, los hermosos días de Italia!

En el camino, y en los más bajos y miserables menesteres, pasó Cervantes diez años y entró en el otoño de la cuarentena. En estos años la decadencia de España fué tan rápida, tan enorme, que saltamos desde las glorias épicas de Lepanto hasta las vergüenzas míseras de la Armada invencible. El antiguo soldado de don Juan de Austria miró, con lágrimas en los ojos, cómo las liadas de antaño iban trocándose en Batracomiomaquías ridículas, y cómo

el siempre vencedor Amadís se convertía en el siempre apaleado don Quijote.

En tanto, Cervantes era comisario de flotas y andaba por Ecija, Montilla, Castro del Río, por los reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada; ¿perdiendo el tiempo?, no; elaborando su obra inmortal sin pensar en ella.

Los ciegos y sordos, que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo por darse lustre ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para la escuadra y cobrando atrasos de alcabalas y tercias. Los que tal piensan no comprenden que la ciencia de la vida, ella misma la enseña, y no ningún maestro, y que sin estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas de Miguel por los pueblos, aldeas, cortijos, ventas y caminos y trochas de Andalucía, no tendríamos QUIJOTE, de igual modo que no tenemos hoy otros literatos dignos de estimarse por hijos de Cervantes, sino los que han andado en su juventud ó andan ahora por trochas, caminos, ventas, cortijos, aldeas y pueblos. La vida es una peregrinación: quien no camina, ¿qué sabe de ella?, y quien no sabe de ella, por mucho talento que haya, ¿podrá hablarnos de algo que nos interese?

Cervantes había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica y feroz en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y Madrid; pero aún no había hecho sino entrever la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurruñida humanidad, que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica á los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

Allá, en los últimos rincones de la miseria tuvo que meterse el comisario de provisiones de la Armada, huronear y fisgar hasta el más mínimo grano de trigo, sorber y chupar hasta la más escondida gota de aceite en el más obscuro condesijo ó alacena. Mandábasele clara y terminantemente que lo husmease todo, que rebuscase, inquiriera y requisase hasta las más defendidas moradas, que recogiese hasta los rebojos de todo bien privado y público, que se entrometiese hasta en los bienes sagrados de la Iglesia. Preveníasele que había de *ir con vara alta de justicia*, visitar á los cabildos ó Ayuntamientos y corregidores de cada pueblo, exigirles un repartimiento entre los vecinos; si no le tenían hecho, hacerlo él y procurar, percancear, lograr y arramblar con todo trigo, cebada y aceite que hubiera útil para el servicio de Su Majestad.

¿Tenéis claro concepto de lo que era *ir con vara alta de justicia?* Ir con vara alta de justicia era presentarse á caballo y con un bastón ó junco de mando en las aldeas, como alguacil que va persiguiendo un delito ú olfateando criminales: era llevar consigo cuatro ó cinco ó más corchetes ó porquerones que, naturalmente, serían individuos de lo más abyecto y zarrapastroso del hampa, gente hecha al remo y al azote, ex ayudantes de alguacil y de verdugo, despedidos y echados de tan honestos oficios por la longura de sus uñas, borrachos, rufos y jaques: era presentarse con todo este tranquilizador aparato y santa autoridad en un pueblecillo pacífico, donde los hombres andaban al campo á arar cantando la gañanada, y las bestias *estudiaban* apaciblemente en el prado ajeno y las mujeres hilaban, hacían pleita, labraban ropa ó cosían ó rezaban horas en la iglesia ó convento, y los frailes y clérigos se paseaban al sol y los alcaides y regidores preparaban con reverenda calma sus cohechos y granjerías: era entrar en este pueblo sosegado, en donde cada cual iba trampeando su existencia como mejor podía, sembrar la intranquilidad y el desasosiego, romper la monotonía de las horas, requerir á los concejales y alcaldes á que tomasen resoluciones que lesionaban sus intereses y les indisponían con sus convecinos, amigos y parientes, imponérseles, si resistir osaban, en buena ó mala forma, acudir á la cilla ó pósito, donde se guardaban los granos y á los graneros y cámaras de los particulares, mandar que se abriesen las puertas y si no las abrían de buen talante, echarlas abajo, forzando cerraduras ó rompiendo tablas, entrar en el granero ó en la almazara, ó en el almacén de aceite, y, obligando ó conspuyendo á los medidores del pueblo, envasar el aceite en corambres traídas de otro lugar, porque allí no se encontraban, y el trigo en jerga prestada por los molineros lejanos, sacar á los tremulentos y llorosos labradores, aquellos pedazos de su corazón y frutos de sus entrañas y logros de sus sudores, que hanegas de trigo y arrobas de aceite se llamaban, dejándoles, por todo consuelo, un papel donde el comisario, en nombre de otro, y éste en nombre del proveedor, y éste en nombre de Su Majestad, que todos tenían merecida y justa fama de malos pagadores, prometían pagar por aquellos frutos, cuando fuera posible, la cantidad que ellos mismos

habían fijado. Era, después de todo esto ó antes, buscar por los alrededores, si los había, arrieros ó carromateros que acarreasen lo sacado y lo llevasen hasta Sevilla. En pos de las reatas y de los carros iban las lágrimas y las maldiciones de todo un pueblo despojado de su riqueza, los ayes de las mujeres, las excomuniones de los clérigos; y el blanco de todas las iras era el maldito comisario, ángel malo que había traído al pueblo la destrucción y la rapiña.

De aquí se sigue que en muchos pueblos, en los más, el comisario no encontraba cama para dormir, cena que comer, ni aun casa donde albergarse. El inspector del timbre, el investigador de la riqueza oculta, el ingeniero de montes que hoy andan recorriendo España en cumplimiento de sus deberes, saben algo de esta terrible y medrosa hostilidad con que el pueblo recibe siempre al forastero, cuya cara desconoce, cuyo lenguaje no entiende bien, porque le falta el peculiar acento de la tierra. Esos únicamente podrán conocer é inferir lo que pasaba á Cervantes en los pueblos á donde iban *con vara alta* y no á anunciar un peligro más ó menos lejano, sino á llevarse en el acto y sin dilación y sin pagar las esperanzas y las realidades del pueblo.

El pequeño propietario rural es siempre y de juro tiene que ser un hombre desconfiado y aprensivo: más entonces, cuando sobre ser terrateniente era un *hidalgo*, lleno de pretensiones y de orgullo. Solía ser además un hombre de escasa cultura, de cortas luces, á quien lo mismo daba hablarle del Rey, de las empresas guerreras acometidas por honra y necesidad de la nación y de la reunión de la escuadra Invencible contra el poder y soberbia de los ingleses, que cantarle las coplas de Calainos. ¿Qué sabía él de si había barcos ni qué le importaba lo que hiciese Inglaterra?

Para llegar hasta el pueblo aquél de las sierras sevillanas ó granadinas, mucho tenía que andar el inglés. En cuanto al Rey, el hidalgo no le debía más favor sino habérsele llevado los hijos á la guerra, haber subido las alcabalas, las tercias, el chapín de la Reina y todas las tallas y tributos, y quizás haber enviado por el pueblo una compañía de soldados que entre sus plumas y sus correajes se llevaron enredadas las mejores gallinas del corral y el honor de la hija moza...

Pongámonos en el caso de este hidalgo y pensemos que este hidalgo vive en Ecija y se llama don Gutierre Laso. ¿Quién sabe lo que es llamarse don Gutierre Laso, y no haber para la manutención de tal nombre y de tal apellido más de noventa y seis fanegas y media de trigo en la troje, extraídas trabajosamente de la tierra árida y avara de Ecija, donde todos los veranos los trigos se asuran con el excesivo calor que hace llamar al pueblo *la sartén de Andalucía?* ¿Quién imaginará la pena y la rabia que se apoderarían de D. Gutierre Laso al ver á aquellos caifases que con Miguel de Cervantes iban, entrar en su granero y llevársele las noventa y seis fanegas y media de trigo, á la tasa puesta por el proveedor de Sevilla, de diez reales y medio la fanega? Por muy ignorante y apartada vida que don Gutierre Laso hiciera, llegó hasta sus oídos la especie, que en aquellos tiempos no necesitaba casi nunca confirmación, de que el licenciado Diego de Valdivia, encargado por el proveedor de las galeras de recoger el trigo y la cebada, no tenía un maravedí para pagarlo, ni se veía medio de que lo abonase en manera alguna. Aquello, pues, llevaba trazas de no cobrarse jamás, y el cuitado hidalgüelo preveía una serie larga de días y meses en que habría de ayunar, y no por santidad ni devoción, y sus macilentas facciones á pura necesidad, se maceraban y ennoblecían, y sus mejillas se enflaquecían, y se aguzaba su mentón y sus manos se afilaban, hasta tomar todo él ese espiritado aspecto de los señores de la época, que, entre desmayos de hambre y vértigos de debilidad, les conducía á las altezas del más acendrado misticismo.

Estas malandanzas de Cervantes duraron, por lo menos, hasta 1593. Entonces, hallándose cesante, su ingenio se aguzó y sutilizó hasta un punto extremado, inverosímil. Fué el autor del QUIJOTE, el más ilustre y el más genial de los ilustrísimos y genialísimos cesantes españoles, y lo que en ellos han sido arbitrios disparatados, en él fué la más original creación de nuestra raza, la que él vislumbró en Sevilla, en el corral de los Olmos. Cuando se ahonde en la Psicología del *cesante* español, cuando se estudien á fondo sus maravillosas ideas, las estupendas creaciones que la cesantía y el flato le sugieren y que serían bastantes para engendrar un mundo nuevo de sistemas filosóficos, una Política y una Economía originales y una Etica inaudita, se comprenderá que si los más valientes pensamientos redentores de España se han malogrado en las mesas de los cafés y se han disuelto entre la humareda y el vaho apestoso de los colmados, no podía salir un libro-resumen ideal de España como es el QUIJOTE, sino de la imaginación de un cesante como Miguel de Cervantes y de un sitio medio colmado, medio merendero como el corral de los Olmos.

El corral de los Olmos, junto á la Catedral, era uno de esos lugares de holgorio donde se reúne gente de toda laya y alternan caballeros con ladrones y gente principal con perdigachería ambulante. Recinto cerrado, pero de entrada llana y de puerta abierta á todas las horas del día y entreabierta por la noche, siempre había sido punto de cita para los famosos mojones de Andalucía que por el olor, á cierra ojos, diferenciaban el mosto de Alanís del de Guadalcanal; para los blancos y negros jugadores de las dos, de las cuatro y de las doce, alzadores de muertos y corredores de la raspa; para los valentones y matantes que pregonaban cabezas y rebanaban narices, sin más tretas que las de la esgrima vulgar y común, así apellidada con menosprecio por los tratadistas que ya empezaban á salir, teorizando la práctica de las espadas negras; y, en fin, para chalanes, belitres, bergantes, corchapines, bujarras y gentualla como la que denotan tales y otros muchos nombres conocidos y desconocidos por Juan Hidalgo, el ex licógrafo de la germanía.

En tres corrales venía entonces á reunirse lo mejor y lo peor de Sevilla: uno, este corral de los Olmos; otro, el corral de los Naranjos, único que aún existe y no es sino un patio de la Catedral, la que se entra por la puerta árabe del Perdón y en donde aún se ve el púlpito á que tantos predicadores y maestros subieron para evangelizar á aquella sociedad más corrompida que la presente, ó lo mismo por lo menos; y otro, era el corral de Don Juan, donde se representaban las comedias, sitio de muy reciente boga.

De uno á otro de los corrales iba Miguel desocupado, mientras aguardaba que el nuevo proveedor de las galeras, que lo era interinamente y después lo fué en definitiva, el contador Miguel de Oviedo le encargase algunas comisiones. En el Corral de los Olmos ó á sus tapias, se habían refugiado desde el anterior año de 1592, en que se derribaron los poyos de las Gradas, muchos de los baratilleros, cantadores, tenedores de tablas y de naipes, que antes se encontraban en la Catedral. En sus tiempos ociosos vivía Miguel, en cierto modo, la vida de esta gente, para la cual no había horas fijas, comida segura, ni sueño suelto y sin aprensiones.

Sentado en un banquillo ó apoyado en la pared, dejaba que su gran espíritu divagase en la atmósfera tibia y aromosa de la primavera sevillana. Examinando su vida en aquellos momentos de laxitud, los más fecundos para el artista que en ellos entrevé los indecisos contornos de sus creaciones, iban formándose, de una manera misteriosa y arcana en el alma de Miguel, ya en procesiones graves y pausadas, ya en desenfrenados aquelarres, las estantiguas y soñaciones de las figuras que bajo su pluma habían de adquirir vida inmortal. La verdad sangrienta y desgarrada se le ofrecía en el Corral de los Olmos, roncando porvidas y ceceando valentonescas ponderaciones: la honda verdad humana que es de todos los tiempos, iba desentrañándola en la consideración de su agitada existencia, en el recuerdo de sus muertas ilusiones y de sus desvanecidos embaimientos.

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojones y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el Corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de Don Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo, y allí era forzoso buscarla: y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Ubeda habían olido en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba á laborar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar lo *otro*, la materia, el *asnillo* del Santo. ¿Qué era, pues, la vida?

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgutosos días de Ecija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensares de desocupado en el Corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana: y en el límpido cielo á veces, á veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuándo bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del bailoteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aún como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: «Hagamos una iglesia tal que nos tengan por locos los siglos venideros.»

En Ecija, en Ubeda y en Montilla, había aprendido Miguel que á las pasadas locuras de la edad caballeresca estaban ya reemplazando las andantes caballerías del misticismo y del ascetismo. Aquí y allá, por los pueblos de sus negras comisiones, ha-

bía aprendido Miguel cómo la araña milagrosa que se alimenta chupando la sangre de los corazones ardientes iba tejiendo su tela de hilillos sutiles por toda España: cómo los enflaquecidos caballeros de la Cruz y las maceradas damas del Amor divino tomaban las ventas por castillos interiores y recorrían en un arrobo inefable los siete cielos de sus Moradas, engolfándose en ellas y perdiendo de vista el mundo. En aquellos conventos de monjas y frailes, donde tal vez entró, perdidos entre las callejuelas de algún lugarón seco ó colgados en unos breñales de las tierras de Jaén y de Córdoba, latían trémulos los pulsos y vibraban los corazones al recontar las recién acabadas proezas del Caballero de Loyola y de su recio escuadrón de negros paladines, ó los crueles triunfos del Hombre de Almodóvar del Campo y sus batallas contra los gigantes del mundo, y en particular contra el Caraculiambro que antes se llamaba Amor humano; en fin, las andantes empresas de la valerosa Mujer de Avila, para cuyas aventuras no bastaba la pluma de Amadís si no se le juntaba la de Cide Hamete.

LA FUNCION DEL REAL

D. Tomás Bretón, autor de «La aventura de los galeotes».

Ya sabía muy bien Cervantes lo que podía hacerse con ingenio y sutileza, sin más que fijarse en todo cuanto á su alrededor veía en los corrales dichos: Cristóbal de Lugo y Pedro de Urdemalas, Monipodio y su cofradía, nada le podían revelar. Hermanos de Lazarillo y de Guzmán de Alfarache eran y como tales procedían y hablaban, á veces mejor, siempre con más sobriedad; pero aquello era poco, era solamente la cáscara de la vida, y bajo ella había que ahondar y exprimir para llegar á su agridulce jugo.

De estas imaginaciones vino á sacarle una vez la aparición en el Corral de los Olmos de dos figuras amigas, que con gran alborozo le tendían los brazos. Eran el gran representante y ex albañil Jerónimo Velázquez y su compañero y compinche Rodrigo de Saavedra, quienes llegaban á Sevilla para hacer las fiestas del *Corpus Christi*. A la redonda sentados, prontos los picheles y con la fresca de los Olmos, los tres viejos amigos departieron. A Miguel se le remozaba el corazón al hablar con aquellos otros vagabundos que cruzaban España sembrando la alegría.

LA FUNCION DEL REAL

D. Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero, autores de «La aventura de los galeotes».

Hablando con los cómicos, Cervantes veía crecer y ensancharse la ficción, ocupar toda España la gran farsa de la vida hipócrita y fullera, donde todo era trapacería, tramoya, intrigas y recomendaciones, favores logrados por las faldas y ventajas conseguidas con el colorete y la peluca.

Para más y mejor desarrollar este negocio de la carátula triunfante, las compañías cómicas, en las cuales en tiempos anteriores y hasta 1587 no habían figurado hembras, haciéndose por muchachos lampiños ó motilones los papeles de mujer, llevaban ya consigo su gallinero de actrices, mujeres ó medio mujeres de los comediantes, como decía Quevedo, generalmente, á una por cada dos hombres. Con Saavedra y Velázquez iban Mari Flores, mujer de Pedro Rodríguez; Ana Ruiz, mujer de Miguel Ruiz, y Jerónima de los Ángeles, mujer de Luis Calderón, quizás pariente del marido de Elena Velázquez. Qué eran estas mujeres marimachos que osaban parecer en público y afrontar los tropiezos del camino y de la venta, no hay para qué decirlo.

Con el aliciente de las faldas, creció por extremo la afición de los pueblos al teatro. Era entonces, como ahora en muchos lugares, el carro de los autos ó de las comedias, *la alegría que pasa* un momento y que no vuelve jamás, ó vuelve tarde, cuando ya en los pechos donde nació, se han secado las flores que hizo brotar.

Imaginémonos qué sería, allá por los cerros de Ubeda, en los días en que hombres y mujeres se hallaban más impregnados del perfume místico, guardándose el secreto de su grande y piadosa ficción, ver aparecer el carro de los representantes, las

desvergüenzas y chistes del bojiganga, las desenvolturas, picarescos bailes, incitativos meneos y desgarradas canciones de la graciosa, que siempre había de ser bailarina: qué sería oir rasgar el silencio henchido y preñado de tentadoras sugestiones, el repiqueteo de las castañuelas, y regalar la vista, las danzas, los trajes de telas de reluz, los deslumbradores atavíos de lentejuelas y azabaches, y luego ver repetir aquella corrobla de perdidos y perdidas, con reverendísima entonación, los metafísicos razonamientos, ya escuchados en el púlpito ó leídos en cartas espirituales y en libros devotos, pero que en labios de los cómicos solían tener una entonación amorosa y mundana, hondamente perturbadora. Mari Flores ó Ana Ruiz, haciendo los papeles de la Culpa ó de la Lujuria en los devotísimos autos del Corpus, y procurando presentarse galanas y bien arreadas, como la Lujuria y la Culpa suelen ofrecerse, ¿qué de estragos no harían en los corazones jóvenes y qué reguero de malogradas é inútiles llamas no dejarían al marcharse de cada pueblo? Con esto, la hipocresía, emanada de lo más alto y pronto corrida por todos los estados sociales, iba enseñoreándose de los espíritus.

LA FUNCION DEL REAL

D. Miguel Ramos Carrión, autor de «El caballero de los espejos».

El Corpus de 1593 en Sevilla dejó memoria. A más de los autos y representaciones, con joya ó galardón para la obra más gustada, hubo otra infinidad de regocijos públicos, dándose premios á las cofradías más bizarramente vestidas, á los arcos que se alzaron en los sitios por donde había de pasar la procesión y cuyo mérito no consistía en la traza artística ó arquitectónica, sino en lo ingenioso y complicado de las figuras alegóricas y en los lemas, coplas y versos que en carteles y tarjetones aparecían escritos en latín y en castellano.

Joyas hubo también para las danzas que seguían al Santísimo, y que fueron una danza de la Serrana de la Vera, donde había algo de representación y mucho de baile, en el que tomaban parte danzarinas guapas y jacarandosas que sacaban las modas nuevas del bailar y del vestir; otra danza de espadas, como las que aún se hacen desde las Provincias vascas hasta Andalucía; otra, que era una zambra á la morisca, algo así como las mojigangas de *Las odaliscas y el sultán*, que hemos visto en la plaza de toros hace veinticinco años; otra danza del *triunfo de Sevilla*, que fué la que se llevó el premio, y donde, sin duda, figuraban moros y cristianos, y salía el santo Rey Don Fernando III; otra, para acompañar á la tarasca y á la mojarrilla ó Anabolena que la cabalgaba; otra danza *del dios Pan*, donde se representaría alguna escena báquica entre ninfas, silvanos y faunos, ó salvajes mejor ó peor contrahechos; otras danzas de gigantones, de indios, de gitanos y gitanas jugadores de navaja y bailadores de seguidillas ó panaderos; un volteador, que iba dando saltos mortales en un carro para celebrar el triunfo del Santísimo Sacramento, como el titiritero de la Virgen (que nuevo nada hay en el mundo), y, finalmente, el disloque, el colmo y extremo ápice de la furiosa algazara y del desenfrenado regocijo, que fué la procaz, la escandalosa, la vibrante, la lúbrica y cínica *zarabanda*, aquel baile que desde el momento solemne en que apareció hasta los días en que fué bailado en los salones de la corte del Rey Sol de Francia, Luis XIV, hizo pasar por toda España primero, y por toda Francia después, un espasmo de voluptuosidad incandescente, al cual, cuando acudieron moralistas y legisladores para ponerle remedio, ya era tarde.

Quien no creyese en la existencia del diablo ó no supiese de ella, se habría visto forzado á inventar y á reconocer á Satanás como el autor de aquel baile ó zarandeo archilujurioso que se presentó en el Corpus de 1593 en Sevilla, y en breve corrió por toda España. Lo que, al hacer los ensayos no habían sabido ver, ó si lo vieron se lo callaron los señores del Cabildo, no podía una penetración tan sagaz como la de Cervantes dejar de advertirlo. La aparición de la Zarabanda y de sus vueltas, cabriolas y acompasados batimanes, era, para el espíritu menos observador, un signo de enervación y de decadencia. Habían muerto ya, y bien muertos y enterrados estaban, el heroico Don Juan y el prudente Don Alvaro, con Aquiles y Ulises comparables: se había hundido en los mares, con la Invencible, la

LA FUNCION DEL REAL

D. Manuel Nieto, autor de «El caballero de los espejos».

bravura española por mar, y en Flandes se estaba gastando lo que de ella quedaba por tierra. En el corazón de la patria, el eco de los desastres, habían sido elevaciones místicas y ascéticos desvaríos y teatrales ficciones. Las almas se habían acoquinado, empequeñecido, arrugado, impotenciado: allá en El Escorial, más gris que la piedra y más que ella duro, iba pudriéndose entre la sobra de los sillares el duro y gris monarca, amarrado á la silla de sus dolores; á la devoción de Cristo y de su Madre, reemplazaba la de los conceptos teológicos, que se esforzaban por presentarse al pueblo con imágenes tangibles, sensuales y atractivas, y en medio de una fiesta ostentosa, hecha para celebrar esta devoción, aparecía brincando, meneando las caderas, entornando los ojos, cimbreando el talle y arqueando los brazos, la Zarabanda diablesca, incitadora, terrible, sudorosa, roja y morena, en el calor del Julio sevillano, á todas las laxitudes y flojeras propicio.

Miguel notaba el sordo rugir de la mocedad que, con los ojos desencajados y los labios sangrientos, seguía los pasos y vueltas de la danza. Miguel conocía que el pueblo vencido acababa de morder el fruto de perdición: y las estantiguas y fantasmas que surgían poco antes en su magín, iban concretándose y tomando la forma de hidalgos apaleados con sus ideales rotos, y de encantadas princesas, que en zafias labradoras se convertían. La primera salida de la Zarabanda era la primera derrota seria y temible de los caballeros de lo ideal.

Pasado aquel Corpus, en donde se mostró un tan grave signo de decadencia, al siguiente año tuvo que ir Cervantes á Granada con otra comisión, y no debemos pensar que si las demás grandes ciudades por él recorridas causaron efecto en su espíritu, no había de suceder lo mismo con la ciudad más inquietante y perturbadora, con la que ha criado los ingenios andaluces más parecidos á los de Castilla y más clásicamente castellanos.

Si es Córdoba la ciudad del contemplativo y del dogmático, es Granada la ciudad del pensador revolucionario, del forjador de contrastes fecundos y de fértiles antinomias. Lo hace esto la presencia constante de la nieve en la altura, de la vegetación africana en lo bajo. Aunque atareado y ajetreado por la premura de su comisión, Cervantes, en la ciudad y fuera de ella, después en los pueblos de Alpujarra, que recorrió para bajar á Málaga y volver á Sevilla, tuvo tiempo de otear por un lado los picos del Veleta y del Mulhacen, eternamente blancos é impasibles, y al pie de ellos la fecunda y floreciente vega granadina, en cuyas verdes frondas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas nostálgicas á quienes desazonaban los recuerdos. La nieve de los picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo, y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver la tierra circunstante donde los nopales se *arrastraban*, las pitas se erguían y las cañas *bravas* surgían como candelabros de cien púas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato, y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana; allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejaban arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la incomportable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El *contraste* notado ya en el *paisaje*, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacen, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la Vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de D. Quijote y de Sancho.

Pero sabemos, porque el mismo Cervantes nos lo dijo, que el Quijote se engendró en una cárcel. ¿En qué cárcel?, en la de Sevilla. ¿Cuándo? De Septiembre á Diciembre de 1597, en que Cervantes estuvo preso por culpa de los malos administradores de la Hacienda pública.

Entremos, pues, en la cárcel de Sevilla.

El callejón de Entrecárceles, formado por la espalda de la Audiencia y el frente de la Cárcel Real, más que sitio humanamente accesible al paso era un lodazal de miserias, una rebujina de maldades y de podredumbres, á donde se acogía todo lo peor de Sevilla y de sus contornos. A cuatro pasos, mirándose de cerca, echándose el aliento como los valentones prontos á reñir, la Cárcel Real y la Cárcel de Audiencia se provocaban constantemente: de vez en cuando la Real le soltaba á la de Audiencia unos cuantos desechos, que ni para galeras ni para la horca servían, con ser el de la horca servicio harto fácil para un hombre honrado. Vertían al callejón muchas inmundicias de la Cárcel, y con esto, y con estar á todas horas lleno de gentuza infecta y hedionda, que de entra y sal de los presos hacía, sólo al asomarse allí daba en el rostro una bofetada de todas las podriciones del mundo.

Atravesando aquel muladar humano, pasó Miguel, seguido de porquerones, los umbrales de la Cárcel Real. Allí topó antes que nada con el portero de *la puerta de oro*, quien le tomó el nombre y le preguntó el delito. Un escribano asentó ambos datos en un libro mugriento, y el de la puerta de oro no se metió en más averiguaciones, puesto que de un hombre preso por deuda al fisco no se podía extraer unto mejicano como de los que entraban allí por guapos á *hombres*, ó por lo contrario, ó por ladrones, amancebados y alcahuetes.

El portero de la de oro se asomó á una escalera, y diciendo á Miguel que subiese por ella, con voz afiautada y tenue susurró:—¡Ho-la!—sonido silbante que, escurriéndose por los muros, fué contestado por otro que decía:—¡Ai... la!—Esto significaba:—Preso viene—y—Venga.—Después el de la puerta de oro avisaba á la de plata el delito:—¡Ahí va el señor Cien-ducados!—puesto que Miguel iba por deudas, y al rematar la subida, el de la puerta de plata decía:—¡Acá está!—con lo que bastaba para que Miguel fuese destinado, no á la cámara del hierro, ni á las galeras vieja y nueva, recintos carcelarios donde se encerraba á los presos peligrosos, salteadores, asesinos y sodomitas, sino á las cámaras altas, cerca de la enfermería, junto á la habitaciones del alcaide.

El delito de Miguel era, más que como tal, estimado como un contratiempo ó revés de fortuna, y no era justo que un preso de escasa calidad fuera confundido entre la turbamulta de los matantes, rufos, tomajones y germanes. En el camino, desde la puerta de oro á las cámaras altas, vió Miguel lo único que aún le quedaba por ver en el mundo.

Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Sevilla* y al sainete del mismo título, que compuso el discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla, licenciado Cristóbal de Chaves, y que Gallardo atribuyó á Cervantes con error manifiesto, conocemos punto por punto aquel inverosímil rincón de la vida española en los últimos años del siglo XVI. Por dichas obras sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se jugaban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban en otros vicios peores y salían tan guapamente para el *servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil ochocientos presos que escondía aquel caserón; conocemos sus tretas, mañas, mohatras y triquiñuelas para ganarse la vida ó la muerte, su fanfarria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras, simplezas y niñerías. El hombre que tenía á su cargo diez ó doce muertes, y á quien le habían cosido las tripas y remendado las asaduras sin que pestañease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso listo de pluma porque le escribiera una carta amorosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernardo quedó con padre y madre conocidos (los de la mancebía), y porque en el mensaje chorreara los más retumbantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final un corazón atravesado por muchas saetas y pintarrajeado con azafrán ó almagre, ó le figurase al mismo hombre con grillos y amarrado por una cadena á la boca de su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vicios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sierpes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y les empinaba los mostachos; cuál andaba á la rebatiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin contar los pastorcillos, que eran unos palos aguzados y con la punta quemada que pasaban á un hombre lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con berrugueta; otros eran águilas en manejar el cortafrío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres bajo las camas, amontonándolas en camisa ó en cueros, como si fuesen tarugos de madera.

Por el día y de noche hasta las diez, en la cárcel había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie se le preguntaba la causa de que entrara ó sa-

liera como no fuese preso; y aun éstos, no siendo de los graves, salían también mediante su cumquibus al alcaide, al sotaalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, que eran otros presos, pues no había en el caserón nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y servidor de los criminales. Toda aquella morralla se mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel llevaban una vida floreciente, y de lo que cada cual pudiera agenciarse, pues ha de entenderse que allí nadie demandaba rancho ni comida, si no era por caridad y aprovechando la común largueza de los presos. Los puestos de la cárcel, alcaide, sotaalcaide, bodegoneros, porteros y demás, eran cargos envidiados por lo productivos; el de verdugo era tan lucrativo como el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar antes por apretar más ó menos los cordeles y el pobreto que había de sufrir la tortura sacaba de las entrañas de la tierra los escudos para no quedar cojo, manco ó quebrado.

Bien da á entender Cervantes que el ruido y la incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, á la baraúnda y estrépito de tantos entrantes y salientes, había que sumar el estruendo de las riñas y zurizas, los gritos, cantes y bailes flamencos y el disputar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas de los presos, pero en el mismo edificio, las presas pasaban todo el santo día cantando en coro, acompañadas de vihuela y de arpa ó laúd las seguidillas recientes:

Por un sevillano
rufo á lo valón
tengo socarrado
todo el corazón..

Otras veces les recogían las guitarras é instrumentos de cuerda, y era peor, porque entonces llevaban el son traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban. A puros gritos y al través de las paredes, se entendían con sus hombres y les hacían declaraciones amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de los enamorados, como las de las *chuchas* en la actual Galera de Alcalá.—¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, que mañana salgo! ¡Envíame un contento, vida mía! ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, valeroso!...—Ruidosas eran las alegrías, silenciosas las pendencias. El *hombre*, con las tripas fuera, callaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien menos culpa tuviese.

La trisca y la zumba eran mayores cuando había sentenciado á muerte; entonces la cárcel entera vibraba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y á halagar al condenado, y más cuanto mayores fueran la serenidad de su rostro y el sosiego de sus palabras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado continuaba impertérrito su partida de naipes, y si podía, á dos pasos de la soga, les soltaba cuatro ó cinco floreos para sacarles los cuartos á sus compinches.

Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos ó celdas de los que estaban separados había una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban á toda hora las candelicas de cera ó de aceite. Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos milagreros, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hiela los huesos de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les salvaran, para volver é sus correrías y bandidajes.

Mientras rezaba con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada ser es distinto, pero que á todos los une y ensambla, cómo se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre obscuridad del patio y de los corredores y aposentos que á él hacían, las luces de las candelicas y cerillos titilaban, parpadeaban las puertas y las ventanas, unas veces ceceaban roncas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro son femenino, que con angelical blandura entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al son de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano
rufo á lo valón...

En aquel mundo chico y bajo de la cárcel de Sevilla estaban, pues, compendiadas todas las ansias, altezas y pequeñeces del mundo grande: y todas ellas importaban, conmovían, hacían reir, sangraban, estremecían, excitaban: todas eran por igual interesantes como los hechos heroicos que el historiador y el poeta épico ensalzan.

Aquel contraste fecundo notado por Miguel entre las nieves del Veleta y la lujuriosa vega granadina, encerraba el secreto del vivir y del arte. Y entonces, sumido en las repugnancias de la cárcel, sintiendo correr por su cuerpo la miseria, viendo en los ajenos y en las paredes y en el suelo otro menudo y espantoso colmo de chinches, pulgas, ladillas, piojos, reznos y garrapatas, remembraba Miguel sus pasados días de gloria, recordaba el sol de oro que le alumbró en Lepanto y que le acarició en Nápoles y en Lisboa, y pensó que ni era otro el sol, ni tampoco él había variado, pero que en la vida nos engañábamos inocentemente pensando que es grande lo grande y chico lo chico.

LA FUNCION DEL REAL

D. Carlos Fernández Shaw, autor del «Himno á Cervantes».

No hacía Miguel estas reflexiones á solas, ni quizá las hubiera hecho, á no hallarse también allí en la cárcel preso, como él y por razones análogas de rendición de cuentas, otro empleado del fisco, que había sido oficial mayor de la Contaduría en pasados tiempos, el cual, mejor aún que Miguel, conociera las ficciones de la corte española y las lozanías de Italia y de su libre vida. Era cincuentón, por lo menos, hombre sagacísimo y pausado, maestro de la vida y con tan feliz memoria y buen arte para contar sucesos de grande y de menor cuantía como ningún otro: con esto, hombre tan curtido y baqueteado, que podía dar lecciones de experiencia al dios Saturno, y tan filósofo, que tal vez ninguno mayor ha tenido España, si se exceptúa al jesuíta autor de *El criticón*. Conversando con Miguel, pronto se hizo amigo suyo, cuanto pueden serlo dos hombres desgraciados que se conocen al llegar la cincuentena; con Miguel comunicó, desde luego, un libro que ya tenía manuscrito y terminado y que, ó mucho se engañaba, ó había de ser uno de los mejores entre los de entretenimiento que en España se compusieran.

El libro se titulaba *La atalaya de la vida humana, aventuras y vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. El amigo que mejor trato tuvo con Miguel en aquella negra prisión, se llamaba Mateo Alemán. Antes que lo dijera el contador Hernando de Soto, conoció Miguel que era aquél libro donde

ni más se puede enseñar
ni más se debe aprender...

Y véase por dónde y cómo tal vez la misma pluma de ave que escribió los últimos capítulos de *Guzmán de Alfarache* sirvió para escribir los primeros del QUIJOTE, engendrado en una cárcel donde toda incomodidad tiene su aliento y donde todo triste ruido hace su habitación: la cual no pudo ser sino la cárcel de Sevilla, en donde Miguel pasó todo aquel Otoño, saliendo de ella á los primeros días de Diciembre.

Muchos Otoños fértiles había tenido Miguel: ninguno más que aquel pasado en la cárcel de Sevilla, donde engendró el libro único. ¡Quién pintará su alegría cuando salió de ella y se vió de nuevo en la anchurosa plaza de San Francisco, paseando los soportales, con unos cuantos pliegos manucristos bajo el brazo, mientras por cima de las casas paredañas de la Audiencia, la Giralda, más contenta que nunca, se le aparecía graciosa y gentil, pronta á romper en desenfrenada y gachona zarabanda! Lo que de aquellos meses de la cárcel había sacado, fuera de las canas que entre lo rubio de las barbas se le parecían, era, y de ello Miguel estaba seguro, la más alta ganancia y el más rico hallazgo de su existencia. Y Miguel, desde un principio, contento y seguro de que había entrado con pasos firmes en el camino de la inmortalidad, se reía, se reía pensando cómo lo que no le agenció el trato con los mayores héroes de su tiempo, lo que no ganó á las órdenes de Don Juan de Austria y de Don Alvaro de Bazán, habían de procurárselo y lográrselo aquellos días piojosos y chinchosos, llagados y lacerados de la cárcel de Sevilla y la compañía de Carihartas y Ganancíosas, de Solapos y Paisanos, de maniferros y Escarsamanes. ¡Ah, qué bella, qué ancha, qué imprevista y qué original es la vida!

En la cárcel fué engendrado y se comenzó á escribir DON QUIJOTE. Cuando Cervantes salió de ella estaba muriéndose ya Felipe II. Para el pensar libre, toda España era ya cárcel. Pero esta transformación ideal de España es preciso estu-

diarla despacio, y, si queréis, mañana lo haremos.

Segunda conferencia.

Decíamos ayer, que no es posible explicar la necesidad de la aparición del Quijote, sin considerar la transformacion que á España trajo la muerte de Felipe II y la subida de Felipe III al trono.

Los tiempos habían cambiado. Felipe II fué un hombre capaz de afrontar las iras de los Papas y de las demás naciones católicas: gran pecador, la varonil entereza que heredó de su padre y que en él se ofrecía entreverada de apocamientos y desmayos, hijos del alma amorosa y débil de su madre, lograba sobreponerse en los casos de apuro, y dominándose á sí mismo, dominaba á los demás.

Su hijo Felipe III era, en cambio, todo blandura linfática: era un pequeño pecador, y sus deslices, en aquel tiempo mínimos, le pesaban sobre la vacilante conciencia y necesitaba depositarlos, soltar aquella carga que oprimía su alma floja, confiárselos á cualquier santo varón que los absolviese y perdonara. Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron, apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en sí propio tiene fe, sin valerse de intermediarios ni correveidiles. Perdieron los ánimos la fuerza para resolver sus conflictos interiores y salir de sus espirituales apuros. La corte y su crecimiento, el cambio de las costumbres cortesanas contribuyeron también á esta situación, arrancando de su soledad bravía á la nobleza territorial, zambulléndola en las promiscuidades más enervantes y desmoralizadoras.

Miguel, que en sí propio, en su espíritu rendido y martilleado incesantemente por los golpes de la adversidad, notaba este desfallecimiento, iba haciéndose cargo de cuán necesarias eran las personalidades superiores, las individualidades poderosas, absorbentes, capaces de conducir á los hombres, de encauzar los hechos, de excitar los sentimientos y de guiar las ideas. Miguel veía desaparecer de la escena de España los héroes de la realidad y ser reemplazados por los de la ficción disparatada.

Ni las peticiones de las cortes de Valladolid, en 1555, seguidas por numerosas protestas de los hombres más sabios y eminentes, como los maestros Luis Vives y Alejo de Venegas, Melchor Cano y Fray Luis de Granada, ni las razones que el venerable Arias Montano, hombre de ojos sagaces, siempre abiertos, formuló, consiguieron desterrar la peste de los libros de caballerías, cuya lectura estragaba las almas ansiosas de ver repetirse y abultarse las pasadas aventuras de mar y de tierra, hasta tocar en lo imposible y cruzar los linderos de la honesta ficción para entrar en los del desvarío. ¿Acaso no eran libros de caballerías en cierto modo aquellos tratados de las espirituales conquistas, de los ocultos y secretos reinos y de las moradas invisibles y de los interiores castillos? ¿No lo eran también las relaciones habladas y escritas que á Sevilla, la ardiente y la imaginativa, y á Cádiz, la fantasiosa, llegaban de las proezas de los conquistadores y descubridores en el Nuevo Mundo?

Contra el empuje imaginativo, contra la avidez insaciable que reclamaba constantemente lecturas de este género en que la épica llega á la insania, cuyas lides ya tocó en el poema de Ariosto, no había recurso que oponer. Endeble reparo á tal invasión fueron las novelas pastoriles, y harto lo conoció Cervantes que había sido de los primeros en oponer la dulcedumbre y suavidad arcádicas al estrépito y baraúnda de las caballerías. Persuadido iba estando de que ni sus esfuerzos en seguir la senda de Montemayor y de Gil Polo, ni los de Suárez de Figueroa, Gálvez de Montalvo, Lope de Vega, Valbuena y demás patrulla de los bucólicos, bastarían á otra cosa que á empalagar al público.

Darle poesía pastoril y novela bucólica á quien pedía caballeros andantes, era como querer saciar con miel y hojuelas el estómago hambriento que pide carne cruda y bodigos de pan de tres libras. Llamar la atención de la gente hacia lo bajo y prosaico de la humanidad, como lo había hecho el autor del *Lazarillo* y lo intentaban ya el propio Miguel y su amigo Mateo Alemán, sólo podía ser un medio para acabar con la balumba de las caballerías, si el libro picaresco lograba entrar en todas las casas y llegar á todas las esferas sociales, lo cual su misma índole impedía que se consiguiese. Las novelas novelescas, como hoy dicen, ó de amores y de aventuras cortadas por el patrón del *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, y tales como la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras; el *Clareo y Florisea*, de Núñez de Reinoso, y el *Pérsiles y Sigismunda*, no se habían presentado aún á la imaginación de Cervantes como un remedio eléctrico y contemporizador para el mal de que se trataba. Las imitaciones de los novelistas italianos, en el estilo de las *novelas ejemplares* eran, sin duda, arbitrio insuficiente para lo que se pedía. Al *mundo* y al *vulgo*, como él dijo, coincidiendo con su amigo Alemán, convenía tratarle como á niño mal educado, no poniéndose de frente con sus gustos, sino llevándole el genio y trasteándole con maña, consintiéndole y halagándole.

Por eso, para combatir los libros de caballerías, tan aventajados y lozanos en el sentir del mundo y del vulgo y con tan grandes raíces que al Romancero, á las Gestas antiguas y á los orígenes mismos de la nacionalidad tocan, y prosiguen por la Edad Media en verdaderas historias de reales y efectivos caballeros de ventura, como Suero de Quiñones, como el conde de Buelna Don Pero Niño, como los famosos Mosén Luis de Falces y Mosén Diego de Valera y como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, cuyas crónicas pudieran intercalarse sin desdoro en lo más intrincado del Amadís, no cabía sino escribir otro libro de caballerías mayor que todos los anteriores y sacar á plaza un caballero de carne y hueso y hasta hacerle pelear, ya con gigantes imaginarios, ya con reales y cogotudos villanos, mercaderes y yangüeses y con fingidas tropas de Alifanfarrones y de Pentapolines, en quienes se personificase, para el discreto y advertido, á todos los personajes engendrados por la fanfarria y ficción andaluza y portuguesa, que á tales términos iban llevando á la nación.

Con fruición deliciosa hundía la mirada Cervantes en todo aquel increíble cosmos de vaciedades y absurdos, venido Dios sabe de dónde. Resonábanle en los oídos las antiquísimas historias del caballo mágico, que de la India vino tal vez á posarse en el poema homérico y desde allí corrió por las viejísimas leyendas de Clemades y de Clarimunda, convertidos en Pierres y Magalona ó en el Príncipe Caramalzamán y la Princesa Badura. Montados también en mágicos corceles, en hipógrifos y alfanas, en cebras y dragones iban corriendo por su imaginación los primitivos héroes de las caballerías y de los maravillosos cuentos, Fierabrás, Partinuplés, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe y Tablante de Ricamonte, revueltos con los de las leyendas demoníacas y piadosas, como el San Amaro, gallego, y el Roberto el Diablo, de Bretaña ó Normandía, con las verdaderas relaciones de viajes y andanzas del Infante Don Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

A este primer escuadrón, seguían la infinidad de caballeros imaginados por gentes que ni siquiera tenían la menor noción de las caballerías, como el famoso y archidisparatado Feliciano de Silva, padre de Florisel de Niquea ó de Don Rugel de Grecia y de tantos dislates; como Bernardo de Vargas, sevillano, autor de Don Cirongilio de Tracia, hijo del noble Elosfrón de Macedonia; como Pedro de Luján, á quien debemos el Invencible Lepolemo, también llamado el Caballero de la Cruz; como el burgalés Jerónimo Fernández que, desde su bufete de abogado en Madrid, lanzaba al mundo á Don Belianís de Grecia; como la dama portuguesa que continuaba la historia de Primaleón y Polendos; como el curioso dialoguista, poeta y secretario del conde de Benavente, Antonio de Torquemada que, alternando con su *Jardín de flores* y sus *Coloquios satíricos*, compuso el Don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia; como el caballero Don Melchor Ortega, que sacó de entre los cerros de Ubeda, su patria, al príncipe Felixmarte de Hircania; y el señor de Cañadahermosa, Don Juan de Silva y Toledo, que, en aquellos mismos días en que Cervantes pensaba el QUIJOTE, componía el desaforado Don Policisne de Beocia; y el sesudo traductor de Plinio, Jerónimo de Huerta, que imaginó el Florando de Castilla; y el fraile observante Fray Gabriel de Mata, que en 1589 había hecho caballero andante nada menos que al seráfico Padre San Francisco de Asís, intitulándole *El caballero Asisio*. Frailes, damas, caballeros, poetas, naturalistas, secretarios, contadores y gente de toda laya, se entregaban á la composición y á la lectura de los descomulgados libros de caballerías.

La empresa de atacarlos y derribarlos era una de las más grandes que podían ser intentadas por ingenio alguno, y este propósito, no anterior, sino subsiguiente á la gran concepción del contraste humano, como base de una composición grandiosa y definitiva, debió de aparecer entonces claro á los ojos de Miguel, persuadido de las enormes consecuencias morales y literarias que tendría el derrocar la ficción caballeresca, en la que iba envuelto el eterno mal crónico de los españoles, lo que en tiempos recientes se llamó la leyenda dorada, aquel embaimiento y elevación en que viven los espíritus de España cuando fatigados de la acción por exceso de heroísmo y de energía, se tumban á la bartola pensando en mundos ignotos y en conquistas fantásticas.

Este desequilibrio entre la acción y el pensamiento, esta falta de sangre de hechos que á nuestras ideas suele caracterizar y, como consecuencia de ella, la ausencia ó carencia de jugo ideal que á los hechos distingue, este divorcio pura y netamente español de la teoría y de la práctica, que nos con-

duce ó á la utopía del caballero andante ó á la rutina del panzudo escudero y de sus compinches y congéneres los destripaterrones del arado celta... no diré que Cervantes lo meditó y reflexionó sobre ello, sí que la sensación y el presentimiento de todas estas cosas y de otras muchas iba posesionándose de su ánimo y añadiendo nueva substancia de realidad á lo ya pensado de su obra.

Con esta convicción y con su libro bajo el brazo salió de Sevilla para la corte, que estaba en Valladolid, en 1603.

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponérsele. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el QUIJOTE, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del QUIJOTE.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde. Presidente del Consejo de Ministros.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es punto menos que imposible. Fácil es hallar alusiones, cuando se refieren á personajes ó sucesos muy públicos y conocidos. Difícil y peligroso aventurar hipótesis y conjeturas como las amontonadas sobre este libro único, y las que en lo sucesivo puedan arriesgarse. De intenciones no juzga la Iglesia y realmente no importa cosa mayor que Cervantes, como Colón, pensando hallar las Indias de Oriente, descubriera las occidentales: pensión de quien busca nuevos mundos es tropezar con mundos no esperados. Lo que importa es el arranque, la fe, el valor y la constancia para llegar á alguna parte, sea la que quiera.

De esas hipótesis y conjeturas, á las cuales me refería, es la de que el pueblo de Don Quijote fuese Argamasilla de Alba. Destruída la suposición de que Cervantes se halló preso en ese lugar, no hay motivo serio para insistir en que fuese Argamasilla el lugar de cuyo nombre no quería acordarse Miguel, quien, con estas frases no da á entender sino que tiene el propósito de despistar á sus lectores. «En un lugar cerca del suyo» dice que habitaba Dulcinea, y el Toboso dista ocho leguas de Argamasilla, y ningún manchego nacido ni por nacer llama *cerca* á ocho leguas. Lo mismo pudo ser ese lugar Miguel Esteban ó el Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, Pedro Muñoz ó la Mota del Cuervo. A él le bastaba con que fuese un lugar de la llanura manchega, tierra apta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y amplificar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras. «Por exceso de amor á la vida—dice Barrés—Don Quijote camina hasta la muerte.»

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral. En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzsche y Don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos.

Contentábale á Miguel haber colocado á Don Quijote en un lugar de la Mancha, y bien claro veía que su caballero andante no pudo ser andaluz, aun que tal vez, al principio, pensara hacerle andar por la andaluza tierra. ¿Concebís siquiera un Don Quijote sevillano? ¿Creéis que en Andalucía pudiera criarse un caballero enamorado tan castísimamente platónico, ni tan absolutamente grave en todos sus hechos y palabras? Le parecía bien á Miguel que Don Quijote fuese manchego, de lugar donde el cielo y la tierra se besan constantemente al amanecer y al anochecer, como los esposos puros de la leyenda áurea, sin penumbras tentadoras de árboles y selvas, ni cantos alegres de ríos serpenteantes y voluptuosos. Necesario era también que fuese manchego Sancho. Facilísimo le hubiera sido á Miguel hacer del escudero un hampón gracioso, un socarra, un rufo de Sevilla, como tantos otros por él pintados; pero este contraste hubiera sido excesivamente burdo. No: Sancho había de ser otro manchego, como su amo, grave y digno, incapaz de proferir un chiste. Notemos que Sancho no dice gracias ni agudezas jamás: sus frases y refranes son oportunos por su naturalidad ó por su incongruencia aparente, según los casos; pero la gracia está en la figura y en la situación, como conviene al verdadero humorismo.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

Excmo. Sr. D. Carlos María Cortezo, Ministro de Instrucción pública.

Todos los pormenores relativos á la locura de Don Quijote, tan sobriamente apuntados, le parecían á Cervantes discretos y puestos en su lugar. Le agradaba la primera salida, la descripción del campo de Montiel y de cómo el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor como entra siempre el sol de la Mancha en Julio. Juzgando para sus adentros, celebraba Cervantes su oportunidad y tino en la llegada de Don Quijote á la venta.

Esta llegada—pensaba—es nobilísima. Todas cuantas razones Don Quijote profiere, son corteses y caballerescas. Bien es que tome al orondo y pacífico ventero por un poderoso castellano, y á las blanqueadas mozas del partido por nobles doncellas. La grandeza de su situación no le impide tener hambre y manifestarla sin retóricas, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Como se forma una idea fantástica de cuanto le circunda, Don Quijote no tiene tampoco noción del tiempo. Al poco rato de velar las armas le dicen que han pasado cuatro horas, y se lo cree. La escena de armarse caballero es manifiesta parodia de los libros de caballerías; pero la primera aventura, la de Juan Haldudo, el rico labrador del Quintanar, no es sino de la realidad misma, sin que en ella haya nada altisonante y desaforado. Cualquiera, sin ser caballero ni conocer á Amadís, haría lo que Don Quijote, juzgando y hablando con toda cordura. Al final de su reprensión lanza, como un grito de guerra, su nombre sonoro á los vientos: «que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones», con el mismo orgullo

con que lo hace en las batallas de su poema Miocid Ruy Díaz. Aquel es el primer choque de Don Quijote con la amarga realidad, con arte sublime preparado, pues la buena acción resulta fallida y contraproducente. La reaparición del muchacho Andrés al cabo de muchos capítulos, y sus maldiciones á Don Quijote y á sus caballerías, son un pequeño poema de Campoamor, intercalado con la intuición de lo que hay de humorismo irreparable en la vida.

Los mercaderes toledanos aparecen á Don Quijote, como tanta gente soberbia y descomunal se le había presentado á Cervantes en la vida. Confía Don Quijote que la razón servirá antes que la fuerza. Las palabras del mercader burlón, pura, fina é hidalgamente toledanas, que es como decir de la más graciosa y encubierta sorna que existe en España, preparan cruelmente la brutalidad del mozo de mulas. A Don Quijote le han apaleado por primera vez, y como reputaba imposible tal insulto, no puede menos de emplear el gran recurso español de volver los ojos á la dorada leyenda, recordando el romance del Marqués de Mantua, y entregándose á las consiguientes lamentaciones. El vecino Pedro Alonso es la primer alma cuerda y compasiva que hace algo porque Don Quijote vuelva á la razón. El malferido caballero se revuelve orgulloso al oir mentar sus locuras, y exclama con altivez misteriosa, como obedeciendo al pensamiento de su autor: «Yo sé quién soy, y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares...» donde se ve la arrogancia castellana fanfarroneando al día siguiente de la derrota.

Por no cansar los ánimos de los oyentes, introduce Miguel aquí el escrutinio de la librería de Don Quijote, donde apunta sus gustos y preferencias críticas, halaga á sus amistades y consigna sus desgracias. Aparecen allí el cura y el barbero, aquél ingenioso, delicado, socarrón, como tantísimos clérigos que había entonces en España, á quienes aún no había invadido la oleada de tristeza negra que después cubrió y embadurnó todo cuanto con la religión tenía algo que ver. Este cura, Pedro Pérez, es un descendiente de los alegres clérigos españoles, de que tan pocas muestras se ven ya en las ciudades, raza simpática y bondadosa, humana é indulgente, que valió á la religión más imperio en las almas que todos los tétricos razonamientos de frailes y predicadores. El cura Pedro Pérez no mentaba á sus feligreses el infierno, sino en último caso; su descripción mundana se echa de ver desde las primeras réplicas á Don Quijote.

Cuando el buen hidalgo ve tapiada su librería, procede como loco á quien se le ha secado el cerebro (hoy decimos á esto falta de riego sanguíneo en la corteza cerebral): vuelve y revuelve los ojos *sin decir palabra*. ¿No es de loco *clavado* esta actitud?

Sale á relucir Sancho, cuya salida era menester preparar. El estado de ánimo propio de este sotagrande hombre al salir con Don Quijote, en el rucio «hecho un patriarca, con sus alforjas y su bota», es el mismo de los hidalgos extremeños y castellanos al partir para las Indias, sin saber lo que ello sería, atraídos por la curiosidad y la ganancia; él no sabía lo que eran ínsulas, reinos ni gobiernos; quizás no conocía el nombre del Rey, como les sucede hoy mismo á muchos labriegos y pastores de su tierra; pero en la bajeza de su alma cabían todas las ambiciones: sentíase capaz de ser emperador, aun cuando ignoraba con qué se comiese tal título. Don Quijote, un poco alucinado, un poco ladino, no quiere que su escudero aspire á poco: antes bien cultiva su ambición, diciéndole: «no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado».

Al salir ya Don Quijote prevenido con su escudero y todo el matalotaje de las caballerías andantescas, ¿cuál había de ser su primera aventura, sino la ya entrevista desde muchacho por Cervantes, tal vez al divisar los molinos del Romeral, ó los de la Mota del Cuervo, ó los de Criptana? Necesitaba acreditar con una temeridad épica la verdadera y denodada valentía de Don Quijote.

¿Puede creerse hecho y pensado al acaso un libro donde se inician los sucesos en esta forma, obedeciendo á una ponderación artística tan sutilmente buscada? Por los molinos de viento comenzó Cervantes á pensar en las caballerías y por los molinos de viento comenzaba Don Quijote al arrancarse resueltamente de su vida de hidalgo pobre y sensato, «el más delicado entendimiento que había en la Mancha». «Esta es buena guerra—exclama ansioso al ver los gigantes—, y es gran servicio de Dios.» Tal vez no de distinto modo que las aspas de los molinos, se movían en Lepanto, frente á los calenturientos ojos de Miguel, las palas largas de los remos que en los bancos de los bajeles enemigos los forzados manejaban. Gigantes eran también y aquella era buena guerra y servicio de Dios, de donde heridas honrosas é inútiles resultaban.

No se quejó Don Quijote del dolor, que no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les caigan las tripas; sí se lamentó de haberle faltado la lanza. ¿No recuerda esto algunas faltas de armamentos notadas después de la derrota?, y ¿no pensamos siempre los españoles, tras un desastre, en los malignos encantadores que nos persiguen, y achacamos á algún desconocido ó inventado Frestón nuestras propias culpas, causantes de todo daño?

El diálogo que al molimiento de Don Quijote sigue, pinta el carácter de Sancho é informa é ilustra al lector sobre los sentimientos del caballero y del escudero.

Sobreviene la batalla con el vizcaíno, y de nuevo adquiere la figura de Don Quijote proporciones humanas y su efectivo denuedo se manifiesta. ¿Por qué suspende Cervantes su narración? ¿Es por imitar al *Amadís*, como indica Bowle? No, no lo creamos. A Cervantes le hace falta sacar á Cide Hamete Benengeli, el historiador concienzudo é impasible que ha de contar las cosas como cree y expone él mismo que debe escribirse la historia.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

Excmo. Sr. Conde de San Luis, gobernador civil de Madrid.

Con el vencimiento del vizcaíno, la afición caballeresca, que anda siempre deseando agarrarse á dato cierto ó á hecho sangrante, cobra nuevo brío. Sale á relucir el bálsamo de Fierabrás, y con tal motivo, amo y mozo discurren sobre lo que deben comer los caballeros andantes. Poniendo pie en este coloquio y vuelto á una esfera de razón á que no llegará nunca ninguna inteligencia vulgar, pinta Don Quijote á los cabreros la edad dorada, se humaniza con Sancho, le hace sentar á su vera, trata de hermanos á aquellos pobres hombres que apenas le comprenden, pero que sólo de oirle ya le aman. Es la misma sublime sencillez de Jesucristo hablando á los pescadores, la santa simplicidad del Pobre de Asís, dirigiéndose al lobo y á las tímidas alondras y á la hermana agua.

De tan elevada consideración desciende con suavidad el ánimo á la pastoril blandura de la muerte y amores de Grisóstomo. Aquí pone Cervantes la parte bucólica de su ingenio, buscando agradar á los cortesanos y escritores de oficio, y para que no se dude del fingimiento, cuida Antonio el pastor de declarar que el admirable romance *Yo sé, Olalla, que me adoras*, lo compuso el beneficiado, su tío, y Sancho se queda dormido al oir los versos del pastor. No era este pasaje para el vulgo, ni gentes de poco más ó menos podían gustar aquella vibración erótica, en que se ve temblando de anhelo á todo un valle por los amores de Marcela, ni los razonamientos de Don Quijote sobre si es posible existir caballero sin dama, ni la ideal descripción de Dulcinea, ni tampoco el elogio de Grisóstomo, en el cual no será osadía excesiva ver algo de autobiográfico, ni los conceptos platónicos en que la ensoñada Marcela, figura ideal fabricada con la pasta que sirvió á Shakespeare para forjar el volátil espíritu de Ariel, expone los conceptos platónicos que Fray Luis de León vulgarizó, y otros por él no tocados sobre el amor y la hermosura, é inicia el magno asunto del libre albedrío, que á novelistas y dramaturgos anunciaba ya como antes á los filósofos y teólogos.

De estas alturas inefables desciende súbito Don Quijote para caer bajo las estacas puestas en las manos rústicas y enojadas de los desalmados yangüeses. Quisiera Don Quijote dejarse allí morir de enojo.—¿Qué quieres, Sancho *hermano*?—le dice, reconociendo la igualdad de escuderos y caballeros ante el dolor: y después, ya más sosegado, discurre sobre la calidad de la afrenta. Con esta parte tragicómica se preparan los sucesos que en la venta han de ocurrir.

La buena Maritornes nos abre el portón para penetrar en esta pequeña Iliada del humorismo. Sucesos reales é imaginados se mezclan y confunden aquí, y el arte del autor es tal, que no se sabe á dónde la verdad comienza y la ficción acaba: ó es que la verdad, cuando con tanto rigor se reproduce, trazas de ficción tiene. Comparaba quizás Cervantes aquella venta suya con las de Guzmán de Alfarache y con las de otros libros, y conocía cómo pasaba por la del QUIJOTE un soplo de idealidad humorística en ninguna otra narración encontrada. Amontonaba él los hechos; pero no en forma que su

tropel y sucesión no fueran posibles y aun probables. El manteamiento de Sancho y la mohina que le da y sus intenciones de volverse al pueblo, y aquel paternal y cariñoso «Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas», ya estaba Cervantes seguro de que habían de conquistar y convencer al lector. Al salir de la venta, Don Quijote ama tiernamente á Sancho, sin darse cuenta de ello, y el lector, á Sancho y á Don Quijote.

¿Quién duda que la aventura de los dos ejércitos de borregos, donde estallan y detonan los nombres y apodos sevillanos y gaditanos de Alifanfarrón y de Pentapolín, de Micocolembo y de Laurcalco, de Brandabarbarán y de Alfeñiquen del Algarbe, de Timonel de Carcajona y de Pierres Papín, que era un naipero giboso de la calle de las Sierpes, encierra alusiones á personajes famosos de Andalucía? Quiénes sean éstos, no he de ser yo quien lo ponga en claro, que escritores de mayor autoridad han de esclarecerlo.

Surge, tras ésta, la aventura del cuerpo muerto, y por primera vez no las tiene todas consigo el temerario Don Quijote y los cabellos se le erizan, como al temido león la melena: excomuniones andaban de por medio y no olvidaba Cervantes lo que en Ecija le pasó, y á ello son debidas sus recelosas protestas, casi balbucientes: «La Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano...» Ya había llevado muchos golpes el caballero: ya le llamaba Sancho *el de la Triste figura*: ya Sancho soltó su primer refrán, cuando se inicia con misteriosa entonación poética la aventura de los batanes. «Yo soy aquél—exclama recobrando toda su arrogancia de golpe, al olfatear el riesgo—yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...» y con esto se decide á perecer en la demanda. ¿No es esto un verdadero libro de caballerías? ¿No es Don Quijote un real y efectivo caballero andante, quizá el único efectivo y real? ¿No se pone á los peligros con tanta valentía como la necesaria para vencerlos? Y en este punto extremo de su bravura y resolución, el genio de Cervantes pone el miedo y el mal olor de Sancho con admirable delicadeza y prodigiosa intuición de la fuerza humana del contraste. A esto no llegó Homero, ni otro autor ninguno antiguo ni reciente. El amanecer junto á los batanes, la risa de Sancho, la iracunda paliza que le da Don Quijote y aquel oportuno preguntar el escudero por su salario, después que tiene las costillas brumadas, son lo divino que se humaniza, es el poema de caballerías que se agacha y se dobla hasta rozar y codearse con la novela de pícaros y, para más claramente demostrarlo, viene, en pos de ésta, la aventura de los galeotes, donde tonto será quien no vea un desahogo de Cervantes contra la sociedad entera que le había maltratado y menospreciado ó desconocido en tantas ocasiones.

No son caballerías soñadas aquellas, sino palpitantes y actuales malandanzas. Con el viejo alcahuete de la barba blanca entramos en el reino de la paradoja, que tanto nos gustó á los españoles recorrer. Con Ginés de Pasamonte vemos presentarse al único héroe capaz de afrontar al Ingenioso Hidalgo. Reparad el entono y magistral seriedad con que habla Ginés, el personaje de mayor inteligencia mundana que sale en la historia: fijáos en que tiene su vida «escrita por estos pulgares» y empeñada en doscientos reales. ¿Quién duda que esta *Vida de Ginés de Pasamonte* fué uno de tantos libros como Cervantes se prometió escribir? Pero no lo escribió, é hizo bien. Ya lo había escrito su amigo Alemán, y después lo escribiría su amigo Espinel. Claro en demasía era el concepto de una España servidora de muchos amos, en esos libros contenido. Los pícaros, donados habladores, buscones y mozos de buen humor, ya nada conservaban de las antiguas grandezas: eran los villanos andantes, hijos de Ginesillo, tal vez bisnieto de Lucio el de las transformaciones. Pequeña cosa era ésta para Miguel. Quizás intentó comenzar algo parecido al escribir las primeras hojas del *Licenciado Vidriera*, y en llegando á Italia y espaciándole en su grandiosidad, le volvió loco y le hizo decir las verdades que solamente los niños, los locos y Don Quijote habían de poner en su lugar, las que al mismo Cervantes se le estaban pudriendo en el cuerpo desde hacía largos años...

La entrada en Sierra Morena es el *majora canamus* del QUIJOTE, y es al propio tiempo una hábil retirada. Ha dicho el autor cuanto se le ha venido á las mientes sobre la justicia humana, ha escrito su protesta contra la dureza de hacer someter como esclavos á los que la Naturaleza hizo libres, ha fiado todo á la divina sanción, como un cristiano primitivo ó un anarquista de hoy. Consciente en todos los momentos del valor representativo y de la eficacia de su obra, comprende que hay que mezclar natura con bemol, como diría el gracioso Francisco Delicado, y se mete en las fragosidades de la sierra y discurre la penitencia de Don Quijote y hace aparecer á Cardenio desgreñado y torvo, brincando de risco en risco. Don Quijote ofrece al caballero sin ventura servicios cien veces superiores á los de la humanidad corriente. Sublime es la delicadeza con que se presenta á él, no ya como caballero andante de los que desfacen agravios y enderezan entuertos, sino como hombre dispuesto y apto para remediar y consolar cualquier dolor, compartiéndole.

Cardenio, que habla casi en rima, como un elegante poeta de la fina casta de Córdoba, nos conduce á un mundo de muy distinta calidad que el recorrido hasta entonces. Su espiritualidad cortesana induce á Don Quijote á la penitencia y magnifica y ennoblece la acción: sus palabras, dignas de D. Diego de Mendoza, por lo bellas y sabiamente concertadas, llevan á Don Quijote y conducen al lector á alternar con caballeros de veras y señoras y señoritas de lo más empingorotado. Todas las cortesanas aventuras que se relacionan con la de Cardenio, como la aparición de Nausicaa, digo, de Dorotea, lavándose los pies en el arroyo, las discretas razones con que Ulises, digo, el cura Pedro Pérez, le habla, la lectura de la novela del *Curioso impertinente*, que Miguel tomó de una antigua *novella* italiana perdida e incrustada por Ariosto en su poema, levantan la acción y la llevan á términos tales, que Cervantes puede, gracias á ello, introducir en la venta un abreviado resumen de toda la sociedad comtemporánea y en él pintar cuánto y cómo sentían caballeros y señoras de la aristocracia, graves magistrados, capitanes cautivos, viandantes y cuadrilleros, y cómo toda aquella compleja sociedad, movida por los más varios intereses, atendían á Don Quijote, se interesaban por él y, en el fondo, no acababa de resolverse en si estaba ó no loco.

Trazó en estos capítulos Cervantes, como de pasada, su psicología del amor, en el estudio y pintura de los tipos de Dorotea, Luscinda, Clara y Zoraida, y hasta en las azoradas y confusas Maritornes y la hija del ventero, á quienes aquella cálida atmósfera aguza los dientes y les hace la boca agua. Pintó esa especie de tácito acuerdo que en la sociedad se opera ante un hombre ó un hecho extraordinario. Todos los asistentes á la venta estaban conformes en seguirle el humor á Don Quijote y embaucar al barbero, afirmando ser yelmo la bacía y todos, después, sin manifestarlo, estaban de acuerdo con el cura en que se debía enjaular á Don Quijote por loco; pero, al separarse, de fijo que cada cual por su camino iba pensando que sólo Dios podría conocer quién era el loco y quiénes los cuerdos. La perturbación que el haber oído á Don Quijote el discurso de las armas y las letras y el haberle visto en la batalla con los cueros de vino, produjo en el ánimo del oidor, del cautivo Pérez de Viedma, del amansado Cardenio, y el desasosiego que después en el espíritu del discreto canónigo causa esta misma duda, se comunican á los lectores y ya desde que el QUIJOTE salió debieron acometer á todos los hombres de buena voluntad y de claro intelecto que leyesen el QUIJOTE.

El episodio misteriosamente, esotéricamente simbólico del cabrero que va en pos de la hermosa cabra fugitiva, nos causa hoy una vaga inquietud. Esa cabra que, cuando su amo cuenta la historia de Leandra la antojadiza, *mirándole al rostro, daba á entender que estaba atenta*, ¿qué significa? He aquí un incidente del más alto valor filosófico y estético en el que nadie se ha fijado. ¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perdérsele la razón, extraviársele la inteligencia, desmayarle la voluntad, y exclamaría como el cuitado pastor filósofo: —¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan?...

Y los lobos, que son los hombres unos para otros, aullaban en torno de él...

Veinte años casi eran pasados desde que Miguel, lleno de ilusiones, compuso la *Galatea*, casó con doña Catalina de Salazar y tuvo amores con Ana Franca. Lo que de su juventud le quedara en el corazón no sería mucho. Las horas de felicidad habían sido cortas: acaso entre todas ellas no compusieran un día; larguísimos, en cambio, los años de tristeza y desventura. Dejaba Miguel en Sevilla, gozando sus otoños ó sus inviernos á muchos ancianos poetas de blancas barbas florecientes, como Baltasar de Alcázar, que habían sabido pedir á la vida lo que ella dar puede y disfrutarla calmosos, discretos.

A la placidez y serenidad de Sevilla apenas llegaban aún las melancólicas nuevas de los males que afligían á España. Grave y hondo cambio se verificaba en costumbres y Gobierno. A la política personal del Rey, con Felipe II muerta, substituyó la política personal del privado, y quiso la mala suerte que el privado fuese hombre de tan escasa valía intelectual y moral como el duque de Lerma.

Quien haya visto el retrato de Felipe III, por Velázquez, no ha menester mayores ni mejores explicaciones de lo que no fué decadencia, sino despeñamiento.

Felipe III era un pobre ser linfático, clorótico, de colgante labio, de sumidos aladares, de claros, inexpresivos ojos, de planta neciamente fanfarrona; gran jinete, corto lector y tan pobre de inteligencia

que su ayo y preceptor el arzobispo toledano D. García de Loaysa apenas pudo imbuirle cuatro devotos conceptos en el angosto cráneo. Muchas veces he tenido en mis manos el pectoral que usó D. García de Loaysa: es una humilde, una sórdida cruz de latón, sin adorno, piedra, filigrana ni repujado alguno. Este cardenal no había sido hecho para infiltrar en el ánimo de su apocado alumno ideas de generosidad y de grandeza. Este cardenal, digan lo que quieran las historias, era un pobre diablo, y otro pobre diablo fué el rey á quien dicen que educó.

Casaron á este pobre diablo de Rey con una princesuca austriaca, duodécima ó vigésima hija de cualquier duque ó príncipe de los que abundaban en su tierra como aquí los hidalgos. Doña Margarita de Austria era una buena é insignificantísima señora que, cuando fueron á buscarla para compartir el trono de España con su esposo, estaba en un convento, hospital ó asilo, dando muestras de las más relevantes virtudes. Formaron D. Felipe y doña Margarita un matrimonio burgués, arregladito y económico, cual era conveniente á los apuros de la nación, pues no se ponía aún el sol en los dominios de España, y ya ni el mismo Rey tenía un cuarto.

Aunque Lerma tuviese, más que de águila, de urraca guardadora, bien conoció que á semejantes seres convenía divertirles, y los llevó por España de fiesta en fiesta, les procuró remuneradas ovaciones, les hizo creer en esa felicidad universal, cuya ostentación tan propicios halla los ánimos de los tontos. Una espesa atmósfera de bobería comenzaba á formarse en los alrededores de palacio. De él iban huyendo los caballeros de las barbas agudas y de las mejillas maceradas y de los ojos soñadores que Theotocópulos pintó. De la semilla echada en las casas de la grandeza por los primeros místicos y ascéticos iban recogiendo el fruto aquellos escurridizos é insidiosos eclesiásticos que las gobernaban á su talante y voluntad, absolviendo los deslices de las señoras y compaginándolos habilidosamente con los de los señores. A la seguridad y firmeza con que se pensaba y se procedía en tiempo de Felipe II, había reemplazado una voluble intranquilidad, una inconsistencia casi gelatinosa de las voluntades. El miedo reinaba en los palacios Reales y en los de la nobleza: un miedo inexplicable, absurdo, Dios sabe de qué, del pecado, de la contaminación, de la herejía.

La Inquisición velaba, pero la heterodoxia andaba no menos despierta, y si no contó con varones tan preclaros intelectualmente como los protestantes españoles del tiempo del Emperador, sí prosiguió haciendo su propaganda en la obscuridad, trabajando el pensamiento de éste y de aquél, no el de la masa. Andaba la Inquisición persiguiendo á relapsos é iluminados, á ilusos é iludentes de menor cuantía, y mientras tanto dejaba pasar conceptos é ideas, que en el púlpito y en el libro moldeaban las almas é influían en ellas.

Hay toda una parte secreta de la Historia de España en estos años en que parecía todo el mundo suspendido y embobado, la cual está por escribir. Recelos, sospechas y desconfianzas increíbles dominaban á la general debilidad de los espíritus. Unos á otros se miraban de reojo todos los españoles. Necio sería no darse cuenta de cómo esta intranquilidad, esta inseguridad, esta mal saciada hambre del alma y del cuerpo, se reflejan en todas las obras de nuestro siglo de oro, y les privan de aquel empaque augusto, clásico y severo que en las obras del siglo de Luis XIV substituye á la profundidad de la visión y á la humanidad de los personajes y de sus sentimientos. Como nunca nuestros escritores, ni siquiera el mismo Lope, gozaron del reposo indispensable á la perfección clásica, todos ellos son unos rebeldes, unos nerviosos, excitados, hiperestésicos, y así no tenemos verdadero clasicismo, y no debemos lamentarlo. Sólo un alma, serena y clarividente, la del gran P. Mariana, podemos considerar como clásica de veras, entre todas las demás, turbulentas y agitadísimas.

Poco hubiera sido para Cervantes tropezar con un ambiente clásico. Mejor que nadie hubiera podido ser clásico el autor del discurso de las armas y las letras y de la historia de Cardenio, y de las razones de la pastora Marcela: no lo fué, sin embargo, y es bien que no lo fuese. Con cuanto había sentido y pensado en sus tiempos heroicos, en los graves años de Felipe II, chocaba y se estrellaba cuanto, anticipándose al juicio general, sentía y pensaba ya en los caricaturescos días de Felipe III. Para alumbrar aquellos primeros años, era menester la fuerza y brillantez del sol de la Mancha: para iluminar estos segundos, bastaba arrojar sobre ellos el resplandor de los anteojos implacables de don Francisco Gómez de Quevedo. Se hallaba Cervantes á horcajadas sobre dos épocas tan distintas que, sólo alzando el vuelo cuanto lo alzó, pudo salvar las cumbres de los siglos y las de las naciones. En aquel momento crítico en que forjó su obra, España había dejado de ser interesante. Le faltaba ya á la nación entera ese punto de locura que á destinos inmortales conduce á hombres y á pueblos. Por eso fueron locos Don Quijote y el licenciado Vidriera, y aquel otro de Córdoba y aquellos de Sevilla, portavoces de la verdad que á Cervantes se le escapaba de los escondrijos de la conciencia

Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías —pensó Miguel —podía alzar á la vulgaridad y á la tontez generales del fangal y del terraguero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras. Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas, pueden excitar á este vulgo cansado y abatido—pensó también—, y por eso creó á Sancho y quiso, no sin gran dolor de su corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica. No se ve claro aún el porvenir ni se vislumbra si tendremos redención ó quedaremos en tal estado— meditó después—, y dejó acabar la primera parte con una gran perplejidad para él mismo y para el lector.

No olvidemos que esto pasaba en 1603, cuando aún no existía el Felipe III de Velázquez. El caballero andante había sido enjaulado por loco, pero vivo se hallaba y podía volver á salir pidiendo guerra y el escudero se prometía aún nuevas ganancias. El yelmo de Mambrino era bacía, eso teníanlo por indudable cuantos le palparon, pero aún más grabados que esta convicción, estaban en sus almas los conceptos sublimes de labios de Don Quijote caídos. La cabra errante del malhumorado pastor sujeta estaba, pero aún podía salir huyendo de los imaginados ó reales lobos que la perseguían.

Quedaban, pues, la obra y el pensamiento de Miguel en relación con la realidad en que vivía, no en distinta situación de aquella en que el gallardo vizcaíno y el valeroso Don Quijote quedaron antes que los enhebrase al hilo de su pluma el sabio Cide Hamete. Y reflexionando Cervantes sobre esto, notaba y hacía notar, marcándolo aquí y allá, y recalcándolo en tal ó cual pasaje, cómo, en suma, aquel caso por él concebido era la imagen de la vida entera y no ya sólo el particular reflejo de un estado social que podía seguir adelante ó transformarse radicalmente, que podía ser una siesta, un sueño ó un letargo. Turbados y confusos dejaba á los lectores, porque turbado y confuso estaba él, pero no tanto que no dejase abierta la puerta ó entornada por lo menos, para que una mano bienhechora ó un vientecillo sutil ó un huracán, la abriesen y dieran acceso á la esperanza.

No estaba Cervantes enteramente desesperanzado, no podía estarlo, conociendo á España, la resucitada eterna, y conociéndose á sí mismo, que de tales y tan recios trances había salido con vida, y apreciando en lo justo el valor de su obra. De la posteridad estaba seguro. Tratábase tan sólo, en la ocasión presente, de asegurar el día de hoy y el de mañana, en los que nunca pensó Miguel con la necesaria tenacidad y el indispensable empeño. El mundo grande, lo que fuera de España y del tiempo actual presentía, de sobra conoció él que no había de escapársele. El mundo pequeño era el que necesitaba conquistar y el momento presente, puesto que la vejez se acercaba y el sosiego del anochocer no venía á su agitado corazón.

Y ocurrió entonces el caso, menos raro de lo que suele pensarse, de que la visión artística de la realidad, en la forja y composición del Quijote adquirida y perfeccionada, le sirviese de pauta para encarrilar sobre ella su vida ó intentarlo cuando menos. No maldigamos nunca á los libros ajenos ni á los propios, ni á las locuras y á las corduras que engendran. De sí mismo había partido Miguel, de los contrastes, batallas y apuros porque había pasado en su existencia, y de ello saltó á los libros de caballerías que le esclarecieron y le ensancharon el horizonte, y en este ensanchamiento y claridad vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él.

Elástico ya su espíritu, se recogió en sí mismo, á sí mismo volvió, aunque ya no era, ¿cómo había de ser?, el mismo de antes. Si cualquier fruslería, unos amores fracasados, una cuestioncilla de amor propio, una obra teatral ó un discurso que tengan éxito nos transforman y nos vuelven otros, ¿qué transformación no sería la de Miguel después de escribir la primera parte del QUIJOTE y coincidiendo precisamente con el cambio que en todas las clases y estados de la nación se verificaba, manifiestamente? Cuáles serían los aumentos y las inesperadas grandezas de su alma rica por fin y más que rica opulenta, apenas podemos imaginarlo.

Quizás entonces, con melancolía honda cayó en la cuenta de su error pasado y pensó cuánto mejor le hubiera sido seguir escribiendo novelas y comedias y no meterse en las andanzas de comisario de abastos y cobrador de rentas y alcabalas: quizás, después de pensar esto, se hizo cargo de que no había perdido aquellos veinte años, durante los cuales el héroe y el poeta se convirtieron en lo mejor, en lo único que se puede ser en este bajo mundo, pues á ello nos envían: en un hombre, tan hombre que los demás con razón le llamasen genio. En el mundo no había que perder, en realidad, más

que la vida: lo demás no eran pérdidas, ó cuando lo fuesen, medios había para trocarlas en ganancias seguras y perdurables. Y la vida por él presentada en el libro inmortal, aún no quería soltarle: y vivo estaba también Don Quijote.

La patente de vida más enérgica, más original, más alegre, más demostrativa del dominio de sí mismo y de la galanura y contento y lozanía de su alma la escribió Cervantes, componiendo el maravilloso, el donosísimo, el archimoderno, el suelto, el ligero, el agudo prólogo del QUIJOTE, los versos de cabo roto y los demás en que, por cierto, sin gran disimulo, ataca resueltamente á Lope, quien, cediendo á su versátil condición se había enojado con Cervantes, á quien creía autor del soneto de cabo roto también que contra él y contra sus obras compuso D. Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el soné-

Quizás fué entonces, cuando Lope lanzó otro suyo insultante y procacísimo contra Miguel. Fuera así ó no, Miguel veía que la atmósfera de gurruminez y de minucia en que estaba envuelto lo más alto de la nación contaminaba también á los hombres á quienes él conocía por genios de primer orden, como Lope y Góngora.

Apenas apartados un momento de la tiesura y rigidez retórica anterior á Cervantes, los literatos volvían á ser literatos, políticos los políticos y la realidad se empequeñecía, circunscribiendo á los hombres y engurruñéndoles dentro de su oficio. Divino oficio, en manos de Lope y de Góngora, pero oficio al cabo, con todas sus rutinas y sus patalallanas.

Veía también Cervantes cómo la masa no lograba tener color definido, ni anhelos que la calificaran y concretasen, y en tanto, las individualidades poderosísimas que en tan fecunda época iban naciendo y trabajando, daban golpes en vago, batíanse con fantásticos gigantes y emprendían hazañas teatrales, como las de Lope, únicas que lograban sacar de su modorra al vulgo de abajo, ó caballerías culteranas, como las de Góngora, únicas que despertaban la atención del vulgo de arriba. La sociedad ficticia, que era reflejo del teatro ó de la cual el teatro era reflejo, pues algo de ambas cosas ocurriría y cuya existencia notara ya Cervantes en su último viaje á la corte, había crecido: las teatrales costumbres, que suelen reemplazar á las heroicas en los comienzos de toda decadencia, se abrían paso y se desarrollaban hasta dominar en todas las clases de la sociedad. Los originales de Lope y los de Tirso pululaban ya en Madrid, en Toledo, en Valladolid, y al sutilizarse las sensaciones femeninas y las masculinas, que, al cabo, no son sino ecos de ellas, comenzaban á apuntar aquí y allá las debilidades y las excitaciones inesperadas y el *titititi* casi epiléptico de la melindrosa Belisa comenzaba á correr como un escarabajeo por pechos y espaldas de las mujeres, que guiaban á los hombres entonces, como ahora.

Nació en aquel tiempo lo que llamamos neurastenia, hiperestesia y otra porción de nombres raros, que no indican sino falta de robustez. Al rey linfático y clorótico y á la grandeza educada por frailes biliosos, neuróticos y candidatos á la locura en cualquier otro clima y lugar menos propicios á la paradoja y al absurdo como regímenes de vida, correspondían una sociedad inquieta, trastornada, incapaz ya de acciones grandes, ansiosa de emociones fingidas, amante del teatro.

En tal concepto, DON QUIJOTE era un libro de caballerías hecho para castigar aquellos nervios, un revulsivo para la piel amarilleada en el encierro místico, y en las metafísicas amorosas aridecida, un libro azote, un libro martillo, un libro antorcha; y su elaboración no estaba concluída aún ni mucho menos, porque Cervantes no había acabado de penetrar en lo espeso de la sociedad española, que ya no se hallaba en la plácida Sevilla, sino en los secos y enjutos lugarones acortesanados, en Madrid y en Valladolid; y ya se nota que en la primera parte del QUIJOTE hay locos, pero no hay enfermos y ya se reparará cómo en la segunda parte la duquesa tiene la fuente de que nos habla doña Rodríguez, y el hijo del caballero del Verde Gabán adolece de otra enfermedad característica, que se llama decadentismo poético, y Basilio, el pobre, está á punto de suicidarse por los amores... Por eso la segunda parte encierra ya lo irremediable, mientras que en la primera queda ancho lugar á la duda, que es una con la esperanza.

Desde la grandeza augusta del Escorial, la corte de España, cediendo á conveniencias del omnipotente Lerma, se había trasladado á Valladolid. Era ésta una prueba á que el orgulloso duque quería someter al rey, primero, cuya vacilante voluntad cedió pronto, y además á los otros cortesanos. Ya sabía Lerma que quienes se mudasen desde luego y de buen grado á Valladolid eran los suyos, los afectos, los incondicionales, como dicen ahora. Quería hacer un recuento de la gente noble, como hizo otro recuento de la gente rica, mandando que cuantas personas tuviesen plata

en sus casas la mostrasen, bajo las más severas penas.

Iniciaba Lerma con esto el funestísimo error en que desde entonces han vivido en España todos los políticos conservadores, para quienes no ha habido en la nación más gente atendible y considerable que los nobles y los ricos, sin echar de ver que sólo con nobles y ricos no se gobierna, porque no es posible gobernar con los menos, cuando los menos valen poco. Tímida y medrosa iba saliendo la plata de los escondrijos y alacenas; medrosos y tímidos se mostraban ya cuantos poseían algo. Los grandes de España, que ya no iban á la guerra y vivían de fanfarrias y fingimientos exteriores, solían estar empeñados. Los burgueses que en sus arcas, en aquellas famosas y numerosísimas arcas donde se vendía el buen paño, según el refrán inventado por la desidia española, guardaban el metal rico, se apocaban y amezquinaban cada vez más. Nació entonces también la burguesía medrosica, amiga del apartamiento y de la reserva, de la cual es modelo el caballero del Verde Gabán; raza de sesudos, de sensatos, de mesurados, de ahorrativos, de egoístas, en suma, que para nada bueno sirve si no hay quien sepa aguijarla y dirigirla. También para éstos eran necesarias las caballerías de Don Quijote y las gracias de Sancho. Aquellos burgueses no reían si no se les pinchaba un poco; su risa no era franca y noble, sensual y voluptuosa, como la de los gordos y lucios sevillanos de las barbas floridas, risa sin segunda intención, cual la del maestro Baltasar del Alcázar; sino que había de ser risa maliciosa provocada con cosquillas en el corazón, un poco miedosa, un poco ladina, risa como la del QUIJOTE después aguzada y agravada hasta el más vivo dolor por la pluma lanceta de Quevedo, cuyas cosquillas hacen brotar sangre.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

Excmo. Sr. Conde de Mejorada del Campo, alcalde de Madrid.

El 26 de Septiembre de 1604 concedió licencia el Rey para que la primera parte del QUIJOTE fuera impresa. Solían concederse estas licencias cuando ya la impresión estaba concluída ó bien adelantada. El 20 de Diciembre es la fecha de la tasa. Desde entonces no se puede señalar día seguro á la aparición del QUIJOTE. Pudo salir en Enero, en Febrero ó después, no después de Mayo, pues no hubiera dado tiempo á las nuevas ediciones que en el mismo año de 1605 se hicieron. La duda propuesta por el insigne Pérez Pastor sobre si salió antes de 1605, él mismo la ha absuelto, estudiando bien los libros de la Hermandad de Impresores de Madrid.

No ha averiguado nadie, en cambio, lo que el QUIJOTE valió en dinero á su autor, que ciertamente no debió de ser mucho ni sacar de ahogos á Cervantes, pues aun cuando los literatos vaticinaron con sus envidias el buen éxito del libro y Miguel lo presintiese, no ha de suponerse que tales razones *á priori* convencerían á Francisco de Robles para que pagase á su amigo una gran cantidad por

la venta del privilegio. Injusto es pintar á Francisco de Robles como un editor codicioso é interesado que explotó á Cervantes. Al contrario, bien se ve que en sus tratos procedieron amistosamente y como antiguos conocidos. Indudable es también que Cervantes no cogió todo el dinero de una vez, sino que la prematura fama de su obra le dió pie para pedir á Robles varios anticipos sobre ella.

Pero si económicamente no le sacó de ningún apuro, moralmente la obra hizo surgir de un salto el nombre de Cervantes en el ánimo del mundo entero, por cima de los más altos y universales, y no menos que junto al de Lope de Vega y enfrente de él.

Había Lope despertado la popularidad que antes de él no existía, llamando al público de la nación entera con los gritos y acciones del teatro, á literatos é iliteratos comprensibles: la excitación producida por las obras de Lope iba ya convirtiendo hacia los libros de amenidad y recreación los ojos lectores. Ya se ve que eran populares el Lazarillo y el Guzmán de Alfarache y la Celestina, y que iban ganándoles terreno á los libros devotos y á los libros de caballerías. No obstante, popularidad tan grande ni tan rápida como la del QUIJOTE no se había conocido jamás. Cinco ediciones se hicieron ó se sabe hasta ahora que se hicieron en aquel año 1605. El nombre de Cervantes, que no crecía en la boca ni en la pluma de los otros poetas, como hasta entonces solió suceder, se agigantaba en los labios del vulgo, de aquel vulgo cuyos instintos se habían educado en el teatro y que ya formaba donde quiera eso que hoy llamamos *público*, *opinión*, esos millares de ignorantes que componen un sabio infalible, esos millares de juicios ligeros y vanos que, unidos, forman el juicio más seguro y, á la larga, el único aceptable. ¿Por dónde andaba este público? ¿Quién era? ¿Dónde se le encontraba? Dos siglos después se hacía esta pregunta el gran Fígaro y no acertaba á responderla.

El QUIJOTE estaba en manos de todo el mundo, en las posadas, en las covachuelas, en los palacios, en los bufetes de los señores graves y en las aulas de la juventud loca. Los tipos de Don Quijote y de Sancho hallaron instantáneamente en la humanidad el eco favorable á sus palabras, la atmósfera propicia á sus ideas y á sus hechos. Rara vez libro alguno apareció con tanta oportunidad. Miguel corroboraba entonces su opinión. No habían sido perdidos sus veinte años de malandanzas. En ese tiempo las ideas habían caminado, los gustos habían cambiado, las sensaciones se habían trocado. La transformación era enorme, crítica: enorme también la obra que de ella saltaba.

Todo el mundo, en su fuero interno, se reconocía como un poco Don Quijote, como un poco Sancho Panza, y nadie se enfadaba por ello. El mote de Sancho Panza corrió por el Palacio Real y fué pronto aplicado al P. Luis de Aliaga, que era el confesor del Rey, hombre gordo y rústicamente ladino.

Los dichos y refranes del escudero y las locuras del caballero se hicieron patrimonio común, como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero ingenioso hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo.

La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

Diez años median entre la primera y la segunda parte del QUIJOTE: de 1605 á 1615.

Al terminar la segunda parte del QUIJOTE y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*, se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la agilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la fecundidad en el imaginar tan enorme, que les hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó. Desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones brincos gallardos, y sus caídas, efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al QUIJOTE, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros la dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden»; de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia». El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el QUIJOTE. En todos los lugares citados y en otros muchos del QUIJOTE, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el Conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el QUIJOTE. «Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de Persilis *(sic)* y *Sigismunda*, libro á que daré fin dentro de quatro meses, *Deo Volente*, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q̃ me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible».

PERSONAJES DEL CENTENARIO

Excmo. Sr. Marqués de Ibarra, presidente de la Diputación provincial.

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las alabanzas que un padre viejo hace de su Benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del QUIJOTE se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esta teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del QUIJOTE.

La segunda parte del QUIJOTE marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntar la dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por forturna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos lindos señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminan-

te, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez: Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del QUIJOTE no es *literatura*, como no son *pintura* las *Meninas*. La Naturaleza escoge á veces un hombre de éstos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del QUIJOTE, es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura le importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las Meninas* y el otro escribió el segundo QUIJOTE. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo: niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes, y fué un poco, no más que un poco, *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios *à posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y examinaba atentamente el viejo Miguel su obra, y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendraban, y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Vense en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus procederes. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discurrir, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco, el abuelo de Mefistófeles. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en son de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes, siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada; pero os minará el terreno á vuestras espaldas, y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquellas de que está empedrado el infierno), y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción, millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos, y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa, y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensato que no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatirlas, llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas; no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo, y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no menos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver

un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazurrismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Véis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapaterrón sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta segunda parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dais cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra, comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no menos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, menos duro de mollera y hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué esto? Porque en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos, y de ellos se puede sacar mucho. *Todas* nuestras locuras – dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el dios Neptuno –, *proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire*. Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del cerebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero – piensa con gran acierto el cura – se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos son, mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el confronte con la carreta de los comediantes, llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». Conmovedora es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones hondas, Sansón se llama y Sansón es, y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de Don Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos, como el Duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba; y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino Tomé Cecial: «Mi amo no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón, y no me amaño á dejarle por más disparates que haga». Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro, y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á obscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora, y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza, y le hace digno de la compañía y del amor de su amo Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras, y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuan-

do vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadises y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Por qué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no basta á hacer de Don Quijote el verdadero caballero andante que es más en la segunda parte que en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la resolución y denuedo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña, en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras:

—Cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería; la razón y la verdad, que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagradecidas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña.

Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin desdoro.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos, por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

Componer un libro con protagonista, si éste es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido le caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagaz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el Justo: *Todo se ha consumado.*

En la primera parte, la fiereza y el brío con que van sucediéndose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de fatigar á sus lectores, cohiben un poco á Cervantes, Don Quijote se enseñorea de su autor como de sus leyentes: Don Quijote vuelve á su pueblo vencido, mas no convencido. En la segunda parte, Don Quijote se ha avejentado mucho; ¿no lo notáis? Por él han pasado más años de los que transcurrieron entre la publicación del primer libro y la del segundo. Este segundo es un libro cien veces superior á todos los demás, ¿por qué? porque es un libro cuyo principal asunto son desilusiones y desencantos de un viejo eternamente joven, es decir, lo más interesante é instructivo de cuanto escribirse puede. El primer QUIJOTE no vale más que el primer *Fausto;* pero comparad las segundas partes de ambos poemas, y con ser esencialmente el mismo su pensamiento, notaréis al punto la seguridad con que Cervantes supo resolver todas las dificultades y rematar su obra de manera que á todos los tiempos y á todos los hombres dejase consolados, mientras que á Goethe le faltó en el momento más preciso la fortaleza y la confianza en su genio y lo echó todo á barato, creyendo deslumbrar á sus lectores con alardes de escenografía épica por él aprendidos en Italia. Comparad el frío que os queda en el corazón al terminar el segundo *Fausto* y la caliente, humana, melancólica emoción con que leeis el último capítulo del QUIJOTE. La causa de esta diferencia es notoria, clara, y la dió aquel caballero francés que, hablando de Cervantes con el licenciado Márquez de Torres, le decía: —Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia—. Un hombre feliz, rico, dichoso, amado, como Goethe, un viejo pagano, clásicamente impasible como él, no puede escribir la segunda parte del QUIJOTE; Goethe no posee el arte que á Cervantes le enseñó la vida suya, de convertir una lágrima y una mueca de dolor en sonrisa y una sonrisa en carcajada. No poseía el Gran Pagano el *quid* supremo del humorismo, expresión la más alta á que puede llegar el humano ingenio.

Además, Goethe no era católico, y Cervantes sí. A última hora, después de haber sufrido todas las desventuras, el viejo hidalgo cayó en la cuenta tristísima de que aún le quedaba por resolver el máximo problema, el del sentimiento: y á última hora se acogió á sagrado y puso la esperanza en lo incognoscible, ya que de lo conocido no podía fiarse. A esta última ilusión, ó á esta última esperanza, supo asirse en los trances postreros de su vida. Murió feliz, porque esperando murió. ¿Percibís la diferencia? Goethe hubiera desencantado á Dulcinea y hubiese llevado á Aldonza Lorenzo al pie del lecho mortuorio de Don Quijote, seguro de aquello que él mismo dijo:

> La mozuela que, hecha un pingo,
> barre el sábado mejor,
> es la que con más amor
> te acariciará el domingo.

A pesar de sus paganismos y de sus refinamientos, allegados en Italia, Goethe es un tudesco, á quien tal vez en una posada ó venta no hubiese detenido el hedor de Maritornes; mientras que Cervantes... ¡ah! Cervantes, el hidalgo español, es la más acabada representación de la finura humana, y su caballero, como dice un autor inglés, el prototipo del *gentleman* de todos los tiempos, sensible á la más leve indelicadeza.

Vedle así en casa del caballero del Verde Gabán: Don Quijote no está conforme, ni con el patriarcal régimen de vida que allí se lleva, ni con las relamidas razones y los cortesanos versos del hijo poeta que le ha salido al buen Don Diego; pero Don Quijote sabe contentar á padre é hijo, proceder con la más noble cortesía, ser superior á los mejores, más fino y delicado que quienes mayormente lo sean. El caballero del Verde Gabán se pasma al ver cómo un hombre tan loco cual hace falta estarlo para acometer la aventura de los leones, habla y obra bajo techado con tan refinada cortesanía. El caballero del Verde Gabán no comprende que de la hartura del corazón habla la boca. Vase Don Quijote, y aquella apañada burguesa, tranquila y sosegadísima familia, se queda en profunda perplejidad. Lo que Don Diego de Miranda y su esposa Doña Cristina y su hijo Don Lorenzo sintieron y pensaron al partirse de allí Don Quijote, no lo dijo el autor, quien dejó tantos placeres y regalos á sus lectores cuantos cabos sueltos quedaron en su obra, pero cada cual puede imaginarse cómo al pasar Don Quijote por aquella casa honesta y recogida del discreto caballero, pasó con él la ilusión y la alegría heroica que sólo una vez nos visita en nuestras pobres soledades.

Tampoco Cervantes estaba conforme con el modelo de vida feliz ó de *aurea mediocritas* presentado en Don Diego y en la imagen horaciana de su casa solariega; pero el considerarlo así nos lo dejaba á nosotros. Torpe hace falta ser para pensar que tras la verdademente heroica proeza de los leones, ponía la pintura del egoísta y confortable reposo de Don Diego para preferirle y presentarle como una perfecta condición de vida. Amaba Cervantes á Horacio el cuarentón, pero seguir, seguía, y admirar, admiraba á Homero, que tiene eternamente veinte años. Para que más se recalcase, á la visión de Horacio en casa del caballero del Verde Gabán, seguía una visión de Petronio ó de Rabelais en las bodas de Camacho.

Créese que este episodio lo compuso Cervantes sólo para Sancho; para que Sancho engullese, trasegara, se ahitase y largase tres ó cuatro chistes entre cuatro ó seis regüeldos: ¡error indudable! En las bodas de Camacho habla poco y hace menos Don Quijote. El espectáculo de la abundancia grosera, de la felicidad material, no turba sus sentidos ni le hace proferir una sola palabra; pero en medio de tan carnal visión, que despierta en nuestra me-

moria los gratos recuerdos del Arcipreste de Hita y de su pantagruélica batalla de carnes y pescados, surge la desdicha amorosa con el suceso de Basilio el pobre, y allí todo se espiritualiza, y allí Don Quijote habla, y el autor siente y canta con igual simpatía el amor de Basilio y la generosidad de Camacho, como quiera que, al final de la vida, Cervantes se encuentra persuadido de que tan de estimar so un fino enamorado, pronto á matarse ó á morir por el amor, como un rico espléndido á quien no le duelen liberalidades.

No piensa entonces Cervantes ni lo mismo que Don Quijote ni lo mismo que Sancho, sino al par de los dos. El contraste va fundiéndose, la diferencia radical esfumándose, el autor haciéndose cargo de que una es la naturaleza humana explicables todas sus contradicciones y conciliables sus antagonismos.

Antes que Kant y con mayor claridad que él ha visto el autor del Quijote, y humanamente ha pintado diferencia entre el sentido común, consenso, universal ó conciencia inferior, llamado *razón práctica*, y la razón suprema, que está por cima de los hechos y es conciencia común á éstos y las ideas, la *razón pura*. Y antes que Kant y mejor que él ha resuelto y fundido humanamente la oposición, llegando á la identidad de los contrarios, á la armonía y síntesis superior de la naturaleza humana, porque la compañía y el trato de Don Quijote, *razón pura*, llegan á ennoblecer y educar la rastrera razón práctica, el bajo sentido común de Sancho, y todo lector que no sea un belitre percibe cómo van armonizándose los sentimientos y las ideas del amo y del mozo, subiendo éste algo, bajando aquél un poquillo, hasta ser uno los dos espíritus. Nótase, con esto, cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad, van trocándose en discurso razonable, humano y proporcionado. Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación social del escudero por el caballero y viceversa, que ya tenía sus raíces en muchos libros medioevales, como los de D. Juan Manuel. Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera, pero más racional y más bueno que Nieztsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima á él, y con ello da un alto ejemplo de filosofía. No conocía el benigno Miguel esas petulancias y odiosas palabras despreciativas del literaturismo reciente hacia la gente humilde: para él no había *burgueses, filisteos*, ni *vulgo*, en el mal sentido del vocablo.

Pero el libro de caballerías sigue adelante y á la poderosa inhalación de realidad prosaica que los dos héroes acaban de recibir, es menester que suceda algo tan disparatado, increíble y fantástico cual el relato de la cueva de Montesinos. Aquí surge un nuevo ligamen secreto entre Don Quijote y Sancho, ya unidos irremisiblemente por el encanto

PERSONAJES DEL CENTENARIO

D. Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

CONCEJALES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sr. Marqués de Portago.

Sr. Ruiz Jiménez.

Sr. Marqués de Tovar.

Sr. Marqués de Cubas.

Sr. Anido.

Sr. del Aguila.

Sr. Duque de Arévalo del Rey.

Sr. Paz.

Sr. Catalina.

Sr. Quirós Martín.

Sr. Estelat.

Sr. Benito Chavarri.

Sr. de Blas.

Sr. Díez Vicario.

Sr. Díez.

Sr. Gómez Avila.

Sr. de Gabriel.

Sr. Arroyo Aldama.

Sr. Prast.

Sr. Ruano, secretario del Ayuntamiento de Madrid.

de Dulcinea. Movido quizás por la socarronería del primo del licenciado, de aquel estudiante que acompaña á señor y escudero en la excursión á la cueva y cuya presencia y palabras perturban y desasosiegan á los dos, no acostumbrados á que nadie se entremezcle en sus coloquios y aventuras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale menos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado, y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no pudiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusiones que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose, de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en ésta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana: el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don Quijote iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo, con quien ha tratado hasta entonces; sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin, se le considera como á un loco,

bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesanas, habituadas al fingimiento y á la mentira, no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección!

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso hidalgo manchego, tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza; y quizá, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la altanera, desconsiderada y frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo ó, quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo á Don Quijote, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la insula Barataria á Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados, quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y después que los duques, habían tratado á Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó, cuando menos, se compadecían de sus desvaríos y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables propósitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho daño, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederes. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos que, al volver el pobre caballero, vencido de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada, sin gusto ni arte, como broma refrita y manida que de las que anteriormente imaginaron les sobró, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique á los duques de muy discretos y delicados, y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero, cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortesanar á pastores y aldeanos y para levantar á lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que á Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los señores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio, y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es—Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales—llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protección de quien nunca le vió á la necesidad el feo rostro. No se predican ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artesón, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sentó nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres á quienes el sol tostó las faces y la doblez no les arrugó los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa?

Alegre por demás sacaba á Don Quijote su autor, del palacio ó castillo de los duques y le volvía á poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido á la casa. Tornaba á sus andanzas el caballero, y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes ve, como ha visto siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como ésta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque

Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia, regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor, al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura, era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán hondamente nota el autor del QUIJOTE, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de D. Juan y de D. Alvaro, de D. Lope de Figueroa y de D. Manuel de León. Llevadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle de León. Con esa vida sueña, y no con la regalona medianía de D. Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es menester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á erguir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para «la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido». Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el don de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de bajeza? ¿Y á quién no saca por última vez de la melancolía, por tales sucesos provocada, el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele, y, no repuesto aún del amargor de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino; perros la siguen: mal agüero es aquél. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuelve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno. Nos apesadumbra no tanto el que Don Quijote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro ser que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, al final, y trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

Así es como, según mi humilde entender, se hizo EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

LA IMITACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

por Antonio Palomero.

En el viejo solar castellano, entristecido y silencioso por el derrumbamiento de sus grandezas, resonaron no ha mucho tiempo las voces destempladas, áridas é infecundas de los apóstoles de la previsión y de la cordura. Pobres comentaristas de la desgracia, ellos buscaban afanosos las causas de todos nuestros males y ofrecían el oportuno catálogo de sus remedios. Y en nombre y representación de los grandes y de los pequeños, de los altos y de los bajos, de las clases directoras y de las clases dirigidas, trataron de limpiarse recíprocamente de toda culpa señalando los vicios ajenos, por si ello justificaba la falta de las virtudes propias... ¡Labor estéril y enseñanza triste!... Con el estrépito de aquellas disputas, tal vez trataran de apagar la voz sincera que interiormente les acusaba. Por fin convinieron en que la falta era colectiva, y acordaron en su consecuencia, cegar los escondidos manantiales cuyas aguas puras y cristalinas ellos mismos enturbiaron y removieron. Se echó entonces la llave al sepulcro del Cid y se decretó la muerte de Don Quijote.

D. Antonio Palomero.

No ignoraban que el héroe legendario podía ganar batallas después de muerto; pero confiaban en la seguridad de las llaves modernas, y mayormente en la falta de ese soplo, más divino que humano, necesario para ciertas resurrecciones. No se vislumbraba, camino de aquella tumba, la claridad precursora de un redentor... Y así, su acción ingrata parecía modelo de prudencia previsora...

No ignoraban tampoco que la muerte de Don Quijote, sobre ser llorada amargamente y con sincero dolor sentida, sería tal vez castigada con severidad. Y entonces, para evitar sospechas y para eludir castigos, vitorearon á Don Alonso de Quijano, el *Bueno*. Ahora mismo ha vuelto á resonar este viva, que sigue siendo una sentencia condenatoria contra el admirable caballero... Por fortuna, los espíritus fuertes y animosos, los creyentes en el porvenir, los que son incapaces de cortar á la vida sus blancas y ligeras alas que la sostienen en inefables excursiones, están dispuestos siempre á defender al hidalgo sin par, cuyos hechos llenaron las edades y los pueblos. Y por único Señor le proclaman, digno de admiración y reverencia, y por guía le escogen, y sus pasos siguen y aspiran á imitar sus haza-

ñas... ¡Viva, viva Don Quijote de la Mancha!...

Mas, ¿quién es ese Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, que ha merecido tan inoportunos como injustos homenajes?...

Don Alonso de Quijano es aquel hidalgo de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza, que vivió en un lugar de la Mancha cerca de cincuenta años una vida ociosa y regalada. Con suficiente hacienda para no temer las asechanzas de la miseria, sin cuidados ni preocupaciones que le inquietaran el ánimo, bien atendido por su ama de gobierno y por su sobrina y estimado por todos sus convecinos, Don Alonso de Quijano fué uno más en la inmensa legión de los innominados que forma parte de la Humanidad porque participa de los caracteres de la especie... Seres vulgares, seres faltos de la chispa que produce los incendios, granos de arena incapaces de ser montaña sino todos juntos, van pisando las huellas impresas en el polvo por los anteriores caminantes, y más que andar, dijérase que se deslizan por la pendiente de los años... Con un amor ardiente ó con una conmiseración suprema, registrase su existencia colectiva y se les perdona el grave delito de no haber sido, porque por él hicieron propicia la formación de las superiores personalidades. ¡Que sólo sirve el llano para acusar el nivel de las cumbres!

La crónica del admirable Caballero, extensa y prolija para todas sus hazañas, sólo dedica unas cuantas líneas á Don Alonso de Quijano. No merece más, ni tampoco las necesita. Pero he aquí que el hidalgo manchego empieza á empapar sus ocios con lecturas encantadoras: se entera entonces de que hay algo en el mundo capaz de elevar los corazones, armar los brazos y sacudir los espíritus; se entera también de que hay otras empresas más nobles y levantadas que el humilde cumplimiento de los menesteres de la vida.. Ha buscado su personalidad y la encuentra; ha buceado en su interior, hasta dar con el tesoro que todos tienen y que pocos hallan. Puede, por fin, repetir la frase del filósofo. Va á lanzar su *quos ego*. Entonces nace verdaderamente á la verdadera vida. Y él mismo comprende que ha de cambiar hasta de nombre. Ya no es Don Alonso de Quijano, sino Don Quijote de la Mancha... ¿Con qué derecho se puede enaltecer á ese hombre antiguo, á quien el hombre nuevo olvida y abandona?

Ciertos espíritus desencantados, tal vez rendidos del viaje de vuelta de las ideas, y algunos creyentes en la inutilidad del esfuerzo que arribaron á las playas del misticismo, escogen para justificar su entusiasmo por Don Alonso de Quijano, aquel momento en que resucita la razón de Don Quijote, tendido en el lecho, después de su derrota y vencimiento. He aquí una amarga ironía que no tiene disculpa posible. Si no fuera sincera la admiración por ese terrible instante en que el Ingenioso Hidalgo declara ante los suyos que ya no es Don Quijote de la Mancha, sino Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, parecería una crueldad excesiva. Esa declaración está hecha á las puertas de la muerte; y sólo pudiera abdicar de su personalidad el esforzado caballero cuando las fuerzas le huyen y el ánimo le falta y siente la honda y definitiva tristeza del acabamiento de sus altos destinos. «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño», dice con intensa melancolía; y al perder la sana alegría que ha iluminado su vida aventurera, vuelve á la obscuridad de su razón para emprender el viaje á la obscuridad eterna. La tristeza le mata. Entonces quieren retenerle los mismos que le derrotaron; y se oye el más alto consejo de Sancho Panza: «la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir sin más ni más...» Ya es tarde, porque la herida es mortal, y la muerte se presenta queda, silenciosamente, con el respeto que su víctima merece... Esta es la primera aventura de Don Alonso de Quijano, y también la última salida de Don Quijote de la Mancha. ¿Proseguirá sus hazañas en esa región de que nos hablan otros dulces, piadosos, inspirados libros de caballerías?...

Una inmensa piedad, una compasión infinita produce ese inesperado despertar del hombre antiguo, cuando el hombre nuevo da por acabada su misión. Piedad para su derrota, compasión para sus amargos recuerdos... ¡Y se dan vivas á esas ruinas, más lamentables cuanto más gloriosas!... El mismo historiador ha comprendido que si es difícil soportar la pobreza después de la fortuna, es imposible conllevar la razón fría después de poseer la cálida locura. Por eso su ex héroe sólo puede resistir unas cuantas horas en su nuevo estado. Cuando se ha sido Don Quijote de la Mancha, ya no se puede vivir ni aun como Don Alonso de Quijano, *el Optimo*.

Olvidemos, pues, á Don Alonso de Quijano, y defendamos, admiremos, ensalcemos é imitemos á nuestro señor Don Quijote.

Modelo el más alto, el más noble, el más puro del grande y generoso idealismo que hace brotar todas las flores de la tierra, su paso por el mundo ha dejado una estela luminosa que guía á los espíritus ardientes y exaltados. Como su hermano Fausto, persiguió lo imposible en inquieta y desasosegada persecución, símbolo de la ambiciosa inteligencia humana; mas no tuvo, como Fausto, que hacer pacto con las ocultas fuerzas, porque en las suyas propias halló potencia suficiente, ni tuvo tampoco que detener el tiempo, pues supo caminar de frente al porvenir sin interrumpir el curso de la historia... ¿Y se le llama loco? Bien; pero su locura sublime, abnegada, constelada por todas las virtudes, es ciertamente más estimable que la cortadura estúpida y rampante de que hacen profesión y sacerdocio las almas condenadas á la eterna mediocridad del limbo. Y no fué la suya una locura contemplativa, de esas que encierran en marfileñas torres la suave claridad de sus destellos; no fué sino dinámica, activa, toda ella acción, movimiento, esfuerzo... Los mismos profesionales de la ciencia que la clasifican con su natural rigorismo metódico, llámanla hiperbólica, de exceso de voluntad, y convienen en que jamás otro ser pasó con facilidad tan extraordinaria de la idea á la acción, del pensamiento á la obra. Es cierto; dijérase que á veces tuvo la adecuación perfecta de la potencia con el acto, condición exclusiva de lo divino, según Santo Tomás.

¿Y no nos será permitido dudar un poco de la locura de Don Quijote? Todas las altas unidades humanas se vieron condenadas con ese extraño mote, en nombre de cierto sentido burgués que ha buscado luego hasta el amparo de la ciencia; pero será preciso convenir en que todas ellas fueron después clasificadas como sabios, como conquistadores, como apóstoles, como poetas, como artistas, cuando, desaparecido el tiempo que intraquilizaron con su acción fecunda, triunfaron sus doctrinas y sus obras... Aquella persecución es la venganza de las pobres gentes que no pudieron entrar en el reino de los sueños; reino ideal, extraviado y perdido en la geografía de Caliban, y reservado para los que han sentido en el alma el roce viscoso de todas las reales impurezas. Confiemos en el triunfo de Don Quijote y esperemos que le levanten el veto los mismos que hoy propalan su locura de inadaptado, sin comprender que jamás se adaptan los espíritus superiores, y que esa adaptación al medio sólo es una fuerza para la lucha por la existencia.

Don Quijote no la necesitaba. Para luchar por algo más que por la prosaica conquista de los días y de las horas, escogió libremente su profesión de caballero andante, «que es tan buena como la de la poesía y aun dos deditos más»; mantenedor de la verdad, «aunque cueste la vida el defenderla», tuvo la suya en constante peligro, en perpetua incomodidad, en permanente desasosiego. Nadie le ha superado ni aun igualado, en firmeza, en constancia, en voluntad. Eterno y confiado optimista, fué fuerte porque tuvo el sentimiento de su propia superioridad, y, por lo tanto, esa ciega confianza en sí mismo, que es raíz y asiento de los grandes caracteres y el arma más poderosa é invencible. Hizo su obra, y esto bastó para fortificarle. Vivió su propia vida, y eso basta para su grandeza. Creyó que lo que era verdadero para él, era verdadero para todos... ¿No es esto el genio, según Emerson? Esta es la fe, la verdadera fe para todos los hombres de buena voluntad.

¡Oh, grande, inmenso poeta!... Por las desoladas llanuras de la Mancha, en la abrupta sierra, en la cueva obscura y en el alegre prado, en la incómoda venta y en el amplio palacio ducal, en todas partes, en fin, engrandeció las personas y las cosas, echando sobre ellas el impalpable y misterioso velo de la reina Mab. Para olvidar el pequeño y miserable mundo que le rodeaba, evocó el mundo superior que llevaba dentro, y comparando siempre lo vivido con lo soñado, quiso demostrar, sin duda, que á veces la realidad es una metáfora del ensueño...

¿Quién será el audaz que le contradiga? ¿Quién podrá olvidar que nada es como es, sino como nosotros queremos que sea? El mundo está preñado de misterios; bajo la dura corteza que sostiene nuestras plantas, sobre nuestras cabezas triunfadoras que se yerguen desafiando á los espacios, late rítmica y sosegada el alma universal que se complace, de vez en vez, en comunicarnos sus secretos. Todo lo positivo ha sido maravilloso, sin que deje de ser una maravilla. Las fuerzas conquistadas y hoy en nuestro poder y á nuestro servicio, fueron ayer enigmas espantables y temidos; y los arcanos de hoy serán las inconcusas verdades de mañana. La esfinge mueve sus labios hace tiempo para todos los que saben escucharla, y las inmensas interrogaciones se transforman en admiraciones insensiblemente.. ¿Cómo hacer cargos á Don Quijote porque interpretara los hechos sin separarse un punto de su alta y provechosa concepción? Tal vez su cronista quiso comentar sus valerosas hazañas con la suave ironía, hija predilecta del amable escepticismo; mas nosotros, los espectadores desapasionados que ni siquiera discutimos los milagros de los libros santos, debemos ponernos al lado de Don Quijote y creer que fueran verdad todas sus estupendas aventuras. Decir que no lo fueron, se-

ría dar fuerza á la opinión ajena que ha forjado las grandes mentiras de la Historia; sería también condenar el heroísmo del Caballero inmortal, del puro defensor de la Justicia, que preconizaba de obra y de palabra la necesidad de la caballería andante, para que no triunfaran, «por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo».

Alabemos al hombre sin par que, á más de esforzado, héroe, entusiasta, generoso, poeta y enamorado, fué también Ingenioso Hidalgo. El ingenio es flor de la mente, y gala del corazón, la hidalguía.

Alabémosle, defendámosle, admirémosle. Y, sobre todo, hermanos míos, imitémosle. Sí; ¡imitemos á nuestro señor Don Quijote!

DON QUIJOTE Y EL HONOR

por Alfredo Vicenti.

GRATO imperio ejerce sobre mí la amistad con que de antiguo me favorece el presidente de la Sección de Literatura. Así y todo, cuando leí el tema que Navarro Ledesma quería hacerme explanar en uno de los ejercicios de este glorioso novenario, confieso que mi primera intención fué negativa.

Don Quijote y el Honor.

Ahí era nada habérselas con un ente de razón que, á la hora de montar á caballo Don Quijote, llevaba muchos años de pudrir en la huesa.

Pero caí pronto en la cuenta de que el Honor, más que muerto, encantado y en espera de resurrección, yacía incorrupto en el libro de Cervantes, y aceptando gustoso el hilo que me tendían, resolví emboscarme por el laberinto adentro. No en vano profeso en una orden sufridora de trabajos y desfacedora de tuertos, que tiene por principal estatuto defender la verdad, aunque ello cueste la vida.

D. Alfredo Vicenti.

A la obra me puse, y aquí la traigo.

Válgale al periodista forastero y andante el espíritu generoso de esta casa, más propicia, más liberal y más infanzona que la casa de los Duques.

Sí que pudría en la huesa, á la hora de montar á caballo Don Quijote, el extinto honor castellano.

Había coincidido su ocaso con el amanecer de la Reforma.

Nuestros hidalgos, teólogos todos, vista la imposibilidad de acabar con Lutero, cortaron por lo sano, y negaron redondamente á los herejes lo que durante varias centurias habían prodigado á los gentiles.

Para el luterano desaparecieron de una vez las cortesías, las tolerancias y los miramientos que se otorgaban al moro. A bien que el honor, según lo entendían nuestros abuelos del siglo XV y según lo definimos y hasta lo codificamos los nominalistas de hoy, había sido siempre mucho más moro que cristiano.

Lo trajeron los cruzados, envuelto en gasas de arte, de amor y de poesía. Amortajado en ellas, se lo llevaron consigo los árabes españoles.

Al salir á campaña el hidalgo manchego no quedaba del muerto más que un hijo bastardo, el *Pun-*

donor, de cuya crianza se encargó una espléndida nodriza. No fué ésta la musa de la novela, siempre amiga del pueblo y de la verdad; fué la musa del teatro, cortesana de todo poder, hinchadora de toda ficción y prendada de toda mentira, desde que la dejó de sus manos el honrado Lope de Rueda.

Trocóse el honor á secas en *punto ó puntillo de honra*.

Aún más veloces que antes saltaron de la vaina los aceros; pero no ya para lavar afrentosas manchas, sino para dirimir cuestiones de etiqueta, para resolver competencias de casa de trato ó para ultimar problemas de tafurería.

En dos órdenes de relaciones se manifestaba y se ejercía esencialmente el honor á la antigua usanza. En lo tocante á la mujer y en lo tocante al dinero.

Pues á principios del siglo XVII no privaban del rey abajo más que la tercería, el consentimiento, el peculado y el robo.

De la mujer, de la hermana ó de la hija vivían muchos grandes señores, y de la hermosura familiar se aprovechaban todos para lograr pensiones y títulos y encomiendas.

Por el virreinato de Nápoles, el conde de Lemos, yerno del duque de Lerma, dejó en Madrid á su esposa. Y harto le constaba que el duque pretendía consolidar su valimiento con el rey mediante los buenos ojos de doña Catalina.

Las atrocidades en verso disparadas por el calvatrueno de Villamediana contra la marquesa del Valle, descendiente de Hernán Cortés, dan testimonio de cómo se respetaba á las damas ilustres.

Cuanto á las mujeres de clase menos elevada, hable por mí Quevedo:

Dícenme, Don Jerónimo, que dices...

Hablen por mí—yo callo para no sonrojar al auditorio—todos los ingenios, eclesiásticos y seglares, que satirizaban, más que indignados, risueños, y que escribían, no en contra, sino á propósito de las ordinarias costumbres.

Peor, si cabe, andaba el negocio en achaques de fraude, de cohecho, de sonsaca y de latrocinio.

Sin vergüenza mendigaba todo el mundo, y sin vergüenza se utilizaba el producto de la mendicidad para granjear honores ó empleos.

¿Qué mucho si el primer mendicante de la nación era el monarca?

Para Felipe III, en el año cuarto de su reinado se hizo una cuestación de puerta en puerta, y fué el mismo Rey quien tasó en 50 reales el *minimum* de las limosnas.

Allá se andaba la Justicia.

Así como en estos tiempos hay sermones, conferencias y pláticas para señoras solas, así en aquéllos había para rameras solas ejercicios cuaresmales. Tenía esta especial misión el dominicano fray Alonso de Cabrera, varón tan insigne por su elocuencia como por sus virtudes.

Véase el párrafo dedicado á la Justicia en uno de sus sermones:

«Dice el Juez: Yo no quiero llevar cohechos, ni en mi vida los llevé; pero ahí están mi mujer y mis hijas, que son damas, y como tales pueden recibir.»

Ante el ruido del oro, no se mantenía firme ni aun el probado catolicismo de Felipe III.

Los judíos conversos de Portugal le ofrecieron un millón y seiscientos mil ducados por un Breve pontificio que los habilitase para los cargos públicos, y aceptado el trato, púsose inmediatamente el rey al habla con Roma. Trabajo le costó; pero al fin obtuvo el Breve. Sólo que entonces se le aumentó la codicia, y en vez del millón y seiscientos mil exigió un millón y ochocientos mil ducados.

Con esto quebró el negocio á causa de que los judíos solicitaron un plazo de cinco años para reunir la enorme suma. Y Felipe desistió porque le necesitaba y quería de presente.

Meses después de salir á la luz la primera parte del QUIJOTE, logró Madrid recobrar la capitalidad del reino, que por dineros había sido trasladada á Valladolid el año 1601.

¿De qué modo ganaron los madrileños el litigio? Regalando 250.000 ducados al monarca y unas casas que valían 100.000 al duque de Lerma.

Al mismo son danzaban los magnates.

En la Junta de prelados y consejeros que precedió á la expulsión de los moriscos, habló como un santo el duque de Sessa, amigo y compadre de Lope.

Aludiendo á la sima de su villa de Cabra, dijo á Felipe III, con devota edificación del concurso:

—Yo tengo en mi estado un aposento, donde podremos, si V. M. quiere, alojarlos á todos.

Grandemente festejaron la idea los prelados y los próceres andaluces. Mas he aquí que á los pocos años, D. Rodrigo Calderon, en vísperas de subir al cadalso, denunciaba á algunos de ellos por haber salvado de la prodición, mediante pago de ducados, á millares de moriscos.

Y los asistentes de Sevilla se quejaban del grandísimo número de moros y moras que, por pecunia, se habían quedado en la tierra.

Por algo el implacable Villamediana, al ver cómo rodaba en la Plaza Mayor la cabeza del marqués de Siete Iglesias, afirmó arrepentido de sus pasados dicterios, que con aquel ladrón se iba al otro mundo el hombre más de bien de la corte de España.

Como en la corte, en la aldea.

En la fachada de la Casa Consistorial de Añover de Tajo, lugar no distante de Esquivias, hubo, cuando Cervantes discurría por aquellas riberas, este letrero famoso:

Hidalgos, galgos y bueyes,
no los consienten mis leyes.

¡El honor! ¿Qué era? ¿En qué consistía? ¿Por dónde andaba cuando montó á caballo su representante póstumo?

Con su deshilachado ropaje, habían disfrazado al *pundonor* ciertos insignes autores de comedias, y por las tablas de los corrales se pavoneaba triunfante la ridícula contrafigura.

Sospecho yo que la inmensa mentira dramática, para la cual hay todavía creyentes, no convenció ni emocionó jamás á los contemporáneos, y que lo que sentía el público del Siglo de Oro, más que nada era profunda y gustosa sorpresa al comparar lo pintado con lo vivo.

Cosa nueva, en verdad, para quienes conocían por sus nombres á los traficantes en mercancía casera, al hallarlos en el teatro lavando á puros golpes de daga las manchas de la honra.

Por añadidura, no era ya el antiguo honor, ni siquiera la eterna y rigurosa pasión de los celos, la fuerza que movía, con arreglo á la voluntad de los pintores, aquellas inauditas contrafiguras. Era una sutil metafísica, una teología secularizada, una especie de religión nueva que, sin tener una docena de fieles, tenía un centenar y más de sacerdotes.

¿Qué casos ciertos, qué hechos reales sirvieron de fundamento ó de asidero á tan prodigiosa inventiva?

Sólo dos menciona la crónica, acaecidos ambos en Sevilla, y no entre gente noble, sino entre sujetos del estado llano. Importa aquí recordarlos, aunque de seguro los conocerá este ilustradísimo auditorio.

El primero fué la única materia prima de que los gloriosos forjadores de tragedias domésticas se sirvieron á fines del siglo XVI y principios del XVII, para convertir una fortuita excepción en cuadro sintético de costumbres sociales.

Los admirables cultivadores del drama sanguinolento y metafísico, tuvieron su solo modelo del natural en el tabernero sevillano llamado Silvestre de Angulo.

Aunque plebeyo el hombre, no miraba lo atañedero á la dignidad conyugal con ojos tan benévolos como los Padillas, los Guzmanes, los Ebolis, los Sandovales y otros ilustres caballeros, para quienes los antojos y enamoramientos del rey eran cosa de derecho divino.

Y menos aún se parecía, según demostró luego, á aquel bravo Juan Lorenzo da Cunha, que, privado de su mujer, Leonor Téllez, por el monarca portugués, anduvo el resto de su vida luciendo en el sombrero dos lindos cuernos de plata.

El tabernero de Sevilla, engañado por la suya, denunció el adulterio, probó la acusación, y obtuvo, con arreglo á la ley vieja, una sentencia que entregaba á los adúlteros á su vengador arbitrio.

Conducidos los reos al cadalso, subió tras ellos el marido, ganoso de presenciar la ejecución, y dispuesto á rechazar con clara y terminante negativa, cualquier demanda de indulto.

—¡Perdónalos!—gritó angustiada la gente.

—¡Perdónalos!—repitieron los frailes agonizantes.

—¡Perdónalos!—suplicaron hasta los alguaciles.

El tabernero, furioso, asió de una daga, y por detrás del verdugo, hirió, rajó, mató y remató á la desventurada pareja.

Enmudeció, aterrado, el concurso que macizaba la plaza de San Francisco.

Silvestre de Angulo avanzó hasta el borde del tablado, miró de hito en hito á la muchedumbre, se descubrió de un manotón, y tiró el sombrero á la plaza clamando con voz atronadora:

—¡Cuernos fuera!

Pasaba esto casi por los mismos días en que la princesa de Eboli conquistaba para su noble esposo la privanza de Felipe II.

En 1629, y también en Sevilla, un sastre catalán quiso repetir por su mano propia el escarmiento, pero mal de su grado hubo de perdonar á sus ofensores.

Tales son los únicos documentos humanos en que fundaron su teatro los dramaturgos de la primera mitad del siglo XVII. Después, se desbordó la sangre é invadió el *pundonor* los cielos y los abismos, gracias á un capitán general de Filipinas, que, imitando á los plebeyos, hizo con igual coraje lo que, más cuerdos ó menos vengativos, no solían hacer los nobles.

A tal punto y hora, cabalgó en un rocín y salió por la puerta de un corral manchego el último heredero del honor castellano.

¡Qué ha de serlo el menguado prócer que inventa de seguida un grotesco torneo, no tanto para divertirse como para evitar una probable desazón al rústico que le alivia las trampas!

El cuento de Sancho, que para mofarse de las distinciones con que fingían honrarte los dueños del castillo de Pedrola recordó aquello del «sentáos, majagranzas, que donde esté yo allí estará vuestra cabecera», no rezó entonces ni rezará nunca contigo.

Tú ocuparás por los siglos de los siglos el lugar de preferencia.

Se ha hecho justicia á la diginidad, á la rectitud y al honor, en ti personificados, y desde el solio han descendido al taburete todos aquellos que te tomaron por blanco de sus ociosas burlas.

Alégrente, pues indudablemente has existido y existes, estos misterios de gozo y de resurrección conque aquí te desagraviamos.

Y reanímete esta confesión nuestra, esta confesión general de que, sin un poco de santa locura, no pueden vivir ni los hombres ni los pueblos.

DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

por Francisco Jiménez Campaña (de las Escuelas Pías).

VENGO á esta fiesta literaria y entro en este palenque, donde hoy se rompen lanzas y se suenan adargas en honor del Príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, requerido por vuestra buena voluntad, que no vió en mí, sin duda alguna, la carencia de todas las dotes y destrezas del buen mantenedor. Y puesto que la amistad os puso vendas en los ojos, no seré yo quien me entre ahora por vuestros oídos á los dominios de la inteligencia con el relato penoso de las miserias de mi imaginación, de las nubes de mi entendimiento, obscuro de suyo, y de los pocos bríos del sentimiento.

Cumpliré como Dios me dé á entender con las leyes de la amistad, tan dignas de respeto como las leyes del honor, esperando que el cielo, que no se enoja de las buenas intenciones, venga en mi ayuda con su poder.

Y lo primero que voy á asegurar es que no soy extraño á vuestra alegría, ni vengo solo con estos hábitos á tomar parte en el regocijo de los demás.

D. Francisco Jiménez Campaña.

Que como se trata de prestar homenaje voluntario al Príncipe de los ingenios en el tercer centenario de la aparición de su DON QUIJOTE en la república de las letras, vienen conmigo, ó mejor dicho, vengo yo con ellos y como el último mesnadero de sus huestes, y entro en esta plaza con Gonzalo de Berceo, aquel piadoso sacerdote de San Millán de la Cogulla, primer poeta español de nombre conocido, de abundante vena, creador de la leyenda histórico-religiosa de nuestra Patria, que trae por pajes de brida aquel levantisco monje de Arlanza, que escribió el poema del Conde Fernán González, y el otro beneficiado de Ubeda, que continuó el poema de Alexandre; aquí entra aquel regocijado y travieso Arcipreste de Hita, que pulsó todas las cuerdas de la lira, desde la canción religiosa hasta la sátira, y trae arreos de príncipe, pues que lo fué de los poetas castellanos de la Edad Media; aquí viene Fray Martín de Córdoba, que escribió el *Vergel de las nobles doncellas*, y Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, con su *Reprobación del amor mundano;* aquí, el

insigne Obispo de Burgos, Don Alonso de Cartagena, con su *Memorial de virtudes*, y aquí, Don Juan de Padilla, imitador del Dante en los *Doce triunfos de los doce Apóstoles;* aquí, Fray Iñigo de Mendoza, discípulo del caballero orador y poeta Don Gómez Manrique y Fray Ambrosio Montesino, vate religioso de la Corte de la Reina Católica; aquí los místicos españoles, ricos de letras y de amor de Dios, pródigos de las luces de su ingenio, que iluminaron y alegraron el cielo de España, cuando el astro rey, embelesado con su hermosura y bizarría no osaba apartar sus ojos de los dominios de nuestras armas, y por cuya habla rica y sonora y llena de inextinguible vida seguiremos siendo hasta la extinción del tiempo, á despecho de envidiosos detractores y tiranos y piratas, los regios dominadores del Nuevo Mundo; aquí Juan de Castellanos, que en el último tercio de la vida cantó, enamorado con senil amor, *Las elegias de varones ilustres de las Indias;* aquí, Solís, cuya *Historia de la conquista de Nueva España* tiene todos los arranques épicos y las artísticas disposiciones de una epopeya; aquí Herrera, ya afinojado y melancólico, ya resonando la épica trompa por la victoria de Lepanto; aquí, Mariana, haciendo á las veces sombra á Tácito y Tito Livio y Jenofonte, y seguido, como noble infanzón, de sus escuderos los Padres José de Sigüenza, Martín de Roa, Antonio de Fuenmayor y Prudencio de Sandoval; aquí, Góngora, allegando, al dormitar de su ingenio, nuevas voces al tesoro de nuestra lengua, y recreando el ánimo de la Patria con el son argentino de sus artísticos romances; aquí, Espinel, con su *Escudero Marcos de Obregón*, por cuyas venas corre la sangre aventurera y picaresca de Gil Blas de Santillana. Aquí dignos de vuestro respeto y agasajo los grandes dramaturgos españoles, los que llevaron en triunfo el nombre de España como una bandera nunca vencida ni superada, y son aún ricos veneros adonde vienen á enriquecerse ingenios envidiosos de nuestra fortuna; ellos son y vienen como nobles capitanes, haciendo mesura á Cervantes, Lope de Vega, fénix de nuestros Siglos de Oro y de todos los siglos; Calderón, el de la *Vida es sueño;* Tirso de Molina, el de la *Prudencia en la mujer*, y Morato, el de *El valiente Justiciero*, que subieron con alas de águila á las alturas del genio griego, cuando éste rugía y lloraba con Eurípides de Salamina y reía y satirizaba con Aristófanes de Atenas. Tras esta sublime manifestación del ingenio de nuestra Patria, nunca tan espléndida como en aquella áurea edad, yo escucho sonar de épicas arpas mezclado con notas alegres de risas, como en día de verdadera expansión del alma: son Fray Alonso de Acebedo cantando la *Creación del mundo;* Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada;* el Obispo Valbuena, el *Bernardo;* Villaviciosa, la *Mosquea*, emulando á Homero, y el Sacerdote Rodrigo Caro, cantando con acento doliente, que llega á la medula del alma, con la visión no sé si de cosas presentes ó futuras:

> Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
> Campos de soledad, mustio collado,
> Fueron un tiempo Itálica famosa.

Luego se acerca, levantándose entre una muchedumbre de mediocres ingeniecillos, corruptores del habla castellana, el Padre Lorenzo Hervás con su hermoso *Catálogo de las lenguas*, y el Padre Alvarado, lleno de sales y hondo filosofar, conteniendo con sus *Cartas críticas*, la corriente enciclopédico asoladora de todo bien, y el Padre Esteban Arteaga, primer estético español, y los dos Benedictinos, honra de la añeja tierra cristiana del Miño y el Caabe, el gran crítico Feijóo y el excelente poligrafo Martín Sarmiento; y el Padre Flórez con su *España Sagrada*, historiando ya á la manera moderna, y pintando en nuestro rostro la mueca retozona de la burla el Padre Isla con su *Fray Gerundio de Campazas*, y Fray Diego González con su *Murciélago alevoso*, en armonioso contraste con Lista, que viene cantando á la *Muerte de Jesús*, porque todos la olvidan; y Don Juan Nicasio Gallego, airado aún con la traidora invasión napoleónica; y el Padre Basilio Bogiero, en fin, Escolapio, maestro de Palafox, orador y poeta, que fué el Tirteo que, con sus nerviosos cantos á la independencia patria, mantuvo entera el alma de Zaragoza y dió por ella la vida sobre el puente del Ebro, muerto á traición por los flamantes vencedores de Austerliz y Marengo.

Yo no quiero contar por innumerable y porque aún no están juzgados por la historia crítica, la hueste de sacerdotes escritores del siglo que pasó: entre ellos se descubren por su gigantesca figura, Balmes, el del *Criterio*, y Mosén Verdaguer, con su *Atlántida* y sus *Místicos Idilios*, nacidos de un corazón hermosamente cristiano.

Todos estos sacerdotes, prueban la parte activa y el hondo regocijo que la Iglesia española toma en estas fiestas celebradas en honra del Príncipe de los Ingenios, Miguel Cervantes Saavedra. Y el tema que me ha cabido en suerte para su desarrollo, *El Quijote y la Religión*, lo ha de probar más.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

CONCEJALES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sr. Ovilo.

Sr. Abril.

Sr. Fiscner.

Sr. Marayto (D. Justo).

Sr. C. Bas.

Sr. Cortina.

Sr. Fraile.

Sr. Salvador.

I

«Religión—dice el *Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española*—es virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia.» Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara al través de la mayor parte de los hechos de Don Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos á Cristo, como á nuestro Redentor, y seguimos su doctrina.

Y esta Religión y no otra de paganos ni de turcos, es la que profesa el Ingenioso hidalgo manchego, la que le sale á Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secundarios de esta novela, sola y única en la historia de las Letras.

Cada uno da de lo que tiene, y aquel soldado de a Cruz, que peleó en Lepanto contra la Media luna y derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo, aquel, que con su palabra arrebatadora convencía á los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasía y los hacía tornar arrepentidos á los brazos de la Iglesia, nuestra Madre; aquél, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común á sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas y la paciencia que sufría en las mazmorras en arranques homéricos del Cid, cuando desterrado de Castilla, ensanchaba las fronteras de la patria á tajos de su tizona; aquél, que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma á los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que chispas y ráfagas de aquella heroica fe, por la cual el relato de su propia vida es la más hermosa é interesante de sus novelas ejemplarísimas.

El Quijote fué lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó á cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: aquella estatua que modeló en la obscuridad del calabozo á golpes de desventuras, y rasgueó en el cincel de la risa y perfeccio-

PERSONAJES DEL CENTENARIO

CONCEJALES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sr. Gálvez Holguín.

Sr. Vázquez (D Venancio

Sr. Ruiz de Grijalva.

nó con los últimos toques del humorismo, que es amalgama de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, á la que después dió por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y malhumorada, del bien de los demás.

La suma virtud de su héroe fué la fortaleza, la cual, como dice el filósofo Estagirita, tiene dos partes, que son *el acometer* y *el sufrir*, cuyas dos virtudes no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, *acometió* la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y *sufrió* la muerte siendo inmortal. Este es el espejo claro ante el cual se encuentran deformes los héroes del paganismo, los cuales, si tienen la audacia de acometer grandes empresas se hallan desposeídos de la heroica virtud del sufrimiento, por cuya ausencia se vieron malogradas y no tuvieron digno remate sus hazañas más valerosas.

¿Y quién diré yo ahora, haciendo la debida separación entre lo divino y lo humano y no queriendo barajar el cielo con la tierra, fué más acometedor de empresas arriesgadas y erizadas, como los Al-

Sr. Gurich.

pes, de dificultades, que Don Quijote de la Mancha? ¿Quién tuvo más paciencia en la adversidad, ni contó como sufridas más derrotas que el caballero de la *Triste Figura?* Yo no os haré el recuento de sus hazañas, de todos bien sabidas, porque no hubo sombra de miedo ó de injusticia, que no recibiera el bote de su lanza, ni hubo caballero, ni castillo, ni león, ni ejércitos encontrados y trabados en batalla, ni carro de las Cortes de la Muerte, ni hueste de gigantes en los Campos de Montiel, que no fueran acometidos con valentía por el esfuerzo de su brazo. ¿Qué culpa tuvo Don Quijote de que los castillos fueran ventas llenas de trajinantes y hembras *del partido*, y no de guerreros y doncellas de honesto recato, ni de que los gigantes fueran molinos de viento y los ejércitos puestos en batalla, cuyos príncipes y capitanes él conoció y nombró con lengua de Homero, fueran humildes y tranquilas manadas de ovejas? Él acometió aquellas aventuras con el denuedo del que pelea con lo cierto y con lo real y no se le amilana el valor por verse uno contra mil, ni se le cae la lanza de las manos, cuando la enristre contra desaforados gigantes. *Es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra*, y allá se va el cristiano aventurero con tanta valentía como Cortés, á derribar los mejicanos ídolos.

Chocó el valor, por falta de juicio, con la materia y la fuerza de su brazo flaco, con el ímpetu del viento y la nobleza de su ánimo, con la malicia humana, y de aquí nació la risa y los refranes de Sancho, porque de aquí nacieron sus descalabros.

Ponderar con qué paciencia los sufrió, es obra larga y minuciosa. Jamás en viéndose vencido y maltrecho dió voces impías contra Dios, ni se descompuso su semblante con muecas de ira ni ademanes de desesperación. Con ánimo entero sufrió las heridas y humillaciones, y aun cuando su risible figura rodó muchas veces por el suelo, aporreada de yangüeses y pastores y desagradecidos galeotes, jamás rodaron su denuedo y su paciencia, ni cambió de semblante, que siempre su ánimo se tuvo de pie seco y enhiesto, como su lanza. Y si algún pecado venial cometió su paciencia y alzó más de una vez el cuento de su pica contra su escudero, más culpa tuvieron las bellaquerías de Sancho y sus mal disimuladas burlas, que las humillaciones de las derrotas. Así fué de acometedor y de sufrido el valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, porque tal era su fe en Dios y sus virtudes cristianas. Estas vivieron en él á pesar de su locura y cuando á la hora de su muerte, Dios, remunerador de justos y de inicuos, le volvió el juicio, que le arrancaron y saquearon sus endiablados libros, él murió como bueno, en paz con su conciencia, confortado con los Sacramentos, y sin otros odios ni encargos de venganza, que un legado de ira justa y sana á los perjudiciales libros de caballería.

Y porque no se crea que esta manera de discurrir sobre Don Quijote es solamente mía por ser ministro de Cristo, que todas las buenas obras de arte las quisiera para Dios, hable el gran poeta ruso Turguenef y exprese sus ideas hondas sobre el héroe manchego.

«Don Quijote — dice Turguenef — expresa por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad, que se halla fuera del individuo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. Don Quijote está por completo penetrado del amor al ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida... Don Quijote creería indigno de él vivir para sí mismo, cuidarse de su persona: vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoísmo, jamás piensa en sí; todo es sacrificio.»

Hasta aquí el poeta ruso, enamorado del héroe de Cervantes, cuyas obras leía diariamente en castellano, para dar pasto á su alma con aquel sabrosísimo manjar ,que cría héroes: y todo lo anteriormente dicho por él trasciende á cristianismo, puesto que sabe á sacrificio y á caridad con los prójimos.

Mas porque el temple del alma y su buena ó mala condición suele manifestarse no sólo en las obras, sino en las palabras, que á las veces se salen de la boca sin el cabal consentimiento de la razón, oigamos las que á Don Quijote le nacieron de la mitad del corazón con los consejos que le dió á Sancho en vísperas de gobernar la ínsula Barataria:

«Primeramente ¡oh hijo! dice Don Quijote, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente: que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

»Si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo.»

Y basta, por no dar aquí formas de sermón á m discurso, que estos consejos parecen nacidos de la boca de un Santo Padre de la Iglesia y no disuenan entre las sentencias y parábolas de Salomón.

Ellos hablan solos, y solos y sin otras pruebas que los acompañen, confirman mi aserto de que el Ingenioso Hidalgo manchego fué caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje ni de judío.

Yo he oído estos consejos, que pueden ser código de la conciencia, puesto que nacieron de las entrañas del Evangelio, los he oído sonar vencedores en las Cortes en medio del tráfago vocinglero de la

política, los he escuchado en los palacios de la justicia humana saliendo de los labios del letrado defensor y en las intrigas cortesanas, siempre dando al traste con la ambición y la codicia; y donde quiera que los he escuchado, han sonado en mis oídos, como deben sonar en los oídos del proscrito aquellos cantares cristianos con que nos arrulló la patria por boca de nuestras madres en las inocentes horas de la infancia

II

Y si cristiano fué el andante hidalgo, cristiano viejo fué su escudero.

Sancho era hijo del pueblo, de aquel pueblo español donde tantos frutos dió la simiente evangélica. De esta tierra esponjosa y fértil, labrada en aquella sazón por las predicaciones de Fray Luis de Granada y del Beato Juan de Avila, por la palabra concisa y nerviosa de Fray Diego de Estella y la hondamente sentida del que escribió *Los trabajos de Jesús* y la arrogante y enérgica de Malón de Chaide, por el misticismo santamente caballeresco de la Doctora de Avila y el dulce y melancólico de San Juan de la Cruz y el clásico y suave de Fray Luis de León; Sancho era hijo de aquel pueblo que se solazaba y regocijaba en sus populares fiestas con los autos Sacramentales de Calderón, de Lope y de Valdivieso, y donde antes Jorge Manrique, calzando espuela y ciñendo espada, cantaba en medio del tropel de la batalla aquella mansa elegía á la muerte de su padre, que se nos sale del alma en el rumiar de las penas de la vida; y después el gran satírico D. Francisco de Quevedo, dejaba á las veces sin concluir las epigramáticas aventuras del *Gran Tacaño*, para filosofar sobre la *Providencia de Dios* y las evangélicas hazañas del apóstol de las gentes. Sancho, en fin, era hijo de esta tierra bendita, saturada de cristianismo, como las vegas de agua, que mandaba naves á Lepanto, conquistadores á América, tercios á Flandes, teólogos á Trento, Velázquez al Calvario y Murillos al cielo, para dar vida y forma humana en los lienzos á los misterios de nuestra fe.

Y cierto, Sancho debía ser hijo de su tierra y lo fué. Zafio, ganapán encortezado, malicioso y bellaco, con más refranes obedientes á su voluntad, que tuvo Lope de *vasallos consonantes*, y Quevedo de burlas, y de lances picarescos el *Lazarillo de Tormes;* Sancho fué cristiano añejo y borbota la fe de su alma á hora y deshora, y á las veces, cuando se le espera zahareño y aferrado á lo material y positivo resulta manso y generoso; cuando ignorante y falto de toda luz, se le halla con puntas de teólogo, y cuando se le aguarda arrastrándose por la tierra tras los ajos y bellotas con que dar hartura á su hambre inextinguible, se le encuentra regalándose con los manjares del espíritu y las esperanzas de la otra vida.

Después del fantástico volar del Clavileño en que Sancho diz que vió desde la región del fuego, chica la tierra y mezquina, y á los hombres enanos y pigmeos, como quisiesen pasar aquellos nobles y descansados señores alegres las burlas adelante, viendo que se tomaban por veras y el duque le dijese á Sancho *que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban aguardando, como el agua de Mayo, Sancho se le humilló y le dijó: después que bajé del cielo y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mi la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres, tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia más en toda la tierra? Si su señoría fuera servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuera más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor insula del mundo.*

Quería Sancho mejor gozar de una partecica del cielo, sin afanes ni cuidados, que gobernar en toda la tierra.

Y en vísperas de salir para la insula, cuando ya casi tocaba con sus manos el deleite de mandar y ser obedecido, y disponer de lo ajeno como de lo propio, cuando otros se venden por negros y pasan por herejes, y dejan al descubierto su honra, primero que el gobierno se les vaya de las uñas, Sancho está resuelto á dejarlo todo, si con la insula se ha de perder su alma, y así le dijo á Don Quijote, que dudoso de su buena disposición y entendimiento le resquemaba el espíritu con dudas y zozobras: *Señor, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré, Sancho, á secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de insulas, que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.*

Las cuales respuestas nos las diera Sancho, si no fuera cristiano, para quien antes que todas las ínsulas é imperios y tierras y playas de garamantas é indios es buscar el reino de Dios y su justicia.

III

De los otros personajes secundarios de esta novela maravillosa, que van escurriendo el nudo y formando la trama de la acción y despertando el interés con la diversidad de caracteres y de sus distintos cargos y oficios y diferente posición social, los hay de todos los colores, de tantos como tiene la vida humana, más abundante y rica en tintas de virtudes y de vicios que la luz solar en cambiantes de variado color, al iluminar los montes y las sierras, los arroyos y los mares, los pájaros y los peces. Porque los hay nobles y plebeyos, con hábito de nobleza y de religión, sencillos pastores y endiablados estudiantes, venteros con uñas de gavilán y Camachos generosos y derrochadores, enamorados suicidas, y curiosos impertinentes, doncellas pudorosas y discretas y bellacas maritornes, regocijados de la vida y arrepentidos disciplinantes, forzados de galeras y ladrones sueltos y dueños de la riqueza ajena, *corrientes y molientes á todo ruedo.* No todos practican la virtud cristiana, pero la justicia campa entre ellos triunfante y señora, y á todos va repartiendo como reina providente, según sus merecimientos, mercedes y castigos, bienes y males, riquezas y desventuras.

No todos practican la virtud en la verídica historia de Cide Hamete Benengeli; pero no sale de sus manos descalabrada la Religión, no se mete por los ojos con colores excitantes la obscenidad, y si alguna escena picaresca tiene lugar en la venta, está pintada con tales trazas, que no se para mientes en la bellacaría, sino que se ríe á todo reir con el lance cómico é inesperado. Cuando tiene lugar el suicidio del pastor desesperado de amores por la hermosa y garrida Marcela, de tal manera habla la peregrina pastora y con tales dejos de filosofía natural y con tales arranques de fortaleza cristiana defiende su libertad y su independencia de todo hombre enamorado de la hermosura que Dios le otorgó sin obligación de corresponder á los que se aficionaren de su belleza, que no tiene prosélitos el suicida, ni allí queda asentado, sino intrínsecamente maldecido el derecho á privarse de la vida con las propias manos.

Ello es que aquí no andan trocados los nombres de las cosas, ni disfrazado el vicio de virtud, ni la deshonestidad de recato, ni la injusticia lleva arreos de derecho, ni la venganza es piadosa, ni la avaricia liberal, ni la hipocresía lleva nimbos de santidad, ni están coronadas las bastardas ambiciones, ni la mentira triunfante, ni al homicida se le consiente que se cubra y adorne con las preseas de la caridad las manchas de sangre de su víctima.

En cambio quedan en esta novela puestos en la picota del ridículo, para pasto de buitres y escarmiento de desavisados la arbitrariedad despótica de la andante caballería y todo lo que se le parezca en las edades que pasaron y han de pasar; el culto idolátrico á la mujer, tan pernicioso como el abuso de su debilidad para considerarlas sólo como el instrumento vil de los deleites del hombre; el duelo propio de bárbaros y gentiles, porque es convertir la dignidad humana en un ridículo Júpiter tonante, que lanza un rayo de muerte por cada desacato venial, y la superstición, en fin, de los sortilegios y encantamientos contrarios á la fe que deja libre y responsable de sus actos á la voluntad y la visión de los futuros contingentes la reserva para Dios.

Y esta savia cristiana y este jugo evangélico no parte directamente de la inteligencia de Cervantes para los principales y más simpáticos personajes de su epopeya, sino que es su propio corazón enviando oleadas de sangre sana y creyente á todas las arterias vitales de su obra, que es hermosa copia de la vida de la Humanidad; es la Religión, que no para mientes en los desatinos audaces de un loco, ni toma ascos de su triste figura, porque al fin es madre, sino que enamorada de su corazón besa en la frente á Don Quijote, caballero campeador y perseguidor de las injusticias y mentiras que traían entonces y traen ahora á roso y velloso revuelta y desabrida toda la tierra.

LA POESÍA DEL "QUIJOTE,,

por Mariano Miguel de Val.

Aun cuando no tuvierais idea de la generosa tolerancia y de la benevolencia que son en esta Casa tradicionales, hallaríais de ello plena demostración y acabada prueba por el solo hecho de verme aquí, con mis pocos años y sin merecimiento alguno ni nombre, ocupando puesto tan elevado y honroso.

Y es lo cierto que habituado yo á estas bondades y con el estímulo, además, de unir mi esfuerzo, aunque siempre débil y pobre, á cuanto en esta ilustre corporación se emprenda en justo homenaje á nuestras inmortales glorias, no me resistí cuanto debiera á aceptar el nuevo honor que la buena amistad me dispensaba Culpable soy, pues, de abusar tanto de una benevolencia que nunca se me regatea y tan inmerecida y amablemente se me prodiga; culpable soy de no haberme concretado á *repicar*, como era aquí mi deber, sin intentar al mismo tiempo *ir en la procesión*, lo cual bien dice el refrán que no se puede.

Corresponderé siendo lo más breve posible, aunque mi tema es vasto, y apoyándome en autorizados criterios que suplan y compensen mi insuficiencia.

D. Mariano Miguel de Val.

Pertenezco á una generación todavía sin historia, que apenas balbucea, pero que llega ya y se agranda en el horizonte, y parece traer por estandarte la enseña de la rebeldía, y se hace anunciar por sacrílegas avanzadas, despreciadoras de todos los respetos; avalancha implacable, desdeñosa, que atropella los ídolos más altos y amenaza derribar altares y templos.

El «más allá» de sus primeros ideales es un mal que le ciega á cada paso.

Son jóvenes; engendrados en días de dolor, vinieron ya angustiados á la vida.

Hora llegará, no lejana, en que, percatándose de la brevedad de la existencia, se den más á saborear los sazonados frutos, que á inventar nueva Flora, y sin esperar de la incertidumbre del porvenir amaneceres cada vez más claros, tengan por bueno el sol, por despejado el cielo, por floridos los árboles y con sólo dejarse acercar lo que antes rechazaban, crean haberlo descubierto todo, saciando así las ansias de sus dorados sueños.

Nadie mejor que Cervantes para ser el maestro de esa nueva generación intelectual que, lejos de manifestarse, como él, en sus juicios, recatada y benévola, alardea de valentía contra los difuntos y es hasta aduladora entre los vivos.

Desgraciado de aquél— escribe el mismo Clemen-

cín, el más duro comentador de Cervantes—, desgraciado de aquél á quien no suspendan y arrebaten las gracias y bellezas admirables, originales, únicas del QUIJOTE.

Esto no quiere decir que Cervantes haya sido discutido nunca. Detractores tuvo, sí, como toda obra popular. El mismo Lope de Vega, que fué menos tiempo amigo que enemigo de Cervantes, le censuró duramente, contradiciéndose con sus alabanzas de otros días; pero aparte inquinas y rencores, aparte desautorizadas críticas sin eco, ó distingos aislados sin fuerza alguna, para Cervantes ha sido unánime el elogio.

El *Príncipe de los ingenios españoles*, que á pesar de su reconocido extraordinario mérito, no se libró durante su azarosa vida de las alternativas de la varia fortuna, fué, como todos los grandes genios, mirado con desdén por algunos literatos que no comprendían ó no querían comprender sus primores.

«Verdaderamente Cervantes—dice Benot—fué el rigor de las desdichas.»

Atormentan, al leer la vida del *Príncipe de los ingenios*, los numerosos trances en que tan á punto estuvo la Humanidad de perder, sin haber dado aún el portentoso fruto, al que llevaba en sí la gloria mayor de la Literatura española.

Groseros versos, que se resiste la lengua á decir y la pluma á copiar, fueron despreciativamente publicados y eran burlescamente repetidos contra el autor del QUIJOTE.

Esteban Manuel de Villegas comparaba á Cervantes con un mozo de mulas; el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, se atrevió hasta insultarle por viejo y manco, que tenía más lengua que manos (y teniendo él más manos que lengua, le robaba la ganancia que había de producirle la segunda parte de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA); Lope de Vega escribía lo siguiente:

«Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios á Cervantes)
fué de los extravagantes...» (1)

Y sobre la rivalidad de Lope, aún le insultaban en versos como estos:

«Solo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fué
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste mú:
¡Oh, mala quijotada que te dé!»

Pero aun siendo así, víctima de una suerte fatal y de la impotencia misma de sus contemporáneos, alcanzó, bien pronto, la universal admiración que á su gigantesca talla correspondía, y ceñida á sus sienes la gloriosa corona de la inmortalidad, se le disputaron después los hombres y los pueblos; éstos, ansiando ser su patria, ansiando el señalado honor de haber sido lugar de su nacimiento; aquéllos, por el singular orgullo de llamarse sus colegas, y así, con notoria exageración, analizando las innumerables facetas de tan brillante ingenio, Cervantes ha sido juzgado como marino, como soldado, como viajero, como teólogo, como político, como jurisconsulto, como sociólogo, como erudito, como lingüista, como crítico, como táctico, como filósofo, como médico, como alienista, como economista, como astrólogo, como geógrafo, como vascófilo, como demócrata, como revolucionario, como anarquista, como cocinero, como camarero, y ¿qué más? hasta como manco... y no sería de extrañar que algún ilustrado tañedor de vihuela le supusiera rara habilidad música ó algún dentista erudito le diese también título de tal y disertare el día menos pensado, sobre las quijadas de Don Quijote, según las vió Sancho al asomarse á la boca del animoso caballero tras la famosa aunque desdichada aventura de los rebaños.

Significa esto que las generaciones futuras, sea cualquiera el temple de su espíritu, se descubrirán igual, con admiración y respeto, ante el monumento literario del que han gozado tantas generaciones «como los campos de las benéficas influencias del sol», y que ha llenado, en los siglos, de estimación y de gloria universales las españolas letras.

Labor es, sí, de los modernos tiempos la de completar, ordenar, resumir y compendiar los estudios que de Cervantes y de sus obras se han escrito, para hacerlos más claros y ponerlos más al alcance de la inteligencia; y ha de ponerse también un especial cuidado en seleccionar los juicios y desechar las interpretaciones que de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA se han hecho, porque, aun siendo dicha obra tan popular, dejaría bien pronto de serlo, si se empeñasen los sabios, ó los pensadores y filósofos más ó menos profundos, en darle un carácter y una significación que no sólo no tiene, sino que ni constituyó, remotamente siquiera, el pensamiento del autor, claramente expresado sin disfraces, rodeos ni simbolismos.

(1) Compárese con lo que Cervantes decía de Lope de Vega al citarle en su *Viaje del Parnaso:*

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.»

Lejos de citar en lo sucesivo á Cervantes entre los tratadistas de Marina, Milicia, Teología, etc., todo lo cual, al fin y al cabo, no ha sido infecundo, porque abundantes obras ha producido, apologías notables, ingeniosas, en las que un noble y patriótico espíritu campea, parece llegada la hora de fijar la atención en la excelencia moral de aquel gran hombre, de cuya azarosa vida sabemos, no sólo por cuanto de él nos dicen Mayans, Pellicer, Ríos, Navarrete, Hartzenbusch, Fernández Guerra, Barrera y mejor aún, de una manera más elocuente, completa y acabada, Francisco Navarro Ledesma en su libro *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, sino por cuanto se refleja en todas y cada una de las páginas del QUIJOTE, en las que impresa para siempre quedó con signos claros, indelebles y hermosos.

«Si se atiende—decía el maestro Valera, el inmortal Valera, cuya sepultura, caliente aún, perfuman todavía las flores que con él enterraron — si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el QUIJOTE, viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad, resplandece en ese respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios.»

«Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie.»

Las mujeres, especialmente, y á pesar de lo que para juzgar á la antojadiza Leandra, dice de que «los que conocían su discreción, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta», las mujeres, repito, son casi todas en el QUIJOTE, según la frase de Hartzenbusch: «bellas y discretas y merecedoras de cariño, y á la que pinta ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne.

La soez Maritornes misma, la caricatura del QUIJOTE más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro ser, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras.»

Y si en todos los personajes secundarios se observa que Cervantes cuida mucho de suavizar las asperezas de sus figuras, haciendo contrastar en ellas las buenas con las malas cualidades, y hasta justificando á veces, por ajenas causas, sus vicios, sus defectos ó sus inclinaciones torcidas, en mayor escala se ve todo esto al considerar la hermosamente triste figura de Don Quijote, honrado, bondadoso, desinteresado, discreto, pues salvo su graciosa locura y su exaltación en el solo punto de la caballería, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía, é igual se ve también en la figura no peor trazada del bonachón escudero.

La locura del valeroso hidalgo es algo inmensamente venerable, como un poder divino que obliga al amor, al amor más puro, honesto, respetuoso y elevado, al amor platónico en forma de Dulcinea del Toboso; al ideal más noble en forma de andante caballería, que brilla para él con resplandores de gloria, y al entusiasmo, por cuanto es grande y sentido y bello en la naturaleza y en el alma, á tomar por castillos las ventas, por gigantes los molinos, por yelmo de Mambrino la bacía de azófar, por damas las rameras, por truchas el abadejo, la simple agua por bebida de encantador esquife; á imaginar, á la vista de las nubes de polvo que dos manadas de carneros levantan, formidables ejércitos que se aproximan de valerosos Laurcalcos, temidos Micocolembos y nunca medrosos Brandabarbaranes; á imaginar ante los andrajosos porqueros, que al áspero son del cuerno enronquecido andan por los rastrojos recogiendo su manada de cerdos, servidores del castillo, enanos ó encantados seres que á toque de clarín anuncian al castellano la llegada del huésped caballero, y, en fin, á no temer nada y sacrificarlo todo, sin otro estímulo que la bendición amorosa de su Dulcinea ni otro móvil que el de alcanzar la sana, la inocente gloria de ser justamente celebrado como el primero entre los caballeros andantes de más fama, el primero en deshacer

agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones mejorar abusos y satisfacer deudas.

Así también en el bueno de Sancho resplandecen las más bellas cualidades; el miedo que francamente declara y á todas luces revela en tantos y tantos pasajes de la obra, y que le conduce hasta oler *y no á ámbar* durante la jamás vista ni oída aventura de los batanes, no es, ciertamente, miserable cobardía, pues ocasiones hay en las cuales demuestra palmariamente su bravura, como en aquella su lucha á brazo partido, «mano á mano, como hombre honrado», según su frase, con el cabrero, á raíz de la bruscamente cortada relación de Cardenio; no es miserable cobardía, sino prudencia, mansedumbre de hombre sosegado, pacífico, como tampoco al seguir á su amo y señor en tan azarosas empresas lo hace por miras interesadas ó egoístas; acaricia, sí, con infantil credulidad la idea de llegar á verse gobernador de la ofrecida ínsula, mas no es por otra cosa que por el grande amor que á su mujer y á sus hijos profesa, y más adelante también por el mismo amor que le inspira la compañía de su amo, cuando, á pesar de los malos días y peores noches y de los pésimos tratamientos y cada vez más continuos y desventurados lances, se entristece y llora si Don Quijote le despide, y le besa los pies y le manifiesta su deseo de no apartarse de él en el resto de su vida.

Y es que la obra de Cervantes no es la obra de un simple novelista, por grande que sea, sino de un genio, de un alma hermosa y buena, cuyo don más alto era el de divinizarlo todo, esmaltando siempre con su luz los más profundos pensamientos que ha encarnado la elocuencia en el lenguaje humano, cual si al desfilar las personas y las cosas que imaginaba su fantasía por el tamiz de su espíritu tomaran algo de sus excelentes cualidades, y que tenía, además, ese instinto sobrehumano, esa facultad creadora, suprema, mediante la que, aun siendo ingenio lego, es decir, que no había recibido grados académicos ni cursado las ciencias ni las letras, adivinaba lo que no sabía, «tenía la intuición de la verdad absoluta, de la cual se derivan, como fáciles consecuencias, todas las verdades relativas que constituyen el organismo de los conocimientos humanos».

De aquí que hayan llegado á estudiarle como filósofo, como geógrafo, como jurisconsulto, etc., y en todo ello demostrase conocimientos nada comunes, no precisándole haberlos aprendido en libros, como no le es nunca necesario al genio «ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud, ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni ser artista de profesión para juzgar las obras de arte». Así Cervantes nos habla de todo, lo divino y humano, y nos presenta, delineados, siempre con destreza admirable, los más diferentes cuadros y los más bellos paisajes, llegando desde la más deleznable realidad á la más elevada fantasía, de lo cuerdo á lo absurdo, de lo grave á lo ridículo, y presentando tal diversidad de personajes, de tan distintas cataduras, que asombra cómo á todos los retrata con igual perfección y donaire.

Bien podría, pues, afirmarse, sin más antecedentes que el QUIJOTE, que Cervantes era más que nada un gran poeta. Repito que esta afirmación podría hacerse aun cuando no se supiera de su vida ni hubieran llegado á nosotros de sus obras más que EL INGENIOSO HIDALGO.

Tenemos, sin embargo, otras razones y fundamentos sólidos para considerar al *Príncipe de los ingenios* como un gran poeta, uno de los primeros de su siglo, aun cuando no hubiera escrito el QUIJOTE.

Lo que hay, es que fué tanta la celebridad alcanzada por esta obra, que eclipsó á todas las demás del mismo autor, y ya sus contemporáneos le negaban aptitudes de poeta, sembrando así un error que todavía no se ha borrado, y que personas que pasan hoy por eruditas y doctas y de buen gusto literario sostienen aún, lo cual es prueba indudable de que han preferido y aceptado por más cómodo acatar el error tal como lo recibieron de sus mayores, á convencerse por sí mismos de la verdad, para lo cual les hubiera sido suficiente leer una sola vez las poesías ya coleccionadas.

Meditando D. Eugenio Silvela, en una conferencia notable que dió no hace muchos días en esta cátedra, sobre cuáles pudieran ser las causas de esta equivocada opinión, la atribuía, de acuerdo con lo dicho por Navarrete en sus eruditas *Ilustraciones* á la vida de Cervantes, al excesivo crédito alcanzado por la confesión misma del *Príncipe de los ingenios*, que, en el *Viaje del Parnaso*, dice:

«Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.»

y más adelante:

«Vayan, pues, los leyentes con letura,
cual dice el vulgo mal limado y bronco,
que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.»

Tomado así, al pie de la letra, lo que sólo una excelente modestia significaba, y unido esto á lo que le perjudicó la competencia con Lope de Vega, el *Fénix* (1), así como también más tarde «la implacable saña con que D. Diego Clemencín, el más ilustre de los comentadores del QUIJOTE, no desaprovechó ocasión para afirmar que Cervantes fué infelicísimo en los versos», no es extraño, en efecto, como decía muy bien el ilustrado conferenciante, que los críticos y el común de los lectores «pasaran por los versos con prisa ó con enojo».

Cervantes tenía, sin embargo, conciencia de su valer y *se desvelaba*, según confesión propia, por demostrarlo, recibiendo siempre con sentimiento profundo el poco recto y menos benévolo juicio de sus contemporáneos, para los cuales «de su prosa se podía esperar mucho, pero del verso nada».

Él mismo, en el prólogo de sus comedias, declara que le da pesadumbre el oir semejantes afirmaciones y se lamenta de tener sus poesías «arrinconadas en un cofre y condenadas al perpetuo silencio», como también de que un librero no se las comprara por haberle un autor de título informado desfavorablemente.

«Sólo D. Adolfo de Castro—decía el mismo señor Silvela—ha escrito, que yo sepa, defendiendo la causa de Cervantes como poeta. En el prólogo de los líricos del siglo XVI y XVII, de la colección de Rivadeneyra, copió algunos versos del famoso Ingenio, sacando los ejemplos, principalmente de las comedias, y ponderó la gallardía de algunos romances, la encantadora sencillez de algunas canciones, la facilidad que enamora en letrillas y romances cortos, comparables á los de Góngora; la facilidad, dulzura, sencillez y elegancia de pasajes poéticos, que compiten con los de Lope de Vega; la riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunas de las comedias de Mirademescua, y la robusta entonación épica de algunos trozos de la Numancia. Quedaron fuera del elogio de Castro, sin duda porque trató el asunto de soslayo, las más preciadas joyas, que una crítica inspirada en la justicia y el buen gusto debe engarzar en la corona poética de Cervantes.»

En los actuales tiempos, después de fijada la atención en las poesías del *Príncipe de los ingenios* y de publicada de ellas una mejor colección, siquiera sea labor todavía por hacer la de buscar las muchas obras de Cervantes que debe de haber desperdigadas por los archivos, sólo á personas de pésimo gusto se les puede ocultar la verdadera enormidad del error hasta aquí sustentado.

«Tanto han repetido—escribe con justificada indignación Navarro Ledesma—la opinión ridícula de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo, es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el maestro Fray Luis de León á la muerte del príncipe D. Carlos:

«Quien viere el sumptüoso
túmulo al alto cielo levantado...»

y su famoso epitafio:

«Aquí yacen de Carlos los despojos»,

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habituadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiese exigido que elaborase un soneto, una *redondilla*, ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego Espinosa, la cual, por cierto, comienza con estos tres versos del gran poeta:

«¿A quién irá mi doloroso canto,
ó en cuya oreja sonará su acento,
qué no deshaga el corazón en llanto?...»

Bello libro este de Navarro Ledesma, del que por honroso privilegio leí, aún en pliegos, el primero de sus ejemplares. Aprended en sus elocuentes páginas el amor que desde su juventud profesó Cervantes á la poesía, su revelación á la edad de veinte años en el funeral de la reina doña Isabel de Valois, ocasión tan solemne como la que dió á conocer al gran Zorrilla en el entierro de Larra; las inspiraciones de sus viajes por Italia, por Africa, por España; sus epístolas á Mateo Vázquez; su vuelta á Madrid y los poetas con quienes trabó estrecha amistad; la representación de *El trato de Argel*; el

(1) De una carta de Lope de Vega: «De poetas no digo: Muchos en ziernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como *Zervantes*, ni tan nezio que alabe á DON QUIXOTE».

momento de popularidad que alcanzó á los treinta y siete años, cuando se le comprendía entre los mayores poetas de España y se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros y se le aplaudía en el teatro; la publicación de *La Galatea*; sus malandanzas y desventuras, que á cada paso le recordaban que era poeta; los premios alcanzados en las justas literarias de Zaragoza, celebradas en honor de San Jacinto, y en el certamen poético de Madrid, organizado para conmemorar la canonización de Santa Teresa y, en fin, su *Viaje del Parnaso*, que no es otra cosa que su autobiografía en verso, compuesta en la época más grande y memorable de su vida, «aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido, y lo dice entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia, no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida».

Contando, pues, con todo esto, á mayor abundamiento en prueba de que Cervantes fué antes que nada poeta, ¿cómo nos hemos de apartar de ver en el QUIJOTE un verdadero poema, aunque en prosa, que por la sublimidad de su asunto se adentra en los dominios de la epopeya; ni cómo hemos de olvidar esta gloriosa categoría del autor al recorrer aquellas páginas y leer y admirar y conocer allí tan elevados conceptos, tan hermosos cuadros, tan bellos tipos que nunca más de la imaginación se borran, ni se hacen antiguos á través de los tiempos, ni dejan de ser igualmente comprendidos y admirados en los más remotos pueblos, como si creados fueran solamente para demostrar que lo grande, lo sublime á todos llega, á todos conmueve, y en todas partes se aclimata?

Poeta, sí, aun cuando no hubiera escrito más que el QUIJOTE, poeta en prosa; y poeta en verso también, si se analizan y estudian otras obras hasta ahora casi desconocidas.

Junto al discurso de la *edad de oro*, que un simple puñado de bellotas inspira al hidalgo manchego, á la manera que aquellas tobosescas tinajas halladas más adelante en casa del caballero del Verde Gabán, le trajeron á la memoria la dulce prenda, causa de su mayor amargura, está aquella amorosa, dolorida canción que para darle contento y solaz canta el zagal Antonio, el zagal enamorado, músico de un rabel, que también por los montes y selvas hay quien sabe de música.

Dejando sólo dos capítulos intermedios, y, tras el bellísimo cuento de la pastora Marcela—aquella que fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debía ni podía ponerle falta alguna—, encontramos la canción de Grisóstomo, aquellos robustos y desesperados versos del difunto pastor, y á renglón seguido las claras y suficientes razones de la hermosa Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura, aparecida para justificar sus desdenes, por cima de la peña donde se cavaba la fosa del enamorado muerto...

Abrid al azar por otra parte el libro y acaso presenciaréis el entierro de Grisóstomo, oiréis el panegírico pronunciado por su amigo Ambrosio al borde de la sepultura.

Acaso daréis con Don Quijote y Sancho, cuando en aquella noche obscura acertaron á entrar «entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y blando ruido.»

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro...; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...»

Acaso toparéis con la poética ilusión del loco hidalgo de ser presentado al rey, á la reina y á la infanta su hija, ó con el interrumpido relato de Cardenio, enamorado y poeta, como lo son el mismo Don Quijote, y Antonio, y Grisóstomo, y Lotario, y el mozo de mulas, y el enamorado D. Luis, y Vicente de la Roca, aunque éste, de cada romance que componía daba veinte traslados, y Lorenzo, el hijo del caballero del Verde Gabán, y algunos otros personajes de la novela; sorprenderéis tal vez, sentada tras un peñasco y á la apacible sombra de un fresno, á la incomparable Luscinda, más divina que humana, lavando sus pies en el arroyo que por allí corría, los blancos, los hermosos pies, que no parecían sino dos pedazos de cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Leed aquellas dulces historias y la del Curioso impertinente, la del Cautivo, la del mozo de mulas, la del cabrero, la de la Dueña dolorida; las sabrosas pláticas entre el hidalgo y su escudero y la discreta y graciosa que pasó entre Sancho y su mujer, aquel capítulo que el traductor, al llegar á él, tuvo por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio; aquellas continuadas aventuras como la espantable y nunca imaginada de los molinos de viento, la estupenda del vizcaíno, la nunca vista ni oída de los mazos de batán, la alta y gananciosa del yelmo de Mambrino, las muchas extrañas de Sierra Morena, la brava y descomunal de los cueros de vino tinto, la del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, la felizmente acabada de los leones, la grande y maravillosa de la cueva de Montesinos, la famosa del barco encantado, las acaecidas en la casa de los Duques, y, en fin, por no citar más, aquella en que el Bachiller Sansón Carrasco es vencido bajo el disfraz de caballero de los Espejos y aquella en que, al cabo, el Bachiller vence á Don Quijote en forma de caballero de la Blanca Luna.

Don Diego Clemencín apenas perdona una sola composición de las intercaladas en el texto del QUIJOTE.

Ya en los versos anteriores al prólogo, dice de las décimas truncadas de Urganda la desconocida, que no las tiene ni siquiera por discretas y que ni entiende sus pensamientos, ni halla otra cosa en ellas que obscuridad, confusión y tinieblas, comentario que le inspiran igualmente las décimas que el Donoso, poeta entreverado, dedica á Sancho Panza y á Rocinante, y el soneto de Orlando Furioso á Don Quijote.

En la dolorida—canción del zagal Antonio—, censura que el autor copie la tosquedad ingrata de los pastores, en lugar de su sencillez encantadora. Cierto que caben muy bien afectos delicados y tiernos en pechos aldeanos, y que bajo expresiones sencillas pueden presentarse ideas nobles, imágenes agradables y aun sublimes; cierto que el poeta, como el pintor, debe copiar á la Naturaleza, embelleciéndola... pero, ¿es que esto no lo sabía Cervantes, es que no lo practicaba? ¿No eran una de sus más altas dotes y uno de sus más preciados méritos los de embellecer cuanto describía? No digamos, pues, que no sabía hacer esto, sino que en aquel romance quiso hacer lo otro.

La Canción de Grisóstomo también le parece mal á Clemencín; así lo declara, pero sin demostrar razones bastantes que lo justifiquen.

Habíanla antes elogiado Pellicer, Ríos y Navarrete, el primero, especialmente, analizando el bello artificio de la rima, el modo nuevo de las estancias ó estrofas, hasta entonces no advertido, y la viveza manifiesta de la pasión del pastor furioso, reputando á Cervantes por inventor de este género de canciones

Nada de esto convence, sin embargo, al comentador implacable, y sólo porque el verso:

«salgan con la doliente ánima fuera»

se repite en la *Galatea* y en los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, recordando á aquel de Garcilaso:

«echa con la doliente ánima fuera»

y porque le parece embrollada jerigonza aquello de

«con lengua muerta y con palabras vivas»

sin duda por no haberse presentido aún en su época las miradas verdes, los suspiros azules y las horas grises de nuestros días, y porque

«á la desconfianza, cuando mira»,

no es un endecasílabo muy bien acentuado y porque

«esta del corazón profunda llaga»

le parece trasposición tan ridícula como aquella que cita Lope en la *Gatomaquia:*

«en una de fregar cayó caldera»

sólo por esto y por algún que otro reparo de menor importancia, condena toda una composición de ciento treinta y tres endecasílabos.

Igual dureza emplea cuando después de leer el soneto del capítulo XIII, que empieza,

«O le falta al amor conocimiento,»

justifica lo de haber puesto en boca de Don Quijote que su autor *debía de ser razonable poeta*, con estas palabras, procedentes también del mismo inmortal alcalaíno: «no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño», cita que otra vez, más adelante, escribe al pie de la glosa de Don Lorenzo, juntamente con la de igual procedencia, de que no hay poeta que no piense de sí que es el mayor del mundo.

Y cuando ante las coplas de enamorado que el *Ingenioso Hidalgo* dedica en el bosque á Dulcinea del Toboso, extraña que Don Quijote se creyera *algún tanto poeta*, según más adelante dice.

Y cuando comenta los ovillejos ó coplas llamadas *de ecos* del capítulo XXVII, diciendo que Cervantes tenía tan mala mano para hacer coplas, como la sin par Dulcinea la tenía buena para salar puercos.

Y cuando tacha de incorrectos ó defectuosos, versos tan elegantes como,

«la pobre cuenta de mis ricos males»

del soneto «En el silencio de la noche...» hermosísimo por cierto (cap. XXXIV), cuyo retruécano de *pobres* y *ricos* le parece, injustamente, del peor gusto;

«y esta vuestra mortal triste caída»

de otro soneto del capítulo XL; ó

«la fuerza de sus brazos esforzados»

cuyo pleonasmo da intenso vigor á este endecasílabo.

Y cuando más que de *malos*, califica de *peores* los versos de Merlín, aquel que las historias dicen que tuvo por su padre al diablo.

Y cuando simplemente desdeña ó califica de bufonadas los romances que mediaron entre la desenvuelta Altisidora y Don Quijote, sin reparar en la oportunidad de cuanto en ellos censura.

Y cuando del madrigal que cantó al son de sus mismos suspiros el enamorado andante, arrimado al tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli, no distingue el árbol que era), dice que otros se han escrito mejores (¡!) y cita una antigua copla de la cual tiene al madrigal citado por deslucida imitación.

Y cuando, en fin, tras otras análogas tachas, dice del epitafio puesto por Sansón Carrasco en la sepultura de Don Quijote, que carece de chiste, si es de burlas, y no es bastante claro, si es de veras; que está muy lejos de corresponder al lugar que ocupa y al objeto á que se dirige; que la dicción es rastrera, los versos desmayados como casi todos los de Cervantes, y de los conceptos, alambicado el de la primera quintilla, y obscuro, el de la segunda; y que es desagradable ver deslucido el final de una tan hermosa fábula con un epigrama tan insulso.

Líbreme Dios de afirmar con exageración, que las agrias censuras de Clemencín carecen en absoluto de fundamento; antes por el contrario, suelen ser generalmente atinadas, pero tan excesivas, tan desproporcionadas con lo fútil de la razón, que las mueve ó las inspira, y tan duras y monótonas, que más bien parecen un forzado estribillo empleado en ocasiones sin venir á cuento, y que llega á ser hasta molesto de puro machacón y repetido.

No diré tampoco que los mejores versos de Cervantes sean los intercalados en sus *Novelas ejemplares* ó en el QUIJOTE, pero otras tenemos más firmes, indiscutibles pruebas, de que sabía versificar como el más grande de los poetas de su tiempo.

Los comentarios de Clemencín no significan, pues, tanto que sean ya la última palabra, constituyendo más bien afirmaciones secas, de pura obsesión ó monoideísmo, que análisis razonado y sereno. Aunque sólo fuese en la comparación con otros buenos poetas de los que brillaban entonces, hubiera encontrado el comentador de Cervantes, manantial sobrado para toda justificación ó defensa.

Los mencionados defectos no eran, en verdad, defectos sólo de Cervantes, sino comunes á todos los poetas de su tiempo, defectos que entonces no eran tenidos como tales, y cuyo reparo significó, con bastante posterioridad, un perfeccionamiento de la poética moderna, el que logró dar mayor sonoridad y robustez á la castellana rima.

De todos modos, la nueva generación, la que se esfuerza en demostrar que los genios no vienen acompasados al mundo, que no reza la preceptiva con los espíritus libres, no será, ciertamente, la llamada á mantener en pie un error tamaño.

«Basta para la gloria del artista que la obra que produce sea bella; pero la literatura no es solamente expresión de belleza sin expresión de idea. Sobre la obra literaria se formulan siempre dos juicios: un juicio estético, que sólo atiende á la belleza de su *forma*, y otro juicio *filosófico*, en que sólo se mira á su *contenido*, al *fondo* de la concepción artística en sus relaciones con las eternas leyes de la verdad y del bien.

Todo lo que constituye la *forma* en una obra novelesca, plan ordenado y lógico, desenvolvimiento de su acción, verdad de los caracteres en los personajes que en ella figuran, viveza en los diálogos, sobriedad y exactitud en las descripciones, galanura en la frase, todas estas y algunas otras calidades se encuentran en el QUIJOTE.

Y aún hay más—como dice muy bien un notable crítico—. La moderna literatura francesa pretende haber descubierto la teoría del *realismo en el arte*, mediante la cual debe llevarse á la obra literaria la *realidad entera de la vida*, sin excluir los aspectos de ella feos, y aun repugnantes, que siempre se habían considerado como indignos de penetrar en los dominios de las Bellas Artes» (1).

Pues bien, esa teoría que en nuestra literatura picaresca tiene tan notables ejemplos, encuentra en el QUIJOTE encarnación viva, palpitante realidad, como los ya citados apuros de Sancho que no pudo contener... el miedo ante los misteriosos ruidos de los batanes y aquella escena ocurrida la memorable noche de la venta, en la obscuridad de la alcoba, donde tales pendencias se armaron que, como el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban un punto de reposo; todo lo cual evidencia la soberana inventiva, la originalidad de aquel ingenio privilegiado, á quien no se le resistían los atrevimientos mayores

(1) Luis Vidart. Obra citada.

aun cuando fueran totalmente opuestos á las reglas y enseñanzas generalmente admitidas.

Pero por encima de todas las maravillas de la forma, hemos de admirar y alabar la grandeza y majestad del pensamiento, esencia de toda obra de arte, y en el QUIJOTE, prodigio de invención, que atraído por ideales llamamientos, navega sobre un mar revuelto de aventuras y bajo un cielo esplendente de poesía.

Profundizad aquellas admirables páginas y no incurriréis en la vulgar y equivocada idea de que el libro de Cervantes sea sólo una hermosa sátira literaria, ó una parodia, ó una insuperable bufonada ú obra de burlas, guardadora del secreto de la risa y del más delicado pasatiempo, según ha sido comprendido en Inglaterra, donde el QUIJOTE fué siempre celebrado con interminables carcajadas; le tendréis por un verdadero poema de los tiempos modernos, representación fiel de los hombres y la vida de España, una verdadera epopeya entonada, sublime, hija de un soberano entendimiento, poeta, el que en Italia colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania, y de quien, como de Homero, se dice que ni tuvo antes á quien copiar, ni después ha tenido quien le copie.

De que Cervantes sintió por la Poesía sus más grandes y hondos amores nos hablan innumerables pasajes de sus obras.

Aquella gran figura caballeresca de Don Quijote se agiganta por grados según transcurre su vida por los capítulos del libro, se agiganta cuanto más habla, porque palabras tiene de amor para todo lo bello, para todo lo grande, para todo lo bueno: los árboles, las flores, las montañas, las llanuras, los bosques, las fuentes, los ríos, las noches de luna, los cielos despejados; se agiganta cuanto más camina, cuanto más lucha, cuanto más resignado sufre, porque su móvil no es otro que amparar al desvalido, á la viuda, al huérfano, al anciano, al niño, redimir al opresor, socorrer al menesteroso, alentar al humilde, humillar al soberbio, y no otra cosa hicieron los héroes y los mártires al consagrar y sacrificar sus vidas á la religión ó á la patria.

«Estos dos personajes humildes, nacidos de la fantasía de Cervantes—dice Quintana—, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.»

La magna significación poética del QUIJOTE está, pues, en todo latente: en la figura hermosa del protagonista y en todos los demás personajes principales ó secundarios, seglares ó clérigos, plebeyos ó nobles, fantásticos ó reales, rústicos ó poetas, galanes enamorados y doncellas desdeñosas; en las bellezas que canta de la Naturaleza, hermoseándolas siempre con su fecunda y feliz imaginación; en el ambiente sublime de ese mundo ideal en que se desarrollan uno por uno, todos los incidentes, todos los episodios, todas las aventuras; en que se oye, como con voz de ensueño, la palabra solemne del protagonista, eco de nuestras mismas eternas esperanzas é ilusiones y anhelos de placeres, de amores, de grandezas, resumen y compendio de nuestros dolores y alegrías, de nuestros desengaños, de nuestras lágrimas; reflejo, en fin, de nuestra propia vida, y más aún que en nada, en la honda y desconsolada melancolía con que, según la frase de Ramón y Cajal, «campean y se exteriorizan en vibrantes y elocuentes acentos, el desaliento del apasionado ideal irrealizable, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruísmo desengañado y vencido», con que el autor del incomparable poema, infortunado soldado de Lepanto, cautivo de Argel, encarcelado de Sevilla, víctima de calumnias, desdenes, envidias, miserias y persecuciones sin cuento, supo desahogar en tono dulce y apacible todo el intenso dolor de una larga vida de tribulaciones, sonrojos y amarguras.

«¡Sufrir, brillar y fecundar! eso es el QUIJOTE», dice el sabio Benot y añade: «El QUIJOTE es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales, y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los horizontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible á todas las conciencias.»

Por eso la obra es universal, porque ante todo es humana, como el dolor que amarga toda la vida, como la esperanza en el soñado ideal que nunca llega y por el que en balde se lucha, como la esencia poética de todo espíritu que en vuelo de incienso se eleva en espirales hasta las etéreas regiones de la fantasía.

Pero á más de ser la obra del dolor y la obra del poeta, el QUIJOTE era la obra del genio, del genio que también es siempre poeta, que también es siempre universal y á cuyo ritmo se allanan también todas las fronteras en el campo del arte.

«Porque Cervantes—según ha dicho Max Nordau—, aunque español hasta la punta de los dedos

donor, de cuya crianza se encargó una espléndida nodriza. No fué ésta la musa de la novela, siempre amiga del pueblo y de la verdad; fué la musa del teatro, cortesana de todo poder, hinchadora de toda ficción y prendada de toda mentira, desde que la dejó de sus manos el honrado Lope de Rueda.

Trocóse el honor á secas en *punto ó puntillo de honra*.

Aún más veloces que antes saltaron de la vaina los aceros; pero no ya para lavar afrentosas manchas, sino para dirimir cuestiones de etiqueta, para resolver competencias de casa de trato ó para ultimar problemas de tafurería.

En dos órdenes de relaciones se manifestaba y se ejercía esencialmente el honor á la antigua usanza. En lo tocante á la mujer y en lo tocante al dinero.

Pues á principios del siglo XVII no privaban del rey abajo más que la tercería, el consentimiento, el peculado y el robo.

De la mujer, de la hermana ó de la hija vivían muchos grandes señores, y de la hermosura familiar se aprovechaban todos para lograr pensiones y títulos y encomiendas.

Por el virreinato de Nápoles, el conde de Lemos, yerno del duque de Lerma, dejó en Madrid á su esposa. Y harto le constaba que el duque pretendía consolidar su valimiento con el rey mediante los buenos ojos de doña Catalina.

Las atrocidades en verso disparadas por el calvatrueno de Villamediana contra la marquesa del Valle, descendiente de Hernán Cortés, dan testimonio de cómo se respetaba á las damas ilustres.

Cuanto á las mujeres de clase menos elevada, hable por mí Quevedo:

Dícenme, Don Jerónimo, que dices...

Hablen por mí—yo callo para no sonrojar al auditorio—todos los ingenios, eclesiásticos y seglares, que satirizaban, más que indignados, risueños, y que escribían, no en contra, sino á propósito de las ordinarias costumbres.

Peor, si cabe, andaba el negocio en achaques de fraude, de cohecho, de sonsaca y de latrocinio.

Sin vergüenza mendigaba todo el mundo, y sin vergüenza se utilizaba el producto de la mendicidad para granjear honores ó empleos.

¿Qué mucho si el primer mendicante de la nación era el monarca?

Para Felipe III, en el año cuarto de su reinado se hizo una cuestación de puerta en puerta, y fué el mismo Rey quien tasó en 50 reales el *mínimum* de las limosnas.

Allá se andaba la Justicia.

Así como en estos tiempos hay sermones, conferencias y pláticas para señoras solas, así en aquéllos había para rameras solas ejercicios cuaresmales. Tenía esta especial misión el dominicano fray Alonso de Cabrera, varón tan insigne por su elocuencia como por sus virtudes.

Véase el párrafo dedicado á la Justicia en uno de sus sermones:

«Dice el Juez: Yo no quiero llevar cohechos, ni en mi vida los llevé; pero ahí están mi mujer y mis hijas, que son damas, y como tales pueden recibir.»

Ante el ruido del oro, no se mantenía firme ni aun el probado catolicismo de Felipe III.

Los judíos conversos de Portugal le ofrecieron un millón y seiscientos mil ducados por un Breve pontificio que los habilitase para los cargos públicos, y aceptado el trato, púsose inmediatamente el rey al habla con Roma. Trabajo le costó; pero al fin obtuvo el Breve. Sólo que entonces se le aumentó la codicia, y en vez del millón y seiscientos mil exigió un millón y ochocientos mil ducados.

Con esto quebró el negocio á causa de que los judíos solicitaron un plazo de cinco años para reunir la enorme suma. Y Felipe desistió porque le necesitaba y quería de presente.

Meses después de salir á la luz la primera parte del QUIJOTE, logró Madrid recobrar la capitalidad del reino, que por dineros había sido trasladada á Valladolid el año 1601.

¿De qué modo ganaron los madrileños el litigio? Regalando 250.000 ducados al monarca y unas casas que valían 100.000 al duque de Lerma.

Al mismo son danzaban los magnates.

En la Junta de prelados y consejeros que precedió á la expulsión de los moriscos, habló como un santo el duque de Sessa, amigo y compadre de Lope.

Aludiendo á la sima de su villa de Cabra, dijo á Felipe III, con devota edificación del concurso:

—Yo tengo en mi estado un aposento, donde podremos, si V. M. quiere, alojarlos á todos.

Grandemente festejaron la idea los prelados y los próceres andaluces. Mas he aquí que á los pocos años, D. Rodrigo Calderon, en vísperas de subir al cadalso, denunciaba á algunos de ellos por haber salvado de la prodición, mediante pago de ducados, á millares de moriscos.

Y los asistentes de Sevilla se quejaban del grandísimo número de moros y moras que, por pecunia, se habían quedado en la tierra.

Por algo el implacable Villamediana, al ver cómo

rodaba en la Plaza Mayor la cabeza del marqués de Siete Iglesias, afirmó arrepentido de sus pasados dicterios, que con aquel ladrón se iba al otro mundo el hombre más de bien de la corte de España.

Como en la corte, en la aldea.

En la fachada de la Casa Consistorial de Añover de Tajo, lugar no distante de Esquivias, hubo, cuando Cervantes discurría por aquellas riberas, este letrero famoso:

Hidalgos, galgos y bueyes,
no los consienten mis leyes.

¡El honor! ¿Qué era? ¿En qué consistía? ¿Por dónde andaba cuando montó á caballo su representante póstumo?

Con su deshilachado ropaje, habían disfrazado al *pundonor* ciertos insignes autores de comedias, y por las tablas de los corrales se pavoneaba triunfante la ridícula contrafigura.

Sospecho yo que la inmensa mentira dramática, para la cual hay todavía creyentes, no convenció ni emocionó jamás á los contemporáneos, y que lo que sentía el público del Siglo de Oro, más que nada era profunda y gustosa sorpresa al comparar lo pintado con lo vivo.

Cosa nueva, en verdad, para quienes conocían por sus nombres á los traficantes en mercancía casera, al hallarlos en el teatro lavando á puros golpes de daga las manchas de la honra.

Por añadidura, no era ya el antiguo honor, ni siquiera la eterna y rigurosa pasión de los celos, la fuerza que movía, con arreglo á la voluntad de los pintores, aquellas inauditas contrafiguras. Era una sutil metafísica, una teología secularizada, una especie de religión nueva que, sin tener una docena de fieles, tenía un centenar y más de sacerdotes.

¿Qué casos ciertos, qué hechos reales sirvieron de fundamento ó de asidero á tan prodigiosa inventiva?

Sólo dos menciona la crónica, acaecidos ambos en Sevilla, y no entre gente noble, sino entre sujetos del estado llano. Importa aquí recordarlos, aun que de seguro los conocerá este ilustradísimo auditorio.

El primero fué la única materia prima de que los gloriosos forjadores de tragedias domésticas se sirvieron á fines del siglo XVI y principios del XVII, para convertir una fortuita excepción en cuadro sintético de costumbres sociales.

Los admirables cultivadores del drama sanguinolento y metafísico, tuvieron su solo modelo del natural en el tabernero sevillano llamado Silvestre de Angulo.

Aunque plebeyo el hombre, no miraba lo atañedero á la dignidad conyugal con ojos tan benévolos como los Padillas, los Guzmanes, los Ebolis, los Sandovales y otros ilustres caballeros, para quienes los antojos y enamoramientos del rey eran cosa de derecho divino.

Y menos aún se parecía, según demostró luego, á aquel bravo Juan Lorenzo da Cunha, que, privado de su mujer, Leonor Téllez, por el monarca portugués, anduvo el resto de su vida luciendo en el sombrero dos lindos cuernos de plata.

El tabernero de Sevilla, engañado por la suya, denunció el adulterio, probó la acusación, y obtuvo, con arreglo á la ley vieja, una sentencia que entregaba á los adúlteros á su vengador arbitrio.

Conducidos los reos al cadalso, subió tras ellos el marido, ganoso de presenciar la ejecución, y dispuesto á rechazar con clara y terminante negativa, cualquier demanda de indulto.

—¡Perdónalos!—gritó angustiada la gente.

—¡Perdónalos!—repitieron los frailes agonizantes.

—¡Perdónalos!—suplicaron hasta los alguaciles.

El tabernero, furioso, asió de una daga, y por detrás del verdugo, hirió, rajó, mató y remató á la desventurada pareja.

Enmudeció, aterrado, el concurso que macizaba la plaza de San Francisco.

Silvestre de Angulo avanzó hasta el borde del tablado, miró de hito en hito á la muchedumbre, se descubrió de un manotón, y tiró el sombrero á la plaza clamando con voz atronadora:

—¡Cuernos fuera!

Pasaba esto casi por los mismos días en que la princesa de Eboli conquistaba para su noble esposo la privanza de Felipe II.

En 1629, y también en Sevilla, un sastre catalán quiso repetir por su mano propia el escarmiento, pero mal de su grado hubo de perdonar á sus ofensores.

Tales son los únicos documentos humanos en que fundaron su teatro los dramaturgos de la primera mitad del siglo XVII. Después, se desbordó la sangre é invadió el *pundonor* los cielos y los abismos, gracias á un capitán general de Filipinas, que, imitando á los plebeyos, hizo con igual coraje lo que, más cuerdos ó menos vengativos, no solían hacer los nobles.

A tal punto y hora, cabalgó en un rocín y salió por la puerta de un corral manchego el último heredero del honor castellano.

Tiempo ha que vemos todos, no una personificación, sino una persona en el amador de Dulcinea. En esto se ha adelantado á los pensadores el divino vulgo. Mientras los sabios analizaban y desentrañaban el símbolo, el pueblo reconocía y festejaba al hombre.

Se supone con evidente exageración que millares y aun millones de españoles no han visto ni por el forro el libro de Cervantes. Muchos habrá, en efecto, que no sepan el nombre del creador; poquísimos que ignoren la vida y andanzas de la criatura.

Ocurre el fenómeno, jamás observado en la propia y las ajenas literaturas, de que los mismos que no han leído ni leerán la obra estén completamente familiarizados con el carácter, los hechos, las sentencias y la figura del protagonista.

El honor, el desinterés, la caridad, la independencia, el culto á la justicia, la *ética*, que decimos ahora, viven y sobreviven en DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Es vasallo leal y es cristiano sincero; pero en sus relaciones y tropiezos con las dos potestades sólo por su conciencia se guía.

A servir en los barcos del rey van los galeotes, y él los suelta, porque le parece duro caso hacer esclavos á los que Dios hizo libres, y porque sospecha que bien pueden la falta de dineros, la ausencia de favor ó los yerros del juez haber torcido el fallo.

Del rey son los leones, y él manda abrir la jaula, estimando que ni la marca ni la procedencia constituyen bastante garantía.

Cuanto á la Iglesia, ni le convence el ascetismo de los frailes cartujos, ni le atosiga mayormente el verse descomulgado. «También al Cid Rui Díaz le descomulgó una vez el Papa y anduvo aquel día como muy honrado caballero.»

De las mujeres—y cuidado que las encuentra sospechosas, andariegas, egoístas y ruines—ninguna le parece mala. Desde la moza de trato hasta la encopetada duquesa, todas alcanzan el homenaje de su respetuosa cortesía.

Como no tiene hiel en la sangre, ni conoce de burlas ni entiende de segundas intenciones, su cólera infantil se disipa en la primera tronada. Sólo persiste algunos minutos frente al eclesiástico, que públicamente le humilla. Una vez, no más que una, asoma á su boca el sarcasmo cuando sabe que por el delito de alcahuetería, tan común y provechoso en la corte, mandan un pobre diablo á galeras.

En la probidad es único.

Halla Sancho unos escudos en la maleta de Cardenio, y Don Quijote le autoriza para guardarlos. Pero salta allí cerca el *roto*, que es al parecer su dueño, y Sancho pretende alejarse para no tener que restituirlos.

—Así—dice—, podré poseer los escudos con buena fe, y si por otra vía menos curiosa pareciera el verdadero señor, quizá fuera á tiempo en que yo hubiese gastado ya los escudos, y entonces el rey me hacía franco.

—Engáñaste—contesta su amo—, ya en sospecha de quién es el dueño, estamos obligados á buscarle y volvérselos, y aunque no le buscáramos, la vehemente sospecha nos pondría ya en culpa.

Marco Aurelio reconocería por suya esta definición encantadora de la mentira de hecho: —«Las leyes de caballería y el honor mandan que no digamos mentira alguna; pena de relasos y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir.»

No en los fabulosos códigos de Amadises y Esplandianes, en los estatutos de la orden de Malta y de todas las órdenes militares fundadas para la hospitalización y el socorro de los desvalidos, está la ley á que el buen caballero espontáneamente se ajusta.

—¿Prometéis—preguntaban los comendadores de Malta á los novicios—de favorecer y tener en particular cuidado á las viudas, á los huérfanos, á los pupilos y á todas las personas afligidas, angustiadas y dolientes? —Sí, prometo; con la ayuda de Dios.

Para un hombre de la condición moral y espiritual de Don Quijote, no estaba la virtud en la jerarquía del ventero ó del comendador que hacía la pregunta, sino en la voluntad de corazón y de alma del que emitía la respuesta.

«—Desde que soy caballero soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de encantos y de prisiones... El caballero ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, caritativo con los menesterosos, y, sobre todo, mantenedor de la verdad, aunque el defenderla le cueste la vida.»

¡Qué mezquinos á su lado los cuerdos egoístas que le tienen lástima y los capellanes parásitos que le insultan!

Al cabo de trescientos años, sigue vibrando en todas las conciencias puras, la réplica dada á los unos y los otros:

«—Mis intenciones las enderezo siempre á buenos fines, que son hacer bien á todos y mal á ninguno.

Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión.

Yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería. Y en este ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.»

Bien conocía al patriciado de su tiempo y justamente despreciaba á los corifeos del *pundonor*, el hombre, el arquetipo ó el epónimo, que discurría, diferenciaba y profetizaba en estos términos, de grave donosura:

«—No todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos, caballeros. Los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; nosotros, al sol, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos al enemigo pintado, sino en su mismo ser, y le acometemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol, con otras ceremonias de este jaez que se usan en los desafíos particulares.»

¡Medir toda la tierra con nuestros mismos pies! Programa de ejercitantes y no de ideólogos, divisa de voluntades firmes y no de imaginaciones enfermas. De eso hablaban con terror los patriarcas de la Biblia, para quienes el diablo siempre que se presentaba ante Dios volvía de rodear el mundo.

Cierto que está personificado en Don Quijote el honor verdadero. El que se define por actos; el que no busca la graduación de la ofensa en los Códigos; el que no ha menester de que le partan el sol, pues lo mismo acude al cumplimiento del deber por la noche que por el día; el que, si no quedara en el globo más hombre que su dueño, seguiría gobernándole la conciencia y dirigiéndole la conducta.

Hay que ver al caballero ideal, al príncipe perfecto en el castillo de Pedrola. Hay que admirarle en aquella casa de sandios, mil veces inferiores á él, prestándose sin vacilación al mayor y más amargo entre todos los sacrificios.

El día que allí entró fué el primero en que tuvo noción perfecta de su calidad de andante y en que se alejó de su espíritu una vaga, una pertinaz, una torcedora é inconfesada sospecha.

A la mano de Dios caminaba, seguro de sí mismo y de la eficacia de su ministerio; pero en lo más hondo del alma le rebullía una duda, y harto barruntaba él que no era sino bacía de estaño el mirífico yelmo de oro. Iba como quien sueña y sabe que sueña, procurando no despertar ó despertar lo más tarde posible.

Ya en el palacio de los duques, con los mantos de escarlata, con los rocíos de aguas olorosas, con los requiebros de doncellas enamoradizas, con los honores recibidos en la mesa y el estrado, con las imperiales cacerías y con la promoción de Sancho á gobernador de territorios, se le acabaron de todo en todo los recelos.

Por primera vez creyó de lleno en sí propio; por primera vez fué dichoso, él que no había sido feliz ni infeliz durante cincuenta años; por la puerta grande entró en el cielo, después de haber pasado la adolescencia, la juventud y la edad madura en el limbo.

Pero una noche, la triste realidad, disfrazada de alto deber, llamó con sus nudillos de antipática dueña á las puertas de la alcoba.

Abrió el santo caballero, y prestó corteses oídos á la Bruja. ¿Qué mal aquejaba á doña Rodríguez, y para qué le pedía remedio?

—Tengo una hija muchacha, á quien el hijo de un labrador riquísimo y vasallo del duque ha seducido bajo palabra de matrimonio. El duque lo sabe, pues me he quejado á él muchas veces y le he pedido que obligue al mozo á cumplir su palabra; pero no me atiende ni apenas me escucha.

—¿Y por qué, señora?

—Porque el padre del burlador es rico, y como le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre. Amparadme vos, y obligad al mozo, sea por ruegos ó sea por armas, ya que para enderezar entuertos habéis nacido.

Don Quijote guarda un minuto, sólo un minuto, de silencio. Sabe que va á indisponerse con el duque, y adivina en la hija desenvuelta y en la madre acomodaticia dos despreciables busconas.

Deja, sin embargo, el cielo en que tan á gusto se hallaba y regresa voluntariamente al limbo.

—Dueña, templad vuestras lágrimas, que yo buscaré á ese galán, y le desafiaré, y le mataré, cada y cuando que me viniere con excusas. Mejor le hubiera estado á vuestra moza no proceder tan de ligero, pero el principal asunto de mi profesión es castigar á los soberbios y acorrer á los humildes...

¡Oh, valiente y magnánimo caballero, tú sí que eres el duque!

¡Qué ha de serlo el menguado prócer que inventa de seguida un grotesco torneo, no tanto para divertirse como para evitar una probable desazón al rústico que le alivia las trampas!

El cuento de Sancho, que para mofarse de las distinciones con que fingían honrarte los dueños del castillo de Pedrola recordó aquello del «sentáos, majagranzas, que donde esté yo allí estará vuestra cabecera», no rezó entonces ni rezará nunca contigo.

Tú ocuparás por los siglos de los siglos el lugar de preferencia.

Se ha hecho justicia á la diginidad, á la rectitud y al honor, en ti personificados, y desde el solio han descendido al taburete todos aquellos que te tomaron por blanco de sus ociosas burlas.

Alégrente, pues indudablemente has existido y existes, estos misterios de gozo y de resurrección conque aquí te desagraviamos.

Y reanímete esta confesión nuestra, esta confesión general de que, sin un poco de santa locura, no pueden vivir ni los hombres ni los pueblos.

DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

por Francisco Jiménez Campaña (de las Escuelas Pías).

VENGO á esta fiesta literaria y entro en este palenque, donde hoy se rompen lanzas y se suenan adargas en honor del Príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, requerido por vuestra buena voluntad, que no vió en mí, sin duda alguna, la carencia de todas las dotes y destrezas del buen mantenedor. Y puesto que la amistad os puso vendas en los ojos, no seré yo quien me entre ahora por vuestros oídos á los dominios de la inteligencia con el relato penoso de las miserias de mi imaginación, de las nubes de mi entendimiento, obscuro de suyo, y de los pocos bríos del sentimiento.

Cumpliré como Dios me dé á entender con las leyes de la amistad, tan dignas de respeto como las leyes del honor, esperando que el cielo, que no se enoja de las buenas intenciones, venga en mi ayuda con su poder.

Y lo primero que voy á asegurar es que no soy extraño á vuestra alegría, ni vengo solo con estos hábitos á tomar parte en el regocijo de los demás. Que como se trata de prestar homenaje voluntario al Príncipe de los ingenios en el tercer centenario de la aparición de su DON QUIJOTE en la república de las letras, vienen conmigo, ó mejor dicho, vengo yo con ellos y como el último mesnadero de sus huestes, y entro en esta plaza con Gonzalo de Berceo, aquel piadoso sacerdote de San Millán de la Cogulla, primer poeta español de nombre conocido, de abundante vena, creador de la leyenda histórico-religiosa de nuestra Patria, que trae por pajes de brida aquel levantisco monje de Arlanza, que escribió el poema del Conde Fernán González, y el otro beneficiado de Ubeda, que continuó el poema de Alexandre; aquí entra aquel regocijado y travieso Arcipreste de Hita, que pulsó todas las cuerdas de la lira, desde la canción religiosa hasta la sátira, y trae arreos de príncipe, pues que lo fué de los poetas castellanos de la Edad Media; aquí viene Fray Martín de Córdoba, que escribió el *Vergel de las nobles doncellas*, y Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, con su *Reprobación del amor mundano;* aquí, el

D. Francisco Jiménez Campaña.

insigne Obispo de Burgos, Don Alonso de Cartagena, con su *Memorial de virtudes*, y aquí, Don Juan de Padilla, imitador del Dante en los *Doce triunfos de los doce Apóstoles;* aquí, Fray Iñigo de Mendoza, discípulo del caballero orador y poeta Don Gómez Manrique y Fray Ambrosio Montesino, vate religioso de la Corte de la Reina Católica; aquí los místicos españoles, ricos de letras y de amor de Dios, pródigos de las luces de su ingenio, que iluminaron y alegraron el cielo de España, cuando el astro rey, embelesado con su hermosura y bizarría no osaba apartar sus ojos de los dominios de nuestras armas, y por cuya habla rica y sonora y llena de inextinguible vida seguiremos siendo hasta la extinción del tiempo, á despecho de envidiosos detractores y tiranos y piratas, los regios dominadores del Nuevo Mundo; aquí Juan de Castellanos, que en el último tercio de la vida cantó, enamorado con senil amor, *Las elegías de varones ilustres de las Indias;* aquí, Solís, cuya *Historia de la conquista de Nueva España* tiene todos los arranques épicos y las artísticas disposiciones de una epopeya; aquí Herrera, ya afinojado y melancólico, ya resonando la épica trompa por la victoria de Lepanto; aquí, Mariana, haciendo á las veces sombra á Tácito y Tito Livio y Jenofonte, y seguido, como noble infanzón, de sus escuderos los Padres José de Sigüenza, Martín de Roa, Antonio de Fuenmayor y Prudencio de Sandoval; aquí, Góngora, allegando, al dormitar de su ingenio, nuevas voces al tesoro de nuestra lengua, y recreando el ánimo de la Patria con el son argentino de sus artísticos romances; aquí, Espinel, con su *Escudero Marcos de Obregón*, por cuyas venas corre la sangre aventurera y picaresca de Gil Blas de Santillana. Aquí dignos de vuestro respeto y agasajo los grandes dramaturgos españoles, los que llevaron en triunfo el nombre de España como una bandera nunca vencida ni superada, y son aún ricos veneros adonde vienen á enriquecerse ingenios envidiosos de nuestra fortuna; ellos son y vienen como nobles capitanes, haciendo mesura á Cervantes, Lope de Vega, fénix de nuestros Siglos de Oro y de todos los siglos; Calderón, el de la *Vida es sueño;* Tirso de Molina, el de la *Prudencia en la mujer*, y Morato, el de *El valiente Justiciero*, que subieron con alas de águila á las alturas del genio griego, cuando éste rugía y lloraba con Eurípides de Salamina y reía y satirizaba con Aristófanes de Atenas. Tras esta sublime manifestación del ingenio de nuestra Patria, nunca tan espléndida como en aquella áurea edad, yo escucho sonar de épicas arpas mezclado con notas alegres de risas, como en día de verdadera expansión del alma: son Fray Alonso de Acebedo cantando la *Creación del mundo;* Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada;* el Obispo Valbuena, el *Bernardo;* Villaviciosa, la *Mosquea*, emulando á Homero, y el Sacerdote Rodrigo Caro, cantando con acento doliente, que llega á la medula del alma, con la visión no sé si de cosas presentes ó futuras:

> Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
> Campos de soledad, mustio collado,
> Fueron un tiempo Itálica famosa.

Luego se acerca, levantándose entre una muchedumbre de mediocres ingeniecillos, corruptores del habla castellana, el Padre Lorenzo Hervás con su hermoso *Catálogo de las lenguas*, y el Padre Alvarado, lleno de sales y hondo filosofar, conteniendo con sus *Cartas críticas*, la corriente enciclopédico asoladora de todo bien, y el Padre Esteban Arteaga, primer estético español, y los dos Benedictinos, honra de la añeja tierra cristiana del Miño y el Caabe, el gran crítico Feijóo y el excelente polígrafo Martín Sarmiento; y el Padre Flórez con su *España Sagrada*, historiando ya á la manera moderna; y pintando en nuestro rostro la mueca retozona de la burla el Padre Isla con su *Fray Gerundio de Campazas*, y Fray Diego González con su *Murciélago alevoso*, en armonioso contraste con Lista, que viene cantando á la *Muerte de Jesús*, porque todos la olvidan; y Don Juan Nicasio Gallego, airado aún con la traidora invasión napoleónica; y el Padre Basilio Bogiero, en fin, Escolapio, maestro de Palafox, orador y poeta, que fué el Tirteo que, con sus nerviosos cantos á la independencia patria, mantuvo entera el alma de Zaragoza y dió por ella la vida sobre el puente del Ebro, muerto á traición por los flamantes vencedores de Austerliz y Marengo.

Yo no quiero contar por innumerable y porque aún no están juzgados por la historia crítica, la hueste de sacerdotes escritores del siglo que pasó: entre ellos se descubren por su gigantesca figura, Balmes, el del *Criterio*, y Mosén Verdaguer, con su *Atlántida* y sus *Místicos Idilios*, nacidos de un corazón hermosamente cristiano.

Todos estos sacerdotes, prueban la parte activa y el hondo regocijo que la Iglesia española toma en estas fiestas celebradas en honra del Príncipe de los Ingenios, Miguel Cervantes Saavedra. Y el tema que me ha cabido en suerte para su desarrollo, *El Quijote y la Religión*, lo ha de probar más.

PERSONAJES DEL CENTENARIO

CONCEJALES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sr. Ovilo.

Sr. Abril.

Sr. Fiscaer.

Sr. Moraysta (D. Justo).

Sr. C. Bas.

Sr. Cortina.

Sr. Fraile.

Sr. Salvador.

I

«Religión—dice el *Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española*—es virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia.» Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara al través de la mayor parte de los hechos de Don Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos á Cristo, como á nuestro Redentor, y seguimos su doctrina.

Y esta Religión y no otra de paganos ni de turcos, es la que profesa el Ingenioso hidalgo manchego, la que le sale á Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secundarios de esta novela, sola y única en la historia de las Letras.

Cada uno da de lo que tiene, y aquel soldado de a Cruz, que peleó en Lepanto contra la Media luna ly derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo, aquel, que con su palabra arrebatadora convencía á los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasía y los hacía tornar arrepentidos á los brazos de la Iglesia, nuestra Madre; aquél, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común á sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas y la paciencia que sufría en las mazmorras en arranques homéricos del Cid, cuando desterrado de Castilla, ensanchaba las fronteras de la patria á tajos de su tizona; aquél, que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma á los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que chispas y ráfagas de aquella heroica fe, por la cual el relato de su propia vida es la más hermosa é interesante de sus novelas ejemplarísimas.

El Quijote fué lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó á cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: aquella estatua que modeló en la obscuridad del calabozo á golpes de desventuras, y rasgueó en el cincel de la risa y perfeccio-

PERSONAJES DEL CENTENARIO

CONCEJALES DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Sr. Gálvez Holguín.

Sr. Vázquez (D Venancio

Sr. Ruiz de Grijalva.

nó con los últimos toques del humorismo, que es amalgama de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, á la que después dió por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y malhumorada, del bien de los demás.

La suma virtud de su héroe fué la fortaleza, la cual, como dice el filósofo Estagirita, tiene dos partes, que son *el acometer* y *el sufrir*, cuyas dos virtudes no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, *acometió* la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y *sufrió* la muerte siendo inmortal. Este es el espejo claro ante el cual se encuentran deformes los héroes del paganismo, los cuales, si tienen la audacia de acometer grandes empresas se hallan desposeídos de la heroica virtud del sufrimiento, por cuya ausencia se vieron malogradas y no tuvieron digno remate sus hazañas más valerosas.

¿Y quién diré yo ahora, haciendo la debida separación entre lo divino y lo humano y no queriendo barajar el cielo con la tierra, fué más acometedor de empresas arriesgadas y erizadas, como los Al-

Sr. Gurich.

pes, de dificultades, que Don Quijote de la Mancha? ¿Quién tuvo más paciencia en la adversidad, ni contó como sufridas más derrotas que el caballero de la *Triste Figura?* Yo no os haré el recuento de sus hazañas, de todos bien sabidas, porque no hubo sombra de miedo ó de injusticia, que no recibiera el bote de su lanza, ni hubo caballero, ni castillo, ni león, ni ejércitos encontrados y trabados en batalla, ni carro de las Cortes de la Muerte, ni hueste de gigantes en los Campos de Montiel, que no fueran acometidos con valentía por el esfuerzo de su brazo. ¿Qué culpa tuvo Don Quijote de que los castillos fueran ventas llenas de trajinantes y hembras *del partido*, y no de guerreros y doncellas de honesto recato, ni de que los gigantes fueran molinos de viento y los ejércitos puestos en batalla, cuyos príncipes y capitanes él conoció y nombró con lengua de Homero, fueran humildes y tranquilas manadas de ovejas? Él acometió aquellas aventuras con el denuedo del que pelea con lo cierto y con lo real y no se le amilana el valor por verse uno contra mil, ni se le cae la lanza de las manos, cuando la enristre contra desaforados gigantes. *Es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra*, y allá se va el cristiano aventurero con tanta valentía como Cortés, á derribar los mejicanos ídolos.

Chocó el valor, por falta de juicio, con la materia y la fuerza de su brazo flaco, con el ímpetu del viento y la nobleza de su ánimo, con la malicia humana, y de aquí nació la risa y los refranes de Sancho, porque de aquí nacieron sus descalabros.

Ponderar con qué paciencia los sufrió, es obra larga y minuciosa. Jamás en viéndose vencido y maltrecho dió voces impías contra Dios, ni se descompuso su semblante con muecas de ira ni ademanes de desesperación. Con ánimo entero sufrió las heridas y humillaciones, y aun cuando su risible figura rodó muchas veces por el suelo, aporreada de yangüeses y pastores y desagradecidos galeotes, jamás rodaron su denuedo y su paciencia, ni cambió de semblante, que siempre su ánimo se tuvo de pie seco y enhiesto, como su lanza. Y si algún pecado venial cometió su paciencia y alzó más de una vez el cuento de su pica contra su escudero, más culpa tuvieron las bellaquerías de Sancho y sus mal disimuladas burlas, que las humillaciones de las derrotas. Así fué de acometedor y de sufrido el valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, porque tal era su fe en Dios y sus virtudes cristianas. Estas vivieron en él á pesar de su locura y cuando á la hora de su muerte, Dios, remunerador de justos y de inicuos, le volvió el juicio, que le arrancaron y saquearon sus endiablados libros, él murió como bueno, en paz con su conciencia, confortado con los Sacramentos, y sin otros odios ni encargos de venganza, que un legado de ira justa y sana á los perjudiciales libros de caballería.

Y porque no se crea que esta manera de discurrir sobre Don Quijote es solamente mía por ser ministro de Cristo, que todas las buenas obras de arte las quisiera para Dios, hable el gran poeta ruso Turguenef y exprese sus ideas hondas sobre el héroe manchego.

«Don Quijote — dice Turguenef — expresa por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad, que se halla fuera del individuo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. Don Quijote está por completo penetrado del amor al ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida... Don Quijote creería indigno de él vivir para sí mismo, cuidarse de su persona: vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoísmo, jamás piensa en sí; todo es sacrificio.»

Hasta aquí el poeta ruso, enamorado del héroe de Cervantes, cuyas obras leía diariamente en castellano, para dar pasto á su alma con aquel sabrosísimo manjar ,que cría héroes: y todo lo anteriormente dicho por él trasciende á cristianismo, puesto que sabe á sacrificio y á caridad con los prójimos.

Mas porque el temple del alma y su buena ó mala condición suele manifestarse no sólo en las obras, sino en las palabras, que á las veces se salen de la boca sin el cabal consentimiento de la razón, oigamos las que á Don Quijote le nacieron de la mitad del corazón con los consejos que le dió á Sancho en vísperas de gobernar la ínsula Barataria:

«Primeramente ¡oh hijo! dice Don Quijote, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente: que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

»Si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo.»

Y basta, por no dar aquí formas de sermón á m discurso, que estos consejos parecen nacidos de la boca de un Santo Padre de la Iglesia y no disuenan entre las sentencias y parábolas de Salomón.

Ellos hablan solos, y solos y sin otras pruebas que los acompañen, confirman mi aserto de que el Ingenioso Hidalgo manchego fué caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje ni de judío.

Yo he oído estos consejos, que pueden ser código de la conciencia, puesto que nacieron de las entrañas del Evangelio, los he oído sonar vencedores en las Cortes en medio del tráfago vocinglero de la

política, los he escuchado en los palacios de la justicia humana saliendo de los labios del letrado defensor y en las intrigas cortesanas, siempre dando al traste con la ambición y la codicia; y donde quiera que los he escuchado, han sonado en mis oídos, como deben sonar en los oídos del proscrito aquellos cantares cristianos con que nos arrulló la patria por boca de nuestras madres en las inocentes horas de la infancia

II

Y si cristiano fué el andante hidalgo, cristiano viejo fué su escudero.

Sancho era hijo del pueblo, de aquel pueblo español donde tantos frutos dió la simiente evangélica. De esta tierra esponjosa y fértil, labrada en aquella sazón por las predicaciones de Fray Luis de Granada y del Beato Juan de Avila, por la palabra concisa y nerviosa de Fray Diego de Estella y la hondamente sentida del que escribió *Los trabajos de Jesús* y la arrogante y enérgica de Malón de Chaide, por el misticismo santamente caballeresco de la Doctora de Avila y el dulce y melancólico de San Juan de la Cruz y el clásico y suave de Fray Luis de León; Sancho era hijo de aquel pueblo que se solazaba y regocijaba en sus populares fiestas con los autos Sacramentales de Calderón, de Lope y de Valdivieso, y donde antes Jorge Manrique, calzando espuela y ciñendo espada, cantaba en medio del tropel de la batalla aquella mansa elegía á la muerte de su padre, que se nos sale del alma en el rumiar de las penas de la vida; y después el gran satírico D. Francisco de Quevedo, dejaba á las veces sin concluir las epigramáticas aventuras del *Gran Tacaño*, para filosofar sobre la *Providencia de Dios* y las evangélicas hazañas del apóstol de las gentes. Sancho, en fin, era hijo de esta tierra bendita, saturada de cristianismo, como las vegas de agua, que mandaba naves á Lepanto, conquistadores á América, tercios á Flandes, teólogos á Trento, Velázquez al Calvario y Murillos al cielo, para dar vida y forma humana en los lienzos á los misterios de nuestra fe.

Y cierto, Sancho debía ser hijo de su tierra y lo fué. Zafio, ganapán encortezado, malicioso y bellaco, con más refranes obedientes á su voluntad, que tuvo Lope de *vasallos consonantes*, y Quevedo de burlas, y de lances picarescos el *Lazarillo de Tormes;* Sancho fué cristiano añejo y borbota la fe de su alma á hora y deshora, y á las veces, cuando se le espera zahareño y aferrado á lo material y positivo resulta manso y generoso; cuando ignorante y falto de toda luz, se le halla con puntas de teólogo, y cuando se le aguarda arrastrándose por la tierra tras los ajos y bellotas con que dar hartura á su hambre inextinguible, se le encuentra regalándose con los manjares del espíritu y las esperanzas de la otra vida.

Después del fantástico volar del Clavileño en que Sancho diz que vió desde la región del fuego, chica la tierra y mezquina, y á los hombres enanos y pigmeos, como quisiesen pasar aquellos nobles y descansados señores alegres las burlas adelante, viendo que se tomaban por veras y el duque le dijese á Sancho *que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban aguardando, como el agua de Mayo, Sancho se le humilló y le dijó: después que bajé del cielo y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres, tamaños como avellanas, que á mi parecer no había más en toda la tierra? Si su señoría fuera servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuera más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor insula del mundo.*

Quería Sancho mejor gozar de una partecica del cielo, sin afanes ni cuidados, que gobernar en toda la tierra.

Y en vísperas de salir para la insula, cuando ya casi tocaba con sus manos el deleite de mandar y ser obedecido, y disponer de lo ajeno como de lo propio, cuando otros se venden por negros y pasan por herejes, y dejan al descubierto su honra, primero que el gobierno se les vaya de las uñas, Sancho está resuelto á dejarlo todo, si con la insula se ha de perder su alma, y así le dijo á Don Quijote, que dudoso de su buena disposición y entendimiento le resquemaba el espíritu con dudas y zozobras: *Señor, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré, Sancho, á secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de insulas, que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.*

Las cuales respuestas nos las diera Sancho, si no fuera cristiano, para quien antes que todas las ínsulas é imperios y tierras y playas de garamantas é indios es buscar el reino de Dios y su justicia.

III

De los otros personajes secundarios de esta novela maravillosa, que van escurriendo el nudo y formando la trama de la acción y despertando el interés con la diversidad de caracteres y de sus distintos cargos y oficios y diferente posición social, los hay de todos los colores, de tantos como tiene la vida humana, más abundante y rica en tintas de virtudes y de vicios que la luz solar en cambiantes de variado color, al iluminar los montes y las sierras, los arroyos y los mares, los pájaros y los peces. Porque los hay nobles y plebeyos, con hábito de nobleza y de religión, sencillos pastores y endiablados estudiantes, venteros con uñas de gavilán y Camachos generosos y derrochadores, enamorados suicidas, y curiosos impertinentes, doncellas pudorosas y discretas y bellacas maritornes, regocijados de la vida y arrepentidos disciplinantes, forzados de galeras y ladrones sueltos y dueños de la riqueza ajena, *corrientes y molientes á todo ruedo.* No todos practican la virtud cristiana, pero la justicia campa entre ellos triunfante y señora, y á todos va repartiendo como reina providente, según sus merecimientos, mercedes y castigos, bienes y males, riquezas y desventuras.

No todos practican la virtud en la verídica historia de Cide Hamete Benengeli; pero no sale de sus manos descalabrada la Religión, no se mete por los ojos con colores excitantes la obscenidad, y si alguna escena picaresca tiene lugar en la venta, está pintada con tales trazas, que no se para mientes en la bellacaría, sino que se ríe á todo reir con el lance cómico é inesperado. Cuando tiene lugar el suicidio del pastor desesperado de amores por la hermosa y garrida Marcela, de tal manera habla la peregrina pastora y con tales dejos de filosofía natural y con tales arranques de fortaleza cristiana defiende su libertad y su independencia de todo hombre enamorado de la hermosura que Dios le otorgó sin obligación de corresponder á los que se aficionaren de su belleza, que no tiene prosélitos el suicida, ni allí queda asentado, sino intrínsecamente maldecido el derecho á privarse de la vida con las propias manos.

Ello es que aquí no andan trocados los nombres de las cosas, ni disfrazado el vicio de virtud, ni la deshonestidad de recato, ni la injusticia lleva arreos de derecho, ni la venganza es piadosa, ni la avaricia liberal, ni la hipocresía lleva nimbos de santidad, ni están coronadas las bastardas ambiciones, ni la mentira triunfante, ni al homicida se le consiente que se cubra y adorne con las preseas de la caridad las manchas de sangre de su víctima.

En cambio quedan en esta novela puestos en la picota del ridículo, para pasto de buitres y escarmiento de desavisados la arbitrariedad despótica de la andante caballería y todo lo que se le parezca en las edades que pasaron y han de pasar; el culto idolátrico á la mujer, tan pernicioso como el abuso de su debilidad para considerarlas sólo como el instrumento vil de los deleites del hombre; el duelo propio de bárbaros y gentiles, porque es convertir la dignidad humana en un ridículo Júpiter tonante, que lanza un rayo de muerte por cada desacato venial, y la superstición, en fin, de los sortilegios y encantamientos contrarios á la fe que deja libre y responsable de sus actos á la voluntad y la visión de los futuros contingentes la reserva para Dios.

Y esta savia cristiana y este jugo evangélico no parte directamente de la inteligencia de Cervantes para los principales y más simpáticos personajes de su epopeya, sino que es su propio corazón enviando oleadas de sangre sana y creyente á todas las arterias vitales de su obra, que es hermosa copia de la vida de la Humanidad; es la Religión, que no para mientes en los desatinos audaces de un loco, ni toma ascos de su triste figura, porque al fin es madre, sino que enamorada de su corazón besa en la frente á Don Quijote, caballero campeador y perseguidor de las injusticias y mentiras que traían entonces y traen ahora á roso y velloso revuelta y desabrida toda la tierra.

LA POESÍA DEL "QUIJOTE,,

por Mariano Miguel de Val.

Aun cuando no tuvierais idea de la generosa tolerancia y de la benevolencia que son en esta Casa tradicionales, hallaríais de ello plena demostración y acabada prueba por el solo hecho de verme aquí, con mis pocos años y sin merecimiento alguno ni nombre, ocupando puesto tan elevado y honroso.

Y es lo cierto que habituado yo á estas bondades y con el estímulo, además, de unir mi esfuerzo, aunque siempre débil y pobre, á cuanto en esta ilustre corporación se emprenda en justo homenaje á nuestras inmortales glorias, no me resistí cuanto debiera á aceptar el nuevo honor que la buena amistad me dispensaba Culpable soy, pues, de abusar tanto de una benevolencia que nunca se me regatea y tan inmerecida y amablemente se me prodiga; culpable soy de no haberme concretado á *repicar*, como era aquí mi deber, sin intentar al mismo tiempo *ir en la procesión*, lo cual bien dice el refrán que no se puede.

Corresponderé siendo lo más breve posible, aunque mi tema es vasto, y apoyándome en autorizados criterios que suplan y compensen mi insuficiencia.

D. Mariano Miguel de Val.

Pertenezco á una generación todavía sin historia, que apenas balbucea, pero que llega ya y se agranda en el horizonte, y parece traer por estandarte la enseña de la rebeldía, y se hace anunciar por sacrílegas avanzadas, despreciadoras de todos los respetos; avalancha implacable, desdeñosa, que atropella los ídolos más altos y amenaza derribar altares y templos.

El «más allá» de sus primeros ideales es un mal que le ciega á cada paso.

Son jóvenes; engendrados en días de dolor, vinieron ya angustiados á la vida.

Hora llegará, no lejana, en que, percatándose de la brevedad de la existencia, se den más á saborear los sazonados frutos, que á inventar nueva Flora, y sin esperar de la incertidumbre del porvenir amaneceres cada vez más claros, tengan por bueno el sol, por despejado el cielo, por floridos los árboles y con sólo dejarse acercar lo que antes rechazaban, crean haberlo descubierto todo, saciando así las ansias de sus dorados sueños.

Nadie mejor que Cervantes para ser el maestro de esa nueva generación intelectual que, lejos de manifestarse, como él, en sus juicios, recatada y benévola, alardea de valentía contra los difuntos y es hasta aduladora entre los vivos.

Desgraciado de aquél— escribe el mismo Clemen-

cín, el más duro comentador de Cervantes—, desgraciado de aquél á quien no suspendan y arrebaten las gracias y bellezas admirables, originales, únicas del QUIJOTE.

Esto no quiere decir que Cervantes haya sido discutido nunca. Detractores tuvo, sí, como toda obra popular. El mismo Lope de Vega, que fué menos tiempo amigo que enemigo de Cervantes, le censuró duramente, contradiciéndose con sus alabanzas de otros días; pero aparte inquinas y rencores, aparte desautorizadas críticas sin eco, ó distingos aislados sin fuerza alguna, para Cervantes ha sido unánime el elogio.

El *Príncipe de los ingenios españoles*, que á pesar de su reconocido extraordinario mérito, no se libró durante su azarosa vida de las alternativas de la varia fortuna, fué, como todos los grandes genios, mirado con desdén por algunos literatos que no comprendían ó no querían comprender sus primores.

«Verdaderamente Cervantes—dice Benot—fué el rigor de las desdichas.»

Atormentan, al leer la vida del *Príncipe de los ingenios*, los numerosos trances en que tan á punto estuvo la Humanidad de perder, sin haber dado aún el portentoso fruto, al que llevaba en sí la gloria mayor de la Literatura española.

Groseros versos, que se resiste la lengua á decir y la pluma á copiar, fueron despreciativamente publicados y eran burlescamente repetidos contra el autor del QUIJOTE.

Esteban Manuel de Villegas comparaba á Cervantes con un mozo de mulas; el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, se atrevió hasta insultarle por viejo y manco, que tenía más lengua que manos (y teniendo él más manos que lengua, le robaba la ganancia que había de producirle la segunda parte de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA); Lope de Vega escribía lo siguiente:

«Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios á Cervantes)
fué de los extravagantes...» (1)

Y sobre la rivalidad de Lope, aún le insultaban en versos como estos:

«Solo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fué
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dijiste mú:
¡Oh, mala quijotada que te dé!»

Pero aun siendo así, víctima de una suerte fatal y de la impotencia misma de sus contemporáneos, alcanzó, bien pronto, la universal admiración que á su gigantesca talla correspondía, y ceñida á sus sienes la gloriosa corona de la inmortalidad, se le disputaron después los hombres y los pueblos; éstos, ansiando ser su patria, ansiando el señalado honor de haber sido lugar de su nacimiento; aquéllos, por el singular orgullo de llamarse sus colegas, y así, con notoria exageración, analizando las innumerables facetas de tan brillante ingenio, Cervantes ha sido juzgado como marino, como soldado, como viajero, como teólogo, como político, como jurisconsulto, como sociólogo, como erudito, como lingüista, como crítico, como táctico, como filósofo, como médico, como alienista, como economista, como astrólogo, como geógrafo, como vascófilo, como demócrata, como revolucionario, como anarquista, como cocinero, como camarero, y ¿qué más? hasta como manco... y no sería de extrañar que algún ilustrado tañedor de vihuela le supusiera rara habilidad música ó algún dentista erudito le diese también título de tal y disertare el día menos pensado, sobre las quijadas de Don Quijote, según las vió Sancho al asomarse á la boca del animoso caballero tras la famosa aunque desdichada aventura de los rebaños.

Significa esto que las generaciones futuras, sea cualquiera el temple de su espíritu, se descubrirán igual, con admiración y respeto, ante el monumento literario del que han gozado tantas generaciones «como los campos de las benéficas influencias del sol», y que ha llenado, en los siglos, de estimación y de gloria universales las españolas letras.

Labor es, sí, de los modernos tiempos la de completar, ordenar, resumir y compendiar los estudios que de Cervantes y de sus obras se han escrito, para hacerlos más claros y ponerlos más al alcance de la inteligencia; y ha de ponerse también un especial cuidado en seleccionar los juicios y desechar las interpretaciones que de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA se han hecho, porque, aun siendo dicha obra tan popular, dejaría bien pronto de serlo, si se empeñasen los sabios, ó los pensadores y filósofos más ó menos profundos, en darle un carácter y una significación que no sólo no tiene, sino que ni constituyó, remotamente siquiera, el pensamiento del autor, claramente expresado sin disfraces, rodeos ni simbolismos.

(1) Compárese con lo que Cervantes decía de Lope de Vega al citarle en su *Viaje del Parnaso*:

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja, ni aun le llega.»

Lejos de citar en lo sucesivo á Cervantes entre los tratadistas de Marina, Milicia, Teología, etc., todo lo cual, al fin y al cabo, no ha sido infecundo, porque abundantes obras ha producido, apologías notables, ingeniosas, en las que un noble y patriótico espíritu campea, parece llegada la hora de fijar la atención en la excelencia moral de aquel gran hombre, de cuya azarosa vida sabemos, no sólo por cuanto de él nos dicen Mayans, Pellicer, Ríos, Navarrete, Hartzenbusch, Fernández Guerra, Barrera y mejor aún, de una manera más elocuente, completa y acabada, Francisco Navarro Ledesma en su libro *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, sino por cuanto se refleja en todas y cada una de las páginas del QUIJOTE, en las que impresa para siempre quedó con signos claros, indelebles y hermosos.

«Si se atiende—decía el maestro Valera, el inmortal Valera, cuya sepultura, caliente aún, perfuman todavía las flores que con él enterraron – si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el QUIJOTE, viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad, resplandece en ese respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios.»

«Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie.»

Las mujeres, especialmente, y á pesar de lo que para juzgar á la antojadiza Leandra, dice de que «los que conocían su discreción, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta», las mujeres, repito, son casi todas en el QUIJOTE, según la frase de Hartzenbusch: «bellas y discretas y merecedoras de cariño, y á la que pinta ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne.

La soez Maritornes misma, la caricatura del QUIJOTE más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro ser, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente; todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras.»

Y si en todos los personajes secundarios se observa que Cervantes cuida mucho de suavizar las asperezas de sus figuras, haciendo contrastar en ellas las buenas con las malas cualidades, y hasta justificando á veces, por ajenas causas, sus vicios, sus defectos ó sus inclinaciones torcidas, en mayor escala se ve todo esto al considerar la hermosamente triste figura de Don Quijote, honrado, bondadoso, desinteresado, discreto, pues salvo su graciosa locura y su exaltación en el solo punto de la caballería, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía, é igual se ve también en la figura no peor trazada del bonachón escudero.

La locura del valeroso hidalgo es algo inmensamente venerable, como un poder divino que obliga al amor, al amor más puro, honesto, respetuoso y elevado, al amor platónico en forma de Dulcinea del Toboso; al ideal más noble en forma de andante caballería, que brilla para él con resplandores de gloria, y al entusiasmo, por cuanto es grande y sentido y bello en la naturaleza y en el alma, á tomar por castillos las ventas, por gigantes los molinos, por yelmo de Mambrino la bacía de azófar, por damas las rameras, por truchas el abadejo, la simple agua por bebida de encantador esquife; á imaginar, á la vista de las nubes de polvo que dos manadas de carneros levantan, formidables ejércitos que se aproximan de valerosos Laurcalcos, temidos Micocolembos y nunca medrosos Brandabarbarans; á imaginar ante los andrajosos porqueros, que al áspero son del cuerno enronquecido andan por los rastrojos recogiendo su manada de cerdos, servidores del castillo, enanos ó encantados seres que á toque de clarín anuncian al castellano la llegada del huésped caballero, y, en fin, á no temer nada y sacrificarlo todo, sin otro estímulo que la bendición amorosa de su Dulcinea ni otro móvil que el de alcanzar la sana, la inocente gloria de ser justamente celebrado como el primero entre los caballeros andantes de más fama, el primero en deshacer

agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones mejorar abusos y satisfacer deudas.

Así también en el bueno de Sancho resplandecen las más bellas cualidades; el miedo que francamente declara y á todas luces revela en tantos y tantos pasajes de la obra, y que le conduce hasta oler *y no á ámbar* durante la jamás vista ni oída aventura de los batanes, no es, ciertamente, miserable cobardía, pues ocasiones hay en las cuales demuestra palmariamente su bravura, como en aquella su lucha á brazo partido, «mano á mano, como hombre honrado», según su frase, con el cabrero, á raíz de la bruscamente cortada relación de Cardenio; no es miserable cobardía, sino prudencia, mansedumbre de hombre sosegado, pacífico, como tampoco al seguir á su amo y señor en tan azarosas empresas lo hace por miras interesadas ó egoístas; acaricia, sí, con infantil credulidad la idea de llegar á verse gobernador de la ofrecida ínsula, mas no es por otra cosa que por el grande amor que á su mujer y á sus hijos profesa, y más adelante también por el mismo amor que le inspira la compañía de su amo, cuando, á pesar de los malos días y peores noches y de los pésimos tratamientos y cada vez más continuos y desventurados lances, se entristece y llora si Don Quijote le despide, y le besa los pies y le manifiesta su deseo de no apartarse de él en el resto de su vida.

Y es que la obra de Cervantes no es la obra de un simple novelista, por grande que sea, sino de un genio, de un alma hermosa y buena, cuyo don más alto era el de divinizarlo todo, esmaltando siempre con su luz los más profundos pensamientos que ha encarnado la elocuencia en el lenguaje humano, cual si al desfilar las personas y las cosas que imaginaba su fantasía por el tamiz de su espíritu tomaran algo de sus excelentes cualidades, y que tenía, además, ese instinto sobrehumano, esa facultad creadora, suprema, mediante la que, aun siendo ingenio lego, es decir, que no había recibido grados académicos ni cursado las ciencias ni las letras, adivinaba lo que no sabía, «tenía la intuición de la verdad absoluta, de la cual se derivan, como fáciles consecuencias, todas las verdades relativas que constituyen el organismo de los conocimientos humanos».

De aquí que hayan llegado á estudiarle como filósofo, como geógrafo, como jurisconsulto, etc., y en todo ello demostrase conocimientos nada comunes, no precisándole haberlos aprendido en libros, como no le es nunca necesario al genio «ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud, ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni ser artista de profesión para juzgar las obras de arte». Así Cervantes nos habla de todo, lo divino y humano, y nos presenta, delineados, siempre con destreza admirable, los más diferentes cuadros y los más bellos paisajes, llegando desde la más deleznable realidad á la más elevada fantasía, de lo cuerdo á lo absurdo, de lo grave á lo ridículo, y presentando tal diversidad de personajes, de tan distintas cataduras, que asombra cómo á todos los retrata con igual perfección y donaire.

Bien podría, pues, afirmarse, sin más antecedentes que el QUIJOTE, que Cervantes era más que nada un gran poeta. Repito que esta afirmación podría hacerse aun cuando no se supiera de su vida ni hubieran llegado á nosotros de sus obras más que EL INGENIOSO HIDALGO.

Tenemos, sin embargo, otras razones y fundamentos sólidos para considerar al *Príncipe de los ingenios* como un gran poeta, uno de los primeros de su siglo, aun cuando no hubiera escrito el QUIJOTE.

Lo que hay, es que fué tanta la celebridad alcanzada por esta obra, que eclipsó á todas las demás del mismo autor, y ya sus contemporáneos le negaban aptitudes de poeta, sembrando así un error que todavía no se ha borrado, y que personas que pasan hoy por eruditas y doctas y de buen gusto literario sostienen aún, lo cual es prueba indudable de que han preferido y aceptado por más cómodo acatar el error tal como lo recibieron de sus mayores, á convencerse por sí mismos de la verdad, para lo cual les hubiera sido suficiente leer una sola vez las poesías ya coleccionadas.

Meditando D. Eugenio Silvela, en una conferencia notable que dió no hace muchos días en esta cátedra, sobre cuáles pudieran ser las causas de esta equivocada opinión, la atribuía, de acuerdo con lo dicho por Navarrete en sus eruditas *Ilustraciones* á la vida de Cervantes, al excesivo crédito alcanzado por la confesión misma del *Príncipe de los ingenios*, que, en el *Viaje del Parnaso*, dice:

«Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.»

y más adelante:

«Vayan, pues, los leyentes con letura,
cual dice el vulgo mal limado y bronco,
que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.»

Tomado así, al pie de la letra, lo que sólo una excelente modestia significaba, y unido esto á lo que le perjudicó la competencia con Lope de Vega, el *Fénix* (1), así como también más tarde «la implacable saña con que D. Diego Clemencín, el más ilustre de los comentadores del QUIJOTE, no desaprovechó ocasión para afirmar que Cervantes fué infelicísimo en los versos», no es extraño, en efecto, como decía muy bien el ilustrado conferenciante, que los críticos y el común de los lectores «pasaran por los versos con prisa ó con enojo».

Cervantes tenía, sin embargo, conciencia de su valer y *se desvelaba*, según confesión propia, por demostrarlo, recibiendo siempre con sentimiento profundo el poco recto y menos benévolo juicio de sus contemporáneos, para los cuales «de su prosa se podía esperar mucho, pero del verso nada».

Él mismo, en el prólogo de sus comedias, declara que le da pesadumbre el oir semejantes afirmaciones y se lamenta de tener sus poesías «arrinconadas en un cofre y condenadas al perpetuo silencio», como también de que un librero no se las comprara por haberle un autor de título informado desfavorablemente.

«Sólo D. Adolfo de Castro—decía el mismo señor Silvela—ha escrito, que yo sepa, defendiendo la causa de Cervantes como poeta. En el prólogo de los líricos del siglo XVI y XVII, de la colección de Rivadeneyra, copió algunos versos del famoso Ingenio, sacando los ejemplos, principalmente de las comedias, y ponderó la gallardía de algunos romances, la encantadora sencillez de algunas canciones, la facilidad que enamora en letrillas y romances cortos, comparables á los de Góngora; la facilidad, dulzura, sencillez y elegancia de pasajes poéticos, que compiten con los de Lope de Vega; la riqueza en galas poéticas, que tanto se encuentra en algunas de las comedias de Mirademescua, y la robusta entonación épica de algunos trozos de la Numancia. Quedaron fuera del elogio de Castro, sin duda porque trató el asunto de soslayo, las más preciadas joyas, que una crítica inspirada en la justicia y el buen gusto debe engarzar en la corona poética de Cervantes.»

En los actuales tiempos, después de fijada la atención en las poesías del *Príncipe de los ingenios* y de publicada de ellas una mejor colección, siquiera sea labor todavía por hacer la de buscar las muchas obras de Cervantes que debe de haber desperdigadas por los archivos, sólo á personas de pésimo gusto se les puede ocultar la verdadera enormidad del error hasta aquí sustentado.

«Tanto han repetido—escribe con justificada indignación Navarro Ledesma—la opinión ridícula de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo, es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el maestro Fray Luis de León á la muerte del príncipe D. Carlos:

«Quien viere el sumptuoso
túmulo al alto cielo levantado...»

y su famoso epitafio:

«Aquí yacen de Carlos los despojos»,

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habituadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiese exigido que elaborase un soneto, una *redondilla*, ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego Espinosa, la cual, por cierto, comienza con estos tres versos del gran poeta:

«¿A quién irá mi doloroso canto,
ó en cuya oreja sonará su acento,
que no deshaga el corazón en llanto?...»

Bello libro este de Navarro Ledesma, del que por honroso privilegio leí, aún en pliegos, el primero de sus ejemplares. Aprended en sus elocuentes páginas el amor que desde su juventud profesó Cervantes á la poesía, su revelación á la edad de veinte años en el funeral de la reina doña Isabel de Valois, ocasión tan solemne como la que dió á conocer al gran Zorrilla en el entierro de Larra; las inspiraciones de sus viajes por Italia, por Africa, por España; sus epístolas á Mateo Vázquez; su vuelta á Madrid y los poetas con quienes trabó estrecha amistad; la representación de *El trato de Argel*; el

(1) De una carta de Lope de Vega: «De poetas no digo: Muchos en ziernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como *Zervantes*, ni tan nezio que alabe á DON QUIXOTE».

momento de popularidad que alcanzó á los treinta y siete años, cuando se le comprendía entre los mayores poetas de España y se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros y se le aplaudía en el teatro; la publicación de *La Galatea*; sus malandanzas y desventuras, que á cada paso le recordaban que era poeta; los premios alcanzados en las justas literarias de Zaragoza, celebradas en honor de San Jacinto, y en el certamen poético de Madrid, organizado para conmemorar la canonización de Santa Teresa y, en fin, su *Viaje del Parnaso*, que no es otra cosa que su autobiografía en verso, compuesta en la época más grande y memorable de su vida, «aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido, y lo dice entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia, no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida».

Contando, pues, con todo esto, á mayor abundamiento en prueba de que Cervantes fué antes que nada poeta, ¿cómo nos hemos de apartar de ver en el QUIJOTE un verdadero poema, aunque en prosa, que por la sublimidad de su asunto se adentra en los dominios de la epopeya; ni cómo hemos de olvidar esta gloriosa categoría del autor al recorrer aquellas páginas y leer y admirar y conocer allí tan elevados conceptos, tan hermosos cuadros, tan bellos tipos que nunca más de la imaginación se borran, ni se hacen antiguos á través de los tiempos, ni dejan de ser igualmente comprendidos y admirados en los más remotos pueblos, como si creados fueran solamente para demostrar que lo grande, lo sublime á todos llega, á todos conmueve, y en todas partes se aclimata?

Poeta, sí, aun cuando no hubiera escrito más que el QUIJOTE, poeta en prosa; y poeta en verso también, si se analizan y estudian otras obras hasta ahora casi desconocidas.

Junto al discurso de la *edad de oro*, que un simple puñado de bellotas inspira al hidalgo manchego, á la manera que aquellas tobosescas tinajas halladas más adelante en casa del caballero del Verde Gabán, le trajeron á la memoria la dulce prenda, causa de su mayor amargura, está aquella amorosa, dolorida canción que para darle contento y solaz canta el zagal Antonio, el zagal enamorado, músico de un rabel, que también por los montes y selvas hay quien sabe de música.

Dejando sólo dos capítulos intermedios, y, tras el bellísimo cuento de la pastora Marcela—aquella que fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debía ni podía ponerle falta alguna—, encontramos la canción de Grisóstomo, aquellos robustos y desesperados versos del difunto pastor, y á renglón seguido las claras y suficientes razones de la hermosa Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura, aparecida para justificar sus desdenes, por cima de la peña donde se cavaba la fosa del enamorado muerto...

Abrid al azar por otra parte el libro y acaso presenciaréis el entierro de Grisóstomo, oiréis el panegírico pronunciado por su amigo Ambrosio al borde de la sepultura.

Acaso daréis con Don Quijote y Sancho, cuando en aquella noche obscura acertaron á entrar «entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y blando ruido.»

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro...; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...»

Acaso toparéis con la poética ilusión del loco hidalgo de ser presentado al rey, á la reina y á la infanta su hija, ó con el interrumpido relato de Cardenio, enamorado y poeta, como lo son el mismo Don Quijote, y Antonio, y Grisóstomo, y Lotario, y el mozo de mulas, y el enamorado D. Luis, y Vicente de la Roca, aunque éste, de cada romance que componía daba veinte traslados, y Lorenzo, el hijo del caballero del Verde Gabán, y algunos otros personajes de la novela; sorprenderéis tal vez, sentada tras un peñasco y á la apacible sombra de un fresno, á la incomparable Luscinda, más divina que humana, lavando sus pies en el arroyo que por allí corría, los blancos, los hermosos pies, que no parecían sino dos pedazos de cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Leed aquellas dulces historias y la del Curioso impertinente, la del Cautivo, la del mozo de mulas, la del cabrero, la de la Dueña dolorida; las sabrosas pláticas entre el hidalgo y su escudero y la discreta y graciosa que pasó entre Sancho y su mujer, aquel capítulo que el traductor, al llegar á él, tuvo por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio; aquellas continuadas aventuras como la espantable y nunca imaginada de los molinos de viento, la estupenda del vizcaíno, la nunca vista ni oída de los mazos de batán, la alta y gananciosa del yelmo de Mambrino, las muchas extrañas de Sierra Morena, la brava y descomunal de los cueros de vino tinto, la del carro ó carreta de las Cortes de la Muerte, la felizmente acabada de los leones, la grande y maravillosa de la cueva de Montesinos, la famosa del barco encantado, las acaecidas en la casa de los Duques, y, en fin, por no citar más, aquella en que el Bachiller Sansón Carrasco es vencido bajo el disfraz de caballero de los Espejos y aquella en que, al cabo, el Bachiller vence á Don Quijote en forma de caballero de la Blanca Luna.

Don Diego Clemencín apenas perdona una sola composición de las intercaladas en el texto del QUIJOTE.

Ya en los versos anteriores al prólogo, dice de las décimas truncadas de Urganda la desconocida, que no las tiene ni siquiera por discretas y que ni entiende sus pensamientos, ni halla otra cosa en ellas que obscuridad, confusión y tinieblas, comentario que le inspiran igualmente las décimas que el Donoso, poeta entreverado, dedica á Sancho Panza y á Rocinante, y el soneto de Orlando Furioso á Don Quijote.

En la dolorida—canción del zagal Antonio—, censura que el autor copie la tosquedad ingrata de los pastores, en lugar de su sencillez encantadora. Cierto que caben muy bien afectos delicados y tiernos en pechos aldeanos, y que bajo expresiones sencillas pueden presentarse ideas nobles, imágenes agradables y aun sublimes; cierto que el poeta, como el pintor, debe copiar á la Naturaleza, embelleciéndola... pero, ¿es que esto no lo sabía Cervantes, es que no lo practicaba? ¿No eran una de sus más altas dotes y uno de sus más preciados méritos los de embellecer cuanto describía? No digamos, pues, que no sabía hacer esto, sino que en aquel romance quiso hacer lo otro.

La Canción de Grisóstomo también le parece mal á Clemencín; así lo declara, pero sin demostrar razones bastantes que lo justifiquen.

Habíanla antes elogiado Pellicer, Ríos y Navarrete, el primero, especialmente, analizando el bello artificio de la rima, el modo nuevo de las estancias ó estrofas, hasta entonces no advertido, y la viveza manifiesta de la pasión del pastor furioso, reputando á Cervantes por inventor de este género de canciones

Nada de esto convence, sin embargo, al comentador implacable, y sólo porque el verso:

«salgan con la doliente ánima fuera»

se repite en la *Galatea* y en los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, recordando á aquel de Garcilaso:

«echa con la doliente ánima fuera»

y porque le parece embrollada jerigonza aquello de

«con lengua muerta y con palabras vivas»

sin duda por no haberse presentido aún en su época las miradas verdes, los suspiros azules y las horas grises de nuestros días, y porque

«á la desconfianza, cuando mira»,

no es un endecasílabo muy bien acentuado y porque

«esta del corazón profunda llaga»

le parece trasposición tan ridícula como aquella que cita Lope en la *Gatomaquia:*

«en una de fregar cayó caldera»

sólo por esto y por algún que otro reparo de menor importancia, condena toda una composición de ciento treinta y tres endecasílabos.

Igual dureza emplea cuando después de leer el soneto del capítulo XIII, que empieza,

«O le falta al amor conocimiento,»

justifica lo de haber puesto en boca de Don Quijote que su autor *debía de ser razonable poeta*, con estas palabras, procedentes también del mismo inmortal alcalaíno: «no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño», cita que otra vez, más adelante, escribe al pie de la glosa de Don Lorenzo, juntamente con la de igual procedencia, de que no hay poeta que no piense de sí que es el mayor del mundo.

Y cuando ante las coplas de enamorado que el *Ingenioso Hidalgo* dedica en el bosque á Dulcinea del Toboso, extraña que Don Quijote se creyera *algún tanto poeta*, según más adelante dice.

Y cuando comenta los ovillejos ó coplas llamadas *de ecos* del capítulo XXVII, diciendo que Cervantes tenía tan mala mano para hacer coplas, como la sin par Dulcinea la tenía buena para salar puercos.

Y cuando tacha de incorrectos ó defectuosos, versos tan elegantes como,

«la pobre cuenta de mis ricos males»

del soneto «En el silencio de la noche...» hermosísimo por cierto (cap. XXXIV), cuyo retruécano de *pobres* y *ricos* le parece, injustamente, del peor gusto;

«y esta vuestra mortal triste caída»

de otro soneto del capítulo XL; ó

«la fuerza de sus brazos esforzados»

cuyo pleonasmo da intenso vigor á este endecasílabo.

Y cuando más que de *malos*, califica de *peores* los versos de Merlín, aquel que las historias dicen que tuvo por su padre al diablo.

Y cuando simplemente desdeña ó califica de bufonadas los romances que mediaron entre la desenvuelta Altisidora y Don Quijote, sin reparar en la oportunidad de cuanto en ellos censura.

Y cuando del madrigal que cantó al son de sus mismos suspiros el enamorado andante, arrimado al tronco de una haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli, no distingue el árbol que era), dice que otros se han escrito mejores (¡!) y cita una antigua copla de la cual tiene al madrigal citado por deslucida imitación.

Y cuando, en fin, tras otras análogas tachas, dice del epitafio puesto por Sansón Carrasco en la sepultura de Don Quijote, que carece de chiste, si es de burlas, y no es bastante claro, si es de veras; que está muy lejos de corresponder al lugar que ocupa y al objeto á que se dirige; que la dicción es rastrera, los versos desmayados como casi todos los de Cervantes, y de los conceptos, alambicado el de la primera quintilla, y obscuro, el de la segunda; y que es desagradable ver deslucido el final de una tan hermosa fábula con un epigrama tan insulso.

Líbreme Dios de afirmar con exageración, que las agrias censuras de Clemencín carecen en absoluto de fundamento; antes por el contrario, suelen ser generalmente atinadas, pero tan excesivas, tan desproporcionadas con lo fútil de la razón, que las mueve ó las inspira, y tan duras y monótonas, que más bien parecen un forzado estribillo empleado en ocasiones sin venir á cuento, y que llega á ser hasta molesto de puro machacón y repetido.

No diré tampoco que los mejores versos de Cervantes sean los intercalados en sus *Novelas ejemplares* ó en el QUIJOTE, pero otras tenemos más firmes, indiscutibles pruebas, de que sabía versificar como el más grande de los poetas de su tiempo.

Los comentarios de Clemencín no significan, pues, tanto que sean ya la última palabra, constituyendo más bien afirmaciones secas, de pura obsesión ó monoideísmo, que análisis razonado y sereno. Aunque sólo fuese en la comparación con otros buenos poetas de los que brillaban entonces, hubiera encontrado el comentador de Cervantes, manantial sobrado para toda justificación ó defensa.

Los mencionados defectos no eran, en verdad, defectos sólo de Cervantes, sino comunes á todos los poetas de su tiempo, defectos que entonces no eran tenidos como tales, y cuyo reparo significó, con bastante posterioridad, un perfeccionamiento de la poética moderna, el que logró dar mayor sonoridad y robustez á la castellana rima.

De todos modos, la nueva generación, la que se esfuerza en demostrar que los genios no vienen acompasados al mundo, que no reza la preceptiva con los espíritus libres, no será, ciertamente, la llamada á mantener en pie un error tamaño.

«Basta para la gloria del artista que la obra que produce sea bella; pero la literatura no es solamente expresión de belleza sin expresión de idea. Sobre la obra literaria se formulan siempre dos juicios: un juicio estético, que sólo atiende á la belleza de su *forma*, y otro juicio *filosófico*, en que sólo se mira á su *contenido*, al *fondo* de la concepción artística en sus relaciones con las eternas leyes de la verdad y del bien.

Todo lo que constituye la *forma* en una obra novelesca, plan ordenado y lógico, desenvolvimiento de su acción, verdad de los caracteres en los personajes que en ella figuran, viveza en los diálogos, sobriedad y exactitud en las descripciones, galanura en la frase, todas estas y algunas otras calidades se encuentran en el QUIJOTE.

Y aún hay más—como dice muy bien un notable crítico—. La moderna literatura francesa pretende haber descubierto la teoría del *realismo en el arte*, mediante la cual debe llevarse á la obra literaria la *realidad entera de la vida*, sin excluir los aspectos de ella feos, y aun repugnantes, que siempre se habían considerado como indignos de penetrar en los dominios de las Bellas Artes» (1).

Pues bien, esa teoría que en nuestra literatura picaresca tiene tan notables ejemplos, encuentra en el QUIJOTE encarnación viva, palpitante realidad, como los ya citados apuros de Sancho que no pudo contener... el miedo ante los misteriosos ruidos de los batanes y aquella escena ocurrida la memorable noche de la venta, en la obscuridad de la alcoba, donde tales pendencias se armaron que, como el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban un punto de reposo; todo lo cual evidencia la soberana inventiva, la originalidad de aquel ingenio privilegiado, á quien no se le resistían los atrevimientos mayores

(1) Luis Vidart. Obra citada.

aun cuando fueran totalmente opuestos á las reglas y enseñanzas generalmente admitidas.

Pero por encima de todas las maravillas de la forma, hemos de admirar y alabar la grandeza y majestad del pensamiento, esencia de toda obra de arte, y en el QUIJOTE, prodigio de invención, que atraído por ideales llamamientos, navega sobre un mar revuelto de aventuras y bajo un cielo esplendente de poesía.

Profundizad aquellas admirables páginas y no incurriréis en la vulgar y equivocada idea de que el libro de Cervantes sea sólo una hermosa sátira literaria, ó una parodia, ó una insuperable bufonada ú obra de burlas, guardadora del secreto de la risa y del más delicado pasatiempo, según ha sido comprendido en Inglaterra, donde el QUIJOTE fué siempre celebrado con interminables carcajadas; le tendréis por un verdadero poema de los tiempos modernos, representación fiel de los hombres y la vida de España, una verdadera epopeya entonada, sublime, hija de un soberano entendimiento, poeta, el que en Italia colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania, y de quien, como de Homero, se dice que ni tuvo antes á quien copiar, ni después ha tenido quien le copie.

De que Cervantes sintió por la Poesía sus más grandes y hondos amores nos hablan innumerables pasajes de sus obras.

Aquella gran figura caballeresca de Don Quijote se agiganta por grados según transcurre su vida por los capítulos del libro, se agiganta cuanto más habla, porque palabras tiene de amor para todo lo bello, para todo lo grande, para todo lo bueno: los árboles, las flores, las montañas, las llanuras, los bosques, las fuentes, los ríos, las noches de luna, los cielos despejados; se agiganta cuanto más camina, cuanto más lucha, cuanto más resignado sufre, porque su móvil no es otro que amparar al desvalido, á la viuda, al huérfano, al anciano, al niño, redimir al opresor, socorrer al menesteroso, alentar al humilde, humillar al soberbio, y no otra cosa hicieron los héroes y los mártires al consagrar y sacrificar sus vidas á la religión ó á la patria.

«Estos dos personajes humildes, nacidos de la fantasía de Cervantes—dice Quintana—, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.»

La magna significación poética del QUIJOTE está, pues, en todo latente: en la figura hermosa del protagonista y en todos los demás personajes principales ó secundarios, seglares ó clérigos, plebeyos ó nobles, fantásticos ó reales, rústicos ó poetas, galanes enamorados y doncellas desdeñosas; en las bellezas que canta de la Naturaleza, hermoseándolas siempre con su fecunda y feliz imaginación; en el ambiente sublime de ese mundo ideal en que se desarrollan uno por uno, todos los incidentes, todos los episodios, todas las aventuras; en que se oye, como con voz de ensueño, la palabra solemne del protagonista, eco de nuestras mismas eternas esperanzas é ilusiones y anhelos de placeres, de amores, de grandezas, resumen y compendio de nuestros dolores y alegrías, de nuestros desengaños, de nuestras lágrimas; reflejo, en fin, de nuestra propia vida, y más aún que en nada, en la honda y desconsolada melancolía con que, según la frase de Ramón y Cajal, «campean y se exteriorizan en vibrantes y elocuentes acentos, el desaliento del apasionado ideal irrealizable, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruísmo desengañado y vencido», con que el autor del incomparable poema, infortunado soldado de Lepanto, cautivo de Argel, encarcelado de Sevilla, víctima de calumnias, desdenes, envidias, miserias y persecuciones sin cuento, supo desahogar en tono dulce y apacible todo el intenso dolor de una larga vida de tribulaciones, sonrojos y amarguras.

«¡Sufrir, brillar y fecundar! eso es el QUIJOTE», dice el sabio Benot y añade: «El QUIJOTE es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales, y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los horizontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible á todas las conciencias.»

Por eso la obra es universal, porque ante todo es humana, como el dolor que amarga toda la vida, como la esperanza en el soñado ideal que nunca llega y por el que en balde se lucha, como la esencia poética de todo espíritu que en vuelo de incienso se eleva en espirales hasta las etéreas regiones de la fantasía.

Pero á más de ser la obra del dolor y la obra del poeta, el QUIJOTE era la obra del genio, del genio que también es siempre poeta, que también es siempre universal y á cuyo ritmo se allanan también todas las fronteras en el campo del arte.

«Porque Cervantes—según ha dicho Max Nordau—, aunque español hasta la punta de los dedos

y la raíz de los cabellos, pertenece á la humanidad entera. Del otro lado de los Pirineos se le comprende más, se le siente mucho mejor que á tantos otros poetas ibéricos que creen haberse remontado sobre el horizonte estrechamente local y haber escalado las cimas del pensamiento y del sentimiento universales. Y eso no es de ninguna manera sorprendente. El talento, por grande que sea, se adhiere siempre de una manera involuntaria, inconsciente, á los aspectos exteriores de la vida, que son los que establecen diferencia entre las regiones y entre los pueblos; el genio, en cambio, penetra hasta esas profundidades, hasta ese fondo de piedra tosca que es común á la humanidad de todos los paises y de todos los tiempos.»

Y así, siendo Don Quijote la vida para lo ideal, la marcha en pleno ensueño maravilloso, la ascensión continuada á la luna y á las estrellas, el subjetivismo triunfante, inaccesible á las fealdades y vulgaridades de la realidad, la ilusión embriagadora y magnífica: siendo Sancho la sumisión á las contingencias de lo real, la adaptación que concilia todas las circunstancias, la ausencia de toda idea superior, la vida vegetativa de la estúpida práctica, rica en satisfacciones de la carne, pero ajena, en absoluto, á toda otra satisfacción, y sucediendo, como tenía que suceder, que la extravagancia idealista, rayana en la locura, arrastra al buen sentido, y que el gran comedor y bebedor, que desearía reirse del pobre bobalicón, lo sigue, le admira y le ama, Cervantes creó en ellos los eternos símbolos, demostración sublime del mecanismo del pensamiento humano y encarnación inimitable de la ley de su desarrollo y su civilización.

Así, pues, la gran obra del *Príncipe de los ingenios*, ni tuvo antes precursores ni después ha tenido quien le iguale. Cervantes creó en el QUIJOTE un nuevo género de composición, para el que no había reglas establecidas, género que parece el compendio de todas las bellezas, la armonía de todos los encantos de los demás, pues como el lírico, entraña los delirios y el fuego de la pasión, del entusiasmo, los arrebatos de una imaginación fogosa, henchida de sentimientos nobles y levantados, que al dulce aliento del estro que le inspira, se traduce y desenvuelve en expresiones sublimes, en pensamientos altos, en apasionados acentos de un corazón sensible y grande; como el bucólico, describe los bosques, los prados, los jardines, las fuentes, las pasiones y la vida de las gentes rústicas, sus amorosas inquietudes, sus inocentes placeres, los encantos que ofrece la Naturaleza en la soledad envidiable de los montes; y como el épico, el más excelente y noble, el que requiere más ingenio, más talento, más instrucción, más entusiasmo, contiene una acción noble y extraordinaria, en la que el pensamiento capital, los personajes, los caracteres, las costumbres, el estilo y el plan, aparecen adornados con toda la pompa y atavíos que le prestan la historia, la fábula, las tradiciones populares y la inventiva del poeta.

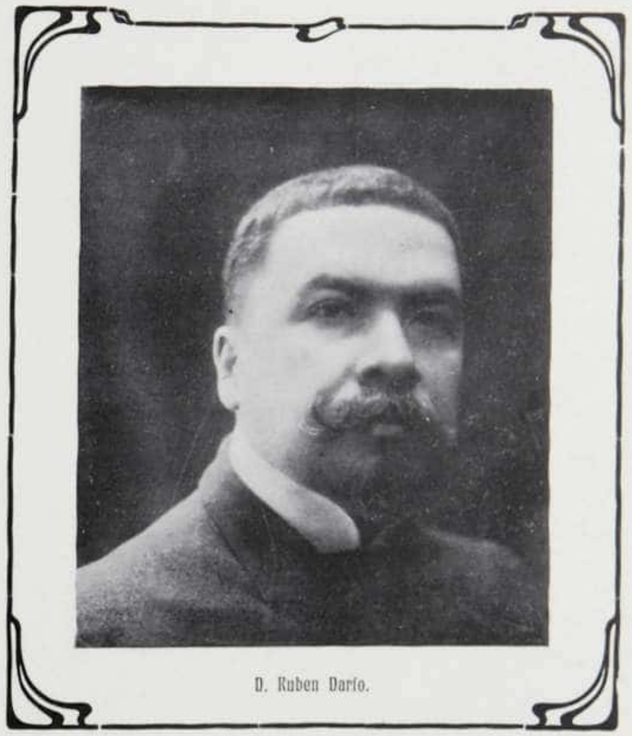
«Cervantes no es solamente—ha dicho Heine—la florescencia de sus tiempos, sino la raíz del porvenir. Así como hay que reconocer en Shakespeare al creador del arte dramático ulterior, así debemos venerar en Cervantes al inventor é inspirador de la novela moderna. Cervantes, Shakespeare y Goethe, forman el triunvirato de poetas que en los tres géneros de realización poética, la epopeya, el drama y el poema lírico, han dado lo más sublime... Estos tres nombres se asocian bien, como unidos por un secreto lazo. Un espíritu hermano irradia de sus reacciones. Los tres respiran una eterna dulzura como el soplo de Dios. Florece en ellos la modestia de la Naturaleza.»

Imitémosle, pues, ya que á ello nos mueven cuantos le elogian; amémosle, ya que á ello nos inclina el nuevo libro, el hermoso libro de Navarro Ledesma. Ninguno como Cervantes para ser el maestro de la nueva generación, porque á su novedad, á su intensa originalidad literaria, que es de todos los tiempos, se unía la hombría de bien más grande del que era tan genio de virtud como de inteligencia, tan digno de ser admirado como de ser querido.

«Letras sin virtud—decía—, son perlas en el muladar.» Tiempo es de que aprendamos á practicar tan saludables enseñanzas.

LETANÍAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

por Ruben Darío (1).



D. Ruben Darío.

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...
¡Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos ó entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!
¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo á Orfeo, tienes á orfeón!
Escucha, divino Rolando del sueño,
á un enamorado de tu *Clavileño*,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días

(1) Esta poesía fué magistralmente leída por el notable actor Ricardo Calvo.

y con otras que en lo misterioso vi.
¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma á tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!
¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo,
y, antes que tu hermano, vago Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

D. Ricardo Calvo.

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.
De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias,
de las Academias,
líbranos, señor.
De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor...
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...
Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

***

El Ateneo de Madrid, fiel á sus gloriosas tradiciones, ha honrado la memoria de Cervantes, magníficamente.

Consignémoslo así, en justicia, y tributemos un aplauso al ilustre y malogrado Navarro y Ledesma, y al secretario del Ateneo Mariano Miguel de Val, iniciadores de las hermosas fiestas celebradas por la docta casa en admiración á Cervantes.

He aquí una noticia de las conferencias leídas:

«Cómo se hizo el QUIJOTE», por Francisco Navarro Ledesma.
«La criminalidad y penalidad en el QUIJOTE», por Rafael Salillas.
«El QUIJOTE y la lengua castellana», por Julio Cejador.
«Los instrumentos músicos y las danzas en el QUIJOTE», por Cecilio de Roda.
«La imitación de Nuestro Señor Don Quijote», por Antonio Palomero.
«De la muerte de Don Quijote», por Andrés Ovejero.
«El retrato de Don Quijote», por Enrique de Mesa.
«Don Quijote y la locura», por Ricardo Royo Villanova.
«Don Quijote y el honor», por Alfredo Vicenti.
«Don Quijote y las armas», por Ibáñez Marín.
«Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán», por José Martínez Ruiz.
«Don Quijote y la religión», por Francisco Jiménez Campaña.
«Don Quijote y el pensamiento español», por Adolfo Bonilla y San Martín.
«Don Quijote y el Buscón», por José Nogales.
«Don Quijote y los oprimidos», por Juan José Morato.
«Don Quijote en el extranjero», por Ramón Pérez de Ayala.
«¿Es un libro esotérico el QUIJOTE?», por Rafael Urbano.
«La poesía del QUIJOTE», por Mariano Miguel de Val.
«Don Quijote y el derecho», por José Canalejas.
«Don Quijote (poesía)», por Francisco A. de Icuza.
«Las canciones del QUIJOTE», por Cecilio de Roda.
«Letanías de Nuestro Señor Don Quijote (poesía)», por Ruben Darío.
«Discurso-resumen», por Francisco Navarro Ledesma.
«Retablo de Maese Pedro», música arreglada por Cecilio de Roda, dibujos de Joaquín Xaudaró.

EN LA UNIÓN IBERO-AMERICANA

Fué una hermosa fiesta la celebrada por la Unión Ibero-Americana en honor de Cervantes.

A ella asistieron el Sr. Peralta, el más antiguo representante de América en España; los ministros del Ecuador, Costa Rica, Argentina, Nicaragua, Perú, y representantes diplomáticos y consulares de Cuba, Chile, Santo Domingo, El Salvador, Colombia, Paraguay, Uruguay, Venezuela, etc.; los señores marqués de la Vega de Armijo, duque de Veragua, marqués de Aguilar de Campóo, conde de Casa Valencia, Aguilera, Rodrigáñez, y muchos senadores, escritores, diputados, artistas, industriales, periodistas, y, sobre todo, gran número de damas distinguidas de la nobleza, la literatura y la enseñanza.

Leyéronse poesías en honor de Cervantes, de los señores Iracheta (cubano); Fernández Güel (costarricense); Antón, Ortega Morejón, padre Jiménez Campaña, conde de Reparaz y Pardo Belmonte, y pronunciaron breves discursos los Sres. Pérez Triana, Balbín de Unquera, Méndez Bejarano, Vargas Vila, señoras Carmen de Burgos y Pardo Bazán, y el presidente.

Doña Carmen de Burgos Seguí (Colombine).

La resurrección de Don Quijote

por Carmen de Burgos Seguí
(Colombine.)

Mucha habrá de ser vuestra indulgencia para dispensarme que entre personas tan competentes me atreva á formular el eco de un ensueño.

Se lo oí decir á Navarro Ledesma en el Ateneo, y su acento convencido llegaba hasta el fondo de mi corazón, escuchando aquella parábola hermosa en que nuestro redentor Don Quijote se alzaba de su sepulcro al tercer aniversario secular, y derribando la losa de nuestras rutinas, enlazaba á la amante Dulcinea en un abrazo fecundo, engendrador de ideas, de nuevos derroteros, manantial de vida libre, de una sociedad donde brillen los ideales del progreso, de la justicia y del arte.

Todas las mujeres soñamos con la resurrección de Don Quijote; nadie puede desear tanto como nosotras la vuelta del buen caballero, galante y respetuoso, hidalgo defensor de doncellas y viudas, desfacedor de entuertos y paladín de la justicia.

¿Cómo no soñar con la resurrección bendita del caballero de la Mancha en un país donde la mujer no puede salir sola á la calle sin exponerse á impertinencias y groserías, donde se lucha con ella para arrebatarla un sitio ó un asiento, donde las leyes no la protegen ni la sociedad la educa como debiera?

Aquel Don Alonso Quijano, respetuoso hasta con las mozas de partido, galante con todas las mujeres, pronto á reñir desigual batalla en obsequio de los seres débiles ó á morir proclamando las excelencias de su Dulcinea, es el prototipo de la galantería española, ahogada casi con el sanchopancismo *importado* de países más utilitarios y menos espiritualistas.

El ansia de ideal se acentúa, la rebeldía late en el alma de todos: poetas, pensadores y patriotas buscan por paladín, para acometer magnas empresas, al valeroso caballero de la Mancha.

Descanse en paz en su ignorada sepultura la armazón de huesos que vistió la escasa carne mortal del de la Triste Figura, materia que, inmortal también, se descompone y se transforma para la eterna renovación de la Naturaleza.

Pero su espíritu no se cambia; él infunde su aliento en nosotros; al calor de sus ideales se engendró esta Unión Ibero-Americana, refugio de las esperanzas de engrandecimiento en política, en progreso y en arte.

Despierto está el noble caballero que infundió el soplo vivificante en nuestros espíritus, sane su locura los males de nuestra razón, busquemos horizontes de luz, de amor, de idealidad, porque *no sólo de pan vive el hombre*, y, sobre todo, bajo el cielo de España.

Las llamas de nuestro sol idealizan cuanto iluminan; á su luz, toda mujer puede parecer una Dulcinea, si los hombres llevan en el pecho un corazón de Quijote.....

.....

...Acabarán las fiestas del Centenario, enmudecerán los modernos ingenios que cantan al divino Cervantes; pero quedará repercutiendo, como un eco del sentimiento general de las mujeres españolas, esta postrer oración: ¡Quieran los dioses que resucite nuestro señor Don Quijote!

Helios

por Ruben Darío.

¡Oh, ruido divino!
¡Oh, ruido sonoro!
¡Lanzó la alondra matinal el trino,
y, sobre ese preludio cristalino,
los caballos de oro
de que el Hiperionida
lleva la rienda asida,
al trotar forman música armoniosa;
un argentino trueno,
y en el azul sereno
con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa!
Adelante, oh cochero
celeste, sobre Osa
y Pelión sobre Titania viva:
¡Atrás se queda el trémulo matutino lucero,
y el universo el verso de su música activa!

—

¡Pasa, oh, dominador, oh conductor del carro
de la mágica ciencia! ¡pasa, pasa, oh bizarro
manejador de la fatal cuadriga,
que al pisar sobre el viento
despierta el instrumento
sacro! Tiemblan las cumbres
de los montes más altos,
que en sus rítmicos saltos
tocó Pegaso. Giran muchedumbres
de águilas bajo el vuelo
de tu poder fecundo,
y si hay algo que iguale la alegría del cielo,
es el gozo que enciende las entrañas del mundo

—

¡Helios! tu triunfo es ese,
pese á las sombras, pese
á la noche, y al miedo y á la lívida Envidia.
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
y la negra pereza, hermana de la muerte,
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
y Satán todo, emperador de las tinieblas,
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
de amor y de virtud las humanas conciencias,
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
y, sobre los vapores del tenebroso Abismo,
pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

—

¡Helios! Portaestandarte
de Dios, padre del arte,
la paz es imposible, mas el amor eterno.
Danos siempre el anhelo de la vida,
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

—

Que sientan las naciones
el volar de tu carro, que hallen los corazones
humanos en el brillo de tu carro, esperanza;
que el alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza,
vuele una psique cierta á la verdad del sueño;
Que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño
una realización invisible y suprema;
¡Helios! que no nos mate tu llama que nos quema.
Gloria hacia ti del dulce aroma de manzanas,
de los cálices blancos de los lirios,
y del amor que manas
hecho de dulces fuegos y divinos martirios,.
y del volcán inmenso
y del hueso minúsculo,
y del ritmo que pienso,
y del ritmo que vibra en el corpúsculo,
y del Oriente intenso,
y de la melodía del crepúsculo.

—

¡Oh, ruido divino!
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme
y sobre el alma inerme
de quien no sabe nada. No turbes el Destino,
¡oh, ruido sonoro!
¡El hombre, la nación, el continente, el mundo,
aguardan la virtud de tu carro fecundo,
cochero azul que riges los caballos de oro!

EN EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO

Con una fiesta escolar celebró el Instituto de San Isidro el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Comenzó el acto con un discurso del director del Instituto, Sr. Zabala, que fué muy aplaudido.

Después se dió lectura á los trabajos presentados al concurso abierto por dicho Centro docente.

He aquí una relación de ellos:

Trabajos relativos á Cervantes y su época: 1.º «Vida de Cervantes», por D. Ricardo Ferraz, alumno oficial. 2.º «Primer itinerario de Cervantes», Sr. Aguilar, del Colegio Teresiano. 3.º «Estado de Italia cuando vivió en ella Cervantes», señor Perera, del Colegio de Aroca. 4.º «Combate de Lepanto», Sr. Herrer, del Colegio de Aranjuez. 5.º «Don Alvaro de Bazán, jefe de Cervantes», señor Espinosa, de las Escuelas Pías de San Fernando. 6.º «*La Galatea* y la novela pastoril», Sr. Sola, de las Escuelas Pías de Jetafe.

Trabajos relativos al Quijote: 1.º «Itinerario de Don Quijote en la primera y segunda parte», señores Catalina, Prieto Heredia, García Luquero y Oramas, alumnos oficiales. 2.º «DON QUIJOTE, epopeya nacional», Sr. Graiño, alumno oficial. 3.º «Comparación entre un pasaje de la Iliada y otro del Quijote», Sr. Quesada, alumno oficial. 4.º «Originalidad del QUIJOTE». Ejemplos, Sr. Monjó, alumno oficial. 5.º «Gramática de las interjecciones en el QUIJOTE», Sr. López (D. Ricardo), alumno oficial. 6.º «Mapa picaresco de España en tiempo de Don Quijote», Sr. Soler, del Colegio Español-Francés. 7.º «¿Cuál es la aventura más interesante del Quijote?», Sr. Sánchez Escribano, del Colegio de San Isidro. 8.º «El Guadiana y las lagunas de Ruidera», Sr. Villaverde, del Colegio de San José. 9.º «La Edad de Oro, según Don Quijote», Sr. Revenga, alumno oficial. 10. «Concepto de la Justicia, según Don Quijote», Sr. Aguirre, alumno oficial. 11. «Unidad anímica representada en Don Quijote y Sancho», Sr. Marañón, del Colegio de San Miguel. 12. «Consejos de Don Quijote á Sancho», señor Casanueva, del Colegio de San Andrés. 13. «Méritos de Sancho Panza como gobernante», señor Dupuy de Lome, del Colegio de San Antonio. 14. «La muerte de Don Quijote», discurso pronunciado por D. Mateo de la Villa, alumno oficial.

La concurrencia aplaudió todos los trabajos leídos.

El Sr. Navarro Ledesma puso fin al acto con un hermoso discurso.

EN LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DE MAESTROS

Presidida por el Excmo. Sr. D. Eugenio Cemborain y España, por enfermedad del Sr. D. Agustín Sardá, director de la Escuela Normal Central de Maestros, celebróse el día 8 de Mayo una solemne sesión con arreglo al siguiente

PROGRAMA

1.º Himno patriótico, letra del profesor auxiliar D. Ramiro Villarino, música del profesor especial D. José María Benaiges, cantado por los alumnos de la Escuela y un grupo de niños de la Graduada.

2.º Discurso de las Armas y las Letras, leído por el niño Santiago Pantoja.

3.º Versos de pie quebrado, del Donoso poeta á Sancho Panza y Rocinante, recitados por el niño Félix Cepeda.

4.º Lectura de varios trabajos referentes á algunas ideas pedagógicas contenidas en el QUIJOTE, por los alumnos de la clase de Pedagogía del profesor D. Alfonso Retortillo, D. José Moncó y López, D. Lorenzo Luzunaga y Medina y D. Basilio París y Alba.

5.º «Notas sobre los libros de Caballería», composición original del niño Celestino Fernández y Elías, leída por el mismo.

6.º Recitación del soneto de Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quijote, por el niño Francisco Comendador.

7.º Recitación del soneto de Belianés de Grecia á Don Quijote de la Mancha, por el niño Rafael Nieto.

8.º Lectura por D. Ramón Villarino del discurso del profesor D. Julián Pereda, relativo al cautiverio y rescate de Cervantes.

9.º «A Cervantes», poesía, de D. Bernardo López García, leída por el niño Julio Martín.

10. Lectura, por el profesor D. Manuel Fernández y Fernández-Navamuel, de un discurso sobre Cervantes y el QUIJOTE.

11. «Tres caballos célebres», composición original del niño Cecilio Montañés, leída por el mismo.

D. Agustín Sardá, Director de la Escuela Normal Central de Maestros.

12. «Diálogo de Babieca y Rocinante» (soneto), por los niños Ignacio Alvarez y Antonio Lozano.

13. Resumen, por el señor Presidente.

Terminó la solemne fiesta con un discurso resumen del Sr. Presidente, D. Eugenio Cemboraín España, que con frases inspiradas enalteció la gran figura de Cervantes.

La Escuela Normal de Maestros de Madrid, ha demostrado, una vez más, cuán grande es su amor al progreso de la patria.

EN LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DE MAESTRAS

BRILLANTÍSIMA resultó la fiesta escolar organizada por la Escuela Normal Central de Maestras en honor de Cervantes.

Numerosa y distinguida concurrencia, entre la que predominaba el bello sexo, ocupaba por completo, desde mucho antes de las diez, hora señalada para el acto, todos los salones y dependencias de la casa.

Doña Carmen Rojo.
Directora de la Escuela Central Normal de Maestras.

Ocupó la presidencia, en representación del ministro de Instrucción pública, el director general del Instituto Geográfico señor Martín Sánchez, que tenía á sus lados al rector de la Universidad Central, al exministro señor Bugallal, senador señor Sanmartín y señores Irueste, Tamarit, Hinojosa y Rincón. También tomaron asiento en el estrado la directora de la Normal, doña Carmen Rojo; secretaria doña Soledad Rodríguez; regente de la Escuela práctica graduada, señorita Asunción Rincón, y varias profesoras del establecimiento.

La fiesta dió principio con un *Himno á Cervantes*, cantado por las alumnas de la Escuela graduada, música del Sr. Veiga y letra de la señorita doña Filomena Dato. A continuación leyeron trabajos en prosa y verso, alusivos á Cervantes y su inmortal libro, las señoritas Teresa Picatoste, nieta del famoso historiador del mismo apellido; Elía Reig, María Rosario Garrido, Carmen Carrero, Amalia Martínez, Julia Torrego, Alfonsa López Vilar, Consuelo Aleixandre, Juliana Crospe y María Río.

Todas estas señoritas, alumnas de la Normal, fueron aplaudidas y felicitadas con justicia por sus trabajos.

En la representación del entremés de Cervantes *La guarda cuidadosa*, fueron aplaudidísimas las niñas Julia Guillerma, Flora y Pilar Martín, Emilia Valdés y Juana Garrido.

Finalmente cantóse por las alumnas de la Escuela graduada un Canto á Altisidora, música del joven maestro D. Benito García de la Parra, discípulo de Bretón.

La directora de la Normal Central doña Carmen Rojo, y claustro de profesoras, recibieron muchas felicitaciones por el brillante éxito de la fiesta.

También celebraron muy notables fiestas conmemorando el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE el Centro de Instrucción Comercial, el Centro Instructivo del Obrero, el Colegio de sordomudos, el Centro Burgalés, el Centro Alcarreño, el Centro general de Pasivos, el Fomento de las Artes y cuantos centros literarios hay en Madrid.

ALCALÁ DE HENARES

La capilla del Oidor.

ESTA capilla, donde fué bautizado Cervantes, de un precioso estilo mudéjar, olvidada durante muchos años, ha sido restaurada artísticamente por el distinguido arquitecto del Ministerio de Instrucción pública don Luis María Cabello Lapiedra, por iniciativa del entonces ministro D. Juan de la Cierva y Peñafiel, secundada por su sucesor D. Carlos María Cortezo.

El domingo 30 de Abril, y con el objeto de examinar las obras de restauración de la capilla, estuvieron en la histórica ciudad el Sr. Cortezo, acompañado del comisario regio de Bellas Artes señor Tormo y del arquitecto Sr. Cabello.

A continuación publicamos las plantas de la reformada capilla antes y después de estar restaurada, y algunos detalles de la preciosa ornamentación de la misma.

El ministro de Instrucción pública, Sr. Cortezo, acompañado del Alcalde, dirigiéndose á visitar la Capilla del Oidor.

Primeros festejos.

El día 9 de Mayo dieron comienzo los festejos en la histórica ciudad con salvas y repique general de campanas, recorriendo las calles vistosas comparsas de gigantes y cabezudos.

Por el Ayuntamiento entregáronse limosnas de peseta á los pobres que se presentaron á solicitarlas. La cantidad destinada á este fin había sido donada por el Serenísimo Señor Infante Don Carlos, y lo recaudado en la Junta del Centenario, el casino de Alcalá y la testamentaría de doña Adelaida Cheagh.

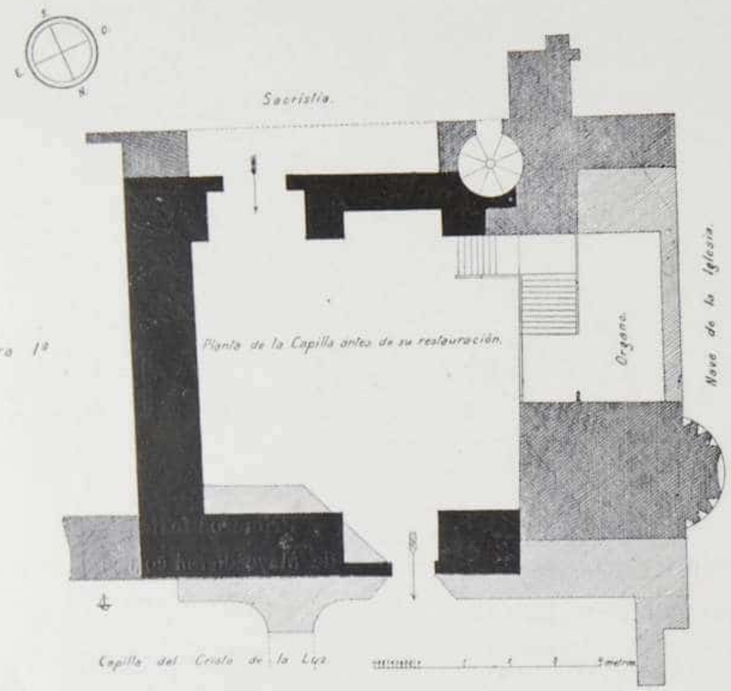
D. Luis Cabello Lapiedra
Arquitecto restaurador de la capilla donde fué bautizado Cervantes.

Por la noche hubo brillante iluminación en las Casas Consistoriales, plaza de Cervantes y frente al cuartel de Wad-Rás, la Española y la Central Eléctrica Complutense.

Entre las casas particulares que más se distinguieron por sus artísticos adornos, figuraban las de D. Atilano Casado y la de D. Emilio Parres.

Representación teatral.

En la noche del mismo día y en el teatro de Cervantes, artísticamente adornado con flores, la com-



La Capilla del Oidor.—Detalles de la restauración.

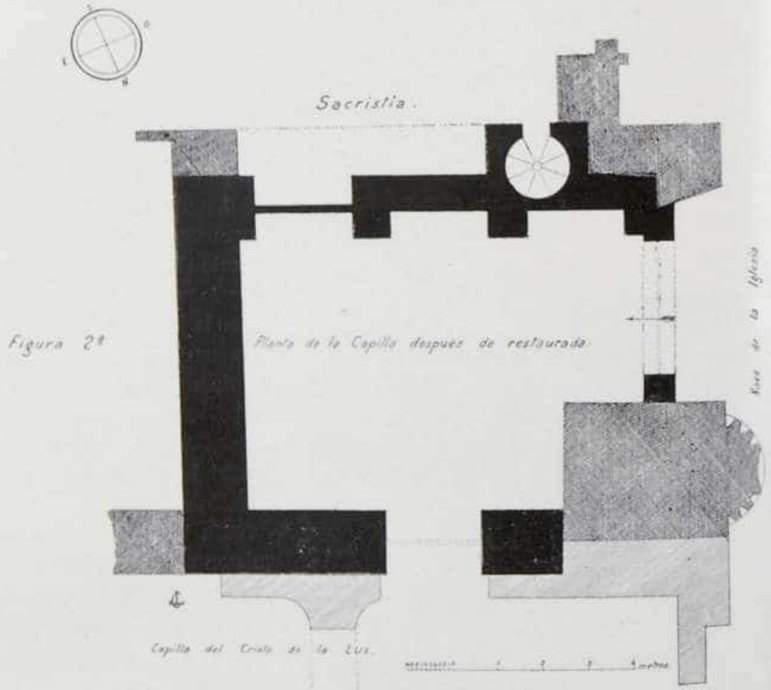
pañía que dirige el actor D. Miguel Soler, representó con singular acierto las clásicas obras *El loco de la guardilla* y el entremés del gran alcalaino *La elección de los alcaldes de Daganzo* y la preciosa comedia lírica de Fernández Shaw y Chapí, *La venta de Don Quijote*.

En esta última estrenóse una decoración, representando el Campo de Montiel, con sus molinos de viento, que fué muy aplaudida, y de que es autor D. Julio Yuste, vocal de la Junta del Centenario.

En Santa María.

En la mañana del 10 se celebró en esta histórica parroquia, adornada con severidad y riqueza, una solemne misa de *requiem*, presidida por el alcalde Sr. Jaramillo, gobernador militar Sr. Arizón, juez de primera instancia D. Pedro Solís, y D. José Ortega Munilla, en representación de la Real Academia Española. La Junta del Centenario, el Ayuntamiento, D. Lucas del Campo, diputado á Cortes, comisiones del ejército, clero, industria, etcétera, ocupaban los asientos preferentes, en unión de los señores Pérez Zúñiga y D. Carlos Luis de Cuenca, en representación de la Sociedad de Escritores y Artistas, superior de la Orden de Trinitarios, R. P. Fray Miguel de San José y D. Melchor Cantín, en nombre de la Asociación de la Prensa Madrileña.

En el presbiterio estaban los señores obispos de



La Capilla del Oidor.—Detalles de la restauración.

Madrid-Alcalá, D. Victoriano Guisasola, el electo de Ciudad Real, D. Remigio Gaudasegui y el de

Capilla del Oidor.—Detalles de ornamentación.

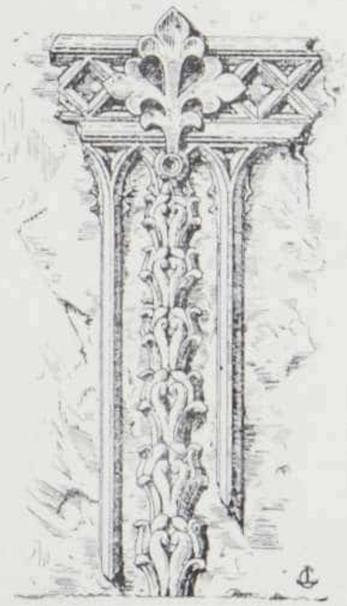
San Luis de Potosí, D. Luis Montes de Oca. Ofició de pontifical el primero de dichos prelados, acompañado del clero de la Magistral. La capilla del maestro Oyer ejecutó la *misa*, de *Hasser*; el *Liberame*, de Palestrina; el *Sequentia*, de *Eslava*, y el *Requiescant*, de *Oyer*.

El Sr. Gandasegui, encargado del panegírico, pronunció una oración brillante.

Terminada la misa, todos los asistentes á la misma trasladáronse á la capilla del Oidor, donde el 9 de Octubre de 1547, según reza la artística lápida colocada en la misma, fué bautizado Cervantes, procediéndose á la inauguración de las nuevas obras, bendiciéndolas el señor obispo de San Luis de Potosí y siendo muy felicitado por la fidelidad y gusto con que la restauración había sido hecha, el autor de la misma Sr. Cabello Lapiedra.

Capilla del Oidor.—Detalles de ornamentación.

Terminado el acto religioso se dirigieron los invitados al Ayuntamiento, donde en el patio del mismo hiciéronse varios grupos fotográficos por nuestro redactor artístico señor del Rivero, de todos los individuos de la Junta local del Centenario y comisiones que asistieron á la ceremonia.



Capilla del oidor.—Detalles de ornamentación.

Después celebróse un banquete en el *restaurant* de D. Cándido Martín, al que fueron invitadas las comisiones y periodistas de Madrid, y al final del mismo repartióse entre los concurrentes por el secretario de la Junta de Festejos señor Martín de la Cámara un ejemplar de la medalla conmemorativa de las fiestas.

Capilla del Oidor.—Detalles de ornamentación.

La corrida y el «carrousell».

A las cuatro en punto de la tarde, y sin un asiento desocupado en palcos, gradas y tendidos, dió comienzo la brillante fiesta organizada por la oficialidad de los regimientos de Wad-Rás y de Húsares de la Princesa y de Pavía.

En el anillo de la plaza y con serrín teñido de colores, se había formado una artística alfombra con una sentida dedicatoria á Cervantes.

El resto de la plaza encontrábase también artísticamente adornado con guirnaldas de flores.

Consistió el primer número de la fiesta en la lidia de tres bravos becerros, que fueron valientemente rejoneados por los señores Boquerín, Santa Cruz y Sarrais; picados por los señores Mesa, Sarrais y Longoria, banderilleados por los señores Pérez Cabrero, Merino, Rieulein, Codín, Triana, Flores, Montiel, Rivera y Cerdeño.

El Sr. Azcárraga hizo un perfectísimo D. Tancredo, estoqueando los toros con sin igual maestría los señores Damián, Alvarez Mesa y López de Betona, oficiales de los referidos cuerpos.

El *carrousell* con obstáculos é «incidentes» á la inglesa fué dirigido por el capitán de Pavía don Abertano González, y en él tomaron parte los señores D. Armando Sojo, D. Roberto Rieldeain, D. Fidel Suárez, D. Gaspar Souza, D. Mariano y don Julio Pérez Cabrero, del regimiento Infantería de Wad-Rás; del regimiento Húsares de la Princesa los señores D. José María Azcárraga, D. Luis Cordón, D. Antonio Sarrais, D. Luis Sarrais, don Juan Triana, D. Javier Soto, don Diego Bordalonga, D. Valerio Montero, D. José Borrego, D. Manuel Merino y D. Victoriano Moreno, y del de Pavía los señores D. Gerardo Longoria, D. Julián Triana, D. Sadot Dadín, D. Valentín Verástegui, D. Abertano González, D. Arturo Ballevilla, D. Manuel Espión, D. Emilio Serarano, D. Ramón Flores, D. José Messías, D. José Pando, D. José y D. Adolfo Aguirre y D. Nicanor Sánchez Mesas.

D. Lucas del Campo,
diputado á Cortes por Alcalá de Henares.

Terminó el festival con una carrera de cintas cogidas al salto, siendo muy celebrada la infinidad de incidentes que ocurrieron.

En el Ateneo obrero.

Aquella misma noche y ante un concurso muy distinguido y numeroso, dieron dos interesantes conferencias en el Ateneo obrero D. Ubaldo Romero Quiñones, ilustrado sociólogo y polígrafo y el director de *La Reforma Literaria* D. Manuel Lorenzo D'Ayot.

En la plaza.

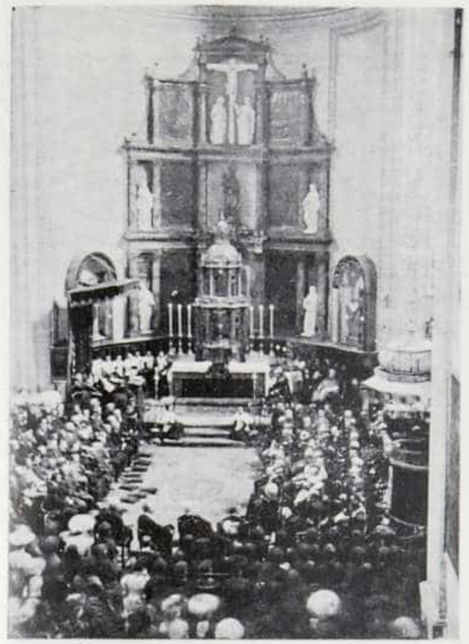
En la plaza de Cervantes, iluminada con gran profusión y artísticamente adornada, se quemó una vistosa colección de fuegos artificiales. Las bandas de los Asilos municipales de San Bernardino y del Hospicio amenizaron la fiesta tocando escogidas piezas.

La procesión cívica.

En la mañana del 11 verificóse con toda solemnidad la procesión cívica, que organizada en el patio del archivo, antes Palacio del Arzobispo, siguió por las calles de San Juan, plaza de los Santos Niños, calles Mayor, Libreros, Bedel y la plaza de Cervantes, donde, después de dar una vuelta á la misma, dirigióse por el centro hasta llegar al pie de la estatua del Gran Alcalaíno depositándose ante ella artísticas coronas ofrecidas por la excelentísima Diputación provincial de Madrid, por la Junta local de festejos, en nombre del pueblo de Alcalá, por los Maestros de Instrucción pública de la misma población y por el Colegio Complutense de San Luis Gonzaga que regentan los RR. PP. Escolapios.

D. Eduardo Martín de la Cámara
Secretario de la Junta local de festejos del centenario.

Presidían el acto el ministro de Instrucción Pública, Sr. Cortezo, el diputado á Cortes don Lucas del Campo, el presidente de la Diputación provincial de Madrid, Señor Marqués de Ibarra, con una comisión de la misma compuesta de los diputados Señores Moreno (José Benito), Raboso, García de la Rasilla, Monterroso y Lagarma, en representación de la Sociedad de Excursionistas don Enrique Çiria, en la del Ateneo de Madrid, don Enrique de Mesa y don Francisco Navarro Ledesma, el juez de primera instancia, don Pedro Solís y el alcalde, señor Jaramillo.



La iglesia de Santa María, donde se celebraron los funerales en sufragio del alma de Cervantes.

Además, y entre las personas distinguidas que figuraron en la procesión, recordamos al general gobernador, los coroneles y jefes de los regimientos acantonados en la histórica ciudad, el subdirector de los asilos de San Bernardino, Sr. Grande, el juez municipal Sr. Esperanza y representantes de los principales periódicos de Madrid enviados al efecto.

El orden de la comitiva era el siguiente: rompía marcha un piquete de la Guardia civil á caballo; á continuación seguía la estudiantina «Lira Cervantina», los niños de los asilos, escuelas municipales, pías y particulares con sus estandartes, banda de música de los asilos de San Bernardino, comisiones y representaciones del Círculo de Contribuyentes con su estandarte, Ateneo y Sociedades obreras con los suyos, andas artísticas llevadas por empleados del Ayuntamiento, en las cuales iban colocadas las coronas, Comisiones del Ejército, Diputación provincial, Prensa, Comercio, Industria, el Regidor síndico á caballo con el estandarte de la población entre cuatro maceros también á caballo, Junta local del Centenario y Ayuntamiento bajo mazas.

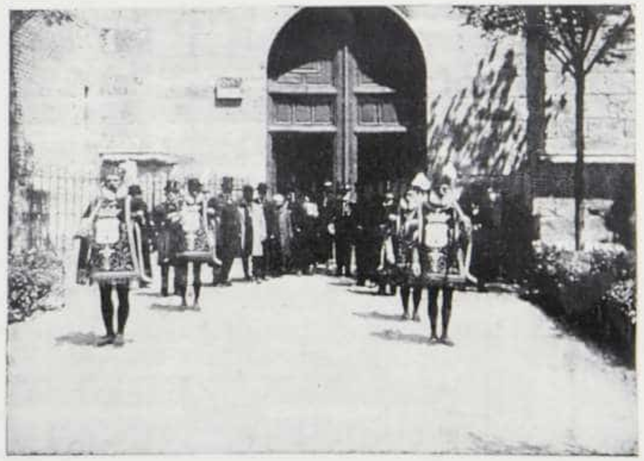
El Sr. Cortezo, ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, llevaba al alcalde Sr. Jaramillo á su derecha, siguiéndoles las demás autoridades de la población y las comisiones y personalidades que figuraron en la procesión, y cerrando la comitiva una compañía con bandera y música del regimiento de Infantería de Wad-Rás, de guarnición en Alcalá.

El vistoso y patriótico acto terminó dando vivas el señor ministro á la gloria de Cervantes, á S. M. el Rey y á Alcalá, que fueron contestados calurosa y repetidamente por la concurrencia que invadía la hermosa plaza.

En el Museo biblioteca Cervantino.

En la misma mañana tuvo lugar la inauguración del Museo Biblioteca Cervantino que, por iniciativa de la Junta local de festejos y con la ayuda prestada por el ministro, se instaló provisionalmente en la Casa Consistorial.

A la inauguración, que presidió también el señor ministro de Instrucción Pública, asistieron cuantas



El Ayuntamiento y la Junta del Centenario saliendo de la iglesia de Santa María después de celebrados los funerales.

personalidades figuraron en la procesión cívica.

En dicho Museo estaban ya catalogados gran

La Junta del Centenario en el patio del Ayuntamiento.

número de libros cervantinos donados gratuitamente y procedentes de todas las partes del mundo.

En lugar preferente de la sala biblioteca, hállase colocado un busto de Cervantes de tamaño natural y varias láminas representando escenas del QUIJOTE,

LA CORRIDA DE LOS MILITARES

Dibujo del redondel.

obra del artista Sr. Yuste, y facsímiles de la partida bautismal y de la firma del gran alcalaino.

A petición del diputado á Cortes por Alcalá, señor del Campo, el Sr. Cortezo ofreció que recomendaría muy eficazmente á todas las bibliotecas y archivos públicos enviasen para figurar en el inaugurado archivo, cuantos ejemplares duplicados se encontrasen en las mismas relacionados con Cervantes.

Banquete.

El Ayuntamiento de Alcalá obsequió en el mismo día con un banquete al ministro y demás personalidades, que habían venido de Madrid para asistir á las fiestas.

Al finalizar la comida, el secretario de la Junta del Centenario, Sr. Martín de la Cámara, repartió entre los concurrentes la medalla conmemorativa de las fiestas del Centenario y programas de las mismas.

El alcalde leyó el siguiente telegrama firmado por el entusiasta hispanófilo, D. Juan Fasteurath, distinguido literato de Colonia (Alemania).

«La ciudad de Colonia, saluda entusiasmada á la de Alcalá de Henares, gloriosa cuna de Cervantes. El Sr. Mainez expresará nuestro júbilo.

JUAN FASTEURATH.»

Se acordó contestar en testimonio de gratitud con el siguiente:

«Juan Fasteurath.

Colonia (Alemania).

Alcalá, cuna de Cervantes, devuelve agradecida su saludo entusiasta á la patria del preclaro Schiller.

El alcalde,

JOSÉ JARAMILLO.»

EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

En uno de los espaciosos salones del histórico edificio fundado por el gran Cisneros, en el que campeaba en sitio preferente un gran retrato al óleo de Cervantes, celébrose á las cuatro de la tarde del mismo día 10, el acto literario en honor del autor del QUIJOTE.

Presidía el ministro de Instrucción pública señor Cortezo, alcalde de Alcalá, presidente de la Diputación provincial, general gobernador militar y el diputado á Cortes Sr. del Campo.

En la presidencia estaban además, los Sres. Navarro Ledesma, León Mainez, Azaña, R. P. Escolapio Manuel Morales, Vicario, Morán, gobernador civil de Guadalajara, Samaniego y el secretario, Sr. Martín de la Cámara.

El Sr. Cortezo declaró abierta la sesión y acto seguido se dió lectura por el secretario de los telegramas de Colonia de que hacemos antes mención al hacer la reseña del banquete oficial.

Después se leyeron los hermosos trabajos literarios que publicamos á continuación:

VIR ÓPTIMUS

Vir bonus, dicendo peritus; he aquí la frase romana iluminando de lleno la grandiosa figura del hijo más ilustre de Alcalá.

Nada diré de la segunda parte de este texto con referencia á Cervantes, por estar ya proclamada en las cinco partes del planeta. Cuando al *vir bonus*, mucho mejor *optimus*, jamás he abrigado duda alguna en aplicárselo; muy bien lo incluyó Revilla entre *los santos de la humanidad*; aunque sin razón suficiente lo tuvo por algo manirroto, cuando jamás dispuso de un ducado para un deporte ó devaneo.

Optimo fué Cervantes en su vida de escolar y de hijo de familia; *óptimo* en sus trece años de soldado, resplandeciendo sobre todo tal cualidad en la batalla de Lepanto, en el desigual y heroico combate de la galera *Sol*, junto á las Tres Marías *(les Saints Maries)*, y en los cinco años de cautiverio, en los que no pensó en otra cosa, con riesgo de muerte á cada momento, que en ceñir la región argelina á la corona de España; *óptimo*, cuando recoge desde la cuna el fruto de la única aventura amorosa que se le conoce y, sin abandonarlo un momento, *lo reconoce*, tal vez *lo legitima* por una gracia al sacar y le da estado decoroso y competente á á su tiempo; *óptimo*, en su matrimonio y en acoger en su hogar á sus hermanas desvalidas; *óptimo*, en su ancianidad y en su santa muerte, que nos trae á la memoria los últimos augustos momentos de Sócrates.

LA CORRIDA DE LOS MILITARES

El palco presidencial.

No es el autor del QUIJOTE, no, aquel Cervantes á quien la ley condenó en 1569 á la mutilación ó la expatriación; no aquel galanteador que nos pintaba Gayangos hace veinte años en su *Cervantes en Valladolid*, ni menos el alcahuete de la casa junto al Rastro, *verdadero rufián de mancebía*, que alguien ha dicho; ni el perseguidor de muchachas doloridas en el cementerio, atrio, exedra ó lo que fuese de Alcázar de San Juan (1); todo esto puede probarse matemáticamente. Tampoco ha de tomarse como argumento contra él, su excesiva humildad, manifiesta en muchas ocasiones, como cuando

LA CORRIDA DE LOS MILITARES

Un detalle del palco presidencial.

(1) De Alcázar de San Juan han salido ambas especies; la primera es bien reciente y la recuerdan todos. La segunda no la tengo á la vista; pero se halla en una hoja suelta firmada «J. Alvarez Guerra» y que la tengo incluida en mi tomo intitulado *Sol de Cervantes, etc.*

parece que justifica sus desgracias por alguna imprudencia por él cometida, ó cuando exclama con la mayor unción cristiana:

Bien sé que mis maldades infinitas
Y la poca atrición que en mí se encierra
Me tiene entre estos falsos israelitas (1).

Desaparezcan, pues, esas sombras con que sin ton ni son se ha pretendido obscurecer por algunos la figura generosa y nobilísima de Cervantes y brille como debe, á la luz meridiana, con el nimbo esplendoroso de *vir optimus*.

JULIÁN APRAIZ.

Madrid 23 Abril 1905.

EN LOOR DE CERVANTES

Ilustre y noble Compluto, te profeso un culto singular porque en ti se meció la cuna de Cervantes, Príncipe de los ingenios españoles, honra y gala del linaje humano: porque no lejos de aquí, desde la Puerta de Mártires, se divisa el sitio de la mía; porque en tu suelo está el sepulcro que guarda las cenizas de mi adorada madre.

LA CORRIDA DE LOS MILICARES

Desfile de las cuadrillas.

Por esto, al coro de alabanzas que en torno de ese libro alzan los apóstoles del cervantismo, únese, poseída del mayor entusiasmo, la de quien ahora te saluda, y tiene á gran estima dedicarte las primicias de labor á ese libro enteramente consagrada.

Regalo de mi alma, entretenimiento de mi vida, rico joyel del habla castellana; hermosa y gentil producción de lo más florido del ingenio del hombre escrita durante largos años, cuando la fortuna maltrataba á su autor, y sin que por eso le abandonase ni un punto el arrobo mental que guiaba su pluma; el QUIJOTE, la novela por excelencia, ocupa lugar tan preeminente en los cielos de la gloria literaria, que si no existiese la Biblia, en la que se narran con pluma de oro la brillante historia de la Divinidad y las tremendas catástrofes de las naciones, sólo se verían junto á él, allá en lo más alto, rodeadas de esplendente luz y en competencia de honor, la Iliada, la grande Iliada, de Homero, y la Divina Comedia, del Dante.

CLEMENTE CORTEJÓN.

(1) De la hermosa epístola á Mateo Vázquez.

JUICIO ACERCA DEL "QUIJOTE„

I

El QUIJOTE es cosmopolita. El QUIJOTE es verdaderamente intraducible; y, sin embargo, más ó menos infielmente, está traducido á todas las lenguas de la civilización. Y en todas ellas posee el secreto de la risa y del solaz más delicioso. Es el único libro en el mundo que se lee una vez y otra, y otras ciento, y siempre con interés y creciente encanto; ya se le tome desde el principio, ya se le abra á capricho por el medio ó por el fin. ¿Cuál es, pues, el enigma de esa única y universal popularidad?

Cuando leemos la obra eterna de Cervantes, percibimos seguramente que sus formas no son la causa de tanta belleza; son el medio; aquel mar de poesías en prosa está todo en las ideas, y no vemos imposibilidad en que concepción tan portentosa hubiese venido al mundo de otro modo y con otras aventuras, que nosotros ciertamente no podemos concebir, porque para concebirlas se necesitaba otro prodigio de invención que igualase á Cervantes, y la Naturaleza es avara de esa clase de prodigios. Los genios no vienen acompasadamente al mundo. Para ellos no hay ritmo.

El pensamiento es la esencia de las artes, y la obra será lo que el pensamiento fuere; porque si la forma es consubstancial con la idea, la idea es el verbo que se encarna.

Las formas son sólo condición constituyente, no esencial. Estudios menos artísticos, pero más profundos, han de interesar el corazón de quien por las artes aspire á la inmortalidad. Se entiende si es un genio, pues no siéndolo, es inútil que estudie los hechos de la realidad que dan ocasión para los grandes descubrimientos y las magnas creaciones de la fantasía. Aunque fuera cierto que Newton descubrió la ley de la gravitación universal, viendo caer una manzana, siempre sería sandio ponerse á mirar caer manzanas para ser un Newton.

Sr. Samaniego, que dió lectura al discurso de D. Eduardo Benot.

Cervantes estudió lo real con toda la fuerza de su genio, y luego infundió en todo cuanto había observado soplo de Humanidad. Su obra es un trasunto palpitante de la realidad viva. Aún existen molinos de viento en el campo de Montiel. Aún hay cueros de vino en las alcobas de las casas de la Mancha. Donde no hay ventas, hay paradores. Aún las manadas de carneros levantan nubes de polvo, cual pudieran los ejércitos que alucinaron á Don Quijote. Aún se encuentran allí bacías como el yelmo de Mambrino. Hay curas y barberos como el licenciado Pedro Pérez y su compadre, que rapan y sangran.

Existen *hidalgos* de reducida hacienda, sobrios, dadivosos tal vez, esclavos de su palabra y católicos fervientes. Y subsiste el hombre de campo, que no sabe leer, pero á quien nadie engaña, porque tiene aprendida de memoria toda la filosofía popular de los refranes. Don Quijote y Sancho son tipos que no han muerto. Cervantes vió todo aquello, y muchas cosas más... la descentralización feudal del duque y la duquesa, señores de lugares; la inseguridad de los caminos, á merced de bandidos generosos como Roque Guinart, no enemistado con ciudadanos de viso é influencias;... conocía á los venteros, á las mozas del partido, á los arrieros, á los mercaderes, los pastores, los galeotes, los cautivos, los cuadrilleros, los canónigos, los penitentes que sacan las imágenes en rogativa, etc., etc.; y aquel hombre portentoso, por una fulguración extraordinaria de su creador espíritu, vió en la nebulosa de sus meditaciones, lo que nadie había visto antes que él. «He aquí—dijo—en su visión íntima, ignoradas canteras de tradiciones y recuerdos, restos, vivos aún, de existencias y pensamientos anteriores. ¡Qué abundancia! ¡Qué tesoros!» Y, encarándose con ellos, los conjuró con la resuelta serenidad de quien ha leído ya el triunfo en lo porvenir.

Y les dijo: «Dispersos materiales, congregáos para vivir vida eternal: canteras, dadme los mármoles, que aquí tengo yo el cincel.»

Y el Genio esculpió el QUIJOTE.

El QUIJOTE inmortal, que en hora feliz apareció cual meteoro deslumbrador, y que hoy, muerto ya el artífice, es reguero permanente de luz póstuma que no se pone jamás en el espíritu, á diferencia del gran astro central que, todas las tardes, en ocasos deslumbrantes de escarlata y oro derretido, desciende con majestad bajo los magníficos incendios del fastuoso horizonte. Y ¡nueva maravilla! ¡El genio suele ni aun concebir siquiera en toda su plenitud la totalidad de la misión reservada á sus hijos predilectos! Stephenson presintió ciertamente haber engendrado un titán irresistible que había de vencer á los dos potentísimos déspotas de la Humanidad, el Espacio y el Tiempo. Pero de cierto no pensó que ese titán, allanan-

Vista general de la plaza de Cervantes.

do todas las fronteras, había de unir á los pueblos más distantes, convertido en evangelista automático de la fraternidad universal.

Así Cervantes. De cierto que nunca imaginó que la popularidad cosmopolita del QUIJOTE había de evangelizar á su vez la confraternidad universal de las naciones literarias, enalteciendo seductoramente en todas partes el heroísmo y la virtud.

La base de esta fábula imperecedera es el realismo idealizado, que nunca ha de envejecer, pues para él no se hizo la decrepitud; no los libros de caballería, que ya estaban mandados recoger.

Aquellos dioses se habían ido ya. Los hombres de todas las clases y condiciones sociales están fotografiados en la obra, con dos excepciones solamente: los magnates de la Corte y los altos dignatarios del Tribunal de la fe; pues hasta éstos no llegaron nunca los atrevimientos de aquella pluma sin par. Su culto literario por la verdad y la belleza resaltan en toda la obra. El discurso de las armas y las letras, la descripción de los ejércitos, los consejos á Sancho, las novelas incrustadas en el texto, las escenas en casa de los duques..., lo evidencian, á pesar de las faltas que todo el mundo se ha complacido en notar y que prueban que para el inmortal artista las ideas eran el todo y los pormenores cosa no esencial. Hay, sin duda, contradicciones, olvidos que prueban la prisa con que la novela se escribió, digresiones que en cualquier otro autor degenerarían en cansancio, episodios mal embutidos en el conjunto, faltas contra la gramática...; pero ¿qué significan estos lunares que la menos profunda crítica pudo corregir en el libro más gracioso y original existente en la literatura de todos los siglos?

II

Cervantes (como he dicho en otra ocasión) es el prodigio de las letras, es el mayor de los GENIOS de todas las naciones literarias, porque aquí el GENIO carecía de atmósfera para volar, y él voló. Todo se sometió á su pluma: no había filósofos y él lo fué; él habló siempre de lo real, mientras que, no pudiendo los escritores de valía emitir ideas, emitían palabras. Equívocos, conceptillos, sutilezas, retruécanos, delirios de la cultalatiniparla, gongorismo, en fin, fueron las agonías del período grecolatino de las letras castellanas.

Pero estos avillanamientos no llegaron á Cervantes, porque él se cernía en las alturas. Su ingenio taladraba los nublos, como rayo del sol.

Pocos son los corazones que adoran el ideal, y él consagró su pluma al ideal de la justicia. El menesteroso y el oprimido le fueron sagrados. El heroísmo le atraía como su estrella polar. Para él la inacción era un oprobio; su descanso, el pelear. El lucro no le hizo doblar nunca la rodilla, porque siempre estimó como sacerdocio lo que otros miraban cual oficio. Ni glorificó las pasiones inmundas de lo presente, para poder vivir en lo porvenir.

Sí. En lo porvenir tenía constantemente fijas las miradas; y, así, «el prudentísimo Cide Hamete» pudo decir á su pluma: «Aquí quedarás colgada, péñola mía, á donde vivirás luengos siglos»; pues aquel genio superior se sentía con fuerzas para ascender á la inmortalidad.

El sufrimiento crea lo que no tiene: la belleza. Y Cide Hamete conocía tanto el valor incomparable de su obra maestra, que también hizo decir á su pluma: «para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco...»

Cervantes codició lauros sempiternos y no el óbolo de un día; y, por eso, jamás pintó á sus héroes aletargados en indigna voluptuosidad por el opio enervador de las liviandades, ni los llevó á las regiones apestadas del vicio donde reinan la consunción y las sombras de la muerte; que el arte es sagrado y es gran sacrilegio su profanación.

Para el rey de la prosa castellana el arte es la forma seductora y desinteresada de lo bueno y de lo bello, no fantasma delirante de calentura perniciosa. Así Don Quijote es honesto y comedido, porque el arte se asusta de las risotadas impuras, de las pasiones indecorosas y de las torpes deformidades del naturalismo. El arte es el amor sacrosanto del ideal, símbolo de lo ultra presente; y Cervantes, fijos los ojos en lo absoluto, no quiso ser artista de una época, para ser el artista de los siglos. Y se sacrificó por lograr lo que nadie puede repetir: la perfección en la forma; lo grande en lo verdadero; la inmortalidad en la vida; y, por eso, habló la lengua universal de los sentimientos humanos; por eso se dirigió á la Humanidad, no á los hombres, y por eso, en fin, escribió ese libro cosmopolita que ha vivido más que su autor, y que seguirá viviendo en las edades venideras, porque el pensamiento allí encarnado es perdurable y nunca ha de morir.

Este gran hombre (como dice admirablemente el Sr. D. Federico Balart) fué «conjunto extraordinario de facultades singulares y de virtudes heroicas. Su genio literario era superior al de todos sus contemporáneos en España, por la riqueza de la fantasía, por la verdad del colorido, por la exactitud de la observación, por la gallardía del estilo y, sobre todo, por el alto concepto de la vida. El comportamiento de Cervantes en Lepanto traspasa los límites del pundonor y frisa en los del heroísmo. Y su conducta en Argel entra de lleno en lo heroico, y alcanza más de una vez á lo sublime.»

Cuenta una antigua tradición oriental que, rendido del sueño y del cansancio, después de sangrientísima victoria, el vencedor monarca dejó caer su coronada frente sobre la humilde hierba de los campos. Una gota de rocío, purísima y vestida de colores, rodó hasta una perla de inestimable valor que adornaba la corona. —Aparta, gota de rocío, dijo la vanidad. —¿Por qué? ¿No son más brillantes mis colores que el oriente de tu nácar?, dijo el rocío temblando, y esparciendo en su temblor luces de rojo y azul. —Aparta, dijo también el déspota al despertar—. Y la gota de rocío saltó de la regia corona para fecundar una espiga de trigo que fallecía de sed. La perla, enfermando, perdió su orgulloso oriente; al tirano quitó la vida un sobornado acero en las delicias de un festín, y los hijos de la espiga se multiplicaron maravillosamente sobre la haz de la tierra.

LA PROCESIÓN CÍVICA

Aspecto del Ayuntamiento.

¡Brillar y fecundar! eso es el Arte.

¡Sufrir, brillar y fecundar! eso es el QUIJOTE.

El incansable agricultor, que en sus avaros trojes amontona los trabajosos frutos de la cosecha, no se acuerda, ingratamente, de la gota de rocío que socorrió la sed de la desfalleciente espiga; ni el escritor de ideales redentores recuerda el modelo inmortal en que aprendió el secreto de infundir cada idea en una forma, haciendo que caracteres visibles exterioricen la invisibilidad del pensamiento, y esparzan sobre la faz del mundo las ideas de progreso y civilización.

Es un hecho misterioso que las ideas, fuerza de la Humanidad, no cunden ni sojuzgan, si no encarnan en el Arte; y ningunas tienen energías de vulgarización comparable á la de las creaciones que satisfacen la vida intelectual.

Si los críticos tuviésemos una vista capaz de percibir las relaciones de la Historia, no sería imposible discernir la vitalidad que en el carácter español infunde el libro de Cervantes, y nos inclinaríamos ante él respetuosamente doblando la rodilla; porque esa obra inmortal ha sembrado en nuestros corazones los ideales de emancipación, de progreso y libertad que nosotros cosechamos.

Jamás una idea filosófica esparció sus luces por la conciencia universal sin la manifestación artística. La filosofía habla sólo al entendimiento y el hombre no es sólo inteligencia. La Humanidad cree, cuando la creencia ha ganado el corazón.

Cervantes cerró el sepulcro del feudalismo; y, por tanto, sus obras aspiran al bien para todos los que sufren vejámenes é injusta persecución; su arte se inspira en nuevos ideales; y por eso, nunca nos representó triunfante al escándalo ni á la iniquidad; por eso siempre glorificó al mártir y no al martirizador, y por eso nunca arrojó el Arte en los lodazales de la corrupción, ni fraternizó con las abominaciones, ni enconó las llagas de las muchedumbres; porque el gran artista quería que su creación no pasase pronto como las obras de los hombres.

Su trabajo es, por tanto, el reservado sólo para el genio: el arte de la belleza y la virtud. Los arcos iris que ostentan sus colores intensísimos dentro de las prolíficas gotas del rocío matinal no son hijos de vanidades infecundas, como los que brillan dentro de los más ricos diamantes: los diamantes son esterilidad fastuosa de colores, mientras que las fulgurantes gotas de rocío socorren la sed de las espigas que luego han de regalarnos el cotidiano pan. Hermosura sin segundo y sinfonías armo-

niosas de ideales purísimos fluyen misteriosamente del QUIJOTE, obra encantada que habla la lengua universal del sentimiento, inteligible para todas las conciencias, sin distinción de fronteras en el espacio ni de horizontes en el tiempo.

Cervantes, pues, trabajó constantemente por la gloria y por el bien, aunque cosechando desprecios y sacando miseria y hambre del crisol de sus tribulaciones. Pero en él se cumplió la profecía de la rehabilitación: «Los últimos seréis los primeros.» La envidia no prevaleció contra él; porque el turbión más tempestuoso no allana la cima del monte, ni la tisis tiene fuerzas para ascender hasta la cumbre de la inmortalidad.

En una palabra: Cervantes amó el bien y afrontó el mal, que es el mayor sacrificio de que tienen tradición las gentes.

EDUARDO BENOT.

UNA PAGINA DE PEREZ GALDOS

Más gloriosa que todas las ciudades de España es Alcalá de Henares, por ser cuna del primer Ingenio español.

Amemos á esa ciudad y tengámosla por nuestra metrópoli espiritual, pues en ella quiso Dios que viniera al mundo Cervantes; en ella brotaron su primera sonrisa y su primera lágrima; en ella balbució las primeras voces de esta lengua que después fué por él mismo elevada á la más alta perfección.

Los primeros pasos que el inmortal castellano dió á orillas del Henares, conducíanle á las cumbres de la gloria; en ellos acompañábale ya una sombra indecisa que más tarde fué tomando cuerpo y figura, savia, cerebro y alma, hasta salir por el camino de Montiel con el sublime espíritu del Hidalgo manchego.

Amemos á esa ciudad y deseémosle prosperidad, bienestar y grandezas que igualen á su gloria literaria.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

Madrid, Mayo 1905.

EN EL III CENTENARIO DE LA PUBLICACION DEL «QUIJOTE»

SONETO

Con laurel inmortal orna tu frente,
bella Alcalá, de las ciudades diosa,
en virtud y saber siempre famosa,
de historia cual la luz resplandeciente.
Templa tu lira, apresta, diligente,
las galas y esplendor de tu hermosura,
y en este día tu alegría pura
resplandezca cual sol en el Oriente.
Patria de reyes, mártires y santos,
honra de tu nación, alza tu acento
y el orbe escuche el eco de tus cantos,
pues hoy un hijo tuyo en valimiento
con su genio y su libro sin segundo
gloria sin rival es de este mundo.

R. P. J. M. ROBREDO.

Ubeda, 4 Mayo 1905.

PALABRAS DE MARIANO DE CAVIA

Señor alcalde de Alcalá de Henares:

Permítaseme que en este acto solemne mi humilde personalidad se contente con saludar á ese pueblo que, sin ser ningún rico y poderoso emporio, ocupa altísimo puesto en la historia de España y en la historia de la Humanidad.

El gran Cisneros declaró á Alcalá ciudad predilecta suya. Sólo por eso, Alcalá debe ser siempre ciudad *predilecta de la patria*.

El inmortal Cervantes tuvo su cuna en Alcalá Sólo por eso, Alcalá es una ciudad *predilecta de Dios*

MARIANO DE CÁVIA.

CARTA DEL SEÑOR ECHEGARAY

Señor D. José Jaramillo, presidente de la Junta local de Alcalá de Henares, para el III Centenario del QUIJOTE.

Mi distinguido amigo: Ya les expresé á ustedes de palabra mi profunda gratitud por haberme invitado al acto literario que ha de celebrarse en Alcalá de Henares con motivo del tercer Centenario del QUIJOTE, y hoy, de nuevo, procuraré expresar por escrito mayores encarecimientos de aquella gratitud para corresponder á la honra que me dispensan, solicitando de mí unas cuantas cuartillas siempre sobre el mismo tema «El QUIJOTE y Cervantes».

Cuánto hubiera deseado complacer á ustedes, aceptando la primera y la segunda invitación, no hay para qué decirlo ni asegurarlo.

Pero ustedes saben que estoy fatigadísimo, de todo punto rendido, física é intelectualmente; que mi cuerpo no se halla dispuesto para viajes, por breves y agradables que sean, ni mi espíritu, ni mi cerebro, para empeños literarios de esta importancia y compromiso.

Ni siquiera para mucho menos.

Y aun lo primero sería más fácil que lo segundo porque con meterme en el tren y dejarme llevar, estaba resuelto el problema; pero ¡hablar del QUIJOTE! ¿Han pensado ustedes bien lo que me piden?

Es como si estando aniquiladas todas mis fuerzas físicas, me pidieran ustedes que subiera al pico más elevado de los Alpes; porque ¿qué montaña hay comparable, en el orden moral y en el orden literario, á la que empujó hacia los cielos el titán de nuestra historia literaria?

Decididamente, amigos míos, no puedo subir: me faltan ánimos, alientos y energías; admiro desde abajo; no acometo la empresa; rodaría fatalmente.

Y más que todo, *¿cómo improvisar* en breves horas cualquier escrito sobre una de las creaciones más portentosas del ingenio humano?

Tales trabajos no se improvisan: requieren tiempo, meditación, sacudidas de inspiración por lo menos; en suma, condiciones muy distintas de aquellas en que me encuentro.

Pedirme que improvise unas cuantas cuartillas sobre el QUIJOTE, es como si me pusieran ustedes de cara al sol y me dijeran, con el imperio que da la amistad: «¡A ver, inspírese usted, y ahora mismo escriba una *oda* al luminar soberano de los cielos!»

Y yo, abrumado y confuso, sólo podría contestar: «*No puedo:* no se enfaden ustedes conmigo, pero *no puedo.*»

Es como si, variando la postura, me pusieran ustedes de frente al mar Océano, y me exigieran, con nuevos mandatos de simpatía y de cariño, pero con mandatos crueles, que improvisase un soneto *al mar*.

De nuevo ante ustedes me humillaría, repitiendo en tono suplicante: «Perdónenme, pero *no sé*. Decididamente, *no sé*.»

Ni sé improvisar odas al sol, ni sonetos al mar; pues algo parecido á esto es lo que hoy solicitan de mí al invitarme á que escriba un discurso ó cosa parecida sobre el QUIJOTE. Y así, bien contra mi deseo, tengo que continuar la triste letanía de mi impotencia: «*No puedo; no sé; no me atrevo.*»

La *luz del sol*, toda luz, me presta alegría, me da calor y fuerza: siempre el sol ha sido mi mejor amigo; pero nunca he podido escribir versos en su honor. Por eso, sin duda, me trata con benevolencia.

El *mar me asombra;* despierta en mí la idea de lo infinito, le admiro y le temo; pero jamás he intentado encerrar su grandeza, su oleaje y su horizonte en catorce versos: es jaula muy pequeña para tan gran monstruo.

El QUIJOTE es mi libro predilecto: él me hizo reir mucho cuando niño; me hizo pensar mucho cuando fuí hombre: la muerte, y sobre todo, el vencimiento de Don Quijote, me han hecho llorar más de una vez; y es el único libro del mundo, entre los que han llegado á mis manos, que he leído innumerables veces. Para mí nunca se agota: siempre tiene luz, y que cada vez está más alto; mar inmenso cada vez más hondo; creación prodigiosa, que dada mi pequeñez, temería profanarla si pretendiera fabricar cárcel para su inmensidad en unas cuantas cuartillas, rejas para las ventanas de esa cárcel con unas cuantas frases artificiosas.

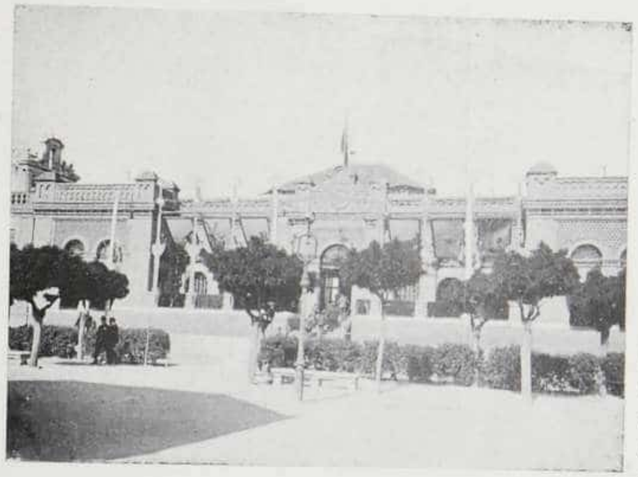
En suma, no he podido complacer á ustedes porque mi deseo se estrella contra lo imposible.

Tratándose del QUIJOTE no sé más que sentir, pensar, y cuando llegue el caso depositar una corona ante la sombra de Cervantes, como tributo de admiración, de admiración casi religiosa; porque tras los contornos de la augusta sombra, veo brotar rayos de luz divina.

Conque perdónenme otra vez más y crean que soy su verdadero amigo q. b. s. m.,

JOSÉ ECHEGARAY.

LA PROCESIÓN CÍVICA



Aspecto del Círculo de Contribuyentes.

MI HUMILDE OFRENDA

¡Gloria á Alcalá de Henares!

SEÑORAS: SEÑORES:

Honrado por invitación del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá y por la dignísima Junta local del Centenario, vengo lleno de júbilo á tributar personalmente mi humilde ofrenda en estas fiestas patrióticas que celebra la ciudad donde nació el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, con motivo de haberse cumplido trescientos años desde que apareció la primera parte de su maravilloso QUIJOTE.

El grandioso enaltecimiento del Genio español, á que hemos asistido esta mañana, se ha verificado á la vez en todos los pueblos cultos del mundo. Su fama es por completo universal. Su nombre, aclamado en todas partes con singular veneración y cariño. El homenaje es digno de sus méritos imponderables.

D. Ramón León Máinez.

***

Cervantes, prodigio y admiración de los siglos, excedió en maravillosas proporciones á todos los escritores más insignes de su tiempo. En superior penetración y soberana inteligencia, no tuvo rival. Descolló como el mejor, como el único, como el incomparable, como el verdaderamente sublime.

Su espíritu creador superaba al del mismo Lope de Vega, sino en fecundidad, en inventiva profunda y bien dirigida. Él contribuyó á la formación del Teatro nacional con producciones dramáticas notables. Fué el felicísimo inventor de la Novela española, que no existía, por más que en géneros determinados, el pastoril y el picaresco, por ejemplo, se hubiesen estampado y alcanzaran gran crédito en la opinión diferentes composiciones. Nadie le igualó ni aventajó después en novelar fiel y gráficamente las costumbres.

Antes que Quevedo, enseñó á escribir la sátira social con intención, interés y altos fines morales, sin degenerar en las impurezas de la forma, ni en las repugnancias de la procacidad y la licencia. Ejercitó la crítica literaria; si no con perfección, con mejor y más sano sentido y método que hasta su tiempo se había hecho, y si pecó muchas veces de generoso, acertó muchísimas más por su recta percepción de lo bello.

Opúsose resueltamente á la perniciosa invasión del culteranismo, no incurriendo, como otros que pretendieron hacerlo, en los mismos defectos que censuraban, sino conformando los hechos con las palabras, escribiendo de modo que siempre luce en su frase la más expresiva hermosura al mismo tiempo que una naturalidad y elegancia no afectada, que pasma y aplace. Dejó, en fin, en su obra maestra, en esa verdadera epopeya de la Humanidad que se llama el QUIJOTE, no sólo el texto mas genuíno y clásico de la espléndida dicción castellana, sino el libro más profundamente original y encantador de nuestra Literatura y de las extranjeras, acerca de cuya significación, artificio, variedad, simbolismo y alcance, se han impreso multitud de volúmenes y se continuarán publicando, porque nunca se dirá la última palabra respecto de los misteriosos caracteres que surgieron del cerebro de Cervantes para enseñar á la Humanidad con las seducciones de su potentísimo genio y las festivas ocurrencias de su graciosísimo decir.

***

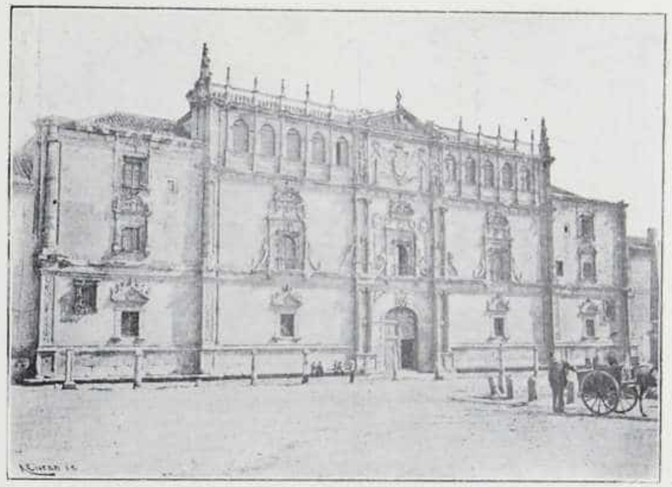
Gloria, pues, indisputable é inmarcesible será siempre la de Alcalá de Henares, por haber sido la ciudad natal de Miguel de Cervantes Saavedra, título de mayor fama para ella que todas sus pasadas grandezas, merecimientos y renombre, monumentos y celebridades, con ser tantos y tan esclarecidos...

Dedicaré breves palabras con este motivo á un tema que es de justicia y á la vez de actualidad, puesto que hay que sostener lo cierto y comprobado á todo trance.

Hubo un tiempo en que la desidia de los contemporáneos y la propia desgracia de Cervantes dejaron en la obscuridad todo lo referente á su nacimiento y familia, por más que pudo rastrearse con esperanzas de acierto cuanto á su ciudad natal se refería sólo con fijarse en su primera obra literaria de verdadero empeño, *La Galatea*, donde, con ingeniosos rasgos y felices indicaciones, delinea su figura, expresa su patria, decanta á su amada, revela su discreción y narra los sucesos de su malograda juventud aquel enamorado pastor Elicio, cuya sencillez campestre encubría con tanta delicadeza al hijo inmortal de Rodrigo de Cervantes, al adorador de doña Catalina de Palacios, al soldado heroico y desatendido.

Pudo haber dudas respecto á la verdadera cuna del varón que glorifica á España, cuando era sombras todo en la vida de Cervantes; mientras no se examinaron con toda detención sus escritos; mientras no se descubrieron documentos y datos que disiparan todo error é hicieran imposible toda vacilación para lo futuro; pero insistir, como se hizo luego, y aun se quiere hacer hoy, en los mismos errores antiguos, sin atender á las voces de la razón, disipadoras de las leyendas forjadas por la sutileza, sustentadas en meras declamaciones, es ya, más que extraño, injusto é incomprensible.

Porque la Crítica no es un juego de palabras que para nada sirve, ni indagación y apreciación de sucesos que nada valen ni significan. Por el contrario, es examen reposado de lo dudoso, que averigua la verdad para general enseñanza; labor bendita de la inteligencia que lleva puesta la mira en la depuración de los hechos para triunfo de lo justo, luz del juicio, guía de la prudencia, satisfacción de la rectitud, premio del trabajo, corona del acierto. Sólo un desconocimiento absoluto de los hechos ó una falta de consideración á los dictámenes de la Crítica han podido resucitar sofismas antiguos respecto de asuntos ya pasados en autoridad de cosa juzgada.



Fachada de la Universidad.

Debe recordarse, para alabanza de los literatos que con sus diligencias contribuyeron á la indagación y publicación de noticias referentes á la ciudad natal de Cervantes, que el erudito bibliotecario D. Juan Iriarte fué el primero que en 1748 indicó que el autor de DON QUIJOTE era de Alcalá de Henares, por haberlo leído así en una relación de 185 cautivos rescatados el año de 1580, impresa en Granada el 81, existente en la Biblioteca Real, donde se expresaba que Miguel de Cervantes era «de edad de treinta años, natural de Alcalá de Henares».

El benedictino fray Martín Sarmiento, á quien participó la nueva el Sr. Iriarte, comprobóla después leyendo la *Topografía é Historia de Argel*, del padre fray Diego de Haedo, y confirmó la opinión con observaciones propias y datos sacados de las obras de Cervantes. Coadyuvaron á dilucidar el asunto, obteniendo ó publicando copias de la partida de bautismo, los eruditos Martínez Pingarrón, Montiano y Luyando, D. Josef Miguel de Flórez y D. Juan Antonio Pellicer.

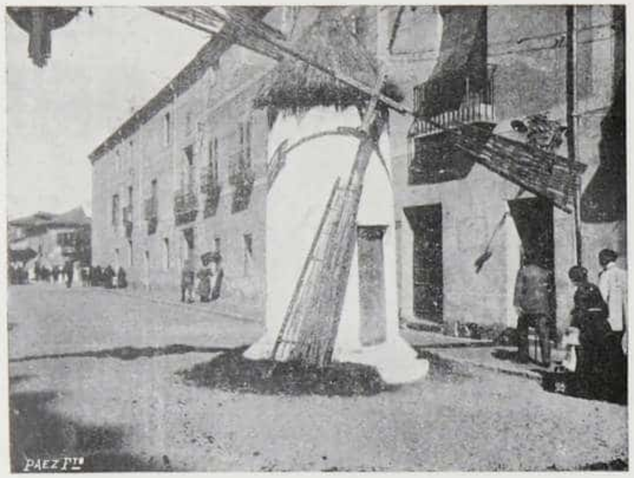
Las dudas que se suscitaron sobre la verdadera patria de Cervantes por haber parecido la partida de nacimiento de un Miguel de Cervantes Saavedra y López, de Alcázar de San Juan, retardaron por algún tiempo todavía el triunfo de la verdad; pero el descubrimiento de las partidas de rescate de Cervantes en el archivo de la Orden de la redención por indicaciones del señor D. Vicente de los Ríos, resolvió definitivamente el asunto en favor de Alcalá y puso término á las incertidumbres y los reparos. Este sabio literato y docto historiador de Cervantes, concluyó con todos los escrúpulos que aún pudieran abrigarse, en las *pruebas* de la *Vida* que publicó la Real Academia Española en 1870. A Ríos, siguiendo lo dicho por el padre Sarmiento, toca la gloria de haber dicho, por primera vez, la última palabra en cuestión. Todo lo que se ha escrito y sostenido después para negar que Alcalá de Henares es la patria de aquel divino Ingenio, creador del QUIJOTE, no ha tenido ni puede tener fundamento de ninguna clase.

¿Cómo es posible rechazar tantos documentos verídicos como se descubrieron, y existen publicados por Navarrete desde 1819, que confirman todos los conocidos ya desde el siglo XVIII? El interrogatorio de testigos en Argel para que declarasen sobre los actos y conducta de Cervantes mientras es-

tuvo cautivo, y el justo encomio que todos hicieron de su honradez, heroicidad y virtuosos procederes, todo comprobado y firmado, como garantía de verdad, por su evangélico libertador el padre trinitario fray Juan Gil, demuestran, sin la menor sospecha de duda, que aquel soldado ilustre, no era, no podía ser otro que el natural de Alcalá de Henares, el bautizado en la parroquia de Santa María por el bachiller Serrano el 9 de Octubre de 1547, el hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, el autor del QUIJOTE y de tantas obras inmortales.

Pero, para mayor confirmación de todo lo descubierto en tiempos pasados, aun en nuestros mismos días la investigación discreta y afortunada del más insigne de los cervantistas contemporáneos, el sabio sacerdote y archivero Don Cristóbal Pérez Pastor, ha aportado datos valiosísimos, que ponen el sello de la verdad más depurada sobre lo que ya era conocido y aceptado por los críticos españoles y extranjeros, sin posible discrepancia ni discusión.

LA PROCESIÓN CÍVICA



Un detalle del arco levantado por el regimiento de Wad-Rás

Llega Cervantes, señores, ya rescatado, á Denia, y desde allí escribe en seguida á su padre y familia, anunciándole su próximo regreso á Madrid. Era esto en Noviembre de 1580. A principios de Diciembre ya está en el seno del amado hogar. El día 18 escribe Cervantes una petición, toda de su puño y letra, que dirige al corregidor de Madrid, en que confirma de nuevo lo que ya sabíamos por tantos documentos irrecusables; esto es, que era *natural de Alcalá de Henares*. Oigámosle:

«Ilustre señor: Miguel de Cervantes, *natural de Alcalá de Henares*, residente en esta corte, digo: que á mi derecho conviene probar y averiguar con información de testigos, de cómo yo he estado cautivo en la ciudad de Argel, y cómo soy rescatado, y lo que costó mi rescate, y lo que quedé á deber de él, y cómo yo salí á pagarlo á cierto tiempo. A vuestra merced (el corregidor de Madrid) pido y suplico mande que los testigos que presentare, se examinen al tenor de este pedimento; y lo que dijeren y depusieren, escrito en limpio, en pública forma, en manera que haga fe, me lo mande dar para en guarda de mi derecho. Pido justicia, y para lo cual, etc.—*Miguel de Cervantes*.—Madrid, 18 Diciembre de 1580.» (1)

Hasta el último paralojismo de que se había echado mano por los ignorantes defensores de lo absurdo, para negar autenticidad á la partida de bautismo de Alcalá de Henares, respecto de no constar expresamente en ella el segundo apellido, ha quedado también destruído por completo. El mismo Sr. Pérez Pastor ha descubierto otro documento (2) que se inserta en su inestimable colección, por el cual se sabe que el padre de Miguel fué licenciado (en Cirugía, según documento hallado por Rodríguez Marín), y se llamaba *Rodrigo Cervantes Saavedra*. Confiésalo así, terminante, su propia hija, y hermana menor de Miguel, doña Magdalena. Queda perfectamente aclarado, por este nuevo definitivo dato, que Miguel de Cervantes Saavedra adoptó y usó, como particular la mayor parte de las veces, y como escritor siempre, los dos apellidos paternos, cosa muy frecuente en aquella época y aun en nuestros mismos días.

Inútil, pues, será para siempre en lo futuro, que se pretenda negar verdades que la erudición tiene suficientemente discutidas y dilucidadas, y que ha fallado ya la crítica con unánime y suprema confirmación.

(1) Este importantísimo documento está publicado, desde 1897, por el señor Pérez Pastor en el primer tomo de sus *Documentos cervantinos*, (Madrid Fortanet), páginas 65, 68. El original se conserva en el Archivo de protocolos de Madrid. Protocolo de Rodrigo de Vera, año de 1580, folio 133).

(2) Páginas 135-37 del citado tomo. Existe el original en el Archivo de protocolos de Madrid: Protocolo de Martín de Urraca, año de 1599.

Hay que decirlo y proclamarlo así en en este día de la universal glorificación del genio en la misma ciudad del Henares, que fué su indiscutible cuna.

¡Gloria á Cervantes! ¡Gloria á Alcalá de Henares! ¡Gloria á la causa triunfante de la verdad!

Permitidme, para concluir, señores, que reclame todavía de vuestra bondad un momento de atención, pues habrá de seros gratísimo.

El Dr. Fastenrath, ese ilustre hispanófilo alemán, acaba de ser el mantenedor entusiasta en los juegos florales que se han efectuado en Colonia, los días 8 y 9 del presente mes, para tributar sendos homenajes de admiración á Schiller y Cervantes, uniendo con fraternales cariños los dos centenarios, el tercero de la aparición del QUIJOTE y el primero de la muerte del gran poeta germano, á quien tanto se admira también en España.

Pues bien; ese sabio extranjero, ese admirador ferviente de nuestra literatura y de España ha querido asociarse á este grandioso acto literario que Alcalá de Henares celebra en honor de su adorado hijo; y, en su nombre y en el de 48 esclarecidos literatos, poetas y periodistas austriacos y alemanes, amigos suyos, me autoriza—con alta honra mía—para que os lo exprese así, y os manifieste que, no pudiendo hallarse presente á la glorificación de Cervantes, quiere él y quieren todos, que conste su más profunda admiración al imperecedero creador del QUIJOTE, y envían el testimonio de su amor á la bella ciudad del Henares, cuna del genio universal (1).

«En todos los pueblos cultos del mundo—me dice Fastenrath—resuenan hoy dos gritos santos de inmenso júbilo, repetidos con fervoroso cariño por muchos millones de personas, que unen, con perfecta confraternidad de sentir, todos los corazones y pensamientos amantes de la Belleza, la Verdad y la Justicia, sin distinción de nacionalidades ni creencias.

¡Viva Cervantes!

¡Viva España!»

En Alcalá de Henares, á 11 de Mayo de 1905.

RAMÓN LEÓN MÁINEZ.

(1) Es de gran significación para Alcalá de Henares el expresivo saludo del Dr. Fastenrath y sus dignos compañeros, porque revela el profundo amor con que se estudia en la sabia Alemania todo lo referente á Cervantes, y la perfecta convicción que todos tienen de ser Alcalá la ciudad natal del Príncipe de los ingenios españoles.

Fastenrath no es sólo el ilustre escritor de Alemania que admira de todo corazón á nuestra patria. Es también un esclarecido polígrafo y crítico, de universal renombre, que posee el idioma castellano con singular perfección, y ha escrito en él, con florido estilo y castizo lenguaje, varios hermosos libros, especialmente su *Walhalla* y las *Glorias de Alemania* (seis tomos en 8.°, impresos y publicados en Madrid), donde demuestra el exquisito y superior conocimiento que tiene de nuestra historia y literatura. Reciba nuestro agradecimiento del alma.

DISCURSO
DE DON FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

SEÑORAS, SEÑORES:

«El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve «y tengo» á esta alma madre de la cultura española que se llama la Universidad complutense, tienen y atan mi discurso en términos, que sólo breves palabras podré deciros para responder á la obligación en que me habéis puesto con vuestra cortesía.

Venimos hoy á Alcalá de Henares á honrarnos conmemorando la gloria más alta de las letras españolas, creada por el alcalaíno más ilustre. Pues bien; á los que habéis venido de fuera, como yo, os ruego, ya que para aconsejaros no tengo autoridad, que no olvidéis el camino de Alcalá de Henares; que á esta insigne ciudad retornéis siempre que notéis desfallecimientos ó flaquezas en vuestro sentir patrio, motivados por tantas y tantas causas de descontento como á cada paso nos aquejan en España, por culpas, principalmente, ajenas al fondo bondadoso de nuestro carácter y temperamento. Volved, en tales casos de apuro, á Alcalá de Henares, á Toledo, á Segovia, á los viejos asilos de la energía española y del castizo valer, á estos nobles *almarios* de la patria, y os sentiréis reconfortados y valerosos para seguir luchando con vuestros propios decaimientos.

Está por hacer la peregrinación á los lugares donde resplandeció lo mejor de la raza. Tal vez no se hará en muchos siglos, porque seguirá sucediendo lo que hoy, que para ir, por ejemplo, á Yuste, hace falta poseer el valor de Carlos V. Pero si algún día llega á hacerse este itinerario de los idealismos patrióticos, una de sus primeras estaciones, tal vez la primera, será Alcalá de Henares, solar de la vieja alegría castellana, que ya hace tiempo huyó de nuestros labios, porque antes había emigrado de nuestros corazones, donde habita la tristeza de las casas grandes venidas á menos.

Y no penséis que digo al acaso esto de que sea Alcalá de Henares un lugar de apacibilidad risueña, un albergue de castiza jocundidad; no. Alcalá de Henares hoy es, y fué siempre, la más alegre de las ciudades añejas castellanas. Ni tiene el imponente pedestal de rocas en que Toledo, la Imperial, se asienta; ni la temerosa loriga de murallas en que Ávila se envuelve; ni la alameda cimera del Alcázar, con que aparece tocada Segovia. Alcalá es llana, sencilla; su caserío brota de la tierra como un trigal

cargado de fecundas espigas; sus calles son llanas y rectas, sin escondrijos medrosos, sin recovecos donde el misterio anide, como en los callejones de Toledo, sin hendeduras como éstos, en donde retumben de noche los pasos como ruidos del otro mundo, sin esos grandes paredones pardos y fríos que en algunas calles de Ávila nos producen la impresión de tapias de mansiones infernales, sin esas cuestas terribles que amargan el humor y destrozan los pulmones de los viejos hidalgos de Segovia y de Cuenca; no. Alcalá de Henares toda es clara, alegre, urbana; y para no desmentir esta su tradición, ni siquiera en las páginas tétricas y sangrientas del Martirologio cristiano, sus santos tutelares son dos niños, Justo y Pastor, que, coronados de rosas, y entonando cánticos de juventud y de esperanza, marcharon á la muerte, graciosos y delicados, llenos de inocente regocijo, tal como los pintó su inmortal paisano Cervantes en los dos niños mártires Juanico y Francisquito, que aparecen en *Los baños de Argel*.

Por este privilegio y don de un cielo claro, de su riente llanura fértil, de la histórica bondad de sus ciudadanos, Alcalá de Henares tuvo el poder de humanizar la austeridad franciscana del ceniciento fray Francisco Ximénez de Cisneros, y este hombre ó superhombre gris, que en los tortuosos callejones del barrio de Segovia, en Madrid, apostaba las tropas, que *eran sus poderes*, y en el tristísimo pueblo de Illescas fundaba un edificio triste, triste, triste como la Caridad, aquí en Alcalá de Henares dejaba explayarse y alegrarse su alma calculadora de político sagaz, el mayor que España haya criado, y, al fundar esta Universidad, abría una ventana, por donde llegasen á inundar y esclarecer los cerebros españoles la ardiente luz de Italia, la clara luz de Grecia. Y así, obedeciendo al propósito de Cisneros, ó quizás sin obedecer á otra cosa que al impulso de la fecunda Naturaleza circundante, no fué esta Universidad, como lo era la de Salamanca en los siglos XVI y XVII, una vivera ó seminario de escuetos lógicos, ni de pálidos y ergotizantes metafísicos tomistas ó escotistas, sino un recinto en donde se recogía y se hacía resonar los ecos de las voces antiguas, que los clásicos latinos y los griegos, para consuelo de la humanidad doliente y melancólica, nos dejaran en sus poemas y en sus discursos. Esta fué una Universidad esencialmente humanitaria y, por tanto, humana, es decir, alegre, soleada, simpática, donde el ingenio lucía y el trabajo se hacía llevadero; y, en prueba de esto, decidme: ¿qué obra puede presentar Salamanca como resultado complejo y armónico de los esfuerzos de profesores y discípulos, de la potencia universitaria, que compararse pueda con la inmortal *Biblia Poliglota Complutense*? Pero no es ésta sazón oportuna para renovar la vieja competencia, mejor diré la gloriosa emulación, entre las dos Universidades. Salamanca (ya lo he dicho en otro lugar) llegó á ser la Universidad aristocrática, escuela de finura y de distinción social; Alcalá fué la Universidad trabajadora, infatigable, escuela de la aristocracia científica. ¿Queréis una diferencia más clara? Salamanca rechazó á Colón por orgullo; sus doctores, encaramados en su autoridad docrinal como un grande de España en los blasones de sus abuelos, no podían admitir que un extranjero pobre, vagabundo, roto y hasta feo de cara, como decía el gran Cánovas, hablando de este asunto, supiese más que ellos.

Alcalá hubiera rechazado también á Cristóbal Colón; pero, de fijo, no lo habría hecho por altivez y orgullo, sino porque hija de Cisneros y, como él, conocedora de la Humanidad, hubiera adivinado los grandes males que á España habían de seguirse en cuanto apartara los ojos de la vecina costa de África para espaciarlos por el Océano y dirigirlos á la desconocida y lejana América.

Pero, huyamos de divagaciones y fijemos cómo una feliz casualidad, que designio providencial parece, ó resultado de estas gratas y amables condiciones del temperamento y del clima alcalaíno, hace nacer en este bendito y dichoso pueblo á los dos más grandes creadores de alegría y de vida en la Edad Media y en la Moderna: al inmortal Juan Ruiz, arcipreste de Hita, autor del *Libro de buen amor*, y al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, autor del QUIJOTE.

El *Libro de buen amor* es en la Edad Media lo mismo que el QUIJOTE en la Moderna. El arcipreste de Hita no supo ni pudo crear, ni nadie en su época era capaz de hacerlo, un personaje de la representación ideal de Don Quijote ni de su noble abolengo humano, que le emparienta aquí con Aquiles, allá con Sócrates; pero el arcipreste poseyó como Cervantes, y sólo como él, todos los secretos de la realidad y de la idealidad de su tiempo, recorrió todas las clases sociales, subió hasta lo más alto en sus Gozos y cantares á Santa María y en su relato de la Pasión de Jesucristo, y descendió hasta lo más bajo y terrero en las cantigas de Serrana, en los llantos y lamentaciones de los clérigos de Talavera; pintó como Cervantes, y no mejor ni peor que él, todas las pasiones altas y bajas que encendían los corazones en su tiempo, y presentó, también

como él, un cuadro acabado, pintoresco, vibrante, de lo que entonces se llamaba pecados y virtudes, en suma, de los grandes móviles humanos que para el arcipreste no son sino dos, el Amor y el Hombre, ó como él dice groseramente, escudándose con el texto de Aristóteles: la *mantenencia* y el *juntamiento con fembra placentera*.

Juan Ruiz es el necesario, el indispensable antecesor de Miguel de Cervantes. Por no estudiar, por no comprender bien á fondo á Juan Ruiz, se han dicho acerca de Cervantes tantas simplezas y tonterías. Todo se liga, todo se suelda en la Historia, y por el parentesco espiritual entre Juan Ruiz y Cervantes—tan grande, que en este lugar de sus nacimientos podemos decir que el arcipreste de Hita fué el Cervantes de la Edad Media—, se explican muchas cosas que no podemos declarar aquí; y la clave, ó una de las claves de estas cosas, nos la da este tranquilo, este alegre pueblo de Alcalá de Henares que, sin duda, fué siempre culto y decidido, y miró hacia los focos de la cultura humana antes de tener Universidad, pues si el espíritu de Cervantes se adobó y afinó en la corte de Roma, en la corte de Roma estuvo también el arcipreste de Hita, y allí vió cómo por la villana pecunia se dirigía, se manejaba, se engatusaba y se gobernaba á la Humanidad, y aprendió á considerarla como una manada de carneros que siguen al engaño de la cencerra delantera ó huyen al silbo de las hondas pastoriles; lo cual había de aprender y comprender siglos más tarde vuestro Ingenioso Hidalgo Miguel, al cruzar, en pos de monseñor Julio Aquaviva, las galerías y las suntuosas salas del Vaticano Juan Ruiz y Miguel de Cervantes, estos dos inmortales complutenses, son dos españoles de los que volvían la mirada al Oriente bienhechor, de los que recibían en sus ojos abiertos la luz de la madre Italia. ¿Queréis ver clara la diferencia entre el uno y el otro, como ya habéis notado su semejanza?

LA PROCESIÓN CÍVICA

El Ayuntamiento precedido de maceros y del estandarte de la ciudad.

La diferencia os la da, no sólo la diversidad de los tiempos, sino más aún la de los lugares recorridos. Cervantes no se contentó con ir á Italia, ni con vivir en la paz y el reposo del Vaticano, entre las intrigas y pequeñeces pontificales y cardenalicias. Cervantes salió, además, de Italia, lo que no hizo el arcipreste, y no fué como él eclesiástico, sino que fué soldado. Y siendo soldado Cervantes pasó á Grecia, oyó la lengua de Homero, recorrió los homéricos lugares, aspiró las brisas del mar Jónico, que ensancharon los robustos pulmones del prudente Ulises; aprendió en la escuela de la navegación y en la de la guerra naval, en Corfú y en Lepanto, la lección del sufrimiento y la de la osadía y la del heroísmo, y

LA PROCESIÓN CÍVICA

Comisión de la Diputación provincial de Madrid.

después fué cautivo, y por último, fué mártir.

Juan Ruiz, el primer Cervantes alcalaíno, era cura; no conocía la belleza de la *Iliada*, que en su pobre siglo no se había aún hecho asequible á todos; no era soldado, ni héroe, ni mártir; no había estado en Grecia... y, sin embargo, ¡vedlo, notadlo, qué milagro parece! ¿Cuál no será la fecundidad de esta apretada tierra alcalaína y cuán grande no sería el genio de vuestro poeta Juan Ruiz, quien, á pesar de que en su tiempo no pudo contemplar las grandes visiones heroicas que llenaron el alma de Cervantes, ni pasó en los sucesos de su vida los linderos de una cotidiana y monótona vulgaridad, formó un concepto general del mundo y de los hombres no muy apartado ni muy inferior al que Cervantes, con su genial serenidad, que helénica parece, expuso y practicó en sus obras? Imaginad á Cervantes sin heroismo, revestidle de un hábito eclesiástico, hacedle andar tan sólo entre estudiantes y ciegos, entre judías y troteras, entre doña Garoza y doña Endrina, la viuda rica de Calatayud, y concebirá á Sancho Panza y á Sansón Carrasco, al cura y al barbero, á Maritornes y á Tomé Cecial, pero no engendrará ni parirá á Don Quijote.

Juan Ruiz fué hombre de pensamiento y de acción chica; Cervantes, hombre de acción grande.

Para probarlo es menester fijarse más en sus hechos que en sus dichos y escritos.

Toda la historia de España puede reducirse á un largo combate entre el hecho exterior, que cría abundante prole de otros hechos y con su fecundidad engrandece los ánimos, y el hecho interior, la acción ideológica, tácita, sombría, recoleta, célibe, estéril, por tanto, la cual tiende á atrofiar el carácter, á escuchimizar el cuerpo, á engurruñir el corazón, dejándole como higo paso. El primero de estos dos impulsos arranca del terral extremeño ó castellano á los conquistadores de América, á los vencedores de Lepanto, á los saqueadores de Roma; el segundo, á los conquistadores del espiritual y secreto reino de Dios, á los vencedores del demonio, á los saqueadores y destrozadores impíos de todas las apacibles bellezas del mundo. Los arquetipos ó superhombres, hijos de estas dos explosiones de la energía española, pueden ser muchos; imaginemos como hombre de acción á Gonzalo de Córdoba, á Hernán Cortés, á D. Juan de Austria; representemos la contemplación ó la acción ideológica y mística en fray Juan de los Angeles, en el beato Juan de Avila, en el angélico San Juan de la Cruz.

Los dos arranques tienen el mismo punto de origen. España, desde los fenicios y los griegos, fué un país conquistado y le llega la hora de ser conquistador: ésta es una humana é ineluctable necesidad. Y como el ser un país conquistado le duró muchos siglos, al rehacerse y meterse á conquistador, no le basta para sus alientos el mundo conocido, y allá se lanza á buscar nuevos mundos de tierra en las carabelas colombinas, y soñados mundos ideales en los buques fantasmas que los místicos y los ascéticos pilotean *por mares nunca de antes navegados*, como dijo el nauta y poeta portugués.

Esta es la causa de la grandeza y de la decadencia española, tan juntas, por cierto, que es difícil marcar dónde la una acaba y la otra principia.

Bien sabe la América española esto: que la acción violenta, brutal, ignara, de los conquistadores resultó infecunda por falta de jugo ideal que la ablandara y templase. Bien sabe España lo otro: qué estéril resultó asimismo la ideación y la contemplación de los místicos por no acompañarla con hechos vibrantes, sangrantes, dolientes, vivientes. La fortaleza de este gran pueblo, se bifurcó y divergió desde que terminaron sus rencillas caseras. En la familia, mal avenida, que los Reyes Católicos lograron apaciguar y juntar bajo un techo, había dos hijos; y ninguno de los dos quiso vivir laboriosa y arreglada vida en la casa paterna; el uno se metió á soldado, cruzó el Océano, murió en la pelea; el otro se hizo fraile, se hundió en su celda, ó se perdió entre los negros ó pardos hábitos de la comunidad y de nada sirvió á la familia ni á la casa, miembro amputado ó cuerpo muerto *perinde ac cadáver*.

En el instante mismo en que esta honda rajadura hendió el espíritu de España, dos ojos sagaces la avizoraron: los del Caballero de Loyola, quien pensó que una milicia religiosa ó un ascetismo andantesco podrían encauzar por el mismo álveo la acción conqnistadora de los mundos terrestres y la de los mundos interiores. Por desgracia, el acero cortante, pero frío, de Ignacio, no era el arma flamígera del Arcángel, caballero de la Ardiente Espada. Le faltó al grande hombre lo que guía los mundos y dirige á los seres: el amor. Y de ahí que los hijos y las obras de Ignacio parezcan y sean como esos hijos de marido y mujer parientes, frutos engendrados por la conveniencia y el interés de la familia, no por la natural pasión: pobres criaturas enfermizas, anémicas ó anquilosadas, sostenidas por la fiebre.

Amor le sobró, en cambio, á Teresa de Jesús y desmayáronle las fuerzas, como mujer, al fin y al cabo. Así como el hombre de Loyola pudo ser y no fué, por falta de amor, el tipo de superhombre de España, así, por sobra de amor y por flaqueza femenil que le inducía á desparramar en hechos pequeñitos su actividad, la quijotesca mujer de Avila nos dejó sin resolver y medio esbozado el problema de la constitución del alma femenina española, y así proseguimos los tristes hombres de este lúgubre país, enamorándonos de féminas criadas para monjas, que suelen hacernos la vida imposible, al confundir el hogar propio con las *Moradas* y la casa de sus maridos, con el *Castillo interior* de la santa, en el cual, por cierto, jamás reina la infantil alegría que en él puso su creadora.

Ni San Ignacio, ni Santa Teresa, con ser quienes fueron, bastaron á juntar, á casar de un modo fuerte y provechoso, las dos grandes energías conquistadoras de España; es decir, á virilizar la idea con el hecho y á enternecer la aspereza y brutalidad del hecho y á iluminarle y engrandecerle con el brillo de la idea. Divergentes las dos fuerzas ó, mejor, centrífuga la de los conquistadores materiales y centrípeta la de los espirituales conquistadores, la primera huyó á las Indias, al Mediterráneo, á Flandes, á Alemania, se ejerció de una manera desordenada, feroz, improductiva al cabo: la segunda quedó aquí, en la Península, horadando tabiques, zapando cimientos, alzando teja vanas—como el diablillo de D. Cleofás—atenta principalmente á penetrar en la casa, porque el demonio de la casa y de la familia, y, dentro de ellas, el recatado y obscuro rincón de la conciencia, era lo que buscaba como albergue y manida. Dentro de la mansión, cerró las ventanas y las puertas; dentro del individuo, cerró las orejas y los ojos y le dejó la boca entreabierta y un delgado hilo de voz para convertir los flatos en dogmas y los histerismos agenciados por el ayuno y la vigilia, en verdades inconcusas, cuya negación llevaba á la hoguera. Desde entonces, ciegos y sordos, faldados en nuestra obscuridad para la acción exterior, hemos vivido años y años, empobrecidos en el goteroso caserón, hasta que las ventanas se abrieron al empuje del huracán y las orejas acertaron á saber que no era el propio zumbido de un desmayo, sino el rumor de la actividad ajena lo que sonaba.

D. Francisco Huerta
Director de «El Eco Complutense.»

Asistió Miguel de Cervantes Saavedra al momento de mayor interés en la lucha. Nacido en la sazón crítica en que el César Carlos V derrotaba á los hombres de acción y no se dejaba derrotar ni conducir por los hombres de idea, alcanzó Miguel, como soldado, á seguir las gloriosas é invictas banderas de D. Juan de Austria, el más ilustre hombre de acción que hubo en su tiempo. Enamorado, desde muy niño del hecho vibrador, sanguíneo, caliente; entrevista por él á los veinte años la gloria literaria, pues él llevó con gran aplauso la voz de la juventud intelectual madrileña en la muerte de doña Isabel de Valois, la garrida reina blanca, Cervantes despreció lo dicho y lo escrito, pasó á Italia con monseñor Julio Aquaviva, pisó el Vaticano, y, en cuanto supo que se preparaba una acción grandiosa é importante, se alistó como soldado. Lepanto (cien veces lo dice) fué el día más glorioso de su vida: era un hecho grande, representativo, hermoso; un hecho preñado de una idea. Con calentura estaba Cervantes, y el hecho le fascinó, le alzó de la cama, le arrojó á la memorable heroicidad que todos sabemos. Superhombre de la acción fué desde Lepanto: de la idea después. Al día siguiente de Lepanto, con el pecho herido y la mano destrozada, Cervantes conoció cómo se había ya ensañado la lucha. Don Juan de Austria personificaba la acción, su hermano, el rey D. Felipe II, la idea quieta, silenciosa, contemplativa, que estaba ya labrándose su albergue, el Escorial, la más rica, la más fría, la más gris, la más oculta madriguera de pensares estáticos que los hombres construyeron. No marchaban acordes en realidad D. Juan y Don Felipe. En Mesina, en Nápoles, en Túnez y en la Goleta, en las inútiles campañas y en los descansos estériles que á Lepanto siguieron, lo vió claro Cervantes.

Con febril interés seguía el humilde soldado aquel sordo combate. La sangre le hervía á D. Juan en Lepanto y en la Goleta: la misma sangre, del mismo padre salida, se le helaba á D. Felipe en el Escorial. El ardiente Mediterráneo y el canoso Guadarrama eran los dos teatros de la lucha. No tardó Cervantes más de cinco años en persuadirse de que la acción llevaría la peor parte: de que el Escorial vencería. Manco y desengañado, torna á la corte, cuando la acción se ofrece de nuevo á sus ojos; una acción desordenada, salvaje, cruel, pero vigorosa y

temible. Son los piratas argelinos que asaltan la galera *Sol* y cautivan á Cervantes.

El cautiverio de Argel hace despertar las energías, un poco laxas ya, de nuestro grande hombre. Tiranizado, aherrojado y maltrecho por los piratas argelinos y turcos, Miguel reconoce en ellos unos maravillosos hombres, cuya valentía y decisión se pierden estúpidamente en servir á miserables codicias. Argel es un hervidero de acciones violentas y desaforadas, de arrestos heroicos que para nada grande sirven. Con la cadena al pie, con el pie de amigo al cuello, Cervantes comprende que á tan revueltas y desmandadas acciones se hace preciso oponer una más grande, heroica, que de ellas triunfe. Y en Argel es donde Cervantes muestra, mejor que en ningún otro lugar ni ocasión de su vida, el temple de su alma. Allí es donde un día y otro, en sus repetidos, en sus locos intentos de fuga, sereno, grandioso, audaz, se nos presenta como perfecto dechado del hombre de acción, en quien tanto como la inteligencia vale y puede la osadía. Releed las relaciones del cautiverio de Cervantes, y, principalmente lo que escribió él mismo, lo que notó el padre Haedo, y se os arrugará la frente y el corazón, al considerar tanta fortaleza y virilidad derrochadas en una acción personal, particularísima, cuando en obras mayores y de universal interés hacían falta.

En sus horas de cautiverio, largas y tristes, no se abate el ánimo de este grande hombre, ni se entrega á estériles quejumbres. La contemplación le dicta hermosos versos místicos, en los cuales no se ha fijado, ciertamente, la crítica; pero la acción le posee y le arrebata. No procura salvarse él solo, ni trata únicamente de escapar con unos cuantos: quiere que Argel sea de España, propone al gobernador de Orán alzarse con Argel, escribe á Mateo Vázquez de Leca los inmortales tercetos de su epístola, exci tando á Felipe II para que realice una expedición á la plaza, con lo que desinfestará aquel nido de corsarios, tarasca de los mediterráneos navegantes. No le hacen caso ni el militar ni el rey, pero él no se da por vencido en la acción.

Libre del cautiverio, vuelve á la corte; versos y propósitos literarios, ¿quién lo duda?, lleva en el magín; mas lo primero que le ocupa es buscar algo en que pueda mostrarse como hombre dispuesto, ágil, dúctil, servicial, y en cuanto llega á la corte recibe una comisión secreta para Orán, la cual desempeña en breve tiempo. Sana alegría llena su ánimo al ver de nuevo la acción encumbrada y triunfante. El rey D. Felipe está en Portugal: la acción y el pensamiento le acompañan y le siguen. El pensamiento se llama D. Cristóbal de Moura, marqués de Castel Rodrigo; la acción se apellida D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba. Un hombre raro, un hombre peregrino, que es al propio tiempo varón reflexivo y varón altivo, el nunca bastante alabado D. Alvaro de Bazán, está preparando sus buques para el ataque á la Tercera. Triunfa D. Alvaro, la acción triunfa, Cervantes canta, ríe y exulta de regocijo.

Corta tregua se concede á sí mismo, para dar lugar á unos amores tumultuosos y rápidos con Ana Franca, madre de su hija natural doña Isabel de Saavedra. Poco después Cervantes se casa en Esquivias con la señora doña Catalina de Lacasar Palacios y Vosmediano. Miguel puede vivir atunguerado como un terrateniente de Esquivias, cultivando sus majuelos y forjando comedias como *El trato de Argel* ó la *Numancia*, y novelas pastoriles como *La Galatea*. El nombre de Cervantes ya es conocido y estimado como el de un gran poeta. Pero la quietud del propietario, la calma del forjador de ficciones le parecen ociosidad punible y candonguería indisculpable. Ya viejo lo declara en el prólogo de sus comedias: *tuve otras cosas en qué* ocuparme. Y movido por su amor á la acción abandona la holgura de su casa y el descanso de las letras, se lanza al camino, á la posada, al incidente imprevisto, al vivir inquieto, á la aventura que entonces surgía siempre sin que fuera necesario ir en su busca.

Desde 1585 á 1603, Cervantes no es más que hombre de acción: comisario del procurador de la Armada primeramente, después cobrador de atrasos de tercias y alcabalas: en este tiempo va, viene, agencia, procura. Los hechos se atropellan y enredan sin cesar ante su vista: en hechos basa y funda sus raciocinios. La trama del vivir se le aparece clara. No sobrepone y encabalga la idea en la acción como este ó aquel filósofo, quienes olvidan que la idea es malísima albarda y el hecho detestable rocín para sufrirla, sino que educe y extrae del hecho la idea, su jugo.

Mientras andaba de pueblo en pueblo sacando trigo y aceite, Cervantes presencia los preparativos y el último combate de España contra la acción que se le escapaba, que le volvió grupas definitivamente: y no huyó la acción por el Mediterráneo, sino por el Océano, y el que la organizó, la encauzó y enseñó á todo un pueblo á aprovecharla y dirigirla con fruto para engrandecerse, hombre de acción pura fué; pero de acción paciente, reflexiva, ordenada, autoritaria. Era un pirata más bravo que Barbarroja, más inteligente que todos cuantos surcaron los mares. Su nombre aún sirve de coco en las aldeas más recónditas de España: se llamaba Sir Francisco Drake.

En el desastre de la Invencible, aprendió Cervantes lo que le quedaba por aprender como hombre de acción. Habíamos comenzado los españoles á poner motes sonoros á las cosas vacuas, á pagarnos de la apariencia, á teorizar y teologizar sobre todo. La Armada Invencible fué como los ejércitos de ovejas y los gigantes molinos de viento que veía Don Quijote.

LA PROCESIÓN CÍVICA

La estatua de Cervantes después de la procesión cívica.

(Fotografías de Rivero.)

Al hundirse en las aguas los barcos españoles, nuestro último intento de acción provechosa, agresiva, feneció. Desde entonces vivimos á la defensiva, en una acción que más parece pasión. Sólo entonces llegó Cervantes á convencerse de que su arma era la pluma; sólo entonces comprendió que para ejercer una acción eficaz por vías de hecho era ya tarde.

La contemplación ha degenerado en modorra; la modorra se ha trocado en ensueño. Don Quijote ha requerido su viejo lanzón y ha salido al anchuroso campo de Montiel. Don Quijote es el héroe de la acción fecunda y bienhechora, siempre combatida por las malas ideas. ¡Qué placer tan grande nos causa el verle una sola vez derribar al socarra del teólogo Sansón Carrasco! ¡Qué amargura tan honda el verle derribado á su vez por el caballero de la Blanca Luna; es decir, por el mismo bachiller, eructando sentido común y discreción y sensatez y buen criterio!

En los doce últimos años de su existencia encamina Cervantes todos sus esfuerzos á la acción, tal cual á un viejo escritor compete. Produce, produce, produce incansable, inagotable, temeroso de que le falte tiempo. No creáis que el hombre de acción se ha transformado.

Su última obra, la que él más estimaba, el *Persiles*, obra de acción abundante, política y frondosa es. Cuando no concibe la vida como una batalla, la entiende y la pinta como un camino vivo. Viejo, enfermo, pobre, aún halla fuerzas en los últimos días de su vida para montar á caballo y volver desde Esquivias á Madrid. Cuatro días antes de su muerte aún arroja de su cerebro luminoso el postrer resplandor, la carta al conde de Lemos, y todavía en ella deja resquicio á la esperanza.

Miguel de Cervantes era el hombre de acción capaz de llegar donde no llegaron ni Ignacio de Loyola, ni Teresa de Jesús, á acabar con el noviazgo platónico de la idea y el hecho; con esas relaciones románticas en que él y ella han vivido siempre en nuestro país, unas veces de *monos* ó con pasajeros enojos y necias riñas; otras veces en coloquiar dulce y apasionado, pero sin reunirse nunca, sin ser amada y amado ó marido y mujer, algo fecundo y generador, sino ella en la celosía y él en la calle rondándola; noviazgo sin matrimonio, cortejo sin cópula. Miguel era el hombre de acción que hacía falta. El sino suyo y el sino de España hicieron que la acción no fuese de buena pro, ni se lograse, y Miguel murió en su lecho como Don Quijote, persuadiéndose de que la redentora acción era locura. En otros tiempos, Cervantes ó Don Quijote hubiesen muerto en la cruz, y de su sangre habrían brotado nuevos mundos de ideas y de hechos.

En los años de Felipe III tenían que morir en la cama los dos héroes. Para redimirnos, para engrandecernos, amemos á Don Quijote y sigamos á Cervantes. Pensemos lo que pensó el gran poeta, y como lo pensó, y cuando sea menester osemos lo que osó el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, sin vacilar ni rehilar un punto, pues sólo quien se atreve á que puedan llamarle Caballero de la Triste Figura, es digno de que le llamen el Caballero de los Leones.

Y ahora pensad y ved, ¡oh, vosotros, nobles pai-

sanos de los dos grandes hombres!, lo que produjo y crió vuestro terral prolífico. Vedlo, y esponjáos y enorgullecéos. De este pequeño pueblo de rientes calles, de añosas arboledas, de dorados trigos, salieron las dos más grandes, completas y amplias concepciones del mundo que en la literatura castellana existen. Las dos son dos grandiosas pinturas de la vida, engendradoras de alegre y confiada filosofía, la primera epicúrea, la segunda platónica. En ambas resalta y rebrinca por donde quiera un grandísimo, un opulento amor á la vida. Ambas son resúmenes de cuanto se ha pensado y sentido en dos épocas tan diferentes, al parecer, y breviarios ó compendios del sentir español puro.

Sin razón ni fundamento se os ha querido arrebatar la gloria de haber sido Alcalá de Henares la patria de Miguel de Cervantes Saavedra. Probado está ya hasta la saciedad que Cervantes fué alcalaíno, y sobre esto no cabe ni sombra de discusión; pero aún hay más y mejor. Cuando algún paradojista ó algún amante de la ficción ose poner en duda que vosotros poseéis al Cervantes autor del QUIJOTE, alzad la frente, llenáos de altivez castellana, y exclamad como el ricohombre que muestra á los incrédulos sus más fehacientes ejecutorias: «No sólo tenemos un Cervantes. Tenemos dos: el Cervantes conocido de todo el mundo y su padre Juan Ruiz, el Cervantes de la Edad Media.»

Y con dos Cervantes en vuestra ciudad, creo que bien podéis daros por satisfechos.

ALCAZAR DE SAN JUAN

ALCÁZAR de San Juan—que continúa defendiendo con simpático tesón su viejo pleito de que Cervantes viera por primera vez la luz en aquella hermosa ciudad—ha celebrado dignamente el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

La cabalgata.

Las fiestas comenzaron el 13 de Mayo. La banda de música de Campo de Criptana, que dirige don Bernardo Gómez, recorrió la población tocando marchas alegres.

El día 14 se verificó la procesión cívica. Abrían la marcha varios heraldos portadores de banderas y estandartes, en los que se veían dibujados el retrato y escudo de Cervantes y el de Alcázar de San Juan; seguían las bandas de música y representaciones del comercio, llevando estandartes de raso que ostentaban el siguiente lema: «Union Comercial», marchando después las autoridades civiles, militares y religiosas, y la Comisión de festejos.

D. Antonio Castellanos, director de la «Ilustración Manchega».

La comitiva recorrió las calles de Castelar, Marina, Risa, plaza de Cervantes y calle de San Juan, dirigiéndose á la parroquia de Santa María, donde se celebró una solemne función religiosa, en la que el director del colegio de Daimiel, señor Castillo, pronunció una elocuente oración enalteciendo la gran figura literaria de Cervantes.

Terminada la ceremonia religiosa se procedió al acto de descubrir la lápida, colocada en la capilla donde se supone que fué bautizado Cervantes, en la que figura la siguiente inscripción:

«Aquí fué bautizado Miguel de Cervantes Saavedra, el día 9 de Noviembre de 1558. Alcázar en el III Centenario del QUIJOTE.—MCMV.»

A las cuatro de aquella misma tarde partió de la plaza de la Constitución la cabalgata cervantina, formada por cuatro heraldos, dos caballeros andantes, Don Quijote, Sancho Panza, Dulcinea y Maritornes, pajes llevando del diestro á los caballos de sus señores, una artística carroza, en la que aparecía un tomo figurado del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, en cuya primera página se veía la ilustración de una de las aventuras del famoso caballero; tras de la carroza iban en correcta formación unos cuarenta aldeanos de ambos sexos, vestidos á la usanza del siglo XVII. Seguían las bandas de música, autoridades, Comisión de festejos y representantes de la prensa, comisión comercial, con su estandarte, y comisión del Círculo

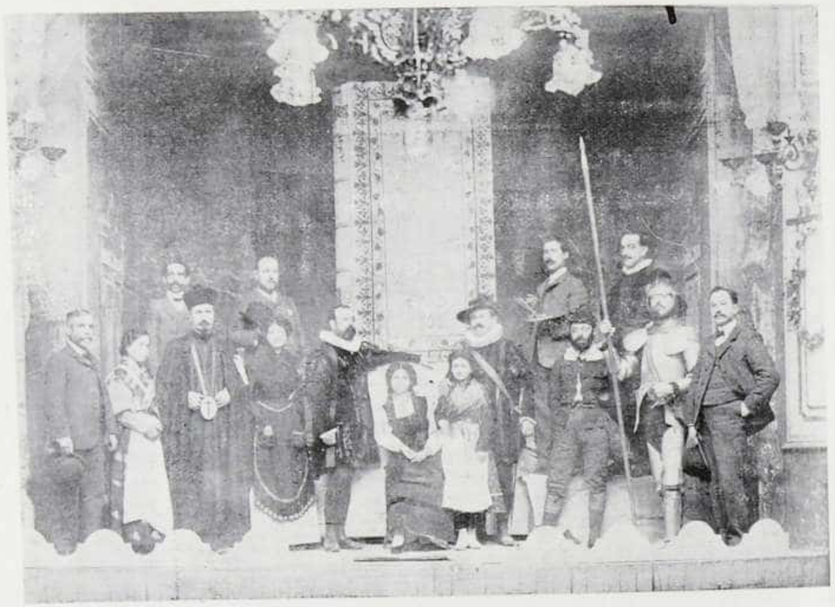
republicano local. La cabalgata desfiló ante la estatua de Cervantes, depositando en el pedestal coronas de flores naturales.

El día 15 se repartió en la plaza de Cervantes á los niños de las escuelas públicas artísticas medallas conmemorativas del Centenario. Terminado el reparto, los niños cantaron un himno á Cervantes.

A las cuatro de la tarde distribución de bonos á los pobres, con fondos de la Comisión de festejos, al propio tiempo que en la plaza de Santa Quiteria corríanse artísticas cucañas presenciadas por numeroso público.

A las nueve de la noche retreta por la banda municipal, la que ejecutó varias piezas de su repertorio en la plaza de Cervantes.

A la misma hora tuvo lugar la velada literaria en el teatro del Casino. El teatro estaba engalanado artísticamente, ocupando preferente lugar un hermoso medallón con un relieve en bronce, de Cervantes. A los dos lados del escenario habíanse colocado dos pabellones con el escudo de los Cervantes y un trofeo alegórico. De frente, un lienzo pintado por Murat, y á los lados los escudos de las Ordenes militares, y en los laterales artísticos pabellones, y por todas partes guirnaldas y ramos de flores naturales. El aspecto que el teatro presentaba era brillantísimo.



Autores y actores que tomaron parte en la velada celebrada en el Teatro del Casino en honor de Cervantes.

Dió principio la velada con una sinfonía por la aplaudida orquesta «La Cervantina», que dirige el profesor D. José Belmonte.

Después, el director de *La Ilustración Manchega*, don Antonio Castellanos, á cuyas iniciativas se debe principalmente que Alcázar haya tomado participación tan importante en las fiestas del Centenario, leyó un hermoso discurso, en el que desarrolló el siguiente tema: «La verdadera cuna de Cervantes.»

Leyéronse á continuación varios trabajos literarios enalteciendo la obra de Cervantes, representándose después, por aficionados de la localidad, *El loco de la guardilla* y el á propósito de don Julio L. Davant, *Cuestión resuelta*, que fué muy aplaudido.

La velada terminó con la lectura de dos expresivos telegramas de adhesión de los alcaldes de Consuegra y Villafranca, y de una extensa carta de S. M. el rey de felicitación al pueblo de Alcázar, y con el himno á Cervantes, letra de D. Carlos Servert, música de D. Bernardo Gómez, que fué calurosamente aplaudido por la concurrencia.

Y con esta artística velada puso fin á sus fiestas el hermoso pueblo de Alcázar de San Juan.

PROVINCIAS

ÁLAVA

Los festejos en honor de Cervantes dieron comienzo con una solemne función religiosa, en la que el M. I. Sr. Magistral D. Calixto García, pronunció una elocuente plática enalteciendo al autor del QUIJOTE, como soldado, como artista, como hombre de ciencia y como católico.

Después verificóse en el Instituto una velada literaria.

D. Julián Apráiz, notable cervantista, director del citado centro docente, pronunció un hermoso discurso historiando el origen de los Centenarios, haciendo después un juicio crítico atinadísimo del QUIJOTE.

Después, el catedrático de Psicología, Lógica, Etica y Rudimentos de Derecho, D. Eulogio Serdán, pronunció el siguiente discurso:

D. Julián Apráiz, director del Instituto general y técnico de Vitoria.

«Cervantes, ¿fué un verdadero filósofo?»

«Admitidos los vastísimos conocimientos de Cervantes en todas las esferas del humano saber, muchos de sus entusiastas admiradores—en sus deseos de popularizar el QUIJOTE—, le han considerado como botánico, geógrafo, marino, vascófilo, militar, médico, jurisconsulto, etc., etc., dando margen á la publicación de ciertas obras que vienen á ser como la crítica de los críticos, en las cuales, sus expertos autores, atentos á hacer resaltar y procurar el mayor relieve en la tendencia ó simbolismo que en sus escritos persiguen, sin intentar jamás despojarle del primero y más inapreciable de sus atributos, del de literato, respetan éste, que tan valientemente supo adquirir y que conservará por los siglos de los siglos, ínterin el INGENIOSO HIDALGO sea, como quiso su autor, «el más hermoso, el más gallardo y el más discreto de los libros».

Respetables y muy atendibles tienen que ser para nosotros las razones de tan ilustres comentaristas, autorizadas, de hoy en más, por la correcta pluma del más eminente de nuestros polígrafos, por el señor Menéndez y Pelayo, quien en su discurso contestación al Excmo. Sr. don José María Asensio y Toledo, en la solemne recepción de éste en la Real Academia Española (Madrid, 1904), se expresa así: «Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, y es inevitable que á unos parezca bacía lo que á otros el yelmo de Mambrino. Entre estas interpretaciones las hay que prueban ingenio y sagacidad en sus autores, y todas, aun las que parecen más descarriadas, son tributos y homenajes á la gloria de Cervantes. Cada cual tiene el derecho de admirar el QUIJOTE á su manera, y de razonar los fundamentos de su admiración, por muy lejanos que éstos parezcan del común sentir de la crítica y aun de la letra de la obra. Precisamente porque el QUIJOTE es obra de genio, y porque toda obra de genio sugiere más de lo que expresamente dice, son posibles esas interpretaciones que á nadie se le ocurre aplicar á las obras del talento reflexivo y de la medianía laboriosa. Todo el mundo presiente, aunque de un modo

confuso, que en la obra genial queda siempre una región incógnita, que acaso lo fué para su autor mismo; y procura con esfuerzos bien ó mal encaminados, penetrar en ella y adivinar alguno de los misterios de la concepción artística...

»Quien no tenga por suficiente gloria para Cervantes la de ser el primer novelista del mundo, un gran poeta en prosa, un admirable creador de representaciones ideales y de formas vivas, el más profundamente benévolo y humano de todos los escritores satíricos, estímele en buen hora como médico, ó jurisconsulto ó como político, y deducirá de sus obras todas las filosofías imaginables; que cada cual es dueño de leer y entender el QUIJOTE á su modo, y no han de ser los verdaderos apasionados de Cervantes los que miren con ceño tan extraño como inofensivo culto, aunque se guarden con prudencia de iniciarse en sus ritos.»

Escudados, pues, en el habilísimo razonar del Sr. Menéndez y Pelayo, fácil nos es entrar en materia, recordando ciertas palabras del famoso Sancho Panza que encajan á nuestro propósito como anillo al dedo: «¡Válate el diablo, por caballero andante que tantas cosas sabe! Yo pensaba en mi anima, que sólo podía saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada».

Tal decía el buen Sancho, hablando de la sabiduría de su amo, y, vamos á ver, si quien *picó* tan alto en poesía y supo aderezar la novela con las brillanteces de una prosa estética por nadie superada, puede ser contado en el número de los filósofos de nuestro renacimiento científico.

Así como los grandes físicos del siglo XVII, entre otros, Galileo, Descartes, Pascal, Newton, son desde luego grandes filósofos y piensan, con Descartes, que «la filosofía es un árbol cuya raíz es la metafísica y la física el tronco», de igual manera Cervantes, profundo pensador, debió considerar á la literatura como el arte de obrar sobre el hombre por medio de la palabra, como el arte de ejercer sobre él una acción potente y ordenada que le hace llegar por la verdad al buen término obligado de toda actividad libre», y aplicando su fino espíritu de observación á toda suerte de investigaciones, no le fué difícil señalar, en diversos pasajes de su obra imperecedera, atinadas y profundas máximas, dignas de la más elevada filosofía y concernientes á la práctica de la vida. Lugar preferente, entre todas, merecen á nuestro objeto, los sabios consejos dados por Don Quijote á Sancho, considerados como muy convenientes á todos los que ejercen autoridad y jurisdicción en los pueblos: «Primeramente—dice—, ¡oh hijo!, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

»Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse; de conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en la tierra... etc., etc.»

Basten, por ahora, los citados párrafos, cuya elocuencia es suficiente para admirar en Cervantes al más excelente de los moralistas y á uno de los principales precursores del psicologismo de nuestros días, ya que no sea sólo el recuerdo del *Nosce te ipsum* socrático lo que dedica á esta ciencia, por resultar de mayor empeño los reiterados propósitos que animan al protagonista de su obra para certificar su existencia y demostrar que el *yo* es el sujeto permanente, idéntico á sí mismo en la realidad de todos sus fenómenos, cuya demostración, tan palmaria como admirable, se halla en la bellísima descripción que hace Don Quijote al contar las cosas estupendas que vió en la profunda cueva de Montesinos: «Despabilé los ojos—dice—, limpiélos y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que era yo allí entonces el que soy aquí ahora.» Tan peregrina argumentación no sólo sirve para probar su existencia por la sensibilidad y la razón, sino que corrobora esta misma existencia en cuanto el *yo*, la conciencia y los hechos de la misma coexisten compenetrándose en su misma esencia.

Así discurría este insigne literato, revolucionario de las ideas, á quien el Sr. Azcárate, en su *Exposición de los sistemas filosóficos modernos*, compara con el gran Descartes, diciendo de ambos: «¡Alma elevada de Cervantes, alma elevada de Descartes! Vosotros fuisteis, aunque por distintos rumbos, las dos lumbreras del siglo XVII; ambos disipasteis las sombras que impedían el paso á la luz; ambos disteis á conocer la realidad de las cosas; ambos proclamasteis la evidencia como primer criterio de la verdad; ambos fuisteis los bienhechores de la Humanidad y poderosamente influyentes en los destinos del mundo.»

Supone bien el Sr. Azcárate al afirmar que, *aunque por distintos rumbos*, Cervantes y Descartes fueron los más esplendentes luminares del siglo XVII; éste, como genuino filósofo, no se separó de la Metafísica, considerándola como fundamento racional de todas las ciencias; mas á Cervantes sirvieron de base la Historia y la Filosofía para reunir y exponer verdades morales y consejos y preceptos que él supo ordenar y disponer con admirable acierto, colocando á unas y otros bajo la influencia de la fábula, más apta y mejor que aquellas ciencias para retratar con fidelidad y precisión las excelencias de la virtud y las deformidades del vicio, y para estimular nuestro amor ó nuestro aborrecimiento en razón de la mayor ó menor moralidad que ostenten las acciones sometidas á nuestro juicio. Admitimos, sin vacilación, que el QUIJOTE instruye y deleita al mismo tiempo; pero es innegable que, en libro tan estupendo, la diversión y el entretenimiento se hallan bajo el influjo de una fina y delicada sátira, que maneja su autor con habilidad de maestro, haciendo de su obra, mejor que un tratado filosófico, una especie de compendio de la más esmerada educación, á la que considera como la fuente de la felicidad ó desgracia de los hombres y de los Estados, ya que la urbanidad y la honradez, la buena fe y la bondad, la compasión y la beneficencia, la caridad y la justicia y cuantas virtudes sociales tienen su centro en la más sana moral, se encuentran desperdigadas aquí y acullá, esmaltando, con su inmenso valor, las páginas de obra tan extraordinaria.

D. Eulogio Serdán, catedrático del Instituto de Vitoria.

Mas admitido ya que en El QUIJOTE, así como en las demás obras de Cervantes, brillen por doquier las máximas y reflexiones de marcado sabor filosófico, ¿bastarán éstas para que nos determinemos á incluirle y afiliarle en alguna de las escuelas filosóficas de ese tiempo?

Veamos.

Dos tendencias, tan marcadas como opuestas, ofrece en nuestra patria, la Filosofía, en los albores de la Edad Moderna. El escolasticismo, representante de la tradición aristotélica, y las nuevas escuelas hijas del Renacimiento, cuyas ideas reformistas inclinábanse á la libertad del espíritu. La influencia de ambas corrientes en el ánimo de Cervantes, apenas si se nota en los escritos; pero de notarse, y esto muy embozadamente, es seguro que tendríamos que separarnos un poco del fin primordial con que se escribió el QUIJOTE, confesado por su autor en el prólogo de la primera parte, cuando dice que su libro «no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías», afirmación que robustece al terminar la segunda parte con estas palabras: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.» Como en efecto sucedió, sin que hayan vuelto á levantarse.

Admitiendo esta natural tendencia del QUIJOTE, más claro aparecerá el buen juicio y perfecto conocimiento que Cervantes tuvo del corazón humano, medios que utilizó, no sólo para desterrar los libros de caballería, sino para arrancar de raíz los innumerables vicios que corroían á la sociedad en que vivió, y á los que fustigó con la sátira y el ridículo, tratando de corregirlos y enmendarlos.

Pero como la encarnación de este libro inmortal parece estar representada en las sobresalientes figuras de Don Quijote y Sancho, cuya perfecta delineación nos da á conocer á tales personajes como tipos ideales y reales, individuales y generales, no es de extrañar que del análisis un poco meditado de semejantes protagonistas, cuyas manifestaciones abarcan la vida humana en toda su plenitud, se hayan deducido algunos razonamientos para demostrar que Cervantes aspiró á presentar frente á frente la práctica de los sistemas del idealismo místico y del sensualismo, sostenidos en los principios de la Edad Moderna por las escuelas de Florencia y Bolonia. En efecto, ¿quién no ve en Don Quijote la crítica del *idealismo* en sus varias maneras de ser, y quién no aprecia igualmente á Sancho como al *prototipo* del *positivismo* de todos los tiempos? ¿No es así como se ha juzgado de tales personajes no sólo por los intelectuales, sino por el vulgo egoísta y calculador al estilo de Sancho?

Mas admitiendo estas peregrinas aseveraciones que suprimen del realismo del QUIJOTE, la propia confesión de su autor respecto del fin que se pro-

puso; ¿cómo explicarnos que no influyeran privativamente en las teorías fundamentales de las citadas escuelas filosóficas? ¿Será porque en aquel siglo de oro de nuestras letras —según sostiene D. Federico de Castro— las diferencias entre escolásticos y antiescolásticos, místicos y sensualistas, reyes y comunidades, nobles y plebeyos, códigos y fueros, ultramontanos y regalistas, eruditos y populares, con ser marcadas y hondas, no llegan hasta fraccionar ni nuestra Iglesia, ni nuestra filosofía, ni nuestro pueblo, ni nuestro derecho ni nuestra literatura? No lo creemos, ya que el mismo señor concede al QUIJOTE los títulos de ser la obra más española y la más universal, la más popular y la más clásica, la más accesible y la más profunda, y siendo todo ello evidente, no lo es menos que ni por asomo se le ocurrió á Cervantes—por más que lo consiguiera en ocasiones—elevarse á la concepción metafísica de lo real y lo ideal.

No hay pasaje alguno en todo el QUIJOTE que así lo acredite, observándose desde el principio hasta el fin que la corrección de costumbres y el desterrar la perniciosa influencia de los libros de caballería, fueron los principales objetos que Cervantes se propuso, dejando á salvo las abstractas y obscuras lucubraciones metafísicas que hubieran atentado á la claridad de su obra, de la que fué tan cuidadoso, según sostiene al decir «que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran...»

Maltrechos quedaron, en efecto, los libros de caballería; pero al matar Cervantes el ideal literario de la Edad Media, su intuición estética le hizo respetar cuanto en ellos había de poético y de noble, satirizando lo quimérico, lo falso y lo ideal, que desapareció para no volver, al mismo tiempo que transfigurando y enalteciendo, limpiando y purificando las tendencias de los ciclos bretón y carolingio, hizo del QUIJOTE, como afirma el Sr. Menéndez y Pelayo, el último de los libros de caballería, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, á la vez que elevando las cosas de la vida familiar á la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.

Pensador profundo siempre, y analista detenido y minucioso, Cervantes resulta un gran filósofo, es cierto; pero su conocimiento del mundo, su práctica expertísima en las cosas de la vida, se aplicaron, con precisa puntualidad, á fustigar el seudo-valimiento de las novelas caballerescas colocando en la picota del ridículo á aquellos héroes á quienes príncipes y magnates prodigaban toda suerte de favores, creyendo—según opinión de D. Vicente de los Ríos—, «que de su capricho dependía la firmeza de los tronos, y que, si los descontentaban, eran capaces de reducirlos del estado de señores, al miserable de mendigos.»

De este género de filosofías se halla cuajada la obra inmortal del gran Cervantes, cuya primordial tendencia no es otra que desenmascarar las naturales inclinaciones de aquellos caballeros andantes «más propicios á adquirir renombre con aventuras injustas que á emplear sus esfuerzos en el servicio y defensa de los intereses de la patria». Razonadas deducciones de su experiencia y de su vida aventurera fueron las multiplicadas lecciones de moral que aparecen en su magistral producción: hombre sano y honrado, moldeado en el troquel de las sociedades que vivieron en las postrimerías del siglo XVI, puso de relieve su talento novelador y su humorismo como precinto exclusivo de su personalidad, sin que su espíritu de observación se detuviera en la investigación de otras razones que las pertinentes á su cometido, que supo plantear y presentar con tanto gracejo como originalidad. Tal es nuestra opinión, que tiene en su apoyo y como garantía, el párrafo final del discurso leído ante la Academia Española por el ilustre cervantista don José María Asensio y Toledo, quien, con elocuencia superior á la nuestra dice: «*No trató Cervantes, ni aun remotamente, de encerrar en su novela teoría filosófica* ó política, ni tuvo pretensiones de reforma social: y así, después de la declaración terminante puesta en boca de Sanson Carrasco, á los diez años de dada al público la *Primera parte de* EL INGENIOSO HIDALGO cuando ya toda España la conocía y la celebraba y citaba sus personajes, escribió en el *Viaje del Parnaso* al manifestar el carácter de todas sus obras:

> Yo he dado en DON QUIJOTE pasatiempo
> al pecho melancólico y mohino
> en cualquiera sazón, en todo tiempo

No hay, pues, investigador ni comentarista cervantino que pueda sostener con el menor fundamento que en el QUIJOTE campea más ó menos abierta ó embozada la lucha de idealistas y sensualistas que quiméricamente le atribuyen, ni existe tampoco quien, en el terreno filosófico, admita que EL INGENIOSO HIDALGO sea una obra de antítesis.

Antítesis hay, y sumamente notable, en los caracteres de Sancho y de Don Quijote: loco éste y mentecato ó imbécil aquél, de tales sujetos se sirvió el prodigioso talento de Miguel de Cervantes para esbozar con singular acierto el retrato de la Humanidad, que no busca en muchedumbres compactas ó abigarradas, sino en estos sencillos personajes admiración del mundo y de la crítica, que condensan á la perfección en sus delirios y necedades un común sentir, pero esta antítesis, la que convenía á la naturaleza de su peregrino escrito para procurar mayor relieve y realzar más y más el creciente interés de su fábula, es resultado de las ingeniosidades literarias de su autor, es fruto de sus peculiares conocimientos estéticos, contenidos siempre en las exigencias del buen gusto, de un sentido común tan claro como sagaz que revela con luminosa clarividencia á un autor excepcional, en quien, sus correrías y aficiones de estudiante y de soldado; su larga permanencia en Italia, donde estudió su literatura y costumbres; sus peregrinaciones y padecimientos en Argel y Portugal; su vida pobre, errante y aun vagabunda, ensanchando los vastos horizontes de su saber sólidamente cimentados por profundos conocimientos de la Biblia, de los clásicos griegos y latinos, de las leyendas caballerescas de todos los pueblos y de las incomparables producciones españolas del siglo XVI, le trocaron, no en filósofo—por más que lo fuera en ocasiones—, sino en maravilloso pintor de costumbres, en cuyo mágico arte, no necesitó ahondar en los escabrosos terrenos de la metafísica, que ninguna falta le hicieron, para que nosotros deduciéramos de la antítesis de sus personajes principales, la síntesis de su obra, tan genuina como natural, que el malogrado D. Manuel de la Revilla dice no ser otra que una gran lección moral condensada en saber «que el hombre ha de tener el idealismo noble de Don Quijote unido á la prudencia juiciosa de Sancho, pero sin la candidez irreflexiva del primero ni el egoísmo grosero del segundo».

No puede negarse que en Don Quijote reviven las almas de todos los Poemerines y Amadises, y con ellos la fuente del más sorprendente idealismo; pero dice muy bien el eminente crítico Sr. Menéndez y Pelayo, que reviven «destruyéndose á sí mismos en lo que tienen de convencionales, afirmándose en lo que tienen de eternos. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia, pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre, pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media».

Vese, por tanto, que Cervantes, estudiado en sus múltiples aptitudes y en relación con las obras que escribió, resultará siempre un poeta de mayores ó menores vuelos, y mejor que poeta, un literato erudito y sabio y más que literato un filósofo, sí, pero no al estilo de los místicos é idealistas fray Luis de León, Malón de Chaide, Santa Teresa, fray Luis de Granada, Guevara, Melchor Cano, Luis Vives, etc., sino un filósofo que representa la virtud y la austeridad, que huye y aborrece las superficialidades sociales, que se consagra de lleno á la observación y estudio de las costumbres de su tiempo, y cuando se cree con fuerzas y adquiere la convicción de que un asunto raro, extraordinario y nuevo, exornado con las galas del buen gusto y de la pureza literaria, pondrá fin á su obscuridad privada, colocándole á la cabeza de la pléyade de escritores que con él conviven, arranca—como humorista insigne, que este es, sin disputa, el mejor calificativo que á Cervantes conviene—, arranca, repito, á Don Quijote de las entrañas de su pueblo, y de la Humanidad misma, devolviéndoselo á España en forma de libro imperecedero é inmortal.

He aquí el punto de los afanes de Cervantes: un libro que desde su aparición alcanzó una fama y una popularidad sin precedentes; un libro el más comentado y reproducido de cuantos se han escrito; un libro cuya admirable y deleitosa lectura hace honor á sus profundos conocimientos literarios, expuestos, ya en las severas y sentenciosas reflexiones de Don Quijote, ya en las máximas refranescas de Sancho; un libro al que inútilmente pueden ofrecerse nuevos homenajes; un libro, como acertadamente dice el Sr. San Miguel: «único en su especie, libro de los viejos, libro de los mozos, libro de los sabios, libro de los ignorantes, libro el más conocido en toda España, en toda Europa y en todo el mundo (1), libro que hace reir y pensar, libro, en fin, que instruye y deleita al mismo tiempo. No está todavía decidido si en él vale más lo festivo que lo grave, si el personaje principal es el caballero andante ó su escudero; si los discursos de Don Quijote cuerdo son más ó menos interesantes que las locuras en que le hacen incurrir sus antiguas leyendas malhadadas. En este libro hay de todo, lo cómico y lo trágico; lo bufón y lo sublime; lo satírico y lo afectuoso; la vida de los campos como la picaresca de las clases de la sociedad más corrompida. Nunca se instruyó más proporcionando, más dulce pasatiempo.

En las locuras se aprende como en las sentencias

(1) Después de La Biblia.

el gobierno ridículo de la ínsula Barataria suministra excelentes preceptos á los más altos gobernantes. Y sobre todo, ¡qué estilo, qué copia, qué corrección, qué tesoro de armonía!»

Al llegar á este punto viene á mi memoria un dicho de Don Quijote de recomendable oportunidad: «Sé breve en tus razonamientos—dice—; que ninguno hay gustoso si es largo»; y aceptando el sano consejo, doy por terminado este insignificante trabajo, no sin insistir en la trascendencia y alcances de la hermosa fiesta que celebramos.

yor variedad y gracia en sus locuciones, más elegancia y energía en el estilo, superior novedad en sus giros, enérgica rotundidez y armonía en sus períodos, y, en fin, el encanto, galanura y primores que tanto admiramos y tanto nos seducen al recrearnos en la lectura de nuestros renombrados prosistas y poetas. ¿Debe, por tanto, hacerse algo en pro del mayor perfeccionamiento de nuestra palabra hablada y escrita?

Sí, ciertamente, y la celebración de este homenaje en honor de la obra más esplendente y magistral

Fiesta escolar celebrada en el colegio de los señores Fernández Landa.

Las agudezas, máximas y reflexiones que esmaltan á la obra monumental de Cervantes, mézclanse en todas las conversaciones de las personas de alguna cultura, acrecentando el sabor castizo de la frase y dotándolas de cierta autoridad; si así influyen en nuestro lenguaje esos que hasta cierto punto pudiéramos llamar «bordoncillos de la conversación», ¿qué no sucedería si consiguiéramos trasladar á nuestros discursos hablados y á nuestras conferencias escritas los primores filológicos que cumplan lo mismo en las obras cervantinas que en las de sus más ilustres contemporáneos?

Sucedería, sencillamente, que la hermosa habla española recobraría las sonoridades perdidas, ma-

que han producido los tiempos, debe ser la base y el punto de partida para determinar la forma en que se ha de popularizar, no sólo el QUIJOTE y las *Novelas Ejemplares*, si que también las producciones de Lope de Vega y Calderón, de Tirso, de Balbuena y de Quevedo y demás portentos de los siglos XVI y XVII, sin excluir á los literatos modernos de mayor mérito, cuyos escritos, puestos adecuadamente en manos de los niños de las escuelas y de los que cursan en la segunda enseñanza, contribuirán mucho á la corrección y pulimento de nuestro lenguaje y á la paulatina desaparición de las ramplonerías y desaliños que se notan en las manifestaciones gráficas de la mayoría de los jóvenes

que acuden á las aulas de nuestros establecimientos docentes.

Los alumnos así educados se harán hombres, y en todas las manifestaciones de su trato social dejarán impreso el sello de tal reforma pedagógica, realizada con fortuna y al amparo del grandioso tributo que rinde hoy España entera á la memoria del Príncipe de nuestros Ingenios, autor celebérrimo é inmortal de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Fiesta escolar celebrada en el colegio de los señores Fernández Landa.

***

Después se procedió al reparto de premios á los alumnos, terminando el hermoso acto con un discurso del gobernador civil, señor conde de Buena Esperanza.

***

A las once de la mañana del día 9 tuvo lugar la bendición y colocación de la primera piedra de los edificios que, costeados por el Ayuntamiento de Vitoria, serán destinados á Escuelas municipales.

Una vez rezadas por el clero de la parroquia de San Vicente Mártir, presidido por el muy ilustre señor deán, en representación del obispo de la diócesis, las oraciones que para tal ceremonia ordena el ritual, y bendecida la piedra primera, fué extendida el acta que copiamos íntegra, y dice así:

«En la ciudad de Vitoria, á las once horas del día nueve de Mayo de mil novecientos cinco, reinando en España S. M. D. Alfonso XIII, el excelentísimo Ayuntamiento, precedido de maceros, clarineros, atabaleros y guardias municipales, salió de la Casa Consistorial, dirigiéndose al final de la calle de la Florida para proceder á la colocación de la primera piedra de los Grupos Escolares, acordados erigir en dicho punto; coincidiendo este acto con el de la colocación también de la primera piedra del Grupo Escolar que ha de emplazarse en la calle del Molino de San Ildefonso.

D. Teodoro de Ugarte, presidente del Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria.

»Ante las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y numeroso concurso del pueblo de Vitoria, el muy ilustre señor deán de la Santa Iglesia Catedral don Nicolás Miranda, en representación del excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de la diócesis, bendijo, con las rúbricas del Pontifical Romano, la piedra puesta en el ángulo Oeste del cuerpo principal del edificio, de unas dimensiones de sesenta centímetros de longitud, sesenta de latitud y veinte de altura.

»Colocóse una cajita de cinc de treinta centímetros de longitud, quince de anchura y seis de altura, y dentro de ella varias monedas de plata y cobre con la efigie de S. M., varios periódicos locales y el acta de esta solemne ceremonia, que suscriben todos los señores concurrentes al acto, y de que yo el infrascrito secretario certifico.»

***

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Vitoria, que preside el ilustrado teniente coronel de Artillería D. Teodoro de Ugarte, celebró dos hermosas fiestas en conmemoración del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

En la primera, verificada en el Teatro Principal, después de representarse varias obras teatrales por varios socios del Ateneo y la Sociedad lírico-dramática, el director del Instituto, D. Julián Apráiz, pronunció un interesantísimo discurso que reproducimos á continuación:

«Cervantes y América.»

«Una vez más vamos á convertir en *templo de Minerva* (que no otra cosa significa la voz *Ateneo* en la flexible lengua helénica) este coliseo, donde de ordinario resuenan y repercuten las moderadas risas é instructivos diálogos de Talía, los lamentables acentos de Melpómene, las dulces armonías de Euterpe y aun las loquescas carcajadas y desatentados pataleos de Terpsícore. Una vez más vamos á rendir aquí culto á una de las más preciadas glorias de la patria; mas no ya como otras veces, conmemorando la sencilla efeméride de su nacimiento ó muerte, sino que estamos festejando con toda España el tercer centenario de la aparición del QUIJOTE, como la obra maestra de Miguel de Cervantes Saavedra; quien, no sólo fué un genio en el arte, sino hijo y escolar modelo de su infancia y pubertad; soldado valentísimo en mil encuentros de mar y tierra; paciente cautivo de gigantescos alientos en Argel, donde trató constantemente con riesgos sin cuento de engarzar á la corona de España el rico florón de aquella región africana; jefe de familia incomparable, pues con mil privaciones sustentaba no sólo á su esposa é hija, sino á dos hermanas y una sobrina; hombre augusto en vida y muerte, con la que sólo puede compararse la de Sócrates bebiendo la cicuta y explicando á sus discípulos la inmortalidad del alma; varón constante en sus propósitos, á quien herirían impávido las ruinas del planeta como el *justum et tenacem* descripto en la oda horaciana; aquél en una palabra á quien un agudo crítico del siglo XIX no vacilaba en apellidar *uno de los santos de la Humanidad.*

Pero héteme aquí, señoras y señores, que llego á esta solemnidad, como aquellas vírgenes fatuas de quienes nos habla el Evangelio, con mi lámpara apagada por falta de aceite, con la sola diferencia de que en aquéllas no concurría ninguna circunstancia atenuante, cuando yo podría alegar algunas eximentes. Sin ir más lejos, las doncellas de que nos habla San Mateo no tuvieron que acudir sino á una boda y yo asisto en estos momentos y en un mismo día á la segunda.

No esperéis, pues, señoras y señores, que brote de mis desautorizados labios un discurso panegírico que, después de todo y dada la unidad de estos festejos, tampoco hacía falta, pues ayer lo tuvo á su cargo uno de nuestros más elocuentes oradores sagrados en el templo del Señor. Voy tan sólo á entreteneros breves momentos con una sencilla conferencia geográfico-cervantesca, que versará sobre el tema *Cervantes y América,* y que se halla naturalmente dividida en las dos partes siguientes: 1.ª *Cervantes americanista.* 2.ª *América cervantista* y principalmente *quijotista.*

***

No parece, señoras y señores, sino que la Providencia en sus inescrutables designios tenía *ab initio* decretadas perdurables relaciones de amistad entre España y América. Hace próximamente diez y nueve centurias que el español Séneca, sabio entre los sabios, predecía el descubrimiento del mundo colombino en estas claras y explícitas palabras de su tragedia *Medea*: «Llegará, llegará día en que el Océano ensanche sus lindes y se descubran nuevos continentes, sin que la isla de Tule sea como ahora la última tierra del planeta.» Y efectivamente, poco más de catorce siglos después, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña,* preñadas de españoles, cerraban en la isla de San Salvador el prólogo del grandioso descubrimiento de América.

Por lo que hace á Cervantes, nunca ocultó, ni en su vida imaginativa y artística ni en su vida real, sus aficiones americanistas, á pesar de calificar en alguna ocasión al Nuevo Mundo de «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, etc.»

He aquí lo que dice de América en algunos pasajes de sus obras:

En la novela del *Celoso Extremeño* marcó la derrota desde Cádiz al Perú con rumbo á Tierra firme y descanso en el Puerto de Cartagena; y en la comedia *La Entretenida,* ligera y humorísticamente, el regreso de Costa firme á la península, señalando las particularidades del canal de Bahama, de las islas Bermudas y golfo de las Yeguas. Al principio del QUIJOTE figura una señora vizcaína, que iba á Sevilla á unirse con su esposo, quien pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. En otras partes se cita á Lima, Potosí, el Perú y sobre todo á los peruleros. El segundo y tercer acto de la comedia *El rufián dichoso* pasan en Méjico; y por último, al protagonista de la novela del *Licenciado Vidriera* se refieren estas palabras: *Fué a Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colón en el mundo no tuviera él semejante; merced al cielo y al gran Hernán Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo.*

Pero tan intrépido viajero, tan entendido piloto, tan bravísimo marino como lo fué Cervantes, no pudo satisfacer sus deseos de trasladarse á América.

Hay un documento interesantísimo como todos los cervantinos, descubierto hace cerca de un siglo, en que aparece un memorial suyo acompañado de informaciones documentadas con testimonios nada menos que del Sr. D. Juan de Austria y del duque de Sesa, formando una hoja de méritos y servicios de las más hermosas que puede presentar un guerrero y un empleado ó funcionario. Allí pasan rápidamente las hazañas realizadas y servicios prestados por Cervantes en Navarino y Lepanto, en la Goleta, Orán y Mostagán, en Portugal y en las Islas Terceras, incluyéndose asimismo el heroísmo de su hermano Rodrigo, más joven que él, quien después de una vida de constante batallar, halló fin glorioso en la desdichada batalla de las Dunas en 1600, ya próximo á ascender á capitán del ejército. Pero quiero hablaros expresamente de un episodio sumamente obscuro de la vida de Cervantes, que hace algunos años tuve ocasión de poner en claro: me refiero al cautiverio del mismo por los piratas berberiscos, del cual decía su primer biógrafo Mayans, que ignoraba de todo punto cómo, cuándo y de qué manera se había verificado. Por el documento que estamos examinando, por testimonio del mismo duque de Sesa y por algunos otros coetáneos, sabemos ya que el 25 de Septiembre de 1575, sin haber cumplido Cervantes veintiocho años y viniendo de Nápoles á España, donde esperaba ceñir la bandolera de alférez, fué hecho prisionero de los turcos en la galera del *Sol,* no sin pelear con su tantas veces probada bravura. Mi descubrimiento fija el lugar de este desigual combate en el puertecito de las Santas Marías, al mediodía de Francia (que es precisamente donde el gran Mistral pone el desenlace de su primoroso poema provenzal «Mireyo»), añadiendo, entre otros detalles, que allí murió á su lado el gran guerrero vitoriano D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, caballero Sanjuanista, que en su juventud había peleado en Mulberg con Carlos V, ya maduro en Lepanto mandando la galera *San Jorge de Nápoles,* para tener fin glorioso en las procelosas aguas del golfo de Lyón.

Pero volviendo á nuestro propósito de «Cervantes y América» diremos, que en el memorial que forma parte del documento que nos ocupa, pide Cervantes al rey Felipe II «sea servido de hacerle merced (por los veintidós años de servicios que llevaba prestados á la corona) de un oficio de los tres ó cuatro que al presente están vacantes, que es el uno la contaduría del nuevo reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz.» La contestación oficial puesta al pie en la instancia dice secamente: «busque por acá en qué se le haga merced», como si quien tenía ya tal vez su Don Quijote en la cabeza y con los grandes merecimientos que se especifican en dicho documento no fuera apto para aquellos destinos, siempre inferiores á su inmensa capacidad. Pero ¡oh Cervantes! (dirigiéndose á su busto) si el bienestar que hubierais adquirido en América hubiese impedido la aparición del QUIJOTE, bendita sea vuestra pobreza, ya que con aquél habéis enriquecido al mundo.

***

Entrando en la segunda parte de mi conferencia, y á pesar de hallarme bastante desprovisto de erudición en lo tocante á literatura hispanoamericana, podría extenderme bastante en la demostración de que el QUIJOTE es el libro predilecto entre aquellos escritores; mas ofréceme resuelta la solución de esta tesis un testigo de mayor excepción, el ilustre argentino D. Adolfo Saldías, quien no vacila en asegurar lo mismo que acabo de exponer, añadiendo que dicho libro lo han hecho suyo las repúblicas del habla castellana, porque encarna la democracia y la libertad, asegurando que hacia 1810 era el más popular de todos, el que más leían y releían los hombres de la revolución... ¡Extraña paradoja, en verdad, desgarrarse de la madre patria y querer llevarse á un tiempo una de nuestras mayores glorias, precisamente para convertirla en poderosa catapulta contra España...! Conste de todas suertes que en América, tanto los españoles como los revolucionarios y hoy mucho más, ya que todos sus Estados son hermanos nuestros, veneran nuestro QUIJOTE, como el libro de los libros.

Si no temiera hacerme difuso, señoras y señores, yo os hablaría largamente de los trabajos cervánticos de Ticknor, Baralt, Bello, Urdaneta, Cuervo, Bradford, Armas, Marroquín, Nin y Frías, Zuleta, Cullen Bryan, Mrs. Elizabeth Portes Beach, Caro, Barros Arana, Montalvo, Icaza, etc., etc. Y aun si no temiera entristeceros en un día de tanto júbilo como el de hoy, os contaría una anécdota terrible ocurrida el 18 de Octubre de 1739, referente á uno de los más antiguos cervantistas americanos, y os descubriría el lúgubre sentido que encierran estas elocuentes palabras del Sr. Menéndez y Pelayo en sus «Heterodoxos»: *Venga á cerrar este capítulo la*

ensangrentada sombra del poeta brasileño Antonio José de Silva, condenado inicuamente, según parece, por la Inquisición de Lisboa.

En nombre y representación de todos voy á dedicar algunas palabras al argentino D. Luis Ricardo Fors y algunas más á mi distinguido amigo y comprofesor el mejicano D. Gabino de J. Vázquez, por ser los últimos que han escrito sobre Cervantes y el QUIJOTE.

El doctor Fors, director de la Biblioteca provincial de la Plata, que entre otros trabajos cervánticos tenía ya hechos desde 1879 muy curiosos estudios acerca de las mujeres del QUIJOTE, ha sido el iniciador de la conmemoración del tercer centenario de la aparición del mismo en el teatro principal de la Plata el día 20 de Diciembre último, pronunciando con tal motivo un brillantísimo discurso. A esta festividad se adhirió con entusiasmo desde Montevideo el señor Nin y Frias. Mas hubo una particularidad muy curiosa en la bibliografía cervantesca. Aunque parezca raro, no se contaba con una edición completa del QUIJOTE en toda la América del Sur. Existían, sí, tres ó cuatro ediciones en Méjico, otras tantas en Boston y algunas más en Nueva York; pero la primera sudamericana y de bastante lujo se ha terminado como epílogo de las fiestas cervánticas, en la ciudad de la Plata el 20 de Diciembrede 1904.

D. Herminio Medinaveitia.

Por lo que hace al joven profesor de Mérida de Yucatán, Sr. Vázquez, tan entusiasta por nuestra literatura española, eslo mucho más por Cervantes y por cuanto á él se refiere, siendo uno de los más brillantes mantenedores de su culto en América. En 1903 dióse ya á conocer como aventajado cervantista en su obra *El Buscapié Cervantino*, en la que con la mayor amenidad y exquisita erudición demuestra primeramente cuán innecesario era tal recurso para una obra que desde antes de su aparición era ya célebre; y combatiendo más tarde ciertas aventuradas suposiciones del ilustre escritor Sr. Sbarbi, acerca de que el asistente de Sevilla D. Francisco Arias de Bobadilla sea trasunto fiel de Don Quijote, dice perfecta y concluyentemente: *Lejos de ser* (Don Quijote) *copia de un personaje vivo ó representante de un pueblo ó de una época determinada, es de todos los tiempos y de todos los países, es secular y universal como obra de un gran genio.*

Dejando á un lado el curioso folleto intitulado *El manco de Lepanto*, en que se ha propuesto demostrar al comenzar este año, contra lo que algunos han supuesto, que Cervantes era realmente manco de la mano izquierda, voy á ocuparme ligeramente del lujoso infolio intitulado *Homenaje á Cervantes* con que el distinguido escritor ha puesto el sello á su españolismo y cervantismo. A través de hermosos grabados, retratos y artículos de cervantistas emeritenses y uno muy ingenioso del mismo Sr. Vázquez acerca del retrato auténtico de Cervantes, campea á la cabeza de la parte literaria un preciosísimo trabajo del mismo director con el oportunísimo título de *El Año Cervántico en 1905*, en el que, después de bautizar así al año corriente, combate victoriosamente la opinión del cervantista argentino Sr. Fors, que ha pretendido demostrar, teóricamente en la revista madrileña *La Lectura*, y prácticamente en la solemnidad ya referida de La Plata, que el verdadero centenario del QUIJOTE se cumplía en 1904. Habiendo estudiado el Sr. Vázquez muy detenidamente esta cuestión bibliográfica, sin que le sean desconocidas, ni las circunstancias por las cuales pudieron Lope de Vega y Andrés Pérez conocer el QUIJOTE en 1604, ni el error cometido por nuestro insigne doctor Pérez Pastor (error que rectificó poco después) al suponer una edición *princeps* quijotesca en 1604, razona así en conclusión: *No se trata ahora de celebrar la fecha de la «impresión privada» del libro... sino de la fecha en que vió la luz pública...; este hecho histórico no pudo verificarse sino á principios de 1605.*

Mas no acaban aquí los arrestos cervantinos é hispanófilos del ilustre profesor emeritense, sino que en estos mismos momentos está preparando la publicación de un libro, que desde ahora auguro ha de ser muy importante, acerca de Cervantes y Lope, y el día 15 de los corrientes se verificará por su iniciativa y dirección otra brillantísima velada con que la Sociedad literaria *La Arcadia* celebrará el tercer centenario, con la cooperación del Gobierno de la República, del Ayuntamiento de Mérida y de la colonia española de la dicha ciudad.

Y no es sólo en Méjico donde están preparando nuevas fiestas por el centenario del QUIJOTE, sino en San Salvador y otras Repúblicas. Pero aún hay más: enfervorizados los ingenios americanos en su amor á Cervantes con el contacto de la madre patria, preparan en España para el mismo día 15 en el Paraninfo de la Universidad Central un gran festival que la Unión Ibero-Americana dedica á nuestro gran Centenario, en el que tomarán parte, amén de otros españoles, los señores Pérez Triana, representante diplomático del Salvador; Peralta, de Costa Rica; Vargas Vila, cónsul de Nicaragua, y el obispo de Potosí, leyéndose á más composiciones de los señores Rubén Darío (nicaragüense), Rendón (ecuatoriano), Fernández Güell (costarricense) é Irachet (cubano).

***

Reuniendo, por otra parte, tanto el QUIJOTE como su autor, tales excelencias y tan extraordinarios merecimientos, bien puede el generoso cervantista mejicano Sr. Vázquez, bien pueden los cervantistas americanos, como lo hacen todos los habitantes del planeta, y muy principalmente los sesenta millones de personas que hablamos el castellano, considerar á ese libro famoso, tan profundo bajo formas cómicas y satíricas, como uno de los primeros libros que se han escrito en el mundo y como el mejor de los que sólo se proponen la amenidad y el entretenimiento.

Efectivamente, si Cervantes se entusiasma á los diez años con la farándula y la carátula al disfrutar los espectáculos escénicos de Lope de Rueda; si á los veinte escribe tan sentidos versos á la temprana muerte de Isabel de Valois; á los treinta, su primorosa epístola al secretario Vázquez desde Argel; cerca de los cuarenta, su hermosísima *Galatea*, regocijando al público madrileño con interesantísimas comedias y llenándole de terror y compasión con sus tragedias; si á los cincuenta prepara las *Novelas ejemplares* que había de publicar, así como su Teatro, bastante más tarde; si en los tres últimos años de su vida publica su *Viaje del Parnaso* y deja concluída su obra póstuma *El Persiles y Sigismunda*, puede decirse que el QUIJOTE es la obra de toda su vida, la suma, cifra y compendio de su incomensurable genialidad

Para él parece que esculpió Horacio en su bella Preceptiva esta profunda sentencia, con cuya paráfrasis termino: ¡Dichoso aquel escritor que consiga en grado relevante la mezcla de lo útil con lo agradable! *(lectorem delectando, pariterque monendo).* Su libro se convertirá en un río de oro para los libreros y editores, salvará las fronteras y los mares y hará perdurable la fama de su autor, siendo su nombre conocido y respetado, sin límite alguno, en el tiempo y en el espacio. El prototipo de esos libros es, efectivamente, el QUIJOTE.»

***

La segunda fiesta celebrada por el Ateneo de Vitoria, verificóse también en el Teatro Principal, y en ella se dió cuenta del resultado del certamen literario organizado por dicha sociedad.

El jurado elegido para entender en las obras presentadas al certamen estaba formado por los señores D. Emeterio Abechuer, D. Julián Apráiz, D. Vicente González de Echavarri, D. Eduardo de Velasco, D. Asunción Guruchaga, D. Jaime de Verastegui y D. Teodoro de Ugarte.

Dió comienzo el acto con la lectura por el presidente del Ateneo de una extensa y bien escrita memoria, dando cuenta de los trabajos realizados por el jurado.

Acto seguido procedióse á la lectura de los trabajos premiados, todos ellos notabilísimos, y á la distribución de premios.

Los autores premiados resultaron ser: D. Herminio Madinaveitia, director de *La Libertad*, de Vitoria; seis premios, entre ellos el de honor, D. Eulogio Serdán, dos premios; y los señores D. Alfredo Tabar, D. Jesús María Ordoño y D. Juan Fernández Carrero.

Leídos los trabajos premiados, que fueron muy aplaudidos, el gobernador civil señor conde de Buena Esperanza, puso fin á la velada con un inspirado discurso, haciendo historia de las fiestas celebradas por Vitoria en honor de Cervantes.

***

En el colegio preparatorio de primera y segunda enseñanza, que dirigen los señores D. Apolinar y D. Luis Fernández de Landa, celebróse también una hermosa fiesta para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, con el siguiente programa:

1.º **Sinfonía.** (Op. 27).—*Beethoven.—a).* Adagio; *b).* Presto agitato.—Para piano
Por el joven pianista *D. Joaquín Eseverri.*

2.º

CONFERENCIAS

por los alumnos *Cecilio Sagarna y José Nicolay* sobre la «Vida de Cervantes» y «Significación, cualidades y condiciones de los personajes del QUIJOTE.

3.º La comedia en un acto,

BARRO Y CRISTAL

4.º La preciosa ópera infantil en cuatro actos,

EL REY Y LOS PASTORES

ALBACETE

El tercer centenario de la publicación del Quijote lo ha conmemorado Albacete con la celebración de unos Juegos Florales organizados por la Asociación de la Prensa de aquella capital.

La fiesta se celebró en el Teatro Circo. El teatro estaba iluminado espléndidamente y adornado de flores, destacándose en la embocadura del palco escénico un artístico letrero adornado de flores, y en el que se leía la siguiente inscripción: «Gloria á Cervantes».

Dió principio el solemne acto con la lectura de la Memoria comprensiva de los trabajos realizados por la Comisión, leída por el secretario de la Asociación, D. Abraham Ruiz.

Seguidamente, el Sr. Jara Carrillo, autor premiado con la *flor natural*, designó reina de la fiesta á la bellísima y distinguida señorita Valentina Cuervas, la que, precedida de pajes y heraldos, y elegante y ricamente ataviada, dando el brazo al poeta premiado y seguida de su Corte de honor, formada por las distinguidas señoritas María y Lola Cortés, Blanca Villar, Rosario Sánchez y Milagros Ortega, se dirigió, entre frenéticos aplausos, á ocupar el trono de flores que en el escenario se le había destinado.

Acto seguido, la gentil reina hizo entrega á los autores premiados de los diplomas demostrativos de la distinción de que habían sido objeto.

JUEGOS FLORALES DE ALBACETE

Junta directiva de la Asociación de la Prensa, organizadora del Certamen. (Fot. de Linares hermanos).

Dada lectura de las poesías premiadas, el señor Torres Reina, presidente de la Asociación de la Prensa, hizo la presentación del Sr. Cavestany, quien pronunció el hermoso discurso que publicamos más adelante.

***

Memoria leída en el acto de los Juegos Florales organizados por la Asociación de la Prensa de Albacete, con motivo del tercer centenario de El Quijote, *por el secretario de la misma don Abraham Ruiz Alcázar.*

Señoras y señores:

No soy yo quien merecía la honra de dar cuenta en estos momentos de las gestiones practicadas por la Asociación de la Prensa de Albacete, para la celebración de esta culta, de esta edificante fiesta en la que sólo mi presencia es discordante.

Grato final de estos torneos, en cuyas luchas se estimula, en vez de menguarse, la idea de la Patria, de la Fe y del Amor, es el conjunto de armonías y bellezas que admiramos, y no he de ser yo quien en la presente solemnidad fatigue inútilmente vuestra atención tratando de ocultar, entre las incoloras imágenes que torpemente pudiera forjar mi fantasía, la aridez de una estadística con cuyos datos he de distraeros también en este trámite preciso, y para mí embarazoso, que he venido á llenar con tanto respeto como deseos me han animado al cooperar en la ínfima parte que lo he hecho en la organización de los Juegos Florales que celebramos. He de ser poco extenso, sin embargo, y al inmerecido favor que se me dispensa concediéndome el lugar que ocupo, corresponderé siendo tan breve como me permita la obligación sagrada que me impuse, no por soberbia, no por vanidad pueril que en mí no sería disculpable, sino por aquella noble, por aquella legítima emulación que sólo mide los obstáculos por la gloria de vencerlos.

Agitábase la España intelectual, preparando el homenaje con que había de festejarse el tercer centenario de la publicación de El Quijote, cuando quedó constituída nuestra Asociación de la Prensa; y en Albacete, capital de una provincia manchega, que Cervantes inmortalizó en su libro famoso, parecía como que se miraba con indiferencia ese honroso movimiento de opinión que era todo un apóstrofe para aquella generación que tan mal pagó en gratitud al alienista social que vino á curar con su libro de oro las degeneraciones de una raza y las costumbres de un pueblo que yacía víctima de general locura, de quiméricos ensueños.

La prensa, aun inconscientemente, ejerce en todos momentos la labor de la crítica; esta labor colectiva en sentido desfavorable para el pueblo en que vimos la luz primera, hubiera sido baldón de ignominia para nosotros; nos veíamos precisados á predicar con el ejemplo y nuestras fuerzas eran escasas. Acudimos al excelentísimo Ayuntamiento y á la excelentísima Diputación provincial en busca de ayuda y de consejo; ambas corporaciones, con un altruismo que honra á cuantos de ellas forman parte, acogieron nuestras indicaciones con agrado, obtuvimos consejo y ayuda y allí nacieron estos Juegos Florales, anunciados, organizados y celebrados en menos de cincuenta días.

Con fecha 10 de Marzo próximo pasado publicóse el programa señalando un plazo que había de expirar el día 25 de Abril para la admisión de trabajos. Han figurado además del tema de honor, cuyo premio, consistente en una joya artística, lo ofrecía la Asociación de la Prensa, los siguientes, todos relacionados con El Quijote ó su egregio autor:

Tema I.—Estudio crítico sobre las máximas y enseñanzas que para el buen gobierno de los pueblos pueden sacarse del libro Don Quijote de la Mancha. Premio del ilustrísimo señor gobernador civil de la provincia, D. Juan Antonio Perea.

Tema II.—Albacete ante el tercer centenario de El Quijote (crónica). Premio del señor alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento, D. Gabriel Lodares.

Tema III.—La mujer en El Quijote. Premio del señor presidente de la excelentísima Diputación provincial, D. Rafael Aguado.

Tema IV.—Consideraciones sobre el capítulo X de la segunda parte del Quijote, haciendo aplicación de ella á lo relacionado con el carácter de la gente manchega. Premio del excelentísimo señor D. Antonio López Muñoz, senador del Reino.

Tema V.—Comentarios á las teorías sobre el duelo, según Sancho. Premio del excelentísimo señor D. Francisco López Chicheri, senador del Reino.

Tema VI.—Estado político y social de la Península Ibérica en el período comprendido entre la batalla de Lepanto y la muerte de Cervantes. Premio del decano del Ilustre Colegio de Abogados.

Tema VII.—Selección y razonamientos de los principales preceptos pedagógicos que contiene El

QUIJOTE. Premio del ilustrísimo señor D. Pascual Martínez Abellán, inspector de primera enseñanza.

Tema VIII.—Poesía festiva con libertad de metro y rima en que se comenten los preparativos de las bodas de Camacho. Premio del diputado á Cortes por la capital, D. Francisco Gazví.

Tema IX.—Un cuento ajustado á cualquiera de los refranes de EL QUIJOTE. Premio del diputado á Cortes por el distrito de Alcázar, D. Juan Pascual López Chicheri.

Tema X.—Ideas jurídicas del QUIJOTE. Premio del diputado á Cortes por Almansa, D. Jacobo Serra.

Tema XI.—Un juicio crítico del curioso discurso que hizo Don Quijote sobre las armas y las letras, con la aplicación que tiene á lo que sucede en nuestros días. Premio del excelentísimo señor D. Federico Ochando, diputado á Cortes por el distrito de Casas Ibáñez.

Tema XII.—Canto á Dulcinea, composición poética. Premio del excelentísimo señor conde de Torre-Vélez, diputado á Cortes por Hellín.

Tema XIII.—Del estudio de EL QUIJOTE, ¿se desprende que su autor tenía conocimientos médicos? Premio de D. Tomás Pérez Linares, presidente del Colegio Médico.

Tema XIV.—Estudio sobre EL QUIJOTE de Avellaneda y el prólogo de la segunda parte de EL QUIJOTE de Cervantes, premio del Casino Primitivo.

Tema XV.—La entrada en casa de los duques. (Capítulo XXXI de la segunda parte de EL QUIJOTE.) Premio de La Peña.

Tema XVI.—La comedia de la vida, artículo para periódico en que se parafrasee el capítulo XII de la segunda parte de EL QUIJOTE, premio del Casino Artístico.

Tema XVII.—Bosquejo de dos personajes históricos que más se asemejen á Sancho y á *Don Quijote* siempre que no sean contemporáneos, premio del excelentísimo señor marqués de Alquibla, senador del Reino.

Hecho el oportuno nombramiento de jurados, de cuya calificación daremos cuenta posteriormente, y llegada la fecha prefijada para cerrar el plazo de admisión, publicóse en la prensa diaria la lista de los trabajos recibidos, en la que figuraban 54 con opción al premio de honor, cinco al ofrecido por el excelentísimo Ayuntamiento, dos al de la excelentísima Diputación provincial, uno al del excelentísimo señor D. Antonio López Muñoz, cuatro al del excelentísimo señor D. Francisco López Chicheri, cuatro al del decano del Ilustre Colegio de Abogados, tres al del señor inspector de primera enseñanza de esta provincia, siete al del diputado á Cortes por la capital, 21 al de D. Juan Pascual López Chicheri, dos al del excelentísimo señor general Ochando, 11 al del excelentísimo señor conde de Torre-Vélez, tres al de D. Tomás Pérez Linares, uno, cuatro y 15 respectivamente á los de los Casinos Primitivo, Peña y Artístico, y dos al del excelentísimo señor marqués de Alquibla, un total de 139 trabajos, que demuestran cuán favorable acogida ha obtenido entre poetas y literatos el programa de los Juegos Florales organizados por la Asociación de la Prensa de Albacete, con la cooperación del excelentísimo Ayuntamiento y la excelentísima Diputación provincial.

D. Abraham Ruiz Alcazar, Secretario de la Asociación de la Prensa de Albacete.
(Fot. de E. Navarro).

Desiertos por falta de concursantes han quedado los temas 1.° y 10, del señor Gobernador civil de la provincia y del diputado á Cortes por el distrito de Almansa, D. Jacobo Serra, y fueron retirados, previa devolución del recibo correspondiente tres, de los trabajos que optaban al premio ofrecido en el tema 5.°

Habíase hecho el ofrecimiento consiguiente á las bellísimas señoritas que han de acompañar á la Reina de la fiesta en el trono á que su distinción, su ilustración y su cultura la han levantado, y con la más fina bondad habíanse acogido nuestras peticiones; habíamos invitado á distinguidas familias de la buena sociedad albacetense á que coadyuvaran á nuestra obra, vistiendo á sus niños para que como pajes y heraldos escoltasen á la Corte de Amor, y nuestros deseos se habían visto colmados por el más lisonjero éxito; faltaba sólo gestionar la venida de un hombre eminente para que como mantenedor fuera el alma de esta fiesta, y el elocuente orador, el poeta laureado D. Juan Antonio Cavestany, aceptó desde el primer instante el ofrecimiento que nuestro ilustre presidente, D. José Torres Reina, le había hecho, viniendo aquí á honrar á Albacete con su presencia y á darle vida á estos Juegos Florales con la galanura de su palabra, con su oratoria escultural, con sus razonamientos de lógica incontrarrestable y con la poesía que imprimen á cuanto hablan los hombres privilegiados como él, que no agotan jamás la flora de su fantasía.

Hasta aquí cuanto hicimos; á todos nos debemos en la fiesta de esta noche y á todos estamos reconocidos y enviamos la expresión de gratitud de nuestro sentir. Fué nuestra sola aspiración, que esta fiesta fuera el granito de arena que á Albacete le corresponde en el homenaje con que la España intelectual festeja el tercer centenario de EL QUIJOTE, y en alcanzarlo empleamos nuestras escasas energías y nuestras cortas iniciativas; haberlo conseguido, proporcionándoos unas horas agradables en las que admiráis este conjunto de armonías y bellezas, sería la más grande aspiración de la Asociación de la Prensa de Albacete.

Autores premiados.

En el Tema de Honor.—Premio: D. Pedro Jara Carrillo; primer *accésit:* D. Pablo Cavestany y Anduaga; segundos *accésits:* D. Angel Tevar Orozco y D. Francisco Aquino.

Tema II.—Premio: D. José María Fernández Fabuel; primer *accésit:* D. Enrique Martí Ruiz-Funes; segundo *accésit:* D. Ernesto Yáñez Sánchez.

Tema III.—Premio: D. Cirilo Serrano de Casas.

Tema IV.—Premio: D. Silvio Quílez Cano.

Tema V.—Premio: D. Ernesto Yáñez Sánchez.

Tema VI.—Premio: D. Jesualdo Morcillo Valero; *accésit:* D. Francisco Vergara Royo.

Tema VII.—Premio: D. José Conde; primer *accésit:* D. Antonio Iniesta Martínez.

Tema VIII.—Premio: D. José María Pérez.

Tema IX.—Premio: D. Leonardo Martín-Ruiz; primer *accésit:* D. Francisco Vergara Royo; segundo *accésit:* D. Enrique Martí Ruiz-Funes.

Tema XI.—Premio: D. Tomás Campos Alfaro; mención honorífica: D. José Yáñez Sánchez.

Tema XII.—Premio: D. Joaquín Aguilar y García; *accésit:* D. Manuel Serra Martínez.

Tema XIII.—Premio: D. Francisco Martínez y González; *accésit:* D. Joaquín Olmedilla.

Tema XIV.—Premio: D. Fernando Franco Fernández.

Tema XV.—Premio: D. Cirilo Serrano de Casas.

Tema XVI.—Premio: D. Fernando Franco Fernández; *accésit:* D. Alfredo Moreno García.

Tema XVII.—Premio: D. Tomás Campos Alfaro.

Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales organizados por la Asociación de la Prensa de Albacete.

La guitarra.

Lema: «Serenata».

Ha llegado la noche clara y serena
y ese pueblo bendito, noble y honrado,
que trabaja en diaria ruda faena,
más alegre y risueño que una verbena
y con el alma henchida de amor sagrado,
templando sus guitarras á medios sones
por celebrar el santo de la que adoran,
van poniendo en las cuerdas sus ilusiones,
y las dulces guitarras son corazones
que suspiran y ríen, cantan y lloran.
Es la noche del pueblo, noche que envía
Dios al enamorado, de encantos llena;
y en tanto que en los cielos no alumbra el día,

D. Pedro Jara Carrillo, premiado con la Flor natural de los Juegos Florales de Albacete.

va á cantarle á su novia cuál es su pena,
va á decirle á su amada qué es su alegría.
Allí, junto á la reja trasnochadora,
bajo el balcón cubierto por los claveles,
se oye la serenata dulce y sonora
y se paran los mozos hora tras hora
arrancando la nota que sabe á mieles.

La juventud palpita, vida es su aliento,
cada copla es un trozo de alma española;
es aquella que ha poco sin un lamento
velaba los heridos del campamento,
la que arpegia esta noche la barcarola.
Juventud que trabaja, sufre y padece
y que al compás del yunque canta y espera,
lleva dentro del alma lo que merece:
es la flor de la vida que se estremece
á cada nuevo aliento de primavera.
La virgen que hace poco quedó dormida
rezándole á su santo que lleva al pecho,

aún tiene entre sus labios, como prendida,
la palabra postrera, toda su vida,
un nombre que en su boca quedó deshecho.
El nombre del amante gentil y airoso
á quien entre sus sueños cantar ha oído;
y al desplegar sus labios, beso gracioso
suena leve y ligero, tan presuroso
como el ave que vuela buscando el nido.
Llega hasta el casto lecho la melodía
con rumor de sonoras brisas flotantes,
que llevan en sus alas una alegría;
y el amor vuela en tono de la armonía:
la música es la lengua de los amantes.

. . . . . .

¡Oh! guitarra española, fiel mensajera
de los más infinitos castos amores;
cuando mueve tus lazos brisa ligera,
eres la belicosa marcial bandera
porque tienes sus himnos y sus colores.
En tus cuerdas encierras lo manso y fiero
y juntás la esperanza con la memoria;
tiene para las almas tu clavijero
ayes de madre, cantos de prisionero,
lágrimas de soldado, besos de gloria.
Remembranzas gloriosas de las mezquitas,
tienen tus cuerdas temple de cimitarras,
vibraciones fervientes de las ermitas...
¡España, tú no mueres porque palpitas
en tus nobles plebeyos y en tus guitarras!...
Siempre eres joven, siempre vibra deshecho
en ti un eco de risas ó de sollozos;
cuando de alguna virgen velas el lecho,
al pulsarte el amante junto á tu pecho
como sabes sus penas, sabes sus gozos.
Sigue, sigue en las manos del pueblo honrado,
del pueblo que trabaja, sufre y espera
y con amor te lleva siempre á su lado:
esta noche eres lira de enamorados,
mañana serás himno de su bandera.

Tú guardas de mi frágil amor primero
con todas sus tristezas, la breve historia
lo mismo que conserva tu clavijero
ayes de madre, cantos de prisionero,
lágrimas de soldado, besos de gloria.

PEDRO JARA CARRILLO.

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Juan Antonio Cavestany, Académico de la Española, en los Juegos Florales organizados por la Asociación de la prensa en Albacete, para conmemorar el tercer centenario de la publicación de EL QUIJOTE.

SEÑORA:

Preceptúa la costumbre y ordena la galantería, ley suprema en todas partes, y sobre todo, allí donde la poesía y el amor tienen su centro, que los que hacen de mantenedores en estos torneos de la inteligencia que se llaman Juegos Florales, dirijan la palabra á la que es proclamada Reina de la Fiesta.

Si la costumbre no estuviera desde remotos tiempos establecida, pediría yo en este instante que se estableciera; porque nada puede ser tan grato ni tan favorable para quien trata de conquistar la benevolencia de una colectividad, como encontrar pronto algo que establezca entre él y su auditorio aquella corriente de simpatía, aquella íntima comunicación, aquel estrecho contacto que son el ideal, no siempre conseguido, del orador y el poder, siempre soberano, de la elocuencia.

Sólo por el hecho de dirigirme á vos, señora, abrigo yo la esperanza de conseguir en el día de hoy ese efecto mágico, con el que de otra suerte no me sería lícito ni aun soñar. Júntanse en vos tantas cosas en este momento, reunís al sentaros en ese trono representaciones tan altas y admirables, que únicamente el enumerarlas hará latir al unísono nuestros corazones.

Tenéis, ante todo, la representación augusta de la belleza; esto es, de la única soberanía humana inalterable é inconmovible. Se deshacen los imperios, ruedan las coronas, cambian todas las instituciones y todos los poderes: sólo el de la hermosura subsiste tal como fué desde el principio del mundo y como será mientras aliente un solo hombre; porque si late un corazón, en él estará la raíz de ese poder, más adorable cuanto más despótico, que endulza la servidumbre y ennoblece la esclavitud.

Pero no tenéis únicamente la representación de la hermosura, sino cuanto la completa y realza. Representáis la juventud, la primavera de la vida según el poeta; representáis la discreción, sin la cual la belleza es como flor sin aroma. Y representáis igualmente la poesía. Vuestro triunfo es su triunfo. Ella obtuvo el laurel en el palenque y es compañera del laurel la facultad de designar á la Reina de estos festejos. Fué, pues, la poesía, de la que sois compendio y símbolo, la que os eligió por soberana para que la encarnaseis en este acto solemne.

Cumplid vuestra hermosa misión; ceñid por unos instantes esa triple corona de poesía, de belleza y de juventud, y no os entristezca lo efímero de vuestro reinado. Cierto que es el reinado de un día, *reinado de flor*, que sólo durará lo que duran las flores; pero aunque bajeis de ese trono, seguireis siendo reina. No os rodeará en lo sucesivo esa corte gentil y fastuosa; no os quedará, tal vez, de los esplendores de hoy más que el recuerdo de un

placer, al que para ser completo no le falta ni aun el ser breve, pero eso ¿qué importa? Los esplendores pasan; la majestad no: y vos, que sois mujer, y sois hermosa, y sois buena, prolongaréis vuestra soberanía allí donde por concierto eterno de la voluntad de Dios con la del hombre, tienen sus dominios las que son lo que vos en el hogar, trono de la mujer, de la hija, de la esposa, de la madre... es decir, de todas las excelsitudes del amor, del sacrificio y de la abnegación.

Y para mí, señora, que soy aquí un extraño—bien que, acogido con la más hidalga hospitalidad—, para mí que soy un viajero llegado de otras tierras, tenéis, sobre todas las que yo he evocado, otra representación más, igualmente hermosa: la de *la región;* la de un pedazo, hasta ahora desconocido para mis ojos, del solar de la patria.

Son estas fiestas del ingenio esencialmente regionales. Con ese carácter nacieron y con él viven y vivirán. La región es su esencia y su alma: en ella y para ella se inventaron, para que sus poetas la cantasen, para que la Ciencia y el Arte de las distintas regiones se manifestasen separadamente, juntándose luego y formando unidos el Arte y la Ciencia de toda la nación.

Es, pues, la región la que está aquí congregada. Y así, como en el jefe de un Estado se simboliza y encarna el país entero, así en vos, señora, encarna y se simboliza la región que os aclamó por Reina.

Permitidme que en vos la salude.

Y no temáis que la gratitud, por las muestras de afecto que he recibido, influya en mi saludo, haciéndolo degenerar en lisonja. No. La lisonja es siempre vil y no puede excusarla ni aun el agradecimiento. Tampoco necesito apelar á ella para celebrar en justicia á este rincón de nuestra España.

Ciertamente que lo piso ahora por primera vez y que el conocimiento de un día tiene por fuerza que ser imperfecto; pero bástame con lo que ya conozco para poder decir: «Aquí se recibe con inmerecidos honores al forastero; aquí se honra al huésped: luego la tierra es noble. Aquí se celebran torneos de inteligencia, palenques de poesía, fiestas del espíritu: Luego la tierra es culta. ¡Región que tiene cultura y tiene nobleza, tiene cuanto necesita para ser grande y para confiar en su porvenir!»

JUEGOS FLORALES DE ALBACETE

La reina de la fiesta, Srta. Valentina Cueruas y Moas de Qaijano, y su Corte de Amor.

(Fot. de Linares hermanos.)

Pero no es eso sólo lo que conozco de esta comarca. Sé algo más de ella, sé lo que me ha dicho, en el lenguaje mudo de las cosas, esa vasta planicie que atravesé para llegar hasta aquí.

Tienen estas llanuras algo de la soledad augusta del desierto, de la grandeza infinita del mar. Flota sobre ellas, como velo de niebla, la melancolía. Todo es triste en estas tierras llanas; su escasa vegetación, las lejanías brumosas, las líneas monótonas de los surcos, hasta el cantar de los labriegos que van abriéndolos penosamente con el arado. Al compás del ritmo perezoso de esos cantares, habla muchas veces, para quien quiere oirla, la estepa, y se queja de los rigores de un clima siempre extremado, del sol abrumador de Julio, de la crudeza de las heladas de Enero, de sus entrañas abrasadas por la sequía, de sus labores deshechas por la inundación, del esfuerzo del hombre para arrancar frutos á una tierra que los dió generosa durante muchos siglos y que se niega á seguir dándolos rendida, extenuada por su misma fecundidad.

La voz de esta planicie no suena en mis oidos como grito de desesperación; suena más bien como himno triunfal de una raza paciente, enérgica, trabajadora, apegada al terruño, que no se rinde al infortunio, ni al dolor, ni al trabajo; raza cuyo heroísmo y cuya tenacidad inspiraron al mayor de los genios la más grande de las figuras que ha concebido la inteligencia humana. Porque Don Quijote se concibió aquí, de aquí salió, esta es su cuna y este su nombre inmortal: Don Quijote de la Mancha.

Tiene, pues, esta región algo que sobre todas la enaltece. Podrá sentirse menos favorecida por la Naturaleza si mira á su vecina la huerta valenciana, siempre verde y frondosa, bordada de bancales y empenachada de palmeras; podrá no tener en su cielo los resplandores incomparables del de la cercana Andalucía, la de la primavera eterna, la de las noche diáfanas, la de la alegría desbordante; podrá no encontrar en su historia ese hacinamiento secular de héroes y de hazañas que constituye la historia de la próxima Castilla, cuna de nuestra nacionalidad, pero puede decir á Castilla y á Valencia y á Andalucía: «No busquéis en vuestros bosques floridos, ni en vuestras temblorosas arboledas, ni en vuestros perfumados naranjales, ni aun siquiera en las crónicas de vuestros archivos, la raíz y el origen del malaventurado Hidalgo, cuyo tercer centenario celebra ahora la Humanidad entera, que acaso se ve en él retratada; Don Quijote es hijo mío; es mi sangre; es mi raza, y para evocarlo, hay que venir aquí, á esta pobre estepa donde aún parece vagar, caballero en su flaco rocín, buscando aventuras y despreciando peligros, perseguidor eterno de lo ideal, firme, enamorado, valiente, justo, generoso... para decirlo en una palabra: ¡español!»

¡Feliz la tierra que puede decir esto!—¡Vuelvo á saludarte, región insigne, cuna del mejor de los caballeros, patria de Don Quijote!

* * *

Y ya es tiempo de que hable de lo que, acaso, debió ser el objeto primero de mis palabras; ya es tiempo de que dé las gracias á la Asociación de la Prensa de Albacete por la designación que ha hecho de mí para mantenedor en estos Juegos Florales.

No comprendo—lo digo sin falsa modestia—cómo ha podido acordarse nadie de mi modesto nombre con este motivo. Era hasta ahora patrimonio exclusivo de los que viven en las cimas más altas de la literatura y de la política, el llevar la voz del mantenedor en estas fiestas. Cierto que yo soy cultivador de la poesía desde mis primeros años, y que hace no pocos que vivo en la política también; pero ni en uno ni en otro aspecto de mi personalidad he llegado á esas cumbres á que me refiero. Vivo en el valle, con los humildes.

Lo único que puede explicar el error cometido con mi nombramiento (y perdóneme la Asociación de la Prensa si envuelvo en una censura contra su acierto mi gratitud) es el punto de contacto que existe entre la significación de esta fiesta y mi propia significación.

Son los Juegos Florales, algo así como un legado de épocas remotas, como una supervivencia medioeval de la literatura, como un retroceso á los primitivos tiempos de la poesía: á los tiempos en que los trovadores, con su mandolina al brazo, recorrían vagabundos pueblos y comarcas, recitando romances, cantando endechas á las damas al pie de las rejas de sus camarines, ó amenizando, á cambio de la hospitalidad de una noche, las largas veladas del señor de un castillo, con la narración de sus cuentos de amores y de sus historias caballerescas. Entonces tuvieron su origen estos certámenes. Creados en época de lucha, carácter de lucha tuvieron al nacer, y eran verdaderos torneos, que se diferenciaban únicamente de los otros, en que los justadores ceñían túnica y birrete en vez de yelmo y coraza, y en que las armas eran el genio y la poesía en lugar de la lanza y el mandoble. Pero á combatir se iba, lo mismo al campo de lo justo que al salón del festejo; á combatir por una dama, que en aquellos tiempos de fuerza y de virilidad, los hombres no obedecían á otros estímulos que á los del amor, ni consideraban premiados sus esfuerzos y sus hazañas, si no recibían el premio de manos de una mujer.

Hijos estos Juegos Florales de aquellos que tuvieron su cuna en Provenza, en la tierra del *gay saber*, conservan mucho de su primitiva y poética tradición. Cierto que ya no son luchas improvisadas, que los temas no son desarrollados en el acto, que un jurado competente examina y aquilata el mérito de las obras, pero siguen conservando su carácter de justas literarias; siguen siendo fiestas regionales, donde el espíritu de las comarcas se exterioriza; sigue siendo prerrogativa del vencedor, la de elegir á una hermosa para Reina de la solemnidad, sigue la simbólica flor siendo el premio del certamen, y sigue, en fin, embelleciendo á este acto esa espléndida corte de amor, remedo de las antiguas, donde el recuerdo del pasado encarna en la belleza del presente, y juntos presente y pasado, prueban la exactitud de la afirmación que hice al comenzar: que no hay más que un poder inconmovible, el de la hermosura; que no hay más que un reinado eterno, el de la mujer.

Excmo. Sr. D. Juan Antonio Cavestany, mantenedor de los Juegos Florales de Albacete.

Indudablemente, en este carácter especial de los Juegos Florales, tienen su origen mi designación para ocupar este sitio. Dejando aparte el escaso valer de mi persona, ha debido tenerse en cuenta lo que son ellos y lo que soy yo. En realidad, estos torneos poéticos, estas evocaciones de lo pasado, son esencialmente románticos. En eso consiste mi único título para estar aquí.

Permitidme, señores, esta confesión pública, esta solemne profesión de fe, que no sólo no me avergüenzo de hacer, sino que, por el contrario, hago vanagloriándome de ella. Mientras más avanzo en la vida, mayor amor siento por todo lo que es literatura romántica, en la acepción usual que la voz tiene.

Bien sé que no va por este cauce la corriente del gusto actual; que no es eso lo que ahora *se estila*, que ninguna palabra es pronunciada con tanto desdén por cuantos hoy ejercen el magisterio de la crítica literaria como esa palabra «romanticismo», objeto de las burlas y el odio de los que no saben (y si lo saben tanto peor) que en ella se compendia durante más de medio siglo, en todos los pueblos de Europa, el poderoso resurgimiento del genio en todas las razas.

Sé todo ésto, y sin embargo, cada vez me siento atraído con mayor atracción hacia esa *pobre forma poética*, tan despreciada, sobre la cual se discutió no ha mucho en un centro importante—¡parece mentira!—si estaba *llamada á desaparecer*, sin que la discusión diese otro resultado que demostrar la solidez del edificio, puesto que no se conmovieron sus bóvedas..., cada vez me gusta más la comedia en verso, con sus discreteos y conceptismos, de tradición tan gloriosa en nuestro teatro; cada vez me parece mayor delito que nos hayamos olvidado y hayamos apartado el gusto del público, del drama histórico y del drama caballeresco, inspirado en nuestras tradiciones y leyendas; cada vez, en fin, me parece más indisculpable el extravío de que pidamos á literaturas más inferiores á la nuestra, inspiraciones y modelos, y busquemos lo exótico y desdeñemos insensatamente lo tradicional y lo castizo.

Yo creo tener, señores, el espíritu abierto á todo progreso y á toda innovación justa ó necesaria; yo sé que en casi todos los órdenes de la vida el no avanzar equivale á retroceder y que el estancamiento es la muerte; pero en cuanto se relaciona con el Arte y la Poesía—quiero decirlo con valor, con el valor de la convicción profunda—, soy un retrógrado incorregible. No conozco nada tan falso como eso que se ha querido hacer pasar por moneda de ley—siendo sólo un pedazo de latón, al que puso el cuño la petulancia—, de la necesidad de inventar moldes nuevos para el arte.

¿Dónde está esa necesidad? ¿Quién la ha establecido? La extravagancia disfrazada de originalidad; el gusto corrompido, que á semejanza del paladar estragado, necesita condimentos fuertes, no manjares selectos; la impotencia, en fin, que finge desdeñar lo que no puede conseguir. ¿Y cuáles son esos moldes nuevos? ¿Son, tal vez, los del flamante modernismo que va invadiendo poco á poco las esferas todas y todos los géneros literarios; donde á lo claro substituye lo obscuro, lo amanerado á lo natural y lo deforme á lo bello? ¿Ha pensado alguien seriamente en que pueda ser aceptado

Este es mi credo literario. Perdonadme si lo expuse con sobrada extensión, y perdonadme también, si os parece exagerado mi amor á lo ideal, á lo que hoy se llama romanticismo. Aunque por esto último no creo necesitar perdón. Nunca he ocultado mis ideas. Tengo el derecho de creer que por ser como soy, me elegisteis para tener la honra de ocupar esta tribuna.

***

Y volvamos á los Juegos Florales y á su significación, único tema de este deshilvanado discurso.

Expuestas mis ideas, esencialmente contrarias á la invasora, aunque efímera, corriente del modernismo en boga, no os extrañará que conceda gran importancia al elemento que pudiera llamarse *tradicional* de los Juegos Florales.

En la vuelta á la tradición, en la regresión á lo pasado, está una de las más fuertes barreras que pueden oponerse á esa fiebre innovadora, que sería legítima y plausible si trajese entre sus novedades algo bueno, algo aprovechable siquiera, que debe ser objeto de severa condenación desde el momento en que destruye sin crear y trata de substituir á lo hermoso con lo grotesco.

Pero no es esa la única razón de la conveniencia de estos certámenes. En ningún orden de la vida debemos romper el lazo que nos liga al pasado: en el de las letras menos que en ningún otro. El pasado engendró al presente, como el presente engendra al porvenir. El hombre necesita saber de dónde viene y á dónde va. La solidaridad humana no se interrumpe ni cesa. Los pueblos y las razas no son sino grandes familias... ¿y en qué familia no se respeta la tradición? Romper con el pasado paréceme como renegar de la memoria de nuestros padres. Cierto que el correr de los tiempos trae consigo el cambio en las costumbres; que el hijo no tiene la obligación de hacer lo que el padre hacía, pero ¡ay del hogar donde no existe el culto al progenitor!

No puede amar á su descendencia quien no amó á sus progenitores. Del mismo modo que todos amamos al porvenir, que es el legado de nuestros hijos, todos debemos amar al pasado, que fué la herencia de nuestros padres, y tan insensato como no mirar mucho hacia delante, donde están el porvenir y el progreso, es no mirar alguna vez hacia atrás, donde están la tradición y la historia.

Sólo en esta armonía, en este enlace, entre *lo que fué y lo que será*, encuentran los pueblos, en todas las esferas de la vida, el camino de su grandeza.

Y para probarlo y para que no se dé torcida interpretación á mis palabras, citaré un ejemplo: Inglaterra.

Ved el Parlamento inglés. Es el Parlamento de un pueblo libre y poderoso; es el que ha enseñado á todos los pueblos de Europa el moderno derecho parlamentario. En él caben todas las ideas y todas las controversias, todos los progresos y todas las innovaciones... Pues en ese Parlamento, su presidente, el *speeke*, todavía se sienta en su sitial con la misma peluca y el mismo ropín con que se sentaban los presidentes de hace tres siglos. ¿Qué significa esto? Tal vez nada; tal vez mucho. Acaso una cosa baladí, un simple detalle de la indumentaria, un descuido, algo que se olvidó reformar allí donde tanto se reformó; acaso la historia entera de lo que representa la Cámara popular, el recuerdo visible de que el Parlamento de hoy es el sucesor del viejo Parlamento inglés, del que se sublevó contra Carlos I y echó la semilla de la libertad del país. Pero signifique una ú otra cosa, el hecho es que Inglaterra progresa y se desenvuelve, sin romper nunca del todo con la tradición; esto es lo que indudablemente pregona aquel ropón anacrónico, sentado en el más alto sitial del Parlamento.

Otro ejemplo de la misma Inglaterra. Reciente está en la memoria de todos el recuerdo de las fastuosas fiestas de la coronación del Rey actual. Fué aquello una resurrección completa de lo pasado. El siglo XX suspendió de pronto su vida y el XVII volvió á surgir á la vista de los hombres. Ceremonias, costumbres, vestiduras, todo cambió de repente en Londres y en la corte de Eduardo VII. Volvieron á lucir las pieles de armiño, los riquísimos mantos, las carrozas doradas, y el Rey volvió á presentarse ante sus súbditos, no como el Monarca constitucional de los tiempos presentes, asequible á todos y por todos tratado, sino como el semi-Dios, como el soberano oriental que, cubierto de pedrería, se digna recibir por un momento en homenaje de la adoración de la muchedumbre. Ese mismo soberano, aclamado el día antes frenéticamente por la multitud, era al otro día, según los periódicos, prosaicamente multado por un simple agente de policía, por llevar el coche más de prisa de lo prevenido en la Ordenanzas municipales. Esto, que en España tal vez se hubiese considerado como un delito de lesa mejestad, en Inglaterra no sorprendió á nadie. ¿Por qué? Porque allí el Monarca no es sólo el representante del poder hereditario; es al mismo tiempo un ciudadano, no superior en derechos á los demás, y sujeto, como todos, á la ley y á las Ordenanzas. ¡Feliz el pueblo

donde esto sucede! ¡Feliz quien encuentra esta hermosa armonía en lo presente y lo pasado! ¡Feliz quien no deja de mirar hacia atrás y va, sin embargo, siempre hacia adelante!

***

La misma importancia—ó quizá mayor todavía—que el elemento tradicional, tiene, como ya he dicho, en los Juegos Florales el *regional*.

Yo no sé qué tiene la palabra «regionalismo» que pone espanto en muchos corazones. Es decir, sí sé lo que tiene, pero no me explico que lo que es manifestación robusta y necesaria de vida, pueda confundirse por nadie con ciertos intentos tan absurdos como odiosos. Es verdad que bajo la máscara del regionalismo han pretendido ocultarse á veces proyectos criminales de disgregación de la patria, sólo asociados por exiguas minorías; pero ¿qué tiene que ver eso con el regionalismo verdadero? ¿Qué tiene que ver el rostro con la carátula?

El regionalismo no sólo no se opone á la vida normal y vigorosa de un país, sino que es, por el contrario, lo que la constituye, como los diferentes órganos y las distintas partes del cuerpo constituyen al hombre. No se forma éste sólo de la cabeza ó del corazón, del tronco ó de los brazos, sino que el tronco y las extremidades y los brazos y la cabeza juntos, forman al ser humano, tan diferente en sus partes como indivisible en su unidad. Pues eso mismo vienen á ser las regiones con relación á la patria. No son un conjunto de comarcas uniformes en su naturaleza ni en sus costumbres, como no es el cuerpo un conjunto de órganos simétricos, destinados á realizar las mismas funciones. El hombre no es el cerebro, ni la sangre, ni los nervios, ni los músculos: es la unión de todas estas cosas España no es la región levantina, ni la catalana, ni la aragonesa, ni la manchega, ni la cantábrica, ni la andaluza, ni la castellana: es la unión de todas ellas. No separéis los órganos de un cuerpo; no tienen vida sino unidos: no separéis las comarcas de un país; no pueden existir sino juntas.

La vida del cuerpo no la forman sólo el riego sanguíneo, ni el influjo nervioso, ni la resistencia muscular. Tanto hace por ella la fuerza del corazón empujando á la sangre, como la vena humilde llevándole á las extremidades del organismo. Pues tanto hace por la vida de España quien lleva á ella torrentes de sangre arterial, como quien humildemente la reparte por los confines de la patria. No representa más en el organismo español Aragón que Castilla, Andalucía que la Mancha, Galicia que Cataluña. Una pone sus bríos y su resistencia; otra sus heroísmos tradicionales; otra el vigor de su pensamiento; otra sus hábitos de trabajo; otra su alegría; otra su tristeza: todas ponen algo para la existencia nacional, que en ninguna de ellas está vinculada separadamente.

Del funcionamiento normal de todos los órganos, surge la vida del cuerpo, una é indivisible: de la unión de todas las regiones surge una é indivisible también, la vida de España.

***

Y llego con esto á la última parte de mi disertación, sin duda la más necesaria, puesto que todo sería lícito tratándose de unos Juegos Florales, menos olvidar decir algo sobre el lema que tienen estas fiestas desde su creación; sobre el poético y hermoso «Patria, Fides, Amor».

Estas tres palabras, ó por mejor decir, estos tres sentimientos, eran para los trovadores de Provenza, padres de estas justas, los más puros, los más hondos del corazón, los únicos dignos de ser cantados por los poetas que aspiraban al premio en el certamen.

Y no se equivocaban, en verdad.

Difícilmente podrán encontrarse tres sentimientos más nobles; difícilmente podrán encontrarse tres palabras más hermosas.

¡Patria, Fides, Amor!...

¡Patria, esto es, el conjunto de tradiciones y de leyendas, la identidad de origen y de aspiraciones, la comunidad de idiomas y de pensamiento, de de amores y de creencias; el hogar en que nacimos, el recuerdo de nuestra niñez, la tierra que nos sustenta y que nos cubrirá, la madre común en cuyo regazo nos abrazamos todos...

Fides, esto es, fe ó fidelidad: la fe del creyente, la fidelidad del caballero; lo que disipa las nieblas del porvenir, rompiéndolas con los rayos del sol de la esperanza; lo que dignifica las acciones humanas, prestándoles el sello de la nobleza y de la hidalguía; la confianza en días mejores; la seguridad de merecerlos por la rectitud del proceder. ¿Cuál de las dos acepciones de la palabra es más bella? No es fácil decirlo.

Y por último: Amor! esto es, amor, la voz mágica, el origen de la vida, la ley eterna del mundo... lo que es suavidad en las cosas, atracción en los seres, sonrisa en los labios, dulzura en el alma: la necesidad suprema de cuanto alienta; la alegría del niño, el calor del viejo, el ideal del hombre, el destino de la mujer; lo que acerca, lo que funde, lo que consuela, lo que embellece el vivir. «Suprimid el amor y el mundo se acabará», dijo el poeta. Y es cierto, porque la ley de la atracción—ó lo que es lo mismo, la ley del amor—es la que sostiene á los orbes en el espacio. Pues yo digo más; yo digo: «Quitad el sol y puede que la tierra siga existiendo; quitad el amor y seguramente dejará de existir».

Pero con ser tan profundas y consoladoras todas estas significaciones de las tres palabras del famoso lema, todavía tienen otra significación de mayor importancia para mí, que consiste en cierto sentido de actualidad—no os extrañe el concepto: de actualidad—que les da valor y realce extraordinarios.

Aclararé el pensamiento para que lo comprendáis.

Yo, señores, sin entregarme á los desalientos de un negro pesimismo, tan perturbador y engañoso como el ciego optimismo á que durante mucho tiempo estuvimos entregados, soy de los que entienden que España está, en muchos órdenes de la vida, muy distanciada de los demás pueblos de Europa, y que este atraso—del que antes no queríamos darnos cuenta y que ahora apreciamos exageradamente—ha producido cierta depresión en el alma española, que no se armoniza con el deseo de mejoramiento y rehabilitación que todos abrigamos.

D. Juan Antonio Perea, gobernador civil de Albacete.

(Fot. de Linares, hermanos).

Como amante de mi país y como hombre político—que aunque la malicia entienda, en muchos casos con razón, que estas dos palabras son antagónicas, todavía hay hombres políticos que son amantes de su país—yo he pensado mucho en las causas del mal y sobre todo he pensado en cuáles podían ser sus remedios. ¿Qué español no tiene para esto su receta? ¡Ojalá pudieran probarse todas para que averiguásemos cual es la eficaz!

Juntábase estos días en mi imaginación este pensamiento, que nunca me abandona, con el pensamiento de los Juegos Florales, y discurriendo sobre ambas cosas á la vez, me he llegado á preguntar en más de una ocasión, si los trovadores provenzales tendrían el presentimiento de lo que iba á ser la España actual. Porque de tal suerte el lema de sus Juegos se adapta á las necesidades de este momento histórico, de tal suerte está en esa tres palabras el remedio de los males presentes, que ha lugar á sospechar que aquellos poetas tuvieron la visión del porvenir.

¡Patria, Fides, Amor!...

Robusteced estas ideas, haced que germinen estos sentimientos, arrojadlos en el alma de los españoles, y veréis cómo acaban vuestras desventuras, cómo recobra España su perdida grandeza.

Pero no tratemos de engañarnos como hasta aquí, no confundamos el hermoso sentimiento de Patria con la vacua garrulería; no creamos que ser patriotas es hacer frecuentes ejercicios de retórica barata en la mesa del café—cuando no en más elevadas tribunas—enumerando glorias pasadas, fácilmente aprendidas en cualquier epítome de historia, y uniendo á eso algunas consideraciones sobre la actual decadencia, de la que todos culpamos á los demás y nadie se culpa á sí mismo. No. Ser patriota no es hablar de las Navas y de San Quintín y de Lepanto, dejando entrever, con encantadora modestia, el orador que él se siente capaz de emular y aun de obscurecer aquellos triunfos, pero que no se lo permite el decaimiento de una raza agotada, sin más excepción que su persona. Virtud es el patriotismo que, á semejanza de todas las virtudes verdaderas, no gusta de ostentación. Como todo culto del corazón, casi se profana saliendo con frecuencia á los labios. Del mismo modo que la virgen no se ufana de su pudor, porque es algo inconsciente, algo que ella misma ignora—y en eso consiste su encanto—, el verdadero amante de su patria debe ignorar su amor, tenerlo oculto y no profanarlo con la exhibición.

El patriotismo es el esfuerzo paciente, continuo, de la voluntad; es el sacrificio de los egoísmos, de las concupiscencias y de las bastardías, hecho en el altar de la Patria; es el fin del particularismo y del espíritu de clase; es el bien común antepuesto á la propia conveniencia; es ser buenos hijos, esto es, amar á la madre antes que á todo. Mientras los españoles no olvidemos que somos políticos, y somos magistrados, y somo militares, y somos marinos, y somos sacerdotes, y somos maestros, y somos agricultores, y somos comerciantes, para no recordar sino que somos españoles, no habremos encontrado la receta que cure nuestros males. En ese olvido está el verdadero sentimiento de la Pa-

tria. Por eso he dicho, que el lema de los Juegos Florales es el germen de nuestra reconstitución.

Pero no es eso sólo lo que el deber nos pide para el engrandecimiento de España: pídenos también que arrojemos esta carga del pesimismo, que desde hace algún tiempo nos abruma; que volvamos á confiar en el porvenir y en nosotros mismos; que tengamos fe... No la fe del que espera inmóvil que le caiga del cielo, como lluvia benéfica, la fortuna—el *maná* cayó una vez sobre un pueblo, pero yo no tengo noticia de que haya vuelto á caer sobre ningún otro—sino la *Fides* del lema provenzal, la fe de un pueblo que confía en sus destinos, porque confía en su esfuerzo y en su voluntad. Sin la esperanza del triunfo no debe irse á la batalla; en cambio, con ella la victoria es segura. La fe no es sólo la visión de lo futuro: es también una especie de sugestión que presta al hombre fuerzas sobrenaturales. La religión tiene mártires, porque inspira fe, y el mártir es el único soldado invencible, porque es el único que desprecia la muerte. Tengamos fe en el engrandecimiento de la Patria y lo conseguiremos. ¡Lejos de nosotros el pesimismo! ¡Arriba el corazón! ¡Patria! ¡Fides!

Y completemos el lema con la última y la más hermosas de sus palabras, con la de mayor aplicación á la psicología nacional. ¡Amor!—Sí; amémonos los hermanos, los hijos de la madre común; depongamos nuestras divisiones y rencillas; no nos miremos como enemigos; ayudémonos unos á otros; reconciliémonos con lo español; no guardemos todo nuestro entusiasmo para lo que viene de fuera. El amor es unión y la unión es fuerza. Sólo con la fuerza incontrastable de la unión, encontraremos los españoles el camino de la prosperidad y de la grandeza. Bastante tiempo hemos dado al mundo el espectáculo de nuestras discordias: démosle desde ahora el de nuestra unión: bastante tiempo hemos pasado odiándonos; empecemos á amarnos desde ahora.

***

He llegado al fin de mi tarea.

Y para acabar como empecé, á vos, Señora, vuelvo á dirigirme; que así como en vos saludé á todos al comenzar, en vos quiero despedirme de todos al concluir.

Pero no debemos separarnos, ni debe terminar vuestro breve reinado sin que procuremos que quede de él algo útil, algo provechoso.

Y os diré lo que se me ocurre para conseguirlo.

Puesto que aún dura esta poética ficción y aún sois la Reina, de la que todos nos tenemos por súbditos, ejercitad el último acto de vuestra soberanía, y antes de bajar de ese trono, exigid de nosotros una promesa—todos os la haremos.—¿Quién podría negarse á lo que es á un tiempo ruego de mujer y mandato de Soberana?

La promesa que habéis de exigirnos, es la de que á partir de este momento, todos hemos de trabajar por la realización del hermoso lema que ahora nos une y con el cual, por bandera, debe acometerse la gran obra de la reconstitución de España.

Haced que todos lo juremos y juradlo vos misma.

La suma de los esfuerzos individuales forma el poderoso esfuerzo colectivo, único eficaz para dar cima á estas grandes empresas, y en esa suma todo se cuenta, se aprovecha todo, no hay ningún factor despreciable.

Adquiramos, pues, este solemne compromiso, con la decidida voluntad de no olvidarlo nunca, y vos al arrancar de vuestra frente esa corona, yo al bajar de esta tribuna, todos al salir de este recinto para volver á la normalidad de la existencia y á las asperezas de la diaria labor, trabajemos desde hoy por la realización de ese ideal. Ayude á la acción perseverante del hombre, la influencia decisiva de la mujer, al sabio el indocto, al grande el humilde, y en el hogar, en la cátedra, en el taller, en el campo, en todos los órdenes de la vida, juntémonos en el noble propósito, que al fin realizaremos—de procurar el engrandecimiento de nuestra España adorada—unidos siempre bajo el lema que nos ha congregado en el día de hoy: *¡Patria! ¡Fides! ¡Amor!*

HE DICHO

***

Distinguiéronse en la organización de los Juegos Florales, los señores Moreno Celis y Ruiz Alcázar, á quienes se les concedió por sus compañeros de directiva un voto de confianza, á fin de que practicaran las gestiones necesarias para el mejor éxito de la fiesta; el señor Perea, gobernador civil de la provincia, merced á cuyas iniciativas y actividad llegó á honrarse dignamente en la capital de Albacete la memoria de Miguel de Cervantes; el presidente de la Diputación D. Carlos Domingo, el vicepresidente de la comisión provincial y director de *El Defensor de Albacete*, D. Juan García Más y el alcalde D. Gabriel Lodores.

ALICANTE

DIERON comienzo las fiestas en Alicante con el acto de descubrir la lápida conmemorativa del Centenario, costeada por el Ayuntamiento, obra del notable artista alicantino D. Vicente Bañuls.

D. Vicente Bañuls, autor de la lápida conmemorativa del Centenario.

Al solemne acto asistieron comisiones del Municipio, del Ejército, de los centros de enseñanza, obreros, etc.

El alcalde accidental D. Luis Pérez Bueno, pronunció una sentida alocución enalteciendo la figura literaria de Cervantes, y á los acordes de la Marcha del *Tannhäuser* fué descubierta la lápida, prorrumpiendo el público en vivas á España y á Cervantes.

El acto resultó muy hermoso.

***

En el salón de sesiones del palacio municipal, tuvo lugar el ocho de Mayo el acto literario que para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, organizaron los centros docentes de Alicante.

Lápida conmemorativa inaugurada en Alicante durante las fiestas del Centenario.

Presidió el solemne festival, el Sr. D. Niceto Cuenca, director del Instituto general y técnico, ocupando su derecha el alcalde accidental Sr. Pérez Bueno, y el director de la Normal de Maestros, estando á su izquierda el director de la escuela de Comercio y la directora de la Normal de maestras; tomando asiento en el estrado numerosa representación del profesorado de los referidos centros oficiales y de los particulares, de las escuelas de instrucción primaria y de las siguientes corporaciones:

Ayuntamiento, Diputación provincial, Cabildo Colegial, Audiencia, Cuerpo Consular, Ateneo, Asociación de la prensa, Cámara de Comercio, etc., etc.

Dió comienzo la festividad por un elocuente discurso del catedrático de Preceptiva literaria del Instituto, Sr. Carpintero, acerca de la publicación de QUIJOTE, de la vida de Cervantes y de su

admirable obra. Tras del estudio literario del señor Villar, que publicamos á continuación, leyó el señor Llorente un erudito y ameno trabajo del profesor de la Escuela de Comercio Sr. Real Magdaleno, al que siguió la lectura de una hermosa sátira en verso, dirigida á Sancho, del catedrático Sr. J. de Cisneros, y de un soneto á Cervantes, del ilustrado ciego alicantino señor Juts, autor de la única edición del QUIJOTE para ser leida por los ciegos.

La profesora de Música de la Normal de Maestras Srta. Miquel, amenizó el acto ejecutando al piano, de modo magistral, varias sonatas clásicas de autores del siglo XVII, y después de conferirse á la profesora D.ª Regina Pérez Alemán el diploma obtenido en el certamen literario abierto por la Normal de Maestras, cerró tan amena solemnidad el Sr. Cuenca, con un hermoso discurso resumen, sobrio, sencillo y profundo, modelo acabado de buen decir, de fino humorismo y de marcado sabor cervantino.

He aquí ahora el discurso del Sr. Villar (D. Ernesto).

Cervantes, altísimo poeta.

Resultan siempre grandiosas las manifestaciones de la cultura, y son al par conmovedoras estas fiestas de la inteligencia, en las que se rinde culto al Genio: ese destello purísimo de la grandeza divina.

¡Bien hayan los pueblos que, al honrar de tal modo sus legítimas é imperecederas glorias, procuran al espíritu tan deleitables esparcimientos!

Hoy, España, esa patria nuestra tan querida cuanto malaventurada, saliendo de su punible y habitual indolencia; haciéndose superior al medio en que desesperanzada vive largos años; dando una consoladora é inesperada muestra de no extinguida vitalidad á través de su enervante fatalismo, eleva unánime su voz potente y majestuosa para entonar á coro, en armoniosos y vibrantes conceptos, himno de gloria en holocausto al que fué en vida Príncipe insigne de los ingenios españoles: el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra.

¡Plegue á Dios que esta grandiosa manifestación del sentimiento patrio en un mismo punto y momento hacia uno de sus más preclaros hijos; que esta espontánea y general glorificación al genio del escritor incomparable, sirva en los comienzos de la vigésima centuria de nexo glorioso entre las pretéritas grandezas que su augusto nombre evoca y los insaciados y justísimos anhelos de una resurrección salvadora por tanto tiempo mecida ¡ay! en brazos de la solícita esperanza!

Y expuestas estas ingenuas manifestaciones de hijo amantísimo hacia la triste madre patria, sugeridas por las añoranzas de un pasado de glorias y grandezas, al que vive indeleblemente unido el preclaro nombre del portentoso genio á quien hoy juntos festejamos, permitidme benevolentes que me atreva á intentar lo que ha de serme muy difícil conseguir.

Nadie con más justa causa, como yo lo pretendo de vosotros, suplicó nunca por anticipado la indulgencia. Otorgádmela, pues, y perdonad el inexcusable atrevimiento, en gracia siquiera á la bonísima intención que en tales andanzas me ha metido.

Y ya que los apremios de la amistad de un lado y la antigua y arraigada devoción mía por el Manco inmortal de otro, me llevaron á echar sobre mis débiles hombros pesadumbre tan excesiva, seré breve, compensando así lo grande del atrevimiento con la cortedad del discurso.

Y entremos en materia.

Aunque devotos ferventísimos, como dejamos consignado, del preclaro autor del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, libro inmortal, cuya publicación festejamos, llamado á perdurar mientras el hombre rinda en el mundo culto á la belleza, y el sentimiento artístico impere en las leyes del buen gusto, y del que muy justamente pudo decir el famoso poeta entreverado

«Libro en mi opinión divi-
Por lo bello de lo humá-»,

no somos de los que llevados de un exceso de adoración idolátrica, más perniciosa que acertada y conveniente, calificada en justicia por el sabio polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo de *fetiquismo cervantista*, atribuyen al egregio novelador «singulares ideas científicas y estudio positivo de todas las ciencias y artes, liberales y mecánicas, claras y obscuras, con muchas trascendencias y marañas filosóficas, que, á ser ciertas, convertirían el QUIJOTE, de libro tan terso y llano como es, en la más enojosa de las enciclopedias» (1); antes bien, abrigamos la honrada convicción de que son arbitrarias é irreflexivas tamañas suposiciones, y estimamos, en consecuencia, que los innumerables comentaristas de las obras de Cervantes, y muy especialmente los del QUIJOTE (salvando la buena intención), más han contribuido á obscurecer su claridad meridiana que á iluminar y difundir los deleitosos encantos y

(1) Menéndez y Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España.*

primorosas donosuras de sus páginas inmortales.

No negaremos que Cervantes, con la clarividencia propia del *genio*, en sus atisbos alcanzara á ver, á conocer, y aun á adivinar lo que los tristes mortales privados de tan maravilloso don podemos sólo aquistar por medio del prolongado y paciente estudio, unido á los esfuerzos de la voluntad. Pero de esto á suponerle tan consumado teólogo como eminente jurisperito; tan afamado geógrafo como entendido médico ó profundo matemático, etc., es querer sacar las cosas de quicio; es olvidar que Cervantes, *ingenio lego* (como entonces se calificaba á los que carecían de títulos académicos), no podía hallarse en posesión de otros conocimientos científicos que los vulgares y corrientes en la cultísima sociedad de su tiempo; y así los expone y divulga siempre llanamente, sin artificios escolásticos, ni atildamientos magistrales, en todos sus peregrinos escritos, que si brillan, conmueven y seducen, más que por la calidad del fondo, es ciertamente por su incomparable forma; esto es, por su galanura poética y rotunda elocución.

D. Ernesto Villar.

Por tanto, en nuestro modo de sentir, los que así discurren y proceden, empeñados en ver y admirar tan sólo en la hermosísima obra literaria cervantista lo accesorio, con preterición injustificada de lo principal, imitan seguramente al donoso héroe manchego en lo de tomar por descomunales gigantes las movibles aspas de los molinos de viento, y considerar los acompasados golpes de los mecánicos batanes por misteriosos trabajos de cíclopes, titanes y otros subterráneos moradores, fruto legítimo todo de sus malsanas, continuas y empecatadas lecturas.

Y aquí, lo preferido y lo principal es, que Cervantes, más alabado quizás que conocido en toda la extensión de su imperecedera obra literaria, fué ante todo y sobre todo, altísimo poeta, *artífice incomparable de obras de imaginación*, con lo que le basta y sobra para haber alcanzado justamente la inmortalidad.

¿Cómo no, si á esta privilegiada condición, por nadie superada; á esta exuberancia de la riquísima fantasía de su mente creadora; á este don envidiable de su exquisita sensibilidad y de su temperamento artístico, debió sólo sus portentosas disposiciones de singular novelista y de narrador admirable?

Yerran seguramente los que esto olvidan; y los que, confundiendo de modo lastimoso el fondo con la forma con indisculpable ligereza, niegan á Cervantes el legítimo dictado de poeta, sin reparar en su ceguera que, como afirma muy justamente el repetido Sr. Menéndez y Pelayo, «el Ariosto, Shakespeare y Miguel de Cervantes, son los tres grandes poetas del Renacimiento, que encarnaron en sí toda la grandeza de aquel período de transformación y de plenitud humana».

¿Qué otra cosa, qué poesía, es decir, «oro purísimo de inestimable precio» son el número, la cadencia, la armonía y el no igualado manejo del hipérbaton de la prosa estética de Cervantes?

¿Qué otra cosa que deliciosísima poesía es la que á raudales brota de sus incomparables invenciones, por ninguno superadas, y con estro tan divino referidas?

Nadie medianamente versado en achaques literarios que tenga alma y que sepa sentir, negará al QUIJOTE su altísima cualidad de sublime concepción poética sin estar escrito en verso. En cambio, tan sólo los privados de sentimiento artístico, apreciarán como obras poéticas, entre otras muchas, á pesar de su lenguaje rítmico, la *Cirugía Rimada* del Maestro Diego de Cobos y la *Argentina* de Martín Barco Centenera.

Seguramente Cervantes, como dejamos dicho, fué, ante todo y sobre todo, altísimo poeta; y de serlo se preciaba, como se desprende de sus propias declaraciones al escribir:

«Desde mis tiernos años, amé el arte
Dulce de la agradable poësía
Y en ella procuré siempre agradarte.»

Y esta manifestación es tan cierta, que en todas sus hermosísimas creaciones, novelescas ó dramáticas, campea siempre, en primer término, el *poeta* en toda la plenitud de su potencia creadora, de su gallarda fantasía y de su estro maravilloso; ora emplee como medio expresivo de sus poéticas ideas la prosa (siempre estética), ora se sirva del lenguaje rítmico.

Ser poeta, y que como tal le consideraran sus coetáneos, fué la obsesión constante de su existencia. Así, que de todas las diatribas de sus envidiosos y no escasos detractores, ninguna hiriole tan á lo vivo como la del impertinente Villegas, cuando

en una ramplona composición defendiendo al no ofendido Argensola, y al que Cervantes seguramente alabó siempre con exceso, en los tan conocidos cuanto ridículos versos le dijo con despiadada crueldad y manifiesta injusticia:

«Irás del Helicón á la conquista,
Mejor que el mal poeta de Cervantes
Donde no le valdrá ser Quijotista.»

De estas genialidades propias de todos los tiempos, y que tan al desnudo presentan las pequeñas miserias de los hombres por muy eminentes que sean ó que de serlo presuman, abundando en el criterio del ilustre y celebrado marqués de Valdegamas, hay que apartar la vista con horror y el estómago con asco.

¡De qué manera tan diferente á la de Villegas y consortes conceptuaba la poesía y su ejercicio el gran Cervantes! ¿Queréis recordar acerca de este punto el delicioso coloquio de Don Quijote con el Caballero del Verde gabán? Escuchadme: (Parte segunda, cap. XVII.

«La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas dondellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de la virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni de estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebella y humilde; que todo aquél que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance doyme á entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escriben en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezclados la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.»

El peregrino concepto de este arte deleitoso, con tan admirable galanura expresado, guarda estrechas relaciones de consanguinidad con la breve y no menos deliciosa descripción que en la *Gitanilla* hace también Cervantes de la poesía, suponiéndola «una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran, y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella se comunican».

Y como conducido por la mano, encaja ahora bien, en este punto, patentizar la injusticia de algunos doctos antiguos y modernos en atribuir á las palabras que consignó Cervantes en el prólogo de sus comedias, la exagerada extensión que no tienen, pues tomando muy al pie de la letra la opinión singular que respecto del egregio escritor tenía el *desconocido autor de nota* á que hace referencia el negociante librero, al espetarle tan en crudo «*que de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada*», con inexcusable ligereza lanzaron á los vientos de la publicidad la donosa afirmación de que Cervantes era tan mal versificador como buen prosista; afirmación que, de reata, han admitido en nuestro tiempo muchos como artículo de fe. ¡Mal versificador Cervantes, el consumado maestro del lenguaje castellano!...

Pero como quiera que del dicho al hecho hay largo trecho, y el *Magister dixit*, merced á la importancia concedida al raciocinio crítico, quedó felizmente relegado á la simple categoría de muletilla escolástica de los tiempos medioevales, por lo que no caben hoy afirmaciones gratuitas sin ir acompañadas de su respectiva demostración; menos fáciles nosotros que los antiguos en conceder y afirmar por la palabra del maestro, y más diligentes en persuadir con el auxilio de las pruebas, como único medio de lograr el completo convencimiento, trasladamos á continuación algunos sonoros y flúidos endecasílabos, tomados de su *Viaje del Parnaso*, para derrumbar con ellos la aventurada opinión de esos doctos, á quienes sin duda alguna, ni emocionan ni conmueven las bellezas melódicas de la rima y las galas primorosas del lenguaje rítmico, tan deleitosamente combinados en ellos, describiéndonos una vez más la Poesía.

Helos aquí:

«Las yerbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores.
Las piedras el valor que en sí encerraban,
El santo amor castísimos amores.»
. . . . . .
«Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del día
La noche, y en la noche más obscura
El alba bella que las perlas cría.
El curso de los ríos apresura
Y le detiene: el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da victorias, y victorias quita.
Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores
El mal sus lutos y el placer sus fiestas.
Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tíbar, Hibla su dulzura,
Galas Milán y Lusitania amores.»
. . . . . .
«Son sus obras heroicas inmortales,
Las líricas suaves, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio.»
. . . . . .
«¿Puede ninguna ciencia compararse
con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?»

A quien de modo tan excelente maneja la tercia rima, y con tal galanura, fluidez, elegancia y rotundidad expresa en lenguaje rimado sus poéticos pensamientos, ¿cabe regatearle el merecido dictado de habilísimo y primoroso versificador?

¿Y que diremos del famosísimo soneto con estrambote, dedicado al Túmulo del Rey Felipe II en Sevilla, considerado por el propio Cervantes «como honra principal de sus escritos»?

«Voto á Dios, que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ó gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente—,
Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente—.
Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.»

¿Se ha escrito nada mejor en verso en el idioma castellano?

No aumentaremos los ejemplos de otros felices y lozanos versos de arte menor, en rima perfecta y asonante, interpolados en sus novelas, y que tanto abundan en sus comedias, por no hacer interminable este somero estudio.

Pero ante tan elocuentísimas muestras, fuera imposible negar á Cervantes, con la condición de altísimo poeta, la de versificador admirable, al igual que lo fueron, seguramente, Lope de Vega, los hermanos Argensola, Tirso de Molina, Jáuregui, Alarcón, Virués, Guillén de Castro, Artieda y otros de la numerosa pléyade de líricos y dramáticos afiliados á las escuelas salmantina, sevillana y aragonesa de aquel glorioso siglo de oro de nuestra literatura, con iguales bellezas y defectos y los mismos primores é incorrecciones, como amamantados todos en el misticismo y el erotismo poético de Raimundo Sabunde y de León Hebreo, entonces imperantes.

No negaremos, sin embargo, que dada la excelencia de su rotunda é inimitable prosa, exceda ésta en mucho á sus versos; pero la superioridad elocutiva de aquella forma tan peculiar suya, en la que no ha tenido rival, no autoriza ciertamente

para anular sus felices disposiciones de versificador, ya que su privilegiada condición de altísimo poeta ha ceñido á su frente los laureles de la inmortalidad.

Y de Cervantes, como poeta dramático, ¿qué diremos?

Examínense una por una sus no muy conocidas obras dramáticas; véanse sus diálogos, la disposición de la trama, su división en jornadas, su versificación con sus interminables relaciones é inverosímiles soliloquios; sus discreteos, equívocos, retruécanos, aliteraciones y absurdidades de tiempo, de lugar y de acción, envuelto todo en un ámbito de española gentileza, genuinamente nacional; cotéjense con las de los otros ingenios sus coetáneos, y dígasenos en qué estriba la diferencia, pues confesamos no haberla hallado á pesar de sus tradicionales doctrinas literarias y de su severa crítica, poco justificada, del teatro y de las comedias de su tiempo. Aunque olvidadas por la avasalladora supremacía del monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, que se alzó con la monarquía cómica y fué dictador omnipotente del teatro, las obras dramáticas de Cervantes, escritas en su juventud (tragedias, comedias de capa y espada, de intrigas y entremeses, cuyo número exacto es desconocido), debemos hacer notar, según la propia declaración del autor consignada en el prólogo de las que fueron impresas en su ancianidad, que todas ellas se *recitaron*, ó, lo que es lo mismo, se pusieron en escena *sin que se les ofreciese* (como al parecer era costumbre para premiar las malas), *ofrenda de pepinos ni de cosa arrojadiza;* antes bien, dice Cervantes *que corrieron su carrera sin silbos, gritas, ni baraúndas;* demostración palmaria de su bondad y del agrado con que fueron indudablemente recibidas antes de la aparición de Lope de Vega.

D. Antonio Galdó Chapuli, Presidente de la Asociación de la Prensa de Alicante.

Estimamos que el teatro de Cervantes merece en justicia ser más estudiado y conocido para formar juicio exacto y verdadero de las relevantes bellezas que atesora. Lástima grande que por haberlas condenado *á perpetuo silencio arrinconadas en un cofre* el propio Cervantes, ante la veleidosa conducta de los autores y faranduleros de su tiempo, hayan desaparecido sus comedias *La Confusa* (señalada por buena entre las mejores), *La gran Turquesca, La batalla naval, La Jerusalem, La Amaranta, El bosque amoroso* y *La bizarra Arsinda,* cuyos títulos han llegado á nosotros por haberlos dejado consignados su autor en la *Adjunta al Parnaso,* y de las que dijo que á no ser suyas le parecieran dignas de alabanza.

Hoy, sólo se conservan impresas, reconocidas por auténticas de Cervantes, las siguientes obras dramáticas: la tragedia *La Numancia,* las comedias *El trato de Argel, El gallardo Español, La casa de los celos, Los baños de Argel, Pedro de Urdemales, El rufián dichoso, La gran sultana, El laberinto de amor* y *La Entretenida,* y los picarescos, chispeantes y donosísimos entremeses *Los dos habladores, La elección de los Alcaldes, La cárcel de Sevilla, El juez de los divorcios, El retablo de las maravillas, El hospital de los podridos, La Cueva de Salamanca, El rufián viudo, El vizcaíno fingido, La guarda cuidadosa* y *El viejo celoso.*

No terminaremos este deslavazado estudio sin poner de relieve como última fase del ingenio inmortal á quien festejamos, y cuya memoria glorifica en estos instantes España entera, sus relevantes cualidades de poeta místico.

D. Juan Macho Moreno, Director de la Escuela Normal de Maestros de Alicante.

Oid las sublimes invocaciones á la Virgen María, de los esclavos redimidos, con las que finaliza bellísimamente su comedia *El Trato de Argel:*

ESCLAVO 1.º

«Vuelve, Virgen santísima María,
Tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
A los tristes que lloran noche y día,
Y riegan con sus lágrimas el suelo;
Socórrenos, bendita Virgen pía,
Antes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura».

ESCLAVO 2.º—«En vos, Virgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto, cierta guía,
Virgen entre las Vírgenes primera;
En vos, Virgen y Madre, en vos confía
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que me habréis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos».

AURELIO.—«Si yo, Virgen sagrada, he conseguido
De tu misericordia un bien tan alto,
¿Cuándo podré mostrarme agradecido
Tanto, que al fin no quede corto y falto?
Recibe mi deseo, que subido
sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
Que toque, ya olvidado deste suelo,
El alto trono del empíreo cielo».

¿No es verdad que la dulzura mística de tan sentidas octavas reales, sólo puede compararse á los deliquios poéticos de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León?

Hemos terminado.

¡Gloria inmortal al gran Cervantes, al valeroso soldado que en la famosa palestra naval de Lepanto *perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra; al manco sano, al famoso todo, al escritor alegre, y, finalmente, al regocijo de las Musas.*

* * *

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Alicante, celebró con una velada las fiestas del Centenario del QUIJOTE.

Doña María del Amparo Hidalgo, Directora de la Escuela Normal de Maestras de Alicante.

En ella leyeron hermosos trabajos, estudiando la personalidad de Cervantes y del Ingenioso hidalgo, los señores D. Juan B. Domínguez Seguí, D. Eduardo Irles, D. Heliodoro Carpintero y D. Luis Pérez Bueno. También se leyeron unos muy inspirados versos de D. José Mariano Milego.

El presidente de la Asociación de la Prensa de Alicante, D. Antonio Galdó Chápuli, dió lectura á un hermoso discurso, del que publicamos los siguientes párrafos.

«Son los periódicos hoy la fuente de manantial más abundoso para el historiador y para el polígrafo. En ellos recogen los datos que les han de aprovechar para sus narraciones y filosofías. Los periódicos sirven de espejo fidelísimo á todos los acontecimientos que son anotados en sus columnas día por día, hora por hora, minuto por minuto, sin que nada escape á la perspicacia del *reporter* ó á las reflexiones del escritor que mide y pesa los sucesos, prestándoles el calor de su estudio y el sello genial de su saber y de su estilo, registrándolos para que así pasen á la posteridad y sirvan de alimento á la crónica, que sin el auxilio del periódico habría de reducirse á la *artificial verdad* de los archivos.

Pues de este elemento nuevo, de este medio de divulgación social tan extraordinario, se carecía en aquel siglo que vió volver de Esquivias á Madrid triste y enfermo á aquel á quien arremetió el estudiante del prólogo del *Persiles* para saludarle exclamando: «Sí, sí, éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas.»

Pero si entonces se carecía de la hoja diaria, no dejaban de anotarse los acontecimientos y reflejarse en obras que, como el QUIJOTE, recogían todas las palpitaciones de la vida, dando cabal y exacta idea del estado social, político y económico de la época.

Las relaciones de familia, los procedimientos criminales, la potencia intelectual, la idea del honor, el concepto de la dignidad personal, el régimen de privilegio, todo pasa como en admirable cinta cinematográfica por el libro de Cervantes, encarnado en la venerable y honesta figura de un hombre de tan buenas prendas como el caballero del Verde Gabán, simulado en la aventura de los galeotes, retratado con la ironía de la desgracia en el castillo de los Duques y sobre todo, en el buen natural de Sancho y en las andanzas de Don Quijote en continua conversación, plagada de enseñanzas, con cabreros sencillos, duquesas burlonas, doncellas maliciosas, pelaires de Segovia, agudos venteros, maritornes retozonas y barberos socarrones y porfiados.

Y en esas obras creadas conforme al patrón que marca la observación de la naturaleza y de la vida, busca el historiador de buena fe la fuente donde inspirarse para que sus narraciones y comentarios se aparten lo menos posible de la verdad contrastando en ellas las eruditas investigaciones recogidas en las bibliotecas.

Así en su conjunto, cumple el QUIJOTE la misión reservada ahora á nuestros rotativos.»

ALCOY

A las inteligentes iniciativas de D. Vicente Pascual, director de la Escuela Superior de Industrias, secundado por sus compañeros de comisión D. Francisco Laporta, don Adolfo Vilaplana, D. José Martínez, D. Timoteo Briet, D. Fernando Cabrera, D. José Abad y don Miguel Benito, débese que Alcoy haya celebrado dignamente el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

D. Vicente Pascual, presidente de la comisión organizadora de los festejos celebrados en Alcoy en honor de Cervantes.

Las fiestas se verificaron con arreglo al siguiente programa:

Día 7 de Mayo de 1905.—A las nueve y media de la mañana.—Inauguración del monumento á Cervantes en el paseo de su nombre (antes Explanada del Puente), con asistencia de las autoridades, comisiones, etcétera; canto por un nutrido coro de niños, del himno compuesto para este acto, premiado en público certamen, Misa de campaña y desfile militar por el regimiento de Vizcaya.

A las seis de la tarde.—Velada musical en dicho paseo é iluminaciones eléctrica y por gas en el mismo.

Día 8 de Mayo.—A las nueve de la mañana.—Solemnes honras fúnebres en honor del gran escritor, en la parroquia de Santa María, con asistencia de ambos cleros y á expensas de los mismos.

A las nueve de la noche.—Concierto musical en el referido paseo é iluminaciones, como el día anterior.

Día 9 de Mayo.—A las ocho y media de la noche.—Gran velada artística, dividida en tres partes:

1.ª A cargo de la Sociedad de Conciertos.

Inauguración del monumento.

2.ª Representación de la aplaudida comedia lírica, titulada *La venta de Don Quijote*, letra del señor Fernández Shaw, música del maestro Chapí, desempeñada por distinguidas señoritas y jóvenes de la localidad y la referida Sociedad de Conciertos.

3.ª Memoria descriptiva de los trabajos de la comisión organizadora; entrega de premios á los autores del himno laureado; lectura de una poesía alusiva al acto; canto de dicho himno y coronación del busto de Cervantes.

D. Fernando Cabrera, autor del monumento.

El monumento elevado al autor del QUIJOTE, de forma sencilla y elegante, es obra del Sr. Cabrera la parte escultórica, y de D. Vicente Pascual la arquitectónica. La parte escultórica es de bronce, y consta del busto del gran escritor, circundado de artísticos ramos de laurel, descansando sobre su inmortal obra el QUIJOTE, fundida en bronce también.

El pedestal, de estilo moderno, es de forma cuadrada con contrafuertes en los ángulos, compo-

Monumento erigido á Cervantes en Alcoy.

niéndose de tres cuerpos, basamento, fuste y capitel, destacándose su artístico conjunto sobre un montículo de tierra con caprichosas plantas y arbustos. En la parte anterior del fuste se lee la inscripción «Alcoy á Cervantes» y en la posterior «Año de MCMV».

En el acto de la inauguración, D. Vicente Pascual pronunció un elocuente discurso, para hacer entrega del monumento al Ayuntamiento de Alcoy.

ALMERIA

Con gran brillantez se celebraron en Almería las fiestas conmemorativas del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

La junta organizadora de los festejos estaba formada por las siguientes distinguidas personalidades:

Presidente, D. Esteban Angresola, gobernador civil.

Vocales: D. Enrique Martín Sánchez, director del Instituto General y técnico; D. Carlos López Redondo, director de la Escuela de Artes é Industrias; D. Hilario del Olmo, catedrático del Instituto; don José Rocafull de Montes, catedrático de la Escuela.

Secretario: D. Luis Brú y García de Herrero, catedrático de ambos Centros.

Las fiestas se verificaron con arreglo al siguiente programa:

Certamen literario sobre temas del QUIJOTE, convocado por el Instituto, entre los alumnos de los estudios generales y del magisterio, adjudicándose dos premios cedidos por el claustro de profesores de dicho centro de enseñanza.

D. Alfonso Delgado Castillo, catedrático del Instituto de Almería.

Concurso libre, anunciado por la Escuela de Artes é Industrias, para la presentación de proyectos de una lápida conmemorativa del centenario, proponiendo á la Diputación adquiera la premiada.

Colocación de la primera piedra de un pabellón de los nuevos establecimientos de Beneficencia, que se llamará «Pabellón Cervantes» y que llevará una lápida conmemorativa.

Estandarte de los alumnos de la Escuela de Artes é Industrias de Almería, que figuró en la manifestación ante el retrato de Cervantes.

Festival infantil con desfile de grupos escolares ante la fachada del municipio, donde se hallará el retrato de Cervantes, ante el cual se depositarán coronas.

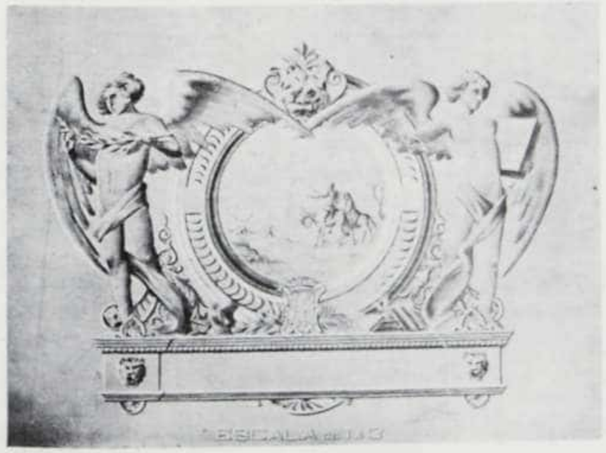
Celebración de una verbena en la plaza de la Constitución, con desfile de gremios y sociedades obreras, ante el retrato de Cervantes, asistiendo á dicha verbena el orfeón almeriense y la banda del Ayuntamiento.

D. Alberto Regúlez y Sanz del Río, catedrático del Instituto de Almería.

Dr. D. José Rocafull, presidente del Círculo literario y artístico de Almería.

Desfile de grupos escolares despositando coronas y ramos de flores ante el retrato colocado bajo dosel en la fachada de las Casas Consistoriales.

***



Proyecto del Sr. Alvarez Lloret, conmemorativo del tercer Centenario de la publicación del «Quijote» premiado en el concurso abierto por la Escuela de Artes é Industrias de Almería.

La fiesta celebrada en el Instituto resultó brillantísima.

En ella dieron lectura á muy hermosos trabajos, los Sres. D. Hilario del Olmo, D. Alberto Regúlez y D. Alfonso Delgado, catedráticos del Instituto, así como el director de dicho centro docente, D. Enrique Martín Sánchez Bonisana.

El Círculo Literario y Artístico de Almería acordó, por iniciativa de su presidente D. José Rocafull de Montes, tomar parte muy principal en la colaboración de las fiestas centenarias y repartir dos mil ejemplares del QUIJOTE entre los alumnos y alumnas de las escuelas públicas de dicha capital. Las fiestas celebradas resultaron brillantes, mereciendo elogios generales y siendo muy felicitados los iniciadores de ellas.

AVILA

El Instituto General y Técnico de Avila, que dirige el ilustrado catedrático D. Cándido Monares, celebró con una velada en honor de Cervantes, el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

En la hermosa fiesta leyeron muy notables trabajos, D. Julián Irurozqui, catedrático del Instituto, que dió lectura á un erudito discurso, «Don Quijote como parodia de los libros de caballerías»; el Padre Fr. Manuel Fernández, de la orden de Dominicos que leyó una hermosa poesía, «El barco encantado»; D. Emilio Hernández de la Torre que disertó sobre la «Popularidad de Don Quijote»; el Sr. Nanclares que leyó un precioso romance, «La veladura de las armas»; el señor Ortiz de Pinedo, jefe de estudios de la Academia de Administración militar, que leyó una oda, premiada ya en otro certamen poético, «A la batalla naval de Lepanto»; D. Samuel López, vicerrector del Seminario, que hizo un estudio psicológico, «La locura de Don Quijote»; el R. P. Arias, rector de Santo Tomás, que disertó largamente sobre el interesante tema «Cervantes hijo fidelísimo de la iglesia y gloria de España católica»; el presbítero D. Tristán Perrino, que leyó unos inspirados versos, «Al príncipe de nuestros ingenios D. Miguel de Cervantes Saavedra»; el canónigo penitenciario D. Pedro Ruiz, que pronunció un elocuente discurso sobre el sentido alto y trascendental del QUIJOTE, «El Quijote ante el ideal cristiano»; el señor Chamorro de Luis, que leyó una brillante composición poética, y el señor D. Luis Alvarez Morete que puso fin á la velada pronunciando un hermoso discurso, «Universalidad de la obra de Cervantes».

He aquí algunos de los trabajos leidos:

Cervantes hijo fidelísimo de la Iglesia
por el R. P. Fr. Evaristo F. Arias.

(FRAGMENTO)

Yo leo en Menéndez Pelayo: «El genio español muere y se ahoga en las prisiones de la herejía, y sólo tiene alas para volar al cielo de la verdad católica.» Yo leo al insigne Juan Valera, joya recientemente arrebatada á las castellanas letras; y este escritor, frecuentemente orientado en sentido modernista, y afiliado, como sabeis, al partido liberal en política, no vacila en escribir lo siguiente: «Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional así en preponderancia política como en ciencias, letras y artes, es la edad de mayor fervor cotólico, de la mayor intolerancia religiosa: el siglo XVI y el XVII.»

R. P. Fr. Evaristo F. Arias.

Pues si eso afirman, sin que sea posible rebatirlos, los prestigiosos autores de *Los Heterodoxos* y de *Pepita Jiménez*, claro es que el príncipe de nuestros ingenios, el coloso de nuestras letras, unió á su mérito como artista y como literato el mayor fervor cristiano y la mayor intolerancia religiosa, volando siempre á las alturas de la verdad católica. «Porque la intolerancia (nos dice el autor de las *Ideas estéticas en España*) es ley forzosa de la inteligencia humana en estado de salud, como la tolerancia es efecto de la debilidad ó eunuquismo de entendimiento; enfermedad, al fin, de épocas de escepticismo ó de fe nula, ya que la naturaleza humana (cuando se cree en posesión de la certeza, y la ama, añadimos nosotros) es y será eternamente, por sus condiciones psicológicas, intolerante.»

Y por Dios, que decir de Cervantes, que fué, ó un garbanzo negro entre los ingenios españoles de su época, ó un eunuco intelectual, sería el colmo de la demencia, en que no incurriría ni el andante

caballero que convirtió en aguerridos ejércitos los rebaños de mansas ovejas.

Y como en este punto no hay mejor testimonio de prueba que el del propio interesado, oid cómo califica el famoso novelista su gran obra, el QUIJOTE: «Finalmente, la tal historia, es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto; porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento *menos que católico*.»

Esta sola prueba debiera bastar; mas por si alguno de los que me honran escuchándome, creyera ver en las afirmaciones precedentes colores de hipérbole, resabios de escuela ó espejismos del cristal con que á Cervantes miramos los católicos, creo me agradeceréis baje á algunos pormenores, haciendo en lo posible, una especie de *pendant*, como hoy se dice en *galiparla*, ó de breve contraste y paralelo, como diría nuestro inmortal maestro, entre las doctrinas de los que se dicen hoy *regeneradores* del mundo y particularmente de España, y las doctrinas del gran Manco de Lepanto.

Los modernos doctores, ó no creen en Dios, ó le adulteran, negándole alguno de sus atributos, ó prescinden de él en la dirección de las humanas acciones, ó desconocen la personalidad divina de Jesucristo, y no hacen el mayor caso de su Santa Iglesia. Eso todos lo sabéis. Pues bien; Cervantes en todas sus obras repite, siempre que hay ocasión, las siguientes ó parecidas palabras que leemos en el QUIJOTE: «Primeramente has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría». «Católico y fiel cristiano, tengo sobre el alma *cuatro dedos de injundia* de cristiano viejo». «Cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que cree y tiene la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos». Tengan, pues, siquiera misericordia de Cervantes los que se niegan á hacerle justicia, y cesen de calificarle de enemigo de las instituciones católicas. Esa es la manera de respetar su nombre y cumplir su ruego.

Notad al mismo tiempo su desamor á los judíos, á los cuales, como sabéis, muestran tan grandes simpatías cuantos hoy tratan de *regenerar* el mundo.

En la moderna escuela abundan los partidarios del determinismo y los que no ven otra bienaventuranza que la ofrecida al hombre en el gran festín de la presente vida. Cervantes, en cambio, escribe en su QUIJOTE: «No hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar nuestra voluntad, que es libre nuestro albedrío y no hay hierba ni encanto que le fuerce». «Los cristianos y católicos caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones celestes, que á la vanidad de la fama que en este siglo se alcanza, y la cual, por mucho que dure, en fin, se ha de acabar con el mesmo mundo; así que nuestras obras no han de salir del límite (del límite, oidlo bien) que nos ha puesto la religión católica que profesamos».

Hoy estamos á todas horas escuchando las predicaciones de los pobres contra los ricos y de los obreros contra los patronos, no proponiéndose otro fin las clases altas y las clases bajas, en constante guerra unas con otras, que el progreso positivista de los intereses terrenales. Cervantes, en cambio, cual si quisiera traducir en su mágico estilo al Kempis, nos dice tronando contra los vicios: «Sé padre de virtudes y padrastro de vicios». «Si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen, príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale». «¿Has visto tú representar alguna comedia á donde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabándose la comedia, desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes iguales... Pues lo mismo acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores y otros los pontífices y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas con que se diferenciaban y quedan iguales en la sepultura.»

«Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro.»

«Después de á los padres, á los *amos* se ha de respetar *como si lo fuesen*.»

«Y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiera darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se han de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy y no ha vivir el hombre en otro de otro, sino de Dios; y más que también, y aun quizá mejor, me sabrá el pan desgobernado que siendo gobernador; ¿y sé yo, por ventura, si en esos gobiernos me tiene aparejada el

diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga, y me deshaga las muelas? Sancho nací y Sancho pienso morir.»

«Sólo aquellos (linajes) parecen grandes é ilustres que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso *será vicioso* y *grande;* y el rico no liberal *será un avaro mendigo,* que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el *saberlas bien gastar.*» «La honra puede tenerla el pobre pero no el vicioso; la pobreza puede anublar la nobleza pero no obscurecerla del todo. Pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los nobles y grandes espíritus, y por consiguiente favorecida.» «La senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio ancho y espacioso, y sé que sus fines y paraderos son muy diferentes; porque el del vicio dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin, y sé que

por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de allí declina.»

Los hoy llamados anticlericales, en España y en todas partes, para nada atienden á la salvación eterna de su alma, descuidando cuanto á ella conduce, y muriendo peor acaso que se muere un gentil. Oid en cambio á Cervantes, hablando por boca de su discreto y gracioso escudero, el positivista Sancho Panza: «Barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando de esta vida vaya, que es lo que importa; que de las barbas de acá, poco ó nada me curo.» «Más quiero el solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.» «Así es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es bueno, y vos lo contais con buena gracia.» «*La del Señor no me falte, que es la que hace al caso.*»

«La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso.»

Los que hoy quieren hacer suyo á Cervantes, ni aprecian como deben la amistad divina, primer tesoro del hombre, ni creen en el demonio; ni se muestran partidarios del santo é indisoluble vínculo matrimonial; ni entienden de huir de las ocasiones de pecar; ni parecen admitir otra hermosura que la belleza contingente. No así el inmortal cautivo de Argel. Oidle:

«Le había parecido (aquel) buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola para que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intención, si al principio no es descubierto su engaño.»

«Los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse de ellos, como dijo un poeta, *usque ad aras,* que quiere decir, que no se habían de valer de su amistad en cosas que *fuesen contra Dios.* Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que *por ninguna humana ha de perder la amistad divina?*... Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpo humano; las que se acometen por respeto al mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de aguas, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discursos, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del *deseo* de *volver por su fe,* por su nación y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan.»

«Cuando Dios crió á nuestros primero padres en el paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró, dijo: Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo: Por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entonces fué instituído el divino sacramento del matrimonio con tales lazos que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne, y aun hace más en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con las del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado ocasión para aquel daño.»

«Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.»

«Es cosa cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar traspiés, no se les da nada á ellas de cojear, ni de que lo sepan.»

Y en el 4.º libro de la *Galatea,* después de señalar la división de la belleza en corpórea é incórporea y ensalzar ésta como se merece, añade: «Se ha de entender que el amor en tres maneras se divide: en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable; y á estos tres modos de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad. Porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas... Pero viendo el Hacedor y Criador nuestro que es propia naturaleza del ánima nuestra estar continuo en perpetuo movimiento y deseo por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas perecederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle por encima de sus tres potencias una despierta centinela que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían, la cual fué la razón que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos; y viendo asimismo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo menos quiso templarle y corregirle ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varón y á la hembra los más de los gustos amorosos y naturales les son lícitos y debidos. Con estos dos remedios, puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural».

D. Pedro Ruiz Sanz.

Sentido alto y trascendental del QUIJOTE. EL QUIJOTE *ante el ideal cristiano, por D. Pedro Ruiz Sanz.*

Mis primeras palabras, al dirigirme á esta ilustre asamblea, van á ser un ruego de indulgencia, hecho principalmente á las señoras, porque el tono de mi discurso ha de ser el tono severo de la Academia y no el expansivo y regocijado de la velada, en que la musa de los bardos suele ser la musa risueña de la alegría, y la cuerda, que pulsan con preferencia los trovadores, es la que despide notas, que llevan al ánimo solaz y esparcimiento. Y esta es, precisamente, la cuerda que falta á mi laúd: entre las musas que se dieron cita en torno de mi cuna, fué conmigo una particularmente esquiva y desdeñosa: la musa de la risa.

Y, ahora, señoras mías, vosotras, bajo cuya protección y en cuyo pro y servicio el *Caballero de la triste figura* emprendió aventuras y fizo altos fechos, acudid al cielo en demanda de auxilio, porque voy á acometer la más alta y famosa aventura que vieron los siglos, riñendo descomunal batalla contra un ejército, de diversas é innumerables gentes compuesto, que traen á la verdad cautiva y á los hombres encantados y locos con sus desatinos y bellaquerías.

¿No percibís la polvareda que levantan y los ecos estridentes de la ruidosa batahola, con que celebran su triunfo?

Miradla: allí viene, frontera y capitana la Razón, erguida la frente, altiva la mirada, que al grito de ¡¡viva la libertad del pensamiento!! impone sus mandatos con ademanes de soberana y exige de los hombres homenajes de diosa.

A sus flancos, para servirla de cortejo, cantar sus victorias y asegurar sus conquistas, se divisa muchedumbre incontable, que parece llenar la inmensidad de la tierra.

Allí el sofista de periódico, de parlamento y de libro, hablador incansable, fabricador de razones intrincadas y sutiles y de períodos *altos, sonoros, significativos,* tan abundantes de frases de relumbrón, como faltos de meollo: allí la oratoria de club, armadora de zambras: allí la nunca bastantemente celebrada dramaturgia, feroz crispadora de

nervios y enemiga jurada de la sociedad, sobre la cual arroja, sin darse momento de reposo, gases mefíticos de letrina, despojos sangrientos del desafío amoroso y del suicidio cobarde y descreído, tipos patibularios, en fin, armados de puñal homicida ó de tea incendiaria; allí la musa erótica con el tirso de bacante en la mano y la liviandad en los ojos: allí la, tanto como el drama, famosa y celebrada novela, ataviada con pompas orientales, con aire y atalaje de sultana y corazón de ramera; allí, en un sitio apartado, como para no contaminarse, un grupo cuajado de escritores románticos, espíritus delicados, que se quiebran de puro sutiles: especie de seres superiores, de continente olímpico y de vagarosa é indecisa mirada, que, el oído atento á todas las armonías y á todos los rumores, se eleva en los aires á caza de *no sé qué* ideal, que no es el ideal católico, robusto, fecundo, realísimo, Dios, en fin, de cuya voz son eco todos los rumores, de cuya idea son copia todas las formas, de cuya palabra son fruto todas las armonías; almas de cántaro, eunucos del pensamiento y del amor, que faltos de la virilidad y briosos arranques del alma creyente, en alas de los cuales está elevándose sobre

«La belleza caduca, engañadora
Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y allí oye otro modo
De no perecedera
Música que es la fuente y la primera
y
Ve como el gran Maestro
A aquesta inmensa cítara aplicado,
Con movimiento diestro
Produce el son sagrado
Con que este eterno templo es sustentado (1)—»

se ven forzadas á esperar, suspendidas en el aire, como el alma de Garibay, la aparición de ese ideal, enteco y vaporoso, sin reparar en que es un fantasma de su propia imaginación, engendro tísico de las formas, armonías y rumores de la creación, que á medida que se producen... se esparcen, se dilatan, se elevan, se esfuman, se desvanecen, por fin, en las regiones del viento ó se apagan en las silenciosas riberas de la nada; allí, finalmente, cuantos la incredulidad en sí contiene y encierra.

Si yo tuviera todo el coraje y brío del *Caballero de la triste figura*, con gentil continente y denuedo me afirmaría en los estribos de la verdad, que á mi lado está y de mi parte tengo, apretaría la lanza de la crítica, llegaría la adarga al pecho para defenderme de sus denuestos y demasías, y, puesto en la mitad del camino, levantaría la voz y con ademán arrogante les diría:

Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo otro Quijote que el pensamiento humano, cuando, caballero sobre la flaca razón, altera, desvirtúa ó se desvía del pensamiento cristiano; ni otro Sancho que el pueblo sencillo, que á caballo sobre el rucio de su ignorancia, escucha, admite y acaba por seguir las locuras de los Quijotes de la inteligencia.

***

Sobre el mundo de las inteligencias y de las almas flota un ideal, amplio, más que la tierra, largo más que los siglos, invariable y fijo con la fijeza é invariabilidad de lo infinito, invulnerable á los instintos destructores del hombre y á la acción devoradora de los tiempos.

De ambición grande y de soberana eficacia dotado, pugna por penetrar en las almas y mezclar su luz con la luz del pensamiento, y sus amores con los amores del corazón y su poder con el poder de la voluntad y su delicadeza con la delizadeza del sentimiento y sus elevaciones con las elevaciones del espíritu, para salir al exterior en todas las formas en que se desenvuelve y fija la actividad humana y con todos los atractivos de su belleza y con todas las galas de su magnificencia y con todos los esplendores de su luz y con toda la fuerza de su poder y con toda la majestad de su grandeza.

Los hombres que han recibido amorosamente sus influencias, han sido los hombres de las proezas épicas, los que han subido á las cumbres en todos los órdenes de la vida.

La soberanía de la elocuencia tiene un genio y ese genio encarnó en un Apóstol, en el Apóstol de las gentes: la soberanía del arte tiene una imagen y esa imagen es la Purísima de Murillo: la soberanía de la letra tiene un libro y ese libro es la *Divina Comedia*; la soberanía del Amor tiene un Serafín y ese Serafín es San Francisco de Asís; la soberanía de la ciencia tiene un Angel y ese Angel es Santo Tomás de Aquino; la soberanía del poder tiene una Reina y esa Reina es Isabel la Católica; la soberanía de la virtud, apacible, risueña, graciosa, tiene una dama y esa dama es vuestra paisana, Teresa de Jesús.

¿Es este ideal el que fustiga Cervantes, el que condena á eterno baldón y risa, el que clava en el madero de la ignominia con las punzadas de su sátira, el que, caballero sobre flaco rocín, anda por

(1) Fray Luis de León, á la música de Salinas.

el mundo, desatinado y loco, á caza de aventuras pagando su arrogancia con molimiento de huesos, burlas de dueñas y estacazos de yangüeses?

No, señores; este no es el Quijote; es el hidalgo cristiano, que, antes de darse á libros de caballerías, ha aprendido al lado del cura cómo se ama la justicia, cómo se defiende la patria, cómo se protege la debilidad, cómo se socorre la desgracia, cómo se lucha contra los follones y malandrines de todos los tiempos, que cautivan á la verdad, para enloquecer á los sencillos Sanchos con sus bellaquerías y, ya enloquecidos, hacerlos esclavos de sus antojos y escarnio y vilipendio de su soberbia.

No, señores; este no es el Quijote: es el caballero sin tacha, hermano de sangre de los Godofredos y Ricardos, de los Raimundos y Tancredos.

Es el pensador sublime, que en un momento de cordura, el que á ratos tienen en medio de sus extravíos los hombres de genio, entrevió el ideal cristiano, por cuya belleza arrebatado le cantó desde las alturas, donde sólo viven las águilas caudales del pensamiento y del arte, con la precisión de un teólogo, la claridad de un vidente y la maestría de un artista; aquel ideal, primero perdido y luego rescatado, el que guarda la Iglesia, como depósito divino, el que han realizado en sí mismos y pugnan por realizar en el mundo Santos y Doctores; el ideal de la dichosa edad y de los siglos dichosos, «en que todo sea paz, todo amistad, todo concordia; en que la justicia se esté en sus propios términos y la ley del encaje no se siente en ningún entendimiento; en que las doncellas y la honestidad anden por donde quieran, solas y señoras»; en que la malicia de los hombres no haga necesario deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos, satisfacer deudas, defender doncellas, amparar viudas y socorrer huérfanos menesterosos.

Pero ¡ay de mí! que ese ideal encuentra resistencia y sufre eclipses.

Los cabreros ¡siempre los pastores! aquellos, que en sus soledades no escuchan el canto de sirena de los sofistas, oyeron al pensador sublime suspensos y embobados. Sancho mientras tanto, comía bellotas y empinaba el zaque. ¡Es que ya había sido enloquecido por el Quijote con relatos de libros de caballerías y promesas de ínsulas Baratarias!

Al lado de ese ideal fecundo y sublime viene compartiendo la actividad humana y disputando la soberanía de los espíritus y llenando los espacios de ruido y la historia de episodios, y las épocas de utopías y la vida de luchas y los siglos de cadáveres otro ideal, mezcla de cuerdo y de loco, de corazón noble pero de figura grotesca, digna de eterna y universal admiración por la alteza de los fines, y de risa universal y eterna por flaqueza de los medios, fruto híbrido de Dios y del hombre, generoso y divino por lo que tiene de hijo del cielo, presumido y vacío por lo que tiene de hijo de la tierra.

De esta manera encarna Cervantes en el tipo inmortal del Quijote el ideal cristiano con las alteraciones y eclipses con que aparece en la Historia merced á los caprichos de la actividad humana, cuando se ha declarado independiente, así en la esfera del pensamiento, como en la esfera del arte, pintándonos la sublimidad de aquél en la generosidad del corazón del hidalgo manchego y la ruindad de éste en su figura estrafalaria y en sus desatinos y bellaquerías.

Por este lado ese ideal es aquel que llama hijo de su entendimiento, hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados; que inflado por el viento de la soberbia sale de casa, solo y sin consejo, á caza de aventuras, en que el valor de su brazo faga fazañas «dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas»; que entontecido por sus propias imaginaciones adivina vestiglos, endriagos, duendes ó encantamientos allí donde la idea cristiana esconde tras de la luz de la fe misterios altísimos, y admira castillos, princesas, caballeros andantes y enemigos ejércitos, allí donde la naturaleza ofrece á la vista ventorros, mujeres del partido, sencillos labradores y mansas ovejas; que, caballero sobre la razón, de nombre alto, sonoro, significativo como Rocinante, pero lo mismo que él, flaca, antojadiza y voluptuosa, anda dando tropiezos, caídas, tumbos y corcovos en su lucha con las dos formidables realidades, contra las cuales se empeña en reñir descomunales batallas: contra la naturaleza, que empuña la maza de Hércules, y contra el ideal cristiano, protegido por el brazo de Dios; que si alguna vez, inofensivo, corta el viento con tajos y reveses, otras ¡ay! á título de defensor de la libertad arremete contra pacíficos frailes; á título de defensor de la Justicia, da suelta á los galeotes; á título de defensor de la propiedad despoja á su dueño del yelmo de Mambrino; á título de defensor del orden atropella á inermes viandantes; á título de protector de la humanidad alancea, tunde, taja, derriba, destroza y mata humanos con el mismo coraje y ardimiento conque descabezó el Quijote

los títeres de Maese Pedro, que para castigo de su locura, él, que á costa de tanto estrago iba en busca de la *divinidad más divinamente divina* y de la más *fermosa fermosura* que habían admirado los siglos, se encuentra al cabo con... cualquier Aldonza Lorenzo, carirredonda y chata, de voz hombruna y de rostro amondongado.

El Quijote es encarnación de un tipo universal y un personaje singular: por su forma caballeresca, por su piedad y adulteradas creencias, por su fe en duendes, endriagos, vestiglos, brujas y encantamientos, por su imaginación poblada de gigantes, torneos y aventuras es de una época; por su empeño, nunca quebrantado, en luchar contra las dos formidables realidades, entre las cuales marcha el hombre hacia su destino, contra la realidad maciza de la naturaleza, que se tiende bajo sus pies y el ideal cristiano, fuerte y poderoso, como el mismo Dios, que se despliega sobre su cabeza, alterándolos y desfigurándolos con las locuras de su fantasía, es de todas las épocas.

En su forma concreta es un episodio de la historia y un género de la literatura; en su forma abstracta es la historia entera, la serie interminable de locuras, que ha producido la actividad humana alterando la verdad en todos los órdenes, en la redención, en la creación, en la ciencia, en la moral, en la filosofía y en el arte.

Por lo que tiene de individual es el Quijote; por lo que tiene de general es el quijotismo.

Si vale poner ejemplos de procedimientos de la inteligencia en otro orden del saber, diré que Cervantes no procedió como Newton, que de un hecho singular, de la caída de una manzana, se remontó á una ley, á la ley de la atracción universal, sino como Laverrier, que aplicó al descubrimiento de un hecho, la existencia del planeta Neptuno, la universalidad de una fórmula algebraica.

Cervantes aplicó una idea general á una fase de las producciones humanas: el ideal, fijo é inmutable de la verdad se le dió la Iglesia; los cambios y mudanzas en la evolución del pensamiento humano se los dió la historia; la forma caballeresca se la dió una época.

Así se explican esas dos formas del Quijote; así se explica que sea un personaje singular y la encarnación de un tipo universal; así se explica que el intento inmediato de Cervantes haya sido condenar una aberración del espíritu humano en un orden dado y hayan resultado condenadas todas las aberraciones en todos los órdenes. En el Quijote se condena una locura; en el quijotismo todas las locuras.

Termino, señores. Hay en la novela de Cervantes tres personajes principales, el licenciado por Sigüenza, Pero Pérez, de quien no hace caso la crítica moderna, porque tiene hábito y profesión de cura; aquél, por quien los otros dos tienen lo que hay en ellos de admirable y de simpático, las ideas nobles y levantadas, que aprendieron en los sermones en la iglesia de su aldea y el fondo cristiano, que les curó al cabo de sus locuras; aquél, que apenas sabe la salida de sus dos amigos, muestra hondo sentimiento y no descansa hasta reducirlos á la cordura: estudia la causa de sus extravíos y hallándola en los disparatados libros de caballerías, los condena al fuego salvando de la hoguera los que merecen vivir para luz de las letras y provecho de las costumbres: marcha en su seguimiento y si vuelve desconsolado, es para volver á salir otra y otra vez con la esperanza de reducirles á mejor camino; pide consejo y ayuda á otro cura, á un canónigo, que se esfuerza en demostrar las falsedades y bellaquerías de los libros, que les habían trastornado el juicio y les hacía objeto de burla universal y no les deja hasta que recibe su último aliento en el lecho de la muerte.

Este es el ideal cristiano, que vela constantemente sobre el hombre para corregir sus aberraciones.

Los otros dos personajes son Sancho y el Quijote.

De estos tres personajes sólo dos tienen que arrepentirse: el Quijote, que vuelve á sano juicio en la hora de la muerte; pero notad que vuelve al lado y en brazos del cura; y Sancho, cuando vista la vanidad de las promesas de ínsulas Barataria, abraza llorando al rucio y diciendo: bien me estoy yo con ignorancia, como si dijera: bien me estoy con mi mujer en mi hogar y con mi cura en mi aldea.

Estos dos pasajes son tiernos y sublimes, como lo es siempre el arrepentimiento.

De estos tres personajes sólo dos tienen epitafio: Sancho y el Quijote. El cura no tiene epitafio, porque el epitafio se pone sobre la tumba, y el cura, representa el ideal cristiano, que es la verdad, que es el pensamiento de Dios, y Dios, señores, no cabe en ninguna tumba.

La locura de Don Quijote, por D. Samuel López Aldea.

¿Cuáles son las causas de la locura en general, y en particular cuál fué la causa de tan extraña y original locura de Don Quijote de la Mancha?

Dejando para después algunas otras causas de la enajenación mental, veamos primeramente la causa y origen de la locura de nuestro hidalgo manchego.

«Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo—dice el mismo Cervantes en su inimitable estilo—, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba á leer libros de caballería con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, á la que era muy aficionado, y aun la administración de la hacienda, y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de trigo de sembradura para comprar libros de caballería... en cuya lectura se enfrascó tanto, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio... Acontecíale muchas veces—dice la sobrina—estarse leyendo dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor, que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.

Dr. D. Samuel López.

»Llenósele, en efecto, la fantasía de todo aquello que leía en los libros de caballería, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridos, requiebros, tormentas y disparates imposibles, y asentósele en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta el mundo.

»Así, pues, rematado con esto su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento, que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.»

En resolución, lo único que sacó en limpio nuestro hidalgo manchego de su desmesurada afición á los libros de caballerías, fué: malgastar tiempo y dinero, descuidar su hacienda, y, por último, llenársele la imaginación de aquel mundo ideal y fantástico de los libros de caballerías en tal grado, que perdió casi por completo de vista el mundo de la realidad, con la cual á cada paso chocaba, saliendo las más de las veces de estos frecuentes choques molido y apaleado.

Los mismos ó parecidos efectos producen hoy día en muchas personas los modernos libros de caballería, las novelas. Los aficionados *en demasía* á este género de lectura, además de tiempo, dinero y moralidad, pierden lo que podríamos llamar el sentido práctico de la vida real. Porque, en efecto, acostumbrados al mundo ideal y fantástico de las novelas, con sus caracteres exagerados, sus aventuras dramáticas, sus lances y episodios conmovedores, la realidad de la vida, con la cual chocan á cada paso, se les hace muy prosaica é insoportable. De ahí ese disgusto, ese tedio, ese hastío, de la vida presente, que se apodera con frecuencia de sus almas, y ese vago anhelar de otras existencias, de otra sociedad, de otra vida, que ellos mismos no saben definir, pero que agota todas las fuerzas de su espíritu en inútiles anhelos y febriles ansias, obscurece su razón y de tal manera distiende sus nervios, que los incapacita para todos los ejercicios moderados de la vida ordinaria, degenerando no pocas veces en una verdadera locura.

También nos dice Cervantes de nuestro Don Quijote que del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de modo que vino á perder el juicio.

En efecto, los prolongados trabajos intelectuales, llevados á cabo con esa gran intensidad de atención, tan frecuente en hombres extraordinarios, que, dotados de entendimiento poderoso y de corazon noble y levantado, se consagran con verdadera pasión al estudio de las ciencias, al cultivo de las Bellas Artes ó á la resolución de importantísimas cuestiones de gobierno, si bien es cierto, digo, que esos tan intensos y prolongados trabajos intelectuales han llevado á muchos sabios y grandes genios al descubrimiento y resolución de importantísimas cuestiones, de esas que hacen cambiar á veces el rumbo de las ciencias y de las artes ó las fronteras y constituciones de los Estados, tampoco es menos

cierto que ese exceso de trabajo intelectual ha dado con no pocos otros en un asilo de alienados; Leganés, San Baudilo, Bedlan y Charenton nos dan testimonios elocuentes de esta tan triste verdad.

Otra de las causas de enajenación mental son las grandes é inspiradas impresiones, ora alegres, ora tristes y dolorosas, que experimenta á veces el corazón, sobre todo el de la mujer, mucho más sensible que el del hombre.

Triste ejemplo de esto nos ofrece la historia conmovedora de una loca, de que nos habla el P. Van Tricht, en su hermosa conferencia «Los llamados por Dios».

Esta era una pobre mujer, que á los pocos años de su feliz matrimonio perdió á su amante esposo, quedando sola en el mundo con un niño de tierna edad. Desde entonces consagró toda su vida y todo su corazón á educarle cristianamente, y lo consiguió con tan excelentes resultados, que á los ocho años era el niño un ángel, tan dulce, tan amante, tan bueno y tan piadoso, que le querían en toda la población. El anciano párroco del pueblo había anunciado á la madre que pronto le haría su acólito y le ayudaría á misa. Este era el sueño dorado de la pobre viuda; ver á su hijo en el altar con la sotanita encarnada bajo el roquete blanco, balanceando el incensario, para lanzar nubes de incienso, cantando con voz argentina las alabanzas de nuestro bondadosísimo Dios.

Para lo cual le hizo con sus propias manos la sotana y el roquete. Este delicado trabajo le ocupó mucho tiempo, porque quiso que hasta los encajes fueran obra de sus manos. Pues bien, cuando todo estaba terminado, la víspera misma del gran día señalado, el pobre niño, jugando con otros compañeros de su edad, cayó en un gran estanque, donde se abrevaba el ganado. Acudieron presurosos los que por allí más cerca estaban, mas no pudieron sacarle á tiempo y ahora se le llevan muerto á su madre... Inmóvil, muda, con los ojos desmesuradamente abiertos, contempló la infeliz aquel cuerpo exánime, pálido y chorreando agua. Ni un grito ni una lágrima brotó de aquel corazón traspasado; pero su razón se extravió, desvaneciéndose á la par que todas sus esperanzas.

Desde entonces vive sola, pacífica, sonriente y afable. Con frecuencia se la ve salir de casa vestida con una falda encarnada y una sobrefalda blanca más corta, á manera de roquete. En sus manos lleva una especie de incensario, con el que, dirigiéndose al campo, va incensando los trigos, los árboles y los rosales silvestres. La llaman *la loca del incensario*. Ningun niño, sin embargo, se ríe de ella, porque todas las madres la comprenden y han contado á sus hijos esta tan dolorosa historia.

A veces basta para la enajenación mental una ligera lesión orgánica en el cerebro, un flujo de sangre, ó un derrame seroso.

Pero objetará alguno: ¿cómo una ligera lesión en alguno de los órganos del cerebro es capaz de perturbar la razón, que es una facultad espiritual del alma humana? ¿Cómo, pregunto yo á mi vez, los trabajos intelectuales y las afecciones morales son capaces de alterar la salud del cuerpo y aun á veces causarle la muerte?

La contestación á una y otra pregunta viene á ser la misma. He aquí en pocas palabras la que á ellas da la recta filosofía.

El alma humana, substancia que es esencialmente espiritual, está unida al cuerpo por medio de una misteriosa lazada, que no nos es dado *del todo* explicar ni comprender. Mas cualquiera que sea la opinión que se adopte para explicar de *algún modo* este tan difícil problema psicológico, dos cosas están fuera de toda duda. La primera es, que el cuerpo obra en el alma y el alma en el cuerpo por medio de un sistema nervioso muy complicado, y cuyo centro es el cerebro; y la segunda, que en el estado actual de unión del alma con el cuerpo á todo movimiento sensible ó intelectual del alma humana, corresponde una modificación determinada en el cerebro. Mas esta modificación no es en modo alguno causa activa de la intelección, sino mera condición, aunque de tal modo necesaria, que *en el estado actual* la una no puede existir sin la otra.

Baste lo indicado sobre este tan intrincado problema psicológico, pues su estudio más completo y detallado me extendería en largas y nada fáciles consideraciones impropias por completo de una velada literaria.

Universalidad de la obra de Cervantes, por D. Luis Alvarez Morete.

Cuando el clasicismo había echado profundas raíces en nuestro suelo; cuando el esplendoroso sol de las civilizaciones pasadas bañaba con su luz aquel hermoso plantel de literatos que formaron nuestro siglo de oro; cuando retoñaban en el robusto árbol del arte humano los pujantes brotes de la originalidad, las vistosas flores de la novedad y los razonados frutos de la oportunidad; cuando la civilización española habíase enseñoreado de los mares y de los continentes; cuando las disparatadas leyendas caballerescas comenzaban á dejar paso á

la verdadera y legítima novela, aparece en nuestro suelo el primoroso libro de caballería que dió á nuestra patria más fama y más renombre que todas las producciones literarias juntas.

Surge Don Quijote, caballero andante, cuando ya nadie se ocupaba en andantescas aventuras, y el genio portentoso de Cervantes, al presentarnos su admirable y caricaturesca creación, vuelve el interés hacia lo ya olvidado para hundirlo en el perpetuo olvido de lo disparatado y de lo absurdo.

Pero hubiérase constreñido el asunto del QUIJOTE á este solo fin y no hubiera pasado de ser una admirable parodia, una novela burlesca, algo que excita la risa, pero que se lee una vez y nos deja satisfechos para no ocuparnos más de su lectura.

Mas ¿cómo se explica que el QUIJOTE se lee y se relee y siempre es nuevo? ¿Cómo es que su lectura no cansa jamás? ¿A qué es debido que sus magníficas escenas deleiten siempre, y por qué estudiándolo sin cesar hay siempre algo nuevo que aprender en él?

D. Luis Alvarez Morete, catedrático del Instituto de Avila.

Sencillamente, porque la potencia creadora de Cervantes alcanzó á realizar lo que nadie más que él realizó en el arte literario: hermanar la caricatura con el carácter más humano, más bello y más interesante en un héroe de un poema en prosa, de un poema que encierra enseñanza perdurable, y que circunscribiéndose á las condiciones de lugar y de tiempo, es de todos los tiempos y es de todos los lugares.

Esta es la cualidad sobresaliente de las grandes obras del genio, salir de la esfera de lo corriente, y sancionado por el uso para remontarse á alturas y puntos de revisión, tan clara y tan distinta, que su belleza se destaca en el medio ambiente como la luz purísima de los soles en el fantástico azul del Firmamento.

¡Singular ocurrencia la de Cervantes! ¡Para hacer á su héroe humano lo presentó loco! ¡Así es como supo hermanar la caricatura con el carácter, lo risible con lo sublime; lo ideal con lo real; lo excesivamente fino y atildado, con lo grotesco y con lo burdo; lo serio con lo ligero; los refranes vulgares con las más profundas sentencias filosóficas; los amores más puros con las rufianerías más censurables; y en esta perpetua antítesis en la contextura, y en la trama del libro, destácase la hermosa y elevada intencionalidad del autor, llevándonos amenísimamente y sin fatiga á la contemplación de hermosísimos ideales, que encarnan en todo tiempo y en todo lugar, en la pasional esfera de la vida práctica, para conducir al hombre por los fecundos derroteros del bien conocido.

El héroe manchego, víctima de la singular manía de imitar á los héroes de sus novelas favoritas, presa del afán insaciable de llevar su fama más allá de los Palmerines y de los Amadises, preséntase á nuestra vista con todas las cualidades de un acabado y perfecto caballero. Todas sus acciones son nobles y generosas; no conoce los vicios ni las malas pasiones más que para censurarlas y corregirlas, convirtiendo, á la vez, al rufián de su escudero, en objeto permanente de una esmerada educación social para llevarle por los derroteros de un purísimo idealismo que, encajado en la realidad, sería lo bastante para procurar la felicidad de todos los hombres así educados y por semejantes sendas conducidos.

Por eso pudiéramos decir, á justo título y sin temor de equivocarnos, que la obra inmortal de Cervantes no es solamente un conjunto abrumador de bellezas en su fondo y en su forma; la más bella y correcta expresión de la hermosa lengua castellana; la caricatura mejor presentada que pudiera hacerse de la caballería andante; la expresión más clara y manifiesta del humorismo; el romanticismo y la poesía dándose la mano; es, á mi modo de ver, algo más grande aún, algo que realza la importancia de este festival, algo que conviene tener presente para que ese libro por excelencia circule por todas las manos y penetre en todas las conciencias; ese libro es, á mi juicio, el código más completo, más acabado y más perfecto del honor.

Sí, señores, cuando los Sanchos abundan y los Quijotes escasean, la bruta realidad nos cerca y nos oprime; las pasiones sin freno que las contenga, se desencadenan; la atmósfera se carga y el aire que se respira está saturado de gérmenes de destrucción.

No; el Quijote en caricatura puede servirnos en los actuales tiempos de modelo; pero ¿dónde hallaréis caballero más perfecto que el humano Don Quijote cuando, libre de su manía, obra, discurre, piensa, aconseja, exhorta, dirige y manda?

Por eso, sin duda alguna, la obra de Cervantes sería en nuestras escuelas el mejor libro de lectura, y por eso el Estado español debiera exigir que pe-

rennemente fuera texto en el cual los maestros enseñaran á sus alumnos á sentir, á pensar y á querer para alcanzar aquella educación tan selecta que el autor supo reflejar de un modo tan expresivo y portentoso en su obra por excelencia.

Ved, pues, señores, en dónde está la universalidad de la obra de Cervantes: en su magistral caricatura y en su carácter eminentemente docente.

Don Quijote no es un personaje manchego; Don Quijote es de todo el orbe. Lo mismo pudo surgir en las áridas llanuras de la Mancha, que al borde de los fiordos de Escandinavia; en las estepas de Rusia ó en las landas de América; en las montañas de Suiza ó en las pintadas campiñas de Italia; bajo las brumas del Norte, como en el ambiente espléndido de la zona ecuatorial. DON QUIJOTE es de todas partes; allí donde ha llegado la luz de la civilización, allí es conocido y ensalzado; traducido está á todas las lenguas cultas, y aun cuando sus bellezas de forma externa se pierdan en gran parte en la traducción, siempre quedan brillando á una altura no alcanzada jamás por ningún novelista sus incomparables é inimitables bellezas de fondo..

***

También, y para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, se colocó la primera piedra para la construcción de una escuela municipal que se levantará en el sitio denominado «Cerrillo de la Trinidad».

Al acto concurrieron las autoridades civiles y militares, Corporaciones, Centros docentes, alumnos de los mismos con sus respectivas banderas, los niños de las escuelas públicas y los del Hospicio.

La Academia de Administración Militar ha dotado á los grupos escolares con un menaje completísimo de escuela.

El Casino Hijos del Trabajo celebró también una velada con el siguiente grograma:

Primera parte.—«Overtura» *(Poeta y aldeano)*, Suppé, D. Antonio Martín; «Objeto de esta velada», señor Presidente de la misma; «Una idea para honrar á Cervantes» (discurso), D. L. C.; «Hechos gloriosos de Cervantes» (discurso), D. Francisco Ramón; «Retreta austriaca», de Keler Bela, D. Francisco Mayoral; «A la memoria de Cervantes» (poesía), niño Salvador Encinar.

Segunda parte. —«La Argentina», fantasía de Ketterer, D. Mariano Velázquez; «Loor á Cervantes» (poesía), D. Gonzalo M Amores; «Imitemos á Cervantes» (discurso), D. Inocencio Gómez; «Gloria á Cervantes» (poesía), D Antonio Martín; «*Potpourri* de aires españoles», de Hernández, señores Martín y Villanueva; «Educación científica de Cervantes» (discurso), señor Secretario de la Sociedad.

BADAJOZ

BADAJOZ ha celebrado con varias fiestas el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Dieron comienzo éstas con una misa de campaña, que se celebró en el barrio de San Francisco, y á la que concurrieron con sus banderas los regimientos de Castilla y Gravelinas y dos escuadrones de caballería de Villarrobledo.

En la catedral se celebraron honras fúnebres por el alma de Cervantes, pronunciando una sentida plática el beneficiado D. Ramón Blarión, quien con palabras elocuentes enalteció la gran figura del autor del QUIJOTE.

Terminó el solemne acto con el *Requiem* de Eslava por la orquesta y voces, cantándose, por último, el responso por el oficiante.

El Ayuntamiento obsequió á los niños más aplicados de las escuelas públicas, con diplomas, ejemplares del QUIJOTE y regalos en metálico.

Por último, en el teatro de López de Ayala se celebró una gran velada, á la que se adhirió el Instituto con el siguiente programa:

Lectura por el Sr. Chorit, de la Memoria historiando los trabajos realizados por el Ateneo y la Comisión organizadora para mejor honrar la memoria de Cervantes.

Reparto de los premios concedidos por el Jurado en el Certamen público abierto por la Comisión organizadora de las fiestas del centenario.

Lectura de algunas de las composiciones literarias premiadas y ejecución por la orquesta de la musical premiada «Andante sinfónico», original de D. Angel Mora Vadillo.

Discurso por el catedrático del Instituto D. Antonio Fernández de Molina.

Discurso resumen por el Presidente del Ateneo, Sr. Muriel.

Representación del entremés de Cervantes, refundido por D. Miguel de Foronda, titulado *Los habladores*.

BALEARES

CON un Certamen artístico y literario celebró Palma de Mallorca el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El solemne acto de la repartición de premios se verificó en el teatro Principal, con asistencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

He aquí una relación de los premios y de los autores premiados.

Premio del excelentísimo Ayuntamiento de Palma á la mejor poesía, con libertad de asunto y metro, consistente en un valioso objeto de arte para centro de mesa, figurando el caballo del Parnaso, guiado por dos amorcillos. Autor premiado D. Ignacio Zaldívar y Oliver, de Alceda (Santander).

D. Antonio Mestres, Director del Instituto general y Técnico de las Baleares.

Premio de la Diputación provincial, consistente en un ejemplar ricamente encuadernado, de la obra *Mallorca monumental*, á la mejor poesía inspirada en la vida ú obras de Cervantes. Autor premiado: D. Ignacio Zaldívar.

Premio del señor presidente de la Audiencia Territorial, consistente en un artístico barro representando á *Guismonde*. Autor premiado: D. Miguel Costa.

Una rica espada toledana, construcción imitada de la época de Cervantes, con rica empuñadura y hoja cincelada, premio ofrecido por el señor Capitán general á la mejor composición dedicada á Cervantes como soldado. Autor premiado: D. Rafael Ballester.

Premio del ilustrísimo señor obispo, consistente en un ejemplar ricamente encuadernado, de la obra *Historia de las ideas católicas en España*, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, al autor del mejor trabajo en prosa «El espíritu cristiano de Don Quijote.» Autor premiado: D. Lorenzo Riber y Campins.

Excmo. Sr. D. Jerónimo Rius y Salvá, Director de la Academia Provincial de Bellas Artes de las Baleares.

Los premios ofrecidos por el Instituto General y Técnico, consistentes en medallas de plata oxidada con el busto de Cervantes en el anverso, y en el reverso el escudo de Mallorca (obra primorosamente ejecutada por el artífice D. José Segura) estaban dedicados á premiar uno, la mejor narración del cautiverio de Cervantes en Argel, y otro, al mejor estudio crítico de la novela *Rinconete y Cortadillo*. Obtuvieron el premio y el *accésit* del primer tema, don Pedro Antonio Magraner y Coll, de Sóller, y D. Guillermo Alcover y Sureda respectivamente; y del segundo se adjudicó el premio á María Pons y Monedero, que fué acompañada al escenario, del brazo del señor Alcover, y el *accésit* á D. Ernesto Escalas y Xameni.

Los tres premios y los tres *accésits* de la Escuela de Artes é Industrias y Bellas Artes, fueron adjudicados respectivamente: por el busto en yeso de Cervantes, á D. Toribio Vicens Sastre y D. Bartolomé Llull; por el busto de Don Quijote, á D. Guillermo Ignacio Simó y D. Juan Grauches Sabater; y por el de Sancho Panza, á D. Juan León y D. Francisco Soberats.

El premio de la Junta directiva del centenario, á la mejor composición musical, que consistía en un par de bronces artísticos, representando la Música y la Danza, fué adjudicado al joven compositor catalán D. Juan Bautista Lambert.

rennemente fuera texto en el cual los maestros enseñaran á sus alumnos á sentir, á pensar y á querer para alcanzar aquella educación tan selecta que el autor supo reflejar de un modo tan expresivo y portentoso en su obra por excelencia.

Ved, pues, señores, en dónde está la universalidad de la obra de Cervantes: en su magistral caricatura y en su carácter eminentemente docente.

Don Quijote no es un personaje manchego; Don Quijote es de todo el orbe. Lo mismo pudo surgir en las áridas llanuras de la Mancha, que al borde de los fiordos de Escandinavia; en las estepas de Rusia ó en las landas de América; en las montañas de Suiza ó en las pintadas campiñas de Italia; bajo las brumas del Norte, como en el ambiente espléndido de la zona ecuatorial. DON QUIJOTE es de todas partes; allí donde ha llegado la luz de la civilización, allí es conocido y ensalzado; traducido está á todas las lenguas cultas, y aun cuando sus bellezas de forma externa se pierdan en gran parte en la traducción, siempre quedan brillando á una altura no alcanzada jamás por ningún novelista sus incomparables é inimitables bellezas de fondo..

***

También, y para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, se colocó la primera piedra para la construcción de una escuela municipal que se levantará en el sitio denominado «Cerrillo de la Trinidad».

Al acto concurrieron las autoridades civiles y militares, Corporaciones, Centros docentes, alumnos de los mismos con sus respectivas banderas, los niños de las escuelas públicas y los del Hospicio.

La Academia de Administración Militar ha dotado á los grupos escolares con un menaje completísimo de escuela.

El Casino Hijos del Trabajo celebró también una velada con el siguiente grograma:

Primera parte.—«Overtura» *(Poeta y aldeano)*, Suppé, D. Antonio Martín; «Objeto de esta velada», señor Presidente de la misma; «Una idea para honrar á Cervantes» (discurso), D. L. C.; «Hechos gloriosos de Cervantes» (discurso), D. Francisco Ramón; «Retreta austriaca», de Keler Bela, D. Francisco Mayoral; «A la memoria de Cervantes» (poesía), niño Salvador Encinar.

Segunda parte. —«La Argentina», fantasía de Ketterer, D. Mariano Velázquez; «Loor á Cervantes» (poesía), D. Gonzalo M Amores; «Imitemos á Cervantes» (discurso), D. Inocencio Gómez; «Gloria á Cervantes» (poesía), D. Antonio Martín; «*Potpourri* de aires españoles», de Hernández, señores Martín y Villanueva; «Educación científica de Cervantes» (discurso), señor Secretario de la Sociedad.

BADAJOZ

BADAJOZ ha celebrado con varias fiestas el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Dieron comienzo éstas con una misa de campaña, que se celebró en el barrio de San Francisco, y á la que concurrieron con sus banderas los regimientos de Castilla y Gravelinas y dos escuadrones de caballería de Villarrobledo.

En la catedral se celebraron honras fúnebres por el alma de Cervantes, pronunciando una sentida plática el beneficiado D. Ramón Blarión, quien con palabras elocuentes enalteció la gran figura del autor del QUIJOTE.

Terminó el solemne acto con el *Requiem* de Eslava por la orquesta y voces, cantándose, por último, el responso por el oficiante.

El Ayuntamiento obsequió á los niños más aplicados de las escuelas públicas, con diplomas, ejemplares del QUIJOTE y regalos en metálico.

Por último, en el teatro de López de Ayala se celebró una gran velada, á la que se adhirió el Instituto con el siguiente programa:

Lectura por el Sr. Chorit, de la Memoria historiando los trabajos realizados por el Ateneo y la Comisión organizadora para mejor honrar la memoria de Cervantes.

Reparto de los premios concedidos por el Jurado en el Certamen público abierto por la Comisión organizadora de las fiestas del centenario.

Lectura de algunas de las composiciones literarias premiadas y ejecución por la orquesta de la musical premiada «Andante sinfónico», original de D. Angel Mora Vadillo.

Discurso por el catedrático del Instituto D. Antonio Fernández de Molina.

Discurso resumen por el Presidente del Ateneo, Sr. Muriel.

Representación del entremés de Cervantes, refundido por D. Miguel de Foronda, titulado *Los habladores*.

BALEARES

CON un Certamen artístico y literario celebró Palma de Mallorca el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El solemne acto de la repartición de premios se verificó en el teatro Principal, con asistencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

He aquí una relación de los premios y de los autores premiados.

Premio del excelentísimo Ayuntamiento de Palma á la mejor poesía, con libertad de asunto y metro, consistente en un valioso objeto de arte para centro de mesa, figurando el caballo del Parnaso, guiado por dos amorcillos. Autor premiado D. Ignacio Zaldívar y Oliver, de Alceda (Santander).

D. Antonio Mestres, Director del Instituto general y Técnico de las Baleares.

Premio de la Diputación provincial, consistente en un ejemplar ricamente encuadernado, de la obra *Mallorca monumental*, á la mejor poesía inspirada en la vida ú obras de Cervantes. Autor premiado: D. Ignacio Zaldívar.

Premio del señor presidente de la Audiencia Territorial, consistente en un artístico barro representando á *Guismonde*. Autor premiado: D. Miguel Costa.

Una rica espada toledana, construcción imitada de la época de Cervantes, con rica empuñadura y hoja cincelada, premio ofrecido por el señor Capitán general á la mejor composición dedicada á Cervantes como soldado. Autor premiado: D. Rafael Ballester.

Premio del ilustrísimo señor obispo, consistente en un ejemplar ricamente encuadernado, de la obra *Historia de las ideas católicas en España*, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, al autor del mejor trabajo en prosa «El espíritu cristiano de Don Quijote.» Autor premiado: D. Lorenzo Riber y Campins.

Excmo. Sr. D. Jerónimo Ríus y Salvá, Director de la Academia Provincial de Bellas Artes de las Baleares.

Los premios ofrecidos por el Instituto General y Técnico, consistentes en medallas de plata oxidada con el busto de Cervantes en el anverso, y en el reverso el escudo de Mallorca (obra primorosamente ejecutada por el artífice D. José Segura) estaban dedicados á premiar uno, la mejor narración del cautiverio de Cervantes en Argel, y otro, al mejor estudio crítico de la novela *Rinconete y Cortadillo*. Obtuvieron el premio y el *accésit* del primer tema, don Pedro Antonio Magraner y Coll, de Sóller, y D. Guillermo Alcover y Sureda respectivamente; y del segundo se adjudicó el premio á María Pons y Monedero, que fué acompañada al escenario, del brazo del señor Alcover, y el *accésit* á D. Ernesto Escalas y Xameni.

Los tres premios y los tres *accésits* de la Escuela de Artes é Industrias y Bellas Artes, fueron adjudicados respectivamente: por el busto en yeso de Cervantes, á D. Toribio Vicens Sastre y D. Bartolomé Llull; por el busto de Don Quijote, á D. Guillermo Ignacio Simó y D. Juan Grauches Sabater; y por el de Sancho Panza, á D. Juan León y D. Francisco Soberats.

El premio de la Junta directiva del centenario, á la mejor composición musical, que consistía en un par de bronces artísticos, representando la Música y la Danza, fué adjudicado al joven compositor catalán D. Juan Bautista Lambert.

El presidente del Jurado, D. Juan Alcover, pronunció un hermoso discurso, cuyos principales párrafos reproducimos á continuación:

«Si fué lícito á Carlyle proclamar á la faz de la Gran Bretaña, que entre Shakespeare y la India, sería preferible para Inglaterra perder la India, bien puedo yo decir que, puesta España en el caso de recobrar las colonias á cambio de la posesión del QUIJOTE, yo por mi parte votaría en contra. De *Biblia del Españolismo* lo califiqué hace más de veinte años; sin saberlo, repiten ahora la misma frase otros escritores; algo de cierto entrañará, cuando en ella coincidimos espontáneamente y á tanta distancia.

La superioridad del QUIJOTE no se niega ni se controvierte, pero cada cual se la explica á su manera; todos llegan por distintos caminos á la misma conclusión, y es, que así como el genio se caracteriza por la obscura conciencia de sus fenómenos y la imposibilidad de medirse y abarcarse á sí propio, la obra suya no revela ni aun á la crítica más sagaz todo el secreto de su fuerza.

Es posible que al estudiar á posteriori los engendros de ese estado de gracia que se llama inspiración, veamos algo más que el autor, pero no lo veremos todo seguramente. Así, es inútil que pidamos á los últimos descubrimientos de la química intelectual el análisis definitivo, el por qué del sabor, del perfume, de la inefable soberanía que ejerce en nuestro ánimo ese mundo, eternamente joven, encerrado en la crónica inmortal del INGENIOSO HIDALGO. Unos lo acarician superficialmente, otros procuran ahondar en la substancia; gramáticos, literatos, filósofos, moralistas, jurisconsultos, lo exploran cada cual según sus luces; hay quien recoge en su mano todas las antorchas á la vez, pero el alcance de la visión multiplicada, no llega á las raíces. Ni veo por qué se ha de menospreciar como fútil entretenimiento el examen de la forma literaria, digna de estudio por sí misma y no estudiada hasta ahora con verdadera lucidez artística, ni me parece bien que se tilde de caviloso y quimérico á los pensadores que intentan penetrar en la médula del libro. Todo es al cabo una forma de admiración y de homenaje. Pensar que en torno de una obra como el QUIJOTE han de coincidir las opiniones y los tonos, y ceñirse los comentarios á la vulgar medida y discreción adaptables á otro libro cualquiera, es excusado. Por su magnitud, por su nunca marchita lozanía, por la vida que en él chorrea á borbotones, por lo inconmovible y vasto del humano granito en que se asienta, por el aura de serenidad y de reposo que en él circula, por el vapor de ensueños y vagas imaginaciones, que á manera de celajes atrae en torno suyo, se nos aparece, al evocarlo, como una sierra enorme, cuya silueta, de todos conocida, se esfuma en el éter, y al acercarnos á cualquiera de sus vertientes, á la impresión común é indefectible se une siempre la sorpresa de un recodo, una fuente, una vegetación, un paraje, antes inadvertidos á los geólogos, botánicos, artistas ó viajeros de todo linaje que lo recorrieran.

D. Juan Alcocer, Presidente del Jurado en los Juegos Florales celebrados en Palma de Mallorca.

Pasan los temperamentos, los gustos y las escuelas, y el veredicto se confirma; las generaciones pasan y saludan, cada cual á su modo; los juicios envejecen, los códigos se olvidan, y el libro queda en pie, alto, inconmovible y eterno.

Cierto vecino de Valladolid enseñando á un viajero la que fué casa de Cervantes, le decía: «Aquí vivió Don Quijote de la Mancha»; afirmación naturalísima; porque, en efecto, Don Quijote pudo no pasar por la antigua corte, pero ha pertenecido y pertenece al mundo de los vivos; sólo que los demás morimos, y él perdura. Nos asomamos á las vastas llanuras de la Mancha, y antes que los objetos reales de la actualidad pasajera, se nos aparecen Don Quijote y Sancho y los molinos y la venta, y la sobrina y el cura y el barbero y todo el coro de pequeños personajes. Se transformará el aspecto de los lugares, caerán los individuos y las generaciones, los pueblos y las villas, cambiarán los trajes y las costumbres y las instituciones; se disipará como niebla la realidad histórica, y esa otra realidad imaginada en cuyo centro cabalga el Caballero de la Triste Figura, permanecerá para siempre; como si aquellos territorios hubiesen sido creados para solaz de Don Quijote.

¿Cómo no acordarse del autor y de sus infortunios, con entrañable simpatía? Yo sólo sé de Cervantes lo que sabe todo el mundo; pero ello basta para admirarle y para amarle. Preciso era que fuese profundamente desgraciado para llegar á ser tan grande; preciso era que las estrecheces, fracasos y contratiempos de más de cincuenta años preparasen el fruto de su madurez en que había de vaciarse todo entero; preciso era que la vida le diese á beber los filtros más amargos y que su corazón herido, pisoteado, abrevado de lágrimas, fuese de la arcilla más preciosa para mantenerse en la atmósfera de paz, de fortaleza, de resignada ironía, de luz consoladora y sonriente que flota por las páginas de su libro, ese libro que quiso ser burlesco y tiene la unción reparadora de un libro ascético, porque de él se desprende la quietud, el arrullo, el inefable alivio que el ánimo atribulado busca y encuentra en la encumbrada soledad de los pinares armoniosos.

BARCELONA

BARCELONA ha colaborado dignamente en la hermosa empresa de honrar la memoria de Cervantes, con motivo del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Los elementos oficiales, las Academias, los Centros literarios, las Sociedades obreras, todo Barcelona, en fin, ha tomado parte en las fiestas dedicadas á exaltar la gran figura del Príncipe de los Ingenios.

Las fiestas comenzaron con una procesión cívica organizada por el Ayuntamiento, la cual iba formada en el siguiente orden:

Batidores de la guardia municipal montada, estandarte y heraldos de la ciudad, estandartes de la Escuela provincial de Náutica, con los profesores y alumnos de dicho Centro, sección del batallón de veteranos de La Libertad, número 1; charanga de cazadores de Alfonso XII, estandarte y socios de la Mutua Operaria italiana, Unión de Ateneos Obreros de Cataluña, presidida por su presidente Sr. Fernández y representada por el Instituto Obrero Graciense, Unión Argentonense de Argentona, Centro Instructivo Obrero de Las Corts, Ateneo Obrero de Gracia, Ateneo Manresano, Ateneo de Vilasar de Mar, Centro familiar de Las Corts, Ateneo Obrero de Villanueva y Geltrú, Ateneo de Arenys de Mar, Ateneo de San Andrés de Palomar, Ateneo Martinense, Ateneo de Olot, Ateneo de Villafranca y Fomento Martinense, sección de la Cruz Roja, representaciones de los Cuerpos de la guarnición y de la Guardia civil; claustro universitario, presidido por el doctor Daurella, en representación del rector doctor Rodríguez Méndez; Diputación provincial, cónsules, concejales señores Corominas, López, Giner de los Ríos, Albó, Avila, Mundí, Nebot y el secretario del Ayuntamiento Sr. Gómez del Castillo, comandante de la Guardia municipal, y la presidencia ocupada por el gobernador civil Sr. González Rothwos, alcalde Sr. Lluch, general Sr. Hernández, representando al capitán general y presidente de la Diputación, señor Torres.

Excmo. Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez, Rector de la Universidad de Barcelona.

La charanga del batallón de cazadores de Reus, con otra sección de la Guardia municipal montada, de gran gala, y batidores de este mismo Cuerpo, cerraban la marcha.

La comitiva se dirigió al Museo de Arte Decorativo, donde se descubrió la lápida que, por iniciativa del Ayuntamiento, se había acordado colocar en el vestíbulo del Salón del Trono.

***

La Universidad de Barcelona celebró una brillantísima fiesta el 9 de Mayo.

El doctor Parpal leyó una bien escrita Memoria, dando cuenta de los trabajos presentados al concurso abierto por la Universidad.

Los trabajos premiados fueron los siguientes:

Tema I. Poesía.—No se adjudicó.

Tema II.—Premio: D. Luis María Soler Terol, alumno de la facultad de Filosofía.

Tema III.—Premio: D. Ramón Nogués y Cornet, de la facultad de Filosofía.

Menciones honoríficas: D. Ignacio Bofill, de la facultad de Ciencias, y D. Francisco Torres López, de la facultad de Filosofía.

Tema IV.—Premio: D. José María López Picó, de la facultad de Derecho.

Mención honorífica: D. Romualdo Santallucia, presbítero, de la facultad de Filosofía.

El doctor D. Antonio Rubio y Lluch, dió lectura después al siguiente hermoso discurso:

Discurso en conmemoración del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

«No es tan grande mi inmodestia que me arroje hoy, de propio impulso, á escribir un discurso ó estudio, llámesele como se quiera, sobre la obra inmortal que todos los pueblos y siglos han saludado con admiración y entusiasmo, y cuyo culto en estos momentos aquí nos congrega. La miré siempre con tan recogido respeto, que jamás mis humildes labios se hubieran abierto para juzgarla, temeroso de que pareciera el hacerlo atrevida presunción.

Mas he aquí que en este santuario de la Ciencia, donde ahora festejamos una fecha tan señalada en la historia de nuestras letras, como el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, ha querido vuestra mala fortuna, y también la mía, que, revestido con la representación oficial más visible de la literatura española, debiera llevar la voz de este claustro doctísimo de profesores, para presentar en su nombre el homenaje de admiración y simpatía que en el día de hoy debemos al incomparable Miguel de Cervantes. Yo no podía ni debía rehusar esta honra, por muy alta y abrumadora que la considere, y vosotros con vuestra indulgencia, que con sinceridad solicito, sabréis apreciar lo ineludible del deber que sobre mí pesa, y la resignación con que á él me someto.

Para mayor confusión mía paréceme que en este momento, por el señalado lugar en que nos reunimos, no llevo sólo la representación del Claustro, sino la de la tierra catalana, que quiere pagar su tributo de amor y gratitud al ingenio complutense, que tanto la distinguió, asociándose, con la representación de su ilustre profesorado, á las fiestas oficiales que en toda España en estos días se celebran.

Si el QUIJOTE ha de ser eminentemente simpático á todos los españoles y llenarles de orgullo por lo mucho que vale y significa, con predilección muy especial ha de mirarle esta región por los gratos recuerdos que de ella guarda. Cervantes tuvo por Cataluña muy singulares preferencias, que manifestó no en una, sino en varias de sus obras, y las tuvo sobre todo por esta ciudad, cabeza y hogar del Principado, por sus moradores y por sus letras. Muchos antes que yo han recogido en hermoso ramillete las flores que derramó sobre nuestro suelo, y no he de volver á repetir por centésima vez los elogios que dedicó á nuestra ciudad, *flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España y en sitio y en belleza única*, en el QUIJOTE y en *Las dos doncellas;* los altos encarecimientos con que en aquella obra y en la comedia *La cueva de Salamanca* habló del valeroso Rocaguinarda; el juicio entusiasta que los *corteses catalanes* y la hidalguía de la nobleza catalana le merecen en el *Persiles* y en las citadas *Dos doncellas;* el concepto honroso que tuvo de nuestro ingenio, que se trasluce en un episodio de *El Amante liberal*, los recuerdos de nuestro país en la *Galatea*... Y si no bastaran estos testimonios de simpatía, que por ser tan repetidos les quita el carácter de tópicos comunes, como los elogios vacíos é incoloros de una ciudad cualquiera, con que solían comenzar algunas de sus novelas los escritores de aquella época, sólo de paso recordaré, por ser cosa tan conocida, la admiración sincera que en Cervantes despertó nuestro libro de caballerías, *Tirant lo Blanch*.

Pero sobre todo en el INGENIOSO HIDALGO es donde estos gratos testimonios suben de valor. Al llegar á esta tierra el héroe manchego, se convierte en ciudadano serio y curioso, callado y discreto, como si le impusiera el espectáculo de una ciudad movida y laboriosa. Según ya se ha observado, es ella la única en que se detiene el andante caballero, á quien adrede no hizo penetrar su creador, en su penosa serie de aventuras, más que en ventas y obscuras aldeas; único modo de conservar y desenvolver su carácter, reñido con toda sujeción y medio social organizado. Muy cerca de Barcelona se encuentra con el famoso bandolero ya citado, con el gran Roque, como le apellida el insigne escritor, quien no ve en él un facineroso vulgar, sino un despechado vengador de ofensas recibidas. Frente á frente los dos personajes, el histórico capitán, defensor de los derechos de la Cataluña tradicional, y el ideal desfacedor de tuertos y de agravios, derrochan caballerosidad y nobleza en una hermosa escena llena de color y movimiento. Nuestro espíritu descansa de las bromas sainetescas de la casa de los Duques, que no resultan tan caballerosos como el bandolero catalán. Es un paisano nuestro el primero que, después de desagradables episodios, siente simpatía desinteresada por aquel hermoso enfermo moral, tan maltratado por su propio creador, que hace pagarle con una pasión continuada de desencantos y crueles atropellos las grandes faltas de su raza.

Aquí, en Barcelona, le aloja en su casa un principal caballero de la ciudad, un *nyerrro*, al que Rocaguinarda le recomienda y de quien tiene buen cuidado de advertir Cervantes que es «amigo de holgarse á lo honesto y á lo afable». Aquí le recibe con todas sus galas la Naturaleza, el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, el sol levantándose como una rodela en el bajo horizonte, en una hermosa mañana de verano. A esas espléndidas bellezas del cielo y de la tierra junta la ciudad todo el bullicio y movimiento de un día de fiesta; el concierto de clarines y trompetas, chirimías y atabales; el estruendo de la artillería de los buques y la de los fuertes y murallas. En su visita á las galeras del puerto es recibido Don Quijote como un general, con salvas de los cañones y hurras de la chusma, y contempla admirado las rápidas maniobras y simulacros de los marineros, mientras Montjuich hace señal de que hay bajel dudoso en la costa por la banda de Poniente. El general de la Armada y el virrey cólmanle de obsequios, y nuestro héroe queda sorprendido y «alegre de verse tratar tan á lo señor». Para él guarda aquí Cervantes lo más sabroso de su asendereada vida, la apoteosis final antes de su trágico vencimiento á manos de su conterráneo, el Bachiller Sansón Carrasco.

Dr. D. A. Rubio Lluch,
Catedrático de la Universidad de Barcelona.

Por último, no satisfecho nuestro escritor con el ambiente de cultura que suponen los continuados obsequios que aquí se tributan al protagonista de su novela, lo realza, haciéndole visitar una imprenta de la ciudad, donde florecía en aquella época el arte de Gutenberg en reputados talleres, de los que salían numerosas ediciones de clásicos españoles. La impresión que de Barcelona recibió aquel por cuya boca hablan tantas veces el espíritu de imparcialidad de Cervantes y sus recuerdos personales, no puede ser más grata para nosotros: «aunque los hechos que en ella me han sucedido—exclama—no son de mucho gusto, sino de mucha pena, los llevo sin ella sólo por haberla visto». (P. II, capítulo LXXII.)

***

Bien ha correspondido Cataluña á estas dulces preferencias del príncipe de los ingenios. En su suelo, donde han sido forasteros tantos clásicos de la gran literatura nacional, jamás se ha extinguido el entusiasmo por su famosa novela. Aquí en Barcelona se imprimió en 1617 la primera edición completa de ella, esto es, las dos partes unidas, y si hemos de creer al Bachiller Sansón Carrasco, hubo aún otra edición anterior de la primera parte. Desde entonces jamás ha cesado el culto tipográfico por el QUIJOTE, pobre en los siglos XVII y XVIII, extraordinario en el pasado, como lo prueban más de cincuenta ediciones de todas clases y tamaños, lujosas y económicas unas, policromadas ó con grabados otras, traducciones catalanas y compendios y hasta facsímiles de la primera impresión de Cuesta. Al culto tipográfico que en mayor ó menor extremo le han consagrado todas las naciones civilizadas, se unió luego, como distintivo más característico de nuestra admiración, el bibliográfico, el cual, entre varias colecciones muy importantes, ha dado por resultado, gracias al celo del meritísimo bibliófilo D. Isidro Bonsoms, la mejor Biblioteca cervántica del mundo, y la mejor iconografía de las ediciones del QUIJOTE, con facsímiles de 611 portadas, que bien puede apellidarse la apoteosis más espléndida y convincente que el Centenario ha alzado á su gloria.

Y si todavía parecieren pocos estos valiosos y repetidos testimonios, viene á juntar á ellos su tributo la crítica de ilustres escritores, honra de nuestra cultura, de las letras patrias ó de este Claustro, cuyos nombres acuden ahora á mis labios con fuerza tan irresistible que me parece un agravio no recordarles en esta fiesta del espíritu, tan enlazada por su objeto á su memoria.

En general—y sin ánimo de rebajar ningún esfuerzo, pues toda aclaración seria del QUIJOTE me parece muy respetable—, puede afirmarse que la crítica cervántica se ha distinguido en Cataluña por cierta moderación y buen sentido, despojado de hi-

perbólicas adoraciones. Nuestros escritores, por lo común, le han procurado mirar de frente, huyendo de paradojas y de inútiles comentarios, y buscando sólo la impresión franca y sincera. Es cierto que no hemos tenido un número de cervantistas tan crecido como en otras regiones españolas; pero en cambio figuran en él los más famosos hablistas entre cuantos en esta tierra han cultivado la lengua castellana, y alguno de sus juicios es de lo más sagaz y seguro que ha producido la crítica de aquella obra, por punto general, en nuestra patria, hasta la segunda mitad del siglo pasado, vulgar y poco afortunada. Los Capmany, los Aribau, los Piferrer, los Milá y Fontanals, los Coll y Vehí, es decir, los que formaron la pléyade gloriosa que en la anterior centuria reanudó la tradición casi extinguida, desde los días de Boscán, del cultivo de la literatura castellana en Cataluña, y los que fueron, al propio tiempo, padres ilustres de nuestro despertamiento histórico, iniciadores del romanticismo, restauradores de nuestra antigua literatura nacional, educadores de severo método que nos enseñaron el recto camino de la investigación y de la disciplina científica; he aquí los nombres egregios, que sólo de paso me será dado saludar, que descuellan en el coro de panegiristas del Manco de Lepanto en esta tierra.

Capmany fué un ingenio muy superior á su tiempo, y el primer prosista castellano de esta región desde el insigne traductor del *Cortesano*. Él y Jovellanos son los dos grandes regeneradores de nuestra cultura y de nuestro común idioma en el siglo XVIII. Su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia*, notable por la solidez de sus juicios, es un modelo de lenguaje, sobre todo si se tiene en cuenta que por entonces se retorcía aún aquél en las violentas contorsiones del culteranismo. No obstante, la crítica del QUIJOTE á casi un siglo y cuarto de distancia (1788) nos aparece hoy incolora y poco segura, pero muy superior á la desdichada de las *Novelas ejemplares*. Dejó intacta la parte principal, la concepción de la fábula, y únicamente la consideró en su aspecto más retórico y externo, en consonancia con la índole de su obra. Mas aun desde este punto de vista, y teniendo en cuenta que su autor es de los primeros que han pesado en sus manos la creación imperecedera, ¡cuánta elevación de miras! ¡cuántas adivinaciones!, ¡cuánta discreción y relativo buen gusto! Lejos de considerar incorrecciones de lenguaje, cual más tarde algunos escoliastas impertinentes, los modos de hablar familiares, elípticos y descuidados, veía renovarse en ellos la primitiva pureza de la lengua, y tuvo el valor, uno de los primeros, de echar en cara á Cervantes los defectos que cabalmente más han celebrado los humanistas y retóricos de antaño y hogaño, esto es, el dar á la prosa cierto número y cadencia poética, el vicioso hipérbaton ó el estudiado aliño.

Ocupa el lugar inmediato á Capmany, en la historia de nuestra crítica cervántica, el famoso Aribau, iniciador inconsciente del Renacimiento literario catalán, el escritor á quien Quintana, que tan injusto fué con el autor del *Teatro crítico de la Elocuencia*, calificaba como el primer prosista de su época. Pocos le igualaron entonces y después en el conocimiento del idioma patrio. Su *Vida de Cervantes*, con la que entremezcla el estudio de sus obras, prólogo del primer tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, que inició publicando antes que nadie la colección completa de sus escritos, á excepción de sus comedias y entremeses, es un primor de corrección y de sobriedad de forma y un resumen acabado de cuanto se sabía en 1846 acerca de aquel escritor, y habían divulgado los cervantistas que le precedieron: los Mayans, Pellicer, Navarrete, Ríos y Quintana, y sobre todo Arrieta, de cuyos apuntes pudo servirse á su gusto. A vueltas de algunos errores, especialmente acerca de las *Novelas*, todavía pueden aceptarse muchas de las consideraciones que le sugirió la deliciosa lectura «del libro que no tuvo antes modelo ni copia después».

Por muchos que sean los encarecimientos que á Piferrer prodiguemos, nunca colmarán la medida de lo que merecen sus excepcionales condiciones. De aquella brillante generación del primer tercio del siglo pasado, que produjo la irrupción triunfal del romanticismo, dos personalidades descollaron sobre todas las demás: el malogrado Piferrer y el venerable Milá y Fontanals. Piferrer llevó á la nueva escuela el enérgico sello de su individualidad independiente, su poderosa intuición artística y su amor á las cosas de la tierra, evocador de la leyenda histórica, de la poesía popular, de la arquitectura medioeval y de nuestros aires tradicionales. Pocos hombres ha engendrado esta región de tan exquisita sensibilidad artística como Piferrer; pocos escritores de savia tan jugosa y abundante, de más pintoresco y animado estilo, de más seguro entendimiento, de imaginación más brillante. Cuando esas portentosas dotes se pusieron frente á frente de la concepción más famosa de nuestras letras, la abarcaron completa y luminosa con la profunda mirada del genio, adelantándose en sus revelaciones á los más sagaces y afortunados panegiristas que ha tenido más tarde, á los Valera y Menéndez Pelayo.

Sin conocer los anchos horizontes que han revelado después la estética y la crítica comparada, él colocó al Manco inmortal al frente y en el lugar más alto de los modernos noveladores, solo, original, como maravillosa é inexplicable plasmación del arte literario; él nos habla con aquel calor y aquel poético estilo que tan suyos son, de ese bienestar que, por decirlo así, se saborea, que en el leyente producen las pláticas animadas del hidalgo manchego y su delicioso escudero; él reveló, antes que nadie, su profundo sentimiento de la Naturaleza, que con pocos rasgos nos da la perspectiva de un paisaje fresco y luminoso, ó misterioso y sombrío... No son muchos, entre nosotros, los que tienen noticia de los *Clásicos españoles* publicados por Piferrer en 1846, una de las primeras antologías é historias literarias de la prosa castellana, inspirada sin duda, por el ejemplo y el criterio, y este es su defecto, de la notable obra de Capmany, y no obstante, las páginas dedicadas á Cervantes son de lo más sentido y vibrante que brotó de la sugestiva pluma de aquel genio en pleno hervor del romanticismo. Ellas encierran, si no me engaño, para honra de su autor, la primera visión moderna del QUIJOTE en los anales de la crítica española.

Ni Milá y Fontanals, el espíritu más concienzudo y europeo de nuestra erudición literaria, á quien le cupo la dicha de formar el paladín más formidable de la cultura nacional, ni el clásico Coll y Vehí, consagraron á la historia del andante caballero estudios extensos y de verdadera importancia. Pero son dignos de la robustez intelectual de aquel insigne literato, su artículo «Cervantes, crítico y romero», impreso en 1854 en el *Diario de Barcelona*, y un cortísimo y substancioso discurso, como él gustaba de hacerlos, acerca del INGENIOSO HIDALGO, leído en 1871 en el Ateneo Barcelonés, con motivo de la curiosa edición fototipográfico de D. Francisco López Fabra. Nada de trivial en esos trabajos, al parecer insignificantes, escritos sin pretensión alguna. Hay en ellos, por el contrario, síntesis muy sobrias que pueden sugerir muchas ideas, y algo muy original entonces, acerca de los aciertos ó errores críticos del escritor á quien Garcés llamó, con feliz frase, el secretario de la lengua castellana.

A Coll y Vehí, el poeta leonino, el suave cantor de la *Belleza ideal*, debe el cervantismo algunas modestas, pero muy discretas observaciones, de carácter retórico las más, en sus interesantes *Diálogos literarios*, que vieron la luz en 1866, y un comentario muy útil en su *Colección de refranes del* QUIJOTE (1874), en la que se sorprende, mejor que con estudio alguno, la formación del carácter de Sancho Panza, como oráculo del saber popular, cuyo desenvolvimiento completo no se realiza hasta la segunda parte de la obra.

Por último, al lado de estos eximios escritores, gloria tres de ellos de esta escuela, y aunque no haya alcanzado tan alta fama, merece muy especial mención el más señalado y por ventura único de nuestros cervantistas de profesión, el benemérito D. Emilio Pí y Molist, á quien, en sentir de D. José María Asensio, juez tan autorizado en la materia, se debe el comentario más útil é instructivo, de cuantos hasta hoy se han escrito, acerca de la obra maestra de la novela moderna. Podrá tal vez alguien disentir de este juicio tan absoluto y optimista, pero no negar que los *Primores del Quijote* (1886) son de lo más sensato, concienzudo y sincero, á pesar de su desviación inicial, de cuantos esfuerzos ha consagrado á esta producción el fetiquismo de sus adoradores. No hay que recordar con cuánto entusiasmo fué saludada entre ellos la aparición de este comentario, que encierra diluído en sus numerosas páginas, sobrado difusas, no poco de lo mucho que puede decirse en elogio de aquélla y en el que se ponen á la vista multitud de sus más recónditas ó hermosas perspectivas. Mas con todo ello, y de su completo dominio de los recursos del lenguaje, de ciertas páginas muy sentidas y hasta elocuentes, y de sus acertados juicios, el libro ni convence ni embelesa. Su autor, hombre serio y severo, si los hubo, imparcial y nada impresionable, llevado de su escrupulosa conciencia, pone tales reparos á la misma tesis que sustenta, que se derrumba á su empuje, no obstante la solidez y trabazón que procura dar á su fábrica, fundada en un estudio laborioso y en la larga práctica y competencia de su profesión médica. Según él, en la creación de Cervantes se halla una descripción, notable en el concepto científico, de un caso de locura, pero al propio tiempo reconoce que para médico incurre en errores graves y para alienista en descuidos inexcusables, y que Don Quijote tiene á veces más de cándido que de loco. Dichosa inconsecuencia que nos dió en una locura llena de belleza, en vez de una exacta descripción de un caso clínico, y por tanto de un ser humano mutilado, una total representación de la vida nacional, y al propio tiempo un admirable prototipo de la Humanidad, destinada á caminar siempre entre los lindes divisorios de la discreción y el delirio.

Si como estudio científico los *Primores del Quijote*—útiles en cuanto descubren ciertas intuicio-

nes médico-psicológicas que tuvo el genio al fulgor de su inspiración—caen por su base, como obra literaria no son menos falsos. Su forma redundante y académica ahoga al pensamiento y da pesadez al estilo, que para el autor no es otra cosa que un juego de lenguaje, que un alarde de ingenio, que una gala de imitación. Es el suyo una negación continuada de las leyes eternas y renovadoras que presiden las íntimas y naturales relaciones entre el pensamiento y su manifestación. Para él la lengua es copia y no espontaneidad, cosa impuesta y no sentida. Todos cuantos nacemos en pueblos condenados á ser bilingües, y que vivimos en continuo divorcio de nuestro ser espiritual respecto al nexo íntimo que une la palabra y el pensamiento, podemos caer y sin duda caemos, quién más, quién menos, en el error bien intencionado del Dr. Pí y Molist, que propiamente no es tal, sino resultado fatal de aquel divorcio interno. No somos nosotros, pues, los más autorizados para juzgarle. Por el contrario, es el suyo un error que nos merece respeto, mas no por eso menos cierto y lamentable. Una vida entera consagrada al estudio de los clásicos, una voluntad de hierro, un juicio firme y sereno, no le libraron de manejar con afectación viciosa un medio de expresión que no pudo arrancar de las entrañas de su alma, sino de la fría imitación de los modelos, tratándole como una lengua muerta, cristalizada en una forma, en una época y hasta si se quiere en un autor determinado, bordando sus cláusulas á la manera de esos ricos mantos de terciopelo de las hermosas imágenes de Sevilla, que se recaman de oro y pedrería, sin echar de ver que lo que ganan en esplendidez y suntuosidad, lo pierden en gracia, en soltura, en adaptación de pliegues.

* * *

¡El Quijote! He vuelto á saborear este libro admirable compuesto por el más simpático, el más amable y el más humano de nuestros escritores. Ha vuelto á resurgir completo ante mis ojos aquel mundo creado por el genio, en que se nos muestra la existencia humana, no partida en dos polos opuestos, no momificada en dos abstracciones perpetuamente contradictorias, sino entera y luminosa, en sus ensueños ideales y en sus bruscos contactos con la realidad, con sus imperfecciones y sus anhelos purificadores, con sus amargos desengaños y sus continuos y desasosegados vuelos á la altura, con sus Dulcineas siempre soñadas y nunca vistas y sus desolados campos de la Mancha siempre presentes. Y al volver á abrir esta maravillosa epopeya cómica del género humano, este breviario eterno de la risa y de la sensatez, como le ha llamado el más feliz y el más elocuente de nuestros críticos contemporáneos, ha resurgido también ante mis ojos, por una fatal asociación de ideas, la España de fines del siglo XVI, con su aparente grandeza y sus miserias, la vida nacional en el borde de su inminente decadencia, extenuándose, en esfuerzos tan estériles como los del andante caballero.

No vengo á tratar especialmente de Cervantes como de un superhombre que utilizó el artificio de su fábula ingeniosa con muy diversos fines, ya sea para consignar una protesta contra las instituciones ó las costumbres de su tiempo, ya para dar una enseñanza perenne á la Humanidad, envuelta en la sonrisa de una adorable ironía. Con profética intuición, refiriéndose á sus críticos futuros, ya indicó aquel gran genio que «podrían decir de su historia todo aquello que les pareciese». Mucho más modestas son mis aspiraciones, y no ya la crítica trascendental, sino ni la más humilde crítica literaria pretendo aplicar de nuevo á una obra sobre la cual tanto se ha escrito. No aspiro á otra cosa que á trasladar al papel, sin orden ni trabazón lógica, algunas de las impresiones de todo género que me ha sugerido su nueva y rápida lectura.

Las grandes creaciones del arte no hablan á todos los pueblos ni á todos los tiempos, ni á todas las generaciones, ni aun á todos los individuos, el mismo lenguaje. Cada uno las analiza con la lente de sus ideas ó prejuicios y de su educación artística ó intelectual, y el mayor testimonio de su valor es que puedan resistir todas estas pruebas sin perder nada de su encanto y de su juventud perennes. Ellas despiertan sensaciones nuevas y puntos de vista no soñados por sus propios autores, que no alcanzan tampoco á vislumbrar todo el proceso y la virtualidad de su obra, de un modo semejante á lo que sucede con la maternidad física, en la que lo inconsciente y misterioso tienen el primer lugar. Es que los genios son á manera de nuevos Colones, que no conocen toda la realidad y contenido del mundo que han descubierto, y, muchas veces, según la feliz frase de Goethe, hay que recordarles su propia intención.

Yo juzgo que en el Quijote se ha estudiado mucho más lo que no hay en él, que lo que realmente encierra. Y si bien la crítica trascendental ha ensanchado los horizontes del arte, ligando las obras artísticas á la vida de los pueblos, dotándolas de un alma nacional y á la vez de un sello de solidaridad humana que antes no tenían, y ha enriquecido el contenido de aquellas obras desentrañando filones de oro nunca presentidos, no es menos cierto también que se ha pagado las más veces de relaciones arbitrarias entre el orden estético y el extra-artístico, y se ha hecho en muchos casos exclusivista y errónea, relegando al último lugar lo que en mi sentir ocupa el primero, esto es, el estudio de la obra de arte considerada como propiamente tal. Con mucha razón exclamaba Flaubert: «¿Cuándo el crítico será artista, nada más que artista?»

¡Cuánta erudición y cuánta ciencia prolija y mal empleada en esta producción inmortal! ¡Cuánto tiempo perdido por los retóricos é intelectuales de todas las épocas, así de los rebuscadores de vocablos como Clemencín y sus secuaces, que andan con pinzas á caza de faltas contra la gramática y la pureza inmaculada del bien decir, como de los críticos trascendentales que ven una alusión satírica ó política en cada página, y que nos tienen como pobres de espíritu á los que no sabemos admirar la omnisciencia de Cervantes ó su valor extra-humano y ultra-simbolista! Nada más lejos del espíritu y del carácter del Quijote y de la divina inconsciencia de su autor, que esos confusos ó rebuscados comentarios cerebrales con que anega su obra el intelectualismo moderno, que vuelve á desquiciar, tras de una originalidad estéril y petulante, los ejes de la crítica y del buen sentido, y á velar con caliginosas nieblas la luz esplendorosa de la creación estética.

Jamás dos personajes ideales han echado raíces más hondas en el alma de la Humanidad y le han interesado tanto como Don Quijote y Sancho Panza; nunca el arte creó dos figuras más amables y atractivas. «¡Oh Don Quijote dichoso! —exclamaba el propio autor—; ¡oh, Sancho Panza gracioso! Los dos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes!»

La fidelidad y la benevolencia les unen en amoroso lazo, y ambos se completan y afirman de continuo, en vez de negarse y contraponerse á cada paso, como muchos suponen. Si no son los dos igualmente superiores, son, por lo menos en la relación artística, igualmente simpáticos, y no sabríamos cuál de ellos escoger. Cuando se queda solo en escena Don Quijote en Sierra Morena y en casa de los duques, las dos únicas ocasiones en que se divorcia la genial pareja, á pesar de la preferencia que conquista en nuestro ánimo el andante caballero, por su idealidad moral, sentimos por Sancho algo de la añoranza que aquél experimenta en su corazón de oro. En cuanto desaparecen de la escena, la novela más popular de la Humanidad se convierte en una de tantas producciones de mérito secundario de nuestras letras. Con razón dice Valera que Don Quijote y Sancho Panza son toda la obra; redúzcase á la mitad ó imagínense otros cien capítulos más, y no se alterará lo substancial de ella. El mismo Cervantes sentía su prestigio con tal fuerza, que le hacía temer por el éxito de sus novelas intercaladas en el curso de la narración, *El Curioso impertinente* y *El Cautivo*, á pesar de haberlas compuesto para huir del inconveniente de que fueran siempre atenidos el entendimiento y la pluma á escribir de un solo sujeto y hablar por la boca de pocas personas. «También pienso —dice— que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darán á las novelas, y pasarán por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á la luz.» (P. II, cap. XLIV).

Don Quijote nos cautiva por la hermosura de su alma, fiel reflejo de la de su autor, la cual «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza». Todo en él es abnegación y sacrificio. Su enfermedad es una locura de amor, de justicia y de misericordia. Es el más devoto servidor de la perfección caballeresca; el andante paladín del honor y la cortesía; el último y más simpático descendiente de la brillante mesnada de los Lancelotes y Amadises, que lleva en su mente un mundo peregrino poblado de poéticas quimeras. Ciego de entusiasmo, embriagado de ideal, no piensa, para servirle, en sus flacas fuerzas, ni en sus pobres armas, ni en su ruin jamelgo. La fe, que nunca le abandona, le hace paciente y sufrido, le hace á la vez héroe y mártir. Loco, el más magnánimo y sublime que ha concebido la humana fantasía, se atrae el respeto y el afecto por su bondad y su dignidad, y por su resignación, que no conoce la flaqueza ni el abatimiento. Su nobleza moral, modelada por el espíritu cristiano, es tan alta, que le rodea como de un nimbo luminoso y transfigura hasta su ridículo aspecto físico.

A Sancho se le juzga, con harta ligereza, como la personificación del egoísmo y de los ruines deseos de la bestia humana, y, sin embargo, la fidelidad vence en él todo bajo estímulo. Por Don Quijote abandona dos veces su casa, su mujer y sus

hijos, y exclama que «sólo la pala y el azadón podrán separarle de su lado». De Sancho Panza, por cuya boca habla la sabiduría popular, diríase mejor que es el símbolo del buen sentido y del pueblo honrado y sencillo que ama con fe ciega las nobles causas, y que se sacrifica por ideales que no acaba de comprender del todo, aunque ponga en su consecución algo de interés propio y personal Costal de refranes, de embustes y de malicias, nos cautiva por su candor y su dulzura de carácter, que hacen que su amo, conmovido, le llamase «Sancho bueno», «Sancho discreto», «Sancho cristiano» y «Sancho sincero». El interés que despierta en el leyente, le personifica el autor en el caballero de Barcelona, don Antonio Moreno, cuando dice al Bachiller Sansón Carrasco que «nunca sane Don Quijote, porque con su salud no sólo perderemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver á alegrar la misma melancolía». (P. II, cap. LXV.)

Pero sobre todo, la simpatía con que nos gana el extraviado hidalgo es tan grande y tan invencible, que cuando el autor recarga con trazos caricaturescos su grave y noble figura, sentimos un disgusto parecido al que produce una profanación. Llegamos á querer más á Don Quijote que su propio creador, el cual se muestra á veces sobrado cruel con él, pareciéndole pocas sus humillaciones, y haciéndole tropezar siempre con la realidad de la manera más dolorosa, ya al brutal empuje de los molinos de viento, ya con los porrazos ó pedradas de vizcaínos, cuadrilleros y pastores, ya pisoteado por bravos toros ó por inmunda piara. Razón tuvo el Manco de Lepanto al exclamar, aunque por distinta causa, «yo, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote».

Los tres grandes desencantos de las tres salidas del héroe, cuando regresa á su hogar, molido á palos, la vez primera; enjaulado como un loco más adelante; vencido la tercera por el caballero de la Blanca Luna en la playa de Barcelona, son tres notas de dolor de una sentida elegía, arrancadas por el desaliento del ideal, y si no nos afligen como sus restantes desventuras, es porque se desarrollan en aquella deliciosa aldea manchega innominada y se convierten en tres idilios rústicos, bañados con las suaves solicitudes del afecto doméstico, de una naturalidad tan inefable como nunca la alcanzó la poesía bucólica más alta y exquisita.

Con sus sencillos coloquios, con temas hasta la saciedad sobados, el desencanto de Dulcinea, la posesión de la ínsula, los deberes de caballeros y escuderos andantes, la persecución de soñados encantadores, nos entretienen los dos protagonistas con embeleso tal, que no hay lengua humana que pueda expresarle, colmándonos con una placidez semejante á la que produce en nuestro ánimo la contemplación de los risueños espectáculos de la Naturaleza, los recuerdos de la infancia ó el gracioso movimiento de un *scherzo* de Mozart. Es aquella vena inagotable, algo así como el fluir fácil del agua de un regalado manantial, como los atrevidos vuelos melódicos de pasmosa seguridad y plenitud de dulzura del canto del ruiseñor, como el candor del niño, como cuanto de más puro y espontáneo en el mundo exista, que se ignore á sí propio.

El chiste culto, la gracia ligera, la ironía suave, el giro donoso ó gallardo, la observación honda, la pasión sincera, la pincelada sobria y segura, esos son los resortes de que se vale, como de una mágica vara evocadora, este rey de la novela y de la narración, que enseñó á la Humanidad el arte del diálogo y el más difícil todavía de dar plasticidad á la existencia entera. El que no sienta á Cervantes es tan desgraciado como el que no comprenda las hondas amarguras de Beethoven, la grandeza de Miguel Ángel ó la pasión trágica de Shakespeare; es una alma atrofiada á quien la Naturaleza negó el sentido de lo noble y de lo delicado. Porque el QUIJOTE es un libro que habla á todos los corazones y, al mismo tiempo, bajo apariencias festivas y de puro entretenimiento, uno de los que nos dejan más conmovidos y más profundamente preocupados. Por más que el autor trate de convencernos de que es una simple sátira literaria lo que trae entre manos, nosotros no acertamos á darle crédito. Allí alienta algo más hondo que la mera destrucción de un género extravagante. Son las dos voces eternas de la Naturaleza las que bajo sus páginas embelesadoras suenan á nuestros oídos; es nuestra propia alma lo que en ellas late; la aspiración perpetua á superiores ideales lo que las vivifica.

Cuanto más ahondó el inmortal novelista en el alma de su raza, más adentro penetró en el alma de la Humanidad. Es un hecho cierto que así en nuestros sentimientos más sinceros como en nuestro más íntimo pensar, es donde hallamos cabalmente ese misterioso reflejo de lo universal que baña con sus fulgores todas las cosas. Al crear Shakespeare á Otelo le hizo ciudadano del mundo entero y personificó para siempre, en la vida del arte, la pasión de los celos. En el regazo de su materno suelo y bajo las alas del sentimiento patriótico más ardiente, engendró Dante, no ya la epopeya de Italia, sino

la epopeya de la civilización cristiana. En el rincón más obscuro de la Mancha, y en un lugar de que no quiso acordarse, hizo nacer Cervantes á su andante héroe, á quien le estaba reservado el ser conocido en todos los rincones de la tierra, y ser el ciudadano de todos los pueblos y el superviviente inmortal de todos los siglos. Y he aquí cómo, al conjuro misterioso del arte, que es camino luminoso de la verdad y de lo universal, el humilde hidalgo Alonso Quijano el Bueno se convirtió en la sublime personificación del idealismo humano.

Además de este valor trascendental, tiene el QUIJOTE otras condiciones que le hacen todavía más amable; el optimismo que llena todas sus páginas, y el aroma del cristiano consuelo que de todas se exhala. El corazón de Cervantes destila dulce malicia, pero no negra misantropía; fina ironía, pero no sarcasmo; melancolía suave, no desesperada amargura. Parece imposible que una obra tan llena de frescura y de vida, y sin una gota de hiel, se engendrara en la vejez, en la cárcel, en la pobreza, entre crueles desengaños y continuas persecuciones.

Otro de los mayores encantos de esta asombrosa ficción es su marcadísimo carácter popular. Nunca alcanzó su autor la plenitud de su ingenio de una manera tan profunda y tan sincera como en la pintura de las costumbres del pueblo y en el manejo de la lengua familiar. Aquí se halla lo más espontáneo y admirable de su estilo, muy superior al artificioso y afectado que emplea en los pasajes sentimentales ó retóricos tan encarecidos.

Yo casi me atrevería á decir, sin pretender rebajar el valor de otras páginas admirables, ni dar á mi opinión más alcance que el de una preferencia subjetiva, que lo mejor del QUIJOTE es lo manchego, es decir, lo que contiene mayor dosis de aquel elemento popular de que antes hablaba. La Mancha y el héroe andantesco parecen inseparables. Con haber sido la patria de éste y de su escudero, ya tiene títulos bastantes para figurar como región encantada del arte y de la Humanidad. De aquellas monótonas é inacabables llanuras supo sacar nuestro autor inagotables raudales de poesía. ¡Oh dichosa aldea ignota de la Mancha, cuna de nuestro hidalgo, transfigurada por el arte inimitable de Cervantes, que, con haberla querido dejar entre sombras, salió de sus manos tan llena de luz, suelo venturoso de humildes y suavísimas escenas familiares, nunca antes descritas por la palabra artística, de íntimos y delicados cuadros del hogar, antes jamás observados! Desde que salió de ella Don Quijote á campo abierto por la puerta falsa del corral de su casa, hasta que al regresar á su seno por última vez y al descubrirla desde lejos la saluda Sancho Panza de rodillas, su poético recuerdo nos sigue siempre y vierte doquiera patriarcal dulzura. El pradecillo en que á su regreso los dos desengañados andantes hallaron rezando al cura y al barbero; el arroyuelo en que bañaba sus ropas Sanchica, cuando la sorprendió el gentil paje de los Duques con un mensaje de cuento de hadas; las eras del lugar en las que reñían dos rapazuelos por una jaula de grillos, la famosa noche del Toboso en que amo y criado andaban á obscuras en busca de Dulcinea, cuando todos los vecinos dormían en sosegado silencio... ¡qué poesía más tierna no encierran estos y otros sencillos episodios de la más hermosa Arcadia de la novela moderna!

Sus moradores, trazados con soberbias y valientes pinceladas á lo Velázquez, hermano gemelo de Cervantes en la relación artística, son de los más salientes retratos que admiramos siguiendo el *rastrillado, torcido y aspado hilo* (son palabras del mismo autor) de la abigarrada é inmortal historia; los personajes que en ella se mueven con más desembarazo; los que triunfan definitivamente sobre los Cardenios desesperados, los Curiosos impertinentes, las Luscindas y Leonelas marisabidillas, sobre los Crisóstomos y Basilios quejumbrosos, sobre los viragos andantes del honor como Claudia Jerónimo y Ana Félix, en una palabra, sobre todas las figuras de tapiz ó de bastidores, tomadas de modelos manoseados de la novela sentimental, bucólica ó bizantina.

En sus pláticas encantadoras vierte el excelso novelista, á manos llenas, todo su inimitable gracejo y en sus retratos pone los colores más vivos de su paleta. Ya no sólo los personajes principales toman carne y hueso, sino los secundarios, los de última fila, como Pedro Alonso el bueno, el caritativo vecino de Don Quijote que le devuelve á su hogar, molido á palos, después de su primera salida; Ricote el morisco, tendero del lugar, que aparece en escena en aquella merienda de los peregrinos tudescos, que no se olvida jamás una vez leída; los venteros como Juan Palomeque el Zurdo, las Tolosas y Molineras del alegre gremio de mozas de partido, que servían en los pobres mesones manchegos; Tomé Cecial, el compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos; los personajes casi fantásticos como Aldonza Lorenzo, la moza labradora convertida en la imaginación del engañado hidalgo en Dulcinea del Toboso; y

hasta parece que logran interesarnos los que el autor nombra sólo de paso, como Lope Tocho, el novio de Sanchica. Junto á estas figuras y sin ánimo de citarlas todas, ya no nos semejan vividos sino vistos con nuestros ojos, tan pasmoso es su relieve: Sansón Carrasco, el bachiller de Salamanca, en quien corrían parejas la socarronería y el buen entendimiento, amigo de donaires y de burlas el *Deus ex machina* de la segunda parte, como lo son de la primera el cura y el barbero, tan simpáticos y discretos cual bien intencionados; Teresa Panza, la mujer del chistosísimo escudero, fuerte, tiesa, nervuda, avellanada, que no le cede en credulidad; Sanchica, su hija, no menos candorosa que su madre, y cual ella deliciosa en sus pláticas familiares, tan ingenua en su alegría cuando recibe el mensaje de los Duques; la asturiana Maritornes, prototipo imperecedero de las criadas de ventas y mesones, y, por último, el ama y la sobrina, que no necesitan nombres, admirables encarnaciones de la solicitud doméstica y de las virtudes apacibles del hogar.

Cervantes es, sin duda, el escritor español que tuvo una visión más luminosa de la realidad en todos sus aspectos. En él se puede afirmar que encarnó el genio de la novela moderna. Razón tuvo de jactarse en el prólogo de sus festivas narraciones, que llamó *Ejemplares*, de haber sido el primero que había novelado en lengua castellana, y bien mereció en este sentido el dictado de Boccacio español que le dió Tirso de Molina. Antes de él, existían sólo formas parciales de la novela, como la caballeresca, la pastoril y la de aventuras; lo que no existía era la novela humana, creación de los tiempos modernos. Dice Farinelli, el notable hispanista italiano, que así como á Shakespeare parecen remontar todos los dramas de nuestra tormentosa edad, así como en Beethoven se inspiran todas las composiciones instrumentales modernas, así también todas las novelas del mundo tienen sus raíces más ó menos remotas en el QUIJOTE. Y es que en esta creación, al igual que en tres ó cuatro de sus mejores narraciones sueltas, v. gr., el delicioso diálogo de los perros de Mahudes, el *Licenciado Vidriera, Rinconete y Cortadillo, El Celoso Extremeño*, etc., puso en mayor grado que en ninguna otra de sus obras sus excepcionales dotes de observador y de invención de que él mismo se alaba en su *Viaje del Parnaso*.

Podrán hallarse antecedentes de algunas de sus citadas *Ejemplares* en la novelística italiana, y aun en el género picaresco, que antes de él había producido dos composiciones tan notables como el *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache;* de su *Galatea* en Sannazaro, de su *Persiles* en Heliodoro y Aquiles Tacio, de sus entremeses en Lope de Rueda, de su *Viaje del Parnaso* en Caporali, pero no del QUIJOTE, que brotó de su cerebro en dos sublimes esfuerzos, engendradores á su vez de aquellos dos colosales alzamientos de la fantasía humana, que forman su primera y segunda parte.

No hay mejor arte que aquel que se ignora á sí propio. Cervantes no conoció, por fortuna, como Zola, la teoría del realismo, pero la adivinó con los ojos de lince del genio, y empleó lo más natural, lo más sano y más artístico de sus procedimientos. Su condición y hasta su errática y atormentada vida, le llevaban por este camino. Era admirador de la *Celestina*, y, á haberlos conocido, lo hubiera sido también de los dos famosos Archiprestes rabelesianos de nuestra Edad Media. Con sus propias fuerzas, pues, y sin desdeñar los excelentes, bien que escasos modelos que tenía en su misma casa, oyendo la voz nunca engañosa de la sinceridad, fijos los ojos en la Naturaleza, huyendo de todo convencionalismo literario, dió á sus cuadros aquella plasticidad tan pasmosa, de trazos tan sobrios y seguros, que es más hija del genio que de las reglas. Así se libró de recargar sus descripciones y retratos como lo hacen los modernos naturalistas, que cristalizan la teoría en artificio y *metier*, sacrificando á ella la espontaneidad y frescura del brochazo impresionista.

Ojalá nuestro gran novelista no hubiera seguido nunca en sus obras otro camino que éste, y hubiérase salvado su concepción gloriosa de algunos lunares que le afean, sobre todo en su primera parte. Mas por muy excelso que sea el genio, es imposible que se substraiga al medio ambiente de su época, y que deje de vestir la librea de la moda. Cuando menos se lo imagina, las preocupaciones artísticas, anhelos de novedad ó, si se quiere, el romanticismo de la vida que anida eternamente en nuestra alma, como nostalgia de cosas peregrinas y superiores se interponen entre el artista y la realidad á manera de una lente de falsos colores que altera la visión de los objetos. Esa torcida noción de lo ideal en perpetua lucha con lo real, es la que pudo confundir en Camoëns con una epopeya artificiosa la idea de un poema orgánico nacional; la que vistió de griegos y romanos á los personajes del teatro francés; la que hizo desconfiar á Lope de Vega del valor de su producción dramática; la que dió á entender á Cervantes que tal vez fuera el *Persiles* la obra maestra de su ingenio.

***

El centenario que celebramos á pocos años de distancia del gran desastre, pudiera ser muy útil á todos los españoles si acertáramos á sacar provechosas enseñanzas del estudio meditado del insigne escritor que más á fondo conoció nuestro temperamento nacional, hasta el punto de que la historia fantástica de su héroe, por unánime consenso, se ha convertido en símbolo de su raza. Mas por desgracia, nuestra patria, que produjo obra tan admirable, es la que menos ha comprendido su espíritu. Cuanto más se agigantaba la sombra sobre el universo, proyectada por la inmortal pareja, más y más se empequeñecía en nuestro suelo, á pesar del estéril culto de hiperdulía de algunos y no siempre bien encaminados adoradores.

Para la mayoría de los españoles, el QUIJOTE es una sarta inagotable de graciosos desatinos, capaces de hacer desternillar de risa al hombre más formal, ó un juego de ingenio que dió ocasión principal á un prosista como pocos para lucir todas las galas y primores del lenguaje. Para otros, divorciados de la perpetua obsesión de la gramática y del idioma, pero enamorados del sentido oculto de las cosas, un libro cerrado bajo siete llaves, que guarda sorprendentes y profundos secretos. Para los menos, un espejo clarísimo que puso Cervantes á los ojos de sus paisanos, para que en él se miraran y conocieran y conociéndose á fondo, se enmendaran. Yo creo, con los últimos, que no ya sólo del INGENIOSO HIDALGO, sino de todas las obras del monarca de nuestras letras, se desprenden muy grandes y muy admirables lecciones.

Nadie predicó antes que él á nuestra raza, de una manera más amable, el Evangelio de la sensatez y de su regeneración moral, ni nadie puso más de relieve con su mágico pincel nuestros grandes defectos colectivos, la ociosidad, la soberbia, la intolerancia, que resurge siempre bajo nuevas formas, la idolatría del valor petulante y estéril, sin finalidad alguna, el amor á la aventura por la aventura misma, como lo practicaban los andantes paladines del mundo feudal y caballeresco. Y al propio tiempo que ponía al descubierto estas llagas de nuestro temperamento psicológico, vertía en ellas con cristiana caridad, cual consolador cauterio, la religión del amor y de la indulgencia.

Nuestros grandes triunfos militares del siglo XVI, iniciados con los laureles de Pavía, nos desvanecieron. La edad gloriosa, pero efímera, en que la nación española aspiró á imponer al mundo *un monarca, un imperio y una espada*, y en que produjo una cultura brillante como pocas, se tradujo en un sentimiento de ciega confianza y de arrogancia tan estéril como la del hidalgo manchego. Nuestros magníficos tercios se paseaban en inútiles triunfos por la Europa, y la asombraban con su ardor marcial, su gentil apostura, su espléndido lenguaje, su bravura irresistible. Brantôme, el primero de los hispanistas de su tiempo, tomó una posta expresa para ver desfilar á su paso á Flandes los mosqueteros del duque de Alba, que en su entusiasmo le parecían un ejército de príncipes y capitanes. No era menor la admiración de Maquiavelo por ellos.

Pero bajo aquella arrogante apostura, bajo aquel gran *fumo de fidalgo*, como le apellidaba el conocido escritor Guicciardini, la pobreza corroía la nación, los talleres y oficios se veían solitarios ó despreciados, y tan grande era nuestra miseria, que llegaba á pedirse limosna en las iglesias por el Rey nuestro señor. Nos aislábamos del mundo con una política cerrada é intolerante, y nos hacíamos odiosos á los extranjeros por el abuso de nuestro poder. Hay una literatura entera que refleja esta antipatía. Mientras tanto, la pereza y las campañas de Flandes y de Italia producían una hampa de delincuencia, una especie de flamenquismo, que atraía hasta á los jóvenes bien nacidos de aquel tiempo, al modo del Juan Carriazo y Tomás de Avendaño de la *Ilustre fregona*, y una milicia inválida ú holgazana, que se consumía en los hospitales ó en el ocio de las aldeas, como el alférez Campuzano del *Casamiento engañoso*, ó el soldado Vicente de la Roca del QUIJOTE.

El arraigado defecto de la soberbia nacional es el que hace hablar á Cervantes en el *Persiles* (Lib. III, cap. XIX) de esta suerte, al referirse á la ciudad de Luca: «Allí, mejor que en otra parte alguna, son vistos y bien recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante.»

Al valentón de oficio y al soldado fanfarrón, al capitán Spavento ó Matamoros de los extranjeros, bien lo ridiculizó nuestro escritor, no sólo con aquel conocido soneto al túmulo de Felipe II: «Vive Dios que me espanta esta grandeza,» sino en el tipo del citado Vicente de la Roca, recién llegado á su pueblo de las campañas de Italia, forzador y robador de doncellas, vestido á la soldadesca en su propia aldea, pintado de mil colores y que hacía tantos guisados é invenciones con sus galas y preseas, que había quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y más de veinte plumas. (P. I., cap. LI.)

Han pasado tres siglos y todavía el carácter del héroe matón y perdonavidas es el que entusiasma á nuestro vulgo, y la España popular que ha tenido la desgracia de no sentir la hidalguía generosa de Don Quijote, acude todos los años á aplaudir en las tablas la aparición de Don Juan Tenorio, parodia del valor, que escarnece la virtud y atropella la razón y la justicia. Es todavía el mismo pueblo que se entusiasmaba en el siglo XVII ante la glorificación del sentimiento del honor quisquilloso y salvaje de los dramas calderonianos.

Bien caros ha pagado esos tradicionales defectos nuestra esforzada nación de trágicos destinos, que luchó por su Dios y por su Rey con la fe y la constancia de los Macabeos Aquella monarquía universal con pies de arcilla, fué sorda é indiferente á las enseñanzas que en el borde del precipicio parece haber escrito para ella el heroico Manco, cuya bravura le ganó el derecho á darlas. Se acercaban los tiempos á que Quevedo había aludido con voz profética:

> Y es más fácil ¡oh España! en varios modos
> que lo que á todos les quitaste sola,
> te puedan á ti sola quitar todos.

Nuestra magnífica soberanía, ceñida con la perenne diadema del sol, se hundía siglo tras siglo para siempre en el eterno pasado de la historia. De su espléndido imperio surgían todavía no hace un lustro y medio, por cima de las olas de dos inmensos mares, cuatro despedazados archipiélagos como destrozados restos de una gran catástrofe histórica; hoy no le queda á nuestra heroica patria, que abrió á la civilización europea aquellos vastos mundos, ni un peñón siquiera en ellos en donde alzar su abatida enseña. Pero aún subsiste, para consuelo nuestro, la soberanía literaria, que con su pluma ganó á su patria el genio de Cervantes, y un grupo de diez y siete naciones hermanas, que como simpáticos rasgos de la fisonomía materna, guardan la fe de Cristo en sus pechos y un mismo acento en sus labios.

Los dulces tiranos de las letras y del arte, los apóstoles de la virtud y del progreso, esos son, en definitiva, los únicos que vencen y conquistan el mundo. De todas nuestras magníficas hazañas, la que más ha sobrevivido es la marcha triunfal de nuestro andante manchego, llevando en la grupa de Rocinante la hermosa lengua que por antonomasia se llama lengua de Cervantes, hasta los más apartados confines del globo, cumpliéndose al pie de la letra la profecía del Manco inmortal. Don Quijote es el que ha conquistado el corazón de la Humanidad, inspirándola hacia España una inmensa simpatía, cuyas poderosas palpitaciones repercuten hoy, con júbilo de apoteosis, en su suelo, cual voz amorosa que la consuela de sus pasadas desdichas. Don Quijote es también el que hoy nos une á todos los españoles en un estrecho abrazo de amor y de concordia que ojalá no se desate jamás.

***

La Asociación provincial de Maestros, celebró con varias fiestas literarias, el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El 10 de Abril tuvo lugar una velada en el Instituto, con asistencia del rector y vicerrector de la Universidad, el delegado regio de primera enseñanza, y representaciones del Ayuntamiento y la Diputación provincial.

El ilustre cervantista doctor D. Clemente Cortejón, director del Instituto general y Técnico de Barcelona, dió en dicha velada una notable conferencia acerca de «Lo que no es el QUIJOTE», en la que desarrolló, con tanto talento como originalidad, los siguientes asuntos:

1.º EL QUIJOTE no fué escrito por un Miguel de Cervantes nacido en Alcázar de San Juan.

2.º No se engendró en la cárcel de Argamasilla.

3.º Las ediciones hechas hasta hoy, no reflejan fielmente el manuscrito que entregó al editor (mercader de libros se decía entonces) Francisco de Robles.

4.º No es cierto que de esta novela se hayan hecho 1900 ediciones.

5.º No es la obra de un académico.

6.º No es una sátira personal.

7.º No es un libro simbólico.

8.º EL QUIJOTE no infama á la mujer.

9.º No es la obra de uno que padecía *opitulación* del sentido común, según frase de singular efectismo.

10. Es un libro nacional y á la vez humano.

La velada del 2 de Mayo se celebró en el salón doctoral de la Universidad Literaria, con asistencia de docto y numeroso público.

El sabio catedrático de Derecho Mercantil don Lorenzo Benito dió lectura á una notable conferencia «El sentimiento de la justicia en Don Quijote y Sancho», en la que con frase elocuente demostró cómo á Don Quijote puede considerársele el representante más grande de la justicia en la tierra, y á Sancho Panza, el más sabio gobernador de todos los tiempos.

En la velada del día 8, celebrada también en el salón doctoral de la Universidad, el ilustre doctor Rodríguez Méndez, dió lectura á una notable conferencia «Algunas consideraciones sobre la higiene psicológica que se deriva del QUIJOTE, en la que hizo un admirable estudio del estado de España en la época en que se publicó la obra de Cervantes.

Después se procedió al reparto de premios alcanzados en el certamen y concurso convocado por la Asociación de Maestros, obteniendo el primer premio D. Antonio Cremades y Bernal, maestro de Requena, por su estudio «¿Es conveniente declarar EL QUIJOTE como texto obligatorio de lectura para uso de las escuelas de primera enseñanza?»

D. Lorenzo Benito,
Catedrático de la Universidad de Barcelona.

***

La Escuela Normal Superior de Maestros que dirige el ilustrado profesor D. Agapito Gómez, conmemoró el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE con los siguientes actos:

1.º Concurso literario entre los alumnos oficiales de dicho centro docente, adjudicándose cuatro premios consistentes en otros tantos ejemplares del QUIJOTE, uno para cada curso y diplomas honoríficos.

2.º Sesión solemne literario-musical, celebrada el día 8 de Mayo, en la que tuvo lugar el reparto de premios con el siguiente programa:

Danza noruega de Grieg, ejecutada á cuatro manos en el piano por los alumnos D. Ignacio Gall y D. José Peris.

Lectura de la Real orden de 6 de Marzo de 1905, por el secretario, y noticia de los acuerdos del Claustro, por el director.

Lectura de los trabajos premiados por los alumnos D. Máximo Laguia, D. Mariano Rexach, Gonzalo Bonilla y D. Venancio Culubret.

Distribución de premios.

Danzas segunda y tercera de Grieg, ejecutadas á cuatro manos en el piano por los alumnos D. Ignacio Gall y D. José Peris.

D. Antonio Cremades, premiado en el Certamen abierto por la Asociación provincial de Maestros de Barcelona.

Lectura de unas quintillas improvisadas por el profesor D. Ignacio Fernández.

Discurso alusivo al acto por el director de la Escuela, D. Agapito Gómez.

Marcha triunfal de *Tannhausser*, ejecutada á piano, violín y violoncello, por los alumnos D. Ignacio Gall, D. José Saló y D. Juan Bautista Orriols.

3.º Excursión científica al observatorio Fabra.

***

Fué también muy hermosa la fiesta organizada por la Asociación Barcelonesa de Amigos de la Enseñanza.

Comenzó el acto con la lectura de una interesante Memoria del secretario Sr. D. Isidro Iglesias, después de la cual se abrieron los pliegos de los autores premiados en el Certamen especial que había convocado la Asociación.

Resultaron laureados:

Con *accésit único* al título de socio honorario de la Asociación, el reverendo D. José Morera, cura párroco de Llachur, diócesis de Solsona, por su texto para servir de lectura á los niños, compuesto con trozos del QUIJOTE.

Con una obra de arte, ofrecida por el excelentísimo Sr. D. Eduardo Vincenti, presidente de la Asociación Central (Madrid), el Sr. D. José Mariano Llorente, alumno de Derecho de Valladolid, por su trabajo *Cuna de Cervantes.—¿Nació en Alcalá de Henares ó en Alcázar de San Juan?—Juicio crítico de ambas opiniones*.

Por igual tema obtuvo *accésit único* y título de socio correspondiente, D. José Bellalta Collet, maestro público de Parets del Vallés.

Ambos autores resuelven que fué Alcalá de Henares la cuna de Cervantes.

Obtuvo el Diploma de Mérito, ofrecido por la Asociación, el señor D. Mariano Campmany, de Barcelona, por su proyecto de encuadernación artística del QUIJOTE.

La lectora titular de la Asocia-

ción, institutriz señorita María Baldó, leyó magistralmente el trabajo del famoso cervantista doctor Pí y Molist, titulado *Los primores del* QUIJOTE (fragmentos).

D. Agapito Gómez, Director de la Escuela Normal de Maestros de Barcelona.

La lectora obtuvo entusiastas aplausos, así como el actor don Juan Cunill, también lector titular de la Asociación, por la epístola *A Cervantes*, del doctor Oyuela, de Buenos Aires.

Sabido es que Barcelona debe á los Amigos de la Enseñanza la organización de los certámenes especiales y públicos de lectura artística, idea, en parte, iniciada por el Ayuntamiento de la ex villa de Gracia, á propuesta del catedrático Sr. Tomás y Estruch, actual presidente de la Sociedad; de esas rigurosas oposiciones salen los *lectores titulares*, como la señorita Baldó, el Sr. Cunill y otros, que son gran aliciente de los actos académicos de los Amigos de la Enseñanza; esta Corporación, con motivo de la fiesta cervantina, extendió los certámenes, con carácter más modesto, á los niños de ambos sexos de las escuelas de Barcelona.

El presidente de la Asociación, catedrático de Historia de las Artes decorativas, D. Francisco Tomás y Estruch, leyó un discurso crítico histórico sobre el tema «La orfebrería en la composición y redacción del QUIJOTE», que llamó grandemente la atención del auditorio, y fué premiado por éste con prolongadas salvas de aplausos. El Sr. Tomás y Estruch, al dar después las gracias á las personas que habían asistido al acto, hizo constar que el presidente del Consejo de ministros, Sr. Villaverde le había enviado una comunicación adhiriéndose á la fiesta en nombre propio y en el del Gobierno.

D. Francisco Tomás y Estruch, Presidente de la Asociación Barcelonesa de Amigos de la Enseñanza.

El acto terminó con un discurso del doctor Rodríguez Méndez, dedicado á la importancia que tiene el arte de la lectura.

* * *

D. Juan Bautista Orriols, Director de la Escuela de Institutrices de Barcelona.

La Escuela de Institutrices y otras carreras para la Mujer, fundada por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, y que dirige el ilustrado profesor D. Juan Bautista Orriols, celebró también una hermosa fiesta en honor de Cervantes, con el siguiente programa:

Introducción, por el director D. Juan Bautista Orriols.

Lectura de trozos escogidos del QUIJOTE, por las alumnas de la clase de Gramática, señoritas Guitart, Cots y Alcoverro.

Lectura de trabajos conmemorativos del Centenario, por las institutrices con título de esta Escuela, señorita doña Josefa Brichs, «Quién era Cervantes»; señorita doña Antonia Grau, «Algo acerca de la vida literaria de Cervantes; señorita doña María Baldó, «Notas sobre las mujeres del QUIJOTE».

Poesía, por el profesor don Francisco Tomás y Estruch, «La Obra de Cervantes». por el profesor don Matías Guasch. Coronación del Busto de Cervantes, por las alumnas de la clase de flores artificiales, que dedican la corona por ellas confeccionada, y homenaje por las alumnas de la Escuela.

Srta. María Baldó.

Himno en loor de Cervantes, letra del profesor D. Francisco Tomás Estruch y música de D. Celestino Sadurní, cantado por las alumnas de la clase de música á cargo de la profesora doña Cecilia Rodoreda.

La conferencia de la señorita María Baldó, fué verdaderamente notable, y en ella hizo un estudio atinadísimo de las mujeres—algunas de psicología tan extraña - que figuran en el QUIJOTE.

* * *

D. José Benítez Galán, Director de la Escuela Superior de Comercio de Barcelona.

El día 9 de Mayo tuvo lugar el acto de la distribución de premios á los alumnos que concurrieron al certamen literario organizado por la Escuela Superior de Comercio, para conmemorar el tercer centenario de la publicación de la inmortal obra de Cervantes.

Presidió la solemne sesión el rector de la Universidad doctor Rodríguez Méndez.

Después de abierta la sesión y leído por el secretario el fallo del Jurado, procedióse á la apertura de las plicas que contenían los nombres de los autores premiados, resultando ser:

Primer premio. Una artística escribanía.

Los hermanos D. Manuel y D. Francisco J. de Chía y Grassi, de primer curso de profesorado.

Primer *accésit*. El alumno don Ricardo Delgado de Vargas, de segundo año de profesorado.

Segundo *accésit*. El alumno don José Massons y Andreu, de tercer curso de peritaje.

Mención. A los señores D. Enrique García Cases y D. Tomás Mayoral Calzado, de enseñanza colegiada.

Segundo premio. No se adjudica.

Accésit. El alumno D. Amadeo Maurel Miró, de tercer curso de peritaje.

Dr. D. Tomás Carreras y Artau.

Tercer premio. Medalla de plata de la Cámara oficial de Comercio de esta ciudad.

El alumno D. José Massons y Andreu, de tercer curso de peritaje.

Accésit. El alumno libre D. Gabriel Doménech Campanyá. Los *accésits* consistieron en una obra del QUIJOTE, ilustrada con grabados de G. Doré.

A continuación leyeron un fragmento de su trabajo, los alumnos premiados señores Chía y Massons, compartiéndose ambos los aplausos de la numerosa y distinguida concurrencia.

Los señores Díaz Plaza y Milego leyeron poesías originales alusivas al acto. La del señor Díaz, en metro libre, y la del señor Milego en romance heroico.

Ambas composiciones fueron justamente aplaudidas.

El señor Dublé dió lectura á su discurso sobre «A qué es debido el éxito del QUIJOTE».

El señor Esteban de San José leyó su discurso de crítica, «Estado social de España en tiempo de Cervantes».

El doctor Rodríguez Ruiz pronunció un elocuente discurso, cantando las glorias de la Extensión Universitaria.

El señor Benítez Galán elogió la labor científica del rector de la Universidad, diciendo que á él se debe el engrandecimiento intelectual de la clase obrera.

Dió las gracias á cuantos con su visita honraban la Escuela de Comercio.

El doctor Benito de Endara dió una conferencia de Derecho mercantil, estudiando la época en que apareció el QUIJOTE.

El doctor Rodríguez Méndez, resumió los discursos pronunciados.

Empezó diciendo: vamos de fiesta en fiesta, de Cervantes en Cervantes y de cortesía en cortesía.

Tributó elogios á cuantos con su palabra y su presencia habían contribuído al mayor esplendor del acto.

El ilustrado Dr. D. Tomás Carreras y Artau, dió en el Salón de Cátedras del Ateneo barcelonés una serie de conferencias sobre «Psicología colectiva del derecho en el QUIJOTE», en las que trató los siguientes temas:

«La Psicología colectiva como ciencia: su contenido, relaciones particularmente con la Sociología su carácter y porvenir.»—«La Psicología colectiva y el Derecho. Su influjo en el pensamiento jurídico y contemporáneo.»—«Problemas de Psicología colectiva del Derecho. Formación del concepto del Derecho. Las personas colectivas. Las nuevas doctrinas del Derecho consuetudinario. El Jurado ante la Psicología colectiva. Función social del poeta en el Derecho. Las relaciones entre la Literarura y la Criminología.»—«Contribución á la Historia de las ideas jurídicas en España, según el criterio de la Psicología colectiva. El nuevo concepto de la Historia de la Filosofía del Derecho. Plan pedagógico para una investigación colectiva.»—«Cataluña. Insinuaciones acerca de la tradición filosófico jurídica del Principado. El pensamiento jurídico en los filósofos: Lull, Eximenis, Luis Vives, Eymerich, Setanti y Balmes.»—«Castilla en el siglo XVI.» «La Psicología colectiva del Derecho en el QUIJOTE» Los seudocomentaristas del libro. El QUIJOTE y el estado integral de la conciencia jurídica española del siglo XVI: los teólogos, los filósofos, los tratadistas políticos, los místicos y los poetas. El teatro, la literatura caballeresca, satírica y picaresca. Los refranes. Resultados jurídicos: Ideas de Derecho Internacional, de Derecho Político administrativo, de Derecho Penal, de Derecho Procesal y de Derecho Privado. El paralelismo entre las concepciones científicas y las concepciones populares. El espíritu jurídico unánime de la época: rasgos esenciales de la concepción nacional del derecho. El QUIJOTE y la mentalidad española del siglo XVI. ¿Era Cervantes un *jurisperito*?

***

La Unión de los Ateneos obreros de Cataluña que preside D. José C. Fernández, celebró con una velada en la Universidad las fiestas del Centenario.

En ella pronunciaron muy elocuentes discursos el catedrático de la Universidad Dr. Martínez Vargas, Dr. Rodríguez Ruiz, Sr. Benito, Dr. Rodríguez Méndez y los señores Fernández, por la Unión de los Ateneos; Cascante, por el Centro Familiar de Las Corts; Custodio (E.), por el Ateneo de Gracia; Lledó, por la Unión Argentonesa; El niño Bros y el Sr. Bros, por el Ateneo Manresano; Roger, por el Ateneo Arenyense; Oliva, por el Instituto obrero de Gracia; La niña Casacuberta, el niño Alfonso y el Sr. Castell, por el Ateneo de San Andrés; Palamedes, por el Ateneo de Hostafranchs; Padern, por el Fomento Regional; Vila, por el Fomento Martinense, y el niño Agulló por la Asociación Instructiva de las Corts.

He aquí el discurso pronunciado por el presidente de la Unión de los Ateneos obreros de Cataluña, D. José C. Fernández.

Cervantes, su obra y su tiempo.

Bajo un esplendoroso sol de Julio, marchan por dilatadas y solitarias llanuras, las dos grandes figuras creadas por la prodigiosa imaginación de Cervantes El grupo parece simbolizar lo grande y lo pequeño, la poesía y la prosa, el espíritu y la materia, lo maravilloso y lo positivo, el arte que todo lo embellece y el utilitarismo que todo en substancia lo convierte.

Don Quijote y Sancho Panza, abandonando familia y vivienda, rompen los moldes del estado social de su época, hacen tabla rasa de la tradición, se emancipan, quieren respirar el aire puro de la libertad, se adelantan á su tiempo.

¿No se ve en esto una alegoría del Progreso?

El ideal encarnado por el avellanado Hidalgo, arrastra consigo al utilitarismo, representado por el Escudero gordiflón; éste sigue en pos de aquél, atraído por el cebo de la ganancia.

El primero no pone freno á sus ansias de redención humana. Privaciones sin tasa, martirios cruentos, arriesgadas aventuras, batallas descomunales, nada le arredra y de todo confía salir triunfante con sólo el auxilio de su poderoso brazo: la fe en el ideal le empuja. Y como el arte, que todo lo embellece, por ser la aspiración eterna al perfeccionamiento de la naturaleza, hasta convertir en hermosura la fealdad, Don Quijote hace de una Aldonza Lorenzo, tosca aldeana, la sin par Dulcinea del Toboso, exornándola de todas las gracias y elevándola al rango de Princesa.

El segundo, ó sea Sancho Panza, egoísta y materializado como el común del vulgo, sólo aspira á un mejor acomodamiento personal. En pos de la prometida Insula, sintiéndose muy capaz para gobernarla *por grande que sea* (muestra de petulancia y egoísmo) «iba montado en su jumento *como un patriarca*» —dice Cervantes—, como si quisiera personalizar el sibaritismo, el recreo personal, la satisfacción de la materia grosera anteponiéndola á los goces del espíritu.

El héroe se alimenta de sus ilusiones, y de ellas trata de hacer partícipe á su escudero, confirmándole sus promesas y aun agrandándolas. «Si tú vives y yo vivo—le dice—, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno de ellos.»

D. José C. Fernández.
Presidente de la Unión de los Ateneos Obreros de Cataluña.

Aquí se ve cómo el ideal, siempre progresivo, ensancha los horizontes de sus deseos, aspirando á la conquista de un *Reino de Reinos*, como si dijéramos: *de todo el mundo;* y no que lo desee para el propio bienestar, sino para la ajena felicidad, pues lo ofrece al pueblo en la persona de un villano.

A estas alturas de la poesía de Don Quijote, corresponde Sancho con las arideces de su prosaico sentir. No mienta lo extraordinario del caso, en lo que á su persona afecta; de lo cual se deduce que se considera apto para el ejercicio de la realeza; pero le ocurre la duda de que su esposa, Teresa Cascajo, pueda llegar á ser reina y sus hijos infantes.

De donde resulta que las aspiraciones de engrandecer al pueblo, hasta elevarlo á las altas cumbres de la gobernación, parece han de encontrar como principal elemento contrario la incultura de ese mismo pueblo, pues debido á la misma, más predispuesto se halla á la vanidad, al egoísmo, al lucro y al predominio personal, que al culto de ideales nobles y generosos.

Véase, pues, de qué indirecta y discreta manera, hace trescientos años preconizaba Cervantes la necesidad de educar al pueblo y elevar su cultura, por cuyo medio, aquilatando su moral y despojándose de insanas pasiones, se hallará en trance de gobernarse á sí mismo, exento de egoísmos, y sin otra mira que el bien de la generalidad.

Desde este punto de vista, pudiera decirse que los Ateneos obreros vienen realizando en gran parte ese pensamiento del más preclaro de los ingenios españoles.

De imágenes como ésta, aparece lleno el libro de Cervantes; todo él es un himno á la libertad y al progreso de los hombres y de las naciones, que el talento de su autor supo encubrir, por exigencias del medio social en que vivía, con el ropaje de una sátira excepcional, encaminada únicamente á desterrar de la república de las letras los vanos librosde caballerías

Mucho se ha escrito tratando de explicar el sentido oculto del QUIJOTE, interpretando cada cual á su modo el pensamiento de Cervantes; mucho más se escribirá, y aun creemos no llegue á agotarse la perspicacia de los comentaristas en esta materia; lo trae en sí la naturaleza de la obra, en la que todos ven algo más, con ser mucho, que el caudal de conocimientos enciclopédicos de su autor.

En la época de Cervantes no era cosa fácil exponer ideas de progreso y de emancipación; la mayoría del vulgo no las habría comprendido, aparte que el autor y su obra se hubiesen visto envueltos en las mallas de la Inquisición. Por esto Cervantes vióse obligado á disfrazar su pensamiento, para poderlo dar á luz, y el disfraz fué hecho con tal arte y de tal forma, que el hijo de su mente, hermoso é ideal, resultó una verdadera caricatura, hasta el punto que hiciera ex-

EN SAN JUAN DESPÍ

Alumnos y alumnas que tomaron parte en la fiesta conmemorativa del tercer centenario de la publicación del «Quijote».

clamar á su propio padre: *¡Qué hijote!* ¿No podría suponerse que la contracción de estas dos palabras *¡Quijote!* le hubiese sugerido á Cervantes el título para su obra?

Don Quijote de la Mancha sería, pues, *el hijo* ideal de Cervantes, símbolo de la redención humana, *manchado* con el sello del absolutismo y la teocracia que en su tiempo todo lo absorbían, remachando sin cesar los anillos de la esclavitud del pueblo.

Así considerada la obra de Cervantes, resultaría esotéricamente revolucionaria, y su autor un fenómeno de evidencia que se adelantó algunos siglos al común sentir de sus contemporáneos.

Hoy, pues, nos enaltecemos á nosotros mismos, rindiendo un homenaje de admiración á Cervantes; que quien honra la memoria de los hombres ilustres, honra á su Patria y á la Humanidad.

***

Casi todos los pueblos de la provincia de Barcelona han conmemorado dignamente el tercer centenario de la publicación de El Quijote, distinguiéndose entre ellos el de San Juan Despí, en cuyas escuelas públicas, dirigidas por los ilustrados profesores D. Juan Perich y Valls y doña Gabriela Frigela de Perich, se celebró una fiesta literaria y artística en honor de Cervantes, en la que tomaron parte todos los niños y niñas de dichas escuelas.

BURGOS

El Instituto de Burgos celebró el día 8 de Mayo á las once de la mañana, una sesión literaria en honor de Cervantes.

Abierta la sesión, hizo uso de la palabra el catedrático de Literatura D. Eloy García de Quevedo Concellón, quien pronunció un breve discurso acerca del Quijote y de su autor, excitando á la juventud á que se inspire siempre en el ideal y por él se sacrifique.

A continuación, el alumno de quinto año, Sr. López Urcelay, leyó el capítulo primero del Quijote.

El catedrático de Castellano, D. Guillermo Núñez Meriel, leyó una disertación sobre el lenguaje del Quijote y las censuras de algunos gramáticos á Cervantes, labor muy detallada y fundamentada con numerosos ejemplos.

D. Pedro Gárate, Director del Instituto general y técnico de Burgos.

El alumno Sr. Izquierdo Peris leyó el capítulo último del libro inmortal cuyo centenario se celebraba.

D. Angel Bellver, catedrático de Geografía, como secretario del Jurado que había juzgado los trabajos hechos por los alumnos para aspirar á los premios que el Claustro había ofrecido, dió lectura al acta de adjudicación de premios y á continuación se procedió al reparto de los mismos y *accésit* concedidos.

El gobernador civil, Sr. Caballero, hizo un discurso resumen de todos los anteriores, y felicitó al Claustro por la brillantez del acto que se había celebrado; correspondió á este saludo con otro el director del Instituto, Sr. Gárate, agradeciendo la asistencia de cuantos habían honrado la fiesta con su presencia.

***

Las Escuelas Normales celebraron una hermosa fiesta en el palacio de la Diputación provincial, con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

1.° Sinfonía por la banda de la Lealtad.

2.° Discurso de apertura, señora directora doña Julia Alegría Corral de Sarmiento.

3.° *Recitación*, por dos niños de ambas graduadas.

4.° *Estudio biográfico de Cervantes*, señora regente doña Crescencia López Revuelta.

Doña Julia Alegría, Directora de la Escuela Normal de Maestras de Burgos.

5.° Himno á Cervantes, por banda y orfeón de los dos centros (letra del señor Chave y música del Sr. Quesada, profesores de la Normal).

6.° Análisis gramatical y literario del Quijote, señor profesor D. Raimundo Torres Blesa.

7.° Lectura de un capítulo del Quijote, por una alumna.

8.° *Cervantes como militar*, sus hechos y campañas, señor secretario, D. José Sarmiento Lasuén, oficial de Administración Militar.

9.° *Don Quijote y su dama*, poesía leída por la señora auxiliar doña Luisa Chave Pizarro, letra del señor Chave.

SEGUNDA PARTE

1.° Sinfonía por la banda.

2.° *Aspecto educativo del Quijote*, señora profesora doña B. Encarnación García García.

3.° Himno *A la Patria*, para piano y orfeón (letra del Sr. Chave, música del señor Quesada).

4.° *Batalla de Lepanto* (descripción), señor profesor D. Eudoro Casas Arriola.

5.° Diálogo *Don Quijote y Panza*, por tres alumnos (letra de D. Julián Chave Castilla).

6.° *Estudio geográfico de los lugares donde se desarrolló la acción del Quijote*, señora profesora doña Antonieta Freixa Torroja.

7.° Discurso - resumen, por el señor director D. Simón Juan Seisdedos.

8.° Pasodoble *Viva Castilla*, por la banda (música de D. José N. Quesada Barbadillo).

***

Hermosa resultó la velada en honor de Cervantes celebrada en el Hospital del Rey en la noche del 6 de Mayo.

D. Simón J. Seisdedos, Director de la Escuela Normal de Maestros de Burgos.

Dió principio el acto con la sinfonía ejecutada por el excelente sexteto Oliván-Iglesias, y la lectura después de un hermoso discurso, juicio crítico de la inmortal obra de Cervantes, por el maestro del Real Patronato D. Eliseo Sedano.

Leyó seguidamente la niña Lolita Monedero, una poesía de su señor padre, titulada *El pasado y el presente de Cervantes*.

Dionisio Monedero

D. Julio Saldaña, maestro del Real Patronato de las Huelgas, leyó también un discurso de gracias, y don Dionisio Monedero, que presidía el solemne acto, una vez terminada la entrega de premios que hizo á los niños aplicados, en nombre de S. M. el Rey, dió lectura de un discurso, en el que hizo resaltar la protección del Rey á la enseñanza, la falta de nobles ideales que se nota en todas las clases de la sociedad española y lo conveniente que sería á la Patria la lectura de buenos libros.

Acto seguido el sexteto ejecutó admirablemente la Marcha Real, coreada por los niños de las escuelas de los Reales Patronatos.

Seguidamente se cantaron las estrofas del inspirado

Himno á Cervantes, letra y música, respectivamente, de los señores Monedero y Oliván, por las niñas Lolita y Carmen y por Candelas Gutiérrez, y el coro por todos los niños de las escuelas.

***

En el Paseo de la Isla, llamado ahora de Cervantes, se inauguró el día 8 un artístico busto del Príncipe de los Ingenios.

A las diez y media dió comienzo la misa, que ofició el señor teniente vicario, asistiendo en lugar preferente una comisión del Ayuntamiento, los señores gobernadores civil y militar, presidentes de la Diputación y de la Audiencia y Junta organizadora de las fiestas del centenario.

Frente al altar se situó el general García de la Concha, con su Estado Mayor, y las tropas ocuparon los sitios previamente designados, dejando libre el andén central, completamente lleno de alumnos de todos los centros de enseñanza con sus respectivos profesores, llevando banderas y otros emblemas.

D. Julio Romero Garmendia.

Terminada la misa, durante la cual interpretó escogidas composiciones la banda de música del regimiento de la Lealtad, se trasladaron las autoridades á los jardines, donde se hallaba el busto de Cervantes cubierto por un paño con los colores nacionales.

El presidente de la Junta organizadora, Sr. Gárate, pronunció un hermoso discurso, enalteciendo el acto que se celebraba, é hizo entrega del monumento á la ciudad.

Ante el busto de Cervantes pasó todo el elemento escolar, abatiendo sus banderas, y después desfilaron en columna de honor las tropas, mandadas por el general García de la Concha.

Por la comisión organizadora de los festejos fueron repartidos mil ejemplares del QUIJOTE á los niños de las escuelas públicas.

***

La Venerable Orden Tercera de penitencia, del seráfico P. San Francisco de Asís, establecida canónicamente en la iglesia conventual de religiosas concepcionistas de San Luis, aplicó en sufragio del alma del que en su vida fué hermano terciario franciscano Miguel de Cervantes Saavedra, los ejercicios piadosos del domingo 7 de Mayo.

Después pronunció una plática alusiva al acto el hermano presbítero licenciado D. Amancio Rodríguez López, capellán del Real Monasterio de las Huelgas.

***

En la velada teatral celebrada en honor de Cervantes, el poeta D. Julio Romero Garmendia leyó la siguiente composición:

Ante el busto de Cervantes

¡Salve! Oh egregio príncipe del habla castellana,
del *libro de los libros* insigne creador...
¡Ingenio soberano que á la nación hispana
donaste generoso la joya más galana
de cuantas á su idioma dan gala y esplendor!...
¡Salve! Por ti la Patria que un día, allá en Lepanto
amante enardeciera tu sangre juvenil,
aún sigue siendo grande, tras infortunio tanto,
aún puede con orgullo lucir su regio manto,
aún rindela homenaje y reina en pueblos mil.
Que si hoy su santa enseña no flota allí cual antes,
luciendo esplenderosa su brillo sin igual,
aún flota, allá en las mentes, el *habla de Cervantes*
y aún siguen por el mundo, gallardos y triunfantes
los hijos que engendrara tu espíritu genial.
Y en tanto en el planeta perdure la memoria
de tu ingenioso hidalgo y su escudero fiel,
será tu inmortal nombre sinónimo de gloria,
y pese á los vaivenes y azares de su historia,
podrá orlar siempre España su frente con laurel,
Pasadas amarguras nublaron su semblante,
mas hora es de que altiva sacuda su dolor...
¡Que en almas de su temple, con ansias de gigante
el brio tras el llanto retoña aún más pujante
y acaba pronto el duelo, trocándose en vigor!
Hoy luce, amante madre, su nimbo esplendoroso
pues quiere engalanada tu gloria festejar...
¡Dios quiera que al conjuro de tu libro grandioso
resurja majestuosa, con brios de coloso
y en alas del Progreso no cese de volar!
. . . . . .
. . . . . .
Pasaron ya los tiempos de Otumba y de Lepanto...
Llovieron desventuras de tal grandeza en pos.
Después de tantas glorias, de poderío tanto,
sólo ¡ay! queda á tu Patria el suelo sacrosanto
do un día ¡fausto día! nacer te hiciera Dios.
Tras otros muy luctuosos, de amargas aflicciones,

dejáronla hijos que antes postrábanse á sus pies...
En su regia diadema no lucen ya florones
de aquellos que en remotas y tórridas regiones,
para ella conquistaron Colón y Hernán Cortés.
Pero ¡ah! lucir aún puede *tu joya.... tu portento...*
tu hermosa, tu sublime, magnífica ficción,
tu libro... tu gran libro, perenne monumento
¡que más que hermoso alarde de humano entendimiento
parece engendro de alta, divina inspiración!
¡Bendito una y mil veces!... Del Genio entre las flores
jamás brotó ninguna más bella é ideal...
En su seno descansan de España los amores...
¡Que en él flotan y laten é irradian sus fulgores
el genio de la raza y el alma nacional!
Y esa alma aún llena el mundo... Aún se ama, piensa, siente
se lucha por la Patria y se ora *en español*,
lo mismo en los risueños pensiles del Oriente
que allá, junto á los ríos y pampas de Occidente...
¡Igual donde se pone que donde nace el sol!...
No alumbra éste ya ahora como alumbrara un día,
doquiera luz radiase de España el pendón real,
pero hoy, cual en los tiempos de Orán y de Pavía,
creerá hallarse á la lumbre del sol de Andalucía
quien pise los vergeles del suelo tropical.
Que si hoy en él no imperan las huestes españolas
ni crúzanla en airosa, triunfal marcha veloz,
igual hoy que cuando eran del orbe reinas solas,
no hay flores en sus valles, ni en sus mares hay olas
que no escuchen el eco de castellana voz.
Y en tanto allá retumbe su acento poderoso,
España será España, la grande y la sin par...
. . . . . .
. . . . . .
¡Dios quiera que al conjuro de tu nombre glorioso
esurja majestusa, con bríos de coloso,
y en alas del Progreso no cese de volar!

CÁCERES

El día 7 de Mayo, á las once de la mañana, se colocó en el atrio de la gran escalinata que da acceso al Ayuntamiento, un busto de Cevantes, ante el cual desfilaron todos los alumnos del Instituto y niños y niñas de las escuelas públicas, echando flores y coronando el busto. Celébrose el acto bajo la presidencia del gobernador, director del Instituto, Alcalde y representación de varias corporaciones, y asistió á él mucho público.

El día 8 se celebraron con asistencia de las corporaciones oficiales, solemnes funerales en la iglesia parroquial de Santa María, y á las once se celebró el acto más importante de todos los proyectados, cual fué la fiesta académica del Instituto.

A las once en punto estaba lleno el Paraninfo de un público selecto, compuesto de la más alta sociedad cacereña, hombres de letras y señoras y señoritas y todo el cuerpo escolar.

Bajo la presidencia del director del establecimiento ocuparon el estrado todas las autoridades invitadas, tanto civiles como militares, y comisiones de las corporaciones civiles y eclesiásticas.

D. Manuel Castillo.
Director del Instituto general y técnico de Cáceres.

A la derecha del estrado se había levantado un precioso dosel, bajo la dirección del profesor de dibujo Sr. Hurtado, en el que se destacaba el busto de Cervantes entre macetas y coronas, y en lo alto el libro del QUIJOTE desparramando haces de luz por todas partes.

Dió principio el acto leyendo el alumno de segundo año del Bachillerato D. Francisco Moreno Maestre, un trabajo sobre el tema «Estudios geográficos que se deducen del QUIJOTE», siguiendo D. Dámaso Hurtado Muñoz una «Biografía de Miguel de Cervantes Saavedra», D. Pablo Escribano de cuarto año, un «Breve resumen de la civilización española en la época de Cervantes», D. Luis Blázquez Marcos, del quinto año, un «Apunte crítico-literario del QUIJOTE», y por último, D. Miguel Gil Alberola, del sexto año, sobre la «Doctrina filosófica que se deriva del QUIJOTE».

La solemne fiesta académica terminó con un hermoso discurso del director del Instituto D. Manuel Castillo, en el que analizó las figuras de Don Quijote y Sancho Panza.

CÁDIZ

La Academia de Bellas Artes de Cádiz, celebró una velada artístico-literaria para conmemorar el tercer centenario de la publicación del Quijote.

Comenzó el acto leyendo el Sr. Camúñez, profesor de la Escuela de Artes é Industrias, un hermo discurso, «Los comentadores del Quijote». Después se dió lectura á la poesía «A Cervantes», del seminarista D. José María Alvarez Collado, y la señorita Amalia Pizarro leyó una inspirada composición del poeta D. Juan L. Estelrich.

Después la banda del regimiento de Alava tocó una marcha de concierto y se dió lectura á una hermosa poesía del Sr. Camúñez titulada «A España», y á unos inspirados versos del ilustre poeta D. Alfonso Moreno Espinosa.

Procedióse después á la distribución de premios á los alumnos de la Escuela que mejor hubiesen interpretado un asunto del Quijote.

Resultaron premiados: D. Luis Díaz del Río, primer premio; don Laureano Martínez de Pinillos y D. Julio Moisés Fernández, *accésit*.

Puso fin á la hermosa fiesta el ilustrado catedrático de la Facultad de Medicina D. Ramón Ventín, quien dió lectura al siguiente hermoso discurso:

El «Quijote.»

«Miguel de Cervantes Saavedra, que en lo de pobre se parece á Milton; que en lo de menospreciado se parece á Dante; que en lo de soldado se parece á Byron, y en lo de disputarse el honor de ser su cuna villas y ciudades se parece á Homero, tuvo el privilegio de monopolizar los homenajes literarios de la posteridad viviendo así la vida inmortal del recuerdo glorioso y de la alabanza de sus conciudadanos, consagra nuevamente este privilegio bien singular, por cierto, en esta patria querida (osario de héroes y matriz de genios) y precisamente en la aurora de un nacimiento literario popular, cuyas auras matinales llevaron empujadas por entusiastas estímulos las muchedumbres en oleadas y el pueblo en masa á aplaudir y honrar en vida al insigne anciano gloria del teatro español contemporáneo y que hoy congrega, reúne y convoca en todos los centros docentes de España á maestros y discípulos para que, unidos en un mismo espíritu é inflamados en un mismo entusiasmo, honren la memoria del insigne novelista y coronar de flores la excelsa figura, encarnación inmortal de una raza, de aquel caballero que, mal ferido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón enviaba, en carta inmortal, á su Dulcinea la salud que él no tenía y que recorrió á lomos de Rocinante el patrio suelo, con fortuna varia, desde los eliseos jerezanos prados hasta la condal Barcelona, especie de Jerusalén para su espíritu iluso de caballero andante y para su cuerpo amojamado de manchego hidalgo de los de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor.

D. José Pérez Siguinboscum,
Director de la Escuela Superior de Artes é Industrias y Bellas Artes de Cádiz.

Hay motivos, señores, y muy fundados, para preguntar cuál puede ser la virtud especialísima y secreta que posea un libro escrito en el hermoso idioma castellano, hace tres siglos, para que á su autor, un lisiado de Lepanto, un cautivo en Argel, un sopista de Salamanca, un cobrador de alcabalas que fué criado de cardenales en Roma y rescatado por frailes mercenarios en su cautiverio, á quien no faltaron para su bienaventuranza eterna las persecuciones por la justicia de que habla el sermón de la montaña y cuyos mortales despojos han desaparecido para la veneración popular, aunque su nombre esclarecido se perpetuó en mármoles y en bronces, en estatuas y en monumentos, para que la patria le rinda homenajes que por lo respetuosos parecen cultos, honras que por lo repetidas parecen devociones y honores en que se juntan al entusiasta fervor con que son prodigados, el secreto afán y el íntimo placer de borrar con ellos agravios del pasado, olvidos del pretérito y desdenes cuando no desprecios de los contemporáneos del insigne escritor.

D. Servando Camúñez,
autor del discurso «Los comentadores del Quijote».

Es, señores, que cuando un escritor, cuando un poeta resuelve, ya en un libro, ya en una estrofa, la fórmula que resume la vida de todo un pueblo ó las características todas de una época, el alma nacional, el espíritu de los tiempos, haciéndose plásticos, viven vida material y sensible tomando cuerpo y forma en los gráficos signos del lenguaje escrito ó aleteando como inquieta y encarada mariposa entre las cadencias y los ritmos del verso sonoro de inspiración henchido. Como en las aguas madres, turbias y refractarias á la penetración de todo rayo luminoso, surgen por ley de misteriosas afinidades moleculares los puros y geométricos cristales dotados de transparencia y abiertos por ello á todas las inflexiones de la luz y á todas las dispersiones de los colores, así también en la conciencia colectiva, en el alma de las muchedumbres turbias también por los sedimentos de errores, prejuicios y malas herencias históricas más comparables en las horas trágicas de las decadencias inevitables á las lagunas y á los pantanos que refractan á pleno sol los cienos y los fangos de sus fondos que á los lagos transparentes, serenos y azules que retratan la pureza y majestad de los cielos y responden á los besos de luz que los astros les envían con las sonrisas de sus espumas y los estremecimientos de sus ondas, surgir pueden al fiat de pensadores y de artistas, como flora riquísima y espléndida, ideas y esperanzas, fe y heroísmo, anhelos y redenciones, alma nueva, en fin, que rejuveneciendo á las naciones, sacuda, despierte y excite las profundas inmanencias de la raza.

D. Eusebio Rodríguez,
Secretario de la Escuela Superior de Artes Industrias y Bellas Artes de Cádiz.

Y al realizarse el fenómeno inaudito y vulgar, milagroso porque lleva en sí el misterio, y tan general y ordinario, que es hecho de todo instante y actualidad de todo momento, de convertirse en signo el pensamiento, en palabra la idea, en frases la sensación, en verso la pasión y en libro la cultura; civilización, espíritu, sentimiento, nociones é inteligencia se materializan y se hacen eficaces y humanos, se convierten en semilla fecunda, en fuerza que impulsa, en actividad que moviliza, en luz que alumbra, en calor que funde, en masa que arrastra, en potencia que rinde, en rayo que destruye y en astro que fulgura.

Como en el mundo sideral es toda materia cósmica dispersa, todo polen zodiacal, toda cola espléndida de los excéntricos solitarios del infinito espacio, realidad sin ponderación, masa sin magnitud, hecho sin determinación, es en el mundo del espíritu toda idea sin palabra, todo conocimiento sin lenguaje, todo pensamien-

Medalla conmemorativa de la Escuela de Bellas Artes.

to sin logos, jadeo de fuerzas, polarizaciones de incógnitas, sombras sin trascendencia y sin medida, lo desconocido con lo incognoscible combinado, las tinieblas cerrando el paso á la conjetura, la negación sin fruto y sin germen, algo menor que el cero matemático, algo menos que la nada incomprensible, algo más irreductible que el átomo y que el infinito negativo del álgebra.

Las ideas sin expresión son larvas; la palabra son las alas de esas mariposas del pensamiento; su jaula es la escritura que las fija y guarda; su cárcel, la imprenta, que las encierra á perpetuidad.

Toda el alma de una raza que se dilata en el tiempo, viviendo siglos, y se dilata en el espacio ocupando nuevos territorios, y que en progresivo movimiento se desarrolla y prospera, puede concentrarse por la pluma de un genio en las páginas de un libro ó por el conjuro de un artista en una obra ó en un monumento, como se concentran los rayos de luz al atravesar las lentes convergentes y producen sobre la placa y sobre la pantalla, la fiel imagen exactamente análoga y semejante al objeto colocado ante su campo.

El Ramayán es el alma asiática, primitiva y feroz que canta, como el pájaro al despuntar la aurora, la aparición de las deidades como una esperanza celeste; la lucha entre el bien y el mal como un color necesario, y la guerra y la lucha como una necesidad cruel y como un deber obscuro y sombrío, en medio de la naturaleza agreste y sombría y enemiga entre fieras y monstruos que rugen cóleras, apenas aquietados los terremotos y convulsiones geológicas últimas que parecen dislocaciones y rebeldías al plan divino de la Creación realizadas por las ciegas y fatales fuerzas de la Naturaleza, poema que parece sollozo de niño al nacer; llanto de la vida al recibir los primeros estímulos y ofensas del cosmos; lágrimas primeras de la humanidad naciente, vertidas al pie de los dólmenes más antiguos y primitivos.

La Iliada es el alma griega que sonríe á través de los siglos y las edades; es el espíritu helénico que encarna en el verso homérico como una majestad olímpica encarna en una forma humana —Es el espíritu de Esparta, que crea héroes y señala con las Termópilas abruptas el límite y confín del valor humano en la guerra; es el alma de Atenas que crea sabios y señala con su Partenón, templo y asilo al saber humano; es la musa eterna que juguetea con los céfiros en las frondas y puebla de ninfas los lagos en que humedecen sus rojos pétalos las adelfas y los laureles sus hojas inmarcesibles. Es la lira de Safo, que hace resonar sus notas en los cóncavos de las peñas qne besa el jónico mar y las tiñe con su corona de espuma; es el genio de Píndaro, que canta sus odas en las grutas de las canteras que dieron los mármoles de su seno para hacer la Venus de Milo y el templo de Diana en Efeso, la diosa maravilla de la escultura y la maravilla de la arquitectura al servicio de una diosa.

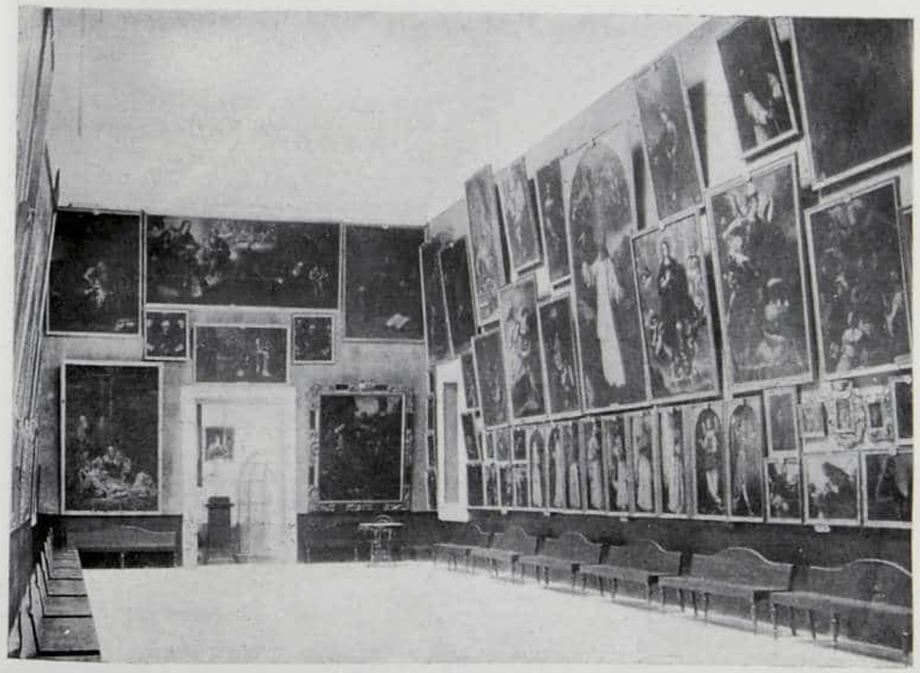
El Antiguo Testamento es el alma hebrea consternada ante las tremendas profecías, petrificada por la obra lenta de los siglos y por los aluviones de tantas culturas como sobre ella han pasado sin disolverla ni extinguirla, pero dejándola incrustada como á los fósiles los sedimentos de sus aguas, las partículas de sus perfecciones y de sus progresos. Raíz y fundamento de la admirable resistencia y persistencia de los sucesores de Israel dispersos y errantes por el mundo, como una caravana perdida en un desierto, parásitos de los pueblos en toda la redondez de la tierra y maldecidos por la historia y á perpetuas persecuciones condenados, sólo consolados en la vida nómada y errante por los salmos de David que orean su alma como las brisas la tierra cubierta de flores, y los cantos de sus poetas que abren á sus espíritus, con el surco del dolor y el torrente de sus lágrimas, el iris de las esperanzas y el consuelo de supremas é infinitas melancolías.

El Robinsón es el alma sajona en lucha obstinada y terca contra la naturaleza salvaje y hostil, venciéndola con constancia y labor incesantes, haciéndola su esclava sumisa en sus bosques para proporcionar al hombre, su dueño, fuego y luz, las dos invenciones primeras del hombre primitivo: haciéndola esclava en su suelo para proporcionar á la personalidad humana vencedora, alimentos y sostén con los frutos del campo, y riqueza y bienes con su cultivo, conquistas sucesivas del ente racional en su lucha contra la tierra que fecunda el sudor humano; haciéndola esclava en su aire mediante la caza, que lo convierte en señor y en tirano de las vidas aladas que lo cruzan y lo recorren, y en las bestias y alimañas de sus espesuras, mediante el poder de su astucia y la sagacidad de su ingenio ejecutorio del hombre en el dominio de la creación que ninguna otra especie osa disputarle; haciéndola su esclava en las razas inferiores que la pueblan, dominando, venciendo, explotando y esclareciendo el alma blanca del negro Domingo como un símbolo de los secretos colonizadores y un germen de la triste, de la nefanda y bochornosa esclavitud.

El Romancero es el alma castellana que, tersa como un espejo y limpia como cielo sin nubes, hace á Dios testigo de sus empresas y á su dama estímulo de su brazo, á su patria y á su fe, altares de su voluntad, y á sus armas y á su rey, altares de su lealtad. Recoge las viejas tradiciones que ruedan por los derruídos castillos coronados de hiedra, en cuyas grietas crece el jaramago imitando una siempreviva, y en cuyos fosos cegados nace la cicuta que ofrecen á insensibles geniecillos la amarga cepa de sus blanquísimas umbelas, ruinas venerables cuyos torreones, aún enhiestos, parecen dedos de gigantes señalando en el cielo, en las plácidas noches estivales, el camino de Santiago, que se extiende por el cielo como un reguero luminoso y recortando sus siluetas de esqueleto en el cielo luminoso del invierno, como un muerto rebelde á la tumba y al olvido; coronas de fortaleza y de valor castellanos que alzan sus frentes rotas sobre lomas y colinas, y que parecen empinarse sobre sus escombros para señalar como jalones perpetuos el camino que siguió la bizarría y el esfuerzo en la reconquista de la patria, desde Covadonga á Granada, la gran obra que comenzando en una gruta, acabó en una vega y en un alcázar, sellada por la cruz de Pelayo en Asturias y por la del cardenal Mendoza en las torres de la Alhambra. Libro del pueblo, libro de la guerra, libro nobiliario como la crónica de un rey de armas, libro de las tradiciones como un devocionario leído por el pueblo ante el ara de la patria arrodillado.

D. Francisco Repeto, autor de la medalla conmemorativa del centenario del «Quijote».

El QUIJOTE es el alma española: una en la nacionalidad, varia en la raza, maravillosamente exaltada, como la de los héroes griegos, y tocada también de los gérmenes íntimos del mal secreto que atrajo sobre los titanes y sobre los cíclopes el castigo del Olimpo enfurecido. Atraída y deslumbrada por las gallardías inauditas y temerarias, como una mariposa por la llama, y ciega y sorda para el propio personal instinto y conservación, ausente toda sensación de flaqueza en su voluntad, hasta en los ins-



Sala del Museo provincial de Pintura, donde se verificó la Exposición.

tantes en que como Icaro, rueda al abismo, rotas las alas sutiles y apagado el fulgor de su diadema de estrellas. Es la raza deslumbrada con sus propios milagros, es el pueblo ebrio con sus propios esfuerzos, consumados en la tierra y en el mar. Es la burla épica que resulta de poner en dos rasgos paralelos la bondad loca y el buen sentido ignorante, la inteligencia en ilusión insana, de lo que resulta una conducta extraviada y la más supina rusticidad en plena salubridad mental, de lo que resulta una conducta prudente. Rocinante, tan homérico como el perro de Aquiles, va seguido del rucio del escudero tan vulgar como el analfabeto de su dueño. Y así la fatiga gloriosa y desinteresada á quien el dolor no

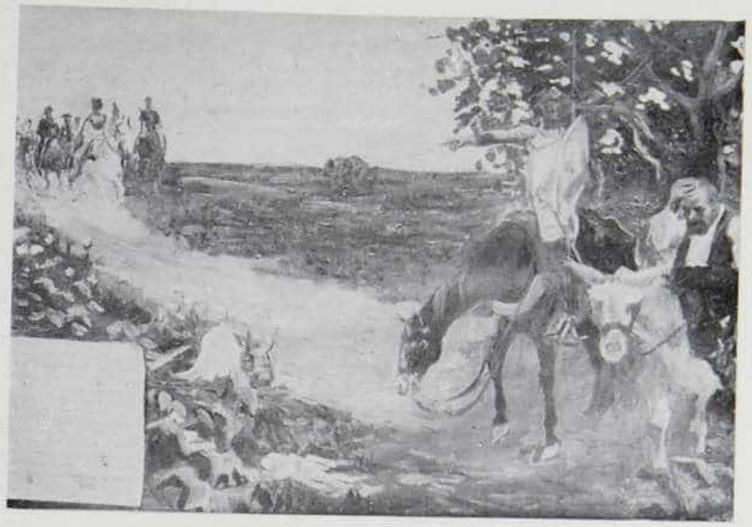
Trabajo del alumno D. Luis Díaz del Río, que obtuvo el primer premio.

arredra, los peligros no espanta ni las hazañas reserva, monta en rocín flaco que á Bucéfalo y Babieca en compararse tuviera por deshonor, y la labor socarrona é interesada que busca insulas y sueldos, botín y bolsa repleta, monta en asno que se burla de caidas y tropezones de su compañero, y á su manso trotar desafía y reta en lo de cruzar vericuetos, subir pendientes y bajar cuestas con paso lento, seguro casco, pisar prudente y rápida andadura.

Bajo el yelmo de Mambrino va toda la ilusión, toda la sublime locura de una raza enamorada del bien y bastante menos enamorada del bien que enamorada del exterminio del mal, rota la carne en los martirios de un misticismo asombroso y exaltada la fantasía en unas expansiones casi religiosas, casi mundanas, mezcla de amor y de inocencia, de debilidad en el hacer y de deslumbramiento en el pensar que lo harán eternamente heroico y perdurablemente humano. Bajo el crespo cabello y chico cráneo del modelo escuderil, palpita el buen sentido sin ofuscaciones y sin visiones calenturientas, sin fiebre de la imaginación: el buen sentido, al que no hacen falta ilustración para ser justo, letras para ser ingenioso ni experiencia para ser avisado. El falso código del honor caballeresco y el código de conducta de la gramática parda dialogando y discurriendo forman la trama en que se dibujan las sonrisas cultas y amenas del mejor libro escrito en castellano; con sus párrafos rotundos y esculturales, que parecen cincelados más que escritos; con sus risas alegres, en cuyos ecos parece sonar el argentino caer de una lágrima como cae en el silencio de una noche perfumada una gota de rocío depositada en los pétalos de un lirio, en las azules ondas de un arroyo manso y cristalino; con sus simplezas sublimes y sus hipérboles vulgarísimas, en que se esbozan los rasgos étnicos y las costumbres españolas, como el cielo entre las nubes en jirones y como las estrellas entre las brumas de la noche; con sus aventuras, que el encanto adorna, la ilusión colorea y la risa alboroza; con sus cuentos, que interrumpen la acción, como flores que salpican una guirnalda, con su sátira fina y culta; como abejas lúbleas zumbando entre adelfas y entre rosales; con sus epigramas como ortigas punzantes escondidas entre el espléndido follaje de sus páginas profusas, con cuya lectura el niño se recrea, el joven se educa, el hombre piensa y el anciano llora.

Alma nacional como una matrona gentil arrullada en sus ensueños de gloria por esta lengua castella-

na, tan rica en onomatopeyas como en tono lo son las arpas y tan melódica como trinos de ruiseñores en las selvas; tan adaptable á los tiernos afectos que al alma dilatan y rejuvenecen como á los trágicos dolores que al ánimo comprimen y anublan, de tal modo que en su guarida extensísima saben desde el grave arrullo de la tórtola enamorada hasta el agudo rugir del león enfurecido y colérico. ¡Tristezas de Edipo y risas de Ofelia! ¡Lo que habla de Dios y lo que habla de la nada! ¡Desde la benbición solemne que del cielo desciende como un bienhechor rocío hasta la maldición tremenda que sobre la frente del réprobo retumba como un trueno! ¡Condiciones de César y amplificaciones de Horacio! ¡Risas de Rabelais é ironías de Cervantes! ¡El espíritu entero y la total naturaleza!



Trabajo del alumno D. Laureano Martínez de Pinillos que obtuvo un «accésit.»

El advenimiento del Ingenioso Hidalgo á nuestra literatura fué, señores, el advenimiento del buen sentido á la ética artístico-literaria; de ese buen sentido, hasta entonces sin participación en las obras de la literatura, que nace del músculo rojo y bien nutrido, del nervio sólido y bien equilibrado, del cerebro sin prejuicios ni presiones educadoras que Rousseau soñaba para su Emilio y Bourget para el discípulo de su admirable novela; ese sentido sano del Sileno de Plante, que decía soy un Dios y monto en burro, que se esboza en Pamurgo como un bosquejo y que cristaliza en Sancho Panza como un contrapeso de la animalidad y del instinto opuesto á la idealidad errante y vagabunda de Don Quijote. Esa rusticidad, que es la masa de que sale el genio; esa ignara personalidad de la que surge el talento; ese tronco fuerte y jugoso, que puede recibir el injerto de la rama florida y de la yema donde duerme la flor en germen y la esencia y el aroma en estado latente de preformación.

Trabajo del alumno D. Julio Moisés Fernández, que obtuvo un «accesit».

Este buen sentido también ha degenerado en costumbres y se ha pervertido su concepto especialísimo y natural. A los Panzas han seguido los pancistas y á los Sanchos de buen callar, seguido han los Sanchos de mal decir, y aun quizás en la perturbación sufrida por la gravitación moral de los

espíritus, parecen hoy los Quijotes en lo bajo, en lo hondo, en el abismo, con los ojos muy abiertos, no sé si en la muda contemplación sumidos de una visión interior y solemne como la de perseguir un astro, una luz allá en lo alto, ó si expresando el estupor calmoso que los excesos de la cólera engendran, tras del que surge la roja aurora de las represalias sangrientas mal cubierta por el humo de las teas y los velos del terror; y allá arriba, en las cúspides de las lomas, los Sanchos modernos hijos de los epicúreos antiguos, flotando en las aguas sociales gracias á su abdomen y mecidos gratamente con el cómodo balanceo de la más prosaica y soñolienta burguesía. Lo noble abajo, en el barro, de donde Cervantes sacó al Sancho castellano, noble de alma y turbio de espíritu. Lo vulgar arriba, en las nubes, de donde tomó Cervantes los contornos y las figuras homéricas del Quijote castellano, flaco de cuerpo y luminoso de alma.

Es que, como decía un insigne escritor, parece haber sonado en el reloj de los tiempos la hora fatídica del reinado del monismo. Ese vago rumor que estremece las almas como soplo del Bóreas á las ondas; ese sordo rugir que todos escuchamos en lo profundo de nuestras conciencias, en medio del silencio de nuestras meditaciones; esa marea que sube y á los mares sociales conmueve, son muchedumbres de Quijotes que esperan la hora del alba para enderezar entuertos y desfacer agravios, es el reflejo lógico de esa marea de Sanchicos que nos invade y nos ahoga, ese espectáculo, hasta ahora de larvas, será pronto una función de águilas; esa vaga confusión de almas es una materia en formación ígnea y dinámica que espera para ser profetizada los acentos de un Isaías que la anuncie y los trenos de un Jeremías moderno que la cante con la voz resonante de las tormentas y la desate con el cárdeno fulgor de los relámpagos de su palabra y los rayos de su pluma vengadora.

Medalla adjudicada por la Academia de Bellas Artes á los alumnos premiados.

Señores: Que alcemos el ideal por encima de todas nuestras aspiraciones y que tengamos el alcanzarlo por el mayor empeño de nuestra voluntad, sin más limitación para aquél que el de su posibilidad ni otra condición para éste que el límite del propio esfuerzo, es la enseñanza que se deduce del mejor y más admirado libro del Príncipe de los Ingenios Españoles. Que de nuestros recuerdos hagamos experiencias y lecciones de nuestras desgracias, y no sueños de nuestra historia ni arrogantes vanidades de nuestros triunfos, son los remedios para nuestra psicología turbulenta y perturbada que unas veces quiere resucitar, para las luchas guerreras al Rodrigo de Vivar que ensanchaba Castilla delante de su caballo y otras, para las funciones de la paz y buen gobierno, quiere resucitar á Felipe II.

En el concierto humano, señores, no bastan á los pueblos para existir las solas razones que abonan la existencia de los individuos. Ser es bastante razón para que viva un hombre; la fuente toda del derecho natural está en ese hecho; tener derecho á la vida es una consecuencia del vivir. Deber ser es la única razón que puede abonar la existencia de un pueblo ó de una raza; la fuente de todo derecho internacional está en esa necesidad. Tener derecho al respeto de su existencia una nación es un corolario del cumplimiento de sus deberes para con la Humanidad. Estos deberes, son los derechos que garantizan la vida de las nacionalidades: cuando entre ellos se coloca el de realizar maravillas asombrosas aparece entonces el alma de Don Quijote y el quijotismo inspirando acciones y conducta.

Si nuestra historia nos dió arrogancias y nos inspiró legítimo orgullo, nuestra voluntad física no nos dió constancia ni tesón. Gastamos todo nuestro capital de energía voluntaria en querer realizar estas tres unidades aún incumplidas y no resueltas: la unidad ibérica que nos demandaba nuestro amor patrio y que nos deshizo nuestra imprevisión, la unidad religiosa que nos demandaba nuestro amor al cielo y nuestras aficiones á la teología y la hizo imposible nuestro fanatismo que encendía hogueras, cuando Europa encendía antorchas, y expulsaba moriscos, cuando más necesitados estábamos de sus industrias y de sus labores y despoblábase España para poblar con nuestros laboriosos desterrados, Africa y Turquía, Francia y el Norte del Europa, y por fin, la unidad política con América, venida al mundo por el genio de un genovés y la inspiración de una reina, que nos rompió para siempre y para siempre también nos ha distanciado de poderla realizar, más que los ríos de sangre y la cima profunda de instintos agravios, aquel régimen que apostrofaba el insigne poeta D. Alfonso Moreno Espinosa, educador y maestro de historia de dos generaciones, diciendo:

> Él nos dió por herencia el despotismo,
> Por lenguaje una torpe logomaquia,
> En vez de religión el fanatismo,
> Y por ciencia oficial la tauromaquia.

Cádiz ilustre: Cádiz inteligente, Cádiz legendario, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y cuyos hechos esmaltan las luchas guerreras y las empresas más cultas de la gran patria española.

Juventud estudiosa que escucháis mis palabras y en la que el porvenir ve sus esperanzas y la ciencia sus continuadores y sus sacerdotes: la labor y el trabajo redentores del Adán primitivo y factores del humano progreso son las musas y el número de la edad presente.

No viváis de la historia, que es el pasado: vivid para el porvenir que es la verdadera vida. No ser momias indultadas de la pena de dispersarse en polvo y cenizas por la muerte misericordiosa, sino alas que suban, fuego que funda, luz que alumbre. Vivid la vida amorosa de las almas que se sumergen en el esplendor de la verdad y se hunden en las sagradas piras de la belleza. Hombres del siglo; llevad constantemente en la frente el numen de nuestro tiempo, en el corazón la justicia y en el alma la verdad.

Reunid en vuestro espíritu á Quijote y á Sancho para que vuestra alma sea armónica y la idealidad no haga que se os escape y oculte la noción de realidad.

Sois aurora: yo soy ocaso.—Hay fechas y latitudes geográficas en que el crepúsculo de la mañana y el crepúsculo de la noche se encuentran, se miran, se saludan en el cielo.—Esto ocurre con lo que se llama el sol de la media noche que enrojece las nieves de Escandinavia.—El inextinto sol de Cervantes, coloreando las nieves de nuestras indiferencias tradicionales, sea testigo de cómo junto al sepulcro del riente Homero español, las viejas almas de nuestros maestros saludan y aplauden la aparición, de las nuevas generaciones, en las personas de sus discípulos y de sus alumnos queridos

JEREZ DE LA FRONTERA

Con una velada literaria, celebrada en el Teatro Principal, conmemoró el Instituto de Jerez de la Frontera el tercer centenario de la publicación del Quijote, con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

1.° Sinfonía por la orquesta.

2.° Apertura del acto, por el Sr. Director del Instituto, D. Juan Argullós.

3.° *Himno á Cervantes*, escrito expresamente para este acto, por D. Angel F. Pacheco.

4.° *Discurso apologético de Cervantes*, leído por su autor D. José Callejón.

5.° Composición poética leída por su autor el alumno del Instituto, D. Antonio Chacón.

6.° *El curioso impertinente*, trabajo en prosa de D. José María Carpio, leído por D. Antonio Lora

7.° Discurso de D. Francisco Fuentes.

SEGUNDA PARTE

1.° Intermedio por la orquesta.

2.° *El mejor homenaje*, trabajo en prosa de don José Luqué, leído por D. Antonio Roma.

3.° Composición poética de D. Gumersindo Fernández de la Rosa, leída por D. Carlos Rivero.

4.° Trabajo en prosa, leído por su autor don Francisco Merry.

5.° Lectura de un trozo del Quijote, por el alumno del Instituto D. Diego Rodríguez.

6.° Lectura de un trabajo en prosa de D. Ramón León Máinez, leído por D. Manuel de Ysasi.

7.° Discurso del presbítero D. Rafael Rodríguez.

TERCERA PARTE

1.° Intermedio por la orquesta.
2.° Adjudicación de premios.
3.° Composición poética, leída por su autor don Manuel Bellido.
4.° Trabajo en prosa de D. Miguel Mancheño, leído por D. Arturo Beleña.
5.° Discurso de D. José Barrón.
6.° Repetición del *Himno á Cervantes.*
7.° Clausura del acto por el Sr. Alcalde.

He aquí el discurso de D. Francisco Merry, Capitán de Caballería del Regimiento de Alfonso XII:

D. Juan Argullós y Sedano, Director del Instituto general y técnico de Jerez.

Cervantes militar.

Cervantes parece haber comprendido la raza á que pertenece; nacido en España y reinando Felipe II, tiempos en que la Monarquía española era todo pujanza y vastísimos sus dominios. Italia era entonces el cuartel de las Milicias españolas. Cervantes entendía la profesión militar como un ideal así como la de las letras y como hacía su brillante y poética imaginación de todo cuanto era humano.

El sitio que ocupó en el combate de Lepanto (que luego detallaremos), revela que Miguel era en la guerra un soldado arrojado, astuto, observador y disciplinado; era asimismo un soldado indomable, altanero y arrojadísimo, que fuera de los casos especiales del pundonor caballeresco, medía su conducta según los obstáculos, doblegándose sin romperse ni dejar un solo momento de buscar la pérdida del adversario cuando era preciso sobreponer la violencia del ataque, ó la fuerza de la resistencia. Así lo demuestran los hechos y noticias autobiográficas.

D. José Callejón y Asme, Catedrático de literatura, autor del «Discurso apologético de Cervantes».

Sin embargo, es indudable que tratándose de un hombre de tanto mérito, estos datos de su conducta personal distan mucho de darnos idea de lo que valía y sabía como militar, y que para alcanzarla es necesario completar esa especie de retrato físico con su retrato moral, ó si se quiere de otro modo, que añadamos á aquel bosquejo de lo que hacía, otro de lo que pensaba en las mismas materias. El concepto que Cervantes tenía de la guerra y del arte militar era amplio y detallado, y no lo debía tan sólo á la práctica y observación, sino también al estudio y á las grandes lecturas de autores militares, antiguos y modernos, que los precediera y acompañara.

Cervantes había visto al soldado en el campamento y en guarnición, y en la batalla y la marcha; y no sólo le había examinado con toda la atención de que era capaz, haciéndose cargo de los caracteres, de las diferencias sociales, de los temperamentos, debilidades y excesos, sino que remontando con la lectura á los siglos pasados, había buscado, por decirlo así, la filosofía de estas variedades, ó sea la relación en que estaban con la vida y el objeto de los ejércitos, y la influencia que debían ó podían llegar á tener en el resultado de las operaciones.

Cervantes empezaba por arrancar del pecho del soldado aquello que más le perjudica y que más fácilmente puede arruinar á los ejércitos: el miedo. «Sepa el soldado, decía, que más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga.» «El esfuerzo regido con cordura, continúa Cervantes, allana al suelo las más altas sierras, al paso que la ciega ferocidad del guerrero embravecido, vuelve áspero las cosas más fáciles de vencer.»

«Es locura pelear con un soldado furioso hasta el desatino; en este caso vale más encerrarlo quitándole con el aislamiento la ocasión de alimentar su furia, y arrancándole las mismas raíces del brío». No era seguramente el temor del riesgo lo que le movía á opinar así; movíale la misma filosofía del arte de la guerra, pues no cesaba de recomendar la valentía á los militares como la virtud más necesaria y admirable de la profesión.

«El que es buen soldado, les decía, pone su buena suerte en la valentía de ánimo.» «En donde se halla el deseo de la fama, se estiman en nada las murallas y las trincheras, saltando los combatientes á campo raso; en cambio el cobarde está desnudo aunque se vista de acero.»

Por este equilibrio de opiniones se ve que Cervantes entendía señalar á la prudencia y astucia del combatiente límites determinados y casos escogidos á fin de que no se confundiesen con el miedo.

Para ello ponía mucho cuidado en acentuarlo

bien, estableciendo que valía más perderse por temerario que por pusilánime, según dice en el QUIJOTE. También nos interesa el tino con que juzgaba á dos tipos muy comunes que había encontrado en los ejércitos: el de los supersticiosos que creen en vaticinios sobre su suerte en los combates, y el de los que quieren sea todo lo militar austero, espartano y empedernido. Cervantes los detestaba á ambos diciendo: «el que anda tras los agüeros no será buen militar, pues el verdadero horóscopo del soldado es su brazo, y la verdadera estrella su valor»; y sobre el segundo tipo alegaba: «el amor del soldado enamorado, lejos de sacarle de quicio, le inculca más seso y madurez, por ser conocido que el amor á nadie hizo cobarde»; «en blandas camas y entre juego y vino se halla mal el trabajoso Marte». No menos detestaba á los soldados crueles: «Nunca dice bien la crueldad con la valentía», exclamaba. Esta sentencia, tan humanitaria como filosófica, contrastaba entonces con las matanzas que se hacían en los campos de batalla, pues la crueldad, decía, «es indigna del hombre valeroso». Nuestro Cervantes tenía en el mayor desprecio á los soldados fanfarrones; «el vano blasonar, decía, no es permitido al guerrero honrado y fuerte, pues el valor ha de mostrarse en los campos de batalla». Sin embargo de estos hermosos pensamientos, no se hacía ilusiones sobre la fortuna del soldado, ni sobre la guerra, pintando la vida de aquél como dificilísima, bien que gloriosa y útil.

D. Francisco F. Fuentes Marcos autor del discurso «Psicología de Quijote».

«El soldado, decía, es el pobre entre los pobres, porque está atenido á la miseria de la paga que viene tarde ó nunca; ó á lo que merodea con notable peligro de su vida y conciencia, á veces anda tan desnud , que un coleto acuchillado le sirve de uniforme y camisa, y ha de repararse con el aliento de su boca de las inclemencias del invierno, y como el primero sale de su propio cuerpo es tan frío como la atmósfera. Bien es verdad que llegada la noche podrá restaurarse durmiendo en el suelo, donde no hay cuidado que se le encojan las sábanas.»

D. Francisco Merry, autor del discurso «Cervantes militar».

Creía que los hombres debían ser soldados, que debían arrostrar todos aquellos trabajos, debían concurrir á aquellos y otros peligros, porque sobre el miserable egoísmo, sobre los cálculos de bajas comodidades, sobre el anhelo de opulenta prosperidad, había algo superior; había la libertad de la propia nación, había una Patria, un hogar: «Los hombres, exclamaba Cervantes, tienen el deber de servir con las armas para el engrandecimiento de su Patria, en la guerra justa, y sobre todo á la fe católica cuando lo necesita.» «Si la vejez coge al militar en este honroso ejercicio, aunque sea pobre, lleno de heridas, estropeado y manco, no le cogerá sin honra, y tal, que no podrá menoscabarle la miseria.»

Hermosos pensamientos que por desgracia contrastan grandemente con las ideas que sobre el honroso servicio de las armas tienen hoy tantos españoles; el uniforme que visto me veda el entrar en amplias consideraciones sobre este punto, pero vosotros, títulos de Castilla, los que los ostentáis porque vuestros abuelos los ganaron en los campos de batalla, oid á Cervantes, genio de las letras; vosotros, sabios y filántropos modernos, comerciantes egoístas, escritores sentimentales, oid á Cervantes, genio también de la diplomacia, que dice: «No cae en la mengua el soldado que confiesa ser pobre, el hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como un colegial con un manteo hecho añicos, porque en él demuestra la antigüedad de sus estudios.» «Pero los nobles y los ricos tienen aún más deber de poner su sangre al servicio de su Patria y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre rango este amor al servicio militar.»

«Si la guerra es una madrastra

de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan pueden llamarse ultramundanos.»

Dotado Cervantes de la acción más denodada y de un talento militar genial, hubiera sido sin duda uno de los generales más ilustres de aquella época, como fué uno de sus más portentosos escritores. Cuando salió de Italia estaba preparado para subir á los puestos más elevados del Ejército español y poca práctica superior hubiera necesitado para escalarlos quien dominaba tan magistralmente la teoría.

Ya se tratase de organización, de disciplina, de estrategia ó de táctica, dejaba caer de sus labios una serie de pensamientos que no podrían demostrar mejor sus grandes estudios de la materia y el tino con que se resolvía los más arduos problemas.

«No hay mejores soldados, decía, que los que se trasplantan de la tierra de los estudios á los campos de la guerra, ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la Patria se engrandece.» He aquí una teoría que ha confirmado los triunfos del Ejército alemán en el 70, del inglés en 1902 y hoy mismo el japonés sobre el ruso. Cervantes enseñaba siglos atrás lo que ahora se com enza á creer y practicar.

Es necesario, decía, «regir con duro freno á los Ejércitos; porque si reducís un ejército á militar concierto, veréis, por pequeño que sea, reluce como claro sol, y alcanza la victoria.» «La fuerza del ejército se acorta cuando ya sin el amparo de la justicia, aunque el ejército conste de mil brillantes tercios y de innumerables escuadrones. En la guerra es necesario para vencer al enemigo enmendar ante todo al amigo.»

Para Cervantes el valor y la audacia de un general deben ir acompañadas de otra cualidad más descollante: el talento, «Mandar ejércitos, exclamaba, no es oficio de ganapán, como si dijéramos de chafarote.» «Si el esfuerzo y cordura que todo lo barrunta y previene, no se halla en quien manda, la abundancia de gasto y municiones aprovechará bien poco; tened entendido que la fuerza es vencida del arte.» «Todo general debe alcanzar la victoria con el menor derramamiento de sangre; cuando el triunfo se alcanza con la sangre de amigo mengua el gusto que habíamos de alcanzar. ¿Qué gloria puede haber más levantada, decía Cervantes, que vencer al enemigo sin desenvainar la espada?»

Era Cervantes además un gran ingeniero militar; al hablar de las plazas sitiadas, decía: «Todo general que sitie una plaza inexpugnable, que pueda ser socorrida, no sólo debe cercarla con líneas de circunvalación, ó sean trincheras que miren á la plaza, sino también con líneas de contravalación, es decir, trincheras que miren al campo» «y tener presente, que, la escalada de las líneas del sitiador, que no es posible á un ejército, le será á media docena de héroes, porque siendo pocos, sorprenderán fácilmente al enemigo».

Pasamos á relatar con brevedad el combate naval de Lepanto.

En los puertos de Italia veíanse multitud de galeras llenas de la flor y nata de los guerreros, preparados para uno de los más grandes hechos navales que el mundo ha sido testigo. Imposible era que de tanto entusiasmo no participara el pecho de Cervantes. Vería amigos y compañeros deseosos de gloria y tan dispuestos á esgrimir la espada en el calor de los combates, como á escribir un poema sobre el campo de batalla, sirviéndoles de mesa un yelmo, de pluma una tizona, y de tinta la roja sangre. ¿Cómo resistir un genio á los estímulos de gloria do quiera y como quiera que ésta se brinde?

Quien ya desde muy niño había alimentado su imaginación con innumerables pinturas de guerreros, de los doce Pares de Francia, contra moros y paganos, ¿podía ver impasible el cercano encuentro y formidable choque de la cristiana y turquesa armada?

Ansioso, pues, de peligros en que cobrar fama de valiente, cual luego esperaba alcanzarla de sabio, sienta plaza de soldado voluntario, é incorporado á la compañía del capitán Diego de Urbina, destacada de aquellos famosos tercios que hacían temblar la tierra con su mosquetería, se embarca en la galera *Marquesa*, de la escuadra de Juan Andrea Doria, jefe de las navales de España, que en unión de las del papa y venecianas, mandaba como Almirante el príncipe Juan de Austria.

El instante terrible al fin se acerca; la escuadra cristiana avista á la turca, la persigue y le presenta batalla el 7 de Octubre al amanacer en la embocadura del Golfo de Lepanto. Miguel Cervantes estaba en este momento postrado en el lecho con alta fiebre, pero al oir el estruendo de los combatientes cobra alientos, y sin armarse apenas toma su espada y aparece en la cubierta de la galera, y pide á su capitán un arriesgado puesto en que batirse. Urbina y sus camaradas le reconvienen, y le instan se retire á la cámara; mas el gallardo joven les responde de este modo: «En todas las ocasiones que se han ofrecido de Guerras al Rey y se me ha mandado he servido muy bien, como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté con calentura. Así que póngaseme en la parte más peligrosa y allí estaré ó moriré peleando.»

Este fué Cervantes en Lepanto; un héroe; recibió heridas; quedó manco; y en este naval combate, el más grande que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros, las heridas que sufrió Cervantes eran para él «estrellas que conducen al Templo de la gloria». He terminado esta breve y modesta biografía de Cervantes como «Militar» y réstame tan sólo dar las gracias al distinguido auditorio por su atención y benevolencia, y al ilustre Profesorado de este Instituto por haber contado con mi humilde cooperación, para ensalzar las glorias del autor del QUIJOTE.

SAN FERNANDO

El Ateneo científico, artístico y literario de San Fernando, que preside D. Fernando Chacón, celebró en los días 7, 8 y 9 de Mayo varias fiestas en honor de Cervantes.

En la primera dió á conocer el director de la banda de Infantería de Marina, D. Camilo Pérez Monllor, su hermoso poema sinfónico «La cueva de Montesinos», que fué aplaudidísimo por la selecta concurrencia que le escuchaba.

En las veladas siguientes leyó un hermoso discurso historiando la vida de Cervantes como soldado, el teniente de infantería D. Celestino Rey y Joly; D. Miguel Peña y Gálvez, dió lectura á un notable trabajo «Datos autobiográficos del héroe de Lepanto»; el Sr. Chacón, presidente del Ateneo, un discurso sobre «El Quijote y el quijotismo», y la señorita Carmen Eulate y D. Antonio Rubio dos notables composiciones poéticas. En el estrado presidencial figuró durante estas veladas un primoroso retrato de Cervantes, obra del capitán de Infantería de Marina D. Angel Cousillas.

D. Fernando Chacón, Presidente del Ateneo de San Fernando.

He aquí ahora un fragmento del discurso de don Fernando Chacón sobre

El Quijote y el quijotismo.

D. Francisco de Paula Canalejas, en discurso pronunciado como individuo de la Academia de conferencias y lecturas públicas de la Universidad Central, en fiesta celebrada en honor de Cervantes, escribía, en 23 de Abril de 1869, las siguientes elocuentísimas palabras:

«No es el combate que se dan en el seno del espíritu y en el campo de la vida humana las dos fuerzas de lo real y de lo ideal, la aspiración á lo mejor y más perfecto y el goce y el aprovechamiento de lo que existe, lo que constituye y aclara el pensamiento del insigne escritor á quien honramos. No imaginó Cervantes, no quiso tampoco completar su representación de la vida humana, con las dos figuras de *Don Quijote* y *Sancho*. No es el hombre *Don Quijote*; no es el hombre *Sancho;* pero en todo hombre están un *Sancho* y un *Quijote*, y es tan fácil convertirse en el uno, como ser trasunto del otro, y alternativamente la conciencia, recordando los acasos de la vida propia, nos acusa de imitar al uno ó de ser una tristísima parodia del otro. Quiso Cervantes que, levantándonos sobre estos parciales aspectos de la vida, fuésemos imagen viva y permanente del hombre superior, capaz de condolerse de las extravagancias y locuras del hidalgo y de compadecer y corregir las malicias y groserías del escudero. Este hombre superior que desde su elevado asiento pone en su punto todos los extravíos, enfrena la fantasía, purifica los instintos, acomoda al dictado de la razón las aspiraciones, purga de todo deseo mezquino los movimientos que brotan

D. Camilo Pérez, Director de la banda de Infantería de Marina de San Fernando.

de la sensualidad ó del egoísmo, es la alta y moralizadora concepción de Miguel de Cervantes y declara como consejo y ley primera de la vida, la necesidad de salir de las edades del quijotismo en lo social y en lo individual, sin caer en el extremo opuesto que *Sancho* representa, sino que desprendiéndose de una y otra sugestión se entre en el pleno y tranquilo dominio de nuestro noble carácter humano, consiguiendo no aparezcan en hechos ni en pensamientos la quimérica idealidad ó el egoísmo grosero, ó sea este *Quijote* y este *Sancho* que anidan en el fondo de todas las almas y que rompiendo su alta unidad, nos arrastran por los caminos de la vida, ya representando el papel del hidalgo manchego, ó lo que es más triste, siendo nuevos *Sanchos* á los ojos del mundo y á los de la propia conciencia.

D. Miguel Peña, autor de la conferencia «Datos autobiográficos del héroe de Lepanto».

»Vivifiquemos lo que el trabajo y el amor de estos últimos siglos ha descubierto y presentado en el libro inmortal de Cervantes. Purificando vuestros sentimientos, recogiendo en lo más íntimo de vuestra conciencia la más bella y soberana de las ideas que la animen; sorprendiendo en vuestro sentimiento lo más noble que pueda agitar el corazón; conservando el más ferviente de los impulsos que os dirijan al bien y al amor general, sentiréis el corazón y la inteligencia del hombre tal como la imaginó Cervantes, y dilatando el pensamiento á todo lo que es humano, asistiendo con vuestra compasión y vuestro enternecimiento al que lloró en las edades antiguas y á todo lo que pueda gemir y padecer en las edades futuras, no siendo extraño á ninguna pena ni á ningún quebranto, y en pos siempre de lo mejor y más bello, juzgando con fraternal benevolencia todo lo que es y todo lo que fué, pidiendo con lágrimas en los ojos sea siempre mejor lo porvenir, levantarás en toda su grandeza y en su gigantesca estatura, el hombre imaginado por Cervantes, y cuando esta nobilísima figura sea conocida, amada, sirva de ejemplo y constituya la lección y la enseñanza general, se habrá alzado por las generaciones la nunca vista estatua, el nunca soñado monumento que el gran ingenio merece, porque será estatua y monumento que cause, no sólo sorpresa y contento, sino que engendrará virtudes levantadas, afectos nobilísimos y un espíritu de humana ternura y de fraternal asistencia y conmiseración.»

Y á estos admirables juicios del sabio escritor que fué honra de la cátedra española, yo he de agregar muy pocos y desmedrados juicios; porque no es bien desvirtuar el mágico efecto que en vosotros ha producido el recuerdo de aquel discurso, y es hora ya de que termine el mío, antes de que se acabe vuestra paciencia.

Nunca como ahora, en el estado de abatimiento que sufre el pueblo español, en el momento de solemnizar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, habrá ocasión más propicia para que se invoque el nombre glorioso de Cervantes, pero con invocación que sirva como de resorte y estímulo al resurgimiento de la patria. No hay manera más propia y digna de honrarle y glorificarle. Cervantes fué quien hizo decir al ingenioso hidalgo, en el discurso de las armas y las letras: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, venga una desmandada bala, disparada de quien huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.» Cervantes fué quien, de esta suerte, predijo la exclusión de la valentía, como elemento inútil en el arte de la guerra, y el vencimiento del pueblo español, por pueblo menos valeroso, es cierto, pero también más dotado, en verdad, de conocimientos y medios militares.

Srta. Carmela Eulate, distinguida poetisa, autora del soneto «A Cervantes», leído en la velada del Ateneo.

España ha menester, pues, más, mucha más ciencia, pero también está necesitada de los recursos propios para guerrear, de barcos y arsenales, fortalezas y cañones, porque la guerra no podrá ser desterrada jamás de la vida de los pueblos; porque según el mismo inolvidable discurso, «con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y finalmente, si por ellas no fuere, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra, estarían sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra, el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.» Y si España ha de demandar con apremio, en el renacer que exige su desastre, más industria, más comercio y más trabajo; más ingenieros y doctores; maestros y alumnos para sus escuelas; canales de riego para sus campos sedientos, luz para su inteligencia obscurecida; no ha de procurar menos, ni con menor empeño, fuerza y robustez para su brazo, energías para su voluntad, despertar inmediato para su prolongado sueño; y ¡por Dios santo! nada de poner en duda las proezas del Cid, nada de renunciar á la leyenda caballeresca, nada de cerrar para siempre las páginas del QUIJOTE. No deshonremos ni persigamos la sombra augusta de Miguel de Cervantes Saavedra. Pidamos, sí, al cielo, que se apiade de nosotros y nos envíe muchos gobernantes parecidos al rudo gobernador de la ínsula Barataria, que influídos por las sabias enseñanzas del Hidalgo, sean enhorabuena fieles guardadores de la realidad, pero también amantes apasionados de los ideales, y que puedan decir como *Sancho*, al término de su gobierno: «Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.» Volvamos, en fin, la vista á nuestra pasada y preclara historia; recordemos el brío, la entereza, la abnegación, el sacrificio característicos de nuestra raza, y exclamemos todos: ¡Bendito Cervantes! ¡Bendito el QUIJOTE! ¡Bendita la noble, la cabellerosa, la quijotesca España!

D. Angel Cousillas, autor del retrato de Cervantes que figuró en la velada del Ateneo.

CANARIAS

SANTA Cruz de Tenerife y Las Palmas verificaron grandes fiestas en honor de Cervantes, celebrando el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Las islas Canarias, demostraron así su afecto á España y el amor que sienten por las glorias nacionales.

El Instituto, las Escuelas Normales, los Círculos literarios, toda Canarias en fin, se adhirió con entusiasmo, á las fiestas dedicadas á enaltecer la memoria de Miguel de Cervantes.

La prensa Canaria publicó muy notables números describiendo los festejos celebrados en aquellas islas conmemorativos del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El ministro de Instrucción pública Sr. Cortezo, envió un telegrama de felicitación á las autoridades por sus iniciativas en las fiestas del Centenario.

CASTELLÓN

POR iniciativa del Ayuntamiento se celebró una manifestación en honor de Cervantes.

La comitiva se organizó frente á las Casas Consistoriales, concurriendo diferentes Corporaciones, Escuelas, Comisiones, Cuerpos militares, alumnos de las Escuelas públicas con sus estandartes, bandas de música civiles y militares, etc.

La manifestación se dirigió á la calle del Empedrado, en donde, solemnemente, se procedió á descubrir la artística lápida, en la que se substituye el nombre de dicha calle por el de Cervantes.

El catedrático del Instituto señor Salinas dirigió la palabra á los manifestantes desde un balcón de la casa del alcalde, haciendo un sentido elogio del inmortal autor del QUIJOTE.

En el Instituto se celebró una fiesta literaria, en la que tomaron parte los elementos literarios más valiosos de la población.

CIUDAD REAL

UNA institución que hace honor á Ciudad Real y que dirige el ilustrado profesor D. Miguel Pérez Molina—la Academia general de enseñanza—, celebró una velada en honor de Cervantes, con arreglo al siguiente programa:

1.° Sinfonía.—Gran marcha de la ópera *Tannhäuser*, ejecutada al piano por el profesor de la Academia D. Aureliano Bermúdez.

2.° Lectura del discurso titulado «La edad de oro» por el señor alumno de primera enseñanza Miguel Serrano y Lázaro.

3.° Lectura de dos sonetos cervantinos por el señor alumno de Preceptiva Arturo Muñoz de Luna y Carrasco.

4.° Lectura de la composición poética de Hartzenbusch en loor de Cervantes, por el señor alumno de Historia Literaria Alfonso Caro Patón y Merlo Córdoba.

5.° Siciliana de la ópera *Cavalleria Rusticana*, Mascagni.

6.° Lectura de un discurso en honor de Cervantes por el señor alumno de sexto año Luis Mira y de la Rubia.

7.° Discurso de homenaje á Cervantes por el subdirector de la Academia, Ldo. D. Andrés Racionero y Real.

8.° Resumen del acto por el ilustrísimo señor Gobernador civil.

La fiesta comenzó descubriéndose una lápida conmemorativa del Centenario, obra del escultor D. Manuel Menéndez.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

D. Francisco Montalbán, Alcalde de Argamasilla de Alba.

***

En la Escuela de los Jesuítas se celebró también una velada, en la que tomaron parte los alumnos obreros que allí reciben educación.

Dió principio la fiesta cantando el coro de niños un himno á Cervantes, con acompañamiento de armonium, y bajo la dirección del maestro Bermúdez.

Después, grupo de jóvenes educandos, declamaron algunos trozos del QUIJOTE y representaron escenas del inmortal libro.

Terminó el acto repartiéndose entre los alumnos obreros que asistieron á la fiesta—unos trescientos, en total—prendas de vestir y ejemplares del QUIJOTE.

***

El Instituto general y Técnico celebró con una velada y con un certamen literario el tercer Centenario de la publicación del QUIJOTE.

Dió comienzo la velada, leyendo el vicedirector del Instituto, D. José María Malaguilla, un notable discurso-memoria, haciendo constar el amor de Ciudad Real por Cervantes.

Acto seguido, el catedrático auxiliar y Secretario del Jurado, D. Aureliano García Serrano, abrió los sobres que contenían los nombres de los autores premiados:

Tema.—«Análisis literario del capítulo XXII de la primera parte del QUIJOTE»; autor premiado, el alumno Alfonso Caballero Martín.

Tema.—«Estudio de los refranes contenidos en la primera parte del QUIJOTE, y que son más usados en la Mancha»; autor premiado, el alumno Arturo Muñoz de la Luna Carrasco.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

Individuos de la Junta organizadora del Centenario, Sres. Pascual, García Cañadas, Pereira, Escribano Ramón de Moncada y Pozo.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—Don Quijote y Sancho.

Tema.—«Estudio acerca de la Cueva de Montesinos»; autor premiado, el alumno Fermín Hervás López.

Tema.—«Paralelo entre Robinsón y *Don Quijote*»; autor premiado, D. Hilario Sánchez Castillo, profesor de la Academia de Enseñanza de esta capital.

Tema.—Soneto, relacionado con la obra de Cervantes; autor premiado, D. Joaquín Aguilera García, redactor de *La Tribuna*.

El público acogió con aplausos los nombres de los autores premiados, algunos de cuyos trabajos fueron leídos.

Después, el catedrático de Literatura D. José Balcázar, dió lectura á un hermoso discurso, en el que estudió con gran originalidad la inmortal obra de Cervantes, terminando el acto con un discurso-resumen del gobernador D. José del Castillo y Soriano.

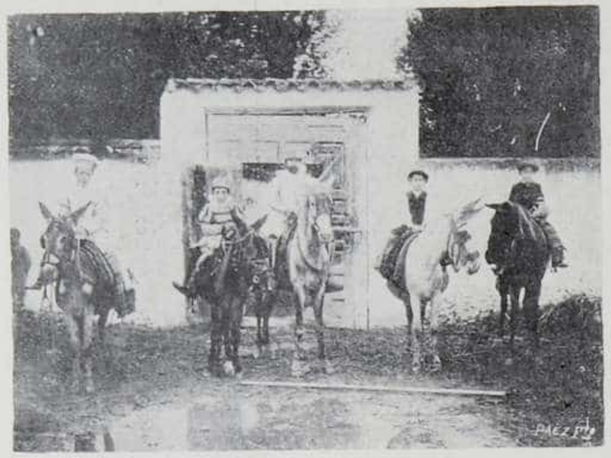
He aquí, ahora, el discurso de D. José Balcázar:

Homenaje á Cervantes.

Al mismo tiempo que en Ciudad-Real, celébranse en todas las capitales de provincia de la nación, en los centros docentes, en las academias literarias, en las sociedades de propaganda de la cultura, fiestas como la que dedicamos ahora á la fama inmortal del libro único. Maestros de las letras divierten,

entretienen ó entusiasman á sus auditorios con sus conceptos sobre las aventuras del Ingenioso Hidalgo. La labor constante de los más preclaros talentos españoles y extranjeros tienen agotado el tema. Hablar de *Don Quijote* es cernirse sobre un abismo, abismo luminoso, inmenso, que contiene toda el alma española, toda la historia, toda la filosofía, todo el sentimiento estético de la raza. Flota en él, como las nieblas sobre los mares, cuanto España dió de sí á través de las generaciones; porque el QUIJOTE es la raza hispana impresa; nuestro espíritu interpretado en letras de molde; nuestros errores sintetizados en las tristes lides del caballero noble y sin fortuna; nuestros aciertos en la elevación suprema y constante de su ánimo, el cual se mantenía enhiesto contra todas las adversidades, y así los golpes tundiesen el cuerpo del buen Alonso, su voz proclamaba sin miedo al daño, ni al dolor, ni á la muerte, la eterna lección de lo bueno, para enseñanza de los ignorantes, para confortación de los débiles, para exaltación y premio de los valerosos y denodados.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA



La cabalgata. La aventura del vizcaíno.

Túrbase mi mirada ante la complejidad de tanto problema como Cervantes condensó en nuestro libro. Discurrir sobre el conjunto sería entregarse al naufragio de un mar agitado en navecilla pobre y sin timón. Pero algo he de decir con que cumpla mi compromiso.

Y voy á hablaros de aquella escena que el capítulo LIV de la segunda parte de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, narra Cervantes con prodigiosa y nunca

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—El cautivo.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—Vecinos de Don Quijote.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—Manteamiento de Sancho.

bien superada maestría. «Nunca segundas partes fueron buenas», dijo el autor cuando daba á la estampa la continuación de las desventuras de Quijano; pero en esto padeció error, si no fué rasgo de ironía, el dictamen del maestro, porque la segunda parte del QUIJOTE es tan superior á la primera, siendo la primera superiosíma, que hay que reconocer que á medida que el trabajo avanzaba, perfeccionándose con los años el ingenio, ensalzábase en depuración definitiva, llegando á lo inverosímil en la pureza de la idea, en la divina concreción de la forma, en el triunfo nunca logrado por ningún escritor en ningún idioma, ni en ninguna raza ni tiempo.

Pues bien; aun dentro de lo que es absolutamente perfecto, hay matices apreciables al ingenio de los hombres. El lapidario á quien se entrega rica colección de brillantes, á primera vista puede hallarlos todos iguales por la pureza de sus aguas, por el relumbrar de sus cristales, por la armoniosa, geométrica traza de los planos; pero luego destacará unos de otros y, al fin del análisis colocará alguna de aquellas piedrecitas refulgentes en primer término.

Así la crítica, de entre la muchedumbre de sublimes bellezas que atesora el QUIJOTE, considera como punto esencial de maravilloso acierto esa escena á que antes me refería.

Es cuando Sancho Panza volvía de la ínsula Barataria, lleno de desengaños y de golpes. Habíase venido á tierra todo su orgullo y ansiaba sólo verse al lado de su amo, el cual no le libraba, antes le conducía á los riesgos, pero amparábale con la señoril nobleza del alto espíritu.

Caminaba Sancho sobre su rucio, cuando topó con «una tropa de extranjeros». ¿Quién no recuerda la aventura?

Allí encontró Sancho á su convecino Ricote el morisco, el cual andaba á las partes del mundo cumpliendo el decreto que expulsara de la península á los creyentes en la fe de Mahoma.

Ricote el morisco y sus compañeros de errabundez y de miseria huían de los alguaciles y de la autoridad, que perseguíalos para que no quedase en España ni un solo hombre á quien no hubiese deparado Dios la fortuna de haber nacido, de haberse criado, de vivir en la santa fe católica, en la única religión verdadera.

Y aquí es donde, rompiendo las densas nieblas que envolvían por aquellas edades el alma nacional, Miguel de Cervantes pone en boca del personaje que ha creado, de Ricote el morisco, la frase, hasta entonces no empleada por escritor alguno en hispánica lengua, la frase que nos hizo perder á Flandes, la frase que nos ha llevado á la pérdida de otros pueblos y territorios.

Esta frase es así:

La libertad de conciencia.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—El carro de la muerte.

Pero oigamos á Cervantes, oigamos á Ricote el morisco, y con copiar aquí los párrafos de nuestro autor, habrá en este discurso algo digno de vuestra atención.

»Bien sabes ¡oh Sancho Panza! vecino y amigo mío, cómo el pregón y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación, puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí, le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así, como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse), ordené digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir á buscarla donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos que los pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos, firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa.

»Finalmente, con justa razón, fuimos castigados con la pena de destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Do quiera que estamos llorando por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestro desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados; tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, PORQUE EN LA MAYOR PARTE DELLA SE VIVE CON LIBERTAD DE CONCIENCIA. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que ellos tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia.»

Ved cómo, el poeta de la fe española, el mantenedor del idealismo religioso, que puso en su héroe melancólico y malaventurado el espíritu de abnegación del místico, deja comparecer entre frases tiernas y benevolentes á aquel Ricote el morisco, perseguido en su persona y en la de su mujer y en la de sus hijos porque nació en otra fe, que no la nuestra, y huyó por ello de su casa, y anduvo en mares con navegaciones peligrosas y peregrinó por extrañas tierras, llevando en la turbación de su ánimo la amargura de verse maltrecho por el solo crimen de no haber merecido de la Providencia la gracia de la fe en la religión verdadera. De este modo la grande alma de Cervantes puso en el libro inmortal una protesta que en manera alguna contradice la fe, sino que la exalta y la eleva sobre las disputas de los hombres, queriendo que sea respetado el que yerra, si es su error puramente intelectual, y dispensando al equivocado la mansa benevolencia del perdón.

Recordar que Miguel de Cervantes ni por ésta, ni por ninguna otra de sus obras, fué requerido del Tribunal de la Inquisición, ni sus escritos sufrieron las andanzas de otros grandes maestros del pensamiento hispano, á muchos de los cuales no les valió el ser ornamento de las órdenes religiosas, ni vestir hábitos sacerdotales, ni gozar de justificada reputación de piadosos. No pocos de éstos fueron perseguidos y aun encarcelados, viéndose sus libros retenidos por el fuero inquisitorial.

Para honra de España, la Providencia impidió que osara el estrecho espíritu dominante en aquellas edades, sujetar á su férula la creación prodigiosa del Hidalgo manchego.

Y permitidme que, falto yo de la erudición y del estudio precisos para tamaña empresa, solicite de los maestros un análisis comparativo de lo que entonces podrían llamarse atrevimientos del espíritu, contra el sojuzgado é imperioso dictamen de la intransigencia religiosa, estudio mediante el que habría de verse que Cervantes llegó á donde ninguno y pasó por donde nadie y escribió lo que jamás otro

había escrito en lengua española en defensa del humano albedrío. Veríase, mediante este análisis, cómo el QUIJOTE es la íntegra expresión del alma nacional, no tan intimidada por los castigos ni tan arredrada por las persecuciones que dejase de levantarse contra ellas. Miguel de Cervantes Saavedra, que vivió y murió en el seno de la única fe verdadera, supo separar el dogma intangible de la humana inmudable disciplina eclesiástica, y así fué el poeta del espiritualismo católico y el adversario de toda intransigente mojigatería.

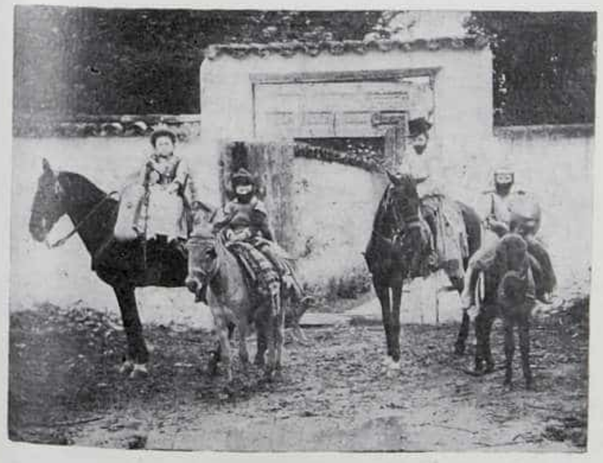
Véase cómo á través de las páginas del DON QUIJOTE pasan las venerables figuras de sacerdotes ungidos por la virtud, perfectos en su ministerio, santos en la vida y en la doctrina, pero en manera alguna encadenados por la ruin superstición. Y así tenéis en vuestra memoria al cura de la aldea en que vivía Alonso Quijano, el bueno y el sabio canónigo que en otras aventuras del Caballero andante interviene.

De aquel cura del castizo pueblo, que algunos quieren que sea Argamasilla, aunque otros opinen que fué Alcázar de San Juan, hizo Cervantes el prototipo de la discreción. Sin vanas ostentaciones de piedad curaba de la paz moral de sus feligreses y por eso intervenía tan diestramente y con eficacia tanta en regular los desvaríos del denodado aventurero. Infinitas molestias se procuraba por reducir á *Don Quijote* á un vivir tranquilo y cristiano; y en ningún punto de la historia de estos hechos refulgen tan esplendorosamente el saber y la amplia doctrina del sacerdote, como en el «donoso escrutinio» que aquel tonsurado hizo de la biblioteca del generosísimo desfacedor de entuertos. Releed este capítulo del QUIJOTE, detenéos en cada una de sus palabras y admirad la justicia con que este libro es apartado para que se conserve como bueno, y otros, en ciento, son arrojados al corral para que el fuego los destruya. Suponed que quien ejerce tal crítica es un cerebro empequeñecido por la exageración supersticiosa y habréis de asistir á un auto de fe no menos injusto que otros en que eran llevados á la pira, no ya volúmenes, sino personas, y no libros de caballería, sino caballeros. Pero Cervantes quiso que el representante de la fe católica en la aldea donde nació el ingenioso Hidalgo, fuese la discreción misma, despreciador de los dogmatistas sin seso que pululaban en aquellas edades para daño y vergüenza de los españoles. No han variado en esto mucho los tiempos, antes parecen haber empeorado sensiblemente, y ante la violenta diatriba con que ahora se ataca toda especie de discusión sobre lo que está sometido al dictamen humano, si por ello se enoja á los que se han alzado con la exclusiva de la verdadera ciencia, habrá que regocijarse de que hoy asistamos al centenario del QUIJOTE, en vez de asistir al hecho glorioso en su primera impresión en letras de molde.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA

La cabalgata.—Entierro de Grisóstomo.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA



La cabalgata.—Los duques.

De esas exageraciones dogmáticas, de esa vulgaridad cruel que no quiere que se hable, ni se escriba, ni se piense respecto á lo que no esté discurrido, hablado y escrito por los definidores *ex equo* hace graciosa sátira Cervantes en esta escena del escrutinio. Porque la sobrina de Alonso Quijano y su ama de llaves quieren que todos los libros encerrados en la biblioteca de Don Quijote sean entregados al fuego; y aún el ama añade, poniendo cerca del cura una escudilla con agua bendita y un hisopo: «—Tome vuesa merced, señor licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de que les queremos dar echándolos del mundo.» Causó risa al licenciado esta simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros, uno á uno, para ver de qué trataban, pues podría haber algunos que no mereciesen castigo de fuego. «—No—dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar á ninguno, pues todos han sido los dañadores...» Lo mismo dijo el ama. Mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos...»

Fué respetado *Amadís de Gaula*. Cayeron al corral *Las Sergas de Esplandian, Amadís de Grecia, Don Olivante de Laura, Florismarte de Hyrcania* y *El Caballero Platir*. Con todo ello comenzó la hoguera, en la que las llamas y el humo parecían difundir en el estrecho recinto de la corraliza los ensueños y las tristezas del Caballero de la Triste Figura.

«Abrióse otro libro, sigue diciendo el texto, y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*...»

... Por menos que por ese título, libros que avergüenzan á la humanidad han sido conservados en la obligada consideración de los hombres... Pero el cura de la aldea de Don Quijote no respetó la falsa cubierta, y dijo:

—«Por nombre tan santo como este libro tiene, se podría perdonar su ignorancia. Mas también se suele decir: tras de la cruz está el diablo. ¡Vaya al fuego!»

Y en la hoguera cayó el volumen.

Sostenía, no hace muchos años, en centro doctísimo y ante alentada juventud escolar, sus puntos de vista sobre la enseñanza un profesor de aulas oficiales, y defendía que habían de ser conservados en las bibliotecas y entregados á la curiosidad de los alumnos cuantos libros, «con mejor ó peor talento», tendiesen á ensalzar la religión católica y sus misterios; y añadía que habían de apartarse de esa curiosidad de los tiernos entendimientos «todas las obras, hasta las clásicas de mayor pureza retórica, en que se dignificaran los amores de la Naturaleza», con lo que procuraba el disertante un nuevo escrutinio, que hubiera entristecido á los doctos, para los preciosos libros que guardamos aquí como tesoro del numen del Lacio; y Virgilio, y Ovidio, y Oracio, y Cátulo y todos los poetas romanos, grandes y menores, hubiesen ido á buscar las llamas de la destrucción.

Pero el cura de Cervantes, el docto crítico del escrutinio inolvidable, habríase ido á las barbas con aquel profesor á quien me refiero, y le habría dicho lo que cuando cansados los que intervenían en el examen de los volúmenes que recreaban á Don Quijote, disponíanse á arrojar «á carga cerrada» cuanto quedaba en la biblioteca, y el barbero tenía ya abierto un libro que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

«—Llorarlas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiese mandado quemar, porque su autor fué uno de los más famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»

Lo cual bastó para que *Las lágrimas de Angélica* quedara donde y como se debía.

Cuando ahora asistimos á esa guerra dura y cruel con que unos espíritus persiguen á otros, y con que estas doctrinas pretenden acabar con aquéllas, los ejemplos que os he citado y otros muchos que os citaría si no temiese abusar de vuestra atención, prueban cómo la obra de Cervantes no es sólo un monumento de las letras y un alcázar de la filosofía, sino además una lección de piedad, un ejemplo de misericordia, un homenaje á la libertad del entendimiento, un templo á la suprema, á la indestructible religión de las ideas. Apártense con vergüenza de los aplausos que hoy tributamos á Cervantes cuantos representen el indominable orgullo de su propio pensamiento, porque éstos serán, aunque el azar les valga y les conceda el triunfo, como los molinos del Campo de Criptana. Giraban ellos con sus alas de lona y sus entenas de madera é hicieron caer del caballo al gran mantenedor del espíritu independiente. Maltrecho y roto quedó en el suelo Don Quijote de la Mancha, y los molinos siguieron girando con la fatua y estéril vanidad de los imbéciles triunfos. Pero el soplo de los aires se detiene: los molinos se paran y en su maderamen y en sus lienzos se posan con desprecio las aves. El grande y largo cuerpo de Don Quijote, tendido en el campo cerca de las toscas máquinas triunfadoras, produce en nuestro espíritu la impresión de amargura del mártir de la fe, rendido y muerto entre los sayones del odio y la indiferencia.

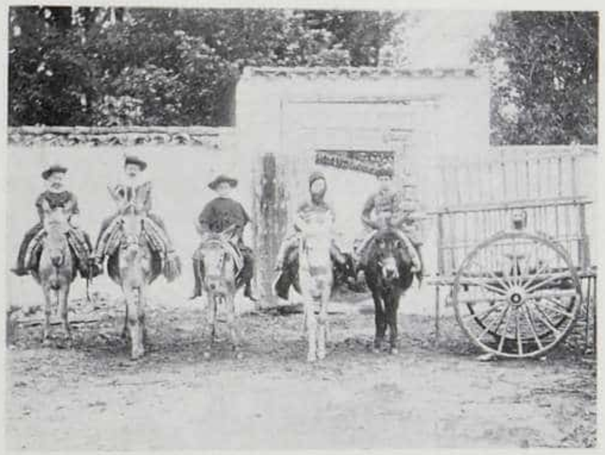
ARGAMASILLA DE ALBA

ARGAMASILLA de Alba, la simpática población manchega, ha honrado, como era de esperar, la memoria de Cervantes, conmemorando dignamente el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE. He aquí el programa de las fiestas verificadas en la simpática población manchega:

Día 7.—Gran diana, á cargo de la música del pueblo.

A las diez de la mañana, en el salón de actos del Casino, tuvo lugar una gran reunión para oír leer á los niños de las escuelas trozos del QUIJOTE. En dicho acto, leyeron también algunos trozos los señores Pozo, García, Cañada, Pereira, Gómez Sánchez y Escribano. A poco llegó la banda de Manzanares y recorrió la población tocando varias piezas de su escogido repertorio.

EL CENTENARIO EN ARGAMASILLA



La cabalgata.—La jaula de Don Quijote.

Por la tarde, gran concierto en la glorieta, que se vió muy concurrida, embelleciendo el conjunto y haciéndolo más artístico el magnífico ramillete de flores que en forma de mujeres engalanaban el paseo.

Por la noche, gran retreta, que recorrió las calles por donde pasó al día siguiente la cabalgata.

Día 8.—A la madrugada, apareció *Don Quijote* velando las armas en la pila que junto al pozo hay en la casa llamada de Cervantes. La banda de Manzanares ejecutó una gran diana que recorrió la carrera de la cabalgata, llevando al frente á *Don Quijote*, que hacía su primera salida.

A las diez de la mañana, concierto en la glorieta.

A las tres de la tarde, gran cabalgata, en la cual se representaron parajes del QUIJOTE. Rompían marcha los guardias rurales, á caballo, haciendo el despejo. Detrás, el jinete portaestandarte; á continuación la música del pueblo, tocando escogidas piezas de su repertorio.

Primer cuadro. *Don Quijote y Sancho*, muy bien caracterizados, representados respectivamente por Antonio Dotor Aliaga y Gregorio Moya.

Segundo. *La aventura del Vizcaíno*, representando sus personajes: *Don Quijote*, Ambrosio Lucendo; *Sancho*, Pedro Torres; *Vizcaíno*, Mauricio Serrano; *Pajes*, Pablo Lucendo y Crescencio Aliaga; dentro del coche de camino de aquella época, y cedido por doña Emilia Lanzarote, iban Rafaela, Pilar y Delfina Gómez, Angela Serrano y Josefina Ruiz.

Tercero. *Entierro de Grisóstomo*. Dos pastores con picos: *Anselmo*, Pedro Aliga; *Ambrosio*, Gabriel Lucendo; cuatro con las andas: Darío Alberca, José y Antonio Sáez y Vicente Mulas; *otros pastores:* Baldomero Rubio, Ramón Serrano, Antonio Porras, Miguel Moya, José Valverde y Tomás Díaz; *Gentiles-hombres:* Julián Martínez y Agapito Mulas; *Don Quijote*, José María Pascual; *Sancho*, Julián Ramírez; *Marcela*, María Gómez.

Cuarto. *Manteamiento de Sancho.—Arrieros:* Jerónimo Lucendo y Carlos Serrano, Marcelino Mulas y Pedro Condés.

Quinto. *Carro de la Muerte.—Arlequines:* Inocencio Alberca y Lucio Ruiz; dentro del carro: *Muerte*, Eugenio González; *Cómicos*, Luis González, Julio Ruiz y Pedro Lucendo.

Sexto. *El cautivo.—Zoraida*, Joaquina Lanzarote Albillo; *El cautivo*, Francisco Escribano Bueno.

Séptimo. *Vecinas de Don Quijote*: Misericordia Torres, María y Florentina Mulas.

Octavo. *Los Duques.—Duquesa*, Teresa Lucendo; *Duque*, Enrique Pascual; *Don Quijote*, Agustín García; *Sancho*, Angel Pereira Padilla.

Noveno. *Jaula de Don Quijote.—Don Quijote*, Agustín Mulas; *Sancho*, Juan Antonio Ruiz; *Cura*, Luis Pozo; *Barbero*, Enrique Aliaga; *Cuadrilleros*, Jesús Bonillo y José Masó.

Entre cuadro y cuadro, 20 niños con banderolas.

Presidieron el señor alcalde, D. Francisco Montalbán; el señor cura, D. Marcelino García Cañada; el señor juez, D. Antonio Millán; el señor fiscal, don Vicente Cremades; el señor comandante del puesto de la Guardia civil, D. Antonio G. Cano, y cerraba la marcha la banda de Manzanares.

A las nueve de la noche, baile infantil de trajes.

Día 9.—A las ocho de la mañana, en la iglesia de la parroquia, solemnes funerales en honor de Miguel de Cervantes Saavedra.

Inauguración á las once de la mañana de las obras de reparación de las escuelas.

Además, el Ayuntamiento ha tomado el acuerdo de erigir un monumento á Cervantes en la plaza de la Constitución, que desde ahora llevará el nombre del insigne escritor, gloria de España.

CÓRDOBA

La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, celebró el 6 de Mayo sesión pública y solemne, en el salón de actos de las Casas Consistoriales, con el doble carácter de recepción del nuevo académico de número, D. Cayetano de Alvear, y de conmemoración del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El Sr. Alvear, á quien contestó muy elocuentísimamente el Sr. Redel, dió lectura á un notable discurso, del cual reproducimos los siguientes fragmentos:

D. Cayetano de Alvear.

Causa de la universalidad del «Quijote».

Buscada inútilmente la causa de la universalidad del QUIJOTE en su espléndida forma, preciso será tratar de inquirirla en su fondo, y al intentarlo voy á empezar por fijarme en algunos neologismos que el libro popular ha introducido en el lenguaje.

La vulgarización de su protagonista *Don Quijote*, al ser éste observado sólo bajo su aspecto grotesco, nos ha legado los vocablos *quijotada, quijote, quijotería* y *quijotesco* en el sentido de «acción ridículamente seria»; «hombre ridículamente grave y serio, nimiamente puntilloso ó que á todo trance quiere ser juez ó defensor de causas que no le atañen»; «modo de proceder ridículamente grave y presuntuoso», y «acto que se ejecuta con quijotería». Pero además por la observación sin duda más profunda de ese mismo personaje, en la evolución desde lo exterior hacia lo interior que cada vez más marcadamente se viene observando para su estudio, nos ha quedado la voz *quijotismo* que tiene el sentido más levantado de la «exageración en los *sentimientos* caballerescos» y también del «engreimiento y orgullo».

D. Miguel Unamuno ha estudiado «El fondo del quijotismo» y deduce que el de la locura de *Don Quijote* no es otro sino lo que él califica de erostratismo, «el ansia loca de fama é inmortalidad». Cuando el hidalgo manchego decide hacerse caballero andante é irse en busca de aventuras, lo hace con el propósito de «ponerse en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama». «¿Quién duda—exclama, hablando consigo mismo en la primera salida de su aldea—sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere»..., etc., etc. Y luego: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria de lo futuro...» Cuando después de vencido propone á Sancho que se conviertan en pastores, le dice que con ello podrán hacerse «eternos y famosos no sólo en los presentes sino en los venideros siglos» y esto no siendo ya caballero andante sino arcádico pastor... Y así en otros y otros pasajes hasta el de sus últimos instantes en que muere «arrepentido» como de un pecado de vanagloria, de su sed atormentadora de renombre eterno.

También analiza Unamuno «La causa del quijotismo» y afirma que ese fondo lo sentía en el suyo propio Cervantes, quien al cerrar su obra perdurable decía dirigiéndose á su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada, ó mal tajada, péñola mía adonde vivirás luengos siglos...» y después, haciendo hablar á esa misma pluma: «Para mí sola nació *Don Quijote*, y yo para él: él supo obrar y yo escribir...» Y conviniendo en que «es natural que Cervantes hallara á *Don Quijote* en los entresijos de su propia alma y que lo sacara del hondón de su propio espíritu», añade que «con gran acierto se ha dicho y repetido que *Don Quijote* es Cervantes y que lo es en cuanto éste tenía de hombre de su tiempo y de su pueblo, siendo el alma española cuajada en Cervantes y en ella el anhelo de dejar nombre».

Muy generalizada está esa creencia de que *Don Quijote* representa *el alma española*, alma sin duda hoy tan deprimida ó materializada que no ha faltado quien haya dicho que se va á celebrar este centenario precisamente cuando, de la obra inolvidable de Cervantes, ya no nos queda más que Sancho Panza. Yo que, con D. Mariano de Cavia, admiro lo que él llama el *santo quijotismo*, no abundo, sin embargo, en la opinión de que éste sea patrimonio exclusivo de los españoles. A no temer pecar de cansado, no hallaría sin duda mucha dificultad para comprobarlo con sólo recordar algunos párrafos de la historia de las épicas contiendas de las naciones y de las sobrenaturales conquistas del progreso humano en lo antiguo y en lo presente, preñadas de quijoterías, de quijotadas y de quijotismos. Todo ello está en vuestra mente. Básteme, como de actualidad, un solo ejemplo. ¿Puede darse mayor rasgo de quijotismo—después de las aún no abandonadas conquistas de la tierra y del mar en las regiones de lo inexplorado y lo desconocido—por su alteza de pensamiento; por la abnegación, la fe y la tenacidad; por sus audaces y múltiples aventuras; por todos sus delirios y demencias, quebrantos, fracasos y desdichas, que la resolución anunciada, por la arrogante afirmación de los sabios, casi á plazo fijo y como misión indudable del presente siglo, del problema planteado en Francia en el último tercio del XVIII y nunca después abandonado por diversas naciones, de la aviación y de la navegación aérea, de la fantástica é inverosímil conquista del aire? Yo creo, sí, que el quijotismo no es condición sólo española, sino que es una condición humana, que el alma de *Don Quijote* alienta lo mismo que aquí, en el resto de la dilatada extensión de nuestro globo.

Por propia confesión de su autor, conocemos, según ya he dicho, el objeto que tuvo el QUIJOTE histórico, y que no fué otro que el que expresan estas palabras puestas en boca de Cide Hamete Benengeli al fin de la obra: *pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*: Para descubrir, además, el íntimo designio de Cervantes, en nuestra marcha hacia el QUIJOTE eterno, hacia el QUIJOTE universal, sería interesante, aunque no lo tengo por fácil, conocer la causa efectiva de su malquerencia hacia esos libros de caballerías.

D. Narciso Pages, en un interesante y muy razonado artículo titulado «*Una quijotada de Cervantes y la inspiración del Quijote*», demuestra que aquel joven Silerio, esforzado, heroico y caballeroso, que en un pasaje de la «Galatea» abandona su nave y al ver conducir al patíbulo á su amigo Timbrio desenvaina la espada, arremete contra la fúnebre comitiva y lo salva, no es ni más ni menos que el propie Cervantes, quien, como *Don Quijote*, se había dado á leer en su mocedad las proezas de los Amadises, Esplandianes, Palmerines y otras celebridades de la andante caballería, de las que se hizo tan entusiasta admirador que, llevado de su genio vivo é inquieto y de su levantado espíritu, no pudo menos de caer en el empeño de imitarlas, siendo el hecho indicado una prueba de ello. Y después de referir cómo Cervantes, que resultó herido y preso en tal aventura, salió al cabo libre é impune de ella y cómo más adelante, por escrúpulos de su alma cristiana y de su mortificada conciencia, dejó descargar sobre ésta el temor del más implacable remordimiento, concluye por deducir que se creyó en el deber ante la sociedad de ofrecerle pública repa-

ración, y de aquí su deseo de «poner en aborrecimiento de los hombres» aquellos libros que tanto daño le habían hecho, lo que originó el QUIJOTE.

Sea esto ó no del todo cierto, es indudable que encierra una prueba más de que Cervantes, como tantos otros escritores, es en ocasiones el personaje ó personajes de sus novelas en los que retrata á veces sus acciones y de continuo sus sentimientos, lo que, más que en otra alguna, ha de observarse en la que le ha dado la inmortalidad.

D. Mateo Inurria, Director de la Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba.

Cervantes, que escribió el QUIJOTE siendo ya viejo —cuando se publicó la primera parte contaba cincuenta y ocho años y la segunda apareció diez después y sólo uno antes de su muerte —encontrándose pobre y lleno de desengaños en una lucha con la vida, de la que sólo recogió desventuras, si bien trajo á su libro con el vigor de su espíritu todo el gracejo y la franca alegría de su carácter expansivo é inquieto y aventurero, por el conocimiento del mundo y el cansancio de la vida le imprimió también toda su interior tristeza; formando así tan acabada y perfectamente la figura animosa y triste de *Don Quijote* con los destrozados pedazos de su alma.

No hemos de ver, pues, en este personaje sólo un ente ridículo, y no es, por tanto, como pretenden los comentaristas de la obra, ni D. Rodrigo de Pacheco, caballero manchego algo loco y enemigo que fué del príncipe de nuestros ingenios; ni el santiaguista D. Alonso de Quijada de Salazar, que se opuso á su boda con doña Catalina de Palacios Salazar, ni la caricatura del fénix de los ingenios Fray Lope de Vega Carpio, ni el emperador Carlos V como blanco de una sátira político-antidinástica; ni en fin, como asegura mi antiguo amigo el coronel de artillería y ferviente espiritista D. Baldomero Villegas, el Cristo Redentor; aun cuando haya figurado seguir el camino de todos los redentores.

Busto de Don Quijote (Obra escultórica de D. Mateo Inurria.)

Don Quijote es, sencillamente, ni más ni menos que D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Es Cervantes, sí, pero entiéndase bien, no es su retrato físico ni moral, ni representa ninguna de sus particulares genialidades ó las de su raza, ni reproduce en sus acciones ninguno de los incidentes ó aspectos reales de su vida mortal: es la esencia de su alma. Es el alma de Cervantes noble, grande, heroica y generosa en el delirio de sus aspiraciones, en su afán irresistible de gloria, de vivir según ya hemos visto «en los presentes y en los venideros siglos» es el ansia loca «de cobrar eterno nombre y fama» en esa aspiración que mueve al hombre como ser intelectual, á elevar la vista al cielo en su irresistible anhelo de penetrar en los espacios insondables de lo infinito.

Es más: Sancho Panza, á mi entender, no es la continuación, sino el complemento de *Don Quijote* en las alternativas de desnivel y de equilibrio que se establecen en nuestro espíritu por la porfía de los quiméricos ideales con las impurezas de la realidad.

Cada cual llevamos dentro de nosotros un *Don Quijote* ó un Sancho, ó más bien un Sancho y un *Don Quijote* al mismo tiempo.

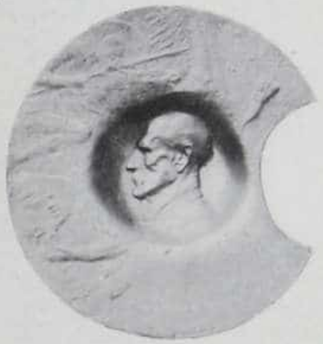
La causa de la universalidad del QUIJOTE no puede buscarse, no, ni en el gracejo de la fábula, ni en lo acerado de la sátira, ni en la variedad de la inventiva, ni en lo bien sostenido de los caracteres, ni en lo sabroso y chispeante del diálogo, ni en la abundancia y variedad de conocimientos, ni en la riqueza del lenguaje, ni en las galas del estilo, ni en todo aquello, en fin, que constituye su inmenso, su incomparable valor estético.

La causa de la universalidad del QUIJOTE hay que buscarla en su interior, en su idea madre, altamente filosófica, en su fondo esencialmente psicológico.

Toda producción artística es tanto más importante cuanto es más general, y es tanto más general cuanto es más trascendente.

Al pensar un asunto se ha de procurar elevar cuanto sea posible el punto de vista, y que el radio de acción de la idea que desde él se trace, sea también lo mayor que se pueda. Escribir con el punto de vista muy bajo y con el radio de acción muy corto, es síntoma de miopismo, y tanto se pudiera extremar que indujera á la complacencia de caminar por entre la tierra como los topos. Cuanto más bajo el punto de vista y más corto el radio, el espacio que se abarque será más limitado y todo acabará y morirá dentro de él.

En cambio una obra resulta tanto más importante y vive tanto más cuanto mayor es ese radio. Haced que toque en el infinito y habréis penetrado en los confines de la inmortalidad.



El yelmo de Mambrino. (Obra escultórica de D. Mateo Inurria.)

¿Qué quiere decir esto?... Que el asunto que se elija tenga tal generalidad, tal trascendencia, que pueda universalizarse; esto es, que sea cosa de todos los países y de todos los tiempos.

¿Cómo se consigue?... Esto se logra por la cuidadosa observación del sentimiento ó la luz de la razón colocando la antorcha de tal modo, que al iluminar los tenebrosos abismos del alma humana nos deje ver lo universal en lo particular, procurando en cambio al exteriorizar esos sentimientos, presentar lo particular por el lado de lo universal.

Pocos ejemplos bastan: *Fausto*, *La Divina Comedia*, *La vida es sueño*... tienen ese carácter de universalidad.

El QUIJOTE es la novela más trascendental que se ha escrito desde que existe el mundo.

.....

El QUIJOTE se agranda y se universaliza cuando se contempla desde las alturas de la Metafísica, que es la ciencia de las causas.

Cervantes, al pensar su obra, sublimando sus propios sentimientos por el esfuerzo de su genio, tanto y tanto elevó insensiblemente su espíritu, que, colocándose en la serena mansión de las ideas puras, en la que todos los horizontes son infinitos, de una sola mirada abarcó toda la Humanidad.

Y así, después, poniendo el arte á disposición de la idea, al plantear uno de los problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, dió cima á su libro asombroso que vive y ha de vivir en todas partes y en todos los tiempos, porque aun cuando al correr de los años mueran los idiomas que hoy nos sirven y se pierdan y olviden con ellos sus preciadas galas, siempre hablará una lengua por todos entendida: el idioma universal de la razón y del sentimiento.

Concebidas por Cervantes las entidades de su soñador y averiado caballero, y de su escudero práctico, sencillo y socarrón, en las condiciones psicológicas con que los había sentido palpitar dentro de su alma, nunca perdió este punto de vista, siendo todos los demás accesorios y concurrentes á él, y de aquí la gran unidad de pensamiento de una obra que literariamente carece de unidad.

Don Quijote, con todas sus extravagantes locuras, y con todas sus excelentes condiciones morales, al constituirse en el paladín del honor y de la virtud, representa el individual sacrificio por la consecución de un fin universal de extremada idealidad, ante el espiritual galardón del reconocimiento, el aprecio y la admiración de los hombres en lo presente y en lo porvenir, de la fama imperecedera, de la eterna gloria; mientras Sancho significa el sentido práctico y racionalista que se satisface en los gustos positivos de esta vida material, limitada y vegetativa.

Don Quijote, que, aparte de sus demencias, es cortés, animoso, sensible é inteligente en alto grado, es un ideólogo sublime que todo lo subordina á una suprema idea: el bien absoluto del género humano, el bien de los demás. En tanto que Sancho, que acepta con gusto los sacrificios de su amo, participa de ellos con ardor y le sigue cariñoso y sugestionado por la rara superioridad que en él encuentra, lo hace halagando un fin particular, el bien de su propia persona, su ambicionada Insula Barataria, el humano egoísmo.

Todas las ambiciones y los placeres de *Don Quijote* son espirituales. Los de Sancho tienen un fin material. Ambos determinan los dos modos extremos del sentimiento humano: la conformidad con el mundo, la aspiración al ideal; la lucha entre el idealismo y el realismo.

D. Manuel de la Revilla se irrita y se subleva ante la consecuencia pesimista que inmediatamente se deduce de esta conclusión al tener en cuenta que *Don Quijote* resulta siempre en la fábula derrotado y escarnecido, y dice que Cervantes, que era bueno, nunca pudo pensar en escribir un libro abominable; y así es. Sólo que Cervantes —cuyo intento al escribir el QUIJOTE, queda dicho con repetición— no trató de destruir el idealismo en sí, sino sólo, dentro del terreno del arte, el de las estupendas extravagancias de los libros de caballerías; pero, al lanzar para ello su novela por el nuevo derrotero del más puro idealismo formó, en las condiciones ya dichas, el admirable conjunto de los dos tipos del loco sublime y de su sagaz escudero, espejo fiel del corazón humano.

Mas no haya miedo de que la locura de *Don Quijote* pueda ser causa de decepción para los que sientan en sí los grandes alientos de las magnas empresas. Por la misma razón del objeto especial que se propuso Cervantes de ridiculizar y matar los libros de caballerías, esa locura es de tal índole que queda fuera de toda idea de realidad, y tocando en los límites del absurdo, aleja todo peligro de desengaño. Otra cosa hubiera sido si esa locura hubiese estado apoyada en algo más racional, en otra clase de aspiraciones más conformes con los incesantes anhelos del progreso y de la perfectibilidad humana, en cuyo caso el libro, por sí solo, hubiera caído de lleno en el anatema que contra él fulmina tan juiciosamente mi inolvidable amigo, el sabio crítico D. Manuel de la Revilla.

Y aún hay más: con ser *Don Quijote* tan infeliz en sus temerarias aventuras, en las que de continuo sale derribado, maltrecho y apaleado, son tan atractivamente encantadores la fe y la caballerosidad que le guían y aquel continuado y ferviente culto de su corazón hacia el motivo de sus ensueños, al que rinde siempre el fruto de sus hazañas y el precio de sus desventuras, hacia su ideal Dulcinea, inconfundible símbolo de la gloria, que el lector no puede menos de sentir vivísima afición hacia aquel extraviado, y de identificarse con los nobles impulsos de su alma, pese al continuado y sutil discurrir de su malicioso escudero.

Además, no son cosa nueva para nadie las grandes amarguras, los constantes desfallecimientos, el batallar continuo y las repetidas humillaciones por que han tenido que pasar generalmente aquellos hombres superiores que han conmovido el mundo con las sacudidas del genio, antes que la luz emanada de sus ideas irradiase con tal intensidad que fuera imposible ni combatirla, ni resistirla, ni evitarla.

La historia del genio va casi siempre unida á la de la locura. Ya lo dijo aquel otro grande é inolvidable humorista:

Si fueron, cual se asegura,
Locos, Sócrates y el Taso,
Pregunta mi desventura:
¿Qué separa en este caso
Al genio de la locura?
Y el día del grande afán
Y los grandes desagravios
En que los velos caerán...
Si muchos locos son sabios,
Muchos cuerdos, ¿qué serán?

En resumen: sin que yo tenga la pretensión de haber averiguado nada nuevo, pues al contrario, son muchos los que entienden que el QUIJOTE tiene su mayor importancia en su fondo, es mi más firme convicción que la causa eficiente de su universalidad consiste en la antítesis que en él se sienta de la lucha de lo real con lo ideal que define un estado particular del alma humana, de carácter universal, exteriorizado, en virtud del arte, con todas las galas del saber, de la experiencia y del talento, por medio de una forma estética y admirable y un estilo esencialmente humorístico; condición esta última tan preciada que, constituyendo un conjunto de lo serio, de lo jocoso y de lo satírico, sin ser exclusivamente nada de ello, al alternar con absoluto sentido de la realidad lo grave con lo burlesco, la risa con las lágrimas y la ironía con la sublimidad, permite á la imaginación extender tanto el vuelo, que puede remontarlo á lo más alto del firmamento y dejarlo descender hasta resbalar sobre la superficie de la tierra, pero nunca tan rastrero que toquen sus delicadas alas en las impurezas del fango.

***

La Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba, que dirige el notable escultor D. Mateo Inurria, abrió un concurso artístico entre sus alumnos, para solemnizar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

En el concurso, al que se presentaron obras muy notables, fueron premiados los alumnos señores Hoyo Romero, Pérez Perales, García García (D. Antonio), Delgado Castro, Manzano Muñoz, García García (D. José), Amo Ramos, Morales Valverde, Ariza Hidalgo, Ríos Merino, Priego Rodríguez, Gómez Tendero, Santiago Muñoz, C. Bassy, Cepas López, Pintado Ruiz, Díaz Rivera; señoritas Dolores Madueño y Elisa Guerra.

***

El día 9, á las once de la mañana, se celebró en la capilla del Real Colegio de Nuestra Señora de la Asunción, el acto organizado por el Claustro de profesores del Instituto general y técnico, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Asistieron comisiones de catedráticos y alumnos de los centros docentes de Córdoba y todos los escolares del Instituto, que ocupaban por completo la amplia nave de la capilla.

En la fiesta literaria tomaron parte, pronunciando muy elocuentes discursos en honor de Cervantes, el director del Instituto D. Ramón Cobo Sampedro, el catedrático de Literatura Sr. Sandoval y los alumnos señores Merino Castejón, Pavón, Piñeda, García Ramírez, Sánchez Gallego, Blasco, González, Soriano, Muñoz Bautista, Montilla, Piña, Castell Pedrajas, Aparicio, Cano y Ortí, que fueron muy aplaudidos, mereciendo los honores de la repetición un bellísimo soneto del Sr. Ortí dedicado á Cervantes.

***

El Círculo de la Amistad, de tan gloriosa tradición literaria, celebró con una velada las fiestas del Centenario.

Comenzó el acto con un elocuente discurso del presidente del Círculo D. José María Cadenas; don Cayetano de Alvear dió lectura á un capítulo del QUIJOTE; hizo después uso de la palabra, con gran brillantez, el director de la Escuela Normal de Maestros. Leyéronse poesías de Manuel Reina y procedióse después al reparto de premios á los estudiantes laureados en el certamen convocado por la Escuela Normal de Maestros.

Nombres de los alumnos premiados: D. José Rodríguez Aguilar, agraciado con el premio de S. M. el Rey; D. Antonio González Soriano y D. Vicente Ortí Belmonte.

Terminó la velada con la lectura del discurso del catedrático de la Universidad de Sevilla, D. Joaquín Hazañas y la Rúa, que publicamos á continuación:

Cervantes y Andalucía.

Tienen las fuerzas intelectuales, como las físicas, su límite natural de resistencia, y quien pretende traspasarlo da en tierra fácil y prontamente, pereciendo las más de las veces bajo el peso que no es capaz de soportar. En esta tristísima situación me encuentro yo hoy, que si cedí gustoso á la invitación que se me hizo, honrándome con dirigiros la palabra en este solemne acto, temo, fundadamente, caer agobiado por el peso de un asunto muy superior á mis fuerzas, y, lo que sería peor, dar al través con la preciosa carga que me confiasteis.

Un pueblo culto, que admira nuestras glorias y tiene fe en lo porvenir, se congrega hoy para conmemorar el tercer centenario de la publicación de un libro en el cual debieran aprender á leer nuestros hijos; que no en balde han venido á ser sinónimos *habla castellana* y *lengua de Cervantes;* libro admirado en todo el mundo y en todo tiempo, porque Don Quijote y Sancho no son de hoy ni de ayer, sino de todas las edades; no pintura de una época, ni de una nación, sino de la Humanidad, arrancados por su genial autor de la cantera de la vida; y donde quiera que haya hombres es y será entendido, es y será alabado el inmortal libro, como pintura insuperable, espejo fiel y retrato verdadero de la vida de la Humanidad misma: libro del cual su propio autor, como queriendo salir al paso á los que columbraba que habían de extraviarse en un nuevo laberinto, más intrincado que el de Creta, para descifrar su fantástico sentido oculto, decía inocentemente:

Yo he dado en el QUIJOTE pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

De Cervantes, de su admirable obra y de esta fecha en que conmemoramos el tercer centenario de su publicación vengo á hablaros, si bien procuraré no fatigar vuestra atención generosa, por lo que decía Don Quijote á Sancho: *sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.*

***

Pocos libros, de los escritos para deleite y regocijo de la Humanidad, la han impresionado tan hondamente como la historia del Hidalgo Manchego: *hijo seco, avellanado, antojadizo* y *lleno de pensamientos varios* y *nunca imaginados*, de aquel ingenio portentoso que á sí mismo se calificaba de *mal cultivado* y *estéril;* libro admirable y admirado en todo el mundo, del cual decía su autor que era *una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina;* pero del que, á despecho de su propia modestia, parecía hablar con espíritu profético por boca del bachiller Sansón Carrasco, al hacerle decir: *á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.*

No debe preocuparnos la cuestión de dónde pudo ver Cervantes el tipo que le sirvió de modelo para su héroe, pues si, con seguridad, lo vió material-

mente en muchos y muy diversos sitios y parajes en lo que tiene de humano, lo vió mentalmente en su propio espíritu, en lo que tiene de genial, porque, como dice mi sabio maestro Menéndez y Pelayo, «Cervantes no compuso ó elaboró á Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que lo vió con la súbita iluminación del genio» siguió sus pasos atraído y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarlo, agotando el riquísimo contenido psicológico que en el héroe había; Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura».

Este libro portentoso, del que toda alabanza es corta y toda admiración pequeña, si tiene interés para la Humanidad, y el mundo entero lo demuestra hoy, lo tiene en particular para España, y muy señaladamente para Andalucía. No he de referiros la historia de Miguel de Cervantes, sacada recientemente, gracias á felices hallazgos, del misterio que la envolvía, ni he de relataros el argumento de su libro inmortal, porque con lo uno y con lo otro ofendería vuestra reconocida ilustración; pero habréis de permitirme que á grandes rasgos recuerde los hechos y citas que á Andalucía se refieren: que con sólo ello podremos apreciar lo que nuestra tierra influyó en la mente de Cervantes y la importancia excepcional que para nosotros los andaluces tiene su peregrina obra. Punto es aún no tratado con la seriedad que merece, el estudio de la gramática y vocabulario de Cervantes, no sólo en el QUIJOTE, sino en todas y cada una de sus obras, aunque acaso sea un trabajo de esta índole, y de lo que perdure de estas fiestas, el que premie el Ateneo de Madrid. De ese vocabulario han de formar parte, necesariamente, multitud de voces, giros y frases que constituyen verdaderos andalucismos, porque Cervantes, que se educó en Sevilla y que en Andalucía residió gran parte de su trabajosa vida, se asimiló de modo prodigioso el alma andaluza, cuya sal y cuyo donaire se escapan á torrentes por los puntos de su pluma. Apenas si hay población notable de nuestra tierra que no haya sido mencionada con elogio en sus obras, en las que retrató á maravilla los lugares predilectos de la hampa, ya haciéndolos teatro de algunas de sus novelas y obras dramáticas, ya trazando en el QUIJOTE aquel mapa admirable de la florida picaresca española, del cual tanta parte corresponde á Andalucía. Desde las abruptas montañas que nos separan de la Mancha, hasta las almadrabas del duque de Medinasidonia, *finibusterre de la picardía*, y desde los confines extremeños á la pintoresca Granada, apenas hay trozo de tierra andaluza que no le mereciera una frase de alabanza ó de censura, de admiración ó de sangrienta ironía.

Con haber corrido Cervantes gran parte del mundo, en Andalucía pasó muchos y acaso los más felices años de su vida. Salido de Alcalá de Henares en tierna edad, es probable que en Córdoba residiese algunos años, al lado de su abuelo el licenciado Juan de Cervantes, que aquí ejercía la profesión de jurisconsulto, avecindado en la *collación de Santo Domingo*. En Sevilla estudió, como ha demostrado mi querido amigo el doctísimo Rodríguez Marín, y toda su vida guardó gratísimo recuerdo de aquellas aulas hispalenses, de que con tanto cariño habla en el *Coloquio de Cipión y Berganza*.

D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

Todos los reinos andaluces fueron por él visitados más tarde, después de haber mancado *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*, y de haber sufrido duro cautiverio en Argel. En una cárcel, no manchega, sino andaluza: en la de Sevilla, *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*, se engendró su obra portentosa, como ha probado un andaluz ilustre, D. Aureliano Fernández-Guerra, *arruinando para siempre*, en frase de un crítico, *la antigua fábula de la cárcel de Argamasilla*.

Si en Andalucía comenzó Cervantes á formarse en el estudio, si en esta hermosa región residió tantas veces y la próspera fortuna le ofreció en ella por todo galardón los empleos de comisionado para proveer las naves reales y cobrar lo que al fisco pertenecía de las alcabalas y tercias del reino de Granada, y la adversa lo sometió á prisión en Castro del Río y en Sevilla, y lo excomulgó en Écija, y lo expuso á continuos peligros por lo ingrato de su cargo; si por razón de esto mismo tuvo que tratar y vivir en íntima unión con gente de todas las clases sociales, desde el noble y el clérigo que se resistían á que sus granos y su aceite se embargaran, hasta el ventero que lo hospedaba y el arriero que había de conducir á puerto la provisión, ¿cómo podrá parecernos extraño que muchos de esos tipos, llevados á su libro inmortal y á sus demás obras, sean andaluces hasta la médula de los huesos? ¿Cómo ha de sorprendernos la narración de cuentos como aquellos de los locos de Sevilla y de Córdoba?

El mejor mapa de la florida picardía española es, indudablemente, el que Cervantes nos ha dejado al hablar de aquel ventero *andaluz*, y *de los de la playa de Sanlúcar, no menos maleante que estudiante ó paje..., que en los años de su mocedad había buscado aventuras por las diversas partes del mundo, sin que dejara Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla..., Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar..., y Potro de Córdoba;* mapa completado más tarde, en las *Novelas ejemplares*, con las almadrabas de Zahara y con aquellos tres lugares que tenía el rey por ganar en Sevilla.

Cuando Cervantes, recordando al poeta clásico, describe los ejércitos que iban á entrar en la imaginada batalla, se acuerda de Andalucía y nos habla de *los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis*, de *los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes* y de *los que se alegran en los eliseos jerezanos prados*. Si habla de Granada, la elogia como buena patria; si de Sevilla, la ensalza por ser *lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otra alguna;* alaba el valor de sus hijos en D. Manuel de León; el mérito de sus artistas en el espadero Ramón de Hoces, y la guapeza de su plebe en los tres vecinos de la *Heria;* hace á uno de sus personajes, el Caballero del Bosque, atribuirse una verdadera andaluzada (permítaseme la frase, que no debemos nosotros ocultar nuestros defectos, si lo son, sino enterarnos de ellos y corregirnos), al jactarse de haber desafiado *á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y, sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencila*, dice Sansón Carrasco, *y hícela estar queda y á raya (porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes)*.

Cuando se refiere á Córdoba la llama *madre de los mejores caballos del mundo*, celebra las yeguas de su dehesa, la destreza de los cordobeses en la jineta, y cita como modelo de gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona á los *agujeros* de su Potro.

Presente siempre Andalucía en su imaginación, si habla de una sima, cita la famosísima de Cabra; si de unas perdices, han de ser de Morón; si de peleantes, han de ser andaluces; andaluza es Casildea de Vandalia, que por ello se apellida así; en otros lugares pone en boca de Sancho el modismo andaluz de los cerros de Úbeda; refiere el cuento de Orbaneja, el pintor que estaba en aquella ciudad, y hace decir á Altisidora, al cantar sus cuitas y los desdenes de Don Quijote, en pleno Aragón, estas palabras:

> Seas tenido por falso
> Desde Sevilla á Marchena,
> Desde Granada hasta Loja...,

comparaciones festivas que sólo á quien conozca bien la poca distancia que separa á las poblaciones nombradas podía ocurrírsele.

Obligación especial tenemos, pues, los andaluces de celebrar fiestas en honor de un ingenio en cuya obra más peregrina trasciende por todas sus páginas el aroma de nuestros campos, en cada una de cuyas escenas hay sal andaluza derramada con mano pródiga, y en donde tantas veces se nombra á nuestras ciudades y se alude á nuestras costumbres. Por Cervantes y su QUIJOTE nos conocen más fuera de España que en España misma; de ellos hemos heredado esta honra; alegrémonos, regocijémonos, pues, pagando tributo á la condición humana, como se regocijaba Sancho con las mandas de su amo: *que esto del heredar algo borra en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto*.

***

Se ha declamado mucho contra los centenarios, y como yo no sé hablar otro lenguaje que el de la verdad, he de manifestaros todo mi pensamiento sobre este punto. Se dice por unos que nuestra nación, á falta de verdaderas glorias actuales, vuelve la vista á edades pretéritas para remembrar á sus grandes muertos. Nada más injusto que esta afirmación. ¿Podrá llamarse infortunada, y lamentarse de no tener hijos que la honren y á quien honrar, la patria del insigne histólogo Ramón y Cajal, del ilustre matemático Echegaray, del portentoso polígrafo Menéndez y Pelayo? Ciertamente que no. Se afirma por otros que estos centenarios nos desvían del camino del progreso, y que, á fuerza de hacernos mirar hacia atrás, nos pueblan el cerebro de endriagos y nos hacen pensar demasiado en nuestras glorias pretéritas, con mengua del adelanto de que estamos tan necesitados. Hasta se ha llegado á decir, y se ha

epetido, y las prensas lo han propalado, que para despertar de nuestro letargo era preciso quemar el QUIJOTE. ¡Blasfemia horrible! Crimen de lesa patria, de lesa literatura y de lesa humanidad sería la realización de acto tan afrentoso.

Honremos nuestras glorias presentes y honremos á los que un día colocaron muy alto el nombre de nuestro pueblo: sírvannos estos recuerdos, así como estas nacionales fiestas, de saludable enseñanza, y obtengamos de ellas todo el provecho que podemos obtener; imitemos lo grande, huyamos de lo pequeño, procuremos hacer lo bueno y no lo malo que nuestros antepasados hicieron, acudiendo para ello á la que, en frase de Cervantes, es *émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir*: á la Historia, grande maestra de la vida.

Celebremos, pues, fiestas como la presente en las cuales recordamos nuestras glorias, gustamos las bellezas poéticas de nuestros contemporáneos y estimulamos á la juventud al estudio; tengamos fe, que sólo ésta puede salvarnos infundiéndonos aliento poderoso. Si España se encuentra hoy abatida y pobre, no tomemos por síntomas de muerte los que acaso no son más que señales de un letargo pasajero; volvamos la vista á nuestra propia historia: contemplemos aquel tristísimo cuadro de Castilla durante el reinado de Enrique IV, en que nuestra patria llega á su mayor postración, en que la anarquía se enseñorea de todo y en que todo se empequeñece y se abate, costumbres, literatura, ciencias, virtud, y aun el valor; y cuando parece que ya no hay medicina que reanime el cuerpo cansado, exhausto de fuerzas, moribundo, basta que se siente en el solio una mujer, nunca bastante ensalzada, la gran Isabel I, para que todo cambie como por encanto y las costumbres se saneen, la literatura y la ciencia nos ofrezcan aquel admirable esplendor de renacimiento, la virtud reine y el valor se acrisole, y se opere en menos de veinte años aquel cambio portentoso que nos colocó á la cabeza de los pueblos de Europa.

Mucha semejanza tienen los tiempos presentes con aquellos á que me refiero. Hoy en la vida pública intervienen muchos más elementos que entonces y por eso la regeneración es más difícil; hoy hemos de labrarla y obtenerla entre todos. Despojémonos, para ello, de nuestros egoísmos, de nuestras pasiones; miremos al bien general como primero y principalísimo bien, posponiendo nuestras propias conveniencias, nuestros individuales medros, y cuando hayamos arrojado todo ese lastre, toda esa pesada impedimenta, nos habremos regenerado y podremos, con la tranquilidad del deber cumplido, pronunciar aquellas admirables palabras con que Cervantes puso áureo sello á su libro inmortal: *En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño.*

PUEBLO NUEVO DEL TERRIBLE

POR iniciativa del joven y notable escritor D. Leocadio Martín Ruiz, se celebraron en Pueblo Nuevo del Terrible grandes fiestas conmemorativas del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El Casino del Terrible publicó un número extraordinario ilustrado con hermosos grabados, en el que se insertaron muy notables trabajos de don Nicolás Estévanez, Leocadio Martín Ruiz, Javier Gómez de la Serna, José del Rabal, José M. Imbrol, José de Rincy, Eduardo García Gutiérrez, Antonio Castell, A. Jiménez Lora y Ricardo de Montis.

El Casino celebró también una velada, en la que pronunciaron muy elocuentes discursos enalteciendo la obra de Cervantes, los señores Martín Ruiz, González Marqués, García Gutiérrez y Larragueta, mantenedor de la velada.

La Comisión organizadora del festival reflejó el sentir de sus individuos y de Pueblo Nuevo del Terrible, en el siguiente documento:

«Comienzan desde este instante las fiestas que con el concurso personal de los asociados del «Casino del Terrible» y el de distinguidas personalidades ha organizado esta Comisión en honor de DON QUIJOTE DE LA MANCHA al hacer la tercera centuria de su aparición; y no decimos que en honor de Cervantes, porque aquel libro es la fiel encarnación del espíritu del gran manco, y rendir tributo á uno es colocarle coronas al otro, y más aún, porque Cide Hamete Benengeli, Cervantes mismo, es padre de la gran obra, y los padres anhelan los lauros para los hijos y se creen honrados con que se rinda homenaje á los que ellos engendraron.

Programa de las fiestas hecho á pluma por el distinguido periodista D. Rafael Sanz.

Inútil es hacer un historial del lauro que ahora venimos á rendir al patricio ilustre que después de años y años continúa dando gloria á la tierra madre. Un periodista madrileño inició la idea de que la generación actual reparara injusticias cometidas por las generaciones que pasaron, y su voz fué el unánime sentir de la opinión.

Ese periodista iniciador no fué Mariano de Cavia; su nombre es menos conocido: fué Dionisio Pérez. Él lanzó la idea, y Cavia, el gran defensor de las letras, el mejor escritor crítico contemporáneo, á quien los intelectuales aclaman como digno de ilustre sitial en la Academia, fué el brazo que dirigió la campaña, recibiendo sin fin de desengaños, porque esas flores que en estos días ha de recoger han de haberle costado antes dolorosas punzadas en el espíritu, pletórico de entusiasmo, que desgraciadamente aún no ha vuelto el venturoso siglo de oro en que todo era nobleza, paz, amor y bienandanza. Mas no importan las heridas; el triunfo llegará cuando alboreen próximas generaciones y ellas en las aulas, estrechadas en amoroso lazo, haciendo pedestales con los libros maestros, lanzarán como himno potente las palabras del ingenio sin par, del mágico Cervantes: «Dichosa edad y dichoso siglo este de la victoria de las letras y del amor, que hacen repúblicas de cultura y fraternidad.»

Busto de Cervantes regalado para las fiestas del Centenario por el joven artista D. Javier Gómez de Laserna.

Tenemos ahora mismo entre nosotros un ejército infantil; dentro de poco, estos hombres y mujeres del mañana, llevarán en sus manos un ejemplar del perfecto código de humanidad que escribió Cervantes Saavedra, y ellos, por curiosidad, por recrearse ante las estampas, por reir con las peripecias del loco Alonso de Quijana ó hacer burlas del grotesco Sancho, hojearán y leerán una vez y otra la obra maestra. Ella hará que la carcajada asome á sus rosados labios que un día tras otro vayan husmeando escenas para solazarse, pero á medida que avance el tiempo y prosigan en el rebuscamiento, la risa habrá desaparecido, la reflexión hará el estudio y el estudio, á su vez, ha de hacer que se dé dictamen en justicia.

D. Leocadio Martín Ruiz, iniciador de las fiestas del Centenario en Pueblo Nuevo del Terrible.

Y terminaremos estas palabras de inauguración: ¡Niños! ¡Niñas! ¡Juventud! Los que seréis mañana hombres y mujeres grandes; los que haréis que el amor impere y la hembra sea la compañera; vosotros todos, que habéis de estudiar en ese libro que os vamos á entregar, grabad en vuestra memoria la fiesta de esta tarde, que nos corresponde celebrar á los que ya hemos llegado á ser hombres; quede en vuestro recuerdo la pequeñez de hoy para la grandeza del mañana, y cuando en estos días de albores estudiéis en esa obra, id con detenimiento; sólo eso hemos de deciros, y no como profesores, puesto que los dignísimos vuestros os harán prudentes recomendaciones, sino como hombres que cruzan el sendero de la existencia, que ese libro os sirva de guía. Y cuando deis el

eureka del triunfo (que ha de sonar en próximos años), acordáos de que nosotros luchamos también, y que fué esfuerzo nuestro este acto que inaugura la senda de la victoria. Avanzad, y que no os falte voluntad.

Comencemos las fiestas del centenario saludando al libro inmortal y llevando nuestro aplauso á los representantes de la instrucción congregados aquí, á los hombres del mañana, á los que, en vez de llorar, han de entonar cantos triunfadores.»

CORUÑA

El Instituto general y Técnico de la Coruña, que dirige el ilustre catedrático don José Pérez Ballesteros, celebró con una fiesta literaria el tercer centenario de la publicación del Quijote.

El secretario del Instituto, señor Casal, dió comienzo al acto con la lectura de una «Memoria acerca de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra, titulada El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», estudiando la obra inmortal bajo sus aspectos épicos, novelescos y satíricos.

Los alumnos del Instituto don Carlos Serrano, D. Gerardo Fontanes, D. Francisco Javier Fariña, D. Antonio Corral y don Arturo Tato, leyeron los trabajos de que son autores y que fueron premiados en el concurso efectuado por el Claustro de catedráticos.

Los temas tratados por los alumnos, fueron los siguientes:

«Análisis literario del capítulo II de la primera parte de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» y «Descripción física de la región catalana, por ser una de las visitadas por el héroe manchego».

El señor Pérez Ballesteros puso fin al acto, dando lectura al siguiente discurso:

D. José Pérez Ballesteros,
Director del Instituto general y técnico de la Coruña

Apuntes cervantinos.

A pesar de haberme años ha jubilado á mí mismo, para producciones literarias, no puedo menos de asociarme al patriótico recuerdo que, con motivo del tercer centenario de la primera impresión de la parte primera del Quijote, habrá de rendírsele á su autor en todos los centros de enseñanza y en varias sociedades de España y del extranjero, sin que al pagar gustoso esta para mí deuda de honor, os ofrezca un verdadero discurso, sino simples pinceladas que, en modesta y reducida esfera, contribuir puedan á conservar sin solución de continuidad en los jóvenes de hoy la admiración y gratitud constantemente rendidas á Miguel de Cervantes Saavedra.

La mayor parte de los que me dispensáis la honra de escucharme, nada nuevo hallaréis acerca del personaje á quien Calderón denominó «Príncipe de los Ingenios», ni respecto de la obra inmortal que motiva la presente solemnidad, ni de los importantes elementos pedagógicos que avaloran su contenido. En cambio, os prometo dedicar á tales puntos el menor tiempo posible, é invoco, desde luego, este propósito, para que, cual lo espero, me otorguéis vuestra indulgencia.

Cúpole á Cervantes la fortuna de haber hallado inapreciable base para su abundante caudal de conocimientos y desarrollo de su precoz talento en las enseñanzas de un sabio profesor teólogo de Alcalá, que fué quien consiguió de su adolescente discípulo se diese á conocer con la notable elegía á la muerte de Isabel de Valois. Aumentáronle su capital intelectual los viajes y la correspondencia con hombres ilustres y, por último, en aquella época, y durante toda su vida, dió pruebas de la bondad de sus sentimientos, de la nobleza de us

actos y de la esmeradísima educación cristiana que desde su infancia proporcionóle en sus grandes amarguras, alientos y consuelos.

A poco que la intención se fije en las causas de decadencia nacional española de la época en que se escribió el Quijote; en los fines ostensibles de esta obra, no semejante á ninguna otra; en las hermosas enseñanzas que para todos encierra, y en la caballerosidad y galantería con que habrá de conquistar siempre el ánimo de sus lectores, se hallará confirmado que la máxima: «De altos espíritus es elevarse á las cosas altas», quedó en Cervantes, su autor, tres siglos ha justificada por completo.

Cuán triste era la situación de la patria en los tiempos próximos á la época en que escribió Cervantes, revélanoslo el soneto de la distinguida poetisa, Leonor de la Cueva, relativo al decadente estado de su amada ciudad, Medina del Campo. El duque de Lerma, según dice nuestro contemporáneo escritor Pérez de Guzmán, cuidóse de buscar en unión de otros poderosos, no los prestigios de la inmortalidad mediante una sabia política y ordenada administración, sino agremiando á los hombres de letras, invitados á las Academias llamadas de señores, donde la emulación degeneró pronto en verdadera guerra literaria, como la recíproca entre Lope de Vega y Góngora, y donde hízoles luego sombra Cervantes, quien si para su *Galatea* obtuvo versos que, según costumbre la adornasen, como los de Gálvez *(Filida)* y de Vargas, así como los de otros cuatro patrocinadores de sus *novelas ejemplares;* para el Quijote negáronsele todos, exagerando de paso la inmerecida nota de soberbia que venía dándosele á cierta noble altivez siempre intransigente con las adulaciones de los potentados de aquellos tiempos.

Supo desquitarse de los desaires de sus colegas, escribiendo á la cabeza de su obra sonetos, donosísimas décimas y hasta el célebre diálogo entre Babieca y Rocinante, suscriptos con firmas de *Urganda la desconocida, Amadís de Gaula* y *Orlando furioso*.

En vano buscaremos en el Quijote, por lo que á su fondo se refiere, la pintura de pasiones indecorosas ó la corruptora deformidad naturalista que, sin darnos cuenta, nos conduce á un verdadero abismo social.

Por el contrario, observamos que hasta donde le fué dable, rindió franco tributo á la belleza de la forma, pero sin prescindir ni un momento de tomar por norte la Perfección Infinita, fuente indubitable de todos y cada uno de los reflejos de belleza que al hombre es dado percibir, admirar y acatar como modelos delicadísimos del Arte. Consiguió, por tan peregrino modo, dejar impreso en su obra el sello del ritmo universal por excelencia, cual cumplía á quien no estaba destinado á ser artista de una época, sino de cuantas hubieren de sucederle.

De presumir es que al terminar la segunda parte de su incomparable novela social, haya Cervantes experimentado la satisfacción que sigue siempre á la difícil realización de nuestros buenos propósitos. De ahí las frases que le atribuye al ficticio Cide Hamete Benengeli: «Para mí solo nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir. Solos los dos somos en uno á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco», ó sea el del seudónimo Fernández de Avellaneda.

Mucho han discutido los críticos cuál fuese la verdadera intención del poema que nos ocupa. Los unos creyeron ver en él alusiones á determinados personajes y acontecimientos, aparte de un sentido *esotérico* ú oculto de problemas planteados para la sociología del porvenir. Otros, una obra de mero pasatiempo, donde se buscó motivo de regocijo en el simple aspecto ridículo de lo real.

Sin perjuicio de referiros la contestación que aparece en el *Buscapié* contra lo absoluto de una y otra escuela, concretaréme por el momento á lo que Cervantes dice en el prólogo, así de la primera como de la segunda parte del Quijote: «El primero y principal fin fué derribar la máquina mal fundada de los libros caballerescos y deshacer la autoridad y cabida que tenían en el vulgo», palabras, que se compaginan perfectamente con los diáfanos versos relativos á otro de los sintéticos aspectos del propósito del autor:

«Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.»

El espíritu caballeresco á que se refiere la cita que acabo de hacer, no era exclusivo de España como algún escritor extranjero ha pretendido. Basta fijarse, para desvanecer su aseveración, en la influencia ejercida por la legislación de las naciones del Norte; en el abuso de las pruebas negativas del agua y del fuego; en el combate judicial para toda clase de demandas sólo por duelo terminadas y en el, durante luengos años, estado de guerra y de rapiña: estado que sirvió á exaltar nobles sentimientos contra la arbitrariedad de los poderosos,

en defensa de huérfanos, de oprimidas damas y de desdichados cautivos. Y aunque admitamos, como es debido, que una legislación más adelantada quebrantó fuerzas al régimen feudal, conservároase, no obstante, gérmenes del espíritu caballeresco y paladines, lanzados á combatir abusos particulares, en menoscabo más de una vez de la autoridad de los jueces y respecto de algo que á la Religión ó al orden público afectaba.

Ocúrresenos en este momento llamar la atención de los jóvenes que me escuchan, acerca del contraste que ofrecen los enérgicos reproches contra acciones que sólo la ignorancia del vulgo elevaba á la categoría de heroicas, enfrente á la discreta suavidad correccional cuando ésta por objeto tuvo la defensa de la Religión ó del estricto cumplimiento de las leyes.

Quizá haya influído en el ánimo de Cervantes el concepto de la parsimonia que debe emplearse al tratar de corregir vicios muy extendidos y arraigados, cual de una parte lo eran, la superstición, las preocupaciones, los tristes sedimentos morales de la dominación árabe y de la habilidosa perfidia de los judaizantes, y, aun añadir cabe, el no hallarse terminada todavía la unificación de leyes referentes á la administración de justicia y al gobierno de los pueblos, objeto de inauditos esfuerzos del cardenal Cisneros y de la inmortal Isabel la Católica.

En cuanto á elementos pedagógicos, páginas notables encierra el QUIJOTE, corroboradoras de que el bienestar individual y colectivo tienen en la educación su verdadera base, destacándose entre aquéllas las relativas á daños causados por las preocupaciones é inverosímiles caprichos de los caballeros andantes, que una mayor ilustración de la nobleza estaba llamada á corregir. Por eso Don Quijote, á guisa de intencionado estimulador del amor propio, decía en casa de los duques: «Todo aquel que no sabe, aunque sea señor ó príncipe, puede entrar en el número del vulgo»; y, excelente modelo dejó trazado con tal motivo, sobre el modo de corregir y educar, en la antitética conducta de quienes alentaban, cual los duques, las extravagancias del héroe manchego; y la de quien, por opuesto camino, procuraba aprovechar los lúcidos intervalos de aquél, para atraerle, cual lo verificaba el canónigo, haciendo justicia á la ilustración y talento del nobilísimo maniático.

Que la educación de las más elevadas clases sociales implicaba la necesidad de remedios contra os males de fantásticas lecturas y conducta de entusiastas paladines, percibido fué con clarividencia por el autor de la novela á que venimos refiriéndonos, cuando por boca de Don Quijote nos dice en las célebres *Bodas de Camacho:* «á veces las jóvenes arrepiéntense tarde de sus caprichos amorosos»; y al tildar en otra ocasión de tardía la reclusión de la dama Luscinda, lamentándose á su vez del abandono en que dejó Don Fernando á Dorotea, ávida lectora de los libros de caballerías.

Y ¿cómo era posible evitar que trastornasen la imaginación de los lectores, novelas relativas á proezas de campeones imaginarios y de inverosímiles hazañas, si hoy mismo dolémonos de los tristes efectos que en imaginaciones infantiles ocasionan cuentos que exhiben iguales dislates?

Una de las pruebas del trastorno producido por las sobredichas novelas nos la da Vivaldo hablando de la idolátrica costumbre de invocar los caballeros, en casos de gran peligro, la protección de la dama de sus pensamientos, llegando, por tanto, á considerarla superior á la de Dios mismo; otras también ofrece Don Quijote, quien, observador fiel de las costumbres de los caballeros, armóse tal con todas las ritualidades del caso, en el celebrado patio de la venta; y, cuando pretendió que hombres casualmente hallados en el camino y sin que á Dulcinea hubiesen visto nunca, confesasen que la hermosura de ésta aventajaba á la de todas las mujeres del mundo, repitiendo, camino de Zaragoza, un reto semejante.

Vémosle, al salir de casa de los duques, tropezar con hombres que para un retablo conducían sobre caballos efigies de santos, y escuchamos su corazonada juzgando de felicísimo augurio el tal acontecimiento. En fin, colmo de la perturbación del buen hidalgo, símbolo de los múltiples inconcebibles desaciertos de la Humanidad, muéstranlo á toda luz los molinos transformados en gigantes y los rebaños en ejércitos.

No hay quien niegue ya que las sobredichas novelas coadyuvaron además poderosamente, por el encomio de rasgos de inoportuno valor, á la continuidad de las justas y torneos y al incremento de los duelos particulares, oprobio de la todavía embrionaria civilización contemporánea. Siendo muy de notar que hermanábase la preocupación de los paladines con la superstición, al extremo de que, á los duelistas, después de registrados, por si llevaban *hierbas de encantamiento*, se les exigía que, bajo su palabra, jurasen no quedarles escondida alguna de las de tal especie.

Hermosa enseñanza, aunque poco aprovechada, por desgracia, nos da el QUIJOTE acerca de los duelos, haciendo hablar á Sancho, filósofo vulgar y representante á veces del sentido común, cuando le aconseja á su amo que «se deje de aventuras y vaya á servir en la guerra, donde se le ofrecerá mejor campo para acreditar el valor». Agrádanos ver al héroe manchego dar la razón á su fiel escudero, aunque de modo igual nos la dan hoy quienes, vituperando los duelos particulares, toman parte en ellos, y de protagonistas alguna vez. ¿Quién podrá negar que continúa siendo quijotada, pero de estúpido carácter, la pretensión de que todos hayamos de ser valientes, y el que se repita, en romántico tono, la frase calderoniana: «Las manchas contra el honor sólo con sangre se lavan?»

Burla donosa del afán de celebridad encierra el episodio de Don Lorenzo de Miranda, holgado de verse alabar de Don Quijote, á pesar de tenerle por loco, y, por cierto, con la particularidad de que, no habiendo el ilustre Cervantes hablado nunca en la novela por sí propio, se le haya escapado la célebre exclamación, muy repetida después: «¡Oh fuerza de la adulación, á cuánto te extiendes y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable!»

D. Román Navarro,
Director de la Escuela de Artes é Industrias de la Coruña.

Nada habremos de exponer acerca de la importancia de los consejos de buen gobierno dados á Sancho y determinaciones de carácter higiénico moral dictadas como gobernador de su ínsula: asunto sobrado ofreciéranle para un libro, á quien se hubiese de dedicar al filosófico desarrollo de esos preciados documentos pedagógicos.

Permitidme que concluya, no sin aconsejar á los jóvenes que me escuchan, y para quienes especialmente tomé hoy la palabra, que procuren evitar apasionamiento en sus juicios hasta pretender descubrir sólo perfecciones inauditas en la obra del QUIJOTE; pues parécenos prudente huir de exageraciones, como las de calificar á Cervantes de gran teólogo, consumado filósofo y eminente moralista.

Cumpliremos, en cambio, el muy grato deber de dejar consignado que, entre los poemas de mayor renombre, como la *Iliada*, la *Eneida*, *El Paraíso perdido*, la *Jerusalén libertada*, el *Fausto* y aun el *Telémaco*, ninguno llegó á adquirir fama universal como el QUIJOTE. Ningún libro, á excepción de la *Biblia*, fué traducido á tantos idiomas. En ninguno se coleccionó, cogido al oído, un caudal *folklórico* tan abundante de refranes y modismos picarescos, propios de galeotes y gente del hampa de aquellos tiempos. Ninguno suscitó tantas discusiones, certámenes y trabajos de crítica y, lo que es más, que haya dado lugar á 650 ediciones en menos de tres siglos. Y si en cuenta se tiene que la mayor parte de esas ediciones corresponde á tiempos de escasos medios de relación, de menor facilidad de elementos de imprimir, en que no se contaba con el auxilio del moderno periódico diario, ó más que diario, ni con las variadas formas que hoy reviste el reclamo editorial, acreciéntase la importancia de ese considerable número de reproducciones.

Puede, en mi humilde opinión, agregarse á la lista de las geniales inspiraciones de Cervantes, la de haberse apresurado á publicar el *Buscapié;* medio hábil de excitar la curiosidad de gentes de todas las clases y de conseguir el éxito colosal que sólo él fué capaz de vislumbrar.

De dicho libro, cuyos ejemplares desaparecieron pronto, tal vez por cautela de algunos poderosos, vió todavía un ejemplar, en casa del duque de Saceda, el respetable escritor y amante de las letras, D. Antonio Rui-Díaz, á cuyo señor debemos inapreciable aumento de luz para conciliar lo encontrado de las opiniones que momentos ha me permití enunciaros.

Sí, señores; perspicacia de ingenio sumo fué el fingir para dicho libro un propagandista, al cual hízole confesar que no había leído durante algún tiempo el QUIJOTE, porque se había formado la idea de que fuese una de tantas novelas, y porque su autor carecía de ingenio para grandes cosas. Que, después, por simple curiosidad, leyóla y se convenció de que era una producción de las más ingeniosas y una sátira llena de instrucción y de gracias, donde, con destreza y oportunidad, se pretende desterrar la preocupación, que dominaba en España, y especialmente á la nobleza, por su afición á la lectura de libros de caballería; y que los personajes no eran tan completamente imaginarios que no representaran el carácter y alguna de las acciones caballerescas de un campeón, con quien estuvo indulgente la fama (probablemente de Car-

los V y de otros imitadores entre sus gobernantes).

Al referido *Buscapié*, no sólo dámosle valor confirmatorio de la opinión que os expuse respecto de la meditada intención del bondadoso *Manco de Lepanto*, sino que la misma parece intuitivo concepto de la trascendencia de todo reclamo bibliográfico y complemento del admirable plan trazado desde la primera hasta la última línea en el libro sin rival, que nos retrata á la Humanidad tal cual es, y en el que acreditóse Cervantes de *Genio entre los Genios*, rodeado siempre de la brillante aureola de católico que, ni aun en el más peligroso momento de su cautiverio, dejó de circundarle.

***

La escuela gratuita de ciegos y niños pobres que dirige el sacerdote Sr. Salgado, celebró también con una velada las fiestas del centenario.

Empezó la simpática fiesta con la *Alborada* del maestro Veiga, ejecutada con gran acierto por la señorita Filomena Alba.

Un numeroso grupo de niños de la escuela entonó luego un himno á Cervantes, escrito expresamente para el acto.

Siguió después la lectura de varios trabajos en honor de Cervantes, la representación de una obra teatral, terminando el acto con reparto de premios á los alumnos.

***

En el salón de actos de la Escuela de Artes é Industrias, que dirige el notable artista D. Román Navarro, y con asistencia de las autoridades y representaciones de todos los centros de enseñanza de la capital se inauguró el 7 de Mayo una Exposición de trabajos artísticos, originales de los alumnos de la citada escuela.

La Exposición resultó verdaderamente notable, figurando en ella apuntes y dibujos dignos de llevar la firma de artistas ya consagrados por la fama.

***

La Escuela de Comercio, que dirige el ilustre catedrático D. Segundo Moreno Barcia, celebró una fiesta académica el 8 de Mayo para conmemorar la publicación del QUIJOTE.

En ella tomaron parte los profesores señores Rivas Moreno y Fariña, los alumnos señores Senra (D. Arturo) y Arias (D. Celso), el veterano catedrático D. Juan Asúnsolo y el director del establecimiento Sr. Moreno Barcia, cuyos discursos reproducimos á continuación:

La caballería andante.

Discurso de D. Juan Asúnsolo.

(FRAGMENTO)

La caballería andante era la orden, regla ó profesión de los caballeros andantes, quienes debían profesar ó ser armados caballeros antes de salir á sus expediciones aventureras.

Dichos caballeros existieron realmente, y algunos muy notables, los nombra Cervantes en el *Buscapié;* y proceden de otra orden, titulada Tabla ó Mesa redonda, alrededor de la cual sólo podían sentarse veinticuatro caballeros después de haber probado su nobleza y ser famosos en las armas; y cuya orden fundó el Rey Arturo de Inglaterra. La consigna de estos caballeros era defender y apoyar con las armas y desinteresadamente todo lo que fuese justo; estar siempre á las órdenes del Rey; asistir á las batallas; no retroceder jamás ante el peligro; ser generosos en sus victorias, sufridos en las desgracias, corteses y pundonorosos en su trato.

Esta orden, según el mismo Cervantes, fué extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y aparecieron los primeros libros de caballería: *Amadís de Gaula, Félix-Marte de Hircania* y *Tirante el Blanco*, famosos y conocidos por sus hechos.

Lo cierto es que la característica, el principal incidente de la Edad Media y parte de la Moderna, fué la *Orden de Caballeros ó de Caballería*, cuya divisa, en general, era: protección al débil, cualquiera que éste fuese; generosidad sin límites y honestidad; veneración á la mujer; valor hasta la temeridad; nobleza y pundonor en todos los actos de la vida, y observar con fe y defender la Religión cristiana.

Las Cruzadas y el feudalismo contribuyeron sobremanera á que dicha orden tomase gran incremento y se extendiese por todos los pueblos de Europa, adaptándola cada pueblo según su modo de ser y circunstancias, pero conservando siempre los fundamentos, la misma divisa.

Hacia fines del siglo XII, época de la tercer Cruzada, la caballería estaba en auge, siendo el Sur de Francia su principal punto de acción; extendiéndose desde allí á Cataluña, á Castilla, y poco después á toda España.

Que esta orden se haya observado con la rigidez de sus principios, que hayan existido esos tan pundonorosos, valientes y perfectos caballeros, es algo problemático, sin que deje de admitirse, pues otras instituciones presentan ejemplos de tanta abnegación y heroísmo; ahora lo que no ofrece duda es *que hubo mucho de real; los caballeros formaban un orden efectivo, con fórmulas de iniciación, derechos y prerrogativas*; tenían por divisa la ya indicada y morían con frecuencia en aras de su deber.

A la Caballería no puede asignársele un origen fijo; *nació del conjunto de las ideas antiguas, fomentada por las nuevas circunstancias y animada también por la flaqueza de los reyes, que debían inducir á aquellos héroes en la flor de la juventud á hacer uso de su denuedo para socorrer á tantos infelices, cuyos agravios yacían sin venganza.*

Y esta juventud valiente y generosa se formó con el ejemplo de otros héroes y á consecuencia del espíritu de guerra y aventurero que en todos los pueblos de la Edad Media despertaron aquellos grandes acontecimientos que fueron transformando el mundo; aquellas luchas sangrientas entre invasores é invadidos, entre pueblos diversos por su raza, sus costumbres, su idioma, sus intereses; entre los bárbaros del Norte que, precipitándose sobre el centro y Mediodía de Europa, se batieron á brazo partido con sus moradores, ocupando las tierras de éstos, formando nuevos pueblos y consiguiendo al fin la destrucción completa del relajado y ya bamboliante imperio de Occidente. Y á consecuencia también de las guerras intestinas; de la revolución social que el Cristianismo venía verificando con su doctrina santa, toda verdad, toda mansedumbre, toda amor, toda caridad, y con su glorioso séquito de mártires, anacoretas, propagandistas sabios, decididos y valientes, de santos, de varones ilustres y piadosos; y á consecuencia, por fin, de las guerras turcas y de la dominación de los árabes. Por otra parte, dicho espíritu había surgido y encarnado en la juventud para que además ésta supliese en tiempos de anarquía *la falta de leyes represivas y de justicia.*

Durante los primero siglos, al constituirse las nuevas sociedades, el desconcierto era general; nada había seguro, ni vidas, ni haciendas, ni la pureza, ni el bello sexo..., nada se respetaba, todo estaba amenazado. Las violencias de los dominadores, el feroz libertinaje de los príncipes, las envidias, las

...Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones.
(Cuadro de D. Román Navarro, Director de la Escuela de Artes é Industrias de la Coruña.)

enemistades, las ambiciones, ofrecían constantemente despojos, rapiñas, venganzas, crímenes, que clamaban reparación, pronta justicia, y que quedaban impunes. Las familias, ya aisladamente, ya asociadas con otras, tenían que defenderse y era preciso también dirimir las contiendas entre las mismas familias, ó entre los individuos de alguna de ellas; y de todo esto, y de favorecer á los desgraciados y débiles, se encargaron los jóvenes pudientes de la nobleza, y cada uno de ellos se convirtió en un héroe; y surgieron á millares formando un gran ejército diseminado de caballeros; asociándose más tarde, y naciendo la Orden de Caballería, cuyo establecimiento se hizo general.

Esta orden, en sus principios, fué únicamente guerrera y reparadora de agravios; y como las guerras eran feroces, crueles y de cuerpo á cuerpo; y como eran muy comunes y estaban á la orden del día los desafíos; y como todas las cuestiones particulares se ventilaban por medio de las armas, los combatientes se procuraban grandes medios de defensa. Y de aquí, *aquellas armaduras perfeccionadas, que convertían al caballero y al caballo en una masa de hierro y bronce; en que hasta las junturas eran impenetrables á las armas del contrario, y cuyo metal, sin embargo, se doblaba fácilmente.* Y á esto se debe la idea de los encantamientos, de héroes invulnerables, de espadas prodigiosas y de otras maravillas que la ignorancia y superstición inventaron.

La Caballería, siguiendo su marcha floreciente y sin cambiar en la esencia, substituyó á la fiereza y carácter duro y poco sociable del guerrero, el trato frecuente, la galantería y modales corteses; dulcificó su credo, y se organizó definitivamente, constituyendo una verdadera profesión, con sus leyes, reglamento y aprendizaje. Éste, para el que la siguiese, empezaba á los siete años de edad, sirviendo el niño de paje ó doncel en casa de algún personaje; continuaba á los catorce años con el nombre de *escudero*, poniéndole á las órdenes de algún paladín para que le sirviese corporalmente. Y después de estos preparativos, recibía la Orden de Caballería, cuya ceremonia se acomodaba á los usos y circunstancias de cada pueblo; pero sin faltar nunca ciertas solemnidades, como eran: velar las armas toda la noche anterior; prestar juramento de observar fielmente los preceptos de la Orden, y recibir en la espalda tres golpes con la espada desnuda y de plano. Como excepcional, había el caso de que un capitán en el mismo campo de batalla ciñese la espada á un valiente, sin más ceremonia que el juramento y los tres golpes de espada. De esta manera el valeroso caballero español, don Suero de Quiñones, á quien cita Cervantes en el *Buscapié*, confirió la orden de Caballería á un noble castellano, que la solicitó, para ser digno de medir sus fuerzas con el mismo Quiñones. Y así, Don Quijote, se armó caballero andante en la venta, haciendo de capitán el ventero.

Los caballeros debían conservar firme el espíritu belicoso y aventurero, y hallarse siempre dispuestos para la guerra, y para cuantos sucesos pudieran sobrevenirles; entrando por mucho la robustez corporal, la destreza y el vigor de los miembros. Se hizo, pues, necesario que se ejercitasen, simulando batallas, aventuras, desafíos; y á este fin, y como diversiones y entretenimientos públicos, se establecieron juegos militares solemnes, y se crearon los torneos.

El paraje donde éstos se celebraban era por lo regular un campo extenso, en el que, alrededor del palenque, se levantaban pabellones lujosísimos de formas y dimensiones distintas, para las gentes principales, y con puestos separados para el bello sexo, y se levantaban además, para los caballeros ancianos de reconocido mérito, y para las altas jerarquías militares: y á diferentes distancias, cobertizos ó barracas, para dar abrigo á la muchedumbre.

Los adalides se presentaban en el palenque, ó campo de batalla, cubiertos desde la cabeza á los pies, con armas finísimas y montados en briosos caballos, cuyos jaeces resplandecían por su riqueza. El público era siempre numeroso, y en todas las clases respectivamente, el lujo era deslumbrador. A los adalides acompañaban sus escuderos, cuyas funciones eran: *contener á la ruidosa multitud; embridar los caballos y preparar las armas á los caballeros:* también solían combatir.

Como armas ofensivas, usaban los combatientes: lanza, espada, espontón, cuchillo, daga, puñal, maza, hacha...; y como defensivas: yelmo, coraza, casco, loriga, cota, arnés; y el escudo, pieza principal de la armadura, que se componía generalmente de una plancha larga y ancha de metal, con dos asas para embrazarlo ó ceñirlo al brazo del guerrero. El escudo, según su forma ó materia de que se fabricaba, recibía los nombres de broquel, adarga, pavés, rodela, tarja.

A los caballos se les revestía de cuero y á veces de malla y de chapas de hierro, con las crines y las orejas cortadas, para no ofrecer presa al enemigo.

Estas fiestas de ejercicios ó juegos militares se distinguían con frases y nombres diferentes: ir en gualdanas, combatir en los torneos, correr justas, paso de armas, correr la sortija, carrusel, quintana...

Como *paso de armas*, es notable el siguiente del caballero, ya dicho, Suero de Quiñones:

Habiéndose situado en el camino de Santiago de Compostela, declaró que rompería una lanza con cualquiera que pasase, pues había hecho voto de romper trescientas en treinta días. Anunció el reto, con las condiciones, y le envió á la corte de Castilla.

Cada adalid era conocido por la enseña que llevaba en su escudo.

San Jorge era el santo tutelar de los caballeros; *le cantaban himnos al entrar en batalla; como él, debían arrostrar la furia del dragón, libertar la inocencia, hollar la vencida tiranía, humillar el orgullo, y vengar la virtud ultrajada.*

Las damas representaban en estas fiestas un importantísimo papel; y en gloria de ellas redundaban las proezas de sus adoradores. *La mujer era el ente ideal que dominaba en las batallas, en la poesía, en las cortes de amor, y en los torneos.*

Como curiosidad, puede verse en el prólogo del *Buscapié*, la descripción de uno de aquéllos que, con el nombre de *torneo de los meninos*, se celebró en Madrid ante el Rey D. Felipe II y su corte: el infante se presentó armado de caballero, y sostuvo la justa con otros varios caballeros.

No cabe duda que la Caballería alcanzó gran éxito, fama eterna, por la santidad de su causa, por su organización, por ser entonces necesaria, por su ejército distinguido; y que fueron teatro de sus hazañas: Germania, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, y España también; pero aquí carecía de disciplina y contaba corto número de adalides, y sin embargo, su espíritu batallador y aventurero sobresalía al de las demás naciones, y cada español era un héroe, un caballero andante. Y esto se explica, considerando las grandes luchas que siempre había sostenido por su independencia, y sobre todo, la cruzada de ocho siglos contra las huestes de Mahoma.

Cambiaron los tiempos; la Caballería llega al período de su decadencia, empieza á perder su brillo, el cálculo y ambición dominan, y en la juventud ardiente y opulenta desaparecen la pulcritud y la modestia, substituyéndolos el lujo y la fastuosidad; el puritanismo de sentimientos delicados huye, el amor se convierte en licencia descarada; la valentía se emplea para satisfacer rencores y venganzas; y la religión se reduce á prácticas supersticiosas, extravagantes. Además, la Caballería empezaba á ser menos necesaria, debido al invento de la pólvora, á la nueva constitución de las monarquías; y al descubrimiento de América, que cambió el espíritu de aventuras.

Pero téngase presente que la decadencia obedecía, sobre todo, á la relajación creciente en aquellos tiempos groseros y de costumbres tan contradictorias, mezcla de lo sublime con lo más bajo y repugnante, de los grandes sentimientos, y prácticas religiosas más edificantes, con viles pasiones y hechos escandalosos; y lo notable era que la relajación cundía principalmente en las clases altas, que disponían de mayores recursos para satisfacer sus vicios, antojos y venganzas y para librarse del castigo.

La mujer en el Quijote.

Discurso de D. Segundo Moreno Barcia.

Bella cosa es el consagrar por los que existimos recuerdos enaltecedores á aquellas grandes figuras que han sido para eterno honor y gloria de la nación, y provechosa enseñanza de las generaciones que les han sucedido en el áspero y trabajoso camino de la vida. Lástima grande que por nuestra pequeñez é insignificancia no correspondan los elogios á sus altos merecimientos. No obstante; si como los sentimos no nos es posible expresarlos, baste la buena intención y el mejor deseo para descargo de la culpa en que incurrimos por un doble exceso de ignorancia y atrevimiento.

Mas séanos lícito, aun siquiera no podamos justificar el intento con la incompetencia que nos abruma y humilla, recordar asimismo que fué preciso que desde la Gran Bretaña viniera la luz con excitación bastante para que nuestros hombres conspicuos, nuestros críticos más famosos y aun España entera fijara sus ojos en el genio colosal de Cervantes Saavedra, y prestara atención en los pensamientos ocultos que bajo las locuras del amor y las gracias del mozo, héroes de la más trascendental de sus obras, le inspirara la patria querida, entonces muy entretenida en clavar los jalones indicadores de su futura y desventurada caída.

Sea como quiera; si hoy á trescientos años de fecha y distancia hallamos la profecía cumplida y España en la agonía, con el solar reducido, la hacienda consumida y el valor de la raza en entredicho á causa de nuestro insensato amor por la aventura y la irresistible inclinación hacia espirituales quimeras de ninguna substancia positiva, todo conformemente á la figura y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, damos de mano en este

instante á tan graves consideraciones y dejemos á otros esclarecidos ingenios la tarea de penetrar en las profundidades del pensamiento que parece encerrarse en las páginas del famoso libro, cuya fecha de publicación hoy conmemoramos.

Muchas son y muy variadas en verdad las direcciones impresas en el QUIJOTE, por la crítica fina y sagaz que tanto sobreabunda en el alma de Cervantes Saavedra. De una quiero decir ahora, si bien con sobriedad y en honor de estas señoras y señoritas que nos honran con su presencia.

D. Segundo Moreno Barcia,
Director de la Escuela de Comercio de la Coruña

Y bien; notamos cómo á vueltas de fustigar sin piedad los libros de la andante caballería, á la sazón muy lindos y manoseados de damas, doncellas y pajes, Cervantes, que tenía muy bien puestas sus ansias en la poesía como expresión de la belleza, no quiso abandonar la mujer á las extravagancias del caballero trovador, pues que en mucho la tenía por su hermosura, discreción y honestidad. Y ¿cómo era posible que él dejara de idealizarla á la manera del Dante inspirando en Beatriz su *Divina Comedia* ó Goëthe su *Fausto* en la dulce inocencia de Margarita; siquiera por exigencias del sujeto de su famoso libro, fuera forzado á realzar una zafia labradora, exornándola con todo linaje de imaginables perfecciones?

Consideremos ahora cómo aquellos desalmados caballeros, so color de amparar la debilidad del sexo opuesto, por esta sola cualidad y sin más averiguación de causa, no vacilaban en poner la espada sobre el pecho de un padre por celoso guardador del honor de sus hijas ó de un esposo no menos cuidadoso de la fidelidad conyugal, si en ello se les antojaba ver la menor violencia ú opresión. Pues al fulminar sobre tales disparates los rayos de la ironía, el sarcasmo y la sátira, Cervantes devuelve la mujer á la familia y á la sociedad, luego que por una falsa galantería se la convirtiera en dije efímero del deleite, para consagrarla dueña y señora del hogar, encanto de la vida y educadora de las generaciones, amén de predispuesta para otras muy importantes tareas que el porvenir le reserva, en sus estados de hija, esposa y madre.

D. Juan Asúnsolo,
Catedrático de la Escuela de Comercio de la Coruña.

Ved ahora cómo en observancia de la más espléndida y soberana ley de la Naturaleza, la ley de amor, Miguel de Cervantes Saavedra hace flotar la mujer sobre la ingeniosa trama, como el más lindo ornamento de su obra incomparable. Cierto es que Cervantes afirma ser su personaje cristiano viejo, católico rancio, pero se olvida de Dios cuando pone en labios de Don Quijote, al emprender un trance de muerte, la oración última encaminada á la señora de sus pensamientos, para que le infunda valor y vigorice su brazo á fin de dar cima y feliz acabamiento á la intentada y temerosa aventura. Cristiano sí, pero le hace enderezar la lanza contra los monjes benitos; luego con ella desbaratar la fúnebre comitiva, hiriendo á un sacerdote en la aventura del cuerpo muerto, y más tarde, desenvainar la espada para arrancar de manos de los disciplinantes la Virgen que entendía opresa mal de su grado, cuando la rogativa *ad peten dam pluviam;* en fin, y sin ahorrar razones á su héroe, por modo muy directo sabe Cervantes dirigir *ad hominem* muy severas y acres censuras hacia determinados consejeros, como aquel director espiritual de los duques de Béjar, marqueses de Gibraleón.

Muy respetuoso con su príncipe y señor Don Felipe III; pero también supo formular su protesta contra disposiciones reales de trascendencia suma en aquellas discretas razones de Ricote á Sancho, y más aún con las lágrimas de Ana Félix, la bella morisca apresada en aguas de Barcelona por las galeras del rey.

Pero ya no es así tratándose de la mujer, como asesorado por la ley de amor. Ved cómo por extraña é inverosímil coincidencia reúne allá en la venta á Cardenio con Luscinda, don Fernando y la discreta Dorotea, el capitán Viezma y la linda Zoraida, la hija del oidor y su apasionado amante convertido por seguirla en mozo de mulas. Para Cervantes no obsta la diferencia de religión, profunda enemiga de la paz en aquellos días amenazadores y terribles del Santo Oficio, si en méritos del amor ha de enlazar al cautivo cristiano de Argel con la mora Zoraida y á la morisca Ana Félix con el piadoso D. Gregorio, siquiera para ello hayan de renunciar á la familia, patria, religión y fortuna.

De todo lo expresado deduzco ahora una conclusión, y es: que á pesar de la época en que Cervantes escribió y los peligros á que se expuso, el genio portentoso de ese hombre extraordinario hubo de revelarse eminentemente humano, desde la primera á la última página de su obra inmortal; y como quiera que ese humanismo se destaca y agiganta por el honor y servicio prestados á la mujer, ruego á las damas que me escuchan se dignen asociarse al voto de admiración y reconocimiento que hoy por ellas elevo, en memoria de Miguel de Cervantes Saavedra.

D. Eduardo López Budén,
Director del «Colegio Budén».

***

La Escuela Normal de Maestras que dirige la distinguida profesora doña Perfecta Castro, celebró una brillante fiesta el 9 de Mayo.

Dió comienzo el acto con un elocuente discurso del director del Instituto Sr. Pérez Ballesteros, quien calificó á Cervantes de *pedagogo de pedagos*.

Después la secretaria de la Escuela, señorita Esperanza Brañas, dió lectura al acta del certamen celebrado para la adjudicación de premios.

Constituyeron el Jurado el director y catedrático del Instituto, señores Pérez Ballesteros y Casal, y la directora y profesora de la Escuela Normal señoras doña Perfecta Castro y doña Rita Aller.

El premio fué declarado desierto, y se concedió, en cambio, dos *accésits* á las aventajadas alumnas señoritas Sofía Lores y Amparo Quiroga por sus trabajos literarios sobre la aventura del yelmo de Mambrino.

Puso fin á la velada la señora doña Perfecta Castro, quien pronunció un elocuente discurso excitando á la juventud al estudio y á la perseverancia en el trabajo.

***

El importante centro de enseñanza que dirige D. Eduardo López Budén, celebró con un concurso las fiestas del centenario del QUIJOTE.

He aquí el resultado del mismo:

Primer tema.—Primera enseñanza.—Medallas de oro, Angel Martín y Luis González; medallas de plata, José López, Eleuterio Martín y Francisco Castelo; medalla de bronce, Lino Molina.

Segundo tema.—Lengua castellana.—Medalla de oro, Germán López; segundo premio (fuera de concurso), Narciso López; medalla de bronce, Manuel García Espada.

Tercer tema.—Lengua latina: Primer curso.—Medalla de oro, Rogelio Amigo; medalla de plata, Laureano Paz; medalla de bronce, Antonio Alvarez Sotelo.

Cuarto tema.—Lengua latina: Segundo curso.—Premio de honor (fuera de concurso), Angeles López Ramos; medalla de plata, José Pérez Pombo.

Quinto tema.—Lengua francesa—Premio de honor (fuera de concurso), Angeles López Ramos; medalla de oro, Carlos Monasterio; medalla de plata, Manuel Insúa; medalla de bronce, Rosendo Silva.

Sexto tema.—Cálculos Mercantiles.—Medalla de oro, Luis Almazán; medalla de cobre, Alejandro Herrero.

Séptimo tema.—Contabilidad.—Medalla de oro, Alejandro Herrero; medalla de plata, Emilio García Barros; medalla de bronce, Manuel Insúa.

Octavo tema.—Matemáticas.—Primer premio (fuera de concurso), Narciso López; medallas de bronce, Maximino Fernández y José Patos.

Noveno tema.—Ciencias físico-químicas.—Estudio físico de la luz, medalla de oro, Celia Brañas; Análisis espectral, medalla de oro, Santiago Cabanillas; La radiografía y lo invisible, medalla de plata, Juan Almazán; La luz en sus aplicaciones, medalla de plata, Angel del Castillo; Estudio geométrico de la luz, medalla de bronce, Juan Piñeiro.

Décimo tema.—Dibujo.—Medalla de oro, E. V. Betancourt; medalla de plata, Rafael Barros Merino; medalla de bronce, Manuel Plata.

En la fiesta que celebró el Colegio Budén se dió lectura á los trabajos premiados, haciendo uso de la palabra, los señores López Budén, Fernández Diéguez, Moreno Barcia y Bernárdez.

SANTIAGO

PARA conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, celebraron solemnes actos académicos la Universidad y el Instituto de Santiago.

En la fiesta literaria de la Universidad leyeron hermosos discursos los señores Barcia Caballero, Ruano y Cotarelo.

El día 9 de Mayo se celebró la procesión cívica, con asistencia de los niños de las escuelas públicas, alumnos de la Escuela de Artes é Industrias, Normal de Maestros, Instituto, Farmacia, Filosofía y Letras, Medicina, Ciencias y Derecho.

En un carruaje iba el gallardete de Lepanto, propiedad del cabildo de Santiago, dándole escolta sargentos del regimiento de Zaragoza.

La comitiva depositó coronas ante el busto de Cervantes, disolviéndose después la manifestación.

He aquí el discurso del Sr. Barcia y Caballero, leído en la Universidad:

Dulcinea del Toboso.

Acontece al estudiar las obras maestras que se descubren en ellas, cuanto más se escudriñan y analizan, tales primores y aciertos, que nos obligan y fuerzan á considerar á sus autores como dechados y modelos en muchas y diversas disciplinas, no comprendiendo de otra suerte los varios y atinados conocimientos que en tantas esferas del saber aparentan y demuestran. Tengo para mí que todo ello, quiero decir, que estos prodigios del decir ya que según se comprenderá tratamos aquí de obras literarias—estas finuras del observar, estas filigranas del discurrir, y esta maravilla del acertar, dependen no tanto del conocimiento profundo del objeto, y del estudio macizo y sólido del mismo, cuanto de cierto misterioso poder de adivinación, propio del genio, en cuya virtud de tal manera se asimila y hace suyas las circunstancias y propiedades de cuanto ve y conoce que lo encarna y vivifica y cómo lo crea y le da ser y estado portentoso. Y por otra parte: también el genio se halla dotado de tal potencia discursiva que de las más sencillas y menudas premisas deduce con lógica incontrastable, y, con rapidez y prontitud, de que ni él mismo acaso se da cuenta, las más lejanas y ciertas consecuencias. Esta es á mi ver la explicación del extraordinario saber que se encuentra en las obras de los grandes hombres sin necesidad de acudir á la común opinión de hacer una enciclopedia de cada uno de ellos.

Dr. D. Juan Barcia Caballero

Así Cervantes, al escribir su fábula inmortal, sin más designio, ni propósito que aquel claramente manifestado *de derribar la máquina mal fundada de los caballerescos libros*, hácelo con tal discreción y tino, que bien puede asegurarse que de entonces acá nadie osó escribir de tan soberano modo; y al leerla, «*el melancólico se mueve á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invención, el grave no la desprecia, ni el prudente deja de alabarla*» según él mismo desea en la *prefación* de la primera parte. Y al hacerlo de esta guisa, hasta tal punto siembra su obra de discreteos y donaires, de aciertos y adivinaciones, que al leerla y releerla puesto que es libro que en jamás se cae de las manos y cuanto más se lee más á él se aumenta la afición viénese en gana de inquirir cuántas son las ciencias que á tal suceso contribuyen sin que sean parte á impedirlo sentencias ni reflexiones. Y no ya solamente en letras y gramática, que en esto sí que hay sobrada razón para ello; pero en toda casta de sapiencias humanas y divinas quiérese hacer á Cervantes idóneo y peritísimo. De aquí los innúmeros escritos en que se le juzga como teólogo, jurisconsulto, cosmógrafo, viajero, matemático, guerrero, médico... Parémonos un poco en esto de la medicina.

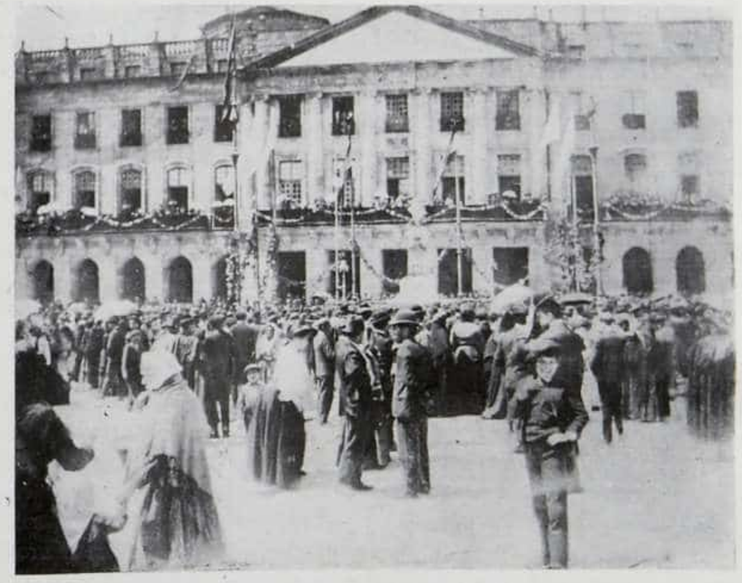
No es de extrañar por cierto que los que somos del oficio y alicuando distraemos nuestros trabajos, puesto que mal diría nuestros ocios ya que apenas si acostumbramos á tenerlos enfrascados como estamos entre males y dolencias que no suelen dejarnos punto de reposo; no es de extrañar, digo, que los médicos aun enamorándonos sobre todo los primores literarios del QUIJOTE, no podamos menos de parar mientes en la verdad y maestría con que está pintado el inimitable loco, constituyendo, aun dentro de los linderos de la ciencia, un notable y típico *caso patológico*, no tan sólo donosamente expuesto, sino lo que es más de admirar, concienzudamente observado, maravillosamente adivinado, diría yo más bien. Porque no me cabe en la cabeza, ó por lo menos está á dos gemes de ello, que para pintar su héroe se echase el autor á buscar *documentos humanos*, como ahora se dice, para fundamentar en la realidad su fábula. Y fúndome para ello en que ni era en aquel entonces procedimiento novelesco el novísimo de los cánones naturalistas, ni aunque lo fuese, que no lo era, fué esa la intención, ni el fin que Cervantes se propuso. Cierto que como buen observador de la vida real, y esto sí que no cabe ponerlo en duda, habrá tenido presentes al escribir su libro cuantas personas y sucesos creyese que venían á cuento para el caso, amén *de los desatinados libros de caballerías* contra los cuales había de ser el suyo *una invectiva*, y por ende sería más perfecto, *cuanto mayor fuere la imitación en lo que escribiere*. Pero aun siendo todo esto así, atrévome á afirmar lo que al comienzo de estos párrafos sentaba, á saber: que tales lindezas y perfiles, como la mayoría, sino todas las que vemos y admiramos en las grandes obras, no tanto son producto de meditación y estudio, cuanto de ese *quid divinum* que tiempos atrás, quizá menos científicos, pero más artísticos, se llamaba *inspiración*.

Sea de ello lo que fuere; y cerrando aquí el proemio un poco largo ya de este trabajo, quiero empezarlo de una vez, diciendo que voy á estudiar en él á Dulcinea del Toboso como muestra feliz de la locura que padecía su enamorado caballero.

***

La figura de *Don Quijote de la Mancha*, que pasó á clásica y legendaria á la vez, gracias á su creador Miguel de Cervantes Saavedra, no es la única de proceso mental—hablemos en términos del oficio—que se encuentra en las obras del primero y más grande de los escritores, y aun en el QUIJOTE mismo. Dejando para otra ocasión—si Dios fuere servido que llegue á buen suceso un manuscrito que con el título de *Los locos de Cervantes* anda comenzado por mi cartapacio—, dejando para entonces, digo, el hablar de los demás y ciñéndonos al QUIJOTE, encontramos en él además del héroe, de que luego hablaremos, algunos otros

Bien pudiera citarse aquí, al propio Sancho, que entre sus malicias y trastiendas deja ver no pocas veces su romo razonar y escaso entender; pero no lo haré porque no se me diga que ese más que loco es imbécil y mentecato en grado solemne. Por análogos motivos descartaré al estudiante Grisóstomo, muerto de amor por la hermosa cuanto esquiva Marcela, por más que cuando la pasión llega á ese extremo, bien puede decirse que toca los umbrales y fronteras de la locura. Con más razón que éstos pudiera formar entre los insensatos el protagonista de la no



Aspecto de una calle de Santiago al paso de la Procesión cívica.

velita, incluída en el QUIJOTE y por eso la cito aquí, *El curioso impertinente*, pues no es de hombres, no digamos ya sesudos y formales, pero ni siquiera cabales, el empeñarse en tan poco atinada porfía; y sobre todos y especialmente y para no citar ya más, recordaré á Cardenio, tipo bien presentado de manía aguda é impulsiva con accesos de furor y períodos tranquilos y razonadores. Perdón por tanto tecnicismo.

Pero sobre todos ellos descuella, como es claro, el personaje principal cuya personalidad literaria y—digámoslo así—patológica, fué objeto de tantos y tan prolijos estudios, muchos de ellos, confesémoslo ingenuamente, llevados á cabo con mejor intención que fortuna. Por eso, por ser ya mucho lo escrito á este respecto, quiero ceñirme ahora á analizar exclusivamente la idea delirante declarada más atrás, personificación del amor romántico desde el caballero cervantesco acá.

Notemos por de pronto que tal idea entra de lleno en la locura del hidalgo manchego, pues como él mismo dice, «*Caballero andante sin amores es árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma*». En consecuencia, pues, con su sentir, elige dama para sus pensamientos y dueña para su corazón, adornándola y revistiéndola de cuantas prendas y ornamentos son propios de sus caballerescos modelos, y dándole nombre apropiado á sus fines; pero todo ello—nótese bien, porque es circunstancia del mayor interés—, fundamentándolo de tal suerte en la vida real que á su Dulcinea no la crea y fabrica en el mundo abstracto de su loca fantasía, sino que la encarna en el garrido cuerpo de Aldonza Lorenzo, labradora del Toboso, *de quien él un tiempo anduviera enamorado*, según nos relata su cronista.

Pormenor es éste que tal vez puede parecer indiferente, ó quizá extemporáneo á un profano, pero que no puede pasar inadvertido á los ojos de un médico, y más que nada á los de un mentalista. Un novelero vulgar, puesto á inventar locuras y dislates inventaría un loco también vulgar, cuyos delirios, incoherentes y vagos, serían de todo en todo inverosímiles y absurdos sin base real, sin trabazón y sin consistencia, tomados al azar y por entero del espacio sin límites de lo fantástico: Cervantes, por el contrario, crea un loco *verdad*, y hace que su locura sea tan real y verosímil que, considerada á la luz de la moderna ciencia, se ajusta á ella como anillo al dedo. Concretándome aquí á mi propósito, véase de qué admirable modo teje y entrelaza en su delirio, las circunstancias y condiciones de la realidad en que lo funda con las ideales y fantásticas con que lo sublima y avalora; y como en su vívido sueño—que no otra cosa es su locura, como todas las semejantes—se engranan y maridan los hechos reales y los fabulosos.

Así, al mismo tiempo que su dama es Aldonza Lorenzo la labradora del Toboso, no únicamente la cambia de nombre, confirmándola con el de Dulcinea, sino también de condición, haciéndola habitar en su hermoso palacio, servida por doncellas y camaristas y *ensartando perlas ó bordando empresas de oro para su cautivo caballero*. Ved cómo la describe: «...su nombre es Dulcinea; su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro; su frente Campos Elíseos; sus cejas, arcos de cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas, sus dientes; alabastro, su cuello; mármol su pecho; marfil, sus manos; su blancura, nieve..., y su linaje del Toboso de la Mancha, que aunque moderno, tal, que pueda dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos.»

Y no cede en sus ideas ni aun cuando Sancho, con toda su zafia rustiquez, dice que la halló *aechando dos hanegas de trigo en el corral de su casa y despidiendo un olorcillo algo hombruno, por estar sudada y algo correosa*. Y hasta cuando á sus propios ojos y por rafanesca trama de su escudero, se aparece la fingida Dulcinea en aldeanesca traza, harto burda y desmalazada por cierto, hasta el punto de montar á horcajadas, como un hombre, el bueno del caballero, para emparejar sus ojos con sus pensamientos, acude al socorrido tema de sus enemigos encantadores, que le convierten las princesas en labradoras y las hacaneas en borricas.

Analicemos el caso. Tal vez este tejido, al parecer informe, de hechos reales é imaginaciones fantásticas parezca á algunos inverosímil. Nada menos cierto. Precisamente esta forma de delirio—harto lo sabemos los que pasamos la vida entre tales desdichados—es de las más comunes y corrientes. Los cambios de personalidad y condición, completos y absolutos unas veces, parciales y relativos otras, como en este de que tratamos, son cosa frecuentísima entre los enfermos de la mente. Y no alcanzan á derribar las extrañas concepciones de tales ilusos ni las más reiteradas reflexiones, ni el patente testimonio de sus sentidos, que á gritos les pregonan sus contradicciones é inconsecuencias. Es de

ver—y ciertamente que es doloroso espectáculo—, es de ver la tenacidad con que se agarran á sus ideas y ensueños; y cómo, á pesar de estar viéndolo y palpándolo, toman un harapo por un manto real, una brizna de papel por una joya ó uno de sus infelices compañeros por grandioso emperador; no de otra suerte que nuestro héroe diputaba la bacía de barbero por yelmo de Mambrino y á Aldonza Lorenzo por la incomparable Dulcinea. Y es lo más admirable que al propio tiempo que esto afirman y defienden, reconocen de buen grado otras cualesquiera circunstancias que á sus ensueños pertenezcan, aunque se encuentren con ellos en reñida y manifiesta lucha.

D. José María Ruano.

Todo esto está magistral y superiormente entendido en la delirante concepción que á Dulcinea se refiere, y, véase por donde quiera, ajustado á las más nimias y rigurosas enseñanzas de la frenopatía. Y si en vez del inimitable estilo de su autor y de las lindezas con que lo viste y lo festona, estuviere trajeado el caso con los fríos y áridos arreos con que, por desgracia suelen aparecerse tales cosas, cualquiera lo tomaría por verídica historia clínica, arrancada de los anales hospitalarios.

Ahora bien, y vuelvo á los comienzos de estos descosidos párrafos, que para bien y descanso de los que hasta aquí los hayan seguido, tocan á su término; ¿debemos deducir de todo esto que para escribir Cervantes su QUIJOTE comenzó por echarse á pechos sendos tratados médicos para encontrar en ellos la imagen de su loco; ó que por lo menos y como más factible se dió á visitar Orates y hospitales? Declárome abiertamente por la negativa. La visión de su héroe se le apareció clara y luminosa y de una sola vez, como esas cosas se le aparecen á todos cuantos llevan en su pensamiento y en su alma una chispa del sagrado fuego que Dios enciende en sus predilectos.

Y la obra entera con todos sus encajes y filigranas, con todos sus tesoros de bellezas, fluyó límpida y fácil de su pluma tal como de la roca mana fértil y abundante el arroyo de agua cristalina, trayendo entre los cristales de sus ondas rizados copos de espuma y transparentes burbujas de aire. Así, entre las suyas, trajo la inspiración del gran maestro las innúmeras bellezas de su libro sin par, siendo una de las primeras la feliz concepción de Dulcinea del Toboso.

La Fe, la Patria y el Amor.

Discurso de D. José María Ruano.

(FRAGMENTO)

Para examinar el amor en nuestra novela, es preciso, ante todo, definir con exactitud los conceptos, y no dejarnos llevar por la rutinaria manía de nuestro siglo, donde el adulterar las ideas y los vocablos es moda imperante, é ignorancia torpísima que da lecciones á su antojo y capricho. El amor verdadero, el que hermosea y engalana la obra de Cervantes, como engalana y hermosea la vida del hombre en este destierro, no es el del materialismo grosero que disfraza su estúpido egoísmo con el calumnioso nombre de *amor*, al sentir el acicate del deseo, la llamarada del sensualismo, ó los estímulos del interés; es, por el contrario, como el mismo Cervantes apunta en su *Galatea*, el amor que ilumina las escenas de su primera novela:

«Cortesano, galán, sabio, discreto,
»gallardo, liberal, manso, esforzado,
»De aguda vista, aunque de ciegos ojos,
»guardador verdadero del respeto,
»capitán que en la guerra do ha triunfado
»sólo la honra quiere por despojos:
»flor que crece entre espinas y entre abrojos
»que á vida y alma adorna;
»del temor enemigo;
»de la esperanza amigo;
»huésped que más alegra cuando torna,
»instrumento de honrosos, ricos bienes,
»por quien se mira y medra
»la honrosa hiedra, en las honradas sienes.

Como que en el QUIJOTE el *ideal*, de que antes hicimos mérito, se personifica y toma cuerpo en Dulcinea, como que si acabamos de analizar la grandeza y generosidad del héroe, «quitarle á un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira y el sol con que se alumbra y el sustento con que se mantiene». Ni soñar pudiera Cervantes con que un ser racional hubiera de prostituir la palabra *amor*, reservando este nombre sagrado para

el apetito brutal que—según ha escrito un moderno publicista—no pasa de la epidermis del objeto amado; diciendo que se tiene amor á un ser espiritual, nacido para el cielo, cuando se le mira con los mismos ojos con que puede contemplarse un perro hermoso ó un caballo de buena raza. Por eso Don Quijote, que—como hemos visto—ni vive para sí, ni aun sabe cuidarse de su persona, que constantemente se encuentra sufriendo y trabajando para los demás, que no tiene aliento sino es para extirpar la maldad y para deshacer los encantadores y gigantes—opresores egoístas de endebles y desvalidos—; ama pura é idealmente, sin sombra de sensualidad, con sueños castísimos y respetos que rayan en la exageración, á una criatura imaginaria, cuya posesión antes le infunde temores que esperanzas. Siempre dueño de sí mismo, galante por naturaleza, comedido por temperamento, enamorado por sistema, siempre va precedido de sus obligados heraldos, la verdad y la sencillez, viendo huir y deshacerse ante el paso monótono de Rocinante toda niebla de afectación y fingimiento.

La constancia de su pasión es tan notable, que—cual roca de granito—jamás se deja abrir brecha por el oleaje y vaivén de próspera ó adversa fortuna, y si al vencer al Caballero de los Espejos *le puso la punta desnuda* (de la espada) *encima del rostro y le dijo:* Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; con la misma entereza, al verse tendido á los pies de Blanca Luna, exclamó con sublime heroísmo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra; aprieta, aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

Si, según la teoría de Platón—el alma es semejante á un carro alado, del cual tiran en dirección opuesta dos caballos, uno alto, bien dispuesto de miembros—que es codicioso del honor, dócil á la razón y al dictamen prudente; otro torcido, obscuro y mal dispuesto, súbdito de la petulancia, que apenas obedece al látigo y á la espuela, el primero, el que contenido por la templanza reprime su furia y da tiempo á que el auriga medite y traiga á la memoria la naturaleza de la hermosura, es, sin duda, el emblema del amor expuesto en el QUIJOTE; el segundo, el que al presenciar un objeto hermoso quiere arrojarse á él para disfrutarle, aquejado por el deseo bestial, el que hace rodar el carro alado y bregando de sudor se revuelca en el fango, es el símbolo del amor maldito que nos pintan Zola y sus secuaces en España.

No importa que tan rica y fecunda variedad de aventuras os regalen en EL INGENIOSO HIDALGO; en este punto, Cervantes escribe lo que sabe y siente; y si los amores de Grisóstomo son tan honestos como desinteresados hasta que muere de amor por Marcela, Zoraida deja las comodidades de su casa por acompañar al cautivo cristiano que será su esposo, sin las riquezas que dejó por el amor y en medio de los trabajos que abraza por seguir los destellos de la verdad; si Cardenio va contando á los solitarios riscos las penas de sus honrados deseos, mal correspondidos por la hermosa Luscinda, Dorotea llora en los bosques y despoblados su loca pasión, rendida no por codicia del medro, sino por los afectos arrebatados de Fernando; y si en las bodas de Camacho desprecia la bellísima Quiteria el pomposo aparato de un corazón egoísta y metalizado, por la pobreza del enamorado Basilio, Don Quijote mira con desdén requiebros y promesas de Altisidoras y en su imaginación excelsa infantas por el amor puro y constante de la señora de sus pensamientos, siquiera se la presenten aechando trigo y recibiendo con indiferencia la famosa carta que «*ferido de punta de ausencia y llegado de las telas del corazón*» le escribió en Sierra Morena.

No es de extrañar, señores, que haya muchos espíritus versátiles á quienes no agrade el Quijote; justamente los mismos que no admiten más letras... que... las de cambio, ó no encuentran pasto agradable para su viciada fantasía sino en las obscenidades del género ínfimo que envenena nuestro teatro y corrompe con libros saturados de lubricidad nuestra juventud; lo que maravilla, lo que exaspera, lo que indigna es el oir las alabanzas prodigadas al Paladín del Arte literario por esos mismos materialistas sectarios y solapados impíos.

Si de la tumba del inmortal Cervantes pudiera elevarse en este centenario el espíritu varonil del incomparable escritor, yo veo la mirada de fuego que había de clavar en esa turba de secuaces del naturalismo hoy en boga; yo oigo ya los acentos vibrantes de su palabra majestuosa: «callad, callad—les diría—, no elogiéis una obra que rebajáis con vuestros encomios; huid, profanos, y dejadme reposar en mi sepulcro sin acordaros siquiera de mi nombre; que al empeñaros en celebrar mi QUIJOTE, arrastrados por la rutina, cada alabanza vuestra es una ofensa, cada palabra un baldón, cada estatua por vuestra mano levantada una horrible y denigrante calumnia.

La belleza femenina en las obras de Cervantes.

Discurso de D. Armando Cotarelo.

(FRAGMENTO)

Henos aquí en el centro mismo de nuestro tema. Si para Cervantes la más perfecta hermosura natural es la de la mujer hermosa (teoría, ciertamente, nada extraordinaria), bueno será investigar en sus obras cuáles han de ser las partes de esta belleza y cómo se han de trabar entre sí para que su ideal logre subir á la cumbre y meta.

D. Armando Cotarelo

Aunque todos los hombres y todos los tiempos afirman con Bretón de los Herreros que la mujer

es el animal más lindo
que Dios crió en este mundo (1),

no logran, empero, convenirse acerca del modelo ó norma de esta hermosura. «Desde la Venus griega hasta la etiópica hay una escala tal de bellezas, de todas las castas y colores, que no es para puntualizada, y como la costumbre es la educación de los sentidos, en vano querríamos que un chino ó un esquimal juzgase cifra y suma de la hermosura la misma mujer que un europeo civilizado» (2).

Si á los poetas y otros escritores acudimos para inquirir lo que en tiempos de Cervantes se opinaba respecto de este particular, sacaremos en limpio que el color rubio de los cabellos alcanzaba gran privanza. En las descripciones y pinturas que profusamente hacen de sus damas, reales ó ficticias, hállase derrochado el oro á manos llenas, y de ordinario las vemos competir con el sol en bizarría y esplendor de sus abundantes, sueltas ó trenzadas crenchas. Rubias eran las heroínas de los poemas, entonces más corrientes. Angélica, dechado de hermosura, tenía

de la color del día sus cabellos,
del alba y de la luz las cejas bellas (3);

la hija del conde de Barcelona, que causa terrible tentación al austero Guarín, era también rubia, pues que dice el poeta:

ya las madejas de oro le tocaba,
temblándole las manos temerosas (1).

Y á ese tenor podrían citarse millares de pasajes en comedias, novelas, romances, sonetos y letrillas, probando que los cabellos rubios eran indispensables en la mujer que quisiera pasar plaza de hermosura. Por ahí iba, al parecer, la moda.

Cervantes hubo de seguirla, máxime cuando él mismo fué rubio, si no miente el auto-retrato del prólogo de las *Novelas ejemplares*, y rubia también aquella misteriosa *Filena*, según unos (2), ó bien, según otros, doña Catalina de Salazar, siempre que, como parece, alguna de estas señoras se halle retratada bajo el pastoril disfraz de Galatea, en la novela del mismo nombre. «Por la cumbre de la cuesta—léese allí—se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego, tras ellas, Galatea, cuya hermosura era tanta, que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venía vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecía tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera; más lo que salía de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba» (3). Y más adelante, en el alternado canto de los pastores Erastro y Elicio, se hallan estos versos, á mi parecer no despreciables y acerca del mismo asunto:

Blanda, suave, reposadamente,
ingrato amor, me sujetaste el día
que los cabellos de oro y bella frente
miré del sol que al sol obscurecía:
tu sosiego cruel, cual de serpiente,
en las rubias madejas se escondía,
yo por mirar al sol en los manojos
todo vine á beberle por los ojos.

. . . . . .

Dos hermosas manzanas coloradas,
que tales me semejan dos mejillas,
y el arco de dos cejas levantadas;
que el de Iris no llegó á sus maravillas,
dos rayos, dos hileras extremadas

(1) *¿Quién es ella?*
(2) Monreal, «La gala de la hermosura», artículo en *La Ilustración Española y Americana*, año 1879, núm. XXIX.
(3) *El Bernardo*, lib. XIV.

(1) Virués, *El Monserrate*, canto II.
(2) *La Galatea*, lib. I.
(3) Asensio, *Filena (Cervantes y sus obras)*, Barcelona, 1902; 4.º

de perlas entre grana, si hay decillas,
mil gracias que no tienen par ni cuento
niebla me han hecho al amoroso viento.
. . . . . .
Yo te prometo, Elicio, que le diera
todo cuanto en la vida me ha quedado
á Galatea, porque me volviera
el alma y corazón que me ha robado:
y después del ganado le añadiera
mi perro Gavilán con el Manchado;
pero como ella debe de ser diosa,
el alma querrá más que no otra cosa (1).

Y no á humo de pajas se pone aquí este recuerdo de la hermosura de Galatea, puesto que si ella representa la amada de Cervantes, no será mucho que la presencia ó el recuerdo de su belleza influyera en la creación de los tipos literarios de su amante; porque en la obra artística hay mucho de subjetivo, que los artistas dejan grande é inconscientemente revelarse las impresiones personales en los productos de su ingenio. Amén que de tan dulces memorias nunca el hombre logra desprenderse por entero, antes las conserva como algo halagüeño y querido que le acompaña siempre en su paso por este mundo, recordándole días alegres y dichosos, tanto más dichosos cuanto más lejanos.

A pesar de lo que nuestro Manco dijo por boca de Apolo (2) y del licenciado Vidriera en burla de los poetas, cayó en el mismo defecto que censuraba, acudiendo también á la *platería de los cultos*, como decía Quevedo, donde entre otras cosas se hallaban trenzas de oro para cabellos y manos de marfil para garras (3). Prodiga abusivamente el oro y la plata, las perlas y los corales, el cristal y el nácar, el mármol y el alabastro, y demás inagotables tesoros con que los poetas del tiempo formaban mujeres de taracea y orfebrería y que hicieron exclamar á un escritor de entonces:

Hermosuras perfectas,
mirad lo que debéis á los poetas (4).

Véase una muestra:

Tomó del sol los cabellos,
del sesgo cielo la frente,
la luz de los ojos bellos
de la estrella más luciente,
que ya no luce ante ellos:
como quien puede y se atreve
á la grana y á la nieve
robó sus colores bellas,
que lo más perfecto dellas
á sus mejillas se debe.

(1) *La Galatea*, lib. I.
(2) *Adjunta al Parnaso.*
(3) *Libro de todas las cosas y otras muchas más.*
(4) D. Agustín de Salazar y Torre, *Silva.*

De marfil y de coral
formó los dientes y labios,
do sale rico caudal
de agudos dichos y sabios,
y armonía celestial:
de duro mármol ha hecho
el blanco y hermoso pecho,
y de tal obra ha quedado
tanto el suelo mejorado
como el cielo satisfecho (1).

Las heroínas de Cervantes son, pues, todas rubias, Galatea, Caliope, Silveria, Nísida, Dulcinea, Dorotea, Quiteria, Altisidora, las doncellas de las redes, la Gitanilla, Leonisa, Leocadia, Constanza, Auristela, Leonora, etc., y aun de aquellas que por su raza no sería natural que lo fuesen, como Zoraida, Ana Félix, Halima y otras, no se declara el color de su cabellera. Todas la poseen rubia como el oro y brillante como el sol, salvo la Ilustre fregona, y Leocadia, cuyos cabellos «salían de castaño y tocaban en rubio» (2).

* * *

Gran importancia en el rostro hermoso concede Cervantes á los ojos; y en verdad que se halla plenamente justificada, pues ya que ellos no sean el espejo del alma, constituyen sí el sentido más maravilloso y la principal ventana por donde el espíritu se asoma y contempla el mundo exterior. Organo donde parece residir más manifiesta la vida si no es la muestra principal de ella, cuya mudable expresión envuelve mucho de espiritual y del que ciertamente penden la luz y la animación de la fisonomía. Véase el principio de un soneto quizás escrito y dirigido por el príncipe de nuestros ingenios á doña Catalina de Salazar en la época de sus obsequios y finezas de enamorado:

Ante la luz de amor, serenos ojos
que al sol dan luz con que da luz al suelo,
mi alma así se enciende, que recelo
que presto tendrás, muerte, sus despojos (3)

ó bien esta especie de madrigal característico:

Vea yo los ojos bellos
deste sol que estoy mirando,
y si se van apartando,
váyase el alma tras ellos:
sin ellos no hay claridad
ni mi alma no la espere;
que ausente de ellos no quiere
luz, salud, ni libertad.
Mire quien puede estos ojos,
que no es posible alaballos,

(1) *La Galatea*, lib. II.
(2) *La Fuerza de la sangre.*
(3) *La Galatea*, lib. II.

mas ha de dar por mirallos
de la vida los despojos:
yo los veo y yo los vi,
y cada vez que los veo
les doy un nuevo deseo
tras el alma que les di.
. . . . . .
En esta vista reposa
mi alma, y halla sosiego,
y vive en el vivo fuego
de su luz pura y hermosa:
y hace amor tan alta prueba
con ella, que en esta llama
á dulce vida la llama
y cual fénix la renueva (1).

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
que serenaban la tormenta mía,
ojos, vida de aquél que pudo vellos,
si de allí no pasó la fantasía;
que verlos y pensar de merecellos
es loco atrevimiento y demasía;
yo los vi, desdichado y no los veo,
y mátame de verlos el deseo (2).

O bien aquella no despreciable canción de la cual entresaco el siguiente fragmento, en gracia de su belleza.

Tus ojos son de cuya luz serena
me viene la que al cielo me encamina.
Luz de cualquiera obscuridad ajena,
segura muestra de la luz divina:
por ella el fuego, el yugo y la cadena,
que me consume, carga y desatina,
es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
al alma y vida que te ha dado el alma.
Divinos ojos, bien del alma mía,
término y fin de todo mi deseo,
ojos que serenáis el turbio día,
ojos por quien yo veo, si algo veo:
en vuestra luz mi pena y mi alegría
ha puesto amor; en vos contemplo y leo
la dulce amarga verdadera historia
del cierto infierno de mi incierta gloria (3).

Siempre han tenido admiradores los ojos negros; también los cuentan los azules, y entre unos y otros andan comúnmente partidas las opiniones; pero en los días de Cervantes el gusto tomó otro rumbo y lograron gran aplauso y boga, ¡quién lo pensara! los *ojos verdes;* bien que ya el autor de la *Celestina* imaginó á la hermosa Melibea con ojos de este color. Andando el tiempo vemos que casi todos los escritores coetáneos del QUIJOTE pintaron á sus protagonistas dotadas de ojos verdes y, sin duda, respondían con esto á la opinión general.

(1) *La Galatea*, lib. III.
(2) *La Galatea*, lib. III.
(3) *La Galatea*, lib. IV.

La moda no decayó nunca por entero y así la vemos casi en nuestros días, resucitada por Gustavo Adolfo Bécquer en su hermosa leyenda *Los ojos verdes*, y en aquella canción panegírica del color verde (1):

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar, te quejas:
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva
y verdes son las pupilas
de las huríes del profeta.

Vicente Espinel, en su famosa novela *El Escudero Marcos de Obregón*, manifiesta especial cariño por los ojos verdosos, presentando dos mujeres bellas que así los tenían (2). El valenciano Artemidoro, describiendo en un soneto á la Virgen Madre de Dios, dechado de todas las perfecciones, decía que tenía

los *ojos verdes* de color de oliva.

Balbuena, obispo de Puerto Rico, en su ya citado poema *El Bernardo*, celebrando á la encantadora Arleta, escribe que eran

verdes sus ojos, y sus luces bellas
mil soles, que son pocas mil estrellas (3).

Góngora, el cordobés, un tiempo lucero de la poesía y luego enturbiador de su limpieza, dice de una zagala:

Era Tisbe una pintura
hecha en lámina de plata,
un brinco de oro y cristal
un rubí y *dos esmeraldas.*

El entusiasta cantor de Filida, belleza no fingida sino real, Luis Gálvez de Montalvo, amigo personal de Cervantes y encomiador de *La Galatea*, cuenta de su heroína

Filida, tus ojos bellos
. . . . . .
son *ojos verdes* rasgados,
en el revolver suaves,
apacibles sobre graves,
mañosos y descuidados.

En *La Villana de Vallecas* (4), obra de aquel satírico fraile de la Merced que se encubrió bajo el seudónimo de Tirso de Molina, habla Don Juan de Violante:

(1) *Rimas*, rima XII.
(2) «Salieron á recibirle su mujer y una hija, muy española en el talle y garbo, blanca y *rubia* con bellos ojos *verdes*.» (Relación II, descanso VIII y Relación III, descanso VII.)
(3) Libro VII. Esta hipérbole hizo salir de quicio á D. José Gómez Hermosilla.
(4) Acto II, escena VIII.

¿Hay soles que comparar
á las niñas de los ojos,
que salen quitando enojos,
vestidos de *verde mar?*

No fué tampoco desdeñoso para estos encantos naturales el Monstruo de la Naturaleza, el fecundísimo Lope de Vega, genio el más pujante y creador de nuestras letras. Cantólos diversas veces como en aquel villancico que dice:

Madre, unos ojuelos vi,
verdes, alegres y bellos;
¡ay que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí! (1);

ó en el romance pastoril:

Traen del baile á tu choza
mil almas tus *ojos verdes*,
y no los riño celoso;
¡Dios sabe si culpa tienen (2);

cuando lloró sentidamente

Ya cubre poca tierra
la divina Amarilis,
honor y gloria vuestra:
aquella cuyos *ojos*
verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
orfeos de almas eran (3)

y cuando hace exclamar á Octavio en la comedia *El desdén agradecido* (4):

¿Qué piensas, Mendo, que son
aquellas negras pestañas?
Lanzas que guardan las niñas
que en *dos camas de esmeraldas*
están durmiendo; que, como
son reinas, duermen con guarda.

D. Fernando de Zárate afirmaba que

... tus *verdinegros*
ojuelos son, si los pules,
grave honor de los azules
dulce afrenta de los negros (5);

y el príncipe Don Carlos, hermano de Felipe IV, también á las vegadas amigo de las musas, entendía, que todos los ojos causaban graves daños,

sólo en *lo verde* el mal no es tan extraño,
porque si causa el daño su hermosura,
por eso da el remedio para el daño (6).

Hasta los poetas anónimos echaron también en esto su cuarto á espadas.

La morena graciosa
de *ojuelos verdes*
á quien mata de amores
cautiva y prende

es una copla popular, y aún en los romances del siglo XVI se notan indicios del mismo gusto.

Finalmente, los ojos verdes eran generalmente reputados por los más bellos, así en las mujeres rubias como en las morenas; bajo los blandos cabellos y entre las negras pestañas. ¡Júzguese el entusiasmo con que el autor del QUIJOTE seguiría esta corriente de la moda, puesto que sabemos cómo profesaba extraordinario y particular aprecio por el color verde (1).

En *La Galatea*, la hermosa Silveria, esposa prometida del venturoso Daranio, tenía *verdes ojos* (2). Elogiando la Corregidora á Preciosa, exclama: «¡Este sí que se puede decir cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeraldas! (3).» Parecidos encomios hace la redomada Marialonso, en otra novela cervantina, al desmenuzar en prolijo examen las facciones de Loaysa, ó si se quiere Alonso Alvarez de Soria: «¡Ay, qué ojos tan grandes y tan rasgados! Y por el siglo de mi madre, que *son verdes*, que no parece sino que son de esmeraldas!» (4) ¿Qué más? Dulcinea del Toboso, la dama ideal y bellísima, espejo y flor de toda hermosura, poseía también *ojos verdes*, á lo que colegía su enamorado caballero, contendiendo con el redomado Sancho: «Si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de *verdes esmeraldas*, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas» (5). Y cuenta que Don Quijote no había visto cuatro veces á Aldonza Lorenzo.

Sin embargo, el mordaz Quevedo satirizó esta moda, calificando de *pájaras* á las damas así adornadas: «Ojos *verdes* y azules, parecen pájaras y no mujeres» (6).

Ojos que matan, sin duda
serán negros como endrinas,
que los azules y *verdes*
huelen á pájara pinta (7).

La posteridad confirmó el voto del señor de la Torre de Juan Abad, y, á mi humilde parecer, hizo bien.

(1) *La Dorotea*, acto II, escena V.
(2) *La Dorotea*, acto I, escena V.
(3) *La Dorotea*, acto III, escena I.
(4) *La Dorotea*, acto I, escena XII
(5) *El valiente Campuzano*, jornada III.
(6) Soneto incluído por Montalván en su *Para todos*.

(1) Véase el curioso artículo del Doctor Thebussem, *Carta al Sr. Hartzenbusch* (*Museo Universal*, 1869, números del 4 al 11 de Julio).
(2) *La Galatea*, lib. II.
(3) *La Gitanilla de Madrid*.
(4) *El Celoso extremeño*.
(5) *Don Quijote*, parte primera, cap. XXV.
(6) *Libro de todas las cosas*.
(7) Romance *El Basilisco*.

Cierto poeta anónimo posterior dijo, en zumba de los tales ojos:

Con la luz de tus ojos
á todos pierdes;
salvo que lloran,
salvo ser bizcos,
salvo ser *verdes*.

Cervantes, pues, sigue en esto de la belleza externa de la mujer las ideas dominantes en su tiempo, y en general sus creaciones femeninas presentan el recibido tipo de los cabellos de oro, la frente de nácar, las mejillas de rosas, los labios de corales, los dientes de perlas, el cuello de alabastro, y demás enciclopédica mezcolanza de ricos materiales demandados á los tres reinos de la madre Naturaleza.

FERROL

El Ateneo ferrolano, que preside el excelentísimo Sr. D. Andrés Avelino Comerma, celebró con una velada, en la que tomaron parte el ya citado Sr. Comerma, D. Alfredo de la Iglesia, D. Emiliano Balás, D. Aurelio Ribalta, D. Federico Landrove y D. Rodrigo Sanz, el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El acto resultó solemnísimo, siendo muy aplaudidas todas las ilustres personalidades que en él tomaron parte.

He aquí ahora un fragmento del discurso del señor la Iglesia.

Personalidad de España por el Quijote.

Es dicho proverbial, caído ya en la categoría de lo vulgar, que el sol no se ponía para los dominios españoles cuando se escribió el QUIJOTE, que el globo terráqueo presentaba al astro rey en todos los momentos de su rotación la bandera española flotando soberana en los más apartados países y en las más remotas zonas. Escrito el libro inmortal tampoco se pondrá ya el sol para los dominios del alma española; no habrá ya una hora de la existencia del mundo en que el sol no alumbre la lectura de una página, una cita, un pensamiento de esta obra sublime, suma y compendio de cuanto la humana naturaleza encierra: del alma cerniéndose en las irisadas nubes del ideal, del cuerpo sufriendo los helados desencantos de las amargas realidades.

D. Alfredo de la Iglesia, Presidente de la sección de Literatura del Ateneo Ferrolano.

Han pasado como las imágenes de un sueño todas aquellas grandezas del cesarismo español; ya no tenemos ni las tierras que poseíamos el último día de la reconquista: nuestros héroes no existen ya más que en el romancero, sus glorias quedan sólo en la memoria de los pocos que no las hemos olvidado.

Pero el héroe que un día, como Minerva del cerebro de Júpiter, brotó armado del incomensurable genio de Cervantes; aquel héroe manchego conquistó para España una ínsula que tiene por límites los polos, por frontera el ecuador, y por vasallos todos los corazones y todos los cerebros del mundo intelectual. Al ímpetu de aquella lanza impulsada por la más grande alma que animó cuerpo humano, rindióse ante España, su adorada Dulcinea, el dominio de todas las almas elevadas, el imperio de los espíritus pensadores, que jamás se perderá; porque los latidos del corazón español y los destellos del alma española han repercutido y centelleado ya en el seno de la Humanidad.

Por esto desde el fondo de las almas debe brotar hoy á los labios el religioso convencimiento de que Cervantes creando su INGENIOSO HIDALGO dió más imperio á España, más personalidad en el concierto de la humanidad pensante, más gloria imperecedera, que cuantos héroes y conquistadores, filósofos, inventores y literatos hayan existido, existen, ni acaso puedan existir jamás en nuestra patria.

La personalidad de una nación en la familia de las naciones no estriba, no, en sus hazañas de conquista, ni en la muchedumbre de sus ejércitos, ni en el valor de sus guerreros, ni en el poder de sus flotas, ni aun—como se quiere en los novísimos tiempos—en la actividad de su industria y la expansión de su comercio; estas cosas todas daránle acaso un estado de superioridad en un momento de la Historia; pero la personalidad antonomásica que da perpetuidad á un pueblo, haciendo que al través de las edades su espíritu se mantenga inmortal flotando en el ambiente de la humanidad, y su recuerdo se evoque, y sus grandezas se admiren, y sus héroes se enaltezcan y sus glorias se imiten; esa personalidad sólo se alcanza cuando lo durable y permanente de tal raza, lo invariable é imperecedero que tras de sí ha dejado, es á la vez lo durable y permanente de la Humanidad entera, lo que ésta no puede repudiar á no repudiar también su naturaleza.

Excmo. Sr D. Andrés A. Comerma, Presidente del Ateneo Ferrolano.

Si esas grandezas, que podemos llamar dinámicas y que no son más que uno de los aspectos humanos, fuesen las que más gloriosa huella dejasen en la memoria de la Humanidad, los ejemplos de los grandes imperios de la antigüedad inspirarían hoy á todos los pueblos modernos, que orientarían sus tendencias todas á los medios por que alcanzaron su poderío la India y la China, Roma y Cartago, Nínive y Babilonia.

Pero de aquella civilización india que se engendra entre las formidables luchas cantadas por el Ramayana y el Mahabarata, de todas aquellas epopeyas, á las que llama un genial escritor contemporáneo *incomensurables Iliadas*; de aquellas fabulosas riquezas, cuyo peso abrumador apenas concebimos al considerar los montones de templos que trepan á las cumbres del Himalaya... quedan tan sólo miserables tribus que esconden sus tristes apariencias mayestáticas en los repliegues de la sagrada cordillera, mansión un día de sus dioses grandes como continentes, que jugando vertían el Océano en su copa para extraerle la ambrosía.

Y aquel enorme imperio que con su peso abrumaba el mundo entonces conocido, cayó para no levantarse jamás: y sólo quedan de él, arraigados en lo más profundo de las modernas sociedades, los principios religiosos que, engendrados en la virginidad ansiosa de aquellos primitivos pueblos, informan todavía en nuestros tiempos la moderna Teosofía, nueva piedra filosofal que tal vez convierta en el oro de la verdad las diversas alquimias de las ficciones míticas.

Y de los montones de *Iliadas*, que en miriadas de versos constituyen los sagrados poemas de los libros védicos, queda tan sólo el estudio solitario que en algún rincón del mundo realiza el filólogo, rebuscando en las entrañas del sagrado idioma el germen de la Humanidad latiendo en sus primeros vagidos; porque la Humanidad buscará eternamente la interpretación de la incomprensible fuerza única y la expresión de sus anhelos en el tiempo.

Religión y lenguaje: he ahí lo durable, lo imperecedero del Oriente; porque esto es y fué lo humano.

Y de Grecia quedó el arte, y de Roma, el derecho, porque ambos son anhelos eternos del espíritu; mas nada queda de Persia, porque su espíritu agobiado por el zoroastrismo y el ocultismo, si algo humano produjo, fué arrebatado por los árabes, que con mil muertes llevaron mil vidas en las puntas de sus cimitarras. Y nada queda de aquella Cartago que, rival un día del coloso del mundo, nada humano produjo en la época de su grandeza; y nada queda del Egigto, porque acaso los anhelos de su alma perecieron con aquella biblioteca que un día elevó al cielo en negras columnas de humo quizá todo el espíritu de los admirables sacerdotes faraónicos, yendo la esencia de su ser, en una especie de metempsicosis selectiva, á albergarse en las escuelas filosóficas de la pensadora Grecia.

Mas como el espíritu tiene en sus infinitos repliegues y sinuosidades algo que palpita eternamente en todos los espíritus y otro algo que es ocasional y obedece al medio ambiente; aún en lo espiritual es preciso aquilatar y separar lo que es durable de lo que es perecedero.

¿Qué queda de tantas y tantas escuelas filosóficas cuyo número abruma, cuyo solo catálogo llena volúmenes, cuyos principios luchan, se revuelven, se atacan, se destruyen, para renacer más tarde, bien así como las substancias en disolución dentro de cristalina redoma, suben, bajan, se precipitan y dejan por final un sedimento del que habrán de surgir las más ricas cristalizaciones? ¿Qué queda de todo aquello más que la humana serenidad socrática con su constante investigación sobre los hechos? Es que las fantasmagorías y los desvaríos de cínicos y megáricos, estoicos y epicúreos, gnósticos y neoplatónicos, habrán servido acaso de escabeles, de peldaños, de escalas, si queréis, para alcanzar el sagrado secreto que jamás hallará el espíritu humano, que, eterno Sócrates, dirá, acompañando las investigaciones de todos los filósofos: «¿Acaso sabéis de un lugar en donde no se muera?» Y flotando sobre todas las deducciones, principios é hipótesis, ó cristalizando en el fondo de todas las conciencias, queda lo humano de todas las escuelas: la aspiración á una verdad única, superior á todas las opiniones, tierra prometida, sublime, ideal, á donde la Humanidad se encamina en inacabable éxodo.

Después de la adolescencia del espíritu romano, estalla en orgía de frondosos brotes y abundosos frutos aquella *ætas áurea* engendrada en el seno de la madre Grecia, y ¿qué queda de todo lo producido y elaborado por los Cicerones y los Césares, los Virgilios y los Horacios, los Ovidios y los Sénecas? El recuerdo de muchos vicios y algunas virtudes, de muchos errores y aberraciones; y cuando, entre el lamento de sus poetas decadentes que claman: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*, se derrumba aquella gran aberración biológica que se llamó Imperio Romano, apenas deja más que unos cuantos gérmenes de literaturas venideras y de principios de Derecho, quién sabe si conculcadores de lo más hermoso que la Humanidad anhelará siempre.

Y duran aún los frescos rasgos de ingenio del epigramático español; y perdura el chasquido del latigazo de Juvenal, porque son muy humanos; mientras se hunde en el recuerdo de los hombres, á pesar de sus innumerables bellezas, la *Eneida* creada para halagar la vanidad de los Césares, flotando sobre el lago de tanto olvido la humana piedad de Eneas y el más humano desesperado dolor de la tierna Elisa.

Y de aquellos abrumadores monumentos literarios de los antiguos *Edas*, que hicieron vibrar con sus cantos los cristalinos hielos de los mares del Norte; de aquel interminable ciclo de Artús, que el genio wagneriano quiso hacer revivir en cascadas brillantes de sorprendentes armonías, queda tan sólo lo humano que simbolizaban los incontrastables arrestos de los andantes caballeros que, pensando en su Dios y en su amor, llevaban el amor y el bien en las puntas de sus lanzas y en el filo de sus montantes.

Pero cuando las avideces de no comprendidos anhelos bastardearon tan humanas creaciones, cuando las policromas tintas de lo imaginativo enturbiaron el cristalino raudal de la aspiración humana produciendo los incongruentes libros de caballería, fué preciso que naciese un genio como el de Cervantes, que, tejiendo los músculos de Amadises, Artuses y Rolandos y haciendo circular por ellos la noble sangre de Nibelungos y Caballeros de la Tabla redonda, infiltrase en tal cuerpo el alma española para engendrar la síntesis de todo lo humano de tantos gérmenes: el inmortal DON QUIJOTE.

He aquí como en el transcurso de la Historia, cuando la Humanidad vuelve los ojos para investigar con mirada escudriñadora el camino recorrido, piérdense entre la bruma de los siglos los mezquinos detalles, y sólo destácanse y permanecen incólumes las grandes síntesis de las aspiraciones humanas; y brotan á nuestra mente entre los vagos cendales de las evocaciones históricas las religiones indias, la filosofía y el arte griegos, el derecho romano, la fuerza germánica preparando la propagación del cristianismo, y éste levántase sobre las ruinas del mundo antiguo engendrando el Renacimiento, elaborador de todos los anhelos humanos.

Así, en la sucesión de los tiempos, cuando las futuras generaciones vuelvan la vista hacia lo que hoy convive con nosotros y que se habrá perdido en las lejanías del pasado, surgirá ante sus ojos, entre las nubes levantadas por el piafar de los corceles y el humo de la pólvora del actual cesarismo, carcoma que apresura la ruina de las naciones, aquella que más haya hecho por la justicia, por el amor, por la fraternidad universal, eternos ideales de la Humanidad.

CUENCA

Con grandes festejos, de índole oficial unos, y particular otros, celebró Cuenca el tercer centenario de la publicación del Quijote.

El Progreso Conquense, periódico el más popular de la provincia, publicó en número extraordinario trabajos muy notables dedicados á la mayor gloria de Cervantes.

Varias Sociedades celebraron fiestas literarias en las que se leyeron discursos y poesías por distinguidos literatos de la localidad, estudiando con raro acierto los diversos personajes del Quijote.

Por acuerdo de importantes personalidades de Cuenca se acordó dirigir un mensaje de felicitación á Mariano de Cavia por su feliz iniciativa de que España se honrase á sí misma conmemorando el tercer centenario de la publicación del libro inmortal de Cervantes.

GERONA

El Instituto general y técnico de Gerona, que dirige accidentalmente el docto catedrático y abogado D. Francisco de P. Massa, conmemoró el tercer centenario de la publicación del Quijote con una fiesta literaria á la que asistió distinguidísima concurrencia.

La fiesta tuvo lugar el día 8 de Mayo á las cuatro de la tarde. Comenzó la sesión con un discurso inaugural sobre los méritos de Cervantes como militar y como literato, pronunciado por el vicedirector y director accidental D. Francisco de P. Massa; siguiendo después otro discurso del catedrático de Latín D. Jaime Sagrera, acerca de las citas latinas del Quijote; otro sobre Psicología del Quijote, por D. Eduardo Carqué, ayudante de la clase de Psicología; una biografía de Cervantes, por el alumno del quinto año D. José María Pons; un trabajo «El Quijote y Cataluña», por el alumno D. Jaime Bassacoma; un soneto á Cervantes, por el citado señor Massa; un discurso, por D. Amado Camós, ayudante de Caligrafía, sobre el tema «Gloria á ti, insigne vate», y un discurso final por el propio señor Massa, como catedrático de Lengua y Literatura castellana acerca del tema «Finalidad del Quijote y si el *Buscapié* acierta explicarla», después del cual dió las gracias al público y terminó con ello tan solemne velada.

D. Francisco de P. Massa, Director accidental del Instituto general y técnico de Gerona.

He aquí ahora el discurso del Sr. Massa:

Cervantes como militar y como literato.

La historia de España señalará con piedra blanca el día de hoy, porque sus hijos lo han consagrado á honrar la memoria del inmortal Cervantes, genio de su literatura, festejando con lides de la inteligencia y del arte el tercer centenario de la publicación de la famosa novela enciclopédica y epopeya de la Humanidad El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

¡Magnífico espectáculo ofrece la España culta en estos momentos al celebrar dicho centenario!

Muy pocas veces ha recibido el genio una ovación más brillante y espontánea que la tributada al portentoso talento del rey de la novela y de la prosa castellana; al que con su mágica pluma despertó la admiración del mundo y puso noble envidia en el corazón de los pueblos extranjeros.

¿Mas qué podrá deciros mi humilde persona, apremiada, más que por sus méritos por el cargo que desempeña, á tener el alto honor de dirigir la palabra á tan distinguido auditorio; qué podrá deciros del esclarecido genio nacional, del príncipe de los ingenios, del primer novelista del mundo, que no sepáis mejor que yo todos vosotros?

¿Con qué palabras bosquejar siquiera su vida de soldado, de poeta y de novelista que no lo hayan expresado en magníficos períodos oradores elocuentísimos, biógrafos discretos y escritores insignes?

Dejo para otros discursos ocuparme en los fines que tuvo Cervantes al escribir su libro imperecedero, limitándome ahora solamente, por vía de preámbulo de esta fiesta literaria, á trazar á grandes pinceladas un boceto sobre los méritos del ingenio más peregrino nacido en tierra española.

¡Pobre Cervantes! Nacido en Alcalá de Henares á mediados del siglo XVI, fué su vida una larga serie de infortunios y desventuras; representación exacta del espíritu español de aquel siglo, buscó gloria y fortuna en la noble profesión de las armas, ya que por su desgracia, según nos refiere en el capítulo VI, primera parte, de su Quijote, *era más versado en desdichas que en versos.*

A los veintiún años hallábase estudiando en Madrid en la Academia del ilustrado sacerdote don Juan López de Hoyos, cuando enamorado de sus prendas personales el Legado de España monseñor Acuaviva, se lo llevó consigo á Roma en calidad de paje ó camarero; y dos ó tres años después, hacia el año 1571, se alistó voluntariamente en los tercios españoles al mando del general Marco Antonio Colonna, y bien pronto se halló y peleó bravamente en la batalla naval de Lepanto, la más gloriosa que han visto y verán los siglos, según frase de Cervantes, donde recibió tres heridas de arcabuz, dos en el pecho y una en la mano izquierda, que le valió el mote de *Manco de Lepanto.*

Tomó parte en varias campañas, como las de Navarino, Corfú y Túnez, y embarcado en Nápoles por hallarse enfermo, y navegando con rumbo á España en la galera *Sol*, fué hecho prisionero con toda la tripulación por los piratas argelinos, y reducido á la esclavitud en compañía de su hermano el alférez D. Rodrigo.

Cautivo durante cinco años en Argel y rescatado por los padres Trinitarios, de regreso á España se alistó de nuevo á las órdenes del Marqués de Santa Cruz y pasó con la armada á Lisboa, donde se preparaba una expedición á las Islas Terceras que, influídas por Francia é Inglaterra, negaban la obediencia á Felipe II.

Después de esta campaña, abandonó el servicio de las armas para consagrarse al estudio de las letras; y entonces, señores, empiezan á brotar de su fecundo cerebro, como de manantial purísimo y caudaloso, arroyos cristalinos de bellezas literarias, esparcidas en las obras de los géneros novelesco principalmente, dramático y satírico.

En el género novelesco publicó las siguientes obras: *La Galatea*, novela pastoril no despreciable y muy superior á la *Arcadia*, publicada después por Lope de Vega; las *Novelas ejemplares*, trece ó catorce obras maestras, como *Rinconete y Cortadillo, La gitanilla, El celoso extremeño, El licenciado Vidrieras, La ilustre fregona, La tía fingida, Coloquio de los perros, La española inglesa, La señora Cornelia, Las dos doncellas, La fuerza de la sangre*, etc., que si fueran de otro autor habrían bastado para darle fama universal; la novela de aventuras *Persiles y Segismunda*, de lenguaje más exquisito y correcto que el del Quijote, aunque no tan expresivo y espontáneo.

Y, por último, señores, la grandiosa novela el Don Quijote de la Mancha, cuyo libro es uno de los mejores títulos que presentamos los españoles al respeto de la humanidad entera, elevando á Cervantes á la categoría de Homero, de Platón, de Dante y de Shakespeare: libro que revela el esfuerzo supremo del ingenio humano; que ha sido y continúa siendo la admiración del mundo, la envidia de las naciones, el recreo del vulgo, la medicina de los malhumorados y más buscado y leído que *La Ilíada*, de Homero; en opinión de algunos críticos, excentuando el *Kempis, Imitación de Cristo, Modelo de ascetismo*, el Quijote ha sido el libro más leído de la república literaria de todo el orbe.

Por eso no es de admirar que en el *Jardín de la poesía*, del poeta alemán Luis Tieck, traductor del Quijote, aparezca Cervantes junto á Dante y Shakespeare *como uno de los tres maestros sagrados del arte moderno;* que Federico Schlegel, crítico é historiador alemán, dijera que la prosa de Cervantes *era la única moderna que podía colocarse al lado de las de Tácito, Demóstenes y Platón;* que su hermano Augusto Guillermo Schlegel juzgara que el Quijote *era la obra más completa del más ele-*

vado arte romántico; y que el famoso cuentista Hoffmann, también germánico, calificara al DON QUIJOTE de *Novela de las novelas.*

***

En el género dramático, aunque no pueda compararse Cervantes con Lope de Vega, que se alzó con la monarquía dramática de su tiempo, escribió, no obstante, de 30 á 40 piezas dramáticas, entre comedias, entremeses y una tragedia, *La Numancia*, reputada por algunos críticos como la mejor tragedia española, donde hay obras de todos los géneros y asuntos tan variados como originales, que más tarde Lope de Vega y Calderón de la Barca habían de llevar á la perfección.

Y en el género satírico dió á luz el *Viaje al Parnaso*, imitación del *Viaggio in Parnaso*, del poeta italiano Caporali, poema en hermosos tercetos, en que Cervantes habla de sí mismo y de los demás poetas contemporáneos, empleando una sátira muy templada.

Tales son, á grandes rasgos, las principales producciones literarias de nuestro biografiado, destacando como las mejores el QUIJOTE y las *Novelas ejemplares.*

Y cuenta, señores, que Cervantes tuvo que escribir á fines del siglo XVI, edad de oro de nuestra literatura, en que se desarrolla vertiginosamente la grandeza española, y tuvo que eclipsar con su pluma á los Juan de Mena, Marqués de Santillana, Fernán Pérez de Guzmán y otros poetas del siglo XV, y á los Antonio de Nebrija, Garcilaso de la Vega, Fernando de Herrera, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Mariana, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León y tantos otros poetas, historiadores, filósofos, moralistas y ascetas que, como estrellas de primera magnitud, brillaron en el firmamento literario del siglo XVI, en que la España docta llega á su mejor apogeo, artística asombra al mundo y guerrera parece que no encuentra más tierras que conquistar ni más mares que descubrir.

***

A pesar de tantas grandezas literarias, Cervantes las eclipsó todas; y cerró con preciosa llave de brillantes el primer siglo de oro de nuestra literatura; y fué el genio que, con la antorcha encendida de su poderosa imaginación, difundió la vivísima luz de la suprema hermosura y la fuerza creadora del arte, alumbrando á toda la Humanidad, que atónita le abre paso, queda deslumbrada y prorrumpe en un concierto general de elogios del QUIJOTE, que aun hoy día resuenan gratamente en nuestros oídos.

¡Sombra de Cervantes! Tú, que con las alas del genio encumbraste á nuestra nación á la cúspide de la gloria literaria del mundo, ruégote que desde las mansiones celestiales, donde piadosamente juzgando moras, recabes del Omnipotente que nuestra madre patria vuelva á ser alumbrada con el sol esplendente del siglo XVI, en que viviste, y que recobre entre las naciones, como entonces, la hegemonía política, militar y literaria.

***

En el Casino de Unión Republicana, de Gerona, se celebró también una velada en honor de Cervantes, leyendo un ingenioso discurso con el tema de *Visionarios*, el distinguido periodista D. Román Jori.

GRANADA

La ilustre Universidad de Granada que dirige el sabio rector D. Eduardo García Solá, celebró con una fiesta académica el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El solemne acto se celebró el 8 de Mayo, con asistencia de numeroso público, presidido por el Sr. García Solá, al que acompañaban en el estrado el gobernador interino Sr. Blin, el alcalde Sr. Amor y Rico y los decanos de las Facultades.

En el centro de la mesa presidencial habíase colocado un hermoso busto de Cervantes, que reproducimos á continuación, obra del notable escultor granadino D. Pablo Loyzaga.

Declarada abierta la sesión, el Sr. García Solá pronunció el siguiente elocuente discurso:

«Propicia como siempre al enaltecimiento de las glorias patrias, la Universidad de Granada se asocia en el día de hoy, con la mayor efusión, al justo homenaje que la nación entera rinde al genio soberano de D. Miguel de Cervantes Saavedra, con motivo del tercer centenario de la aparición de su obra inmortal. Y este tributo de admiración ha de ser, por nuestra parte, tanto más entusiasta y sentido cuanto que se trata de sublimar una gloria literaria, cuyos destellos alborearon el apogeo de nuestro siglo de oro, en el que la difusión de la cultura sólo fué continuada después por los centros universitarios.

Excmo. Sr. D. Eduardo García Solá, Rector de la Universidad de Granada.

Es, en efecto, de notar que el caso de nuestro material poderío, iniciado al principiar el siglo XVII, coincidió con el pujante vuelo alcanzado por la ilustración nacional, singularmente revelada en nuestra copiosa, original y admirable literatura. No sólo como fecundo laborador de ésta, sino como potente ingenio que á todos avasallara, se destaca el incomparable autor del Hidalgo manchego, cuyo libro peregrino, único en su género, ni tuvo precedentes ni mucho menos imitadores bastante osados para profanar la pluma que, al terminarlo, dejó Cide Hamete colgada en las alturas donde sólo se ciernen las águilas.

Inteligencia muy clarividente, y espíritu cultivado en la apreciación y el gusto literarios, exteriorizará bien pronto, con la competente idoneidad de que carezco, la exuberancia de bellezas que atesora ese supremo esfuerzo del genio colosal de Cervantes, debiendo limitarme á exponer brevísimamente la personal impresión de lo que más me admira en este prodigio del arte humano.

Busto de Cervantes.
(Escultura de D. Pedro Loyzago.)

Ya es mucho sostener sin decaimientos en toda la extensión de la obra, y con solos dos personajes, esa sátira fina, culta y chispeante, que se desborda en todas las páginas del QUIJOTE; pero ello resulta todavía más admirable considerando que es una crítica sin hiel y sin atacar las costumbres, la religión y las leyes la que, con tanto donaire, pone en ridículo á los libros de caballería, pues si lo primero demuestra la frescura y grandeza del ingenio de Cervantes, lo segundo patentiza su rectitud moral y la bondad de su corazón. De ambas envidiables cualidades resultó ese libro singular, que deleita sin dejo alguno de amargura, y que no obstante su carácter burlesco, exagerado por Voltaire cuando afirmó que «*España sólo había producido un buen libro que ponía en ridículo á todos los demás*», nunca desciende á las livianas chocarrerías que empañaron el mérito de algunas producciones de esta clase. Bajo tal aspecto, entre otros varios, el QUIJOTE supera en mucho al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, y al *Lazarillo de Tormes* de Hurtado de Mendoza, así como á todos los poemas satíricos y burlescos en que tan exuberante se muestra la literatura italiana de fines del siglo XVI, pues el mejor de sus autores, Berni, decae con frecuencia pintando repugnantes groserías que contrastan con el aticismo siempre culto de Cervantes.

Pero con ser tan valiosas las cualidades anteriores, percibimos en el QUIJOTE otra preciadísima que sublima todavía más sus excelencias, haciéndole rebasar la simple condición de poema satírico ó burlesco. Nos referimos á la acción eminentemente humana que simboliza, lo que le da ese carácter de perdurable actualidad, en el que Cervantes sólo comparte la gloria con Homero en la antigüedad y con su contemporáneo Shakespeare en los tiempos modernos. *La Jerusalén libertada, La Enriada, La Divina comedia,* y tantos otros poemas de primer orden, expresan un interés religioso, patriótico ó político, y si en la última pintó Dante al hombre, lo describe, sin embargo, alejado de la realidad y perdido en los arcanos del infinito. Por el contrario, en *La Iliada,* en *Macbeth* y en DON QUIJOTE, aparece sólo el hombre en la vida real, ya con sus heroicidades, si bien ayudadas por los Dioses, ya en el conflicto de sus efluvios pasionales, ó bien con la doble verosimilitud de una monomanía descrita magistralmente, y en abierto contraste con el tipo, no menos humano y corriente, del buen sentido natural hermanado con el egoismo y la incultura. En esta condición realista del QUIJOTE advertimos un detalle que no hemos visto registrado por sus numerosos comentadores, y que demuestra la perspicacia de su autor en el conocimiento de las flaquezas humamas: Sancho consideraba loco á su Señor en todo menos en la posibilidad de donarle una ínsula para su gobierno; siendo esto la eterna credulidad del hombre para cuanto le conviene, por mucha duda que debiera inspirarle la versatilidad ó impotencia del oferente.

Al carácter eminentemente humano del QUIJOTE se debe su nunca decaído interés, explicándonos por esta circunstancia el esfuerzo de atención que exige y aun el cansancio que suscita la lectura de las demás obras españolas de su época, en todas las cuales advertimos ó el culteranismo que á poco exageró Góngora, ó el conceptuoso estilo del que abusaron hasta Lope y Calderón, adoleciendo todas de un arcaísmo que contrasta con la eterna actualidad y el permenente atractivo de la obra de Cervantes, cuya acción, como sacada del corazón humano, subsiste siempre é interesa por igual á todos los hombres de todos los tiempos y países. Y es que, como dice Díaz de Benjumea, el lector ve en las aventuras de Don Quijote las aventuras y extravíos del alma humana, en sus deseos los deseos del hombre sobre la tierra, y en sus caídas y desmayos los desengaños de nuestro corazón y las caídas de nuestras ilusiones; por todo lo cual se explica que desde su aparición hasta el día de hoy esta obra singular impere en todas las inteligencias, salvando el interés que despierta todas las fronteras, ya que su carácter esencialmente humano la hace por igual comprensible y sugestiva para el hombre de todos los países.

A la precedente condición fundamental, agregaremos ese inimitable estilo del QUIJOTE, tan llano sin bajeza, natural sin vulgaridades, fiel reflejo del lenguaje popular, y tan inteligible, ameno y atractivo hoy como lo fué para el hombre del siglo XVII y como lo será para las generaciones venideras. Sazonada, por último, esta hermosa producción con la inagotable inventiva y con la gracia desbordante del siempre fecundo ingenio de Cervantes, tan insuperable en lo jocoso como lo fué Homero en lo sublime, no es de extrañar que, con estos valiosos elementos, resultase la obra magistral que admiran todos los países y que con razón tanta celebra España en este día.

Apena el ánimo considerar que hombre de tal valía, verdadera honra de su patria, á la que defendió con su sangre é ilustró con sus talentos, arrastrase una vida miserable sembrada de privaciones y quebrantos. En efecto, lejos de encontrar en sus contemporáneos el aplauso que su genio merecía, sólo halló, á vueltas de algún elogio tan tibio como los de Lope y los Argensolas, las violentas diatribas de Villegas, Suárez de Figueroa, Góngora y Torres Ramilla, sin contar el difamatorio libelo en que derramó cuanta ponzoña encerraba el insípido y vulgar autor que se ocultara bajo el nombre de Fernández de Avellaneda, cuya pedante y obscena parodia sólo sirvió para agigantar más, por el contraste, la donosura, erudición y rebosante gracia de la segunda parte del QUIJOTE, superior indudablemente á la primera.

Si las naciones se elevan sublimando á sus genios, rindamos el más entusiasta homenaje á la Memoria de Cervantes, y recordando que fué tan valiente soldado en el combate como sufrido mártir por la patria en el cautiverio, y tan generoso y desgraciado en las adversidades de la vida como escritor insigne y maestro incomparable del habla castellana, convengamos, para terminar, en que su figura soberana simboliza todas las cualidades y grandezas del genio español en aquellos ya pasados tiempos de nuestro insuperable poderío.»

Después el ilustre poeta granadino D. Antonio J. Afán de Ribera, dió lectura á los siguientes versos:

Homenaje.

El genio cae en el olvido
que al sol las nubes apagan,
pero después resplandece
y con sus rayos, abrasa.
A la mansión de las Musas,
se sube en fatiga tanta,
que el camino es alto monte
entre punzadoras zarzas.
Pero el inmortal talento
triunfa en la ruda batalla,
y su gloria la pregonan
las cien trompas de la fama.
Cervantes muriendo pobre
es una grande enseñanza;
que el saber y la riqueza
muy pocas veces se hermanan.
Cayendo herido en Lepanto,
en defensa de la patria
como mísero cautivo
en las argelinas playas,
el escritor sin segundo
más altivo se levanta,
y lega al mundo EL QUIJOTE
honra eterna para España.
De su libro las verdades
no hay ninguno que no aplauda,
pidamos á Dios se logre
en nosotros infiltrarlas.
Y que el honor castellano
con doble brío renazca,
la cruz divina llevando
como bandera sagrada.
Y que los triunfos del Golfo,
con los laureles de Italia,
al despertar el león,
se reproduzcan en África.

—

Hoy al cabo de los siglos
su merecimiento acatan,
y la nación lo enaltece
de la corte á la cabaña.
Y en esta Universidad,
donde las letras se amparan,
los sabios se multiplican
y las ciencias se propagan,
los ilustres profesores,
los que acuden á estas aulas,
obteniendo galardones,
desde la antigua *Madraza*
en este solemne acto
demuestran bien á las claras,
que para ensalzar al Genio
siempre dispuestos se hallan.
Y al gran Cervantes ofrece
una corona, Granada,
de lirios del Albaicín
y violetas de la Alhambra.

Después se dieron lectura á los siguientes trabajos: «Algunas consideraciones sobre el QUIJOTE», por el doctor D. Eloy Señán; «Cervantes en Granada», por D. Miguel María de Pareja; «Lloraba sonriendo», por D. Antonio González Garbín; «A Miguel de Cervantes Saavedra» (poesía), por D. Francisco J. Cobos; «El QUIJOTE ideal y el QUIJOTE histórico», por D. Francisco de P. Villa-Real y Valdivia; «La Historia Natural y el QUIJOTE», por don Pascual Nácher; «A Don Quijote de la Mancha en la famosa aventura de los molinos de viento» (poesía), por D. Francisco Jiménez Campaña; «Las enseñanzas del QUIJOTE con relación á la higiene», por D. José de Paso y Fernández Calvo; «A Cervantes en el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE» (poesía), por D. Juan de Dios Vie y Brabo, y «Cervantes en África», por D. Antonio Almagro y Cárdenas.

***

El Instituto general y técnico de Granada, celebró también una fiesta literaria en honor de Cervantes, en la cual el catedrático de Psicología Sr. Reyes, pronunció un hermoso discurso sobre el siguiente tema: «Concepto que Cervantes tuvo de la belleza», repartiéndose después diplomas y ejemplares del QUIJOTE entre los alumnos más aventajados de aquel centro docente.

***

La Escuela Normal de Maestros de Granada, que dirige el docto profesor D. Francisco Javier Cobos, conmemoró el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE con una velada literaria, á la que asistió numerosísima concurrencia.

Programa de la velada:

PRIMERA PARTE

1.° «Cracovienne fantastique» (Paderewski), ejecutada en el piano por la profesora señorita Pilar Iglesias.

2.° «Cervantes y el Quijotismo», conferencia pronunciada por la profesora señorita Pilar Jiménez.

3.° «Lecturas del QUIJOTE», por las señoritas alumnas Rosa Rivas, Carmen Arnau y Angelita Negrillo.

4.° «Coro de vecinas de la zarzuela *El loco de la bohardilla*», por las señoritas alumnas y la señorita María Ágrela, que fué repetido.

SEGUNDA PARTE

5.° «Vals Caprice» (Malats), ejecutado por la señorita Pilar Iglesias.

6.° «Algunas ideas sobre el QUIJOTE», discurso por el profesor D. José Surroca y Graus.

7.° «Lectura de poesías», por las señoritas alum-

nas Ana Negrillo, Rafaela Espejo y Presentación Moreno.

8.° «Himno á Cervantes» (Afán de Ribera y Vila), por las señoritas alumnas y la señorita Águila.

***

Los alumnos del Colegio-Seminario de Teólogos y Juristas del Sacro Monte de Granada, celebraron una fiesta literaria con arreglo al siguiente programa:

«Sinfonía de la ópera *Mignon*» (Thomas), por el sexteto que dirige D. Carlos Romero.

«Idea del derecho en el QUIJOTE», discurso por el alumno de Derecho D. Benito Eguiagaray Malgor.

«A Miguel de Cervantes» (soneto), por D. Antonio Salazar Rubio, alumno del bachillerato.

«*Le Matin* números 1 y 3» (Grie), por el sexteto.

«Moral de Cervantes en el QUIJOTE», discurso por los alumnos de Sagrada Teología D. José A. Tovar Martínez y D. Francisco Soto Carmona.

«Fantasía sobre motivos de *Marina*» (Arrieta), por el sexteto.

«Rimas» (poesía), por D. Juan Pablo Tavira y Jiménez.

«Consideraciones generales sobre el QUIJOTE», discurso por el doctor D. Tomás López Carbonero, catedrático de Literatura de este Colegio.

El Anillo de Hierro (preludio), del M. Marqués, por el sexteto.

«A Don Quijote de la Mancha» (oda), por el alumno de Derecho D. José María Elías de la Cueva.

«Sardhana de la ópera *Garín*» (bretón), por el sexteto.

***

Por acuerdo del Ayuntamiento se celebró una procesión cívica de homenaje á Cervantes, que resultó brillantísima, y á la que asistió toda Granada.

La manifestación iba formada en la siguiente forma:

1.° Un cabo y cuatro guardias municipales montados en traje de gala, abriendo marcha.

2.° Comisión organizadora de la fiestas del centenario presidida por el señor gobernador.

3.° Dos guardias montados, un heraldo de armas, tres clarineros, un timbalero, la música del Hospicio.

4.° Los invitados, gremios y corporaciones con banderas.

5.° La música del Fargue.

6.° Los ujieres del Ayuntamiento; los reyes de armas de la ciudad, pajes con el escudo de Granada; maceros.

7.° El Ayuntamiento presidido por el primer teniente de alcalde D. Eduardo Moreno Agrela.

8.° Bandas de cornetas y tambores y la música del regimiento de Córdoba.

La manifestación desfiló ante el busto de Cervantes, coronándole de laurel el gobernador en nombre de Granada.

D. Gaspar Esteva.

***

En los Juegos Florales celebrados en Granada el 26 de Junio, fué premiada con la flor natural la siguiente composición original del notable poeta don Gaspar Esteva.

CERVANTES

MENS DIVINIOR.

Horacio.

Odas para Cervantes pide Granada;
á Cervantes cantemos, cítara mía;
nunca más justamente solicitada
será la galanura de la Poesía.
Inspírame, por ello, Sierra Nevada,
tu majestad aliente mi fantasía;
dadme, Genil y Dauro, vuestros rumores,
dadme, cármenes bellos, vuestros primores,
tú, ciudad de la Alhambra, que vales tanto,
dejos de gracia mora pon en mi canto;
y pues esos destellos de tu hermosura
de mi lira ser pueden notas triunfantes,
entonemos el himno que tu cultura
solicita, Granada, para Cervantes:
un himno jubiloso, cuyos acentos
al honrar á tal genio sus vibraciones,
explosiones arranquen de sentimientos
que tributen en coro de bendiciones
la devoción de todos los pensamientos
con el amor de todos los corazones.

¡Cervantes! Ese nombre lleno de gloria,
es honor que doquiera nos acompaña,
pues el eterno brillo de su memoria,

admiración del mundo vemos á España
ser honra de los siglos y de la Historia.
¡Ah! sus ecos por eso más resonantes,
al decir que en España nació Cervantes,
muestran á cuantos hablan en castellano
que por él esa lengua glorificada,
para claro renombre del pueblo hispano,
ha sido por Cervantes eternizada:
su inspiración en ella genial, alada,
á través de los siglos va triunfadora,
á la vez que con ella su carcajada,
épica de la risa, vibra sonora,
para ser con su burla regocijada
de delirios insanos atajadora,
la lógica que sabe más inspirada
vencer más desatinos educadora.
Lo mismo, sí, que roca bien asentada
al torrente detiene cuando violento,
con férvida carrera desenfrenada
acusa peligroso desbordamiento,
la cervántica risa parapetada
tras el más vigoroso razonamiento,
ataja en su conducta disparatada
los desvariados juicios del pensamiento.
¡Ah! ¡Patria tantas veces desventurada!
serán más poderosas otras naciones,
tendrán más huestes ellas y más cañones;
el oro que no esquiva ser traicionero
y la ambición aleve de Dios maldita
te quitarán, España, tus islas... pero
la gloria de Cervantes, ¿quién te la quita?
Pasarán las humanas generaciones
como pasan huyendo las ilusiones;
cuantos lauros los pueblos hayan tenido,
irán al silencioso mar del olvido;
pero por más que pasen cosas y gentes
mientras existan seres inteligentes
y latan corazones enamorados
de las obras del genio, luz de las almas,
y por eso, los pueblos civilizados
tengan para las letras lauros y palmas;
la nación que por gracia del cielo muestra
un genio más que todos grande y profundo,
la nación española, la patria nuestra
veneración eterna será del mundo;
por llevar entre rayos resplandecientes
la más esclarecida, gloriosa dote,
porque serás, España, mientras alientes
la patria de Cervantes y del Quijote.

Sublimes concepciones, obras geniales
maravillas augustas ante las cuales
ve nuestro pasmo cómo con luz divina
el espíritu humano Dios ilumina:
si corazón tenemos para sentiros,
¿qué menos al miraros que bendeciros,
con tributos del alma reconocida
al prodigioso numen que os dió la vida?
Astros, cielos y mares, campos y flores,
¿qué menos al deberos vuestros amores,
que pensar cuánto debe ser adorado
el Dios omnipotente que os ha creado?

Amados, sí del alma los genios sean;
Dios en ellos habita; por eso crean;
mientras con luz brillando, de Dios venida,
llenan el orbe todo con sus destellos,
son doquiera sus libros palabra y vida
que aunque pasen los siglos no pasan ellos.
No pasan, no, las frases siempre vibrantes
con que muestran su bella literatura;
no pasa, no, la gracia con que Cervantes
las leyes nos impone de la cordura.
Entre nimbos de luces reverberantes
amojamado, serio, grande, profundo,
rigiendo su famosa cabalgadura,
el hidalgo manchego va por el mundo
con su grave, solemne, Triste Figura.
Admirados los tiempos y las naciones,
venle que aventurero caballerea,
honrando con enmiendas de sinrazones
su casto «afincamiento» por Dulcinea;
venle que tras soñadas idealidades
andante caballero vaga sin tino,
á la vez que groseras las realidades,
estorban sus ensueños y su camino;
venle tras de proezas fantaseadas
al influjo de malos encantadores
que le fingen milicias las carneradas,
alancear rebaños que baladores
imagínalos huestes en lid trabadas,
sin pensar que las hondas de los pastores
logran el desbarate de sus quijadas;
venle siendo el anhelo del ser humano
cuando se lanza loco tras de la suerte
hasta que brusco turbe su ensueño vano
inesperado golpe que le despierte.
¡Ah! naciones y tiempos, esa figura,
será gloriosa siempre, siempre moderna;
es de los hombres todos esa locura
simpática, sublime, genial, eterna.
¡Honor á Don Quijote! Con esa gloria
ennobleces, España, toda la Historia;
y mientras otros pueblos con sus blasones
representen el fuerte poder armado,
tú, patria, que por tantas aclamaciones
el libro de Cervantes ves sublimado,
serás en el concierto de las naciones
la primera del mundo civilizado.

Al genio bendigamos y veneremos;
y pues su luz irradia fulgor divino,
así mejor su gloria proclamaremos:
alumbrando sus rayos nuestro camino.
Atentos de Cervantes á las lecciones,
no por encantamientos ó soñaciones
en las ventas los ojos castillos vean
ni los cueros de mosto gigantes sean.
Nunca presuntuosos ni majaderos
hagan nuestros delirios en sus porfías,
ni señores insignes de mesoneros,
ni yelmos de Mambrino de las bacías.
No pasen por agudos los que son romos,
ni con necios alardes valer finjamos,
suponiendo que somos lo que no somos;

ni mostremos virtudes que no tengamos
ni soñemos victorias al ir á lomos
de los pobres rocines que espoleamos
tras hazañas forjadas por desatinos
que si ven en molinos rivales fieros,
las injuriadas aspas de los molinos
derribarán caballos y caballeros.
Hombre que vas por esos tristes caminos,
cuando desengañado de todo, veas
ser vanidad los sueños más peregrinos,
ser Aldonzas Lorenzo las Dulcineas,
cuerdamente procura pasar tus días
sin afán que tu juicio más alborote
y ten, alicortadas tus fantasías,
la edificante muerte de Don Quijote,
que lloró sus andanzas y sus bravuras
corrido de sus vanas majaderías,
y juzgó desventuras sus aventuras
condenando sus locas caballerías.
La fama de Cervantes en estos días
es en España toda conmemorada;
tú, también, ese nombre, canta Granada.
Las estrofas moriscas de tus poetas,
tus vergeles de rosas y de violetas,
la canción de tus bosques y de tus fuentes,
las auríferas ondas de tus corrientes,
la luz de las auroras con que sonríes,
los soñadores ojos de tus huríes,
aparezcan la Alhambra representando
en ese monumento que España labra,
la gloria del QUIJOTE simbolizando.
Ese libro es la Alhambra de la palabra,
la *Biblia* del donaire, la luz que guía
las almas por la senda del buen sentido;
la sublime novela cuya poesía
mayores alabanzas ha merecido:
las páginas de vida más palpitantes
en las que más los hombres han aprendido...
¡Honor á Don Quijote! ¡Gloria á Cervantes!
en su genio fecundo Dios ha querido
que su poder divino mejor se note:
¡Gloria eterna á Cervantes y á Don Quijote!

GUADALAJARA

PARA conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, se celebraron en Guadalajara grandes fiestas literarias.

Por iniciativa de las personalidades más importantes de la población, se imprimieron en una hoja y se repartieron al público los hermosos versos de Leopoldo Cano

¡Y ERA MANCO!

Con extraña habilidad,
un soldado, poco á poco,
queriendo pintar á un loco
retrató á la Humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado... ¡del delito
de tener mucho talento!...

—

En obra tan singular,
que rival no ha de tener,
España aprende á leer,
el mundo aprende á pensar.
De aquel tesoro sin par,
Cervantes, con rica vena,
puso tanto en cada escena
en una página sola,
¡que aun siendo la obra española,
España la encuentra buena!...

—

Aún dice el vulgo y se engaña.
—¡Pues no era manco el autor!—
Que quien hizo tal primor,
manco volvió de campaña.
Si por la gloria de España
que en el QUIJOTE se encierra,
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
—¡El mejor libro del mundo
lo escribió un manco en mi tierra!

GUIPÚZCOA

LAS Escuelas públicas de San Sebastián celebraron el día 8 de Mayo una fiesta literaria en honor de Cervantes, con arreglo al siguiente programa:

1.° Discurso inaugural por el profesor D. José María Vicente y López.—Recitados de composiciones originales de varios maestros, y canto de un zortzico alusivo al acto, música del maestro Iparraguirre y letra del profesor señor Martín.

2.° Representación de la comedia en dos cuadros, titulada *Sancho Panza*.

(Intermedio).—Lectura de una poesía, original del Sr. Vallés.

3.° Representación de la comedia infantil titulada *Contra soberbia, humildad*.

(Intermedio).—Cuadro del QUIJOTE titulado *El titiritero*.

4.° Representación del juguete infantil titulado *El ahorro*.

5.° Himno final á Cervantes, música del maestro Villar y letra del profesor Sr. Ezcurdia.

He aquí ahora el discurso de D. José María Vicente y López, que fué aplaudidísimo por la distinguida concurrencia que asistió al acto:

D. José María Vicente y López.

«Es muy frecuente, señores, que la sociedad honre la memoria de los grandes hombres que, destacándose del nivel ordinario, vienen á formar la vanguardia del ejército social; el foco que dirige los inciertos pasos de la Humanidad por el camino del perfeccionamiento. Pues aun cuando no sea raro que los hombres ilustres sean víctimas de muchos atropellos, producidos principalmente por la envidia y la calumnia, del mismo modo que el sol levanta de los pantanos y marismas los vapores que han de obscurecerle, son éstos tan tenues, que la luz del genio, como la del astro rey, termina por abrirse paso y disipar las dudas y convertir los rudos ataques en actos de pleitesía y homenaje. Pero cuando éste tiene lugar, ordinariamente sólo toman parte los elementos afines á la esfera en que el genio batió sus alas. Un homenaje como el que ahora se celebra, donde no sólo tienen presentación, sino parte muy activa todos los elementos de la sociedad española, no tiene precedente alguno. Por todas partes se nota un movimiento inusitado, extraordinario. Pudiera decirse que un solo pensamiento embarga el alma de los españoles, que un solo afecto ocupa nuestro corazón, que un solo grito sale de las gargantas. Y todo ¿por qué? Con motivo de hacer *trescientos años* que un libro famoso viera la luz pública. Inmensa debe ser la trascendencia de ese libro cuando la celebración de su centenario supera á la de los acontecimientos históricos más notables.

No abrigo yo la inocente audacia de demostrar esa trascendencia; no intento analizar el QUIJOTE, acto muy superior á mis escasas fuerzas. Sólo me propongo demostrar las razones por qué las escuelas públicas donostiarras, como todas las de España, toman parte en esta fiesta nacional.

Con ese violento espasmo social, que se llama *Renacimiento*, coincide ó más bien forma parte integrante el brusco despertar de la inteligencia humana, aletargada en los tiempos medios; despertar representado por la insaciable sed de saber, estimulada por la invención de la imprenta. Pero aquellas masas indoctas, incapaces de comprender la trascendencia de las grandes obras clásicas, cuyo comentario ocupaba á los hombres más sabios de la época, necesitaban para su inteligencia un pasto más adecuado á su espíritu, aún sometido á la influencia de las luchas medioevales, avivado ahora por los grandes descubrimientos geográficos, fuente inagotable de aventuras estupendas, que si ciertamente encerraban un fondo de verdad indiscutible, llegaban al conocimiento del vulgo tocando los últimos límites de la hipérbole. ¡Magnífica ocasión de

vulgarizarse como se vulgarizaron los libros de caballería!

Un escritor, ya entonces muy conocido, luchaba por conquistarse un puesto de honor en la república de las letras, ya que tan honroso como sin provecho lo había conquistado en la carrera de las armas. Prosista distinguido, sus obras se leían con deleite, sí, pero no rebasaban la línea del general aprecio. Inspirado poeta, sus versos, especialmente sus comedias, llegaron á ocupar sitio preeminente en el teatro; mas bien pronto su estrella se vió eclipsada con la aparición del Fénix de los Ingenios, y si no debió molestarle que sus comedias se vieran postergadas por las del que él mismo llamara Monstruo de la Naturaleza, no sucedió lo mismo con sus novelas, obscurecidas por obras tan disparatadas como los libros de caballería. Entonces fué cuando Cervantes, con la poderosa intuición del genio, debió comprender la perniciosa influencia de una literatura que, á fuerza de cultivar el absurdo, había caído en el último grado de abyección. Y entonces aparece armado de punta en blanco EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No diré yo que el desterrar los libros de caballería fuera el objeto primordial, la causa final de la grandiosa obra, como algunos afirman, aunque yo no encuentre motivo alguno para dudar de la palabra honrada del autor, que así terminantemente lo manifiesta. De todos modos, el triunfo fué colosal, inmenso, como la obra de un genio, como labor de un titán. No podía ser menos: aquel libro, adornado con las más hermosas galas que jamás ostentara el idioma español, completaba los atavíos de la forma llevando la sátira al último grado del refinamiento.

Pero con ser esto tanto, no es, ni con mucho, todo el mérito de la obra. Si el mérito no fuera más que éste, el QUIJOTE sería un libro más de caballería, que había tenido la rara virtud de acabar con los de su clase, monopolizando, por decirlo así, un género literario. No; en el QUIJOTE hay algo más, mucho más, que constituye su principal mérito.

En la formación de aquellos caracteres, Don Quijote y Sancho, empleó Cervantes ciertos elementos arrancados de la vida real, unos propios de la Psicología de todos los pueblos, en todas las épocas, y otros tan propios, tan privativos de la Psicología patria, espejo clarísimo donde se refleja el espíritu español, que puede decirse con toda propiedad, que el QUIJOTE es la epopeya nacional. El QUIJOTE es la epopeya nacional, porque aquel hidalgo de cuerpo flaco, pero de alma grande, recorriendo en busca de aventuras las dilatadas llanuras de la Mancha, es el espíritu nacional, que apenas formado, recorre aventurero toda la superficie del Planeta, también con las ideas más trascendentales, también con los sentimientos más sublimes. Pero el alma de Don Quijote se vió libre de su locura, como el alma nacional se verá libre de sus preocupaciones. No puede ser menos. El hombre ilustre que acertó de tal manera á representarla, no puede equivocarse. El símil continuará hasta el final, sin perderse, sin desvirtuarse en la más mínima parte.

Y si el QUIJOTE es la representación del espíritu nacional, y si éste informa todas y cada una de las partes del cuerpo de la nación, nada más natural, nada más justo, que todos y cada uno de los organismos de nuestro cuerpo social, tomen parte en el homenaje al Genio. ¿Y cómo no habéis de tomar vosotros, niños queridos, parte en ese homenaje, si sois la nación en síntesis, si sois la sangre nueva que ha de vivificar muy pronto los distintos vasos del cuerpo social, transformando al caballero Don Quijote en Alonso Quijano el Bueno?»

***

En el Teatro Circo se celebró una función de gala en honor de Cervantes, con arreglo al siguiente programa:

1.° Reprise de la preciosa zarzuela en un acto y tres cuadros de los señores Perrín y Palacios, música del maestro Vives, titulada *Bohemios*.

2.° El diálogo de los hermanos Alvarez Quintero, titulado *El chiquillo*, por Concha Cubas y Enrique Lacasa.

3.° El paso que pasó en el siglo XVII, escrito en un acto y en verso por el inmortal D. Narciso Serra con música del insigne maestro D. Manuel Fernández Caballero, titulado *El loco de la bohardilla*.

4.° Lectura de poesías ante el busto de Cervantes.

5.° Estreno del himno original de D. Vicente Ferraz, con música del maestro director D. Prudencio Muñoz, desempeñado por todos los artistas de la compañía titulado «¡¡¡Gloria á Cervantes!!!»

***

El Instituto general y técnico de San Sebastián, celebró también una velada literaria, con arreglo al siguiente programa:

«Un número de música», por la banda del regimiento de Sicilia.

«Iniciación del acto», por el director del Instituto Sr. Caballero.

«Discurso acerca de Cervantes y el QUIJOTE», por el catedrático de Literatura, Sr. Ferraz.

«Lectura de las primeras poesías conocidas de Cervantes y de la última página que escribió», por los alumnos señores Fernández Landa y Aramburu.

«Lectura de dos sonetos escogidos de Cervantes» por los alumnos señores Reparaz y Elósegui.

«Capítulo VIII del QUIJOTE», leído por varios escolares.

«Intermedio» (descanso).—La banda militar interpretó una brillante composición musical.

«Lectura de dos sonetos escogidos de Cervantes», por los alumnos Celaya (Epifanio) y Nerecau

«Lectura de un ejercicio literario compuesto sobre una novela de Cervantes», por el alumno señor Reparaz.

«Distribución de premios» á los alumnos de Literatura cuyos ejercicios de composición sobre Cervantes han obtenido mejores calificaciones. Ejecución musical.

D. Vicente Ferraz.

***

He aquí el hermoso discurso leído por el catedrático del Instituto D. Vicente Ferraz:

«Desde que me señalaron este puesto de honor se han entrado por mis adentros mil miserias y desasosiegos, porque no cuento con mejores armas que el hidalgo manchego, ni con más larga hacienda; pero, movido por la más íntima y sincera devoción á Cervantes, mi voz se une al himno triunfal con que España celebra las glorias del castellano del siglo XVII.

En esa época, cuando Lope de Vega, ídolo del público, reproducía, en su fecunda producción dramática, el bullicioso vivir de la sociedad de su siglo y de la Edad Media; y Quevedo, riendo con risa de inmortal, hacía el retrato serio de la vida moral y la disección serena del espíritu español, la figura de Cervantes sobresale, y al lado de estos dos gigantes se agiganta: es un monstruo que posa sus plantas en el viejo solar de Castilla, y tiende su poderosa mirada por el mundo, y penetra donde quiera que hay un vestigio de humanidad, y lee en lo pasado y estudia lo presente y adivina lo venidero. Lope nos ha dicho lo que hacían los españoles; Quevedo nos ha dicho lo que pensaban; Cervantes nos ha dicho lo que hicieron y lo que pensaron los hombres, lo que hacen y lo que piensan, lo que harán y lo que pensarán. Cuando este hombre de plateada barba y de nariz aguileña dirigía sus pasos, trescientos años hace, á la casa del Rivadeneyra del siglo XVII, en compañía de un tipo avellanado y seco, y de otro rústico y mofletudo, este hombre de plateada barba y de nariz aguileña llevaba á la Humanidad en el bolsillo.

Cervantes ha procedido con total originalidad en la concepción de sus asuntos; Homero, con ser el primer genio, en el orden de los tiempos; con haber sido el primero que miró cara á cara á la Humanidad y á la Naturaleza, vírgenes por él aprisionadas en las formas del arte, hubo de aprovechar la labor de varias generaciones fantasiosas, que habían creado una sublime tradición poética. Cervantes, viviendo en un ambiente de exuberancia y plenitud artísticas, supo apartarse de toda influencia técnica y literaria, y á solas, caballero en mula manchega, atravesando carrascales y lentiscos, paniegos campos y guijarrescas lomas, se pasaba las horas hablando con el hombre y con la Naturaleza, descubriéndole á aquél sus miserias y sus ansias, á ésta sus secretos, para volver á la realidad, interrumpido su interloquio por el encuentro de algún viandante, por la llegada á una venta, ó por el ruido de estrepitosos batanes, ó por el polvo de una manada de ovejas. En estas largas horas de mental conversación con sus difíciles y complejos amigos, apuntó sus señas, y de ellas hizo una ampliación, en la que aparecen reproducidos con tal acierto, que el hombre se confunde con el hombre y la Naturaleza con la Naturaleza; allí tiene la inocencia sus frescos y sonrosados colores, la vanidad su hinchada pompa, el amor sus ansias, los celos sus agobios, su fatigosa marcha la pereza, la abnegación su plácida sonrisa; el bosque sus verdores; la tempestad sus energías; el firmamento sus celajes; el ideal sus quiebras; lo real sus amarguras.

Nadie como Cervantes ha dado tanto vigor, tanta consistencia y vida inacabable á sus originales creaciones; es cierto que otros genios han trazado tipos originales de gran relieve, que han pasado las fronteras y han salvado el tiempo; pero sus perfiles se debilitan, sus personalidades se hacen extrañas,

respiran un ambiente no igual al que nosotros respiramos; así, Aquiles no convive con nosotros; á los personajes de *La Divina Comedia* los vemos entre nubes; á Fausto no lo conocen más que los intelectuales; en cambio, á Don Quijote lo vemos todos los días en la calle, y á Sancho lo tutean en todas partes, y Monipodio es pesadilla de los gobernadores de provincia, y los gitanos, los gitanos de Cervantes, yo creo que son más verdaderos que los gitanos de manos largas y ancha tijera, que hacen cestos en los ranchos y aduares, y remozan mulos viejos en las ferias de nuestros días.

Y es que nuestro hombre, paseando su mirada de águila por todas partes, se enseñorea de todo y todo lo domina; sabe sorprender lo interesante de las cosas menudas, y las pequeñeces las utiliza para su labor como el estatuario griego las canteras del Pentélico; ha sido estudiante y se ha fijado hasta en el mugre del manteo de los becarios; llegó soltero á los treinta y siete años, y las preocupaciones de esa edad inquietante le ponen á la vista la psicología del celibato, la psicología de las manías cuerdas, en la que, si nosotros podemos sorprender tipos que se dedican á cambiar de corbata cada día ó á contar las farolas de la calle, Cervantes dió con uno que se dedicaba á pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo libros de caballerías...

Este constante aquilatamiento estético de lo pequeño, esta observación ahincada y honda de la realidad deja un sello de realismo en las obras de nuestro poeta, pero de un realismo sano y robusto, no para leído por viciosos y cortesanas; porque Cervantes observó la realidad con alma serena, con espíritu de filósofo, con la cultura de humanista; y si bien el realismo de Cervantes tiene algo que huele, y no á ámbar, y media docena de frases que no se escribieron para colegialas, dista mucho de cierto realismo en que la moral anda envuelta en tinieblas, realismo que se complace en traducir las confidencias sutiles de la neurosis y de la pasión envejecida que se envilece, con un lenguaje jaspeado por verdores de descomposición, que recuerda la lengua manida del Bajo Imperio y los refinamientos enrevesados de la decadencia bizantina; el realismo de Cervantes pasó por la censura inquisitorial y sólo una pequeñez de orden teológico hubo de tildarle; Cervantes no se ha complacido en desentrañar los amaños de la hipocresía, ni las sutilezas de la maledicencia, poniendo ante nuestros ojos un Tartufo y un Don Mendo; pero penetrad en el alma de sus obras y la sinceridad y la discreción orearán vuestro espíritu y os enseñarán que las paredes oyen y que no basta besar la estola para cumplir con la familia del difunto.

Es que las alas del genio poético de Cervantes, más que la fantasía y el sentimiento son la imaginación reproductora y el espíritu de observación; comparadlo un momento con algunos inmortales: no con Leopardi, no con Víctor Hugo; con Zorrilla, que es más nuestro y lo tenemos más cerca; seguid á Zorrilla y os perderéis en su vertiginosa carrera, entre coros de nubes y alocadas danzas de gnomos y fantasmas, entre halagadores ritmos, en las vagas regiones fantásticas, donde no veréis caras conocidas; pero seguid á Cervantes y pisaréis la tierra, paso á paso, entre la greguería de alegre gente de beca y de manteo, entre el bullicio de ventas y arriería, por las calles, por los campos, por las antesalas donde se congrega el famulicio maldiciente, por los salones donde se reúne la gente de blasón y ejecutoria, por las *tascas* donde cabildean caballeros de mohatra, por regiones conocidas, donde tropezaréis con la cara del vecino.

Poeta excelentísimo, ha lanzado su vuelo y no ha perdido de vista la realidad; Cervantes ha descubierto el problema de la dirección de la fantasía y sabe siempre á dónde va; llevando de la mano á un loco, nos da lecciones de discreción y de cordura.

Los poetas de viva fantasía han creado imágenes de encantadora belleza, pero vais á abrazarlas y se deshacen en vuestros brazos; Cervantes ha creado una imagen de la vida humana de portentoso parecido y de singular hermosura; vais á abrazarla y no se deshace, no; cuanto más de cerca la miráis, más os encanta su parecido, aunque entibie vuestro encanto el ver en sus adentros los generosos impulsos de la locura y las ingeniosas sutilezas del egoísmo.

Hablar de esta imagen es hablar de lo más selecto que ha producido el humano espíritu, Don Quijote; Don Quijote hidalgo, que es más hidalgo que Quijote; es un loco que está en lo cierto; que ve las cosas al revés y nos las hace ver al derecho; es el conjunto de lo bueno luchando por un santo ideal; acercáos á Don Quijote; es de carne y hueso como nosotros; y si nuestra locura no se queda en casa, le seguimos para reirnos de la suya; cuando comenzamos á tratarle como loco, sus tropiezos, sus caídas y sus ridiculeces nos hacen reir; después, sin dejar de ser loco, sus discreciones nos hacen pensar; después, cuando deja de ser loco, pero no de ser discreto, su hombría de bien nos hace llorar; ¡qué hombre éste!; es tan complejo, que necesitamos ser un poco locos y un mucho discretos para comprenderle: nos basta ser un poco de cada cosa para quererle; le queremos por su amor á la justicia y á la verdad, que le da grandes arrestos para llegar hasta el sacrificio; su espada no corta sino cuando cree encontrarse con la mentira y la injusticia; le queremos por la pureza de sus constumbres, que le aparta, de obra y de pensamiento, de todo lo pecaminoso y carnal; si Dulcinea hubiese llegado á sus brazos, en vez del tálamo le hubiera preparado un altar; le queremos, por la bondad y misericordia con que juzga á los demás; porque él no vive para él; lo que busca ese hombre lo busca para los otros hombres en medio de su obsesión de grandezas; le queremos como le quiere Sancho, porque es un niño, á quien otro niño cualquiera le hará entender que es de noche en la mitad del día; le queremos, porque ha iluminado el camino de las grandes virtudes y de la abnegación ilimitada; ese camino que trazan los mártires y borran los fariseos. Y esos libros de caballerías, manicomios bibliográficos contagiosos, que pusieron la lanza en manos del manchego y en su cabeza el delirio expansivo y filantrópico, habría que volver á quemarlos, por haber falsificado la realidad para este hombre tan bueno, que vió en las ventas, castillos; en los molinos de viento, vió gigantes; diablos, en los frailes; en los vidrios, perlas; en las harpilleras, finos cendales; en las manadas de ovejas, ejércitos; yelmo, en la bacía barberil.

A los españoles nos llaman Quijotes: ¡es demasiado elogio!: tal vez nos hemos metido en aventuras descomunales, con las viejas armas y con los bríos de Don Quijote: como Don Quijote hemos sostenido el honor y hemos caído; pero Don Quijote tuvo un Sancho, un rústico de condición apacible que, al mismo tiempo que ponía su vista en la ínsula prometida, ayudaba á levantar á su amo; el Sancho de los españoles ha pensado en su ínsula y cumple demasiado con *su deber*, pero no cumple demasiado con *el deber*. Los de fuera, los que no son españoles, no tienen tal vez los arranques del hidalgo manchego, son más disciplinados; pero se acercan á él por lo que se parecen á Sancho: convengamos.

La obra titulada EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA es una novela que, como obra del genio, señala época y responde á técnica nueva: no se puede juzgar este libro con el criterio con que se juzga un poema épico; no hay en su fondo, ni en su forma, nada convencional; hay despreocupación técnica: es la humanidad llevada al arte, pero buscando moldes nuevos; la clásica estructura de los grandes poemas épicos, que, en su fondo, mezclan lo humano y lo divino, y en su forma parece que se han escrito para ser leídos con voz hueca y postura académica, no podía servir de molde á una concepción tan genuinamente humana, en la que lo grande se mezcla con lo pequeño, lo serio con lo cómico, lo delicado con lo grotesco, lo triste con lo alegre, la discreción con la locura, lo real con lo ideal, resultando de este amplio conjunto, desarrollado en forma libre, no sometida á otra medida que la del buen gusto, y rica de matices, la síntesis más vigorosa de lo humano, la verdad de la vida, la comedia y la tragedia, lo que es y no debe ser, lo que debe ser y no es: ese libro, es un retrato que se parece á todos y todos nos parecemos á él; ¿no tenemos todos algo de Quijote y mucho de Sancho, ó algo de Sancho y mucho de Quijote? El que no sea un poco ó un mucho de cada cosa, no pertenece, ni mucho ni poco, á la gran familia humana.

Hay algunos críticos que se dedican á la inocente tarea de leer el QUIJOTE entre líneas, interpretándolo á su gusto y atribuyendo al hijo del cirujano alcalaíno, propósitos que jamás pasaron por su mente; si Cervantes leyera los comentos de estos críticos, Cervantes no conocería el libro que comentaban. Tal vez habría necesidad de recordarle á Cervantes lo que se propuso en un principio: tal vez comenzó con la idea de escribir una novela en el sentido en que se entendía esta palabra en su tiempo, un cuento más largo que los cuentos ó una novela más corta que las novelas de nuestros días; un poco de intención cómica para acabar de empujar las extravagancias de los libros de caballerías; pero, tal vez, insensiblemente, las proporciones del trabajo iban creciendo; la imaginación le proporcionaba elementos para vigorizar los caracteres; su humor le inspiraba situaciones burlescas y satíricas; su vida de cautivo le ayudaba á recoger interesantes noticias de ese aspecto triste de la vida; su constante cabalgar, en la, para él, extraña misión de molestar á los contribuyentes, le facilitó el trato con la gente del campo y del villorrio, donde se pasan los días con ingenuo y monótono pasar: el hombre había conocido demasiado al hombre: Cervantes hidalgo se había enamorado con cariño y calor humanos, del hidalgo Quijano: y así como á éste los libros de caballerías le hicieron tomar la lanza y el caballo, á Cervantes el libro de su compañero de cárcel, Mateo Alemán, le hizo tomar la pluma y el papel; y si Quijote vió ensan-

charse Castilla delante de su caballo, Cervantes vió, poco á poco, ensancharse delante de sus papeles la vida que había vivido, amplia y fecunda, rompiendo los límites del propósito inicial, Cervantes, poco á poco, fué dándose cuenta de lo que hacía; al llegar al capítulo ¿á qué capítulo?... Cervantes vislumbró la inmortalidad y, con plácida sonrisa, escuchó el alborozo de las musas, y su mirada de asombro se encontró con la serena mirada de Apolo. Cervantes no dejó de sorprenderse de la magnitud de su obra, y, acaso, esa sorpresa haga verdadera la vulgaridad del poeta, contando que Cervantes no cenó cuando concluyó el QUIJOTE. Cuando Cervantes comenzó el QUIJOTE, ya era alguien; cuando Cervantes concluyó la primera parte, ya se le miró desde abajo; y el único que podía mirarle desde arriba, Lope, Lope le miraba con envidia; cuando concluyó la segunda parte del QUIJOTE, Cervantes se hizo el señor del mundo literario, y su libro ganó la primacía en el género novelesco.

Cierto es que Cervantes no consiguió los honores que un justo entusiasmo ha concedido en nuestros días á Zorrilla y á Echegaray; pero tampoco es justo abusar de esa vulgar creencia que inculpa á la sociedad del siglo XVII de haber abandonado á Cervantes: á pesar de tener su ídolo en Lope de Vega, que con su fecunda creación teatral se comunicaba más directamente con el público, el público del siglo XVII no despreció á Cervantes; Cervantes tuvo sus Mecenas y era mirado con respeto por todos.

Cervantes vió la opulencia desde lejos; tampoco, en nuestros días, la hubiera visto más de cerca el cuarto de los siete hijos de un cirujano practicante de pueblo: acaso, los once años últimos de su vida, los hubiera pasado mejor entre nosotros, pero no por méritos nuestros, sino por las mayores facilidades del negocio editorial. Hoy se editan más ejemplares del QUIJOTE que en el siglo XVII; pero tal vez no sea descaminada creencia la de que las once reimpresiones que, en vida de Cervantes, se hicieron de la primera parte, fueron más aprovechadas por aquel pueblo culto educado en los goces artísticos, que los centenares de ediciones lanzadas hoy en medio de un público que vive y lee á prisa y corriendo, ajetreado por las exigencias múltiples de la vida material, y que ve viciada su educación estética por los inevitables folletines afrancesados, por las incoherentes piezas dramáticas del género chico, y por los insípidos y groseros chistes de las cajas de cerillas.

La idea ó pensamiento dominante, que late en el fondo de la obra magna, y nutre sus órganos, es la lucha de lo real y lo ideal, polos cuyas distancias deben estrecharse. En este libro de Cervantes tiene la Humanidad trazado su camino; el amor por un gran ideal; pero sin que nos dejemos deslumbrar por sus esplendores hasta el punto de apartarnos de la realidad: los hombres no hemos sacado, hasta ahora, gran provecho; no son muchos los que toman las armas; algunos se vuelven desde el campo de Montiel; el escudero ha contagiado al amo; no soportan los molimientos: los menos son los escogidos; el amo ha contagiado al escudero; no temen ser pisoteados por animales inmundos.

El plan, el desarrollo de los hechos en la novela que estudiamos es lógico y natural; tan natural y lógico como la vida del hombre: hay una lógica interna que preside el desarrollo de los interesantes y variados sucesos de la obra; hay algo que pudiera descartarse, algunas digresiones que no están encadenadas con el carácter y el propósito, y no debilitarían el valor de la obra; también en la vida del hombre hay hechos que no afectan á la esencia de su carácter, y actos que no concurren al cumplimiento del fin humano.

La forma del QUIJOTE, como el lenguaje de las otras obras de Cervantes, es de lo más sabroso y escogido que puede apetecer el más exigente gusto artístico; Cervantes no sutiliza los conceptos ni apura el sentido de las frases; escribe para el público con la misma naturalidad y despreocupación con que escribía las cartas de familia, y sin cuidarse de los cánones académicos, que no desconocía, se adelanta á ellos ó los altera, creando un modo artístico y no estudiado de escribir con arte sin el arte; es como un hombre de exquisito trato social que no ha leído un libro de urbanidad: tiene tan asimilado el espíritu nacional, que, aun empleando giros italianescos, en manos de Cervantes han perdido la savia extranjera, y es tan grande la riqueza de sus giros, que el pretender sistematizarla ó someterla á estudio gramatical, sería como querer encerrar las aguas del océano en los cauces del Henares; el trabajo de cien Academias lo ha hecho Cervantes escuchando las conversaciones de la calle; por eso su lenguaje no tiene sabor rancio, porque es el eco del lenguaje del pueblo, que se orea y se remoza constantemente; sencillo sin ser plebeyo, se enseñorea del alma de las palabras, de esas palabras que conoció hablando con los chicos de Valladolid, con los estudiantes y hampones de Sevilla, con los campesinos de la Mancha, con los cortesanos de Madrid; es un espíritu español que ha pisado las riberas del Iliso, pero no asistió á las clases de Retórica de Georgias y de Iseo.

Uno de los mejores historiadores de nuestra literatura, el inglés Fitzmaurice-Kelly, ha dicho, en medio de grandes elogios á Cervantes por su inventiva, por su observación irónica y por su humorismo, que Cervantes no sobrevive como gran estilista; ó Fitzmaurice incurre en imperdonable contradicción, ó Fitzmaurice tiene un falso concepto del estilo, ó es que para comprender á Cervantes no basta ser inglés; para comprender el genio filológico de Cervantes es necesario haber asimilado el espíritu y el genio de la lengua castellana; la frescura, la sobriedad de palabras y abundante variedad de giros, y la suave ironía y el ritmo no estudiado de las frases de Cervantes, eso no lo podemos saborear más que nosotros, los conterráneos del hombre á quien rendimos culto; es un derecho que no nos puede arrebatar la inocente novísima moral internacional. Podrá decirse que Cervantes no es un literato de molde; pero decir que un gran genio no es gran estilista, es tan falso como decir que un aristócrata es hospiciano, y tratándose de Cervantes la falsedad sube de punto.

Señorita Mercedes Villán, Directora de la Escuela Normal de Maestras de San Sebastián.

Los que están familiarizados con las musas tienen su modo de andar por el Parnaso y no necesitan firmar sus escritos, ni necesitamos nosotros ser lo que Juan Pablo Richter llama genios machos para conocer su estilo. Sin firma conocemos, por su burlona y cínica sonrisa, al Arcipreste de Hita; por la serena complacencia espiritual y su clásica sobriedad, á Fray Luis de León; por su austera musa filosófica, á Andrada; por su entonada inspiración teológica, á Calderón de la Barca; por su severa risa y analizador espíritu, á Quevedo; por su clásica elegante severidad, al P. Mariana; por su honda penetración, al P. Gracián; por su atildamiento y buen sentido, á Moratín; por su altisonante y olímpica verbosidad, á Quintana; al Duque de Rivas, por su valiente españolismo; á Espronceda, por su desbordada fantasía; á Campoamor, por su absoluto dominio de la vida; á Cervantes, por todo, por todo y además por su humorismo; humorismo sano, ingenuo y candoroso, humorismo que nace de la despreocupación, mas no de la indiferencia y del pesimismo; no hay en él ese dejo de amargura nacido de un humorismo arraigado en las tristezas del desengaño, ni esa sonrisa trágica del humorismo que se cría en las negruras del desdén; Cervantes no es de los que todo lo ven peor, menos lo que ven cuando se miran al espejo; Cervantes, con ser grande, no es soberbio, y desde la altura en que mira las cosas, ni le envanece lo pequeño ni le desvanece lo grande: todo es igualmente de la Humanidad y de la Naturaleza. Por todo se conoce á Cervantes, y además por la limpia intención del artista que extiende por sus obras una corriente de alegría, de plácida serenidad y paz amable que comunica al espíritu del lector, y lo vigoriza, y lo perfecciona, y lo despierta de sus agobios y abatimientos.

Por eso debemos aficionarnos á la lectura de las obras de Cervantes, á la lectura reposada y lenta, con sobriedad y reflexión, para asimilarnos el genio de sus expresiones, para remozar y fortalecer nuestro espíritu, para iluminarlo con el esplendor de sus ideas. Así podrá España ofrecer á su primer artista un homenaje digno; así podrá España decir al castellano del siglo XVII: «EN LOS NIDOS DE ANTAÑO NO HAY PÁJAROS HOGAÑO; YA NO VOY POR CAMINOS DONDE TOPÉ CON MOLINOS DE VIENTO; VOY POR SEGURA SENDA EN POS DEL IDEAL QUE TÚ SOÑASTE; TU NOMBRE ME ALIENTA; EL ESPÍRITU DE TUS OBRAS ME SOSTIENE.»

***

La Escuela Normal de Maestras de San Sebastián, que dirige la ilustrada señorita doña Mercedes Villán, celebró una velada literaria en honor de Cervantes, á la que asistió distinguidísima concurrencia, que aplaudió, entusiasmada, todos los trabajos que se leyeron en la misma.

Programa de la velada:

PRIMERA PARTE

1.° «Vals Arebesque» (Theodore Lach), por la alumna señorita Luisa Trecu.

2.° «Iniciación del acto», por la directora señorita Villán.

3.° «Biografía de Cervantes», por la alumna señorita Patrocinio Amenábar.

4.° «Lectura del primer capítulo del QUIJOTE», por las alumnas señoritas Gallego y Bureba.

5.° «Lectura de dos sonetos escogidos de Cervantes», por las alumnas señoritas Azpeitia y Arana.

SEGUNDA PARTE

1.° «Tarentelle-Sydney Smith», por la alumna señorita Luisa Trecu.

2.° «Lectura de dos sonetos escogidos», por las alumnas señoritas Zala y Azcoaga.

3.° «Recitación de la poesía «El Cervantes», por la alumna señorita Huici.

4.° «Lectura de una composición acerca del último capítulo del QUIJOTE», por la alumna señorita Luisa Trecu.

5.° «Relaciones entre el QUIJOTE y la Pedagogía», por el profesor D. Germán Moneo.

***

Con gran solemnidad se celebró el día 10 de Mayo el acto de colocar la primera piedra del edificio-escuela regalado á la ciudad por el ilustre filántropo D. Pedro de Vitori.

Al acto concurrieron las autoridades, y se pronunciaron discursos abogando por el desarrollo de la enseñanza.

HUELVA

HUELVA conmemoró el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE con el siguiente programa:

Día 7 de Mayo.—A las diez de la mañana, inauguración de la Escuela graduada del cuarto distrito de la capital.

A las diez de la noche, baile en el Círculo Mercantil y Agrícola.

Día 8.—A las nueve de la noche: velada literaria en los salones del palacio de la Diputación provincial, organizada por el Instituto general y técnico, en la que tomaron parte, pronunciando muy hermosos discursos, en exaltación de la obra de Cervantes, los señores Sánchez Mora, D. Lorenzo Cruz, D. Diego Soldán, D. Ricardo Terrades, D. Manuel Morales y D. Leovigildo Pimentel, que leyó unos inspirados versos.

Día 9.—A las nueve de la mañana: misa de *Requiem* en la parroquia de San Pedro, por el alma de Cervantes.

A las dos de la tarde, reparto de ejemplares del QUIJOTE en las escuelas públicas.

Por la noche función teatral, representándose las obras *Un entremés de Cervantes* y *El loco de la guardilla*.

La Comisión del centenario repartió, además, 1.000 ejemplares del QUIJOTE á las escuelas públicas de la provincia, y 300 de lujo á los señores maestros y corporaciones oficiales.

HUESCA

POR iniciativa del director del Instituto de Huesca, el sabio catedrático D. Manuel López Bastarán, se celebró el 7 de Mayo, en el Teatro Principal, una velada en la que los alumnos de aquel centro docente representaron los entremeses de Cervantes, *Los habladores* y *El juez de los divorcios*.

En la mañana del día 8 se celebró una manifestación escolar en la que tomaron parte los alumnos del Instituto, los de las Escuelas normales, y los alumnos de las Escuelas públicas y privadas. El acto resultó brillantísimo.

En la noche del mismo día se celebró una velada literaria en el Instituto, con arreglo al siguiente programa:

1.° «Sinfonía de *Marta*» (Flotow), interpretada por un sexteto dirigido por el profesor D. Vicente Arbizu.

2.° «Juicio crítico del QUIJOTE y fin que se propuso Cervantes al escribirlo», discurso por D. Manuel López Bastarán, director del Instituto.

3.° «Descripción de la descomunal batalla que libró Don Quijote con dos manadas de carneros», por los alumnos del Instituto, José María Eyaralar y Manuel Banzo.

4.° «La gloria del poeta». (A Cervantes). Poesía de D. Cristino Gasós Samitier, alumno que fué de este Instituto.

5.° «Andante» (Massenet), por el sexteto.

6.° «Filosofía del QUIJOTE», discurso por don Gregorio Castejón, catedrático del Instituto.

D. Manuel López Bastarán, Director del Instituto general y técnico de Huesca.

7.° «Narración de la industria que Sancho tuvo para encantar á la señorita Dulcinea», por los alumnos Luis Rovira, Angel Galbán, Elías Aventín, Tomás Baudín y Luis Fuentes.

8.° «Cervantes y Shakespeare», discurso por D. Luis López Allué, alumno que fué de este Instituto.

9.° «El ideal en la vida, á propósito de DON QUIJOTE», discurso por D. Gabriel Llabrés, catedrático del Instituto.

10. «Colón», pasodoble, Calvist, por el sexteto.

11. «Consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula», por los alumnos Luis Batalla y Julio Martínez.

12. «Himno á Cervantes», cantado por el Orfeón oscense.

***

El día 9, á las cuatro de la tarde, se celebró en la Escuela Normal de Maestros, una velada literaria en honor de Cervantes.

Programa de la fiesta. Trabajos leídos:

1.° D. José Portolés Carbonell: «Breve reseña de los sucesos más notables relatados en la novela del *Curioso impertinente*».

2.° D. Agustín Sin Pueyo: «Explicación de las importantes aventuras que ocurrieron á Don Quijote, desde la del barco encantado hasta que dió los consejos á Sancho Panza al marchar á gobernar la ínsula».

D. Rosendo Rull, Director de la Escuela Normal de Maestros de Huesca.

3.° D. José María Borrell Ester: «Consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza para gobernar».

4.° D. Joaquín Badía Capdevila: «Explicar el discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras».

5.° D. José Vivas Sánchez: «Aventuras de Don Quijote desde su primera salida hasta que encontró unos cabreros».

6.° D. José Pelegrín Anadón: «Consideraciones sobre las aventuras de Don Quitote en Sierra Morena».

7.° D. José Portella Gimeno: «Explicación del encantamiento de Don Quijote de la Mancha».

Terminó tan agradable velada con la lectura de unos hermosos versos de D. Juan Pérez Ovejas, y con un discurso del director de la Escuela, el docto profesor D. Rosendo Rull, quien analizó con muy justo criterio la obra literaria de Cervantes.

***

La Escuela Normal de Maestras que dirige la ilustrada profesora doña Isabel Martínez, celebró también con una velada literaria el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Programa de la fiesta:

1.° «Himno á Cervantes» (canto á coro).—Durante éste se descubrió el cuadro conmemorativo de la fiesta.

2.° «Juicio crítico que de la obra de Avellaneda hace Cervantes», por la señorita Josefa Jiménez.

3.° «Selección de la Biblioteca de Don Quijote», cuadro mudo.

4.° «Ondas del Danubio, á cuatro manos» (Ivanovici), por las señoritas Josefa Jiménez y Petra Undiano.

5.° «Estudio de la carta de la Duquesa y Teresa Panza y su contestación», por la señorita Jacoba Pérez.

6.° «Don Quijote en el Palacio de los Duques», cuadro hablado.

7.° «Mazurka de salón, á cua-

tro manos» (Waldeteujel), por las señoritas Jacoba Pérez y Máxima Asín.

8.° «Estudio de la carta de Sancho Panza á su mujer Teresa Panza y la contestación de ésta», por la señorita Araceli Egaralar.

9.° «Sancho Panza en el Gobierno».

10. «Nespres sicilienes, á cuatro manos» (Duvernoy), por las señoritas María González y Pilar Alegre.

11. «Cervantes es nuestro», discurso por la señorita Julia Zasaosa.

12. «Himno á Cervantes», canto á coro.

JAÉN

CELEBRÁRONSE en la hermosa Catedral honras fúnebres por el inmortal Cervantes, estando encargado del sermón conmemorativo del acto, el ilustrado magistral D. Leopoldo Eijo Garay.

Por iniciativa del ilustre director del Instituto general y técnico, secundado por todo el Claustro del expresado Establecimiento, se celebró un certamen científico-literario para conmemorar el tercer centenario del QUIJOTE, entre los señores alumnos de todos los grupos del Instituto pertenecientes á la segunda enseñanza, distribuyéndose un premio especial costeado por el señor director D. Luis Enrique Muñoz-Cobo, y once premios más costeados por el claustro de señores profesores, siendo premiados los señores alumnos siguientes:

D. Luis Enrique Muñoz-Cobo, Director del Instituto general y técnico de Jaén.

D. Antonio Huete Gómez, D. Francisco Utrilla Berbel, don José Moya Pérez, D. Angel Fernández Toral, D. Francisco de Paula Nalladar, D. Bartolomé Moreno Callejón, D. Manuel Viedma, D. Vicente Altozano Ruiz, D. Juan González Camino, D. Pedro Frías Martín, D. Pedro López Ureña y D. José Illana Samaniego.

La distribución de premios, lectura de trabajos y de poesías y números musicales, dió lugar á una fiesta literaria que se verificó en el Paraninfo del Instituto en la mañana del 21 de Mayo, y que cerró con un brillantísimo discurso el magistral D. Leopoldo Eijo Garay. El acto resultó hermosísimo.

***

El mismo día 21 de Mayo, á las nueve y media de la noche, se celebró una hermosa velada en el elegante Paraninfo del Instituto, organizada por la Comisión de fiestas, presidida por el señor gobernador civil, tomando asiento á su lado las autoridades de todos los órdenes. Inauguró la fiesta el magistral señor Eijo Garay con un notable discurso. Ejecutaron números de música y de canto las señoritas Felisa Villas, Cecilia Benítez, Rafaela Serra, Rafaela Santamaría, Luz Claver, señorita de Massó y Marina Ximénez. El diputado á Cortes por Ubeda, D. Juan Pasquau López, leyó un notable discurso de D. José del Prado y Palacio, director general de Agricultura, acerca de las novelas ejemplares de Cervantes.

Fachada del Instituto general y técnico de Jaén.

Paraninfo del Instituto general y técnico de Jaén.

Se leyeron poesías y otros trabajos de D. Francisco de Paula Ureña, D. Alfredo Cazabán, señorita Sara C. de Lorenzana, D. Manuel Ráez Quesada, D. Manuel Muro García y D. Eugenio Molina de la Torre. Resumió, dando las gracias, el gobernador civil de Jaén, D. Ramón Salvador Celades.

***

En la Escuela Normal se dieron tres conferencias que estuvieron á cargo de los señores profesores D. Diego Medel y Rivas, D. José Moya Córdoba y del director del Establecimiento D. Antonio Calvo Montalván. Un certamen literario entre los alumnos de cada curso y una exposición de trabajos manuales que fué una de las notas más simpáticas por todos elogiada, siendo premiados los señores alumnos D. Martín Ramírez Arboledas, D. Luis González López, D. Antonio Morales Roldán y D. Gustavo García de Vargas.

***

Organizado por la Junta provincial de Instrucción pública, se verificó con gran éxito un Certamen escolar.

Asistieron á él los niños y niñas de las Escuelas públicas de la provincia que más se distinguieron en los exámenes previos que se verificaron ante la Junta local de cada partido judicial, siendo favorecidos con el campeonato en el examen definitivo verificado en el salón de actos de la Excma. Diputación provincial, el niño Juan Miguel Medina Morales, alumno de la Escuela de Jimena, y la niña María Dolores Gómez Urda y Duarte, de una de las Escuelas de Alcalá la Real.

Concedió también el Tribunal premios de primera clase á los niños que se presentaron fuera de concurso: José Rodríguez Aguilera y Francisco Malo Marín, de una de las Escuelas de Quesada.

***

En la tarde del 21 de Mayo se verificó el reparto de premios en la plaza de Santa María, presidiendo el acto el gobernador civil en unión de varios señores vocales de la Junta provincial, del inspector de Escuelas D. Gabriel Pancorbo y del secretario de la Junta D. José Illana Jiménez. Este último leyó una correctísima y bien escrita Memoria de los trabajos realizados para llevar á efecto el certamen, y el Sr. Pancorbo cerró el acto con un elocuente discurso.

Fueron también premiados los maestros de los niños citados, D. Manuel Godoy Caballero, Don Manuel Bautista de la Puente y Doña Hiscia Zubeldia y Tamayo.

LEÓN

POR iniciativa de la Junta del Centenario y del Ayuntamiento se celebró en León una procesión cívica para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

La comitiva, precedida de una banda de música, salió del Ayuntamiento, abriendo la marcha clarines y timbales; seguían el pendón del Municipio, el estandarte de Provinciales, numerosa comisión del Ejército, comisión eclesiástica, cuerpos docentes y autoridades, maceros del Ayuntamiento, etc., etc.

Rompió la marcha la procesión por la calle de San Marcelo á la de Cuatro Cantones, que se llamará desde ahora de Cervantes. Allí hizo alto la comitiva, y el alcalde de León, después de mandar descubrir la placa, fijada en uno de los extremos de la calle, en la que figura el nombre del autor del QUIJOTE, pronunció un elocuente discurso enalteciendo la gran figura literaria de Cervantes.

Todas las calles que recorrió la comitiva estaban engalanadas. Durante el desfile se dieron gritos de ¡viva el autor del QUIJOTE!, ¡viva el soldado de Lepanto!

El Instituto de León celebró una velada literaria y un concurso literario en el que se leyeron trabajos muy notables analizando la obra literaria de Cervantes.

LÉRIDA

RESEÑA de las fiestas celebradas en Lérida en honor de Cervantes.

Día 7 de Mayo.—A las once de la mañana: en el Paseo Central de los Campos Elíseos, se celebró una *Misa de campaña* en sufragio del alma del inmortal Cervantes, á la que asistieron todas las fuerzas de la guarnición.

A las seis de la tarde, colocación de la lápida dando el nombre de *Plaza de Cervantes*, á la situada entre la rotonda de Boteros y la Cárcel, con asistencia del Ayuntamiento en Corporación y de las corporaciones invitadas.

Día 8.—A las once de la mañana, *Sesión Académica* y certamen literario organizados por el Instituto general y técnico, en honor de Cervantes, con el siguiente programa:

1.° Discurso del señor director D. Pedro Fuertes Bardají, explicando á los alumnos el significado de la fiesta.

2.° Discurso del catedrático Dr. D. José Albiñana Rodríguez, estudiando á Cervantes y como poeta.

3.° Discurso del catedrático del Instituto D. Rafael Gras de Esteva, sobre el tema «EL QUIJOTE, reflejo de su época».

4.° Discurso del capellán de este Centro doctor D. Ramón Minguell, comentando el prólogo de la segunda parte del QUIJOTE.

5.° Memoria del secretario del Senado calificador del certamen escolar, por el profesor D. Mauricio L. Igualada.

6.° Distribución de premios á los alumnos.

Día 9.—A las diez de la mañana, *Fiesta Escolar* organizada por la Escuela Normal de Maestras para conmemorar la publicación del QUIJOTE:

1.° Presentación de una corona de laureles y flores naturales por las señoritas María Mías y Micaela Santana, que la Escuela Normal dedica al inmortal Cervantes.

2.° Biografía de Cervantes, por la señorita Genoveva Aixalá.

3.° «Preludio de Caballería rusticana», tocada al piano por la señorita Luisa Canut.

4.° El retrato de Cervantes, bordado á litografía, por las señoritas Buenaventura Escarpenté, Dolores Fernández y Antonia Gené.

5.° Colección de dibujos, por la señorita Matilde Fornés.

6.° «¡Muerta!», canto por la señorita Escarpenté.

7.° Análisis gramatical sobre un trozo en prosa del QUIJOTE, por la señorita Teresa Cortada.

8.° «En campaña», paso doble, tocado por la señorita Antonia Ramón.

9.° «Batalla de Lepanto, en la que se distinguió Miguel de Cervantes», por la señorita Josefa Forcadell.

10. «Fe, Esperanza y Caridad», coro á tres voces, por las señoritas Escarpenté, Baró, Torné, Drudis, Torrens, Cortada, Rosinach C., Mestre y Coy.

11. Análisis gramatical sobre un trozo en verso del QUIJOTE, por la señorita Encarnación Llairó.

12. «Marcha Militar», tocada á cuatro manos por la señorita Mestre y Ramón.

13. Lectura de la carta de Teresa Panza á la duquesa, escrita en carácter gótico, por la señorita Angela Baró.

14. «Himno á Cervantes», coro á una sola voz por las señoritas Escarpenté, Baró y Torné.

A las ocho de la noche se organizó una *Gran retreta militar*, que recorrió las principales calles de la población.

A las nueve de la noche, representación en el teatro de los Campos Elíseos de la obra *Un desgobernado gobernador*, en dos actos y cuatro cuadros, compuesto de pasajes tomados del QUIJOTE.

Dr. D. Ramón Minguell.

***

He aquí el discurso pronunciado por el doctor D. Ramón Minguell y Gasull, capellán del Instituto de Lérida:

Discurso sobre el prólogo de la segunda parte de «Don Quijote».

Como diría el poeta, «hoy España de fiesta viste», porque está celebrando el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE. Un periodista dió la idea de este centenario, la aceptó desde el primer instante el Gobierno de la nación, y éste la ha patrocinado y extendido tanto, que por sus reales órdenes deben, en el día de esta memorable fecha, solemnizarla por lo menos todos los centros docentes oficiales de la segunda enseñanza. Y el de Lérida, que no puede, que no sabe desatender el mandato de sus superiores, hace su fiesta académica á la vista y presencia de las primeras autoridades de la capital, al lado de los representantes de las corporaciones y entidades locales, entre un público de muy distinguidos concurrentes, pero llamando con singular contraste y por efecto de una elección extraña al que debiera callar ante la magnitud de este acto, para que hable en el deslucido tono de su irremediable impericia, del libro, del portentoso libro, cuyo tercer centenario de su publicación venimos festejando.

Y confieso ingenuamente, señores, que nunca por entero, sino sólo en pequeñísimas y muy truncadas partes y á salto de lustros, leí semejante libro, porque el orden disciplinar de los estudios antes y después el curso de la carrera sacerdotal, han dado á las cortas facultades del espíritu ocupación y trabajo bien diferentes de los libros de caballería. Sin embargo, la ociosidad del tiempo libre, alentada con gusto por la afición siempre en mí, tornó á mano la lectura de las obras literarias modernas, cuya principal traza, carácter y mérito, conservo con más ó menos puntualidad y claridad en la memoria, y al unir hoy el recuerdo de tantas perfecciones como son las creadas por el patrio ingenio en la edad contemporánea, y al compararlas con el libro tres veces secular, me asombra ver cómo las reúne y sobrepuja incomparablemente á todas juntas éste que es caudal inmenso y mágica fuente de sublime inspiración, donde, á semejanza de las antiguas generaciones egipcias que bebieron y adoraron en la fecunda corriente del Nilo, han ido á refrigerarse y saciar la sed de belleza del espíritu, los genios y vocaciones de los tres últimos siglos con tanta multitud y variedad como estuvieron mezcladas las razas civilizadas al pie de la torre Eiffel, y confundidas las lenguas junto á la famosa torre de Babilonia.

Pero yo no vengo á ocuparme directamente de tan sin igual libro: sólo voy á tratar del breve prólogo, que aparece en medio de la obra dando fin á la primera parte y principio á la segunda, por haber sido escrito, principalmente, para rechazar los injuriosos ataques del autor de otra historia de aventuras que entre las dos partes se quiso interponer.

Este prólogo, señores, comparándolo con los capítulos de la obra, no los igualaría en lozanías de narración ni en sonoridades de elocuencia. Tiene la obra el imponente y rumoroso movimiento de las grandes maquinarias, y el prólogo sólo se parece á las cortas regulares vueltas que dan por la inercia ruedas y ejes al cierre de vapor.

Y aun así, para no molestar demasiado los atentos oídos que me escuchan, de este breve prólogo sólo voy á recoger las alusiones que el autor hace á su gratitud, valor y religiosidad, exponiéndolas sucintamente á vuestra reconocida ilustración.

La gratitud, que es el afecto benévolo hacia el objeto ó la persona de quien se ha recibido algún favor ó servicio ó pruebas de estimación, puede tener por término directo y principal, ya á la persona del dador, ya al bien de la dádiva, y cabe por tal motivo establecer de ella la filosófica comparación que el doctor Angélico aplica al amor en general al dividirlo en amor de amistad y amor de concupiscencia, porque si en la persona dante el amor se ha de clasificar por tal, según directa y respectivamente mire al pobre ó á su necesidad, en el sujeto que recibe será también gratitud de amistad si mira más el dador que á la dádiva, y de concupiscencia si prefiere más la dádiva que el dador.

La gratitud de concupiscencia, señores, nos la ha descrito admirablemente el mismo Cervantes en el famoso escudero, quien apenas sabe atender con el conveniente decoro, la alta jerarquía que para sí reclama en méritos de su suprema misión el ingenioso hidalgo caballero andante, y en cambio se le huyen los ojos y alma á los premios que ha de obtener, á la ínsula que ha de gobernar, y, de una manera más baja, á la vitualla de sus alforjas, y sobre todo al jumento matalón, que llora robado por la airada ingratitud del galeote, y saluda alegre su feliz encuentro al salir de Sierra Morena, haciéndose de nuevo con el rucio hasta besarle y acariciarle como si fuera persona.

Aunque no tan ruda ni tan inconscientemente solícita, podría parecer que la gratitud de concupiscencia domina en el ánimo de Cervantes cuando en la sincera y templada reconvención á Avellaneda, dice: «Si por ventura llegares á conocerle, al que no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer é imprimir un libro con que gana tanta fama como dineros y tantos dineros cuanta fama.»

Y, sin embargo, al infortunado autor no le ciega la pasión por el dinero ni se le va el corazón tras los bienes de fortuna, como le acontece al escudero de Sancho, que aun con conciencia dudosa procura retener á mano cerrada la incógnita de un hallazgo, porque es más alta su gratitud, tan alta cual la que revela al dirigirle al conde de Lemos, su señor, las siguientes palabras: «Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie. Y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que los solicite adulación mía, ni otro género de aplauso (é interés, debía de añadir), por su sola bondad han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.»

Mas en esta forma y modo de íntimo y leal reconocimiento con que proclama la bondad y liberalidad del ilustre conde, bien se ve que no toma Cervantes los bienes otorgados por tan generosa mano como material suministro á las corrientes y ordinarias necesidades de la vida, sino por favor concedido á los deseos é ideales de su alta y prodigiosa vocación. Y colocada en este punto su gratitud de amistad, le sugiere ó despierta, á mi humilde modo de ver, otro sentimiento que no nace de insano egoísmo, sino de la más sublime concepción en el orden de justicia, cual es el de elevar la bondad y liberalidad del conde de simple y voluntaria gracia á superior deber, el cual deja no obstante el mismo Cervantes á su ilustre protector en libre y amplia voluntad de imponérselo ó no, bien al revés de los que en nuestras modernas sociedades rechazan con voz airada por insulto la caridad, á cambio de reclamarla en seguida como un derecho.

Y no se quiere decir con esto, señores, que la caridad, el favor, la protección no haya de imponerse en calidad de estricto deber á todas las clases sociales en general según el criterio de Cervantes, pues él mismo la impone por boca de su Ingenioso Hidalgo, quien, por no sentir muy honda la gratitud de concupiscencia, aunque le venga muy á tiempo y sazón el rudo agasajo de los cabreros, en cambio se le suben todas las alegrías y vapores de la cena á la excelsa edad de oro, que él halla en el recuento de sus memorias muy dichosa por el igualitario comunismo de la pródiga madre tierra, por la seguridad y soltura del honor femenil, por la pureza de la justicia humana, ya á su tiempo tan engrandada y pervertida como lo era la honra de las doncellas por la malicia de los hombres, que hacía necesaria la institución de los caballeros andantes para salvarlos á todos de las injusticias y deshonor, por lo cual venían todos de ley natural obligados á favorecer á los andantes caballeros, cuyo deber no era ciertamente el de mendigar favores sino el de prodigarlos con sufrimiento y valor en nombre de la más divina de las justicias.

Y siendo tan honda, tan grande la gratitud de Cervantes, parece extraño que la más negra envidia se cebara en su fama excelsa, conforme se colige de las propias palabras del Prólogo que venimos comentando.

«Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. Y es esto en mí, de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella.»

Yo no sé si Cervantes al verse viejo y manco y con mayores desengaños que ventura, sentiría brío de fuerzas físicas para arrojarlas y exponerlas en otras hazañas que no fueran las fáciles y desiguales de su famoso caballero de la Mancha, quien, olvidado de su cuna y atento sólo á su patria del mundo entero, allá iba por ventas, caminos y desiertos, armando pendencias, libertando galeotes, asustando frailes, descornando rebaños y desafiando molinos y batanes de los que así pudieron quitarle la vida como aventarle y magullarle el cuerpo.

Pero es el caso, según se desprende de la cita del Prólogo antedicho, que Avellaneda intenta censurar de cobarde á Cervantes por sólo la pérdida del brazo sufrida en la guerra: ¡como si los más arduos negocios de la vida y los más fáciles, á pesar de la capacidad, aptitud y arrojo del espíritu, no estuviesen sujetos á las veleidades de la fortuna, al capricho de la suerte ó á los altos designios de la Providencia que tal puede hundir á los poderosos cual exaltar á los pobres y humildes! ¡Cervantes cobarde! ¿En qué, si siendo viejo y manco todavía juzga mayor que el de las letras el mérito de las armas, por ser largas en fatigas y cortas en laureles, y aspirar al supremo bien del orden y de la paz, que es la primera necesidad en el cultivo y progreso de las letras? ¡Cervantes cobarde!

HOMENAJE Á CERVANTES

Directora, profesora y alumnas de la Escuela Normal de Maestras de Lérida.

Se había lanzado el grito de rebelión contra la autoridad divina en medio de Europa, tan fuerte, rápido, resonante y funesto como lo fuera el de las alturas celestes en la primera creación angélica, y del Norte y del Mediodía venían á tambor batiente los turcos para acabar con la fe en los dominios europeos de la cristianidad. Se dió la señal de alerta, se convocó una cruzada, España, Venecia y el Vaticano aprestaron una flota que topó con la de los turcos en el golfo de Lepanto, dispuestas las dos á arremeterse y luchar airadas con tanta sed y bravura como se acometen las sierpes en las ardientes soledades del desierto, y en tan sin igual combate estuvo Cervantes, que fué á él, no rendido únicamente por simple disciplina de soldado, no por espíritu imitativo de colectividad, no por el egoísta móvil de ostentar valor en aquella edad en que la vanidad y la bravata podían salir y quizá salían á caza de proezas, fama, títulos de cortes, feudos y odaliscas, sino que fué á la guerra por mayores ideales de su vocación excelsa, porque estaban en peligro la patria, la fe, la Iglesia, todo un siglo de maravillosa y espléndida civilización, y si sería hipérbole comparar su valor con el de Nemrod, Sesostris, Ciro, Milciades, César, Alejandro y Carlomagno, en cambio podría brillar la firmeza de su espíritu en Numancia, Sagunto, Zaragoza ó Gerona, porque era valeroso y noble su ánimo como el de los antiguos nobles y valerosos castellanos, que no iban á las manos con los moros á título de guerreros ó atletas para triunfar muriendo, sino como piadosos cruzados ó fidelísimos mártires para morir triunfando.

¡Ah! y no empleo aquí, señores, la palabra mártires sólo por el prurito de usarla como recurso oratorio, no; porque yo entiendo que el valor de Cervantes corre parejas con su religiosidad.

Ahí van, para no mentir ni exagerar, las siguientes palabras del Prólogo: «He sentido también que me llame envidioso y que como ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada. Y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que de tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa.» De modo que, señores, el insigne novelista admite con respeto y sin adulación ni frialdades de cortesano en el aludido cura familiar del Santo Oficio, el ingenio, el mérito de las obras personales y los servicios del cargo. Todo lo cual viene á reconocer proporcionadamente en todos los demás curas de su siglo, porque si no tiene él, como sinceramente afirma, intención de perseguir á ningún sacerdote, con tal aseveración se aparta de los incrédulos que niegan el ingenio, el talento, la cultura á los sacerdotes, de los indiferentes que les discuten, rebajan ó callan méritos, y de los herejes, cismáticos y apóstatas que les rechazan por ilegítimo el cargo y por inútiles los servicios.

Mayor era la cristiana fe de Cervantes y mejor la educación, el espíritu de justicia y el bien comedido celo de caridad con que trataba á los curas, porque desde el punto de vista sociológico, toma el ejerci-

cio de la misión sacerdotal triple espíritu de manifestación; de resistencia, que sostiene la fe, robusta, fidelísima, inconmovible, ante la invasión del mal y la tiranía del error, de propaganda, misteriosamente simbolizado en las llamas de fuego del Cenáculo y en el don de lenguas que habían de difundir por todos los climas y países, generaciones y razas, el reino de Dios, y de pacífico sostén, que á semejanza del primero ha de impedir el mal y como el segundo ha de mantener la fe y acrecentar la piedad en las almas creyentes, entre cuya última clase sobresalen el cura de la Mancha y el canónigo de Toledo, dos clérigos instruídos, cultos, corteses, de buen ingenio, amantes de la verdad, dechados de bondad, admiradores de la belleza, celosos del deber, que le tenían entonces ligero y suave porque disminuía la responsabilidad en las cargas del oficio á proposición de la grandeza y divisibilidad del beneficio é inmensamente distantes de esos otros pobres curas que los primates del sectarismo por ahí nos pintan torpes, tercos, ariscos, con la caridad perdida con terrorífica inquisición alzada, es decir, con el rematado fanatismo de una ortodoxia que se arma siempre de la excomunión y vive caída, pegada á la insoportable rutina de un tradicionalismo pietista.

Mayor era la fe de Cervantes y más grande su religiosidad, á deducirla de la primera de sus obras, porque la invocación del santo nombre de Dios repetida á página seguida en la conversación, en el saludo, en la lucha, en el peligro, en la adversidad; la memoria de las verdades eternas tan traída y llevada para medir las responsabilidad de las aventuras, el mérito de las hazañas, la justicia de las pendencias; el número de los dogmas, aun de los no consagrados en el símbolo de la fe por definición pontificia; el culto de los santos, que se fija preferentemente en los de mayor gloria y poder ante el altísimo trono de la majestad divina; la devota liturgia, ordenando en público comitivas, procesiones y plegarias; la conciencia, privada y cívica, de los personajes secundarios, igualándose en las sobrehumanas creencias y salvadores morales preceptos del cristianismo; el sencillo escudero, que come y reza, y si ambiciona la conquista de un próspero poder en la patria del mundo, teme ¡ay!, entre ansiedades de piadoso escrúpulo, perder su inolvidable patria del cielo; el ingenioso hidalgo, alma nobilísima, dispuesta con firme voto, como el de las órdenes militares, al ejercicio de las obras de misericordia en bien de la viuda, del huérfano, del cautivo, porque dice de sí que es, y no se puede negar, «ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecuta en ella su justicia», por lo que sale en busca de capilla y ritual para consagrarse en la heroica profesión de caballero andante, quien no piensa, no puede pensar más que en su Dios y en su dama, que la quiere siempre, que la invoca siempre, que la quiere única, pues el catolicismo que por sus doctrinas de la virginidad convirtió el amor de la mujer en un culto, se la dió una, única y para siempre; y la serenidad, en fin, y la digna paciencia del infortunado autor ante los reveses de la fortuna y la pobreza de salud que le lleva á reirse con altísimo y justísimo desdén de las cómicas realidades de la vida, que, si son incapaces de llenar el corazón del hombre y la vocación del genio, á él no le oprimen con la tremenda desesperación de Byron y Espronceda; todo demuestra que Cervantes tenía religión, que Cervantes tenía conciencia cristiana, que Cervantes tenía libre, serena y dominadora en el fondo de su alma la fe católica, por la cual sufrió el cautiverio, la guerra, y por ella perdió en Lepanto un brazo, y habría perdido el otro, el cuerpo y la vida, si la Providencia, que vela los destinos de la Humanidad y guía los pasos de la historia, no se la hubiese conservado para escribir á cuerpo manco la del por demás célebre y famosísimo DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

He dicho.

LOGROÑO

Con solemnes fiestas literarias celebró Logroño el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Por iniciativa de D. Leandro Sáenz, el elemento escolar organizó una función teatral en la que se representaron varios pasajes del QUIJOTE, tomando parte en el espectáculo las alumnas de la Escuela Municipal y estudiantes del bachillerato.

D. Leandro Sáenz, iniciador de los festejos escolares celebrados en Logroño en honor de Cervantes.

Alumnas de la Escuela Municipal y estudiantes del bachillerato que tomaron parte en la función celebrada en el teatro Bretón de los Herreros en honor de Cervantes.

En la noche del 8 de Mayo recorrió las principales calles de la población la retreta militar y la cabalgata quijotesca, en la que figuraban dos carrozas, obra del conocido escultor Sr. García Moral, representando una á Don Quijote acuchillando los pellejos de vino y la otra á Rocinante y al rucio de Sancho.

El Instituto y las Escuelas Normales celebraron veladas literarias en las que se leyeron muy notables trabajos cantando la gloria de Cervantes.

LUGO

El Casino de Lugo celebró una hermosa fiesta literaria en honor de Cervantes, en la que leyeron fragmentos del QUIJOTE y poesías originales el capitán Sr. Victoria, el Sr. Amor Meilán—muy aplaudido por sus composiciones *La muerte de Don Quijote* y *A Sancho gobernador*—, el Sr. Tapia y Rivas, el señor Rodríguez López—muy feliz comentando la arenga de Don Quijote á los cabreros, y D. Gerardo Alvarez Limeses, quien dió lectura á la siguiente notable conferencia:

«Concededme vuestra indulgencia, si siempre para mí necesaria, hoy doblemente precisa, porque hoy más que nunca tiembla la voz en mis labios, agitada al impulso de mis lógicos temores, al pretender dirigiros la palabra. La pesadumbre de una carga superior á mis fuerzas dobla mi mente á tierra

é impídeme elevar hacia la altura mis ofuscados ojos, sedientos de luz del espíritu, en busca de un rayo de inspiración que convierta las sombras espesas de mi ignorancia, siquiera en rápido crepúsculo, que aun cuando es fugaz y pálido, melancólico y tenue, separa sin embargo la obscuridad medrosa de la noche, del esplendor del día y baña los espíritus en oleadas de esperanza.

Prestadme vosotros ese rayo amoroso y dulce desprendido de la luz de vuestra simpatía y á su benévolo destello quizás acierte á cruzar la senda de mi deber, si bien con paso indeciso y trémulo, con marcha fatigosa y vacilante. Prestadme vosotros el fuego de vuestra benevolencia, y por lo menos, sosegado mi ánimo y acallados mis hondos sobresaltos podré cumplir el cometido que deberes de todo orden me han impuesto. Porque á la manera como para Cervantes—y ya he pronunciado el nombre cuya grandeza gravita sobre mí con peso que anonada—á la manera, dije, como para aquel ilustre ingenio «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento»; así del mismo modo, la seguridad del afecto, la esperanza en la indulgencia, la atención benévola, la compenetración en el pensar y el acorde palpitar en el sentir, son también corriente suave y fecunda que se establece entre el que escucha y el que habla, y grande parte también para que la palabra más torpe y premiosa fluya en los labios y broten por ellos los sentires del alma, con la ingenua sencillez, la majestad brillante, la bruñida forma, el bello desorden con que el entendimiento los concibe y los alienta, ó simplemente con el encendido entusiasmo que en mí palpita, y que yo quisiera que fuese á manera de flúido eléctrico que me permitiese conocer vuestros pensamientos y vuestros deseos; que permitiese á mi alma salir al encuentro de la vuestra y á mi corazón latir al unísono del vuestro como movidos por la ley imperiosa de una aspiración unánime; que en estos momentos no podría ser otra que la de consagrar la idea más excelsa y el sentimiento más delicado á la memoria del inmortal autor de nuestra gloria más legítima; para que esa idea y ese sentimiento, traspasando los límites de lo sensible con el misterioso vuelo de la comunicación espiritual pudiesen ir al encuentro de aquella inteligencia peregrina, siendo algo así como una oración profana—permitidme la paradoja—con que amantes y rendidos honremos su memoria.

Confiado en esa benevolencia y en esa simpatía de las que tengo inolvidables muestras; seguro del ánimo que habéis de prestarme en estos momentos para mí de prueba, he podido echar á mis espaldas el peso abrumador de un compromiso contraído por honor, quizás por deber, en manera alguna por gala y por deseo; como quisiera explicar cumplidamente y me perdonaréis que intente hacerlo para disculpar de ese modo mi enorme atrevimiento.

D. Gerardo Alvarez Limeses, Inspector de primera enseñanza de la provincia de Lugo.

Tienen los cervantistas, en la literatura nacional, algo así como una religión de honor, como una fe de videntes, que les señala misión redentora, les marca derroteros y les impone sacrificios; y cuando el bautismo de la publicidad les convierte en apóstoles del libro eterno, no es dado á los creyentes renunciar á requerimientos, ni deponer ruegos que con aquél se relacionen. Esta religión literaria, cuya *biblia* es el QUIJOTE, tiene actualmente en la *Crónica de los Cervantistas*, que se publica en Madrid, su órgano público, evangelizador y único, y en él se consagran solemnemente los nombres de los elegidos. Pues bien, en el centenar de sus redactores españoles figuran ocho hijos ya ilustres de esta región. Y al lado de los nombres de Emilia Pardo Bazán, la egregia escritora; Alfredo Vicenti, el eminente periodista; Eduardo Vincenti, el político pedagogo; Manuel Murguía, el historiador brillante; Curros Enríquez, el poeta sin rival; Fernández Alonso, el erudito escritor, y García de la Riega y Amor Meilán, dos de nuestros orgullos más legítimos que á títulos múltiples unen el de haber demostrado cumplidamente la oriundez gallega de Cervantes; al lado de pléyade tan brillante de bardos y escritores, no sé yo qué hada maléfica ha deslizado atrevida mi obscuro nombre, derramando en mi mente el agua santa y ungiéndome los óleos bautismales, que me impidieron renunciar á dirigiros la palabra cuando uno de esos compromisos ineludibles me puso en el duro trance, en el orden

literario, de cometer apostasía ó de realizar una profanación, obligándome á hablar en el plazo de pocos días, de aquello de que sólo debiera hablarse con el estudio de muchos años.

Ya sabéis, por lo tanto, por qué estoy aquí ocupando un lugar que no me corresponde; desempeñando un papel sólo reservado á los iluminados por el sacro fuego de la poesía y la oratoria y usurpando un puesto que sólo el talento debiera de llenar. Por eso acudo aquí confuso y vacilante y al encontrarme en este festín de la inteligencia, al verme entre vosotros, me parece desempeñar el papel del bardo errante; mejor aún, del trovador provenzal, que acudía á los banquetes de sus nobles predilectos á distraer su ánimo, después de haber gustado las exquisiteces de manjares sabrosísimos, como los que en esta noche han llenado vuestros labios de mieles y de esencias.

Por eso vengo aquí á hablaros de esa obra, cuyo tercer centenario conmemoramos, gracias á la iniciativa feliz de un periodista eminente, orgullo de las letras patrias. Por eso vengo á hablaros de esa obra que es el diamante monstruoso de nuestra diadema literaria; el florón más preciado de nuestra lengua; la piedra de toque de nuestra fe, el espejo de nuestro carácter; el nervio de nuestro temperamento; el orgullo de nuestra raza; la admiración del orbe entero, y por ello la trompa vibrante, estruendosa, inmortal, de nuestra fama; de esa obra que según típica frase de apreciable escritor, á los veinte años hace reir, á los cuarenta meditar y llorar á los sesenta; de esa obra que es tan inmensa, tan sublime y tan mágica, que después del derrumbamiento estrepitoso de nuestro poderío, después de innúmeras desdichas, y aun á pesar de enormes pecados y crueles desastres sostiene en el pináculo de la gloria el nombre bendito de la patria, y es el Código caballeresco del estudiante alemán; el breviario de amor de la dama inglesa; el catecismo educativo del escolar incipiente de las razas amarillas.

Mas no ha de ser esta disertación algo así como á manera de juicio crítico, ni siquiera de rápido estudio de exportento de los siglos, empresa que argüiría de mi parte vanidad inconcebible y honda perturbación intelectual; ni ha de ser tampoco mi objeto recoger las múltiples opiniones, los conceptos variadísimos, los juicios diferentes, notables unos, extraños otros, el mayor número profundos y admirables que las eminencias de todas las épocas y de todos los países han emitido acerca del QUIJOTE y cuyas opiniones y juicios forman como una gama variadísima que recorre la escala que va de la originalidad genial, hasta la imitación y *aun al plagio;* del sentido literal como único interpretable hasta un sentido esotérico, filosófico-religioso, sólo reservado á corto número de intérpretes; ni he de pretender por último desentrañar el oculto sentido, quizás desentrañable, que haya querido dar Cervantes (si es que quiso darle alguno) á las personalidades y aventuras de sus héroes en que tan diferentes encarnaciones se han supuesto y á que tan opuestos fines se señalan.

¡Interpretar el QUIJOTE! Tal equivaldría en el orden religioso á interpretar los santos libros con nuestra personal inteligencia, y así como esta misión divina sólo á una institución divina puede hallarse confiada; así también aquella misión genial sólo á un espíritu genial puede hallarse reservada; espíritu hondo, clarividente, inconmovible, y no á las inteligencias comunes que son errantes y vagabundas y como la inquieta golondrina sólo posan su vuelo en las alturas por breves instantes y rara vez también se detienen sobre la superficie de la tierra, poniéndose de ese modo en contacto con la realidad. Las inteligencias no creadas por el soplo del genio, por brillantes que sean, son fugaces como la brisa, movedizas como la arena, inconstantes como la abeja que va tomando la esencia de sus mieles, no de una sola flor por exuberante que sea y por dulzuras que atesore, sino de mil clases de matizadas florecillas, á las cuales apenas si ha libado con su aguijón penetrante.

Y esa empresa magna, si acaso es realizable, no sólo exige el esfuerzo de un genio poderoso, sino también la consagración entera de una vida.

Muchos hombres de talento indiscutible; muchas eminencias consagradas por el aura de la popularidad, se han ocupado del QUIJOTE; pero el talento, señores, no basta para elevarse á lo divino, para penetrar en lo inmortal, para ponerse en contacto con el espíritu de un genio; porque la obra genial es algo que traspasa los lindes de lo sensible, algo sobrehumano, algo sobrenatural, que se eleva sobre nuestras cabezas y se oculta á las avizoras miradas de nuestros espíritus. Y sólo aquel que posea el don de la sabiduría y el don del poder, el don del genio, en fin, que es el don más rico y más extraño de la Naturaleza, puede hablar ó entender, interpretar ó explicar el lenguaje de los Dioses.

Por eso no admiro el juicio que mereció el QUIJOTE, de personalidades tan ilustres, de literatos tan notables, de talentos tan claros, como un Lope de Vega, un Góngora, un Villegas, un Juan de Figue-

roa, un Espinel, un Paravicino, no cegados acaso como se ha supuesto por las furias de un insano despecho, ó corroídos por una envidia inexplicable, sino faltos sin duda de las alas flamígeras del genio que les permitiesen elevarse á alturas insondables y contemplar desde ellas á los siglos venideros (mirada que caracteriza á los genios), y ver así la consagración solemne, unánime y patente que los pueblos y las razas habrían de hacer del portentoso libro. Y es que, como han dicho muchos escritores, como artista podía Cervantes ser juzgado por los notables de su época, porque como artista pertenecía á su tiempo; pero como pensador, como filósofo, su reino no era el reino de su siglo, sino que era el reino de la posteridad.

Por eso no sorprenderá tampoco la diversidad de juicios que aquellos y otros eminentes varones emitieron al querer penetrar los pensamientos y adivinar los propósitos que en el QUIJOTE se contienen; y por eso, después de tantos estudios y trabajos, de tantos desvelos y fatigas ¡cosa verdaderamente extraña! aún estamos hoy discutiendo con tesón admirable y con fe sorprendente por parte de muchos, el simbolismo de la obra, el sentido oculto que encierra, su verdadera tendencia; sin que un Villegas y un Romero Quiñones, un Benot y un Menéndez Pelayo, lleguen á ponerse de acuerdo sobre cuestión tan interesante, ni aun teniendo á la vista las que parecen declaraciones terminantes de su autor, que en el prólogo de su obra, y al finalizar la segunda parte de la misma, se expresa en estos términos: «Mi libro no mira más que á deshacer la autoridad y calidad que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías.» «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna.»

¡Obra portentosa y admirable cuya explicación no se encuentra saltando por las afirmaciones de su autor, y cuya gloriosa popularidad no se explica, prestándoles crédito absoluto! Porque sabido es de todos que los libros de caballerías estaban ya en franca y abierta decadencia cuando nació á la vida DON QUIJOTE y que á nosotros no nos interesan ni en poco ni en mucho, y más bien casi los desconocemos, porque no suelen ya figurar en nuestras modestas bibliotecas los Amadises y los Belianises, los Palmenios y los Esplandianes; sin embargo de lo cual, la fama del QUIJOTE y su popularidad crecen y aumentan, y todos los años las prensas de todos los países lanzan nuevas ediciones, que al poco tiempo se filtran y desaparecen sorbidas por el monstruo de innúmeras cabezas, como quizás adecuadamente pudiéramos llamar al público que lee.

Fenómeno tal, hace realmente dudar al pensador menos profundo y da valor á las opiniones de los que buscan en la maravillosa obra, una revelación de la Naturaleza, una sátira de la superstición, la fe en la verdad, la protesta contra el poder, la encarnación del ideal y tantas otras y tan distintas finalidades, como han supuesto en el QUIJOTE los que creen, como Martín Sarmiento, que no es posible leerlo y sentirlo con el alma y el nervio que en él puso Cervantes.

No busquemos, por lo tanto, en el mar á la vez revuelto y tranquilo, turbio y sereno, de aquellas páginas inmortales, el impulso primario, la idea generadora, la síntesis de un problema, el planteamiento de una doctrina, porque después de todo, no es tan importante, ni tan esencial, ni tan conveniente, averiguar cómo sintió Cervantes su obra, cómo concibió sus personajes, cómo simbolizó en ellos ideales ó aspiraciones, que saber cómo las sentimos nosotros, cómo nos impresionan sus figuras, cómo nos mueven sus doctrinas y qué encontramos simbolismos en ellas. Cervantes, señores, es un sol brillante, esplendoroso, que irradia á todas partes la luz hermosa y clara de su genio peregrino; pero esa luz, al atravesar el prisma de nuestras mentes, se descompone en los colores del iris, y nosotros entonces contemplamos, no la luz productora, ni siquiera el iris mismo, sino aquel color de la escala que nuestra materialidad no absorbe. Así vemos el QUIJOTE bajo aspectos tan distintos, pero siempre tan hermosos. Yo miro también la inimitable obra desde un punto de vista peculiar y propio, mezquino como mío, pero personal al cabo. Yo miro, señores, el QUIJOTE, bajo el prisma *del ideal*. Por eso esta disertación tendría por lema, si esto fuese disertación y pudiese tener lema, *Del idealismo en el* QUIJOTE.

Yo abro aquel libro admirable y, como todos, lo primero con que tropiezo es con un pobre hidalgo trastornado por su amor á lo grande, lo digno, lo generoso, lo caballeresco; ansioso de triunfos, de glorias y de honores. Un loco, que como no sé quién ha dicho, á pesar de su figura escuálida é ingrata, seduce y atrae por su bondad y cultura, y por el arraigo de sus sentimientos y creencias. Don Quijote es, como dice Leveque, «una inteligencia extraviada en un alma heroica. Su locura es la más valiente y sublime locura. Fuera de ella, es sensato, bueno, afectuoso; tiene distinguida inteligencia, gusto fino, elevado lenguaje...» Don Quijote es un asfixiado en los espacios del más noble idealismo; un loco que se parece á los sabios en que dice sublimidades y hace mil tonterías; un loco desfacedor de entuertos, vengador de agravios, amparador de doncellas, defensor de huérfanos y pupilos, castigador de soberbios y premiador de humildes... ¿Por qué no habrá locos como éste por el mundo?

Y aquel loco honesto y virtuoso, cortés, enamorado, defensor de la mujer, valiente, justiciero, creyente, patriota, amante de las letras y paladín resuelto de las armas, insinúan algunos, dicen otros y afirma una de nuestras primeras autoridades que encarnaba el alma española de la época, con todos sus errores y defectos; pero también con todos sus méritos y virtudes. ¡Ah, señores! ¿Qué sombra maléfica, qué soplo de abyección habrán pasado en los tres siglos transcurridos sobre esta patria desventurada, para que el sublime demente se haya convertido en un ser enfermizo y desequilibrado, impúdico y vicioso, grosero, indiferente, cobarde matador de mujeres, negador de la fe, negador de la patria, tan reñido con las letras que ora envuelto en desvergonzado velo de estetismo se atreve á llamar á nuestro gran Echegaray, viejo caduco; ora arrebatado por impío desenfreno llama á nuestro Menéndez y Pelayo clerical sermoneador; y tan enemigo de las armas que provoca y alienta los recelos sociales y las luchas de clase y pretende poner en la picota á nuestro glorioso Ejército, acabando de ese modo con lo poco que nos queda de nuestros pasados esplendores. Demente, en fin, tan soez, extraño y repulsivo, que se burla de los héroes, reniega de los mártires y llama *quijotadas*, con gesto desdeñoso, á los actos más grandes, más bellos, más sublimes, que vieron las naciones y presenciaron los siglos...

Y veo también al lado de aquel sublime personaje, de aquel loco idealista ó de aquel idealista loco, otra figura igualmente hermosa é igualmente ideal: la figura de un rudo campesino, vulgar por su aspecto, torpe por ineducación, pero creyente por tendencia, de condición noble y honrada, filósofo á su manera y de un sentido moral estrecho y sano, no maleado por el fuego de las pasiones.

Es Sancho Panza un simple; gracioso sin chocarrería; interesado sin egoísmo; sensual sin grosería; atrevido, pero no osado; dicen que positivista y yo creo que tan idealista como su amo—y perdonadme lo atrevido de esta opinión—, aunque con el único idealismo capaz de encarnar en el hombre cuya inteligencia no ha despertado á la bienhechora sacudida de la instrucción y de la cultura.

Don Quijote tiene fe en sí mismo; Sancho tiene fe en su amo, y aun en los momentos—contados por cierto—en que se atreve á creerle y aun á llamarle loco, como en el capítulo á cuya lectura acabamos de asistir (1), ya habéis visto cómo afirma que no podrá apartarlo de él otro suceso que el de la pala y el azadón, porque yo, dice, *soy fiel*. ¿Queréis rasgo más delicado de tierno idealismo? ¿Es posible llamar justamente positivista al que así piensa y así obra? Y no se diga que los sentimientos de Sancho obedecen á que así como Don Quijote sueña en la gloria, él sueña en su ínsula, puesto que cuando toca el fruto de sus anhelos y palpa las realidades de sus esperanzas, convencido de que la carga es superior á sus fuerzas, arrójala valientemente y reniega de su gobierno, saliendo de él sin pena ni gloria, pero con la conciencia tan tranquila que puede decir á sus fingidos súbditos: «Vuesas mercedes se queden con Dios y digan al duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernantes de otras ínsulas.»

¡Donosa simplicidad y donoso positivismo el suyo, que le permiten conocerse á sí mismo y conocer aquellas virtudes que le distinguen de otras gentes superiores á él en inteligencia, pero inferiores en voluntad y en desprendimiento!

¡Triste cosa es también que aquel simple gracioso, quizás un tanto interesado; atrevido, pero escarmentado; sugestionado, pero convencido, haya sido substituído igualmente en nuestra patria por el simple chocarrero, egoísta; osado sin freno; sugestionado sin tasa; y que cuando ese simple ha llegado á las ínsulas nacionales—que no ha llegado pocas veces—, en lugar de convencerse de que el peso abrumador de los negocios públicos no se hizo para sus hombros, haya reputado como carga ligera la aplastante carga; y á pesar de todos los avisos y de todas las acometidas, de todos los sudores y de las fatigas todas, haya permanecido inconmovible en su sitial, creyendo, con mayor simplicidad que la del rudo manchego, que la providencia le elevó á la ínsula ambicionada con la exclusiva misión de hacer la felicidad de sus administrados!

Del contraste de aquellos dos idealismos; del idealismo ilustrado y el idealismo inculto que arraigan en dos almas igualmente creyentes, igualmente

(1) Capítulo XXXIII, leído por el Sr. D. Emilio Tapia.

generosas, pero opuestamente orientadas por los diferentes modos de ver del hombre instruído y del hombre ignorante, nace el interés no superable ni superado hasta la fecha, de aquel gigantesco libro, que en mi sentir, representa dos modalidades distintas del mismo anhelo, y que para otros significa la lucha de las dos tendencias humanas que nacen y se desarrollan en nuestras conciencias en el batallar continuo del espíritu y del cuerpo; lucha que si existe desde que el mundo es mundo, como existirá mientras el mundo sea, palpitaba entonces con mayor intensidad y con mayores estremecimientos en el alma nacional.

Y aquel anhelo recogido por Cervantes, anhelo que impulsa enérgicamente el corazón de todos los hombres y el corazón de todos los pueblos, es el aliento inmortal, la sombra atractiva, la esencia sugestionadora, que campean en aquellos capítulos encantados, envueltos en el manto deslumbrador de una forma magnífica y brillante.

Así se explica que ese libro imperecedero sea el libro de todas las épocas, el libro de todos los pueblos y el libro de todas las edades.

Pero no es sólo en esas dos grandes figuras en las que vemos encarnado el noble idealismo. El idealismo se respira en el QUIJOTE en todos sus capítulos y alienta en todos sus personajes: «Hermosuras sin segundo y sinfonías armoniosas de ideales purísimos, dice Benot, fluyen misteriosamente del QUIJOTE, obra encantada que habla la lengua universal del sentimiento, inteligible para todas las conciencias, sin distinción de fronteras en el espacio, ni de horizontes en el tiempo.»

Veamos, si no, aquellas mujeres del QUIJOTE, estudiemos sus caracteres, meditemos sus actos y veremos que todas ellas son grandes enamoradas, grandes idealistas, que hacen un culto del amor; que en sus amantes y para sus amantes viven. No hablemos ya, por no profanarle, del idealismo sublime, en la novela única, que encierra la grandiosa concepción de Dulcinea, pero paremos mientes en el amor hondo y sin egoísmos de Dorotea; invariable y firme de Luscinda; sencillo y virginal de Doña Clara; resueltamente ciego de Zoraida; sosegado y apacible de Doña Cristina; infeliz y contrariado de Ana Félix; impulsivo y vehemente de Claudia Jerónima, y veremos que en todos estos variadísimos aspectos con que hace asiento en los corazones femeninos la más hermosa de las pasiones humanas, campea un hálito ideal que las lleva á trasponer la ciénaga de la realidad, á manera de cisnes blanquísimos que cruzan los pantanos sin manchar en las aguas cenagosas el tinte inmaculado de sus alas. Es más, en la misma Maritornes, y en aquellas mozas de partido que armaron caballero á Don Quijote, hay rasgos y momentos en los cuales á través de su dura y maleada corteza, asoma vergonzoso la mirada un tierno idealismo.

Y en esa misma página—que parece escogida adrede para comprobar mi aserto—y que tan brillantemente acabáis de oir comentar por peritísimo artista (1), ¿no habéis percibido un soplo suave, ingenuo, acariciador de sano idealismo? ¿No habéis visto la protesta de un alma noble, generosa, delicada, contra el artificio que nos pone en rebeldía con la Naturaleza, el fraude que nos corroe, la malicia que nos denigra y el engaño que nos desune? ¿No habéis visto del mismo modo un canto vibrante, dulcísimo, armonioso, á la sencillez de costumbres; al amor ideal, puro y sin dolo, al sencillo pudor, á la honestidad confiada é ingenua?

Pues iguales ensueños, idénticas aspiraciones, semejantes soledades de los bienes perdidos hallaréis en todas las páginas del portentoso libro, cada vez que repitáis su gratísima lectura.

¿Y cómo no ha de ser la obra de Cervantes idealismo puro, si digan lo que quieran muchos comentaristas, era Cervantes un gran idealista, un creyente convencido, paladín de los idealismos todos? Creyente en la inmortalidad, creyente en el amor, creyente en el patriotismo, creyente en la gratitud, creyente en la honradez, creyente en el perdón, creyente en la virtud, creyente en la abnegación y en el sacrificio, creyente en todo lo grande, en todo lo noble, en todo lo hondo, en todo lo imperecedero de que su obra es programa y su vida ejemplo.

Díganlo si no las clarividentes afirmaciones de su libro; díganlo los actos más salientes de su vida; díganlo su admirable desprendimiento en el cautiverio de Argel, cuando habiéndose evadido de las prisiones agarenas con gran ingenio y arrojo, vuelve á ellas con decisión de libertar á los demás cautivos; dígalo su heroísmo en la batalla de Lepanto cuando herido en el pecho y después de haber perdido el brazo izquierdo, entre la fiebre de las tercianas y el dolor de las heridas, contesta á los que le instan para que se retire: «¿Qué dirían de mí si no hago lo que debo? Prefiero morir peleando *por mi Dios y por mi rey*, que no meterme so cubierta á reparar mis daños». Dígalo también su solicitud al recoger en la calle pública el cuerpo de un moribundo y trasladarlo á su lecho, recibiendo en recompensa de su acto humanitario el deshonor de un proceso; díganlo sus amores, su conducta, y sobre todo aquel sublime esfuerzo con que ya administrado, horas antes de su muerte traza como postrer tributo de gratitud la dedicatoria al conde de Lemus de su *Persiles y Segismunda*.

(1) Arenga de Don Quijote á los cabreros, comentada por el escritor D. Jesús Rodríguez López.

Y es que Cervantes encarnaba y personificaba, sin duda, el alma española de su época, porque así era entonces el soldado, el poeta, el religioso, el noble, el héroe. «Un tipo de noble belleza moral, forjado por la fe cristiana sobre el duro yunque de la guerra de ocho siglos de lucha gigantesca por la religión y por la patria» como en admirable síntesis dice un maestro de la palabra.

Y España era entonces la señora de los mundos, el portaestandarte de la civilización, la encarnación del heroísmo, la suma de todas las grandes virtudes y el compendio de todos los grandes méritos; de todo lo que fué, de todo lo que pasó, desde que el afán inmoderado de bienestares, el culto al vellocino de oro, la indiferencia punible, la desesperanza en el propio valer, la decadencia de las letras y el enmohecimiento de las armas, empezó á echar por tierra todos aquellos ideales, al golpe destructoramente ciego del egoísmo y de la ambición mezquina.

España fué grande, noble, fué genial mientras fué idealista. Y de todas aquellas glorias, de todos aquellos bienes, de todos aquellos esplendores, no nos queda hoy otra cosa que el nombre de Cervantes, iluminado eternamente por los mágicos destellos de aquella obra exuberante de luz y de colores, gigantesca, indestructible, salvada del naufragio, sublime y perdurable por ser precisamente el compendio y el resumen de todos los idealismos. Que del ideal depende todo cuanto hay de creador y permanente. Del ideal depende que conllevemos los hombres los dolores de la vida. Del ideal depende que surjan de sus desastres las naciones, remozadas y redimidas.

Seamos, pues, idealistas; tengamos fe en las grandes revelaciones, fe en el amor, fe en nuestro valer, fe en nuestros destinos. Desoigamos la voz loca de los que querían llevarnos por derroteros contrarios á nuestra tradición y nuestro carácter; protestemos indignados de aquellos que se mofan de nuestro *quijotismo*, y, por el contrario, seamos *Quijotes*; pero *Quijotes* del siglo XX. No se diga, como acaba de decir en el Ateneo de Madrid el ya ilustre doctor Sr. Royo Vilanova, que el QUIJOTE se ha hecho yanqui, frase amarga y cruenta de negro escepticismo. Tengamos como el hidalgo manchego el valor de nuestras convicciones; el arraigo de nuestros juicios; la fe en nuestros destinos; la virtud de nuestros actos; el honor de nuestros ideales, y España, á pesar de todos sus desastres, resurgirá otra vez grande y potente, triunfal y redentora.

Mirad que si hay una voz que llama á los humanos al camino de los bienes eternos, la voz de Cristo—hay otra voz que llama á los españoles á la senda de los bienes patrios—la voz de Cervantes.

* * *

El Instituto de Lugo que dirige el sabio profesor D. Valentín Portabales, celebró con una velada literaria el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Comenzó el acto con la lectura por el catedrático del Instituto, D. Daniel Fraga, de un erudito discurso acerca de Cervantes y el QUIJOTE.

Seguidamente dióse lectura de varios pasajes del libro inmortal por el catedrático D. Feliciano González y los alumnos D. Antonio de Cora, D. Antonio Gasalla y D. Vicente Rey.

Después, el alumno D. Heli Tella dió lectura de un discurso analizando la obra de Cervantes.

Los señores Amor Meilán, D. Jesús Rodríguez y el Sr. Alvarez Limeses, leyeron inspirados versos dedicados al QUIJOTE y á su inmortal autor.

Procedióse después al reparte de premios y *accésits* como resultado del concurso previo abierto entre los escolares, obteniendo los cuatro primeros premios el alumno del Magisterio, D. Ginés García, que fué muy aplaudido.

Por último, los alumnos D. Ramón Anduaga, de la sección de Letras; D. Antonio Montenegro, de la de Ciencias, y D. Ginés García, del Magisterio, recitaron unas hermosas décimas ante un busto de Cervantes colocado bajo dosel á la derecha de la mesa presidencial, y terminó tan grata fiesta con la coronación del busto por el alumno de Letras don Jesús Latas Folgueira, en medio de delirantes aplausos.

He aquí ahora una parte del discurso de D. Daniel Fraga, en el que estudia y analiza

«El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha»

Esta obra, que ha otorgado á su autor la merecida celebridad que alcanza, es ante todo una novela, tal como la entienden los modernos, ó sea la narración verosímil de una acción imaginaria entre personajes particulares, engalanada por el arte.

Si geográficamente hablando, la novela ha nacido

en el Oriente, es porque allí debió aparecer el primer eslabón de la gran familia humana; que no por que aquélla haya sido el patrimonio de determinado país ó raza, ya que todo cuento, toda relación fantástica cautiva la naciente curiosidad del niño, la juvenil y anhelante imaginación de todos los pueblos en su infancia. El hombre habló desde que tuvo un asomo de razón, y contó, *noveló* luego que habló. La novela, pues, en su fondo inside, nutre sus raíces en la constitución psicológica de la humanidad. Cervantes, por tanto, había tenido naturalmente predecesores en el género en que tanto brilló y que perfeccionó, según racionalmente se concibe é históricamente se comprueba.

Claro está que las pueriles aventuras que constituyen el nervio de la novela primitiva, se fueron extendiendo con los avances de la civilización afianzada por el germen revolucionario mansamente ingerido en las costumbres bajo el influjo del espíritu cristiano: el matrimonio, la dignificación de la mujer, etc., ofrecieron florido campo á la fantasía para ornar la relación de escenas antes ignoradas y de episodios extraordinariamente sugestivos.

Por lo que hace á nuestro país, tras la ruptura de la unidad romana, la conjunción anómala de diversos elementos filológicos y exóticos, importados por los distintos invasores, proporcionaron los datos en bruto de la actual lengua española y, en general de las lenguas neo latinas, en una palabra, de las lenguas *romances*, de donde toma su denominación la literatura llamada *romántica*, que se alimentaba con narraciones extravagantes y fabulosas, ecos tal vez de las canciones de los bardos.

Estas extrañas é insinuantes relaciones fueron perpetuadas por la tradición, más tarde escritas y conservadas con mayor ó menor esmero, según el interés que despertaban. Los españoles, en su natural vivacidad, causa de su desvío frecuente del lado práctico de las cosas, siempre se han complacido en las muelles delicias y naturales encantos de las ficciones deslumbrantes, de un eterno idealismo, y así han conservado con exquisito tacto y cultivado con fruición el género novelesco abundante en episodios pasionales y entusiastas, ricamente descriptivo en la pintura de arranques de caballerosidad y de hidalguía.

Esto de una parte, y el tesón verdaderamente nacional, que nuestros antepasados tuvieron en arrojar del suelo patrio á sus aborrecidos invasores en épicas contiendas salpicadas de incidentes de arrojo y de valor, explican suficientemente el gusto especial de los españoles por las narraciones belicosas en un tiempo en que todo se resolvía por medio de las armas. De aquí el arraigo en España de la literatura nombrada *caballeresca*, de esa literatura que, cualesquiera que sean el país en que tuvo origen y el libro que la sirve de portada y de boceto, relataba las antiguas ceremonias que precedían al ingreso de los jóvenes en el servicio de las armas y que, luego bajo el régimen feudal, se convertían en aguerridos paladines de la causa de la religión y en instrumento de protección al desvalido.

Más tarde, las trovas de esos ritos y de las hazañas de los armados caballeros, añadieron ó asociaron espontáneamente á tales cantos un nuevo elemento personal que los embellece: el amor y la más ideal galantería hacia la mujer.

En nuestra historia, ya de suyo pintoresca y legendaria, cuajaron perfectamente aquellas poéticas ficciones, y los libros de caballerías alcanzaron extraordinaria estimación. Así es que, de determinadas leyendas populares y aun de ciertas fabulosas crónicas, como la que se refiere á D. Rodrigo, á los libros de caballerías no hay más que un paso, que se borra con sólo substituir el carácter histórico de los personajes de las primeras por la fantástica realidad de los que figuran en los segundos. No es, pues, extraño que España conservase mejor y cultivase por más tiempo que ningún otro país este género de literatura que, lejos de elevar la cultura del pueblo, lo trastornaba con sus disparatadas relaciones, alimentando la superstición ó involucrando las nociones del valor y de la temeridad, cuyos lamentables efectos se dejaban sentir en extraños perjudiciales desvaríos en las públicas costumbres. Las disposiciones del Gobierno, como las excitaciones de instruídos particulares contra semejantes obras habían sido letra muerta.

Cervantes acometió esta ardua empresa y consiguió su propósito de la manera más completa. Los libros de caballerías dejaron de publicarse, y lo que es más: con su obra se extirpó absolutamente la afición á tal lectura.

No conocemos con seguridad el hecho con cuya ocasión escribió Cervantes su QUIJOTE, ni si su héroe es la caricatura de alguna persona con la que él estuviera malquisto; pero lo que ya resulta incuestionable tras alambicadas discusiones críticas es lo que él mismo declara bajo su honrada palabra en la primera y en la segunda parte de la obra con un intermedio de diez años: que el único blanco de sus intenciones fué herir de muerte los libros de caballerías con el que salió de su elegante pluma.

Con la bella ficción de aquel hidalgo y pundonoroso manchego á quien los libros de caballerías habían vuelto el juicio al extremo de creerse uno de los disparatados seres que tales leyendas nos retratan, con la ideal y levantada misión de amparar desvalidos, vengar injurias y deshacer entuertos, y con la notable pintura del ignorante é interesado escudero que le acompaña en sus locas aventuras, á más de conseguir el novelista su propósito, delineó de mano maestra, aunque inconscientemente, como ocurre casi siempre con los frutos del genio, la eterna lucha del espíritu y del cuerpo, de las aspiraciones nobles y de los apetitos bajos y rastreros con que recíprocamente se combaten estos dos *amigo-enemigos*, que había dicho Calderón y cuyo formal antagonismo acusa aquel desesperado verso de Espronceda:

> Aquí para vivir en santa calma,
> ó sobre la materia ó sobre el alma.

Describió la contienda, en fin, inacabable de lo que, según ha dicho Pascal, tenemos de *ángel*, con lo que poseemos de *bestia*, del idealismo y del materialismo, en cuya justa ponderación consiste la vida real, la perfección de la existencia; que también aquí cabe decir *inmedio consistit virtus*, es decir el *mens sana incorpore sano*, de la escuela de Salerno.

Uno de aquellos personajes, Don Quijote, es la honradez, la caballerosidad y la hidalguía, la personificación desinteresada de toda causa noble y altruísta, el espíritu del raciocinio, el hombre, en fin, sesudo é instruído en todo lo que no constituye su monomanía; el otro, Sancho Panza, en medio de su fondo de probidad, es el emblema de la credulidad y de la ignorancia, del embuste malicioso, de la glotonería y del egoísmo, la simbólica figura del conocimiento práctico de la vida, con cuyos caracteres psicológicos concuerda admirablemente la descripción respectiva de sus cuerpos: alto, enjuto, seco, avellanado el pensador; pequeño, rechoncho y gordinflón el egoísta.

Cervantes, pues, sin proponérselo, escribió una obra de enseñanza práctica, fecundísima en preceptos de perdurable aplicación á la vida doméstica, política y social, una filosofía del sentido común con vistas omnilaterales.

Pero ni es este el aspecto más notable de la obra, ni ha sido tal nuestro designio, pues á pesar de ser conducido hacia ese lado por naturales aficiones, fué encauzado en dirección diversa por el carácter de vulgarización que en este trabajo se imponía como trasunto humilde de la rara producción que nos ocupa, y que es, en realidad, un *omnia omnibus*.

Quizás en esto, en lo que ningún cervantista que sepamos, se ha detenido lo bastante, está el mérito incomparable de Cervantes, singular sin paradoja; porque ha delineado magistralmente las aspiraciones y defectos de la humanidad entera en sus personajes como en vasto cinematógrafo de un colorido tan exacto y agradable que, sobre corregirse y perfeccionarse el instruído y aprender y deleitarse el ignorante, «el melancólico se muere á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invención, el grave no la desprecia ni el prudente deja de alabarla», según lo había deseado su autor vaticinando su propio mérito como en vaga predicción de la realidad que presentía.

En efecto, ese inmenso y sublime cuadro de la vida entera está, al decir del Sr. Bermúdez de Castro, adornado de «una profusión de chistes y extravagancias capaces de hacer reir á un sepulcro». También Cervantes había profetizado esta doble faz de su novela al afirmar que los sucesos de Don Quijote ó «se habían de celebrar con admiración ó con risa»; que nada valen los discursos del amo sin las simplezas del criado.

Esta rarísima universalidad, de que seguramente no hay otro ejemplar, es la que ha dado á nuestro libro una celebridad incomparable y—permítaseme el neologismo—verdaderamente *pangeoguímnica*.

El ilustre manco, de esta vez había acertado tan bien su vocación que, empapado completamente del asunto y moviéndose en él libre y desembarazadamente, llega á sentir y penetrar por modo tan admirable la parte moral de sus personajes, que vacía en la de éstos su propia psicología; adora aquellos hermosos partos de su soñadora fantasía y se siente alternativamente Quijote en sus disertaciones, levantados sentimientos y propósitos; Sancho en su candorosa sencillez. En DON QUIJOTE se nos muestra por un lado, con la figura del escudero se redondea su psicología.

Tras lo dicho, ya nadie podrá maravillarse de que la misma viveza que ornaba la concepción de sus héroes, aparezca modelada en sus retratos y en todas sus infinitas y graciosas aventuras. La literatura, con efecto, es el rechazo de la psicología, como la palabra lo es del pensamiento; si éste es pálido, pálida será también aquélla; si borroso y pobre ó rico y acabado, pobre y borrosa ó completa y pintoresca ha de ser su tradición. Boileau lo había dicho: «Lo que bien se concibe, bien se expresa.»

Así es que, á la manera que las variadas escenas y situaciones brotaban animada é incesantemente del cerebro de Cervantes, del propio modo fluye con pasmosa naturalidad el lenguaje que las pinta y las destaca entre variados haces de una luz multicolor.

¿Qué de comparable hay, si no, á la fresca pintura del asomo de la aurora en la primera salida del extraviado manchego, ó al retrato de la belleza de Dulcinea, ó la transcripción de las razones de la hermosa Pastora Marcela, ó al vivo sentimiento, en fin, que despierta la escena del encuentro y reconciliación de Dorotea y D. Fernando, de Luscinda y de Cardenio? Cervantes sentía profundamente las bellezas de la naturaleza y, encantado de lo pastoril, lo describe con maestría inimitable.

¡Qué donaire, por lo demás, campea en las aventuras y extravagantes escenas de este libro! Sancho manteado, despojado del gobierno ó aporreado con su señor en la venta en que servía Maritornes, es un tipo graciosísimo que vivirá eternamente en la imaginación popular. ¿Y qué decir, por fin, de la infernal algarabía de la venta en que se discutió la gran cuestión del yelmo y de la albarda, que no excite la hilaridad del más tétrico y sombrío?

Ilmo. Sr. D. Valentín Portabales Blanco, Director del Instituto general y técnico de Lugo.

Mas hay ciertas bellezas tan delicadas, que palidecen al primer asomo del análisis; bien así como la tierna rosa se aja y se marchita al contacto de la suave brisa de la tarde.

Tal ocurre con multitud de pasajes del Quijote impregnados de poesía y sentimiento tales, que su mismo carácter inefable aleja de ellos la posibilidad de todo trabajo analítico ó de disección, máxime cuando éste es intentado por aprendices inexpertos; es algo, en fin, que no se explica y que se siente.

Por lo demás, no hay para este novelista original óbice alguno en el lenguaje; sortea las dificultades ó, por mejor decir, no las encuentra; es el soberano artista de la palabra que engarza sus concepciones entre los calados primorosos de una rica labor de filigrana y, ora se mueve mansamente como límpido arroyuelo matizando el campo de verdor, ora avanza resueltamente cual torrente que salta entre las desigualdades de un camino pedregoso. Cervantes fué en este mundo un viajero cuya lengua no llegó á ser entendida por sus contemporáneos; en su época era un oasis en medio del desierto. Poseía un alma mantenida constantemente por el sagrado fuego de la inspiración, que la convertía en una extensa escala musical capaz de reproducir en todos los tonos las armonías de la Naturaleza; en una delicada paleta en la cual se encontraban todos los matices del sentimiento: el placer y el dolor, lo serio y lo jocoso, lo sentimental y lo indiferente. Sentía las impresiones hondamente y las expresaba con igual virilidad. Según es la pulsación así es la nota.

Los grandes genios son siempre originales, ni imitan ni pueden ser imitados, dogmatizan en los asuntos de sus aptitudes respectivas, sin saberlo ni intentarlo. Cervantes dogmatizó, definió en nuestra lengua, y este brillante legado ha sido recogido con amor y con respeto por la posteridad, que conserva y utiliza esa *fértil cosecha de su dulcísimo trabajo.*

El QUIJOTE es la primera novela del mundo y uno de los libros más galanamente escritos; es y debe ser hoy más el perpetuo modelo del rico lenguaje castellano, constantemente amenazado en su pureza primitiva por un vocabulario exótico en mal hora impuesto por las tiranías de la moda, cual si nuestro idioma fuese algún hidalgo pobre y andrajoso que hubiera menester para presentarse en público de extraños atavíos.

En este libro verdaderamente clásico, la pintura de los caracteres es tan bella y exacta, como cabía esperar de un espíritu observador, á quien su vida errante había ofrecido constantes ocasiones de examen de los diversos tipos, defectos y aspiraciones humanas. Por otra parte la gracia inagotable, la moralidad sin tacha y la lozanía del estilo que no se agosta jamás, brillando aún en la segunda parte con más vivos resplandores—bien que su autor hubiera creído que «nunca segundas partes fueron buenas»—son, aunque otros no tuviera, méritos sobrados para que esa obra dure tanto como la vida de la Humanidad en el universo. Al presente, el desconocerla, el ignorar las proezas de sus principales personajes, de esas ricas producciones de aquel espíritu creador, es poseer la ejecutoria mejor ganada de ignorante ó descuidado. «Los niños—había vaticinado ya su autor—la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran.»

Tras algunos siglos que de su primera aparición nos separan, después de radicales y aun recientes modificaciones geográfico-políticas en los dominios españoles, que sofocan el espíritu nacional con terribles amarguras, todavía nos sirve de lenitivo á tal desdicha el hecho de hablarse el rico idioma en que Cervantes ejerció provechosa dictadura, allende el mar, en las hermosas y lejanas playas americanas, adonde ¿por qué callarlo? fué España como madre para ser arrojada de allí como madrastra.

D. Daniel Fraga, Catedrático del Instituto de Lugo.

Por lo demás, si Cervantes tuvo en vida bien poco que agradecer á su patria, tampoco una vez muerto, fué glorificado cual debiera. Cuando el rumor de su fama se extendió hasta las cultas Inglaterra y Francia, y empezaron estos países á tirar ediciones del QUIJOTE, fué cuando España tardíamente picada en su honor, comenzó á reivindicar la pertenencia de ese tesoro inestimable, editando las obras de aquel hijo á quien había abandonado en brazos de la miseria, levantándole estatuas, difundiendo sus sabrosísimas lecturas.

Esta novela, verdadero portento del ingenio humano, traducida á todas las lenguas cultas, incluso al griego antiguo y al latín, y de la cual se han hecho mil y setenta y tantas ediciones, no carece ciertamente de algunos pequeños lunares que, cual los de ciertos rostros, realzan su hermosura.

D. Victoriano Tuñón, Regente de la Escuela graduada de Lugo.

Éstos, en rigor, no son más que consecuencia necesaria de las múltiples facetas de la imaginación inquieta y soñadora del autor, la cual saturada del asunto, fustigaba sobre el papel con vértigo pasmoso aquella pluma de oro que, como dice, repitiendo palabras de Cervantes, el ilustre crítico Jünemann en la obra sabiamente elegida para iniciar á los alumnos de esta escuela en la asignatura de Historia de las literaturas, que actualmente me honro en desempeñar, *no se detuvo un punto hasta que, terminado el libro inmortal, pudo decirle el prudentísimo Cide Hamete:* «Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, á donde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte... Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir.»

No olvidemos, por fin, que este gran libro, indolentemente entregado al mundo por Cervantes, aunque tuvo de su propio mérito una viva intuición, no fué intencionalmente un libro serio; que su autor, á la manera de las hermosas páginas escritas por Tucídides en el destierro, ó por Silvio Pellico entre los hierros de su prisión, lo engendró en una cárcel, en donde, como él mismo dice bellamente, «toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación», y en una época en que los dorados ensueños de la juventud empiezan por lo común á ceder su puesto á los tintes melancólicos que rodean por doquier al hombre en el ocaso de su vida, máxime cuando ésta ha sido azotada sin cesar por el cierzo asolador del infortunio.

Si Cervantes, empero, hubiera vivido entre el lujo y el aplauso, ó no habría escrito su QUIJOTE, ó tal vez esta obra no tuviera tanto que admirar; porque, así como á una cuerda hay que herirla vivamente para que produzca un sonido vigoroso, así hay que dar tormento al corazón para que prorrumpa en expresiones de poéticos acentos.

La lira humana puesta al servicio de un pecho que no ha sido martirizado por el dolor, despide débiles sonidos, y el repelente maridaje de sinsabores y miserias es un acicate poderoso que, en medio de los sombríos crespones de una existencia perpetuamente amargada por la duda, exalta el sentimiento, robustece la razón y promueve la actividad de los poderes personales hacia una dirección acaso ignorada, ofreciendo á la Humanidad un tesoro al provocar en el mísero ó en el despreciado una re-

velación semidivina de sus naturales aptitudes.

Tal le acaeció al príncipe de los ingenios españoles, y por ello se avalora una vez más su producción imcomparablemente admirable, y sobre la cual con cierta especie de merecida reverencia, resume su juicio el Sr. Castro y Serrano en esta frase concisa y á la vez profunda: «El QUIJOTE es... el QUIJOTE.» A ella sólo añadiremos que Cervantes, en justicia, no es el nombre de un hablista; es el nombre de la lengua. Él, por medio de esta obra, se había labrado su propia estatua; la posteridad no hace otra cosa que ofrecerle un pedestal que ocupa el Universo.

***

La Escuela graduada de Lugo, que regenta el docto profesor D. Victoriano Tuñón, celebró una fiesta literaria en honor de Cervantes, á la que asistió selecta concurrencia.

Comenzó el acto con un notable discurso del señor Tuñón, en el que trazó, á grandes rasgos, la vida del gran escritor, declarándole el primero de nuestros pedagogos, y recomendando la lectura del QUIJOTE como obra instructiva y educadora.

Después leyeron poesías y fragmentos del QUIJOTE los niños Avelino Vigo, J. R. Calcaño, B. López García, José Vilas, Luis Soto, Cándido García, Esteban Sánchez, Rafael Macilán y Vicente Sánchez.

Terminó el acto pronunciando muy notables discursos el inspector de primera enseñanza Sr. Alvarez Limeses, el director de *El Norte de Galicia* y diputado provincial Sr. Tapia y el gobernador interino.

Los alumnos de la Escuela graduada fueron obsequiados con lujosos ejemplares del QUIJOTE.

VIVERO

PROGRAMA de las fiestas celebradas en el pueblo de Vivero:

Día 7 de Mayo de 1905.—Por la tarde paseo en la travesía de la Marina, amenizado por la banda del maestro Sr. Latorre.

A las nueve y media de la noche solemne velada en el teatro de esta ciudad:

PRIMERA PARTE

1.° La sinfonía del *Barbero de Sevilla*, por un quinteto en el que tomaron parte las distinguidas señoritas Elisa, María Cruz y Luisa F. Ramudo, la señorita Marina Irimia y el Sr. D. Lucio F. Argüelles.

2.° Memoria del señor secretario de la Comisión, D. Luis Tobío.

3.° Discurso inaugural del Sr. D. Daniel Aguirre.

4.° Poesía festiva y alusiva á las fiestas del QUIJOTE, por D. Juan Plá Zubiri.

5.° Terceto musical *La muerte del náufrago*, por las señoritas de F. Ramudo.

6.° Crítica del QUIJOTE, por el Ilmo. Sr. D. José A. Parga Sanjurjo.

7.° Poesía de D. Alejandro Sabando y Alcalde, al Ingenioso Hidalgo.

8.° Overtura del maestro Sr. Muñoz, ejecutada al piano por su autor.

9.° Lectura de trozos escogidos del QUIJOTE y recitación de algunos, por el niño Pedro Fernández.

SEGUNDA PARTE

1.° Cuarteto de *Semíramis*, por las señoritas María Cruz y Luisa F. Ramudo, Sr. F. Argüelles y profesor Sr. Latorre.

2.° Disertación del Ilmo. Sr. D. Pedro M. Trobo.

3.° Poesía de D. Antonio Villar Ponte.

4.° La preciosa melodía *Rose d'automne*, cantada por la señorita Marina Irimia.

5.° Trabajo del Sr. D. Manuel Cordido.

6.° Poesía del Sr. García Dóriga.

7.° Disertación del Sr. D. José Rodríguez.

8.° Capricho sobre aires nacionales y zarzuelas, tocado al piano por el profesor Sr. Muñoz:

9.° Trabajo del Sr. D. Jesús Noya.

Día 8.—A las diez de la mañana función religiosa en la parroquial de Santiago, con asistencia de la excelentísima Corporación municipal, autoridades civiles y militares y demás invitados, en la que pronunciará la oración fúnebre de Cervantes el señor cura de Santa María del Campo D. Antonio Nieto Prieto.

Terminado este acto, se organizará seguidamente la procesión cívica, con objeto de inaugurar la lápida que dará el nombre de «Avenida de Cervantes» al actual barrio de Santiago, disparándose en este momento una salva de 21 bombas reales; la procesión recorrerá la travesía de la Marina y calle de Pastor Díaz, para disolverse en la plaza de la Constitución, en la que, ante el busto de Cervantes, se depositarán las coronas que las diversas colectividades destinen á este fin.

He aquí ahora el discurso de D. Antonio Parga Sanjurjo:

Crítica del «Quijote».

Hace tres centurias vió la luz un libro inmortal que, después de recorrer triunfante la redondez de la tierra y de ser traducido á todos los idiomas cultos, concluyó por enseñorearse de los espíritus amantes de la belleza y por ser regocijo y delicia del género humano. Engendrado en mísera cárcel, lleva impreso el sello de honda amargura, velada por genial humorismo é insinuante gracejo, que mueven al ignorante á la burla y hacen pensar al docto en la paradójica verdad de que, así como el placer produce en ocasiones el llanto, así el dolor puede sugerir, á veces, la risa.

D. José Antonio Parga Sanjurjo.

La acción que se desenvuelve y narra en ese libro se condensa en una fábula ingeniosamente tramada, de invención limpia, exenta de rebuscadas situaciones y de pasionales arrebatos, que marcha en gradación constante á su natural desenlace, sin artificios violentos, sin bruscas é imprevistas transiciones.

Los personajes que en la misma actúan están tomados del natural; son seres de complexión humana que se mueven en consonancia con su encarnadura mortal, que vemos á todas horas y en el momento presente, con haber transcurrido trescientos años desde que el *Manco* sublime nos presenta al hidalgo manchego caminando por los campos de Montiel, puesto el pensamiento en Dios, su enamorado corazón en Dulcinea, caballero en su flaco Rocinante, embrazada la adarga, armado de la mal pergeñada lanza, cubierta la caldeada cabeza con la endeble celada, poseído el ánimo de indomables arrestos y apercibido á enderezar entuertos, desfacer agravios, raparar injusticias y ser abnegado defensor de huérfanas y doncellas, de desvalidos y débiles.

Una sátira sin hiel, en la cual, sin zaherir á nadie en particular, sin atacar la religión y sin ir contra lo que es fundamental en toda sociedad, se combate, no obstante, con fausto suceso, una tendencia irracional y absurda que se inspira en el propósito de resucitar lo muerto y de dar vida y calor á quimeras y alucinaciones, es cosa bien maravillosa y peregrina, que entraña una empresa titánica sólo asequible al portentoso genio de Miguel de Cervantes Saavedra, luminar hermoso que irradia vívidos destellos en el espléndido cielo de la patria literatura. Porque es innegable que la risa de Cervantes mató la perniciosa afición á los libros de la caballería, y si no la mató, porque ya estaba muerta, echó sobre su sepultura las últimas paladas de tierra para que no resurgiese en daño del buen sentido.

El héroe que llena con sus aventuras la fábula que se narra en ese precioso libro, es un monómano simpático, no obstante sus extravagancias, un personaje en quien la locura parcial que le aqueja se eclipsa en ocasiones y es substituída por una lucidez intermitente, que le permite discurrir con acierto sobre temas extraños á la idea dominante que le obsesiona y en torno de la cual gravitan sus dislates y aberraciones.

Hasta en su locura, en su exaltación psíquica y en medio de los espasmos de su calenturiento cerebro, hay un fondo de sublime abnegación, de noble heroísmo, de acentuado desinterés que le granjea simpatías y que sugestiona á cuantos leen la imperecedera creación cervantesca. Vende una parte de su hacienda para comprar libros, cuya lectura desvía su claro talento de los racionales derroteros que debiera seguir y le empuja por los sinuosos y accidentados que le sugiere la demencia; y no sólo vende una parte de su modesta hacienda, sino que malvende el resto para procurarse medios de acometer locas y temerarias empresas, cuyo ridículo y desastroso éxito mueve á la risa y á la par á compasión y lástima. Late y perdura en su alma perturbada la verdadera alma nacional, sedienta de gloria y de temerarios empeños, que no mide ni avalora la gravedad é inminencia del peligro, que no se rinde á los apremios de la adversidad, que

se ofrece en holocausto del bien ajeno con detrimento del propio. Y en premio de tanta abnegación y heroísmo, recibe, como galardón, ingratitudes, burlas y desprecios. Los redimidos galeotes le pagan con pedradas, el socarrón bachiller le prepara celadas con objeto de apartarle de la vida aventurera, los duques y sus doncellas celebran sus extravagancias con bromas y burlescos agasajos que el confiado y sincero hidalgo acepta como buenos, el capellán de los duques le apostrofa con sandeces é insultos impropios de su sagrado ministerio y hasta unos muchachos, *más malos que el mismo malo*, se mofan del andante caballero y de su leal escudero cuando entraron en Barcelona, alzando la cola del rucio y de Rocinante y poniéndoles sendos manojos de aliagas, que espolean las carnes de las bestias, causándoles vivo dolor.

El corazón del hidalgo manchego presta fervoroso culto á nobles ideales, ganoso de proezas, de hazañosos hechos, de arriesgadas aventuras, y al final de la jornada le lacera el alma la hiel amarga de las decepciones. Algo parecido acaeció al peregrino ingenio que dió vida al personaje originalísimo que se destaca, con marcado relieve, en esa obra sin rival, que puede considerarse como una especie de autobiografía del esclarecido escritor. Anhelos de gloria conmovieron también el magnánimo corazón de Cervantes y le lanzaron á combatir, denodado, contra los obstinados enemigos de nuestra nacionalidad y de nuestra raza, acometiendo en Lepanto, á las órdenes de Don Juan de Austria, de aquel rayo de la guerra, á las escuadras otomanas y perdiendo en la lid una mano, aunque le quedaba otra con que mover la pluma y manejar con una maestría, donaire y gracejo hasta entonces nunca vistos, la majestuosa lengua castellana. La suerte contraria le deparó, además, duro y prolongado cautiverio, y sin la intervención redentora de una orden religiosa que pagó su rescate, se hubiese quedado España sin la obra inmortal que levantó, por modo extraordinario, su nivel intelectual ante el mundo civilizado.

Restituído á su patria con la doble aureola de mutilado guerrero y resignado mártir, le salieron al paso desdichas y desventuras sin cuento, en tanto grado, que la veleidosa fortuna, regateándole al principio sus favores, concluyó por mostrársele adversa. Ávido de literarios triunfos, no logró alcanzarlos en vida; la posteridad había de reservarle, empero, inmarcesibles laureles, que se sobreponen, aún inconmovibles, á las injurias del tiempo y al olvido de las edades.

El tipo de Sancho Panza forma singular contraste con el de Don Quijote. Atestigua á éste una lealtad á toda prueba, como que su cariño hacia el mismo, más que la propia vocación, le retiene á su servicio. El prosaísmo de la vida, un egoísmo que se manifiesta en toda su desnudez, son los rasgos más salientes de su carácter, y á las nobles, pero exaltadas aspiraciones del linajudo hidalgo, opone el malicioso escudero los positivos reparos que le sugieren la diaria experiencia y el anhelo vehemente de retornar al lado de su esposa Teresa. Sus razonamientos y reflexiones se condensan en una inacabable serie de refranes que ensarta á la continua, vengan ó no á cuento, y que Don Quijote procura atajar, advirtiéndole la inoportunidad con que los usa en muchas ocasiones.

Don Quijote es un ideólogo desequilibrado que sueña quimeras é intenta luchar con lo imposible; Sancho, un ser rudo é inculto, pero malicioso y desconfiado, que se atiene á la realidad inexorable: el primero se crea un mundo imaginario y fantástico inspirado en la lectura de los libros de caballería que le sorbieron el seso; el segundo, abomina de todo lo que pueda comprometer su existencia y secuestrarle la tranquilidad que gozaba en ese ignorado lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiere acordarse Cervantes; el hidalgo manchego reprocha á su escudero su ignorancia y simpleza; éste le contesta trayendo á cuento los fracasos y desengaños que llevan aparejados sus locuras: el andante caballero es valiente hasta la temeridad; el escuderil campesino, débil y medroso hasta la cobardía. Don Quijote es franco, sincero, refractario á la mentira; Sancho apela al engaño para sustraerse á los mensajes que le encomienda su amo cerca de Dulcinea del Toboso, asegurándole que la vió cribando trigo candeal y haciéndole creer después que se halla encantada; el ingenioso hidalgo es un atávico engendro de un mundo que moría; su malicioso escudero, el germen embrionario de una nueva edad que venía á reemplazar la pasada.

En medio de todo, el amor de Sancho á su amo no decae un solo momento, y cuando Don Quijote siente, ya recobrada la razón, que se acerca la hora postrera, le llora á lágrima viva y no se aparta un instante de su lado. El contraste de los caracteres sostiene el interés de la novela, manteniendo siempre fija y concentrada la atención del lector.

En *La Iliada* de Homero, todos los héroes obran respondiendo, por modo admirable, á la finalidad del poema: Aquiles, con su iracundia y colérico ardimiento; Ulises, con su astucia; Nestor, con su consejo y con su prudencia; Ayax, con su esfuerzo gigantesco; Diómedes, con su arrojo, y los Atridas, con su denodado valor. Lo mismo acontece en el libro del Ingenioso Hidalgo, donde Don Quijote y Sancho son las figuras de más relieve, y lo mismo éstas que las que se destacan en segundo término imprimen vida, movimiento y prestan finalidad al conjunto de la fábula, coadyuvando á que ésta se desenvuelva felizmente y llegue á su natural desenlace sin el menor contratiempo.

Cervantes inició en sus novelas ejemplares y en la obra, objeto de este presente trabajo, la escuela naturalista; pero el naturalismo del inmortal escritor, del genial novelista, es un naturalismo discreto que no está reñido con la decencia, y además de discreto, humano y desprovisto de ese sello pornográfico que llevan impreso bastantes producciones literarias hoy en boga. ¿Quién no tropieza en el día, á cada paso, con personas que discurren, obran y se conducen de modo análogo á las que Cervantes retrata de manera tan magistral? El retablo de Maese Pedro trae á la memoria los que usan los titiriteros del día, y el modo de exhibirse el travieso y truhán Ginesillo de Pasamonte, muchacho afecto á su servicio, en nada difiere de la gárrula palabrería que emplean los charlatanes de oficio: el lenguaje de los galeotes se asemeja al caló que hablan nuestros presidiarios; los yangüeses, venteros y demás gente maleante llevan el sello típico de los que existen en la época actual. Hay tanta verdad en los caracteres populares ideados por Miguel de Cervantes, que no parece sino que las clases que integran la sociedad española nada ó muy poco han variado desde entonces hasta hoy.

Comisión ejecutiva del Centenario en Vivero (Lugo.)

Pero lo que más resalta en el Príncipe de nuestros ingenios es la limpieza de la invención y la originalidad de los personajes por él creados, personajes humanos, cuyo carácter está bien perfilado y definido y se sostiene hasta el final de la acción.

La gente docta y erudita pone especial empeño en hallar semejanzas, ciertas algunas, aparentes otras, entre las joyas literarias de más valía, y llevada de esta obsesión apunta conexiones entre los poemas de Homero y *La Eneida* de Virgilio y aun adelanta que el enciclopédico poema dantesco, *La Divina Comedia*, se inspiró, al describir la mansión de los condenados, en el infierno pagano ideado por el dulcísimo vate mantuano, cuando hace descender á este lóbrego lugar al piadoso Eneas. Podrá haber en estas semejanzas algo de verdad; pero no la hay en asegurar que existe parecido alguno entre la incomparable obra de Cervantes y las de otros ingenios que le precedieron ó que le han sucedido.

Víctor Hugo, llevado de esta tendencia y de una crítica inmoderada y pretenciosa que rebusca semejanzas donde no existen, afirma que Don Quijote y Sancho son fiel semblanza de Baco y de Sileno, fundado, quizá, en que montaban sendos rucios y en que el mitológico dios llevaba consigo la copa de las libaciones y el escuderil campesino la clásica bota española. Por los mismos imaginarios cauces corre la crítica de Vaquerie al sostener que el hidalgo manchego y su escudero son Crisalo y Filaminto, personajes que figuran en *Les femmes savants*, comedia en la cual el festivo Molière pone á contribución su *vis cómica* y su vena satírica con objeto de fustigar con el ridículo al marido débil y apocado que se deja sugestionar por la insubstancial palabrería de una esposa que alardea de sabia, sin serlo.

No hay para qué decir que las semejanzas mantenidas por tan distinguidos escritores extranjeros, son apreciaciones exentas de toda realidad. Bastará observar, para demostrarlo, que la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha no tuvo padres, abuelos, ni hermanos y no dejó hijos, ni nietos. Es una concepción originalísima, la más original que produjo el ingenio humano, que no tiene parecido, conexiones ni precedentes en ninguna obra análoga, con ser tantas y tan variadas las que produjo la prolija é inmensa labor literaria de las generaciones que precedieron y subsiguieron al eximio autor del QUIJOTE. Es tan original, se sale, por modo tan señalado, de los ordinarios moldes, que, para huir de la inverosimilitud, presenta á Dulcinea del Toboso, no como un ser real,

y sí como una mujer imaginaria, ideada al calor de la monomanía del hidalgo, porque resultaría inverosímil y aun increíble que mujer alguna de carne y hueso fuese á enamorarse de un hombre de avellanado rostro, desgarbado, feo, loco, y al par de feo y loco, ridículo por sus extravagancias y quiméricos empeños.

Se distingue, además, el libro de Cervantes por el humorismo que campea en sus festivas páginas, diferente del sugestivo, pero con sus dejos de incrédulo, de Bocaccio; del impío y desenmascarado que se refleja en las obras del descreído Rabelais; del intencionado y cáustico de Erasmo; del abierto y desaprensivo, aunque profundo, de Shakespeare; del licencioso de Quevedo; del escéptico de Voltaire; y del culto, irónico y heterodoxo de Enrique Heine. No ejercita Cervantes su humorismo contra las creencias religiosas de sus mayores ni contra cosa alguna honrada y honesta; antes elige, como blanco de sus certeros dardos, la perniciosa lectura de los libros de caballería. Si algunas veces, muy pocas, pone en los labios de Don Quijote frases ó vocablos mal olientes, ó describe alguna escena no muy honesta, hay que perdonárselo en gracia á la finalidad moral de su literaria labor y al gran mérito que encierra, pues tales deslices son disculpables en un soldado que vivió en el medio ambiente de los campamentos.

Don Quijote de la Mancha es más que una novela, es nuestro poema nacional escrito en prosa, en el cual palpita el alma de una sociedad genuinamente española. Las más de las naciones tienen sus epopeyas, sus poemas heroicos, en los cuales se canta con robusta inspiración y levantado estro, bien asuntos que afectan á la humanidad entera bien otros de interés nacional. La India produjo su *Ramayana*, poema esencialmente religioso; la Grecia, su *Iliada* y su *Odisea*, poemas más humanos la Roma del primer imperio, su *Eneida*; la Italia medioeval, su *Divina Comedia*, y la Italia de la edad moderna, su *Jerusalén libertada;* Portugal, *Os Lusiadas*; Francia, *La Henriada;* Inglaterra, *El paraíso perdido;* la Alemania de la Edad Media, *Los Nibelungen* y la Alemania moderna, la *Mesiada*. Nosotros contamos también La *Araucana*, de Ercilla, el *Bernardo*, de Balbuena, y la *Cristiada*, de Ojeda, y sin embargo de atesorar estas producciones poéticas bellezas que las matizan y avaloran, carecen, no obstante, á juicio de los críticos, de las condiciones suficientes para reputarlas epopeyas

Nos queda, empero, El Quijote como poema nacional, en el cual se compendian con inimitable estilo y con la natural grandeza del rico y sonoro idioma español, nuestro carácter, los variados matices en que se diversifica el genio nacional, nuestras virtudes, nuestro proverbial heroísmo, nuestras costumbres, nuestros vicios, nuestro modo de ser, todo lo que constituye, en suma, la substancia, la esencia, la idiosincrasia especial del pueblo español.

Por esa novela ó poema pasan y desfilan, unos en pos de otros, próceres y villanos, caballeros y escuderos, mercaderes y venteros, religiosos y seglares, clérigos y canónigos, bachilleres y estudiantes, galeotes y bandidos, cuadrilleros y soldados, pastores y zagales, titiriteros y saltimbanquis, doncellas y dueñas con sus repulgadas tocas, gigantes y encantadores. Todos pasan y desfilan para no volver, y sólo quedan Sancho y Don Quijote, quien recobra, al final de la fábula, la razón, reconoce las pasadas locuras, se duele de su vida andantesca y concluye por odiar los libros de caballería en tanto grado, que conmina á sus herederos, en su testamento, con privarles de sus bienes si se dejan embaucar por aquéllos. ¡Qué desenlace tan natural y tan hermoso! ¡Cuán supremo acierto revela Cervantes en el difícil arte de novelar!

También se da cuenta en la producción cervantesca del estado que alcanzaba nuestra literatura, con motivo del expurgo de los libros de Don Quijote hecho por el cura y el barbero, dedicando elogios á algunas obras que se salvaron de la hoguera que redujo á cenizas las restantes. En cuanto á nuestro arte dramático, comparte la alabanza con la censura: encomia, por boca del canónigo, las tragedias *Isabela*, *Filis* y *Alejandra;* pero reprocha á la par el mal gusto y las impropiedades en que incurrían algunos autores de comedias. Cuando Maese Pedro exhibe en la venta su retablo y el muchacho que tiene á su servicio refiere la fuga de Melisandra, dice que, al saberla el rey Marsilio, mandó *tocar al arma*, estremeciéndose la ciudad con el son de las campanas, y al oir esto le interrumpe Don Quijote y le contesta: «en esto de tocar las campanas, anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas sino atabales, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate». Lo cual, oído por Maese Pedro, cesó de tocar y dijo: «no mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle la punta. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y de disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera y se escuchan no sólo con aplausos, sino con admiración

y todo?; prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera diga más impropiedades que átomos tiene el sol». «Así es la verdad, replicó Don Quijote».

¿Y qué diremos de la forma literaria de este libro? El escritor de altos vuelos se distingue, en primer término, por imprimir á sus obras el sello de su personalidad. El estilo—se dice—es el hombre, y esta ley de la producción literaria se proyecta en las obras de Cervantes, especialmente en el Quijote. El corte del período, la oportunidad de la frase, su adaptación al concepto que expresa, la estructura de la forma, brillan, por tan singular manera, en la prosa cervantesca, que es imposible no distinguirla al punto de la de los demás ingenios. Varios escritores de reconocido mérito se han afanado por imitarla; empresa vana, porque lo que es genial y espontáneo no se presta á imitaciones, hijas de prolijas elucubraciones. Nadie manejó, cual él, el habla castellana, la cual al contacto de su bien tajada pluma expresa lo indecible, produce deleite y encanto. El vocablo, la frase, el período, los giros sintácticos, pliéganse á su pensamiento, obedecen á su deseo, responden á su voluntad, cual el corcel á la brida del jinete que le rige. Así es que su prosa es flexible, castiza, flúida y cadenciosa y se adapta con igual facilidad á expresar lo serio, lo sentimental y lo tierno, que lo festivo y alegre. Nada tiene de extraño que maneje de manera gallarda y con tanta soltura y donaire el idioma español, quien lo enriqueció con la importación de voces nuevas, las cuales vinieron á ennoblecer las triviales y usadas, realizando así lo de *procudere nomen*... y *callida junctura* del precepto horaciano.

Procesión cívica en honor de Cervantes, celebrada en Vivero.

El libro de Cervantes presenta de cuerpo entero al hombre moral en la persona de Don Quijote, en cuya alma, abierta á todas las aspiraciones nobles y levantadas, están arraigados, en los momentos de lucidez y aun en los de su demencia, el honor, la hidalguía, la probidad, la honradez, el sentimiento religioso y todas las cualidades que dignifican y enaltecen la personalidad humana, las cuales se revelan al exterior, cuando trata asuntos extraños á la andante caballería. Nada hay en esa novela modelo que sea vitando y todos, pequeños y grandes, doctos é ignorantes, pueden aprender algo de lo mucho que contiene, desde el punto de vista ético y social. Y que no contiene nada contrario al dogma y á las buenas costumbres, lo demuestra el hecho significativo de que el Tribunal de la fe, encargado de perseguir la herejía y de mantener la unidad religiosa, nada tuvo que censurarle, y eso que entre Lope de Vega y Cervantes existían serios antagonismos, hijos, quizá, de la diversa manera con que los trató la caprichosa fortuna, esquiva con el uno hasta la crueldad, y pródiga con el otro hasta un punto rayano en lo maravilloso.

Lope de Vega recibió en vida los homenajes debidos á sus relevantes merecimientos y el aura popular regaló su oído con alabanzas que se le tributaron antes que la muerte le abriese las puertas de la inmortalidad. Poseedor de cargos y honores que le aseguraban gran influencia, dotado por los cielos de propicia y abundosa vena poética y de un peregrino ingenio, su inspiración prólvida y exuberante no se daba reposo en la fecunda y rápida labor de idear comedias que *pasaban, cada veinticuatro horas en número de más ciento, de las musas al teatro*. Así es que recogía aplausos sin medida y llenaba su gaveta con el oro que le aportaban sus numerosas producciones y con el éxito asombroso que alcanzaban Llamábanle prodigio de la naturaleza, *Fénix* de los ingenios, y afanábanse por salirle al paso las gentes, ganosas de conocerle, y hasta los mismos embajadores solicitaban ser presentados al sacerdote eximio para admirarle.

La suerte adversa, en cambio, á Cervantes no llenó de flores su accidentado y escabroso camino en la lucha por la existencia: sonrióle, es cierto, en Lepanto, la gloria alcanzada á tanta costa; pero á partir de este momento fué su vida una prolongada cadena de dolores que le laceraron el alma hasta que los cielos propicios se la llevaron, procurándole la dicha que le negara, por modo despiadado, la tierra. El cautiverio le familiarizó con la desgracia, procurando á su espíritu cristiana resignación,

merced á la cual pudo soportar las eventualidades de un porvenir aciago. Las suspicacias de sus émulos, las envidias y persecuciones de sus implacables enemigos, dieron con su extenuado cuerpo en la cárcel de Argamasilla (1), donde por uno de esos caprichos de la desgracia, tuvo vagar y relativa tranquilidad para escribir la historia del hidalgo manchego, de ese inimitable personaje, incubado entre gente criminal y maleante, que le atrajo, no obstante, universal admiración. Morador en una mísera buhardilla, trabajado su cuerpo por la indigencia, atribulada su alma por la tristeza que originan la soledad y el aislamiento, abandonado por los más, socorrido en su pobreza por los menos, arrastró una vida de dolor y de sufrimiento, al atravesar este valle de lágrimas. Una tenaz hidropesía comenzó á minar su existencia y tan grave enfermedad tuvo desenlace funesto, pues la muerte concluyó por cerrar para siempre sus ojos que irradiaran tan vivísimos resplandores, alimentados por la llama del genio que anidara en su privilegiado cerebro.

Cervantes no tuvo, cual Lope de Vega, la dicha de saborear en vida los triunfos que le reservaba el porvenir; pero los atisbos de su genio le hicieron presentir su fama póstuma, como él mismo insinúa al final de su imperecedera obra, cuyo final vamos á insertar textualmente:

«Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres: tate, tate, folloncicos, de ninguno sea tocada, porque esta empresa, buen Rey, para mí estaba guardada. Para mí sola nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la huesa, donde real y verdaderamente yace, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercer jornada y salida nueva, que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes, á cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien á quien mal te quiera, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.»

Pongo con esto fin á mi prolija labor, temeroso de abusar de vuestra benevolencia, y no terminaré sin dirigiros mi voz amiga, con motivo de este Centenario.

Os felicito cordialmente, queridos vivarienses, hijos de esa hermosa ciudad que evoca en mi memoria imborrables recuerdos de la infancia, remembranzas de los pasados tiempos de mi juventud, por haberos asociado al patriótico movimiento operado en toda España y enderezado á conmemorar la publicación del libro más original y hermoso que produjo el ingenio humano, en el cual se halla impreso el sello típico del pueblo español. Estabais obligados á hacerlo más que nadie, no sólo porque sois españoles, sino porque sois gallegos. En Galicia tuvo su oriundez, á juicio de sesudos críticos, Miguel de Cervantes Saavedra; gallega fué su hidalga y honrada progenie y gallego el prócer insigne que le protegió, el conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro, virrey de Nápoles, valeroso guerrero, hábil diplomático, galano poeta y decidido amante de las bellas artes; con las que enriqueció la ciudad, albergue un tiempo de su mansión señorial.

Y termino reiterándoos la expresión efusiva de mis más tiernos afectos. Cuando la ancianidad encorva mi cuerpo y le llama á la tierra de que hemos sido formados, yo conservo aún vivo el afecto que siempre os he profesado y hago votos fervientes por vuestra felicidad, por vuestro bienestar y por vuestros progresos.

(1) La tradición afirma que Cervantes escribió su obra en la cárcel de Argamasilla. Algunos escritores cervantófilos sostienen, sin embargo, unos que la escribió en la cárcel de Valladolid, y otros en la de Sevilla.

MÁLAGA

Con grandes fiestas celebró Málaga el tercer centenario de la publicación del Quijote.

El día 7 de Mayo se inauguró en el salón de actos del Instituto general y técnico la Exposición Cervantina, en la que figuraban muy notables ejemplares del Quijote, cuadros y fotografías, y una colección de mosaicos de la más pura labor talaverana del siglo XVII, compuesta de 800 azulejos que encuadran en primorosa greca tres escenas del Ingenioso Hidalgo.

A las ocho de la noche tuvo lugar en el Instituto la representación del capítulo LXIX del Quijote. «Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande historia avino á Don Quijote», interpretado por las alumnas de la Escuela Normal de Maestras y los estudiantes del Instituto.

La alumna de la Normal de Maestras, señorita Sáiz, vestida con el tradicional traje de estudiante, ocupó un antiguo púlpito de refectorio, comenzando la lectura de la parte narrativa del precioso capítulo.

D. Mariano Pérez Olmedo, Director del Instituto y Presidente de la comisión oficial de las fiestas del Centenario en Málaga.

Del brazo de un estudiante apareció Altisidora (señorita La Morena), que se colocó en un túmulo rodeado de blandones, fingiéndose muerta.

Obedeciendo al relato de la lectora se presentaron sucesivamente Mlnos y Ranamanto (señores Lapeira y González Marín) un Don Quijote muy bien caracterizado (Sr. Aragón), un Sancho (señor Tizón); los duques (señorita Vances y Sr. Sáenz Caffarena); los alumnos que forman el acompañamiento, aldeanos, aldeanas y soldados; un mancebo romano (Sr. Torres) y cuatro dueñas.

La escena más aplaudida fué la de las dueñas y Sancho Panza; pasaje culminante del capítulo.

Terminada la representación, fueron calurosamente aplaudidos los alumnos y las alumnas que en ella tomaron parte.

Después se celebró la coronación de un hermoso busto de Cervantes, regalo de la Escuela de Bellas Artes.

La señorita Cortés, que representaba á España, la comisión de estudiantes, los pajes y los heraldos efectuaron esta ceremonia, amenizada por un diálogo en verso terminado por dos décimas, obra de la directora de la Normal, doña Suceso Luengo y del cronista de la ciudad, D. Narciso Díaz de Escovar.

El coro, formado por niños de las escuelas públicas, entonó un himno en honor de Cervantes, letra de la señorita Luengo, y música de D. Juan José Fernández.

En esta parte del programa se distinguió el niño Carlitos Fernández Durán, que repitió á instancias de la concurrencia el solo que ejecuta en dicho himno con una voz de hermoso timbre y extensión.

***

En el teatro Vital Aza se verificó un festival infantil en el que tomaron parte los alumnos y alumnas de las escuelas públicas.

Comenzó el acto repartiéndose entre los niños mil ejemplares de una lujosa edición del Quijote.

Terminado el reparto de libros se dió lectura por el alumno de la Escuela graduada de niños, Enrique Gil, á un folleto del Sr. Esteban Herizo, catedrático del Instituto, titulado «Cervantes y el Quijote.»

El acto terminó con el precioso Himno á Cervantes, compuesto por la señora directora de la Normal, señorita Suceso Luengo y por el profesor de música D. José Fernández, que fué magistralmente cantado por el coro de niños y niñas.

***

REPRESENTACIÓN DEL CAPÍTULO 69 DEL QUIJOTE

La señorita Sáiz, vestida de estudiante, dando lectura del capítulo 69 en que se narra el entierro de Altisidora.
(Fotografía de D. Eugenio Jesús Rasch.)

En el teatro de Cervantes se celebró el día 9 de Mayo el acto de adjudicar los premios del certamen artístico y literario convocado en conmemoración del tercer centenario del QUIJOTE.

Ocupó la presidencia el director del Instituto señor Pérez Olmedo, teniendo á su derecha á la señorita Suceso Luengo y señores Rivera Valentín, Carballeda y Sánchez Castañer, y á la izquierda los señores Hierro, García Vázquez, Méndez, Cabello, Saz, Alvarez Dumont y Díaz Escovar (D. Joaquín).

El mantenedor, Sr. Pérez Lirio, ocupó la mesa que le estaba destinada, acompañándole los señores Díaz Escovar (D. Narciso) Muñoz Cerisola y Rivas Casalá.

El Sr. Pérez Olmedo dió lectura al discurso del presidente del Jurado, don Miguel Bolea, que por motivos de salud no pudo asistir al acto.

Después el secretario, Sr. Díaz de Escovar (D. Narciso), leyó el acta de distribución de premios, que fueron adjudicados en la siguiente forma:

El del tema 1.º, al Sr. D. Federico Santander.

El del 2.º, á D. José Serrano Pérez.

Los temas 3.º y 4.º se declaran desiertos.

Tema 5.º—Es declarado D. J. B. Villasclaras con opción á un *accésit*.

Tema 6.º—Premiado, D. Luis Cabello Prats, obteniendo *accésits* los señores D. Aniceto Tapia Navarro y D. Víctor González de Echevarría y Castañeda.

Tema 7.º—Dos *accésits* adjudicados á los señores D. Castor Díaz Palomero y D. Eduardo M. Fernández.

Decláranse desiertos los temas 8.º, 9.º y 10.

El premio del tema 11 lo obtiene don José Navarrete Cantero.

Tema 12.—D. Guillermo Falgueras y Otaeta.

Tema 13.—Desierto.

Los dos premios y un *accésit* destinados al tema 14, obtiénenlos las señoritas Carmen García de Castro, Antonia Ramos Fernández y Elena Cortés Leiva.

Tema 15 y último.—Dos premios para los señores D. Rafael Romero Calvet y D. Julio Delgado Torres y un *accésit* á D. José Delgado Ruiz, D. Félix Núñez y D. E. Navarro.

El mantenedor del certamen Sr. Pérez Lirio, dió fin al acto pronunciando un hermoso discurso, del cual reproducimos los principales párrafos:

Fisonomía moral de Cervantes.

Primero en todo lo que es ser bueno y sin segundo en todo lo que fué ser desgraciado, entre los días de Lepanto, de que se acuerda con orgullo y los días de la Mancha, de que no quiere acordarse, entre las mazmorras de Argel, donde intentaba conquistar un reino y las cárceles de Sevilla, donde no podía pagar sus deudas, entre la heroica manera del soldado y el cautivo y el porte vulgar del recaudador de alcabalas, entre seguir las banderas de Lope de Figueroa y el marqués de Santa Cruz, aquellos capitanes que hacían temblar el mundo y solicitar los favores de Antonio Pérez ó Mateo Vázquez, aquellos ministros que ya empezaban á perder á España, entre sus aventuras caballerescas que le acercaron al cielo de la gloria y sus audancias y correrías que le hundieron en el polvo de la tierra, entre sus altos pensamientos y sus humildes oficios, hay una desproporción que no se sabe á qué atribuir, si á la imprudencia propia ó á la maldad ajena, si á que los hombres superiores carecen de espíritu para los pequeños cuidados ó á que los pequeños espíritus con sus envidias, con sus miserias, con sus egoísmos acosan y persiguen hasta que los vencen á los espíritus superiores. Ello es que la vida de Cervantes tiene dos aspectos y períodos, uno hasta la vuelta de Lepanto y Argel que descubrieron sus primeros biógrafos porque les pareció muy sublime, todo lleno de esperanzas, y otro que ocultaron y velaron torpemente porque les pareció muy vulgar. Y ahora que al hombre lo tenemos por más grande cuanto es más hombre y al ídolo por más pequeño cuanto es más ídolo, hoy le admiramos más, admiramos más á Cervantes por que fué de humilde y no de esclarecido linaje; en su ignorancia de *ingenio lego* y no en el saber petulante de las escuelas; rescatado á vil precio de su cautiverio por un fraile caritativo y no premiado con largas mercedes por un soberano poderoso; en la estrechez de las cárceles de Sevilla, entre los que tragaba el presidio y no en la holgura de los palacios de Madrid, entre los que encumbraba la fortuna; peregrinando de venta en venta con doce reales de sueldo diario por los caminos andaluces y manchegos en compañía de los humildes y no ostentando de castillo en castillo galas, joyas y veneras en la servidumbre de los poderosos. Así es más de admirar y así le admiro yo, en la lucha con lo desmesuradamente pequeño, porque me parece desmesuradamente grande, en esa lucha donde el lograr no corresponde al merecer y lo pobre del éxito no se aviene á lo rico del propósito, y la fatalidad del fracaso vence á la libertad del intento, en esa lucha le admiro yo porque así su vida es mayor vida y su muerte, saltándosele el corazón de sufrir y quedándose aún sana, entera y luci-

REPRESENTACIÓN DEL CAPÍTULO 69 DEL QUIJOTE

Los duques, Don Quijote y Sancho, Minas y Radamanto y servidumbre de la casa de los duques.
(Fotografía de D. Eugenio Jesús Rasch.)

REPRESENTACIÓN DEL CAPÍTULO 69 DEL QUIJOTE

Las dueñas señoritas Gertrudis Velasco, Isabel Bueno, Antonia Carrasco, Purificación Segovia, Carmen Rubio y Antonia Ramos, disponiéndose á «sellar» á Sancho.
(Fotografía de D. Eugenio Jesús Rasch.)

REPRESENTACIÓN DEL CAPÍTULO 69 DEL QUIJOTE

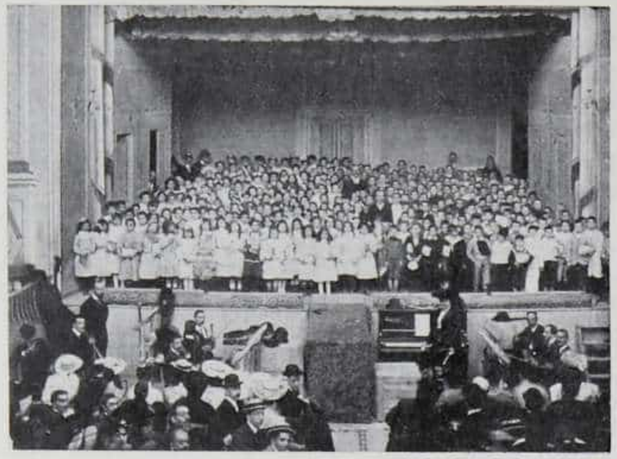
España, representada por la señorita Cortés, coronando el busto de Cervantes, acompañada de una comisión de Estudiantes, pajes y heraldos.
(Fotografía de D. Eugenio Jesús Rasch.)

da la mente para pensar, es más digna de la inmortalidad.

Aquí el orador, inspirado en el prólogo de la segunda parte del QUIJOTE, describe con extraordinaria maestría y pinta con los colores de la más viva realidad, la impresión que produjo en los caballeros franceses que acompañaron á la embajada para concertar el enlace de doña Ana de Austria con el que fué después Luis XIII de Francia, el saber que Cervantes, famoso ya en la nación vecina que se españolizaba entonces, como hoy nos afrancesamos, era viejo, soldado, enfermo y pobre y que España no le tenía muy rico y sustentado del Erario público.

Es cierto, dice, el abandono de que se acusó á España y que fué, para que carezca de toda disculpa, un abandono consciente; porque á Cervantes, que estuvo en armas y en letras entre lo que flota y no entre lo que se hunde en el mar humano, le conocieron los secretarios de nuestros reyes, los caudillos de nuestros ejércitos, los príncipes que gobernaron casas y Estados de su patrimonio y los sacerdotes que gobernaron almas y conciencias de príncipes, los sabios, los poetas, los escritores de aquella edad; le conoció toda España, la soberbia y la magnífica España imperialista, en cuyos dominios no se ponía el sol; pero que se iba llenando de sombras, que había llegado á todas las cumbres y se asomaba ya á todos los abismos, le conoció y le afligió, le conoció y le negó, le conoció y le dejó vivir y morir de tal manera, que se ignoró durante largo tiempo dónde fué su cuna y que se ignora aún dónde tuvo su descanso y su sepulcro.

LA FIESTA INFANTIL DEL TEATRO VITAL AZA



Coro de niños cantando el himno en honor de Cervantes.
(Fotografía de D. Eugenio Jesús Rasch.)

En la corte de Felipe III no hubo hueco para el primer súbdito de aquella monarquía, ni en la sociedad del siglo XV hubo ambiente para el primer español de todos los siglos. Y si queréis formaros una idea de aquella sociedad y aquella corte para que el contraste sea mayor y la idea más exacta, no la estudiéis y consideréis en la casa y familia del duque de Lerma, inepto y omnipotente, cardenal por el favor del Papa y ministro por el favor del Rey, en aquella casa y familia donde nada era bastante á saciar los apetitos de la ambición, ni el virreinato de todos los Estados, ni el gobierno de todas las provincias, ni el mando de todos los ejércitos, ni la trata y venta de todos los cargos y oficios, ni el sórdido manejo de todas las rentas, tributos y caudales públicos: estudiadla y consideradla en la casa y familia de un tal Miguel de Cervantes donde nada era en cambio, bastante á encubrir lo inmenso del infortunio, donde las mujeres cosían y lavaban y aderezaban ropas ajenas para procurarse el sustento, donde se vendía la propiedad literaria de la *Galatea* en mil seiscientos reales y de las *Novevas ejemplares* en mil trescientos; en aquella casa y familia y hogar vacío con igual vacío que ya se sentía en toda España, solitario con igual soledad, empobrecido con igual pobreza, arruinado y desolado con igual desolación y ruina en que se hundirían bien pronto la corte y el pueblo, el Estado y la patria.

Cide Hamete Benengeli, representado por un estudiante del Instituto.

El «Quijote», personificación de Cervantes.

Precede á la parte del admirable discurso que vamos á insertar íntegra, una clara exposición en que el Sr. Pérez Lirio, afirma, en orden á la preceptiva literaria, que EL QUIJOTE no admite definición ni clasificación retórica antigua ni moderna y que como es único en el momento de su concepción ideal, es también único en el acto de la determinación de su forma. Ni poema, ni novela, ni drama, dice poco más ó menos: Lo que queráis, un libro de caballería ó su parodia; pero ese libro ó esa parodia es superior á todos los dramas, á todas las novelas, á todas las obras del arte de componer y escribir que concibió hasta la presente hora el ingenio humano. Pero el estudio de la estructura externa del QUIJOTE, su clasificación y definición... no interesa más que á los maestros de la literatura y á los literatos de profesión; á nosotros los que no somos maestros ni somos siquiera literatos, no nos interesa nada ó nos interesa muy poco, porque lo que moverá nuestros afectos no será el determinar la forma que corresponde á esta ó la otra manifestación de la belleza, sino el sentir la belleza misma encarnada en lo inagotable de todas las formas. En la frente de Apolo ó en el seno de Venus, no nos importará la escuela, en que se aprendió á enaltecer con amplias líneas la majestuosa frente ó á hinchar con suaves curvas el divino seno; lo que nos importará y conmoverá en la frente de Apolo es la luz con que brilla el pensamiento y en el seno de Venus es la llama con que se enciende el amor y se propaga y fecunda la vida...

D. Enrique Pérez Lirio.
mantenedor del Certamen Literario.

Aquellos que hayan leído ó que lean el QUIJOTE atentamente, observarán que no hay en toda la obra más que un solo personaje ó actor, el noble y desdichado caballero, porque Sancho, el leal escudero, exceptuando los cortos días de su gobierno en la ínsula Barataria —únicos días de buen gobierno que desde entonces acá hemos tenido en España—no procede con su propia iniciativa y voluntad, sino con las de su señor, á quien acompaña más en los golpes que en los triunfos; y en cuanto al bachiller Sansón Carrasco, no es tampoco una inteligencia y una libertad, es una fatalidad, es otro *Quijote* vuelto del revés, otro *Quijote* de la ignorancia y de la fuerza, otro falso y traidor *Quijote* que conspira con el cura y el barbero para el desenlace trágico en que el *Quijote* auténtico, el *Quijote* legítimo, el *Quijote ideal* no podrá volver á la *realidad* ni podrá recobrar la razón sino á costa de perder la vida.

No tiene, pues, una obra de acción tan intensa más que un solo personaje ó actor. ¿Y quién es ese personaje ó actor? En mi concepto, no es otro que el propio Cervantes, que se personificó en su héroe, que se vió dentro y fuera de sí mismo con la doble vista de la inspiración y la reflexión artística, que se desapoderó imaginariamente de lo íntimo de su ser para dárselo al *Quijote* y se apoderó realmente del *Quijote* para descubrir lo íntimo de su ser; y que se puso con la actitud, con la capacidad, con la potencia vivificante del génesis creador todo entero en la engendrada criatura. Para convenceros y persuadiros en esto, leed la vida de Cervantes y observaréis que procede con la conciencia del *Quijote*; piensa con su noble desvarío, lucha con su desproporcionado esfuerzo, ama con su loco amor. Y, por el contrario, leed la vida del *Quijote* y observaréis que procede con la conciencia de Cervantes; aquel razonar todo lo verdadero, aquel sentir todo lo bello, aquel querer todo lo bueno del ingenioso hidalgo, son el razonar y el sentir y el querer de su ingenioso autor.

«Sólo es el *Quijote* para mí» nos pudo decir Cervantes, y sólo es Cervantes para mí, nos dice todavía el *Quijote*. Ambos espíritus vuelan como parejas

de enamoradas palomas ó de triunfantes águilas con el mismo vuelo: los dos á correr por los espacios de la gloria y á tropezar con los estorbos de la infamia; los dos aspirando cándidamente al mayor mérito y apurando amargamente la mayor desdicha; los dos deleitándose con lo más sereno y lo más inmaculado de las ideas y atropellados por lo más turbio y más bestial de los hechos; los dos en perfección caballeresca de los altos fines por los altos medios y en sujeción innoble por los bajos motivos á las viejas cosas; los dos con igual vocación por el ejercicio de las armas que aseguran la paz y por el arte de las letras, que distribuyen la justicia, en aquellos tristes tiempos en que armas y letras soberbias, togas y espadas hostiles sólo parecían concertadas para promover la discordia, para estimular la violencia; los dos con la edad de oro metida en la cabeza en que lo común de las cosas no apropiadas vence á la codicia, y lo honesto de los amores no escondidos enfría la lujuria y lo acorde de los intereses no disputados desbarata la fuerza; en aquella edad de cieno en que los abusos, los apetitos, los desmanes de la fuerza, la lujuria y la codicia infestaban la sociedad, se enseñoreaban de los pueblos y de los tronos y profanaban sacrílegamente altares y conciencias. Y los dos en uno, Cervantes y el *Quijote*, con igual sublime desvarío, que prospera y asciende á que parezca mayor locura con mayor razón, el desvarío de los que creen, de los que esperan, de los que aman, de los que saben que todo eso que llama sueños imposibles el grosero egoísmo es lo único que va quedando en el tronco del vivir humano y todo eso que llama realidades necesarias es lo que se va desprendiendo de su corteza; los dos ilusos, enajenados, encantados, locos, muy locos á la corta de los días fugaces; pero cuerdos, muy cuerdos á la larga de los días eternos.

D. Narciso Díaz Escobar, cronista de Málaga y notable poeta.

El Quijote representación de su época.

En el mismo sentido y concepto que está todo Cervantes en el QUIJOTE, con transfiguración real, está todo su siglo con representación exacta. Y para obtener esta representación, ¿á qué principios ó á qué sucesos, á qué institutos ó á qué clases, á qué cosas y personas aludiría Cervantes en sus elocuentes pláticas y arengas, en el ajuste y moldeado de los caracteres ó en la combinación de las escenas y episodios de su obra inmortal? Puede aceptarse que no aludió á nada ni á nadie, con tal de que se acepte que tomó de todo y de todos, principios y sucesos, institutos y clases, cosas y personas, lo diferencial, lo saliente, lo fisonómico; aquello que podía servirle y aprovecharle para precisar un concepto, para marcar un carácter, para decorar una escena y para que se compendiara y abreviara en el mundo fantástico del poeta, todo aquel mundo de su época y toda aquella vida real. El maestro de los maestros no podía ni necesitaba verdaderamente proceder por alusiones parciales á ninguna entidad, la inquisición ó la justicia, á ninguna persona, el rey ó su ministro el duque de Lerma, ó su confesor el padre Aliaga ú otros más desconocidos, á ningún suceso determinado de tantos como podían ya impresionarle triste y vivamente; pero es indudable que procedió por representaciones totales de aquella época en que á la mayor prosperidad iba sucediendo en España la mayor decadencia política y religiosa, intelectual, moral y económica. Pudo no aludir á ningún sabio contra la preponderancia de la pedantería; á ningún autor contra los estragos del mal gusto; al rey contra los cohechos ó las torpezas de su justicia; á la inquisición contra lo ridículo de sus censuras ó lo horrible de sus castigos; al clero contra la ceguedad de su fe ó á la depravación de sus costumbres; á la nobleza y á la corte contra lo irritante de sus fiestas y lo desvergonzado de su lujo; ni á la milicia contra lo frecuente de sus derrotas y lo estéril de sus campañas; ni á los virreyes y gobernadores contra lo estúpido de sus mandatos y lo escandaloso de sus depredaciones; ni á la plebe contra su ignorancia y su miseria: pudo no aludir á nada ni á nadie; pero tomó de todo y de todos, errores, flaquezas, vicios, vanidades del pensamiento y del corazón, con lo que representó aquella envilecida sociedad en que poco antes hasta los pícaros parecían caballeros y en que ya los propios caballeros no parecían más que pícaros.

Afirma el orador que no hay nada simbólico en el QUIJOTE, cuyo propósito es enaltecer el espíritu caballeresco y satirizar el espíritu aventurero, y

como en el elogio, dice, de la virtud que se perdió vaya envuelta la censura del vicio que se adquirió, he aquí que Cervantes con la apología que se transforma en sátira hábilmente, ó la sátira en apología, combate la audacia triunfante, la picardía dominadora, el lucro en la huelga, el logro en la aventura: estos y otros vicios que contaminaban la sociedad y el Estado y que no son otra cosa, con nombres viejos, que nuestros actuales vicios.

Porque España, señores, no era ya la España robusta, creyente y heroica de la defensa de Cristo y la reconquista del suelo nacional: era otra España decadente que parecía una España agonizante, en que sus célebres teólogos y sus excelsos moralistas se iban trocando en increpadores y declamadores; sus filósofos y hombres de gobierno en charlatanes y arbitristas; sus maestros, jurisconsultos y magistrados, en dómines, curiales y corchetes; llena de vagabundos y vacía de ciudadanos, infestada de bandidos y despoblada de labradores, con más conventos que talleres y más frailes que obreros y más monjas que esposas y que madres, el Tesoro siempre exhausto para la necesidad del Estado y siempre abundante para la rapacidad del ministro; el ejército sin organización entre el lucrar de los jefes y el merodear de los soldados, la marina sin provisión de armas ni bastimentos en remotas expediciones y los piratas y corsarios asolando nuestras originales playas y nuestras nativas ciudades; era otra España en que el Rey que lo había sido todo con los primeros Austrias no era ya nadie con los últimos, un hábil cazador y bailarín con Felipe III, un buen comediante ó torero con Felipe IV, un pobre alucinado con Carlos II, y la Monarquía, soberana omnipotencia, se convertía en soberana ociosidad; y la religión que estuvo en las almas con ardor de héroe no estaba más que en las lenguas con la cobarde angustia del beato y en que todavía quedaban la desproporcionada magnitud de aquel territorio, la enorme contextura de aquel esqueleto, pero se iban extinguiendo el entusiasmo, el apego, el cariño de la patria.

D. Antonio Fernández y García, Director del periódico «La Unión Mercantil.»

Suprimimos, con harto sentimiento, todo lo que el orador dice de preceptiva literaria para determinar su concepto de que el QUIJOTE no es una epopeya de parte de la vida, sino de toda la vida humana, y publicamos á continuación el final del brillante discurso.

El libro y la raza.

Aquí debe acabar y verdaderamente aquí acabará mi discurso: lo que tengo ya que decir no es mío, es lo que llega á mí de los sentimientos públicos profundamente conmovidos en estos días con patrióticas inspiraciones; y así no quede todo ello en un estado transitorio de exaltación y promueva un estado permanente de recogimiento de la conciencia nacional. Como mejor parece y se nos presenta España es movida por las ideas y no por las discordias, con un libro y no con una espada en la mano; y mucho mejor porque esas ideas y ese libro no son de Cervantes sólo, constituyen ya un producto, una herencia, un patrimonio espiritual de todos los españoles que nadie nos arrebatará porque, afortunadamente, no puede ser materia ni de innobles tratados en la paz, ni de violentos despojos en la guerra.

Una pregunta se está hoy cayendo de todos los labios. ¿Será cierto que á la raza de Cervantes, por no hablar más que de Cervantes como tipo de la raza, y al pueblo del Quijote, admirable muestra del vigor intelectual de ese pueblo, no le espera otra cosa que la decadencia y la muerte? Yo no creo estimular ninguna vanagloria si lo niego en absoluto, si niego que vayamos á la muerte con las escorias de otro tiempo, y afirmo que donde vamos, escupiendo esas escorias, es á la renovación de la vida. Esa teoría de la superioridad y la inferioridad de las razas que se está sacando del ambiente de las escuelas y llevando á la atmósfera de los campamentos, es la misma que dividió á los pueblos en urbanos y bárbaros y á los hombres en personas y cosas, es la teoría que practicaron todos los conquistadores en las guerras de invasión y todos los tiranos en las guerras de opresión que, por fortuna, va desmintiendo la ciencia y que desmintió siempre la historia, equilibrando y hermanando la Humanidad por un cataclismo de la fuerza ó por una victoria del derecho; por la locura que pierde á los que ensoberbeció la prosperidad ó por el esfuerzo que redime á los que abatió el dolor.

Y cuenta que no es mi propósito contribuir á que al pesimismo enervante con que lamentamos la catástrofe suceda un optimismo perezoso para la excusa de nuevas faltas ó la esculpación de nuevos errores. España carece, es indudable—y hay que decirlo y repetirlo mucho para que nos demos cuenta de nuestra verdadera situación—, de saber, de riqueza, de cultura, aunque no en el extremo y grado que se dice, y carece en todo extremo y grado de un Gobierno, que absolutamente no lo tiene, con aptitudes intelectuales y morales para la dirección de la sociedad. Pero á España no le puede negar, nadie que la conozca, cerebro y corazón, y con el cerebro en actividad en las escuelas, en las Universidades, en todos los centros de comunicación de las ideas y con el corazón en alto en el campo, en el taller, en la fábrica, en todos los terrenos de aplicación de nuestras energías, donde falta el saber se aprende, y pronto hay saber; donde no hay cultura, se labra con la educación y pronto hay cultura; donde no hay riqueza, se trabaja y se produce y pronto hay riqueza, y donde campean y dominan y reinan sólo la fuerza y la impunidad, se establece un orden de derecho y de responsabilidad y se restauran á un tiempo la patria, la nación, el Estado y el Gobierno.

D. Nicolás Muñoz Cer'sola, notable publicista, individuo de la Junta del Centenario.

Aquellos que se asomaron á nuestra frontera en la hora lúgubre de nuestras mayores desgracias y afirmaron de nosotros, con injusto agravio, que éramos un pueblo muerto, porque éramos un pueblo vencido, deben ir pensando en si el imperialismo que penetra en sus instituciones será menos desastroso que el imperialismo á la romana que copiaron las nuestras; y el oro que se busca en premeditadas asechanzas menos corruptor que el oro que se ganó en locas aventuras; y las pretensiones de dominar los mercados, menos impuras que las pretensiones de dominar las conciencias; y la perturbación en que no saben dónde acudir con sus ejércitos y acorazados si á Oriente ó á Occidente, á la China ó á Marruecos, menos mortal que aquella otra perturbación que á nosotros no nos permitía descansar ó contra el mahometano ó contra el hereje, ó en Flandes ó en Portugal ó en Italia; y en si están ellos conmoviendo y ensangrentando el mundo menos con las crueles luchas económicas que nosotros con todas nuestras guerras.

Señorita Suceso Luengo, Directora de la Escuela Normal de Maestras, autora de la letra del himno á Cervantes cantado en el Festival infantil.

Ni el uno ni el otro camino, ni el nuestro antes ni el suyo ahora, son más que interrupciones y desviaciones del ideal de la Humanidad. Volviendo, y termino, á la parte que nos toca deducir de todo esto para el despertar de nuestra conciencia y la reforma de nuestra conducta, ya que del pueblo español se ha dicho que es el *Quijote* de los pueblos, vamos á que lo sea verdaderamente y á que sea España también la *Dulcinea* de las naciones; á que España viva y respire en nosotros y nosotros en ella, á que luche y venza con nuestros empeños y nosotros con sus favores. Y como Don Quijote ponía en *Dulcinea* todo el ser de su ser, pongamos nosotros en la patria todo el alma del alma, en la patria que nos han envejecido, que nos han afeado, que nos han *encantado* tres siglos de degeneración política y moral, y vamos á rejuvenecerla con nuestras caricias, á embellecerla con nuestros amores, á desencantarla con nuestros esfuerzos y á trocarla de esclava de sus desdichas en soberana de sus destinos.

D. Bernardo del Saz, Catedrático del Instituto, individuo de la Junta del Centenario.

D. José Fernández Márquez, autor de la música del himno á Cervantes.

***

La compañía de la eminente actriz señora Tubau, celebró en el teatro Cervantes una velada con arreglo al siguiente programa:

1.º Sinfonía por el sexteto.

2.º Número musical, á telón corrido, por las bandas de Borbón y Extremadura.

3.º El proverbio en un acto y en prosa, original de Tamayo, *Más vale maña que fuerza*.

4.º Lectura de un capítulo del QUIJOTE, por el actor D. José Prado.

5.º Estreno de la comedia en dos actos, basada en un episodio del QUIJOTE y arreglada á la escena por «Un cervantófilo», *La insula barataria*.

6.º Lectura de una poesía alusiva, de Leopoldo Cano, por la señora Tubau.

7.º Coronación del busto de Cervantes.

8.º Gran marcha.

MURCIA

EL Instituto general y técnico de Murcia celebró con una velada literaria el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, con arreglo al siguiente programa:

1.º Trozos de un discurso de Menéndez Pelayo, leído por el señor Fernández Llera.

2.º Lectura de la aventura «Molinos de viento», por el alumno de primer año Sánchez Pedreño.

3.º Estudio sobre *La gitanilla*, de D. Ceferino Pérez Marín.

4.º Los traductores del QUIJOTE, por D. Eulogio Gómez.

5.º Comentario á un paraje del ingenioso hidalgo, por el catedrático D. Zacarías Acosta, leído por D. Roque Novella.

6.º Lectura-conversación de Don Quijote, por el alumno Sr. Palazón.

7.º Filosofía del QUIJOTE, por D. Manuel Maza.

8.º Los comentarios del QUIJOTE; D. Diego Clemencin, por D. Andrés Baquero.

D. Emilio Díez Vicente.

9.º El sentido jurídico del QUIJOTE, por don José Calvo.

10. Soneto de Balart, leído por el Sr. Baquero.

***

La Escuela Normal de Maestros que dirige el ilustrado profesor D. Lorenzo Pausa, celebró también una velada literaria en honor de Cervantes, en la que leyeron muy notables trabajos los señores Pausa, señorita Blanca Soto, Sr. Arnáez, Sr. Jiménez Lafuente, Sr. Baeza, Sr. Jiménez (D. Diego), Sr. Benavente, señor Céspedes y Sr. Mouzó.

Varios alumnos leyeron fragmentos del QUIJOTE, siendo obsequiados por el Sr. Pausa con preciosos ejemplares de la inmortal *Gitanilla*, de Cervantes.

***

Bajo la presidencia del prelado de la diócesis Sr. Salgado, celebró el Círculo Católico de Murcia una velada literaria musical, en la que leyeron muy hermosos trabajos, estudiando la personalidad de Cervantes, el canónigo D. Félix

Sánchez García y el notable abogado D. Emilio Díez Vicente.

Después se leyeron versos de los señores Sánchez Madrigal, Carlos Cano, José Velasco, Zamora Martínez y Tolosa Hernández, terminando el acto con unas elocuentes palabras del obispo Sr. Salgado.

He aquí el discurso de D. Emilio Díez Vicente:

I

LOS TIEMPOS DEL QUIJOTE

Por inteligente, poderosa y robusta que aparezca una generación aislada, no puede por sí sola plantear, desenvolver y terminar satisfactoria y cumplidamente ninguno de los grandes problemas de la Historia. Fué la unidad nacional de España fruto costosísimo de la larga acción de la Reconquista, recogido en el glorioso reinado de aquella princesa Isabel en quien habrán de encarnar las sublimes promesas de ocho siglos, de aquellos Católicos Reyes que supieron elevar á su más alta expresión el cetro del poder que habían recibido enlodado y maltrecho de las impuras manos de los fementidos cortesanos de la Beltraneja.

Los Reyes Católicos transformaron la sociedad de su tiempo y los primeros reyes de la Casa de Austria que la Providencia destinó á regir los dominios de la que por su reciente unidad podía llamarse nación española, encontraron el sentimiento religioso capaz de realizar la gloriosa epopeya de la Reconquista arraigado de firme en los corazones de todos, el principio de la libertad política germinado en las Cortes y en los fueros municipales, la tendencia á la unidad en la organización política de los antiguos reinos y á la uniformidad en la legislación de cada uno de ellos, el robustecimiento, el poder real con la consagración del principio hereditario, el enaltecimiento del poder judicial con el funcionamiento regular de tribunales y consejos y la exaltación de la cultura general con el establecimiento de públicos estudios y de escuelas que habían de transmitir sus títulos de gloria científica á las generaciones venideras. La nación que en el siglo VIII tuvo por cuna una grieta de las montañas de Covadonga y por arrullo los cánticos entonados por los indomables astures á su gloriosa independencia, era ya un coloso que apoyaba sus plantas en Europa y en África, y extendía sus brazos para abarcar el Nuevo Mundo.

En los albores del siglo XVI, cuando la misma bandera que había enarbolado Pelayo en el asta de la cruz, tremolaba al soplo de las brisas de Sierra Nevada, en las torres de la Alhambra, sonaba la solemne hora de la Historia en que brotaban los gérmenes de vida que nuestra nación encerraba en su seno y se desenvolvieran en todo su esplendor. Eran los tiempos en que toda Europa despertaba al percibir el armonioso canto de las sirenas del Renacimiento, en que el Imperio de Oriente que había rechazado el civilizador esfuerzo de las Cruzadas sucumbía al poder de los turcos otomanos, en que Colón, dirigiendo la proa de sus carabelas hacia las playas de la eternidad, á través del ignoto Atlántico, descubría un Nuevo Mundo que había de cambiar por completo la faz de los hasta entonces conocidos, y en que Gonzalo de Córdova abría con su espada el camino de Italia, á la heroica acción de nuestras armas.

La lucha eterna religiosa, científica, artística y social entre la civilización asiática y la europea, entre el fanatismo mahometano y la religión cristiana, se reanudó de nuevo en los mares de Levante; nunca sus aguas habían soportado el peso de tal número de naves, ni éstas habían conducido tantos ilustres guerreros cristianos como acaudillaba en esta ocasión el almirante D. Juan de Austria.

Los soberbios turcos conquistadores de Bizancio, considerándose en posesión indiscutible del imperio de los mares, pusieron sitio á la ciudadela del Pontificado y amenazaron con ímpetu terrible á los aliados católicos. Un rugido, un grito de combate de toda una civilización que se aprestaba á defender su religión y sus ideales, sus santos, sus magistrados y sus filósofos, sus damas y sus ciudadanos, turbó durante un gran espacio la serenidad de los aires y se impuso á las voces augustas de la Naturaleza; allí se humilló la soberbia del poder otomano, se abatió el estandarte de la media luna, se destruyó la más formidable escuadra turca que había surcado los mares y las hirvientes aguas de Lepanto envolvieron como un vasto sudario aquella inmensa catástrofe.

Como dice el más elocuente de los oradores contemporáneos, era que Dios se había preparado un pueblo para constituirle en caballero andante del orden moral y religioso y para que llevara á cabo sus gloriosas empresas, le pobló de santos, de genios y de héroes, que hacen de aquel período de la historia el siglo de oro de la civilización española.

Para juzgar del estado social y político de la Península Ibérica en aquel tiempo, es preciso recordar, que desde la conclusión de la grandiosa empresa de la Reconquista, hasta el logro de la unidad ibérica con la conquista de Portugal; desde que prestamos oído á Colón que en vano mendigaba protección por toda la tierra para redimir el Nuevo Mundo, hasta la aparición del QUIJOTE, es decir, en el espacio de poco más de un siglo, España da cima á tal número de empresas, que su relato causa espanto en el valor y asombro en la incredulidad. Guerras lejanas para librar á la civilización del fanatismo protestante y salvar á la libertad de sofismas y de cadenas; viajes y expediciones reales y verdaderas que parecen copiadas de los relatos orientales; luchas y batallas que semejan las de los libros de caballería. La conquista de Nápoles consagraba nuestra dominación en Italia, la de Navarra la definitiva unión de Castilla con el Norte de la Península, la de Orán aseguraba nuestros destinos en África. Vasco de Gama conseguía doblar el Cabo de las Tormentas, Núñez de Balboa contemplaba con asombro desde la cumbre de las montañas del istmo de Panamá el Océano Pacífico y tomaba posesión de los mares del Sur en nombre de los poderosos monarcas de Castilla, y Magallanes, Orellana, Solís, Pinzón, Hojeda, Cabral, Alburquerque, Alvarado y Quirós registraban los inexplorados senos del Nuevo Continente, remontaban las vertiginosas corrientes de sus caudalosos ríos, respiraban las auras vírgenes de aquellas magníficas regiones, se embriagaban con el delicioso aroma de aquella flora exuberante y se extasiaban en la contemplación de aquel cielo poblado de constelaciones no imaginadas. Hernán Cortés, Pizarro y Almagro conquistaban á virtud de todo género de heroísmos, dilatados y ricos Imperios y reproducían en las orillas de sus ríos las torres de las iglesias que daban sombra á nuestro hogar; el duque de Alba realizaba la anhelada unidad ibérica con la conquista de Portugal y en combates como los de Otumba, Muhlberg, Pavía y San Quintín vencíamos á nuestros adversarios y atábamos á sus poderosos reyes al carro triunfal de nuestras victorias.

Y prescindiendo de nuestro genio militar y de nuestras hazañas guerreras, de nuestro espíritu de expansión colonial y de nuestra obra civilizadora en la epoca cuyo estado intento reflejar, fijemos la atención en el progresivo desarrollo de las artes, las ciencias y la literatura; que nada puede señalar el carácter especial de una sociedad en determinado período de su historia como el recuerdo de su actividad científica y la verídica cuenta de su movimiento intelectual. Y notamos que á pesar de las exageradas intolerancias y de las supuestas intransigencias que nos presentan al genio español encerrado en el círculo de fuego de las hogueras del Santo Oficio, se fijaban en este tiempo las reglas definitivas del habla castellana y se fundían las obras de la literatura nacional en los moldes eternos del más puro clasicismo; se apoderaba de España, como nos dice Regnier, una calentura de sabiduría, rivalizaban los reyes, magnates y prelados en fundar aulas y colegios y, como ha dicho recientemente una insigne escritora, lo mismo la mocedad que alborotaba y corría aventuras, que la juventud que retostaba sus pestañas á la luz de los velones de las bibliotecas conventuales, escuchaba la voz de los grandes maestros y su regocijado bullicio no era el descaro procaz que se impone en nuestros días, sino la expansión jubilosa de un siglo viril, del siglo de los teólogos que hicieron del de Trento un Concilio español, de los jurisconsultos que esparcieron por todo el mundo nuestros conceptos del derecho y de los filósofos que extendieron por Europa el suave perfume de nuestro misticismo.

Lope de Vega avasallaba el teatro universal con las potentes llamaradas de su genio, consagrando el drama español como la admiración y el modelo de las obras escénicas de Europa; Calderón, en la época en que las monarquías galicanas y los cesarismos protestantes rendían á la majestad los homenajes de la personalidad humana, condensaba en la más inmortal de sus obras, *todos los bienes morales en el honor y todos los fueros y pragmáticas espirituales en el ápice de la honra;* Luis Vives, el polígrafo valenciano, renovaba todas las disciplinas científicas, acrisolando la filosofía escolástica, abriendo nuevas vías á la especulación, señalando reglas para evitar los extravíos intelectuales y cristianizando la filosofía del Renacimiento; Arias Montano, el teólogo eminente versado en las letras divinas y humanas, cultivaba las lenguas orientales y dirigía en Amberes la famosa publicación de la Biblia poliglota: Sánchez de Brozas, el Apolo de España, el docto humanista, florecía en los estudios de la gramática y en el cultivo de la retórica; Luis de León, el Horacio español, enseñaba las verdades eternas con la energía de su filosófica elocuencia y con la dulzura de su virtuosa piedad; Luis de Granada, el príncipe de la elocuencia sagrada española, el primer místico del mundo, como le llamó Donoso Cortés, el fundador de la limada y culta prosa castellana, como le llama uno de sus críticos modernos, realizaba en castellano los preceptos de Cicerón acerca de las palabras, estableciendo tan íntimo enlace entre la idea y su expresión, tal unión entre el alma y el cuerpo de su lenguaje, que transformándolo con su fervor, con su saber y con su arte, hizo de él la forma más propia de expresar

las celestiales nostalgias del espíritu; Santa Teresa embelesaba el alma de sus lectores con los sublimes acentos de sus conversaciones con los ángeles; Alpizcueta, los Covarrubias, Antonio Agustín y otros insignes juristas de las Universidades de Alcalá y de Salamanca, recogían los tesoros de la Ciencia del derecho para sembrarlos á granel en las escuelas de Bolonia y de París y en las Cortes de Inglaterra, de Francia y de Alemania.

Y Cervantes, el príncipe de los ingenios, el novelista insigne de popularidad universal se colocó en la cumbre de la literatura española y, por tanto, al nivel de los genios más ilustres que ha producido el mundo.

II

CERVANTES

Mucho se ha disputado sobre la cuna de Cervantes, mas parece cierto que nació en Alcalá de Henares el 9 de Octubre de 1547, siendo su padre el modesto cirujano Rodrigo de Cervantes; aunque la fortuna no se mostró propicia á su familia, marchó á Madrid á cursar Humanidades bajo la dirección de Juan de Hoyos, y terminados sus estudios entró al servicio del cardenal Acquaviva: alistado más tarde en la compañía de D. Diego de Urbina, tomó parte como soldado en la memorable jornada de Lepanto, y combatiendo valerosamente en la galera que se apoderó del estandarte real de Egipto, recibió una herida que le dejó manco. A las órdenes de D. Lope de Figueroa peleó en África, y habiéndose embarcado en la galera *Sol* fué presa de de los corsarios berberiscos, conducido á Argel y rescatado al cabo de cinco años de cautiverio por la generosa solicitud del religioso mercenario Padre Aedo. Al regreso de sus desgraciadas expediciones, y obligado á vivir de su trabajo, se dedicó á ejercitar sus asombrosas aptitudes literarias. En 1605 publicó la primera parte de su INGENIOSO HIDALGO con tan extraordinario éxito, como prueban las cuatro ediciones que se hicieron el mismo año, aunque no logró nunca verdaderos protectores ni en el duque de Béjar, á quien dedicó la primera parte del QUIJOTE, ni en el conde de Lemos, á quien dedicó sus famosas novelas ejemplares, la segunda parte del QUIJOTE (publicada gracias á los buenos oficios del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval) y su última producción, el *Pérsiles y Segismunda*. La posteridad ha sido más justa con Cervantes que lo fueron sus contemporáneos y hoy es su nombre repetido y glorificado como el más famoso de la literatura universal.

III

SU OBRA INMORTAL, SU IMPORTANCIA Y SIGNIFICACIÓN

La inmortal obra de Cervantes, su INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, deleita con la gallardía y hermosura de su insuperable estilo, enseña con las profundas reflexiones y sentencias que por todas partes brotan de sus páginas, interesa con la sencilla trama de sus inimitables relatos y con la suerte de sus humildes personajes y hiere profundamente el corazón con el reflejo de las ansias, aspiraciones y dolores del hombre. El QUIJOTE, sin dejar de ser un libro humano y universal por excelencia, que no envejecerá jamás, es una obra eminentemente española, que pinta fielmente las costumbres de la sociedad de aquel tiempo y presenta en vasto panorama multitud de tipos y caracteres, de escenas y de sucesos con un espíritu de observación incomparable.

Pero el QUIJOTE es no sólo el monumento más grandioso de nuestra literatura, sino también una de las obras más importantes del entendimiento humano; por eso resiste y resistirá á todos los cambios del gusto y á todas las transformaciones de los tiempos. Decía Voltaire en sus *Miscelánea*s, que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse y que las obras que más admiramos son imitaciones de otras más antiguas; y concluía afirmando que el tipo de Don Quijote fué copiado del Orlando de Ariosto. Mas, como dice nuestro gran Quintana, ¿qué relación puede establecerse entre un cuadro todo quimeras y otro cuadro todo verdad, entre un libro de caballería andante y una sátira cruel de semejantes libros, entre la libertad que se permite el italiano y el tino y sabiduría con que camina el español? Y aunque pudiera establecerse tal relación, ¿cuántos caracteres tiene el QUIJOTE que no pudieron tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿De dónde copió Cervantes el tono de sensibilidad dulce y afectuoso de su libro, el arte dificilísimo del diálogo en que no ha encontrado hasta ahora quien le iguale, el encanto continuo de aquella dicción maravillosa tan apacible y tan pura, tan en armonía siempre con el objeto que pinta, que es natural y flúida en las narraciones, ingeniosa y festiva en las burlas y donaires, animada y verdadera en los razonamientos, y soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones? El QUIJOTE no tuvo modelo; es una obra que irradia todos los destellos de la originalidad y del genio, un poema sublime á cuya ejecución presidieron las más fecundas inspiraciones.

No es posible ciertamente hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo ó si se quiere de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica; por eso debemos rechazar con enojo la gravedad impertinente con que algunos desdeñan esta obra tratando de frívolo á un libro que corrigió á su siglo y de insípida á una lectura que por su portentosa invención, su discreción ingeniosa y sus sales inimitables y nativas se ha hecho universal en el mundo; llamar la atención de esos hombres hacia su mérito y su hermosura sería tiempo perdido, porque, poseídos de la manía de singularizarse, demuestran con sus miserables reparos, que sus labios jamás se abrieron á la risa, ni su corazón á las gracias y bellezas morales que derrama esa obra inmortal en raudales inagotables.

Pero este libro en que palpita el carácter de la sociedad de su tiempo, ¿tiene ó no un sentido oculto? ¿Quiso Cervantes ridiculizar la Edad Media ó el feudalismo ó el Imperio de Carlos V? ¿Quiso presentar la lucha eterna de lo real con los ideales á cuya realización tendía la sociedad de su tiempo? ¿Quiso matar, con cruel carcajada, como ha dicho un autor, el ansia de empresas guerreras, el espíritu caballeresco de sus conciudadanos y negarles el título de gloria de haber sacrificado siempre su propia substancia al triunfo supremo de la verdad, de la religión y de la justicia?

Cervantes dijo claramente el objeto que se proponía: acabar con los extravíos que sembraban á granel los libros de la caballería andante, que corrompían el buen gusto no menos que la moral. La época en que se supone la existencia de los andantes caballeros es aquella en que, olvidada la civilización antigua y generalizada en Europa la invasión de los bárbaros del Norte, no existían las garantías de seguridad pública que son los objetos primarios de las sociedades humanas: proclamado el régimen feudal, encomendadas las funciones de la autoridad al esfuerzo individual, campeaba en el régimen de la sociedad la violencia y el crimen. Surge en esta época primitiva la noble figura del caballero que, embrazando su escudo y empuñando su lanza, se consagra con celo ardiente de justicia á correr el mundo buscando ocasiones de ofrecer su esfuerzo y su sangre á la defensa del menesteroso y del débil, con desprecio de la muerte, con el desinterés por guía y la lealtad á la dama por divisa.

Pudieron los escritores aprovechar los datos verídicos que les ofrecía la historia real y verdadera de la caballería de la Edad Media y rodear á sus héroes de rasgos de magnanimidad y de valor, resaltar el encomio de sus virtudes, pintar los encantos de sus cortes de amor y las empresas galantes de los trovadores y las proezas legendarias de las peregrinaciones religiosas de los cruzados. Mas nada de esto hicieron; como escribe un autorizado comentarista del QUIJOTE, los libros caballerescos de los siglos XV y XVI no ofrecen más que la confusa mezcla de batallas inverosímiles, de hazañas increíbles, de ternura y de fe al lado de dureza y superstición, de encantadores y de encantamientos, de nigromantes y aventureros, de amores adúlteros y de competencias de femeniles caprichos, de venganzas atroces y de desprecio del orden social, de máximas de violencia y de relatos de escenas lúbricas. Y contra esto fué Cervantes.

Para conseguir el éxito de su empresa creó un nuevo género de composición, fundió su QUIJOTE en el molde de su feliz y bien organizado entendimiento y no se sujetó á otros cánones que á los que le sujetaría naturalmente y sin esfuerzo su propio discurso. La publicación del QUIJOTE fué un rayo que deshizo las ilusiones de la caballería andante; el tropel de sus libros desapareció de tal modo, que sólo en el QUIJOTE perdura la memoria de que fueron los Amadises y los Belianís, los Esplandían y los Olivante, los Reinaldos de Montalván y los Florismarte de Hircania; y por un milagro contra la naturaleza de la sátira, cuya vida es bien corta, el QUIJOTE conserva nuevo vigor y lustre nuevo á través de los siglos; todas las naciones le han hecho suyo; los nombres de Don Quijote y de Sancho son conocidos en las regiones más apartadas y mentados en los ángulos más remotos de la tierra, y estos personajes humildes, nacidos de la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.

Un hidalgo manchego, enloquecido por la lectura de los libros caballerescos, se propone resucitar el noble ejercicio de la andante caballería; sembró Cervantes la vida del protagonista de su obra de episodios variados y divertidos, mezcló con los sucesos de la fábula los diálogos inimitables del amo y del escudero Sancho, ridiculizó las supersticiosas maravillas de las historias caballerescas con el encantamiento de Don Quijote, con sus viajes en el Clavileño, con la resurrección de Altisidora en la cueva de Montesinos y con el desencanto de Dulcinea. El nobilísimo Don Quijote quiere remediar todas las desdichas y dolores, aspira á realizar insignes proezas, sueña siempre con lo perfecto y lo ideal: el inseparable escudero, que representa la

parte material y terrena de nuestra pobre naturaleza, le advierte á todas horas de la vanidad de sus sueños, de la inutilidad de sus empresas y de la fuerza incontrastable que tienen en esta baja tierra las impurezas de la realidad.

Pero de esta pugna entre las elevaciones del espíritu y las imperfecciones de la materia, no se debe deducir la triste y amarga consecuencia de negar la grandeza espiritual y cerrar la puerta á la esperanza: el heroísmo, la abnegación, la verdad, la virtud no son vanas quimeras, ni consiste el buen sentido en segar las esperanzas y los anhelos del corazón humano; y si abundan las cosas bajas y rastreras, no faltan almas grandes capaces de considerar el heroísmo como obligación y como un deber sin mérito el sacrificio; no todos los hombres han de estar cortados por el patrón de Sancho, ni todos los que persiguen el ideal son locos: no lo fueron los atletas valerosos que salvaron su patria, ni los héroes ilustres que ofrecieron en holocausto de sus semejantes el tributo voluntario de su felicidad ó el espontáneo sacrificio de su vida; ni los insignes bienhechores de la Humanidad que lograron vencer el mal y asentar sobre la tierra el imperio de la verdad y el bien, ni los mártires sublimes de la religión que ofrecieron su cabeza al verdugo, antes que rendir al dolor su inconmovible constancia.

Cervantes no se burló de la sociedad de su tiempo ni de nada grande y elevado. El héroe de su novela no es una caricatura del hidalgo castellano, sino el tipo de un caballero dotado de espíritu magnánimo, de corazón generoso y de ánimo esforzado; no vive en la realidad, porque ha secado su cerebro el poco dormir y el mucho leer los ensueños caballerescos; pero en el trastorno de su juicio tiene la manía de lo grande, de lo heroico, y en los engañosos delirios de su demencia, se le antojan castillos encantados los molinos, ejércitos los rebaños, princesas las mozas de posada y confunde yelmos con bacías y toma por celadas finísimas de encaje las que sólo son de cartón.

No; Cervantes no quiso hacer de los extravíos de su Ingenioso Hidalgo la personificación, el tipo, el símbolo real de su patria; lo que Cervantes condenó fué la fantasía loca é irrazonada que conduce al marasmo; lo que fustigó fué la exaltación hueca y baldía que lleva á la esterilidad; pero no aquel amor al ideal, no aquella ilusión, no aquella audacia, no aquella ingenuidad que admira el mundo entero en nuestro Hidalgo y que son precisas para la realización de todas las grandes empresas de la Humanidad y para evitar á las naciones las más enervadoras decadencias. Y buena prueba de lo que digo, es que cuando Cervantes como soldado de España asistió á la batalla de Lepanto, postrado por la fiebre en un lecho humilde de la galera *Marquesa*, de Andrea Doria, la fiebre de su valor, de su abnegación y de su amor á los santos ideales de la religión y de la patria, le hicieron al fin despreciar su dolencia y pelear en lo más recio del combate, colocado en el sitio de mayor peligro; y cuando en los comienzos del año 1616, atacado de cruel enfermedad, se disponía, como buen cristiano, á rendir el inevitable tributo á la muerte, repartiendo los últimos días de su vida entre la producción de los postreros destellos de su genio incomparable y las añoranzas de sus tiempos juveniles, repetía con el más ferviente entusiasmo lo que había proclamado siempre: que daba por bien perdida una mano en Lepanto, con tal de haber tenido la dicha de hallarse presente en la más alta ocasión que vieron ni verán los siglos, en aquel sublime momento en que el ideal de la civilización cristiana, representado por nuestra nación, supo vencer á la fuerza, representada en aquellos *soberbios Osmanlis que se aprestaban pujantes á avasallar el Universo.*

CARTAGENA

Ante selecto y numeroso público se celebró en el teatro Principal de Cartagena un certamen literario en honor de Cervantes, organizado por la Academia Politécnica que dirige el ilustrado profesor D. Jesús Carrillo del Valle.

Comenzó el acto dando lectura el Sr. Ceño de una bien escrita Memoria y de los nombres de los autores y de los lemas de las composiciones premiadas.

He aquí el resultado del concurso:

Premios y nombres de los autores premiados.

Primero. —Dos figuras árabes; autor, D. Salvador Llanos, *accésit*, á D. Carlos Rodríguez.

Segundo.—Grupo de figuras árabes; autor, don Pedro Jara Carrillo.

Tercero. — Estatua de bronce representando á Don Quijote; autor, D. Manuel Lamos, *accésit* á don Pedro Jara Carrillo.

Cuarto.—Figuras de metal para luz eléctrica, autor, D. José Frutos Baeza; *accésit* á D. Manuel Lamos.

Cuarto duplicado.—Ánfora de mayólica; autor, D. Moisés García.

Quinto.- Colección de obras de Cervantes; autor, D. Emilio Santafé; *accésit* á D. José Garzón.

Quinto duplicado.—Tarjetero de plata; autor, D. Federico Pita; *accésit* á D. Elíseo Sanz.

Sexto —Dos medallones de metal, modernistas, autor, D. José Manuel del Campo; *accésit* á don Vicente Pérez.

Sexto duplicado.—Cien pesetas, autor, D. Antonio Torrens.

Séptimo. —Centro de metal blanco; autor, D. Alberto Sevilla; *accésit* á D. Feliciano Sánchez.

Octavo. Cien pesetas; autor, D. Vicente Pérez; *accésit* á D. Ginés Artés.

Noveno. Cien pesetas; autor, D. Feliciano Sánchez.

Décimo.—Dos objetos de arte; autor, D. Ricardo Sánchez.

Puso fin al acto el elocuente orador Sr. Rodríguez Valdés, quien pronunció un hermoso discurso enalteciendo la gran figura de Cervantes y haciendo una acertada crítica del QUIJOTE.

D. Jesús Carrillo, Director de la Academia Politécnica de Cartagena.

***

El día 8 de Mayo se verificó un festejo simpático.

Todos los niños de las Escuelas públicas y privadas de Cartagena, con sus maestros, y acompañados también del alcalde, Sr. Cañete, descubrieron la lápida de una plaza que ha de llevar el nombre de Cervantes.

Los directores de la Escuela Graduada B, D. Enrique Martínez Muñoz y D. Pedro Martínez Sánchez, reunieron á los 300 niños de su Escuela, y después de darles una lección práctica de las enseñanzas del QUIJOTE dieron cuenta de la creación de un nuevo centro que llevará por título el propio de la obra inmortal de Cervantes, en el que recibirán educación los niños raquíticos y enfermos.

Las Escuelas Elemental y Superior de Industrias, reunidas, celebraron un certamen escolar presidido por el alcalde.

Uno de los alumnos leyó una hermosa poesía titulada «España y el QUIJOTE», parangonando la aventura de los mercaderes de Toledo con las que muy recientemente ha corrido la patria.

El profesor Sr. Rico leyó un discurso sobre el tema «Lo que debe ser la enseñanza en España».

Ayudándose con proyecciones, expuso lo que eran las máquinas industriales en tiempo de Cervantes.

NAVARRA

Con el siguiente programa celebró Pamplona el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE:

Día 7 de Mayo.—A las seis de la mañana, las músicas de la guarnición y las dulzainas del país recorrieron las calles de la capital en brillante diana anunciando las solemnidades y fiestas del centenario.

A las diez, la comparsa de gigantes y cabezudos, con su séquito acostumbrado, recorrió las calles de la capital en su forma ya tradicional.

Día 8.—El Claustro de profesores del Instituto general y técnico celebró una fiesta académica, con arreglo al siguiente programa:

Paragraph III, overtura de Suppé, por la Sociedad de Conciertos «Santa Cecilia».

Discurso de homenaje á Cervantes, leído por el catedrático de Preceptiva é Historia literaria D. Fernando Romero: «Significación social y académica del homenaje á Cervantes».

Discurso y juicio crítico de los trabajos presentados al Certamen, por el catedrático D. Pedro Sánchez Baquero.

«Cervantes», poesía premiada en el Certamen, del P. E. Adolfo Villanueva.

«Gloria á Cervantes», poesía leída por D. Tomás de Azcárate Pardo.

Discurso por el gobernador civil de la provincia D. Santos Ortega.

A las tres de la tarde, la Escuela Normal de Maestras de Navarra celebró una fiesta literaria con arreglo al programa siguiente:

Himno á Cervantes.

Lectura de diálogos del QUIJOTE

Apertura de los sobres y reparto de premios á las señoras que los hayan obtenido en el Certamen

Juicio de los trabajos premiados

Lectura de dichos trabajos.

Discurso por el profesor D. Tomás Ledo sobre el tema «Consideraciones acerca del QUIJOTE».

Discurso-resumen por la señora directora de la Normal.

A las nueve de la noche en el teatro Gayarre, se celebró una velada artística teatral organizada bajo los auspicios de las Sociedades de Recreo, en la que tomaron parte las entidades siguientes:

Banda militar de la guarnición, Sociedad musical «Santa Cecilia», Orfeón Pamplonés, señoritas alumnas de la Escuela Normal de Maestras, alumnos del Instituto general y técnico, alumnos de la Sección recreativa del Centro escolar de obreros, y alumnos y alumnas de los Colegios particulares de la capital.

Orden del espectáculo:

Sinfonía, á telón corrido, por la brillante banda del regimiento de Infantería de América.

Lectura de una poesía alusiva al acto.

Representación escénica de dos entremeses escogidos de Cervantes, cuyos títulos son: *El juez de los divorcios* y *Los dos habladores*, en cuya ejecución tomaron parte las señoritas alumnas de la Escuela Normal de Maestras y los señores alumnos del Instituto general y técnico y del Centro escolar de obreros.

D. Francisco Huarte, director del Colegio Huarte-Hermanos, de Pamplona.

La notable Sociedad artística «Santa Cecilia» ejecutó bajo la dirección del maestro Bengoechea, en honor de Cervantes, los escogidos números de música española:

1.° Fantasía de *La Verbena de la Paloma*: Bretón.

2.° Polonesa de concierto: Jiménez.

Representación del *paso que pasó* el siglo XVI, original de don Narciso Serra, con música del maestro Caballero, titulado *El loco de la guardilla*, por los mismos alumnos encargados de los entremeses.

Homenaje á Cervantes, recitándose una «loa» escrita expresamente para este acto.

Día 9.—A las once de la mañana, en la iglesia de San Nicolás se celebraron solemnes honras fúnebres en sufragio de Cervantes, oficiando el deán de la Santa Iglesia Catedral de Pamplona D. Tirso Larequi.

A las tres y media de la tarde se inauguró el edificio escolar y se verificó el reparto de premios á los alumnos de las Escuelas municipales.

D. José María Huarte, director del Colegio Huarte-Hermanos, de Pamplona.

En el Colegio de los señores Huarte, hermanos, se celebraron varias fiestas en honor de Cervantes, entre ellas, una función religiosa, que tuvo lugar en la iglesia de San Lorenzo, y en la que la parte musical encomendada á los niños del Colegio llamó justamente la atención. En esta solemnidad ocupó la sagrada cátedra D. Félix Navarro, quien pronunció un hermoso discurso apologético de Cervantes. Por la tarde se celebró en dicho Colegio una velada literaria en la que tomaron parte los alumnos del mismo, pronunciando muy elocuentes discursos los profesores señores D. Juan Pina y D. Manuel Méndez, terminando la fiesta con dos hermosos himnos, briosamente cantados, originales de los señores Luna y Goldáraz.

ORENSE

La ciudad de Orense celebró con grandes fiestas el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Por iniciativa de la Comisión organizadora de las fiestas, y de acuerdo con el Ayuntamiento, se colocó en el pórtico del mismo una lápida conmemorativa del centenario, artísticamente grabada.

Al acto de descubrir la lápida asistieron las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y las más importantes personalidades de Orense.

El pueblo, congregado en la plaza, prorrumpió en gritos de «¡viva Cervantes!», «¡viva España!», al descorrerse el paño de terciopelo que cubría la lápida.

Las músicas entonaron la Marcha Real.

El Instituto general y técnico y los círculos literarios de Orense celebraron con veladas y concursos el centenario del QUIJOTE, leyéndose en dichas fiestas poesías y discursos muy notables en honor de Cervantes.

Los periódicos publicaron números extraordinarios conteniendo muy curiosos trabajos dedicados al QUIJOTE y á su autor inmortal.

OVIEDO

PROGRAMA de las fiestas que se celebraron en Oviedo para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE:

Día 8.—A las cinco de la tarde: Gran festival literario-musical en el Teatro Campoamor.

PRIMERA PARTE

I. «Sinfonía» por la orquesta.

II. «Aspectos literarios del QUIJOTE». Discurso de D. Leopoldo Afaba, catedrático de la Universidad.

III. Lectura de poesías: *Cervantes y el* QUIJOTE, por D. Francisco Garriga, catedrático del Institulo provincial. «Himno á Cervantes», por don Heriberto Larios, profesor de la Escuela Normal de Maestros.

IV. Reparto de premios del Certamen sobre el QUIJOTE, celebrado por la Escuela de Industrias y Bellas Artes.

V. «Himno coral», letra y música de D. Rufino Nuevo, cantado por los alumnos de la Escuela de Música de la Academia de San Salvador.

SEGUNDA PARTE

I. «Alma española del QUIJOTE», discurso de D. David González Carvajal, canónigo y profesor del Seminario Conciliar.

II. Lectura de poesías: *España y Cervantes*, por D. José Suárez Vigil, alumno de la Universidad. «La primera aventura del QUIJOTE», por Guillermo Estrada y Acebal, alumno de la Universidad. «Al autor del QUIJOTE», por D. Armando G. Echevarría, alumno del Seminario. «El camín de Sancho Panza», por Marcos del Torniello.

III. «La figura de Don Quijote», discurso de D. Angel Corujo Valvidares, profesor auxiliar de la Universidad.

IV. «Al combate», marcha coral por el Orfeón de Oviedo, acompañado por la Sociedad instrumental.

TERCERA PARTE

I. «Cómo impresiona el QUIJOTE» (datos direc-

tos). Discurso de la señorita María Mosteyrin, profesora de la Escuela Normal de Maestras.

II. Lecturas de poesías: *La cueva de Montesinos*, por D. E. G. Rendueles, alumno del Seminario. «Una aventura de Don Quijote», por D. Carlos Quirós, alumno del mismo Centro.—«Un suponer», poesía en bable, por D. J. Quevedo, secretario de la Universidad.

III. «Gran coro», de Arrieta, sobre un soneto de Ayala, por el Orfeón del Seminario.

IV. Discurso-resumen por el rector-presidente.

V. y último. «Coronación» del busto de Cervantes por los niños de las Escuelas públicas, alumnos de los Centros docentes, etc.

Día 9. A las diez de la mañana se celebró en la Santa Iglesia Catedral una solemne misa de *Requiem* á voces y orquesta en memoria de Cervantes.

A las doce tuvo lugar en el Teatro Campoamor la distribución de premios á los niños y niñas de la capital y del concejo, acto que fué seguido de un banquete escolar en el patio de la Universidad.

Los días 7, 8 y 9 de Mayo, y en el salón de actos de la Sociedad Económica de Amigos del País, estuvo abierta al público la notable Exposición de Ediciones del QUIJOTE existentes en Asturias.

***

He aquí ahora el discurso pronunciado por el catedrático del Seminario y canónigo de la catedral de Oviedo D. David González Carvajal.

Alma española del «Quijote».

SEÑORES:

Recuerdo que en una de las juntas de la Comisión literaria del Centenario, se dió cuenta de haberse ofrecido varios jóvenes á representar aquí, como final de tan solemne fiesta, la graciosa escena del encantamiento de Don Quijote.

Los amables é ilustrados autores del proyecto se comprometían á reunir los elementos necesarios para que el pasaje de referencia fuese de todo en todo parecido al original.

Siento de veras que no se haya podido llevar á cabo el laudable propósito que nos ocupa.

Porque la prisión del Caballero de la Triste Figura, en la bien cerrada jaula, y libertad que se le otorgó después de larga y penosa jornada, tienen más oportunidad en las actuales circunstancias, y más significación de lo que á primera vista parece.

Que harto tiempo estuvo cautivo nuestro héroe, y hora es ya de proclamarle libre y pasearlo triunfalmente en premio de sus méritos insignes, puesto que sus glorias literarias, glorias nuestras son, y modelo clásico de la literatura española.

Ya sé yo que no es nueva ni tan rara la apoteosis de Cervantes por la producción de sus egregios libros, en especial del incomparable QUIJOTE. Pero la turbamulta de follones y malandrines, que asuelan el campo de las letras patrias, importaron del extranjero, además de doctrinas exóticas, idiotismos y barbarismos, que tienen aprisionada la propiedad y pureza de la hermosa *fabla* castellana, y de las diversas composiciones que en ella se escriben ó hablan.

Y todo esto sucede por haberse abandonado las fuentes puras y cristalinas para buscar la belleza en cisternas de agua corrompida ó en manantiales que no son de nuestra heredad.

En una palabra: la causa del mal, que lamentamos, proviene de que nuestra literatura dejó de ser, en gran parte, verdaderamente española.

Por esto, al celebrarse con inusitada pompa el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, el espíritu se ensancha, y la voz, siquiera tan modesta como la mía, se levanta espontánea para tributar justísimos lauros á los iniciadores y cooperadores de tan excelsa y fecunda idea.

Porque, señores, paréceme á mí que esta solemnidad significa el feliz retorno á la edad de oro de nuestra literatura, con el refuerzo de cuanto noble y bueno hayan producido los modernos tiempos.

Creo que puedo pensar y hablar así, ya que nuestro QUIJOTE pertenece á esa edad venturosa, siendo por lo tanto su literatura netamente española, muy española, desde la cruz hasta la fecha.

Pero, señores, me dispensaréis si entre las brillantes composiciones que habéis escuchado y las que restan por decir, vengo yo aquí, por mi mal pecado, á producir un paréntesis de obscura sombra. Que en cambio de vuestra indulgencia procuraré no se prolongue en demasía la molestia que os cause mi discurso.

Os decía, señores, que la decadencia de nuestra literatura, en lo que á la forma del lenguaje se refiere, procedía en gran parte de los idiotismos y barbarismos importados, en mal hora, del extranjero.

Pero seamos justos; yo no intenté vestir el sambenito, por modo exclusivo, á la época en que vivimos. Que en esto de frase extranjera no es, en verdad, solamente de hoy tan censurable vicio; pues ya en el siglo décimoctavo se quejaba Iriarte de tamaño desaguisado en aquellos conocidos versos del *Retrato de Golilla*:

> De frase extranjera el mal pegadizo
> hoy á nuestro idioma gravemente aqueja.

Mucho más reciente y de más pernicioso influjo fué para nuestra lengua la otra causa que indicada queda; lo de doctrinas exóticas y absurdas. Quiero decir ciertos sistemas, cuyas teorías son un verdadero laberinto y continuado rompecabezas.

Y como la palabra es la expresión de la idea, juzgad vosotros cuál será la babel y jerigonza de un lenguaje con tales elementos constituído.

Tengo para mí que más de una vez se habrán dicho los propios autores:

> ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
>
> . . . . . .

No es, por consiguiente, de extrañar que Menéndez Pelayo fustigue sin piedad á los que así corrompen y afean la gentil belleza de la lengua de Cervantes.

Y si alguien tuviese por demasiado intransigente al eximio autor de los *Heterodoxos españoles*, oiga cómo exclama, hablando sobre este mismo punto, nuestro paisano el poeta Campoamor:

«¡Idioma de la patria en que he nacido! ¡Gloriosa túnica con que Cervantes vistió las humanas ideas de su prosa, y Garcilaso de la Vega los divinos pensamientos de sus versos! ¿Quién te puede reconocer en estas formas desdichadas de una ciencia mucho más desdichada todavía? ¡Es imposible, completamente imposible, que tú seas la misma lengua en que yo he oído las primeras caricias de mi madre!»

No faltaron, sin embargo, esforzados campeones que pusieran un dique al torrente devastador que, en forma de discurso ó de novela, de drama ó de periódico, amenazaba sumergir en su revuelto seno los restos de la antigua literatura española.

Martínez de la Rosa, Aparisi y los Pidales, en el libro y la tribuna; el insigne Balmes, La Hoz, Tejado, Navarro Villoslada y Nocedales, en el periódico y también en la tribuna y en el libro; Tamayo y Baus, en la escena; Fernán Caballero, Pereda y el padre Coloma, en la novela; Hartzenbusch y Zorrilla, en el verso; Valbuena y Balart, en la crítica literaria; Valera, en la Academia de la Lengua, y el presbítero D. Miguel Mir, en apología católica y en varios libros de espíritu; he aquí, entre otros, los ilustres defensores del inapreciable tesoro que, con el nombre de Literatura clásica española, nos legaron nuestros antiguos maestros y amantes de la gaya ciencia.

Pero, á pesar de tantos esfuerzos y de la constante vigilancia de la Academia, el mal continuó en aumento, y hoy vemos maltrecho en nuestra patria el idioma que, sin embargo de las desgracias nacionales, sigue siendo todavía, en las regiones más apartadas del globo, monumento vivo de nuestras pasadas grandezas.

Por eso llega tan á tiempo la contrarrevolución literaria que ahora se inicia, tomando por bandera la novela más grande que salió de humano ingenio, según frase de César Cantú, de conformidad con los elogios que de antiguo tributaron á nuestro libro los demás literatos de allende.

Honor muy preciado es tan favorable juicio por venir de fuera. Mas este honor redunda en suma honra para España, no sólo por haber nacido en el patrio suelo el admirable autor del QUIJOTE, sino también, y muy especialmente, por ser español puro cuanto en el libro se contiene: personajes, ideas, lengua, refranes y costumbres.

Tan axiomático es esto entre nosotros, que, al afirmarse el estilo cervantino respecto de alguna obra literaria, todos entienden, sin más explicaciones, que en ese escrito domina el sabor castizo sin mezcla de inoportunos y extraños aderezos que, desnaturalizando el lenguaje, hacen ininteligible el sentido.

Como sucede en muchas producciones literarias de nuestros días, las cuales ofrecen el singular contraste de necesitar intérpretes, viviendo todavía sus autores, para ser medianamente comprendidas; mientras que la novela de Cervantes, tal diafanidad presenta, que, á pesar de los profundos pensamientos que su forma encierra, es asequible el sentido á todas las inteligencias.

¡Y esto después de haber transcurrido, desde su publicación, trescientos años cabales!

Mas ¿qué diremos de las costumbres que con tanto donaire allí se describen?

¿Por ventura puede haber nada más genuino que los diálogos y episodios ocurridos á Don Quijote y su escudero Sancho en las ventas y caminos con toda clase de gente, en las moradas aristocráticas con los señores y servidumbre, y en su propia casa con el discreto y erudito cura del pueblo, grande amigo del Ingenioso Hidalgo?

Traed, señores, á vuestra memoria las divertidas escenas verificadas en el palacio de la duquesa; el retablo del titiritero Maese Pedro con las sabrosas

explicaciones del muchacho; la aparición nocturna del entierro, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y al mismo valiente Don Quijote se le erizaron los cabellos de la cabeza, por creer que aquello era una legión fúnebre de fantasmas ó cortejo sobrenatural de la muerte. ¿No es cierto que estos y otros mil pasajes del QUIJOTE son marcadamente españoles?

Lo son, á fe mía; pues dejando aparte por ahora los extremos de locura en que cayó el famoso manchego, llegaron á nuestra edad reminiscencias muy vivas de aquellos graciosos entretenimientos y populares creencias.

No poco tienen que aprender aquí ciertos novelistas y dramaturgos españoles de hogaño; quienes, proponiéndose describir las costumbres de sus compatriotas, introducen á los personajes en escena pensando y obrando con ideas y acciones propias de otras gentes y de otros pueblos.

¡Como si la verosimilitud no fuese cualidad esencial de la novela!

Pero no creáis, señores, que me propongo presentaros un examen comparativo, ni menos recorrer uno á uno los pasajes del gran libro; que ni la premura del tiempo lo permite, ni vuestra reconocida ilustración lo necesita, ya que todos vosotros estáis versados en la lectura y estudio del QUIJOTE.

Mas, si no se os acabó la paciencia de oirme, os recordaré, siquiera en sus rasgos más generales, los tres grandes amores á que rendía culto la sociedad española de pasados siglos: el amor á las armas, el amor á las letras, el amor á la Religión de Cristo.

Bien sabéis que la España de Cervantes era aquella vieja España que, después de haber raído de su suelo la raza espuria del agareno, se dedicó á la conquista y civilización de ignotas regiones, aumentando de tal suerte sus dominios, que no conocía ocaso el sol que en ellos alumbraba. En cuanto al esplendor de las letras y ciencias de aquel tiempo, baste decir que profesores y alumnos venían sedientos de luengas tierras á beber en los raudales de sabiduría que brotaban de nuestros colegios y universidades.

Seguían tan á la par esas dos aficiones, que era frecuente el caso de verse hermanadas en una misma persona. Bien dijo Don Quijote á Sancho que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Es la pluma-espada con que Alfonso el Sabio escribió sus sapientísimos libros y armoniosas *Cantigas;* y sus suavísimas *Eglogas* el capitán Garcilaso de la Vega; y el grandioso poema épico *La Araucana,* otro militar, Alonso de Arcilla; y el excelso libro, cuya publicación se celebra, el Manco de la batalla de Lepanto, D. Miguel de Cervantes, quien supo reflejar en él, por modo admirable, las dos tendencias de la madre patria, el amor á las armas y el amor á las letras; que así se demuestra, primero, por el discurso elocuente de Don Quijote sobre éstas y aquéllas, y porque todas ó casi todas sus aventuras acometió de caballero y lanza en ristre.

Pero en lo que atañe en especial á las buenas letras, gran utilidad puede prestar esta novela al literato de todos géneros, al político y al filósofo, sin que de su lectura pierda tiempo el teólogo. Que tampoco lo perderán los médicos y psicólogos, para que nos expliquen cómo Don Quijote pudo ser un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo, según que así le calificó el caballero del Verde Gabán en la aventura de los leones.

Del otro amor, del amor á la Religión que tan ardientemente se profesaba en España, no necesito deciros que el Catolicismo era el estímulo principal y el coronamiento de nuestras grandes empresas, y además el numen fecundo é inagotable en donde se inspiraba la flor y nata de nuestra literatura; que por esto los modelos más perfectos se encuentran, por regla general, en las obras de los católicos más fervientes, muchos de ellos religiosos ó clérigos, sin que falte alguno elevado por la Iglesia al honor de los altares.

Semejante fenómeno, llamémoslo así, tiene fácil explicación.

Nacido nuestro idioma al caer de la idea cristiana, necesariamente había de participar de las cualidades que ésta comunica: luz, grandiosidad, sencillez, ternura, suavidad, etc.

Por eso admiramos la elocuencia y sonoridad de la frase del venerable P. Granada; la ternura y sencillez sublime en fray Luis de León; la naturalidad y gracejo en Santa Teresa de Jesús; la entonación elevada en Herrera; la dulzura en San Juan de la Cruz, y la profundidad del concepto en Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Muy bien dice á este propósito el ilustre marqués de Valdegamas en su discurso sobre la Biblia: «Suprimid la Biblia (y para nuestro objeto, la idea cristiana), suprimid, señores, la idea cristiana con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.»

Así se expresó Donoso Cortés en la Academia Española, sin que nadie se haya atrevido á contradecirle.

Y es que sus palabras encierran una verdad, reconocida aun por los mismos que distan mucho de profesar las doctrinas religiosas de los clásicos, pero que si quisieron saber hablar y escribir con perfección el idioma castellano, tuvieron que dedicarse á la lectura asidua de los antiguos maestros, dando la preferencia á los autores místicos.

¡Lástima que al enamorarse de tan eximios modelos, se hubiesen contentado solamente con la envoltura material, dejando la savia de las ideas!

Tan encarnada estaba la religión en nuestra lengua y en nuestras costumbres que, aun tratándose de cualquier tema indiferente, había de salir aquélla en una ú otra forma.

El argumento del QUIJOTE no es de suyo religioso, y, sin embargo, en el QUIJOTE campea desde el principio al fin el espíritu cristiano. Hasta el bueno de Sancho se gloria de ser cristiano viejo.

Tenía el ejemplo en su amo, á quien, oyéndole hablar sobre la Providencia de Dios, le dijo estupefacto: «Más bueno era vuestra merced para predicador que para caballero andante.»

En efecto, Don Quijote se constituía muchas veces en predicador cristiano.

Verbi gratia, cuando despidió á su escudero para la ínsula Barataria, entre otros sapientísimos y cristianos consejos que le dió, puso el siguiente por cabeza de todos:

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

El Hidalgo Manchego profesaba á su imaginaria Dulcinea tan puro y casto amor y le guardaba tal fidelidad, que su recuerdo le bastó para no cometer ninguna acción indigna de un caballero cristiano.

En todos los trances que le ocurrían invocaba á la señora de sus pensamientos; pero si el peligro era recio, antes, y sobre todo, acudía al auxilio de Dios Omnipotente, como hizo en el nunca visto y arriesgado lance de los leones.

Mucho encarece Don Quijote el mérito de las letras humanas; pero incomparablemente más la excelencia de las Letras Divinas.

Amaba á la Iglesia de Cristo como á la niña de sus ojos. Por esto, en la famosa aventura del cuerpo muerto, cuando supo que el Bachiller de Alcobendas, á quien había malferido, era hombre de Iglesia, se mostró muy pesaroso diciéndole á Sancho: «yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni cosas de Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y vestigios del otro mundo».

En resumen, señores: si se recopilasen y pusieran en orden todos los dichos y sentencias que sobre la presente materia se contienen en este libro, resultaría un catálogo, bastante completo, de los principales capítulos de la moral cristiana.

Nuestro héroe obraba según hablaba.

Cuando entendió que se acercaba su fin, llamó con insistencia al cura de la parroquia, de quien recibió los últimos Sacramentos y demás auxilios espirituales, diciendo á los que rodeaban su lecho que ahora estaba cuerdo, y comprendía que hasta entonces había sido un loco.

¡Profunda filosofía, señores! porque, en efecto, la gran cordura del hombre consiste en conocer la locura de la vida, y la cordura de una buena muerte.

Así condenó Cervantes en el QUIJOTE, con tres siglos de anticipación, ciertos dramas y novelas que ahora se estilan, plagadas de escenas tremebundas; las cuales, cuando no comienzan por el divorcio, terminan con el suicidio; sin duda porque no se tuvo á mano otro recurso para deshacer el nudo, ó por mejor decirlo, para salir del atolladero.

Y luego sus autores y aficionados proclaman, no sé si con ironía ó por sarcasmo, que semejantes lecturas ó representaciones son escuela de ¡moralidad!

Concluyo, señores. Pero antes me permitiréis un desahogo, que es á la vez convencimiento profundo de mi alma, y que seguramente lo es también de todos vosotros.

Una nación tan fecunda que produce genios de la talla de Cervantes, digan lo que quieran los estadistas de la soberbia Albión, no merece morir. No, España no morirá. España no puede morir mientras sus hijos hablen esa lengua, de la que se dijo con gran verdad, que había sido formada para hablar con el mismo Dios. He dicho.

***

Discurso de la profesora de la Normal, señorita María de Mosteyrín Morales:

Cómo impresiona el «Quijote» (datos directos).

¿Quién no ha oído decir alguna vez que tienen los aplausos cierto poder embriagador?... Ignoro cómo sonarán en los oídos de los que hayan sabido merecerlos. En cuanto á mí, puedo aseguraros que los que tan generosamente me habéis otorgado, lejos de embriagarme, han devuelto á mi alma su natural serenidad.

Y no sólo porque ellos me prometen vuestra indulgencia, aunque ya esto sería mucho, sino porque me revelan que habéis comprendido cuán á pesar mío ostento una representación tan honrosa como inmerecida, honor al que no he podido sustraerme.

Os parecerá, sin duda, extraño este lenguaje que se halla en manifiesta oposición con la insignificancia de mi persona. Pero notad que si yo soy insignificante, poseo, en cambio, por razones de mi oficio, un secreto de la más alta importancia: quizá para que os lo revele me han traído aquí. He logrado averiguar con absoluta certidumbre lo que la mujer asturiana piensa de Don Quijote y de Sancho.

¿Y quién, señores, podrá desconocer la trascendental importancia de que la mujer se decida por el uno ó por el otro, sobre todo en esta época en que vivimos sin idealidad y sin entusiasmos, tan apegados á las comodidades materiales que gemimos mal avenidos con nuestro destierro y no suspiramos ya por patria mejor?...

En crisis tan desastrosa para la humanidad toda... no vacilo en confesároslo, yo me aflijo sólo por España. Será una debilldad; pero muy disculpable en el sexo débil.

Y constituyendo para mí semejante estado de cosas una dolorosa preocupación, y conociendo vuestras virtudes cívicas y las glorias inmarcesibles de vuestra historia, ¡cuántas veces he soñado que se acerca el momento en que vais á reanudar la serie de vuestras legendarias hazañas, dando comienzo á una nueva reconquista!...

Mas si para descabezar vigorosos y aguerridos africanos os bastasteis vosotros, para acabar con esa tropa enfermiza de enconados enemigos de la patria, cuyas repulsivas y grotescas figuras parecen destacarse de un cartel modernista, necesitáis el concurso de la mujer buena, creyente y bien educada.

En tal convicción vivo, y anticipándome á esta solemnidad con que yo no contaba, he hablado á mis discípulas con insistencia de Cervantes y juntas hemos leído algunos capítulos de su libro inmortal.

Después, teniendo en cuenta que la lectura de una obra es seguro camino de poner en claro lo que puede esperarse de su autor, hube de exigirles un breve resumen escrito en que se consignasen sus más culminantes impresiones.

Y aquí véis, señores, justificado el título de este mi trabajo, al que llamaré discurso para ponerme de acuerdo con el programa.

Renuncio á daros cuenta detallada de aquellas impresiones tan varias y ricas, tan sencillas y graciosas en su misma incorrección; impresiones causadas por ese libro peregrino en el corazón y en la fantasía de unas adolescentes cuya edad oscila entre los quince y los veinte años.

No quiero, sin embargo, pasar en silencio dos notas que han llamado mi atención más particularmente, la una por el fino espíritu de observación que revela, la otra por su manifiesta trascendencia. He aquí la primera; aunque os advierto que de ninguna de las dos recuerdo las palabras textuales. No me tacharéis de cronista poco escrupuloso. Muéstranse pesarosas, casi unánimemente, de no haber nacido en una época en que los caballeros trataban á las mozas de los mesones como á grandes damas, y si en tiempos tales en que las grandes damas son tratadas como mozas de un mesón.

La observación segunda que os anuncié, aquella á la cual atribuyo excepcional importancia, se refiere á Cervantes, al que arrebatarían si pudieran la glorta envidiable de haber fortificado un recinto desde el cual la patria nuestra resulta inexpugnable.

Considerad que tan noble deseo expresado con vehemencia pueril, ha de convertirse en ardiente celo apostólico, luego que, cesando de mirar el mundo exterior con esa mirada vaga y distraída que caracteriza á la infancia, se den plena cuenta de que ellas pueden y deben contribuir por modo poderoso á labrar en el sagrado de la familia un lugar de refugio donde España reciba culto de profunda veneración, de amor inextinguible.

Pero me diréis, tus discípulas son pocas y débiles para tan alta empresa. Es que mis discípulas no son débiles, porque la unión hace la fuerza; ni pocas, porque representan á la mujer asturiana de todas las clases sociales; que en esta vuestra bendita tierra el amor al progreso, al estudio y á la virtud, no han sido jamás patrimonio exclusivo del pueblo. Decir otra cosa sería una injusticia, y si á la compasión tiene derecho el pobre, la justicia es derecho inalienable de todo hombre que viene á este mundo.

Así, pues, señores, yo abrigo la bien fundada esperanza de que vuestras hijas podrán decir un día ante el tribunal de Dios y de la patria: «de los que me entregasteis, ni uno solo se ha perdido».

PALENCIA

PARA conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE se celebraron en Palencia las siguientes fiestas: una *kermesse* dedicada á los pobres, función religiosa en recuerdo de Cervantes; velada teatral en la que se representaron las obras *El manco de Lepanto* y *Una hora fatal*; colocación en la plaza del Hospital, que desde ahora se llamará de Cervantes, de una lápida, costeada por el Ayuntamiento; fiesta literaria iniciada por el Instituto general y Técnico; festival infantil y procesión cívica.

En el concurso abierto por el Instituto fueron premiados los siguientes trabajos.

Tema: «Análisis del capítulo VIII del QUIJOTE».

Autor premiado: Matías Alonso Santamaría, de Palencia.

Accésit: D. Pedro Marte Pereda, de Palencia.

Tema: «Estudio de una novela de Cervantes, distinta al QUIJOTE».

Accesit: D. Rafael Pavón Taheda, de Córdoba.

Tema: «El QUIJOTE como novela y como sátira».

Autor premiado: D. Severino Rodríguez Salcedo, de Palencia.

Accésit: D. Matías Alonso Santamaría, de Palencia.

«Poesía en honor de Cervantes».

Premio: D. José Rodao, de Segovia.

Accésit: D. Manuel Amor Meilán, de Lugo.

Premios de la Escuela de Dibujo:

D. Pedro Aguado García.

D. Diego de Diego.

Después de darse lectura á los trabajos premiados, el señor D. Matías Peñalba Alonso de Ojeda, á nombre de la comisión organizadora de las fiestas, pronunció un notable discurso, del cual reproducimos á continuación los siguientes fragmentos:

D. Matías Peñalba.

«Libro extraño, en el que las proposiciones atrevidas se disfrazan con un irónico candor que desconcierta, el QUIJOTE lleva en sí gérmenes de teorías político-sociales cuyas formas precursoras apenas han cuajado.

Seguramente recordáis el capítulo—leído aquí esta noche—de la estancia y coloquios de Don Quijote con los cabreros. No habréis, pues, olvidado el discurso de la *edad de oro*, que comienza: «Dichosa edad y siglos, dichosos aquellos...», donde se dice que «...los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*»; y después: «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia»; y luego, «No había la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez; porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado.» ¿Quién no ve aquí algo más que una elucubración poética? ¿Quién no ve que en esta pintura social—que ningún hombre como Cervantes puede tener por históricamente verdadera—no hay más que cambiar los pretéritos verbales en futuros para que *incontinenti* se transforme la narración retrospectiva en profecía, en adivinación la remembranza?

Y después, con esa ironía con que el genio convierte la ira de los desengaños en paciencia, habla de «Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar)» y la moteja de «inútil razonamiento», burlándose así de los que no le entienden, y aun, momentáneamente, de sí mismo, predicador en el desierto.

Acaso alguno tachará de increíble que Cervantes profesara opiniones de tan chocante novedad en

materias que por caer fuera de los cauces literarios, parece que debieran serle desconocidas; pero esta objeción se desvanece prontamente. La evolución literaria—de la que ya se ha dicho, fué iniciada por él—vino á hacer de la novela el género de literatura más eficaz y más íntimamente relacionado con la Vida; la evolución científica, entrevista y preparada por el fraile Bacón y Leonardo de Vinci, condujo á los investigadores por los caminos de la observación y la experimentación á que recogieran sus materiales directamente de la Naturaleza; y ambas evoluciones, advenidas con base común, trajeron la estrecha relación—que hoy nadie pone en duda—de la Literatura con las ciencias, especialmente, con la más moderna y más compleja, con la Sociología. Pues bien; esta relación armónica, fusión casi, que en el tiempo se ha realizado con el ímprobo trabajo de algunas generaciones, y que aún no está enteramente formulada, fué invenida en sus conclusiones principales por el genio preclaro de nuestro novelista, y aun cuando maraville que un hombre no consagrado á inquirir verdades científicamente; no versado en más filosofía que la elemental que en todo caso poseen las inteligencias tan bien dispuestas, y tan diversamente cultivadas como la de Cervantes; no familiarizado con la paciente y metódica labor del sabio, proponga y patrocine teorías, que hoy, después de tres siglos, forman el eje de un gigantesco torbellino científico y social; pienso que no hay por qué traspasar los límites de una admiración viva, para llegar á una irreductible negación. Cervantes era un hombre de copiosas lecturas; su espíritu insaciable y ávido le impelió á desflorar la mayor parte de las humanas disciplinas, y el rayo de luz que basta al genio para perseguir y descubrir una verdad pudo iluminarle fácilmente. Cuando él visitó á Italia—palenque entonces de investigación literaria y científica—iba corrido medio siglo desde que escribiera su *Utopía* Tomás Moro; y no es ningún imposible que este libro llegase á manos de Cervantes, en aquel tiempo joven y propenso á un entusiasmo, que dada su psicología personal, debió acrisolarse con los años en una convicción tranquila y firme. Que por aquella época estas ideas no carecían de arraigo en ciertas almas elevadas, lo demuestran los móviles que animaron la campaña de Ulrico de Hutten y su amigo Sikingen, y la aparición, años después, de *La Ciudad del Sol*, de Campanella.

Ya hemos visto que atribuyendo al discurso de la edad de oro un simbolismo que nada tiene de violento, lo que en él se dice respecto de *la propiedad* son dos palabras, aunque bien valen por un volumen. Más explícito es Cervantes por boca de su héroe en la verdadera disección que hace de la *justicia*, llegando á indicar con las palabras «no había que juzgar ni quien fuese juzgado», la falta de materia de juicio en la imaginada sociedad modelo; y finalmente asienta el principio más fecundo de las reivindicaciones femeninas con la afirmación de que «las doncellas y la honestidad andaban por donde quiera solas y señeras» (1).

Espero que no me tildaréis de forzar la interpretación para buscar una originalidad ficticia, si digo que en esta frase última se integra virtualmente mucha parte de las modernas ideas que llevan la expresiva denominación de *feminismo;* porque si efectivamente hay motivo para creer que en el discurso de la edad de oro se cifra un vaticinio, no es preciso hacer hincapié en que todo cuanto en él se dice tiene un valor indicado y futuro, criterio que autoriza para dar á la frase citada la aludida significación. Viene á concordar con este parecer todo lo que en el QUIJOTE pregonan los diferentes tipos de mujeres. Cervantes, con intuición certera de psicólogo, pasa de largo sobre la afición á las banalidades, que en las mujeres parece defecto y no lo es, y alumbra el claro manantial de ternura, de gracia y de instintivo amor á la equidad que brota inagotable y puro en los corazones femeninos; pero no contentándose con esto presenta mujeres con personalidad vigorosa y definida, *Dorotea*, huyendo á ocultar entre breñales una deshonra inmerecida y aparente no más; *Luscinda*, resistiéndose, á pesar de su padre, á faltar á la palabra empeñada con toda voluntad y gusto; *Claudia Jerónimo*, vengando en su amante una supuesta afrenta, y *Ana Félix*, andando el mundo en guisa de capitán corsario para remediar animosamente su desgracia, son tipos recién venidos á la literatura española; caracteres de hembras sabedoras de su misión en la vida, que se reconocen fuertes y que se niegan á faltar á ella. Otra que *Dorotea* hubiera confesado á sus padres lo que en suma no era falta suya, y hubiera, si lo quisieran ellos, entrado en un convento; otra que *Luscinda* hubiese cedido á las imposiciones paternales; un convento también hubiera sido refugio de *Claudia* abandonada, y un harem el paradero de *Ana Félix* fugitiva, si ellas no fuesen quienes eran;

(1) *Señoras*, dije al pronunciar este discurso, en lugar de *señeras*, que dice la primitiva edición de Juan de la Cuesta, que yo no conozco *de visu* y sí sólo merced á la amable indicación del erudito literato D. Narciso Alonso Andrés; y hago ahora la corrección más por restablecer en su pureza el texto cervantino que por justificar mi interpretación, que con cualquiera de las dos palabras es igualmente lógica. (Nota del autor.)

pero en estas mujeres, cuyas almas enérgicas reviven en la *Nora* de Ibsen, en *Casa de muñecas* aparece delineada con firmes trazos la nota común de la mujer independiente, consciente de sí misma y sus deberes; tipo nuevo en una literatura en que todas las figuras femeniles se reducen á una monótona de hermosura, recogimiento é ignorancia; en manos del padre, poco menos que imagen, á la que se tributa desde lejos un culto de billetes amorosos y de músicas; en manos del marido, sierva obediente, condenada á sufrir con resignada sumisión todos los caprichos y todos los olvidos, cuando no víctima de feroces venganzas.

Y al fin, en el QUIJOTE, como síntesis de las mujeres—símbolo al mismo tiempo de todos los humanos ideales—brilla *Dulcinea*, la zafia labradora, en quien el Caballero, por obra del amor milagroso, resume todos los atractivos de un arquetipo femenino. Para el manchego hidalgo, que es *el hombre*, *Dulcinea* es *la mujer*, en todo el inefable significado de la forma abstracta; es *Hero*, la amante fiel; es *Ruth*, la esposa rendida; es *Penélope*, invencible; virtuosa, *Lucrecia*, *Venus*, bella; *Débora*, juzgadora, y *Eva*, madre; cualidades divinas que, uniéndose y compenetrándose, forman la ideal figura que ama y enseña, sonríe y amonesta, conforta y alegra; que es, á través del dédalo inextricable de la vida, nuestro sostén y nuestro guía.

Fáltanos aún para completar el cuadro de ideas trascendentales del QUIJOTE y su valor social examinar los aspectos religioso y jurídico, y como complemento el pertinente á la Historia, que, cual ciencia *del hecho*, recibe el espíritu de la sociedad entera.

Viva y empeñadísima la polémica sobre las ideas religiosas que encarna Don Quijote, en puridad *quizá* no puede atribuírsele más que un latitudinarismo suavemente zumbón, delicadamente irónico, que sin tocar expresamente al dogma, se explaya con visible complacencia en la cuestión—de vital interés entonces, *como ahora*—de la preponderancia teocrática en asuntos temporales: del influjo sacerdotal, *pro dignitate Dei*, en el gobierno de los pueblos; cuestión cuya trascendencia histórica y social no se le ocultaba al «Ingenioso hidalgo». Porque Cervantes—á quien representa—nacido en país católico, fué católico también, con cierto matiz de reservas mentales; y he aquí cómo el espíritu de este hombre escogido, obedeciendo en sus creencias á la *ley del medio*, las adaptó á su propia naturaleza; imprimió en ellas la marca de su entendimiento superior; y creyente firmísimo, no era su fe la fe sombría y convulsiva del fanático que no ve en Dios más atributo que la cólera; no la fe estrecha, que empobrece y atormenta el espíritu; era la fe viva engendradora de las obras; la fe que templa el ánimo en días de infortunio; la fe pura y tranquila del que todo lo espera de Dios, de su justicia y su misericordia.

Con su grandeza de alma, con su maravillosa comprensión de la vida, que le colocó fuera y muy por encima de su tiempo, Cervantes planteó en el QUIJOTE problemas interesantísimos del orden jurídico, adelantando soluciones concretas con puntos de vista tan inopinados, que alguno de ellos constituye actualmente el nervio de importantísimas disquisiciones. Prescindiendo de los consejos de Don Quijote á Sancho al ir éste á su gobierno—que denotan una capacidad jurídica de primer orden—el juicio de Sancho en la ínsula sobre la deuda del viejo de la cañaheja; la sentencia en la querella del ganadero y la mujer implican, burla burlando, la legitimidad de la prueba basada en la inducción, fundamento de los modernos sistemas de enjuiciar y también de la prueba psicológica que ha adquirido grandísima importancia para todos los juzgadores ilustrados. Esto, que representa un progreso indudable por lo que atañe á la ley adjetiva y al funcionamiento de los tribunales; pero hay más, señores, hay en el QUIJOTE, formulada con toda la seriedad inherente al protagonista—personaje profundamente serio, pues su *vis cómica* le viene de fuera, nacida precisamente del contraste entre su seriedad y lo ridículo que siempre le rodea—una negación categórica, escueta y audacísima: la *negación del derecho de penar*. En el episodio de la liberación de los galeotes, Don Quijote dice: «... me »parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y »Naturaleza hizo libres», y «... no es bien que los »hombres honrados sean verdugos de los otros »hombres». ¿Puede pedirse más claridad, más concisión ni más eficacia en un concepto? Es éste para mí el pasaje más expresivo, en el que Cervantes afirma más confiadamente, seguro de que la limitación de sus contemporáneos, incapaces de concebir tales ideas como apoyos de una futura teoría penal valedera y razonada, le fiaba contra toda complicación y peligro. Y no puede ponerse en duda el alcance de este pasaje, porque posteriormente, cuando el *Cura* habla con Don Quijote del asunto, y como si desconociese al libertador de los encadenados, le injuria y vilipendia, el Caballero protesta airadamente y alega entre otras razones: «... hice con ellos lo que mi religión me pide», in-

sistencia que aparece como un *lei motiv* musical, destinada á llamar nuevamente la atención del lector sobre cuestión tan importante.

No se detuvo Cervantes aquí; y en cierto caso nos describe al valiente Manchego, víctima de su generosidad, queriendo vengar «el agravio hecho á Rocinante.» Y esto, señores, si no es reconocer un derecho para los irracionales, por lo menos expresa un sublime concepto de la piedad universal; de la hermosa y tierna creencia en la solidaridad de todo lo creado; que lleva á los brahmines indios á respetar la vida de las bestias; que inspiró al dulce extático de Asís el llamar al agua «hermana agua» y al lobo «hermano lobo»; que indujo á Schopenhauer á consignar en su *Moral* el precepto de tratar á los animales con dulzura. Admira, señores, doblemente cuanto se refiere á las ideas cervantinas en estas materias, si se piensa que no se ven próximas fuentes donde Cervantes pudiera beber lo que en definitiva entraña actualmente la esencia de la predicación del gran Tolstoï. ¡Maravillosa intuición, visión profética, percepción zahorí con que el genio columbra el porvenir, y donde los demás no ven, él adivina!

Todos los aspectos examinados vienen á comprenderse en el histórico, y Cervantes, con lógica penetración de lo que medularmente constituye la Historia, como si previese por qué nuevos derroteros, por qué incógnitos caminos había de llegar á hermanarse con la Sociología, ya advierte cuán equivocados van los historiadores que «se dejan lo mejor en el tintero», y llama á aquella ciencia «advertencia para lo porvenir». ¡Cuatro palabras que valen un tesoro! Cuatro palabras en las que, sin aparato científico, implícitamente se establece el principio de la *fatal identidad de las acciones humanas*, inmenso semillero de sabiduría, piedra angular y arranque imprescindible de las ciencias sociales.

PONTEVEDRA

Los alumnos de sexto año del Instituto de Pontevedra, señores D. Luis Crespi Jaume, D. José María Riaza Mateo, D. Isidoro Millán Mariño, D. Isidoro Salgués Cuevas y D. Antonio Codesido Silva, escribieron, compusieron y repartieron gratis una hoja historiando la vida de Cervantes.

En la Escuela Normal de Maestras se celebró una fiesta literaria conmemorando el tercer Centenario de la publicación del QUIJOTE, en la que leyeron muy notables trabajos los señores Romero, Soto, Catalán, Llano y Matxar.

La Sociedad Económica de Pontevedra celebró también una velada, en la que pronunció un excelente discurso el Sr. D. Antonio Crespi y fueron obsequiados los alumnos de la misma con medallas conmemorativas y ejemplares del QUIJOTE.

D. Eduardo Vincenti, diputado por Pontevedra y autor del «Quijote de los niños».

En el Teatro Principal se celebró el concurso literario organizado por el Círculo Católico de Obreros de Pontevedra.

Presidió el acto el gobernador de la provincia Sr. Cadarso, acompañado del Jurado y del mantenedor D. Juan Barcia Caballero, catedrático de la Universidad de Santiago y una de las más prestigiosas personalidades de la literatura gallega.

Los autores premiados en el Certamen fueron los siguientes: *Premio de honor*, desierto; *accésit*, D. José María Ruano. «Psicología de Don Quijote», D. Federico Peralta. «El realismo del QUIJOTE y el naturalismo de Zola», D. José Riobó. «Comentarios morales á la arenga de Don Quijote á los cabreros», D. Ignacio Covelo. «Paralelo crítico de los dos Quijotes y La mujer en el QUIJOTE», D. Manuel Amor Meilán. «Poesía descriptiva de una fiesta en Galicia y trabajo periodístico, D. Valentín Villanueva.

CERTAMEN LITERARIO CELEBRADO EN EL CÍRCULO CATÓLICO DE PONTEVEDRA EN HONOR DE CERVANTES.

Delegado del Ministro de Instrucción pública, mantenedor, oradores, literatos y comisión organizadora.

CERTAMEN LITERARIO CELEBRADO EN EL CÍRCULO CATÓLICO DE PONTEVEDRA EN HONOR DE CERVANTES.

Señoritas que formaron la presidencia de honor en el festival.

Después pronunciaron muy hermosos discursos los señores Colomina, Bermejo y Pazo, y leyeron inspiradas poesías en elogio de Cervantes, los señores Alvarez Jiménez y Lois.

El doctor D. Juan Barcia Caballero puso fin al acto, pronunciando un hermoso discurso que fué muy aplaudido, en elogio del QUIJOTE.

Las fiestas del centenario terminaron en Pontevedra con la celebración de una procesión cívica, en la que figuraban comisiones del Ayuntamiento, Diputación, Claustro del Instituto y Escuelas Normales y de todas las corporaciones y sociedades de esta capital, y los alumnos de los diferentes centros de enseñanza con sus respectivas banderas.

La procesión, que ocupaba muy extenso trayecto, recorrió, precedida de la banda municipal, las calles de Soberanía Nacional, Isabel II, Princesa, Comercio, Constitución, Michelena hasta la Alameda, donde fué colocada la primera piedra del monumento que el Ayuntamiento ha acordado erigir en honor del autor del QUIJOTE.

VIGO

Con una fiesta literaria en la que se leyeron notables trabajos, celebró la Escuela de Industrias de Vigo el tercer centenario de la obra inmortal de Cervantes.

El Colegio Cívico-Militar de María Auxiliadora que dirige D. Lorenzo Rodríguez, celebró también una velada literaria, á la que asistió muy distinguida concurrencia.

Comenzó la fiesta ejecutando los alumnos del colegio varios números musicales, leyéndose después varias composiciones poéticas dedicadas á Cervantes, originales de los señores Ayala, Otero y Montenegro.

Hicieron después uso de la palabra los señores

Baraja, Díaz y el director del Colegio D. Lorenzo Rodríguez, quien estudió la personalidad literaria de Cervantes, poniendo fin á su discurso con las siguientes palabras:

«Y á vosotras, señoras, ¿cómo he de agradeceros que hayáis transformado con vuestra presencia en este acto el local que ocupamos de sala de trabajo y lucha diaria, en salón espléndido lleno de alegría y radiante de luz y color? Abrillantáis de tal modo esta fiesta, que hasta rosas de las guirnaldas que adornan esas columnas se marchitan, escondiendo entre sus pétalos el rubor que les producís vosotras, flores más bellas, esparcidas en este lugar.

D. Lorenzo Rodríguez, director del Colegio de María Auxiliadora.

No arrepentiros, señoras, de haber contribuído al mayor esplendor de este homenaje, porque al rendir un tributo digno de loa al autor del QUIJOTE, no hacéis más que corresponder al rendido caballero que, sintiendo veneración por las damas, tenía siempre lanza y espada á disposición de la mujer. Y si el aura saturada de delicado aroma lleva en sus ondulaciones á la mansión infinita que Dios le reserve, los ecos de esta fiesta, ó él, á través de los espacios interplanetarios y de estas paredes, contempla el hermoso espectáculo que estáis dando, se verá resarcido en un segundo de los dolores y amarguras que la ingratitud de su tiempo le hizo sufrir.»

SALAMANCA

EL tercer centenario de la publicación del QUIJOTE lo celebraron los estudiantes salmantinos con una velada literaria, que se celebró en el Paraninfo de la Universidad.

A la fiesta acudieron representaciones civiles, militares, eclesiásticas, literarias, obreras y prensa local y de Madrid.

Presidió el rector Sr. Unamuno, y á sus lados tomaron asiento el señor obispo de la diócesis, reverendo P. Valdés; el gobernador civil, Sr. Guzmán, y el decano de la Facultad de Ciencias, don Eduardo No.

La mesa presidencial se hallaba engalanada con las banderas de las Facultades de Derecho, Letras, Ciencias, Medicina y Tuna Escolar.

En la velada se leyeron los siguientes notables trabajos: «Vida íntima de Cervantes», por el alumno de la Facultad de Letras, Sr. Perdigón; «El QUIJOTE y el amor», por el estudiante de la Facultad de Medicina, Sr. Bondía; «La actualidad del QUIJOTE», por el estudiante de Medicina y Ciencias, Sr. Salado; «Nuevo quijotismo», por el alumno de la Facultad de Derecho, Sr. Sánchez Rojas; «El loco cuerdo», poesía por el alumno de Letras, Sr. Onís; «Ultratumba de Don Quijote», por el alumno de la Facultad de Derecho, Sr. Iscar; «En torno al quijotismo», por el alumno de la Facultad de Letras, señor Onís.

El Sr. Unamuno puso fin á la velada con las siguientes palabras:

«Me congratulo —comenzó diciendo el rector de la Universidad— de que las fiestas del centenario del QUIJOTE se hayan reducido en Salamanca á pocos actos y que sean tan espontáneos como éste; porque es triste cosa que se nos quiera imponer un QUIJOTE de Real orden sin más carácter que el oficial, como ocurrirá en muchos de los festejos que se celebren en estos días.

Ha llegado este deseo á tal extremo, que ya se han publicado ediciones expurgadas del QUIJOTE, lo que equivale á hacer estatuitas del Apolo de Bellvedere y de la Venus de Milo, vestidos, aquél de levita y ésta con traje de la época.

Era mejor dejar á los muchachos que celebraran estas fiestas por sí solos, aun exponiéndose, como aquí ha ocurrido, á que se contradijeran unos á otros y hasta alguno consigo mismo.

Como en España todo se hace con retraso, estamos celebrando el centenario del QUIJOTE en 1905, á pesar de haberse publicado la primera edición de este libro en 1604.

Es verdad, como ha dicho uno de los jóvenes que han hablado, que la admiración por el QUIJOTE nació en el extranjero, y que, como todo lo definitivo, nos vino de fuera este entusiasmo.

Si algún día viniera á España un crítico de verdadera talla, haría un cambio completo en las tablas de valores y colocaría, quizá en primera fila, á los que nosotros hemos calificado de suspensos.

De los jóvenes que han tomado parte en esta velada, uno ha cantado el amor tranquilo, otro se ha lamentado de que sus aficiones estuvieran en contradicción con sus estudios, y hasta ha habido quien ha hecho profesión de equilibrado.

D. Filemón Blázquez.

Yo he llegado hace poco de Madrid, donde he pasado algunos días, y me ha producido excelente impresión el ver que en el centro más intelectual de la corte, en el Ateneo, la juventud es absolutamente irrespetuosa.

Lo más triste es que hay gentes que no se inquietan por nada, y que los inquietos lo son por cosas tan vanas como la Retórica y la Gramática.

Hay gentes que, por su desgracia, no creen en Dios y creen en la Metodimia.

Lo necesario es que se imite lo bueno, venga de donde venga, arrostrando la burla y huyendo de la cuquería, que es lo peor de todo.

Si hoy resucitara Don Quijote y saliera de punta en blanco por la Puerta del Sol, los más dirían que no tenía otro propósito que el de que le hicieran diputado ó concejal, sin pensar que el que lucha y se revuelve no busca sino á sí mismo la mayor parte de las veces.

Yo os excito á que continuéis meditando sobre este libro, y que lo leáis sin esas notas eruditas con que á veces se publica y que no son más que un estorbo.»

***

El Colegio del Ave-María que dirige el docto profesor D. Filemón Blázquez, celebró una velada literaria en honor de Cervantes, de la cual da cuenta el Sr. Blázquez en los siguientes sencillos términos:

«En este centro hemos celebrado la fiesta del centenario, no con arreglo y sujeción al programa oficial, sino á nuestro capricho y antojo; como no somos oficiales, pudimos hacer de nuestra capa un sayo, y al efecto, con el fin de observar á los niños y estudiar lo que pueden dar de sí cuando se les conceden amplias facultades, y con el objeto de hacer trabajar su mente y ejercitar su fantasía, dispuse que ellos confeccionaran el programa para la fiesta, y les di libertad para que hicieran cuanto su inteligencia les sugiriera; es más, ofrecí un premio á aquel que tuviera más inventiva y gusto en formarnos un entretenido y gracioso paso cómico sacado del libro por ellos tantas veces leído: el libro de Cervantes. Con gozo sin igual recibieron éste, y todos empezaron á sentirse inventores, todas sus imaginaciones se comenzaron á mover, y todos, en fin, proponían y rechazaban invenciones de su mente.

Mucho podría decir de lo que observé en estos y posteriores momentos, y muchas consecuencias podría sacar de lo que pude ver en los niños cuando obran libremente; pero déjolo para otra ocasión, y hoy sólo me limitaré á reseñar la fiesta.

Oímos misa maestros y discípulos, y después de esto marchamos á celebrar el *certamen* que de antemano se había anunciado. En la mañana no hicieron más que los ejercicios de los temas que habían escrito y los cuales eran:

1.° «Bibliografía de Cervantes»;
2.° «Importancia del QUIJOTE», y
3.° «Poesía al *Manco de Lepanto*».

Todos los ejercicios fueron hechos á presencia del tribunal designado, y sin consultar libros ni apuntes.

Por la tarde volvió á reunirse el tribunal para juzgar estos trabajos y los restantes, que fueron:

1.° Lectura de un párrafo del QUIJOTE.
2.° Recitación de una Memoria de los consejos que Don Quijote dió á Sancho.

Los niños premiados fueron: Ramón R. Pinilla, Joaquín de Segovia, Pepito Martín Conde, Fernando Junquera, Andrés Tolmos, Pepito Trigo, y de los párvulos, Mario Maldonado, Teodoro Castillo y los

niños de cuatro años José Manuel González Borreguero y Mariano Ibáñez Galván, que hicieran de Don Quijote y Sancho admirablemente.

Se repartieron los premios, se hizo distribución de algunos ejemplares del libro inmortal, y tras un buen discurso, pronunciado por el presidente del Jurado, D. José Delgado, el cual les encareció se identificasen con Cervantes en todo y por todo, se pasó á la segunda parte en la cual se lució el ingenio y habilidad que los niños tienen para imaginar.

Pusieron en escena la tragedia del *Clavileño, El entierro del pastor* y *Los consejos de Don Quijote á Sancho*, todo arreglado y dispuesto por ellos, y era de ver cómo arreglaron la indumentaria; el uno con unas hierbas hizo coronas para los pastores, el otro con algodón en rama dispuso las barbas para Don Quijote, y, por fin, el que representó el personaje del Caballero de la Triste Figura, se caracterizó tan bien que cualquiera creería que era el mismo ideado por Cervantes. El traje consistió en piezas hechas de cartón que se ajustaba con tiras de trapo y papel, y hasta en esto se parecía á Don Quijote. ¿Será que Cervantes tenía alma de niño?

Los demás niños admiraron el ingenio de sus compañeros, rieron y gozaron mucho, y yo me quedé satisfechísimo por haberles dejado obrar por sí solos, y muy contento en ver que mis niños habían gozado y que sus facultades mentales habían trabajado».

***

También celebraron brillantes fiestas en honor de Cervantes el Claustro de las Escuelas Normales, los alumnos del Instituto y el Círculo de Obreros.

ASTORGA

Por iniciativa del Ayuntamiento de Astorga se celebró un festival literario en honor de Cervantes, en el que se leyeron muy notables trabajos, pronunciando el siguiente notable discurso el ilustre abogado del Colegio de Salamanca, doctor D. José García Revillo:

D. José García Revillo.

«**Homenaje á Cervantes.**

Es el motivo de esta conferencia ó discurso, que de ambas cosas puede tener este desaliñado trabajo, el contribuir á solemnizar la fecha del año 1605 en la que se imprimió por vez primera el grandioso libro de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Nacido el pensamiento de celebrar este centenario en el cerebro de algunos cervantistas como Luis Vidart y D. Julián de Apráiz, si bien la idea fué acogida con entusiasmo por muchos escritores, la miraron con indiferencia no pocos y fué tratada con desdén por los más. Y hasta tal punto llegaba nuestra pereza intelectual y nuestra desidia para exhibir cual se merecen nuestros antiguos tesoros, que se ha necesitado en este caso el acicate oficial, y hasta el aguijón de los de fuera que se preocupan más que nosotros de nuestras propias grandezas. Así vemos que en Francia organiza festejos para conmemorar este centenario la *Ligue d'Action Latine*, dirigida por Paul Doumer, y que Roustand Barrau y Merinée tomarán parte en esos festejos, porque son admiradores entusiastas de Cervantes, como lo son Juan de Fasteurath, Max Nordau y Storm y otros muchos extranjeros que, á la vez que insignes literatos son profundos pensadores.

Por un extraño fenómeno, no difícil de explicar, ocurre lo contrario con nuestros escritores nacionales; y es que saturada la literatura contemporánea de cierta pedantería sociológica, miran nuestros sabios á Cervantes como un aventurero del siglo XVI, que escribió algunas novelas cuajadas de chistes y donaires. No quieren

ver en él, por desconocimiento de sus obras, al moralista profundo que esparce á granel en sus libros las más hermosas máximas y sanos consejos; al filósofo razonador que sabe envolver en el ropaje del humorismo los más abstrusos problemas de la metafísica; al sociólogo eminente que conocedor de las pasiones del corazón humano logra arrancar de cuajo, por medio de la sátira más sublime que ha conocido el mundo, los vicios y defectos que dominaban en su época á la raza que él pertenecía. Pero no creáis que este desdén lo guardan sólo para el príncipe de los ingenios, sino para todos aquellos escritores que lo han sido de siglos atrás. El afán modernista de formar ciencia nueva, de declarar caducada la antigua literatura para construir otra sin gramática ni retórica de ser en las fruslerías más insignificantes de la vida encerrado el saber profundo sin detener el conocimiento en lo substancial y permanente de esa misma vida, el de desterrar en absoluto todo elemento tradicional é histórico es el ideal de estos literatos, cuya frivolidad es signo de que nuestra decadencia intelectual corre parejas con nuestra bancarrota material y semejantes á los títulos arruinados que reniegan de su estirpe porque no tienen valor moral para sostener el brillo de su nombre, reniegan del pasado por carecer de capacidad para comprender todo el mérito de sus hombres y sus obras. Por eso habréis leído en folletos y discursos dislates de tanta monta como el de que hay que echar la llave al sepulcro del Cid y enterrar para siempre el libro de oro de nuestra historia. ¡Como si los héroes de nuestro vida nacional tuvieran la culpa de los desastres que han traído sobre esta pobre nación los sabios de guardarropía y los gobernantes sin gobierno!

Si el orador cuando dirige su voz al público ha de expresar con fidelidad las situaciones de su ánimo respecto de las cuestiones que incidentalmente ó de propósito en su discurso desenvuelve, yo os diré que el último patrón de la moda científica y literaria española consiste en que el sabio modernista se extasíe ante las simplezas de *La Sonata á Kreutser*, de Tolstoi; las extravagancias de *La Genealogía de la Moral*, de Nieztsche, y las inverosímiles utopías de Ivan Turgueneff. Pero en cambio es de buen tono ignorar por completo en el orden jurídico los trabajos de Solón y Licurgo; las disposiciones del *Digesto* y la *Instituta*, las de nuestros admirables códigos *El Fuero Juzgo*, *Fuero Real* y *Las Partidas:* las investigaciones concienzudas y profundas de Herman Couring y aun las de Sumer Maine y Fustel de Coulanges; ignorar en Filosofía si existió Aristóteles; si vivieron Descartes, Gassendi, Pascal y Leibnitz; si hubo un santo y un sabio, autor del Arte universal, que se llamó Raimundo Lulio y un Luis Vives de tan sano criterio y juiciosa crítica que superior á Budé y Erasmo por la pureza de la doctrina formaba con ellos en el siglo XV el gran triunvirato de la república de las letras. Y no hablemos del ramo del saber en el orden teológico; para los sabios del día, ni Efrén, ni Próspero Aquitano, ni Agustín de Hipona y Ambrosio de Milán, ni Buenaventura y Alberto el Magno, Tomás de Aquino y Francisco Suárez fueron cosa distinta que unos pobres hombres dignos de compasión por haber perdido el tiempo engolfando sus preclaras inteligencias en la contemplación de los atributos de Dios y explicación de sus infinitas maravillas.

Hemos separado algún tanto la reflexión del objeto de nuestro tema, porque nadie puede sustraerse de hablar de aquello que determina su modo de pensar y sentir, que forma el medio ambiente en que se mueve y constituye el vicio ó la virtud dominante de la sociedad en que vive. A más de que todo ello ha sido traído de propósito, para demostraros el por qué las fiestas del centenario del Quijote tienen más sabor de acontecimiento oficial, que tinte de suceso literario, debido sin duda, y en este caso se ha demostrado, al poco conocimiento que de nuestras joyas científicas y literarias tienen esos santones á quienes la opinión ignara proclama únicos poseedores de la moderna sabiduría.

No cuadra á la índole de este trabajo hacer un estudio biográfico del gran Cervantes. Todo buen español sabe que Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares y fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor en el día seis de Octubre del año 1547. Dedicado por sus padres al estudio de las letras con objeto de obtener una carrera útil, la abandonó por completo para seguir los encantos de la poesía; y tan poco éxito obtuvieron sus producciones de este género, que despechado huyó á Roma, donde sirvió de camarero al cardenal Acquaviva; pero no conviniendo esta clase de vida á sus altos pensamientos, se alistó con las tropas españolas residentes en Italia, y como soldado peleó en la famosa batalla de Lepanto, en la que recibió tres heridas, una de las cuales le estropeó la mano izquierda, dejándole testimonio perenne de su valor y de su amor á la patria. Cautivo en 1575, fué conducido á Argel, y después de cinco años de esclavitud y de trabajos sin cuento

lo rescataron los frailes mercenarios y restituyeron á su patria, en donde vivió hasta el año de 1616, zaherido por muchos, envidiado por los más, y de tal suerte miserable y desafortunado, que sufrió el rigor de los errores de la justicia, y persecuciones sin causa como la que le retuvo preso en la cárcel de Argamasilla, donde, según expresión propia, «toda incomodidad tenía su asiento y todo triste ruido su habitación». Y sin embargo en aquellos obscuros calabozos y por un alma atribulada con el infortunio, separada de su numerosa y pobrísima familia, por aquella alma noble y grande que la estrechez de la prisión no pudo impedir la expansión de su sublime inteligencia, se escribió el libro más admirable y profundo, á la vez que el más ingenioso y festivo de cuantos ha producido el espíritu humano.

Imprimióse la historia de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA por vez primera en Madrid, en la imprenta de D. Juan de la Cuesta y en el año de 1605, y tal fué el despecho que sus bellezas causaron en los detractores de Cervantes, que Villegas trató de zaherirle en sus versos y otro escritor de más obscuro nombre llegó en su osadía á hacer la continuación de una obra cuyo mérito estaba muy lejos de comprender. De él se vengó nuestro genio de la manera más digna y hermosa con que suelen hacerlo los grandes espíritus; y para ello, al dar á luz en 1615 la *Segunda parte del* QUIJOTE, superior en corrección y gusto á la primera, le dice al lector «que, puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el suyo la regla había de padecer excepción». Sin que le ocurriera á aquel grande hombre, al contestar á los motes de Manco y Viejo con que su contrario procuró mortificarle, cosa distinta de las serenas reflexiones que esculpidas aparecen con las siguientes palabras: «Como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, al menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga, y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella».

¿Y qué es en conjunto, preguntamos nosotros, la historia de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA? Es la fábula más hermosa que ha conocido el mundo, el poema de más mérito que han escrito los hombres, el libro por excelencia que contiene entre sus páginas los más sabios preceptos de moral, conocimientos profundos en todos los ramos del saber, cuyo autor logró con las exuberantes descripciones de las extravagancias espiritualistas de un loco y los realismos de ambición y codicia de un ignorante, retratar los vicios y virtudes de la sociedad de su tiempo, presentándolos en forma tal que los espíritus de toda clase y condición encuentran en tan hermoso libro donaires que celebrar, chistes que reir, sentencias que meditar é ideas y conceptos profundos envueltos con el ropaje de dicción más bella, más rica y más armónica que pueda imaginarse.

En ninguna historia fingida se han presentado con más caracteres de verdad los personajes en sus obras y discursos. Nadie cree en la existencia de los magos de *Las mil y una noches* ni en las de los héroes imaginarios de Ferdusi, llamado el Homero ó Ariosto del Oriente. Feridum el magnífico, y el malvado Zohac simbolizan la eterna lucha del bien y del mal, de la luz y las tinieblas, representada entre los persas por tradiciones heroicas. El mismo Carlo Magno, con sus doce pares, pierde el carácter histórico en que se le convierte en héroe legendario; y no digamos nada de la existencia de Tristán, Amadís de Gaula y toda la caterva de caballeros cuyas hazañas dan lectura para un momento, sin dejar en nuestro ánimo más impresión que la de una farsa mejor ó peor desarrollada. Por el contrario, tenemos que hacer gran esfuerzo de razón para desechar de nuestra mente la existencia real del hidalgo Alonso Quijano; le vemos salir de su casa en busca de aventuras, oímos las risas de las mozas á quienes toma por princesas y las preces del ventero socarrón que le arma caballero; contemplamos la belleza de Marcela, asistimos al entierro de Grisóstomo, vemos á Cardenio saltando de breña en breña y admiramos, estupefactos, la discreción y el talento de la hermosísima Dorotea; y Sancho y Aldonza Lorenzo, maese Nicolás y Sansón Carrasco son tipos á quienes conocemos tan de cerca, que tomamos, sin querer, parte en sus razonamientos, aplaudimos sus agudezas de ingenio y nos cuesta gran trabajo creer que semejantes seres no vivieran y obraran del modo y forma que los hizo vivir y obrar la imaginación portentosa de aquel talento sin segundo.

Es el QUIJOTE—hemos dicho—el poema de más mérito que han escrito los hombres. Aspiración natural de los grandes genios es el dejar á la posteridad un monumento imperecedero, que á la vez que inmortalice su nombre, perpetúe los rasgos y caracteres de la civilización de su raza. Homero en la antigüedad de Grecia, Virgilio entre los latinos y Dante entre los cristianos, son los genios de la Humanidad que han sabido llevar á cabo tan difícil empresa. Mas Homero y Virgilio, para la composición de sus admirables poemas, eligieron los sucesos más notables que pueden acaecer entre los hombres; la lucha de razas, las guerras entre héroes, es más, entre semidioses, haciendo jugar un papel importante á los dioses mismos, para que así tuvieran algo de sobrenatural y maravilloso las acciones que en sus obras se desarrollan. *La divina comedia*, de Dante, presenta un cuadro admirable de la civilización cristiana, merced á la exposición de profundos misterios, que constituyen dogmas de la misma, y el *Canto de los Nibelungos*; la *Mesiada*, de Klopstok; *Os Lusiadas*, de Camoens; el *Paraiso perdido*, de Milton, y otros poemas que sería ocioso enumerar, todos, absolutamente todos, fundan sus argumentos en los misterios más profundos de una religión ó en las hazañas más asombrosas de los héroes; pero un libro cuyo argumento lo forman las aventuras de un pobre loco, y cuyos personajes no son ni dioses ni héroes, sino labradores y venteros, pastores enamorados y mujeres sencillas; un libro que con estos elementos retrata la civilización de la raza española y aun de la europea, en gran parte de la Edad Media; un libro con el que el autor consigue desterrar para siempre los vicios y preocupaciones dominantes en su época, ese libro tiene más mérito que *La Ilíada*, de Homero; *La Eneida*, de Virgilio, y que todos los poemas que han impresionado á la Humanidad por la grandeza de sus personajes y lo maravilloso de sus hazañas.

Muchos son los escritores que se han dedicado á desentrañar el espíritu que informa las páginas del QUIJOTE. Algunos sueñan con un sentido esotérico que sus doctrinas no tienen, puesto que por medio de ejemplos ó ficciones están expuestas con claridad tal, que son comprendidos por las inteligencias menos afortunadas; otros quieren encontrar en él un tratado completo de teología; quién un sistema de moral, y una obra de matemáticas, de geografía, de astronomía; de todas las ciencias que integran los ramos del saber. No, no hay necesidad de exagerar las cosas para reconocer en ellas el mérito que contienen. ¿Quién duda que Cervantes era hombre instruído en toda clase de conocimientos, y que de ello dió la muestra más gallarda en su libro por excelencia? En la descripción de los dos ejércitos hay extensos conocimientos de geografía; en las altercaciones de Don Quijote con el canónigo predominan las citas históricas, y la teología mística campea en casi todos los discursos del héroe y en las discretas razones con que logra poner paz entre los combatientes de dos pueblos rivales, diciéndoles: «Cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen, mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible de cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por las leyes divinas y humanas á sosegarse.»

Las nociones más principales del derecho se exponen en los consejos que recibió Sancho Panza antes de partir para el gobierno de su ínsula y en las acertadas disposiciones que dió para todos los casos del gobierno de ella, y en todas partes de la obra, en relación con los preceptos del derecho dominan las enseñanzas de la moral más pura, ya en las acciones y lenguaje de los personajes, ya en las escenas que los mismos representan; buena prueba de ello es la explicación que Don Quijote da á Don Lorenzo de las condiciones de los caballeros andantes, y, entre otras, expresa que «ha de guardar la fe á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla». El mismo Diego Miranda, al dar cuenta á Don Quijote de quién era, nos describe la vida honrada, diciéndole: «ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner paz en los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nues-

tra Señora y confío en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor».

No he de negar que hay escenas en el libro del QUIJOTE de un sabor puramente real, y en las que á primera vista aparece el triunfo, no de la virtud, sino de las pasiones humanas; pero ¡qué diferencia tan inmensa entre la presentación que Cervantes hace de algunas escenas de la vida, y esos otros cuadros de color subido y nauseabundo en que el realismo se descubre en la forma más sucia y repugnante, sin otro objetivo que el de poner al desnudo las mayores obscenidades y torpezas! ¿Hay algo en *Fecundidad*, de Zola; *La dama de las camelias*, de Dumas; *Insolación Morriña* y otras muchas que ni deben ni merecen citarse; hay algún pasaje, repetimos, que se pueda comparar en habilidad y donosura, en delicadeza y buen gusto con los presentados por Cervantes en la aventura de Maritornes, el miedo y los olores de Sancho al ruido de los mazos del batán, la debilidad de Dorotea ante la gentileza de don Fernando, y el triunfo de Lotario, conseguido por la tenaz impertinencia de un amigo? No; el naturalismo en el QUIJOTE no existe, y el realismo de algunas de sus escenas queda envuelto por un velo muy tupido, á la vez que recamado con los más ricos adornos de la dicción y del lenguaje.

En cambio, el espiritualismo domina en toda la obra. «DON QUIJOTE, según expresión de Ortiz de Zárate, es un visionario que delira por querer hallar en todas partes un mundo que no existe.» Espirituales son sus pláticas y lo son sus acciones, saturadas del mayor recato y honestidad. Idealiza las escenas más insignificantes de la vida, y en todas las ocasiones, ya se encuentre dispuesto á acometer alguna peligrosa aventura, ya departa serenamente con los cabreros en el campo, con los hidalgos en la venta ó con los duques en el castillo, sus ideas y pensamientos se apartan del sentir y pensar vulgares, para remontarse á las más altas regiones de lo espiritual y ultraterreno. Y lo maravilloso del caso es que los demás personajes de la obra, participando de las condiciones del protagonista, sin dejar de ser lo que son, y sin desentonar un punto en el cuadro donde fueron colocados, adquieren un realce espiritual tan grande de hermosura, que los lugareños é hidalgos nos parecen personas de extremada calidad, y las mujeres sencillas más encantadoras en sus gracias y más bellas en su espíritu que las princesas de real estirpe.

El QUIJOTE cumplió un fin social, el que su autor se propuso y nos manifiesta en el prólogo de su libro cuando pone en boca de un amigo suyo estas palabras: «Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risas, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta en derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de mucho más, que si esto alcanzásedes no habríades alcanzado poco.» Pero si el fin de derribar la máquina de los libros de caballería la cumplió el QUIJOTE en su tiempo, en todos los tiempos y edades de la Historia será motivo de risa para el melancólico, de admiración para el discreto y de estudio para los hombres de ciencia. El secreto de todo consiste, como observa muy bien el autor antes citado, en que Cervantes, aunque conocía como pocos las bellezas de las obras de la antigüedad, no fué servil imitador de ellas. En su libro, «no obedeció más que á su propia inspiración; no imitó más que á la Naturaleza. Así fué siempre original, siempre español; así, á pesar de combatir las ideas de su siglo, fué entendido de todos y de todos admirado; así su obra, en vez de envejecer, parece adquirir cada día nuevas bellezas; porque esta obra no está fundada en sistemas arbitrarios y pasajeros, debidos á circunstancias especiales ó á circunstancias dadas, sino en aquellas doctrinas sólidas que son de todos los tiempos y que hacen eternas todas las producciones del entendimiento humano». En tanto que el QUIJOTE, dice Federico Schlegel, «tiene siempre un nuevo mérito y atractivo», las imitaciones que de él se han hecho están para caer en el olvido. Así es la verdad, porque el interés de estas imitaciones se reconcentra en algún aspecto de la vida ó en la descripción de escenas conocidas por los habitantes de una región muy limitada; tal sucede con *Hudibrás*, de Bútler, ó el *Tartarín de Tarascón*, de Daudet. Y es que sólo al genio es dado abarcar con su mirada los aspectos de la vida toda, á cuya contemplación no pueden llegar nunca los entendimientos mediocres.

De las condiciones externas del QUIJOTE tanto se ha hablado y escrito, que buscar la novedad de este caso sería para mí inútil empeño. No hay para qué detener la atención en el conjunto y proporciones de la obra, en la disposición de sus partes y en otros detalles tenidos muy en cuenta por el autor de tan excelente libro. Respecto al lenguaje, sólo he de deciros que si la hermosa lengua castellana se formó con los poemas del Cid y de Alexandre y y el *Código de las Siete Partidas;* si llegó á su perfección con el *Símbolo de la Fe*, de Fray Luis de Granada; los *Nombres de Cristo*, de Fray Luis de León, y las sublimes *Moradas*, de Teresa de Jesús, Miguel de Cervantes recogió en su hermoso libro, como en dorado broche, todos los giros, todas las frases, la sublimidad de estilo y la pureza de dicción de tan riquísimo idioma. Con ellos las descripciones del amanecer y de la vida campestre, del lago encantado y la cueva de Montesinos, de los inmensos panoramas y de los bellos paisajes adquieren vida tal, que han dado origen á espléndidas producciones de artistas tan notables como Muñoz Degrain y Carbonero Aranda y Gustavo Doré.

Termino, señores, mi discurso felicitándoos muy de veras por haber contribuído con la solemnidad de este acto á tomar parte en el gran concierto de bendiciones y alabanzas que hoy se entonan en España y en el extranjero en honra y prez de aquel eximio escritor de quien dijo D. Julián de Apráiz que si por su *Galatea* fué reputado como buen poeta y el *Persiles* le acreditó de gran prosista, el QUIJOTE le ha colocado en la región de los genios hasta la consumación de los siglos. Por fortuna para todos, no es esta ciudad querida la que menos entusiasmo demuestra cuando se trata de honrar á los hombres de talento. Y si el noble esfuerzo de sus habitantes por el acrecentamiento de los intereses de la industria, ha logrado colocarla en un puesto envidiable entre las de su categoría, los nombres de Lorenzo de Segura, Francisco Blanco, Martínez Salazar, Prieto de Castro y otros que veo en las lápidas de sus calles, son testimonio perenne del culto y veneración que aquí se rinde á los hombres que han dedicado su vida á los trabajos de la inteligencia. Sirva esto de estímulo para todos, y ya que así se reconocen los méritos y virtudes de los hijos ilustres de esta ciudad, trabajemos todos por su florecimiento material y el mayor brillo de su nombre, que madre que así honra á sus hijos, bien merece que éstos se esfuercen por amarla y engrandecerla.

SANTANDER

He aquí el resultado del certamen literario que, por iniciativa del Instituto general y Técnico de Santander, se celebró en honor de Cervantes:

CONCURSO LIBRE

Tema 1.º «Poesía en loor de Cervantes». Autor, D. Ignacio Zaldívar Oliver.

Premio: Un diploma, 150 pesetas y una biblioteca de Manuales Soler.

Accésit: Autor, D. Alberto L. Argüello. Un diploma y 100 pesetas.

Tema 2.º «Biografía de Cervantes». Autor, don Eduardo de Huidobro y Ortiz de la Torre.

Premio: Un diploma, 200 pesetas y una edición de lujo del QUIJOTE.

Accésit: Autor, D. Baldomero Villegas. Un diploma, 100 pesetas y un artístico estuche conteniendo la «Bula inefabilis», de extraordinario mérito caligráfico, original del escolapio Caillarte.

Accésit: Autor, D. Antonio Ballesteros. Diploma, 100 pesetas y dos series de los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós.

CONCURSO PARA ALUMNOS DEL INSTITUTO

Tema 3.º «Resumen de un capítulo del QUIJOTE». Autor, D. Ricardo Pellón.

Premio: Diploma y título de bachiller gratuito.

Accésit: Autor, D. Luis López Ontoria. Un ejemplar del QUIJOTE.

Tema 4.º «Trabajo comentando un fragmento del QUIJOTE». Autor, D. Julio Ruiz de la Cuesta.

Premio: Diploma y título de bachiller gratuito.

Accésit: Autor, D. José Pellón de la Escalera. Un ejemplar de las *Conferencias*, del Padre Llamas.

CONCURSO PARA ALUMNOS DE COLEGIOS INCORPORADOS AL INSTITUTO

Tema 5.º «Argumento de una novela ejemplar». Autor, D. León Gutiérrez Castillo.

Premio: Diploma y título de bachiller, gratuito.

Accésit: Autor, D. Carlos Morante Pérez, maestro de Pejanda.

Admirablemente leyó después el distinguido literato montañés D. Enrique Menéndez Pelayo las

hermosas poesías de D. Ignacio Zaldívar y D. Alberto L. Argüello, que fueron premiadas con grandes aplausos.

El acto, que revistió gran solemnidad, terminó dirigiendo la palabra á los concurrentes el director del Instituto, D. José Escalante, para dar las gracias á todos aquellos que habían contribuído á dar realce á la fiesta.

SEGOVIA

El Instituto general y Técnico de Segovia celebró con una velada literaria el tercer centenario de la publicación del Quijote, en la que se leyeron muy notables trabajos de los escritores segovianos.

La Escuela Normal de Maestras, que dirige la distinguida profesora doña Juana Cristina Tórija, celebró también una velada literaria en honor de Cervantes, en la que leyeron muy discretos trabajos literarios las alumnas señoritas Lucía Calle y Matesanz y María Postigo Garrido.

Los alumnos del Instituto y de la Normal de Maestros celebraron una manifestación escolar que fué presidida por las autoridades civiles y militares.

En el Instituto se descubrió una lápida dedicada á Cervantes, pronunciándose muy elocuentes discursos en honor del autor del Quijote.

Los periodistas segovianos, unidos, publicaron una interesante revista que se repartió gratis, en la que se insertaron muy notables trabajos literarios enalteciendo la gran figura de Cervantes.

SEVILLA

Con un certamen científico y literario, en el que actuó de mantenedor el ex ministro de Instrucción pública D. Lorenzo Domínguez Pascual, celebró el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, que preside D. José Bores y Lledó, un homenaje á Cervantes.

La fiesta se celebró en el teatro de San Fernando la tarde del 6 de Mayo, con asistencia de numeroso y distinguido público.

Comenzó el acto con un elocuente discurso del Sr. Bores, dándose después lectura al acta del primer tema, proclamándose á continuación el nombre del autor premiado, D. José Devolxs, quien designó para reina de la fiesta á la distinguida y bella señorita María de Ibarra y Llorente.

El secretario del Ateneo, Sr. González Santos, procedió después á la lectura de las actas de los trabajos premiados, y á la proclamación del nombre de sus autores.

Premio extraordinario.—Poesía. Lema: «Tendrá claro renombre de valiente...», autor, D. Alberto L. Argüello.

Otro premio.—«Poesía y Juventud», de D. Mariano Miguel de Val.

Tema 2.º—Estudio crítico de una de las novelas ejemplares de Cervantes.

Premio, el trabajo que lleva por lema «Bécquer», autor, D. Herminio Medinaveitia.

Accésit, el del lema «... que mengua la esperanza y no el deseo», autor, D. Carlos Rodríguez Díaz.

Tema 3.º—Paralelo entre Fr. Luis de Granada y Cervantes.

Premio, el trabajo cuyo lema es *Facies non una nec diversa tamen*, autor, R. P. Tomás Echevarría.

Tema 4.º — Condiciones higiénicas que debe reunir la morada del hombre.

Premio al trabajo que ostenta el lema «La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento»; autor, D. Carlos Voissin.

Accésits, «La salud es el factor más importante del bienestar de los pueblos»; autor, D. Mario González de Segovia, y «Todo gasto hecho en nombre de la higiene es una economía»; autor, D. Pablo García Fernández.

Tema 5.º—«¿El consejo de familia, como está regulado, responde á las necesidades de la práctica?»

Premio á la memoria que tiene el lema *Standum est chartae;* autor, D. Mario Gómez y González, y *accésits* á los que aparecen con los de «Derecho civil»; autor, D. Manuel Jiménez y Ruiz y *Pupilli et inepto protegendi sunt;* autor, D. Manuel Mesa Chaix.

Tema 6.º—Pedagogía.—Premio al trabajo que lleva por lema «En un lugar de la Mancha...»; autor, D. Ezequiel Solana; *accésit* al trabajo cuyo lema es «Patria»; autor, D. José Morto Molina.

Tema 7.º—Bibliografía sevillana de Cervantes. Premio al trabajo del lema «De vuestra prosa, señor de Cervantes»; autor, D. Manuel Chaves.

Tema 8.º—Los señores jurados han acordado declarar desierto el premio y otorgar *accésits* á las composiciones de los lemas «Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra, fué soldado, etc.»; autor, D. Alberto L. Argüello, y «Roma triunfante en ánimo y alteza»; autor, D. Salvador López Silva.

D. Lorenzo Dominguez Pascual puso fin á la fiesta pronunciando un elocuente discurso, enalteciendo á Sevilla, y dedicando palabras de gran entusiasmo á Cervantes y al Quijote.

***

El día 9 de Mayo, á las cuatro de la tarde, se celebró la procesión cívica organizada por el Ayuntamiento de Sevilla, recorriendo las siguientes calles: plazas de San Fernando y Constitución, calle de las Sierpes, Rioja y Tetuán, al teatro de San Fernando.

La comitiva, que fué numerosísima, iba formada en el orden siguiente:

1.º Sección de la Guardia municipal abriendo paso, seguida de la banda de música del regimiento de Granada.

2.º Pendón de la ciudad, acompañado de cuatro bocinas.

3.º Bandera nacional con el NO 8 DO.

4.º Maceros.

5.º Representaciones del clero, nobleza, cuerpo consular, maestranza de Artillería, centros docentes, funcionarios de la administración de justicia, del ejército, cruz roja, diputados á Cortes, senadores, diputados provinciales, concejales, grandes cruces y prensa local.

6.º Banda del Hospicio provincial.

7.º Antiguo é histórico pendón de Sevilla, llevado por el Sr. Gómez Solano, regidor síndico, al que acompañaban cuatro reyes de armas, con dalmáticas.

8.º Presidencia formada por todas las autoridades.

9.º Veinticuatro criados de casaca y calzón corto, conduciendo grandes coronas de laurel y de flores con anchas cintas.

10. Cerraban la marcha los porteros del Ayuntamiento, la banda municipal dirigida por D. Manuel Font y una sección de la guardia municipal de infantería.

Al llegar la comitiva al Círculo de Labradores, el Sr. Bores y Lledó pronunció un elocuente discurso en nombre de la Academia, y acto seguido, y á los acordes de la Marcha Real, fué descubierta la lápida dedicada por el Ayuntamiento de Sevilla á Cervantes, la cual lleva la siguiente inscripción:

«En el recinto de estas casas, antes Cárcel Real, »estuvo preso (1597-1601) Miguel de Cervantes »Saavedra, y aquí se engendró, para asombro y »admiración del mundo, El Ingenioso Hidalgo »Don Quijote de la Mancha. La Real Academia »Sevillana de Buenas Letras acordó perpetuar este »glorioso recuerdo. Año MCMV.»

La comitiva se dirigió al teatro de San Fernando, donde fué coronado el busto de Cervantes, pronunciando después, en nombre del Ayuntamiento, un elocuente discurso D. Javier Lasso de la Vega, y leyendo muy notables trabajos en prosa y verso los distinguidos literatos sevillanos señorita Mercedes de Velilla, Eloy García Valero, Francisco Rodríguez Marín y Luis Montoto.

Discurso de D. Javier Lasso de la Vega.

Por supuesto, que este concurso tan escogido y deslumbrador, no esperará de mí prolija disquisición, erudita conferencia, ni siquiera amena plática. Ni la ocasión es propicia para tan hondas profundidades ó tan abstrusas elevaciones, ni aun siéndolo pudiera aprovecharla insuficiencia tan radical como la mía; porque no soy cervantista, ni académico, ni literato, ni crítico; soy tan sólo modesto

regidor de un Ayuntamiento de provincia, manteado, como si dijéramos, desde los escaños concejiles al escenario de este templo de las artes.

Y es el culto Ayuntamiento hispalense el que convoca, patrocina y celebra, y son selectos hijos de las musas quienes cantan, conmemoran, eternizan y lucen, y este que os molestará muy poco, no es elemento esencial de la solemnidad; es una especie de heraldo ó precursor de ella; si no pareciera irreverente, al verme en este proscenio, dirigiéndome á los espectadores momentos antes de empezar el acto, sojuzgado por irreflexiva evocación, os diría: «No venís á pedirme á mí; yo no soy la obra; lo bueno vendrá después; *io sono il prólogro.*»

Y un prólogo de tan menguadas facultades, que ni siquiera acierto á enviaros la salutación oral adecuada al caso y propia de esta tierra clásica de la locuacidad exuberante y expansiva; pero cas me alegro, escrita esta embajada' llamémosla así, habré de circunscribir mis ojos al papel y mis palabras al texto, sin posibilidad de divagación imprevista; mientras que hablando sin leer, dueño de mirar á mi auditorio y de expresar mis emociones, grave riesgo corriera de descarriarme y trasladar á tanta hermosa belleza como admiro desde aquí, las alabanzas y aplausos reservados para Cervantes.

D. Javier Lasso de la Vega.

Por lo demás, mi cometido es tan breve que lo termino diciéndoos: «El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, al que me honro en pertenecer y en cuyo nombre hablo, ha acordado celebrar esta sesión de homenaje al genio de Miguel de Cervantes Saavedra, quedando cordialmente agradecido á la valiosa cooperación de autoridades eclesiásticas, civiles y militares y de Corporaciones sabias y artísticas, y de Sevilla toda, que rinde fervoroso tributo de admiración y gratitud al ínclito español que ha dado gloria á su patria, sobre toda la haz de la tierra, en todos los idiomas literarios y en todos los dominios de la Historia.»

Y nada más: ni el Ayuntamiento de Sevilla, ni su más humilde representante, son por mandamiento de sus electores, ni de la ley municipal, cervantistas, literatos, ni mantenedores técnicos y obligados del programa de esta sección.

Bien se me alcanza que resulta muy glacial retirarme ahora mismo dando por terminadas mis funciones, y que sería oportuno encarecer los méritos del insigne escritor; pero ¿qué podría decir de tan colosal ingenio la cortedad ostensible del mío, aún más encogido y balbuciente, ante la grandeza del agasajo y la selecta composición de mi auditorio?

Para hablar dignamente de Cervantes, habría que apoderarse de aquella péñola que quedó colgada de aquella espetera y de aquel hilo de alambre que todos conocéis, y ya pertrechado con tan gloriosa pluma, podría decirse... redoblad la atención... se podría decir...: «Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león, coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata; el otro, de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque Quirocia; el otro, de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte y verás delante, y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Cascajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: «Miu», que es el principio del nombre de su dama, la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados calcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nervia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa, en el escudo, una esparraguera, con una letra en castellano, que dice así: «Rastrea mi suerte». A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas

naciones; aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los númidas dudosos en sus promesas; los persas en arcos y flechas famosos; los partos, los medos que pelean huyendo; los árabes de mudables casas; los escitas tan crueles como blancos; los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón, vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacentan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino, y finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

Perdonad que un lector tan malo, haya deslucido un párrafo tan bueno: que mi interpretación haya sido tan desacertada, cuando el propósito ha sido tan plausible.

Deseaba que aplaudierais á Cervantes: quería que en este escenario donde han sido aplaudidos Segismundo y Calderón, Otelo y Shakespeare, Guillermo Tell y Rossini; que en este escenario consagrado por el idilio de Julieta y Romeo, por la amistad del Zapatero y el Rey, por los románticos cantos del Trovador y Don Juan Tenorio, por el perdón de doña María de Molina y los viriles arranques de *Venganza Catalana* y la probidad de Don Lorenzo de Avendaño y la entereza del Alcalde de Zalamea y la justicia del *Médico de su Honra*, y el heroico sacrificio de Safo, y la trágica fatalidad de Edipo, y la verdad asombrosa del *Drama Nuevo*, resonaran también los aplausos tributados por Sevilla al párrafo más hermoso que puso el genio de Cervantes en boca de Don Quijote.

¡Cuántas veces lo he leído, despacio, para representármelo, y en alta voz para escucharlo, para oirme, para solazarme admirando el monumento más melódico erigido por el arte en lengua de Castilla! En esta bendita lengua en la que se han esculpido tantas maravillas inmortales, dúctil materia prima en cuya armonía imitativa se acrecientan al encarnarse los colores de la descripción y la vehemencia de las pasiones, porque la lengua española silba con el vendaval, zumba con el abejorro, bisbisea en el cuchicheo, es rápida en el relámpago, monótona en la homogeneidad, corajuda en la rabia, aérea en el suspiro, estrepitosa en la carcajada, súbita en la cólera, delicada y suave en la caricia, retumbante en la concavidad é imponente en la tormenta; idioma de sobrehumana majestad que sobresale en la Historia, porque engarzados en sus vocablos y cláusulas, recibieron cuerpo inmortal y apoteosis eterna, la ciencia de Alfonso el Sabio, las épicas empresas del Romancero, los bíblicos lamentos de Jorge Manrique, las querellas bucólicas de Garcilaso, la tonante idealidad de Calderón, la estoica austeridad de Rioja, la sátira didáctica de Quevedo, el sereno misticismo de Luis de León, las evocaciones medioevales de Zorrilla, la fantasía sinfónica del *Diablo Mundo* y la elocuencia poética de Castelar, presididas desde las cimas del Parnaso por el genio soberano de Cervantes.

Y ¡qué honda tesis entraña el pensamiento fundamental del Quijote! Es la tesis fundamental de la ciencia, la tesis fundamental de la filosofía, la tesis fundamental de la Historia, nacida con el hombre, debatida en la India, estudiada en Egipto, discutida en Grecia, dilucidada en Roma, persistente en la Edad Media, exacerbada en la Moderna, rebelde en nuestros días, perenne en lo porvenir, y porque el tema es más grande, Cervantes es más grandioso, porque no se limitó á pintar la cólera de Aquiles, ni la peregrinación de Ulises, ni la expatriación de Eneas, ni la caída de Luzbel, ni el rigor de la justicia eterna, y más sublime que Dante, más original que Milton, más delicado que Virgilio, más universal que Homero, más grande que todos, simbolizó, no las vicisitudes de una raza, ni la historia de una edad, ni la peregrinación de un pueblo, sino toda la ciencia y toda la filosofía y toda la Historia y toda la Humanidad en los villanos contornos de un cuerpo escuderil, malicioso, cobarde, bellaco, avariento de ínsulas y mando, apellidado con insuperable significación de provechoso apetito, y en la noble figura de un hidalgo espiritual y descarnado, sufrido y valiente, generoso y justiciero, leal y crédulo, inquebrantable adorador de una belleza *soñada* y voluntario cautivo de un ideal irrealizable.

¡Ah! No me digan eruditos, ni literatos, ni cervantistas, ni Cervantes, que éste sólo se propuso describir tipos de su época y combatir por disparatados los libros de caballería: si tal fué el propósito, superóse y excedióse sin medida ni conciencia, y cuando llegó la hora de la ejecución y se aguzó el ingenio, y se exacerbaron las facultades creadoras, y palpitó el corazón, y se encendió el entusiasmo, y la excelencia de lo escrito pidió el refinamiento de lo que restaba por escribir, y, trémulo el pulso, resplandeció fulgurante el numen, y recorrieron las mejillas las lágrimas inseparables de la inspiración, Cervantes crítico y consciente fué testigo y admirador de Cervantes inspirado y creador, y quedó sorprendido ante la inmensidad de la obra, y pudo aplaudirla sin inmodestia, con la sinceridad con que se aplaude lo que no es labor propia. Prometeo encadenado recogió de las manos de Esquilo el primer aplauso que alcanzó su rebelde y sublime audacia; la concepción primera del juicio final conmovió antes que otro alguno el corazón de Miguel Angel; Mozart se sorprendió á sí mismo embelesado por aquellas melodías que engendró, según sus frases, sin tomar parte en su producción; fra Angélico atribuyó á intervención celeste la belleza de sus místicas creaciones; Montañés, confundido y extasiado, dudó fuese obra suya la imagen de Jesús; Arquímedes exclamó *invenit* como si vinieran del exterior las ideas nuevas; Newton cayó desvanecido al ver que se comprobaba su hipótesis, y el mayor dramaturgo del planeta debió estremecerse de admiración y espanto, si vió aparecer súbitamente en sus ensueños de poeta, la trágica visión del rey Lear, errante por los campos en siniestra noche, extraviado por la obscuridad, herido por la maleza, aterido por el frío, azotado por el huracán, ensordecido por el trueno, amenazado por el rayo, agobiado por la edad, perdido su reino, abandonado por los hijos á quienes dió su trono, expuesta á las inclemencias de la lluvia la cabellera de nieve que el vendaval desordena; aniquilada la razón por la enloquecedora idea fija de la ingratitud filial, y levantando á la luz de los relámpagos las crispadas manos para decir con inaudita elocuencia á los elementos desencadenados: «¡Heridme, que no seríais ingratos por eso! ¡Vosotros no sois mis hijos; yo no os he dado la vida: ni fuisteis los objetos de mi amor, ni os regalé mi reino y mis tesoros, ni os arruyé jamás en mi regazo!»

Y en ese arrebato inconsciente de la inspiración, Cervantes se apartó de Amadís de Gaula, se alejó de don Belianís de Grecia, se olvidó de Tirante el Blanco y de los libros de caballería; traspuso los linderos de su época y el horizonte de la realidad ambiente y dió luz á aquel no igualado hijo de su entendimiento, avellanado y triste, porque cada cosa engendra su semejante y él fué engendrado en la obscura prisión de la vida terrena, como despechada protesta contra esta mundana cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, donde todo recluso gime y suspira, donde todo triste ruido, toda lastimosa queja, hace su habitación, á donde no llega rumor ninguno exterior de vida y de libertad, donde todo error tiene sus prosélitos, donde todo libertador encuentra sus galeotes, y todo redentor sus verdugos, y toda bellaquería sus cómplices, y todo hidalgo sus desventuras, y toda hazaña su envidioso moro encantador que la borre ó la calumnie ó la rebaje.

Aquel Alonso Quijano, á quien se apodaba el *Bueno*, aquel que desdeñó la paz confortante del hogar, los respetos y halagos de la familia, la tranquilidad amable de la aldea, y renunció al mundo, durmió al raso, sufrió privaciones, socorrió al desvalido, persiguió los pecados capitales, regaló ínsulas, vivió pobre y sólo quiso enderezar entuertos y deshacer agravios, fué burlado, silbado, aporreado, enjaulado, molido y maltrecho, porque es sino de toda excelsitud recorrer el mundo entre sinsabores y amarguras; pero legó á la posteridad la palabra Quijote, para significar con ella la cortesanía más exquisita, la delicadeza más escrupulosa, la hidalguía más caballeresca, el respeto más refinado, la lealtad más acrisolada, la abnegación más heroica, el prototipo insuperable del perfecto caballero, virtuoso y magnánimo, honra de la humanidad, aurora del superhombre, brillando como una estrella sobre la parda nube de villanos y yangüeses y Panzas y malandrines.

Y vió en la vulgar bacía belicoso yelmo; y vió en las ventas castillos, y en los rebaños ejércitos, y en los molinos gigantes, y en las aldeanas princesas, y embelleció y sublimó cuanto le rodeaba, irradiando y difundiendo en torno las perfecciones soñadas por aquel corazón justiciero, por aquel ejemplar sin segundo de heroica fidelidad, que en venturosa ocasión, más caballero que hombre, más espíritu que materia, más esclavo de sus juramentos que juguete de sus instintos, más sumiso al ideal ausente que á la seducción próxima, pidió perdón á fermosa y alta doncella de estorballe para servirla la inquebrantable fidelidad debida á la sin par Dulcinea, única señora de sus más escondidos pensamientos...

¡Cuánto soñaba Don Quijote! Pero ¿hay nada más hermoso que soñar? Si la vida es sueño, los sueños son vida. ¡Oh! Si no hubiera fantasía, no hubiera invención, ni habría ciencias, ni letras, ni artes, ni filosofía, ni progreso; si no hubiera sueños de felicidad, ni sueños de amor, ni sueños de gloria, no habría ideales para el corazón, ni arquetipos para el arte, ni oasis consolador en los desiertos de la vida, ni celestial esfera en que refugiarse para soñar halagüeñas ficciones, lejos de las impurezas mundanales y ausentes de nosotros mismos. ¡Cuántas veces, extenuado el cuerpo, abrumado el ánimo por el peso agobiador de la lucha diaria, he exclamado en fervoroso apóstrofe: «¡Malhaya esta envoltura carnal y libertina que humilla la alteza del espíritu á las torpes exigencias del cuerpo! ¡Malhaya la razón que me tortura con estériles lucubraciones! ¡Malhaya la memoria que atormenta mi pensamiento, la voluntad que yerra sin juicio, la lengua que divaga sin cordura, los sentidos corporales que me muestran y enseñan á diario rencorosos crímenes y horrendas catástrofes! ¡Malhayan facultades tan funestas y potencias tan ingratas, y bendita tú sola, ¡fantasía!, que, soñando venturas ideales, haces posible la existencia mía!»

Y ¡cuánto refrigera el ánimo, benévolo auditorio, una ráfaga de idealismo en estos desorientados días de transición y de prosa! ¡Cómo orean la mente en este nublado invierno, en que la literatura y el arte contemporáneos, extraviados por erróneas y burda confusión, equiparan la observación externa y obstinada del fenómeno á la revelación intuitiva de la esencia: cuando la difusión pedagógica reinante enseña á todos sólo á leer, para que sin discernimiento lean lo escrito por los que sin cultura ni talento saben sólo el mecanismo de escribir; cuando la advenediza plebe literaria nacida de tan misérrimo origen, toma el medio por el fin y cree que toda lectura es ciencia y toda escritura es arte, como si la interpretación fonética de un signo añadiera una sola idea al entendimiento, ni una sola virtud á la conciencia, ni un solo pulimento á la conducta; cuando la tosquedad ingénita de tales intrusos vaticina con abominable perversidad la desaparición de la forma poética, y aplica réprobos sacrilegios seudo-naturalistas al análisis de la obra de arte, y plantifica el nauseabundo puchero en el elegante pedestal del ánfora, y prefiere la pequeñez rastrera de los pastos á la gallarda majestad del cedro, y el plantío de minúsculas legumbres al bosque de palmeras y magnolias, y ante una obra de arte sólo habla de vigor, y de vitalidad, y de saludable energía y de glóbulos rojos, trasladando á la crítica estética criterio de elección de nodrizas ó de alistamiento de reclutas; cuando impera naturalismo tan degenerado y erróneo que no concibe bondad ni belleza sin plétora sanguínea, y pone la exorbitancia abdominal de Sancho Panza sobre la espiritual demacración de Don Quijote, siéntense impulsos, aunque sea forzando el concepto, de aplicar á los grandes genios el mismo criterio que á sus obras, y arrojar del Parnaso á Milton, por ciego; á Esopo, por jorobado; por sordo, á Beethoven; á Camoens, por tuerto; á Byron, por cojo; á Homero, por ciego; á Leopardi, por flaco; por enano, á Zorrilla, y á Cervantes, por manco.

Y no puede ser; el hombre, transitoriamente ofuscado por desvanecimientos de soberbia, cultivará y amará siempre las artes, porque es inherente al corazón humano sentir el pensamiento bello y el ritmo musical. Así la historia confirma la universal necesidad de la belleza artística, mostrándonos á sus ministros esparcidos por todos los países, diseminados por todos los tiempos, peritos en todas las lenguas, para que lleven á todos los hombres las sublimes creaciones del genio, entre las cuales descuella y descollará eternamente la que hoy celebramos, nacida en el centro de nuestra tierra; hija del más español de los españoles, glorioso timbre de la patria que debiera estar representado en los cuarteles del escudo nacional; aquel aventurero, flor y nata de la generosidad y la abnegación; alma cautiva de aquella alta y soberana señora del pensamiento, sólo acariciada en incorpóreas visiones y espirituales ensueños; por quien yacía ferido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón; creación la más simpática que iluminó el humano entendimiento; aquel hidalgo que nos inspira adhesión con sus temeridades y duelo con sus decepciones, y á quien antes miramos con irresistible piedad que sarcástica sonrisa, porque todos los que, al recorrer en ingrata peregrinación el árido desierto de la vida, comparamos la Dulcinea de nuestras aspiraciones con la triste figura de la realidad, ¡ay!, aquí en el secreto de nuestro pecho vamos también, como el manchego hidalgo, feridos de punta de ausencia y llagados de las telas del corazón!...

Y no disparato más; es temeridad punible profanar tan augustas materias con las incursiones de una inteligencia indocta y los arrebatos de un corazón apasionado.

Perdonen estas seductoras damas, perdonen los artistas y hombres de letras á este frívolo hablador, que debió limitarse á agradecer la solemnidad y grandeza que con su presencia prestan á este acto

las autoridades, Corporaciones científicas, literarias, y artísticas, las Sociedades intelectuales y el pueblo de Sevilla, y dadme vuestros votos para en viar fraternal felicitación á las ciudades de España donde se celebran actos como éste, y holguémonos de la universalidad de esta apoteosis, porque el engrandecimiento de las naciones se funda en el respeto que inspiran los buenos y los sabios y en la aristocrática hegemonía del talento y de la virtud.

He aquí los hermosos versos leídos por Rodríguez Marín:

A SEVILLA

Roma triunfante en ánimo y grandeza,
pues que digna de ti mostrarte quieres,
paga á Cervantes, paga cual quien eres,
su elogio, su requiebro y gentileza...
Agradecida, Barcelona empieza..
Pero ¿ejemplos á ti? ¿Tú los requieres;
tú, que en honor á todos te prefieres,
sabiendo á cuánto obliga tu nobleza?
Tu nobleza... ¡y tu cárcel! En sus sombras
se labró un sol de rayos deslumbrantes:
¡No queda más de la española dote!
Sevilla, que en grandeza al mundo asombras,
haz la estatua y dedícala: «¡A Cervantes,
la ciudad que fué cuna del QUIJOTE!»

***

La Academia de Buenas Letras celebró también una velada literaria para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, leyendo notables trabajos en honor de Cervantes los Sres. Montoto, Rodríguez Marín, García Valero y Chaves.

He aquí ahora el hermoso

Discurso del Sr. Rodríguez Martín:

Hermano de sangre, y no de luz, en esta cofradía sevillana de las buenas letras, mi falta de salud, á todos vosotros notoria, no podía eximirme, á pesar de vuestra sólida benignidad, de lo que es, al par que grata obligación, fervorosa devoción mía. Paga hoy nuestra Academia á la veneranda memoria de Miguel de Cervantes un nuevo tributo de su admiración y de su cariño; celebra solemnemente, como toda España, como todo el mundo de la cultura, el tercer centenario de la publicación de su novela incomparable, y yo, que no soy de los cervantistas nacidos cuando la idea de celebrarlo; yo, que desde los ya muy remotos años de mi niñez, amo, admiro y venero al Príncipe de los Ingenios Españoles, quiero ofrecerle, en el hogar de las letras sevillanas, un humilde, pero sincerísimo testimonio de mi sentir y de mi pensar.

No temáis, sin embargo, que yo, con menguada cordura, me arroje á haceros oir un discurso; después de escuchar la muy erudita y completa, la muy castiza y elocuente oración de nuestro disertísimo compañero el Sr. D. Luis Montoto, en la cual todo es admirable, y nada huelga sino las frases encomiásticas, cariñosamente injustas, con que su leal amistad ha exagerado el pobre mérito de mis investigaciones y estudios cervantinos, sería temeridad manifiesta y hasta descortesía evidente haceros malgastar vuestra atención en oir otro discurso, que, por importuno y desaliñado, os trajese á la memoria el sabido aforismo según el cual «nunca segundas partes fueron buenas.» Menos enfadosa es, señores, la misión que mi voluntad, más que vuestro terminante encargo, me ha impuesto: redúcese á manifestar muy breve y concretamente, y no para vosotros, que los conocéis de sobra, sino para salir al encuentro á objeciones y dudas de los extraños, los sólidos fundamentos con que la Real Academia de Buenas Letras ha hecho grabar, en la hermosa lápida que dedica al singular escritor complutense, esta rotunda afirmación: «En el recinto de estas casas, antes Cárcel Real, se engendró, para asombro y delicia del mundo, EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Libro curioso habría de ser, sin duda, el que contuviera la relación é historia de las muchas supercherías y falsedades que se han inventado y propalado acerca de Cervantes y sus escritos, y entre ellas no ocuparía poco espacio, porque es una de las principales, la que tiende á hacer creer que el garridísimo novelista ideó ó escribió la primera parte de su obra más famosa estando preso en Argamasilla de Alba. Necesitábase una como traición para darlo á entender así, y no faltó quien la inventara, partiendo de que Miguel de Cervantes, al fin de la parte sobredicha, ahijó á unos ridículos académicos que festivamente supuso haber en la Argamasilla los versos con que le dió cabo. Pero la mentira, como dicen, no tiene pies, y cualquiera la alcanza. Ya, en vida de D. Gregorio Mayans, había comenzado á propagarse la primera burda leyenda de una larga serie. Dijeron al docto escritor, como cosa tradicionalmente recibida, que Cervantes había hecho naturales de la Mancha á *Don Quijote* y á *Sancho*, en venganza de ciertos sinsabores que le acarreó una comisión que había desempeñado en el Toboso. Principio quieren las cosas, y esta simple especie fué tomando cuerpo y ganando pormenores, no sin desviarse á muchos lados de su primer camino; así, á fines del siglo XVIII, afirmaba

cierto cura argamasillesco que había oído referir una tradición según la cual, habiendo sido enviado Cervantes á la Argamasilla para cobrar ciertos diez mos correspondientes á la Orden de San Juan, en vez de lograr su propósito fué metido en la cárcel; noticia, como la anterior, falta de todo sólido fundamento, pero que, no obstante, fué candorosamente creída y propagada por D. Juan Antonio Pellicer.

Menos crédulo D. Martín Fernández de Navarrete, brujuleó acá y allá en busca de documentos que confirmasen lo que por más de un estilo parecíale embustería y trampantojo, y en efecto, ni en el Archivo del priorato de la dicha Orden se halló palabra referente á Cervantes ni aun á la supuesta comisión, ni tampoco las esmeradas investigaciones que se practicaron en la Argamasilla y en Alcázar de San Juan dieron resultado más satisfactorio.

D. Francisco Rodríguez Marín.

En cambio, los pormenores legendarios, casi siempre discordantes, se multiplicaban que era un asombro, y la socorrida tradición, manto y escudo de todo falsificador de la Historia, hizo maravillas: según uno, sabíase como cosa rodada de padres á hijos que Cervantes había vivido en Alcázar muchos años y escrito allí sus mejores obras; según otro, que por cierto se llamaba Marañón, más apodo que apellido en este caso, el autor del QUIJOTE no sólo había vivido en Alcázar, sino que allí había visto la primera luz, y padecido prisión en el Toboso por haber dicho cierta jocosidad á una mozuela. Y también se hablaba de la otra prisión de la Argamasilla y de una carta que desde allí escribió el preso á un su tío, y que comenzaba así, retóricamente, como pasaje de *La Galatea* ó del *Persiles:* «Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna.» Pero, ¡cosa del diablo!, esta carta, que decían escrita de puño y letra de Cervantes y que se guardaba como oro en paño, de tan guardada se perdió para siempre.

Y hubiérase perdido con ella el vituperable y ridículo intento de hacer creer estas mal urdidas ficciones, faltas de toda base firme é impugnadas siempre por la crítica seria, á no poder tanto lo que el Sr. León Máinez llama acertadamente «ciego espíritu de localidad». Así, en el segundo tercio del siglo XIX tuvieron nuevos secuaces los manchegos embustes, bien que se modificaron diciendo que el alcalde de la Argamasilla, que era un tal Medrano, á pretexto de que faltaba algún requisito á los recaudos que acreditaban cierta comisión de Cervantes, le «prendió en una bodega de su casa, pues no había en aquel tiempo cárcel en el lugar». Y como la casa llamada de Medrano, al mediar el pasado siglo pertenecía al infante D. Sebastián de Borbón, esta circunstancia vino á ponerse fatalmente del lado de la falsedad é hizo ver visiones al meritísimo literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch y al bizarro impresor D. Manuel Rivadeneyra, y á tales visiones se debió el que, con mil ahogos, se hiciera en la Argamasilla, en la cueva de la dicha casa, supuesta cárcel de Cervantes, el trabajo de composición para dos esmeradas ediciones del QUIJOTE.

Con todo esto la falsa tradición no ha prosperado hasta nuestros días, y para las personas cultas y bien enteradas, sostener hoy que el QUIJOTE se ideó ó se comenzó á escribir en la casa de Medrano, es dar pruebas patentes de ignorancia ó de mala fe. Nuestro digno director honorario, el Sr. Asensio, los Sres. Cavia, León Máinez, Navarro Ledesma, Cortejón y cuantos otros han estudiado á la clara luz de la muchedumbre de documentos hallados recientemente, la vida de Cervantes, repugnan como falsa de todo punto la tradición argamasillesca, como la rechazaba el doctísimo académico de la Española D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe. Y en estos días ha sacado á luz sus esmeradas *Efemérides Cervantinas* el también muy docto literato y juicioso crítico Sr. Cotarelo, cuyas son las siguientes frases: «No consta hasta ahora la residencia de Cervantes en la Argamasilla, ni en el Toboso, ni en Alcázar, ni en ningún otro pueblo de aquella comarca, y son invenciones modernas y sin fundamento alguno todas las que desde Mayans á Hartzenbusch se han propalado sobre ello.» Está, pues, de cuerpo presente, como dice el Sr. Cavia, la leyenda de la Argamasilla.

Descartadas tales supercherías, y para cumplir el encargo recibido, propóngome responder razonadamente á tres preguntas: 1.ª La historia de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, *¿se engendró* (que esta es la expresión que Cervantes emplea) en una cárcel?

2.ª En caso afirmativo, ¿qué cárcel hubo de ser la en que se *engendró* esta inimitable obra? Y 3.ª El portentoso ingenio, ¿quiso aludir con esa expresión, algo anfibológica para hoy, al acto, más interno que externo, de *idear ó planear* la primera parte del QUIJOTE, ó al externo y definitivo de *escribirla*, en todo ó en parte? Seré cuan lacónico pueda.

La primera pregunta, señores académicos, acaso os habrá parecido ociosa. Y no lo es, á buen seguro. Dijo Cervantes en el prólogo del QUIJOTE, después de recordar que cada cosa engendra su semejante: «Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?» A nadie, que yo recuerde ahora, se había ocurrido interpretar sino como suena esta alusión *á una cárcel*, hasta que Díaz de Benjumea, á quien actualmente sigue el sabio hispanista inglés Mr. Fitzmaurize-Kelly, en su excelente *Historia de la Literatura Española*, advirtió que aquella frase bien puede ser un tropo. Sea dicho en paz del ilustre editor y comentador de las obras de Cervantes, creo que la mencionada expresión debe entenderse en su sentido literal. Ved aquí por qué. Entre las cosas que el Avellaneda supositicio, autor del falso DON QUIJOTE, dijo en su prólogo para denigrar cobardemente, bajo su carátula, al desdichadísimo escritor cuya memoria hoy enaltecemos, disculpó por fisga, jugando del vocablo, los que tuvo á bien llamar *yerros* de la *Parte primera*, con «haberse escrito entre los de una cárcel; y así añadía no pudo dejar de salir tiznada dellos.» Si hubiera de entenderse metafóricamente aquel lugar cervantino, si EL INGENIOSO HIDALGO no se hubiera engendrado *en una cárcel*, así, como suena, Cervantes, que rechazó con noble dignidad, en el prólogo de la *Parte segunda* de su obra, las injurias de su encubierto adversario, no dejara pasar sin contradicción ni repulsa aquel aserto, estampado, como los otros, con el único propósito de agraviarle.

¿Qué cárcel, pues, fué aquella en donde se engendró el libro más deleitoso que se ha debido á humano entendimiento? Hay noticias dignas de fe de tres prisiones de Cervantes anteriores á la publicación de la parte primera del DON QUIJOTE: la prisión que sufrió durante dos meses, á lo sumo, en la cárcel de Castro del Río, por el otoño de 1592, á causa de haber enajenado sin permiso, pero á favor de su principal, ciertas fanegas de trigo del pósito de Ecija; la que, para ser conducido á Madrid, padeció en la Cárcel Real de Sevilla, durante unos tres meses escasos, en el último tercio del año de 1597, por no haber formalizado ni rendido allí ciertas empecatadas cuentas, carcelería de que al cabo fué suelto, mediante fianza de que iría á la corte á darlas con pago, dentro del término de un mes, y, en fin, otra prisión que, por idéntico motivo, y como la antecedente, á virtud de cierto mandamiento venido de la corte, sufrió en la misma Cárcel Real, en 1601, ó más probablemente en 1602. Ignórase cuánto tiempo estuvo preso Cervantes esta vez; pero, por indicios que sería pesado exponer en este lugar, presumo que aquella prisión hubo de ser más larga que las anteriores. A la Cárcel Real de Sevilla y no á la de Castro del Río hubo de referirse el *Manco sano y famoso todo* en el prólogo de la más excelente de sus obras: fué engendrada en una cárcel, «en donde todo triste ruido hace su habitación», y poco ruidosa podía ser la de pueblo tan pequeño entonces como aquel de la comarca de Baena. Bien que mucho menos ruidosa que la cárcel de Castro del Río era, sin duda, la decantada cueva de Medrano, la cual, según el autor de los *Recuerdos de un viaje por España*, tenía «seis varas de longitud y cuatro de latitud». No obstante lo cual agregaba con la mayor frescura: «Este fué el calabozo en que Cervantes gimió largo tiempo y donde escribió la primera parte de su famosa obra.»

Pero, en realidad, de verdad, ¿qué quiso dar á entender el amenísimo escritor, *regocijo de las musas*, con las palabras «como quien *se engendró* en una cárcel?» ¿Que en una cárcel *ideó* el asunto de su novela, *trazó* su plan y *pensó* en su desarrollo, ó que en una cárcel *la escribió* ó, á lo menos, comenzó á *escribirla?* El Sr. Hartzenbusch, que contra viento y marea quería sacar á flote la posibilidad, la probabilidad y aun la certeza de que Cervantes estuvo preso en la cueva de Medrano, porque en no probándose esto se evidenciaba como disparatado el preparar ediciones del QUIJOTE en aquel chiribitil, en donde, según Rivadeneyra, «parte del día se trabajó con luz artificial», el señor Hartzenbusch, digo, cuidaba muy mucho, al comentar las consabidas palabras, de advertir que Cervantes dice que su QUIJOTE fué *engendrado* en una cárcel, no que *naciese* en ella.» Y añadió: «Parece que nos quiso dar á entender que lo ideó, lo trazó, lo inventó, en fin, hallándose preso; no dice que lo escribiera durante su encarcelamiento.» Y pocos

renglones después: «Dice Avellaneda, ó quiere decir, en el prólogo de su QUIJOTE, que la primera parte del de Cervantes fué *escrita* entre los *hierros* de una cárcel; pero en tal cuestión ha de hacer más fe la declaración de Cervantes que la de otro.» Bien pudo el Sr. Hartzenbusch, ya que tan de veras, á lo que parece, buscaba la verdad, caer en la cuenta de que Cervantes, en el prólogo de la segunda parte de su QUIJOTE, dijo que el de Avellaneda «*se engendró* en Tordesillas y *nació* en Tarragona». Y como Tarragona es la ciudad en que fué impreso y salió á luz, es claro como la del medio día que por las palabras «*se engendró* en Tordesillas» ha de entenderse *fué escrito*, y no solamente fué *ideado* ó *trazado*. Y lo mismo, *á símili*, se debe entender, sin duda alguna, la idéntica expresión referente á la primera parte del QUIJOTE.

Doña Mercedes de Vellido, distinguida poetisa sevillana.

Creo haber demostrado lo que me propuse: que el libro más famoso entre todos los libros de amenidad fué escrito en la Cárcel Real de Sevilla, especie que, ya como razonable conjetura, ya como rotunda afirmación, viene leyéndose de ochenta años acá en las obras de los mejores biógrafos de Cervantes. Y la alusión cervantina á la antigua cárcel hispalense es todavía mucho más diáfana de lo que hasta ahora ha parecido, si se entiende, como entiendo yo, que sobra una coma en el pasaje objeto de estas disquisiciones. No me falte vuestra benévola atención, señores académicos, por unos momentos más. Dice el texto: «... bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación». De haber á no haber coma en la palabra *cárcel*, da la expresión dos sentidos distintos: con la coma, las palabras que siguen se refieren á la cárcel genéricamente, á todas las cárceles; sin la coma, sólo á una cárcel: á aquella en que se engendró el QUIJOTE. ¿En cuál de entrambos sentidos quiso Cervantes que se entendiera su expresión? En el segundo, indudablemente, y sobra la coma consabida, como tantos millares de ellas sobran y faltan en la anarquía ortográfica de nuestros impresores de los siglos XVI y XVII. Y digo que debe entenderse en el segundo de ambos sentidos, porque en el primero, como indiqué, hácese dote y patrimonio de todas las cárceles el ser asiento de toda incomodidad y habitación de todo ruido, y Cervantes no debió de querer manifestar tal cosa, porque sabía, por su misma triste experiencia, que no son ruidosas todas las cárceles; que no en todas ellas se asienta todo linaje de incomodidades. ¡La de Castro del Río, verbigracia, era un trasunto del Edén, comparada con la Cárcel Real de Sevilla!

¡La Cárcel Real de Sevilla! ¡Qué hermosa por de fuera! Ved cómo describía su exterior, en 1587, el historiógrafo Alonso de Morgado: «Veese, pues, á la boca de la calle de la Sierpe, por la parte de la plaza de San Francisco, junto á ella, la Cárcel Real de Sevilla, que campea más que otra casa y se deja bien conocer aun de los más extranjeros, así por el concurso de la gente innumerable que sin cesar entra y sale por su principal puerta á todas horas del día y que la noche da lugar, como también por los letreros que tiene sobre su gran portada, con las armas reales y de Sevilla. Y en lo alto, por remate, una figura de la Justicia con una espada levantada en la mano derecha y en la izquierda un peso enfilado, con las dos figuras á sus lados de la Fortaleza y Templanza, todas tres de bulto, de cantería labrada. «Pero por de dentro, ¡qué abominable dédalo, qué confusión indescriptible; cuánto crimen, y cuánta miseria, y cuánta desgracia en aquel gran patio de treinta pasos en cuadro; por aquellas tres puertas, llamadas, por alusión á la codicia de ladrones cancerberos, *la de oro, la de plata*, y *la de cobre*; en aquella infinidad de ranchos, denominados *traidor, de los bravos, de la tragedia, pestilencia, miserable, casa de Meca, lima sorda*..., y entre aquella muchedumbre copiosísima de reclusos, que de ordinario pasaban de mil ochocientos...! ¡En la Cárcel Real de Sevilla sí que tenía su asiento toda incomodidad y hacía su habitación todo ruido! Bien la calificó la mística doctora Santa Teresa de Jesús, cuando desde Sevilla, y refiriéndose á un pesadísimo percance que acaeció á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, escribió en carta de 29 de Abril de 1576: «Ahora está retraído por nosotras, y fué gran ventura no le llevar á la cárcel, *que es aquí como un infierno*.»

En aquel infierno, ¡oh maravilloso poder, tan sólo á los genios otorgado!, *escribió* Miguel de Cervan-

tes la parte primera del libro que hoy es preciadísima gloria de España y del mundo todo. Preso entre los hierros de la cárcel sevillana, prendió para siempre, entre las inagotables bellezas de su novela sin par, los entendimientos y los corazones de las gentes. ¡Gloria á Sevilla, en donde se engendró el más maravilloso de los libros! ¡Loor eterno á Miguel de Cervantes Saavedra!

***

También celebraron fiestas literarias, en conmemoración del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, la Universidad de Sevilla, la Escuela Normal de Maestros y la Asociación de dependientes de comercio.

SORIA

Con una manifestación pública en honor de Cervantes celebró Soria el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

La manifestación iba formada en el orden siguiente:

Banda de música provincial.—Niños y profesor del Colegio de D. Vicente Ruiz.—Idem de D. Manuel Azofra.—Idem de D. Manuel Blasco.—Idem de la Escuela del Barrio de las Casas.—Idem de la Elemental de Soria.—Idem de la Graduada.—Instituto y Normal.—Centro Republicano de Soria.—Círculo Mercantil.—Idem de la Amistad.—Casino de Numancia.—Sociedad de Ganaderos.—Idem de Labradores con la tradicional soldadesca del Cabildo de los Heros.—Sociedad de Obreros.—Sucursal del Banco de España. Empresa del Ferrocarril.—Colegio de Farmacéuticos.—Idem de Médicos.—Idem de Abogados.—Cámara de Comercio.—Dependencias del Estado.—Corporaciones civiles y militares. Autoridades.—Banda de música «Lira Soriana».

La manifestación partió de los Jardines de la Dehesa, que desde ahora se llamarán Alhameda de Cervantes, y al llegar al Ayuntamiento fué descubierta la lápida que dicha Corporación dedica al Príncipe de los Ingenios, pronunciando muy elocuentes discursos los señores D. Gregorio Martínez, D. Pedro Antonio Sánchez Malo y señores Vicen y Arjona.

La lápida ostenta la siguiente inscripción:

«El Ayuntamiento de Soria á Miguel de Cervantes Saavedra, con motivo del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.—7 de Mayo de 1905.»

También celebraron fiestas literarias en honor de Cervantes, el Instituto general y Técnico, el Círculo Mercantil y la juventud escolar.

TARRAGONA

El Instituto general y técnico de Tarragona celebró, con una velada literaria, el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, en la que leyeron muy notables trabajos los catedráticos señores Montes, Moura, Serrano, Valls, y los alumnos señores Guirus y Maroto, haciendo el resumen el director señor Romancho en un muy elocuente discurso.

El magisterio tarraconense celebró una velada en el Teatro Principal, á la que asistieron el gobernador, el alcalde, el director del Instituto y demás autoridades civiles de la provincia y numeroso y escogido público.

Los niños y niñas de las escuelas recitaron poesías y se leyeron discursos y trabajos literarios en prosa y verso.

También tomaron parte en el acto los artistas señores Palanca y Reig.

El Sr. Gómez, en su discurso, solicitó del público un aplauso para el iniciador de las fiestas del centenario Sr. Cavia, tributándose una gran ovación al notable escritor.

Terminó el acto con un himno cantado por los niños y la coronación del busto de Cervantes.

La fiesta resultó brillantísima.

También en Tortosa se celebraron grandes fiestas conmemorando la publicación del QUIJOTE.

TERUEL

A las once de la mañana del día 7 de Mayo se celebró en el salón de actos del Ayuntamiento, el Certamen literario y reparto de premios á los alumnos de las escuelas públicas.

Resultaron premiados en el concurso D. Calixto Arando por su trabajo «Tendencia moral de cada uno de los cuentos intercalados en el QUIJOTE» y el Sr. Artigas por su trabajo «Colección de treinta cláusulas del QUIJOTE conteniendo incorrecciones sintácticas.»

Después se procedió al reparto de premios á los niños y niñas de las escuelas públicas, los cuales fueron obsequiados con ejemplares del QUIJOTE.

Por la tarde se celebró la procesión cívica de la cual formaban parte, abriendo la marcha, niños de las escuelas, alumnos de la Normal y otros del Instituto, llevando cada grupo una corona para depositarla al pie del monumento levantado en la Glorieta, sobre el cual se destacaba el busto de Cervantes.

La presidencia de la procesión la formaban el señor gobernador civil y á su derecha el militar y delegado de Hacienda, ocupando la izquierda el alcalde y el vicedirector del Instituto, asistiendo también bajo mazas los señores Ubide, Abat, Ortín, Gazarán, Pou, Senmartí, Perruca y Jordán, con el diputado provincial señor Andrés y Tornero.

Al llegar ante el busto de Cervantes depositaron varias coronas los alumnos de primera enseñanza, los del magisterio y los del Instituto, pronunciando después elocuentes discursos en honor del autor del QUIJOTE, los señores Andrés y Tornero y el gobernador civil D. León del Río.

TOLEDO

Toledo celebró con grandes fiestas el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

El Instituto general y técnico que dirige el docto profesor, D. Teodoro San Román, celebró una velada literaria con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

1.° Inauguración del acto por el director del Instituto, señor San Román.

2.° «Homenaje á Cervantes», discurso por el catedrático D. Luis de Olavarrieta.

3.° «El siglo de oro», poesía leída por la señorita D.ª Carmen Villalba, alumna de este centro docente.

4.° «Lectura del capítulo XLII del QUIJOTE», por el alumno D. Clemente Alvarez Arenas.

5.° «Elogio á Cervantes», discurso leído por el alumno D. José Martín Roa.

SEGUNDA PARTE

1.° «Simbolismo y tropología del QUIJOTE», discurso por el profesor de caligrafía D. Saturnino Rodríguez.

D. Enrique Solá, presidente de la Comisión de festejos.

D. José Venegas, Alcalde de Toledo.

D. Teodoro San Román, director del instituto general y técnico de Toledo

2.° «Epístola de DON QUIJOTE en rancio lenguaje caballeresco», leída por la señorita D.ª María Espluga, alumna de este Instituto.

3.° «Cervantes como novelista», discurso por el alumno D. José María Roda.

4.° «A Cervantes», poesía leída por el alumno D. Federico Lafuente Pascual.

5.° «Himno á Cervantes», cantado por alumnos del establecimiento.

***

El día 27 de Mayo se celebró en el Teatro de Rojas una gran función de gala, por la compañía de la señora Cirera, con arreglo al siguiente programa:

1.° Sinfonía por la música de la Academia, á telón corrido.

2.° Representación del entremés de Cervantes Saavedra, *Los dos habladores*.

3.° Coronación del busto de Cervantes. Depositaron coronas artísticas, los actores en nombre del Ayuntamiento, Instituto, Academia de Infantería y Escuela de Artes y Oficios, leyéndose después varias poesías alusivas al acto.

4.° Representación de una loa original del presbítero D. Ventura F. López, titulada *Don Quijote y su escudero*.

5.° La aplaudida obra original de don Narciso Serra, *El loco de la guardilla*.

EXTERIOR DE LA POSADA DE LA SANGRE.

Acto de descubrir la lápida, cambiando el nombre de la «Cuesta del Carmen» por el de «Cervantes».

***

El día 29 tuvo lugar una procesión cívica, á que asistieron todas las Corporaciones, centros docentes, clero, casino, sociedades, gremios, escuelas, etcétera, etc., y cuanto de notable encierra la ciudad. La procesión, presidida por el Ayuntamiento, salió de las Casas Consistoriales, dirigiéndose por la Plaza del Ayuntamiento, calle Arco de Palacio, Hombre de Palo, Cuatro Calles, Comercio, Plaza de Zocodover y calle de Santa Fe, al Mesón del Sevillano, donde se supone escribió Cervantes *La ilustre fregona*; allí se detuvo la Comitiva y el alcalde presidente del Ayuntamiento leyó el siguiente discurso:

PATIO DE LA POSADA DE LA SANGRE EN TOLEDO.

Reconstitución de una escena «probable», al escribir Cervantes «La ilustre fregona.»

«La ciudad de Toledo rinde hoy un homenaje sentido y sincero al Príncipe de los Ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra.

Aquel grande hombre, que llevó en su mente la más hermosa de las humanas concepciones; que supo trazar con frase inimitable y castiza la eterna lucha entre el espíritu y la materia; que en el tráfago constante de una vida azarosa y desdichada no dejó, ni por un solo momento, abandonado el cultivo de las letras, legando á la posteridad una serie de novelas calificadas de ejemplares, no mereció en sus días la más insignificante atención de los Poderes públicos, ni obtuvo recompensas de género alguno, muriendo casi obscurecido, por lo que su óbito tan sólo fué llorado y sentido por un reducido número de personas de su familia y de algunos contados amigos.

La posteridad, que es siempre la reparadora de todas las injusticias sociales, se ha encargado de hacer convivir á Cervantes con los hombres de todos los tiempos y de las naciones todas que sepan rendir parias á los seres superiores, á quienes estuvo confiada la providencial misión de iluminar los senderos de la ciencia ó del arte con los fulgores de su inspirado numen.

España entera cuenta y contará siempre al insigne novelador entre sus hijos más predilectos, y los pueblos del uno y del otro Continente se esmeran á porfía en dedicarle sentidos testimonios de admiración y simpatía.

Hoy que nuestra querida patria conmemora brillantemente el tercer centenario de la publicación de la obra inmortal EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, Toledo se asocia al homenaje nacional, y para poner á cubierto del olvido de las muchedumbres el nombre glorioso de Miguel de Cervantes Saavedra, se le da á esta calle, en que está situado el que fuera Mesón del Sevillano —hoy Posada de la Sangre—donde éste escribiera su famosa novela *La ilustre fregona*.

Semejante título, expuesto siempre á la vista del pueblo, evocará constantemente en su alma el recuerdo de aquel grande hombre, viviendo así en la memoria de todos la eterna fama de nuestro compatriota.

Tal es el alcance y sentido de este acto. Al descorrer la cortina que cubre la lápida, permitidme que lance tres gritos con toda la efusión de mi alma: «¡Viva España!», «¡Viva Toledo!», «¡Viva Miguel de Cervantes Saavedra!»

Seguidamente se descubrió la lápida, que ostenta la siguiente inscripción:

CALLE DE CERVANTES

Tercer Centenario del «Quijote»

1905

Acto seguido la procesión regresó por el mismo camino á las Casas Consistoriales, donde se disolvió.

Las escuelas municipales celebraron también separadamente veladas conmemorativas del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

VALENCIA

VALENCIA celebró el 7 de Mayo una manifestación cívica para colocar una lápida conmemorativa en la casa númemeros 7 y 9 de la calle de San Vicente, donde está hoy la tienda de sombreros del Sr. Settier, por ser aquél el sitio donde se hallaba en 1605 la imprenta de Pedro Patricio Mey, en la cual se estampó la primera edición valenciana del QUIJOTE. A las tres de la tarde se reunieron en la casa del Ayuntamiento y en los solares de San Francisco los que habían de asistir á este acto. Figuraban entre ellos los alumnos de las escuelas de niños y niñas, públicas y privadas, estudiantes de la Universidad, del Instituto y demás centros de enseñanza, y representantes de la mayoría de las Sociedades, centros intelectuales, recreativos y mercantiles de la ciudad. Muchas de estas corporaciones llevaban sus banderas; en lugar preferente iba la Junta organizadora del centenario, y en último término el Ayuntamiento de toda gala, precedido por los timbales, clarines y maceros, y llevando la Señera de la ciudad, que fué sacada de la Casa municipal con las ceremonias de costumbre. Presidían el Ayuntamiento el alcal de D. José Ordeig, el presidente de la Diputación provincial Sr. Alberola, y el general de ingenieros Sr. Gómez Pallete, en representación de la autoridad militar. La concurrencia en la carrera fué numerosísima. En la casa donde se había colocado la lápida, se asomó á los balcones la Comisión organizadora, y el Sr. Aguilar Blanch leyó el siguiente

D. José Aguilar Blanch, presidente de la Comisión organizadora de los festejos.

Discurso del señor Aguilar.

SEÑORES:

Hace trescientos años aparecía un libro titulado EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, libro que ha sido, es y será, una de las más preclaras joyas españolas, libro escrito por Miguel de Cervantes Saavedra.

Hoy celebra España el tercer centenario de la aparición del QUIJOTE en el mundo de las letras, pero no es sólo en nuestra patria, sino que muchas de las naciones cultas se asocian á nuestras fiestas conmemorativas. Varios meses ha, corresponsales de la *Ilustración Inglesa*, recorrían los lugares manchegos para informar á sus lectores gráficamente de restos que recordaban la vida de Cervantes y episodios del QUIJOTE. Igualmente, el Gobierno británico y los Estados Sudamericanos han nombrado delegados para que les representen en el centenario de Madrid; la Academia de Ciencias de Lisboa se prepara á solemnizar este mismo centenario, y muchas ciudades extranjeras envían sus adhesiones á nuestros festejos en honor á Cervantes.

¿Quién fué Cervantes? ¿Qué es el QUIJOTE? ¿Cuál ha sido la influencia suya en el mundo universal de las letras y en el del habla castellana en particular?... No tardaréis en oirlo de otra voz más autorizada y competente que la mía, de la de nuestro delegado regio de primera enseñanza, mi afectuoso amigo el Sr. Serrano Morales.

Voy tan sólo á recordaros que la única ciudad de España, fuera de su capital, que puede vanagloriarse de celebrar justificadamente el tercer centenario de la publicación del inmortal libro de Cervantes, es Valencia, es nuestra ciudad, puesto que hace tres siglos, en el año 1605, salía de las prensas valencianas el mismo libro EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Este es el motivo por el que nuestro excelentísimo Ayuntamiento, representante de la ciudad, ha tomado tan activa parte en los festejos organizados para conmemorar tamaño acontecimiento y entre

los cuales está el que en estos momentos nos ocupa. En este mismo sitio, junto á San Martín, en la antigua calle de la Costellería, existió la imprenta de Pedro Patricio Mey, de talento esclarecido é ilustración profunda, de intuición literaria tan grande, que apreciando desde luego la importancia y trascendencia de la obra de Cervantes, dió al público dos ediciones de la misma cuando apenas acababa de salir la edición primera de las prensas madrileñas, patrocinada por el duque de Béjar, y asimismo la segunda parte de este libro era también publicada aquí, por aquél, en 1616, pocos meses después de haberse publicado en Madrid.

Recientes investigaciones practicadas á petición nuestra en los Archivos de Valencia por el archivero municipal Sr. Vives Liern, han demostrado plenamente que fué en este mismo punto donde Mey tenía sus talleres. Y era tanto el abolengo de los Mey y en tanto se consideraba su importancia, que los entonces consellers de la ciudad no vacilaban en asignarles fuertes subvenciones para retenerles dentro sus muros y evitar su traslado á Alcalá de Henares, cual era el deseo de su antecesor y padre.

La Valencia de entonces, amante y celosa por todo cuanto redundase en prestigio suyo y en su desarrollo moral y material, procuraba por cuantos medios hallaba á su alcance traer de afuera industrias nuevas para aclimatarlas en nuestro suelo. Así pudo ser Valencia la cuna de la imprenta en España, arte nobilísimo que sirve de poderoso medio de difusión de la cultura, palanca hercúlea de la civilización universal. ¡Ejemplo digno de ser imitado y más actualmente, en que vemos huir de entre nosotros para trasladarse fuera de Valencia, por el pecado de todos, industrias florecientes, riqueza de la ciudad!

Pues bien, valencianos, ciudadanos de nuestra patria chica, fuerzas vivas de esta población, aquí reunidas, representantes, en fin, de todo cuanto siente, piensa y quiere en nuestra ciudad, mancomunemos nuestro esfuerzo, aunemos nuestras energías para procurar que Valencia, al igual que antepasados nuestros lo procuraban, vaya siempre en la vanguardia del movimiento intelectual, base del verdadero progreso.

Una gloria valenciana, nuestro genial Benlliure, dedica imperecedero monumento al inmortal Cervantes y queda situado frente á otro monumento, la Escuela Graduada, el Grupo Escolar, cuya primer piedra será hoy mismo colocada y que levanta el Ayuntamiento en pro de la cultura popular. Que perdurable lápida perpetúe también la época y el sitio en que acaeció en Valencia el fausto hecho que hoy festeja España entera, para que nuestros hijos y nuestros nietos vean, al menos, que la Valencia actual se preocupa de cuanto atañe á la instrucción pública.

Loor, pues, á la Valencia del siglo XX, pero gloria imperecedera para Valencia del siglo XVII, que el que á sus antepasados honra, se honra á sí propio.

¡Descubramos la lápida conmemorativa y descubrámonos ante ella en señal de respetuosa admiración por los que fueron! He dicho.

La lápida es de mármol blanco, con el busto de Cervantes y la siguiente incripción: «*Aquí se imprimieron por P. P. Mey en 1605-1616 la I.ª y II.ª parte del famoso libro* DON QUIJOTE DE LA MANCHA, *de M. de Cervantes. El Excmo. Ayuntamiento de Valencia colocó esta lápida como recuerdo del III Centenario. 7 de Mayo de 1905.*»

Después continuó la manifestación por la plaza de la Reina y calle de Zaragoza, plaza de la Catedral, calles de Caballeros y de Cuarte, hasta llegar al jardín de la calle de Guillén de Castro. En la plazoleta central de este jardín se había acordado dedicar á Cervantes un monumento, cuyo boceto había ofrecido generosamente el insigne escultor valenciano D. Mariano Benlliure. Este boceto estaba allí colocado, y á todos pareció una hermosísima obra de arte. Sobre dos ó tres grandes libros de caballería yérguese la figura de D. Quijote en actitud de mostrar un busto de Cervantes sostenido con sus manos. Frente á este monumento se había levantado una extensa tribuna, en la cual el Sr. Serrano Morales, individuo de la Junta organizadora, y uno de los que más trabajaron en ella, leyó un hermoso discurso, muy erudito, acerca de la significación del centenario y de la parte que Valencia tomaba en ella, dando noticias muy interesantes y nuevas sobre la estancia de Cervantes en esta ciudad, y sobre las primeras ediciones del QUIJOTE, y concluyó manifestando que el Ayuntamiento, para celebrar tan gloriosa conmemoración de un modo digno, laudable y conveniente, había acordado colocar la primera piedra de un edificio destinado á la instrucción primaria, y que será la primera escuela pública graduada de Valencia.

La nueva escuela, que llevará el nombre de Cervantes, se ha de construir en los solares del antiguo Matadero, y allí se celebró la bendición y colocación de la primera piedra. Ofició, en representación del vicario capitular (S. V.), el secretario de

Cámara canónigo D. Constantino Tormo. Luego se trasladó la comitiva al tablado levantado en el jardincillo; las alumnas de la escuela de música cantaron un himno á Cervantes, letra del Sr. Llorente y música del maestro Giner; el Sr. Aguilar Blanch hizo un breve discurso de gracias, y la comitiva regresó al Ayuntamiento, terminando la fiesta á las siete y cuarto.

Aquella noche celebró una solemnísima velada en honor de Cervantes la Institución para la enseñanza de la mujer, bajo la presidencia de su rector, D. Manuel Iranzo Benedito. La profesora de la Escuela Normal de Maestras, doña María Carbonell, leyó un excelente discurso sobre las «Mujeres del QUIJOTE». Algunas alumnas dieron lectura á fragmentos de la obra inmortal, y otras ejecutaron piezas de música, terminando el acto con breves discursos del concejal Sr. Guillén Engo, que representaba al Ayuntamiento, y del rector Sr. Iranzo. Hubo también veladas de igual carácter en el Círculo Instructivo Electricista, en el Casino Radical y en otras Sociedades. En el Círculo de la Juventud Carlista se había improvisado una exposición cervantina, que fué muy visitada. El Colegio de instrucción titulado de Cervantes celebró también festejos de carácter escolar.

***

El Paraninfo de la Universidad fué el centro principal de los actos celebrados el día 8 de Mayo. Hubo en él tres solemnes sesiones. La primera fué la de la Escuela Superior de Comercio, que comenzó á las nueve de la mañana, presidiéndola su director, don Evaristo Crespo Azorín. Había abierto esta Escuela un certamen entre sus alumnos, y comenzó el acto dándose cuenta de los trabajos premiados, leyéndolos sus autores. Después, el profesor de Química de esta Escuela, Sr. Gil Sumbiela, habló sobre la lengua universal, y el de Gramática española, señor Gascó, sobre las obras de Cervantes. El Sr. Guillén Engo, que también representaba en esta sesión al Ayuntamiento, enalteció la cultura de Valencia y excitó á los escolares para que coadyuven á ella. El Sr. Crespo Azorín hizo punto final hablando del idealismo de Don Quijote y del positivismo de Sancho Panza, señalando los peligros de uno y de otro.

En el mismo Paraninfo se celebró, á las once, la sesión organizada por el claustro del Instituto general y técnico, bajo la presidencia de su director, D. Pedro Aliaga. Hizo el discurso el catedrático don Vicente Calatayud y Bonmatí, siendo su tema «Consideraciones sobre la pobreza de Cervantes». Hubo asimismo lectura de los trabajos de los alumnos que habían sido premiados, y terminó este homenaje con dos hermosos discursos del catedrático D. Saturnino Milego y del director Sr. Aliaga.

Por la tarde, á las cuatro y media, se celebró la última y la más solemne de estas manifestaciones académicas, dispuesta por el claustro de la Universidad y presidida por el rector doctor Machí. «Reflexiones médico-enciclopédicas» fué el tema que desarrolló el catedrático de la Facultad de Medicina doctor Bartrina y Capella, y el de la Facultad de Derecho, D. José M. Zumalacárregui, este otro: «Influencia que ejerció la vida de Cervantes en sus obras». Aún hubo más discursos: el del catedrático de la Facultad de Ciencias D. Angel Berenguer, que lo tituló «Homenaje á Cervantes»; el de D. Pedro María López, de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo asunto era: «Don Quijote y Sancho, ¿son verdaderos caracteres humanos?», y el de D. José Ventura Traveset, catedrático de la misma Facultad, titulado «Consideraciones generales sobre el QUIJOTE desde el punto de vista literario». En los intermedios de esta sesión, algunos alumnos leyeron poesías, y un sexteto tocó selectas piezas, lo mismo que en las sesiones anteriores.

La de la Universidad terminó coronándose un busto de Cervantes, que estaba en la presidencia, y con un elocuente discurso de gracias del señor rector.

La fiesta más atractiva para el público fué la función celebrada aquella noche en el Teatro Principal, y que corrió á cargo de *Lo Rat-Penat*, que preside el ilustre barón de Alcahalí. Esta sociedad tuvo el acierto de dar á este espectáculo un carácter muy adecuado, poniendo en escena la comedia de Guillén de Castro *Don Quijote de la Mancha*, obra muy poco conocida, aun de los más eruditos, pues si bien se publicó en tiempos del autor, no se conoce más que un solo ejemplar de aquella edición, conservado en la Biblioteca Nacional. La función comenzó con una loa en verso, escrita por don Venancio Serrano Claveio, y declamada por don Luis Federico Borso. En la comedia de Guillén de Castro representaron: el papel de Don Quijote, el Sr. Fernández; el de Sancho, el Sr. Morera; el de Cardenio, el mencionado Sr. Borso, y otros más secundarios, los Sres. Cidón, Rodrigo, Serna, Pascual, Cañada, Llácer, Sandolina, Ranch, Meseguer del Río, Orts y Garzó. Las señoras y señoritas que tomaron parte en la representación fueron: doña Luisa Fernández, señorita Urios, señorita Vargas y señorita Ordura. *Lo Rat-Penat* había impreso aquella comedia con un prólogo de D. Luis Cebrián y Mezquita, y repartió ejemplares entre los concurrentes. Fué una fiesta muy brillante.

***

El Cabildo metropolitano se asoció á las solemnidades del centenario, celebrando en la Catedral honras fúnebres en sufragio del alma de Miguel de Cervantes Saavedra.

Excmo. Sr. Barón de Alcahalí, presidente de «Lo Rat-Penat».

Por la tarde se celebró en el Paraninfo de la Universidad la sesión literaria organizada por la Academia Jurídico-Escolar, presidiéndola el decano del Colegio de Abogados D. Vicente Dualde. Esta Academia abrió también un concurso con motivo del centenario, solicitando los premios de las autoridades y de otras personas importantes. En aquel acto se hizo proclamación de los académicos premiados. Hubo también un buen discurso del catedrático de la Facultad de Derecho D. José María Zumalacárregui.

Aquella noche se celebró un concierto en el Conservatorio de Música, como tributo á la memoria del Príncipe de nuestros ingenios. En la Sociedad de la Juventud carlista hubo velada apologética, con lectura de poesías y ejecución de buena música; el panegírico de Cervantes lo hizo D. Juan L. Martín Mengod; y, por último, como regocijo popular, se quemó un castillo de fuegos artificiales en los solares de San Francisco.

***

Carácter popular tuvieron también los festejos que durante estos días se celebraron en las calles de Cervantes y del Padre Jofré, dispuestos por una Junta que formaron los vecinos. Ambas calles estaban adornadas con mástiles, gallardetes y guirnal-

REPRESENTACIÓN DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA POR «LO RAT-PENAT»

Srta. Elma Urioz, en el papel de Dorotea.

D. Antonio de Cidón, en el papel de Duque.

REPRESENTACIÓN DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA POR «LO RAT-PENAT»

Srta. Luisa Fernández y D. Luis Borzodi Carminati, en los papeles de Lucinda y Cardenio.

Sres. D. Federico Morera, D. Antonio Fernández y D. Tomás Serna, en los papeles de Sancho Panza, D. Quijote y el Cura.

das de follaje, y algunas casas se hallaban muy bien decoradas. En el cruce de ambas calles se había improvisado un aparatoso monumento al autor del QUIJOTE, que se inauguró con un festival infantil. Además se puso al principio de la calle una artística lápida de mármol blanco, obra del escultor señor Pellicer, en la cual, además del nombre de aquella vía, se consigna el recuerdo de este centenario del QUIJOTE. Con tal motivo hubo fiestas muy solemnes, con velada literaria, poesías y discursos, dianas, conciertos, serenatas, fuegos de artificio y tracas.

D. Salvador Abril, director de la Escuela de Artes é Industrias de Valencia.

***

Una de las manifestaciones más importantes del centenario en Valencia, aunque fueron pocos los que la visitaron, fué la Exposición que se hizo en la Biblioteca de la Universidad, bajo la dirección de su jefe D. Joaquín Casañ y Alegre, de las ediciones del QUIJOTE, libros de caballería y demás citados en el célebre escrutinio del cura y del barbero, que posee dicha Biblioteca, formando una colección importante, en la cual hay ejemplares de gran valor bibliográfico.

***

La Escuela de Artes é Industrias que dirige el notable artista D. Salvador Abril celebró una notable Exposición de alegorías ornamentales del QUIJOTE, resultando premiados los alumnos D. José Montesinos Baivauli, D. Alejandro Aracil Moullor,

LA EXPOSICIÓN DE LA ESCUELA DE ARTES E INDUSTRIAS

Trabajos premiados.

D. Leandro Durá España, D. Vicente Hervás Orts, D. Vicente Bellver Bellver y D. Vicente Arener Cubero.

La Exposición resultó brillantísima y á ella asistió numeroso público que celebró como se merecía las obras de los noveles artistas.

***

En el día 8 de Mayo, á las cuatro y media de la tarde, reunido el Claustro de la Escuela Normal de Maestras, compuesto de la directora doña Matilde Ridocci, las profesoras doña Dolores Vicent, doña Josefa Carbonell, doña María Carbonell, doña Emilia Ranz, doña Magdalena García Pego, doña Fidela Ruiz, regenta de la Escuela Graduada, y el profesor de Religión Dr. D. Urbano Lolumo, con asistencia de las alumnas y de numeroso público en el salón de actos de la misma, se dió principio á la función literaria, organizada para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, como homenaje al Príncipe de los Ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra, por el orden siguiente:

1.° Discurso de apertura, por la profesora de Letras doña María Carbonell.

2.° Concepto de los trabajos presentados á concurso, por doña Emilia Ranz, profesora de Lengua Castellana.

3.° Lectura de seis trabajos originales de las alumnas de los cursos superiores, doña Carmen Peiró, doña Trinidad Banacloche, doña Dolores Montero, doña María Martínez, doña Carmen Roca y doña María Valls, sobre los temas siguientes: 1.° «Buscar en el QUIJOTE ejemplos de figuras de construcción y elegancias de lenguaje». 2.° «La mujer ideal de Don Quijote. Semblanza de Dulcinea». 3.° «Preceptos aplicables á la educación, que pueden recogerse entre las idealidades de Don Quijote y las rusticidades de Sancho». 4.° «Diálogo en valenciano». 5.° «Sancho en la Insula. Sus principales hechos de gobierno y enseñanzas que de ellos se originan». 6.° «Copiar algunas narraciones y descripciones, haciendo indicaciones sobre su mérito».

4.° Poesía por la señora directora.

5.° Continuación de la lectura de trabajos de las alumnas de los cursos superiores, por doña Elvira Plá, doña Concepción Fagoaga, doña Sara Menéndez, doña María Simón y doña Concepción Luz, sobre los temas: 1.° «La enseñanza de la Lengua Castellana y la lectura del QUIJOTE». Algunas consideraciones sobre este asunto». 2.° «El QUIJOTE como obra de Pedagogía social». 3.° «Enseñanzas que se deducen de las historietas aisladas, que contiene el QUIJOTE». 4.° «La mujer ideal de Don Quijote. Semblanza de Dulcinea». 5.° «El Quijote como obra de Pedagogía social»; alternando esta lectura con poesías recitadas por las alumnas de los cursos elementales, señoritas Monerris, Arroyo, Sansano y Penella.

6.° Poesía final por la señorita directora.

7.° Himno á Cervantes, cantado por las alumnas, con acompañamiento de piano por doña Encarnación Tomé, profesora de música.

8.° Breves palabras á las alumnas, por doña Dolores Vicent, profesora de labores.

Además de los mencionados trabajos se presentaron hasta 25, todos aceptables, siendo los leídos los que el claustro conceptuó de mayor mérito.

Las alumnas recibieron, antes de la función, medallas conmemorativas con el busto de Cervantes.

La sesión terminó á las siete y media de la tarde.

Valencia, Cervantes y el Quijote.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. José E. Serrano Morales, en el acto de la colocación de la primera piedra para la construcción de la Escuela graduada Cervantes:

Completa sería hoy mi satisfacción, si al dirigiros la palabra en este momento y desde este sitio, no temiera defraudar vuestras esperanzas y abusar de vuestra benevolencia. Reconozco la necesidad de que seáis muy pródigos en otorgarme esta última, y á ella me acojo agradeciéndola por anticipado.

La festividad que ahora se celebra para conmemorar el tercer centenario de la publicación del libro de entretenimiento y de provechosas enseñanzas que, á contar desde la fecha en que salió á luz por vez primera, será seguramente el que más han reproducido y multiplicado las prensas de todas las naciones, y cuya lectura pueden disfrutar en su propia lengua los habitantes de todos los países cultos de la tierra, puesto que en todas ellas se halla traducido, es motivo bastante para llenar de júbilo á todos los amantes de nuestra literatura nacional. Y si este festejo consiste, como vemos, en la colocación solemne de la primera piedra de un edificio, en el cual han de establecerse sendas escuelas para niños y niñas que reciban, con la gradación necesaria, una enseñanza elemental completísima, y en cuyos espaciosos patios y salones se logren armonizar la higiene con la pedagogía, el desarrollo físico con el desenvolvimiento intelectual, claro es

que, á la satisfacción y complacencia del recuerdo glorioso, han de unirse el inmenso regocijo y purísimo gozo que siempre produce en el ánimo el cumplimiento del más obligatorio de los deberes sociales, y la convicción profunda de que no hay semilla que más pronto fructifique ni que más beneficios reporte, que la de la ilustración y cultura de los pueblos. Reciba, pues, el Excelentísimo Ayuntamiento, reciba la ciudad de Valencia, la enhorabuena más sincera y cordial por la inauguración de este nuevo é importante centro de enseñanza, que en breve será plantel fertilísimo y lozano de ilustrados y vigorosos varones y de instruídas y virtuosas mujeres, en quienes jamás ha de borrarse el recuerdo agradecido de estas escuelas, creadas con ocasión del centenario del QUIJOTE y bautizadas con el nombre inmortal de Cervantes.

Doña Matilde Ridocci, directora de la Escuela Normal de Maestras de Valencia.

¡Valencia, Cervantes y el Quijote! En estas tres frases se condensa hoy el pensamiento de todos los que aquí nos hallamos reunidos, y sobre ella me propongo haceros algunas breves indicaciones históricas y bibliográficas.

Tan numerosos como las flores que en este mes de Mayo brotan y crecen en los jardines valencianos; tan gratos como el perfume que aquéllas exhalan al atardecer los días serenos, y tan brillantes como los colores con que á todas horas esmaltan sus hojas, son los elogios y las alabanzas con que los escritores de todos los tiempos ensalzan la hermosura y admiran la riqueza del suelo bendito de Valencia. Pero no temáis que yo me detenga ahora á recordaros unos y otras, siquiera fuese para formar con ellos un ramillete y ofrecerlo como homenaje á la memoria de Cervantes. Las palabras de éste bastarán para henchir de justificado envanecimiento nuestros corazones, y para sentirnos orgullosos de vivir en esta deliciosa tierra, tan amante y tan amada de los que en ella han nacido, como de los que en ella nos hemos educado y en ella habitamos, considerándola siempre como nuestra madre adoptiva. Permitidme tan sólo que os repita las elocuentísimas palabras con que Cervantes, al describir la ruta de Periandro y Auristela en su *Persiles y Segismunda*, nos dejó retratada esta ciudad y sus inmediaciones: «Con un hermoso escuadrón, dice, afrontaron un lugar de moriscos que estaba puesto como una legua de la marina en el reino de Valencia. Hallaron en él, no mesón en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio les convidaban». Y añade más adelante: «... Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por excusar las ocasiones de detenerse; pero no faltó quien les dijese la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España sino de toda de Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable...»

Doña María Carboneli, autora de la conferencia «Las mujeres del Quijote».

¿Pero en qué fecha arribó Cervantes por vez primera á estas hermosas regiones valencianas? No considero oportuno este momento para extenderme en disquisiciones eruditas acerca de si vino á fines de 1568 ó principios del siguiente año, acompañando á monseñor Julio Aquaviva después de haber cumplido éste su encargo de dar el pésame en nombre del Papa á Felipe II por el fallecimiento del príncipe Don Carlos y de la reina Doña Isabel de Valois, ocurridos respectivamente en 24 de Julio y 3 de Octubre de 1568, ó si después de haber servido en Roma como camarero al expresado hijo del duque de Atri, según el mismo Cervantes refiere, volvió á España y se trasladó desde Madrid á Valencia, por el mes de Mayo de 1571, con el capitán Diego de Urbina, para formar parte de la compañía reclutada por el último en las márgenes del Turia.

Por muy respetables que para todos sean las opiniones de los biógrafos que han tenido por cierta la primera hipótesis, y por muy fundada que parezca la segunda á un distinguido cronista de esta ciudad, cuyo recuerdo aún nos aflige á cuantos con su amistad nos honrábamos, no me atrevo á inclinarme á una ni á otra; y mientras pruebas más concluyentes no se aporten, no puedo considerar tampoco como indudable la visita de Cervantes á Valencia por aquellas fechas. De mejor grado supondría que fuese Rodrigo de Cervantes, hermano mayor de Miguel quien, alistado en la compañía de Urbina, en la cual consta que hizo sus campañas, se trasladase desde Valencia á Italia, donde Miguel se hallaba á la sazón; y que estimulado éste por el natural deseo de unirse á su hermano, y ansioso de compartir con él los peligros y la gloria de la guerra, se apartase del servicio de Aquaviva y sentara plaza también en aquella misma compañía, pensando algo semejante á lo que, según refiere en su citada novela de *Persiles*, les ocurría á los dos mancebos, estudiantes de Salamanca, que, fingiéndose cautivos recién rescatados, relataban en cierto pueblo sus desventuras y, al ser descubierta la superchería por el alcalde, declararon que les «vino gana de ver mundo y de saber á qué sabía la vida de la guerra, como sabían el gusto de la vida de la paz», pidiendo luego que les dejasen continuar su camino para «servir á S. M. con la fuerza de sus brazos y con la agudeza de sus ingenios, porque no hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra» y «ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la República se engrandece».

Excmo. Sr. D. José E. Serrano Morales, delegado regio de primera enseñanza de Valencia.

Dejemos á Cervantes en Mesina embarcado en la galera *Marquesa*, que formaba parte de la escuadra de Juan Andrea Doria, y renunciemos también á describir sus hazañas y proezas, «militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria», «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros», y en la cual, además de dos arcabuzazos en el pecho, recibió otro en la mano izquierda que le valió el sobrenombre con que en todo el mundo se conoce al *Manco de Lepanto*. No le sigamos tampoco en su regreso á España en la galera *El Sol*, por Septiembre de 1575, ni en su penoso cautiverio en Argel durante cinco años. Veamos únicamente la parte que en su rescate tomaron, además de las órdenes religiosas, los mercaderes de Valencia.

Tan pronto como los padres de Rodrigo y de Miguel de Cervantes tuvieron noticia del cautiverio de éstos, empezaron á trabajar con el más vivo empeño por obtener su redención, sin omitir gestiones ni sacrificios de ningún género. De unas y otros hallamos relaciones auténticas y fidedignas en los dos interesantísimos volúmenes de *Documentos Cervantinos*, dados á luz por D. Cristóbal Pérez Pastor en los años de 1897 y 1902. Lograron primero la libertad del mayor de aquéllos, según consta en la *Relación de los cautivos rescatados en Argel por la orden de la Merced*, fechada en Valencia á 2 de Septiembre de 1577, y en la cual aparece entre los rescatados que embarcaron en la primera de dichas ciudades el día 24, y desembarcaron en Xávea el 29 de Agosto de aquel año, mencionado con el núm. 95: *Rodrigo de Seruantes de Alcalá de Henares*. Vuelto ya éste al seno de su familia, todos los esfuerzos hubieron de dirigirse al rescate de Miguel, y procurando siempre concretarme únicamente á lo que con Valencia se relaciona, he de mencionar el contrato otorgado en Madrid, á 29 de Junio de 1578, por Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas, padres de aquél, y doña Magdalena Pimentel de Sotomayor, hermana del mismo, por el cual se obligaban los tres á pagar á Hernando de Torres, mercader y vecino de Valencia, que se había comprometido á rescatar á Miguel, la diferencia de coste que pudiera resultar entre la cantidad de doscientos ducados que dicha doña Magdalena había ya contraído anteriormente la obligación de abonarle, más los 1.777 reales que al efecto habían entregado á Fray Jerónimo de Villalobos, comendador de la Merced de Madrid, y el precio total á que el rescate ascendiese.

No pudo entonces conseguirse éste, por no haber hecho los PP. Mercedarios redención en aquel año, ó por hallarse Cervantes sujeto á durísima prisión

y rigurosos castigos, á consecuencia de haberse descubierto los repetidos proyectos de fuga que había intentado Miguel, principalmente desde que Rodrigo regresó libre á su patria con especialísimo encargo de fletar, como lo hizo, una fragata para que en ella pudiesen embarcar su hermano y algunos otros compañeros que en una cueva, con él, se congregaban. Fracasada aquella tentativa por la delación de un renegado llamado *el Dorador*, recabó Cervantes para sí toda la responsabilidad, procurando salvar á sus amigos de los crueles tormentos que les esperaban y de la muerte que algunos de ellos recibieron de manos del mismo Hazán-Bajá, cuya codicia, y la esperanza de obtener por Miguel un cuantioso rescate, libró á éste de sufrir el último castigo. No desistió Cervantes de conseguir su libertad, que intentó en vano en ocasiones sucesivas, de acuerdo en una de ellas con los mercaderes valencianos Onofre Exarque y Baltasar de Torres que en Argel residían por Septiembre de 1579, el primero de los cuales facilitó mil quinientas doblas para la compra de una nave en que habían de evadirse Miguel y sesenta de sus compañeros. Descubiertos nuevamente por la infame delación del doctor Juan Blanco de Paz, y después de andar Cervantes oculto y fugitivo de la casa de su señor durante algunos días, pudiendo haberse salvado él solo en unos barcos que estaban para darse á la vela, y á lo cual le invitaba Exarque, temiendo que si le prendían pudiera ocasionarle gravísimos daños con sus revelaciones, prefirió presentarse espontáneamente á Hazán, declarándose el único culpable y permaneciendo luego aherrojado con grillos y cadenas durante cinco meses en la cárcel de los moros.

Por aquel año hubo de practicarse en Valencia una información ante el arzobispo D. Juan de Ribera, sobre los hechos de fray Jorge del Olivar en Argel, en la cual se consignó relación minuciosa de los cautivos que se refugiaron en la cueva y acaso también de la parte que Cervantes tuvo en aquella arriesgada empresa; aunque acerca de todo cuanto se refiera á la estancia en Argel del ilustre cautivo sea difícil hallar más detallados pormenores que los que aparecen en otra información, solicitada por él mismo en 10 de Octubre de 1580, cuando ya estaba rescatado, publicada en su biografía por Fernández Navarrete.

Día verdaderamente feliz para Cervantes y para las letras castellanas fué el 19 de Septiembre de 1580, en que aquél obtuvo su libertad por una circunstancia que bien podemos calificar de providencial. Agotados casi por completo los recursos de que el P. Fray Juan Gil, de la Orden de la Santísima Trinidad, podía disponer para la redención de cautivos, y contándose aún entre éstos D. Jerónimo de Palafox y Miguel de Cervantes, destinados á ir remando en las galeras del rey Hazán-Bajá, que salían para Constantinopla en aquella misma fecha, ofreció el P. Gil quinientos escudos por la redención del primero; negóse Hazán á concederla por menos de mil, y no pudiendo el celoso trinitario abonar esta crecida suma, invirtió los quinientos ducados de oro en el rescate de Cervantes, que gracias á ello pudo recobrar su libertad, mientras que Palafox y los demás cristianos cautivos eran conducidos á Constantinopla.

Las interesantes investigaciones del citado señor Perez Pastor han venido á demostrar que Cervantes estaba todavía en Argel el día 12 de Octubre de 1850, en que compareció como testigo en la partida de rescate de Juan Gutiérrez; así como en la información solicitada por el padre de aquél en Madrid, en 1.º de Diciembre siguiente, ya comparecen dos testigos declarando que habían visto á Miguel rescatado y libre en Valencia, hacía como mes y medio poco más ó menos, y afirmando otro que *vinieron juntos en una nave cuando se rescataron, hasta la Cibdad de Valencia, donde al presente está el dicho Miguel de Cerbantes...*

Ni en la información practicada en Madrid, á solicitud del último, en 18 de Diciembre, ni en la fechada el día siguiente acerca del cautiverio de Rodrigo de Chaves, llega á precisarse la fecha en que embarcaron ni desembarcaron, si bien en la declaración de Cervantes, que en la segunda compareció como testigo, expuso, entre otros extremos, que, rescatados á un mismo tiempo, *vinieron juntos en un baxel hasta Denia, que es en el reino de Valencia.* Armonizando las palabras subrayadas en las dos referidas declaraciones, resultará que el barco en que hicieron su viaje de regreso se detuvo en Denia, siquiera fuese poco tiempo, al dirigirse desde Argel á Valencia. Dícese también, en la última de las declaraciones expresadas, que no bastando el dinero que fray Juan Gil tenía para el rescate, hubo necesidad de que Cervantes se obligase á pagarle al pie de dos mil y tantos reales por cédula á cierto tiempo, y que, además de esta cantidad, quedó á deber más de otros mil reales á algunos mercaderes cristianos que iban á dicha ciudad y que se los habían prestado para comer y vestir durante su cautiverio. No se expresan los nombres de estos mercaderes ni los lugares de su residencia habitual; pero la constante comunicación que entre Argel y Valencia existía, permite suponer, con grandes probabilidades de acierto, que valencianos fueron aquellos comerciantes compasivos que facilitaron al pobre prisionero los indispensables recursos para su alimentación y vestido.

También se puede ya afirmar con seguridad casi absoluta, la fecha en que Cervantes abandonó para siempre las inhospitalarias playas argelinas. De los cuatro embarques de cautivos que los PP Redentores hicieron desde el 29 de Mayo de 1580 hasta el 12 de Marzo de 1581 y que fueron en los días 3 de Agosto, 24 de Octubre y 15 de Diciembre de 1580, y el mismo 12 de Marzo del año siguiente, constan los nombres de los embarcados en la primera y en las dos últimas expediciones, sin que figure entre ellos Miguel de Cervantes. En la de 24 de Octubre de 1580, se sabe que embarcaron seis cautivos que debieron de ser los once rescatados desde el 8 de Agosto hasta aquella fecha, y teniendo presente que Diego de Benavides declaró en la información hecha en Argel en el repetido día 12 de Octubre, que Cervantes vivía con él y que ambos esperaban ocasión para volver á España; que Francisco de Aguilar dijo en otra información posterior que vino con Cervantes desde Argel á Valencia, y que el mismo Cervantes declara en otro documento ya citado, que regresó con Rodrigo de Chaves, bien puede afirmarse que éstos fueron cuatro de los seis que en 24 de Octubre se embarcaron. ¡Con cuánto júbilo latiría el corazón de todos ellos, en los momentos que quizás recordaba Cervantes al escribir en su *Viaje del Parnaso:*

Y en esto descubrióse la grandeza
De la escombrada playa de Valencia
Por arte hermosa y por naturaleza
. . . . . .
Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos
Que á ver venían la sin par galera.

En el *Memorial* del P. Fray Juan Gil dirigido al rey y fechado en Madrid á 7 de Octubre de 1581, pidiendo limosna para una redención y acompañando la *Relación* de los cautivos, criados y oficiales de S. M. rescatados en 1580, que comprende 52 nombres, aparece incluído en XXIX lugar «*Miguel de Cervantes, de edad de 31 años, natural de Alcalá de Henares, cautivo en la galera del Sol, viniendo de Nápoles á España, año 75.*»

La solemne entrada de los redimidos en nuestra ciudad hacíase, según refiere Pérez Pastor, solicitando previamente la licencia del virrey, y obtenida ésta, los religiosos de la orden redentora reunían á todos aquéllos «y se organizaba la procesión en la cual, precedidos de trompetas y atabales, iban todos los cautivos con la cabeza descubierta y en el pecho el escapulario de la orden que los había redimido, por la calle del Mar hasta la iglesia Mayor, donde oían misa y sermón». A pesar de esta referencia y de haberles redimido los religiosos trinitarios inclínome á creer que el hábito con que Cervantes y sus compañeros entraron en esta ciudad fué el de la orden de la Merced, por haber ganado ésta una paulina de la Nunciatura por la cual se ordenaba que se manifestasen y diesen á los religiosos de las provincias de Aragón y real convento de Valencia «todos los bienes, mandas y limosnas pertenecientes al rescate, por tocar la administración de los mismos al general y religiosos de la Merced segun el privilegio de Felipe II, despachado en 26 de Septiembre de 1576». Recurrióse contra esta disposición por los padres trinitarios y sostuviéronse varios litigios, hasta que, por escritura otorgada en 1657 ante Francisco Rubio, se llegó á una concordia entre las dos religiones y se convino en que únicamente los PP. de la Merced pudieran hacer «procesiones *públicas de redención de cautivos cristianos* en dicha corona de Aragón y Reino de Valencia, ni pedir limosna para subvenirles, así los dichos PP. Trinitarios como de otros reinos de dicha orden» y estipulándose, en otro capítulo, que cuando tocaren en Valencia y Aragón cautivos redimidos por los trinitarios de otros reinos «no puedan hacer acto alguno público, demostración y acción tocante á la redención, así al tiempo de desembarcar, como después, por ser cosa peculiar de la dicha sagrada religión de Nuestra Señora de la Merced» (1).

En el convento de mercedarios del Puig se conserva un cuadro, según referencia del cronista Torres Belda, que representa un redentor «dando li-

(1) Con posterioridad á la última fecha citada, todavía se promovieron nuevos litigios entre los PP. de la Trinidad y de la Merced acerca del carácter de redentores de cautivos que unos y otros se atribuían. Con motivo de aquéllos se imprimió, por lo menos, una interesante alegación en derecho de la cual poseo ejemplar y cuya portada dice así:

«Jesús, María, Joseph, San Juan de Mata y San Félix de Valois. Verdad Canónica y Jurídica, que en defensa del título de *Redemptores de Cautivos*, como propio Instituto de Religión, manifiestan los Ministros y Religiosos de los Conventos de Nuestra Señora del Remedio y de la Soledad, Orden aquél de Calzados y éste de Descalzos de la Santísima Trinidad, y *Redempción de Cautivos Christianos* de esta ciudad de Valencia. En el pleyto que pende en la Real Chancillería de dicha Ciudad, con el Convento y Religiosos de Nuestra Señora de la Merced de la misma Ciudad y Provincia de dicho Orden. (Grab. que representa á la Santísima Trinidad en la parte superior y debajo á un ángel con la cruz de la Orden en el pecho, los brazos cruzados y un cautivo con cadena al cuello á cada lado).— En Valencia, por Antonio Bordazar, año 1716.» En fol. 55 páginas v. de la últ. cub.

mosna á uno de los rescatados que viste exactamente el traje descrito por nuestro Cervantes», ó sea con el bonete azul redondo que en su novela *La española inglesa* dice que se le cayó á Ricaredo al detener á Isabela cuando ésta iba á entrar en el convento.

Instalado Cervantes en las márgenes del Turia, hubo de dedicarse á liquidar las cuentas con los mercaderes y á gestionar, acaso, la cesión del privilegio que en 6 de Abril de 1578, le había otorgado el rey á su madre para sacar de Valencia y conducir á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas, con cuyas utilidades pudiera atender al rescate de su hijo; siendo de notar, que en todos los documentos otorgados por doña Leonor solicitando del rey repetidas prórrogas, ó concediendo poderes para hacer efectivo aquel derecho, añadió á su nombre el estado de *viuda*, con objeto, seguramente, de predisponer los ánimos más en su favor. El testamento de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel, otorgado en 8 de Junio de 1585, y su partida de defunción, por la cual consta que ésta ocurrió el 13 de los mismos mes y año, no dejan duda de que doña Leonor, inspirada por el deseo natural que á nadie puede extrañar, de proporcionarse recursos para conseguir la libertad de su hijo, no tuvo escrúpulos en fingir una viudez anticipada. En 25 de Agosto de 1582, aún otorgó doña Leonor de Cortinas poderes á Juan Fortunyo, mercader de Valencia y tratante en Argel, para que negociara dicho privilegio en la forma y por la cantidad que creyera conveniente, lo cual no hubo de realizarse hasta que el comerciante portugués Francisco de Laguiar, como procurador de aquélla, solicitó y obtuvo licencia para embarcar á nombre de la misma doña Leonor, el 14 de Diciembre de 1584, en el bajel llamado *Santa María y Sent Nicolau* (1) las mercaderías que se expresan en un documento conservado en nuestro Archivo general del Reino, por valor de 2.135 reales de Valencia.

Creo que Cervantes permaneció en esta ciudad, ocupado en el arreglo de sus asuntos, todo el mes de Noviembre y los primeros días de Diciembre de 1580, fundándome para ello en las fechas de 1.º y 18 de este último mes, que llevan las informaciones solicitadas en Madrid por Rodrigo y Miguel de Cervantes (padre é hijo), en las cuales consta que al tiempo de practicarse la primera todavía estaba Miguel en Valencia, pero que ya había llegado á Madrid cuando se practicó la segunda.

De la amistad de Cervantes con los mercaderes y con los escritores valencianos encontramos abundantes pruebas en sus obras y en los documentos de la época. Acaso su afición á las letras le pusiera, durante su permanencia en esta ciudad, en contacto ó relación con Jusepe Ferrer y Pedro Patricio Mey, que tan presurosos se mostraron en reproducir en Valencia, como editor el primero y como impresor el segundo, las aventuras de EL INGENIOSO HIDALGO

Indudablemente, las ediciones que de este libro se estamparon en el año 1605, por el orden de su publicación, fueron las que siguen:

Primera edición.—En Madrid.—Con privilegio. Juan de la Cuesta. 1605.—Privilegio de 26 Septiembre de 1604.—Erratas; 10 Diciembre y Tasa, á 3 ½ maravedís cada uno de los 83 pliegos, que montaban 290 ½ maravedís; 20 de los mismos mes y año.—En 4.º

Segunda edición. Lisboa.—Jorge Rodríguez.—Licencia de la Inquisición: 26 Febrero 1605.—En 4.º á dos columnas.

Tercera edición.—Lisboa.—Pedro Crasbeek.—Licencia: 27 Marzo 1605.—8.º menor.

Cuarta edición.—Madrid.—Con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.—Por Juan de la Cuesta.—En 4.º—En los preliminares lleva, además de los de la primera edición, con algunas ligeras variantes, otra Real licencia, en portugués, fechada en Valladolid en 9 de Febrero de 1605, para imprimir *nos meus regnos de Portugal ó libro intitulado* INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Quinta edición.—Valencia.—Pedro Patricio Mey. A costa de Jusepe Ferrer, mercader de libros delante la Diputación.—1605.—Licencia de 18 de Julio.—En 8.º, 16 hojas preliminares y 768 páginas.

Aunque Salvá afirmaba que existía otra edición de Valencia hecha en el mismo año y por el mismo impresor completamente distinta y de la cual poseía ejemplar, las circunstancias de tener idéntica portada é iguales tipos, tamaño y número de páginas, y ser también una misma la fecha de su aprobación ó licencia, me inducen á presumir que las pequeñas diferencias observadas entre los ejemplares que se suponen de una y otra, más bien fueron introducidas en los moldes durante el curso de la impresión, que no variantes tipográficas en la composición de ediciones distintas.

(1) Este era también el nombre de la saetía en que el 12 de Marzo de 1581 regresó á España el P. Fr. Juan Gil con 23 cautivos rescatados; y si fuese la misma embarcación resultaría falso lo declarado por Damete León, que la mandaba en 1584, cuando preguntado si su nave había hecho algún viaje á Argel, contestaba: «que *lo dit baxell no ha fet viatic algú á la dicta ciutat de Alger.*» (Véase *Revista de Archivos*, tomo II (1872), Suplemento al núm. 5, pág. 6.)

Desconfío también de la existencia de otra edición de 1605 impresa en Pamplona ó Barcelona, aunque, según se dice en las notas á Ticknor, guardaba ejemplar de ella un bibliófilo de La Haya; y por más que Cervantes, en el capítulo III de la segunda parte del QUIJOTE, ponga en boca del bachiller Sansón Carrasco: «Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no dígalo Portugal, Barcelona y Valencia donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga», esto no prueba que hubiera una edición catalana de 1605, por más que tampoco se conozca ninguna de Barcelona hasta 1617. Y de igual manera dudo mucho que se estampase la otra, *hasta ocho*, á que se refería D. Vicente Salvá en su artículo: «¿Ha sido juzgado el QUIJOTE según merece?», publicado en el *Liceo Valenciano*. Las ediciones que positivamente se hicieron de la *Primera parte*, además de las mencionadas, desde 1605 hasta 1615 en que se publicó la *Segunda* en Madrid por el mismo Juan de la Cuesta, fueron: la de Bruselas, por Roger Velpius, 1607; Madrid, Juan de la Cuesta, 1608; Milán, Heredero de Pedro Mártir Locarni y Juan Bautista Bidello, 1610; y Bruselas, Roger Velpius y Huberto Antonio, 1611.

Por hallarse comprendido también dentro del mismo período, no debo omitir la mención del *Segundo tomo de* EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA... por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, impreso en Tarragona en casa de Felipe Roberto, 1614 en 8.º En otra ocasión creo haber demostrado de modo que no deja lugar á dudas, que el seudónimo con que se oculta el autor de este libro, no corresponde al supuesto valenciano, nacido realmente en Orihuela, Dr. Juan José Martí, que con el nombre de Mateo Luxan de Sayavedra escribió la *Segunda parte de la vida del picaro Guzmán de Alfarache* estampada por vez primera en Valencia en 1602.

A la edición primitiva, ya citada, de la Segunda parte del QUIJOTE, impresa por Cuesta en Madrid 1615, en 4.º, cuya *Tassa* y *Erratas* van fechadas en 21 de Octubre, y la *Aprobación* en 5 de Noviembre de aquel año, siguen inmediatamente la de Bruselas, por Huberto Antonio, 1616, en 8.º prolongado, con permiso para la impresión de 4 de Febrero, y la de Valencia del mismo año, «*En casa de Pedro Patricio Mey, junto á San Martín.—A costa de Roque Sonzonio, mercader de libros*, con *Aprobación* de 27 Enero y *Licencia* de 27 de Mayo de 1616 en 8.º 766 páginas.»

Investigaciones recientes llevadas á cabo con la mayor fortuna por el eruditísimo señor Archivero del Excmo. Ayuntamiento, y que pronto serán del dominio público con todos sus pormenores, han venido á precisar con la mayor exactitud posible el área que ocupaba la imprenta de Pedro Patricio Mey en que, como queda dicho, se estamparon las ediciones primitivas valencianas de la Primera y Segunda parte del QUIJOTE. En ella acabamos de colocar una lápida que recuerde siempre aquel fausto acontecimiento, del cual os hablaba muy poco ha el dignísimo presidente de la comisión encargada de organizar estos festejos, Dr. Aguilar y Blanch; y para que continúe constantemente vivo en la memoria de la Valencia del siglo XX y de los que han de seguirle, celebramos hoy aquí reunidos el centenario, que para nosotros tiene el doble carácter de fiesta nacional y particular á un mismo tiempo; puesto que conmemora la publicación en Madrid y la reimpresión en Valencia, del libro más famoso y universal de nuestra literatura. ¡Quién había de decirle á su impresor valenciano, que al cabo de trescientos años, no había de quedar en esta ciudad ni un solo ejemplar de las ediciones de la primera ni de la segunda parte de aquella obra!

Por no abusar excesivamente de vuestra benevolencia, prescindo de citar otros pasajes de los libros de Cervantes en que de esta capital y de sus escritores habla; de las obras de éstos en que se hace referencia á la persona ó á los trabajos literarios de aquél, y hasta se da forma dramática por uno de nuestros mejores poetas, con cuyo nombre se designa la calle en que nos hallamos, á las aventuras de Don Quijote que representadas, podréis ver en la noche de mañana en el *Principal* de nuestros teatros. Permitidme, sin embargo, que os recuerde el nombre ilustre del sabio polígrafo valenciano don Gregorio Mayáns, que fué el primero en publicar la *Vida de Miguel de Cervantes*, que avalora la hermosísima edición del INGENIOSO HIDALGO, impresa en Londres, por J. y R. Tonson, 1738, cuatro tomos en 4.º mayor.

Pero no han sido únicamente los eruditos y los poetas quienes en Valencia han consagrado sus estudios y su inspiración á la personalidad de Cervantes ó á los asuntos de sus libros. También los artistas han recurrido á las mismas fuentes para darnos gallardas muestras de su ingenio y habilidad, tanto por medio del grabado, como de la pintura, de la escultura y hasta de la música; sin que tampoco hayan faltado tipógrafos que, antes y después de la aparición del QUIJOTE, usaran el célebre

escudo de la mano y halcón con la leyenda, que algunos han creído relacionada con un supuesto sentido esotérico de dicha obra: *Post tenebras spero lucem*. No he de citaros otros comprobantes, que todos vosotros recordáis, de estas afirmaciones; por lo que á la época actual se refiere, basta con fijar la atención en el artístico y perdurable monumento que tenemos á la vista, y que también hoy se inaugura, generosamente dedicado á la ciudad por su preclaro hijo el Excmo. Sr. D. Mariano Benlliure.

Ante la importancia de cuanto hasta ahora llevo expuesto, en relación con Valencia, Cervantes y el QUIJOTE, palidecería seguramente cuanto aún pudiera deciros. Réstame sólo añadir, que enamorada la ciudad de Valencia del justo renombre de *Atenas española* con que siempre se la ha designado, y deseando, si fuera posible, acrecentar la merecida fama con que por su cultura, ilustración y amor á las letras se la ha ensalzado en el transcurso de los siglos, ha creído ahora que no podía celebrar este centenario de modo más digno, laudable y conveniente que colocando la primera piedra de un hermoso edificio á la enseñanza consagrado. Por tan plausible acuerdo, hemos de reiterar al Excelentísimo Ayuntamiento nuestra felicitación y nuestra gratitud, haciendo extensiva la segunda á las respetables autoridades, corporaciones y particulares que con su presencia han honrado este acto.

D. Angel Berenguer, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Valencia.

¡Quiera Dios que dentro de pocos años todas las escuelas de Valencia se hallen instaladas en edificios propios de la ciudad, tan amplios, espaciosos y de tan buenas condiciones higiénicas y pedagógicas como el que hoy se empieza junto al lugar que ocupamos; y que los niños y niñas que á ésta han de concurrir, proporcionen á la ciudad del Turia nuevos días de gloria, tan pura, tan legítima y tan imperecedera, como la que Cervantes legó con su QUIJOTE á nuestra desventurada, pero siempre noble, hidalga y generosa patria española.

Homenaje á Cervantes.

Discurso leído en la Universidad por el catedrático de la Facultad de Ciencias doctor D. Angel Berenger.

Aunque mandato superior no lo hubiera dispuesto, la Universidad valentina celebraría este solemne acto, pues deber ineludible de los centros de cultura es honrar á los grandes hombres; á esos hombres que de algún modo conducen á la humanidad por el glorioso camino del progreso; á esos hombres cuyo privilegiado entendimiento, descubriendo el concierto armónico del mundo, aproximan nuestra inteligencia á la verdad infinita; á esos hombres, en fin, cuyo espíritu atesora sinnúmero de filigranas y bellezas que, sembradas con labor incesante, tarde ó temprano fructifican, haciendo brotar de estériles terruños doradas mieses, que por luengos siglos perduran. Y el eximio creador del inmortal QUIJOTE es uno de esos hombres.

Prestadme benévola atención unos minutos é intentaré probaros este aserto.

***

El genio, don de los espíritus superiores, que, cual rayo de vivísima luz, anima cuanto toca, descubre, al penetrar en el obscuro seno de la naturaleza, seres, hechos y leyes que le sirven para manifestarse. Al revelarnos sus descubrimientos, hermosea lo hermoso, vigoriza lo enérgico, sublima lo terrible y, excitando las afecciones delicadas, eleva el alma de quien la obra contempla á concepciones puras. Observad, estudiad la producción del genio, y sea de ciencia ó arte, encontraréis belleza, novedad y perfecto conjunto. La hipótesis que al sabio ha sugerido una serie de hechos, y por la cual se explican: la estatua, el poema, el cuadro, trasunto fiel del ideal invisible, que el eminente artista, allá en su fantasía, acariciaba, á nada real se igualan. Tales obras son grandiosas creaciones.

Examinemos ahora siquiera la silueta del Hidalgo manchego, y ella nos dará fe del poderoso genio de Cervantes.

Alonso de Quijano, amante de lo justo y de lo bueno, llena su mente con las extrañas invenciones de romances caballerescos, prolongadas vigilias de continua lectura enflaquecen su juicio, fijando en él la idea de salir por los campos á deshacer entuertos. Don Quijote surge naturalmente (1).

(1) Para todo cuanto se refiere á las figuras del QUIJOTE en este homenaje al Príncipe de los Ingenios, nos hemos servido de las siguientes obras: Cervantes, EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE.—Edición de Gaspar y Roig, 1865. -Paul de S. Victor, *Hombres y Dioses*, cap. XIX DON QUIJOTE.—Picatoste, *Frases célebres*.

Ya caballero andante, despreciando las inclemencias del cielo y desafiando los rigores de la tierra, acomete la empresa de administrar justicia con su espada. Proteger débiles, castigar malvados, libertar oprimidos, abatir opresores, ponerse en lucha con la sociedad sin esperanza de recompensa; tal es su programa. Devorado por el celo del honor y exaltado por la sed de la equidad, se lanza en aventuras que, aunque vanas quimeras de una razón enferma, no amenguan su valor. Si desaforados gigantes hubieran sido los molinos; si numerosos ejércitos hubiesen sido los rebaños de ovejas, con la misma intrepidez acometiera, á impulsos de las grandes virtudes que su espíritu encierra. Los actos resultarán ridículos, pero el heroísmo es sublime.

Su amor corre parejas con su heroísmo. Dulcinea es una princesa ideal que Don Quijote saca por operación delicada del espíritu, como Teuxis, combinando las facciones más bellas de escogidas jóvenes atenienses, formó la imagen de la diosa Venus. Él ignora si existe la señora de sus pensamientos; pero la imagina cual conviene, y así se la describe á la duquesa: «Dios sabe—dice—si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni dí á luz á mi señora, pero la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje á causa de que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildamente nacidas.» ¡A este tipo de incomparable belleza, sólo puede corresponder un amor como el de Don Quijote, tierno, desinteresado, infinito!

El caballero manchego, bajo las apariencias de loco, oculta un alma de héroe dotada de sentimientos delicados; el extravío de su razón, abrillanta y acrisola las cualidades morales que posee; sus nobles y constantes ilusiones, remontan su grotesca figura en alas de la victoria, produciendo admiración é hilaridad á la vez. ¡La creación de Cervantes es inefablemente hermosa!

El sentencioso escudero y la rústica aldeana, que para Don Quijote es célica belleza, son como deben ser, pues no de otra manera podrían acompañar al caballero de la Triste Figura, en su continuo y loco desvarío. Los demás personajes, completan perfectamente el seductor conjunto de obra tan magistral.

He dicho magistral y me equivoco, pues como las inspiradas por divino soplo, nos hace concebir á la verdad infinita. Porque en la obra del venerable Manco de Lepanto, no sólo son de admirar los caracteres y su combinación, sino también lo puro y cadencioso del lenguaje con que está expuesta la nutrida doctrina que contiene; doctrina de la cual, os diré dos palabras y concluyo.

Cervantes, verdad es que, como dice Castro, no fué poeta ni músico, médico ni teólogo, geógrafo ni filósofo; pero su libro debe ser meditado por todo hombre de ciencia, y aun por quien no lo sea, pues en él se formulan juicios muy admirables de escritores y artistas, de jueces y de vagos, pastores é industriales, tratando á más de educación moral con un alto concepto. La obra del gran Cervantes es precioso dechado de perfecciones literarias, en el que hay á granel trascendentes sentencias y frases de sentido profundo, constituyendo así inestimable joya esmaltada de verdades eternas.

Sintetizando, en fin. El QUIJOTE es un libro de siempre y para todos. El QUIJOTE es un timbre de gloria nacional. ¡Gloria, pues, al inmortal Cervantes! ¡Gloria á España!

VALLADOLID

ORGANIZADA por el Ayuntamiento, que presidía á la sazón D. Casto González Calleja, se celebró en Valladolid la mañana del 7 de Mayo, una procesión cívica en honor de Cervantes, desfilando ante la casa sita en la calle Miguel de Iscar, que habitó el príncipe de los Ingenios.

La comitiva iba formada en el siguiente orden:

Presidencia de honor. Excelentísimo señor rector, excelentísimo señor arzobispo, excelentísimo señor capitán general, excelentísimo señor gobernador militar, excelentísimo señor gobernador civil, excelentísimo señor alcalde constitucional, excelentísimos señores diputados á Cortes, excelenti-

simos señores senadores y excelentísimos señores consejeros de Instrucción pública.

Diputación, Ayuntamiento, Academia de Bellas Artes, Comisión de monumentos y Cuerpo de archiveros, Juzgados de instruccion y municipales, comisario regio de Agricultura, Consulados, Academia de Medicina, Delegación de Hacienda, Asociación de doctores y licenciados en Ciencias y Letras, ingenieros de Caminos, Administración de Correos, Administración de Telégrafos, Audiencias territorial y provincial, fiscal de su majestad, Colegio de abogados, jefes de los cuerpos y comisiones militares, Colegio de notarios, Colegio de procuradores, Colegios médico y farmacéutico, Intervención de Hacienda, Colegio de escribanos, directores del Banco de España y Castellano, ingenieros de Montes, ingenieros y oficinas de las Compañías del Norte y Ariza, Sociedades Electricista Castellana, anónima de tranvías, Facultades de la Universidad, en los claustros de la misma; Cabildos catedral y de párrocos, en la santa iglesia metropolitana; órdenes y comunidades religiosas, colegio de San José; seminario y Universidad pontificia, plaza del Duque, Academia Militar de Caballería, delante del Colegio de San José (jesuítas); Instituto general y técnico de la provincia, plaza del Museo; Escuela de Artes é Industrias, calle de la Librería; Escuelas Normales de maestros y maestras é inspector de primera enseñanza, derecha de la plaza de la Universidad; Escuela de Comercio, calle Ruiz Hernández; colegios particulares de segunda enseñanza y academias preparatorias para carreras especiales, calle de López Gómez; Colegio de huérfanos de Santiago con sus alumnos, izquierda de la plaza de la Universidad; escuelas municipales, profesores públicos y privados de primera enseñanza, paseo de la Catedral hasta la calle de Arribas; prensa, imprenta, círculos de recreo, representaciones, actores, actrices y sociedad de excursionistas, Cabañuelas, parte alta; sociedades mercantiles, gremios y tiro nacional, plaza de la Antigua; escuelas católicas, del ferrocarril y filantrópica, calle de Magaña; Hermanos de la doctrina cristiana con sus alumnos, izquierda de Portugalete; Hospicio provincial con asilados y música, derecha de Portugalete; Guardia civil montada, calle de los Baños.

D. Casto González Calleja, alcalde de Valladolid.

D. Salustiano Garrido, presidente del Círculo Mercantil, Industrial y Agrícola de Valladolid.

En el hueco que forman las casas de la calle de Miguel Iscar, dejando al descubierto aquella que habitó el autor del INGENIOSO HIDALGO se había instalado una tribuna adornada con rojos tapices en la que figuraba un busto en yeso de Cervantes.

La comitiva desfiló ante la tribuna depositando varias coronas, pronunciando después un elocuente discurso, el rector de la Universidad, señor Cortés, enalteciendo la figura de Miguel de Cervantes.

D. José Martí, director de la Escuela de Artes é Industrias de Valladolid.

El alcalde señor González Calleja, puso fin al acto, pronunciando el siguiente discurso:

«Excelentísimo señor rector: honorables representaciones de la autoridad, de los centros docentes y de las fuerzas vivas de la población.

Es muy de sentir que vuestro alcalde de hoy, que apenas sabe balbucear nuestro rico y expresivo lenguaje, sea el encargado de poner remate á este solemne acto, primero de los organizados para conmemorar el tercer centenario de

la publicación del libro famoso, donde tantas galanuras de estilo, tantas bellezas del arte de decir y tanto ingenio derrochó el ilustre patricio Miguel de Cervantes.

Por esto, seguramente, encontraréis discreto que ante vuestra cultura superior y al pie de la casa que habitó el que desde hace 300 años nos está sirviendo de modelo á todos los españoles para hablar y escribir bien y correctamente la lengua castellana, no cometa yo la profanación de pronunciar un discurso. Me limitaré á expresar lisa y llanamente el sentir de los que conmigo tienen la honra de representar á esta ciudad; que recogemos con la más delicada de nuestras cortesías y lo más severo de nuestros respetos el ofrecimiento que, en nombre de todos, el señor rector hace á Valladolid de esta fiesta; agradeciéndoos también la brillantez que con vuestro concurso habéis dado á esta procesión cívica; y como único homenaje que la limitación de mis facultades me permite ofrecer á la memoria del inmortal Cervantes, permitidme que, aprovechando la ocasión de vernos todos reunidos, haga votos porque, así como él luchó en la guerra, sufrió en el cautiverio, padeció en la miseria y trabajó constantemente por dejar buen nombre á su patria, los españoles de hoy, como los españoles de mañana, estudiemos para ser cultos, produzcamos para ser ricos, trabajemos para ser grandes.»

D. Leandro Villán, director de la Asociación de profesores particulares del distrito universitario de Valladolid.

* * *

La Universidad de Valladolid celebró un certamen literario para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, resultando premiados los autores siguientes:

Premio de la Universidad, D. Enrique Merino. Accésit, D. José María Fábregas.

Premio del excelentísimo señor arzobispo, don César Mantilla.

Premio del ilustrísimo señor presidente de la Audiencia, D. Federico García Llorca.

Premio del señor gobernador, D. Vicente Rodríguez Martín, estudiante de Derecho.

El festival infantil.

Premios de la excelentísima Diputación, don Eduardo de Huidobro y Ortiz de la Torre y don Braulio Trugillán Sáez; accésit, D. Ramón Alvarez de la Braña

Premio del señor alcalde y excelentísimo Ayuntamiento, D. Abelardo Merino Alvarez; *accésit*, don Narciso Alonso Cortés.

Del Colegio de Abogados, *accésit*, los señores Mariscal y Ferreiro Lago (abogados).

Premio de la Asociación de maestros, D. Orencio Campo Atienza (maestro de Campaspero); primer *accésit*, D. Eustasio García Guerra (maestro de San Román de la Hornija), y segundo, D. Santiago González Pisador.

Del señor rector de esta Universidad, *accésit*, D. César Mantilla.

Premio del Círculo Mercantil, D. Mariano Alonso Izquierdo; primer *accésit*, D. Cipriano Blanco Villanueva (alumno de Medicina), y segundo *accésit*, D. Julián del Río.

Premios del Instituto general y técnico, D. Luis Valles Calamita, D. Luis de la Peña y Cilla y D. Vicente García Boreja; mención, D. Carlos Moreno Santos.

Premios de la Escuela Normal de maestras, doña Francisca Saturia Aragonés, y doña Antonia González García.

Premio de la Escuela Normal de maestros, don Antonio Graner Molero.

Premios de la Escuela de Artes é Industrias, don Mariano Alonso Izquierdo, D. José Gómez Sanz y D. Eduardo García Benito; *accésit*, doña Silvina del Pozo de la Granja, doña serafina León Trilla, doña Eugenia Tamayo Capa, doña Antonia Herrera Martín, D. Pedro Berdugo Pérez, D. Horacio Andrés Castrillo y D. Claudio Berdugo García.

***

Por iniciativa de la Asociación de profesores particulares del distrito universitario de Valladolid, que dirige el docto profesor D. Leandro Villán, se celebró en la tarde del 9 de Mayo en el Campo Grande, un brillante festival infantil.

A las cuatro de la tarde llegaron al Campo Grande todos los niños de las escuelas, precedidos por la guardia municipal montada, y llevando, además de los estandartes respectivos, una banderita y un globito de goma.

Llegados frente al templete donde se hallaban las distinguidas señoritas designadas para reinas de la fiesta, se repartió á los alumnos una medalla de aluminio conmemorativa del centenario.

Un coro, formado por 2.000 voces infantiles, entonó un himno á Cervantes.

El acto terminó dando suelta á los 2.000 globos.

Las señoritas que presidieron la fiesta, en su calidad de reinas, fueron las siguientes:

Elvira y Felisa Alba Bonifaz, Lola Andino, María Luisa Morales, Natividad Presa, María y Vicenta Montalvo, Concha Sánchez Laza, Paquina Moragas, Blanca Pedraza, Amalia Represa, María Marcos, Esperanza Ortega, Guadalupe Clementez, Anastasia Moncada y Felisa Alvarez.

***

La Escuela Superior de Comercio de Valladolid, que dirige el docto profesor D. Ramón P. Requeijo, celebró un certamen literario y científico mercantil, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

He aquí el resultado del mismo:

PREMIOS Y TEMAS

1.º De la Escuela Superior de Comercio de Valladolid.

Premio.—Un ejemplar del *Diccionario general Etimológico*, por R. Barcia.

Tema.—«Reseña del juicio que han formado acerca del QUIJOTE los principales comentaristas extranjeros», entre otros, los alemanes Bouterweck y Sehlegel; los franceses Charles, Florián, Víctor Hugo, Lavigne, Leveque, Paul de Saint Víctor, Viardot y Voltaire, y los ingleses y norteamericanos Bowre, Byron, Coleridge, Dunlop, Gayton, Jarvis, Robertson y Ticknor.

Autor premiado, D. José López Tomás.

2.º De la Cámara oficial de Comercio é Industria de Valladolid

Premio.—Ciento veinticinco pesetas en metálico.

Tema.—«Estudio de las instituciones, leyes y costumbres mercantiles españolas en el siglo XVII».

Autor premiado, D. Alfredo Escribano Rojas.

3.º Del Círculo Mercantil, Industrial y Agrícola de Valladolid.

Premio.—Un objeto de arte.

Tema.—«Concepto que de los mercaderes tenía Cervantes, deducido de los juicios que hace en los diversos pasajes del QUIJOTE, citando éstos».

Autor premiado: Jacinto Muñoz Crego.

4.º De la Sociedad Industrial Castellana, de Valladolid.

Premio.—Un objeto de arte.

Tema.—«Estado de la industria de la seda en tiempo de Cervantes, causas de su decadencia posterior y medios de conducirla á nuevo florecimiento».

Autor premiado: D. Ricardo Espejo.

Accésit.—Demófilo Pérez Irurita.

5.º Del Banco Castellano, de Valladolid.

Premio.—Un título de la Deuda perpetua interior al 4 por 100 de 200 pesetas nominales.

Accésit.—Un título de la misma Deuda y de 100 pesetas nominales.

Tema.—«Ideas sobre el tipo de interés en la época de Cervantes y juicio crítico de las mismas».

Autor premiado: Eloy Díez Montoya.

Accésit.—Alberto Serrano.

***

La Escuela de Artes é Industrias, que dirige el notable artista D. José Martí, celebró un concurso especial entre sus alumnos, de brillantísimo resultado. El alumno D. Eduardo García Benito, joven de trece años de edad—una legítima esperanza del arte—, dibujó á pluma una tarjeta postal representando á Cervantes, Don Quijote y Sancho, acordando la junta de profesores su reproducción.

VIZCAYA

La Comisión encargada, en representación del Instituto de Bilbao y de los Colegios á él incorporados, de proponer los medios conducentes á la celebración del tercer centenario de la publicación de la primera parte del QUIJOTE, adoptó los acuerdos que á continuación se expresan:

1.º Otorgar, por el presente curso, seis premios, consistentes en seis títulos de bachiller gratuitos á otros tantos alumnos—dos de la enseñanza oficial y cuatro de la no oficial—cuyos expedientes resultaren con mayor número de matrículas de honor.

2.º Abrir un certamen literario entre los alumnos oficiales y no oficiales, con los temas, premios y condiciones siguientes:

CERTAMEN LITERARIO

Temas.—1.º Biografía de Cervantes, haciendo resaltar sus rasgos más interesantes dentro de la extensión de un artículo de periódico.

2.º Breve y sencilla reseña histórica de España en la época del autor del QUIJOTE.

3.º Exposición sucinta del argumento del QUIJOTE y de sus aventuras más notables con los personajes que en ellas intervienen.

4.º Romance octosílabo descriptivo de la aventura de los molinos de viento.

El resultado de dicho concurso no pudo ser más lisonjero; á los cuatro temas se presentaron numerosos trabajos, obteniendo premios en el primero D. Santiago Liaño y Villar; en el segundo, D. Félix Martínez y García; en el tercero, D. Domingo Villamil é Iglesias, y D. José M.ª Sáinz y Aguierre en el cuarto.

Se adjudicaron además cuatro *accésit* á los señores D. Emilio Urizar y Olazábal, D. José María Arrillaga, D. José María Arrilúcea y D. Santiago Fernández Arche, con más dos menciones honoríficas á los señores D. Félix Garamendi y Arechaga y don Domingo Villamil é Iglesias.

La Comisión acordó asimismo otorgar en celebración del centenario seis títulos de bachiller gratuitos á otros tantos alumnos que contaran en sus expedientes el mayor número de matrículas de honor, resultando agraciados los señores siguientes: D. Eulogio Isasi Arechaga, D. Juan Pérez Bona, D. Francisco Obieta Garitagoitia, D. Julián García Sáinz de Baranda, D. Justo Iruegas y Abuin y don José Piñera Menchaca.

***

En el teatro de los Campos Elíseos, y por iniciativa de la Comisión de festejos, se celebró una función de gala con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

Sinfonía, por la orquesta; *El hijo del boticario* juguete cómico en un acto, R. Ramírez; Lectura de un trozo del QUIJOTE, E. Ocio; Lectura del soneto premiado en el Certamen de las fiestas del centenario, R. de Basterra; «Himno á Cervantes», pre-

miado en el mismo Certamen, cantado por sesenta voces, con acompañamiento de orquesta y dirigida por su autor, D. Cleto de Zavala; Distribución de los premios concedidos en el Certamen de la Junta del centenario y del Instituto provincial; Intermedio en los jardines de los Campos, amenizados por la banda de Garellano y espléndidamente iluminadas por farolas eléctricas y luces de bengala.

SEGUNDA PARTE

Sinfonía; Romanza escrita expresamente para este acto, por el Sr. D. Cleto de Zavala y cantada por D. Mario Losada; *El nido*, comedia en dos actos, A. Quintero.

***

Con extraordinaria solemnidad se inauguraron las nuevas escuelas de la Perla, á las cuales se las ha bautizado con el nombre de Escuelas de Cervantes.

El edificio, que fué proyectado por el arquitecto municipal D. Gregorio Ibarreche, es de piedra mampostería hasta el piso bajo y de sillería caliza y piedra artificial el resto.

Las fachadas del edificio son artísticas, correspondiendo así y no desmereciendo del resto de los demás edificios particulares construídos en su alrededor.

Consta el grupo de planta baja y un primer piso, existiendo en la primera dos grandes salones de 20 metros de largo por 10 de ancho y 4 de altura, destinados el primero á clase de párvulos, capaz para 250 niños y el segundo á salón de recreo.

En el piso principal hay también dos salones con las mismas dimensiones que los anteriores, estando convenientemente separados, y á los que dan acceso dos escaleras distintas, destinados á escuelas elementales de niños y niñas.

Estos salones tienen capacidad para 150 alumnos.

El grupo escolar ha costado al Municipio en total, con los gastos de calefacción, que importaron 7.000 pesetas, la cantidad de 220.323 pesetas, aparte el importe de los terrenos.

En el acto de la inauguración se repartieron á los alumnos ejemplares del QUIJOTE, se cantó un himno en honor de Cervantes, pronunciándose después elocuentes discursos enalteciendo la instrucción como base del engrandecimiento de la patria.

El Sr. Gallina, en representación del alcalde, dió lectura al siguiente discurso:

«Al celebrar el excelentísimo Ayuntamiento de Bilbao este acto, accediendo á las instancias de la Junta organizadora de la conmemoración del centenario del QUIJOTE en Vizcaya, ha querido dar público testimonio de la sinceridad con que se asocia á los motivos de júbilo para la patria, especialmente cuando esos motivos son tan puros como la publicación del libro inmortal que, traducido á todos los idiomas y celebrado por los escritores de las más opuestas tendencias, ha recorrido en triunfo las naciones.

Grandes entusiasmos despierta en un pueblo la noticia de una victoria de sus soldados. A su regreso las calles se engalanan, la multitud se apiña en la carrera para contemplarlos, las músicas hacen estremecer de alegría los corazones y una nube de flores se deshace sobre sus cabezas. A medida que la civilización avanza, á medida que la evolución de los pueblos entra en una faz más adelantada, esos entusiasmos ruidosos de las multitudes se truecan en aquellas otras satisfacciones interiores de un orden más elevado, producidas por la gloria de sus inventores, de sus sabios, de sus artistas.

El orgullo propio no va acompañado ya de la humillación ajena. Aquí no hay enemigos, los intereses no son encontrados, y por eso nosotros los españoles, al celebrar la gloria de Cervantes, al pregonar y recordar ante propios y extraños las excelencias de su libro EL INGENIOSO HIDALGO, somos mirados con simpatía por toda la Humanidad culta que estos días nos habrá de agradecer que un hombre nacido en este suelo bendito haya dado la más alta muestra del donaire y del ingenio que en muchos siglos han visto las letras.

Pero por este mismo diferente carácter de unas y otras fiestas, las manifestaciones exteriores de la alegría nacional tienen también distinta importancia. En ocasiones como la presente las músicas, las percalinas y los laureles, representan un valor muy secundario. No es lo principal que la gente se lance por calles y plazas para rendir al QUIJOTE la pleitesía de la asistencia á sus festejos. Es el alma nacional la que debe salir á la calle de las actividades sociales; es nuestra personalidad, la personalidad de España, derramándose en las ciencias y en las artes, en la religión, en el comercio, en la industria, en cuanto constituye la vida de los pueblos civilizados.

¿Por qué hemos de renunciar á nuestra idiosincrasia, por qué hemos de pretender borrar de nuestras costumbres y de nuestros sentimientos el sello fuertemente grabado por ese espíritu nacional tan vigoroso, que aherrajado y todo, llorando las amarguras de la derrota, aún resurge lleno de vida en días como los actuales? No; aún somos y debemos ser la nación de Don Quijote, del culto á la idealidad, del amor á lo recto, de las aspiraciones infinitas.

Enhorabuena que lamentemos nuestros errores, y reparemos nuestra pasada inacción; pero no debemos renunciar á nuestro distintivo colectivo, á nuestra independencia espiritual, que vale más, mucho más que la independencia como Estado, cuya subsistencia es imposible si aquélla no la informa y la da un substancial contenido.

Ese impulso personal es el que en los individuos da vida á las creaciones artísticas, retiene á los sabios en los laboratorios y en las bibliotecas, y trajina á los hombres de empresa. En el orden de las personalidades colectivas, de los Estados nacionales, estimula una noble competencia, y todos los campos de la actividad aparecen sembrados de hermosas producciones, en las cuales flota, como sempiterno, la característica de cada nación.

Por este camino el espíritu de la patria se engrandece, se despoja de la parte atávica que aún existe en él, favorece la integración de la sociedad universal, formando no un todo homogéneo, sino orgánico, con sus pintorescas diferencias de matiz y de forma, y no despierta recelos ni aun á aquellos que ansían una Humanidad sin fronteras y sin ejércitos.

Y ese amor vehemente, entusiasta, al suelo en que hemos nacido, á la sociedad que nos rodea, al Gobierno que nos rige, debe ser inculcado á los niños con todo empeño en las escuelas. Escritores de la talla de Alfonso Daudet y Edmundo de Amicis no han desdeñado escribir libros de lectura para las escuelas, en los que numerosas generaciones de niños franceses é italianos han aprendido á amar á su patria.

Por eso se reparte hoy el QUIJOTE á los niños premiados que han concurrido aquí. Yo sé que los señores profesores que me escuchan, llevados de su celo é ilustración, harán leer á los niños ese libro, les enseñarán que es el libro nuestro, el libro de España, libro que nos envidian los extranjeros, y sembrarán en sus corazones el amor al Estado español, con su historia, con sus costumbres, con sus glorias, con sus errores, con su régimen, con su modo de ser, con lo bueno para ensalzarlo y perfeccionarlo, con lo malo para conocerlo y corregirlo.

Espero también que después de esto les enseñarán á amar á Bilbao, el pueblo culto y progresivo en que han nacido, el pueblo que les instruye y les educa, el que necesita y habrá de recoger el fruto de sus inteligencias y de sus músculos. Les enseñarán que así como España tiene su espíritu nacional, su alma, también Bilbao la tiene, también puede mostrarse orgulloso de este carácter del pueblo que vamos formando poco á poco, haciéndonos nuestra fisonomía social, formando nuestra bandera de afectos y de ideas, de impulsos y de trabajos.

Les enseñarán que este carácter distintivo debe ser la nobleza con que acoge á cuantos á él vienen, la facilidad con que se asimilan las ideas, con que sigue los impulsos del progreso; les enseñarán á querer este ansia de adelanto y de perfeccionamiento, este afán de ir siempre adelante, este continuo fermento de aspiraciones, que circula constantemente desde las primeras á las últimas arterias del Municipio.

Nada más conforme á este carácter que el excelentísimo Ayuntamiento de Bilbao se asocie á las fiestas del centenario del QUIJOTE, inaugurando este grupo escolar y dándole el nombre de Cervantes. No es el único que se ha inaugurado: los de Urazurrutia y Castrejana deben ser incluídos en esta solemnidad. Con ello demuestra el excelentísimo Ayuntamiento que á estas fiestas de la cultura no presta solamente el apoyo que tiende á aumentar su aparato, sino que puede también mostrarse orgulloso y satisfecho, asociándose con esa satisfacción interior de que antes os hablaba, al júbilo de la patria toda.»

***

En la noche del día 10 se celebró la procesión cívica que se organizó en la plaza de Zabálburu y recorrió las calles de Hurtado de Amézaga, Estación, puente del Arenal, Arenal, Viuda de Epalza, Sendeja, Campo de Volantín, disolviéndose á su llegada á La Salve y bajo el siguiente orden:

Abrían la marcha cinco reyes de armas vestidos con trajes de la época de Don Quijote y Sancho, capítulo VII, primera parte.—Gran farola eléctrica representando la música.—Banda de música municipal.—Carreta de las Cortes de la muerte, capítulo XI, segunda parte.—Vistosa farola eléctrica representando el Comercio.—Encantamiento de Don Quijote, capítulo XLVI, primera parte.—Banda de música de «Santa Cecilia».—Elegante farola eléctrica representando la Industria.—Procesión de la casa de los duques, capítulo XXXV, segunda parte.—Gran farola militar.—Banda de música del regimiento de Garellano.—Una compañía del mismo regimiento y un escuadrón de caballería cerraba la marcha.

También celebraron fiestas literarias en honor de Cervantes las Escuelas Normales, el Círculo Burgalés y otros centros y sociedades.

El Nervión publicó un notable número extraordinario, con hermosos grabados, dedicado á Cervantes.

ZAMORA

Por iniciativa de la Junta organizadora de las fiestas en honor de Cervantes, se celebró una velada literaria en el teatro, en la que se leyeron inspiradas poesías de los señores Crespo y Carro, D. Joaquín del Barco, D. Andrés Alonso, D. Víctor Blanco, D. Ursicino Alvarez, D. Victoriano Gallego y un notable artículo titulado *Dulcinea eterna*, del distinguido escritor D. Francisco Antón.

El Sr. D. Francisco Morán pronunció un hermoso discurso, del cual reproducimos algunos fragmentos.

Naturaleza y objeto del «Quijote».

Es una novela. Se escribió contra los libros de caballerías que tenían trastornado el gusto de las gentes y se habían hecho disparatadísimos en las aventuras y en el estilo.

Lo escribió Cervantes porque participaba ó había participado de esa afición y quiso burlarse de ella en su desengañada vejez.

Había participado también de las ilusiones nobles de esos libros, del espíritu que los creó, pero había sufrido terribles desengaños en las contrariedades de su vida. Por eso, para castigarse á sí propio, y á los que deliraban con la lectura de esas obras, amontonó desventuras en Don Qnijote, en quien puso parte de su propia alma.

Mas á medida que avanzó en la obra la dió, además del directo, otro sentido más profundo y eterno, universal y humano: el de exaltar el heroísmo y la mayor sublimidad del alma del hombre, al mismo tiempo que mostraba la tristeza con que ese heroísmo es siempre contrastado en esta vida: pintó la lucha del alma en sed inagotable de gloria, de honor, de limpieza, de justicia, de amor á la hermosura y á lo bueno, y la pena de no encontrarse tanto bien en la tierra: por eso los monstruos y malandrines que combate Don Quijote en su exaltación, han de tener, por decirlo así, razón contra el loco alucinado y dan motivo á sus desgracias y á que surja lo cómico á raudales.

Pero de esas virtudes, que si bien limitadas, si no en las proporciones que las da la locura, existen en el mundo, no quiso burlarse y no se burla Cervantes en lo trascendental de su pintura, y menos de Don Quijote, que se vuelve loco por amor de ideales tan dignos. Por eso Don Quijote es superior á todos los personajes del libro, con valor real y moral tan alto sobre todos, que sólo la percepción grosera del vulgo ha podido negarlo. Veamos cómo formó á su héroe para que se explique el sentido de la obra.

Como en el arte no sirven para nada las abstracciones, por aquello de que al hombre sólo en el arte lo que es humano le importa, le impresiona, le hiere, el alma de Don Quijote tiene que vivir entre carne y hueso. Todo lo hermoso, hasta lo más ideal, como las estatuas de Fidias, tienen que representarse por la línea precisa y el bulto y la materia, pintada ó esculpida, para que nos penetre por los ojos y nos hable al espíritu. Cervantes dió á su héroe en su naturaleza complejísima la realidad de un hidalgo manchego con la figura que quiso, y á quien dotó, por una parte, de las condiciones peculiares y propias de un español para que pudiera ser en la mitad de sus sentimientos símbolo y síntesis de su pueblo; en otra parte le dió las aficiones de caballero andante, respondiendo á los fines inmediatos del libro, y en otra, prolongando las virtudes reales, positivas, exactas, nada fantásticas, del personaje cuerdo, le dotó de las exageraciones de heroísmo y virtud del personaje loco. Como que lo que nos hace creer en el desvarío del caballero y le da fuerza humana, poderosa, relieve de realidad inagotable, y consistencia al libro, y lo que levanta además á Don Quijote sobre cuantos héroes han existido en la poesía y lo hacen más interesante, es

que piensa y obra como loco en armonía con las excelencias que tiene de cuerdo: por eso es loco en lo que excede de hombre hermoso aunque vulgar, y cuerdo al mismo tiempo en momentos lúcidos: por eso es, como dice y repite Cervantes, discretísimo en toda ocasión, y sólo desvaría cuando le tocan á la caballería andante. De donde resultan mil bellezas felicísimas y originales que este libro contiene, y la primera el que en sus dos tallas de hombre y de héroe se nos presenta Don Quijote por los ojos y creamos en él como lo que vemos con vista carnal; el que creamos igualmente en sus aventuras y las sigamos con interés que ha dado vuelta á toda la tierra; el que veamos á la vez en Don Quijote un vecino de la Mancha, muy español y sólo español, y un ciudadano del mundo todo con algo que es común á todas las almas sublimes, y sobre todo el que riamos con sus disparates y nos cause tristeza su fracaso al mismo tiempo, amando al héroe con tan humano cariño que nos duelan en lo más íntimo del alma sus desventuras y sean inextinguibles, como la risa de los Dioses del Olimpo, las carcajadas que nos arrancan sus discursos y sus hechos.

Concretando: Cervantes negó de lo caballeresco lo que por fantástico, falso y afectado, era, á la vez que antiartístico, contrario al genio sobrio realista nacional, pero conservó lo esencialmente bello de la caballería, muy conforme también con lo nacional histórico: el honor, la castidad, la sobriedad, el desinterés, el valor, el heroísmo, la discreción, la galantería; la benevolencia, el respeto, la adoración y exaltación por la mujer; la protección al desvalido y al pobre; la altivez para con los injustos y poderosos; el respeto profundo á la dignidad humana; cierta independencia individual y anárquica propia de españoles, que se subleva con frecuencia contra todo lo reglamentado autoritario en todos los órdenes.

De todas estas cualidades dotó á su héroe, á Don Quijote, á su hijo predilecto, y con algo de lo mismo tocó más ó menos á los demás personajes de su novela. En la cual hay, además, tanto de los libros de caballerías que combate, que esta es la mejor prueba de que quiso mantener su invención y espíritu en sus justos límites y no destruir ni mucho menos el alma caballeresca.

Por eso se ha dicho muy mal del libro famoso que es un conjunto de alusiones á cosas y personajes históricos de la época y que Don Quijote representa á éste ó aquél singular varón. Y por eso se ha dicho muy bien que el libro, sobre ser el último, y el mejor y el dechado de los libros de caballerías, no tiene sentido oculto de alusiones de época sino que es espejo eterno del heroísmo humano y de sus desengaños.

Don Quijote.

Como la invención más afortunada de Cervantes es Don Quijote y el hilo donde se atan todas las aventuras de su historia—y por eso la llamó tal Cide Hamete—, detengámonos á contemplarle, y adelantemos que no tiene rival ni como criatura poética por su realidad poderosa original y atractiva ni por su carácter moral levantado y heroico. ¿Quién le aventajaría? Cualquiera de los personajes de más alto vuelo, hijos de los más excelsos poetas, no llegan á igualarle.

Fáltale únicamente para haber sido un santo el que su exaltación por la bondad, por la verdad y por la hermosura, no degenerase en demencia y extravío mundano. Por esto precisamente se nos ofrece más forjado para el cielo de la poesía que no exclusivo buscador de la gloria eterna. El mismo, que no quiere ceder á ninguno de los andantes conocidos en bondad caballeresca, se inclina, modesto, ante los mártires de la fe cristiana y sobre todo ante aquellos que el llama andantes á lo divino que rescataron con sus trabajos almas para Cristo y pelearon por Él ganando el cielo á fuerza de brazos. «Yo soy quien soy»—dice á Pedro Alonso, vecino de su pueblo que le encuentra molido por el mozo de mulas de los mercaderes toledanos—. «Yo soy quien soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama; pues á todas las hazañas que ellos todos juntos hicieron se aventajarán las mías.»

Pero en otra ocasión confiesa á Sancho que es más mérito hacer un milagro como humilde frailecito, sin gloria humana, que matar endriagos y descabezar gigantes, y otorga las más fervorosas alabanzas á Santiago y á San Pablo ante sus imágenes á caballo. «Este sí que es caballero, Santiago Matamoros, uno de los más valientes de los escuadrones de Cristo que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo. Este—dice por San Pablo—fué el mayor defensor de la iglesia de Dios: caballero andante por la vida y santo á pie quedo por la muerte; trabajador incansable, doctor de las gentes á quien sirvieron de escuela los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.»

Don Quijote, en efecto, no fué santo, porque si lo hubiera sido no fuera loco ni habría novela de su

vida, y porque su historia lo es de exclusivo pasatiempo escrita sobre fondo melancólico para hacer reir. Pero Don Quijote cuerdo y Don Quijote trastornado es en toda ocasión, graciosa y tristemente, honra de la humanidad, orgullo de su patria, modelo de la caballería andante y de la verdadera, cierto hidalgo por bien nacido y por sus obras, noble de esencia, magnánimo en grado sumo. Es, como puede bien notarse, desprendido, ingenuo, discreto, enamorado, continente, piadoso, valiente, agradecido, justo, veraz y sublime sobre todo. Porque su afán, con desprecio de toda comodidad, sufrimientos y riesgo, es seguir resplandores de gloria, amar lo ideal intangible, aborrecer soberbios, negar sinrazones, favorecer menesterosos, hender y machacar monstruos y tiranos de todo género.

. . . . . .

Vendió fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías, «regalo de su alma y entretenimiento de su vida». Salió de casa, la primera vez sin dinero y lo llevó cuando volvió á salir con Sancho para que éste lo administrase, y nunca llevó cuentas con él ni quiso que nadie se las tomara; pensó ganar reinos sólo para dárselos á su escudero, y no loco, sino cuerdo, consignó en su testamento que si en su locura le había prometido insulas, en su cordura le daría un imperio si pudiese: le libra en la cédula de los pollinos, tres de los cinco que tenía en casa como premio de una embajada, y como premio de otra le da las crías de sus yeguas concejiles; le abandona, sin parar un instante la atención en ellos, los escudos y los que á Sancho diera, el duque, y él se queda de Cardenio, de oro del maletín de Cardenio como único encuentro afortunado de sus correrías, con un libro de cartas amorosas y de coplas. Cuando Sancho tasa los desperfectos del retablo, Don Quijote, que los ha de pagar, aumenta el precio que Sancho propone. Cuando Sancho tasa los azotes del desencanto de Dulcinea, Don Quijote dobla la paga. El dinero para él es tierra. Así se porta un amo caballero con un criado fiel.

D. Francisco Morán.

A Sancho le abraza al despedirse de él cuando va á la ínsula y en otras ocasiones, y llora por él la única vez que llora Don Quijote, y le llama Sancho bueno y hasta Sancho bendito; le hace por fuerza sentarse con él al banquete rústico de los cabreros; á éstos llama hermanos; hijas llama tristemente á su sobrina y á su ama; se enciende en cólera con el villano Haldudo, ante la humanidad flagelada del criado Andrés, y amenaza coserle con la lanza si no le paga sin descuento su salario; palpitan sus entrañas con amor levantado de caridad sublime ante el rosario de los galeotes, y sin atender á las bellaquerías y delitos que le han contado, pide cortés y recaba por fuerza su libertad, movido únicamente por sus desventuras: son hombres, son desgraciados, son hermanos; van por castigo del rey, pero contra su voluntad, y allí encaja la ejecución de su oficio: «duro caso es—dice—hacer esclavos á los que la naturaleza hizo libres». Cuando Sancho le increpa por su funesta hazaña, no se arrepiente. Majadero—exclama con acentos magníficos—: «á los caballeros no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos, lo están por sus culpas: sólo les toca ayudarles como á menestero sos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías; yo encontré un rosario y sarta de gente mohina y desdichada é hice con ellos lo que mi religión pide.» ¡Así, como Don Quijote, se reconoce y se ama el sello divino que todo prójimo por perverso que sea lleva estampado y la obligación de amor por Dios que le debemos y más á los miserables y humildes!

En cambio ¡qué le vayan á Don Quijote con gigantes y con Briareos de cien brazos, con gente descomunal y soberbia, forzadora y tirana, ya sea canalla infame como los mercaderes, ya el valeroso vizcaíno ó Alifanfarrón de Trapobana y todos los innumerables de su séquito!

Ha de acometerlos y ayudar á los que juzga desvalidos y menesterosos. Y si los encumbrados son duques de carne y hueso, á quien hay que estar agradecido por su trato y cortesía, no dejarse por eso atropellar ni que se atropelle á nadie en su presencia.

Recuérdese cómo contesta Don Quijote ante los duques al impertinente eclesiástico. Recuérdese cómo, sin pedirles permiso para ello, arroja del salón á sus propios criados cuando éstos quieren jabonar á Sancho en un dornajo de fregar.

La limpieza de Don Quijote es completa en pensamientos y palabras. Es enamorado, dice, no más que porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo no es de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Sus amores con Dulcinea son tan exquisitos que el mismo Sancho exclama que «con esa manera de amor ha oído él que se ha de amar á Nuestro Señor, por sí solo, y sin que nos mueva esperanza de gloria ni temor de pena.»

Hereje llama Don Quijote á Sancho porque no recuerda lo que dice haberle advertido: «que en toda su vida ha visto á la sin par Dulcinea ni jamás atravesado los umbrales de su palacio; estando enamorado de ella por su fama de honesta y de discreta».

Desprecia los suspiros de Altisidora y los favores de la hija fermosísima del alcaide de la venta encantada: no ha tocado su mano ninguna mujer, y se opone con la duquesa á que le sirvan en su cuarto cuatro de sus doncellas; porque así pensaba Don Quijote que entrasen en su habitación, como volar. Tan fiel á Dulcinea, que no quiere casarse con la hermosa infanta Micomicona, por lo que Sancho dice que su amo no se casaría ni con el ave Fénix.

No obstante ¡qué culto tan delicado el de Don Quijote á la mujer y á su hermosura! Él siempre discretísimo, ¡qué rendimiento y qué términos de cortesía emplea para halagar á las gentilísimas Dorotea y Clara y á la Duquesa! No sólo es bien hablado, cortesano, comedido, con todas las mujeres de su historia, sino que da la razón de ello: su oficio es servir y amparar damas y doncellas, especialmente menesterosas. Es sensible Don Quijote á la beldad de la mujer y sabe que su hermosura «tiene prerrogativa y gracia de conciliar los ánimos y atraer las voluntades». Por eso aconseja á Sancho cuando va al gobierno que aparte los ojos de las lágrimas de una mujer hermosa si tiene que juzgar algún pleito suyo. Por eso dice al oidor que lleva de la mano á la bellísima Clara, y cuando oye que no se podrán acomodar en la venta: «seguramente puede vuestra merced entrar en este castillo, que aunque estrecho y desacomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras y más si traen por adalid á la fermosura como la traen las letras de vuesa merced en esta fermosa doncella, á quien debe no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los mismos riscos y dividirse y abajarse las montañas para darla acogida.» Y para no dejar desairadas á las beldades que hay ya en la venta, añade: «entre, que aquí hallará estrellas y soles, las armas en su punto y la hermosura en extremo».

Pero Don Quijote proclama más excelente que la del cuerpo la hermosura del alma: «aquella que campea en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza».

Si Don Quijote será valiente, inútil ponderarlo: se tomará, como dice Sancho, con el mesmo Satanás en persona. Ni el temeroso marchar de los encamisados y enlutados le arredra, aunque al ver sus luces ondulantes en aquella noche de la aventura del cuerpo muerto se le erizaron los cabellos. Y acometió á los fantasmas y los acometiera «así verdaderamente, como lo parecían, hubiese sabido que eran los mismos satanases del infierno».

Participa Don Quijote de aquella rebelde condición (que hay en el fondo de todo español y que es característica en nuestra historia) contra lo reglamentado, oficial y autoritario emane de donde quiera: de aquella independencia ó indisciplina que hace al Cid verdadero y al poético cambiar de señores y pelear por su cuenta después que obligó á jurar á su rey, para otorgarle obediencia, no haber sido homicida: de aquella tibieza de escrúpulos legales de nuestros héroes para acometer empresas y sobreponer su sello individual, que improvisó en la fama y en la vida, con distintos merecimientos, Viriatos ó Corteses ó Pizarros, Josés Marías y Roques Guinart ó Zumalacárreguis ó Minas. En Don Quijote tiene esa anárquica independencia grandeza justificada. Pero nótese que parece más verdadero que nunca cuando se ríe de Sancho temeroso de los tribunales. «¿Dónde has leído tú que caballero andante haya sido puesto en justicia por más homicidios que hubiera cometido? Por no parecer que huía de la Santa Hermandad esperara él á los hermanos de las doce tribus de Israel y á Cástor y á Polux.

Tampoco Don Quijote se apura mucho, aunque tan católico, cuando en el cumplimiento de su profesión ha quebrado una pierna á un sacerdote. Acude para consolarse á la sutiliza de que no puso en él las manos sino la lanza, y se acuerda de que el Cid cuando rompió ante el Papa la silla del embajador de Francia, y fué excomulgado, no se acuitó gran cosa: «anduvo el buen Rodrigo aquel día como muy honrado y valiente caballero».

Pero á los cuadrilleros es á quienes muestra peor talante: los llama muy significativamente ladrones en cuadrilla y les dice que no son dignos de tocar la sombra de un caballero andante; se burla del mandamiento de prisión que contra él llevaban y

les notifica en un arranque soberbio que «su ley es su espada, sus fueros, sus bríos; sus premáticas, su voluntad.» El está exento de todo judicial fuero, y ni paga pecho ni alcabala; ha de ser acogido en los castillos y se sentará á la mesa del rey, y sobre todo, dará cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante. Un solo aventurero, según Don Quijote, repone revoluciones de reinos, desbarata ejércitos y hace fracasar armadas: «tal habría que diese al traste, mejor que otros arbitrios que le ofrecen al rey, con toda la potestad del turco».

Don Quijote es sensible á la gloria: para eso salió de casa á ponerse en ocasiones y peligros donde cobrase eterno nombre y fama. «El deseo de alcanzar fama es activo en gran manera, dice: precipitó del puente á Horacio; abrasó la mano de Mucio; lanzó á Curcio en la sima ardiente; hizo pasar el Rubicón á César; barrenó los navíos de Cortés.» Y aunque añade que «los caballeros católicos han de atender primero á la gloria eterna que á vanidad de la fama», y que él es andante porque también «es religión la caballería y senda estrecha y trabajosa de virtud» y «caballeros santos hay en el cielo», con todo acomete al león legítimo de las africanas selvas, de fea y espantable catadura, para desautorizar de una vez con aquel inaudito arrojo á los encantadores que pretendiesen obscurecer su gloria.

Pero no es la gloria humana lo que más mueve á Don Quijote; muévele la aspiración de hacer el bien, de aniquilar el mal, de servir á una hermosura más divina que humana; muévele Dulcinea, beldad vista á través de las ansias infinitas del alma sublimada, que toma cuerpo en ellas como realidad segura, correspondiente en sus perfecciones á sus altos deseos y puros intentos, por lo que constituye *la vida* y *ser* de Don Quijote, *sin la cual nada él valdría:* «ella pelea en mí, ella vence en mí y yo vivo y respiro en ella». Así que la invoca á la par, y primero á veces que á Dios, en los peligros, por extravío caballeresco y por fe ardiente en su virtud y excelencias más que terrenas. Da á esa cifra, de toda hermosura, forma de mujer, de dama, de princesa, para acomodarse á las ordenanzas de la caballería, y la hace del Toboso, sirviéndole de núcleo para amasarla el barro de Aldonza Lorenzo—una moza cualquiera de buen parecer que él viese cuando era simplemente Alonso Quijano—. Para su objeto era indiferente servirse de ese ó de otro tan lejano modelo; por eso importa poco que le haya visto cuatro veces ó menos; su realidad firmísima está en el alma misma del escultor y es el ideal que mueve sus cinceles; sobra que él piense que la hay como la imagina: «La pinto como la deseo, y ni la llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griegas, bárbara ó latina.»

Símbolo profundísimo, la inasequible y encantada Dulcinea no necesita explicación. Ante ideal tan digno, los malandrines tienen que humillarse, y vencidos por Don Quijote, marchar á hacerla acatamiento. Don Quijote lo ha dicho: un caballero que proclama que por sustentar la verdad se pierde la vida. La belleza de Dulcinea se debe pregonar, además, en campo abierto y sostenerse contra todas las gentes. Antes la muerte que confesar que haya otra beldad que la aventaje. Cuando en la playa de Barcelona cae inútil para su servicio, el caballero se retirará á su pueblo y se volverá cuerdo por tristeza y pronto morirá de pena reconciliado con el Dios verdadero.

Así, y sano, y entre los suyos, en su casa, en su cama, debía morir Alonso Quijano el Bueno, y honrado y querido por todos sus convecinos.

Pero su fama no morirá, ni será tampoco vano ensueño lo que amó Don Quijote.

Sancho.

Por la ínsula parece que va Sancho con su señor, pero no es verdad, como después se muestra cuando la tiene, la renuncia y se adhiere más á Don Quijote. Y ya antes había declarado á Tomé Cecial y á la duquesa que jamás abandonaría al caballero.

Va Sancho con Don Quijote porque, como pobre, tiene que ocuparse en algo para ganar la vida. Porque servir á Don Quijote, tan noble y bueno, había de ser una comodidad y un honor para un vecino suyo, que tan bien le conocería, como Sancho. Y porque en el fondo del carácter de Sancho, como en el de cualquier español, hay la tendencia á dedicarse á una ocupación aventurera, grata y de poco trabajo, aunque lleve algún riesgo, como caminar en un pollino mano á mano con su señor, corriendo tierras y aventuras, trabajo y suerte mejor que la de cavar la tierra, con lo que Sancho poco granjearía. Sancho tiene, como se ve después, carnes blandas y delicadas, aunque labriego.

No explica que vaya Sancho con Don Quijote la poca sal de su mollera (pues el carácter de Sancho no lo fijó Cervantes al principio cuando de él dijo eso), sino su candor é ingenuidad campesina, que no se opone al buen sentido y aun graciosa malicia que muestra en muchos lances. Y lo que verdaderamente explica las salidas de Sancho con su amo es, además de lo dicho, el haber de ser sensible á la elocuencia y fe arrebatadoras y autoridad de su señor. Que más que vagamente vislumbra Sancho su locura en seguida, pero que la elocuencia de Don Quijote le arrastra, se advierte en que á los dos pasos de caminar con él y ocurrir la aventura de los molinos, dice á Don Quijote que sólo ha podido acometerlos y tomarlos por gigantes quien llevara otros tales molinos de viento en la cabeza.

La adherencia de Sancho á su amo es de amor; era ley esa adherencia en las relaciones de amo y criado en aquel tiempo; era también de honor prestar, el uno, servicios, cariño y fidelidad, y el otro humanidad, generosidad y protección, como entre seres de la misma familia y en proporción á la bondad de cada uno, en puja de bien obrar. Ese amor á su amo se acrecienta en Sancho por la suerte común que ambos corren en lances y peligros, y aumenta hasta el fin, haciéndolos inseparables por otro suceso «que no sea el de la pala y el azadón», y se basa también, para honra del escudero, en la bondad y alteza de miras de Don Quijote loco y en la discreción y generosidad de Don Quijote cuerdo, que impresionan á Sancho como á todos los personajes de la obra, pues por ellas, y en medio de sus actos más desatinados, siempre aparece Don Quijote amable y superior á todas las gentes con quienes se encuentran.

Doña Carmen Tapia, directora de la Escuela Normal de Maestras de Zamora.

Forzoso es que dados sus distintos caracteres y la desbaratada vida á que se entregan, ocurran desavenencias entre ellos y apunten entonces propósitos de separación: Sancho, locuaz, grueso y de aborrascadas barbas, aldeano apegado á su jumento como á un hijo, su bien, su hacienda, su mejor compañero, indiscreto á veces, interesado cuando el alegar deseo de lucro cierto le da motivo para quejarse por las desventuras en que su amo le pone, y para hablar, no es el más gallardo, lucido y cortés escudero de un andante como Don Quijote quiere ser; á lo cual se añade que ni participa del valor temerario de su amo, ni de sus ideas sobre el honor, ni quiere la fama y la gloria como único premio. Por esas forzosas y cómicas desavenencias y dados los sufrimientos que pasa, Sancho se sublima cuando no obstante los palos, hambres, manteamientos é injurias que llueven sobre su cuerpo, sigue á su señor en todas sus locuras agradecido á «que ha comido su pan» y «porque le quiere bien»; pues como dice á Tomé Cecial cuando éste califica al Caballero de los Espejos de más bellaco que tonto y que valiente: «eso no es mi amo: digo que no tiene nada de bellaco, antes tiene un alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga».

El carácter admirable de este personaje se basa pues, en su bondad. Labrador honrado y pobre le llama Cervantes cuando le presenta en la obra, y después Sancho el bueno, Sancho cristiano y Sancho discreto. Y se enorgullece de haberle creado, y exclama que tiene parte principal en el éxito de su historia, porque dice que hay tal que precia más oir hablar á Sancho, que al más pintado de todo el libro.

Sancho, que es agradecido, sencillo y honrado; graciosamente agudo y malicioso, y de buen sentido, sano, castizo; sensible á la heroica y admirable locura de su dueño; temeroso de lo desconocido y sobrenatural como la cabalgata del cuerpo muerto y el espantable ruido nocturno de los batanes en la soledad de una selva, pero valiente por dignidad humana cuando se cree injustamente agredido y necesita defenderse; amante de su mujer y de sus hijos y no renegador de la condición de ellos ni de la suya propia; interesado no más que en lo preciso para justificar que no es bobo, especialmente ante su mujer, pero despreciador de todo bien que con honra no pueda lograrse—como el gobierno de la ínsula y los escudos de Ricote el morisco; modesta y sanamente hambriento, de un comer descansado y sin melindres lo que su robusta naturaleza le reclama, y contento con pan, vino, queso y cebollas, pero no glotón, ni goloso; tocado al fin de la cortesía y maneras de su amo y afinado y aguzado en su *buen natural* por su trato y ejemplo; creyente é incrédulo como había de serlo al verse

zarandeado entre la prestigiosa locura idealista de su señor y los vientos contrarios de la realidad implacable; paciente y donairoso, y siempre digno, adquiere vida estatuaria, vigorosa é inmortal en la peregrinación con su amo, á par de él, y en el punto inmediatamente más bajo, resultando la figura cómica más amable é interesante á que haya dado vida eterna un poeta, así como Don Quijote resulta el más colosal hijo de hermosura que pudo crear la fuerza semidivina del primer novelista de la tierra.

***

En el salón de actos del Instituto general y técnico se celebró una velada literaria en honor del QUIJOTE.

Hablaron los alumnos D. Eugenio Barredo Iglesias y D. Fermín Lozano Contra, el primero sobre el sitio donde nació el inmortal Cervantes, y el segundo, del efecto que el QUIJOTE produjo en los libros de caballería.

Leyeron poesías alusivas al acto los jóvenes don Alfonso Hervella y D. Felipe Peñas Benéitez.

Hizo el resumen del acto con un discurso muy elocuente el profesor señor Morán López.

***

La Escuela Normal de maestras que dirige la ilustrada profesora doña Carmen Tapia, celebró también una velada literaria, en la que leyeron muy discretos trabajos las señoritas Jacinta Miranda, Iluminada Fernández, Virginia Casado, Margarita Caldevilla, Ana Rodríguez é Isabel Fernández.

También se leyó un trabajo extenso y bien escrito de la directora de la Normal, doña Carmen Tapia, sobre la vida de Cervantes, y un erudito discurso de la profesora doña Vicenta Burón, titulado *Utilidad y moral filantrópica del* QUIJOTE.

Puso fin á la simpática fiesta el párroco D. Casimiro Carranza, quien pronunció muy elocuentes palabras enalteciendo la obra de Cervantes.

***

En la mañana del 8 de Mayo se celebró la procesión cívica, que iba formada en el siguiente orden:

Una sección de la Guardia civil de Caballería, batallón Infantil, Escuelas públicas, privadas y Colegios, Seminario y clero, Instituto, Centros obreros, empleados del Estado, de la provincia y del Municipio, comercio, industrias y prensa, Colegio de procuradores, ídem de registradores, íd. notarial, íd. farmacéutico, íd. abogados y procuradores, ex diputados á Cortes, ex senadores, ex diputados provinciales y ex gobernadores civiles, profesores del Instituto y Centros docentes, ingenieros, jefes y oficiales del Ejército, Diputación provincial, Audiencia, Juzgados, cabildo, diputados y senadores, Ayuntamiento, gobernadores civil y militar, alcalde constitucional, deán de la catedral, presidente de la Audiencia, delegado de Hacienda y fiscal de S. M.

La procesión recorrió las calles de Santa Clara, Plaza Mayor, San Andrés, Santiago y San Torcuato hasta el Gobierno militar, donde se disolvió.

En la calle de San Andrés se descubrió la lápida de mármol colocada en la fachada de la Escuela de párvulos municipal, que ostenta la siguiente inscripción:

«CERVANTES»
ESCUELA MUNICIPAL
TERCER CENTENARIO
DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»
MAYO 1905.

ZARAGOZA

ZARAGOZA celebró las fiestas del centenario de modo solemne y brillante. Fué patrocinadora de aquellas fiestas una admirable mujer, ya muerta, la duquesa de Villahermosa. El Ateneo la ofreció la presidencia honoraria de la Junta del centenario, y la noble descendiente de los reyes de Aragón aceptó complacida el cargo, y su primer iniciativa fué hacer entrega de cien mil pesetas para una fundación destinada á proteger las letras, las artes y la agricultura en Zaragoza y Pedrola. Y mandó grabar á Bartolomé Maura una medalla conmemorativa del centenario, que regaló generosamente á quien la quiso, y al platero Aguilar, de

Ilmo. Sr. D. Mariano Ripollés,
Rector de la Universidad de Zaragoza.

Zaragoza, una bandeja repujada de plata, de enormes proporciones, para que sirviese de premio en el concurso convocado por el Ateneo Zaragozano, y editó el *Album Cervantino Aragonés*, hermosa obra, en la que figuran toda clase de noticias y documentos relacionados con las fiestas del centenario en Zaragoza. Los periódicos de aquella capital han dado cuenta del modo como correspondieron á las distinciones antes mencionadas la Diputación provincial, el Ayuntamiento, el Ateneo y la Universidad.

El nombre de la duquesa de Villahermosa ha resonado por doquiera en todas las fiestas del centenario en Zaragoza. Hija adoptiva de aquella noble ciudad la ha declarado su Municipio. Cual reina de Aragón ha sido enaltecida ella y su Casa en la oración fúnebre que por Cervantes pronunció el ilustre Jardiel en la Seo, y aclamada con delirante entusiasmo en la solemnidad celebrada en la Lonja...

Todo se lo merecía aquella dama insigne, que fué honor de España.

***

Los centros de enseñanza de Zaragoza celebraron una fiesta académica en la llamada Casa de la Lonja el día 7 de Mayo, cuya parte principal consistió en la lectura, por las autoridades de la provincia, de los siguientes fragmentos del QUIJOTE: «Las misericordias», señor arzobispo; «Discurso sobre las armas y las letras», señor capitán general; «Consejos á Sancho», señor gobernador civil; «Testamento de Don Quijote», señor presidente de la Audiencia; «La edad de oro», señor rector de la Universidad; «Párrafos sobre educación y enseñanza», señor director de la Escuela Normal de Maestros.

D. Antonio Royo,
catedrático de la Universidad.

Dr. D. Manuel Díaz de Arcaya, director
del Instituto general y Técnico de Zaragoza.

El presidente del Ateneo, señor Pano, dió lectura á un hermoso discurso enalteciendo las iniciativas generosas de la duquesa de Villahermosa, secundándole en sus elogios el alcalde ejerciente Sr. Soteras y el concejal Sr. Urbiz, dándose por terminado el acto.

***

La Universidad de Zaragoza, que dirige el sabio profesor D. Mariano Ripollés, celebró con una velada literaria el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Comenzó el acto con la lectura de un notable discurso-Memoria del secretario de la Junta oragnizadora del certamen, D. Enrique de Benito, que encareció en brillante estilo la significación de la fiesta que se celebraba é hizo una entusiasta apología del QUIJOTE.

El ilustrado profesor del Instituto, D. Victoriano Rubio, leyó después un hermoso discurso acerca de «El QUIJOTE como obra literaria», en el que hizo el elogio del libro inmortal, ensalzando su significación y trascendencia.

D. Enrique de Benito,
catedrático de la Universidad.

El general Saleta dió lectura

de un erudito trabajo sobre «El sóldado Miguel de Cervantes Saavedra», en el que elogió con frases inspiradas la vida militar de Cervantes.

Después el doctor D. Federico Schwartz leyó su discurso «Misión sociológica del QUIJOTE», hermoso estudio, en el que se explica la trascendencia social del inmortal libro y se explica el carácter y significación de la caballería, anatematizada tan donosamente por Cervantes.

El Sr. Ripollés puso fin al acto con breves y elocuentes frases, elogiando á cuantos habían tomado parte en la fiesta.

Los autores premiados en el Certamen del Ateneo, cuyos nombres fueron proclamados en el festival celebrado por la Universidad, son los siguientes:

Tema I. Una magnífica bandeja de plata, premio de la excelentísima duquesa de Villahermosa al trabajo que lleva por lema «Por qué no son burlas las que duelen, etc... », de que resultó ser autor D. Tomás Ximénez de Embún, archivero municipal de Zaragoza.

El Jurado, de acuerdo con la Real Maestranza de Zaragoza y en vista de los muchos y notables trabajos presentados á este tema y quedar desierto el segundo, señalado por la aristocrática y caballeresca Hermandad, acordó distribuir el premio de la Real Maestranza al trabajo cuyo lema es «Felicidad, sueño vano, etc.», de D. Juan Marín del Campo, abogado de Mora (Toledo).

Primer *accésit.*—Lema «De la patria aragonesa» de D. José Fernández Bremón, de Madrid.

Segundo *accésit.*—«Después de tantas impresiones...», de D. Mariano Escar, obrero tipógrafo de Zaragoza.

Tercer *accésit.* —«Villahermosa», de D. Ezequiel Solana, de Madrid.

Tema II. Mil pesetas en metálico, donativo del Municipio y Diputación de Zaragoza. Fué otorgado por unanimidad el premio al trabajo pictórico que lleva por lema «Momo», del que resultó autor D. J. Gárate, de Zaragoza.

Dr. D. José V. Rubio Cardona, catedrático de Literatura del Instituto de Zaragoza.

Accésit único.—Al que lleva por lema «Corre, Sancho amigo...», de D. A. Díaz, de Zaragoza.

Mención honorífica: Al lema «Pastoril», del señor González, de Borja (Zaragoza).

Otra mención: Al relieve que lleva por lema «¡Viva Aragón!», del que resultó autor el Sr. Pastor, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla.

Tema III.—Un objeto de arte, premio de la Universidad, á la composición poética que lleva por lema «Sátira», de la que resultó autor D. José Rodao, de Segovia.

Accésit único.—A la señalada con el lema «Todo es mentira, vanidad, locura...», del Sr. Sánchez Vera, de Madrid.

Temas IV y V. Desiertos, por no haberse presentado trabajos relacionados con los mismos.

D. Federico Schwartz, catedrático de la Universidad.

***

La Federación de Autores aragoneses celebró una función de honor, presidida por la excelentísima señora duquesa de Villahermosa, con el programa siguiente:

Sinfonía.

La comedia en un acto y en verso, original de D. Narciso Serra, titulada *El loco de la guardilla.*

Intermedio por la rondalla Pignatelli, dirigida por el Sr. Tremps.

Sinfonía sobre motivos de las zarzuelas de Barbieri.

Alborada del Sr. Joaquín Caballero.

Estreno, *Don Quijote en Aragón*, obra escrita expresamente para este acto, libro y música de los autores federados señores Sanjuán, Goyena, Ariño y Fernández y González del libro, y de la música, los señores Borobia y Trullas.

Lectura de dos composiciones poéticas dedicadas á Cervantes por los primeros actores Riquelme y Talavera, originales de dos conocidos escritores.

«Himno á Cervantes», premiado en el Concurso de la Federación de Autores, ejecutado por el Orfeón Zaragozano, coro de niños y la banda del regimiento del Infante. Durante este número se exhibió el magnífico tapiz, alegoría de Cervantes, pintado para la excelentísima señora duquesa de Villahermosa, por don Félix Lafuente.

Reprisse de la comedia lírica en un acto, en prosa y verso, de Carlos Fernández Shaw, música de don Ruperto Chapi, titulada *La venta de Don Quijote.*

***

En la catedral de La Seo se celebraron solemnes honras fúnebres para honrar la memoria de Cervantes.

Estaba encargado del panegírico el arcipreste señor Jardiel. Su oración fué una obra maestra de elocuencia sagrada.

Los fieles la escucharon con interés creciente, siguiendo primero con viva curiosidad la exposición del discurso, y sintiéndose al final arrebatados por los párrafos de gallarda forma con que el orador terminó su hermoso trabajo.

«Ninguna tierra hay—decía el orador—más á propósito que la tierra aragonesa, para rendir este sentido tributo á la memoria del inmortal Cervantes, pues aquí se desarrollaron los más pintorescos é interesantes episodios de su libro imperecedero.

Su libro el INGENIOSO HIDALGO ha sido calificado por labios cristianos y piadosos, de Biblia profana, y sin temor de caer en la hipérbole puede sostenerse tal calificación. Ninguna obra contribuyó tan poderosamente á corregir los extravíos de aquel siglo de oro, que si bien fué el siglo de los grandes santos, de los grandes héroes, de los grandes artistas, de los grandes capitanes, de los grandes descubridores, fué también época de relajación y desequilibrio de los sentimientos y tiempo en el cual se desnaturalizaron con frecuencia, por exceso de acometividad, las virtudes que siglos anteriores consagraron.»

Ilmo. Sr. D. Gregorio Herráiz, director de la Escuela Normal Superior de Maestros de Zaragoza.

El señor Jardiel fué muy felicitado al terminar su panegírico.

***

Además, los catedráticos de la Universidad dieron á sus alumnos interesantes lecciones sobre el QUIJOTE y su autor inmortal, explicando los temas siguientes:

«El clero en el QUIJOTE», por D. Juan Moneva.

«Cervantes y el derecho de gentes», «La guerra en el QUIJOTE», por D. Antonio Royo, y

«La criminalogía del QUIJOTE» por D. Enrique de Benito.

El catedrático D. Ricardo Royo, leyó un discurso en la Academia médico-quirúrgica con el tema, «La locura de DON QUIJOTE.»

El marqués de Valle Ameno pronunció un discurso en la Academia Calarancia con el tema «El espíritu de Cervantes».

Y en la Escuela Normal de Maestros que dirige el docto profesor D. Gregorio Herráinz, se verificaron ejercicios de análisis, lógica gramatical y retórica sobre párrafos del QUIJOTE.

EXTRANJERO

Todas las grandes naciones honraron á España al honrar á Cervantes, celebrando grandes fiestas literarias, conmemorativas del tercer centenario de la publicación del Quijote.

Francia, que considera á Cervantes como á su hijo espiritual, celebró en París, Marsella, Burdeos y Lyón solemnes veladas literarias para rendir tributo de admiración al autor insigne del Ingenioso Hidalgo.

París ofreció su clásica Sorbona para la fiesta que, organizada por el presidente de la Cámara de diputados, M. Paul Doumer, celebraron en honor de Cervantes los literatos franceses.

El anfiteatro estaba completamente lleno, viéndose entre el público gran número de españoles y muchísimos estudiantes franceses. La fiesta comenzó ejecutando la música de la Guardia Republicana la Marcha Real española, que todos los concurrentes escucharon de pie. Pronunció luego un notable discurso de apertura M. Paul Doumer. No sólo para Cervantes y el Quijote, sino también para España y el pueblo español, tuvo frases muy lisonjeras. Afirmó los lazos de raza, de inteligencia y de sentimiento que unen á ambas naciones latinas, haciendo votos por que cada día sean más estrechos.

Una primorosa conferencia de Jules Claretie, leída por el decano de la Comedia Francesa Mounet-Sully; un discurso del Sr. Botella, en representación del Centro Español; poesías de Edmond d'Harancourt y José María Cantilo; un fragmento del Don Quichotte, de Sardou, leído por los artistas de la Comedia Francesa Mlle. Du Minil y M. Fenoux; un fragmento de Don Quichotte, de J. Le Lorrain, dicho por Armand Bour; fragmentos del Quijote, en español, leídos por D. Enrique Sanchiz; un discurso de Nogueres, presidente de la Asociación de Estudiantes de París, que fué aplaudidísimo, y otro de M. Auguste Dorchain, en nombre de la Société des Gens des Lettres y de la Société des Auteurs dramatiques; un elocuente discurso del Sr. D. Adolfo Calzado, en representación de la Sociedad de Escritores y Artistas de España, y una brillante peroración de nuestro embajador, señor León y Castillo, fueron los números principales de la fiesta.

EL CENTENARIO EN MANILA

D. José María Romero Salas, Director de «El Mercantil» de Manila.

***

Inglaterra, y muy especialmente su capital, Londres, celebró, con veladas literarias, funciones teatrales y mitins al aire libre, en los que tomaron parte celebrados literatos, las

fiestas del centenario del Quijote. Los periódicos ingleses publicaron muy notables estudios del Ingenioso Hidalgo y de toda la obra literaria de Cervantes.

***

En Alemania se celebró el centenario como si se tratase de una fiesta nacional, ofreciendo especialmente los Juegos florales de Colonia, en honor de Cervantes, gran brillantez. En innumerables artículos contribuyó toda la prensa, desde los órganos de fama universal hasta los más modestos, á dar esplendor á la conmemoración de la obra inmortal, describiendo en sus menores detalles las fiestas proyectadas en España. *La Gaceta de Colonia* publicó un hermoso artículo, «Para el jubileo del Don Quijote», de su redactor literario, barón de Perfall. *La Gaceta de Francfort* se adhirió á la fiesta con otro trabajo importante. El *Berliner Tageblatt* publicó un gran artículo, «Día de honor de Cervantes». Además, el suplemento literario de este gran periódico reprodujo, en primer lugar, el magnífico discurso de D. Marcelino Menéndez Pelayo sobre la «Interpretación del Don Quijote». *La Correspondencia de Hamburgo* obsequió á sus numerosos lectores con un excelente estudio sobre «Don Quijote en Alemania». En la Sociedad Literaria de Hamburgo pronunció el conocido cervantista alemán Dr. Diderich un elocuente discurso sobre el «Don Quijote», cosechando, cuando elogió al genio español, entusiastas aplausos del público selecto que llenó todas las localidades del gran salón de Conventgarden. *El Tag*, de Berlín, publicó un interesante artículo sobre «Don Quijote», de H. Hart, y *El Eco Literario, La Taegliche Rundschau, Muenchener Neusten Nachrichten, Deustsche Tageszeitung, Allgemeine Zeitung, Munich, Gaceta de Voss, Hamburge, Nachrichten* y muchos otros dieron extensas informaciones sobre el Centenario.

S. A. R. la Infanta doña Paz de Borbón, tradujo y publicó en una hoja extraordinaria, un hermoso artículo del periódico *Allgemeine Zeitung*, de Munich, del cual reproducimos los siguientes fragmentos:

«Corría el primer mes del año 1605, cuando el *Caballero de la Triste Figura* emprendió su marcha por el mundo. Encerrado en la estrecha coraza de la antigua caballería, calado el casco y lanza en ristre, que empuña contra todo lo bajo y vulgar, se lanza al campo.

Crujen los huesos de su viejo rocín y los enmohecidos hierros de su equipo, mientras su boca lanza altivos gritos de triunfo y sus ojos brillan con el fuego del entusiasmo. Detrás de él va el regordete Sancho Panza, jinete sobre su borriquillo, reventando de risa por las locuras de su amo.

A conquistar fantásticos reinos de hadas salió el caballero; subyugar reyes é imperios era su ideal... y vencido, acardenalado, burlado, con las huellas de la fatiga en la arrugada frente, volvió á su casa. Así acaban los vuelos hacia las nubes y así se estrellan los ardientes entusiasmos contra la prosa de la vida. Sancho, en cambio, llega á ser rey y recibe la corona de la vida. Este es el mundo...»

. . . . . .

«La mezcla extraña de un degenerado espíritu gótico alemán con el ardor sofocante de la sangre

EL CENTENARIO EN MANILA

Cubierta del número-álbum publicado por «El Mercantil» en honor de Cervantes.

oriental, produjeron esa nota siempre vacilante entre la grandeza inaccesible y la pasión violenta, que se manifiesta en las ardientes luchas por la fe, en las exaltaciones místicas, en las cavilaciones sutiles de la raza encontrando su más genuina representación en Don Quijote.

Y no sólo se refleja en este libro el tipo español, sino que también en él vibra con risa lastimera y humor trágicamente pintado la eterna melodía de la vida humana. Don Quijote es un idealista y entusiasta apasionado de sus aspiraciones, que sufre al ver la vulgaridad del mundo y que lo quiere salvar y redimir. El camino de espinas que recorren todos los grandes hombres, cuya ardiente fantasía anima y vivifica todas las cosas, y ve figuras y gigantescos monstruos en los árboles, é imagina creaciones aéreas y mágicos demonios en las nubes, esa es la marcha trazada por las aventuras de Don Quijote.

Y Sancho es el reverso de la medalla del genio; el hombre formado para la muchedumbre sobria, de la sana política y de la cándida moral. En los contrastes de estos dos poderes se funda el secreto de lo trágico y lo cómico, la formación constante de ese conflicto entre dos seres, la dulce sonrisa y la profunda sabiduría que han ganado á esa novela un puesto en la literatura universal.

EL CENTENARIO EN MANILA

Mrs. H. C. Corbin, Reina de la Fiesta en los Juegos Florales.

. . . . . .

«Hoy, la forma ideal de la novela está muy lejos de ser la del QUIJOTE. Hemos llegado á una composición más firme y armónica y hemos pasado de la narración al análisis psicológico. El QUIJOTE es para nosotros una de las obras más perfectas, en cuya lectura nos engolfamos con admiración y cuyas bellezas literarias saboreamos con gusto, pero que no imitamos. Es para nosotros como una isla bienaventurada en la que no penetramos nunca. Dos jóvenes escritores, Jacob Wassermann y Paul Scheerbart, cuyo arte dista mucho de su tranquilidad, han hablado hace poco tiempo de las bellezas de la obra.»

***

En Viena se celebró una fiesta teatral para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, en la que se leyeron fragmentos del libro inmortal y se pronunciaron elocuentes discursos en honor de Cervantes.

La prensa austriaca publicó números extraordinarios con magníficos dibujos representando paisajes del QUIJOTE, y estudios críticos de la obra inmortal, escritos por los más ilustres literatos.

***

Por iniciativa de la importante sociedad «Dante» de Roma, se celebró el 9 de Mayo una velada literaria en honor de Cervantes, á la que asistieron el rey de Italia, el presidente del Consejo de ministros, el cuerpo diplomático y las personalidades más importantes de la colonia española.

La fiesta resultó brillantísima, y en ella se leyeron muy notables trabajos enalteciendo la gran figura de Cervantes, «hermano en espíritu—según uno de los oradores—de Dante y de Boccacio.

También se celebraron fiestas literarias conmemorando la publicación del QUIJOTE, en Florencia, Génova, Venecia y Milán.

***

En la Academia Real de Ciencias de Lisboa se celebró el 12 de Mayo, una solemne velada para conmemorar la publicación del QUIJOTE.

Asistieron el rey Don Carlos, la reina Doña Amelia, el infante Don Alfonso, los ministros, los miembros del cuerpo diplomático, altas personalidades del mundo de las letras y muchos individuos de la colonia española.

Pronunciaron elocuentísimos discursos los señores Teixeira, Queiroz, el consejero Pedroso, Christowam Aires, López Mendoça y Sousa Monteiro, siendo muy aplaudidos.

También el Instituto de Estudios y Conferencias de Oporto, celebró una solemne sesión académica para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, presidida por el conde de Simodaes, á quienes acompañaban el cónsul y el vicecónsul de España.

El presidente, Sr. José Simodaes, y los señores Cervantes y Rodríguez hicieron la apología de Cervantes y de su obra, explicando la analogía que existe entre el gran escritor español y el insigne vate portugués Camöens.

EL CENTENARIO EN MANILA

D. Pacífico Victoriano, autor premiado con la flor natural.

***

En El Haya se constituyó un Comité presidido por el doctor H. Kern de Utrecht, acordando que Holanda solemnizase el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, modelando medallas conmemorativas de oro, plata y cobre, las cuales serían ofrecidas á las más altas personalidades de España y de los Países Bajos.

Además se acordó hacer un álbum que ostentara en sus tapas las armas de España y los Países Bajos, con el monograma de Cervantes, grabando en su primera página una dedicatoria con letras de oro escrita en lengua castellana.

El Comité envió también á la Exposición bibliográfica de Madrid las ediciones holandesas de 1670 (ejemplar muy notable), 1707 y 1746, y una del QUIJOTE de Avellaneda de 1718.

***

Las fiestas celebradas en la Habana para conmemorar el centenario del QUIJOTE, fueron brillantísimas.

En el gran teatro Tacón se celebró una solemne velada para distribuir los premios del Certamen literario-artístico-musical, convocado por el *Diario de la Marina*, con la colaboración de las Sociedades españolas, el presidente de la República, el Ateneo y otras entidades cubanas.

Nunca habíase visto el célebre teatro tan suntuosa y artísticamente decorado ni con público tan selecto y numeroso.

Resultaron premiados: la *Biografía de Cervantes*, de D. José Armas (cubano), y una *Narración Cervantesca*, de D. Atanasio Rivero (español); dos cuadros al óleo, de Molero y Surroca y dos composiciones musicales de D. José Mauri, que fueron ejecutadas por una orquesta de 60 profesores.

Pronunciaron discursos muy elocuentes los señores Bustamante, Varona y Espinosa.

El Sr. Bustamante estuvo inspiradísimo al hablar de Cervantes, España y la unión de cubanos y españoles.

«Nunca — dijo — estuvieron unos y otros tan unidos como ahora que se ven separados.»

Terminó diciendo: «Con motivo de la celebración de este centenario, Cuba ha dado muestras de ser uno de los pueblos más cultos de la Amériea latina y, por consiguiente, de los que más honran á la madre España.»

***

Por iniciativa del ilustre periodista, director de *El Mercantil*, de Manila, Sr. Romero Salas, se celebraron en la capital del archipiélago filipino brillantes Juegos Florales, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del QUIJOTE.

Romero Salas es un periodista que hace honor á España. Fundó y dirigió muchos años en Hoilo—la segunda población del Archipiélago—*El Porvenir de*

Bisayas, diario que alcanzó gran predicamento por lo certero de sus juicios, lo valiente de sus campañas y el sano españolismo en que se inspiraba. Dirigió luego *El Diario de Manila*, decano de la prensa de dicha capital. Cuando la pérdida de nuestro imperio oceánico sacó á plaza en Hong-Kong, colonia inglesa, *El Correo de Oriente*, periódico redactado en castellano y paladín de los intereses españoles. Hace dos años fundó *El Mercantil*, también diario español, que nuestra colonia ha acogido con entusiasmo, siendo aceptado con respeto y estimación por los norteamericanos y los indígenas. Es un impreso á la moderna, con activo servicio de información, literatura y crónica gráfica.

Con ocasión del tercer centenario de la publicación del QUIJOTE, dió *El Mercantil* testimonio de patriotismo, promoviendo un certamen literario y artístico y publicando un número-álbum lujosísimo, con originales que honrarían á cualquier publicación europea.

Los Juegos Florales se celebraron en el Teatro de la Grand Opera House la noche del 27 de Mayo.

El notable poeta filipino D. Pacífico Victoriano obtuvo la flor natural por su poesía *En loor de Cervantes*, y tuvo el buen acierto de elegir reina de la fiesta á la esposa del general Corbin, en la cual se hallan reunidas la hermosura, la majestad y la elegancia.

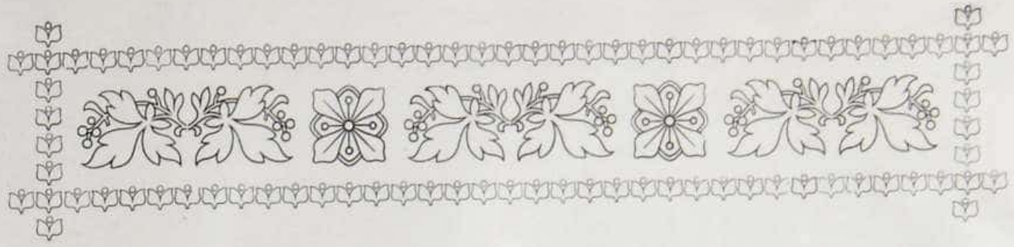
Del brazo del afortunado poeta fué Mrs. H. C. Corbin á ocupar su trono, acompañada de las señoras de Reyes, Elizalde, Jones, Pardo de Tavera, Mrs. Selocum y señorita de Paterno, á las que daban el brazo los Sres. Arellano del Pau, Ferquisson, cónsul de España, presidente de la Cámara española y Romero Salas.

También resultaron premiados los escritores y artistas siguientes: D. Felipe A. de la Cámara, don Dominador Gómez Jesús, D. Joaquín Pellicena, don Joaquín Herrer, D. Bruno Vilamala y D. Eusebio Santos.

La corte de Amor estaba formada por las señoras y señoritas doña Luz C. de Reyes, doña Victoria E. de Jones, doña Cármen D. de Elizalde, doña Concepción C. de Pardo de Talavera, Mrs. Selocum y señorita de Paterno.

***

También se celebraron brillantes fiestas literarias conmemorando el tercer Centenario de la publicación del QUIJOTE en las Repúblicas, hermanas de España, de Guatemala, Honduras, Nicaragua, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, México, Paraguay, Perú, Argentina, Salvador, Uruguay y Venezuela.



BIBLIOGRAFÍA

DE LOS PRINCIPALES ESCRITOS PUBLICADOS CON OCASIÓN DEL TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE (1)

APRAIZ (J.).—Omen euskalduna Cervantes-eri donkitua Quijotearen agerraldiko irugarren eunki-urrunean. Homenaje vasco tributado á Cervantes en el III centenario de la aparición del *Quijote*. Vitoria, imp. de Domingo Sar, Marzo de 1905.—12.°, XXI-88 págs. (Traducción en vascuence de algunos capítulos del *Quijote*.)

APRAIZ (J.) Discurso pronunciado por el ex presidente del Ateneo, D. Julián Apraiz, en el Teatro Principal de Vitoria, con motivo de la velada conmemorativa del tercer centenario de la aparición del *Quijote*, celebrado el 8 de Mayo de 1905. Vitoria, imp. de Domingo Sar, 1905.—4.°, 19 páginas.

AVILA (FRANCISCO DE).—Los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha. Entremés famoso compuesto por Francisco de Avila, natural de Madrid. Primera obra en que fué llevada al teatro (1617) la inmortal novela de Miguel de Cervantes Saavedra. Prólogo y notas de F. P. G. La Enciclopedia Moderna, Casa editorial, 1905.—4.°, 35 páginas.

AZORÍN.—La ruta de Don Quijote. Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera. 1905.—8.°, 201 págs.

BARRIOBERO Y HERRÁN (E.). Cervantes de Levita. Nuestros libros de caballería (*sic*). Dos ensayos de crítica, por E. Barriobero y Herrán. Madrid, Vicente Balmaseda, editor, San Vicente, 8 y 10, 3.°, 1905.—8.°, 96 págs.

BARRIOBERO Y HERRÁN (E.).—Don Quijote de la Mancha. Comedia lírica sobre la base de la inmortal obra de Cervantes, por E. Barriobero y Herrán, con música del maestro Teodoro San José. Madrid, R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana. 11. 1905.—4.°, 154 págs.

BENEDICTO (J. M.).—Léxico de Cervantes, con una carta-prólogo de Joaquín Dicenta, por José Manuel Benedicto. Madrid, imp. de los Hijos de M. G. Hernández, 1905.—8.°, 42 págs.

BENOT (E.).—Estudio acerca de Cervantes y el *Quijote*, por D. Eduardo Benot. Madrid, Moreno, 1905.—8.°, 128 páginas.

BERNARD (H.).—In pursuit of Dulcinea a Quixotic journey. By Henry Bernard. With eiften illustrations by H. C. Brever. London, George Allen, 156 Charing Cros Road. 1904. 8.°, 250 págs.

BLANCO Y NEGRO, Revista ilustrada. Año XV. Madrid, 6 de Mayo de 1905. (Número consagrado exclusivamente al *Quijote*).—Fol., 24 págs.

BLÁZQUEZ (A.).—La Mancha en tiempo de Cervantes. Conferencia leída el día 3 de Mayo de 1905 en la velada que la Real Sociedad Geográfica dedicó á conmemorar la publicación del *Quijote de la Mancha*, por D. Antonio Blázquez. Madrid, imp. de Artillería, San Lorenzo, núm. 5, 1905.—4.°, 31 págs.

BOLETÍN DEL III CENTENARIO DEL «QUIJOTE» (órgano de la Junta local). Alcalá de Henares.—Fol., cinco números; 68 págs.

BRIONES PARRA (ANTONIO).—Cervantes y Argamasilla. Madrid, 1905.—Fol., 4 hojas.

BURGOS (JAVIER DE) Y LINARES BECERRA (LUIS). ¡Gloria á Cervantes! Apropósito original y en verso, música del maestro J. Candela Ardid. Madrid, R. Velasco, 1905.—8.°, 19 págs.

CAJAL (S. R.).—Psicología de Don Quijote y el quijotismo. Discurso leído por D. S. R. Cajal en la sesión conmemorativa de la publicación del *Quijote*, celebrada por el Colegio médico de San Carlos el día 9 de Mayo. Madrid, imprenta y lib. de Nicolás Moya, 1905.—4.°, 14 págs.

CALVERT (ALBERT F.).—The Life of Cervantes. By Albert. F. Calavert. With numerous portraits and reproductions from early editions of Don Quixote. The Tercentenary edition. Jhon Lane, the Bodley Head, London and New-York, MDCCCCV.—8.°, X-139 págs.

CALVO (J.).—Historia domini Quijoti Manchegui traducta in latinem macarronicum per Ignatium Calvum (Curam Misæ et ollæ).—Madrid, imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, calle de Juan Bravo, 5, 1905.—6.°, 126 páginas.

CARRERAS Y ARTAU (T.).—La filosofía del derecho en el *Quijote* (Ensayos de Psicología colectiva), por Tomás Carreras y Artau. Barcelona, Clos, 1905.—8.°, 416 páginas.

CASTELLÓN Y CODORNIU (D. FEDERICO).—Recuerdo del centenario del *Quijote*. Mayo de 1905. Album que contiene la reproducción de los cuadros existentes en el Museo del Prado, todos ellos de pintores ilustres, referentes á asuntos del *Quijote*, coleccionado por D. Federico Castellón y Codorniu.—Fol. apaisado, 15 láminas.

CASTRO (A. DE).—El buscapié: cosas escondidas en la primera parte de Don Quijote de la Mancha. Barcelona, Castelló, 1905.—8.°, 99 págs. (Es reimpresión, sin las notas.)

CASTRO (GUILLÉN DE). Tercer centenar del *Quixot*. Don Quixote de la Mancha. Comedia en tres jornadas y en verso, per D. Guillén de Castro y Bellvís. Representada vellnou en lo Teatro Principal de Valencia, en la nit del VIII día de Maig de MDCCCCV. Funció organiçada por la sociedat valencianista Lo Rat-Penant qual presidencia honoraria manté é il-lustra L'Excm. Ayuntament. Valencia, 1905. Establiment tipográfich Domenech.—4.°, VI-119 págs.

CATÁLOGO de la Exposición celebrada en la Biblioteca Nacional en el tercer aniversario de la publicación del *Quijote*. Año 1905. Imprimióse este Catálogo y se hicieron todas las reprodvcciones qve lo ilvstran, en Madrid, en la imp. alemana en el mes de Abril de MCMV.—4.°, 100 + LVI págs. con XL láminas fotograbadas y diversos facsímiles de portadas de libros.

CEJADOR Y FRAUCA (JULIO).—La lengua de Cervantes. Gramática y Diccionario de la Lengua castellana en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Obra premiada en el Certamen público, abierto en el Ateneo de Madrid, con ocasión del tercer Centenario de la publicación del *Quijote*. Tomo I: Gramática. Madrid, Est. tip. de Jai-

(1) Noticia de D. Emilio Cotarelo.

me Ratés, Plaza de San Javier, núm. 6. 1905.—4.°, XII-571 páginas.

CENTENARIO (EL) DEL QUIJOTE EN GALICIA.—Publicación de la *Liga de Amigos de la Coruña*. 1905.—Folio, 32 páginas.

CENTENARIO DEL QUIJOTE.—Homenaje de la Revista penitenciaria. Retrato de Cervantes. La cárcel de Sevilla en 1597, donde se engendró el *Quijote*... La criminalidad en la época de Cervantes... Madrid, imprenta á cargo de Eduardo Arias, San Lorenzo, núm. 5, 1905. 4.°, páginas 257 á 358.

CERVANTES (Miguel de).—Epístola á Mateo Vázquez, dirigida en 1577 desde Argel por Miguel de Cervantes Saavedra. Con introducción y algunas notas (por E. C.) Madrid, Baena Hermanos, impresores, 14, Colegiata 14, 1905. 12.°, 22 págs.

CERVANTES (Miguel de).—La gitanilla. Novela de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición hecha para solemnizar el centenario del *Quijote* en Murcia. Precio de cada ejemplar, *diez céntimos*. Madrid: Tipografía española, calle de Ramales, 6, 1905.—8.°, 114 págs.

CERVANTES (Miguel de). Novelas ejemplares. Valladolid, Jorge Montero, 1905.—4.°, 2 vol. de 337 y 373 páginas.

CERVANTES (Miguel de).—El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Edición ilustrada. Barcelona, casa editorial Sopena, calle Valencia, 275 y 277. (1905). 4.°, 477 págs.

CERVANTES (Miguel de).—El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. El Libro de las Escuelas. Reducción de la obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra. Reducido y compulsado por D. Eduardo Vincenti, Consejero de Instrucción pública. Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1905.—8.°, 472 págs.

CERVANTES (Miguel de).—El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Primera edición sudamericana, ilustrada y precedida de la vida de Cervantes; dada á luz en homenaje á este inmortal escritor al celebrarse en la ciudad de la Plata el tercer Centenario de la impresión y publicación del *Quijote*. La Plata (República Argentina), 1904. 4.°, LXI-891 págs.

CERVANTES (Miguel de). El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra. Edición á dos columnas, con grabados. Madrid, Imp. Hijos de J. A. García, 1905.—4.°, XIV-733 págs.

CERVANTES (Miguel de).—Compendio del *Quijote* Madrid, 1905. 16.°, 162 págs. (Vol. 153 de la *Biblioteca Universal*.)

CERVANTES (Miguel de). Las mujeres del *Quijote*. Madrid, Marzo, 1905. 8.°, 266 págs.

CERVANTES (Miguel de).—Obras menores de Miguel de Cervantes Saavedra. Redondillas, odas, elegías, romances, sonetos, etc. Seguidos del Viaje al (*sic*) Parnaso, con un prólogo de J. Givanel Más. Barcelona, Antonio Lopez, editor. Librería española, Rambla del Castro, núm. 20 1905).—12.°, LV-167 págs.

CERVANTES (Miguel de).—Refranes de Sancho Panza, aventuras y desventuras, malicias y agudezas del escudero de Don Quijote. Madrid, Marzo, 1905.—8.°, 132 págs.

CERVANTES (Miguel de).—Rinconete y Cortadillo. Novela ejemplar de Miguel de Cervantes Saavedra. Reimprímela la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, como homenaje al Príncipe de los Ingenios Españoles, en el tercer Centenario de la publicación del *Quijote*. Sevilla, imprenta de Francisco de P. Díaz, Plaza Alfonso XIII, 6, 1905.—8.°, 65 págs., con grabados.

CERVANTES (Miguel de).—Viaje al (*sic*) Parnaso, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Barcelona, Antonio López, editor, Librería Española, Rambla del Centro, núm. 20 (1905). 12.°, 151 págs.

CERVANTES Y EL QUIJOTE.—Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, calle de Olid, núm. 8.—4.°, 171 págs.

CIUDAD DE DIOS (La).—Revista quincenal, religiosa, científica y literaria, publicada por Padres Agustinos de El Escorial. 3.ª época. Año XXV.—Volumen LXVII. Número I. Madrid 5 de Mayo de 1905.—4.°, 96 págs. (Número consagrado á Cervantes.)

COLEGIO DE MÉDICOS.—Sesión solemne que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid dedica al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. Madrid, Imp. Hijos de J. A. García, Campomanes, 6, 1905.—4.°, 268 págs.

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE OVIEDO.—Catálogo de la Exposición Asturiana de ediciones del *Quijote* celebrada en Oviedo en los días 7, 8 y 9 de Mayo de 1905. Oviedo, establecimiento tipográfico La Ovetense Uria y Portugalete, 36, 1905. 4.°, VIII-51 págs.

CORTEJÓN (C.). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Primera edición crítica con variantes notas y el diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela, por D. Clemente Cortejón, 1905.—Madrid, Victoriano Suárez, editor.—4.°, CLXVI-300 páginas. (Tomo I.)

COTARELO Y MORI (E.).—Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española. Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos*, 1905. 8.°, 315 págs.

CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.—Unica publicación que existe exclusivamente dedicada al Príncipe de los Ingenios. Fundador y director, D. Ramón León Máinez, autor de *Cervantes y su época*. Historia del Centenario. Editores: Nueva España (S. A.), 103, Alcalá, 103. Madrid. (Esta revista empezó el 31 de Julio de 1904 y sólo publicó cinco números; el último en Abril de 1905).—Folio, 80 págs.

DELGADO (J. María).—Adiciones á la historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, en que se persiguen los sucesos ocurridos á su escudero el famoso Sancho Panza, escrita en arábigo por Cide Hamete Benengeli y traducida por D. Jacinto María Delgado.—Barcelona, Maucci, 1905. 8.°, 140 págs.—(Es reimpresión.)

DÍAZ DE ESCOVAR (Narciso).—Apuntes escénicos cervantinos, ó sea un estudio histórico y bibliográfico de las comedias y entremeses escritos por Miguel de Cervantes... Madrid, Apalategui, 1905.—8.°, 79 págs.

DÍAZ ORDÓÑEZ (D. Víctor). Cuatro apuntes sobre la Filosofía moral del *Quijote*, por D. Víctor Díaz Ordóñez. Oviedo, Imprenta de Uria Hermanos, 1905. 4.°, 34 páginas.

ESQVELLA DE LA TORRATXA (La).—Barcelona, 28 de Abril de 1905. (Número consagrado á Cervantes. Dos ediciones, una microscópica. Págs. 273 á 304.)

FARINELLI (A.).—Cervantes zur 300 jährigen feier des Don Quijote. Festrede, gehalten in Zürich aus 6. März 1905 im Austrage des Lesezirkels Hottingen von Arturo Farinelli. ...München, 1905. Buchdouc-Kerei der «Allgemeinen Zeitung».—4.°, 39 págs.

FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA (Alonso).—El *Quijote* apócrifo, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. Edición cuidadosamente cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614 MCMV. Barcelona, Librería científico-literaria Toledano López & C.ª, 4, Elisaberts, 4.—4.°, 302 págs.

FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT (F.). Discurso leído ante la Real Academia de la Historia por el excelentísimo señor D. Francisco Fernandez de Béthencourt, individuo de número, en la sesión pública y solemne celebrada en 9 de Mayo de 1905, para conmemorar el tercer Centenario del *Quijote*. Madrid, Establecimiento tipográfico de la viuda é hijos de M. Tello, Carrera de San Francisco, 4, 1905.—4.°, 41 págs.

FITZMAURICE-KELLY (J.).—The British Academy. Tercentenary of Don Quixote. Cervantes in England. By James Pitzmaurice-Kelly. London. Published for the British Academy By Henry Frowde, Oxford University Pres Warehouse Amen Corner. E. C. (1905). 4.°, 19 págs.

GACETA MÉDICA (La) DE GRANADA Y DEL SUR DE ESPAÑA en el Centenario III del *Quijote*. 7 de Mayo de 1905 años. 4.°, 48 págs.

GALIANA CERVANTES (P.).—Prontuario para los lectores de *Don Quijote de la Mancha*. Versión al castellano vulgar de palabras y frases anticuadas de uso poco frecuente, y noticia sucinta de los principales personajes históricos, caballerescos y mitológicos que se citan en la obra, por P. Galiana Cervantes. Obra dedicada á los alumnos de las escuelas de primera enseñanza de España. Cartagena, Imprenta de P. Arévalo, Serreta, 20 y 22, 1905.—4.°, 108 págs.

ICONOGRAFÍA DE LAS EDICIONES DEL «QUIJOTE».—Facsímiles de 611 portadas. Barcelona, Henrich y C.ª, 1905.—4.°, 3 vol. de 233, 234-396 y 397-601 págs.

ILUSTRACIÓN MANCHEGA (La).—Número dedicado al Comité du Monument Cervantes, de París. Alcázar de San Juan, 1904.—Folio, 20 págs.

LAPUENTE SÁEZ (D. Isidoro).—Estudio crítico de nuestro libro rey. Homenaje tributado á la obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en el tercer centenario de su aparición, por D. Isidoro Lapuente Sáez, abogado español. Madrid, Establecimiento tipográfico «El Trabajo», 10, Guzmán el Bueno, 10, 1905.—4.°, 183 págs.

LEAL ATIENZA (Juan).—Al pueblo de Alcázar. Información hecha para averiguar la verdadera cuna del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra. E. Quintanar, impresor. Criptana, 1905.—Gran folio, una hoja.

LEDESMA HERNÁNDEZ (A.). La nueva Salida del Valeroso Caballero Don Quijote de la Mancha. Tercera parte de la obra de Cervantes. Barcelona, casa editorial Lezcano, MCMV.—8.°, V-451 págs.

LEÓN Y ORTIZ (Eduardo).—Tiempos y tiempos. Ensueño con motivo del *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Arias, 1905.—8.°, 78 págs.

MARÍN (Ricardo) y MARTÍNEZ SIERRA (G.).—La tristeza del Quijote. Dibujos de Ricardo Marín; palabras (*sic*) de G. Martínez Sierra. Biblioteca Nacional y Extranjera. L. Williams, editor. Madrid, MCMV. 4.°, 28 págs. y 45 dibujos

MARTÍNEZ TORNEL (J.). Las bodas de Dulcinea. Apropósito huertano, escrito para la celebración del Centenario del *Quijote* en Murcia. Por D. José Martínez Tornel. Murcia, Imprenta de la Viuda de P. Perelló, 1905.—4.°, 24 págs.

MENÉNDEZ Y PELAYO (M.).—Discurso acerca de Cervantes y el *Quijote*, leído en la Universidad Central en 8 de Mayo de 1905. Publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.—Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. 4.°, 32 págs.

MILLÁ (Luis).—El pobre Don Quijote Monólogo en verso. Barcelona, 1905.—4.°, 16 págs.

MONTES DE OCA (I.).—Elogio fúnebre de Miguel de Cervantes Saavedra, pronunciado por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis de Potosí, en las solemnes exequias que, presididas por S. M. el Rey Don Alfonso XIII, celebró la Real Academia Española en la iglesia de San Jerónimo de esta corte el 9 de Mayo de 1905, tercer aniversario secular de la publicación del *Quijote*. Imprímese por acuerdo de la misma Academia. Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1905. 4.°, 22 págs.

MUÑOZ VIGO (Acisclo).—Catecismo de Cervantes. Oviedo, La Cruz, 1905.—8.°, 14 págs.

NAVARRO LEDESMA (F.).—El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida contados por Francisco Navarro Ledesma. Año de 1905. Madrid, Imprenta Alemana.—4.°, 617 págs.

NIETO (José).—Cervantes y el autor del falso *Quijote*, por José Nieto. Obra premiada en los Juegos florales celebrados en Zaragoza el año 1904. Madrid, Velázquez, 42, 1905. 8.°, 175 págs.

PARIS QUIXOTE Á L'OCCASION DU TROISIEME CENTENAIRE DU LIVRE IMMORTAL DE CERVANTES. Publié par l'initiative du Centre Espagnol de Paris avec le concours de la Ligue d'action latine. Paris, Imp. Contemporaine (1905).—Fol., 30 págs.

PAZ DE BORBÓN (Infanta Doña).—*Don Quijote* en Alemania. (Artículo traducido del periódico *Allgemeine Zeitung*, de Munich). (Madrid, 1905).—Folio, una hoja.

PEREZ MINGUEZ (F.). La casa de Cervantes en Valladolid, por Fidel Pérez Minguez. Madrid, imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, calle de Juan Bravo, 5, 1905.—8.°, 175 págs.

PICÓN (J. O.). Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Solemne sesión pública celebrada el 9 de Mayo de 1905 para conmemorar el tercer Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. Madrid, establecimiento tip. Sucesores de Rivadeneyra, Paseo de San Vicente, núm. 20, 1905.—Fol., 26 págs.

REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA.—Centenario del *Quijote*. 1905. Conocimientos geográficos de Cervantes. Madrid, imp. de Artillería, San Lorenzo, 5, bajo, 1905.—4.°, 76 páginas.

RICO (Viuda de).—Tercer Centenario del *Quijote*. Catálogo de una colección de libros cervantinos que se venden en la librería de la Viuda de Rico, 1, Travesía del Arenal, 1. Madrid, imp. de P. Apalategui, Pozas, 12, 1905.—4.°, 95 páginas.

RODRÍGUEZ MARÍN (Francisco).—Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565). Discurso leído por D. Francisco Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo y Sociedad de Excursiones en la inauguración del curso 1900 á 1901. Segunda edición. Sevilla, imp. de Francisco de P. Díaz, Plaza de Alfonso XIII (antes Gavidia), 1905, 4.°, 36 páginas.

RIUS (D. Leopoldo).—Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Leopoldo Rius. III y último tomo. Villanueva y Geltrú, Oliva, impresor; Rambla de Ventosa, 27, 1905.—4.°, XVI-561-IX páginas.

SALILLAS (Rafael).—Un gran inspirador de Cervantes. El doctor Juan Huarte y su *Examen de ingenios*. Madrid, librería general de Victoriano Suárez, Preciados, 48, 1905.—8.°, 162 págs.

SARALEGUI Y MEDINA (M. de).—Los consejos del *Quijote*. Renglones leídos en la sesión celebrada por la Real Sociedad Matritense de Amigos del País, para conmemorar la publicación del *Quijote* el día 6 de Mayo de 1905. Madrid, est. tip. de Jaime Ratés, 1905.—4.°, 16 págs.

SAWA (Miguel) y BECERRA (Pablo).—Crónica del Centenario del DON QUIJOTE.—560 pags.—Madrid. Imp. de Antonio Marzo.

SERRANO MORALES (J. E.)—*La Verdad*. Revista de primera enseñanza. Tercer Centenerio del *Quijote*. Valencia. Cervantes y el *Quijote*. Discurso leído por el excelentísimo Sr. D. José E. Serrano Morales delegado regio de primera enseñanza de Valencia, caballero gran cruz de Alfonso XII, en el acto de la colocación de la primera piedra para la construcción de la Escuela graduada «Cervantes.» Valencia, 7 Mayo 1905. Imp. de Domenech y Taroncher.—4.°, 24 págs.

SILVELA (Eugenio). Cervantes, poeta. Año 1905. Madrid, imp. de la Revista de Legislación, Ronda de Atocha, 15, centro.—4.°, 58 págs.

SOJO (E.). Album en homenaje al libro *Don Quijote de la Mancha* en su tercer Centenario, patrocinado por D. Benito Pérez Galdós y editado y dibujado por Eduardo Sojo, *Demócrito*, Director y fundador del periódico *Don Quijote* en Buenos Aires, publicación de veintiún años de vida. Recuerdo del Centenario (1905).—Folio apaisado, 20 láminas.

SOLANA (D. Ezequiel). Homenaje á Cervantes en el tercer Centenario del *Quijote*, dedicado á los niños y maestros de las Escuelas de primera enseñanza, por D. Ezequiel Solana, maestro de las Escuelas públicas de Madrid. Madrid, *El Magisterio Español*, 8, Reina, 8, 1905.—8.°, 64 páginas.

SORIANO (Rodrigo).—En un lugar de la Mancha... Discurso pronunciado en la velada que se celebró en el Casino Republicano Radical la noche del 7 de Mazo de 1905, con motivo del Centenario del *Quijote*. Valencia imp. de *El Radical*, 1905.—8.°, 39 págs.

UNAMUNO (Miguel de).—Vida de D. Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada por Miguel de Unamuno. Madrid. Librería de Fernando Fe, 1905.—8.°, 427 págs.

VALBUENA (El P.).—La Resurrección de Don Quijote. Nuevas y jamás oídas aventuras de tan ingenioso Hidalgo, por el P. Valbuena. Caricaturas de Sancho. Antonio López, editor. Librería española, Rambla del Centro, número 20, Barcelona (1905).—8.°, 157 págs.

VALERA (D. Juan) y PIDAL (D. Alejandro).—Discurso que por encargo de la Real Academia Española escribió el Excmo. Sr. D. Juan Valera para conmemorar el tercer Centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon en la sesión celebrada el día 8 de Mayo de 1905, presidida por S. M. el Rey. Madrid. Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, calle de Olid, núm. 8. 1905. 4.°, 37 págs.

VÁZQUEZ (Gabino de J.).—Homenaje á Cervantes. Director: Gabino de J. Vázquez. Editor: José Pelisio. Mérida de Yucatán, «Gamboa Guzmán». Calle 58, núm. 503. 1905.—Folio, 42 págs.

VÁZQUEZ (Gabino de J.).—El Manco de Lepanto, por Gabino de J. Vázquez. Mérida de Yucatán, MCMV. 4.°, 18 páginas.

VILCHES Y MARÍN (Evaristo). Cervantes. Apuntes históricos de este apellido. Madrid, Mateo. 1905.—Folio, 67 páginas.

VINDEL (Pedro).—Ediciones de *Don Quijote* y demás obras de Cervantes juntamente con Miscelánea cervantina y libros referentes á Shakespeare y Camoens, en venta. Madrid. Librería de P. Vindel, Prado, 9. 1905.—4.°, páginas 225 á 352.